

Intimidad Divina

Meditaciones para el Tiempo Ordinario



P. GABRIEL DE STA. M. MAGDALENA O.C.D.

P. GABRIEL DE STA. M. MAGDALENA, O.C.D.

INTIMIDAD DIVINA

**MEDITACIONES SOBRE LA VIDA INTERIOR
PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO**

TIEMPO ORDINARIO

ÍNDICE

147. JESUS, VID VERDADERA	13
148. EL CUERPO MISTICO DE CRISTO.....	15
149. YO SOY LA VIDA.....	16
150. EL INFLUJO DE JESUS.....	18
151. JESUS Y EL ESPIRITU SANTO	20
152. VIVIR EN CRISTO.....	22
153. DOMINGO II «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	24
CICLO B.....	25
CICLO C.....	27
154. YO SOY LA VERDAD	28
155. LA DOCTRINA DE JESUS.....	30
156. JESUS REVELA AL PADRE	32
157. SED PERFECTOS	34
158. LAS EXIGENCIAS DE LAS ENSEÑANZAS DE JESUS	35
159. EL MAESTRO INTERIOR	37
160. DOMINGO III «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	39
CICLO B.....	41
CICLO C.....	42
161. YO SOY LA VIDA.....	43
162. YO ESTOY EN EL PADRE	45
163. LA ORACION DE JESUS	47
164. EN LA VOLUNTAD DEL PADRE	49
165. EN LAS OBRAS DEL PADRE	51
166. PARA GLORIA DEL PADRE	53
167. DOMINGO IV «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	55
CICLO B.....	56
CICLO C.....	58
168. JESUS Y LOS HOMBRES	59
169. VIVIR EN CRISTO.....	61
170. CRISTO, NUESTRO TODO.....	63
171. LA IGLESIA	65
172. EL SACERDOCIO MINISTERIAL	67
173. LOS SACRAMENTOS	69
174. DOMINGO V «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	71
CICLO B.....	72
CICLO C.....	73

175. VIDA SACRAMENTAL.....	75
176. EL BAUTISMO	77
177. LA CONFIRMACION	79
178. EL PUEBLO DE DIOS.....	81
179. EL SACERDOCIO DE LOS FIELES	83
180. LA EUCARISTIA	85
181. DOMINGO VI «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	87
CICLO B.....	88
CICLO C.....	89
182. EL SACRIFICIO EUCARISTICO	91
183. LA PENITENCIA	93
184. EL VALOR ECLESIAL DE LA PENITENCIA.....	95
185. LA PENITENCIA COMO VIRTUD	97
186. LA UNCIÓN DE ENFERMOS	99
187. LA FELIZ ESPERANZA	101
188. DOMINGO VII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	103
CICLO B.....	105
CICLO C.....	106
189. FUNCION PROFETICA DE LOS FIELES.....	108
190. FUNCION REAL	110
191. DIOS LLAMA	112
192. DON DIVINO	114
193. PURIFICACIONES	116
194. TODO POR EL TODO.....	118
195. DOMINGO VIII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	120
CICLO B.....	121
CICLO C.....	123
196. LA POBREZA EVANGELICA	124
197. EL ESPIRITU DE POBREZA	126
198. LA POBREZA VOLUNTARIA	128
199. LA CASTIDAD EXIGENCIA BAUTISMAL.....	130
200. EL VOTO DE CASTIDAD.....	132
201. CASTIDAD Y VIGILANCIA	134
202. DOMINGO IX «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	136
CICLO B.....	138
CICLO C.....	139
203. LA ORACION UNIVERSAL	141
204. LA ORACION LITURGICA	142
205. LA SAGRADA LITURGIA	144

206. SUBIRE AL ALTAR DE DIOS	146
207. LA PLEGARIA EUCARISTICA	148
208. LA ALABANZA PERENNE	151
209. DOMINGO X «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	152
CICLO B.....	154
CICLO C.....	155
210. LA PRESENCIA REAL	157
211. MISTERIO DE FE	159
212. MISTERIO DE ESPERANZA	161
213; MISTERIO DE AMOR.....	163
214. MISTERIO DE UNIDAD	165
215. EUCARISTIA Y VIDA	167
216. DOMINGO XI «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	169
CICLO B.....	171
CICLO C.....	172
217. LA INTELIGENCIA DEL MISTERIO DE CRISTO	174
218. SOIS MIS AMIGOS	176
219. MANSO DE CORAZON	178
220. HUMILDE DE CORAZON	180
221. NOS HA LAVADO CON SU SANGRE	182
222. POR CRISTO AL PADRE.....	184
223. DOMINGO XII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	187
CICLO B.....	188
CICLO C.....	190
224. ¡OH SANTISIMA TRINIDAD!.....	191
225. EL MISTERIO DEL DIOS VIVO.....	193
226. HAREMOS MORADA EN EL	195
227. VENDREMOS A EL	197
228. EN EL NOMBRE DEL PADRE.....	199
229. ALABANZA DE SU GLORIA	202
230. DOMINGO XIII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	204
CICLO B.....	206
CICLO C.....	207
231. ESTOY SIEMPRE CONTIGO	209
232. PERSEVERANTES EN LA ORACION.....	211
233. EL DIALOGO CON EL PADRE	213
234. ESCUCHAD LA VOZ DEL SEÑOR.....	215
235. SEÑOR, ¿QUIEN COMO TU?	218
236. EL QUE ES.....	220

237. DOMINGO XIV «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	222
CICLO B.....	224
CICLO C.....	225
238. DIOS, SUMA SIMPLICIDAD	227
239. «DIOS NO SE MUDA».....	229
240. SU BONDAD ES ETERNA	231
241. LA BONDAD QUE SE DA	233
242. LA INSONDABLE SABIDURIA	235
243. DIOS ES AMOR	237
244. DOMINGO XV «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	239
CICLO B.....	241
CICLO C.....	243
245. DIOS MISERICORDIOSO Y PIADOSO	244
246. JUSTO ES EL SEÑOR.....	246
247. TODO LO GOBIERNA CON BONDAD	249
248. A DIOS TODO LE ES POSIBLE	251
249. LA FE, DON DE DIOS.....	253
250. EL QUE CREE TIENE LA VIDA ETERNA.....	255
251. DOMINGO XVI «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	257
CICLO B.....	258
CICLO C.....	260
252. CREER SIN DUDAR	262
253. AUMENTAMOS LA FE.....	264
254. EL JUSTO VIVIRÁ POR LA FE	266
255. LLAMADOS A LA ESPERANZA	268
256. CRISTO NUESTRA ESPERANZA.....	270
257. ESPERANZA DE LA GLORIA	272
258. DOMINGO XVII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	274
CICLO B.....	276
CICLO C.....	278
259. LA ESPERANZA NO FALLA.....	280
260. EL AMOR DEL PADRE	282
261. EL NOS AMO PRIMERO	284
262. EL AMIGO DE LOS HOMBRES	286
263. EL CAMINO MÁS EXCELENTE	288
264. ARRAIGADOS EN LA CARIDAD.....	290
265. DOMINGO XVIII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	292
CICLO B.....	294

CICLO C.....	295
266. EL MAYOR Y EL PRIMER MANDAMIENTO	297
267. EL SEGUNDO ES SEMEJANTE AL PRIMERO	299
268. EL FUNDAMENTO DE LA LEY.....	301
269. ¿QUIEN ES MI PROJIMO?.....	303
270. INSISTIENDO EN EL PROJIMO	305
271. COMO YO OS HE AMADO	307
272. DOMINGO XIX «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	310
CICLO B.....	311
CICLO C.....	313
273. VENCER EL MAL CON EL BIEN	315
274. LA CARIDAD ES MAGNÁNIMA.....	317
275. LA CARIDAD ES BENIGNA	319
276. LA CARIDAD NO SE ENGRIE.....	321
277. LA CARIDAD NO ES EGOISTA.....	323
278. LA CARIDAD NO SE IRRITA	325
279. DOMINGO XX «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	330
CICLO B.....	331
CICLO C.....	333
280. CARIDAD Y JUSTICIA.....	335
281. CARIDAD Y VERDAD	337
282. LA CARIDAD TODO LO EXCUSA	339
283. LA CARIDAD TODO LO SOPORTA	341
284. QUE SEAN UNO	343
285. VALOR DE SIGNO	345
286. DOMINGO XXI «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	347
CICLO B.....	349
CICLO C.....	350
287. SEÑOR MIO Y DIOS MIO.....	352
288. ¡PADRE!	354
289. ADORARE AL SEÑOR MI DIOS	356
290. DEMOS GRACIAS A DIOS	358
291. PEDID Y SE OS DARA	360
292. SED SOBRIOS Y VELAD.....	362
293. DOMINGO XXII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	364
CICLO B.....	366
CICLO C.....	368
294. DUEÑOS DE SI	369
295. A LA CONQUISTA DEL REINO	371

296. SOLO DIOS ES FUERTE	373
297. ¡NO TEMÁIS!	375
298. FUERTES Y MAGNÁMIMOS.....	378
299. PACIENCIA A TODA PRUEBA	380
300. DOMINGO XXIII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	382
CICLO B.....	383
CICLO C.....	385
301. PERSEVERANTES HASTA EL FIN	387
302. LA JUSTICIA EVANGELICA	389
303. EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA	391
304. EL CAMINO DE LA JUSTICIA.....	393
305. CAMINAR EN LA VERDAD	395
306. SENCILLOS COMO NIÑOS	397
307. DOMINGO XXIV «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	399
CICLO B.....	401
CICLO C.....	402
308. NO INSENSATOS, SINO SENSATOS	404
309. PERDERSE PARA SALVARSE	406
310. EL SIERVO FIEL Y PRUDENTE	408
311. LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO	410
312. VIRTUDES Y DONES.....	413
313. EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION	415
314. DOMINGO XXV «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	417
CICLO B.....	419
CICLO C.....	420
315. EL ESPIRITU SANTO Y LA ACTIVIDAD.....	422
316. ESPIRITO SANTIFICADOR.....	424
317. EL ESPIRITU DE LA VERDAD.....	426
318. ESPIRITU DE CIENCIA.....	428
319. ESPIRITU DE CONSEJO	430
320. ESPIRITU DE AMOR Y DE SABIDURIA	432
321. DOMINGO XXVI «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	434
CICLO B.....	436
CICLO C.....	438
322. ESPÍRITU DE ADOPCIÓN	440
323. ESPIRITU DE FORTALEZA.....	442
324. ESPIRITU DE TEMOR	444
325. ESPIRITU CONSOLADOR	446
326. BIENAVENTURADOS LOS POBRES	448

327. BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN.....	450
328. DOMINGO XXVII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	452
CICLO B.....	454
CICLO C.....	456
329. BIENAVENTURADOS LOS MANSOS	458
330. BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE	460
331. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS	462
332. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZON	464
333. BIENAVENTURADOS LOS PACIFICOS.....	466
334. BIENAVENTURADOS LOS PERSEGUIDOS	468
335. DOMINGO XXVIII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	470
CICLO B.....	472
CICLO C.....	474
336. EL AMOR DE CRISTO NOS APREMIA	475
337. MIEMBROS LOS UNOS DE LOS OTROS.....	477
338. COLABORADORES DE DIOS	480
339. SENTIR CON CRISTO.....	482
340. SENTIR CON LA IGLESIA.....	484
341. EL QUE PERMANECE EN MI DA MUCHO FRUTO	486
342. DOMINGO XXIX «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	488
CICLO B.....	490
CICLO C.....	491
343. EL APOSTOL AMIGO DE DIOS	493
344. DIVERSIDAD DE FUNCIÓN	495
345. ORACION APOSTOLICA	497
346. HOSTIA VIVA Y SANTA.....	500
347. LOS TRABAJADORES DE LA MIES.....	502
348. QUE BRILLE VUESTRA LUZ.....	504
349. DOMINGO XXX «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	506
CICLO B.....	507
CICLO C.....	509
350. SANTIFICADOS Y ENVIADOS	511
351. CADA DIA AFRONTO LA MUERTE	513
352. EN PROVECHO DE LOS OTROS	515
353. NUESTRA CAPACIDAD NOS VIENE DE DIOS	517
354. TODO LO QUE ES VERDADERO.....	519
355. DEUDORES DEL EVANGELIO.....	522
356. DOMINGO XXXI «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	524

CICLO B.....	526
CICLO C.....	527
357. YO HE VENCIDO AL MUNDO	529
358. COMO EL BUEN PASTOR	531
359. LO QUE HEMOS CONTEMPLADO	534
360. EN LA VOLUNTAD DE DIOS.....	536
361. ENCADENADOS POR EL ESPIRITU.....	538
362. LLAMADOS A LA COMUNION CON DIOS.....	540
363. DOMINGO XXXII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	542
CICLO B.....	544
CICLO C.....	546
364. TE DESPOSARE CONMIGO EN FIDELIDAD	548
365. LA LLEVARE AL DESIERTO	550
366. LA NUBE OSCURA Y LUMINOSA	552
367. COMO EL ORO EN EL CRISOL	554
368. EN LAS MANOS DE DIOS	556
369. LOS GEMIDOS DE LA ESPERA	558
370. DOMINGO XXXIII «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	560
CICLO B.....	562
CICLO C.....	564
371. EL FUEGO DEVORADOR	565
372. LLAMAS DIVINAS	567
373. EL CORAZON NUEVO.....	570
374. EL AMOR INCONTENIBLE	572
375. MORAR EN DIOS	574
376. TU VOLUNTAD ESTA EN MI CORAZON	576
377. SOLEMNIDAD DE CRISTO REY DOMINGO XXXIV «DURANTE EL AÑO»	
CICLO A.....	578
CICLO B.....	580
CICLO C.....	582
378. EL SEÑOR ES MI PASTOR.....	584
379. A LA SOMBRA DE DIOS.....	586
380. MI LOTE ES DIOS	588
381. EL TRIUNFO DEL AMOR.....	590
382. TRANSFORMADOS EN LA IMAGEN DE DIOS	592
383. INTIMIDAD DIVINA.....	594
SOLEMNIDADES INSERTAS EN EL TIEMPO «DURANTE EL AÑO»	
384. LA SANTISIMA TRINIDAD, DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES	
CICLO A.....	598
CICLO B.....	600

CICLO C.....	602
385. EL CORPUS CHRISTI	
CICLO A.....	603
CICLO B.....	605
CICLO C.....	607
386. EL SAGRADO CORAZON DE JESUS	
VIERNES DE LA III SEMANA DESPUES DE PENTECOSTES	
CICLO A.....	609
CICLO B.....	611
CICLO C.....	612
387. LA PRESENTACION DEL SEÑOR: (2 DE FEBRERO)	614
388. SAN JOSE (19 DE MARZO)	616
389. LA ANUNCIACION DEL SEÑOR (25 DE MARZO)	619
390. LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN (31 DE MAYO)	621
391. SANTOS PEDRO Y PABLO (29 DE JUNIO)	623
392. NTRA. SRA. LA VIRGEN MARIA DEL MONTE CARMELO (16 DE JULIO).....	625
393. LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA (15 DE AGOSTO)	628
394. MARIA REINA (22 DE AGOSTO)	630
395. LA NATIVIDAD DE LA STMA. VIRGEN MARIA	632
396. LA VIRGEN DE LOS DOLORES (15 DE SEPTIEMBRE).....	635
397. LA VIRGEN DEL ROSARIO (7 DE OCTUBRE)	637
398. TODOS LOS SANTOS (1 DE NOVIEMBRE)	639
399. LA CONMEMORACION DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS (2 NOV.)	642
400. LA PRESENTACION DE SANTA MARIA VIRGEN.....	644

ADVERTENCIA

Las meditaciones del TIEMPO «DURANTE EL AÑO» comienzan el lunes que sigue inmediatamente a la fiesta del Bautismo de Jesús y prosiguen hasta el martes anterior al día de Ceniza. Se interrumpen durante toda la Cuaresma y el tiempo Pascual. Se retoman el lunes después de Pentecostés, continuando hasta Adviento. En este último caso úsese la siguiente cautela:

Cuando las semanas del TIEMPO «DURANTE EL AÑO» son 34, se comienza por la semana que sigue inmediatamente a la interrumpida antes de Cuaresma (por ejemplo, si se había interrumpido la semana sexta se comienza desde la séptima).

En cambio, cuando las semanas del TIEMPO «DURANTE EL AÑO» son 33, omite una semana (por ejemplo, si se había interrumpido la semana novena, se salta la décima y se comienza por la undécima).

Nota breve:

El domingo después de Pentecostés se celebra la fiesta de la SANTISIMA TRINIDAD: meditación n. 384.

El jueves después de la Santísima Trinidad se celebra la fiesta del CORPUS CHRISTI: meditación n. 385.

El viernes de la siguiente semana se celebra la fiesta del SAGRADO CORAZON DE JESUS: meditación n. 382.

147. JESUS, VID VERDADERA

«Que me mantenga unido a ti, Señor, por-que en ti está mi vida» (Dt 30, 80).

1.— Jesús es el único «mediador entre Dios y los hombres» (1 Tm 2, 5); pero no se ha contentado con redimir la humanidad manteniéndose a distancia de sus redimidos, sino que su salvación se opera en él, mediante una íntima comunión entre él y los hombres. Es éste el gran misterio de la incorporación a Cristo, revelado por él mismo la tarde anterior a su Pasión. «Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto de sí mismo si no permaneciere en la cepa, así tampoco vosotros si no permaneciereis en mí» (Jn 15, 1. 4).

Jesús afirma expresivamente que no hay redención, ni vida sobrenatural o vida de gracia, sino para quien vive en él, injertado en él; lo mismo que en el sarmiento no hay vida ni frutos, sino en la medida en que está unido al tronco. Tal es la estrechísima conexión que Jesús ha querido operar entre él y los hombres, conexión indispensable para su salvación y para su santificación. Ni siquiera un mínimo grado de gracia puede llegar al hombre sin la mediación de Cristo, igual que a la rama separada del árbol no le puede llegar la más pequeña gota de savia. «La verdadera vid es Cristo, que comunica vida y fecundidad a los sarmientos, que somos nosotros que permanecemos en él por medio de la Iglesia, y que sin él nada podemos hacer» (LG 6).

Declara Jesús además que, permaneciendo en él, no sólo recibe el hombre la vida sobrenatural, sino que se hace objeto de la solicitud especial del Padre celestial, que es el viñador de esa mística vid. El Padre celestial, en efecto, reconoce a los hombres como hijos suyos adoptivos y los ama y cuida como tales, sólo en la medida que los ve en Cristo, su Hijo amado. La gracia de adopción abarca a los que el Padre encuentra unidos a su Unigénito, como partes vivas de él, igual que el sarmiento es parte viva de la vid.

2.— «Permaneced en mí» (Jn 15, 4). No se puede permanecer sino donde ya se está. Jesús dice: «Permaneced en mí», porque la inserción en él es un hecho ya consumado, merecido para todos los hombres por su muerte y resurrección y realizado para cada uno de ellos en el momento del bautismo. Cristo ha injertado la humanidad en sí al precio de su sangre; el hombre, pues, «está» en él, pero depende de su buena voluntad el «permanecer en él» del modo más pleno y vital.

Si para ser injertados a Cristo es suficiente el bautismo y si para permanecer en él como sarmientos vivos basta estar en gracia, el cristiano fervoroso no se contenta con eso. Es consciente del don inmenso recibido y trabaja con empeño para que su inserción en Cristo sea cada vez más

profunda; quiere vivir intensamente su unión con Cristo, hacer de él el centro, el sol de su vida. No ha dicho Jesús sin motivo: «Permaneced en mí»; ha querido así indicar que la vida en él requiere la colaboración personal del hombre; que para vivir en él y de él, es preciso poner a contribución todas las fuerzas, mente, voluntad y corazón. Cuanto más hace el cristiano por permanecer en Cristo, tanto más penetra en él como su pequeño sarmiento y más abundante recibe de él la savia de la gracia.

«Permaneced en mí, y yo en vosotros»; a medida que el creyente por medio de la fe, el amor y las obras buenas se mantiene unido estrechamente a Cristo, Cristo permanece en él comunicándole de continuo su vida divina. Así el cristiano será no sólo sarmiento vivo, sino rico en frutos de santidad destinados a alegrar el corazón de Dios, porque Jesús ha dicho: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis fruto abundante» (Jn 15, 8). Y serán frutos no sólo de santidad personal, sino de bien para los hermanos y para toda la Iglesia, como corresponde a verdaderos discípulos de Cristo.

¡Oh dulce y suave injerto! Tú, suma dulzura, te has dignado unirme con nuestra amargura...; Tú, infinito, con nosotros limitados... ¿No bastaba a tu amor haber hecho con la criatura esta unión? No; y por eso tú, Verbo eterno, regaste este árbol con tu sangre. Esta sangre con su calor lo hace germinar, si el hombre por su libre albedrío se injerta en ti, y une y ata a ti su corazón y su afecto, ligando y fajando este injerto con la faja de la caridad y la práctica de tu doctrina... Porque debemos conformarnos a ti, oh Cristo, e injertamos en ti por el camino de las penas, de las cruces y de los santos deseos. De modo que por ti, que eres la Vida, produzcamos frutos de vida... Y así es claro que nos creaste sin nosotros, pero no nos quieres salvar sin nosotros. Cuando estamos injertados en ti, las ramas que tú has dado a nuestro árbol, dan sus frutos. (STA CATALINA DE SENA, **Plegarias y Elevaciones**).

Dios mío, la gloria que tiene mérito delante de ti es la gloria que glorifica no al hombre sino a Dios..., pues de Dios le viene la facultad de obrar el bien...

Dios Padre tiene su gloria en que llevemos muchos frutos y seamos discípulos de Cristo. Y ¿quién hace discípulos de Cristo sino aquel que por su misericordia se llegó hasta nosotros? Somos hechura de sus manos, creados en Cristo Jesús para obras buenas.

¡Oh Jesús! Tú dices: Como el Padre me amó, yo os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Ahí está la razón de la bondad de nuestras obras. ¿Y de dónde había de venir esa bondad a nuestras obras sino de la fe que obra por el amor? ¿Cómo pudiéramos nosotros amar si antes no fuésemos amados?...

Diciendo «como el Padre me ha amado así también os he amado yo», te presentas como Mediador entre Dios y los hombres, ¡oh Jesús! Porque también el Padre nos ama a nosotros, pero nos ama en ti, ya que pone su gloria en que llevemos mucho fruto estando unidos a la vid, o sea al Hijo, y nos hagamos discípulos tuyos. (S. AGUSTIN, **In Jn.** 32, 1-2).

148. EL CUERPO MISTICO DE CRISTO

«Concédeme, Espíritu Santo, en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios» (Col 2, 2).

1.— «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Jn 15, 5). En estas palabras de Cristo se funda la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. Sólo es diferente el símil: en vez de una vid única, se habla de un cuerpo único del que Jesús es la cabeza y los creyentes sus miembros. Es la comparación genial de S. Pablo que repite de otra forma lo que ya había dicho Jesús. «A la manera que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, constituyen un solo cuerpo, así también Cristo... Y vosotros sois miembros de Cristo y miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12, 12. 27).

La identidad de pensamiento es evidente: como los sarmientos forman una sola cosa con la cepa de que brotan y viven de la misma savia, como los miembros del organismo humano forman un cuerpo y viven una misma vida, así los creyentes incorporados a Cristo forman un único cuerpo con él y viven de su vida, así es el Cuerpo místico de Cristo «que —como enseña S. Pablo— es la Iglesia» (Col 1, 24).

La Cabeza de este Cuerpo es Cristo: «Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él es Salvador» (Ef 5, 23); él ha sido constituido por el Padre «cabeza suprema de la Iglesia, la cual es el cuerpo suyo» (Ef 1, 22-23). Único cuerpo, única vida; y la vida se deriva de la cabeza a cada uno de los miembros: «Jesucristo hace vivir a la Iglesia de su propia vida superior, penetrando de su divina virtud todo su cuerpo y alimentando y sosteniendo cada miembro... como la vid nutre y hace fructificar los sarmientos que le están unidos» (*Myst. Corp.*).

Así se afirma nuevamente cómo todo cristiano vive en Cristo y de la vida de Cristo.

2.— La unión de los bautizados con Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico, no se la ha de entender en sentido idéntico a la unión que existe entre los miembros de un cuerpo físico. Pues, si bien incorporados a él, cada uno mantiene «plenamente su propia personalidad» (*Myst. Corp.*); pero no se la ha de entender tampoco como una mera unión moral, la que existe, por ejemplo, entre los miembros de la misma sociedad. No, es algo mucho más profundo; es una unión misteriosa, y en este sentido se llama mística, pero real y vital. Unión proveniente de que en todas las partes del cuerpo de la Iglesia está presente el Espíritu Santo, el cual «uno e idéntico en número, llena y une toda la Iglesia» (Sto. Tomás, *De Ver.* 29, 4). Jesús, en efecto, «nos concedió participar de su Espíritu, quien, siendo uno solo en la Cabeza y en los miembros, de tal modo vivifica todo el cuerpo, lo une y lo mueve, que su oficio pudo ser comparado por los tantos Padres con la función que ejerce el principio de vida o el alma en el cuerpo humano» (LG).

El Espíritu Santo, «alma de la Iglesia» (*Myst. Corp.*), es el vínculo que une y vivifica todos los miembros de Cristo íntima y realmente difundiendo en ellos la gracia y la caridad. No se trata, pues, de una unión simbólica o metafórica, sino real; de una realidad que supera todas las otras «como la gracia supera la naturaleza y como las cosas inmortales trascienden las perecederas» (ib.). El Hijo de Dios, en efecto, «a sus hermanos, congregados de todos los pueblos, los constituyó místicamente su cuerpo, comunicándoles su espíritu» (LG 7). Realidad sublime que comprende no solamente la vida terrena del cristiano, sino que, conservada por él, permanece por toda la eternidad como única fuente de su dicha, porque la «gracia es semilla de la gloria».

El cristiano es miembro de Cristo: ésta es su grandeza y su gloria, que sobrepasa infinitamente toda grandeza y dignidad terrena.

¡Oh amado Esposo y amoroso Verbo! De un modo que sólo tú conoces y sólo tú entiendes, engendras el cuerpo de la santa Iglesia... Con tu sangre te has formado un cuerpo bien organizado y compuesto, cuya Cabeza eres, en cuya belleza se complacen los ángeles, se admiran los Arcángeles, se enamoran los Serafinos y todos los espíritus angélicos se maravillan, y de ella se alimentan de continuo todos los bienaventurados de la Patria celestial. Y la misma Santísima Trinidad se complace en ella del modo que bien sabemos. (STA. M.^a MAGDALENA DE PAZZI, **Los Coloquios**).

Aspiro a ti, oh Señor mío Jesús, y quiero tener parte contigo y en ti en la gracia del misterio de tu Encarnación... Quiero unirme a ti, para existir en ti, vivir en ti, producir frutos en ti, como la cepa en su vid.

¡Oh Señor mío Jesús! haz que yo viva y subsista en ti, como tú vives y subsistes en una Persona divina! Sé mi todo, y que yo forme parte de tu Cuerpo místico como tu Humanidad es parte de un compuesto divino subsistente en dos naturalezas distintas. Haz que sea yo hueso de tus huesos, carne de tu carne y espíritu de tu espíritu; que reciba yo el efecto de la santa oración que hiciste tú el último día de tu vida, antes de encaminarte a la cruz, cuando después de haber orado por tus apóstoles, oraste insistentemente al Padre eterno para que todos seamos una sola cosa como tú eres uno con él...

En verdad me veo muy distante de ti y de tu sagrada Humanidad, dada tu dignidad infinita... Sin embargo, oh Jesús, dignate acercarte a mí, unirme a mí, incorporarte a mí, para que yo viva y obre en ti, para que yo sea conducido, dirigido y poseído de ti. (P. DE BERULLE, **Las grandezas de Jesús**, 2, 3).

149. YO SOY LA VIDA

«Oh Jesús, lleno de gracia y de verdad, reciba yo de tu plenitud gracia sobre gracia» (Jn 1, 14. 16).

1. — Jesús anunció su misión así: «He venido para. que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). ¿Y cuál es la vida que da él a los

hombres? La vida de la gracia, para que sean «participantes de la divina naturaleza» (2 Pe 1, 4).

Jesús en cuanto Verbo posee por naturaleza la vida divina del mismo modo y en la misma medida que el Padre: «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn 5, 26).

Esta plenitud de vida divina redundaba en la humanidad de Cristo a causa de su unión hipostática. En contacto directo con la divinidad a la que está unida personalmente, la humanidad sacratísima de Jesús queda inundada por la vida divina, es decir, la participación máxima de ella con «tal plenitud de gracia que no se la puede concebir mayor» (*Myst. Corp.*). La gracia santificante que invade la humanidad de Jesús es tan sobreabundante, que los teólogos no dudan en llamarla infinita, como dada sin medida, según convenía a la dignidad de Cristo y con vistas a su misión de santificar a todos los hombres (Sto. Tomás, S. T., 3, 7, 11). «Porque plugo a Dios —afirma S. Pablo— hacer habitar en él toda la plenitud» (Col 1, 49), y S. Juan le dice «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). Jesús no tiene para sí solo estas inmensas riquezas: el Padre le ha dado hermanos a los que repartir de ellas; por este motivo acepta su pasión dolorosísima y, muriendo en la cruz, merece para todos los hombres esa gracia que él posee con tanta plenitud. Cristo viene a ser así la fuente, y la única fuente, de gracia y vida sobrenatural; tan «lleno de gracia y de verdad», que «de, su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia» (ib. 16). De este modo, pues, llega a los hombres la vida divina: del Padre al Verbo, del Verbo a la humanidad por él asumida en la Encarnación, de la humanidad santa de Cristo a todos los creyentes.

2.— Como todo lo demás que no es Dios, también la gracia ha sido creada por Dios. En cuanto Dios, es decir, como Verbo, Jesús es, junto con el Padre y el Espíritu Santo, creador de la gracia... Pero en cuanto redentor y, por tanto, como hombre Jesús es el Mediador de la gracia, es decir, el que la merece y dispensa a cada hombre. Jesús, en efecto, mediante, el tesoro infinito de gracia que posee ha podido merecerla para todas las creaturas. Y no sólo la ha merecido de una vez para siempre muriendo en la cruz, sino que la aplica de continuo a los creyentes; pues la gracia se infunde y se desarrolla en el bautizado por su acción viva y actual. De este modo Jesús da a los hombres la vida; él es la vida, la única fuente de la vida divina participada a los hombres. De él, enseña el Concilio, «como de Fuente y Cabeza, dimana toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios» (LG 50).

Y ahora dos consecuencias prácticas preciosísimas. Quien quiera tener la gracia y ser partícipe de la vida divina, ha de ir a Cristo, estar incorporado a él y vivir en él. «Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Jn 5, 12).

La gracia que santifica a los hombres es, en su esencia, idéntica a la que santificó el alma de Jesús (S. T., 3, 8, 5); sin duda que en medida y perfec-

ción son inmensamente distintas, pero su naturaleza es la misma. Por eso la gracia tiene en el hombre el mismo poder santificador y las mismas tendencias que en Cristo; pues tiende a santificarlo, a realizar en él la comunión con Dios, a hacerlo vivir para su gloria. Jesús, dando a los hombres la gracia, les ha comunicado verdaderamente su vida, ha puesto en ellos el germen de su santidad, y así, con tal que lo quieran de veras, pueden vivir una vida semejante a la suya.

Dios todopoderoso y eterno..., a Cristo nuestro Señor le hiciste fundamento de todo y de su plenitud quisiste que participáramos todos. Siendo él de condición divina se despojó de su rango, y por su sangre derramada en la cruz puso en paz todas las cosas; y así, constituido Señor del Universo, es fuente de salvación para cuantos creen en él. (**Misal Romano. Prefacio Común**, I).

No permitas, Dios mío, me olvide de que no sólo eres vida para mí, sino mi única vida. Tú eres «el Camino, la Verdad y la Vida». Tú eres mi vida y la de todo viviente. Los hombres todos, todos los que conozco, con los que me encuentro, a los que veo o de quienes oigo hablar, no viven sino por mediación tuya. No permitas que lo olvide durante las ocupaciones diarias. Dame un amor verdadero a las almas, a esas almas por las cuales tú has muerto. Enséñame a orar por su conversión y a contribuir a ello en cuanto esté de mi parte. Por capaces que sean, por buen corazón que tengan, por nobles y dotadas que estén, no pueden salvarse si no te poseen a ti.

Señor mío, perfecto en ti mismo, sólo tú puedes bastarme. Tu sangre basta para el mundo entero. Igual que bastas para mí, bastas también para la entera estirpe de Adán. Señor mío Jesús, que tu cruz baste para todos, que para todos sea eficaz. Y que sea eficaz para mí, que lo necesito más que los otros, no sea que después de «haber tenido cuanto necesito y nadado en la abundancia» (Fil 4, 18), no lleguen mis frutos a maduración. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

150. EL INFLUJO DE JESUS

«De ti, Señor, viene mi salvación, de ti viene mi esperanza» (Sal 62, 2. 6).

1. — «Salía de él una virtud que sanaba a todos» (Lc 6, 19), dice el Evangelio hablando de Jesús y de los milagros estrepitosos que realizaba. Al toque de su mano los ciegos veían, los sordos oían, los mudos recobraban la palabra; era tan grande el poder que emanaba de él, que a la pobre hemorroísa le bastó tocar el borde de su vestido para sentirse al instante curada. Y con la misma facilidad con que sanaba los cuerpos, purificaba y santificaba los corazones perdonando los pecados: «¿Qué es más hacedero, decir: "perdonados te son tus pecados", o decir: "Levántate y anda"? Mas para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad de perdonar los pecados sobre la tierra —dijo al paralizado—, yo te digo: levántate, y, tomando a

cuestas tu camilla, anda a tu casa» (Lc 5, 23-24). Perdonar los pecados es cosa de solo Dios. Si, pues, Jesús dice de sí, hombre visible, que tiene potestad de perdonar los pecados, es que está afirmando ser Dios y que la divinidad actúa en su humanidad. En efecto, enseña el Vaticano II: «La naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a él» (LG 8). Su humanidad, llena de gracia y de poder, es justamente el instrumento de que se sirve su divinidad para derramar en torno suyo toda gracia y toda vida.

La humanidad de Jesús, que ahora está gloriosa en el cielo, continúa derramando la misma virtud que un día por los campos de Palestina; esa virtud se derrama sobre los creyentes, obra en ellos, los purifica, los transforma, los santifica. «El influjo interior de la gracia pertenece sólo a Cristo, cuya humanidad, por estar unida a la divinidad, tiene el poder de justificar» (S. T., 3, 8, 6).

2.— «El Hijo de Dios, en la naturaleza humana unida a sí, redimió al hombre, venciendo la muerte con su muerte y resurrección, y lo transformó en una nueva criatura» (LG 7). En la obra redentora de Cristo podemos considerar dos fases estrechamente unidas, más aún inseparables. La primera, dolorosa, comienza con la encarnación y culmina con la muerte en cruz; la segunda, gloriosa, comienza con la muerte y resurrección y aún dura, porque Jesús, resucitado y glorioso, continúa distribuyendo a los creyentes la gracia que ha merecido para ellos de una vez por siempre en el Calvario. «A cada uno de nosotros le fue dada la gracia según la medida del don de Cristo» (Ef 4, 7). Es Jesús quien, según su voluntad y sus planes divinos, dispensa la gracia a cada bautizado realizando gradualmente en él la transformación en «nueva criatura». Todos los creyentes viven continuamente bajo su influjo: «Así como la cabeza manda a los miembros —dice el Concilio de Trento—, así como la vid penetra con su savia todos los sarmientos, así Jesucristo ejerce su influjo en todos los justos y en todo momento. Y este influjo precede, acompaña y corona sus obras buenas y las hace agradables a Dios y meritorias delante de él» (Ses. VI, can. 16).

Jesús «puede salvar perennemente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (Heb 7, 25). Siempre vivo en el Sacramento del altar, siempre vivo en el cielo, donde se sienta glorioso a la diestra de su Padre, mostrándole los róseos estigmas de su pasión, no sólo intercede de continuo por los hombres, «sino que él mismo elige, determina y distribuye a cada uno las gracias a la medida de su don» (*Myst. Corp.*). Cristo es, por lo tanto, no sólo en el sentido más pleno, sino también en el sentido más actual, la fuente de toda la vida de los creyentes. Cristo es nuestra vida (Col 3, 4).

¡Oh, Señor de mi alma y Bien mío, Jesucristo crucificado!... ¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes sino de Vos?... ¡Y que haya sido en mi mano apartarme yo de Vos, Señor mío, para más serviros! Que ya cuando os ofendía,

no os conocía; mas que, conociéndoos, pensase ganar más por este camino, ¡oh, qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si Vos no me tornárades a él, que en veros cabe de mí he visto todos los bienes...

Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso el primero en el padecer, todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo. Nunca falta. Es amigo verdadero.

Y veo yo claro y he visto después que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor; he visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos...

Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes... Mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones como hacen los del mundo. ¡Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí! (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 22, 3-7).

Señor Jesucristo, tú que eres juntamente Dios salvador de los hombres y hombre omnipotente cabe Dios; yo te invoco, te alabo y te suplico. Acércate a mí con tu indulgencia, con tu compasión y con tu perdón. Pon en mi corazón los deseos que sólo tú puedes saciar; en mis labios, las plegarias que sólo tú puedes escuchar; en mi conducta, las acciones que solo tú puedes bendecir. (**Oración del Misal mozárabe**, PL 35, 187).

151. JESUS Y EL ESPIRITU SANTO

«No retires de mí, Señor, tu santo Espíritu» (Sal 51, 13).

1. — Aunque la gracia sea creación por igual de las tres Personas de la Santísima Trinidad, sin diferencia ni distinción alguna, su efusión se atribuye particularmente a la tercera Persona, al Espíritu Santo, al cual se refiere, por apropiación cuanto dice orden a la obra de la santificación. En este sentido también el inmenso don de gracia que inunda la humanidad de Jesús se ha de atribuir a la acción del Espíritu Santo. El alma de Jesús está adornada de todo don sobrenatural, precisamente porque «el Espíritu Santo habita en Cristo con tal plenitud de gracia que no se puede concebir mayor» (*Myst. Corp.*). La plenitud de la gracia, don creado, corresponde a la plenitud del Espíritu Santo, don increado. Jesús, único que «ha recibido ese Espíritu sin medida» (ib.), recibe de él el inmenso capital de gracia que le permite merecer la gracia para todos los hombres.

El alma de Jesús es tan bella, tan santa, tan íntimamente unida a la divinidad, que el Espíritu Santo «tiene sus delicias en habitar en ella como en su templo preferido». Y habita con tal, plenitud y señorío, que inspira, dirige y guía todas las acciones de Jesús; por eso el Espíritu Santo «es llamado con toda propiedad Espíritu de Cristo, o sea Espíritu del Hijo» (ib.). Varias veces

se dice en el Evangelio que Jesús, «lleno del Espíritu Santo», era «conducido por el Espíritu» (Le 4, 1); y esto sucedía no sólo en circunstancias particulares, sino siempre. Jesús mismo lo afirmó al comienzo de su ministerio, en la sinagoga de Nazareth: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ungió; me ha enviado para evangelizar a los pobres...» (ib., 18).

Jesús nunca era movido de otro impulso, de otro espíritu que no fuese el Espíritu Santo.

2.— «Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu» (LG 4). Jesús con su muerte y resurrección ha merecido a los hombres no sólo la gracia sino al mismo autor de la gracia, al Espíritu Santo, que ya había prometido a los apóstoles, y que luego, subido al cielo, les envió el día de Pentecostés. También ahora reciben los bautizados el Espíritu Santo en dependencia de Jesús. El es siempre quien, en unión con el Padre, lo envía, de modo que este divino Espíritu «es distribuido por la plenitud del mismo Cristo según la medida del don de Cristo» (*Myst. Corp.*) El creyente recibe el Espíritu Santo sólo si está unido a Cristo, y a su vez el Espíritu Santo le une a Cristo. «Si alguno —dice S. Pablo— no tiene el Espíritu de Cristo, ese tal no es de él. Y si Cristo está en vosotros... el espíritu es vida a causa de la Justificación» (Rom 8, 9-10). Quien posee el Espíritu Santo está unido a Cristo; y quien vive en Cristo tiene el Espíritu Santo que lo justifica. No puede Cristo habitar en el cristiano sin que en él esté también su Espíritu.

Vivir en Cristo es vivir en el Espíritu Santo; ser miembro del Cuerpo místico de Cristo es ser templo del Espíritu Santo: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor 3, 16). La gracia que Cristo ha merecido y dispensa a los hombres, no se derrama en ellos sin la intervención del Espíritu Santo; todo crecimiento de los fieles en la gracia depende de la acción creadora del Espíritu Santo y de la acción mediadora de Cristo. «Cristo está en nosotros por su Espíritu, que él nos comunica y por medio del cual obra en nosotros de tal modo que se debe decir que toda realidad divina operada por el Espíritu Santo en nosotros, es operada también por Cristo» (*Myst. Corp.*).

Oh poder del Padre eterno, ayúdame; sabiduría del Hijo, ilumina los ojos de mi entendimiento; dulce clemencia del Espíritu Santo, inflámame y une mi corazón en ti... Confieso, dulce y eterna bondad de Dios, que la clemencia del Espíritu Santo y tu ardiente caridad quiere unir e inflamar mi corazón en ti, y los corazones de todas las criaturas racionales... Tú ardes con el fuego de tu Espíritu, y consumes y arrancas de raíz todo amor y afecto carnal de los corazones de las plantas tiernas que te has dignado trasplantar en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Dígnate, oh Dios, trasladar los afectos mundanos al jardín de tu amor, y darnos un corazón nuevo con conocimiento verdadero de tu voluntad, para que, desasidos del mundo, de nosotros mismos y del amor

propio, y llenos del verdadero fervor de tu amor..., te sigamos sólo por ti, con total pureza y ferviente caridad. (STA. CATALINA DE SENA, **Plegarias y Elevaciones**).

Reconozco, amado Jesús, que ningún fruto espiritual puede madurar en mí si no está regado con el rocío de tu Espíritu y calentado con la fuerza de tu amor. Ten, pues, misericordia de mí, recíbeme en los brazos de tu caridad, inflámame toda con tu Espíritu.

Ven, Espíritu Santo, ven, Dios amor; llena mi corazón desgraciadamente vacío de todo bien. Inflámame para que te ame; ilumíname para que te conozca; tráeme para que encuentre en ti mis delicias; poséeme para que goce de ti.

Omnipotente y divino Paráclito, por el amor con que me has reservado para ti..., concédeme que te ame con todo el corazón, que me adhiera a ti con toda el alma, que empeñe todas mis fuerzas en tu amor y servicio, que viva según tu querer y: preparada por ti, entre sin mancha en el banquete celestial. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 2).

152. VIVIR EN CRISTO

«Señor, robustece nuestra unión con vida divina del que ha querido asumir nuestra naturaleza humana» (MR).

1.— «En verdad, en verdad te digo, si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3, 5). A Dios y a su reino no se llega sino por medio de Cristo e incorporados a él; esta incorporación se efectúa por medio del agua y del Espíritu Santo el día feliz del bautismo. Decía Jesús a Nicodemo: «Es necesario que nazcáis de nuevo» (ib. 7); y se trata en verdad de un nacimiento nuevo, porque el bautismo infunde en el hombre un germen nuevo de vida, participación de la vida divina. «Por el sacramento del bautismo... el hombre se incorpora realmente a Cristo crucificado y glorioso y se regenera para el consorcio de la vida divina» (UR 22). Antes del bautismo tiene una vida meramente humana, después del bautismo queda hecho partícipe de la vida divina, de la vida de Cristo. «Cuanto en Cristo fuisteis bautizados —escribe S. Pablo— de Cristo fuisteis revestidos» (Gál 3, 27). No se trata de un revestimiento exterior, sino interior, de una realidad vivificante que se adhiere al ser íntimo del hombre y lo transforma tan profundamente que se hace en Cristo una «nueva creatura» (2 Cor 5, 17), nacida no de la Carne sino del Espíritu, «no de la sangre... ni de la voluntad del hombre, sino de Dios» (Jn 1, 13).

«¿O es que ignoráis que cuanto fuimos bautizados en Cristo Jesús, en su muerte fuimos bautizados? Consepultados, pues, fuimos en él por el bautismo en orden a la muerte, para que, como fue Cristo resucitado de entre los muertos..., así también nosotros en novedad de vida caminemos» (Rom 6, 3-4). Nacidos, regenerados en Cristo, los creyentes deben vivir en él una vida nueva, semejante a la suya. Y como Cristo «murió de una vez para

siempre al pecado», es decir, destruyó con la muerte los pecados de los hombres, «así también vosotros —exhorta el Apóstol— haceos cuenta que estáis muertos para el pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús». La vida en Cristo Jesús exige morir definitivamente al pecado: «El pecado no ha de dominar sobre vosotros» (ib. 10-14).

2. — «Por el misterio de esta agua y de este vino seamos hechos consortes de la divinidad de quien se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad» (MR). Esta fórmula que el sacerdote repite en cada misa expresa la maravillosa realidad derivada del bautismo, mediante la cual todo bautizado es admitido a participar en la vida divina de Cristo. Pero este don totalmente gratuito, exige correspondencia. «Reconoce, cristiano, tu dignidad —exclama S. León Magno—, y ya que has venido a ser partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas con una conducta indigna a la antigua abyección. Recuerda de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro» (Sr 21, 3).

Todo lo que es pecado, defecto o infidelidad voluntaria deshonra a Cristo nuestra Cabeza, contrista al Espíritu Santo que habita en nosotros. Pero el cristiano auténtico no puede contentarse con evitar el pecado; debe preocuparse de hacer crecer en él la vida de Cristo. El bautismo, en efecto, «todo él tiende a conseguir la plenitud de la vida de Cristo» (UR 22). No basta vivir en Cristo; es preciso que esa vida sea plena, exuberante. En la vida natural el hombre crece aun sin el concurso de su voluntad; pero en la vida de la gracia no es así. Si él no coopera, puede llegar a quedarse en un estadio inicial a los veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años de su bautismo y luego de centenares de confesiones y comuniones. ¡Qué monstruosa desproporción! Adultos y acaso viejos según la naturaleza, que continúan niños según la gracia.

Es preciso crecer en Cristo, es preciso que Cristo crezca en todo creyente. La palabra del Bautista indica el camino: «El ha de crecer, yo menguar» (Jn 3, 30). Tales son las exigencias del desarrollo de la vida de la gracia: hacer morir el propio yo, el «hombre viejo», con sus malos hábitos, sus defectos y sus imperfecciones, para que en el bautizado crezca la vida de Cristo hasta llegar a la edad perfecta, «a un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13).

Oh Jesús, fuente de vida, haz que pueda yo beber de esa agua viva que brota de ti, para que, después de haberte gustado, no tenga ya más sed sino de ti. Sumérgeme toda en el abismo de tu misericordia; bautízame en la pureza de tu muerte preciosa; renuévame en la sangre con que me has redimido. Purifica en el agua que mana de tu corazón sacratísimo cualquier mancha con que haya podido empañar la inocencia bautismal. Lléname de tu Espíritu y poséeme toda en la pureza del cuerpo y del alma. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 1).

¡Oh Jesús mío, ten misericordia de mí!... Concédeme estar unido a ti por la gracia y por las buenas obras, para que dé frutos dignos de ti, y no me haga por

mis pecados «rama seca, buena sólo para ser cortada y arrojada al fuego». (C. MARMION, **Cristo en sus misterios**, 14).

¡Oh Dios y Señor mío! Al que Vos habéis levantado y él ha conocido cuán miserablemente se perdió por ganar un breve contento y está determinado a contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor, pues no faltáis, Bien de mi alma a los que os quieren, ni dejáis de responder a quien os llama, ¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo con la memoria de haber perdido tanto bien como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener es morir siempre con este sentimiento... Señor mío, parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo vinisteis al mundo por los pecadores, y nos comprasteis por tan gran precio, y pagasteis nuestros falsos contenidos con sufrir tan crueles tormentos y azotes...

Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. El viva y me dé vida; él reine y sea yo su esclava, que no quiere mi alma otra libertad. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 3; 17).

153. DOMINGO II «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Oh Dios, que nos llamas a ser santos en Cristo Jesús, danos tu gracia y tu paz» (1 Cor 1, 2-3).

Las lecturas de este domingo siguen teniendo un carácter epifánico, es decir, que manifiestan la divinidad y la misión de Cristo. Al testimonio del Padre: «Este es mi hijo amado en quien me complazco» (Mt 3, 17), le corresponde el del Bautista: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). Jesús presentado por el Padre como su hijo muy querido, es ahora presentado como el cordero inocente que será ofrecido en sacrificio para expiación de los pecados. No se trata, pues, de un Mesías político venido a dar a Israel poder y gloria terrenos, sino del «Siervo de Yahvé» anunciado por Isaías, que toma sobre sí las iniquidades de los hombres y las expía con su muerte. Por medio de su Sacrificio se hace luz y salvación, no sólo para Israel, sino para toda la humanidad, y en él se manifiesta la gloria de Dios. «Tú eres mi siervo, en quien me gloriaré... Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (Is 49, 3. 6). La profecía de Isaías, leída con ojos cristianos es transparente. El que Dios, por boca del profeta, designaba con el nombre de «siervo suyo», es el mismo que ahora, en la plenitud de los tiempos, presenta al mundo como «hijo suyo», objeto de todas sus complacencias. La divinidad de Cristo resplandece: Unigénito del Padre, es Dios como el Padre; asumiendo la naturaleza humana, su divinidad no ha disminuido. Sin embargo, la esconde, como aniquilada, tomando de hecho la forma de esclavo y abajándose sin más hasta la condición de un cordero

ofrecido en holocausto. Pero precisamente mediante este sacrificio que desemboca en la resurrección, recupera plenamente su gloria de Hijo de Dios y contiene el poder de participarla a todos los hombres redimiéndolos del pecado y presentándolos al Padre como hijos.

En presencia de la grandeza de Cristo, Juan advierte su poquedad y confiesa: «Este es aquél de quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre que ha sido puesto delante de mí, porque era primero que yo» (Jn 1, 30). Iluminado por Dios, reconoce la prioridad absoluta de Cristo y de su misión; él es el «elegido de Dios» venido no ya a bautizar con agua, sino «en el Espíritu Santo» (ib. 33-34).

Delante de Cristo desaparece todo apóstol, o mejor dicho, vale y puede actuar sólo en la medida que depende de él en todo y humildemente.

¡Oh, Verbo! ¡Oh Jesús! ¡Qué hermoso eres! ¡Qué grande eres! ¿Quién llegará a conocerte? ¿Quién podrá comprenderte? Haz, oh Jesús, que yo te conozca y te ame.

Tú que eres la luz, envía un rayo de ella a mi pobre alma. Déjame volver la mirada a ti, belleza infinita. Vela un tanto los esplendores de tu gloria, para que pueda contemplar y ver tus perfecciones divinas.

Abre mis oídos; que pueda yo oír tu voz y meditar tus divinas enseñanzas. Abre también mi espíritu y mi entendimiento; que tu palabra llegue hasta mi corazón y él la guste y la comprenda.

Enciende en mí una gran fe en ti, para que cada palabra tuya sea luz que me ilumine, me atraiga a ti y me lleve a seguirte en todos los caminos de la justicia y de la verdad.

¡Oh Jesús! ¡Oh Verbo! Tú eres mi Señor, mi único y solo maestro. ¡Habla! Quiero escucharte y poner en práctica tu palabra. Quiero escuchar tu palabra porque sé que viene del cielo. Quiero escucharla, meditarla, ponerla en práctica porque en tu palabra está la vida, la alegría, la paz y la felicidad.

¡Habla! Tú eres mi Señor y mi maestro, y yo no quiero escuchar sino a ti. (A. CHEVRIER, El verdadero discípulo).

CICLO B

«Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3, 10).

Como el joven Samuel de que habla la Biblia, debe el cristiano estar siempre pronto a cualquier llamada de Dios. Pero es verdad que no es siempre fácil reconocer la voz del Señor. Samuel la reconoció sólo después de ser instruido por el sacerdote Elí al que había recurrido y quien le sugirió cómo portarse: «Si te llaman dirás: "Habla, Señor, que tu siervo escucha"» (1 Sam 3, 9). Aun cuando Dios llama directamente a los particulares, quiere que éstos recurran a la Iglesia para ser instruidos sobre el sentido de sus llamadas, y ella tiene el cometido de reconocer e interpretar las inspiraciones

divinas. Supuesto lo dicho, la disposición fundamental para acoger la llamada de Dios es la prontitud y la disponibilidad, es el deseo de conocer y seguir al Señor.

El Evangelio nos ofrece un ejemplo típico de ello en la vocación de Juan y de Andrés. No son llamados directamente por Dios, sino a través de un intermediario, el Bautista, su maestro. Un día le oyen decir refiriéndose A Jesús: «Este es el Cordero de Dios» (Jn 1, 36); en estas palabras reconocen el anuncio del Mesías tan esperado, y le siguen inmediatamente. Quieren reconocerlo, saber dónde mora, y se van con él: «y se quedaron con él aquel día» (ib. 39). Impresiona la rectitud y el desinterés del Bautista que no se cuida de hacer prosélitos, sino de anunciarles el Mesías y encaminarlos a él, totalmente fiel a su misión de «voz» que prepara los caminos del Señor (ib. 23) y luego desaparece en el silencio. Pero impresiona también la presteza con que Juan y Andrés dejan al antiguo maestro y siguen a Jesús. Han sabido que es el Mesías y eso basta para que vayan en su seguimiento y procuren atraer a él a otros, como hace al punto Andrés llamando a su hermano Simón.

Todo cristiano es un llamado —cada cual según su estado de vida— a seguir a Cristo, a la santidad, al apostolado. «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (1 Cor 6, 15); justamente en virtud de su pertenencia al Cuerpo místico de Cristo, debe el cristiano ser santo y secuaz de Cristo. Lo mismo que el miembro impuro, así también el que no es santo deshonra a la cabeza y daña a todo el cuerpo. En cambio, el miembro santo honra a Cristo, es útil a la santificación del cuerpo y colabora con Cristo mismo en la salvación de los hermanos.

¡Qué bueno eres, mi Señor Jesús, queriendo llevar este nombre de Cordero de Dios, el cual significa que eres víctima como el cordero, y dulce como el cordero..., y que perteneces a Dios, es decir, que todo lo que haces lo haces por Dios!

También nosotros somos víctimas a ejemplo tuyo, oh amado Jesús, víctimas por tu amor, holocaustos que arden en honor tuyo por medio de la mortificación y de la oración, derramándonos en renuncia absoluta de nosotros mismos para ti solo, olvidándonos del modo más radical y dedicando todos nuestros instantes al esfuerzo de agradarte lo más posible...

Debemos ser, como tú, «víctimas para la redención de muchos», uniendo para la santificación de los hombres nuestras plegarias a las tuyas, nuestros sufrimientos a los tuyos, abismándonos a tu ejemplo en la mortificación, para ayudarte eficazmente en tu obra redentora, porque el sufrimiento es la condición **sine qua non** para, hacer bien al prójimo: «Si el grano de trigo no muere, no lleva fruto...»

¡Oh Jesús!, tu primera palabra a los discípulos es: «Venid y veréis», esto es: «Seguid y mirad., o sea: imitad y contemplad.... La última es: «Sígueme... ¡Qué tierna, dulce, saludable y amorosa es esta palabra: «Sígueme», esto es, «imitame»!... ¿Qué cosa más dulce puede oír el que ama? ¿Qué cosa más

saludable desde el momento que la imitación está tan íntimamente unida al amor? (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el Evangelio**).

CICLO C

«Cantad al Señor un canto nuevo..., anunciad su salvación día tras día» (Sal 96, 1-2).

Para expresar el amor fuerte y tierno, celoso y misericordioso de Dios hacia su pueblo, los profetas no han hallado imagen más significativa que la del amor nupcial. Bajo este aspecto presentan las relaciones de alianza y amistad que Dios quiere establecer con Israel y la obra de salvación que realizar en favor de Jerusalén. «Porque como se casa joven con doncella, se casará contigo tu edificador, y con gozo de esposo por su novia, se alegrará por ti tu Dios» (Is 62, 5). La alegoría es retomada en el Nuevo Testamento con un sentido más concreto y profundo. El Hijo de Dios al encarnarse se desposa con la naturaleza humana uniéndola a sí de manera personal e indisoluble. Es por lo que Jesús, hablando del Reino de los cielos, lo compara a un banquete nupcial, y la llamada a entrar en él a una invitación a bodas. Son sus bodas con la humanidad celebradas en su encarnación y consumadas luego en la cruz.

En ese contexto, el primer milagro de Jesús que tuvo lugar en una fiesta de bodas, recuerda la realidad inefable de las relaciones de amor, de intimidad y de comunión que el Hijo de Dios hecho carne ha venido a establecer con los hombres. No sólo Israel o Jerusalén, sino toda la humanidad está llamada a participar en esta unión esponsal con Dios. El precio que le confiere este derecho será la sangre de Cristo derramada en la cruz en la hora establecida por el Padre.

En Caná, a donde ha ido Jesús con su Madre y sus discípulos, esa hora no ha llegado aún (Jn 2, 4); sin embargo, por intercesión de María, la anticipa con una «señal» que preludia la salvación y la redención. El agua se convierte milagrosamente en vino del mejor, como para indicar el profundo cambio que la muerte y la resurrección de Cristo van a obrar en los hombres, haciendo abundar la gracia donde antes abundaba el pecado, transformando el agua insípida y fría del egoísmo humano en el vino fuerte y generoso de la caridad. Y todo esto se realiza porque el hombre —todo hombre— está invitado a participar en las bodas del Verbo con la humanidad y a gozar, por lo tanto, de su amor e intimidad de esposo.

La presencia y la intervención de María en las bodas de Caná son un poderoso motivo de confianza. El hombre se siente indigno de la comunidad con Cristo, pero si se confía a la Madre, ella lo dispondrá y lo introducirá hasta Cristo adelantando su hora.

¡Oh abismo y altura inestimable de caridad, cuánto amas a esta tu esposa que es la humanidad! ¡Oh vida por quien las cosas todas viven! Tú la has arrebatado de las manos del demonio que la poseía como suya... y la has desposado con tu carne. Has dado en arras tu sangre, y por último, abriendo tus venas, has hecho el pagamento entero.

¡Oh inestimable amor y caridad! Tú demuestras ese deseo ardiente; y así corriste, como ebrio y ciego, al oprobio de la cruz. El ciego no ve, ni el ebrio..., así tú, casi como muerto, te perdiste a ti mismo; como ciego y ebrio por nuestra salud.

Y no te retrajo nuestra ignorancia ni nuestra ingratitud, ni el amor propio que nos tenemos.

¡Oh dulcísimo amor Jesús! Te has dejado cegar por el amor, que no te deja ver nuestras iniquidades; has perdido el sentimiento de ellas. ¡Oh dulce Señor! Parece que (el pecado) las ha querido ver y castigar sobre tu dulcísimo cuerpo, dándote el tormento de la cruz; y estando sobre la cruz como enamorado, nos muestras que no nos amas para utilidad tuya, sino para nuestra santificación. (STA. CATALINA DE SENA. **Epistolario**, 221, 225, v. 3).

154. YO SOY LA VERDAD

«En tu luz, Señor, vea yo la luz» (Sal 36, 10).

1. — Jesús ha venido para dar a los hombres la vida y ha venido también para enseñarles el camino que conduce a la vida; él, que es fuente de vida, es también Maestro de vida.

Así lo ha presentado el Padre celestial desde el comienzo de su ministerio. El Espíritu Santo que, luego del bautismo de Jesús, bajó sobre él en forma de paloma y la voz del cielo que se oyó: «Este es mi Hijo amado, en quien me agradé» (Mt 3, 17) son, por decirlo así, las credenciales que garantizan su enseñanza y dan su razón profunda. ¿Quién no prestará fe a sus palabras si es el Hijo de Dios y si el Espíritu Santo está con él? Dos años más tarde, sobre el Tabor, se renueva la misma presentación; igual voz, iguales palabras: «Este es mi Hijo amado, en quien me agradé». Y además se hace la recomendación explícita: «Escuchadlo» (Mt 17, 5), que pone de relieve su función de Maestro.

Jesús mismo más tarde se ha revelado como Maestro, más aún, como único Maestro: «Vosotros me llamáis maestro... y decís bien, pues lo soy» (Jn 13, 13). En cuanto a vosotros «no os hagáis llamar maestros, porque uno solo es vuestro Maestro» (Mt 23, 10). Cuando Jesús afirma que es la vida, afirma también que es «la verdad»; más aún, delante de Pilatos que le pregunta sobre su origen y su misión, Jesús declara: «Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). El que escucha y practica su palabra escucha y conoce la verdad: «Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad» (Jn 8, 31-32).

2. — El hombre puede ser maestro, pero puede también no serlo sin dejar de ser hombre. En cambio, Jesús es Maestro por naturaleza, justamente porque es el Verbo encarnado, Dios es la verdad, la verdad absoluta; toda la verdad que hay en el Padre se comunica al Verbo y llega al hombre por medio de Cristo. Dios «envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios. Jesucristo, Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, habla las palabras de Dios» (DV 4).

Jesús es Maestro en cuanto que es el Verbo, palabra sustancial del Padre, que contiene y manifiesta toda la verdad, toda la sabiduría, toda la ciencia que puede haber; él mismo es la verdad, la sabiduría, el esplendor; la luz del Padre. Es por lo que Jesús ha podido decir que es el único Maestro. Los demás maestros conocen sólo una parte de la verdad, Jesús no sólo conoce toda la verdad, sino que, como Verbo, es la Verdad; los demás maestros enseñan verdades superiores a sí mismos, que tienen ser independientemente de ellos y que por lo tanto conocen siempre imperfectamente. Jesús, en cambio, enseña la verdad que es él mismo por naturaleza, y por tanto su enseñanza es absolutamente única e infalible. Por tal motivo ha podido decir Jesús: «Yo, la luz, he venido al mundo» (Jn 12, 46); y más explícitamente aún: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12). Sólo Jesús puede declararse luz del mundo y dar «la luz de la vida», porque sólo el Verbo es la luz, la Palabra de Dios.

La enseñanza de Jesús no está hecha de solas palabras humanas por sublimes y elevadas que puedan ser, sino que refleja la palabra del mismo Dios. Y esta palabra nos invita a abrir mente y corazón.

Tú, altísimo Dios Padre, indicas y enseñas al alma la forma, el modo y el camino por el que pueda conocerte y llegar a ti a través del amor. Este camino y este magisterio nos los enseñas por tu Hijo amado... Por eso el alma que aspira a encontrar la luz divina, estudia, piensa y lee continuamente en el libro de la vida, que es la vida toda de Cristo mientras vivió en esta vida mortal. (STA. ANGELA DE FOLIGNO, **Il libro della B. Angela**, II, p. 136).

Te adoro, Dios mío, verdadera y única luz. Desde la eternidad, antes que nada creado hubiese, cuando estabas solo —solo, pero no solitario, porque siempre has sido tres Personas— eras la Luz infinita. Nadie te veía, sino tú mismo. El Padre veía la Luz en el Hijo, y el Hijo en el Padre.

Como eras en el principio, así eres también ahora... en esa tu luz increada, infinitamente glorioso e infinitamente bello... Dios de clemencia, ¿quién podrá acercarse a tu infinita Majestad? Y, por otra parte, ¿cómo quedarse lejos de ti?

¿Cómo quedarse lejos de ti? Tú que eres la luz de los ángeles, eres también la única luz de mi alma. Tú «iluminas a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1, 9). Sin, ti, me encuentro en la más profunda oscuridad, una oscuridad comparable al infierno. Cuando estás lejos, se consume y apaga mi corazón, y sólo revive en la medida que muestras tu luz.

Tú te acercas o alejas a tu arbitrio, Dios mío, y no puedo retenerte. Sólo puedo rogarte que te quedes: «Quédate, Señor, con nosotros, que anochece y declina el día» (Lc 24, 29). Quédate hasta la mañana y no partas sin dejarme tu bendición; quédate conmigo en este valle oscuro, hasta que se disipen las tinieblas.

Quédate, luz de mi alma, porque atardece. Espesas sombras que no vienen de ti, están para cubrirme... En mi desconsuelo y tristeza siento la necesidad de algo que yo mismo no sé expresar. Es de ti de quien necesito. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

155. LA DOCTRINA DE JESUS

«Jesús, Maestro, tú solo “tienes palabras de vida eterna”» (Jn 6, 68).

1.— Las verdades que Jesús enseña son tan importantes, tan esenciales, que el conocerlas o no, el prestarles fe o negársela es cuestión de vida o muerte; la suya no es una doctrina facultativa, sino de tal modo necesaria que sin ella no se puede llegar a la vida eterna. «Quien cree en el Hijo posee vida eterna. Quien no cree ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Jn 6, 36. 18). Frente a las verdades que enseña Jesús, todas las otras valen bien poco.

Y justamente porque su doctrina es absolutamente in-dispensable, Jesús, para ayudar a los hombres a prestarle fe, ha demostrado su verdad con milagros. A los judíos obstinados que no querían creer en él les decía: «estas mismas obras que hago testifican acerca de mí que el Padre me ha enviado» (Jn 5, 36); y en otra ocasión añadía: «Ya que a mí no me creéis, creed a mis obras» (Jn 10, 38). Y cuando los discípulos del Bautista fueron a preguntarle si era él el Mesías en quien había de creer, Jesús dijo sencillamente: «Id y anunciad a Juan lo que oís y veis: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los muertos son resucitados (Mt 11, 4-5). El Evangelio, cuando narra los prodigios del Señor, casi siempre concluye con expresiones como ésta: «y sus discípulos creyeron en él», o bien: «muchos creyeron en él» (Jn 2, 11; 11, 45), «todos se maravillaban y glorificaban a Dios» (Mc 2, 12). Jesús es el único Maestro que puede garantizar con milagros la verdad de su doctrina: «con palabras y obras, signos y milagros..., lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino» (DV 4).

2.— Jesús quiere que su doctrina sea comprendida por todos, aun por los sencillos e ignorantes; y aun insiste en decir que ha venido en particular «a anunciar a los pobres la buena noticia» (Lc 4, 18). Jesús no es un maestro que busque gloria o aplausos; busca únicamente el bien de sus discípulos: usa un lenguaje sencillo que todos puedan entender y se sirve de las cosas más humildes y comunes para enseñar las verdades más sublimes, como cuando, por ejemplo, toma pie del agua del pozo, para hablar del agua viva

de la gracia, o de las vides del campo para explicar el misterio de nuestra unión con él, vid verdadera. Jesús no espera que se le vaya a buscar, sino que es un maestro que va en busca de sus discípulos buscándolos dondequiera: en el banco de los alcabaleros, en las casas y en los círculos de los publicanos, por las calles, por las plazas, en los campos; enseña en las sinagogas y en la puerta del templo, lo mismo que desde la barca de Pedro o desde los ribazos verdes de los montes; acoge de noche a Nicodemo y se detiene junto al pozo de Siquem para esperar a la Samaritana.

Jesús expone su doctrina de modo adaptado no sólo a la mentalidad y a las necesidades de las turbas de Palestina, sino también a las de todas las generaciones futuras; por eso su palabra es siempre viva, actual, apropiada a las necesidades de cada tiempo y de cada persona.

Frente a su enseñanza se forman dos grupos. El de los hombres soberbios y obstinados, que no han querido creer ni siquiera a los más estrepitosos milagros; de ellos dice Jesús: «Si yo no viniera y les hablara, no tuvieran pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado» (Jn 15, 22). El de los hombres rectos, sinceramente deseosos de la verdad, qué han acogido su palabra con fe y amor. Jesús se complace de ello y dice: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste estas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos» (Mt 11, 25).

¡Oh Jesús! Tú eres el dulce maestro que has subido a la cátedra para enseñarnos la doctrina de la verdad, y el alma que la sigue no puede caer en las tinieblas.

Eres el camino por el que vamos a esa escuela, es decir, a seguir tus obras. Así has dicho: Yo soy Camino, Verdad y Vida. Y así es en verdad, porque el que te sigue, oh Verbo, con la verdadera y santa pobreza, humilde y manso, tolerando toda injuria y sufrimiento, con verdadera y santa paciencia, aprendiendo de ti, dulce Maestro, que eres su camino, hace a todos bien a cambio de mal; y ésta es tu doctrina.

¡Oh dulce Maestro!, bien nos has enseñado el camino y la doctrina, y bien dijiste que eres Camino, Verdad y Vida, Por eso el que sigue tu camino y tu doctrina, no puede tener en sí la muerte, sino que recibe en sí vida perdurable; y no hay demonio, ni criatura, ni injuria recibida que se la puede quitar, si él no quiere. (STA. CATALINA DE SENA, **Epistolario**, 101, v. 2).

¡Oh Señor, Dios mío, y cómo tenéis palabras de vida, adonde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas ¡qué maravilla, Dios mío!, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras!... ¿Qué es esto, Señor?... ¡Oh, qué gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Creador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester que al ciego que lo era de su nacimiento, que éste deseaba ver la luz y no podía. Ahora, Señor, no se quiere ver...

Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida... ¡Oh desventurados de nosotros, Señor!, que bien lo sabemos y creemos sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 8, 1-2; 13, 2).

156. JESUS REVELA AL PADRE

«Señor, muéstrame al Padre y me basta» (Jn 14, 8).

1.— «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero» (Jn 17, 3), afirma Jesús. Y el evangelista Juan observa: «A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Jn 1, 18). Sólo Jesús, Hijo de Dios, puede darnos a conocer a Dios; sólo él, en su cualidad de Verbo, es por naturaleza el Revelador de Dios.

Del mismo modo que la palabra del hombre expresa su pensamiento, así el Verbo, Palabra sustancial del Padre, expresa al Padre, revela a Dios. Cuando el Verbo se encarna, sigue siendo lo que es, y por eso continúa siendo la Palabra, el resplandor, el Revelador de Dios; encarnándose no hace más que tornarse visible y sensible a los hombres, accesible a su capacidad, pero no se debilita en manera alguna su cualidad de Verbo. Aun cuando no habla, Jesús con su sola Persona y con cualquiera de sus actos, muestra, revela a Dios. Más de una vez, y con la pena de no ser comprendido, ha repetido Jesús: «si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre» (Jn 8, 19; 14, 7); Y a Felipe que, durante la última Cena, le pedía le dejase ver al Padre, le respondió en tono de manso reproche: «¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?» (Jn 14, 9-10).

Jesús «es la imagen de Dios invisible» (Col 1, 15): quien lo mira con fe y amor, conoce a Dios. De ningún otro maestro, de ningún otro modo se puede aprender este conocimiento, indispensable para la vida eterna. «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11, 27). La revelación del Padre es el gran regalo de Jesús a los hombres.

2.— Puede el hombre, con su razón y subiendo de las cosas creadas a su causa primera, conocer la existencia de Dios como creador y señor del universo.

Pero hay otras verdades divinas absolutamente inasequibles para la inteligencia humana: la Trinidad de Dios, la encarnación del Verbo, la paternidad divina para con los hombres, la incorporación de éstos a Cristo y su elevación al orden sobrenatural. Estas verdades, que son las más profundas, las más reveladoras de Dios y de su vida íntima y que al mismo tiempo se refieren al destino supremo del hombre, el hombre no las habría conocido jamás si Jesús no hubiese venido a revelarlas. «La verdad profunda

de Dios y de la salvación del hombre —afirma el Concilio Vaticano II—... resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación» (DV 2).

Jesús abre a los hombres el tesoro de la revelación con la máxima autoridad: «Nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto. Yo hablo lo que he visto donde mi Padre. Vosotros no le conocéis, pero yo le conozco, porque vengo de él» (Jn 3, 11; 8, 38; 7, 28-29). Con las parábolas del hijo pródigo y de la oveja descarriada, con las conmovedoras expresiones sobre la bondad del Padre Celestial «qué hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5, 45), que alimenta los pájaros del cielo y viste los lirios del campo (Mt 6, 26, 30), Jesús nos revela la misericordia infinita y la providencia paternal de Dios que trata a los hombres como a hijos suyos. Pero la revela más aún con sus obras: con su solicitud por todas las miserias materiales y espirituales, con el amor que le empuja de continuo a buscar almas que salvar hasta dar por ellas la vida. La buena noticia traída por Jesús al mundo consiste sobre todo en la revelación de Dios caridad infinita, de Dios Padre amantísimo; sobre esta revelación se basa todo el Nuevo Testamento y toda la vida cristiana.

Padre, no te conozco porque nunca te he visto, pero acepto todo lo que tu Hijo divino, tu Verbo, me revela sobre ti.

Oh Jesús, a través de tus misterios, muéstranos a tu Padre: sus perfecciones, sus grandezas, sus derechos, sus querer. Muéstranos lo que es para ti y lo que es para nosotros, para que nosotros le amemos y él nos ame, y nada más pediremos. Muéstranos al Padre y esto nos basta. (C. MARMION, **Cristo en sus misterios**, 3).

Jesús, enséñame a gustar la infinitud del Padre. Háblame, Señor Jesús, acerca del Padre. Hazme niño para hablarme de él como los padres de la tierra conversan con sus pequeños; hazme amigo tuyo para hablarme de él como hablabas con Lázaro en la intimidad de Betania; hazme apóstol de tu palabra para decirme de él lo que conversabas con Juan; recógeme junto a tu Madre como recogiste junto a ella a los doce en el Cenáculo..., lleno de esperanza para que el Espíritu que prometiste me hable todavía de él y me enseñe a hablar de él a mis hermanos con la sencillez de la paloma y el resplandor de la llama (G. CANOVAI, **Suscipe Domine**).

Tú, Señor Jesús, eres el mediador entre Dios y la humanidad; no diafragma, sino trámite; no obstáculo sino camino; no un sabio de tantos, sino el único Maestro; no un profeta cualquiera, sino el único necesario intérprete del misterio religioso, el único que une a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Nadie puede conocer al Padre, tú lo has dicho, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo que eres tú, oh Cristo Hijo del Dios vivo, se lo haya querido revelar (Mt 11, 27; Jn 1, 18). Tú eres el Revelador auténtico, tú eres el puente entre el reino de la tierra y el reino de los cielos. Sin ti nada podemos hacer (Jn 15, 5). (PAULO VI, **Enseñanzas**, v. 6).

157. SED PERFECTOS

«Maestro bueno, enséñame el camino que conduce a la vida» (Mc 10, 17; Mt 7, 14).

1.— El conocimiento de Dios en el que, como dice Jesús, consiste la vida eterna, no es un conocimiento teórico que se limite a iluminar la inteligencia, sino un conocimiento que mueve la voluntad a amar a Dios y regula la vida entera según el querer divino. Mostrando al Padre celestial, Jesús enseña a los hombres a amarlo y a postrarse de un modo que le sea grato: «Sed perfectos —dice— como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). Esta breve fórmula compendia dos grandes verdades: el modelo de toda santidad es Dios, porque sólo Dios es la plenitud de la perfección sin mancha alguna de defecto; la voluntad de Dios es que también los hombres sean perfectos y lo sean buscando copiar en sí la perfección misma de Dios.

Pero ¿cómo puede una pobre criatura humana Imitar la perfección divina? Jesús ha venido a los hombres para darles esa posibilidad. La gracia que Jesús, junto con las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, ha merecido para los creyentes y les distribuye de continuo, los eleva del plano humano al sobrenatural y divino, por el que son hechos partícipes del amor infinito con que Dios se ama a sí mismo y ama a sus criaturas.

Sin embargo el hombre no puede ver la perfección de Dios, que «habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver» (1 Tim 6, 16); pero Jesús es su revelador, lo revela en sí mismo, en sus obras y en sus palabras. Aquí tenemos, pues, a Jesús, Maestro perfecto de santidad; anuncia a los hombres que Dios los quiere santos, les muestra el ideal supremo e infinito de la santidad: Dios, y los pone en situación de encaminarse hacia ese ideal sublime.

2.— Diciendo «sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial», Jesús propone un modelo de santidad que ninguna criatura podrá nunca agotar; la perfección de los más grandes santos es nada frente a la perfección de Dios. Jesús, por tanto, enseña a no contentarse nunca con la perfección alcanzada, con los esfuerzos o progresos hechos, pues son nada frente al ideal altísimo por él propuesto. Enseña a no detenerse nunca en el camino de la santidad, a no decir nunca «¡Basta!» Por mucho que se haga, nunca se hará bastante. ¿Quién podrá, en efecto, ser tan justo como Dios, tan misericordioso con él? Mientras el hombre vive en la tierra, su santidad consiste en tender continuamente hacia la perfección de Dios. «Corremos siempre con el deseo —dice S. Agustín—. Nadie mientras está en vida, diga que ha llegado» (In Ps 83, 4).

Entre las infinitas perfecciones de Dios, Jesús ante todo señala y propone a los hombres el amor. Precisamente porque «Dios es amor» (1 Jn 4, 16), enseña Jesús que «el mayor y primer mandamiento» es el amor a Dios, y el segundo «semejante al primero» es el amor al prójimo (Mt 22, 36-39). Tampoco el precepto del amor, al igual que el de tender a la perfección, tiene

límites; pues por más que el hombre ame a Dios, nunca llegará a amarlo cuanto es amable y cuanto se merece; y por más que ame al prójimo, no lo amará nunca como le ama Dios.

El ideal de santidad propuesto por Jesús es tan alto que exige un progreso constante, una escalada continua hacia cumbres cada vez más altas. En este sentido S. Pablo, aunque elevado ya al tercer cielo, rico en dones divinos y lleno de amor a Dios y al prójimo, escribe humildemente: «Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta». Y concluye: «Así pues, todos los perfectos tengamos estos sentimientos... Desde el punto a donde hayamos llegado, sigamos adelante» (Fil 3, 13-16).

Dios mío, lo que nos pides por encima de todo es que te imitemos, según las palabras de Cristo: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial»... Quiero, pues, darme a ti con gran deseo de imitarte en tu santidad, en tu pureza y caridad, en tu misericordia y paciencia, en tu prudencia, mansedumbre, y en todas las otras perfecciones tuyas. Por eso te ruego quieras tú mismo imprimir en mi alma una imagen y semejanza perfecta de la santidad de tu vida y de tus virtudes. (S. JUAN EUDES, **Miseria dell'uomo e grandezza del cristiano**, II, 8).

Dios mío, tú no puedes inspirar deseos irrealizables. Por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Crecer me es imposible; he de soportarme a mí misma tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir uno por uno los peldaños de una escalera, el ascensor suplente con ventaja a la escalera. Pues bien, yo quisiera encontrar también un ascensor para llegar hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección. Animada de estos sentimientos, busqué en los Sagrados Libros el soñado ascensor, objeto de mis deseos, y hallé estas palabras, salidas de la boca de la Sabiduría eterna: «El que sea pequeñito que venga a mí». Me he acercado, pues, adivinando que había encontrado lo que buscaba... El ascensor que ha de subirme al cielo son vuestros brazos ¡oh Jesús! Por eso, no necesito crecer; al contrario, he de permanecer pequeña, y aun empequeñecerme más cada día. ¡Oh, Dios mío! Habéis sobrepasado mi esperanza, y quiero cantar vuestras misericordias. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos auto-biográficos**, C, IX, 5-6).

158. LAS EXIGENCIAS DE LAS ENSEÑANZAS DE JESUS

«Señor, en mi corazón guardo tus palabras para no pecar contra ti» (Sal 119, 11).

1.— Invitando a sus discípulos a imitar la santidad del Padre celestial, los empeña Jesús en una lucha profunda contra el pecado, el cual se opone

directamente a la perfección infinita de Dios y es su mayor ofensa. Cristo en toda su enseñanza inculca un odio profundo al pecado y sobre todo al orgullo, a la hipocresía, a la malicia obstinada, que constituyen un estado de oposición completa a Dios. Por eso Jesús, tan misericordioso con los pecadores, lanza palabras de fuego contra los fariseos: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados...! ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar a la condenación de la gehenna?» (Mt 23, 27. 33). Describe luego la fealdad del pecado y saca a luz los desastrosos efectos que produce en el hombre, conduciéndolo a un estado de extrema miseria moral. Es lo que nos dice en la parábola del hijo pródigo, el cual, por haber abandonado al padre, se ve reducido a «cuidar puercos» (Lc 15, 15).

«Todo el que comete pecado —dice Jesús— es esclavo del pecado» (Jn 8, 34); el esclavo del pecado no puede ser siervo de Dios, por eso insiste el Maestro: «Nadie puede servir, a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro; o bien se entregará al uno y despreciará al otro» (Mt 6, 24).

Jesús Salvador ha venido para destruir el pecado y lo destruye con su muerte; pues precisamente con su muerte muestra del modo más claro la malicia enorme del pecado. El pecado es tan contrario a Dios y tiene una fuerza destructora tan tremenda, que llega a causar la muerte del Maestro divino.

2.—«Nadie por sí y por sus propias fuerzas se libera del pecado y se eleva sobre sí mismo; nadie se libera completamente de su debilidad... o de su esclavitud; todos tienen necesidad de Cristo modelo, maestro, libertador, salvador, vivificador» (AG 8). Y Jesús, que ha muerto para destruir el pecado, continúa ofreciendo a todo cristiano de buena voluntad la gracia necesaria para combatirlo en todas sus formas.

No basta eliminar el pecado mortal que está en completa oposición a Dios; hay que luchar también contra el pecado venial, contra cualquier defecto o falta, porque todo ello está en contraste con la santidad infinita de Dios. Por eso Jesús, que presenta la perfección del Padre celestial como norma de la vida cristiana, empeña al hombre en una lucha asidua contra el pecado para destruirlo en sí hasta las raíces y en sus formas más leves. Es justamente eso lo que Jesús nos enseña con las lacónicas palabras: niégate a ti mismo. Se trata de negar él propio yo en todas sus inclinaciones y hábitos defectuosos, y se trata de negarlo de continuo. Este trabajo es arduo, pero indispensable para llegar a la santidad. Jesús nos advierte, en efecto: «¡qué estrecha es la entrada y angosto el camino que conduce a la vida!; y pocos son los que la encuentran» (Mt 7, 14). Haciéndose eco de Jesús, todos los maestros del espíritu insisten sobre el desasimiento, la desnudez y la renuncia, proponiendo este trabajo como base indispensable de toda vida espiritual; y S. Juan de la Cruz a todo el que quiere llegar a la unión con Dios le propone el áspero, camino de las «nadas».

Pero es Jesús, Maestro divino, quien antes de cualquier otro ha indicado la necesidad absoluta de recorrer este camino: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo» (Mt 16, 24).

¡Dios mío, perdón! Perdón por las ofensas de mi infancia, por las de mi Juventud, por tantos horribles pecados, por las ofensas de mi edad madura, por las de mi vida religiosa, por todas las que he cometido hasta el día presente, hasta esta hora... ¡Ay de mí, Dios mío! Como no hay día, hora ni instante por los que no deba darte gracias sin medida, así tampoco hay día, ni hora, ni tal vez instante por los que no deba pedirte mil veces perdón. ¡Perdón! Perdón por todos los pecados, todas las ofensas, todas las infidelidades..., por todas las cosas que te han ofendido y desagradado en mí desde el nacimiento hasta el momento presente.

Ayúdame, Dios mío, a dar muerte en mí al hombre viejo, vil, tibio, ingrato, infiel, débil, indeciso, languidecido, y «crea en mí un corazón nuevo», cálido, animoso, reconocido, fiel, fuerte, decidido, enérgico... Yo te consagro todos los instantes de esta segunda parte de mi vida... Haz que mi futuro sea lo contrario del pasado, que lo redima, que lo emplee todo en hacer tu voluntad, que todos sus instantes te glorifiquen en la medida que lo exige tu voluntad. (C. DE FOUCAULD. **Sobre las fiestas del año**).

Señor, como esclavo vendido a ti grito: ¡Escúchame, Redentor! El hombre mismo se vendió por su propio albedrío para servir a la iniquidad, recibiendo en precio el ruin placer de la fruta prohibida. Y ahora clama: «Endereza los caminos que yo mismo he torcido... Endereza mis pasos según tu palabra... Yo me hallo torcido bajo el peso de la iniquidad; mas tu palabra es la regla de la verdad: corrige, pues, mi encorvamiento, sirviéndote de tu palabra como de una regla derecha... Yo me vendí, redímeme tú; me vendí por mi libre albedrío, redímeme con tu sangre. Avergüencese la soberbia del vendedor, y glorifiquemos la gracia del Redentor, porque Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. (S. AGUSTIN, **Sermo**, 30, 2).

159. EL MAESTRO INTERIOR

«Señor, inclina mi corazón hacia tus palabras, condúceme por el camino de tus mandamientos» (Sal 119, 35, 36).

1.— Jesús no sólo enseña la verdad, sino que ayuda a aceptarla. Todo maestro tiene esa misión, pero sólo puede cumplirla externamente, procurando desembarazar de errores la mente de su discípulo y presentarle la verdad del modo más convincente y fácil. Jesús hace mucho más: su acción es más íntima y profunda; es el único Maestro capaz de obrar directamente sobre el espíritu de sus alumnos, sobre su mente y su voluntad.

Jesús mueve interiormente al hombre a aceptar sus enseñanzas y a ponerlas en práctica. Las verdades que enseña son misterios divinos, que superan la capacidad del entendimiento humano; para que el hombre pueda

prestarles asentimiento, necesita una luz nueva, la luz sobrenatural de la fe. La fe es un don de Jesús, fruto de su obra redentora: él es «el que inicia y consuma la fe» (Heb 12, 2), el que la mereció y ahora la infunde en sus fieles. Al mismo tiempo que revela al mundo las verdades eternas, Jesús dispensa a los hombres esa luz divina y se la aumenta hasta dotarles de una ciencia profunda y misteriosa que da como una intuición o sentido de las realidades divinas. De modo análogo, actúa sobre la voluntad del hombre infundiéndole en ella la caridad sobrenatural por medio de la cual inclina al hombre a amarle a él, su Salvador, a poner en práctica sus enseñanzas y a amar al Padre celestial y a todos los hermanos. Al mismo tiempo que instruye, Jesús enciende en los fieles el fuego del amor divino, como lo experimentaron los discípulos de Emaús, que se decían mutuamente: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32).

2.— «Jesús —escribe Sta. Teresa del N. J.— no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El es el Doctor de los doctores. Enseña sin ruido de palabras. Nunca le oigo hablar, pero sé que está dentro de mí. Me guía y me inspira en cada instante lo que debo decir o hacer. Justamente en el momento que las necesito, me hallo en posesión de luces cuya existencia ni siquiera había sospechado» (MA A, VIII, 21). Jesús instruye interiormente a las criaturas que saben escucharlo, y las instruye sobre todo por medio de su Espíritu, el Espíritu Santo, según lo que él mismo prometió a los Apóstoles: «El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26).

Jesús desde el cielo, junto con su Padre, continúa enviando el Espíritu Santo a sus fieles; y este divino Espíritu les da a entender el profundo significado de la doctrina del Salvador, inspirándoles las aplicaciones prácticas a los casos concretos de cada día.

Jesús además instruye por medio del magisterio de la Iglesia, a la que ha confiado el cometido de guardar y transmitir integralmente su doctrina a todos los fieles.

Aceptar a Jesús como Maestro significa aceptar toda su enseñanza: la Palabra escrita del santo Evangelio, la palabra viva de la Iglesia, la palabra interior, misteriosa y escondida, con que él mismo instruye individualmente a los creyentes. Mas para aprovecharse de ella no basta escucharla, hay que profundizarla. «Porque el discípulo tiene la obligación grave para con Cristo Maestro de conocer cada día más la verdad que de él ha recibido» (DH 14); conocimiento que se adquiere con el estudio, pero que se profundiza con la oración y la meditación, imitando a la Virgen que conservaba en su corazón» (Lc 2, 19) todo lo que veía y oía acerca de su Hijo divino.

¡Oh Amor, Maestro, Señor mío, más sublime que los cielos y más profundo que los abismos, cuya admirable sabiduría beatifica a todos los seres!... Tú que

fixas los ojos en los humildes de este valle de lágrimas e instruyes a los pequeños en tu ciencia saludable, no me rehúses tu enseñanza a mí, la última de tus criaturas, sino confórtame, te lo suplico, con tu doctrina de vida eterna... Comienza en seguida a ejercitar conmigo tu magisterio, desasiéndome de mí misma mediante tu viva caridad y tu amor, poseyendo, santificando y llenando toda mi alma.

Soy tu sierva, amantísimo Jesús, dame inteligencia para comprender tus mandamientos... Admíteme a la escuela del amor santo, para que escuche tus amables lecciones y con tu ayuda no sólo venga a ser buena, sino santa y perfecta de veras. Sumerge mis sentidos en el abismo de tu caridad, para que por obra tuya sea yo una discípula atenta, y tú seas para mí mi verdadero padre, doctor y maestro.

¡Oh Dios amor, qué cerca estás de los que te buscan; qué dulce y amable eres para los que te encuentran! Enséñame tú mismo los rudimentos de tu ciencia, para que mi corazón se aplique contigo a ese único estudio... Que no permanezca yo siempre tan sola en la escuela de tu caridad como el polluelo cerrado aún en el cascarón; haz, en cambio, que en ti, por ti y junto contigo avance y progrese día a día de virtud en virtud, produciendo cada día para ti, Amado mío, un fruto nuevo en tu amor. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 5).

Maestro divino, que sea yo corroborada en la fe, en esa fe que no permite al alma adormecerse, sino que la mantiene siempre vigilante bajo tu mirada, totalmente recogida en la luz de tu palabra creadora...

¡Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios! Quiero pasar mi vida escuchándote. Quiero pasar mi vida atenta a tus inspiraciones para que seas mi único Maestro. Quiero vivir siempre en tu presencia y morar bajo tu luz infinita, a través de todas las noches, vacíos y fragilidades. ¡Oh, mi Astro querido! Ilumíname con tu esplendor fulgurante de tal modo que ya no pueda apartarme de tu divina irradiación. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **Tratados espirituales**, B, día 13; **Elevación a la Trinidad**).

160. DOMINGO III «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, tú eres mi luz y mi salvación» (Sal 27, 1).

Siempre atento a confrontar los hechos de la vida de Jesús con lo que los profetas habían predicho del Mesías, Mateo, al comenzar la narración de su actividad apostólica, refiere una profecía de Isaías acerca de «la región de Zabulón y Neftalí», donde el Maestro moraba en aquel tiempo. «El pueblo postrado en tinieblas ha visto una intensa luz; a los postrados en paraje de sombras de ¡muerte una luz les ha amanecido» (Mt 4, 16). Mateo ha visto esta profecía hacerse realidad a sus ojos. La luz que ilumina la Galilea y se difunde de allí a todo el mundo, es Cristo; Mateo le ha conocido, le ha seguido y escuchado y quiere transmitir esa buena noticia a todo el mundo. «Jesús comenzó a predicar y decir: Convertíos porque el Reino de los Cielos

está cerca» (ib. 17). El mensaje es apremiante; urge propagarlo, porque el Reino, «que Cristo ha venido a instaurar se ofrece a todos los hombres y está ya próximo. Lo atestigua la predicación de Jesús toda orientada a la conversión y a la salvación; lo atestiguan los milagros que realiza «sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (ib. 23), porque la curación de los cuerpos es «señal» de otra más profunda que quiere operar en los espíritus. Y lo atestigua también la elección y la llamada de los primeros discípulos a los que Jesús quiere colaboradores de su ministerio de salvación. Mateo señala cuatro: Simón y Andrés, Santiago y Juan. Dos de ellos habían conocido ya al Maestro a indicación del Bautista en las orillas del Jordán y se habían ido al punto con él. Ahora es Jesús mismo quien los invita cuando están en el lago pescando con sus respectivos hermanos: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres. Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron» (ib. 19-20). Dios no llama sólo una vez en la vida; sus llamadas se renuevan haciéndose cada vez más apremiantes y compulsivas. Y no se trata sólo de seguir a Cristo, sino de venir a ser, siguiéndole, «pescadores de hombres». La respuesta es inmediata como la vez primera, pero perfeccionada por la dejación generosa de las redes, de la barca y hasta de su padre, que Santiago y Juan dejan junto al lago. Así hay que acoger las llamadas de Dios de cualquier modo que se manifiesten; las llamadas importantes y las más humildes que nos llegan a través de las circunstancias concretas de la vida diaria o bajo la forma de impulso interior a mayor generosidad, entrega y sacrificio.

Brilla sobre mí, llama que siempre ardes y nunca te consumes (Cfr. Ex 2, 3); comenzaré entonces por medio de tu luz y sumergido en ella, a ver también yo la luz y a reconocerte como la verdadera fuente de la luz.

Quédate con nosotros, quédate para siempre, dulce Jesús, y otorga a mi alma que se debilita, una gracia mayor. Quédate conmigo y comenzaré a resplandecer de tu resplandor, tanto que llegue a ser luz para los demás. La luz, oh Jesús, vendrá toda de ti; yo no tendré en ella parte alguna ni mérito alguno, porque serás tú quien resplandezcas en los demás a través de mí.

Haz que yo te glorifique de la manera que tú prefieras. resplandeciendo sobre todos los que me rodean. Ilumínalos, como me iluminas a mí; ilumínalos junto conmigo por medio de mí. Enséñame a manifestarles tu gloria, tu verdad y tu querer. Haz que yo te predique, mas no con las palabras sino con el ejemplo, con la fuerza conquistadora y el amable influjo de mi obrar. Haz que yo te sirva de testigo con la evidente semejanza que me une a tus santos y con la plenitud de mi amor a ti. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

CICLO B

«Muéstrame, Señor, tus caminos» (Sal 25, 4).

«Marchó Jesús a Galilea, y proclamaba la Buena Nueva de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva"» (Mc 1, 14-15). El modo con que Marcos presenta el comienzo de la actividad apostólica de Jesús, no varía mucho del de Mateo; con todo, tiene detalles muy significativos. Ante todo la declaración: «El tiempo se ha cumplido». Ha pasado ya el tiempo de las promesas y de la espera: el Mesías ha llegado y está comenzando su ministerio. Es su presencia lo que colma los tiempos haciéndolos vehículo de la misericordia de Dios e historia de la salvación. Por eso, «el Reino de Dios está cerca»; tan cerca que el Hijo de Dios está en medio de los hombres para enseñarles y abrirles el camino que lleva a él. El Reino está «cerca», pero todavía no es una realidad completa, sino que está en fase de actuación; la cercanía vendrá a ser presencia actual y posesión personal, cuando el hombre, acogiendo la invitación de Jesús, realice en sí las condiciones necesarias para entrar en él.

Condición primaria es la conversión, el cambio profundo de la vida, que exige ante todo lucha contra el pecado y el rechazo de cuanto puede desviarle del amor y de la ley de Dios. Conversión semejante a la que Dios exigió a Nínive por medio de Jonás y que los ninivitas practicaron abandonando «su mala conducta» (Jo 3, 10). Pero abstenerse del pecado no es más que la fase primera de la conversión predicada por Jesús, la cual exige otra segunda fase bien evidenciada por el evangelista Marcos: «creed en la Buena Nueva». El cristiano tiene que adherirse positivamente al Evangelio con una fe vivificada por el amor que no se contenta con aceptarlo en teoría, sino que lo traduce en vida, lo pone en práctica. Es necesario, pues, deponer la mentalidad terrena, por la que el hombre vive y obra únicamente con la mira en los intereses y en la felicidad temporales. «Pasa la figura de este mundo», amonesta S. Pablo (1 Cor 7, 31); no es cristiano apegarse a él como ostras a la roca. Hay que formarse una mentalidad evangélica capaz de suscitar deseos, intenciones, hábitos y comportamientos totalmente conformes con el Evangelio de Cristo. Esto es tanto más urgente cuanto que «el tiempo es corto» (ib. 29), brevedad determinada precisamente por la venida de Cristo, por la que no resta más que una fase de la historia, la que separa el hoy de la venida final de Cristo. El tiempo ya no tiene más que un sentido: rimar el paso del hombre —individuo o colectividad— en su camino hacia lo eterno.

¡Oh amor inicuo y perverso, que me ató y me empujó a mí, infeliz pecador, a rechazar y despreciar el amor verdadero y a abrazar en cambio con todo el corazón el amor falso, a desearlo, estrecharlo y usarlo con todas mis fuerzas!...

¡Oh Misericordiosísimo Señor Jesucristo, único digno de ser amado! ¿Qué haré yo pecador?... No puedo salvarme solo, ni me atrevo a recurrir a ti, pues

no te amé... Recorro a tu inmensa ternura, ¡oh Amor, que reconduces a la salvación a los extraviados! Tú eres compasivo y misericordioso y no quieres que nadie perezca, sino que salvas a los que esperan en ti. Ven, pues, en mi ayuda y concédeme el perdón de mis pecados; hazme la gracia de que nunca me mire sólo a mí mismo, sino únicamente a ti, o bien a mí en ti. (R. JORDAN, **Contemplación sobre el amor divino**, 33).

Señor, tú solo tienes palabras de vida eterna... Creemos que eres el Verbo de Dios, venido a la tierra para instruirnos; eres Dios que habla a nuestras almas, porque cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios nos habló por medio de su Hijo... Creemos en ti, oh Cristo, y en todo lo que nos revelas acerca de los secretos divinos; y porque aceptamos tu palabra, nos abandonamos a ti, para vivir según tu Evangelio... Sé tú nuestra guía, oh luz indefectible, ya que ponemos en ti nuestra más firme esperanza. Tú no nos rechazarás, porque venimos a ti para ir al Padre. (C. MARMION, **Cristo ideal del monje**, 2).

CICLO C

«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida» (Jn 6, 63).

La Liturgia de hoy pone especialmente de relieve la celebración de la palabra de Dios. La primera lectura presenta la solemne proclamación de la ley divina hecha en Jerusalén delante de todo el pueblo reunido en la plaza, después de la repatriación de Babilonia. La lectura se abre con la «bendición» del sacerdote al que la muchedumbre responde postrándose «rostro en tierra» (Ne 8, 6), y prosigue «desde el alba hasta el mediodía», mientras todos escuchan de pie y en silencio: «los oídos del pueblo estaban atentos» (ib. 3). Es interesante el detalle del llanto del pueblo como expresión del arrepentimiento de sus culpas sacadas a luz por la lectura escuchada atentamente; y en fin la proclamación gozosa: «este día está consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes; la alegría del Señor es vuestra fortaleza» (ib. 10). Brevemente están indicadas todas las disposiciones para escuchar la palabra de Dios: respeto, atención, confrontación de la conducta propia con el texto sagrado, dolor de los pecados, gozo por haber descubierto una vez más la voluntad de Dios expresada en su ley.

El Evangelio presenta otra proclamación de la Palabra, más modesta en su forma exterior, pero en realidad infinitamente más solemne. En la sinagoga de Nazaret Jesús abre el libro de Isaías y lee —cierto que no fortuitamente— el paso relativo a su misión: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva» (Le 4, 18). Sólo él puede leer en primera persona, aplicándola directamente a sí mismo, esa profecía que hasta ahora se había leído con ánimo tenso hacia el misterioso personaje anunciado; sólo él puede decir, concluida la lectura: «Esta lectura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (ib. 21). No es el evangelista quien sugiere este acercamiento —Lucas no hace más que

referirlo—, sino Cristo mismo. El, que es objeto de la profecía, está presente en persona, lleno del Espíritu Santo, venido para anunciar a los pobres, a los pequeños y a los humildes la salvación. El es el «cumplimiento» de la palabra leída, él, Palabra eterna del Padre.

Aunque no con tal inmediatez, Cristo está siempre presente en la Escritura: el Antiguo Testamento no hace otra cosa que anunciar y preparar su venida, el Nuevo Testamento atestigua y difunde su mensaje. Quien escucha con espíritu de fe la palabra sagrada, se encuentra siempre con Jesús de Nazaret, y cada encuentro señala una nueva etapa en su salvación.

Padre del Unigénito, lleno de bondad y de misericordia, que amas a los hombres..., tú colmas de bendición a cuantos se vuelven a ti. Recibe con agrado nuestra plegaria, danos el conocimiento, la fe, la piedad y la santidad... Nosotros doblamos las rodillas ante ti, oh Padre increado, por tu Hijo único: endereza nuestra mente y hazla pronta a tu servicio; concédenos buscarte y amarte, escrutar y profundizar tus palabras divinas; tiéndenos las manos y álzanos en pie; levántanos, oh Dios de las misericordias; ayúdanos a elevar la mirada, ábrenos los ojos, danos seguridad, haz que no tengamos que sonrojarnos ni experimentar vergüenza ni seamos condenados, destruye el acta de condenación redactada contra nosotros, escribe nuestros nombres en el libro de la vida, cuéntanos en el número de tus profetas y apóstoles, por tu Hijo único Jesucristo. (S. SERAPION, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 190).

Escucha, oh Padre de Cristo, a quien nada se le oculta, mi plegaria de hoy. Haz sentir a tu siervo el canto maravilloso. Gué mis pasos en tus caminos, oh Dios nuestro, el que te conoce porque nació de ti: el Cristo, el rey que ha librado a los hombres de todas sus miserias. (S. GREGORIO NACIANCENO, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 248).

161. YO SOY LA VIDA

«Oh Jesús, que nos has dejado tu ejemplo, haz que siga yo tus huellas» (1 Pe 2, 21).

1.— Jesús es el Maestro que enseña a tender a la perfección del Padre celestial y, al mismo tiempo, es el modelo vivo de dicha perfección. Los hombres, por muy santos que puedan ser, son siempre por su naturaleza tan limitados e imperfectos que no pueden servir de modelos completos; y a Dios, que es la santidad misma, no lo podemos ver. Pero he aquí que el Hijo de Dios, su imagen viva, haciéndose hombre, encarna en sí la infinita perfección divina: «en Cristo Jesús... Dios se manifestó perfectamente a sí mismo y descubrió sus caminos» (DH 11). En Jesús pueden los hombres ver y como tocar con la mano, la santidad de Dios; la perfección divina que se escapaba a su experiencia, que era inaccesible a sus sentidos, la encuentran viva, concreta y tangible en Cristo Señor. El Padre lo ha presentado al mundo como su Hijo amado en el que se complace, justamente porque ve en él la

imagen perfecta de sí y de todas sus perfecciones; el Padre, pues, lo ofrece a los hombres no sólo como maestro, sino también como modelo; desde la eternidad, en efecto, «los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8, 29).

Jesús dice: «Yo soy el camino... Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6); y con su ejemplo muestra al hombre el camino para acercarse a la perfección del Padre, para llegar a él. Por eso ha dicho expresamente que sus discípulos deben imitarlos: «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho...» (Jn 13, 15); «aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Imitando a Jesús, el cristiano imita al Padre celestial; esforzándose en practicar las virtudes como las ha practicado Jesús, se acerca a la perfección infinita de Dios; reproduciendo la imagen del Hijo, reproduce la imagen del Padre y «se va renovando... según la imagen de su Creador» (Col 3, 10).

2.— En el Evangelio se registra «todo lo que Jesús hizo y enseñó» (He 1, 1); sus acciones y sus palabras son la norma de la conducta del cristiano. Las virtudes que exige a sus discípulos las ha practicado él primero en sumo grado, con la máxima perfección. Y después de haber practicado, ha enseñado a hacer como él; su doctrina no hace más que precisar cuál debe ser la conducta del cristiano para que sea semejante a la suya. Por eso toda la tradición católica proclama que el camino de la santidad es la imitación de Cristo, el cual —como enseña el Conc. Vaticano II— «nos dio ejemplo para seguir sus pasos» (GS 22).

S. Juan de la Cruz escribe: «Lo primero traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él» (S I, 13, 3). No se trata, sin embargo, de una imitación externa y material de las acciones de Jesús, sino de procurar, por medio de la meditación devota del Evangelio, captar y penetrar las disposiciones íntimas de su corazón para apropiárselas, según el consejo de S. Pablo: «Tened... los mismos sentimientos que tuvo Cristo» (Fil 2, 5). De este modo la imitación de Jesús capta lo que en él hay de más profundo y vital, o sea, las disposiciones que constituyen el principio interior de todas sus acciones; y al mismo tiempo se torna accesible a todos en cualquier estado o condición de vida, mientras que la imitación material de las acciones del Señor nunca puede ser completa y varía según las circunstancias en que cada uno puede encontrarse.

Así todo cristiano, «reflejando como en un espejo la gloria del Señor», es decir, reflejando en la propia conducta el resplandor de la vida de Cristo, se irá transformando en su imagen (2 Cor 3, 18).

¡Oh Cristo, verdad eterna! ¿cuál es tu doctrina? ¿cuál es el camino por el que quieres conducirnos y nos conviene ir al Padre? No sé otro camino que el que nos has allanado con las sólidas reales virtudes del fuego de tu caridad. Tú, Verbo eterno, lo has regado con tu sangre; éste es el camino. Así pues, en

ninguna otra cosa está nuestra culpa sino en amar lo que tú odiaste, y en tener odio a lo que tú amaste. Confieso, Dios eterno, que siempre he amado lo que tú odias, y odiado lo que tú amas. Pero hoy clamo delante de tu misericordia que me concedas seguir tu verdad con corazón sincero». (**Plegarias y elevaciones**).

Quienes siguen este camino son hijos de la Verdad, porque siguen la verdad y pasan por la puerta de la verdad, y en ti, se encuentran unidos, Padre eterno, con la puerta y camino de tu Hijo, Verdad eterna, Mar pacífico. (**Diálogo**, 27, p. 246. STA. CATALINA DE SENA).

Tú y sólo tú, Señor, eres camino, verdad y vida» (Jn 14, 6). La tierra no podrá nunca llevarme al cielo, porque el único camino para llegar a él eres tú. Dios mío, ¿dudaré ni un instante sobre la senda que debo escoger? ¿No seré capaz de optar por ti al punto? ¿A quién iré, Señor? «Tú sólo tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 69). Has venido a la tierra con el único objeto de hacer para mí lo que nadie habría podido hacer. Sólo el que está en el cielo puede conducirme al cielo. ¿Dónde encontraría de otro modo la fuerza para escalar la montaña?... Aun cuando hubiese yo cumplido fielmente mi misión, aun cuando hubiese beneficiado a los otros, aun cuando me hubiese construido un buen nombre y una amplia fama y mis gestos fuesen alabados y hubiese merecido el elogio de la historia, ¿cómo podría todo esto conducirme al cielo? Te elijo, pues, a ti como herencia mía, porque tú vives y no conoces la muerte. Me entrego a ti, arrojando lejos las falsas divinidades.

Te ruego, Señor, me instruyas, me guíes, me des ánimo y me recibas junto a ti. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

162. YO ESTOY EN EL PADRE

«Viva yo escondido con Cristo en Dios» (Col 3, 3).

1.— Lo que más nos interesa de Jesús son sus disposiciones íntimas para con Dios, y sus relaciones con él. Jesús es el Hijo de Dios: aquí está toda su grandeza, la razón de su santidad. Es el único Hijo de Dios por naturaleza; pero, a su imagen y por su mediación, los creyentes son hijos de Dios por gracia, ya que el Padre los ha predestinado «a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo» (Ef 1, 5). Jesús ha hecho a los hombres partícipes de la filiación divina que sólo a él le pertenece por naturaleza; por eso, a imitación suya, toda la grandeza y la santidad del cristiano consiste en vivir en plenitud como hijo de Dios. Es, pues, preciso que procure reproducir en sí, en cuanto su condición de criatura lo consiente, la actitud interior de Jesús para con el Padre celestial.

«El Padre está en mí y yo en el Padre» (Jn 10, 38), dice Jesús revelando su íntima unión con él. Jesús-Verbo eterno está por su naturaleza unido al Padre de modo sustancial, y esta unión incommunicable nadie podrá nunca imitarla... Pero también Jesús-Hombre vive unido íntimamente al Padre: todo su afecto

está concentrado en el Padre, toda su inteligencia está vuelta a él, toda su voluntad está en tensión hacia la voluntad del Padre que él cumple en todas las cosas. Y esta unión del Hombre-Cristo con el Padre celestial es modelo de la del cristiano, porque también en Cristo es fruto de la gracia. La gracia poseída por Jesús no tiene medida, sino una plenitud y una perfección que no pueden encontrarse en ninguna otra criatura; por eso la unión con Dios que de ella se deriva es la más perfecta que se puede pensar. Pero también la gracia dada a los hombres los hace capaces hasta cierto punto al menos, de vivir con la mente vuelta hacia el Padre y con la voluntad y el afecto centrados en él. Jesús da ejemplo de ello e invoca al mismo tiempo para sus discípulos una unión con el Padre análoga a la suya: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean una cosa en nosotros» (Jn 17, 21). El Señor no podía pedir nada más grande para los que le aman, y el haberlo pedido en su oración suprema al Padre nos invita y anima a tender hacia esta altísima cumbre.

2. — El alma de Cristo está totalmente abismada en la Sma. Trinidad; su entendimiento goza de la visión beatífica y en esta visión ve a Dios cuya naturaleza misma posee. Conoce a la Persona del Verbo como objeto de toda su actividad humana, ve al Padre del que se siente Hijo, ve al Espíritu Santo que habita en él; su voluntad está enriquecida de una caridad creada de magnitud inmensa como la gracia que lo adorna, y esta caridad sube incesantemente con movimiento rapidísimo hacia el Padre celestial para de allí derramarse sobre los hombres todos. Jesús trabaja en el taller de Nazaret, recorre los caminos de Palestina, predica, instruye, discute con los fariseos, sana a los enfermos, conversa con la gente ocupándose de todos, pero entretanto, en su intimidad, continúa desarrollándose esa maravillosa vida de unión con las tres divinas Personas. «El que me ha enviado está conmigo.— El Espíritu del Señor está sobre mí» (Jn 8, 16; Lc 4, 18).

El cristiano es por la gracia templo de la Trinidad; las tres Personas divinas están realmente presentes en él, a él se ofrecen y se donan para ser conocidas, amadas y poseídas inicialmente desde esta vida terrena. Las puede conocer por la fe, y por la caridad las puede amar y vivir en comunión con ellas. Justamente para hacer al hombre capaz de esta comunión con la Trinidad, Jesús ha merecido y dispensa continuamente la gracia y la caridad en medida y perfección infinitamente inferiores, pero de naturaleza idéntica a la gracia y a la caridad que inundan su alma. Y mientras Jesús por la visión beatífica ve a Dios cara a cara, el hombre aquí abajo lo conoce sólo por fe, pero tal cual es.

El cristiano puede así asociarse a la vida interior de Cristo, toda abismada en la Trinidad, como dice S. Pablo: «vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 3) y puede aspirar a «emular por fe, en cuanto es posible a una criatura, la vida y las acciones internas y escondidas del entendimiento y de la voluntad, es decir, los sublimes conocimientos y afectos de la Hu-

manidad santísima de Jesucristo, unida hipostáticamente al Verbo» (T. M. Sp p. 374).

¡Oh ánima mía! considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, éstas se aman y unas con otras se deleitan. Pues ¿qué necesidad tenéis de mi amor? ¿Para qué le que le queréis, Dios mío, o qué ganáis?...

Alégrate, ánima mía, que hay quien ame a tu Dios como él merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias que nos dio en la tierra quien así le conoce, como a su Hijo. Debajo de este amparo podrás llegar y suplicarle que, pues Su Majestad es contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes a apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios y en cómo merece ser amado y alabado y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: «Engrandece y loa mi alma al Señor». (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 7, 2. 3)

Padre nuestro, tú sabes de qué tenemos necesidad; si nos llamas a ti, nos suministras los medios para llegar. Nos das a tu Hijo para que sea nuestro camino, nos enseñas la verdad y nos comunicas la vida.

Uniéndonos a ti, oh Jesús, nos identificamos contigo, estamos en ti y tú en nosotros, nos encontramos cara a cara con el Padre; no lo vemos, mas por la fe sabemos que estamos delante del Padre junto contigo que nos presentas a él; estamos contigo en el seno del Padre, en el sacrario de la divinidad... A pesar de nuestras miserias, no debemos nunca desanimarnos, ni temer acercarnos a Dios, porque por tu gracia, oh Salvador, y en unión contigo, podemos estar siempre en el seno de nuestro Padre celestial. (C. MARMION, **Cristo en sus misterios**, 3 16).

163. LA ORACION DE JESUS

«Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre... toda gloria» (MR).

1. — Aunque Jesús, por la visión beatífica y la plenitud de la caridad, estaba siempre indisolublemente unido al Padre, con todo quiso dedicar a su Padre, de modo exclusivo, una parte del tiempo en que se desarrollaba su actividad humana: el tiempo de la oración. Particularmente dedicados a la oración fueron los largos años transcurridos en Nazaret y los cuarenta días pasados en el desierto; luego, durante su vida pública, Jesús consagraba a ella generalmente la noche, del todo o en parte.

El Evangelio lo nota expresamente en los momentos más solemnes de su vida: antes de la elección de los doce apóstoles, cuando Jesús «se fue al monte a orar y se pasó la noche en la oración de Dios» (Lc 6, 12), antes de la confesión de Pedro y de la transfiguración (Lc 9, 18. 28), en la Última Cena,

en Getsemaní, en el Calvario y en otras ocasiones. Además interrumpía con frecuencia su actividad apostólica gustando de «retirarse a lugares solitarios para orar» (Lc 5, 16); muchas veces antes de realizar un milagro alzaba los ojos al cielo en actitud de invocar al Padre y luego, llegada la tarde, «despedida la gente» se retiraba solo «al monte a orar» (Mt 14, 23).

No es posible imaginarse oración más íntima y profunda que la de Jesús; sólo en el cielo, donde también al hombre le será dado ver a Dios cara a cara, será posible comprenderla y participar en ella realmente. Mas entretanto, en esta tierra se puede imitar la actitud de Jesús: interrumpir cualquier actividad, aun apostólica, para dedicar a la oración el tiempo debido y en este tiempo dejarlo todo para concentrarse únicamente en Dios.

2.— Sólo la oración de Jesús es perfecta alabanza y adoración de la Trinidad, perfecta acción de gracias y adoración siempre eficaz, porque sólo él está en situación de ofrecer a la Trinidad homenajes infinitos. Pero a esta su plegaria, «por la que Dios es perfectamente glorificado... Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que... por él tributa culto al Padre Eterno» (SC 7). La oración del cristiano vale en la medida que está unida a la de Jesús y es un eco, una prolongación de la suya.

La oración de Jesús se completa además con el sacrificio, uniéndose a él y culminando en él: sacrificio de las noches pasadas en vela, sacrificio del ayuno y de la penitencia que durante cuarenta días acompaña a su oración en el desierto, sacrificio de una vida fatigosa, sin tener siquiera dónde reposar la cabeza. Gradualmente el sacrificio va creciendo hasta llegar al máximo en la agonía del huerto y en la cruz; aquí la oración se hace oblación total y cruenta por la gloria del Padre y la salvación de los hombres. Así también la oración del cristiano debe estar moldeada en el sacrificio, en la ofrenda generosa de sí en unión a Cristo, hasta venir a ser con él y en él una hostia de alabanza y de propiciación.

Mientras se vive en la tierra, la oración y la misma contemplación no pueden ser puro goce de Dios, sino que han de estar unidas al sacrificio. Sólo así serán verdaderas. La oración auténtica mueve al hombre a la generosidad, lo dispone a abrazar por Dios cualquier trabajo y fatiga, a darse totalmente a él. Ahora bien, en la vida terrena la donación se realiza siempre en el sacrificio. Santa Teresa de Jesús, enseña que el fin de las gracias contemplativas es justamente «fortalecer nuestra flaqueza... para poder imitarle (a Cristo) en el mucho padecer» (M VII, 4, 4).

Oh Jesús, te retiras al monte solo a orar para enseñarnos con tu ejemplo que lo mismo nosotros, si queremos orar a Dios con corazón puro y rico de afecto, tenemos que separarnos del desorden y confusión de la gente... De ese modo será Verdad en nosotros la oración que dirigiste al Padre a favor de tus discípulos: «que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 26)... Esto sucederá cuando todo nuestro amor, todo esfuerzo, deseo, búsqueda, pensamiento, todo aquello de que vivimos, hablamos o respiramos no sea

otra cosa que tú, Dios mío; cuando la unidad que reina entre ti, Padre y tu Hijo... se transfunda a nuestro corazón y a nuestra alma, cuando imitando el amor puro e indisoluble con que nos amas, te amemos a nuestra vez con amor perpetuo e inseparable y estemos de tal modo unidos a ti, que cada respiración, cada pensamiento y cada palabra lleven tu impronta. (Cfr. G. CASIANO, **Conferencia**, X, 6-7).

¡La oración de Jesús! Es el misterio más grande y más hermoso del misterio de la Encarnación. El Hombre-Dios que habla con Dios... Y con todo, la oración de Cristo hombre es una oración verdaderamente humana. Es el hijo del hombre que se dirige al Padre...

¡Oh, Señor!... Y sin embargo, yo también en mi infinita pequeñez podría orar así. También conmigo has establecido una dulcísima e inefable unión...; me has inserido por la comunión de tu cuerpo físico en tu Cuerpo místico y así yo vivo literalmente de ti y de la efusión de tu gracia; me has constituido en una unidad misteriosa... que has parangonado a la del Padre contigo... La que tu Humanidad tuvo con tu persona es única; tu Humanidad vivió del ser mismo de tu persona divina, pero por ella todos fuimos unidos a ti porque vinimos a participar tu naturaleza divina. Si yo supiese tener vivo en mí el recuerdo del misterio que has realizado dentro de mí, mi oración podría ser una lejana sombra de la tuya..., nacida de la continua unión contigo. (G. CANOVAI, **Suscipe Domine**).

164. EN LA VOLUNTAD DEL PADRE

«Contigo, Señor, vengo yo para hacer la voluntad del Padre» (Heb 10, 7).

1.— Cristo, «al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo... Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Heb 10, 5-7). Esta es la disposición íntima y constante de Jesús ante la voluntad del Padre. A los Apóstoles, que le instan a tomar un poco de alimento, les responde: «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis... Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4, 32.34). Lo que Jesús anhela y lo que le reconforta es cumplir la voluntad de su Padre; su mirada está siempre fija ahí y no hace un movimiento que no sea conforme al querer del Padre.

La voluntad humana de Jesús está transformada y perdida en la de Dios del modo más pleno y perfecto; obra sólo al impulso de dicha voluntad. «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6, 38; 5, 30). Es éste el estribillo que acompasa su vida, la norma que regula su conducta toda, el motivo profundo de todas sus acciones. Y Jesús cumple la voluntad del Padre, no por necesidad, sino con libertad soberana, movido de su inmenso amor filial. La absoluta sumisión al Padre es la característica y

la expresión de su amor, y es el motivo por el que el Padre mismo le ama: «El Padre me ama porque doy mi vida... Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente... Esa es la orden que he recibido de mi Padre (Jn 10, 17-18). Y así su vida iniciada al grito: «Vengo a hacer tu voluntad», se cierra con otro grito que vence mediante el amor todas las repugnancias de la naturaleza frente al supremo dolor: «Padre..., no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22, 42).

2. — Siendo el cristiano hijo adoptivo de Dios, también para él el camino de la santidad y la norma de su conducta ha de ser la voluntad del Padre celestial. Igual que Jesús, ha de alimentarse de esa voluntad santa y santificadora, y ha de hacerlo en todo momento, no buscando ni deseando nada fuera de cumplir dicha voluntad y hacer de ella el único móvil de su vida. Es preciso llegar a la plena conformidad del propio querer con el de Dios, de modo que —como enseña S. Juan de la Cruz— en cuanto al pensar y obrar del alma «no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios» (S I, 11, 2).

La conformidad con la voluntad de Dios y el crecimiento en el amor son los dos elementos constitutivos de la santidad y de la vida de unión con Dios, elementos que van parejos porque el uno condiciona al otro: a mayor conformidad de voluntad corresponde mayor amor y al revés. Jesús ha dicho: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23). El cumplimiento de la palabra, es decir, de la voluntad de Dios, es la condición para vivir y crecer en el amor y en la gracia, y por tanto para gozar de la inhabitación de la Trinidad en la propia alma. A medida que la conformidad al querer divino se hace más plena, hasta observar no sólo los preceptos sino la más mínima expresión de la voluntad de Dios, excluyendo no sólo los pecados mortales sino también los veniales y aun las menores infidelidades voluntarias; a medida que el cristiano llega a procurar el beneplácito divino en todo, abrazando cuanto Dios quiere o permite de cualquier manera, crece en amor y en gracia. Por su parte la Stma. Trinidad se da cada vez más a él y hace en él su morada de modo cada vez más pleno y profundo, invitándole a una comunión más íntima.

Decía Jesús: El Padre «está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él» (Jn 8, 29).

¡Oh Dios eterno..., haz que nunca se haga mi voluntad sino la tuya! Estamos en el mundo, no para secundar nuestro capricho, sino para cumplir los planes de tu bondad. Se ha escrito de ti, Salvador mío, que hiciste la voluntad de tu Padre celestial; como primer deseo humano de tu alma, en el instante de tu concepción, abrazaste amorosamente la ley de la voluntad divina y la pusiste en medio de tu corazón para que en él reine y domine eternamente. ¡Quién hará merced a mi alma de no tener otra voluntad que la voluntad de Dios! (S. FRANCISCO DE SALES, **Tratado del amor de Dios**, VIII, 7).

Buen Maestro, tú sabes lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a tu eterno Padre... ¡Oh buen Jesús!, que tan poco dais (poco de nuestra parte), como pedís para nosotros; dejado que ello en sí es nonada para adonde tanto se debe y para tan gran Señor. Mas cierto, Señor mío, que no nos dejáis con nada, y que damos todo lo que podemos; si lo damos como lo decimos, digo, «sea hecha tu voluntad, y como es hecha en el cielo, así se haga en la tierra».

Siuviésemos verdadero amor, procuraríamos, oh gran Señor, no fuesen palabras de cumplimiento las que os decimos, sino nos esforzaríamos a pasar lo que Vuestra Majestad quisiere... No es razón burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el paternóster.

Démosle ya de una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dársela es verdad que nos la da primero para que se la demos...

Padre mío, pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me le pidió, y disponed en mí como en cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 32, 9. 1. 7-10).

165. EN LAS OBRAS DEL PADRE

«Oh Jesús, que trabaje contigo en las obras que el Padre me ha confiado» (Jn 9, 4).

1. — «Las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, esas mismas obras realizo. Tengo que trabajar en las obras del que me ha enviado» (Jn 5, 36; 9, 4). Jesús no tiene otra mira que cumplir la misión confiada por el Padre, para gloria del Padre mismo y para la salvación de la humanidad. Arde en deseo de cumplir hasta el fin ese cometido, y con ese vivo deseo va al encuentro de la Pasión y se abraza a la cruz. «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc 22, 15), dirá la tarde de la última cena, sabiendo que aquella Pascua iba a ser el preludio de su sacrificio supremo.

Todo creyente está llamado a participar en la gran obra redentora de Jesús, mas los consagrados a Dios tienen un encargo especial de ello: «movidos por la caridad que el Espíritu Santo derrama en sus corazones —enseña el Concilio—, viven más y más para Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia» (PC 1). Ante todo hay que colaborar con la gracia para que los frutos de la redención se apliquen plenamente a la propia alma; es la obra de la santificación personal. Pero no basta, pues todo consagrado está llamado a santificarse para santificar, para ayudar a la salvación de los hermanos y al incremento de la Iglesia; se trata de colaborar con Cristo para extender su reino, para reunir en un aprisco «a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 52), para hacer llegar al mayor número posible de hombres los frutos de la redención. Esta es la obra que el Padre celestial confía a sus hijos de elección; y éstos deben aplicarse a ella con los mismos sentimientos de Jesús: entrega total,

generosa y exclusiva, y amor capaz de abrazarse a los mayores sacrificios. Sus acciones tienen valor en la medida que contribuyen a la realización de esta obra.

Es por eso útil repetir junto con Jesús: «Tengo que trabajar en las obras del que me ha enviado».

2.— «No estoy solo, porque el Padre está conmigo. Mi Padre trabaja... y yo también trabajo. Juzgo según lo que oigo [del Padre]. No hago nada por mi propia cuenta, sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo» (Jn 16, 32; 5, 17.30; 8, 28).

Jesús no sólo se da completamente a la misión confiada por el Padre, sino que, en el cumplimiento de dicha misión y en toda circunstancia, obra siempre en unión con el Padre en perfecta armonía con él, en dependencia de él, comportándose según lo que en él ve y de él escucha o aprende. Sus acciones no hacen más que traducir al modo humano y tangible la invisible e incesante obra del Padre: «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre; lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace» (Jn 5, 19-20). Jesús no podía revelar de manera más clara su perfecta sintonía de vida y acción con el Padre, derivada del amor infinito que le une en la más íntima y perfecta comunión.

Aunque en forma mucho más modesta y sólo por analogía, pero siempre de un modo real, todo fiel que vive en gracia puede decir: no estoy solo, porque la Trinidad está en mí; está en mí el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Su actitud, a semejanza de la de Cristo, debe ser ésta: obrar en continua dependencia de Dios presente en él, escuchar su voz íntima y el movimiento interior de la gracia, y actuar en consecuencia. Esforzarse en juzgar según los juicios de Dios, ver todas las cosas bajo su luz y luego portarse de modo que sus acciones estén siempre en armonía con el designio y el beneplácito divino. También el cristiano debería poder decir de cada acción suya: nada hago solo, obro siguiendo lo que Dios me inspira, lo que él quiere y le agrada.

Todas las obras que salgan de esta línea, por grandes que sean, son sobrenaturalmente vanas y estériles.

Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad ardiente y creadora, que conduces con fuerza y suavidad todos los seres del universo hacia su destino eterno, asóciame a la fecundidad de tu acción. Dame un alma como la de Cristo, un alma de Redentor.

Que mi vida entera se desenvuelva en el plano de la redención, con la conciencia plena de que a través de los más pequeños detalles de una existencia humana, se van realizando tus designios eternos. Que a la luz de tus inspiraciones y con el apoyo de tu gracia, elija ser redentor y colaborador con él en la acción maravillosamente fecunda de tu Trinidad en el mundo...

Dame una invencible fortaleza de ánimo. Que mi amor a ti sea más fuerte que la muerte. Que mi voluntad no se doblegue nunca frente al deber. Que nada

sea bastante a disminuir mi ardor en tu servicio. Inspírame la audacia de las grandes empresas y dame la fuerza para realizarlas, hasta el martirio, si es preciso, para la mayor gloria de tu nombre. (M. M. PHILIPON, **Consagración a la Santísima Trinidad**).

¡Oh Jesús! Que pueda yo imitarte haciendo de la salvación de los hombres la obra de mi vida, de modo que esta palabra «Salvador» exprese perfectamente lo que soy, así como indica perfectamente lo que eres tú. Por eso quiero hacerme todo a todos con un deseo único en el corazón, el de darte a las almas...

Señor, enciende en mí un deseo apasionado de salvar las almas; que sepa disponerlo y hacerlo todo en función de esto, que sepa anteponer a todo el bien de las almas, que ponga todo empeño en servirme perfectamente de los medios que me has dado para convertir y salvar a los infieles: oblación del Santo Sacrificio, adoración del Santísimo Sacramento, bondad, oración, penitencia, buen ejemplo, santificación personal: «Cual es el pastor, tal es el pueblo»; «el bien que hace un alma está en proporción directa de su espíritu interior». (Cf. C. DE FOUCAULD, **Retiro en Beni-Abbes**).

166. PARA GLORIA DEL PADRE

«Padre, a ti sólo, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos» (Rom 16, 27).

1.— «Yo... honro a mi Padre..., yo no busco mi gloria. No recibo de los hombres gloria» (Jn 8, 49-50; 5, 41).

Evidentemente Jesús busca sólo la gloria del Padre y, para glorificar al Padre, ha tomado para sí la humillación más profunda, hasta hacerse «vergüenza de lo humano y asco del pueblo» (Sal 22, 7). Belén, Nazaret, el Calvario son las tres grandes etapas de la vida humilde y escondida de Jesús, el cual vela a las miradas de los hombres su gloria de Hijo de Dios. Pero en su misma vida pública, que es donde más se manifiesta su divinidad, procura lo más posible esquivar la gloria de los hombres. Muchas veces, después de hecho un milagro, impone silencio: «Mirad que nadie lo sepa» (Mt 9, 30), dice a los dos ciegos a quienes con un solo gesto les ha abierto los ojos. A Pedro, Santiago y Juan, testigos de su transfiguración, les ordena que no cuenten a nadie lo que han visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos (Mc 9,9); y luego de la primera multiplicación de los panes, «dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo» (Jn 6, 15).

La gloria de Jesús es ser Hijo de Dios; no quiere otra. Aceptar otra sería mermar esa gloria esencial, y por eso declara: «Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica» (Jn 8, 54). Como el Padre encuentra todas sus complacencias en su Hijo amado, así el Hijo se complace sólo en el Padre y en la gloria que el Padre le da, y aun

ésta la acepta no tanto por sí cuanto porque redundará en honor del mismo Padre. Jesús sabe que después de su muerte resucitará, para ser glorificado y reconocido como Hijo de Dios y Salvador del mundo, pero quiere que su gloria sirva a la glorificación del Padre: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti» (Jn 17, 1).

2.— El cristiano que quiere vivir siguiendo a Cristo, busca únicamente la gloria de Dios y no quiere para sí otra gloria que la de hijo de Dios, hermano de Cristo y miembro de su Cuerpo místico.

Es siempre necesario guardarse cuidadosamente de la inclinación del orgullo que con frecuencia lleva al hombre a buscar algo de satisfacción, alabanza o gloria personal en las acciones más espirituales y santas. Si alguno mira, aunque sea en cosas pequeñas, a glorificarse a sí mismo, su gloria es nada: lo levantará delante de los hombres, pero lo abaja delante de Dios, lo disminuye y hasta puede poner en peligro su gloria de hijo de Dios.

La complacencia en la gloria humana y su búsqueda estorban y ennegrecen en el camino del espíritu. A los fariseos soberbios y jactanciosos les decía Jesús: «¿Cómo podéis creer vosotros que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene de solo Dios?» (Jn 5, 44). Con más frecuencia de lo que se cree algunas crisis de fe tienen su raíz en el orgullo.

Sólo una profunda humildad unida a una gran rectitud de intención permite al hombre descubrir las insidias y enredos de la soberbia, dar de lado resueltamente a las pretensiones del yo, hacer callar las voces internas de la jactancia y vana complacencia de sí y obrar sin preocuparse de la aprobación ajena, sino buscando únicamente la gloria de Dios. Volviendo la mirada a la actitud interior de Jesús, invita S. Juan de la Cruz a renunciar a cualquier cosa que «no sea puramente para honra y gloria de Dios... por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto ni le quiso que hacer la voluntad de su Padre» (S I, 13, 4).

Como un gigante, oh Jesús, te lanzas a tu misión: la de buscar la gloria del Padre. A eso tiendes. Lo dices tú mismo: «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»...; «no busco mi gloria, sino la del que me ha enviado». Tanto la buscas que no te cuidas de la tuya. Siempre tienes en la boca estas palabras: «mi Padre...» Para ti todo se reduce a buscar la voluntad y la gloria del Padre.

Y ¡qué constancia en esta búsqueda! Tú mismo declaras que no te desvías nunca de ella: «Yo hago siempre lo que agrada al Padre»... El sentimiento primero y habitual de tu alma es éste: Yo vivo para mi Padre, amo a mi Padre. Y porque lo amas, te abandonas a todas las manifestaciones de su voluntad.

Agradar al Padre de los cielos para que sea glorificado, para que venga su reino, para que se haga su voluntad de modo permanente y total: ésta es, oh Jesús, la perfección que me enseñas. (C. MARMION, **Consagración a la Santísima Trinidad**, 13).

Concédeme, oh Cristo, un ordinario apetito de imitarte en todas tus cosas, conformándome con tu vida, considerándola para saberla imitar y haberme en todas las cosas como te hubieras tú. Ayúdame por tanto a renunciar a cualquiera gusto que no sea puramente para honra y gloria de Dios y esto por amor tuyo, oh Jesús, que en esta vida no tuviste otro gusto, ni le quisiste, que hacer la voluntad de tu Padre, lo cual llamabas tu comida y manjar (**Subida**, 1, 13, 3-4).

Oh Señor, que yo te sirva con amor puro y entero, sin Interés de gozo, gusto, consuelo y alabanza. Que yo te sirva sin ningún otro respecto y jugo que honra y gloria de Dios. (Cfr. S. JUAN DE LA CRUZ, **Subida**, III, 27, 5).

167. DOMINGO IV «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Sálvanos, Señor Dios nuestro..., para dar gracias a tu nombre santo» (Sal 106).

Después de haber anunciado a Israel prevaricador los castigos de Dios, Sofonías deja oír una voz de esperanza: «Buscad al Señor los humildes» (2, 3). Se anuncia la salvación a los humildes; Dios perderá a los soberbios y rebeldes, y de Israel quedará sólo «un resto» de gente humilde y pobre. «Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor» (Sof 3, 12).

A este «resto», a estos «pobres y humildes» ha venido Jesús a traer la salvación; no es, pues, de extrañar que el «sermón del monte» se abra con este anuncio jubiloso: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5, 3). Pero se advierte enseguida un detalle importante. No es la pobreza material la declarada dichosa, sino la disposición espiritual —«pobres en el espíritu»— por la que el hombre no funda su confianza en sí mismo ni en los bienes terrenos, sino en Dios. La pobreza material es bienaventurada sólo en la medida que conduce a esa actitud interior. Lo mismo hay que entender las otras bienaventuranzas «Dichosos los que lloran», o sea, los que aceptan las tribulaciones de la vida, reconociendo a Dios el derecho a probarlos con el sufrimiento, sin dudar por eso de su amor paternal. «Dichosos los sufridos» que, a pesar de ser pobres y estar atribulados, no procuran por la violencia procurarse una situación mejor, ni intentan avasallar a los otros. «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia», no para reivindicar sus propios derechos, sino que aspiran a una «justicia», a una virtud, a una santidad mayor. «Dichosos los misericordiosos» que, conscientes de su necesidad de la misericordia divina, saben compadecerse de los fallos ajenos y excusarlos benévolamente. «Dichosos los limpios de corazón» que, no teniendo el espíritu oscurecido por las pasiones o el pecado, son capaces de comprender las cosas de Dios. «Dichosos los pacíficos» que, estando en paz con Dios y consigo mismos, van sembrando paz en su camino. «Dichosos los perseguidos por la justicia»,

que sufren por una causa santa, por la fe, por el Evangelio. En todas estas clases de personas hay una disposición común y fundamental, que las hace aptas para el reino de los cielos, y es su apertura a Dios. En vez de confiar en sus recursos materiales o morales, ponen en Dios su confianza; en vez de satisfacerse en los bienes terrenos, viven a la espera de los celestiales. Y justamente se les promete estos bienes: Dios, su reino y su misericordia, su visión y bienaventuranza eterna. Para ser del número de estos «bienaventurados» hay que tener las disposiciones sin las que no se puede venir a ser discípulo de Cristo, ni alcanzar su salvación.

¡Oh Jesús, tú proclamas dichosos a los pobres de espíritu; no sólo, pues, a los pobres voluntariamente que por seguirte lo han dejado todo y a los cuales has prometido el céntuplo en esta vida y en la futura, la vida eterna, sino también a todos los que tienen el espíritu desasido de los bienes terrenos, a los que viven efectivamente en la pobreza sin murmurar o impacientarse, a los que no tienen el corazón apegado a las riquezas..., ni están dominados por el orgullo, por la injusticia o por la avidez insaciable de acumular. Como la pobreza hace en la tierra a los hombres despreciables, débiles e impotentes, tú, Señor, prometes a los pobres la felicidad... bajo el título más sublime, el de Reino... ¿Qué no estará el hombre dispuesto a padecer por un reino y mucho más por un reino en el cielo?...

Señor, te doy todo, lo abandono todo para tener parte en ese Reino. Que pueda yo, sostenido con esa esperanza, despojarme de todo como conviene. Me despojo de corazón y en espíritu, y si te place despojarme de hecho, me someto a ello desde ahora. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, 1, 2).

Lejos, Señor, lejos del corazón de vuestro siervo que se confiesa a Vos, lejos de mí juzgarme dichoso por cualquier goce que disfrute. Porque hay un goce que no se da a los impíos, sino sólo a los que desinteresadamente os sirven. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa sino gozar para Vos, de Vos, y por Vos. Mas los que piensan que es otra, van en pos de otro goce que no es el verdadero. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, X, 22, 32).

CICLO B

«Señor, que escuche yo tu voz y no endurezca mi corazón» (Sal 95, 7-8).

«El Señor tu Dios suscitará, de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis... Pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande» (Deut 18, 15-18). Así lo prometió Dios a Moisés; y en realidad la serie de los profetas siguió ininterrumpida anunciando al mundo la palabra de Dios y se cerró con el que no es un profeta, sino el Profeta: Cristo Jesús. El no sólo tiene en la boca las palabras de Dios, sino que es su Palabra encarnada; «con su presencia y manifestación» (DV 4),

con toda su vida y obras revela a Dios. Refiere a los hombres todo lo que el Padre le ordena, todo lo que ha oído al Padre (Jn 15, 15).

Marcos cuenta que cuando Jesús fue a la sinagoga de Cafarnaum y «se puso a enseñar», sus oyentes «quedaron asombrados... porque les enseñaba como quien tiene autoridad». Hasta el espíritu inmundo presente en un pobre poseso lo advierte y, mientras grita para hacer callar a Jesús, no puede menos de reconocer en él al «Santo de Dios». Luego, cuando el Señor arroja al demonio liberando al poseso, el asombro de los presentes se trueca en temor. «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva expuesta con autoridad! Manda a los espíritus inmundos y le obedecen» (Mc 1, 21-28). Jesús enseña una doctrina nueva: Piénsese, por ejemplo, en las bienaventuranzas, en el mandamiento del amor, en los consejos evangélicos. Y tiene un poder nuevo: arroja a los demonios sin recurrir a exorcismos, con un simple mandato que es inmediatamente eficaz. El es el Hombre nuevo que renueva al mundo, precisamente porque es el Hombre-Dios. En él la revelación y la comunión de Dios con los hombres alcanza su grado máximo.

Esta novedad y plenitud del don de Dios exige novedad y plenitud de respuesta de parte del hombre. ¿Cómo regatear a Dios que se da tan plenamente a los hombres, el derecho de primacía en su corazón y en su vida? Esto es un deber indeclinable de todo creyente; si bien admite grados. S. Pablo, observando que los casados, sujetos a los deberes familiares, no pueden darse al servicio de Dios con la libertad que los célibes, alaba y aconseja la virginidad que permite ocuparse de las cosas de Dios con corazón indiviso y sin preocupaciones (1Cor 7. 35). La virginidad consagrada es una forma típica de la novedad de la respuesta que deben a Dios los seguidores de Cristo, y tienen al mismo tiempo la función de recordar a todos los creyentes que el primer puesto en todo pertenece a Dios.

Después de haber hablado en muchas veces y de muchos modos en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas, en la plenitud de los tiempos, oh Dios, nos has hablado por medio de tu Hijo, tu Verbo; por él fueron hechos los cielos y por el soplo de su boca todas sus mesnadas (Sal 33, 6). Hablar por medio de tu Hijo ha sido como manifestar a plena luz cuánto y cómo nos has amado. Tú no has perdonado a tu Hijo, sino que por nosotros todos has entregado al que nos ha amado y se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio por nosotros.

Este es tu Verbo, Señor, la Palabra omnipotente que nos diriges. Ella, mientras el silencio envolvía todas las cosas —el silencio profundo del error— bajó del trono real (Sab 18, 14-15) para combatir con fuerza las tinieblas del pecado y traernos el amor. En todo lo que hizo, en todo lo que dijo sobre la tierra, hasta en los oprobios que soportó, hasta en los salivazos y bofetadas, hasta en la cruz y en el sepulcro, has querido hablarnos por tu Hijo, para suscitar y despertar con tu amor, nuestro amor hacia ti. (GUILLERMO DE ST-THIERRY, *Tractatus de contemplando Deo*, 6, 12-13).

CICLO C

«Tú eres mi esperanza, Señor..., mi confianza desde mi juventud»
(Sal 71, 5).

En la sinagoga de Nazaret el primer discurso de Jesús tuvo un resultado semejante al conseguido en la sinagoga de Cafarnaum (Mc 1, 22.27). «Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca» (Lc 4, 22). Pero los nazarenos se dejaron pronto envolver por consideraciones demasiado humanas: ¿No era acaso Cristo un hombre como ellos, hijo de José? Y si de veras era el Mesías, ¿por qué no hacía en su patria los milagros que en otras partes? ¿No tenían sus paisanos derecho especial a ello?

Jesús intuye tales protestas y responde: «Ningún profeta es bien recibido en su tierra» (ib 24). Pero no cambia de actitud, antes para demostrarles que el hombre no puede dictar leyes a Dios y que Dios es libre de distribuir sus dones a quien quiere, recuerda los casos de la viuda de Sarefta a la que fue enviado el profeta Elías con preferencia a todas las viudas de Israel, y del extranjero Naamán, único leproso curado por Eliseo. Jesús quiere hacer comprender a sus paisanos que ha venido para traer la salvación no a una ciudad o a un solo pueblo, sino a todos los hombres, y que la gracia divina no está ligada a patria, raza o méritos personales, sino que es totalmente gratuita. La reacción de los nazaretanos es violenta; cegados por su estrechez de mente y despechados por no haber obtenido su pretensión, «le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle» (ib 29).

Esta es la suerte que reserva el mundo a los que, como Cristo, tienen la misión de anunciar la verdad. Lo recuerda la narración bíblica de la vocación de Jeremías, que tan bien se relaciona con el trozo de Lucas meditado hasta aquí. Dios había elegido a Jeremías como profeta aun antes de nacer, mas cuando el joven se sabe por revelación elegido, tiembla y presagiando la vida azarosa que le espera quiere rehusar. Pero Dios le anima: «No temas..., porque yo estoy contigo para librarte» (Jer 1, 8). El hombre elegido por Dios para portador de su palabra, puede contar con la gracia divina que le ha prevenido y que le acompañará en toda circunstancia. Las contradicciones, los peligros y riesgos no le faltarán, como no han faltado a los profetas y a Jesús mismo, pero a él le repite Dios, como a Jeremías: «Te harán la guerra, mas no podrán contigo, pues contigo estoy yo... para salvarte» (ib 19).

Si los profetas y apóstoles tienen el deber de afrontar con ánimo el riesgo, los fieles tienen el de escucharles y seguirles con espíritu de fe sin dejarse desviar por miras humanas.

A ti, Señor, me acojo, ¡no sea confundido jamás! ¡Por tu justicia sálvame, libérame, tiende hacia mí tu oído y sálvame! Sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve, pues mi roca eres tú y mi fortaleza. ¡Dios mío,

líbrame de la mano del impío, de las garras del perverso y del violento! Pues tú eres mi esperanza, Señor, mi confianza desde mi juventud. En ti tengo mi apoyo desde el seno, tú mi parte desde las entrañas de mi madre. ¡En ti sin cesar, mi alabanza! (**Salmo**, 71, 1-6).

Con todo el corazón te rogamus, Señor, nos concedas luchar con todas las fuerzas del alma y del cuerpo hasta el fin por la verdad. Si llega tiempo en que sea puesta a prueba nuestra fe, porque como el oro se prueba en el crisol, así nuestra fe en el peligro y en las persecuciones—, si estalla una persecución, haz que nos encuentre preparados, para que no se hunda en el invierno nuestra casa y nuestra morada no sea destruida por las tempestades como si estuviese construida sobre arena.

Y cuando soplen los vientos del demonio, esto es, del peor de los espíritus, resistan nuestras obras como han resistido hasta hoy, si no están minadas por dentro; y haz que preparados para todas las pruebas, manifestemos el amor que te tenemos a ti, oh Dios, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. (ORIGENES, de **Plegarias de los primeros cristianos**, 61).

168. JESUS Y LOS HOMBRES

«Concédeme, Dios mío, que pueda tener para con mis hermanos los sentimientos de Jesús» (Rm 15, 5).

1.— Aunque Jesús viva interiormente en comunión continua con la Stma. Trinidad y por tanto en la contemplación más elevada, no es en manera alguna extraño a las cosas de la tierra ni ajeno a las necesidades de los hombres. Antes bien, ha venido precisamente por ellos, para salvarlos y conducirlos al Padre, y así se entrega a ellos con la máxima solicitud y dedicación. La misma caridad que lo une al Padre lo vuelca sobre los hombres, criaturas del amor del Padre, a los que por eso ama y quiere salvar, restaurando en ellos la imagen del Padre según la cual fueron creados.

Jesús ha expresado del modo más conmovedor su tierna solicitud para con los hombres comparándose al buen pastor: «Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo a él; y doy mi vida por las ovejas» (Jn 10, 14-15). Jesús compara sus relaciones de conocimiento y amor con los hombres a las que tiene con su Padre; se trata de simple analogía, pero con todo gusta Jesús de usarla para expresar cuánto ama al hombre. El ve y conoce al Padre en el esplendor de su gloria; pero ve y conoce también a cada criatura en lo concreto de su persona, de sus necesidades, de sus dolores y de sus deseos; ama al Padre y se da totalmente por su gloria, y al mismo tiempo ama al hombre y se da enteramente por su salvación; o mejor, Jesús ve y ama a los hombres únicamente en el Padre y en relación a él. Este es el motivo profundo de su amor a la humanidad entera y a cada criatura; es su amor infinito al Padre el que hace de él el Buen Pastor pronto a dar la vida misma por sus ovejas.

Llegada la hora de la Pasión dirá Jesús: «para que el mundo sepa que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado, levantaos, vamos de aquí» (Jn 14, 31). Justamente porque ama al Padre, ama Cristo a los hombres y va al encuentro de la muerte en cruz por su salvación.

2.— El deseo de unión íntima con Dios, el amor y contemplación de Dios no deben hacernos ajenos a los hermanos, no deben impedirnos ser sensibles a sus necesidades y sufrimientos y darnos a ellos con verdadera caridad sobrenatural en la medida exigida por los deberes del propio estado. No hay género de vida, por contemplativa que sea, que excluya el deber y la necesidad de ocuparse del prójimo; si las obras externas están reducidas al mínimo, hay que concentrar las fuerzas en la plegaria y en la inmolación apostólica. A este respecto afirma el Concilio que cuantos se consagran a Dios no se hacen «extraños a los hombres o inútiles para la sociedad terrena. Porque, si bien en algunos casos no sirven directamente a sus contemporáneos, los tienen, sin embargo, presentes de manera más íntima en las entrañas de Cristo» (LG 46). El amor de Dios, cuando es verdadero e intenso, no encierra al hombre en sí mismo, sino que lo lleva a abrirse, «en las entrañas de Cristo», a todas las necesidades del prójimo, viendo en los hermanos a hijos del Padre celestial, criaturas y objetos de su amor.

Jesús, siendo Dios, no se mantuvo alejado de los hombres, sino que se les acercó hasta experimentar en sí todas sus debilidades y aun la misma tentación, «excepción hecha del pecado» (Heb 4, 15); quiso compartir con ellos su vida de calamidades, de fatigas, de pobreza y de dolor. Así el cristiano para realizar una caridad fraterna efectiva, se esfuerza en hacer suyos los sufrimientos, las dificultades, las necesidades materiales y espirituales del prójimo en el intento de compadecerlas, socorrerlas y aliviarlas. Esto exige espíritu de sacrificio y desasimiento de la comodidad y bienestar propios, y sólo será posible si el amor al prójimo es semejante al de Jesús, es decir si procede de un amor grande al Padre celestial.

«Dios... os conceda tener los unos para con los otros los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Rm 15, 5), escribe S. Pablo. Sólo el que ama como ama Jesús, el que ama en Dios y por Dios, es capaz de una caridad fraterna, generosa y constante que se extienda a cualquier prójimo.

Cuando movido solamente de tu dulcísimo afecto te revestiste humildemente de nuestra carne mortal, tú, dulce y benigno Señor Jesucristo, fuente del verdadero amor, nos amaste con inmensa ternura...

Oh Señor Jesucristo, tú fuiste nuestra vida, nuestro dulce amigo, nuestro consejero prudente y nuestro fuerte sostén... Y del mismo modo que, por tu excesiva bondad, apareciste un tiempo sobre nuestra tierra en carne visible para realizar nuestra salvación, así ahora por la inmensa ternura que tienes para con nosotros, vienes invisiblemente cada día para salvarnos, iluminando nuestras mentes con tu invisible y poderosa gracia.

Si yo considerase tu bondad infinita, oh clementísimo Señor Jesucristo, amor indefectible, no tendría necesidad de surcar el mar, penetrar las nubes o

atravesar los montes, pues no preciso hacer un largo viaje para llegar a amarte. Hace falta sencillamente que cuide de mí mismo, esto es, que me excite a la compunción del corazón y a la confesión, para que pueda... llegar a ti mediante la gracia y el amor. (R. JORDAN, **Contemplaciones sobre el amor divino**, 3).

¡Oh, Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente. Porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 2, 2).

169. VIVIR EN CRISTO

«Que tu vida, Señor, resplandezca en mi carne mortal» (2 Cor 4, 11).

1.— La imitación de Jesús no debe limitarse a un aspecto particular, sino que ha de poner al cristiano en actitud de total semejanza a Cristo para vivir lo más posible su vida. El principio vital de la participación en la vida de Cristo es la gracia, a la cual está siempre unida la caridad; cuanto más el creyente crece en gracia y en caridad, en mejor situación está de vivir en Cristo. En efecto, la gracia recibida en el bautismo, nos conforma a él: «Ya que en este sagrado rito se representa y realiza el consorcio con la muerte y resurrección de Cristo» (LG 7). Con la muerte, porque por el bautismo el cristiano es sepultado en la muerte de Cristo, la cual destruye en él el pecado; con la resurrección, porque, al conferirle la gracia, el bautismo lo asocia a la vida del Señor resucitado y viviente para siempre. Lo que el bautismo cumple y significa tiene que vivirlo el creyente día a día; él tiene que mantenerse fiel a la muerte al pecado y, por lo tanto, luchar generosamente contra las pasiones y cualquier tendencia que pueda inducirlo al mal. Para el bautizado el pecado es una contradicción, es algo de anormal: «Consideraos como muertos al pecado —insiste S. Pablo—... No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo» (Rm 6, 11-12). Muerto al pecado, el creyente debe vivir en Cristo, en la plenitud de la gracia que lo hace partícipe desde aquí de su resurrección. «Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante» (ib 5). La perfección cristiana consiste esencialmente en esta participación en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo: morir con él para vivir con él una vida nueva, su vida.

«Para mí la vida es Cristo» exclama el Apóstol (Fil 1, 21), el cual de tal manera ha vivido de él que puede decir: «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

2. — La vida del cristiano debe ser una prolongación de la de Cristo y tiene valor sólo en la medida que refleje la de él. Este es el testimonio que el mundo espera de los creyentes, y es el más eficaz y avasallador. S. Pablo no se cansa de inculcarlo: «que... la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4, 11). Ante tal empeño se comprende mejor aún que el pecado, y no sólo el pecado grave, está en antítesis absoluta con la vida cristiana, en la cual debe brillar la santidad de Cristo el Señor.

Vivir la santidad de Jesús es gastar como él la vida para gloria del Padre y para salvación de los hombres. El cristiano no puede vivir ya para sí mismo y para sus intereses personales; pertenece al que los ha redimido con su sangre y vivificado con su vida, y que, por tanto, tiene derecho a no ver frustrada en él su obra redentora y su gracia santificadora. Mirando a sus redimidos, Jesús ha de poder reconocer en ellos los sarmientos vivos de la vid que es él, los miembros dignos de su Cuerpo místico en los que nada repugne a su santidad.

«El amor de Cristo nos apremia —grita el Apóstol—al pensar que uno murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5, 14-15). El que está verdaderamente poseído del pensamiento de que Jesús ha muerto por su salvación, quiere corresponder a ese amor consumiendo por él su existencia, viviéndola para él, ofreciéndosela para que se sirva de ella, como se servía un tiempo de su vida mortal para la gloria del Padre y la salvación del mundo. Este fue el deseo fundamental de Sor Isabel de la Trinidad, que aspiraba a ser para Cristo «una humanidad suplementaria donde renueve su misterio» (El.).

¡Oh, mi Cristo adorado, crucificado por amor! Quisiera ser una esposa para tu corazón. Quisiera glorificarte y amarte... hasta morir de amor. Pero reconozco mi impotencia. Por eso te pido que me revistas de Ti mismo, que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma, que me sumerjas en ti y que me invadas; que tu ser sustituya mi ser para que mi vida sea solamente una irradiación de tu propia vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador...

¡Oh, Fuego abrasador, Espíritu de amor!, desciende a mí para que se realice en mi alma como una encarnación del Verbo. Que yo sea para él una humanidad suplementaria donde renueve su misterio. Y Vos, ¡oh Padre!, proteged vuestra pobre y débil criatura. Cubridla con vuestra sombra. Contemplad solamente en ella a vuestro Hijo muy amado en quien habéis puesto vuestras complacencias. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **Elevación a la Santísima Trinidad**).

Señor Jesús, que vivamos en ti y para ti, como tú vives en tu Padre y de tu Padre. Que nuestra alma sea una pura capacidad de recibirte y quede toda llena de ti, como tu Humanidad es toda capacidad de recibir a Dios y está llena de Dios con toda plenitud. Como la plenitud de la divinidad reposa dichosamente en ti, seas tú así nuestro todo, nuestra suficiencia, nuestra

plenitud. Haz, por tu gracia, que viviendo establecidos en ti que eres nuestra vida y nuestro fundamento, podamos decir siempre con toda verdad... «¿quién nos separará de la caridad de Cristo?»

Jesús, Señor mío, tú eres la vida verdadera; eres el modelo de nuestra vida; eres el ejemplar que se nos ha mostrado en el monte... y al que se nos ha mandado conformar nuestra vida. Haz, pues, que estemos íntimamente ocupados en contemplar, adorar e imitar tu vida interior. Que nuestra vida espiritual, mire e imite los ejercicios y ocupaciones de tu Alma divina y de tu vida sacratísima. Que todos nosotros, a tu ejemplo e imitación, contemplemos y adoremos contigo el mismo objeto divino, a tu Padre. (P. DE BERULLE, **Las grandezas de Jesús**, 5, 8)

170. CRISTO, NUESTRO TODO

«Bendito seas, Padre, que nos has bendecido con toda clase de bendiciones espirituales» (Ef 1, 3).

1.— Jesús, Verbo encarnado, es verdadero hombre y verdadero Dios. Como hombre, Jesús es el Camino, es el que ha venido a tomar al hombre de la mano para volverlo a la casa paterna. Es la fuente de la vida porque ha merecido la gracia y continúa ahora dispensándola a sus fieles; es el Maestro que enseña el camino para ir a Dios, es el modelo que muestra con su ejemplo cómo se ha de vivir como hijos de Dios. Y habiendo hecho a los hombres partícipes de la vida divina que él posee por la unión hipostática con toda plenitud, los ha hecho dignos de ser readmitidos a la intimidad de la familia de Dios. «Así, pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2, 19).

En su última oración, como resumiendo la obra redentora, Jesús dice al Padre: «Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno» (Jn 17, 22). Jesús da parte a los hombres en su gloria de Hijo de Dios haciéndoles, por gracia, hijos del Altísimo. Y los trata como tales: los ama como hermanos y los introduce en la intimidad del Padre, para que el amor del Padre se revierta también sobre ellos. «Os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15); y el fin de esta su amistad y de estas sus confidencias ha sido precisamente hacerles partícipes del amor del Padre. «Padre santo... yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos» (Jn 17, 26).

Jesús da a los hombres parte en todo lo que posee: en su gloria de Hijo de Dios, en su vida divina, en los secretos de su Padre y hasta en el amor con que el Padre le ama. En él encuentra el hombre todo lo que puede desear y todo lo que necesita para su salvación, su santificación y su vida de unión con Dios. En verdad que puede la humanidad entera repetir con el Apóstol: «Bendito sea Dios..., que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en Cristo» (Ef 1, 3).

2.—Jesús es también nuestra meta, Jesús es el Verbo encarnado y como Verbo es en todo igual al Padre y al Espíritu Santo; por lo tanto, igual que el Padre y el Espíritu Santo, es nuestro principio, el Creador de quien viene toda vida natural y sobrenatural. Y siendo nuestro principio, es también nuestro último fin, nuestra meta a la que debemos tender con la fe, el amor y el servicio generoso y constante, para luego poder gozarle eternamente en el cielo, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Si como hombre ha merecido Jesús la gracia y la dispensa, como Verbo la crea en unión con las otras Personas de la Santísima Trinidad; si como hombre ha merecido y todavía impetra que sea enviado al mundo el Espíritu Santo, como Verbo, en unión con el Padre, lo envía realmente a sus fieles, ya que el Espíritu Santo procede de él lo mismo que del Padre.

En Jesús, pues, encuentra el hombre a un mismo tiempo a su Mediador y a su Dios. De modo que cuando Jesús como Mediador toma al hombre de la mano, lo atrae también a sí como Dios; y cuando el cristiano va a Cristo-Mediador, al mismo tiempo va a Cristo-Dios. Se puede fijar la mirada preferentemente sobre la humanidad de Cristo o sobre su divinidad, según el atractivo interior del momento, pero no se las puede nunca separar; están tan estrechamente unidas que forman una sola persona, Jesús Verbo encarnado, nuestro Salvador, y en esta única persona han de ser contempladas ambas.

Ir a Jesús es ir al Verbo, e ir al Verbo es ir al Padre y al Espíritu Santo, o sea, a la Santísima Trinidad. Por tal motivo sostiene con calor Santa Teresa de Jesús que no hay que prescindir nunca de Cristo: «Por esta puerta hemos de entrar... No quiera otro camino..., por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes» (V 22, 6.7). Y el Concilio Vaticano II declara: «Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos» (LG 3).

¡Oh Señor! ¿no dices que eres el camino? ¿No dices también que eres la luz y que ninguno puede ir al Padre sino por ti? Perdida tu guía, ¡oh buen Jesús! no se acertará el camino (cfr. **Moradas**, VI, 7, 6).

Sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto a Vos, ¿qué valgo? Si me desví un poquito de Vuestra Majestad, ¿adónde voy a parar?

¡Oh Señor mío, y misericordia mía, y bien mío! Y ¿qué mayor le quiero yo en esta vida que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoo tan junto?... No volveré las espaldas jamás, con vuestro favor y ayuda.

Ya yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí; no lo puedo negar. Por mí vinisteis al mundo, por mí pasasteis tan grandes trabajos, por mí sufristeis tantos azotes, por mí os quedasteis en el Santísimo Sacramento...

¿Qué puedo hacer yo por mi Esposo?... ¿En qué seré para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dio tan mala maña a perder las mercedes que me habéis hecho? ¿qué se podrá esperar de sus servicios? Ya que con

vuestro favor haga algo, mirad qué puede hacer un gusanillo; ¿para qué le ha menester un poderoso Dios? ¡Oh amor!... Porque sólo él nos da licencia para que pensemos que El tiene necesidad de nosotros, este verdadero Amador, Esposo y Bien mío...

Pues si Vos venís a mí, ¿en qué dudo que puedo mucho servirlos? Pues de aquí adelante, Señor, quíerome olvidar de mí y mirar sólo en qué os puedo servir y no tener voluntad sino la vuestra. Mas mi querer no es poderoso; Vos sois el poderoso, Dios mío. En lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra. (STA. TERESA DE JESUS, **Conceptos**, 4, 8-12).

171. LA IGLESIA

«Oh Cristo, que has amado a la Iglesia y te has entregado por ella» (Ef 5, 25), haz que la ame yo con corazón de hijo».

1. — Al despedirse de sus discípulos, antes de subir al cielo, Jesús dijo: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Se ha quedado, en efecto, con los hombres en la Eucaristía para ser su compañero y viático de su peregrinar; se ha quedado invisible, pero realmente presente en su Iglesia para ser su guía, su pastor y su maestro. Después de haber preparado el primer núcleo de la Iglesia con su predicación y con la elección y formación de los Apóstoles, Jesús le ha dado su vida muriendo por ella en la cruz. La Iglesia, enseña el Concilio Vaticano II, es la esposa «que Cristo “amó y se entregó por ella para santificarla” (Ef 5, 25-26), y unió consigo con pacto indisoluble» (LG 6), constituyéndola colaboradora y continuadora de su obra de salvación de los hombres. Cristo no vive ya aquí abajo en su cuerpo físico ascendido a la gloria del cielo, sino en su Cuerpo místico, la Iglesia, esposa suya y madre de los creyentes. Cristo vive en la Iglesia como Cabeza, porque es él quien la gobierna invisiblemente por medio de su Espíritu; vive en la Iglesia como sustentador y vivificador, porque es él quien le comunica la vida, que impetra del Eterno Padre y así dispensa a cada miembro las gracias «a la medida de su don» (Ef 4, 7). La Iglesia vive únicamente por la vida que Cristo le comunica, es santa por la santidad de que él le da parte, es madre de las almas por los poderes y la fecundidad que se le derivan de su unión con él. Esta unión es tan íntima y vital, que la Iglesia puede considerarse como una prolongación de Cristo. «Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo» (LG 8).

El que quiera, pues, encontrar a Jesús, el que quiere ser vivificado por su gracia, alimentado de su doctrina y guiado por su gobierno, tiene que recurrir

a la Iglesia. Jesús «la enriqueció perpetuamente con bienes celestiales» y mediante ella comunica «la verdad y la gracia a todos» (LG 6.8).

2. — «No puede tener a Dios por Padre el que no tiene a la Iglesia por madre» dice S. Cipriano (*De catho. eccl. unitate* 5). Jesús ha venido a salvar y santificar al mundo, pero de ordinario lo hace mediante la Iglesia. Ha dado por los hombres la vida, ha derramado su sangre, ha puesto a su disposición sus preciosísimos méritos, les ha dejado los sacramentos y el patrimonio de su doctrina; pero ha querido que fuese la Iglesia la única depositaria y dispensadora de estos bienes. Cristo, dice el Concilio, la ha constituido como «sacramento universal de salvación» (LG 48), o sea, como «signo e instrumento» de la santificación de los hombres y de su «unión íntima con Dios» (ib 1, 1). En efecto, la Iglesia, predicando la palabra de Dios, difunde la fe, y administrando los sacramentos comunica y alimenta la vida de la gracia, por la cual los hombres son injertados en Cristo como miembros vivos de su Cuerpo místico. De este modo viene a ser a su vez «Iglesia», es decir, célula viva de esta gran familia, la cual, al paso que une a los hombres con Dios, los une también entre sí como hijos del mismo padre y de la misma madre, como hermanos unidos por el vínculo de un recíproco amor.

Justamente porque es miembro vivo de la Iglesia, no puede el cristiano contentarse con gozar de los beneficios que de ella se le derivan, sino que debe sentirse obligado a compartir su vida, sus ansias y sus sufrimientos, y a contribuir a su incremento, lo mismo que un hijo toma parte activa en la vida de su familia y participa de su suerte.

Sentir y vivir con la Iglesia es sentir y vivir con Cristo, el cual en ella continuamente vive y obra, salva y santifica, uniendo a todos los hombres a sí y entre ellos para que lleguen a la vida eterna. Ir a la Iglesia es ir a Jesús; amar y servir a la Iglesia es amar y servir a Cristo su cabeza. Y así con él amó a la Iglesia hasta darle la vida «con su sangre» (He 20,28), así el cristiano debe amarla con la obediencia y la devoción filial, y con la dedicación plena a su causa.

¡Oh Cristo, Señor nuestro! Has transmitido a tu Iglesia el poder soberano que habías recibido. Por virtud de tu dignidad, la has constituido reina y esposa. Has sometido a su poder soberano el universo entero. Has ordenado en el cielo que reconozcan los hombres el juicio de la Iglesia. Es la madre de todos los vivientes, más digna aún por la multitud de sus hijos.

Cada día te engendra en el Espíritu nuevos hijos. El universo está cubierto con los pámpanos de su vid. Sus ramos, sostenidos por el leño de la cruz, suben hasta el reino de los cielos.

Tu Iglesia, oh Cristo, es la ciudad fuerte edificada sobre el monte, visible a todas las miradas y que ilumina a cada uno. Su fundador y al mismo tiempo primer ciudadano eres tú, Jesucristo, Hijo de Dios y Señor nuestro. (**Prefacio ambrosiano, Cons. Catedral de Plegarias de los primeros cristianos, 330**).

¡Oh divino Redentor, que has amado a la Iglesia y te has entregado por ella, a fin de santificarla... y presentártela a ti mismo resplandeciente de gloria, haz brillar sobre ella tu Rostro santo! Que tu Iglesia, una en tu caridad, santa por la participación de tu misma santidad, sea todavía hoy en el mundo bandera de salvación para los hombres, centro de unidad de todos los corazones, inspiradora de santos propósitos para una renovación general y avasallante. Que sus hijos, superada toda división y bajeza, le hagan honor siempre y en todas partes, para que todos los hombres que no le pertenecen aún, mirando a ella, te encuentren a ti, camino, verdad y vida, y en ti sean conducidos de nuevo al Padre, en la unidad del Espíritu Santo. (PABLO VI, **Enseñanzas**, v. 1).

172. EL SACERDOCIO MINISTERIAL

«Envía, Señor, obreros a tu mies» (Mt 9, 38).

1. — La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, no debe ser considerada como una realidad puramente espiritual; es un organismo visible en sus miembros, que son los fieles reunidos bajo la guía de los pastores, «pues así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función» (Rm 12, 4), así en la Iglesia hay miembros diversos que tienen funciones diversas: hay fieles y hay pastores. «Para apacentar el Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo Señor instituyó en la Iglesia diversos ministerios, ordenados al bien de todo el Cuerpo. Pues los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de sus hermanos, a fin de que todos, alcancen la salvación» (LG 18). Todos los poderes que Cristo ha dado a su Iglesia, los ha confiado al sacerdocio, a cuyo frente están los Obispos y el Papa. A ellos se dirigen estas trascendentes palabras: «Como el Padre me envió, también yo os envío. Quien a vosotros oye a mí me oye, quien a vosotros desprecia a mí me desprecia» (Jn 20, 21; Lc 10, 16). Toda la dignidad y la potestad del sacerdote se funda en esta investidura de parte de Cristo. Han de ser conscientes de ello los elegidos del Señor para vivir a la altura de su vocación, pues «están obligados de manera especial a alcanzar esa perfección, ya que, por la recepción del orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote eterno, para proseguir en el tiempo su obra admirable» (PO 12). Los fieles han de ser conscientes de ello para ver y venerar en los sacerdotes a Cristo mismo.

«Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros» (2 Cor 5, 20), escribe S. Pablo precisando el sentido exacto de la potestad y dignidad sacerdotales. Y Sta. Catalina de Siena enseña a no querer considerar en los sacerdotes otra cosa que su cualidad de ministros de la «sangre del humilde e inmaculado Cordero», sin poner los ojos en los defectos que en ellos se pueden encontrar (Diál. 110. 115). Los sacerdotes serán siempre hombres falibles y capaces de errar, pero eso no quita que

sigan siendo los Ungidos del Señor, «consagrados... para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino» (LG 28).

2.— Sin el sacerdocio el Evangelio no sería predicado, la Iglesia no tendría Eucaristía y el pecador no tendría el consuelo inefable de oír decir en nombre de Cristo: «¡Animo!, hijo; tus pecados te son perdonados» (Mt 9, 2); los esposos no tendrían quien les bendijese en el nombre de Dios y los moribundos carecerían de los últimos auxilios; la humanidad estaría inmersa en la miseria sin tener quien se dispusiese a elevarla para conducirla a Dios e implorar a Dios en su nombre y para su bien. Jesús, único Mediador entre Dios y los hombres, ha instituido el sacerdocio ministerial precisamente para que perpetúe en el mundo de modo visible su obra de mediación, de salvación y de santificación. El sacerdote acompaña al hombre en todas las etapas de su vida: lo acoge recién nacido en la pila bautismal, le administra los sacramentos, lo inicia en la comprensión de las cosas de Dios, le indica el camino del bien, bendice sus Ideales, sostiene sus pasos y lo conforta en la agonía. Es una obra con frecuencia escondida, muchas veces tenida en poco, nunca suficientemente apreciada, y sin embargo, preciosa e indispensable. El deber de la gratitud por el don del sacerdocio se impone a todo cristiano, ante todo a Jesús que lo ha instituido, pero luego también a los que cumplen sus sublimes ministerios. Este reconocimiento ha de expresarse no sólo con el respeto reverente y con la docilidad filial al ministro de Dios, sino también con la oración y la actividad asiduas en favor del sacerdocio. Jesús mismo lo ha recomendado: «Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). «¿Qué oración —comenta Pío XI— puede haber más agradable al Corazón sacratísimo del Redentor?... Pedid y se os dará; pedid buenos y santos sacerdotes y el Señor no los negará a su Iglesia» (*Ad Cath. sacerdot.*). A la ferviente oración hay que añadir, como exhorta el Concilio, «una vida plenamente cristiana» y también «la penitencia», recordando que «el deber de fomentar las vocaciones afecta a toda la comunidad cristiana» (OT 2). Bienaventuradas las familias a las que se les concede el honor de dar a Dios un sacerdote; dichosos todos aquellos que con la oración, el sacrificio y las obras contribuyen a la formación de santos sacerdotes.

Señor..., constituiste a tu único Hijo Pontífice de la Alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo, y determinaste, en tu designio salvífico, perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio.

El no sólo ha conferido el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermanos, ha elegido a hombres de este pueblo para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, y preparan a tus hijos el banquete pascual, donde el pueblo santo se reúne en tu amor, se alimenta con tu palabra y se fortalece con tus sacramentos.

Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y así dan testimonio constante de fidelidad y de amor. (MISAL RO-MANO, (**Prefacio de la Misa Crismal**).

Castiga, Señor mío, mis pecados; purifícame, bondad eterna, Deidad inefable. Escucha a tu sierva y no mires la multitud de mis iniquidades. Te ruego endereces a ti el corazón y la voluntad de los ministros de la santa Iglesia, Esposa tuya, para que te sigan a ti, Cordero desangrado, pobre, humilde y manso, por el camino de la santísima cruz, a tu modo y no al suyo. Que sean criaturas angélicas; ángeles terrenos en esta vida, pues han de administrar el Cuerpo y la Sangre de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado... Únelos y báñalos, piedad divina, en el mar tranquilo de tu bondad, de modo que no esperen más tiempo, perdiendo lo que tienen por lo que no tienen. (STA. CATALINA DE SENA, **Plegarias y Elevaciones**).

173. LOS SACRAMENTOS

«Dios nuestro, que nos has salvado por gracia, haz que ésta produzca en nosotros obras buenas» (Ef 2, 5. 10).

1. — La Iglesia, «Sacramento universal de salvación» (LG 48), por medio de la cual llegan a Dios los hombres, ha sido constituida por Cristo depositaria de los sacramentos mediante los cuales los fieles son hechos partícipes de la vida de Cristo mismo.

Los sacramentos son al mismo tiempo obra de Cristo que es su autor y obra de la Iglesia que es su depositaria y administradora. Hay en ellos una doble causa: invisible una, que es la acción de Cristo, el cual «está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza» (SC 7); y la otra visible, que es la acción externa con que la Iglesia, mediante el sacerdote, administra el sacramento cumpliendo el rito. La acción de Cristo es el elemento esencial, sin el cual los sacramentos no podrían producir ni comunicar la gracia. Al acercarse a recibirlos, el fiel ha de estar profundamente poseído de la realidad invisible cuyos signos eficaces son. A través de los sacramentos, Jesús mismo actúa en el hombre infundiéndole su vida o acrecentándosela. «En ese cuerpo [su Cuerpo místico] la vida de Cristo se comunica a los creyentes, quienes por los sacramentos están unidos, de un modo arcano pero real, a Cristo» (LG 7). Mas también es indispensable la acción de la Iglesia, ya que Jesús ha querido condicionar a los sacramentos su intervención en la vida del hombre, de modo que su administración le dé certeza al hombre de la acción invisible de Cristo. Esto demuestra la profunda e inseparable unión que hay entre Jesús y su Iglesia; él quiere servirse de la acción externa de ella para la santificación de los hombres, pero se reserva el poder de dar la vida y hacer eficaz esa acción. Es lo que expresa la Iglesia cuando, al bendecir el agua bautismal, ora: «Oh Dios, por medio de los signos sacramentales, realizas con poder invisible las obras admirables de la salvación (Vigilia pascual).

2. — Al llamar al hombre a la salvación, ha querido Dios, con bondad y comprensión inefables, respetar su estructura. El hombre no es puro espíritu; necesita de signos visibles y tangibles que signifiquen las realidades divinas inasequibles a los sentidos. En este aspecto Cristo es un verdadero sacramento de Dios, signo maravilloso e infinito de su amor a los hombres; la Iglesia es sacramento de Cristo, al cual hace presente y operante todavía en el mundo; y los sacramentos son el último anillo de esa sacramentalidad que caracteriza el misterio de las relaciones del hombre con Dios. A esta luz han de ser considerados los sacramentos, como formando parte integrante del plan universal de salvación, en su papel de elementos vivos y vivificadores, vehículos de la acción de Dios y signos eficaces de la gracia, que se comunica a los hombres por virtud de Cristo, mediante el ministerio de la Iglesia.

Según la providencia ordinaria, por disposición de Dios, el misterio de la redención llega al hombre y se realiza para él a través de los sacramentos, los cuales reciben su eficacia del misterio pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo (SC 61), cuyos méritos infinitos aplican a todo cristiano. Cuando el fiel recibe un sacramento, no sólo es liberado del pecado y santificado por la gracia, sino que lo es en Cristo, como inmerso en su misterio, renovado en su vida, unido «a Cristo paciente y glorioso... de un modo arcano, pero real» (LG 7).

Los sacramentos no pueden ser considerados como prácticas de piedad; son actos vitales que ponen a los creyentes en relación vital con Cristo: muertos con él y con él vivificados (2 Tim 2, 11); sepultados con Cristo, sepultados con él y con él glorificados en el cielo (Rm 6, 4-5; Ef 2, 6), «a fin de mostrar —concluye S. Pablo— la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Ib 7).

Oh Dios, Padre supremo de los creyentes, que multiplicas sobre la tierra los hijos de tu promesa con la gracia de la adopción..., concede a tu pueblo responder dignamente a la gracia de tu llamada.

Oh Dios, poder inmutable y luz sin ocaso, mira con bondad a tu Iglesia, sacramento de la nueva Alianza, y, según tus eternos designios, lleva a término la obra de la salvación humana; que todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de quien todo procede. (MISAL ROMANO, **Oraciones de la Vigilia Pascual**).

¿Qué cosa puede haber más grande que proclamar tu poder, oh Señor? Tú has quebrantado las puertas del infierno y has llevado al cielo al hombre caído por envidia del demonio...

La fuente feliz que brotó de tu costado ha arrastrado el cúmulo de nuestros pecados y desde tus sagrados altares distribuyes a los regenerados el alimento necesario para la vida eterna. (Cf. **Sacramentario Gelasiano**).

¡Oh dulcísimo buen Jesús! ¡Oh Padre de las luces, de quien procede toda dádiva buena y todo don perfecto! Mira con ojos de misericordia a los que humildes te confesamos, a nosotros que verdaderamente sabemos que nada podemos hacer sin ti. Tú, que te diste en precio de nuestro rescate, haz que, aunque menos dignos de tanto precio, nos rindamos a tu gracia íntegramente, perfectamente y en todo; y así, conformados a la imagen de tu pasión, recobremos también aquella que perdimos pecando, la imagen de tu Divinidad, con la ayuda de nuestro Señor. Amén. (S. BUENAVENTURA, **La vid mística**, 24, 4).

174. DOMINGO V «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, para el hombre justo haces resplandecer una luz en las tinieblas» (Sal 112, 4).

Terminado el sermón de las bienaventuranzas, Jesús esboza la grandeza de sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13-14). Esto supone una condición: que sean en verdad los pobres y mansos, los misericordiosos y puros, los pacíficos y serenos, más aún gozosos en medio de las persecuciones, de los que el Señor acaba de hablar. Sólo en la medida en que sepan hacer suyo el espíritu de las bienaventuranzas y vivir conforme a él, adquieren los discípulos esa sabiduría sobrenatural que los hace «sal de la tierra». Están llamados a transformar el mundo insulso y necio por estar fundado sobre la vanidad de las cosas caducas, en un mundo sensato e inspirado en los valores eternos. Pero está también el reverso de la medalla: si el discípulo no tiene el espíritu evangélico, no es «sal», no sirve para nada, sólo es bueno para ser «tirado afuera» (ib 13).

En cambio, cuando es «sal», también es «luz»; comparación ésta más grandiosa aún. La luz del mundo, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre» (in 1, 9), es solamente Cristo, Hijo de Dios, resplandor del Padre; pero da parte en esa su luminosidad a los que viven según su Evangelio. De este modo cada discípulo, cada cristiano auténtico se convierte en un portador de la luz de Cristo, y su conducta ha de ser tan limpia que deje transparentar la luminosidad de él y la de su doctrina. «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). Las obras hechas en la verdad y en la caridad de Cristo son luz encendida sobre el candelero para alumbrar «a todos los que están en la casa» y atraerles a la fe y al amor. Hasta el Antiguo Testamento presentaba las obras de caridad como portadoras de luz: «si repartes al hambriento tu pan y al alma afligida dejas saciada, resplandecerá en las tinieblas tu luz» (Is 58, 10). La caridad disipa las tinieblas del pecado e ilumina aun a los más alejados de la fe. Más aún, la

caridad del cristiano es reflejo y prolongación de la de Cristo, que se inclina sobre la humanidad doliente.

Un prototipo espléndido del discípulo de Cristo, sal y luz del mundo, es el apóstol Pablo. La eficacia de su apostolado no está en el «prestigio de la palabra de la sabiduría», sino en una vida inspirada plenamente en el Evangelio y conformada a Cristo Crucificado. «No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2, 1-2). Sólo así se hace el cristiano sal que transforma al mundo en profundidad y luz que lo ilumina ampliamente.

¡Oh dulce Jesús!, hazme sal de la tierra, aunque haya de pasar por fuego y agua. No permitas que, en lugar de darte sabor, la escandalice, y que como tierra sembrada de sal, sea estéril por mi culpa, convirtiendo en su daño el oficio que me diste para su provecho.

¡Oh Sol de justicia, de quien reciben la luz las estrellas de la Iglesia!, hazme, como una de ellas, libre de toda oscuridad, para que, estando en el puesto que me has dado, acuda con presteza a tu llamamiento, y alumbre con alegría al mundo que criaste para gloria tuya.

¡Oh Redentor del mundo, que mostraste por la experiencia a éste tu vaso de elección [San Pablo], lo mucho que había de padecer por tu nombre y le diste gusto en padecerlo!, escógeme también por vaso tuyo, en quien depositas abundancia de trabajos con abundancia de consuelos en sufrirlos por tu amor. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, III, 12, 1-2; V, 31, 5).

CICLO B

«Alabad al Señor, que es bueno..., sana a los de roto corazón y venda sus heridas» (Sal 147, 1. 3).

En el dolor de sus tribulaciones se lamenta Job: «¿No es una milicia lo que hace el hombre en la tierra? Como esclavo que suspira por la sombra..., así meses de desencanto son mi herencia, y mi suerte noches de dolor» (Job 7, 1-3). Job es el símbolo de la humanidad oprimida y angustiada por un cúmulo de males físicos y morales. El sufrimiento llega al paroxismo, roza la desesperación, pero Job cree en Dios y lo invoca: «Recuerda que mi vida es un soplo» (ib 7). Este gemido, destello de esperanza en un mar de dolor, no es vano. Dios se inclinará sobre el hombre y le mandará un Salvador, que suavice su sufrimiento y le abra el corazón a una mayor esperanza.

El Evangelio presenta a Jesús en este marco, rodeado de una muchedumbre de dolientes: «le trajeron todos los enfermos y endemoniados; la ciudad entera estaba agolpada a la puerta. Jesús curó a muchos que adolecían de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios» (MG 1, 32-34). El Salvador está a la obra, el Salvador está en acto. Y recorrió toda la Galilea, predicando en sus sinagogas « y expulsando los demonios» (ib 39). Para levantar a la humanidad de su estado de sufrimiento físico y moral en

que se debate, Cristo predica y da la salud. Con su predicación ilumina los espíritus, revela el amor de Dios, induce a la fe, da sentido al dolor y muestra el camino de la salvación. Con sus milagros sana los cuerpos dolientes y arroja los demonios. Cristo quiere salvar a todo el hombre, alma y cuerpo; sana la carne para que esto venga a ser signo y medio de la salud del espíritu. Y cuando no suprime el sufrimiento, enseña a llevarlo con esperanza y amor para que produzca frutos de vida eterna.

La obra de salvación iniciada por Cristo está todavía en acto, y para que se perpetúe hasta el fin de los tiempos, ha dejado el mandato de hacerlo a la Iglesia y, en la Iglesia, a todo creyente. El apóstol Pablo, sensibilísimo a este deber y empeñado en él con todas sus fuerzas, declaraba a los Corintios: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe; y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Cor 9, 16). Todo cristiano que tiene el privilegio de haber recibido el Evangelio, tiene que sentirse responsable de él frente a los que no tienen ese don y hacer lo posible por comunicárselo. El que está ya en órbita de salvación no puede mirar con indiferencia a los que están fuera de ella; a él le incumbe el deber de arrastrar el mayor número posible de hermanos.

Gloria a ti, oh Cristo, luz de verdad y sol de justicia, que has venido a morar en tu Iglesia y ella ha quedado iluminada, has venido a tu creación y ella refulge toda entera. Los pecadores se han acercado a ti y han sido purificados. Los fugitivos y dispersos se han vuelto a encontrar. Los ciegos te han visto y sus ojos se han abierto; hasta las almas tenebrosas se han aproximado a la luz. Los muertos han oído tu voz y se han levantado; los prisioneros y esclavos han sido liberados; los pueblos dispersos se han reunido. Tú eres luz sin ocaso; eres mañana esplendorosa que no conoce atardecer. Que se abran los ojos de nuestros corazones a tu luz y la aparición de tu aurora sea para nosotros guía hacia el bien. Sean prisioneros de tu amor nuestros sentidos; y pues que nos has hecho dignos, por tu misericordia, de huir de las tinieblas nocturnas y de acercarnos a la luz matinal, haz que, por tu palabra viva y todopoderosa, disipemos como humo las aflicciones que nos asedian, y por la sabiduría que nos viene de ti, triunfemos de todas las astucias del Maligno, nuestro enemigo, que busca presentársenos como ángel de luz. Protégenos, Señor; haz que no seamos tentados a hacer obras de oscuridad y de muerte; sino que nuestra mirada no se aparte nunca de tu luz fulgurante y nuestra conducta esté regulada por tus preceptos. (LITURGIA ORIENTAL, de **I giorni del Signore**).

CICLO C

«Eres excelso, Señor; pero miras al humilde, y al soberbio lo conoces desde lejos» (Sal 138, 6).

La Liturgia de la Palabra presenta hoy la vocación de tres hombres: Isaías, Pedro y Pablo. Para cada uno de ellos la llamada divina es precedida de una teofanía; Dios, antes de confiar al hombre una misión particular, se le revela y

da a conocer. Grandiosa la revelación concedida a Isaías: «vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado» (Is 6, 1); en torno a él los serafines se postraban en adoración cantando: «Santo, santo, santo es el Señor Dios del universo» (ib 3). Frente a tal grandeza y santidad, Isaías tiembla; se siente como nunca impuro e indigno de estar en la presencia de Dios. Pero cuando siente la voz del Señor dirigirse a él: «¿A quién enviaré? ¿y quién irá de parte nuestra?», no titubea un instante y responde: «Heme aquí; envíame» (ib 8). El hombre no puede por su cuenta y riesgo asumir la misión de colaborador de Dios; pero si Dios le llama, su indignidad no puede ser un pretexto para echarse atrás.

Del todo diferentes fueron las circunstancias de la llamada definitiva de Pedro para «pescador de hombres». La escena no acaece en el templo como para Isaías, sino en el lago, en un contexto muy sencillo y humano, propio del Dios hecho hombre, venido a compartir la vida de los hombres. Después de haber predicado desde la barca de Pedro, Jesús le ordena echar las redes. «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra, echaré las redes» (Lc 5, 5). Su docilidad y confianza salen premiadas; capturaron tal cantidad de peces que las redes se rompían y llenaron las dos barcas, «que casi se hundían» (ib 7). El milagro imprevisible revela quién es Jesús, y Pedro, atónito como Isaías, cae de rodillas diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (ib 8). En presencia de Dios que se revela, el hombre por contraste advierte su nada y su miseria, y siente profunda la necesidad de humillarse. Al acto de humildad sigue la definitiva llamada: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres». También aquí la respuesta es inmediata, y no sólo la de Pedro sino la de sus compañeros: «Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron» (ib 10-11).

En la segunda lectura Pablo habla de su vocación de heraldo del misterio de Cristo. También a él se le reveló Cristo en el camino de Damasco y quedó tan anonadado, que durante toda la vida se tiene no sólo por el menor de los apóstoles, sino por «un aborto» (1 Cor 15, 8). Sin embargo, su correspondencia es plena y puede atestiguar que la gracia de Dios no ha sido en él estéril.

Tres vocaciones diferentes, pero la misma actitud de humildad y de disponibilidad, como base de toda respuesta al Dios que llama.

¡Oh Dios! Me has creado para una misión precisa, confiándome un cometido que a ningún otro has confiado... En cierta manera también yo soy necesario a tus planes divinos... Si caigo, puedes elegir otro, lo sé; como podrías suscitar de las piedras nuevos hijos de Abrahán. Pero esto no quita que tenga yo parte en tu obra, Dios mío, que sea un eslabón de la cadena, un vínculo de unión entre los hombres. Tú no me has creado en vano... Haz que obedezca a tus mandamientos y te sirva en mi vocación, para realizar el bien y llegar a ser ángel de paz y testigo de la verdad, permaneciendo en el puesto que tú, oh Señor, me has asignado. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

«Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». También yo, Señor, sé que para mí es de noche cuando tú no hablas... He lanzado como un dardo mi voz..., y no he ganado todavía a ninguno. La he lanzado de día; ahora espero tu orden: en tu palabra echaré la red. ¡Oh vana presunción! ¡Oh fructífera humildad! Los que antes no habían cogido nada, luego por tu palabra, Señor, pescan una enorme cantidad de peces. Esto no es fruto de elocuencia humana, sino efecto de la llamada celestial. (S. AMBROSIO, **Comentario al Evangelio de S. Lucas**, IV, 76).

175. VIDA SACRAMENTAL

«Señor, haz que, libres del pecado y hechos siervos tuyos, fructifiquemos para la santidad» (Rm 6, 22).

1.— Nuestro Señor, al instituir los sacramentos, los ha organizado de modo que acompañen al hombre en las etapas más importantes de su vida. Con el bautismo nace el hombre a la gracia, con la confirmación crece, con la Eucaristía se alimenta, con la penitencia sana, con los sacramentos sociales —el orden y el matrimonio— se hace fecundo sobrenatural y naturalmente, con el óleo de los enfermos es confortado en la enfermedad y ayudado en su tránsito a la vida eterna. De esta manera toda la vida cristiana queda estructurada y fundamentada por los sacramentos, los cuales, infundiendo la gracia en los fieles, les hace partícipes de la vida y por tanto de la santidad de Dios. «En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron» (LG 40). Sólo Dios es santo y sólo Dios puede santificar. La iniciativa de la santificación del hombre sale de Dios y, en definitiva, se actúa precisamente a través de los sacramentos. La vida espiritual, la tensión hacia la santidad no son meros empeños morales por los que el hombre busca desde fuera imitar la perfección del Modelo divino, sino que se fundan en una realidad sobrenatural que Dios mismo ha infundido en la vida del cristiano modificándolo y transformándolo en su interior hasta el punto de hacer de él una nueva criatura en Cristo (2 Cr 5, 17), «que se va renovando... según la imagen de su Creador» (Cl 3, 10). Dios es la fuente única y la causa primordial de la santificación del hombre.

«Nosotros amemos —afirma S. Juan— porque El nos amó primero» (1 Jn 4, 19). Se puede decir análogamente: el cristiano puede hacerse santo porque Dios ha tomado la iniciativa de su santificación; puede aspirar a la unión con Cristo y con la Trinidad, porque Dios primero le ha hecho partícipe de su vida y le ha llamado a la comunión con El.

2.— La vida sacramental consiste en recibir, asimilar y vivir los sacramentos de modo que se saque de ellos todo el fruto de santidad y comunión con Dios a que están destinados.

Los sacramentos, administrados a sujetos capaces de recibirlos, tienen de por sí una eficacia infalible, porque en ellos obra Dios mismo. Sin embargo, la gracia y santidad que confieren, no producen todo su fruto, si el cristiano no presta su colaboración. Por eso a la iniciativa de Dios que santifica al hombre, debe corresponder la buena voluntad del hombre que asimila y vive la santidad recibida de Dios. «Ofreceos vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida —dice S. Pablo a los que han sido regenerados por el bautismo—; y vuestros miembros, como armas de justicia al servicio de Dios» (Rm 6, 13).

El hecho de que ciertos sacramentos, como la penitencia y la Eucaristía, se pueden repetir con gran frecuencia no debe servir para que su recepción se convierta en una mera costumbre. Las costumbres son situaciones estáticas e inertes; mientras que la recepción de los sacramentos ha de ser un acto vivo, cada vez más vivo, de modo que la vida sacramental se caracterice por un progreso y desarrollo. Desarrollo que no consiste en multiplicar los actos sacramentales, sino en intensificar y cumplir con mayor perfección dichos actos. Hay que cuidar de acercarse a los sacramentos con mejores disposiciones cada vez, de modo que los propios límites no recorten la efusión de la gracia y el cristiano participe cada vez más profundamente de la vida de Cristo en la Iglesia.

La responsabilidad del hombre frente a los sacramentos consiste en hacerse capaz de recibirlos, en ensanchar la propia receptividad, en aumentar su disponibilidad y en abrirse completamente al don que se le ofrece. Cuanto más quiera tender a la santidad y unión con Dios, tanto más ha de empeñarse en valorizar los sacramentos. La vida sacramental es la realidad esencial y sustancial de la vida cristiana.

Padre Santo, que por medio de tu Hijo y Señor nuestro Jesucristo me has regenerado por el agua y el Espíritu Santo, concédeme la completa remisión de todos mis pecados y dignate ungirme con el carisma de tu Espíritu para la vida eterna.

Oh Jesús, sol de justicia, haz que me revista de ti para poder vivir según tu voluntad... Oh Jesús, luz inextinguible, enciende en mí la lámpara ardiente de tu caridad y enséñame a guardar de modo irreprochable mi bautismo para que, cuando sea llamada a tus bodas, merezca participar en las delicias de la vida eterna, para verte a ti, luz verdadera, y el encanto de tu rostro divino.

Tu Cuerpo venerable y tu preciosísima Sangre, Señor mío Jesucristo, guarden mi cuerpo y mi alma para la vida eterna...

Oh dulce huésped de mi alma, Jesús benignísimo, que esta suave unión contigo sea para mí remisión de todos los pecados, reparación de toda imperfección y rescate del tiempo perdido. Sea para mí, salvación eterna, restauración del alma y del cuerpo, fuego de amor, renuevo de virtud y consumación feliz de la vida; sea libertad de espíritu, santidad de vida, honestidad de costumbres; sea escudo de paciencia, bandera de humildad, ayuda a la confianza, consuelo en la tristeza, sostén para la perseverancia; sea

armadura de fe, solidez de esperanza, perfección de caridad, cumplimiento de tus mandatos, renovación de espíritu, verdadera santificación mía...; sea fuente de virtudes, tregua de pecados, incremento de todo bien y perenne recuerdo de tu amor. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 1).

176. EL BAUTISMO

«Que reavives en nosotros la gracia del bautismo, te lo pedimos, Señor» (RR).

1.— El día de su bautismo, el cristiano regenerado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ha recibido la gracia, o sea la participación de la vida de Cristo y ha sido hecho hijo adoptivo de Dios, inserto en la misteriosa realidad del Cuerpo Místico del Señor y miembro del Cristo total que es la Iglesia. El Bautismo es como la puerta que introduce al fiel en la vida cristiana, es la habilitación fundamental y radical para recibir los demás sacramentos y así llegar al estado de «hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13). En efecto, como explica el Concilio, «el bautismo por sí mismo es sólo un principio y un comienzo porque todo el tiende a conseguir la plenitud de la vida en Cristo» alfi 22; cf. GE 2). Para que el bautismo produzca todo su fruto, tiene el cristiano que adecuar su vida a la gracia de adopción, que es la gracia característica y fundamental de este sacramento. «Recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 15-16). Mecho hijo de Dios, el bautizado no puede vivir ya una vida puramente humana, sino que ha de amoldarse a la vida del Hijo único: Cristo el Señor. El Apóstol no se cansa de repetir: «Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado... Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba..., aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra» (Cl 2, 12; 3, 1-2). Los pensamientos y afectos del cristiano han de estar en tensión hacia los valores eternos, la vida eterna, y no deben embarazarse en las cosas de aquí, abajo. Debe progresar cada día en este camino hasta alcanzar «la plenitud de la vida en Cristo».

2.— El bautismo imprime el carácter de hijo de Dios, que nada —ni siquiera los pecados más graves que pudiera el fiel cometer— será capaz de destruir: es un «marcado» para toda la eternidad.

Esto sé expresa con énfasis en las fórmulas que acompañan al rito bautismal. Al bendecir el agua, ora el sacerdote: «Ven con tu poder, oh Padre, y santifica esta agua, para que los bautizados en ella queden limpios de pecado y renazcan a la vida de hijos de Dios. Santifica esta agua, para que los bautizados por ella en la muerte y resurrección de Cristo, respondan a la imagen de tu Hijo». Y para asegurar a los nuevos bautizados una vida acorde al carácter de hijos de Dios y hermanos de Cristo, la Iglesia recuerda

a los padres y padrinos su responsabilidad de educarlos en la fe, el amor y la obediencia a Dios, según el espíritu de las promesas bautismales que a tal fin se renuevan entonces. Administrado el sacramento, al colocarle la simbólica vestidura blanca, dice el ministro: «Esta vestidura blanca sea signo de vuestra divinidad de cristianos. Ayudados con la palabra y el ejemplo de vuestros padres, conservadla sin mancha hasta la vida eterna». Presentando luego el cirio encendido, dice a los padres: «Que vuestros hijos, iluminados por Cristo, caminen siempre como hijos de la luz, y perseverando en la fe, puedan salir al encuentro del Señor cuando venga (*Nuevo rito del bautismo*). Rito y fórmulas que compendian expresivamente cuál deberá ser la conducta de los nuevos hijos de Dios; rito y fórmulas que deberían estar esculpidos de modo indeleble en la mente y el corazón de todo fiel, para que fuesen la norma permanente de su vida. Con el pasar de los años, las preocupaciones, los deberes y las obligaciones de toda clase se irán acumulando sobre los hombros del cristiano, pero su primer deber será siempre el de guardar intacto su bautismo. Vanas serían las prácticas de piedad, vana la Eucaristía y vanos los demás sacramentos, vanos el apostolado, la consagración a Dios y el mismo sagrado ministerio para el cristiano que no se preocupase de mantener íntegro el brillo de la gracia bautismal y encendida la lámpara de la fe. Todo creyente debe reavivar la conciencia de sus promesas bautismales, recordando que en la sagrada fuente ha sido consagrado solemnemente como templo de la gloria de Dios, morada del Espíritu Santo y miembro del Cuerpo místico de Cristo (ib.).

Dios omnipotente y eterno, vuelve tu mirada sobre esta tu criatura que has llamado a la fe; aparta de mí la ceguera del corazón, despedaza las cadenas del mal con que Satanás intenta atarme, ábreme, Señor, las puertas de tu bondad paternal. Líbrame de la corrupción de las pasiones y tráeme con el perfume de tus enseñanzas; haz que sea feliz de servirte en tu Iglesia y crezca de día en día en el bien.

Hazme cada vez más ferviente en el espíritu, alegre en la esperanza y fiel en tu servicio.

Señor, Padre santo, imploro tu piedad incesante y colmada. Tú, fuente de luz y de verdad, dignate iluminarme con la luz de tu conocimiento, hazme puro y santo, dame la verdadera ciencia, para que hecho digno de la gracia de tu bautismo, conserve firme la esperanza, recto el consejo y pura la doctrina. (Cf. **Antiguo Rito del Bautismo**).

Consérvame, te lo suplico, inmaculado el culto de mi fe y haz que, hasta el último suspiro, escuche el testimonio de mi conciencia. Que posea para siempre —yo, bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo— lo que he profesado en el símbolo de mi regeneración: que te posea a ti, Padre nuestro; haz que adore a tu Hijo contigo y como tú; que reciba yo como mío tu Espíritu Santo que procede de ti por tu único Hijo. En verdad que tengo un testimonio digno de fe para garantizar lo que creo, y es aquél que dijo: «Padre, todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío», Jesucristo, mi Señor, que mora en ti,

y que, siempre Dios, procede de ti y está en ti y es bendito por los siglos de los siglos. Amén. (S. HILARIO DE POITIERS, *De Trinitate*, XII, 57).

177. LA CONFIRMACION

«Señor, que reciba yo la fuerza del Espíritu Santo para ser tu testigo» (Hc 1, 8).

1.— El bautismo es el primer paso de la iniciación cristiana, la confirmación es el segundo. El sacramento de la confirmación confirma al fiel y lo fortalece para la vida cristiana a la que el bautismo lo ha engendrado. El bautismo es el nacimiento a la vida cristiana, la confirmación es el paso a la vida cristiana adulta. Los cristianos son «insertos por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo y robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo» (AA 3). Mediante el bautismo el hombre es consagrado hijo de Dios y templo del Espíritu Santo; con la confirmación ese divino Espíritu viene sobre él consagrándolo perfecto cristiano y soldado de Cristo. La confirmación, en efecto, le da la plenitud del Espíritu Santo que lo fortalece espiritualmente, como conviene a la edad madura, confiriéndole la capacidad de hacer actos de adulto y de afrontar el combate espiritual contra los enemigos de la fe (S. T. 3, 72, 2).

Jesús ha dicho a los suyos: «Yo pediré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad» (Jn 14, 16). La promesa de Jesús se realizó el día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo, el cual, infundiendo en los Apóstoles un nuevo vigor, los capacitó para anunciar el Evangelio con franqueza y valor: «los Apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús» (Hc 4, 33). El sacramento de la confirmación es como el Pentecostés de cada fiel; fortalecido por el Espíritu Santo, debe éste actuar con virilidad y firmeza de adulto, de cristiano maduro. De este modo, dice S. Pablo, podremos llegar «a la madurez de la plenitud de Cristo, para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina..., antes bien, profesando la verdad en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza; Cristo» (Ef 4, 13-15).

2.— La confirmación, lo mismo que el bautismo y el orden, imprime el carácter a que alude S. Pablo cuando dice: «Es Dios el que nos confirma en Cristo y el que nos ungió y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el espíritu en nuestros corazones» (2 Cr 1, 2-22). El carácter impreso por la confirmación es precisamente el de cristianos militantes o soldados de Cristo; carácter que confiere el derecho de obtener en el momento oportuno las gracias necesarias para mantenerse fieles a Dios, a despecho de todas las luchas, asechanzas y seducciones del mal. Se puede, pues, decir que la confirmación consagra, al menos virtualmente, los héroes de la fe y del deber, los mártires. La perspectiva del martirio no puede ni debe ser excluida

de los horizontes de la vida cristiana; el Concilio Vaticano habla de ello expresamente: «Algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores... Y si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42). Esto adquiere particular importancia en los tiempos actuales, cuando, a causa de las continuas luchas contra la Iglesia, se necesita no poca fortaleza para seguir firmes en la fe y en la moral católica, y no es raro que para ello haya que afrontar graves sacrificios, no excluido el de la vida.

Cuando la pusilanimidad está para envolvernos, recordemos que en la confirmación ha impreso Dios en nuestro corazón el «sello» y nos ha dado «las arras» del Espíritu Santo, el cual está en nosotros para sostenernos con su virtud omnipotente. «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros —dijo Jesús a sus discípulos y en ellos a todos los creyentes— y seréis mis testigos» (Hc 1, 8). La promesa de Jesús es infalible. La fe en la eficacia del sacramento recibido, en la plenitud y en la acción del Espíritu Santo, torna operante la gracia de la confirmación y confiere al cristiano la fuerza para dar testimonio de Cristo en toda su conducta.

Dios omnipotente y eterno, que te has dignado regenerarme por el agua y el Espíritu Santo y me has concedido el perdón de todos mis pecados, derrama del cielo sobre mí tu Espíritu Santo Paráclito con sus siete dones. Infunde en mí el Espíritu de sabiduría y de entendimiento; el Espíritu de consejo y de fortaleza; el Espíritu de ciencia y de piedad, y en fin el Espíritu de tu temor.

Oh Dios, que diste el Espíritu Santo a los Apóstoles y por medio de ellos y de sus sucesores has querido comunicarlo a tus fieles, mira benigno a este tu siervo que un día fue ungido con el santo crisma y marcado con la señal de la santa cruz. Que el Espíritu Santo, bajado sobre mí, se digne habitar siempre en mi corazón y renueve mi consagración como templo de tu gloria. (Cf. **Antiguo Rito de la Confirmación**).

Oh Cristo, has muerto por mí pecador. Cuando era enemigo de Dios fui con él reconciliado mediante tu muerte. Así encuentro en ti el amor más grande, porque diste la vida por mí cuando no era amigo sino enemigo tuyo. ¡Qué grande amor me tuviste! ¡Qué tierna afición! Me amaste, siendo yo pecador, hasta morir por amor mío...

Haz que lo crea y que, para salvación mía, no me avergüence de confesarlo. En efecto, se cree con el corazón para obtener la justificación y con la boca se profesa la fe para alcanzar la salvación. En fin, para que no tuviese dudas ni sonrojo, al abrazar la fe, me imprimiste tu sello en la frente... Haz que levante mi frente, para que no tema las lenguas extrañas. Tú mismo dices: si alguien se avergüenza de mí delante de los hombres, el Hijo del Hombre se avergonzará de él delante de los ángeles de Dios. Concédeme, pues, que no me avergüence

de la ignominia de la cruz, que tú, Señor, no dudaste abrazar por mí, y haz que repita con el Apóstol: lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. (S. AGUSTIN, Sermón 215, 5).

178. EL PUEBLO DE DIOS

«Oh Dios, que nos has llamado de las tinieblas a tu luz admirable, haz que sepamos anunciar tus grandezas» (1 Pe 2, 9).

1.— El bautismo, igual que la confirmación, no son hechos meramente personales que interesen sólo a los que por recibirlos son engendrados o fortalecidos en la vida cristiana, sino acontecimientos eclesiales que interesan a toda la Iglesia, sea porque se realizan a través de su ministerio, sea porque no solamente unen al hombre con Dios sino a los hombres entre sí. «En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Cr 12, 13), el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. La Iglesia se forma, crece y se desarrolla justamente mediante los nuevos hijos que engendra a través de los sacramentos.

Nuestro Señor, «al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo, confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta» (LG 14). El mismo sacramento que hace al hombre hijo de Dios, lo hace miembro de la Iglesia; y el mismo sacramento que lo hace cristiano perfecto, lo enrola en la milicia de la Iglesia. «El Espíritu Santo..., cuando engendra a los que creen en Cristo para una nueva vida en el seno de la fuente bautismal, los congrega en el único Pueblo de Dios (AG 15). Esto no es una realidad accesoria o de segundo plano, sino que forma parte del mismo designio divino para la salvación de la humanidad, ya que «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG 9). A tal fin, Dios eligió desde antiguo al pueblo de Israel que santificó y vinculó a sí con un pacto especial; pero esto no era más que la figura del nuevo pueblo mesiánico que el Señor Jesús redimiría con su sangre y del que vendría a ser Cabeza. Así todos los bautizados en Cristo constituyen el pueblo salvado por él: Pueblo de Dios, objeto de su misericordia (1 Pe 2, 10). Este privilegio, fruto de la misericordia divina, debe encontrar en el cristiano correspondencia generosa: «No olviden todos los hijos de la Iglesia que su excelente condición no deben atribuirle a los méritos propios, sino a una gracia singular de Cristo», a la que deben corresponder «con pensamiento, palabra y obra» (LG 14).

2.— El misterio de la salvación se actúa al mismo tiempo en el plano vertical por cuanto une al hombre con Dios, y en el plano horizontal, uniendo a los hombres entre sí. Para comprender esto, no hay que olvidar que la solidaridad humana, para ser cristiana, se ha de fundamentar esencialmente

en Dios, o sea en la unión de cada uno a Dios y de todos en Dios. No se trata de formar sólo un pueblo terreno, sino un Pueblo de Dios, santificado por su gracia y guiado por su Espíritu y sus leyes. «La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros» (LG 9).

Al formar un pueblo único, los creyentes no pueden desinteresarse unos de otros; el bien y la santificación del particular deben ordenarse al bien y a la santificación de todos; la intensidad de la vida cristiana y sacramental de cada fiel es patrimonio de la comunidad cristiana entera. Cultivando la unión personal con Dios, orando y recibiendo los sacramentos, el individuo ha de hacerlo con la conciencia de que mediante esos actos enriquece y santifica no sólo a sí mismo sino a todo el Pueblo de Dios. Esto es un estímulo poderoso a aumentar la receptividad y disponibilidad a la gracia, para que ésta se revierta sobre todos los hermanos. No basta fijar aquí la mirada; hay otros hombres a los que atender. El Pueblo de Dios es todavía «un pequeño rebaño», pero Cristo «se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra» (ib.). Este es el fundamento de la vocación apostólica de todo creyente. Por el simple hecho de estar bautizado, todo creyente debe tomar conciencia de su cualidad de apóstol y vivir en consecuencia, de modo que toda su vida exprese con las palabras y con las obras el Evangelio del Señor.

Te bendecimos, Padre misericordioso, porque de la fuente del Bautismo, hiciste brotar en nosotros la vida de hijos de Dios; porque hace un solo Pueblo de todos los bautizados en tu Hijo Jesucristo, por el agua y el Espíritu Santo; porque con el Espíritu Santo que infundes en nuestros corazones, nos haces libres para gozar de tu vida; porque envías a los bautizados para que anuncien con gozo a todos los pueblos el Evangelio de Cristo.

Escúchanos, Señor, y haz que cuantos han sido marcados con el signo de la cruz, profesen abiertamente la fe en todas las circunstancias de la vida... Guarda en la misma fe y en el mismo amor a todos los cristianos que por el bautismo has unido en una sola familia. (Rito del bautismo de niños).

¡Oh Iglesia santa de Dios, qué gran amor a ti enciende en mi corazón este pensamiento: soy tu miembro, soy miembro de Jesucristo! ¡Qué amor me inspira a todos los cristianos, pues todos son mis hermanos y todos juntos formamos una sola cosa en Cristo Jesús!

Nada de lo que se refiere a ti me puede dejar indiferente: me entristezco si eres perseguida, me alegro al oír tus conquistas y tus triunfos.

¡Qué alegría pensar que, santificándome a mí mismo, contribuyo a aumentar tu belleza y colaboro en la santificación de todos los hijos de la Iglesia mis hermanos y hasta en la salvación de toda la gran familia humana!

¡Oh santa Iglesia de Dios! Yo quiero, en cuanto de mí depende, que seas más bella, más santa y más numerosa, porque el esplendor de tu conjunto resulta de

la perfección de cada uno de tus hijos, fundidos en la solidaridad íntima que fue la idea fundamental de la oración de Jesús después de la última Cena y el verdadero testamento de su Corazón: Que todos sean una misma cosa..., que sean perfectos en la unidad. (G. B. CHAUTARD, **El alma del apostolado**, V).

179. EL SACERDOCIO DE LOS FIELES

«Oh Jesús, que has hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para tu Padre, a ti la gloria y el poder por los siglos» (Ap 1, 6)

1.— «Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (1 Pe 2, 9). Estas conocidas palabras de S. Pedro expresan el sentido del sacerdocio común de los fieles, los cuales, en virtud de los sacramentos, particularmente del bautismo y de la confirmación, quedan consagrados al servicio y culto de Dios y destinados a ser sus heraldos ante todos los hombres. El sacerdocio de los fieles se distingue esencialmente del ministerial derivado del sacramento del orden; pues los fieles no tienen el poder de consagrar la Eucaristía, ni de perdonar los pecados o administrar los demás sacramentos —excepto el bautismo en casos particulares— y ni siquiera el de anunciar con autoridad la palabra de Dios. Sin embargo, hasta los simples fieles están llamados a una participación efectiva en el único sacerdocio de Cristo. Santo Tomás explica que esto resulta del carácter sacramental del bautismo y de la confirmación, carácter que consiste precisamente en una participación del sacerdocio de Cristo, por el que los fieles quedan destinados al culto de Dios (S. T. 3, 63, 2-3). Por lo demás ya había dicho S. Pedro: «Acercándoos a él (Cristo)..., también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (1 Pe 2, 4-5). A tanta dignidad conduce la vida de la gracia, que, como participación de la vida de Cristo, hace también participar de su sacerdocio. Esta realidad es densa de significado y empeña al cristiano a tomar una actitud sacerdotal toda la vida, de modo que cada acción suya sea digna de ser ofrecida a Dios como acto de culto y «sacrificio espiritual», destinado a rendirle honor y a reconocer su soberana majestad, no sólo en nombre propio, sino en nombre de todos los hombres y en unión al sacerdocio de Cristo.

2.— Los fieles ejercen su sacerdocio real «en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante» (LG 10). Toda la vida del fiel está, pues, al servicio de su función sacerdotal; pero de ella se destacan algunos actos particulares, los actos sacramentales.

La vida sacramental es el fundamento del sacerdocio de los fieles y al mismo tiempo su ejercicio más alto. Ante todo es su fundamento: «Los fieles,

incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia» (ib 11). El bautismo es una consagración real; por eso el fiel está consagrado al servicio y culto de Dios, y precisamente por eso, antes de la administración del sacramento, la Iglesia exige la renuncia expresa a Satanás y la profesión formal de fe; renuncia y profesión que el cristiano deberá reflejar en su vida cotidiana para dar en todas partes testimonio de Dios. Todo esto es completado y robustecido por la confirmación. «Por el sacramento de la confirmación se vinculan (los fieles) más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras» (ib.). Estos sacramentos son, pues, la base no sólo de la vida de la gracia, sino también del sacerdocio de los fieles; sacerdocio no sobrepuesto, sino incluido en la misma vida de la gracia, pero del que es preciso hacerse consciente. Cuanto más se esfuerzan los fieles por vivir en plenitud la gracia del bautismo y de la confirmación, tanto más ejercitan su sacerdocio y más capaces se hacen de ofrecerse a sí mismos, con todas sus actividades «como una víctima viva, santa, agradable a Dios» (Rm 12, 1) en íntima unión con Cristo sacerdote y víctima para gloria del Padre y salvación de la humanidad.

Es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor. Quien, por su misterio pascual, realizó la obra maravillosa de llamarnos del pecado y de la muerte al honor de ser estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad, para que, trasladados de las tinieblas a tu luz admirable, proclamemos ante el mundo tus maravillas. (MISAL ROMANO, **Prefacio de domingos durante el año I**).

Misterio inaudito del sacerdocio cristiano: el hombre es a la vez víctima y sacerdote de sí mismo. No tengo ya que buscar fuera de mí lo que quiero inmolarte, Señor, porque llevo conmigo y en mí lo que para mí bien deseo sacrificarte. Sacrificio extraordinario, en el que el cuerpo se ofrece sin ser destruido, y la sangre se entrega sin ser derramada.

Este sacrificio es conforme al tuyo, oh Cristo, que, todavía en vida, inmolaste tu cuerpo para la vida del mundo; hiciste de tu cuerpo una víctima viva, porque, aunque muerto, vives. Que yo, pues, no rehúse ser sacrificio de Dios y su sacerdote. Sino que me ponga la vestidura de la santidad, me ciña el cingulo de la castidad; y tú, oh Cristo, sé como un velo sobre mi cabeza y tu cruz como una protección sobre mi frente. Que siempre queme yo como un perfume el incienso de mi oración, empuñe la espada del Espíritu y haga de mi corazón un altar; y así con la seguridad que me da tu protección conduzca mi cuerpo al sacrificio. Tú, Dios mío, quieres la fe, no la muerte; tienes sed de amor, no de sangre; te dejas aplacar por la voluntad, no por el sacrificio de la vida. Así lo hiciste con el santo patriarca Abrahán cuando le ordenaste ofrecer el hijo, pero

no le permitiste degollarlo... Mi cuerpo se inmola, pero al mismo tiempo vive siempre que, mortificando los vicios, te sacrifico a ti, oh Dios, mi vida por medio de la virtud. (Cf. S. PEDRO CRISOLOGO, **Sermón** 108).

180. LA EUCARISTIA

«Que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo» (Pleg. Euc. II).

1.— «Los otros sacramentos... están íntimamente trabados con la sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. Y es que en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo por su carne, que da la vida á los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo» (PO 5).

La iniciación cristiana emprendida por el bautismo y la confirmación se completa con la Eucaristía que, como alimento divino, nutre y aumenta en los fieles la vida de la gracia, elevándolos a la comunión viva, íntima y personal con Cristo. «Yo soy el pan vivo bajado del cielo —ha dicho Jesús—. Si uno come de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 51.56). Las palabras con que Jesús anunciaba y prometía la Eucaristía, se verificaron a la letra la tarde de la última cena; cuando tomó el pan y, después de haberlo bendecido; «lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "Tomad: comed; esto es mi cuerpo"» (Mt 26, 26). No se trata de un símbolo, sino de una realidad, tan verdadera y concreta como misteriosa; la sustancia del pan y del vino se cambian en la sustancia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. S. Ignacio mártir escribía a los primeros cristianos: «La eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo; carne que sufrió por nuestros pecados, pero que el Padre por su bondad resucitó» (Esmir. 7).

Así como la vida natural tiene su comida para crecimiento y sustento del cuerpo, así la vida de la gracia tiene su alimento divino: Jesús, pan vivo, «viático para el camino» (GS 38), que la alimenta y perfecciona hasta transfigurarla un día en la vida eterna. «Oh sagrado banquete —canta la Liturgia— en el que se recibe a Cristo, se renueva el memorial de su Pasión, el alma se colma de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura» (RR).

2.— «Los fieles, sellados ya con el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan plenamente en el Cuerpo de Cristo por la recepción de la Eucaristía» (PO 5). Igual que el bautismo y la confirmación tiene la Eucaristía una dimensión eclesial; es decir, al unir íntimamente con Cristo al fiel que se nutre de ella y que alimenta en ella la vida de la gracia, perfecciona y conduce al mismo tiempo a plenitud su inserción en el Cuerpo místico de Cristo. Son dos efectos contemporáneos e indivisibles: el uno llama necesariamente al otro. Mientras el primero, directamente personal, se ordena a la santificación del

Individuo y a su comunión íntima con Cristo, el segundo, derivado del anterior, se ordena a su comunión con la Iglesia y con los hermanos. La comunión con Cristo no puede dejar de ser comunión con los que son sus miembros. El Concilio Vaticano II precisa con toda claridad: «En la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con El y entre nosotros. "Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (1 Cr 10, 17). Así todos nosotros nos convertimos en miembros de ese cuerpo» (LG 7).

Igual que el cristiano particular vive y crece sobrenaturalmente alimentándose con el pan eucarístico, así, por este mismo pan «la Iglesia vive y crece continuamente» (LG 26). La Eucaristía es el alimento y viático de los individuos y por eso mismo lo es de todo el Pueblo de Dios; y si nutre y fortalece la unión con Cristo, tal nutre y fortalece la unión entre los cristianos: «La unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico» (LG 3). La unión con nuestro Señor y la unión entre los fieles es la gracia característica de la Eucaristía, a la cual debe disponerse cada uno para recibirla en plenitud y portarse de modo que sea operante en la vida, poniendo en práctica la comunión con Cristo y con los hermanos.

Padre nuestro, como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente.

Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre, que hiciste morar en nuestros corazones, y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo...

Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas por causa de tu nombre y diste a los hombres comida y bebida para su disfrute. Mas a nosotros nos hiciste gracia de comida y bebida espiritual y de vida eterna por tu siervo...

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor, y reúnela de los cuatro vientos, santificada, en el reino tuyo que has preparado. (**Didaché**, 9-10).

Somos muchos un solo pan, un solo cuerpo.

¡Oh qué misterio de amor, y qué símbolo de la unidad, y qué vínculo de la caridad! Quien quiere vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación en su vida. No le horrorice la unión con los miembros, y no sea un miembro podrido, que deba ser cortado, ni miembro deforme de quien el cuerpo se avergüence; que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo para que viva de Dios para Dios, y que trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo.

Señor, que me embriague con la opulencia que hay en tu casa y dame de beber del torrente de tu delectación. En ti está la fuente de la vida. No en el exterior, fuera de ti, sino dentro, en ti mismo, ahí está la fuente de la vida. Ahí

quiero entrar para vivir; no debo creerme suficiente, porque perecería; no quiero saciarme de lo mío, porque me agostaría; quiero aplicar la boca a la Fuente misma, donde no falta el agua jamás. (S. AGUSTIN, *In Jn*, 26, 13; 25, 17).

181. DOMINGO VI «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Felices los que caminan en la ley del Señor» (SI 119, 1).

1.— La fidelidad a la ley de Dios es uno de los temas centrales del Antiguo Testamento y resulta interesante ver cómo el Autor sagrado subraya la responsabilidad del hombre frente a ese deber. «Si tú quieres, guardarás los mandamientos, permanecer fiel es cosa tuya... Ante los hombres la vida está y la muerte, lo que prefiera cada cual se le dará» (Eccli 15, 15.17). Es como decir que el que sigue la ley divina tendrá la vida, y el que le vuelve las espaldas caerá en la muerte; tanto la vida como la muerte eterna son la consecuencia de su opción. El hombre es libre, y por eso, responsable de sus acciones; el mal que hace a él sólo es imputable: Dios «a nadie ha mandado ser impío, a nadie ha dado licencia de pecar» (ib 20).

El amor y la fidelidad a la ley constituían la justicia y la santidad del pueblo de Israel. Sin embargo, la ley no era aún perfecta y los hombres la habían materializado demasiado. Viene Jesús y dice: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mt 5, 17-47). Jesús enseña que no es suficiente una fidelidad a la ley material y externa; que hace falta una fidelidad profunda e interior, que empeñe la mente y el corazón. «Habéis oído que se dijo a los antepasados... Pues yo os digo...»; con esta frase, repetida hasta seis veces, anuncia S. Mateo los perfeccionamientos más fundamentales introducidos por Cristo en la ley. No basta, por ejemplo, no matar; hay que cuidarse también de simples palabras de desamor, desprecio o resentimiento hacia el prójimo. El que guarda ira o rencor hacia el hermano es como si lo matase en su corazón, pues lo deja muerto para él, excluido de su benevolencia e interés. No basta abstenerse de actos materiales contra la ley, hay que eliminar hasta los pensamientos y deseos malos, porque el que los consiente ya ha pecado «en su corazón» (ib 28): ya ha asesinado al hermano o cometido adulterio. La superación y perfeccionamiento de la ley antigua consiste precisamente, en una delicada atención a la pureza interior, a la justicia no sólo de la conducta externa que todos ven, sino de los movimientos íntimos del corazón y de la mente conocidos de Dios solo. Aun en el Antiguo Testamento hablaban muchas veces los profetas en este sentido; pero sólo Jesús, Sabiduría eterna, debía dar a la ley su última perfección. Para comprenderla y vivir a su nivel, es necesario que el cristiano se deje penetrar por la sabiduría del Evangelio, que no es la sabiduría de este mundo, sino «una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida» (1 Cr 2, 7); el misterio de la cruz de Cristo que todo creyente debe revivir muriendo a la sabiduría del mundo y de la carne.

Señor, de todo corazón te ando buscando, no me desvíes de tus mandamientos. Dentro del corazón he guardado tu promesa, para no pecar contra ti. Bendito tú, Señor, enséñame tus preceptos (10-12).

Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley. Un forastero soy sobre la tierra, tus mandamientos no me ocultes. Mi alma se consume deseando tus juicios en todo tiempo (18-20).

He escogido el camino de la verdad, he deseado tus juicios. A tus dictámenes me mantengo adherido, no me confundas, oh Señor. Corro por el camino de tus mandamientos, pues tú mi corazón dilatas (30-32).

Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero. He jurado y he de mantenerlo, guardar tus justos juicios (105-106).

Mi lengua repita tu promesa, pues todos tus mandamientos son justicia... Anhelo tu salvación, Señor, tu ley hace mis delicias (172-174). (**Salmo 119**).

¡Oh, cuán dulce y deseable es el yugo de la ley celestial que impone Rey tan amable!... El corazón amante ama los mandamientos, y cuanto más difíciles son los encuentros más dulces y agradables, porque con ello complace perfectamente al Amado y le tributa más honra, y hasta entona himnos de alegría cuando Dios le enseña sus mandamientos y prescripciones... Nada le da tanto desquite y aliento en esta vida mortal como la amorosa carga de los preceptos de Dios. (S. FRANCISCO DE SALES, **Tratado del amor de Dios**, VIII, 5).

CICLO B

«¡Dichoso el que es perdonado de su culpa, y le queda cubierto su pecado!» (Sl 32, 1).

La ley de Moisés prescribía: El leproso «habitará solo; fuera del campamento tendrá su morada (Lv 13, 26). Precepto duro que se explica por la preocupación de evitar el contagio y por la idea que de la lepra tenían los hebreos como castigo de Dios a los pecadores. En consecuencia el leproso era huido de todos y tenido por «impuro», «herido» de Dios y maldito.

Jesús, venido a redimir al hombre del pecado y de sus consecuencias, tenía pleno derecho a contravenir la ley antigua y lo hace con el gesto resuelto de quien tiene plenos poderes. «Se acercó a Jesús un leproso suplicándole de rodillas: Si quieres puedes limpiarme» (Mc 1, 40). ¡Fe maravillosa! Aquel pobrecito, abandonado de los hombres y tenido por abandonado de Dios, tiene más fe que muchos que se consideran seguidores de Cristo. La fe auténtica no se pierde en razonamientos sutiles; tiene una lógica simplicísima: Dios puede hacer todo lo que quiere, basta, pues, que lo quiera. A la atrevida demanda que expresa una confianza ilimitada, Jesús responde con un gesto inaudito para un pueblo al que se le había prohibido cualquier contacto con los leprosos: «extendió la mano y lo tocó». Dios es señor de la

ley y puede contravenirla. «Quiero —dice como calcando la expresión del leproso—; queda limpio» (ib 11).

Si acogiendo y tocando al leproso, Jesús contraviene la ley, luego la cumple diciendo: «ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés» (ib 44). La caridad puede legitimar las infracciones de determinados preceptos, pero no autoriza nunca la actitud de quienes, bajo pretexto de mayor libertad en el ejercicio del amor, querrían liberarse de toda ley. La primera ley, ciertamente la del amor, pero el amor no es auténtico si no va ordenado según Dios y si no pone a Dios y su voluntad por encima de todo.

Marcos precisa que Jesús hizo el milagro «sintiendo lástima» (ib 41); frase que retorna muchas veces en el Evangelio. Jesús tiene lástima de la lepra que destroza el cuerpo, pero más aún de la que destroza las almas. Curando la primera, demuestra que quiere y puede curar la segunda; así demuestra su misión de Salvador, que él actuará plenamente cuando, tomando sobre sí la lepra del pecado, aparecerá él también «despreciado y evitado de los hombres..., como un leproso, herido de Dios y humillado» (Is 53, 3-4).

¡Dichoso el que es perdonado de su culpa y le queda cubierto su pecado! Dichoso el hombre a quien el Señor no imputa falta y en cuyo espíritu no hay fraude... Mi pecado te reconocí y no oculté mi culpa. Dije: Me confesaré al Señor de mis rebeldías. Y tú absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado. (**Salmo 32, 1-2. 5**).

Bienhechor de todos los que se vuelven a ti, luz de quien está en tinieblas, principio creador de todo germen, jardinero de todo crecimiento espiritual, ten piedad de mí, Señor, y haz de mí un templo sin mancha. No mires mis pecados. Si pones tus ojos en mis culpas, no podré resistir tu presencia; pero con tu inmensa misericordia y con tu compasión infinita borra mis manchas, por nuestro Señor Jesucristo, tu único Hijo, santísimo, médico de nuestras almas. (**Oraciones de los primeros cristianos, 89**).

CICLO C

«Bendito quien confía en el Señor» (Jr 17, 7).

El cristiano no funda su esperanza ni en sí mismo, ni en los otros hombres, ni en los bienes terrenos. Su esperanza se arraiga en Cristo muerto y resucitado por él. «Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida —dice S. Pablo—, somos los hombres más desgraciados» (1 Cr 15, 19). Pero la esperanza cristiana va mucho más allá de los límites de la vida terrena y alcanza la eterna, y justamente a causa de Cristo que resucitando ha dado al hombre el derecho de ser un día partícipe de su resurrección.

Con este espíritu se han de entender las bienaventuranzas proclamadas por el Señor, las cuales exceden cualquier perspectiva de seguridad y

felicidad terrenas Para anclar en lo eterno. Con sus bienaventuranzas Jesús ha trastocado la valoración de las cosas; éstas ya no se ven según el dolor o el placer inmediato y transitorio que encierran, sino según el gozo futuro y eterno. Sólo el que cree en Cristo y confiando en él vive en la esperanza del reino de Dios, puede comprender esta lógica simplicísima y esencial: «Dichosos los pobres... Dichosos los que ahora tenéis hambre... Dichosos los que ahora lloráis... Dichosos vosotros cuando os odien los hombres» (Lc 6, 20-22). Evidentemente no son la pobreza, el hambre, el dolor o la persecución en cuanto tales los que hacen dichoso al hombre, ni le dan derecho al reino de Dios; sino la aceptación de estas privaciones y sufrimientos sostenida en la confianza en el Padre celestial. Cuanto el hombre carente de seguridad y felicidad terrenas se abra más a la confianza en Dios, tanto más hallará en él su sostén y salvación. «Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza, dice Jeremías (17, 7). Al contrario los ricos, los hartos, los que gozan, escuchan la amenaza de duros «¡ayes!» (Lc 6, 24-26), no tanto por el bienestar que poseen, cuanto por estar tan apegados a ello que ponen en tales cosas todo su corazón y su esperanza. El hombre satisfecho de las metas alcanzadas en esta tierra está amenazado del más grave de los peligros: naufragar en su autosuficiencia sin darse cuenta de su precariedad y sin sentir la necesidad urgente de ser salvado de ella. El reino de la tierra le basta hasta el punto de que el reino de Dios no tiene para él sentido alguno. Por eso dice de él el profeta: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor» (Jr 17, 5). Las bienaventuranzas del Señor se ofrecen a todos, pero sólo los hombres desprendidos de sí mismos y de los bienes terrenos son capaces de conseguirlas.

Ahora, mientras vivo en el cuerpo, me encamino hacia ti, Señor, puesto que caminamos por la fe, mas no por la visión. Llegará el tiempo en que veamos lo que creímos sin haberlo visto; mas, cuando veamos lo que creímos, nos alegraremos... Entonces aparecerá la realidad de lo que ahora es esperanza... Ahora gimo, ahora corro al refugio para salvarme; ahora enfermo, llamo al médico... Ahora en el tiempo de esperanza, de sollozo, de humildad, de dolor, de flaqueza..., he sido para muchos objeto de extrañeza..., porque creo lo que no veo. Ellos, siendo bienaventurados en lo que ven, se alegran en la bebida, en la sensualidad, en la avaricia, en las riquezas, en las rapiñas, en las dignidades del siglo...; se alegran en esto. Yo voy por camino opuesto, despreciando las cosas pasajeras de la vida y temiendo las prósperas del mundo, hallándome sólo seguro en las promesas de Dios (**In Ps 70, 8-9**).

Vivo contento en mi esperanza, porque tú, Señor, eres veraz en tu promesa; sin embargo, no poseyéndote aún, gimo bajo el aguijón del deseo. Hazme perseverante en este deseo hasta que llegue lo que me has prometido. Entonces se acabarán los gemidos y resonará únicamente la alabanza. (S. AGUSTIN, **In Ps, 148, 1**).

182. EL SACRIFICIO EUCARISTICO

«En unión a la oblación eucarística, acepta, Padre, la oblación de mí mismo, como víctima viva, santa, agradable a ti» (Rm 12, 1).

1.— La Eucaristía no es sólo sacramento sino también sacrificio; más aún el sacramento sólo se realiza a través del sacrificio. «Nuestro Salvador en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo» (SC 47). Jesús, en efecto, después de haber bendecido y distribuido el pan diciendo: «Este es mi cuerpo, que va a ser entregado por vosotros», añadió: «Haced esto en conmemoración mía» (Lc 22, 19). El sacrificio eucarístico perpetúa y renueva sobre nuestros altares el sacrificio de la cruz a gloria de la Trinidad, y en reparación de nuestros pecados y al mismo tiempo nos da el sacramento del Cuerpo del Señor como alimento de nuestras almas. Por eso el Misterio eucarístico es al mismo tiempo sacrificio y sacramento; oblación y banquete. Es el «centro y culminación de toda la vida... cristiana» (CD 30; cfr. LG 11); ante todo del culto que debe ser dado a Dios y luego de la santificación de los fieles y de su unión con Cristo y entre sí. El sacrificio eucarístico es «el único sacrificio del Nuevo Testamento» (LG 28) y «cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz se efectúa la obra de nuestra redención» (ib 3). Frente a tan sublime Misterio, en el que se compendia toda la acción de Dios para la santificación del mundo y todo el culto que los hombres rinden a Dios, se comprende la viva preocupación de la Iglesia por que los fieles asistan a él no «como extraños y mudos espectadores, sino que... participen consciente, piadosa y activamente» (SC 8), asociándose con la oración y las disposiciones interiores a cuanto se realiza en el altar.

2.— El Concilio Vaticano II afirma: «Los fieles, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía... Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la víctima divina y a sí mismos juntamente con ella; y así, sea por la oblación, sea por la sagrada comunión, todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia» (LG 10-11). Es ésta la actuación más sublime del sacerdocio de los fieles, la que más íntimamente les asocia a Jesús Sacerdote, especialmente presente «en el Sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro..., sea sobre todo bajo las especies eucarísticas» (SC 7). Participando en la Santa Misa, los fieles se unen a la plegaria de alabanza; de acción de gracias, de impetración y de reparación que Cristo, sumo y eterno Sacerdote, eleva al Padre; se asocian además a su ofrenda sacrificial, no sólo con las palabras sino mucho más con la actitud interior. El gesto que el ministro, dotado del Orden sagrado, realiza en el altar elevando a Dios «el

sacrificio puro, inmaculado y santo» (Plleg. Euc. I), la realizan los fieles en lo íntimo del corazón, en virtud de su sacerdocio espiritual, acompañándolo con su ofrecimiento personal. El santo Concilio les exhorta por eso a que «aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él» (SC 48). Este ofrecimiento debe ser de tal modo concreto que abrace los diferentes aspectos de la vida: la oración, el trabajo, los deberes de estado, los dolores, las contrariedades; cosas todas que de esa suerte «se convierten en sacrificios espirituales..., que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor» (LG 34). Toda la vida, del fiel queda así asumida y consagrada por la oblación eucarística. Esto se completa y perfecciona con la participación en la sagrada mesa, la cual asocia más íntimamente a Cristo Sacerdote y Víctima, pues «la participación del Cuerpo y Sangre de Cristo hace que pasemos a ser aquello que recibimos» (LG 26).

En todo y por todo, te cantamos, te bendecimos, te damos gracias, Señor, y te profesamos Dios nuestro.

Por esto, Maestro santísimo, nosotros que hemos sido juzgados dignos de servir a tu santísimo altar, no por mérito nuestro, pues no hemos hecho nada bueno en la tierra, sino por tu bondad y por tu sobreabundante misericordia, osamos acercarnos a tu altar a ofrecer el sacramento del Cuerpo santo y de la Sangre sagrada de tu Cristo...

Ojalá todos los que participamos del único pan y del único cáliz, estemos unidos mutuamente en la comunión del único Espíritu, y que ninguno de nosotros participe en el Cuerpo santo y en la Sangre sagrada de tu Cristo para su juicio y condenación. Y haz que encontremos piedad y gracia con todos los santos que desde el principio te fueron agradables. (S. BASILIO, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 306).

Dirige, Señor, tu mirada sobre esta víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos, en Cristo, víctima viva para tu alabanza. (MISAL ROMANO, **Plegaria Eucarística**, IV).

Durante la Consagración y la Comunión, me ofreceré con gran amor a ti, Señor mío, diciéndote con el corazón en profunda reverencia que como tú te ofreces al Padre por mí y por mi salud, así quiero yo ofrecerme todo a su Divina Majestad y dedicarme con todas mis fuerzas al servicio de su Reino.

Señor, hazme trozos como el Pan de tu sacramento, dóblame, retuérceme si es necesario en las espirales de tu voluntad: pero que yo esté siempre en comunión con la Hostia partida sobre el Cáliz, que es para mí fuente de la única paz. (G. CANOVAI, **Suscipe Domine**, p. 254, 295).

183. LA PENITENCIA

«Señor, retira tu faz de mis pecados; borra todas mis culpas» (Sl 51, 11).

1.— La gracia conferida por el bautismo, robustecida por la confirmación y alimentada por la Eucaristía no hace al hombre impecable. Por más que tenga una eficacia santificadora infalible, no fuerza al bien, y así el hombre queda siempre libre de corresponder o no al don divino y tiene siempre la triste posibilidad de resistir a la gracia consintiendo con el mal. Llamados a ser santos, en realidad «todos caemos muchas veces» (St 3, 2) y por eso «continuamente necesitamos la misericordia de Dios» (LG 40). El misterio de la salvación ha sido instaurado por la misericordia divina justamente para salvar al hombre pecador. «No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (Mt 9, 13), declaró Jesús, y para perdonar los pecados instituyó el sacramento de la penitencia: «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; y a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 23).

El sacramento de la penitencia presupone de parte de quien a él se acerca, la penitencia interior, es decir, la conversión, sin la cual el mismo sacramento no tendría eficacia alguna. Jesús comenzó su vida pública predicando esta penitencia: «convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). El pecado, cualquiera sea su entidad, lleva siempre consigo un rechazo —más o menos grave— del amor de Dios y por lo tanto un alejamiento de Él, de su ley y del evangelio; sólo Dios puede perdonarlo, pero el perdón exige un cambio interior que lleve al hombre a dar pie atrás en su camino. «Me levantaré —dice el hijo pródigo que marchándose de casa había rehusado el amor del padre—, iré a mi padre y le diré: "Padre, Pequé contra el cielo y ante ti"» (Lc 15, 18). El cristiano que se acerca al sacramento de la penitencia confesando sus pecados con estas disposiciones, recibe el perdón de ellos; un perdón tan amplio y generoso que le confiere un aumento de gracia, o bien —en caso de que la hubiere, perdido— se la devuelve intacta como en el día de su bautismo.

2.— Hablando de la pecadora, dice Jesús: «quedan perdonados sus pecados porque muestra mucho amor» (Lc 7, 47). Cuanto más acompañado, mejor aún producido por el amor, está el arrepentimiento de los pecados, tanto más dispone a un perdón amplio y abundante. «El amor cubre multitud de pecados» (1 Pe 4, 8), hasta el punto de que un acto de dolor perfecto, o sea, motivado por el amor a Dios, puede obtener la justificación aun fuera del sacramento. Esto no significa que el sacramento sea superfluo o pueda ser descuidado, ya que está en la voluntad de Dios que todos los pecados graves le sean sometidos. Y, como enseña Sto. Tomás, no puede haber verdadera contrición sin la intención, al menos implícita, de confesarse (cf Quodlibet 4, 10, 3). Por otra parte, ¿quién podría estar seguro de tener el dolor perfecto de sus pecados y, por lo tanto, de haber obtenido el perdón? El sacramento, en

cambio, al paso que ayuda al penitente a perfeccionar su arrepentimiento, le asegura el perdón de Dios y que ha sido restablecido en su amistad. Aquí está el gran valor del sacramento de la penitencia, en el que Cristo obra convirtiendo al pecador y vivificándolo con su gracia.

El Concilio exhorta a los fieles a que «con espíritu contrito sometan sus pecados a la Iglesia en el sacramento de la penitencia, de suerte que día a día se conviertan más y más al Señor» (PO 5). En virtud de su sacerdocio, los fieles no son solamente sujetos pasivos de los sacramentos, sino también sus actores, en el sentido de que cooperan a su actuación. A propósito de la confesión su cooperación consiste precisamente en «someter con espíritu contrito sus pecados a la Iglesia», lo que equivale a suministrar la materia del sacramento. Esto debe realizarse no sólo por la confesión necesaria de los pecados graves, sino también por la confesión facultativa, pero siempre muy recomendable, de los pecados veniales. En todo caso el fiel, consciente de su responsabilidad frente al sacramento, debe acercarse a él con corazón verdaderamente contrito; sólo así recibirá ayuda para «convertirse día a día más al Señor», y la confesión significará un paso adelante en el camino de la conversión total.

Alma mía, si has pecado y has quedado herida, aquí está tu Dios, aquí está tu Médico pronto a curarte. Su omnipotencia le permite perdonarte en un momento todos tus pecados; su bondad y su misericordia le mueven a perdonarte.

Tal vez te asustas porque es tu juez; pero confía, alma mía, porque si es tu juez, es también tu defensor. Es tu defensor para excusarte y justificarte si te arrepientes; es tu juez, no para condenarte, sino para salvarte, si te humillas. Su misericordia es infinitamente mayor que todas tus iniquidades. Y yo te digo esto, no para que, permaneciendo en tu pecado, te hagas indigna de su piedad, sino para que, alejándote del mal, no desesperes de su clemencia y de su perdón. (B. LUIS DE BLOIS, **Guía espiritual**).

Amantísimo Señor Jesucristo..., tú rebasas de una bondad tan grande y tan inefable, que siempre nos amas saliéndonos al paso; te muestras y vas al encuentro de quien te busca; tú nos amas, y tu inmensa caridad se extiende hasta a los enemigos. A ninguno rechazas, a nadie desprecias, sino que a todos llamas y recibes con rostro amigo, fuera de aquellos que, por su pecado y a pesar y en contra de tu voluntad, se alejan con rebeldía obstinada de ti. Aun entonces tu piedad es tan infinita y exuberante, que esperas a penitencia a los que yacen miserablemente en el pecado, y a veces, a despecho de su rebeldía, los constringes a que vuelvan.

Dígnate, pues, ayudarme, misericordiosísimo Señor Jesucristo, fuego y luz de Amor; inflama e ilumina mi corazón duro y rebelde a tu amor, para que, con tu ayuda, me duela por ti de mis pecados y de mis iniquidades, haga penitencia de ellos y con corazón puro, humilde y amante, haga obras de celo agradables a ti, y así prevenido, asistido y acompañado de tu gracia, viva en esta vida de tu amor, de suerte que, al término de ella, obtenga por tu misericordia, la vida

eterna para amarte en la gloria. (R. GIORDANO, **Contemplaciones sobre el amor divino**, 6).

184. EL VALOR ECLESIAL DE LA PENITENCIA

«Jesús, que amas la Iglesia como esposa tuya y te has entregado para santificarla» (Ef 5, 25-26), que no malogre yo con el pecado tu obra.

1.— El Concilio quiere inculcar «a los fieles, junto con las consecuencias sociales del pecado, la naturaleza propia de la penitencia, que detesta el pecado en cuanto es ofensa de Dios» (SC 109). El motivo primero del arrepentimiento de los pecados es la ofensa hecha a Dios, esto es, la resistencia a su amor, el rechazo o la estima de su amistad, la ingratitud a sus beneficios, el desprecio o indiferencia por su voluntad expresada en la ley. Es claro que a Dios no puede llegar perjuicio alguno por el pecado de los hombres, sin embargo aun cuando la culpa hiera directamente al hombre, alcanza siempre a Dios el cual ama a toda criatura, y quiere y tutela su bien. Por eso el pecado sólo puede ser perdonado por Dios y ha de ser detestado ante todo por ser ofensa a su bondad infinita. Es preciso recordar, con todo, que cualquier pecado tiene también consecuencias sociales más o menos graves y aparentes según su naturaleza. En la Iglesia de los primeros siglos había un sentido muy vivo del aspecto social del pecado; a los pecadores públicos se les imponían penitencias públicas, y sólo cuando habían expiado sus culpas eran readmitidos en la comunidad. Cambiada con el tiempo esa disciplina, no ha cambiado su espíritu; también el que ha pecado gravemente queda excluido de la Comunión eucarística hasta tanto no se reconcilie con Dios y con la Iglesia en el sacramento de la penitencia.

«Quienes se acercan al sacramento de la penitencia —enseña el concilio— obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a El y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron pecando, y que colabora a su conversión con la caridad, con el ejemplo y las oraciones (LG 11). Aunque la confesión sea un acto secreto y estrictamente privado, el hecho de que el perdón de Dios llegue al penitente a través del sacerdote, expresa no sólo la presencia de la Iglesia, sino también la reconciliación con ella. Por eso el sacramento de la penitencia, al mismo tiempo que tiene un valor íntimo y personal para el que lo recibe, lo tiene también eclesial. Restablece y refuerza los lazos de amistad con Dios y con la Iglesia; purifica al individuo y al mismo tiempo sana la herida que sus pecados ha infligido a la Iglesia.

2. — «Siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros» (Rm 12, 5). Por la solidaridad que hace de todos los creyentes en Cristo un solo cuerpo, tanto el bien como el mal de cada uno es bien o mal de todos. El pecado

hiere a Cristo cabeza del Cuerpo místico en cuanto que es ofensa de Dios, y hiere a los miembros del mismo Cuerpo en cuanto que daña espiritual o materialmente a los hermanos. Cualquier pecado, por oculto y privado que sea, tiene consecuencias deletéreas para la comunidad porque disminuye en ella el nivel de la gracia, de la virtud y de la santidad y aumenta el lastre de miserias que dificultan el camino hacia Dios. Un solo acto de caridad acrece el amor en toda la Iglesia, y un solo acto de desamor lo disminuye. Además con mucha frecuencia el pecado daña al prójimo de un modo más directo como sucede en las culpas contra la justicia, la sinceridad, la caridad y el respeto a la persona o a los bienes de los otros. Esto exige una reparación justa, y el sacramento de la penitencia provee a ella sea porque el sacerdote, siendo a un tiempo representante de Dios y de la Iglesia, perdona los pecados en nombre de Dios y de la Iglesia y por lo tanto también de la comunidad, sea porque imponiendo la penitencia sacramental, indica al penitente el modo de resarcir el daño hecho al prójimo.

En todo caso el penitente ha de acercarse a este sacramento con ciencia eclesial y comunitaria, es decir, no sólo para la conversión, progreso o salvación personal, sino también con la mira en el bien de los hermanos, deseando reparar el mal causado a ellos con el pecado y aportar a la sociedad y a la Iglesia su contribución de santidad a la que está obligado en virtud de su bautismo. La Iglesia resplandece ante el mundo y atrae a los hombres a Dios a medida de su santidad; pero será más o menos santa según la santidad de sus hijos y más o menos necesitada de purificación según las culpas y deficiencias de ellos. Todo fiel ha de cuidar de no aumentar con sus pecados lo que puede haber de censurable en la Iglesia, y por ello no debe cesar de «hacer penitencia y renovarse» (LG 8), para que, en cuanto de él dependa, sea la Iglesia como Cristo la quiere, «sin mancha ni arruga..., sino santa e inmaculada» (Ef 5, 27).

Te confesamos, Dios que amas a los hombres, y te presentamos nuestra debilidad, rogándote seas nuestra fuerza. Perdonando los pecados pasados, remite nuestras culpas de otro tiempo, y haz de nosotros hombres nuevos. Haznos siervos tuyos, puros y sin mancha. Nos consagramos a ti; acéptanos, Dios de verdad, acepta a tu pueblo y borra todas sus manchas; hazlo vivir en la rectitud y en la inocencia. Que puedan ser contados entre los ángeles, que sean todos elegidos y santos. (**Oraciones de los primeros cristianos**, 183).

Te pido ahora, Padre, misericordia para el mundo y para tu Iglesia. Te ruego que cumplas lo que me haces pedir. ¡Ay de mí, miserable y afligida, que soy causa de tanto mal! No tardes más en tener misericordia con el mundo. Condesciende y satisface el deseo de tus siervos...

¡Oh Padre eterno!, tus siervos llaman a tu misericordia. Respóndeles, pues sé muy bien que te es propio el tener misericordia. Por eso no puedes negársela a quien te la pida. Lllaman a la puerta de tu Verdad..., tu Hijo unigénito...

Abre, pues; rompe y desmenuza los corazones endurecidos de tus criaturas. No lo hagas por ellos, que no te llaman, sino por tu infinita bondad y por el amor

de tus siervos, que por ellos claman a ti... Y ¿qué piden? La sangre de Cristo, puerta y verdad tuya. En esta sangre has lavado las iniquidades del pecado de Adán. La sangre es nuestra, porque de ella hiciste baño para nosotros. No puedes, no quieres negarla a quien en verdad te la pide. Da, pues, a tus criaturas el fruto de la Sangre; pon en la balanza el precio de la Sangre de tu Hijo, para que los demonios infernales no se lleven a tus ovejas. Tú eres Pastor bueno, que nos diste el Buen Pastor, tu único Hijo, que por tu obediencia dio la vida por sus ovejas e hizo baño para nosotros de su propia sangre. Esta es la sangre que, como hambrientos, te piden en esta puerta tus siervos. Por esta sangre te piden que tengas misericordia con el mundo y vuelva a florecer la Iglesia santa con flores perfumadas de buenos y santos pastores. (STA. CATALINA DE SENA, **Diálogo**, 134).

185. LA PENITENCIA COMO VIRTUD

«Señor, que crucifique yo mi carne con sus pasiones y apetencias» (Ga 5, 24).

1.— «Penitencia» es el sacramento que perdona los pecados, es el arrepentimiento y la conversión interior de donde brota el cambio de la vida, y es también la virtud que mueve al hombre a reparar las culpas propias con obras especiales de expiación. Entre ellas se cuenta en primer lugar la «penitencia» que el confesor impone al penitente; si bien consiste generalmente en una pequeña práctica, tiene un valor muy particular, precisamente porque está ligada al sacramento y por lo tanto participa de los infinitos méritos expiatorios de Cristo. Pero la penitencia sacramental no agota la obligación que tiene el hombre de reparar sus pecados; la Iglesia le recuerda este deber cuando hace decir al sacerdote después de la absolución: «el bien que puedas hacer y los males que puedas sufrir te sirvan para perdón de tus pecados». La gracia del perdón ha de ser correspondida con el empeño de huir de los pecados y de expiarlos. Y no se trata sólo de la penitencia interior o espiritual, sino también de la externa o corporal. Esta penitencia en sentido pleno es la que Jesús ha predicado y de la que nos ha dado ejemplo él mismo: «Cristo, en efecto, es el modelo supremo de los penitentes; ha querido sufrir la pena por los pecados, no suyos sino ajenos» (Pablo VI, *Paen.* 5). La pasión y muerte de Cristo atestiguan hasta la saciedad que la penitencia no puede ser sólo espiritual, sino que ha de ser también corporal y física; debe abarcar a todo el hombre. Como el que peca es todo el hombre, todo el hombre tiene que hacer penitencia. Tanto más que por el desorden producido por el pecado original, la carne tiende siempre a rebelarse contra el espíritu y a impedirle que haga el bien. S. Pablo lo confiesa: «veo una ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón» (Rm 7, 23). Para restablecer el orden y someter la carne al espíritu, es preciso mortificarla. Esto «no supone una condenación de la carne, que el Hijo del Hombre se dignó asumir; antes bien la mortificación mira a la liberación del hombre, que frecuentemente, por culpa de la concupiscencia, se encuentra como enca-

denado por la parte sensitiva de su propio ser» (*Paen.* 8). La penitencia libra al hombre del peso del pecado para que pueda correr expeditamente en el servicio de Dios.

2.— La Iglesia «insiste sobre todo en que se ejercite la virtud de la penitencia por la fidelidad perseverante a los deberes del propio estado, por la aceptación de las dificultades provenientes del propio trabajo y de la convivencia humana y por la tolerancia paciente de las pruebas de la vida terrena y de la profunda inseguridad que la invade» (*Paen.* 10). Esta es la penitencia más importante y santificadora, porque no depende de elección personal, sino de la voluntad de Dios que para cada criatura dispone y dosifica lo que es más a propósito para expiar el pecado y alcanzar la santidad. En la vida de cada hombre hay siempre una medida de dolor suficiente para hacer de él un santo, con tal que lo acepte con corazón humilde y dócil.

Pero además de esto la Iglesia «invita a todos los cristianos indistintamente a responder al precepto divino de la penitencia con algún acto voluntario, fuera de las renunciaciones impuestas por el peso de la vida cotidiana» (ib 11). Estos actos voluntarios demuestran la buena voluntad del creyente, su deseo sincero de conversión y la conciencia de su deber de resarcir las ofensas hechas a Dios, supliendo con un amor generoso y activo las resistencias opuestas a su amor infinito. Si se añade luego a todo esto una caridad más viva para con Dios y para con el prójimo que incita a hacer penitencia también por los pecados ajenos, el cristiano se hace semejante a Cristo, el cual tomó sobre sí y expió en su carne inocente todos los pecados de la humanidad. Siguiendo así al Maestro, no vivirá más para sí mismo, sino para el que le amó y se entregó a sí mismo por él, y vivirá también «para los hermanos, completando en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (*Paen.* 6). De este modo la penitencia comenzada con un humilde acto de arrepentimiento y de expiación por los propios pecados, termina en un acto de intensa caridad que asemeja al creyente a Cristo crucificado y lo une íntimamente a él en un sufrimiento abrazado voluntariamente para la salvación de los hermanos.

La penitencia viene a ser así una excelente obra apostólica que tiene un valor insustituible, porque ciertas victorias no se obtienen sin pagar en persona. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (Jn 12, 24).

Señor, si hubieses querido sacrificio, ciertamente te lo hubiese dado. Pero no te deleita el sacrificio. Entonces ¿no te ofreceremos nada? ¿Nos acercaremos a ti con las manos vacías? ¿Cómo te aplacaremos? Ofreceré; sin duda en mí tengo lo que he de ofrecerte. No compraré incienso fuera de mí...; no buscaré fuera el animal que he de matar; dentro de mí tengo lo que he de inmolar. Oh Dios, el sacrificio para ti es el espíritu atribulado; tú no desprecias el corazón contrito y humillado... Sé que eres excelso; si me ensalzo, te alejas de mí; si me humillo, te acercas a mí.

Se llamaban holocaustos a los animales que íntegramente se ponían sobre el ara para ser consumidos por el fuego. Que tu fuego divino me consuma por completo, oh Señor, y se apodere en absoluto de mí... No sólo sea consumida mi alma por aquel divino fuego de tu sabiduría, sino también mi cuerpo para que merezca la inmortalidad. (S. AGUSTIN, *In Ps* 50, 21. 23).

Señor mío y Dios mío, cuánta necesidad tengo yo, tan flojo, de que me hables de la penitencia, me la hagas amar, me muestres su belleza y me hagas ver cuán indisolublemente unida está a tu amor...

Me basta saber que tú la has hecho durante toda tu vida, escondida y pública, que has ayunado durante la santa Cuaresma y que has muerto en la Cruz. Haz que me baste tu ejemplo para practicar la penitencia con todas mis fuerzas, sin otro motivo que el puro amor o la simple necesidad de imitarte, de asemejarme a ti y de participar en tu vida y sobre todo en tus penas. Y si te amo tan poco que no me basta tu ejemplo, ¿no tengo acaso tus palabras? «Haced penitencia.... Cuando el Esposo no esté con ellos, entonces ayunarán».

Haz, Dios mío, que te ofrezca con espíritu de sacrificio en honor tuyo, todos mis pensamientos, palabras y acciones del día, mis movimientos, mi ser, y te ruego que todo sea para ti un sacrificio de agradable olor; de este modo seré una víctima perenne y mi sacrificio durará todos los momentos del día. (Cfr. CH. DE FOUCAULD, *Retiro en Nazareth*, Escr. Esp.).

186. LA UNCIÓN DE ENFERMOS

«Por esta santa unción y por tu piadosísima misericordia, perdona, Señor, todas mis culpas» (RR).

1.— Santiago escribe: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor» (5, 14). Estas palabras promulgan el sacramento de los enfermos, cuya función ha aclarado el Concilio Vaticano II: «La... "unción de enfermos" no es sólo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez» (SC 73). Detalle importante, porque la ignorancia acerca de este sacramento y el miedo de impresionar al enfermo han introducido el uso frecuente de relegarlo a los últimos momentos, cuando el fiel, ya inconsciente, es incapaz de recibirlo con fruto. Es necesario por eso recordar que la unción de enfermos se ordena no sólo a la salud del alma, sino también a la del cuerpo, además de aliviar y santificar los dolores físicos y morales. Al administrar ese rito sagrado, pide la Iglesia: «te rogamos, Redentor nuestro, que cures la debilidad de este enfermo... Aparta de él cuanto puede afligir su alma y su cuerpo... para que, restablecido por tu bondad, pueda volver al cumplimiento de sus acostumbrados deberes» (RR). Si Jesús durante su vida curó tantos enfermos, también lo puede hacer por medio del sacramento en el que continúa actuando con su poder omnipotente. No se ha de concluir de ahí

que la santa unción deba siempre devolver la salud; esto sucederá cuando Dios lo tiene así dispuesto para un mayor bien espiritual del enfermo. Pero si se lo recibiese con fe viva, ese efecto sería ciertamente menos raro. «La oración de la fe —dice Santiago— salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante» (5, 15). Por lo demás, la disposición más propia para recibir la gracia de este sacramento es, junto con la fe, la devoción (S. T. Suppl. 29, 4) en el sentido latino de la palabra, es decir el ofrecimiento interior del fiel que se da y entrega a Dios sin reservas, abandonando completamente en sus manos tanto, la salud del alma como la del cuerpo.

2.— «Con la unción de enfermos y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y los salve, e incluso les exhorta a que se asocien voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo (LG 11). La Iglesia se interesa con cuidado maternal por sus hijos enfermos y administrándoles la santa unción ora por su salvación, por su «perfecta salud espiritual» (RR). Sto. Tomás enseña que la unción de los enfermos es como la «consumación», o sea el perfeccionamiento de la purificación del alma, por la cual el fiel se prepara a entrar en la gloria (IV Contra Gentes 73; S. T. Suppl. 29, 1, 2). Su efecto particular es precisamente «la gracia del Espíritu Santo cuya unción quita las reliquias del pecado, alivia y conforta el alma del enfermo, excitando en él una gran confianza en la misericordia divina, de modo que soporte mejor los sufrimientos de la enfermedad y resista más fácilmente a las tentaciones del demonio» (Conc. Trid. Dz.-Sch. 1696). Sin duda la santa unción tiene también el poder de «borrar los pecados veniales y mortales que el enfermo, atrito, no pudiera confesar» (Catec. S. Pio X); pero su gracia característica no consiste en eso, que es en cambio el efecto propio del sacramento de la penitencia, sino en destruir los últimos vestigios del pecado, sanando el alma de toda dolencia y debilidad producidas por los pecados ya perdonados en la confesión y cuya pena ha sido ya satisfecha. Como la confirmación perfecciona los efectos del bautismo, así hace la unción de enfermos con los de la penitencia. El fiel, pues, que recibe este sacramento con fe ardiente, queda pronto, en caso de que Dios lo llame a sí, a pasar directamente del destierro a la gloria eterna, sin tener que esperar en el purgatorio. Efecto preciosísimo para el alma que anhela el encuentro supremo, y debido a la suprema misericordia de Jesús Salvador. Pero si la enfermedad se prolonga, el enfermo será ayudado por la gracia del sacramento a soportar con mayor resignación sus sufrimientos, e incluso «a asociarse voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo, para contribuir así al bien del pueblo de Dios» (LG 11). La santa unción asemeja al enfermo a Jesús paciente y lo hace partícipe de su pasión para la santificación propia y para utilidad de la Iglesia.

Señor, tú nos has dulcificado el terror a la muerte; has hecho del término de nuestra vida el principio de la vida verdadera. Dejas reposar nuestros cuerpos por algún tiempo, sólo por algún tiempo; luego los despertarás con la trompeta final.

Nos confías, para que nos conserve, a la tierra amasada con tus manos; pero le arrebatrás nuestros restos mortales, Rara revestirlos de belleza inmortal.

Para salvarnos de la maldición del pecado, te hiciste por nosotros maldición y pecado... Nos preparaste la resurrección cuando quebrantaste las puertas del infierno y aniquilaste con tu muerte al que tenía el imperio de la muerte.

A los que tienen miedo les has dado el signo de la cruz aniquilar al adversario y asegurarnos la vida, oh Dios eterno, a quien he sido ofrecida desde el seno de mi madre, oh Dios, a quien he amado con todas mis fuerzas...

Pon a mi lado un ángel de luz, que me conduzca al lugar del refrigerio donde brota la fuente que sacia, junto a los santos Padres, oh Maestro... Tú diste el paraíso al hombre que, crucificado contigo, pidió tu perdón.

Acuérdate también de mí en tu reino, porque estoy crucificada contigo, porque he macerado mi carne con tu temor y temblando delante de tu juicio. Que el abismo no me separe de tus elegidos... No te acuerdes más de mis pecados, si he faltado por la debilidad de mi naturaleza, de palabra, obra o pensamiento, perdóname, pues que tienes poder de perdonar los pecados sobre la tierra. Que al deponer la vestidura del cuerpo, se encuentre mi alma sin culpa. Más aún; dignate recibir en tus manos mi alma sin culpa y sin mancha como una ofrenda agradable. (STA. MACRINA, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 258).

187. LA FELIZ ESPERANZA

«Señor, enséñame a vivir con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente, aguardando la feliz esperanza» (Tt 2, 12-13).

1.— Según el pensamiento paulino, el cristiano debe vivir «aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Señor Jesucristo» (Tt 2, 13). La fe viva de la Iglesia primitiva se traducía en un anhelo profundo de la vida eterna; lo documentan las cartas de S. Pablo: «gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste», porque «mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor» (2 Cr 5, 2.6) y por eso «deseo partir y estar con Cristo» (Fl 1, 23).

Sin embargo, para que la «feliz esperanza», de la vuelta al Señor se realice, hay que pasar por la oscura realidad de la muerte. La muerte produce siempre un sentimiento de repulsa y horror. Es natural; la misma Iglesia afirma que el hombre «juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo». La semilla de eternidad que en sí lleva... se levanta contra la muerte» (GS 18). El hombre, en efecto, ha sido creado para la vida en el sentido más pleno: la vida eterna de Dios. «No fue Dios quien hizo la muerte —dice la Escritura—. Los impíos con obras y palabras llaman a la muerte» (Sb 1, 13.16).

La muerte, consecuencia y castigo del pecado, violenta la naturaleza del hombre y contradice su vocación de eternidad. Sólo la fe, una fe viva en

Cristo Salvador puede aceptar la muerte con serenidad, como un paso que conduce al encuentro eterno con Dios. En realidad, el Hijo de Dios lo mismo que ha redimido al hombre del pecado, le ha redimido también de la muerte; tomando sobre sí la muerte, ha vencido esa muerte, le ha arrancado su presa, y resucitando ha asociado al hombre a su vida eterna. De la muerte queda como realidad amarga la destrucción del cuerpo, pero es impotente para atacar el espíritu; pues a través de la destrucción física, él hombre parte de este destierro «para estar con Cristo»; y día llegará en que el mismo cuerpo «revestido de incorrupción» (1 Cr 15, 54) participará en su gloria. El cristiano alcanza así en Cristo Salvador su destino de vida eterna. La muerte no es un término sin remedio, sino el comienzo de la vida verdadera «en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina» (GS 18).

2.— «Deseo partir y estar con Cristo» (FI 1, 23). La fe y el amor son tan vivos en los santos que, cuando piensan en la muerte, quedan más afectados por el gozo del encuentro con Cristo que por el miedo a la disolución del cuerpo, hasta el punto de desear ésta para alcanzar aquél. «Rompe la tela de este dulce encuentro» canta S. Juan de la Cruz, y explica que las personas llegadas a la transformación de amor están tan poseídas del deseo de unirse con Dios que, «aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor» capaz de «romper la tela (del cuerpo) y llevarse la joya del alma» (LI 1, 30). Es la «muerte de amor»: muerte preciosa y feliz, verdadero encuentro nupcial del alma con Dios, que la introduce directamente en la visión beatífica del cielo.

El mismo Jesús hablando de la muerte la comparó al encuentro con el esposo. «A media noche se oyó un grito: "Ya está aquí el novio. Salid a su encuentro"». Pero mientras las vírgenes prudentes que habían estado en vela, entraron en las bodas, las necias que se habían adormilado, quedaron excluidas; la parábola se cierra con este aviso: «Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (Mt 25, 1-13). El cristiano debe estar tan vigilante que en cualquier momento que el Señor lo llame, no lo tome la muerte de improviso, sino que lo halle preparado, semejante a los siervos fieles que esperan a su señor para abrirle al instante «en cuanto llegue y llame» (Lc 12, 36). Entonces no habrá lamentos, ni temores, ni ansiedades; porque quien ha vivido siempre a la espera del Señor, no teme su venida, sino que apenas llega le sale al encuentro y le dice con amor: «Heme aquí, que vengo» (SI 40, 8). La muerte viene a ser así el último y más meritorio acto de adhesión a la voluntad de Dios. Si toda la vida del cristiano ha de estar marcada por la voluntad divina, debe estarlo también su último paso. La muerte aceptada con adhesión amorosa a la voluntad del Señor es una verdadera muerte de amor, aunque carezca de arrebatos y esté acompañada de la repugnancia de la naturaleza.

Señor, te he amado con toda mi alma y toda mi vida. Seré feliz de verte, y tú me darás el reposo; ya no viviré en este mundo; recibiré la vida que no conoce

ni dolor, ni preocupación, ni angustia, ni perseguidor ni perseguido, ni oprimido ni opresor, ni tirano ni víctima... Las llagas de mis pies se curarán en ti, camino de todos los peregrinos; el cansancio de mis miembros hallará reposo en ti, oh Cristo, crisma de nuestra unción. En ti, cáliz de nuestra salvación, desaparecerá la tristeza de nuestro corazón; en ti, consuelo y alegría nuestra, serán enjugadas las lágrimas de mis ojos. (S. SIMEON DE SELEUCIA, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 83).

¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga!, ¡oh vida penosa!, ¡oh vida que no se vive!, ¡oh qué sola soledad!, ¡qué sin remedio! Pues, ¿cuándo, Señor, cuándo?, ¿hasta cuándo? ¿Qué haré, Bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi Criador, que llagáis y no ponéis la medicina; herís y no se ve la llaga; matáis dejando con más vida!...

Alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos queréis. Quered, gloria mía, que crezca su pena, o remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte, no sé quién te teme, pues está en ti la vida! Mas ¿quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios? Y pues ésta soy, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el Castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo permitáis Vos, bien mío, que os costó mucho mi rescate. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 6, 1-2).

188. DOMINGO VII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, tú eres clemente y compasivo, tardo a la cólera y lleno de amor» (Sl 103, 8).

La ley de Moisés decía: «No odies en tu corazón a hermano... No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19, 17-18). Trozo bellissimo, verdadera perla del Antiguo Testamento, en el que está contenido ya el espíritu del Nuevo. Sin embargo, sea la formulación de la ley, sea la tendencia a interpretarla en sentido restringido, hicieron que en la práctica el amor al prójimo se reservase a solos los connacionales.

Jesús rompió las barreras y dio al precepto de la caridad fraterna dimensiones universales. «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen» (Mt 5, 43-44). En realidad en ningún paso de la Biblia se prescribía el odio a los enemigos, el cual era más bien el resultado práctico de una deformación de la ley convertida en norma de vida. Jesús se encara con ella y la condena en pleno, pues, habiendo venido a perfeccionar la ley, lo hace de modo especial en relación con la caridad, que el hombre por su egoísmo tanto lesiona y quebranta. Los términos usados por Cristo son

tan claros que no admiten interpretaciones arbitrarias; el cristiano ha de amar a amigos y enemigos sin excepción. El motivo es único: unos y otros son hijos de Dios, y por eso todos los hombres son hermanos, todos son prójimo. A esta luz no tienen razón de ser las distinciones entre pueblo y pueblo, entre raza y raza; y no la tienen tampoco las que se fundan sobre el amor o el odio, el bien o el mal, los beneficios o los daños y ofensas recibidos. Por ningún motivo es lícito odiar al hermano, que es hijo del mismo Padre y objeto del mismo amor paterno. De la aceptación o rechazo de este deber depende el que cada uno sea reconocido o no por Dios como hijo. «Amad..., para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (ib 44-45). Como el hijo refleja la fisonomía del padre, así el cristiano en sus relaciones con los semejantes ha de reflejar el amor de Dios a todos los hombres.

El mundo tiene por necesidad pagar el odio con amor, el mal con bien, las ofensas con perdón; pero S. Pablo advierte que para seguir a Cristo es preciso hacerse necio, «porque la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios» (1 Cr 3, 19). Los cristianos no se preocupan del mundo, porque son «de Cristo y Cristo es de Dios» (ib 23); y siendo de Cristo siguen sólo su doctrina, y con él y en él quieren pertenecer a Dios, emulando su perfección infinita y su amor sin límites.

Nada en la naturaleza se asemeja más a ti, dulcísimo Jesús, que el que se muestra clemente con sus enemigos malévolos y dañinos; porque el que ama a su enemigo, te imita a ti, que nos amaste cuando éramos aún enemigos tuyos; y no sólo nos amaste, sino que quisiste hasta morir por nosotros con muerte ignominiosa, y rogaste por los que te crucificaban.

Tú nos mandaste amar a nuestros enemigos, diciendo: «Amad a vuestros enemigos, y haced el bien a los que os odian». Y nos prometes la recompensa: «Para que seáis hijos de Vuestro Padre que está en los cielos».

¡Oh Señor Jesucristo, que por naturaleza estás siempre dispuesto a la piedad y al perdón!, una sola es la prueba suprema de la verdadera caridad: amar a quien nos es contrario e impide nuestras buenas obras... Quiero confesarte con el corazón y con la boca que he vivido impíamente y que me he privado, por mi malicia y perversidad, de la caridad verdadera. Y entre los pensamientos y acciones que malamente, Señor, concebí y realicé, está que odié a mis enemigos. Tuve resentimiento con muchos, y di libre curso en mi corazón y en mi voluntad a estos sentimientos...

Ayúdame, piadosísimo Señor Jesucristo, y por tu bendito y misericordioso amor, concédeme el perdón, para que enmiende mi vida miserable y te ame a ti y ame a los demás por amor tuyo, de modo que ese amor nunca desfalezca, sino que se perpetúe en la vida eterna. (R. JORDAN, **Contemplaciones sobre el amor divino**, 32)

CICLO B

«Señor, ten piedad de mí; sana mi alma porque he pecado contra ti» (Sl 41, 5).

Dios convoca a juicio a Israel, el pueblo objeto de sus predilecciones y beneficios, y que sin embargo siempre estaba dispuesto a traicionarlo, descuidando su amor y su culto. «Tú no me has invocado, Jacob, ni te has fatigado, por, mí, Israel... Me has cansado con tus iniquidades» (Is 43, 22.24). En cambio Dios, fiel a la alianza con su pueblo, está siempre dispuesto a perdonar: «Yo soy el que limpio tus iniquidades y no recuerdo tus pecados» (ib 25).

Si el hombre es inagotable para pecar, Dios lo es más aún para perdonar. La encarnación de su Unigénito y la obra redentora son el testimonio más claro de ello. Cristo ha expresado de mil maneras cuánto gusta Dios de perdonar; ha llegado a otorgar el perdón antes de serle pedido. Es el caso del paralítico de Cafarnaúm descolgado por el techo en su camilla a los pies de Jesús, que estaba en la casa asediado por la turba reunida para escucharle. El pobre enfermo que en su esperanza de curación se dejó trasladar de aquel modo, oye unas palabras inesperadas: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Mc 2, 5). Probablemente no eran los pecados lo que le preocupaba en aquel momento, sino su enfermedad. Pero es ése el primer milagro que hace en él Cristo: lo libra del peso de las culpas que traban su espíritu más que la parálisis sus miembros. Y para dar a entender que su gesto no es arbitrario, añade el Señor con autoridad: «para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar los pecados —dice al paralítico—: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (ib 10-11). La curación del cuerpo atestigua el perdón de los pecados; es la señal externa, al alcance de todos, del perdón concedido, y al mismo tiempo demuestra la magnanimidad del perdón de Dios, el cual no sólo destruye los pecados del hombre, sino que lo colma de maravillosos beneficios.

El perdón de los pecados es iniciativa misericordiosa de Dios que procura todos los caminos para salvar al hombre, creatura de su amor. Dios es fiel; ha querido la salvación del hombre y la ha actuado por medio de Cristo; en él sus promesas se han convertido en realidad, «han tenido su "sí" en él», dice S. Pablo (2 Cr 1, 20). Urge por lo tanto que se decida el hombre a responder con fidelidad a la fidelidad de Dios, y a dar su "sí" al "sí" de Dios. Y lo mismo que en la oración litúrgica sube a Dios «nuestro "Amén"» por medio de Cristo (ib), así por medio de él suba a Dios el «sí» de nuestro arrepentimiento y de nuestro amor.

Bendice al Señor, alma mía... El, que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias; rescata tu vida de la fosa, te corona de amor y de ternura; él que harta de bienes tu existencia, mientras tu juventud se renueva como el águila...

Cual la ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno es el Señor para quienes le temen; porque él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo. (**Salmo** 103, 1. 3-5. 13-14).

A ti, oh Dios, fuente de misericordia, me vuelvo yo pecador, porque estoy lleno de manchas y tú puedes purificarme.

Oh sol de justicia, ilumina a este ciego. Oh médico eterno, cura a este herido. Oh Rey de reyes, cubre a este desnudo. Oh Mediador entre Dios y los hombres, reconcilia a este reo. Oh buen Pastor, devuelve al aprisco a este extraviado. Concede, oh Dios, misericordia a este miserable, perdón a este culpable, vida a este muerto, justificación a este impío, la unción de tu gracia a este corazón endurecido.

Oh Dios clementísimo, reclama a este fugitivo, atrae a este penitente, levanta a este caído, sostenme cuando estoy en pie, guíame en el camino.

No te olvides de quien te ha olvidado, no abandones al que te ha abandonado, no desprecies a este pecador. Pecando, te he ofendido a ti, Dios mío, y he dañado al prójimo, y ni a mí mismo me he perdonado. (STO. TOMAS, **Oraciones**).

CICLO C

«Señor, tú eres clemente y misericordioso; tú perdonas todas mis culpas» (Sl 103, 8. 3).

El Antiguo Testamento ofrece en David un ejemplo excepcional de magnanimidad hacia los enemigos. Perseguido a muerte por Seúl, una noche se encuentra el joven en el campamento de su adversario; el rey yace dormido, su lanza está allí al lado, todos en derredor duermen. La ocasión es propicia, y su amigo Abisái le propone matar al rey. Pero David lo impide; tomando la lanza de Seúl huye, y luego se la muestra desde lejos gritando: «Hoy te ha entregado el Señor en mis manos, pero no he querido alzar mi mano contra el ungido del Señor» (1 Sm 26, 23). ¡Tal vez un cristiano no habría hecho otro tanto!

Sin embargo, el acto generoso de David, que constituía una excepción en un tiempo en que regía la ley del talión, es norma inderogable para los seguidores de Cristo. «Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltraten» (Lc 6, 27-28). Jesús conoce el corazón humano herido por el pecado; sabe que frente a los insultos, injusticias o violencias se alza prepotente el instinto de venganza; pero con todo presenta el perdón no como un acto heroico reservado a los santos, sino como un sencillo deber de todo cristiano. Esto exige una profunda conversión, un verdadero trastrueque de pensamientos y sentimientos; pero es esto precisamente lo que él pide a sus discípulos. «Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen otro tanto!» (ib 32). El cristiano no ha de obrar con la mentalidad de los peca-

dores y de los que no han sido iluminados aún por la luz del Evangelio. Precisamente en el campo de la caridad y del perdón es donde debe distinguirse de ellos. Por eso insiste el Señor con propuestas desconcertantes: «Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra... Da a todo el que te pida...» (ib 29-30). Si no siempre se han de aplicar estas palabras a la letra, tampoco se las puede arrinconar; hay que captar su sentido profundo que es el abstenerse de vengar la ofensa, estar prontos a hacer el bien a cualquiera, dar en lo posible hasta más de lo debido, renunciar al derecho propio antes de contender con el hermano. En resumen, se trata de aquella «justicia mayor» (Mt 5, 20) animada por el amor y que se pierde en el amor, que Jesús vino a enseñar y que él el primero practicó, dando su vida por gente rebelde e ingrata, muriendo por nosotros «cuando éramos aún pecadores» (Rm 5, 8).

El hombre natural hijo de Adán, no es capaz de entender ni de vivir esta doctrina; para serlo, tiene que renacer en Cristo y hacerse en él hombre espiritual. «Del mismo modo —dice San Pablo— que hemos revestido la imagen del hombre terreno —Adán—, debemos también revestir la de Cristo, hombre celestial» (1 Cor 15, 49). Sólo en la gloria llegará esto a su plenitud; pero comienza aquí cuando por el bautismo es vivificado el fiel con la gracia y el Espíritu de Cristo, y así se hace capaz de amar como Cristo ha amado y enseñado a amar.

¡Qué grande es tu paciencia, Dios mío!... Tú haces nacer y salir el sol sobre los buenos como sobre los malos; bañas la tierra con tu lluvia, y nadie queda excluido de tus beneficios, desde el momento que el agua se concede indistintamente a justos e injustos. Te vemos obrar con una paciencia siempre igual frente a los culpables y a los inocentes, a las personas que te reconocen y a las que te niegan, a las que saben darte gracias y a los ingratos... Las ofensas te amargan con frecuencia y aun de continuo; y, sin embargo, no desahogas tu indignación y esperas, pacientemente el día señalado para el juicio. Y aunque tienes la venganza en tu mano, prefieres tener larga paciencia, prefieres en tu bondad diferir el castigo, esperando que la obstinada malicia del hombre, sufra, si es posible, por fin un cambio... Pues tú mismo dices: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez 33, 11). Y también: «Volveos a mí» (Mal 3, 7), «volved al Señor vuestro, Dios, porque él es clemente y compasivo, tardo a la cólera, rico en amor, y se allana ante la desgracia» (Joel 2, 13).

Nosotros alcanzamos la perfección plena sólo cuando tu paciencia, oh Padre, habita en nosotros, cuando nuestra semejanza contigo, perdida con el pecado de Adán, se manifiesta y resplandece en nuestras acciones. (S. CIPRIANO, **De bono patientiae**, 4-5).

189. FUNCION PROFETICA DE LOS FIELES

«Oh Dios, que nos haces partícipes de la unción de tu Hijo, ayúdanos a ser en el mundo testigos fieles de la redención» (MR, Misa crismal).

1.— «¡Oh Señor!..., haz que tus fieles, revestidos de la dignidad real, sacerdotal y profética en virtud del sacramento [del bautismo] por ti instituido, sean invadidos por el don de tu gracia incorruptible» (Misa del Crisma). Esta oración del antiguo Misal Romano sintetiza estupendamente las prerrogativas del sacerdocio común de los fieles, los cuales, además de tener una dignidad sacerdotal que les habilita para el culto divino, en especial para los actos sacramentales y la participación en el sacrificio eucarístico, tienen también una dignidad y una función profética y real, como reflejo de la gracia de Cristo —sacerdote, profeta y rey— en la que fueron re» generados.

«Cristo, el gran profeta, que proclamó el reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra, cumple su misión profética, no sólo a través de la Jerarquía..., sino también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y les dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra, para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social» (LG 35). Por eso, participando todos los fieles en el oficio profético de Cristo, están invitados y obligados a anunciar el Evangelio y a llevar su espíritu, su fe y su práctica genuina a sus ambientes de vida.

El cometido del profeta no es tanto anunciar sucesos futuros cuanto mantener despierto entre los hombres el sentido de lo religioso, como hacían los profetas del Antiguo Testamento, los cuales no cesaban de recordar al pueblo de Israel la existencia del Dios verdadero y el culto a él debido. Esto sigue siendo necesario y urgente en la sociedad moderna tan distraída, indiferente y aun Con frecuencia hostil a Dios y a la religión. Justamente a los laicos que viven en medio de esa sociedad, les Incumbe el cometido delicado de llevar el Evangelio a todo ambiente, sector o estado de la vida social, actuando en ellos como levadura en la masa. «Dios llama a los seglares a que, con el fervor del espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a la manera de fermento» (VIA 2).

2.— El anuncio oficial del Evangelio está confiado directamente a los sacerdotes, misioneros y religiosos; pero el anuncio corriente es cometido especial de los seglares, los cuales, estando inmersos en la sociedad, tienen la posibilidad de llegar a los hombres uno por uno, nasa por casa, tanto en los puestos de trabajo como en tos lugares de recreo. S. Pedro exhortaba a los primeros cristianos: estad «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15), y en los Hechos se lee que los fieles «predicaban la Palabra de Dios con valentía» (4, 31), sin respeto humano. Sin embargo, el mismo S. Pedro prosigue su exhortación recomendando el hacerlo «con dulzura y respeto» (ib 16); el anuncio del

Evangelio ha de unir siempre el amor de la verdad a las virtudes evangélicas de mansedumbre y humildad. La palabra ha de estar acompañada con el testimonio de vida, o más bien es éste el que debe tener el primer puesto; hay que obrar siempre manteniendo «una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo» (ib 16). No debe nunca la conducta contradecir con las obras lo que se anuncia con las palabras.

Es preciso superar la mentalidad individualista que considera la fe, la salvación y la santidad como hechos puramente personales y que piensa está en regla con pro, curar esas cosas para sí.. Por el contrario, el cristiano no lo es del todo si no vive la gracia de Cristo en su totalidad, y esa gracia implica el empeño de anunciar el Evangelio. Precisa el Concilio: «El precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino y la vida eterna a todos los hombres... Por consiguiente a todos los cristianos se impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres» (AA 3).

Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, tú eres el que ha dicho por el Espíritu Santo...: —¿A qué esta agitación de las naciones, estos vanos proyectos de los pueblos?...— Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía. (**Hechos**, 4, 24. 25. 29).

Oh Señor, la idea del testimonio invade toda mi vida interior. Vivir de modo que pueda en todo momento dar testimonio de ti, ¡oh Cristo!, que cada instante de mi tiempo, como los trozos del pan que multiplicaste, sea testigo de tu omnipotencia y misericordia. Los trozos de pan testificaban tu omnipotencia obradora del milagro y tu suave misericordia inspiradora del mismo. Haz que eso mismo testimonie nuestra vida por la paz, la bondad, la serenidad de cada instante, la unión continua contigo, la donación incesante de la caridad...

Llevar en medio del mundo y de la sociedad un alma santa, pero santa de veras, con una amabilidad terrena consumada y una santidad celestial perfecta. ¡Qué ideal! Dar al mundo un testimonio perfecto de ti, ¡oh Cristo! Con todo si fuese santo, lo lograría. ¡Qué pena no ser santo! ¡Saber amar en la plenitud de Dios!, ¡saber hacer sentir en cada palabra la caridad!; hacer que en cada gesto exterior vibre un acto de amor de Dios tan poderoso, tan profundo, tan absoluto, que obtenga para cada uno la gracia. ¡Es la santidad! Señor, dámela, hazme santo. Te lo pido con cada gota de mi sangre. Haz conmigo lo que quieras, pero hazme santo, absoluta y enteramente santo. Dame una voluntad de acero, porque sólo el alma fuerte puede alcanzar esta inmensa gracia. (G. CANOVAI, **Suspice Domine**).

190. FUNCION REAL

«La gloria y el poder a ti, Cristo, que has hecho de nosotros un reino de sacerdotes para Dios, tu Padre» (Ap 1, 6).

1. —Jesucristo «nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados, y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre» (Ap 1, 5-6). Jesús Rey universal a quien todas las criaturas están sometidas para que él lo someta todo al Padre, no sólo ha hecho de sus fieles un pueblo sacerdotal, sino también un reino participante de su soberanía. «Este poder lo comunicó a sus discípulos, para que también ellos queden constituidos en soberana libertad, y por su abnegación y santa vida venzan en sí mismos el reino del pecado» (LG 36). No se puede ser reino de Dios, si no se vence el reino del mal. El mismo Jesús no ha llegado a la gloria de su reino, sino destruyendo el pecado con su muerte: «se humilló a sí mismo —dice S. Pablo— obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fl 2, 8). «¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 26). Este es el camino que ha de hollar todo fiel para llegar a la libertad real de los hijos de Dios; sólo la «negación de sí mismo» le hará dueño de sus pasiones y le dará el señorío sobre el mal y el pecado que intentan de continuo reducirlo a esclavitud; sólo así será «reino» de Dios, es decir enteramente sometido a El, y en ese reino hallará la única y verdadera libertad.

Dominándose a sí mismo y sometándose a Dios, procuran luego los creyentes conducir todos los hombres a El, «sirviendo a Cristo también en los demás, conduzcan en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar» (LG 36). Lo mismo que el Salvador nos ha sacado de la esclavitud del pecado y conducido al reino del Padre, humillándose y haciéndose siervo nuestro hasta dar la vida por nosotros, así nosotros conquistaremos a nuestros hermanos para el reino de Dios mediante el servicio humilde y paciente, acompañado de entrega generosa y desinteresada.

2.— No está el hombre creado para esclavo de las cosas, atado indebidamente a las criaturas y subyugado por ellas; sino para soberano y dominador y para, mediante esta soberanía, someter y consagrar todas las cosas a Dios. «El presente, el futuro —dice S. Pablo—, todo es vuestro. Pero vosotros, de Cristo, y Cristo, de Dios» (1 Cr 3, 22-23). Por eso, reconociendo «la íntima naturaleza de todas las criaturas, su valor y su ordenación: a la gloria de Dios» (LG 36), debe el fiel portarse como soberano que usa de todo sin dejarse aprisionar por nada, que se sirve de todo, pero sin sujetarse a nada ni a nadie; de este modo ayuda a la creación a conseguir su fin, que es servir al hombre para que el hombre sea un adorador y glorificador de Dios. Liberado y salvado por Cristo, el cristiano debe a su vez ayudar a salvar a sus hermanos y aun todo lo creado, para enderezar la creación entera a su último fin. Con ese objeto se invita a los fieles: «incluso en las ocupaciones seculares deben ayudarse mutuamente a una vida más santa, de tal manera que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia

en la justicia, en la caridad y en la paz» (ib). Al ejercicio de su profesión y la vida familiar o social deben llevar el espíritu del Evangelio para sanar lo que el pecado ha deteriorado, para dar un alma cristiana a lo que la irreligiosidad ha apartado de Dios; y esto en todos los campos: en el mundo del trabajo, de la técnica, de la cultura, de la política y en cualquier otra actividad. Alcanzarán esa meta «teniendo presente que en cualquier asunto temporal deben guiarse por la conciencia cristiana, dado que ninguna actividad humana, ni siquiera en el dominio temporal, puede sustraerse al imperio de Dios» (ib). Es particularmente importante el cometido de los padres y educadores, los cuales pueden convertir la familia y la escuela en verdaderas palestras de vida cristiana donde los hijos y alumnos sean guiados hacia Dios por su ejemplo y enseñanza.

De este modo todos los fieles colaboran a edificar el reino de Cristo, y «como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios» (LG 34).

¡Oh Cristo! Por la unción divina eres rey, pontífice y profeta; y por el derramamiento de tu unción sobre nosotros, fiamos hechos reyes y sacerdotes: un sacerdocio real. Danos, pues, un valor de reyes para que no nos dejemos dominar por nuestras pasiones alimentemos sólo pensamientos elevados y no nos hagamos esclavos de la mentalidad del mundo.

Haz que como reyes seamos magnánimos, aspirando a lo que hay de más alto; y como sacerdotes espirituales, aspiremos a lo que hay de más santo. No somos ya hombres profanos; somos aquellos a los que tu Padre ha dicho: «Sed santos, porque yo soy santo».

Y nos has hecho también profetas; enséñanos, pues, a obrar por instinto celestial, saliendo del cerco de las cosas presentes, llenándonos de las futuras y no respirando sino la eternidad. Señor, ayúdanos a elevarnos y a pensar en el país en que reinaremos contigo. Tú que dijiste: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (Lc 12, 32). (Cf. J. B. BOSSUET, **Elevaciones a Dios sobre los misterios**, 13, 3).

Oh Jesús, que me emplee yo en Instaurar todas las cosas en ti. Debo comenzar por mí mismo; haz que sea yo más cristiano. Para que el mundo se haga bueno, ayúdame a hacerme mejor; para que el mundo sea cristiano, ayúdame a ser mejor cristiano.

Dame un sentido católico más profundo; hazme más caritativo, más penetrado de las incalculables consecuencias de mis actos y de mis omisiones.

Haz que mi cristianismo sea más profundo, más sentido, más irradiarte y más digno de ti, Maestro adorado, mi amado Salvador. (Cf. R. PLUS, **Cristo en nuestros hermanos**).

191. DIOS LLAMA

«¡Dichoso tu elegido, tu privado, en tus atrios habita!» (Si 65, 5).

1.— «El reino de los cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña» (Mt 20, 1). En el propietario se alude a Dios que llama continuamente a los hombres al «reino de los cielos», es decir a la salvación. Dios llama a todos y a todas las horas sin discriminación: «Id también vosotros a mi viña» (Ib 4). Es la vocación universal a la vida cristiana y a la santidad. La llamada divina no es un simple estímulo externo, pues Dios, al llamar, dispone a los hombres para responder a su llamada ofreciéndoles el don de la gracia. «Es, pues, claro que todos los fieles de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40); para alcanzarla no tienen más que vivir con plenitud la gracia recibida en el bautismo.

Pero en el marco de esta vocación universal a la santidad —única en su sustancia, como fundada en «una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4, 5), una misma gracia y una misma caridad— «no todos van por el mismo camino» (LG 32). Dios, como el propietario de la parábola, es libre de llamar como y cuando quiere, confiando cometidos y oficios diferentes, dando la misma gracia en medida y con modalidades diversas, esto es «distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad» (1 Cr 12, 11). Por eso al lado de los seglares llamados a actuar la vocación de la santidad en el seno de la familia y de la vida social, están los «consagrados», llamados a un servicio de Dios más directo y exclusivo. La vocación universal a la santidad —dice el Concilio Vaticano II— «aparece de manera singular en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica... que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado... proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido ejemplo [...] de la santidad» de la (LG 39).

2.— Ya por el bautismo queda el cristiano consagrado a Dios, destinado a su servicio y culto. Pero esto no quite que, si Dios le llama por divina y misteriosa elección, pueda profundizar, llevándola hasta sus últimas consecuencias, esta consagración inicial, lo cual se realiza abrazando libremente por amor, a Dios los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. «El cristiano, mediante los votos u otros vínculos sagrados —por su propia naturaleza semejantes a los votos— con los cuales se obliga a la práctica de los tres susodichos consejos evangélicos, hace una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las cosas, de manera que se ordena al servicio de Dios y a su gloria por un título nuevo y especial» (LG 44). De este modo el fiel entra en un estado particular de vida: el estado de perfección, cuya característica esencial es un seguimiento más íntimo y total, de Cristo pobre, casto, obediente y enteramente consagrado a la gloria del Padre y a la salvación de los hombres. En otras palabras, los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia son asumidos como empeño particular de vida para asemejarse más perfectamente a nuestro Señor y

reproducir más fielmente su misma vida. El estado religioso «imita más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que propuso a los discípulos que le seguían» (LG 44).

El estado de los consejos evangélicos no constituye una santidad diferente de la propuesta a todos los bautizados, sino un itinerario distinto, que, por configurar más directamente a Cristo, supera más fácilmente los obstáculos que se interponen al conseguimiento de la santidad. El fiel, enseña el Concilio, «para extraer de la gracia bautismal fruto más copioso, pretende, por la profesión de los consejos evangélicos, liberarse de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad» (ib). La llamada al estado de perfección es, pues, una gracia preciosísima, no sólo para la santidad individual, sino para la de toda la Iglesia, ya que está ordenada a encarnar más fielmente el misterio y la vida de Cristo, para que todos los hombres sean atraídos a él.

Señor Jesús, que has venido al mundo para hacer la voluntad del Padre y no la tuya, concédeme la más completa sumisión al querer del Padre y al tuyo. Creo, Salvador mío, que tú sabes qué es lo mejor para mí. Creo que me amas tú más que lo que me amo yo mismo, porque es omnisciente tu providencia y omnipotente tu protección. Como Pedro, también yo ignoro lo que el futuro me depara (Jn 21, 22). Me resigno por completo a mi ignorancia y te agradezco de todo corazón que me hayas librado del pesado cometido de guiarme a mí mismo, moviéndome así a confiarme en ti. Nada puedo pedir mejor que llegar a ser objeto de tus cuidados en vez de los míos.

Pretendo, Señor, seguirte con la ayuda de tu gracia a dondequiera que vayas, y renuncio a elegir solo mi camino. Esperaré a que me guíes, dispuesto a portarme con sencillez y sin temor. Te prometo que no seré impaciente, aun cuando quieras mandarme momentos de oscuridad e incertidumbre y que no me lamentaré de ninguna desgracia ni de ninguna ansiedad. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

Vengo, vengo a ti, Jesús amantísimo, a quien he amado, he buscado y siempre he deseado. Vengo por tu dulzura, tu piedad y tu caridad; vengo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Te sigo porque me has llamado.

En ti, a quien amo sobre todas las cosas, lo encuentre yo todo; y sepa mantener lo que he prometido. A ti que escudriñas los corazones deseo agradar, no para el cuerpo sino para el alma.

Oh hermano y esposo mío Jesús, Rey supremo, Dios y víctima, pon en mí tu sello de modo que nada busque en este mundo, nada desee y nada ame fuera de ti. Y tú, Señor, dignate unirme a ti en matrimonio espiritual, de modo que llegue a ser tu verdadera esposa por un amor Indisoluble que la muerte misma no pueda romper. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**. 3).

192. DON DIVINO

«Oh Señor, que llamas a ti a los que quieres, haz que yo te siga» (Mc 3, 13).

1.— Al joven que preguntaba qué debía hacer para conseguir la vida eterna, le respondió Jesús: «Guarda los mandamientos». Y a su réplica: «Todo eso lo he guardado, ¿qué más me falta?», añadió: «Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes..., luego ven y sígueme» (Mt 19, 17-21). No dice el Señor con estas expresiones que haya dos santidades distintas: una obligatoria, la de la observancia de los mandamientos, y otra facultativa, la de los consejos. La sustancia de la santidad está siempre y para todos en los preceptos, de los cuales el supremo es el de la caridad. Los consejos son el medio para observar con mayor perfección esos mismos preceptos. Jesús dice: «Sí quieres ser perfecto», subordinando así el consejo a un ideal de perfección.

Los consejos evangélicos no se imponen, sino se proponen como amorosa invitación divina. «Son un don divino —afirma el Concilio— que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre» (LG 43). Jesús los ha dado a la Iglesia su esposa para que continúe reflejándose en ella su estilo de vida pobre, casta y obediente. La Iglesia es su depositaria, y tiene la misión de guardar intacto ese gran don para transmitirlo a los que el mismo Dios llama a vivirlo. La vocación viene sólo de Dios: «Si quieres..., ven y sígueme». Es una llamada de predilección que depende únicamente de los designios de Dios; él es siempre el patrón que llama cuando quiere, como quiere y a quien quiere. «No todos entienden este lenguaje, sino solamente aquellos a quienes se les ha concedido» (Mt 19, 11). La gracia de la vocación consiste en una luz interior y en una moción de la voluntad por las cuales el fiel es movido a comprender el don de Dios, a quererlo y a elegirlo con preferencia a cualquier otra cosa.

2.— Todos los hombres son de Dios como criaturas suyas; pero los bautizados lo son de modo especial en razón de la gracia que les hace sus hijos adoptivos. Y los llamados a estado de perfección le pertenecen «por un título nuevo y especial», porque se entregan a él totalmente «con el género de vida virginal y pobre que Cristo Señor escogió para sí y que abrazó su Madre, la Virgen» (LG 46). Todos los fieles sin distinción están llamados a vivir la gracia de Cristo en su estado de vida, cualquiera que sea; pero los «consagrados» están llamados a vivirla en el mismo estado que eligió Cristo: en castidad perfecta, en pobreza voluntaria y en dependencia total del Padre. Jesús fue el primer religioso del Padre, consagrado a su culto y a su gloria hasta el sacrificio total de sí en la cruz, e invita a su seguimiento a innumerables hombres y mujeres que se llaman precisamente «religiosos» porque igual que él «se consagran enteramente al servicio divino, ofreciéndose como holocausto a Dios» (S. T. 2-2, 186, 1). La consagración religiosa lleva así a

su ápice la consagración bautismal, que es el fundamento y la premisa sustancial indispensable de la religiosa.

El que abraza el estado de los consejos evangélicos prefiere a Dios sobre cualquier criatura o cualquier lazo humano por bueno y santo que sea; «hace una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las Cosas» (LG 44). Pero no podría hacer esta elección y realizar esta entrega, si Dios mismo no le hubiese invitado: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15,16). El amor con que el fiel se da enteramente a Dios no es más que la respuesta libre, pero siempre prevenida y estimulada por el infinito amor de Dios: «Con amor eterno te he amado; por eso he reservado gracia para ti» (Jr 31, 3). Frente al misterio de esta predilección divina, siempre absolutamente gratuita y por eso independiente de todo mérito personal, la actitud mejor es la de la Virgen María: «Hágase en mí según tu palabra... Engrandece mi alma al Señor..., porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava» (Lc 1, 38, 46-48).

Señor, que nos mandas seguirte, no porque tengas necesidad de nuestro servicio, sino para procurarnos la salvación. Pues seguirte a ti, Salvador nuestro, es participar en la salvación, y seguir tu luz es tener la luz... Nuestro servicio nada te aporta a ti, porque no necesitas del servicio de los hombres; pero a los que te sirven y te siguen, tú les das la vida, la incorruptibilidad y la gloria eterna... Si requieres el servicio de los hombres es para poder concederles, como bueno y misericordioso que eres, tus beneficios a los que perseveran en tu servicio. Porque si tú, oh Señor, no necesitas de nada, nosotros necesitamos de la comunión contigo; en efecto, nuestra gloria es perseverar firmes en tu servicio. Por eso, Señor, has dicho a tus discípulos: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo a vosotros» (Jn 15, 16), queriendo dejar claro que no te glorificaban siguiéndote, sino que por seguirte eran de ti glorificados. (S. IRENEO, **Adversus haereses**, IV, 13, 4; 14, 1).

Oh Jesús, amor, amor, prepárame una ruta de amor qué me conduzca hasta ti; y te seguiré siempre con casto afecto adondequiera que vayas; con amor de esposa te seguiré adonde reinas e imperas en la majestad de la divinidad, en la unión dulcísima de tu vivo amor, en la viva amistad de tu abrasada divinidad, a donde conduces la pléyade de millares y millares de vírgenes, que, cubiertas de blancas vestiduras, cantan llenas de gozo los dulces himnos de las bodas eternas. Entretanto, oh Jesús, amor, guárdame en esta miserable vida bajo la sombra de tu caridad, para que, después de este destierro pueda entrar sin mancha alguna en tu santuario, entre esos coros virginales. Allí beberé en el manantial de tu amistad divina y me saciaré en la fruición dulcísima de tu amor. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 3).

193. PURIFICACIONES

«Señor, ten piedad de mí; sana mi alma» (Sl 41, 5).

1.— Cuanto a más íntima comunión con Dios es llamado el cristiano y cuanto más se acerca a él, tanto más advierte el contraste entre su miseria y la santidad infinita del que le atrae a sí. Brota entonces espontáneo el grito de Pedro: «Señor, aléjate de mí, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8). Se diría que el esplendor de la santidad de Dios penetra al hombre y lo hunde en lo profundo, sacando a luz, por contraste, todas sus oscuridades; pecados, defectos, tendencias y hábitos malos. Dios hace esto no para atormentar a la creatura que se ha decidido a seguirle más de cerca, sino para purificarla y disponerla a una comunión más íntima consigo. Con todo, la purificación es dolorosa. «Hijo —advierte el Espíritu Santo—, si te llegas a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba... Porque en el fuego se purifica el oro, y los adeptos de Dios en el horno de la humillación» (Ecli 2, 1.5). Es penoso sufrir tentaciones, experimentar tendencias y pasiones insospechadas; es duro pasar por el crisol de la prueba; pero es indispensable, tanto para la propia purificación como para el avance en los caminos de Dios. Es preciso por eso que no sólo acepte el hombre la prueba, sino, en cuanto le sea posible, colabore a ella de buena gana. Ante todo lo hará humillándose profundamente ante el descubrimiento de la propia miseria e invocando el auxilio divino para verse librado de ella, pero luego procurará secundar la acción de Dios con la mortificación de las tendencias desordenadas. «Los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias» (Gl 5, 24); ese austero programa que S. Pablo no temía proponer a los primeros cristianos, ha sido acogido en pleno por S. Juan de la Cruz, que lo traduce en avisos muy prácticos: «Para entrar en esta divina unión, ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande, y el alma ha de quedar sin codicia de todo ello, y tan desasida como si ello no fuese para ella ni ella para ello» (S I, 11, 8). El conocer lo que se ha de mortificar es ya una grande gracia y fruto de la luz divina que penetra el espíritu; a ese conocimiento debe seguir una renuncia generosa «por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que hacer la voluntad de su Padre» (ib 13, 4).

2. — «En una noche oscura, — con ansias, en amores inflamada, — ¡oh dichosa ventura! — salí, sin ser notada...» (S I, 1). Así presenta S. Juan de la Cruz al alma que, habiendo experimentado el peso de su limitación, el estorbo de sus pasiones y la insuficiencia de las criaturas para saciar su sed de libertad, de amor y de infinito, con gesto resuelto sale de sí para lanzarse en busca de Dios. La huida sucede de noche, noche que consiste precisamente en la «mortificación de apetitos y negación de los gustos en todas las cosas» (ib 4, 1). El Santo advierte que la creatura no podría decidirse a esta privación total, si no fuese «sacándola Dios, por amor de él, inflamada en su amor» (ib 1, 4). Pero sostenida por la caridad, intuyendo que el bien que persigue —la unión de amor con Dios— la resarcirá con usura de sus

renuncias, no vacila en dejar los sentidos «privados del gusto de las cosas», vacíos y a oscuras como de noche. Su decisión es tan eficaz, que persevera en esta actitud aun cuando la necesidad o las circunstancias de la vida la obliguen a tomar algún alivio —comida, reposo o esparcimiento—, procurando entonces portarse con libertad de espíritu, sin detenerse a saborear egoístamente el gusto. Esa es la directriz del Apóstol: «Ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cr 10, 31).

Entrar en la noche de esta privación y desnudez total es una «dichosa ventura», una gran gracia. Y aunque el hombre puede disponerse con la práctica generosa del desasimiento, sólo Dios puede introducirlo en lo profundo de la noche y allí conducir a término la purificación mediante pruebas en las que el hombre no puede hacer otra cosa que aceptar cuanto Dios permite, doblando humildemente la cabeza bajo su mano omnipotente. Pero el que ama no vuelve atrás, porque sabe que sólo a través de este penoso sufrimiento podrá llegar «a vivir vida de amor dulce y sabrosa con Dios» (J. C. N I, 1, 1).

Señor, yo no soy digno... Sólo tú, Señor, puedes comprender plenamente el sentido de estas palabras. Tú ves cuán indigno sea un pecador como yo de estar en tu compañía, tú el único santísimo Dios a quien hasta los serafines adoran temblorosos. Tú ves no sólo las marcas y cicatrices de los pecados que cometí en el pasado, sino las mutilaciones, desórdenes crónicos que han dejado en mi alma. Tú ves mis innumerables pecados de hoy, aunque no sean mortales, ves su poder y sus efectos, su culpabilidad y la pena que por ellos deberé pagar. Tú conoces todos mis malos hábitos, mis principios mediocres, mis pensamientos vanos e incontrolados, y el cúmulo de mis debilidades y miserias. Y con todo, me sales al paso. Por más que conozcas a la perfección qué poco imbuido estoy de lo que digo, vienes. Dios mío, dejado a mí mismo sucumbiría al esplendor y a la llama de tu grandeza. Hazme capaz de resistirla, para que n.3 tenga que decir como Pedro: «Aléjate de mí, porque soy un hombre pecadora (Lc 5, 8).

Dios mío, dame fuerza para estar en tu presencia, porque sólo tú puedes hacerlo. Purifica mi corazón y mi mente del recuerdo de lo pasado. Aleja de mí el recuerdo del pecado.

Librame de toda debilidad, enfermedad e irritación de espíritu. Dame una visión segura de las realidades invisibles y haz que concreta y prácticamente, en cualquier circunstancia de mi vida te prefiera a ti a las cosas de la tierra y la eternidad al tiempo presente. Infúndeme ánimo, sensibilidad para discernir el bien del mal, humildad profundísima y tierno y ardiente amor a ti. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

194. TODO POR EL TODO

«Oh Señor, haz que, olvidándome de lo que dejé atrás y lanzándome a lo que está por delante, corra hacia la meta» (FI 3, 13-14).

1.— «El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder; y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel» (Mt 13, 44). El creyente que a la luz de la fe descubre finalmente que «el reino de los cielos» —Dios, su amor, su amistad— es el mayor de los tesoros, encuentra muy natural dejar lo demás y «venderlo todo» —bienes, satisfacciones, alegrías terrenas— para llegar a poseerlo. Y este gesto es tanto más espontáneo y resuelto cuanto más intuye el hombre, por la fe y el amor, la bondad suma y el amor infinito de Dios. Hecho este descubrimiento, cualquier renuncia necesaria para obtener ese tesoro divino, resulta posible. No parece entonces hiperbólica la palabra de Jesús: «si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti» (Mt 5, 29), y se comprende que la cosa más querida, si es obstáculo para el conseguimiento de Dios, debe ser abandonada. Vale la pena sacrificarlo todo —un todo terreno y por tanto frágil y caduco— para ganar el Todo eterno. «Perdí todas las cosas y las tengo por basura —dice S. Pablo— para ganar a Cristo y ser hallado en él» (FI 3, 8-9).

Con este espíritu enseña S. Juan de la Cruz a recorrer el camino breve y seguro de la desnudez total. No se trata de renunciar a esto o aquello, sino a todo lo que ata, con mayor o menor fuerza, a los bienes terrenos, encadenando a ellos el corazón y la voluntad del hombre e impidiéndole así lanzarse a Dios y amarlo con todas las fuerzas. La raíz de estos apegos y afectos desordenados —que el Santo llama apetitos— no está en las criaturas, sino en el hombre mismo, que, al no estar purificado y no tener dominadas sus pasiones, busca las criaturas y se detiene en ellas para satisfacer su egoísmo. La norma será, pues: «para venir el alma a unirse con Dios perfectamente por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito de voluntad, por mínimo que sea» (S I, 11, 3). Y esto sin excepción. Un pequeño asimiento, una pequeña satisfacción egoísta buscada voluntariamente «en que nunca acaban de vencer» (ib 4) es un obstáculo para llegar al tesoro de la unión con Dios. Repetimos: hay que venderlo todo, porque «para tener a Dios en todo, conviene no tener en todo nada» (J. C., Carta 33).

2. — Desasirse de las criaturas no quiere decir despreciarlas, pues son buenas, ya que buenas salieron de las manos de Dios (Gn 1, 31); quiere decir más bien aprender a usarlas y amarlas con libertad interior, sin dejarse fascinar por su presencia y posesión y sin dejarse turbar por su ausencia o privación. Sólo «usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra (el hombre) de veras en la posesión del mundo» (GS 37). El desasimiento, hecho de abnegación y de renuncia, es precisamente el medio para realizar la libertad de espíritu.

Desasirse de las criaturas no quiere decir ni siquiera separarse y alejarse efectivamente de ellas; eso no es siempre posible y no lo es nunca de un modo absoluto. Por otra parte, es diferente la medida de desasimiento efectiva exigida al religioso, el cual debe dejarlo todo para darse al servicio exclusivo de Dios, que la requerida en el seglar, el cual tiene que santificarse en la vida familiar y social. Sin embargo, el desasimiento interior o de corazón se exige a todos y es indispensable para la unión con Dios. Es claro que en la práctica será imposible realizar ese desasimiento afectivo de sí y de las criaturas, si no se practica también, al menos en cierta medida, el desasimiento efectivo y material. El que no sabe renunciar a cosas superfluas, de pura comodidad y satisfacción, no actuará nunca el desasimiento interior. Y el que se ha consagrado a Dios, y ha dejado ya personas y cosas queridas, tiene que continuar velando para mantenerse interiormente libre de todo apego. En suma, en todo estado de vida es preciso tender siempre a la sustancia del desasimiento, o sea a la desnudez de corazón y de espíritu. Tal es la enseñanza de S. Pablo: «los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen...; los que compren, como si no poseyesen; los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque la apariencia de este mundo pasa» (1 Cr 7, 29-31).

¡Oh alma mía, déjalo todo, y lo hallarás todo! Deja por Cristo todas las cosas, porque teniéndole a él, lo tendrás todo, y siendo por su amor pobre, estarás muy más contenta que si fueras rica.

¡Oh Cristo!, dejando todas las cosas temporales, y a mí mismo con ellas, dejo de ser mío y comienzo a ser todo tuyo, gustando de pensar en ti, y hablar de ti y hacerte placer en todas las cosas. ¡Oh Dios de amor! arroja sobre mí este exceso de amor. ¡Oh amor omnipotente! arrebatá mi corazón y traspásale donde tú estás, para que yo esté siempre contigo unido en amor y tú vivas en mí rigiéndome con amor. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, V, 31, 1; 32, 2).

Buen Jesús, tierno Pastor, mi dulce Maestro, Rey de la gloria eterna, ¿cuándo compareceré sin mancha y humilde de veras delante de ti? ¿Cuándo por amor tuyo, despreciaré profundamente todas las cosas de aquí abajo? ¿Cuándo estaré del todo desasido de mí mismo y de las cosas? Porque si yo estuviese realmente libre de todo apego, no tendría ya ningún querer mío; no gemiría bajo el yugo de las pasiones y de los afectos desarreglados, ni me buscaría ya en nada. La falta de este absoluto y total desasimiento es el único y verdadero obstáculo entre ti y mí, que me impide lanzarme libremente hacia ti. ¿Cuándo, pues, estaré desasido de todo? ¿Cuándo me abandonaré sin reserva alguna a tu divina voluntad? ¿Cuándo te amaré con espíritu puro, humilde, tranquilo y sereno? ¿Cuándo te amaré perfectamente? ¿Cuándo mi alma, recibéndote en mi seno, se unirá deleitosamente a su amado? ¿Cuándo me lanzaré hacia ti con tierno y ardiente deseo?

¿Cuándo mi tibieza y mis imperfecciones serán absorbidas en la inmensidad de tu amor? (B. LUIS DE BLOIS, **Guía espiritual**, 4).

195. DOMINGO VIII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«En Dios sólo descansa, ¡oh alma mía!; de él viene mi esperanza» (Sl 62, 6).

En un período de prueba había dicho Israel: «El Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado» (Is 49, 14); pero por boca del profeta le responde el Señor: «¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho?... Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (ib 15). Es absurdo que abandone Dios a la criatura que ha llamado a la vida en un acto de amor. Sin embargo, cuando las pruebas se agolpan, los hombres son fáciles en dudar del amor de Dios y de su asistencia paternal. Jesús, revelador de Dios-Padre, trató muchas veces este tema. «No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis» (Mt 6, 25). El hombre está lleno de afanes y angustias porque cuenta demasiado con sus propios recursos, porque se fía más de las iniciativas propias que de las de la Providencia, porque cree más en los medios humanos que en el auxilio de Dios. Y así se engolfa en los negocios y va tras la ganancia del dinero de modo que no le queda ni tiempo ni capacidad para atender a Dios. Jesús introduce el discurso sobre la confianza en la Providencia diciendo: «Nadie puede servir a dos señores» (ib 24). El dinero es un pésimo amo que tiraniza al hombre quitándole la libertad de servir y amar a Dios y a los hermanos. Dios, en cambio, único y supremo Señor, es tan bueno que, cuando el hombre se pone a su servicio y se abandona con confianza en sus manos, lo libra de los afanes de la vida y, dándole seguridad en su providencia, le hace generoso con los demás. «Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?» (ib 30).

En realidad es la poquedad de la fe la que torna al hombre tan inseguro de Dios y tan preocupado de sí. Jesús tiene esta conducta como digna de paganos: «Por todas esas cosas se afanan los gentiles» (ib 32). Es como decir: el que tiene fe no puede portarse como si no existiese la Providencia. Es fácil aun para el cristiano dejarse apoderar de esta mentalidad puramente terrena, no ver más allá de los horizontes materiales y creer sólo en lo que se tiene a mano. Hay que «convertirse» y formarse una mentalidad evangélica. No para dispensarse del esfuerzo y de los deberes del propio estado, sino para, atendiendo a ellos con empeño, no descuidar la «única cosa necesaria» (Lc 10, 41) y creer que adonde el hombre no llega, llega la Providencia del Padre celestial. «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6, 33).

Señor, Dios mío, ¡qué grande eres!...

Del fruto de tu cielo hartas la tierra; la hierba haces brotar para el ganado, y las plantas para el uso del hombre, para que lustre su rostro con aceite y el pan conforte el corazón del hombre.

Se empapan bien los árboles del Señor, los cedros del Líbano que él plantó; allí ponen los pájaros su nido...

¡Cuán numerosas tus obras, oh Señor! Todas las has hecho con sabiduría, de tus criaturas está llena la tierra. Ahí está el mar, grande y de amplios brazos, y en él el hervidero innumerable de animales grandes y pequeños... Todos ellos de ti están esperando que les des a su tiempo su alimento; tú se lo das y ellos lo toman, abres tu mano y se sacian de bienes. Escondes tu rostro y se anonadan, les retiras tu soplo y expiran y a su polvo retornan. Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra. (**Salmo** 104, 1. 13-17. 24-30).

¡Oh Señor, Dios mío! ¡Oh Señor, Dios nuestro! Haznos felices de ti, para que vayamos a ti. No queremos la felicidad del oro, ni de la plata, ni de las haciendas; no queremos la felicidad de estas cosas terrenas, vanísimas, fugaces, propias de esta vida caduca. Que nuestra boca no hable vanidad. Haznos dichosos de ti, porque a ti no te perderemos. Cuando te tuviéremos a ti, ni te perderemos a ti, ni nos perderemos a nosotros. Haznos bienaventurados de ti, porque... dichoso el pueblo cuyo Señor es su Dios. (S. AGUSTIN, **Sermón** 113, 6).

CICLO B

«Bendice al Señor, alma mía, no olvides sus muchos beneficios»
(SI 103, 2).

Precisamente en el Antiguo Testamento —considerado en bloque como el tiempo en que prevaleció el temor sobre el amor— ha revelado Dios su amor a los hombres con expresiones más tiernas y humanas que nunca. Así, cuando asegura que aun si una madre abandonase a su hijo, él no abandonaría jamás a su pueblo (Is 49, 15); cuando, después de la infidelidad y del castigo, llama a sí a Israel y renueva su pacto de amor declarando: «Yo te desposaré conmigo para siempre, te desposaré conmigo en justicia y equidad, en amor y compasión, te desposaré conmigo en fidelidad» (Os 2, 21-22). Desde siempre ha buscado Dios todos los medios para dar a entender su amor a la humanidad, no desdeñando, presentarlo en las formas más accesibles al hombre como son el amor materno y el conyugal.

Jesús mismo se colocó en esta línea, y cuando los fariseos se pusieron a criticarlo porque sus discípulos no ayunaban, les respondió: «¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?» (Mc 2, 19). Jesús se da el título de esposo que Dios, por boca de los profetas, se había reservado. El es, en efecto, Dios bajado en medio de su pueblo, que encarnándose en el seno de una virgen se ha desposado con la naturaleza humana con un lazo indisoluble: «Yo te desposaré conmigo para siempre».

La profecía de Oseas se ha cumplido en él; la salvación anunciada en figura de esponsales entre Dios y el hombre se realiza en Cristo. Por eso su permanencia entre los hombres es el tiempo de las bodas; tiempo de fiesta al que no conduce el ayuno.

Con su respuesta no desaprueba Jesús el ayuno que ya había ratificado (Mt 6, 16-18), sino que quiere dar a entender que su presencia en el mundo es la presencia del Esposo venido a traer gozo y salvación. Por lo demás esa presencia no durará mucho: «Días vendrán en que les será arrebatado el novio; ya ayunarán entonces, en aquel día» (Mc 2, 20). Es alusión velada a su pasión y muerte, cuando sea arrebatado violentamente a sus amigos. Entonces será tiempo de ayuno y llanto. Se vislumbra así la vida de la Iglesia —su esposa fiel— que en las tribulaciones, la penitencia y la oración gime por la lejanía del Esposo y se prepara al encuentro final con él: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20).

Jesús no ha venido a poner «un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, ni «vino nuevo en pellejos viejos» (Mc 2, 21-22), sino a renovar desde sus raíces la humanidad entera. Su inserción en el tiempo, en la vida y en la historia humana da al mundo un rostro y un sentido nuevos; la vieja mentalidad de los fariseos no es capaz de acoger esa «novedad, se precisa una mentalidad nueva construida sobre las palabras de Cristo. El no ha venido a restaurar la sinagoga, sino a fundar su Iglesia «novedad» nacida de su sacrificio; sólo a ella le entregará el «vino nuevo» de su sangre y de su doctrina, para que alimente la vida de todos sus hijos en un banquete nupcial que se inicia aquí abajo, pero que se cumplirá sólo en el cielo.

Nuestra alma no padece hambre; están hambrientos aquellos de los que tú, ¡oh Cristo!, estás ausente y a los que les faltan las provisiones de los buenos méritos. Al contrario, el que posee el gozo de la virtud, el que te recibe en su casa, ¡oh Jesús!, te ofrece una gran cena, el banquete espiritual de las buenas obras, de que el rico está privado, mientras está saciado el pobre. Por eso tú dices que los amigos del esposo no deberán ayunar mientras el esposo esté con ellos.

Tú eres el esposo bueno, ¡oh Señor Jesús! Tú has inaugurado con un nuevo nacimiento una vida nueva, que desposada contigo queda liberada de la corrupción de la carne... Ella ha visto que no tiene verdadera belleza lo que está desfigurado por el pecado.

Tú, en cambio, esposo divino, estás rodeado de la luz cuya belleza no puede perecer. Haz que te lleve en mi alma, que te, adore en mi templo, que te lleve en mi cuerpo como está escrito: «llevad al Señor en vuestro cuerpo». Hazme entrar en el nuevo tálamo, para contemplar tu excepcional belleza, revestirme de ti, mirarte mientras estás a la derecha del Padre y gozar de tener un esposo semejante. Tú entonces me cubrirás de bendiciones, para que no me hiera la plaga del pecado. (S. AMBROSIO, **Comentario al Ev. seg. S. Lucas**, V, 19. 24).

CICLO C

«Manda, Señor, a tus ángeles que me guarden en todos mis caminos» (SI 91, 11).

En el Evangelio de S. Lucas el discurso sobre la caridad está seguido de algunas aplicaciones prácticas que esbozan la fisonomía de los discípulos de Cristo, los cuales, como dice S. Mateo, deben ser «luz del mundo» (5, 14).

Es imposible alumbrar a los otros, si no se tiene luz: «¿Podrá un ciego guiar a otro ciego?» (Lc 6, 39). La luz del discípulo no proviene de su perspicacia, sino de las enseñanzas de Cristo aceptadas y seguidas dócilmente porque «el discípulo no está por encima del maestro» (ib 40). Sólo en la medida que asimila y traduce en vida la doctrina y ejemplos del maestro hasta llegar a ser una imagen viviente del mismo, puede el cristiano ser guía luminosa para los hermanos y atraerlos a él. Es un trabajo que empeña la vida en un esfuerzo continuo por asemejarse cada vez más a Cristo. Esto requiere una serena introspección que permita conocer los propios defectos para no caer en el absurdo denunciado por el Señor: «¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo dé tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?» (ib 41).

Nunca suceda que el discípulo de Jesús exija de los otros lo que no hace o pretenda corregir en el prójimo lo que tolera en sí mismo tal vez en forma más grave. Combatir el mal en los otros y no combatirlo en el propio corazón es hipocresía, contra la que el Señor descargó con energía intransigente. El criterio para distinguir al discípulo auténtico del hipócrita son las palabras y las obras; «cada árbol se conoce por su fruto» (ib 44). Yo el Antiguo Testamento había dicho: «El fruto manifiesta el cultivo del árbol; así la palabra, el pensamiento del corazón humano» (Ecli 27, 6). Jesús toma este símil ya conocido de sus oyentes y lo desarrolla poniendo en evidencia que lo más importante es siempre lo interior del hombre del que se deriva su conducta. Como el fruto manifiesta la calidad del árbol, así las obras del hombre muestran la bondad o malicia de su corazón. «El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo, del malo saca lo malo» (Lc 6, 45). El hipócrita puede enmascararse cuanto quiera; antes o después el bien o el mal que tiene en el corazón desborda y se deja ver; «porque de la abundancia de su corazón habla su boca» (ib). He aquí, pues, el punto importante: guardar cuidadosamente el «tesoro del corazón» extirpando de él toda raíz de mal y cultivando toda clase de bien, en especial la rectitud, la pureza y la intención buena y sincera.

Pero es evidente que al discípulo de Cristo no le basta un corazón naturalmente bueno y recto; le hace falta un corazón renovado y plasmado según las enseñanzas de Cristo, un corazón convertido totalmente al Evangelio. El empeño es arduo, porque la tentación y el pecado también en el corazón del discípulo están siempre al acecho. Para animarle recuerda S. Pablo que Cristo ha vencido al pecado y que su victoria es garantía de la del cristiano.

«Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cr 15, 57).

Tú, ¡oh Jesús!, has encendido la luz para que continúe ardiendo; haz que seamos vigilantes y llenos de celo, no sólo por motivo de nuestra propia salvación, sino también por la de aquellos que... han sido conducidos de la mano hacia la verdad... Haz que nuestra vida sea digna de la gracia, a fin de que así como la gracia se predica en todas partes, pareja con la gracia corra nuestra vida.

Tú has dicho: «Brille vuestra luz», es decir, haya grande virtud, haya fuego abundante, brille una luz indecible. Porque cuando la virtud alcanza ese grado, es imposible quede definitivamente oculta... Nada hace al hombre tan ilustre, por mucho que él quiera ocultarse, como la práctica de la virtud. (S. JUAN CRISOSTOMO, **Comentario al Ev. seg. S. Mateo**, 15, 7-8).

Como no se riegan por sí, tampoco por sí se iluminan los montes... En tu luz, Señor, veré la luz. Así, pues, si veremos la luz en tu luz, ¿quién caerá lejos de la luz sino aquel para el que tú no fuiste luz? Si yo quiero ser luz por mí mismo, iré a caer lejos de ti que me iluminas. Por eso, sabiendo que sólo cae el que quiere ser luz a sí mismo, mientras de por sí es tiniebla, te ruego no permitas ponga en mí pie la soberbia, ni me deje arrastrar de los ejemplos de los pecadores..., para que no caiga lejos de ti. (S. AGUSTIN, **In Ps.** 120, 5).

196. LA POBREZA EVANGELICA

«Señor, haz que use las cosas de este mundo como si no las usase» (1 Cr 7, 31).

1.— Explicando la parábola del sembrador dice Jesús: «La simiente es la Palabra de Dios... Lo que cayó entre los abrojos son los que han oído, pero a lo largo de su caminar son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a madurez» (Le 8, 14). La simiente fecunda de la Palabra de Dios no puede llegar a madurez en quien tiene el corazón ocupado y preocupado por los bienes terrenos. Es la historia del joven rico, el cual, cuando oyó decir a Jesús: «Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres...», «se marchó apenado porque tenía muchos bienes» (Mt 19, 21-22). Era un joven bueno, desde su infancia había observado los mandamientos y deseaba sinceramente la vida eterna, tanto que Jesús, «fijando en él su mirada, le amó» (Mc 10, 21). Además la Palabra de Dios había sido sembrada en su corazón, no por intermediarios sino por Dios mismo, y sin embargo, no agarró, quedando sofocada por el amor a las riquezas. Jesús comentando el hecho, dijo dirigiéndose a sus apóstoles: «¡Qué difícil será que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!... Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios» (Lc 23.25). Es difícil no porque los bienes terrenos, sean en sí malos, sino porque con demasiada frecuencia el hombre

por su codicia, se deja fascinar de ellos y se hace su esclavo hasta preferirlos a Dios. Por otra parte es claro que las palabras de Cristo se han de aplicar no sólo al que es «rico» porque posee mucho, sino sobre todo al que es «rico» porque está «apegado» a lo que posee, sea poco o mucho. Es por tanto muy oportuna la exhortación del Concilio Vaticano II: «Estén todos atentos a encauzar rectamente sus afectos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contrario al espíritu de pobreza evangélica les impida la persecución de la caridad perfecta» (LG 42).

2.— Al escriba que un día declaraba a Jesús: «Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas», Jesús le respondió: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 19-20). Al que quiere seguirle Jesús no le promete honores o riquezas, sino que le pone delante el cuadro de su vida extremadamente pobre y carente de toda comodidad, porque quien no se anima a compartir su pobreza terrena, no podrá ser partícipe de tu riqueza eterna. Todos los fieles —aunque en forma diferente, según el estado de cada uno— están llamados a seguir a Cristo «pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria» (LG 41).

La pobreza libra al hombre del apego excesivo a las riquezas, denunciado por el Señor como impedimento serio para la salvación eterna: «Nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). Sin embargo, no es la pobreza material en sí misma la que salva al hombre. Esta no es suficiente a librarlo de la esclavitud del dinero, si no va acompañada y completada de la pobreza espiritual, es decir, de la pobreza de los afectos, de los deseos y de las ansiedades por los bienes terrenos. S. Juan de la Cruz enseña que sólo esa pobreza libra al hombre de tales apegos. La mera privación de las cosas «no desnuda al alma si tiene apetito de ellas..., sino la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga» (S I, 3, 4). La pobreza material es el medio para llegar a privaciones y austeridades. En efecto, quien después de haber renunciado a algo continúa alimentando su deseo y nostalgia, tendrá siempre el corazón atado a ello. «Porque no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella, sino la voluntad y apetito de ellas que moran en ella» (ib).

He aprendido por experiencia, ¡oh benignísimo Señor Jesucristo!, ilimitadamente rico en amor, que nada es más penoso en este mundo que estar abrasado de deseos terrenos, porque el amor a las riquezas de la tierra es insaciable y con sus exigencias, tortura al alma mucho más que lo que le puede aliviar con su goce.

El conseguimiento de las riquezas requiere, en efecto, muchos trabajos; su posesión genera grandes preocupaciones y ad pérdida ocasiona graves afanes. Quien las ama no puede aman te a ti, ¡oh Señor!; y con esas cosas caducas cae también él en la perdición; quien se ata a ellas con el corazón, con ellas desfallece en la tristeza. Quien las encuentra pierde la paz y, mientras está en

vela, piensa en el modo de aumentarlas; cuando duerme, sueña en ladrones; durante el día está peal sativo y de noche lleno de miedo, y así es siempre un pobre Infeliz. (R. JORDAN, **Contemplaciones sobre el amor divino**. 951,

Señor mío Jesús, ¡qué pronto será pobre el que amándote de todo corazón, no pueda sufrir ser más rico que su Amado!...

Señor mío Jesús, ¡qué pronto será pobre el que, pensando que todo lo que se hace a uno de estos pequeños, se hace a ti y que todo lo que a ellos no se hace a ti no se te hace, alivie todas las miserias que estén a su alcance!...

¡Qué pronto será pobre el que reciba con fe tus palabras: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres!... Dichosos los pobres, porque quien deje sus bienes por mí, recibirá acá abajo el ciento por uno y en el cielo, la vida eterna..., y tantas otras!

Dios mío, yo no sé si es posible a ciertas almas verte pobre y quedarse tranquilamente ricas... y no querer asemejarse enteramente a ti... Yo pienso, sí, Dios mío, que te aman, pero creo, sin embargo, qué le falta algo a su amor; y en todo caso, yo no puedo concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosa, de conformidad, de semejanza y, sobre todo, de participación en todas las penas, dificultades y asperezas de la vida... (C. DE FOUCAULD, **Retiro en Nazareth**).

197. EL ESPIRITU DE POBREZA

«Señor, que no me afane por los bienes terrenos, sino que busque, sobre todo, tu Reino» (Lc 12, 22, 31).

1.— El Concilio señala como lacra propia de nuestro tiempo el que muchos —aun entre los cristianos— «incurren como en una idolatría de los bienes materiales, convirtiéndose en siervos en lugar de señores de ellos» (AA 7); y propone como remedio una vuelta sincera al espíritu de pobreza propuesto por Cristo a todos sus seguidores. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que Corroen, y ladrones que socavan y roban; amontonad más bien tesoros en el cielo..., porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 5, 3; 6, 19-21). Estas palabras no están reservadas a un grupo de elegidos, sino dirigidas a las muchedumbres, a cuantos quieren seguir la doctrina de Jesús; y es interesante notar que el discurso de la Montaña se abre justamente anunciando la bienaventuranza de la pobreza. El hombre, en efecto, está tan ávido de bienes terrenos, tan preocupado de poseerlos y acumularlos y tan sujeto a ellos, subyugado por ellos, que sólo cuando logra deshacerse de sus lazos, puede comenzar el camino a la santidad o Reino de los Cielos. «Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?» (Mt 16, 26). Es evidente que no todos están llamados a profesar el voto de pobreza, pero todos están obligados a vivir según el espíritu de pobreza evangélica. Por otra parte, para

que ese espíritu no sea una utopía, es preciso practicar la renuncia y privación al menos de las cosas no estrictamente necesarias y tanto más de las superfluas. El que no sabe privarse de nada, no sueña tener el espíritu de pobreza: Por eso al que quiere tender a la perfección, Juan de la Cruz propone procurar siempre «no andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo» (S I, 13, 6).

2.— El Evangelio no condena el uso ordenado de los bienes terrenos y tampoco el esfuerzo honesto por con; seguirlos según la propia condición y necesidad. Jesús mismo ha elegido para sí la vida de obrero y ha querido ganarse el pan con el sudor de su frente; y así era considerado comúnmente como el «hijo del carpintero» (Mt 13, 55). Un padre, una madre de familia tienen el deber de proveer a las necesidades de sus hijos y de asegurarles los medios convenientes de subsistencia. Pero deben evitar engolfarse en los negocios hasta el punto de no tener tiempo ni libertad suficientes para atender a las cosas del espíritu, al culto y servicio de Dios. Antes, los laicos, que por vocación viven implicados «en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo», están precisamente llamados a «tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios», valiéndose para este fin de su profesión u oficio, que deben desempeñar «guiados por el espíritu evangélico» de pobreza y desasimiento. De este modo contribuirán «a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento» (LG 31).

Otro aspecto del espíritu de pobreza inculcado por el Señor es el deber de la limosna. Al joven rico no le pidió Jesús sólo vender sus bienes, sino también dar lo recabado a los pobres; y lo mismo propuso a todos sus seguidores. «Vended vuestros bienes y dad limosna» (Lc 12, 33). El concepto de pobreza evangélica no incluye sólo el desasimiento de los bienes temporales, sino la privación de los mismos en favor de los indigentes. El egoísmo y la avaricia son diametralmente opuestos al espíritu de pobreza, el cual sólo es auténtico cuando se abre a la caridad con los hermanos. Sobre este punto se alzó con energía la voz del Concilio recordando «que la mayor parte de la humanidad sufre todavía tan grandes necesidades, que con razón puede decirse que es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos» (GS 88); y por otra parte., todos «los hombres están obligados a ayudar a los pobres, y por cierto no sólo con los bienes superfluos» (ib 69).

Señor Jesús, que te halle a ti, el verdadero pobre..., que siendo rico, hízose, por nosotros pobre... Te contemplo cuán rico eres: todas las cosas fueron hechas por ti. Te contemplo en tu pobreza: el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y envuelto en pañales de niño, es colocado en un Pesebre.

¡Oh pobreza la de mi Señor! Nace en un estrecho albergue tespués tú, Señor de cielos y tierra, Creador de lo ángeles, autor y ordenador de todas las cosas

visibles e invisibles, mamas, lloras, te nutres, creces, toleras la edad y ocultas la majestad... ¡Oh pobreza! (Serm. 14, 9).

No me sacian los bienes caducos, Dios mío, ni me sacian los bienes temporales; dame lo que es eterno, concédeme algo de eterno. Dame tu Sabiduría, dame tu Verbo, Dios cabe Dios, y a ti mismo, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Estoy a tu puerta como un mendigo. Tú, Señor a quien invoco, no duermes..., antes estás deseoso de dar; pero no das sino a quien pide, para no dar a quien no sabría recibir... Tú no duermes, pues; haz que no se duerma mi fe. Mi alma, deseando saciarse de algún bien excelso e inefable..., sintiéndose impedida por la pesadez del cuerpo y comprendiendo que no puede ser saciada en esta vida, te dice: ...he descubierto el bien que deseo, conozco lo que puede bastarme, lo reconozco en el deseo de Felipe: Muéstranos al Padre y nos basta... Sé lo que deseo, pero ¿cuándo seré saciado» (In Ps 102, 10).

Señor, mientras vivimos en el cuerpo estamos desterrados lejos de ti... Nos ama la patria el que encuentra dulce el destierro: yo siento ya la dulzura de la patria y la amargura del destierro... Cualquier cosa que tenga aquí que no seas tú, no me es dulce. No quiero nada de cuanto me has dado si no te me das a ti mismo, dador de toda cosa. No caiga de tus oídos esta mi oración, escucha la voz de mi plegaria (In Ps 85, 11. S. AGUSTIN).

198. LA POBREZA VOLUNTARIA

«Señor, que siendo rico te has hecho pobre, haz que tu pobreza sea mi riqueza» (2 Cr 8, 9).

1.— «La madre Iglesia se goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador y dan un testimonio mas vidente de él al abrazar la pobreza en la libertad de los hijos de Dios» (LG 42). La pobreza voluntaria, profesada con voto o promesa particular, es distintivo de los que, consagrándose totalmente a Dios en el estado de perfección, quieren participar «en la pobreza de Cristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de que por su pobreza nos enriqueciésemos» (PC 13). La pobreza voluntaria se abraza, pues, por amor; pues el que ama anhela parecerse a la persona amada, compartir totalmente su vida y su suerte y aun seguir del modo más exacto sus consejos. El voto de pobreza aparece así como la realización más completa de la doctrina de Cristo sobre la pobreza evangélica. Quien emite ese voto o la promesa correspondiente, no considera la vida pobre como un peso ni como una conveniencia económica, sino como un ideal; y el ideal se ama, no se tolera, se persigue, no se esquiva, se vive y se defiende a toda costa.

El religioso ha elegido ser pobre no para un día o para un año, sino para todos los días de su vida: en la salud y en la enfermedad, en la juventud y en la vejez. El religioso no pretende hacer dinero: trabaja y se fatiga como un pobre, porque Jesús se ha fatigado y trabajado, pero no trabaja como puede

hacerlo lícitamente un laico, para mejorar sus condiciones de vida. Se da al servicio de Dios y del prójimo con el máximo desinterés, y justamente para que nada le frene en esta su entrega, ha elegido vivir acá abajo «como peregrino, pobre, desterrado, huérfano, seco, sin camino y sin nada, esperándolo allá todo» (J. C. Carta 35). «El religioso —dice S. Juan de la Cruz— de tal manera quiere Dios que sea religioso, que haya acabado con todo y que todo se haya acabado para él; porque él mismo es el que quiere ser su riqueza, consuelo y gloria deleitable» (Carta 24).

2. — El Concilio Vaticano II declara que, en nuestros días sobre todo, la pobreza abrazada voluntariamente... es un signo muy apreciado del seguimiento de Cristo (PC 13). Pues aunque la sociedad moderna esté dominada por los valores económicos y sea toda presa del bienestar y de los placeres de la vida, es muy sensible y exigente en cuanto a la pobreza de las «personas de iglesia». El ejemplo vivo de desasimiento, desinterés y vida austera ejerce una fascinación especial sobre los hombres de hoy y, tal vez más que ningún otro factor, tiene el poder de evocarles los valores eternos. El Concilio ha hablado en este sentido: «El estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna... sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial» (LG 44). Los religiosos, tomando conciencia de su responsabilidad, se sienten más empeñados que nunca en esta misión de testimonio. Para ello no basta «someterse a los superiores en el uso de los bienes, sino que es menester que... sean pobres de espíritu y de hecho» (PC 13). Ser pobres de nombre en virtud del voto de pobreza y no serlo en lo concreto de la vida, sería hipócrita y escandaloso, además de ser una traición al ideal abrazado. Si los superiores —a tenor de las Constituciones de cada Instituto y de las necesidades particulares— pueden autorizar el uso de bienes determinados y conceder alivios, no pueden nunca dispensar ni a sí mismo ni a los súbditos de la renuncia sustancial íntimamente unida a la vida de pobreza voluntaria. En toda circunstancia los religiosos —tanto individual como colectivamente— deben portarse de modo que sean ejemplo luminoso de auténtica pobreza evangélica, animada de desinterés personal y de caridad para con el prójimo. Por tanto, muy lejos de acumular los frutos de su trabajo, serán largos en proveer «a otras necesidades de la Iglesia y al sustento de los menesterosos, a los que todos los religiosos han de amar en las entrañas de Jesucristo» (ib). Sólo así proporcionará el estado religioso el «preclaro e inestimable testimonio» de espíritu de pobreza y de caridad que han sido siempre «gloria y signo de la Iglesia de Cristo» (LG 31; GS 88).

La pobreza es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes de él otra vez a quien no se le da nada de ellos. ¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas; ni de tenerlos contentos, si un tanto se atraviesa haber de

descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre?

La verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra: la pobreza que es tomada por solo Dios, digo...

Son nuestras armas la santa pobreza... Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queramos guardar: en casa, en vestidos, en palabras y mucho más en el pensamiento...

Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa, sino en el portal de Belén adonde nació y la cruz adonde murió. ¡Casas eran éstas adonde se podía tener poca recreación! (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 2, 5-9).

La pobreza es el tesoro escondido en el campo evangélico para comprar el cual hay que vender todas las cosas. Quien quiera llegar a la altura de la santa pobreza renuncie a la prudencia humana, desaprópiase de toda posesión y ofrézcase desnudo en tus brazos, ¡oh Cristo Crucificado!

Tú, Señor, te has complacido de la pobreza; y yo tengo por dignidad real e insigne nobleza el seguirte a ti, que, siendo rico, te has hecho pobre por nosotros. No quiero por la posesión de falsas riquezas dejar esa dignidad real que has asumido tú por nosotros, para enriquecernos con tu pobreza y Constituimos, siendo verdaderos pobres de espíritu, en reyes y herederos del reino de los cielos. (Cfr. S. FRANCISCO DE ASIS, **Dichos**).

199. LA CASTIDAD EXIGENCIA BAPTISMAL

«¡Oh Dios!, que me regeneraste por el agua y el Espíritu Santo, que tu Espíritu me enseñe a no dar satisfacción a las apetencias de la carnes» (Gl 5, 16).

1.— No sólo las riquezas son abrojos que sofocan la semilla de la palabra de Dios y de su gracia, sino también —como Cristo mismo lo ha explicado— «los placeres de la vida» (Le 8, 14). Igual que el apego a los bienes terrenos, la búsqueda desordenada de los placeres carnales sofoca la semilla preciosa de la vocación cristiana, hace al hombre sordo a la palabra de Dios y aparta de su servicio.

Al paso que la gracia baptismal libra al hombre de la esclavitud de Satanás y lo convierte en morada del Espíritu Santo, el pecado impuro produce el efecto contrario y arroja a Dios del cristiano ya consagrado templo suyo. «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido comprados a buen precio! Glorificad por tanto a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cr 6, 19-20). Todo el hombre, redimido por la sangre de Cristo, está regenerado en él por el bautismo; por eso también el cuerpo queda santificado y debe servir a la gloria de Dios, debe ser puro y signo del que ha dicho: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11, 45). La impureza, por el

contrario, profana el cuerpo, templo del Señor, y hace de los miembros de Cristo «miembros de meretriz» (1 Cr 6, 15). El crudo lenguaje paulino concretiza de un modo muy expresivo la enseñanza evangélica sobre la castidad, virtud indispensable a todo cristiano, aunque de modo diferente según el estado de cada uno. En efecto, fuera del matrimonio se exige a todos la continencia absoluta, o sea la abstención de todo placer sensual, y en el matrimonio se exige la continencia conyugal. La renuncia inherente a la continencia entra en el cuadro de la renuncia a las obras del demonio prometida en el bautismo y que tiene como objeto asegurar en el cristiano la eficacia del sacramento, o sea su muerte al pecado, para vivir «para Dios en Cristo Jesús» (Rm 6, 11).

2.— «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad —exclama S. Pablo—. Sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne» (Gl 5, 13). El bautismo, emancipando al hombre de la esclavitud de los sentidos, le ha dado, mediante la gracia, la capacidad de ser dueño de su cuerpo y de sus instintos, para vivir así en la libertad de los hijos de Dios. Pero todo esto se le ha dado no como una realidad ya completa, sino en semilla, en potencia. Mientras estamos en la tierra, la libertad del pecado no es una conquista realizada de una vez para siempre, sino que ha de ser procurada día a día con la fidelidad a la gracia que implica la fidelidad a la renuncia. «Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais» (ib 17). El sacramento de la regeneración no dispensa al hombre de esta lucha, pero le da armas con que ganarla: la gracia con todas las virtudes infusas. Por otra parte — esto es infinitamente más— Dios que mora en el bautizado está en él para iluminarlo, guiarlo y sostenerlo con su espíritu, el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo; por eso el Apóstol puede decir: «Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne» (ib 16). La victoria es segura para quien se deja conducir por el Espíritu sometiendo-se a él.

A esta luz se comprende que la castidad, como las demás virtudes cristianas, no es sólo un hecho material relativo a la integridad del cuerpo, sino ante todo un hecho espiritual e interior que abarca a todo el hombre y por lo tanto también su mente y corazón. «Lo que sale... del corazón —dice Jesús— eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones» (Mt 15, 18-19). La castidad del cuerpo debe ser el reflejo de la pureza interior de deseos, afectos y pensamientos. «Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso» (Mt 6, 22); por modo semejante, si tu corazón es puro, será puro también tu cuerpo.

Ahora que la carne tiene deseos contrarios al espíritu y el espíritu deseos contrarios a la carne, la lucha es mortal, Dios mío. Yo no hago lo que querría, porque querría no tener concupiscencias, pero es cosa imposible. Quiéralo o

no, las tengo; quiéralo o no, me solicitan, halagan, estimulan, importunan, quieren siempre alzar cabeza: se pueden reprimir, pero no ahogar...

¡Oh Dios!, por medio de tu Espíritu me has dado la posibilidad de tener a raya mis miembros... Detén mis pies, que no corran a cosas ilícitas...; retén mis manos de todo delito; frena mis ojos, que no se posen en objetos malos; cierra mis oídos, que no escuchen a gusto palabras lascivas; embrida todo mi cuerpo de la cabeza a los pies (Sr 128, 11-12).

Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras. Nos mandas que seamos continentes. «Y como yo supiese —dice uno— que ninguno puede ser continente si Dios no se lo da, entendí que también esto era parte de la sabiduría, conocer de quién es este don». Por la continencia, en efecto, somos juntados y reducidos a la unidad, de la que nos habíamos apartado, derramándonos en muchas cosas. Porque menos te ama quien ama algo contigo y no lo ama por ti. ¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingués! Caridad, Dios mío, enciéndeme. ¿Mandas la continencia? Da lo que mandas y manda lo que quieras.

¿Acaso no es poderosa tu mano, ¡oh Dios omnipotente!, para sanar todas las debilidades de mi alma y extinguir con más abundante gracia hasta los mismos movimientos lascivos de mi cuerpo? Tú aumentarás, Señor, en mí más y más tus dones, para que mi alma me siga a mí hacia ti, libre de la liga de la concupiscencia, para que no sea rebelde a sí misma... Espero que darás perfección en mí a tus misericordias, hasta lograr paz completa que contigo tendrán mi interior y exterior, «cuando fuere la muerte trocada en victoria» (S. AGUSTIN, **Conf.**, X, 29, 40; 30, 42).

200. EL VOTO DE CASTIDAD

«Que pueda yo comprender, Señor, el privilegio de la castidad perfecta por la que el hombre se da a ti con corazón indiviso» (1 Cr 7, 32-34).

1.— Entre los consejos evangélicos «destaca el precioso don de la divina gracia, concedido a algunos por el Padre, para que se consagren a solo Dios con un corazón que en la virginidad o el celibato se mantiene más fácilmente indiviso» (LG 42). El voto de castidad es la respuesta de la criatura al don gratuito de Dios que, eligiéndola para sí, le da a entender el precio de la virginidad perfecta «por el reino de los cielos» (Mt 19, 12). El valor del voto no consiste tanto en la renuncia que lógicamente se deriva de él, cuanto en la totalidad de amor, pertenencia entrega a Dios. Sólo el amor infinito de Dios explica la ofrenda de este don, y sólo la respuesta de un amor total de parte de la criatura explica la decisión del voto.

«Cada cual —dice S. Pablo— tiene de Dios su gracia particular» (1 Cr 7, 7); el matrimonio es bueno, pero la virginidad es mejor; el que se casa «obra bien» y el que no se casa «obra mejor» (ib 38). «El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de

las cosas del mundo... está por tanto dividido. Así también... la doncella se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu» (ib 32-34). El voto de castidad es el resultado de la elección de un amor único: el Amor infinito, y tiende al ideal de un «trato asiduo con el Señor, sin división» (ib 35), esto es, a una comunión con Dios, a una entrega a él no turbada por cuidados terrenos. «La castidad por el reino de los cielos que profesan los religiosos, ha de estimarse como don eximio de la gracia, pues libera de modo singular el corazón del hombre para que se encienda más en el amor de Dios y de todos los hombres» (PC 12). El aspecto negativo del voto, o sea la renuncia que implica, tiene como único fin dejar libre el corazón para hacerlo capaz de un amor totalitario; éste es el valor esencial de la castidad perfecta.

2.— No es la virginidad en sí misma lo que tiene valor, sino la virginidad consagrada a Dios, porque sólo ésta es fruto de la caridad y está vivificada por el amor. S. Agustín dice que las personas consagradas «no carecen de bodas, pues también ellas participan con toda la Iglesia de las bodas en que Cristo es el esposo» (In Jn 9, 2). En lugar de presentar el voto de castidad como inhibición, la tradición católica lo presenta sobre todo como consagración, como relación nupcial con Cristo, como gozosa y espontánea decisión de la voluntad de pertenecer totalmente a él. Esto «evoca aquel maravilloso connubio..., por el que la Iglesia tiene por esposo único a Cristo» (PC 12). El voto de castidad constituye así un principio transformador de todas las fuerzas afectivas de la vida y dilatador del corazón, y por eso se convierte en fuente inagotable de entrega a Dios y a sus intereses. El Concilio Vaticano II se ha expresado en este sentido. «Esta perfecta continencia por el reino de dos cielos siempre ha sido tenida en la más alta estima por la Iglesia, como señal y estímulo de la Caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo» (LG 42). Cuanto más intenso es el amor que inspira y sostiene al voto de castidad, tanto más alcanza éste su valor positivo de fecundidad espiritual, y tanto más capaz se hace la persona consagrada de dar plenamente la propia vida a Dios y a las almas. «¡Oh Jesús!, ser tu esposa —escribía Sta. Teresita—, ser, por mi unión contigo, madre de las almas» (MA XI, 11).

El voto de castidad, entendido y realizado plenamente, no mutila ni deforma las capacidades afectivas del hombre, no esteriliza la fecundidad de su vida, no lo cierra en sí mismo, ni crea en él descompensaciones o desequilibrios, antes, potenciando sus recursos naturales, le abre a un amor y a una entrega sin límites. La única condición indispensable es que lo viva en un clima de auténtica caridad teologal. Así entiende la Iglesia el voto de castidad, así lo propone y lo defiende contra las acusaciones del mundo, considerándolo no sólo como un «medio aptísimo para que los religiosos se consagren fervorosamente al servicio divino y a las obras de apostolado», sino «incluso como un bien de toda la persona» (PC 12).

Elevo a ti mis votos, ¡oh Padre de la gracia!, y doy gracias infinitas a tu amor porque vemos revivir en las vírgenes aquí abajo la vida angélica que habíamos perdido en el Paraíso terrenal. ¿Qué mejor podías hacer para encender el deseo de la virginidad, valorar su virtud y celebrar su gloria que nacer de una Virgen? (**Educación de las Vírgenes**, 17, 104).

Y ahora, Señor, te ruego veles cada día sobre estas (vírgenes) en cada una de las cuales se consagra a ti un templo vivo... Suba a ti, en olor de suavidad, todo sacrificio que con fe viva y piedad sincera te sea ofrecido en ese templo. E igual que miras la Hostia santa que quita el pecado del mundo, mira también estas víctimas de castidad. Protégelas con tu continuo auxilio para que te sean hostias aceptas y agradables. Dígnate conservar íntegro su espíritu, impoluto su ánimo y su cuerpo hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo tu Hijo (**Exhortación a la virginidad**, 14, 94. S. AMBROSIO).

Mira que vengo a ti a quien he amado, en quien he creído, a quien he dado mi afecto. Te seguiré adondequiera que vayas..., Jesús mío.

Me acerco a ti, Dios mío, fuego consumidor. Destrúyeme, átomo insignificante como soy, con la llama de tu amor; absórbeme en ti. Vengo a ti, mi dulce luz; haz resplandecer tu rostro sobre mí, para que a tu presencia, mis tinieblas se truequen en luz meridiana. Vengo a ti, unión beatísima; hazme una cosa contigo, en la unidad de un amor verdadero.

¿Qué puede haber ya de común entre mí y el mundo, amado mío Jesús, si hasta en el cielo no quiero nada fuera de tí? A ti sólo amo y deseo; de ti sólo tengo hambre y sed; en ti me consumo, amado mío... A ti se vuelve mi corazón y te dice: Tú eres mi precioso tesoro, mi única y verdadera alegría, mi mejor parte, el único amor y deseo de mi alma. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 4).

201. CASTIDAD Y VIGILANCIA

«En ti confío, Señor; sosténgame tu gracia para que pueda vivir como tus ángeles en el cielo» (Mt 22, 30).

1.— El voto de castidad lleva a vivir en la tierra «como los ángeles en el cielo» (Mt 22, 30). Sin embargo el hombre no es espíritu y aun consagrado a Dios, lleva el tesoro de la castidad en un vaso de barro (cfr. 2 Cr 4, 7), o sea en un cuerpo de carne que siente la espina de los placeres del sentido. El voto de castidad no cambia esta situación. «Es, pues, menester que los religiosos [y lo mismo los demás consagrados]... fiando en la ayuda divina, no presuman de sus propias fuerzas, y practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos» (PC 12). La castidad perfecta es un don divino; y como el consagrado lo ha recibido por una gracia particular de Dios, no podrá conservarlo sin su gracia. «Velad y orad» (Mt 26, 41) dice el Señor, indicando los medios para superar toda dificultad y tentación. La oración es la fuerza poderosa de quien, consciente de su debilidad, en lugar de replegarse en excesivos temores, se lanza a Dios con plena confianza: «En ti, Señor, me

cobijo; no sea yo confundido jamás... Tiende hacia mí tu oído, date prisa. Sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve» (SI 31, 2-3).

Junto a la oración se precisa la guarda y mortificación de los sentidos, medios necesarios para todos los cristianos, y mucho más para los que se han empeñado no sólo en la virtud sino también en el voto de castidad. Resulta muy útil a este propósito la regla sugerida por S. Juan de la Cruz: renunciar a todos los placeres sensibles que no sean «puramente para honra y gloria de Dios» (S I, 13, 4), y cuando no se los pueda excusar, «las potencias y sentidos no se han de emplear todas en las cosas, sino lo que no se puede excusar, y lo demás dejarlo desocupado para Dios» (Dichos b, 38). Enamorados del ideal de castidad perfecta, sostenidos por la oración y el espíritu de mortificación, los consagrados «rechazan como por instinto espiritual, todo lo que pone en peligro la castidad» (PC 12).

2.— La mortificación de los sentidos es el primer baluarte—para la defensa del voto de castidad. Hay luego otro más interior y profundo: la guarda y mortificación del corazón. El corazón de la persona consagrada debe ser «huerto cerrado, fuente sellada» (Ct 4, 12), debe ser impenetrable a todo amor profano para mantenerse fiel a la elección del único Amor. Después de haber roto los lazos de la sangre para seguir a Cristo, después de haber renunciado a formar una familia, sería gran necedad dejarse atar el corazón por criaturas que no tienen derecho alguno a él o por afectos que nada tienen de sagrado. Frente a ellos vale siempre la respuesta de Sta. Inés: «Dios ha puesto una señal en mi rostro, para que no admita otro amante fuera de él. A él solo guardo fe» (BR). Muy poco puede bastar para ceder al deseo natural de sentir correspondido el amor, y para dejarse atar, casi sin darse cuenta, de simpatías y afectos que luego es muy duro romper. S. Juan de la Cruz habla de personas dadas a la vida espiritual que no tienen «ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición..., nunca van adelante, ni llegan al puerto de la perfección», a pesar de ir «cargadas de riquezas, y obras, y ejercicios espirituales, y virtudes» (S I, 11, 4).

Esto no significa que la persona consagrada haya de tornarse incapaz de amar y como insensible al amor humano; al contrario, dejando de lado toda búsqueda de afecto personal, debe como nunca abrirse al amor y al servicio del prójimo, recordando que precisamente a eso se ordena su voto de castidad. La libertad de corazón, fruto de la castidad perfecta, debe ayudar al desarrollo y al ejercicio de la caridad. «Habéis sido llamados a la libertad — dice S. Pablo—...; servíos por amor los unos a los otros» (Gl 5, 13). Cuanto más libre está el corazón de afectos particulares, tanto más disponibles al amor de Dios y del prójimo están los consagrados; «se entregan más libremente, en El y por El, al servicio de los hombres» y son más capaces «de hacerse todo a todos» (PO 16; OT 10).

¡Oh mi buen Jesús!, sé bien que todo don perfecto, y más que cualquier otro el de la castidad, depende del poderosísimo influjo de tu providencia, y que sin ti el hombre no puede hacer nada. Te ruego, por eso, que defiendas con tu

gracia la castidad y pureza de mi alma y de mi cuerpo. Y si hubiese de recibir cualquier impresión del sentido que pudiese manchar la castidad y pureza, tú, que eres el supremo Señor de todas las potencias, bórrala, para que pueda, con corazón inmaculado, avanzar en tu amor y en tu servicio, ofreciéndome casto, todos los días de mi vida, en el altar de tu divinidad. (STO. TOMAS DE AQUINO, **Oraciones**).

Protege, pues, a tu sierva, Padre del amor y de la gloria, para que conserve el tabernáculo del pudor y los sellos de la verdad, como en un huerto cerrado y en una fuente vallada... Halle a quien ella ama, reténgale y no permita que se le escape... Esté siempre en guardia, vigilando día y noche con toda la atención de su mente, para que no la encuentre su Esposo dormida. Y ya que el amado desea ser buscado con frecuencia por ella para comprobar su cariño, sígale solícita; salga su fe y su espíritu en busca de tu palabra... Vele su corazón y duerma su carne para que no empiece a despertar al pecado.

Tú, Señor, por tu parte, añádele los otros adornos de la virginidad. Infúndele diligencia en los actos piadosos, para que sepa conservarse pura y aprenda a humillarse. Mantenga firme su amor, muro de la verdad y valla del pudor... Florezca en su corazón la simplicidad, en sus palabras la moderación, en su modo de proceder con todos el recato, en su trato con los parientes el cariño, y en sus relaciones con los pobres la misericordia...

Pon tu palabra como sello sobre su corazón y sobre su brazo, para que en todos sus sentimientos y acciones tú sólo resplandezcas, y yo te busque y te predique. (Cfr. S. AMBROSIO, **Educación de las vírgenes**, 17, 111-3).

202. DOMINGO IX «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve» (Sl 31, 3).

«Mirad: yo pongo hoy ante vosotros bendición y maldición; bendición, si obedecéis a los mandamientos del Señor vuestro Dios..., maldición, si desobedecéis» (Dt 11, 26,28). Toda la perfección de Israel estaba contenida en la ley y se expresaba en su observancia. Dios bendecía p maldecía al hombre según su obediencia o desobediencia a la ley. El Nuevo Testamento instauro un orden nuevo: Dios bendice y salva al hombre no por la observancia de la ley antigua, ya caducada, sino por la fe en Cristo Salvador. Es S. Pablo el gran defensor de este principio: «Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado..., justicia de Dios por la fe en Jesucristo» (Rm 3, 21-22). El cambio es brusco. Los hebreos, fieles observantes de la ley mosaica, no tienen más derecho a la salvación que los hombres que desconocen esa ley; para unos y para otros la salvación es don gratuito ofrecido por la bondad infinita de Dios a cuantos creen en Jesucristo. También en el Evangelio de Juan se lee: «todo el que cree en el Hijo, tiene por él la vida eterna» (3, 15). Y S. Pablo aclara: «el hombre es justificado por

la fe, sin las obras de la ley» (Rm 3, 28). Se ha de entender que las obras excluidas son solamente las de la ley mosaica y no las obras buenas fruto de la fe en Cristo. Pues el mismo Apóstol explica en otro lugar que para la salvación cuenta sólo «la fe que actúa por la caridad» (Gl 5, 6), o sea la fe que no es sólo adhesión de la inteligencia a Cristo, sino adhesión de todo el hombre: entendimiento y voluntad, pensamientos y obras.

Esto justamente enseña Jesús cuando declara: «No todo el que me diga: "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7, 21). La fe debe penetrar toda la vida y llevar al hombre no al reconocimiento meramente abstracto de la existencia de Dios, sino a un reconocimiento práctico que implica la sumisión de la voluntad a la de Dios y una conducta regulada según sus mandamientos. Por eso los que reducen la profesión de su fe a la oración, al apostolado o a un mero ejercicio del ministerio «¿no profetizamos en tu nombre y arrojamos demonios...?» (ib 22), pero no la extienden a los sectores todos de la vida personal mediante el cumplimiento de la voluntad de Dios, escucharán un día: «No os conozco» (ib 23). Sólo la fe que se concreta en una adhesión plena al querer de Dios, permite al hombre edificar su casa sobre roca, y no temer que sea abatida por vientos o tempestades. La casa es la vida cristiana que, fundamentada en la fe de Cristo y en el cumplimiento de su palabra, puede desafiar cualquier huracán y aun el tiempo y la muerte trocándose un día en vida eterna.

El alma del justo a ningún mal se abate; y la razón es porque está cimentada sobre la roca viva, esto es, sobre la firmeza de tu doctrina, ¡oh Señor Jesús! A la verdad, más firmes que una roca son tus preceptos, que nos levantan por encima de todos los oleajes humanos... ¿Qué vida, por ende, puede haber más afortunada que ésta? Esto no puede prometérnoslo ni la riqueza, ni la fuerza corporal, ni la gloria, ni el poder, ni otra cosa alguna de este mundo, sino sola y únicamente la posesión de la virtud...

Señor, no sólo me animas a la virtud por la esperanza de los bienes venideros: el reino de los cielos, la recompensa inexplicable..., bienes, en fin, incontables, sino también por los mismos bienes presentes, poniéndonos delante la gran seguridad y hasta el placer que en ella se halla. (S. JUAN CRISOSTOMO, **Coment. al Ev. de S. Mateo**, 24, 2-3).

¡Oh Jesús!, me acerco a ti lo más posible y con viva fe, para conocer a Dios en ti y por ti, y para conocerlo de modo digno de Dios; es decir, de modo que le ame y obedezca, según dice su discípulo predilecto: «El que dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso»; y tú mismo: «El que me ama, guardará mi palabra».

Sólo, pues, para amarte quiero conocerte; y para esforzarme a hacer tu voluntad, quiero conocerte y amarte, convencido de que no podré conocerte bien sin unirme a ti con corazón puro y casto... Que la luz de la fe me guíe y me ilumine para llegar a amarte, siendo propio de la fe, según lo que dice S. Pablo «obrar y moverse por amor». Amén. (Cfr. J. B. BOS-SUET, **Elevaciones a Dios sobre los misterios**, Oración).

CICLO B

«Gritad de gozo a Dios, nuestra fuerza; aclamad a nuestro Dios»
(Sl 81, 2).

La santificación del día del Señor tiene en la sagrada Escritura un lugar privilegiado. Se lee en el Deuteronomio: «Guardarás el día del sábado para santificarlo, como te lo ha mandado el Señor tu Dios. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es el día de descanso para el Señor tu Dios» (5, 12-14). «Santificar» el sábado significa separarlo, distinguirlo de los otros días para consagrarlo a Dios. Más adelante (ib 15) el texto sagrado sugiere el modo: recordar los grandes beneficios de Dios a su pueblo, entre los cuales sobresale la «pascua», o sea la liberación de la esclavitud de Egipto. Luego el recuerdo debía desembocar en la acción de gracias y en la renovación de la promesa de fidelidad.

En el Nuevo Testamento la pascua antigua fue sustituida por la nueva: el misterio pascual de Cristo; y el viejo sábado cedió el puesto al domingo, día bendito de la Resurrección. El sentido del domingo cristiano es precisamente el de celebrar «la memoria» de la Pascua de Jesús, misterio de amor y de salvación, dando gracias al Altísimo por medio del sacrificio eucarístico, centro y acto supremo del culto. La abstención de trabajos serviles no agota el precepto de la santificación de las fiestas, sino que es una mera premisa para que el hombre, libre del tráfigo de la vida diaria, pueda pararse más fácilmente a hablar con Dios, a evocar su amor y sus beneficios, a encenderse en el deseo y en la esperanza de los bienes eternos, a fortalecer su espíritu con la meditación de la Palabra divina y a, tomar aliento en el camino que conduce a la Patria. Cuando el domingo pierde este sentido religioso no es ya el «día del Señor», sino que con frecuencia se convierte en el día en que el hombre se desahoga a su talante; o bien el reposo festivo se reduce a un grosero formalismo, como sucedió con el sábado hebreo.

Jesús, renovando la ley antigua, afirmó su autoridad sobre el mismo sábado. Saliendo a la defensa de sus discípulos que en día de sábado habían recogido y desgranado unas espigas para templar el hambre, dijo: «El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27). Su función, pues, es ante todo el bien espiritual del hombre, a conseguir mediante una relación más intensa con Dios en los actos de culto, no sólo individuales sino comunitarios; y hasta su bien material, procurándole un justo reposo y permitiéndole dedicarse a obras de caridad en favor del prójimo. Jesús, declarándose «Señor del sábado» (ib 28), lo libra de la grosera interpretación de los fariseos y al mismo tiempo amonesta a los discípulos a usarlo con justa libertad, pero siempre conforme a su enseñanza y ejemplo. El, en efecto, no duda, precisamente en sábado, en curar al hombre «que tenía una mano seca» (Mc 3, 1). Y lo hace a despecho de la actitud malévola de los fariseos, para demostrar que no sólo es lícito hacer el bien en día de

sábado (ib 4), sino que las obras en alivio de los hermanos que sufren deben completar la santificación del día del Señor.

Nosotros te invocamos, Señor Dios... Tú quieres salvar a todos los hombres y llevarlos al conocimiento de la verdad. Todos a una, te ofrecemos alabanzas e himnos de acción de gracias en esta hora, para glorificarte con todo el corazón y en voz alta. Te has dignado llamarnos, instruirnos e invitarnos, y concedernos sabiduría e inteligencia en la verdad para la vida eterna. Nos has redimido con la sangre preciosa e inmaculada de tu Hijo de todo extravío y esclavitud... Estábamos muertos y nos has hecho renacer en alma y cuerpo por el Espíritu. Estábamos sucios y nos has vuelto puros.

Te rogamos, pues, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos confirmes en nuestra vocación, en la adoración y en la fidelidad. Nos consagramos a tus palabras divinas y a tu ley santa, nosotros que hoy queremos acercarnos a ti. Haz luminosa nuestra alma para que pueda conocerte y servirte. Te rogamos nos des la fuerza de realizar los santos propósitos y no te acuerdes de los pecados que hemos cometido y que continuamos cometiendo... Acuérdate, Señor, de que caemos fácilmente; tus hombres son débiles de naturaleza y de medios; nuestros males están ocultos...

Concédenos mirar, buscar y contemplar los bienes del cielo y no los de la tierra. Así por el poder de tu gracia se dará gloria al poder omnipotente, santísimo y digno de toda alabanza, en Cristo Jesús, el Hijo amado, con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén. (Oración del Sábado, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 94).

CICLO C

«Alabad al Señor, todos los pueblos; celebradle, todas las naciones» (Sl 117, 1).

Salomón, después de haber construido el templo de Jerusalén, hizo a Dios esta oración: «También el extranjero que no es de tu pueblo, al que viene de un país lejano a causa de tu nombre..., cuando venga a orar en esta casa, escúchalo tú desde los cielos..., para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre» (1 Re 8, 41-23). Hermosa oración animada de espíritu profético, que ve en Yahvé no sólo al Dios de Israel, sino al Señor de todos los pueblos, al que todo hombre puede dirigirse para obtener gracia.

En el Evangelio hay un episodio que podría ser visto como la realización de esta plegaria. En Cafarnaúm un centurión romano ha oído hablar de los milagros obrados por Jesús y querría pedirle la curación de un siervo muy querido; pero en su condición de pagano no osa acercarse y le envía una embajada por medio de algunos judíos. Estos dicen al Señor: «Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga» (Lc 7, 4-5). Aunque extranjero, el centurión es amigo de los hebreos, admira su religión —y acaso hasta la practica—, tanto que ha hecho

edificar la sinagoga a sus expensas; pero no cree que eso le dé algún derecho para tratar directamente al Maestro; antes cuando Jesús va camino de su casa, le manda decir: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo..., mándalo de palabra, y mi criado quedará sano» (ib 6-7). Su humildad es grande, pero su fe es más grande aún, tanto que Jesús mismo «quedó admirado de él» y dijo: «Ni en Israel he encontrado una fe tan grande» (ib 9). A esa fe responde la realización del milagro a distancia; y así es oído el extranjero que se dirigió al Dios de Israel presente en la persona de Cristo. La bondad del centurión que se preocupa del criado enfermo, su humildad y su fe le han dispuesto a recibir la gracia del Salvador mucho mejor de cuanto lo pudiesen estar tantos pertenecientes al pueblo elegido. Jesús es el Salvador universal. Su salvación es para todos los hombres. No hace distinción entre judíos o paganos, sino que donde encuentra humildad y fe se da aunque sea de lejos, aun cuando no sea bien conocido, como lo hizo con el centurión.

Y por otra parte, para toda la humanidad no hay más que un Salvador, una fe y un Evangelio, y es imposible hallar la salvación en otra parte. Por eso S. Pablo pone en guardia contra los que «quieren transformar el Evangelio de Cristo», y no duda en decir: «Si alguno os anuncia un Evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema» (Gl 1, 7.9). No teme el Apóstol que su intransigencia en la defensa del Evangelio le procure enemigos, y con santa osadía afirma: «Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo» (ib 10).

Salvador eterno, Rey del cielo, tú sólo eres omnipotente y Señor, Dios de todo lo creado, Dios de nuestros Padres santos y sin mancha, que vivieron antes de nosotros, Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, lleno de piedad y de compasión, de bondad y de longanimidad. Todo corazón está patente ante ti y no se te escapa el pensamiento más secreto. Las almas de los justos te invocan y ponen en ti su confianza. Padre de los justos, tú escuchas a los que oran ante ti con rectitud, tú, oyes hasta las llamadas silenciosas; tu providencia penetra hasta las entrañas del hombre, tu conocimiento estimula la voluntad de todos nosotros. De todas las regiones de la tierra sube a ti el incienso de las oraciones y súplicas. (**Oraciones de los primeros cristianos**, 174).

¡Oh Rey mío!, no permitas que, habiéndome llamado para tu fe y para ser hijo tuyo por la gracia, yo venga por mi culpa a perderla y a ser desheredado de tu reino y echado en las tinieblas exteriores, fuera de tu luz y de tu amistad... ¡Oh, si viniesen a tu santa fe muchos... para que tu Iglesia y tu reino celestial se pueblen de muchos justos! Pero no permitas, Señor, que los fieles que están ya dentro de tu Iglesia salgan de ella y sean desechados del reino para el que los llamaste. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, III, 30, 3).

203. LA ORACION UNIVERSAL

«A ti, Señor, levanto mi alma; en ti estoy esperando todo el día» (SI 25, 1. 5).

1.— El cristiano está por vocación llamado a la comunión y diálogo con Dios: comunión y diálogo que son intercambio de vida y amor, efusión del corazón del hombre en el corazón de Dios; oración íntima y silenciosa y voz que se eleva al cielo; deseo y búsqueda de Dios; súplica, suspiro, gemido, canto de alabanza y de acción de gracias, imploración de perdón. Nada más personal, libre o espontáneo que la oración, la cual viene a ser progresivamente la respiración habitual de la vida cristiana, realizándose así el deber básico de «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18, 1). Ya en el Antiguo Testamento tenemos en los salmos ejemplos bellísimos de esa continua elevación del corazón a Dios: «Dios, tú mi Dios, yo te busco... Cuando pienso en ti sobre mi lecho, en ti medito en mis vigias» (SI 63, 2.7). «A la tarde, a la mañana, al mediodía me quejo y gimo: él oirá mi clamor» (SI 55, 18); o bien: «A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, confío en ti» (SI 25, 1-2). Jesús mismo oraba con las expresiones de los salmos que recitaba habitualmente según la costumbre hebrea y de que se sirvió hasta en la cruz, añadiéndoles, con el dulce apelativo de Padre, su impronta personal: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46). Jesús ha inculcado repetidamente la necesidad de la oración continua: «Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones... por las preocupaciones de la vida...; estad en vela, pues, orando en todo tiempo» (Lc 21, 34.36). «¿No hará Dios justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche?» (Lc 18, 7). S. Pablo asimiló en profundidad esta enseñanza y nos la ha transmitido a su vez: Estad «siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6, 18). «Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» (1 Ts 5, 16).

2. — El hombre no debe contentarse con orar sólo en nombre propio; debe orar también en nombre de toda la creación. Pues «ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios» (GS 12), tiene el cometido de asumirla en su oración, para que todo el universo venga a ser un canto de alabanza al Señor. «Obras todas del Señor, bendecid al Señor, cielos, sol y luna, lluvia y rocío, fuego y calor, frío y heladas, noches y días, luz y tinieblas, hielos y nieves, rayos y nubes...; bendecid al Señor» (Dn 3, 57-70).

Lejos de mirar las criaturas con ojos codiciosos, con deseo desenfrenado de gozar egoístamente de ellas, el cristiano «de Dios las recibe y las mira y respeta como si saliesen de las manos del Creador» (GS 37). Entonces todo lo creado se convierte en ayuda preciosa para su oración, porque continuamente le habla de Dios y le invita a dar gracias, bendecir y amar al Dador de tantos bienes. S. Juan de la Cruz dice: «El alma mucho se mueve al amor de su amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas

que por su propia mano fueron hechas» (C 4, 3). El cristiano respeta las criaturas, las usa en la medida querida por Dios, y éstas le corresponden pregonándole su presencia y su bondad infinita. Es la realización plena de lo que afirma S. Pablo: «Lo invisible de Dios... se deja ver... a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad» (Rm 1, 20). Cuanto con más puro corazón y con ojos más iluminados por la fe se vuelve el cristiano a las criaturas, tanto mejor sabe captar su lenguaje mudo y convertirlo en oración haciéndose voz de cada criatura. Así cumple su función sacerdotal respecto a la creación, enderezando toda realidad terrena al culto y a la alabanza de Dios, en una especie de liturgia universal mediante la cual la creación comienza a participar en «la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rm 8, 21).

Haz, Señor, que se eleve a ti mi espíritu, y piense constantemente en mis culpas con dolor y propósito de la enmienda.

Dame, Señor, un corazón tan vigilante, que ningún pensamiento vano pueda distraerlo de ti, un corazón noble que ninguna pasión indigna pueda seducir, un corazón recto que ninguna intención mala pueda contaminar, un corazón firme que no se quiebre por la tribulación, un corazón libre que no se deje vencer por una pasión turbia.

Concédeme, Señor Dios mío, una inteligencia que te conozca, un amor que te busque, una sabiduría que te encuentre, una conversación que te agrade, una perseverancia que te espere confiada, una esperanza que finalmente te abrace. (STO. TOMAS DE AQUINO, **Oraciones**).

Realmente es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte, Padre Santo, porque tú eres el único Dios vivo y verdadero, que existes desde siempre y vives para siempre, luz sobre toda luz.

Porque sólo tú eres bueno y fuente de vida, hiciste todas las cosas para colmarlas de bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria.

Por eso, innumerables ángeles en tu presencia, contemplando la gloria de tu rostro, te sirven siempre y te glorifican sin cesar. Y con ellos también nosotros, llenos de alegría, y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu nombre cantando: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del Universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. (Misal romano, Prefacio - **Oración Euc.**, IV).

204. LA ORACION LITURGICA

«Señor, sea mi oración como incienso en tu presencia» (Sl 141, 2).

1.— La oración, aun la más personal, es siempre comunión con Cristo y con la Iglesia, porque el cristiano es siempre miembro de Cristo y de la Iglesia. Es una comunión íntima e interior que pasa sólo entre el alma y Dios. Pero hay

otra forma de oración en la que esa comunión asume también una dimensión externa, visible y comunitaria; es la oración litúrgica, mediante la cual la Iglesia, unida a Cristo su Cabeza y Esposo, ofrece a Dios el culto integral.

El hombre, en efecto, no es sólo espíritu, sino espíritu encarnado; debe por tanto emplear en la oración no sólo sus facultades espirituales: inteligencia y voluntad, sino también las afectivas: corazón, sensibilidad y hasta la fantasía, los sentidos y el mismo comportamiento externo. Todo el hombre debe orar. Esto se cumple precisamente en la oración litúrgica que no es sólo culto interno, sino también externo, expresado con la oración común, los cánticos, los gestos y las ceremonias. Si el culto interno es esencial, porque sin él el externo sería formalismo e hipocresía, no hay que desestimar este último, que tiene la función de manifestar pública y tangiblemente la devoción interior de los fieles. Esto corresponde no sólo a la naturaleza del hombre, sino también a la de la Iglesia que, siendo una sociedad visible, no puede carecer de un culto social externo. La sagrada liturgia expresa justamente «la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia..., a la vez humana y divina, visible y dotada de, elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación.» (SC 2).

La oración litúrgica está por eso en el vértice de las demás formas de oración, bien porque las compendia todas y empeña todas las facultades del hombre, bien porque expresa no la oración de los fieles particulares, sino la de la comunidad de los fieles, o sea de la Iglesia, en la que Cristo está presente como Cabeza y principal orante.

2. — Desde los comienzos de la Iglesia empezaron los cristianos a reunirse «en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en la oración..., alabando juntos a Dios» (Hc 2, 42.47). Eran las primeras reuniones eclesiales, de las que Cristo, presente en la Eucaristía, era el centro. La sagrada Liturgia, en efecto, apoyada toda en torno al Sacrificio Eucarístico y a los sacramentos, es el culto perfecto que Cristo mismo ofrece al Padre celestial para su gloria y para la salvación de los hombres. «En esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por él tributa culto al Padre Eterno» (SC 7). Participando en la sagrada Liturgia, el fiel participa oficialmente en el culto que el Cristo total, o sea el Cristo unido a su Iglesia y por lo tanto a sus miembros, tributa a Dios. Por eso la oración litúrgica tiene un valor intrínseco y objetivo, que se deriva del valor infinito del sacrificio y de la oración de Cristo; y así es el sostén de la oración privada, pues suple las deficiencias de ésta y la alimenta con la gracia derivada de la presencia y acción vivificadora de Cristo. Cuando se siente la pobreza de la oración personal, es de gran consuelo refugiarse en la oración litúrgica, la gran oración de Cristo y de la Iglesia. Por otra parte también la oración litúrgica, en cuanto que son los fieles los que la hacen, necesita ser acompañada por su oración personal. Porque si es verdad que la oración litúrgica tiene un valor intrínseco, de modo que sigue siendo siempre oración

de Cristo y de la Iglesia, por más que el orante esté distraído, es igualmente verdad que no aprovecha al individuo sino en, medida proporcionada a su fe, a su devoción y a su empeño personal. Por eso oración litúrgica y oración personal no pueden oponerse ni siquiera separarse, sino que han de andar siempre unidas y compenetradas, vivificándose y completándose mutuamente.

Dios mío, ¡qué confusa estaría de mi debilidad e insuficiencia, si para alabarte, reverenciarte y glorificarte, no tuviese a Jesucristo, mi único Bien, que lo hace de modo perfecto! A él le confío mi impotencia y me alegro de que sea él todo y yo no sea nada...

¡Oh Jesús!, en ti lo poseo todo. Tú eres mi Cabeza y yo soy realmente un miembro tuyo. Tú oras, adoras, te humillas, das gracias en mí y por mí, y yo en ti, porque el miembro es uno con la Cabeza. Tu vida tan santa y admirable absorbe la mía, tan vil y mezquina.

Tú eres de modo excelente mi acción de gracias. Tomaré el cáliz de la salud y contigo ofreceré una hostia de alabanza, un sacrificio agradable, digno de Dios, sobreabundante. (B. M. TERESA DE SOUBIRAN).

¡Oh Jesús!, sois Vos a quien yo adoro como centro de la Liturgia; sois quien dais la unidad a esta Liturgia, que puedo definir como culto público y oficial de la Iglesia...

La Pascua israelítica, los sacrificios y holocaustos dieron forma oficial al himno de alabanza a ti debido... Pero Vos solo, Jesús mío, sois el himno perfecto, por ser la verdadera gloria del Padre. No hay quien pueda glorificar dignamente a vuestro Padre, si no es por Vos: «Por él, con él y en él, a ti Dios Padre... todo honor y toda gloria».

Vos sois el lazo de unión entre la liturgia de la tierra y la liturgia del cielo, a la cual asociáis de un modo más directo a vuestros escogidos. Vuestra Encarnación unió de un modo sustancial y viviente la humanidad y la creación toda entera a la liturgia divina. Es un Dios ahora el que alaba a Dios. Alabanza plena y perfecta que tiene su apogeo en el sacrificio del Calvario. (G. B. CHAUTARD, **El alma de todo apostolado**, V, 3, 1).

205. LA SAGRADA LITURGIA

«Dios mío, que pueda yo ofrecerte sacrificios espirituales agradables a ti, por medio de Jesucristo» (1 Pe 2, 5).

1.— La liturgia no es sólo el culto perfecto que la Iglesia, en unión con Cristo su Cabeza, tributa a Dios; pues abarca, expresa y prolonga todo el misterio de Cristo redentor en sus aspectos fundamentales de glorificación del Padre y de salvación de los hombres. Jesús, «único mediador entre Dios y los hombres» (1 Tm 2, 5), único y eterno Sacerdote ha realizado la «obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios... principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección

de entre los muertos y gloriosa ascensión» (SC 5). Esto sucedió de una vez para siempre en un determinado momento histórico; mas para que su obra se prolongue a través de los siglos en beneficio de todos los hombres, Cristo continúa ininterrumpidamente su oficio sacerdotal sea en la gloria del cielo donde «está siempre vivo para interceder a su favor» (He 7, 25), sea aquí en la tierra donde lo ejerce por medio de la Iglesia su Esposa, a la que ha constituido depositaria de su Sacrificio y de sus sacramentos. El Sacrificio y los sacramentos constituyen precisamente el contenido esencial de la sagrada Liturgia, mediante la cual la Iglesia, íntimamente unida a Cristo y por su virtud, al mismo tiempo que continúa dando a Dios el culto perfecto, continúa actuando la salvación de los hombres. Si para tener parte en ese culto perfecto, el cristiano ha de asociarse a la acción y a la plegaria de la Iglesia, para alimentar en sí la vida de la gracia tiene que recurrir a la Liturgia que le ofrece la fuente de ella en los sacramentos. Aun cuando se administren en forma privada, como en el caso de la penitencia, los sacramentos son siempre actos litúrgicos que asocian al fiel al misterio de Cristo y le aplican los frutos de su obra redentora. Por otra parte esta inserción tiene siempre lugar en la Iglesia y por medio de la Iglesia. Vivir la Liturgia significa por tanto vivir el misterio de Cristo en la manera que ha querido él prolongarlo y expresarlo en su Iglesia.

2.— En las diferentes acciones litúrgicas Cristo está siempre presente obrando en su Iglesia y por medio de ella. «Está presente en el sacrificio de la Misa... sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos... Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"» (Mt 18, 20) (SC 7). Aparece así con claridad que la Liturgia no hace más que expresar de modo sensible y actualizar eficazmente las dos inseparables misiones del sacerdocio de Cristo: la gloria del Padre y la redención del mundo. Y en efecto, en el sacrificio eucarístico renueva su inmolación justamente a tal fin. Luego en los sacramentos santifica a los creyentes injertándoles en su misterio pascual de modo que en el bautismo seamos muertos, sepultados y resucitados con él (Rm 6, 4), en la penitencia seamos absueltos y purificados en virtud de su pasión, y en la Eucaristía nos alimentemos de su Cuerpo y de su Sangre entregados para nuestra salvación. Y al regenerarnos y santificarnos en Cristo, los sacramentos nos hacen capaces por eso mismo de participar en el culto perfecto que Cristo tributa a su Padre. «Con razón, pues —dice el Concilio—, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y los miembros, ejerce el culto público íntegro» (SC 7). Por su participación en las acciones litúrgicas, el fiel queda asociado a la doble función del sacerdocio

de Cristo: la glorificación del Padre y la santificación de los hombres. «En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia... no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia» (ib).

Antes de dejar este mundo, instituisteis, divino Salvador, el sacrificio de la nueva Ley para renovar Incesantemente vuestra inmolación. También Instituisteis los sacramentos a fin de comunicar a las almas vuestra vida. Pero dejasteis a vuestra Iglesia el cuidado de acompañar este sacrificio y estos sacramentos con símbolos, ceremonias, exhortaciones, súplicas, etc., a fin de que así pueda ella honrar más y más el misterio de la Redención, facilitar a sus hijos la inteligencia y la ayuda convenientes para aprovecharse bien de él...

Con el amor de Esposa que os profesa y con la solicitud de Madre que vuestro Corazón depositó en ella para con nosotros, la Iglesia viene desempeñando este doble oficio... Unidas a las tuyas, hombre de Dios, esta alabanza y oración de la Iglesia se divinizan, y la Liturgia de la tierra se funde con la de las jerarquías celestiales en tu Corazón, para hacer eco a la eterna alabanza que procede del centro del amor infinito, que es la Santísima Trinidad...

Unirse, aunque de lejos, con la Iglesia, por el pensamiento y la intención, a vuestro sacrificio, ¡oh divino Jesús!, unir la oración a la oración oficial e incesante de vuestra Iglesia, es seguramente una gran cosa. El corazón del simple bautizado vuela así de este modo con mayor seguridad hacia Dios, llevado por vuestras alabanzas, acciones de gracias, reparaciones y súplicas.

Pero ayúdame, ¡oh Señor!, a no echar en olvido que todos los recursos que nos ofrece la santa Liturgia no son otra cosa que medios para... hacer morir al hombre viejo a fin de que Vos, ¡oh Jesús!, podáis vivir y reinar en su lugar... Que la misa, las oraciones y los ritos oficiales me ayuden a acrecentar mi participación en tu vida interior y en tus virtudes, y a ser un verdadero reflejo tuyo a los ojos de los fieles. (G. B. CHAUTARD, **El alma de todo apostolado**, V, 3, 2. 3).

206. SUBIRE AL ALTAR DE DIOS

«Señor, para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero» (SI 119, 105).

1.— La sagrada Liturgia culmina en el Sacrificio Eucarístico, acto supremo del culto en el que se renueva «el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre, una vez por todas, como hostia inmaculada» (LG 28). Por eso la Iglesia se preocupa de rodear la Misa de oraciones, ceremonias e instrucciones que hagan la participación de los fieles verdaderamente «activa y consciente» (SC 14). La primera parte se llama Liturgia de la Palabra, y tiene por fin instruir al pueblo en las verdades de fe, en los misterios de la vida de Cristo y principalmente en el misterio pascual que el santo sacrificio va a hacer vivo y actual en medio de

los fieles. «En la celebración de la Misa... se unen inseparablemente el anuncio de la muerte y resurrección del Señor, la respuesta del pueblo que oye y la oblación misma... (de) Cristo» (PO 56). En la lectura de los trozos bíblicos y especialmente del Evangelio, insertos en la Misa, Cristo está presente por su palabra que es la luz de la vida cristiana y el alimento de la fe. La audición atenta y devota, está seguida casi inmediatamente por la recitación colectiva del Credo como respuesta y adhesión del pueblo a la palabra de Dios. En este clima de fe renovada tiene luego lugar el Misterio Eucarístico por el que Cristo mismo se hace sustancialmente presente bajo las especies de pan y vino. De este modo en la misma mesa del altar se alimentan los fieles de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. «La liturgia de la palabra y la eucarística están tan íntimamente unidas —dice el Concilio—, que constituyen un solo acto de culto» (SC 56).

La primera hace a Cristo presente en su palabra, la segunda lo hace presente en la Eucaristía. Una y otra están orientadas al culto de Dios, el cual es glorificado por la profesión de fe del pueblo y por la oblación de su Hijo divino. Terminada la Misa, la luz recibida de la palabra de Dios será la guía de la vida diaria, como la comunión con el Cuerpo de Cristo será su sostén y fuerza.

2.— Desde el comienzo de la Misa se invita a los fieles a participar en los «sagrados misterios», y para que sean menos indignos se les exhorta a reconocer sus culpas. El sacerdote concluye: «Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna». Esta es la preparación más adecuada a la celebración eucarística que está para comenzar y al mismo tiempo es su don anticipado, «porque cada vez que celebramos este sacrificio se cumple la obra de nuestra redención» (MR El dom. «durante el año»). En toda Misa se aplican a los fieles los frutos de la oblación de Cristo: la remisión de los pecados y el don de la vida eterna que comienza aquí con la vida de la gracia. Pero el sacrificio eucarístico es ante todo «acción de gracias», y por eso el celebrante se apresura a entonar un himno de alabanza y gratitud, que todos los fieles prosiguen: «Gloria a Dios en el cielo». Es significativo que el motivo principal de esta alabanza no son los dones admirables de que el Altísimo nos colma, sino la grandeza misma y la gloria de Dios de que la Iglesia misma se complace: «Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias., por tu inmensa gloria». La glorificación de Dios es el fin primario de la Sta. Misa y se actuará del modo más perfecto cuando, hecha la consagración, puedan los fieles ofrecer al Padre la Eucaristía: a Cristo-Víctima para su gloria.

Después de oír la palabra de Dios en las lecturas de la Misa y por la voz viva del sacerdote, sigue el ofrecimiento de los dones y la presentación de la materia del Sacrificio. Son momentos preciosos de recogimiento muy propicios para asociarse íntimamente a la acción sagrada, en la que todos los fieles están llamados a ejercer el sacerdocio santo «para ofrecer sacrificios

espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (1 Pe 2, 5). Se trata de acompañar la ofrenda del pan y del vino con la de la propia vida: obras, oraciones, sufrimientos, fatigas, sacrificios, propósitos, para que Cristo los una a su oblación y los ofrezca al Padre «como holocausto vivo, santo, agradable» (Rm 12, 1).

¡Oh Espíritu divino!, despoja mi alma de todo afecto terreno, límpiala de toda mancha y enciéndela en santo fervor para que sea digna de tomar parte en el adorable sacrificio que se prepara en el altar. Y para obtener esta gracia, repito con el devotísimo rey David: Crea en mí, ¡oh Dios! un corazón limpio; infunde en mis entrañas un espíritu nuevo. No me quites tu santo Espíritu.

¡Oh Señor!, derrama en mí el Espíritu Santo, para que adquiera disposiciones tan santas que merezca estar perfectamente unida a la víctima adorable que baja del cielo...

En este Sacrificio Eucarístico tú, ¡oh Jesús!, te inmolas como Cabeza nuestra e inmolas a tus fieles como miembros tuyos; yo me abandono totalmente en tus manos para tener la feliz suerte de ser contigo una misma víctima... Pero es necesario que se derrame en mí tu Espíritu de modo que el sacrificio de mí misma que quiero ofrecerte, sea acepto al eterno Padre. (B. ELENA GUERRA, **El fuego que. Jesús trajo a la tierra**).

¡Oh Jesús!, haz que tu sacrificio, el santo Sacrificio del altar, sea fuente y modelo del mío, porque también mi vida debe ser un sacrificio santo. Que sea sacrificio es cierto, porque la vida está toda entramada de mortificación, de separaciones, de sufrimiento... Mas para que mi sacrificio sea «santo» como el tuyo en el Calvario y en la Misa, es preciso que sea vivificado, ofrecido y consumado en el amor. Jesús, concédeme un amor grande que dé valor a mi sacrificio, que lo haga fecundo para la gloria del Padre, para el triunfo de la Iglesia y para el bien de las almas.

¡Oh Jesús!, divino sacerdote, ¿qué te ofreceré como materia de sacrificio y como víctima de amor? Te ofreceré mi corazón, mi voluntad, mi mismo amor para que sea transformado del todo en el tuyo. Pues precisamente en tu santo Sacrificio me das ejemplo de esa perfecta docilidad, uniformidad y abandono. Mira, pues, el ofrecimiento que hago yo también: un ofrecimiento general y total a toda disposición de la divina Providencia y a todo querer divino. (SOR CARMELA DEL ESPIRITO SANTO).

207. LA PLEGARIA EUCARISTICA

«Padre santo, en unión con el Sacrificio de tu Hijo divino, acepta la ofrenda de mí mismo, como holocausto vivo, santo, agradable a ti» (Rm 12, 1).

1.— De la plegaria eucarística expresa en el canon de la Misa se deducen los dos grandes fines del Sto. Sacrificio que se identifican con los del sacerdocio eterno de Cristo: la gloria de Dios y la redención de los hombres.

Inmediatamente antes del canon se invita a los fieles de nuevo a elevar a Dios en el prefacio una solemne acción de gracias. El motivo, el medio y el objeto de esa acción de gracias es único: Cristo alabanza perfecta del Padre, Cristo mediador nuestro, Cristo objeto él mismo de nuestra alabanza: «En verdad es justo... darte gracias... a ti, Señor, Padre santo..., por Cristo nuestro Señor... Bendito el que viene en nombre del Señor» (MR.) Cristo es el centro de la Misa; es el Sacerdote que ofrece al Padre el «sacrificio de alabanza», sacrificio del que es, al, mismo tiempo sacerdote y víctima. Mientras en el Calvario Jesús ofreció solo su sacrificio, aquí lo ofrecen todos los fieles junto con él: «ellos mismos te ofrecen este sacrificio de alabanza» (Pleg. Euc. I). Se invita al pueblo no sólo a presentar al Padre la oblación de Cristo, sino a unir a ella la propia, para que, «recibida la ofrenda de la víctima espiritual», haga de ellos «una ofrenda eterna» (SC 12). En seguida de la consagración se renueva la ofrenda: «Por eso, Señor, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo..., te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo» (Pleg. Euc. I). No se trata más de la ofrenda del pan y del vino, sino del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, presente ya en el altar, memorial de la muerte del Señor por la separación de las especies, y de la resurrección por su presencia viva y vivificadora. Cristo es el don supremo que Dios ha hecho a los hombres — «tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único»— (Jn 3, 16); y en la Sta. Misa los hombres se lo presentan como acto supremo de culto, porque sólo en el Hijo se complace el Padre. «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos».

2. — La oblación eucarística sube a Dios como sacrificio de alabanza y baja a la tierra como don para la redención de los hombres. También este segundo aspecto se pone repetidamente en evidencia en la plegaria del canon. Antes de la consagración ora el sacerdote: «Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos..., líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos». Como en la cruz, también en el altar se ofrece el Sacrificio de Cristo al Padre para nuestra salvación. Más adelante, invocando sobre el pan y el vino el poder de la bendición divina que va a realizar el milagro eucarístico, dice el celebrante: «Acepta, ¡oh Padre!, esta ofrenda haciéndola espiritual, para que sea Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo». El pan y el vino se van a transformar en Cuerpo y Sangre de Cristo en favor nuestro, para nosotros; lo necesitamos como sacrificio expiatorio de nuestros pecados y como sacramento que nutre nuestra vida sobrenatural. Sin Eucaristía no podemos vivir: ella es la «fuente y cumbre de toda la vida cristiana», por ella «la Iglesia vive y crece continuamente» (LG 11.26). Esta idea culmina en la consagración con las palabras del Señor: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo... Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de

los pecados». Es Cristo mismo quien declara la intención redentora de su sacrificio e invita a los fieles a participar en él con la comunión eucarística. Comunión tan íntimamente unida al sacrificio que constituye de nuestra parte su consumación. Recibiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor, completamos el memorial de su muerte y al mismo tiempo el de su resurrección, porque la Eucaristía nos hace partícipes de la vida gloriosa de Cristo nuestra Cabeza. Pero esta comunión admirable con el misterio pascual de Cristo no debe agotarse en la Misa, sino que ha de prolongarse espiritualmente en la vida diaria por el ofrecimiento de las tribulaciones como participación en la muerte del Señor, y con una intensa vida de gracia como participación en su resurrección.

Es nuestro deber y salvación darte gracias, Padre santo, siempre y en todo lugar, por Jesucristo tu Hijo amado. Por él, que es tu Palabra, hiciste todas las cosas; tú nos lo enviaste para que, hecho hombre fuera nuestro Salvador y Redentor.

Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo. Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que, fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.

Que él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos... Te pedimos, Señor, que esta víctima de reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero. Confirma en la fe y en la caridad a tu Iglesia, peregrina en la tierra. (MISAL ROMANO, **Plegaria Eucarística II y III**).

¿Qué podré yo dar al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud.

Sí, Dios mío, quiero tomar en mis manos ese cáliz enrojecido con la sangre de mi Maestro y, dándole gracias, mezclar, llena de gozo, mi propia sangre con la sangre de la Víctima sagrada. Así mi sangre adquiere un mérito infinito y puedo tributar al Padre una grandiosa alabanza. Mi sufrimiento es, entonces, un mensaje que transmite la gloria del Eterno.

Oh Jesús, ayúdame a identificarme tan perfectamente contigo, que llegue a reproducirte continuamente a los ojos del Padre. Al entrar en el mundo, dijiste: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad». Esta oración debiera ser como el latido de mi corazón. Cumplir la voluntad divina debe ser también mi alimento y, al mismo tiempo, la espada de mi inmolación. Así, tranquila y alegre, marcharé en tu compañía, Maestro adorado, al encuentro de cualquier sacrificio, congratulándome de haber sido reconocida por el Padre, pues me crucifica juntamente con su Hijo. (Cf. ISABEL DE LA TRINIDAD, 2 **Retiro**, 7. 14).

208. LA ALABANZA PERENNE

«¡Alaba, alma mía, al Señor! Te alabaré, oh Señor, mientras viva; tañeré para ti mientras exista» (Sl 146, 1-2).

1.— La Sta. Misa, acto supremo del culto, no es un acto aislado. La Iglesia, siguiendo el precepto evangélico «orar siempre, sin cansarse nunca» (Lc 18, 1), ha querido desde el comienzo de su existencia acompañarla con la recitación de himnos y salmos para prolongar en las diversas horas del día y aun de la noche la plegaria de alabanza, de acción de gracias y de intercesión. Ya S. Pablo escribía a los efesios: «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor» (Ef 5, 19). Y así se fue instituyendo a través de los siglos la forma de oración, llamada Oficio, divino, justamente porque cumple en nombre de la Iglesia el oficio de la alabanza perenne al Altísimo. La tradición católica, y con ella el Concilio Vaticano II, considera esta oración como la prolongación del himno de alabanza que Cristo mismo inició en la tierra con su Encarnación, y al que ha querido asociar a toda la humanidad. «Cristo Jesús —dice el Concilio—, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno de alabanza. Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también... recitando el Oficio divino» (SC 83). Esto explica la dignidad especial de esta plegaria, la cual «es en verdad la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún, es la voz de Cristo con su Cuerpo al Padre» (SC 84).

Cuando sacerdotes, religiosos o grupos de fieles recitan el Oficio divino, tienen el pleno derecho de pensar que su débil voz se eleva a Dios sostenida por la voz omnipotente de Cristo: «Jesús ora por nosotros como nuestro sacerdote —dice S. Agustín—; ora en nosotros como nuestra cabeza... Reconozcamos, pues, nuestras voces en él y su voz en nosotros» (*In Ps 85*, 1).

2.— El Oficio divino —o Liturgia de las Horas— se compone en su mayor parte de textos sacados de la Sagrada Escritura y por tanto inspirados por el Espíritu Santo. A través de ellos y en especial de los salmos «el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8, 26), mientras en las lecturas bíblicas nos instruye con la Palabra de Dios. Por eso el Oficio divino, como dice el Concilio, «es fuente de piedad y alimento de la oración personal» (SC 90); mas para que o sea efectivamente es preciso que, «al recitarlo, la mente concuerde con la voz» (ib). En el pensamiento de la Iglesia, el Oficio divino debe ser una auténtica alabanza de Dios no sólo por su valor intrínseco sino también por el empeño del que lo recita, de modo que su oración personifique y represente el fervor, el amor y la devoción con que la Iglesia misma quiere alabar a su Señor. En efecto, recitando el Oficio divino, se cumple «la obligación de la Iglesia» (SC 85), la cual expresa su oración con el corazón y los labios de SUE hijos. La celebración de la Liturgia de las Horas ha de estar vivificada y sostenida por este sentido eclesial que

enfervoriza el espíritu y lo lanza más allá de los estrechos límites personales, para abarcar con su plegaria las intenciones y necesidades de toda la Iglesia y aun de toda la humanidad, alabando, agradeciendo e implorando por todos los hombres. Sólo así alcanza el Oficio divino su fin de consagrar el curso entero del día y de la noche» (SC 84) por medio de la alabanza de Dios, se convierte en verdadera Liturgia de las Horas y al mismo tiempo en eficaz medio de santificación, o sea de progreso espiritual y de unión con Dios, para quien lo celebra. La palabra de Dios de la que todo él está entretejido, vendrá a ser el alma de la oración personal, y eso no sólo durante el tiempo del rezo; pues muchas veces un verso de los salmos u otra frase de la Escritura, captados durante la recitación devota, servirán de punto de partida para la elevación del corazón a Dios durante el día y acaso como alimento de la vida interior durante todo un período.

Oh Señor, tus oídos no están atentos a la boca sino al corazón; no están abiertos a la lengua, sino a la vida del que te alaba (**In Ps 146, 3**).

Haz que yo no cese de vivir bien, para poder alabarte sin interrupción... Si alguna vez mi lengua tiene que callar, que grite mi vida; y tus oídos estarán atentos a mi corazón. Como los oídos de los hombres están atentos a mi voz, así los tuyos a mi corazón... No quiero quedarme sólo en la voz: cuando te alabo, quiero alabarte con todo mi ser; cante mi voz, cante mi vida, canten mis acciones. Y si todavía aquí tengo que gemir, que sufrir tribulaciones, que ser tentado, espero que todo pasará y llegará el día en que mi alabanza no se acabará (**In Ps 148, 2**).

Mejor es para mí consumir las fuerzas alabándote a ti, que cobrar vigor alabándome a mí. Pero no es posible desfallecer alabándote. Alabarte es como tomar alimento: cuanta más te alabo más vigor cobro, porque tanto más me comunicas tu dulzura tú que eres el objeto de mi alabanza (**In Ps 145, 4; 99, 17**).

Ayúdame, pues, a alabarte con la voz, con la mente y con las buenas obras; de modo que, como me exhortas en tus Escrituras, pueda cantarte el cántico nuevo... Al hombre viejo, cántico viejo; al hombre nuevo, cántico nuevo... Si amo las cosas terrenas, mi cántico es viejo; para cantar el cántico nuevo, tengo que amar las cosas eternas. Tu amor es de por sí nuevo y eterno; es siempre nuevo porque no envejece nunca... Es el pecado lo que me ha hecho envejecer; renuévame tú con la gracia (**In Ps 149, 1. S. AGUSTIN**).

209. DOMINGO X «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Al hombre recto le muestras tu salvación, Señor» (**Sl 50, 23**).

Israel, siempre indeciso entre Yahvé y los ídolos, sacudido por los justos castigos de Dios, pide perdón. Pero Dios que conoce la ligereza de su pueblo y ve que sus actos de culto no van acompañados de conversión, hace decir al profeta: «Yo quiero amor, no sacrificio» (**Os 6, 6**). Dios no desprecia las

ceremonias del culto, pero no le son gratas si no expresan la piedad interior por la que el hombre se vuelve a Dios con amor sincero y al prójimo con corazón bueno, pronto a socorrer cualquier miseria material o espiritual.

Jesús con su conducta y sus palabras comenta maravillosamente la frase de Oseas. Un día pasando delante del banco de la aduana donde Mateo está sentado, lo llama: «"Sígueme". El se levantó y le siguió» (Mt 9, 9). La rapidez de la narración expresa muy bien lo imprevisto de la llamada y lo súbito de la respuesta. Esto es tanto más de admirar cuanto que Mateo pertenece a la clase de los publicanos —recaudadores de impuestos públicos— tenidos por pecadores a causa de sus logros injustos, y por eso odiados y esquivados del pueblo. Sin embargo Jesús elige entre ellos un apóstol, cuya pronta adhesión está demostrando que el Salvador ha sido comprendido por esta gente despreciada y enseña a la gente «de bien» con qué resolución hay que cortar con la «vida vieja» para ponerse en seguimiento de Cristo. Mateo, emocionado por el gesto del Señor, da en honor suyo «un gran banquete en su casa; y había un gran número de publicanos y de otros» (Lc 5, 29). Jesús y sus discípulos se sientan a la mesa en medio de aquellos hombres, y al punto se oye la crítica amarga de los fariseos: «¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos y pecadores?». La pregunta va dirigida a los discípulos, pero Jesús interviene directamente: «Id a aprender lo que significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio» (Mt 9, 13).. A los fariseos que se tenían por perfectamente versados en la Escritura, les manda a estudiar el texto sagrado para entender el sentido de esa frase de Oseas. Y para encaminarlos a una interpretación justa, añade Jesús: «no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (ib). Dios no cambia. Lo que había hecho decir a Israel por boca del profeta lo repite ahora por boca de su Hijo venido para manifestar su misericordia infinita y para enseñar a los hombres que la piedad con Dios es sincera sólo cuando va acompañada de piedad y bondad para con el prójimo. Jesús, al escoger un apóstol entre los alcaballeros, demuestra que Dios puede llamar a quien quiere y que su llamada puede transformar en un momento al hombre que se abre a la gracia; y sentándose a la mesa con los pecadores, enseña que nadie debe desesperar de la salvación: todos pueden confiar en el que ha venido a buscar no a los sanos sino a los enfermos, no a los justos sino a los pecadores precisamente porque es médico y salvador.

Tú, oh Cristo, no recompones el hombre viejo, sino que creas uno nuevo... Y éste, siendo una criatura nueva, te ofrece un banquete para que te solaces con él, y para que merezca él tener su porción de felicidad contigo. El te sigue al punto lleno de alegría y entusiasmo, diciéndote: Ya no soy el publicano...; me he despojado de Leví para revestirme de ti.

También yo como él quiero dejar mi antigua vida y no seguir a otro más que a ti, Señor Jesús, que curas mis heridas. ¿Quién podrá separarme del amor de Dios que se manifiesta en ti?... Estoy atado a la fe, como clavado en ella; estoy sujeto por los santos vínculos del amor. Todos tus mandamientos serán como

un cauterio que tendré siempre adherido a mi cuerpo...; la medicina escuece, pero aleja la infección de la llaga. Corta, pues, Señor Jesús, la podredumbre de mis pecados, mientras me tienes unido con los vínculos del amor; corta cuanto está infectado. Ven pronto a sajar las pasiones escondidas, secretas y multiformes; saja la herida no sea que el humor malsano se propague a todo el cuerpo...

He hallado un médico que habita en el cielo, pero que distribuye sus medicinas en la tierra. Sólo él puede curar mis heridas, porque no las padece él; sólo él puede quitar al corazón su pena y al alma su temor, porque conoce las cosas más secretas. (S. AMBROSIO, **Com. al Ev. de S. Lc**, V, 27).

CICLO B

«En ti, Señor, está el amor; junto a ti, abundancia de redención»
(SI 130, 7).

La Liturgia abre, hoy la primera página de la salvación. El hombre y la mujer, culpables de haber transgredido el precepto divino, son interrogados por Dios. Adán echa la culpa a Eva, y Eva a la serpiente. La cadena del pecado se prolonga y a través de los progenitores estrechará en sus lazos a toda la especie humana. Pero Dios tiene piedad de sus criaturas y mientras condena a la serpiente de modo absoluto, deja vislumbrar la salvación de los hombres: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza» (Gn 3, 15). Desde ese momento Satanás ha sido el eterno enemigo del hombre, empeñándose en hacerlo morir en el pecado. «Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (Jn 12, 31), que lo retenía en la esclavitud del pecado» (GS 13). Jesús, linaje de la Mujer, hijo de María, ha venido a acabar con el poder de Satanás.

«Y recorría toda Galilea —dice el Evangelio— expulsando los demonios» (Mc 1, 39). El hecho suscitaba tanto entusiasmo entre el pueblo que los escribas —incrédulos y malvados—, no pudiendo negar la evidencia y no queriendo reconocer en Jesús al Mesías, atribuyen su poder al influjo de Belcebú. El Maestro reacciona: «Si Satanás se ha alzado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir» (Mc 3, 26). De hecho Satanás está en quiebra, pero por causa bien distinta: porque ha venido uno más fuerte que él, el Hijo de Dios, que tiene poder para atarlo por virtud del Espíritu Santo operante en él. La discusión se concluye con palabras tremendas: «Todos los pecados se les perdonarán a los hijos de los hombres. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón nunca» (ib 28-29). Pecado contra el Espíritu Santo es atribuir a Satanás lo que es obra del Espíritu de Dios, y pues este pecado —como en el caso de los fariseos— nace del orgullo que niega y rechaza a Dios, el hombre que lo comete se excluye voluntariamente de la salvación. Dios no salva al que no quiere ser salvado.

Este episodio de tintas fuertes está seguido en Marcos de otro que abre el corazón a la esperanza. Su madre y algunos otros parientes habían venido a buscarlo; y Jesús responde: «Quién cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (ib 35). Todos los que siguiendo su ejemplo abrazan la voluntad del Padre y la cumplen, quedan unidos a él con vínculos tan íntimos que son comparables a los más estrechos lazos familiares. Y de esta unión a Cristo en la única voluntad del Padre, se sacan las fuerzas para vencer a Satanás. Como Cristo por su obediencia hasta la muerte de cruz ha reparado la desobediencia de Adán y ha vencido a Satanás, así el cristiano lo vencerá asociándose a la obediencia del Salvador, pero no sin pasar como él por el camino de la cruz. En el esfuerzo de la lucha no se asusta porque se apoya en Cristo vencedor y sabe que por sus méritos «la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna» (2 Cr 4, 17).

¡Salvador y Señor de todos los hombres, autor de toda liberación y de todo rescate, esperanza de los que se encuentran bajo tu mano poderosa! Tú has abolido el pecado; por medio de tu Hijo único, has destruido las obras de Satanás, has desvanecido sus artificios, has librado a los que él tenía encadenados.

Toda empresa diabólica, Señor, todo poder de Satanás, toda asechanza del adversario, toda plaga, todo suplicio, toda pena, golpe, choque, sombra maléfica tema tu nombre que invocamos y el nombre de tu Hijo único; aléjense del alma y del cuerpo de tus siervos, para que sea santificado el nombre del que por nosotros fue crucificado,—resucitado y que tomó sobre sí nuestros males y enfermedades, Jesucristo, que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. (**Oraciones de los primeros cristianos**, 181; 207).

Bendito eres, Señor; enséñame tus mandamientos. Señor, has sido nuestro refugio de generación en generación. Dije: Señor, ten piedad de mí, sana mi alma porque he pecado. Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios, porque en ti está la fuente de la vida; en tu luz veremos la luz. Conserva tu misericordia a los que te confiesan. (**Oraciones de los primeros cristianos**, 225).

CICLO C

«Señor, Dios mío, clamé a ti y me sanaste» (Sl 30, 3).

En Jesús se comprueban todas las señales mesiánicas contenidas en los profetas: «Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo, como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo» (Is 35, 5-6). Jesús mismo manda decir al Bautista como testimonio de su mesianidad: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan» (Lc 7, 22). Es lo que sucedía a su paso; ni la muerte se resistía.

En las afueras de Naim encuentra Jesús una comitiva fúnebre; una pobre viuda llora a su hijo único muerto. «Al verla el Señor, le dio lástima, y le dijo: “No llores”» (ib 13). Tal vez aquella mujer llorosa le recordaba otra, su Madre, que un día le vería morir en la cruz, pero luego le contemplaría resucitado. También a ella quiere devolverle el hijo. No espera que se lo rueguen, no exige un acto de fe —como casi siempre, antes de hacer un milagro—, sino movido de su sola compasión dice: «Muchacho, a ti te lo digo, levántate» (ib 14). Como a la madre le ha dicho que no llore, al hijo muerto le manda que se levante. Sólo quien es señor de la vida y de la muerte puede hablar así y con palabras que hacen lo que expresan. «El muerto se incorporó y Jesús se lo entregó a su madre» (ib 15).

También el Antiguo Testamento registra la resurrección de un niño —hijo de la viuda de Sarepta— por obra de Elías. Pero ¡qué diferencia! El profeta dirigió primero a Dios una súplica, luego se tendió tres veces sobre el cadáver del niño diciendo: «Señor, Dios mío, que vuelva, por favor, el alma de este niño a él» (1 Re 17, 21). Jesús en cambio no necesita interponer gestos ni súplicas, sino con autoridad de quien obra por virtud propia, da una orden sencilla: ¡Levántate!

Dice S. Agustín comentando este hecho: «Hallamos en el Evangelio tres muertos resucitados visiblemente por el Señor, pero él ha resucitado miles de muertos invisibles» (Serm 98, 3). El era uno de ellos, resucitado por la gracia de Cristo de la muerte tremenda del pecado. Y con él otros innumerables. Precisamente hoy recuerda la segunda lectura la conversión de Pablo. El mismo habla de ella a los Gálatas con franqueza extrema: «Habéis oído hablar de mi conducta pasada...: con qué saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba» (4, 13). Pero cuando la gracia lo derribó en Damasco, «en seguida, sin consultar con hombres» (ib 16), cambió ruta y se consagró enteramente al Evangelio de Cristo. Estos son los milagros que no cesa el Señor de hacer resucitando a nueva vida a tantas criaturas dominadas por el pecado. Pero es preciso que alguien llore y sufra para obtener esas resurrecciones. «Llore por ti —dice S. Ambrosio dirigiéndose al pecador— la madre Iglesia, la cual interviene por cada uno de sus hijos como interviene la madre viuda por su hijo único... Y un pueblo numerosísimo [el pueblo de los creyentes] participe en el dolor de la buena madre» (Coment. al Ev. de S. Lc. V, 92).

Yo te ensalzo, Señor porque me has levantado; no dejaste reírse de mí a mis enemigos. Señor Dios mío, clamé a ti y Me sanaste. Oh Señor, tú has librado mi alma del Infierno, me has recobrado de entre los que bajan a la fosa...

A ti clamo, Señor, a mi Dios piedad imploro. ¿Qué ganancia en mi sangre, en que baje a la fosa? ¿Puede alabarte el polvo, anunciar tu verdad?...

Has trocado mi lamento en una danza, me has quitado el saco y me has ceñido de alegría; mi corazón por eso te salmodiará sin tregua. Señor, Dios mío, te alabaré por siempre. (**Salmo**, 30, 2-4, 9-13).

¡De qué amargura tan grande me has librado con frecuencia, oh buen Jesús, viniendo a mí! ¡Cuántas veces después de afanosos llantos, después de inenarrables gemidos y sollozos has sanado mi conciencia llagada, con la unción de tu misericordia y la has bañado en el óleo de la alegría! ¡Cuántas veces la oración, que al principio me vio casi desesperado, me despidió exultante y audazmente seguro del perdón! Los que están atribulados del mismo modo, éstos saben que el Señor Jesús es verdaderamente el médico que sana a los contritos de corazón... Los que no tienen experiencia de ella, créanle a él mismo que dice: El Espíritu del Señor me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los mansos y a sanar a los contritos de corazón. Si dudan aún, acérquense con seguridad, experimentenlo, y así aprendan en sí mismos lo que quiere decir: Misericordia quiero y no sacrificio. (S. BERNARDO, *In Cantica Cant*, 32, 3).

210. LA PRESENCIA REAL

«Adórote devotamente, divinidad oculta, que bajo estas formas escondida estás» (Adoro te devote).

1.— «Y el Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14); la encarnación del Verbo, el inefable misterio del amor misericordioso de Dios que ha amado al hombre hasta hacerse carne por su salvación, se continúa y amplifica a través de los siglos, y así será hasta el fin del mundo, por medio de la Eucaristía. Dios no se contentó con dar a los hombres de una vez para siempre a su Unigénito encarnado en el seno de una Virgen para que pudiese sufrir y morir por ellos en la cruz, sino que ha querido perpetuar en la Eucaristía su sacrificio y su presencia.

En realidad son varios los modos como Cristo está presente en su Iglesia. El Vaticano II enseña que Cristo está presente «de modo especial en las acciones litúrgicas, en la administración de los sacramentos, en la predicación y, en fin, «cuando la Iglesia ora» (SC 7). En todos estos casos se trata de una presencia espiritual, pero real, efectiva y actuante. Sin embargo la presencia eucarística es superior porque en la Eucaristía Cristo está presente no sólo de un modo espiritual, sino también de modo corporal. «Pues en este sacramento, de un modo singular, está presente el Cristo total y entero, Dios y hombre, sustancial e ininterrumpidamente. Esa presencia de Cristo bajo las especies se llama real, no por exclusión, como si las otras no lo fuesen, sino por antonomasia» (*Euch. Myster.* 9). En la Eucaristía está aquel Jesús que María dio a luz, que los pastores encontraron recostado en un pesebre; que María y José vieron crecer bajo su mirada; aquel Jesús que fascinaba e instruía a las turbas, que hacía portentos, que se declaró «luz» y «vida» del mundo, que para salvar a los hombres murió en la cruz; aquel Jesús que se apareció resucitado a los apóstoles y en cuyas llagas Tomás metió el dedo, que subió al cielo, que ahora se sienta glorioso a la derecha del Padre y que, junto con el Padre, envía a los creyentes el Espíritu Santo. ¡Oh Jesús, tú

estás siempre con nosotros! ¡Siempre el mismo «ayer, hoy y para siempre»! (He 13, 8). Siempre el mismo eternamente por la inmutabilidad de tu Persona divina; siempre el mismo en el tiempo por el Sacramento eucarístico.

2. — Jesús está presente en la Eucaristía con toda su divinidad y con toda su humanidad. También la humanidad, aunque a modo de sustancia y no extensivamente, está toda entera en la Hostia consagrada, en cuerpo y alma, y esta última con sus facultades, inteligencia y voluntad. Por eso Jesús en la Eucaristía conoce y ama como Dios y como hombre; no es un objeto pasivo de la adoración de los fieles, sino que está vivo: ve, escucha, responde a sus oraciones con gracias, de modo que pueden tener con el dulce Maestro de que habla el Evangelio relaciones vivas, concretas y, aunque no sensibles, sí semejantes a las que tenían con él sus contemporáneos. Es cierto que en la Eucaristía no sólo está velada la divinidad sino también la humanidad, pero la, fe suple ventajosamente a los sentidos, suple lo que no se ve ni se toca: «a persuadir un corazón sincero —canta Sto. Tomás— sola la fe basta» (Pangelingua). Lo mismo que un día Jesús, escondido bajo la figura de un peregrino, instruía y enfervorizaba el corazón de los discípulos de Emaús, así hoy, escondido bajo los velos eucarísticos, ilumina a los fieles que recurren a él, los inflama con su amor y los inclina eficazmente al bien.

El Hijo de Dios encarnado por los hombres, se hace presente en la Eucaristía para ser compañero de su peregrinar terreno, para ser viático de su camino. Ciertamente que Dios, espíritu purísimo, está presente en todo lugar, se digna habitar, como uno y trino, en el alma vivificada por la gracia; con todo, el hombre tiene siempre necesidad de encontrarse con Jesús, el Verbo hecho carne, el Dios hecho hombre, el único mediador que puede conducirlo a la Trinidad. Por eso la Iglesia exhorta a los fieles a buscar y venerar en la Eucaristía «la presencia del Hijo de Dios, salvador nuestro, ofrecido por nosotros en el ara del sacrificio y a responder «con agradecimiento al don de Aquel mismo que, por medio de su humanidad, infunde sin cesar la vida divina en los miembros de su Cuerpo» (PO 5).

¡Oh Jesús! Ya que estás siempre con nosotros en la Eucaristía, haz que nosotros estemos siempre contigo, que te hagamos compañía al pie del tabernáculo, que no perdamos por nuestra culpa uno solo de los momentos que pasamos delante de ti... Tú, nuestro Amado, nuestro todo, estás ahí; nos invitas a acompañarte, ¿y no deberíamos acudir a toda prisa? ¿O íremos a pasar en otra parte uno solo de los instantes que nos permites pasar a tus pies?...

En la sagrada Eucaristía estás todo entero, perfectamente vivo, oh mi Amado Jesús; tan plenamente como lo estabas en la casa de la santa Familia de Nazareth, en la casa de Magdalena en Betania, como lo estabas en medio de tus Apóstoles... Del mismo modo estás aquí, ¡oh mi Amado y mi todo! ¡Oh! Haz que no nos distraigamos nunca de la presencia de la sagrada Eucaristía durante uno solo de los momentos que nos permites estar contigo. (C, DE FOUCAULD, **Veremos a Dios**, Obr. esp.).

¡Oh Señor mío! Mas si no encubrierais vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? ¡Bendito seáis, Señor! Alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.

¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas y, sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una Majestad tan grande disimulada en cosa tan poco como es la Hostia, es así que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo ni esfuerzo para llegarme a él; si él, que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me te diese, ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 38, 19. 21).

211. MISTERIO DE FE

«Señor, tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos» (Jn 6, 68-69).

1.— En el canon de la Misa se llama a la Eucaristía «Misterio de fe», pues, en efecto, sólo la fe puede hacer reconocer a Dios presente bajo las sagradas especies. Aquí los sentidos no sirven para nada, antes la vista, el tacto, el gusto inducen a engaño, al no advertir más que un poco de pan y de vino. Pero es la palabra del Hijo de Dios, la palabra de Cristo la que ha declarado: «Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre», y bajo esta palabra el cristiano cree seguro: «Creo todo lo que dijo el Hijo de Dios; nada más verdadero que esta Palabra de verdad» (Adoro te devoto). «Por lo tanto —enseña Pablo VI— nuestro Salvador está presente en su humanidad no sólo a la derecha del Padre, según su modo de existir natural, sino también en el sacramento de la Eucaristía según un modo de existir que, si es inexpresable para nosotros en palabras, sin embargo con la mente ilustrada por la fe, podemos entender y debemos firmísimamente creer que es posible para Dios» (*Mysterium fidei*, 23).

Muchos creen en la eucaristía y no tienen dudas que oponer, pero su fe es lánguida. La costumbre debilita las impresiones y así acaece que hasta las cosas más santas dejan indiferentes a los que las consideran de modo superficial. Aun frecuentando la iglesia y habitando tal vez bajo el mismo techo que Jesús sacramentado, no es difícil permanecer un tanto fríos e insensibles. Se cree en la presencia real de Jesús, pero no advierte la grandeza de esta inefable realidad; falta la fe viva y concreta que tenían los santos, los cuales caían en adoración delante del Sacramento. A juzgar por la actitud de la mayoría de los cristianos delante de la Eucaristía, se debería decir que son «hombres de poca fe» (Mt 8, 26). Tal vez todos merecemos un tanto ese reproche de Jesús. Hay que pedir una fe más viva; hay que repetir con

humildad y confianza la hermosa oración de los Apóstoles: «Auméntanos la fe» (Lc 17, 5).

2. — Cuando anunció Jesús la Eucaristía, «muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él» (Jn 6, 66). Pedro, en cambio, en nombre de los Apóstoles dio este hermoso testimonio de fe: «Señor..., tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (ib 68-69). La fe en la Eucaristía es la piedra de toque de los verdaderos seguidores de Jesús y cuanto más intensa es, tanto más íntima y profunda amistad con Cristo revela. Quien, como Pedro, cree firmemente en él, cree y acepta todas sus palabras y todos sus misterios: desde la Encarnación hasta la Eucaristía. La fe es ante todo un don de Dios. Precisamente en el discurso en que Cristo prometió la Eucaristía afirma este principio, declarando a los judíos incrédulos que nadie puede ir a él y por lo tanto creer en él, «si el Padre... no le atrae» (ib 44). Para tener una fe viva y profunda en la Eucaristía —como en cualquier otro misterio— se precisa esta «atracción» interior que sólo de Dios puede venir, pero a la que ha de disponerse cada uno, solicitando esa gracia con la oración. «¿No has sido atraído aún? —dice S. Agustín— Ruega a Dios que te atraiga» (In Jo 26, 2). Y al mismo tiempo que ruega al Señor le atraiga cada vez más, el cristiano no descuida ejercitarse en la fe. Pues como esta virtud infundida por Dios mediante el bautismo es, al mismo tiempo: una adhesión voluntaria del entendimiento a las verdades reveladas, está en el hombre querer creer y empeñar en ese acto toda la fuerza de su voluntad.

La fe en la Eucaristía debe llevar ante todo a un celo grande por la Misa, centro vital de la misma Eucaristía, y por lo tanto a la participación frecuente, fervorosa y activa en el santo Sacrificio, pero debe extenderse también al culto del «Sacramento eucarístico fuera de la celebración... Ya que —como enseña Pablo VI— no sólo durante el ofrecimiento del Sacrificio, sino también después, mientras se conserva la Eucaristía en las iglesias..., Cristo es verdaderamente el Emmanuel, o sea "el Dios con nosotros". Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad» (*Mysterium fidei* 31.35).

¡Oh sacramento de amor! ¡Oh cáliz de suma benignidad! ¡Qué don éste, Señor, el de recibir en el seno la caridad misma y ser transformado en ella por gracia! No preocupa ya verte visible, porque la mirada de la fe, más cierta y segura que cualquier sentido o entendimiento, me consuela lo bastante, y mientras te poseo con certeza en mi alma, nada me falta y nada tengo que desear.

Muy estimulado me siento a alabar con admiración y a ensalzar la altura de tu sabiduría y la riqueza y el tesoro de tu ciencia... ¡Oh consejo profundo, oh inmenso amor, oh alimento purísimo, oh Sacramento adorable e inefable! Pero si tú, Señor, eres tan grande, admirable e incomprensible en tus dones y en tus efusiones de gracia y de amor, ¿qué serás en ti mismo? (B. ENRIQUE SUSO, **Diálogo de amor**, 24).

Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo y por más contentaros a Vos (que mandasteis nos amase), sea tenido en tan poco como hoy día tienen... el Santísimo Sacramento? ¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! Mas todo lo hizo cumplido... ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar lo ha de pagar este amantísimo Cordero? ¡No lo permitáis, Emperador mío! ¡Apláquese vuestra Majestad!...

¡Oh, mi Dios! ¡Quién pudiera importunaros mucho...! Señor..., por ventura soy yo la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males. Pues ¿qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este Pan sacratísimo, y aunque nos le disteis tornárosle a dar y suplicaros, por los méritos de vuestro Hijo, me hagáis esta merced, pues por tantas partes lo tenéis merecido? Ya, Señor, ya ¡haced que se sosiegue este mar!; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 3, 8; 35, 5).

212. MISTERIO DE ESPERANZA

«Que tenga yo hambre de ti, Pan vivo, bajado del cielo» (Jn 6, 51).

1.—Jesús ha dicho: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo» (Jn 6, 51). Este discurso no agradó a los judíos, que se pusieron a discutir, cuestionando las palabras del Maestro; pero él les replicó con más energía: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (ib 53). Las palabras son perentorias y no admiten duda alguna: el que quiera vivir tiene que comer el Pan de vida. El cristiano fue injertado en Cristo por medio del bautismo, recibiendo en él y por él la vida de la gracia; pero esa vida tiene que ser alimentada, y su inserción en Cristo ha de hacerse más profunda. «Los fieles —enseña el Vaticano sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan plenamente en el Cuerpo de Cristo por la recepción de la Eucaristía» (PO 5); ella perfecciona la obra de los otros sacramentos y alimenta de modo singular la vida de la gracia. Pues en este sacramento se verifica «el hecho extraordinario y único de la presencia del Autor mismo de la santidad» (*Euch. Myster.* 4), Cristo Señor, hecho comida, pan del hombre. «Madres hay muchas veces —dice S. Juan Crisóstomo— que, después de los dolores del parto, dan a criar sus hijos a otras nodrizas. No consintió eso el. Señor, sino que él mismo nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios, nos une estrechamente consigo» (In Mt 82, 5). Y si la Eucaristía es el sacramento que incorpora el hombre a Cristo y lo une más íntimamente a él, es también el sacramento que une más estrechamente a los hombres entre sí. «Aun siendo muchos, como uno solo es el pan, un solo cuerpo somos los que de un solo pan participamos» (1 Cr 10, 17). La aspiración a la

unión íntima y profunda con Cristo y el deseo de la unión sincera y cordial con los hermanos no son utopías ni vanas esperanzas, sino que corresponden a la voluntad de Cristo, el cual se da en alimento al hombre precisamente para asimilarlo a sí y para hacer de todos los que participan de su cuerpo y de su sangre, una sola cosa en él.

2.— Alimentando en los fieles la vida de Cristo, la Eucaristía alimenta en ellos una vida que no tiene término; uniéndolos a él que es la Vida, los libra de la muerte. Jesús ha dicho, en efecto: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn 6, 54). Dice tiene vida eterna, no que la tendrá; porque la Eucaristía no sólo tiene poder de dar la resurrección el último día, sino que desde ahora da al hombre un germen de resurrección: «en este cuerpo caduco y deleznable... el Cuerpo inmortal de Cristo pone un germen de inmortalidad que germinará un día (León XIII, *Mirae caritatis*). La Eucaristía, memorial de la muerte del Señor, es también memorial de su resurrección. En ella Cristo alimenta a sus fieles con su carne inmolada, por ellos, pero ya resucitada y gloriosa: «carne vivificada por el Espíritu Santo y vivificante (que) da la vida a los hombres» (PO 5). Considerada bajo este aspecto, la Eucaristía es verdaderamente el sacramento de la esperanza: esperanza de la vida eterna, donde la comunión con Cristo resucitado no tendrá fin. La Eucaristía prefigura, y anticipa el banquete escatológico en el reino del Padre» (*Euch. Myster.* 3ª). La comunión eterna con Cristo comienza aquí por la comunión eucarística, que es su prenda y preludio. Esto es lo que nos hace pedir la Liturgia en la fiesta del Corpus Christi: «Concédenos, Señor, saciarnos de ti en el convite eterno, que hoy hemos pregonado por el sacramento de tu Cuerpo y Sangre» (MR). Y como la Eucaristía prepara el banquete eterno, es por eso firme motivo de esperanza y de confianza en los trabajos de la vida. Cuando el camino se hace áspero por las tentaciones, luchas y dificultades, hay que recurrir a la Eucaristía, pan de los fuertes y de los puros. Recomendando la comunión diaria enseñaba S. Pío X: «Los fieles unidos a Dios por medio de este sacramento, reciben de él fuerza para frenar sus pasiones, para purificarse de las culpas ligeras en que diariamente incurren y para evitar las culpas graves a que está expuesta la fragilidad humana» (*Scr. Trid. Synodus*). Y S. Agustín exclama: «¡Oh qué misterio de amor!... Quien quiere vivir, sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea..., para que tenga participación de su vida» (In Jo 26, 13).

Oh Padre celestial, nos has dado a tu Hijo y lo has enviado al mundo por sola tu voluntad; y ahora tú, Jesús, quieres por la propia tuya no desampararnos, sino estarte aquí con nosotros para más gloria de tus amigos y pena de tus enemigos... Esta es la razón por la que tú, oh Padre, nos has dado este pan secretísimo, este mantenimiento y maná de la Humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por culpa nuestra, no moriremos de hambre.

De todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecución que no sea fácil de pasar si comenzamos a gustar de los suyos.

Así que tenga quien quisiere cuidado de pedir el pan material; nosotras pidamos al Padre Eterno merezcamos recibir el nuestro Pan celestial de manera que, ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan encubierto, se descubra a los del alma y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 34, 2. 5).

Concédeme, Padre amorosísimo, contemplar abiertamente y por siempre a tu Hijo amado, que peregrino ahora en la tierra me propongo recibir escondido bajo los velos eucarísticos. Llévame a mí pecador al inefable banquete, donde tú, con tu Hijo y con el Espíritu Santo, eres para tus santos verdadera luz, saciedad plena, gozo completo y felicidad perfecta.

Que tu sacratísimo Cuerpo y Sangre, oh dulcísimo Jesús, sea para mi alma dulzura y suavidad, salud y fortaleza en toda tentación, gozo y paz en toda tribulación, luz y protección final en la muerte. (STO. TOMAS DE AQUINO, **Oraciones**).

213; MISTERIO DE AMOR

«Oh Jesús, que comiéndote a ti, viva por ti» (Jn 6, 57).

1.— Todo cuanto Dios hace por los hombres se resuelve en un inmenso misterio de amor que le lleva a él, Bien supremo e infinito, a levantar al hombre hasta sí, para hacerlo partícipe de su misma vida. Para comunicar la vida divina a los hombres, para unir los hombres a Dios, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14); en su persona la divinidad se unió a la humanidad del modo más pleno y perfecto; se unió directamente a la humanidad santa de Jesús y, mediante ésta, a todo el género humano. De este modo se abrió al hombre el camino para la unión con Dios: el Hijo de Dios, encarnándose y muriendo en la cruz, no sólo ha quitado los obstáculos a esta unión, sino que ha deparado los medios para ella, hasta hacerse él mismo camino; uniéndose a él, el hombre se unirá a Dios. Aquí el amor de Jesús ha rebasado toda medida, hasta querer unirse a todo hombre de la manera más íntima y personal, y lo ha hecho mediante la Eucaristía. «Aquel que los ángeles contemplan temblando... —dice S. Juan Crisóstomo— es el que por nosotros se ha hecho alimento; con él nos mezclamos y nos fundimos, y venimos a ser con Cristo un solo cuerpo y una sola carne» (In Mt 82, 5). En la Encarnación el Hijo de Dios, tomando carne humana, se unió para siempre al género humano; en la Eucaristía el Hijo de Dios hecho hombre continúa uniéndose a cada hombre en particular. Es por lo que la Eucaristía «según testimonio de los Santos Padres, debe ser considerada como una continuación y ampliación de la Encarnación. Pues por ella la sustancia del Verbo encarnado se une con cada hombre y se renueva

maravillosamente el supremo sacrificio del Gólgota» (León XIII, *Mirae caritatis*). El proyecto del amor infinito de unir los hombres a Dios y hacerles participantes de la naturaleza y vida divina, encuentra así su realización última y suprema en la Eucaristía.

2.— El Misterio eucarístico es el compendio de toda la obra del amor infinito de Dios para la salvación de la humanidad. Pues en el Sacrificio del altar, se renueva y perpetúa el sacrificio de la cruz, mediante el cual Cristo ha redimido al mundo. «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13), ha dicho el Señor; y ese testimonio de amor no se ha contentado él con darlo una vez en el Calvario, sino que quiere renovarlo de continuo a lo largo de los siglos en la celebración eucarística. En la Misa Cristo continúa inmolándose mística, pero realmente, por la salvación de los hombres, de tal modo que la Iglesia puede orar: «te ofrecemos, Dios de gloria y majestad... el sacrificio puro, inmaculado y santo, pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación» (*Pleg. euc.* I); y todo fiel que adora a Cristo presente en las especies sagradas puede decir: «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gl 2, 20). Pero el amor de Cristo desborda el mismo sacrificio, y así quiere que se complete con un convite en el cual él mismo se ofrece en comida a los que le aman; y este convite está tan unido al sacrificio, que éste no puede existir sin aquél. Pues, en efecto, el Señor se inmola en el Sacrificio de la Misa cuando «comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento de los fieles, bajo las especies de pan y vino» (*Mysterium fidei*, 17); y los fieles participan con mayor plenitud en el Sacrificio cuando se acercan a la mesa eucarística. La Eucaristía está tan ligada al Sacrificio, que las sagradas especies «se conservan para que los fieles que no pueden participar en la Misa, se unan a Cristo y a su sacrificio, por medio de la comunión sacramental recibida con las debidas disposiciones. La participación en la cena del Señor es siempre verdadera comunión con Cristo, que se ofrece por nosotros en sacrificio del Padre» (*Euch. Myst.* 3e. 3b). La Eucaristía, sacramento de amor que une a Cristo inmolado y resucitado, debe conducir a los fieles a vivir su vida de amor, y por lo tanto su sacrificio para gloria del Padre y salvación de los hermanos, hasta el día en que sean participantes para siempre de su gloriosa resurrección. «En verdad, la participación en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo no se ordena sino a transformarnos en lo que comemos» (S. León M. Sr 63, 7).

¡Oh Trinidad eterna, Trinidad eterna! ¡Oh fuego y abismo de caridad! ¡Oh loco por tus criaturas!... ¿Qué provecho se te deriva de nuestra redención? Ninguno, pues no necesitas de nosotros, tú que eres nuestro Dios. ¿A quién le aprovecha? Sólo al hombre. ¡Oh inestimable caridad! Como te diste todo Dios y todo hombre a nosotros, así todo entero te entregaste en alimento, para que, mientras peregrinamos en la vida, no desfallezcamos por la fatiga, fortalecidos por ti, comida celestial.

Hombre, ¿qué te ha dejado tu Dios? Te ha dejado a sí mismo todo entero, todo Dios y todo hombre, velado bajo esa blancura de pan. ¡Oh fuego de amor!

¿No bastaba el habernos creado a tu imagen y semejanza, y habernos vuelto a crear por la gracia en la Sangre de tu Hijo, sin llegar a dártenos en alimento todo entero, Dios, esencia divina? ¿Quién te ha obligado? No otra cosa que tu caridad, como loco de amor que estás. (STA. CATALINA DE SIENA, **Oraciones y elevaciones**).

Señor de las potestades..., a ti te ofrecemos este sacrificio vivo, esta oblación incruenta; a ti te ofrecemos este pan, figura del Cuerpo de tu Hijo único... Celebrando «el memorial de tu muerte», ofrecemos este pan y oramos: Por este sacrificio séenos a todos propicio, séenos propicio, oh Dios de verdad... Y ofrecemos este cáliz, figura de la Sangre...

Dios de verdad, venga tu santo Verbo sobre este pan, para que el pan se convierta en el cuerpo del Verbo; y sobre este cáliz, para que el cáliz se convierta en la Sangre de la Verdad. Y haz que todos los que comulgan reciban el remedio de vida, para curación de toda enfermedad, para robustecimiento de todo progreso y de toda virtud, y no para que les sea de condenación...

Haznos dignos de esta comunión, Dios de verdad, y da a nuestros cuerpos la castidad, a nuestras almas la inteligencia y el conocimiento; danos la sabiduría, Dios de misericordia, con la participación en el Cuerpo y en la Sangre. Porque tuya es la gloria y el poder, por tu Hijo único en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. (S. SERAPION, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 191. 192).

214. MISTERIO DE UNIDAD

«Que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo» (Pleg. Euc. II).

1.— En su discurso sobre el Pan de vida Jesús mismo presentó la Eucaristía como el sacramento de la unión con él: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 56). Es una verdadera compenetración de Cristo con nosotros y de nosotros con Cristo. Evidentemente la vida de Jesús y la nuestra, su Persona y la nuestra, permanecen distintas; sin embargo, «el cuerpo y la sangre de Cristo que comemos hacen que estemos en Cristo y Cristo en nosotros... El, pues, está en nosotros y nosotros en él por su carne, y con él está en Dios todo lo que somos» (S. Hilarlo, *De Trinit.* VIII, 14). Nunca como en el momento de la comunión sacramental está el fiel unido a Jesús, compenetrado con él y transformado, deificado y sumergido en la divinidad: «con él está en Dios todo lo que somos».

Pero Jesús va más allá y añade: «Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma, vivirá por mí» (Jn 6, 57). Toda la vida de Cristo procede del Padre, y no tiene otra vida que la que el Padre le comunica. Del mismo modo el que se alimenta de la carne de Cristo vive de la vida que Cristo le comunica; vida recibida ya en el bautismo,

pero que por la Eucaristía la comunica más inmediatamente el que es fuente de ella, porque Cristo en persona viene a infundírsela. Jesús vive por el Padre porque el Padre es el manantial de su vida; y el comulgante vive por Jesús, porque Jesús, haciéndose su alimento, se hace del modo más directo, íntimo y profundo, la fuente de su vida. Y así como Jesús, habiendo recibido la vida del Padre, vive sólo para su gloria, dedicándose por entero a la misión que le ha sido confiada, así el comulgante no puede vivir ya una vida limitada a intereses y preocupaciones personales, no puede vivir ya para sí, sino que debe vivir para Jesús, para cumplir su voluntad y procurar su gloria. «Ninguno de nosotros vive para sí mismo... —exclama S. Pablo— Si vivimos, para el Señor vivimos» (Rm 14, 7-8).

2.—El Vaticano II afirma: Cristo, «antes de ofrecerse víctima inmaculada en el altar de la cruz, oró al Padre por los creyentes diciendo: "que todos sean uno, como tú, Padre estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros..." (Jn 17, 21); e instituyó en su Iglesia el admirable sacramento de la Eucaristía, por el cual se simboliza y se realiza la unidad de la Iglesia» (UR 2). Desde los comienzos de la Iglesia ha sido considerada la Eucaristía como el símbolo de la unión de todos los creyentes. Dice una antigua plegaria eucarística: Respecto a la Eucaristía daré gracias así: Como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra» (*Didaché* 9). Y pues los sacramentos efectúan la realidad que significan, la Eucaristía no sólo representa, sino que realiza la unión de los creyentes, ya que alimentándose éstos de un solo pan, la carne inmaculada de Cristo, se incorporan a él formando un solo cuerpo, su Cuerpo místico que es la Iglesia. La unión de todos los fieles en Cristo, comenzada con el bautismo, se fortalece, perfecciona y llega a cumplimiento en la Eucaristía, por lo que se puede en verdad decir que «la Iglesia vive y crece continuamente» por la Eucaristía, que complementa «la edificación del Cuerpo» (LG 26.17). Hablando de la Iglesia primitiva, aseguran los Hechos de los Apóstoles que la reunión de los creyentes era un solo corazón y una sola alma, unida y alimentada por la Eucaristía (Hc 4, 32; 2, 42); éste es el fruto que debe continuar produciendo en la Iglesia el Pan eucarístico: unidad de corazón y espíritu entre todos los creyentes, como consecuencia preciosa y lógica de la unión de cada uno con Cristo. Cuanto más profunda es la unión de los particulares con Cristo mediante la Eucaristía, tanto más generosa será la unión recíproca entre los que se alimentan de la misma Mesa, realizándose así la oración del Señor: «que sean perfectamente uno» (Jn 17, 23). Es por lo que la Iglesia ruega al Padre en la Misa: «que fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de Cristo y llenos del Espíritu Santo formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu» (*Pleg. Euc.* III).

¿Quién, Señor, debiera ser más puro que el que goza de tu sacrificio? ¿Qué rayos de sol debieran ser más esplendorosos que la mano que corta esta carne, que la boca que se llena de este fuego espiritual, que la lengua que se enrojece

de esta sangre...? Que me dé cuenta, Señor, del honor que se me concede y de la mesa de que disfruto. Lo que contemplan los ángeles temblando, lo que no se atreven a mirar sin temor cara a cara por el resplandor que de sí irradia, de eso nos alimentamos nosotros. Con eso nos unimos estrechamente y venimos a ser un solo cuerpo y una sola carne. «¿Quién contará tus maravillas, Señor, y hará oír todas tus alabanzas?» ¿Qué pastor alimenta a sus ovejas con su propia carne? Mas ¿qué digo pastor? Madres hay muchas veces que, después de los dolores del parto, dan a criar sus hijos a otras nodrizas. Tú, Señor, no consentiste eso, sino que nos alimentas con tu propia sangre y por todos los medios nos unes estrechamente contigo... Con cada uno de los fieles te unes por medio de la Eucaristía; y a los que engendraste, por ti mismo los alimentas, y no los entregas a otros, con lo que nuevamente me persuades que has tomado mi carne.

Oh Señor, que no sea yo tibio después que tal amor y tal honor me has concedido. ¿No veis los niños pequeñuelos con qué fervor se pegan al pecho de sus madres, con qué ímpetu clavan sus labios al pezón? Que yo también me acerque así a esta sagrada mesa y al pecho del cáliz espiritual; o más bien, con mucho mayor fervor que los niños de pecho, atraiga la gracia del Espíritu Santo y sea mi único dolor no participar de este alimento. No es obra de poder humano lo que se nos pone delante. El que otrora hizo eso en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora. (S. JUAN CRISOSTOMO, **Coment. al Ev. de S. Mt**, 82, 5).

Como este pan, disperso un tiempo por los montes, fue recogido para formar una cosa, así, Señor, reúne a tu santa Iglesia de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de toda aldea, de toda casa, y haz de ella la Iglesia una, viviente, católica. (S. SERAPION, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 191).

215. EUCARISTIA Y VIDA

«Señor, que quienes nos alimentamos de un solo pan formemos un solo cuerpo, aun siendo muchos» (1 Cr 10, 17).

1.— Por su propia virtud la Eucaristía une a Cristo; la unión física con él es idéntica para todo el que se alimenta de su Cuerpo y Sangre, pero no en todos produce los mismos efectos, tanto que Pablo dice: «quien coma el Pan o beba el Cáliz del Señor indignamente..., come y bebe su propio castigo» (1 Cr 11, 27-29). Para los mismos que se acercan a la Eucaristía en estado de gracia los efectos son iguales, pero proporcionados a sus disposiciones.

Como el efecto propio de la Eucaristía es la unión con Cristo y con los hermanos, la mejor disposición para la Mesa eucarística es el amor, sin el cual no puede haber unión. La unión con Cristo exige ese amor sincero que es conformidad con su voluntad, con sus deseos y con su beneplácito. «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Fl 2, 5), diría S. Pablo. Todo lo que contrasta con los sentimientos de Cristo, con

su voluntad, con sus preceptos y, sobre todo, con el mandamiento del amor, es obstáculo a la unión con él. Puede entonces suceder, como dice S. Agustín, que se coma materialmente el Cuerpo de Cristo, sin comerlo espiritualmente, quedando así sin el fruto del sacramento (In Jo 26, 12). Para que la Eucaristía actúe y refuerce la unión fraterna, hay que eliminar todo lo que turba las relaciones cordiales y sinceras con el prójimo y cultivar con empeño una caridad franca y universal. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15, 12), dijo el Señor; y especificó: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí... y vete primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5, 23-24). Antes de acercarte a la sagrada Mesa, es necesario que se examine cada uno a sí mismo, porque no puede osar recibir el Cuerpo del Señor, el que ha quebrantado, aun sólo levemente, su mandamiento. «Perdona y se te perdonará —dice S. Agustín—; entonces puedes acercarte seguro: pan es, no veneno. Pero perdona sinceramente; porque si no perdonas sinceramente..., estás mintiendo al que no puedes engañar» (In Jo 26, 11).

2.— Si deben disponerse los fieles de un modo cada vez más digno al Sacrificio y Banquete eucarísticos, tienen también que procurar hacer vida en su conducta diaria, la gracia que brota de la Eucaristía. «La Liturgia misma —dice el Vaticano II— impulsa a los fieles a que saciados "con los sacramentos pascales", sean "concordes en la piedad" y ruega a Dios que "conserven en su vida lo que recibieron en la fe"» (SC 10). Se trata de armonizar la propia vida con la santidad y la caridad que expresa y produce la Eucaristía; se trata de llevar al cumplimiento de los deberes cotidianos la unión con Cristo y con los hermanos que son el fruto de la Comunión eucarística. Y pues la Eucaristía une a la muerte y resurrección del Señor, el fiel debe participar también en su muerte muriendo a sí mismo y al pecado, y en su resurrección viviendo cada vez más la vida divina que se le comunica.

Para conservar los frutos de la Eucaristía y para disponerse mejor a ella, tiene gran eficacia la visita diaria al Santísimo, que la Iglesia ha recomendado siempre. Cristo presente en las sagradas especies «restaura las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles e invita a su imitación a cuantos se acercan a él... Por eso todo el que se vuelve al augusto Sacramento eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar con ímpetu generoso a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin gozo del alma y fruto, qué preciosa es la vida escondida con Cristo en Dios y cuánto vale estarse en coloquio con Cristo, más suave que el cual nada hay sobre la tierra, ni nada más eficaz para recorrer los caminos de la santidad» (Pablo VI, *Mysterium* 35).

En la santa Eucaristía está verdaderamente encerrado todo nuestro bien, Cristo Señor, «nuestra Pascua y Pan vivo..., que da la vida a los hombres...; así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con él mismo» (PO 5).

Oh Jesús, alimento sobresustancial de las almas, a ti acude este pueblo inmenso, para penetrar su vocación humana y cristiana de impulso nuevo, de virtud interior, con prontitud al sacrificio, del que tú diste prueba inimitable... con la palabra y con el ejemplo.

Hermano nuestro primogénito, tú has precedido, Cristo Jesús, los pasos de cada hombre, tú has perdonado las culpas de cada uno; tú levantas a todos y cada uno a un testimonio de vida más noble, más convencido, más activo.

Oh Jesús, «Pan verdadero» único y solo alimento sustancioso de las almas, reúne a todos los pueblos en torno a tu mesa, la cual es divina realidad sobre la tierra, prensa de favores celestiales, seguridad de justo entendimiento entre las gentes y de pacífica competición para el progreso verdadero de la civilización.

Alimentados por ti y de ti, oh Jesús, los hombres serán fuertes en la fe, alegres en la esperanza, activos en las múltiples aplicaciones de la caridad.

Las voluntades sabrán superar las asechanzas del mal, las tentaciones del egoísmo y las desidias de la pereza. Y a los ojos de los hombres rectos y timoratos aparecerá la visión de la tierra de los vivientes, de la cual el peregrinar de la Iglesia militante quiere ser imagen, haciendo resonar en todo el mundo las primeras voces arcanas y suavísimas de la ciudad de Dios.

Sí, oh Jesús: «Apaciéntanos, protégenos; haznos ver todos los bienes en la tierra de los vivientes. Amén». (JUAN XXIII, **Breviario**).

Señor, yo soy impuro; no soy digno de que tu santo Cuerpo venga sacramentalmente a mi sucia morada. Señor, soy todavía indigno de cualquier honor, de cualquier bien, de todas las consolaciones que las personas virtuosas obtienen de ti. No me queda, pues, más que llorar y lamentarme sin cesar, e ir ante ti con una confianza inquebrantable. Y por más que sea pobre y abandonado, no me alejaré de ti, sino que gritaré y suplicaré sin cansarme, mientras mi fe no obtenga de ti la curación de mi siervo (la parte sensible). Entonces te alabaré y te serviré con alma y cuerpo, con todo mi ser y con todas mis fuerzas. (RUJSBROECK, **Obras**).

216. DOMINGO XI «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rm 5, 11).

En la base de su Alianza con Israel Dios puso esta cláusula: «Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos...; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 5-6). Dios confiaba a Israel una misión sacerdotal y un oficio de mediación, de modo que la fe y la salvación llegasen a la humanidad entera a través suyo. En el Nuevo Testamento ese oficio ha pasado a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios. Todo cristiano lo tiene, pues el bautismo le empeña no sólo a vivir personalmente la fe y la gracia recibidas, sino también

a irradiarlas en torno suyo para que lleguen a penetrar el mundo. «Vosotros sois linaje elegido —escribe S. Pedro a los primeros creyentes, repitiendo casi a la letra las palabras de Dios a Israel—, sacerdocio real, nación consagrada» (1 Pe 2, 9). El Concilio Vaticano II ha revalorizado de modo especial esta doctrina, reconociendo en ella el fundamento del sacerdocio común de los creyentes y por ende de su deber apostólico.

Junto a este sacerdocio que empeña a todo bautizado, Jesús ha instituido otro, el ministerial, al cual están confiadas las funciones magistrales y sacramentales. El primer gesto relacionado con ello fue la elección y envío de los Doce. «Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 10, 1). Jesús les comunica su misión y por tanto sus poderes: deben predicar como él «que el Reino de los cielos está cerca» (ib 7), garantizar como él la verdad de sus palabras con los milagros y llevar como él el mensaje de la salvación «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (ib 6). Esto no significa que los demás pueblos queden excluidos, sino que expresa la fidelidad de Dios a su elección. Habiendo elegido a Israel como pueblo privilegiado y sacerdotal, le ofrece a él las primicias de la salvación; si Israel no acepta, será por culpa suya.

Esto nos lleva a reflexionar que la iniciativa de toda elección viene siempre de Dios. Ni Israel, ni los Doce más tarde fueron elegidos por méritos personales, sino únicamente porque Dios lo ha querido. «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15, 16). Pero la elección gratuita origina en el que es objeto suyo una responsabilidad especial. No se puede leer sin temblar la lista de los Doce que termina con el nombre de Judas Iscariote. Si Dios es fiel a su elección, tanto que Israel ha quedado siempre como el pueblo elegido a pesar de sus culpas y Judas no fue expulsado del colegio apostólico a despecho de su traición, es claro que la llamada divina empeña a una fidelidad extrema. Los llamados de hoy son aún más responsables que el antiguo Israel, porque su sacerdocio se funda en el de Cristo, único verdadero sacerdote, que se ha inmolado a sí mismo por la salvación del mundo. «Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con cuánta más razón, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (Rm 5, 10). Cristo reconciliador de los hombres con Dios es el fundamento de todo sacerdocio y al mismo tiempo su fuerza que les confiere gracia para ser fieles a él.

Protege, Señor, tu obra, conserva en mí la gracia que me has dado... Por tu gracia soy lo que soy; soy en verdad el más humilde y el último de los obispos.

Pues me has concedido trabajar por tu Iglesia, bendice siempre los frutos de mi trabajo. Me llamaste al sacerdocio cuando era un niño extraviado; no permitas que me pierda ahora que soy sacerdote.

Pero sobre todo, dame la gracia de saber compadecer a los pecadores desde lo más profundo del corazón... Concédeme ser compasivo cuantas veces sea testigo de la caída de un pecador; que no lo castigue con arrogancia, sino que

llore y me aflija con él. Que llorando sobre mi prójimo, llore sobre mí mismo. (S. AMBROSIO, de **Oraciones de los primeros cristianos**, 283).

Oh Virgen purísima, Madre de Dios, del Cristo «total», tú que tienes siempre la misión esencial de dar a Cristo al mundo, forma en mí un alma de Cristo. Que asociado como tú a los sentimientos del Verbo encarnado, pueda con cada acción mía expresar a Jesucristo ante los ojos del Padre. Como tú, oh Virgen, quiero ser hostia por la Iglesia, amándola hasta dar la vida por ella, envolviéndola en el mismo amor con que la amó Jesús. (M.M. PH I LI PON, *Consagración a la Trinidad*).

CICLO B

«Abre, Señor, nuestro corazón, para que nos adhiramos a tus palabras» (Hc 16, 14).

Dios resiste a los soberbios y los humilla, para que en la impotencia humana resalte con evidencia la omnipotencia divina. Así cuando Israel se ensoberbeció por los privilegios de su elección, Dios lo afligió y lo pudo enérgicamente por medio del destierro y la cautividad, reduciéndolo a un «resto» de gente pobre, humilde y despreciada. Precisamente a este «resto» se dirigían los profetas para mantener despierta su esperanza en las promesas divinas. Así Ezequiel habla de un «ramo» que Dios cortará del cedro fuerte y robusto, para trasplantarlo «sobre un monte elevado». «Echaré ramas», de modo que «debajo de él habitarán toda clase de pájaros» (Ez 17, 22-23). Profecía mesiánica que enlaza con la de Isaías: «Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará» (11, 1). Según lo ha prometido Dios, el Salvador saldrá de Israel; no de un Israel fuerte y poderoso —el cedro elevado—, sino humilde y fiel, como lo fue la Virgen María; de ahí saldrá el pequeño «ramo» del que se originará el pueblo de Dios.

El mismo estilo continúa usando Dios en el mundo para instaurar su reino y salvar a los hombres. Deja a un lado a los grandes y poderosos y se sirve de criaturas y cosas humildes y pequeñas; lo mismo que es pequeña la semilla echada en el campo es insignificante el grano de mostaza. Jesús se ha servido precisamente de estas imágenes para dar a entender que el reino de Dios no es una realidad que se imponga por el poder o la grandeza visible, sino una realidad escondida, sembrada en los corazones humildes, pero que tiene una vitalidad y una fuerza de expansión inimaginables. El hombre no puede percibirlo, como el labrador no puede verificar de qué modo la semilla confiada a la tierra germina y se desarrolla; crece ciertamente, aunque él «ignore» cómo se efectúa.

Las parábolas evangélicas de la semilla y del grano de mostaza (Mc 4, 26-34), al mismo tiempo que un reclamo a la humildad, único terreno apto para el desarrollo del reino de Dios, lo son también a un sano optimismo fundado

en la eficacia infalible de la acción divina. Aun cuando los hombres se perviertan hasta negar a Dios, considerarlo «muerto» u obrar como si no existiese, él está siempre presente y operante en la historia humana y sigue esparciendo la semilla de su reino. La Iglesia misma que colabora en esta sementera, muchas veces no ve los frutos; pero es cierto que un día madurarán las espigas. Entretanto hay que esperar con paciencia, la hora señalada por Dios, como el labrador espera sin inquietarse que pase el invierno y que germine el grano. Hay que esperar también con humildad, aceptando ser «grano de mostaza» o «pequeño rebaño», sin pretensiones de pueblo poderoso y fuerte. Y esto que es cierto para la Iglesia, lo es también para los particulares. También en el corazón del hombre se desarrollan el reino de Dios y la santidad escondidamente; por eso no hay que desanimarse si después de repetidos esfuerzos se encuentra uno débil y defectuoso. Hay que perseverar en el esfuerzo, pero confiando sólo en Dios, porque sólo él puede hacer eficaz la acción del hombre.

Oh Dios, fortaleza de los que en ti esperan, escucha el grito de la humanidad víctima de una debilidad mortal: nada podemos sin tu ayuda; socórrenos con tu gracia, para que, siguiendo el camino de tus mandatos, podamos agradarte con las intenciones y la obras. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

¡Oh Dios omnipotente, que para muestra de tu omnipotencia escoges las cosas viles para confundir las altas, y tomas las cosas flacas para destruir las fuertes, y por instrumentos pequeños haces cosas grandes, para que ninguno de los mortales pueda gloriarse en sí, sino en ti! Concédeme que de corazón ame y abrace las cosas pequeñas que tú escogiste, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerraste. Sea yo, Salvador mío, grano de mostaza, molido, como tú, con desprecios y tormentos, para que alcance los eternos descansos. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, III, 46, 1)

CICLO C

«Señor perdona mi pecado» (Sl 32, 5).

El rey David había pecado; obcecado por la pasión había hecho morir a Urías para apoderarse de su mujer. El profeta Natán, enviado por Dios, le quiere dar a entender, por medio de un apólogo, la gravedad de su culpa. El rey se irrita ante el relato acerca del rico ganadero que para aderezar la comida a un huésped roba la única oveja de un pobre. Pero cuando Natán le dice: «Tú eres ese hombre» (2 Sm 12, 7), comprende y llora su pecado. Dios lo había hecho ungir rey, le había dado riquezas y toda suerte de bienes, pero no le había bastado, y despreciando la ley divina, había arrebatado la mujer ajena. La culpa es grave; sin embargo, Dios le perdona porque David reconoce su culpa y confiesa humildemente: «He pecado contra el Señor» (ib 13). Resta expiar la pena: «El hijo que te ha nacido morirá sin remedio» (ib

14). La misericordia de Dios perdona al pecador que reconoce su culpa y la misma misericordia le castiga para que no peque más.

Los temas de la misericordia y del perdón divinos vuelven en el Evangelio, pero a una luz nueva, la de la salvación ya en acto. Dios no envía más a los profetas a redargüir a los pecadores; ha enviado a su Hijo para salvarlos y éste los va buscando por doquiera, en las casas y en las calles. Ahí está Jesús en casa del Fariseo que le ha invitado a comer más con intención crítica que amistosa; y mientras está a la mesa, se deja besar y ungir los pies por una mujer pecadora. Simón se incomoda por el atrevimiento: «Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que le está tocando» (Lc 7, 39). También él, como David —y con mucha menos razón— se escandaliza de las acciones de los otros, sin ocurrírsele examinar las propias. Pero Jesús, como Natán, procura iluminar con un apólogo al fariseo. De dos deudores a los que les fue condonada una deuda, ¿cuál amará más? «Aquel a quien se le perdonó más» (ib 43), responde Simón; y no se da cuenta de que, como en el caso de David, en su respuesta está su condenación. La mujer ha cometido muchos pecados, es cierto; pero se le perdonan por el gran amor demostrado en el gesto de bañar con lágrimas los pies del Señor, secarlos con sus cabellos, besarlos y perfumarlos con un ungüento. Simón no ha cometido «muchos pecados» (ib 47), pero tiene el corazón cerrado al amor —«no me diste el beso... No ungiste mi cabeza con aceite» (ib 45-46)— y abierto más bien a la crítica, pronto a escandalizarse. Si Simón reconociese su culpa —sobre todo la manía de sorprender al Salvador en culpa— quedaría perdonado y la misericordia de Dios derramándose en él lo llenaría de amor.

El perdón de los pecados es a la vez iniciativa de amor misericordioso de Dios y respuesta del amor arrepentido del hombre. Cuanto más por motivo de amor se arrepiente el hombre, tanto más abundante es el perdón de Dios, hasta borrar no sólo la culpa sino la pena. Jesús no impone una penitencia a la mujer pecadora; y eso no sólo porque el amor de ella es grande, sino porque él mismo la ha tomado sobre sí ofreciendo su vida por los pecados de los hombres.

Señor, te ofrezco mi pasado y lo confío a tu misericordia, esperando ser perdonado sólo por tu bondad; no intentaré excusarme, ni asegurarme del pasado presentándote algún mérito, alguna buena acción, reparación o resolución buena; tanto para el pasado como para el futuro me remito a tu misericordia.

Me pongo delante de fi, oh Dios santo, con el recuerdo doloroso de mi pecado y de la traición al amor, con la certeza de mi fragilidad e impotencia, pero confiado en tu amor maravilloso, nunca harto y que nunca me ha faltado. ¡Ten piedad de mí! Desconfía de mí, estate a mi lado, porque sabes lo reactivo y caprichoso que soy apenas aflojas la vigilancia. Sin embargo, Señor, no aprietes más allá de mis fuerzas, que son débiles hasta el ridículo; tómame como soy y como estoy hecho, para rehacerme a tu modo y ser así capaz de seguir tu voluntad.

Ni siquiera oso decirte que te quiero. Querría podértelo probar, pero mira que ya para eso necesito de ti: no puedo amarte sin que tú me ames. Oh Dios, crea en mí un corazón nuevo... Haz de mí un verdadero hijo, digno del Reino y de la promesa, un hijo sobre el que caiga tu sangre, en el que circule tu vida... Sé que no tengo fuerza... estate siempre conmigo, trabaja conmigo, combate en mí. Señor, me ruborizo al ofrecerte mi amor contrito. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

217. LA INTELIGENCIA DEL MISTERIO DE CRISTO

«Concédeme, Padre, conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento» (Ef 3, 19).

1.—Junto con el apóstol Juan, puede S. Pablo ser considerado el primer teólogo del misterio escondido en el corazón de Cristo. En la carta a los Efesios no duda en declarar que ha recibido la misión de anunciar a todos los hombres indistintamente «la inescrutable riqueza de Cristo y esclarecer cómo se ha dispensado el misterio de la salvación de la humanidad, actuado «en Cristo Jesús, Señor nuestro» (ib 11), que manifiesta «la bondad de Dios para con nosotros» (Ef 2, 7). Profundamente impresionado por la inmensa grandeza de ese misterio y sintiéndose impotente para comunicar a los demás su inteligencia, Pablo dirige a Dios una súplica ardiente: «Por eso doblo mis rodillas ante el Padre..., para que os conceda... podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento» (ib 3, 14. 18-19). Se nombran todas las dimensiones para expresar de algún modo lo que es imposible decir con palabras humanas. El misterio del amor de Dios del que brota el plan de salvación, el misterio de este plan realizado por medio del Verbo hecho carne (Jn 1, 14), el misterio de la caridad de Cristo que ha amado a los hombres y se ha entregado a sí mismo por ellos (Gl 2, 20) son realidades inefables que exceden los límites de todo conocimiento humano. Ningún hombre, por santo y docto que sea, podrá darlo a entender a los otros; sólo Dios podría hacerlo, y es lo que Pablo pide a Dios para todos los creyentes. El que no sabe intuir el misterio de la caridad de Dios y de Cristo, no puede captar la íntima esencia del cristianismo que nace justamente de esa caridad. Por eso el Apóstol pide al Padre que los fieles sean «fortalecidos por la acción de su Espíritu...: que Cristo habite por la fe en (... sus) corazones y sean arraigados y cimentados en el amor» (Ef 3, 16-18). Sólo el Espíritu Santo, el Amor sustancial, que hace renacer a los fieles en Cristo y derrama en sus corazones la caridad (Jn 3, 5; Rm 5, 5), puede ponerles en situación de intuir «las dimensiones inimaginables de la caridad de Cristo». Intuición que es más fruto del amor que de la inteligencia.

2.— «El Hijo de Dios marchó por los caminos de la verdadera encarnación para hacer a los hombres partícipes de la naturaleza divina... Asumió la entera naturaleza humana cual se encuentra entre nosotros, miserables y

pobres, pero sin pecado» (AG 3). Los Apóstoles que conocieron a Cristo y vivieron con él, testifican la verdad de esta afirmación. Juan, hablando como en nombre de todos, escribe: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida..., lo que hemos visto y oído os lo anunciamos» (1 Jn 1, 1.3). A través de la vida, la doctrina y las obras de Cristo, Juan ha captado la esencia de su misterio: la caridad; y esta caridad nos la anuncia a todos nosotros, para que «estemos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (ib). El Apóstol traza brevemente la historia de la caridad de Dios: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4, 9). Y con el acento conmovido de quien ha sido testigo ocular, añade: «Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, para ser salvador del mundo» (ib 14). Juan ha vivido y tratado íntimamente con el Hijo de Dios hecho hijo del hombre: ha recibido sus confidencias, ha observado sus gestos y acciones, ha cambiado con él sus miradas, ha percibido los sentimientos de su corazón, y así concluye: «Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor» (ib 16). El trato íntimo con Cristo le ha permitido intuir la naturaleza profunda de Dios: la caridad. Dios es caridad, Cristo es caridad; el cristianismo es caridad. «Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros... Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (ib 11.16). La inteligencia del misterio de Dios-amor no puede quedarse en pura abstracción, sino que debe hacerse vida. Sólo así serán introducidos los fieles en el misterio de Cristo y con él en el misterio de la Trinidad, para que se vayan llenando «hasta la total Plenitud de Dios» (Ef 3, 19).

Dios mío, no puedo hacer otra cosa que caer de rodillas junto con el revelador del misterio de la gracia, suplicándote, Padre mío, aumentes mediante tu Espíritu Santo mis capacidades espirituales, la fe y la caridad, para que pueda contemplar la anchura y la longitud, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo, y darme cuenta de que supera toda inteligencia y que debo dejarme invadir por la efusión de la vida divina...

Oh Padre, viva en mí Jesús y por medio suyo tendré parte en tu amor... Yo no soy puro, pero la sangre de tu Hijo me purifica; estoy alejado de ti, en tinieblas, en mentira y en muerte, pero él es el Camino, la Verdad y la Vida. Enséñame a dejarme a mí mismo, a negarme, a despojarme, a morir; y cuando Cristo haya llegado a ser la sola vida mía, tú, oh Padre, te complacerás amorosamente en mí...

Oh, mi Señor Jesús, estás en medio de nosotros y no te conocemos; eres el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo y no te reconocemos. (D. MERCIER, **La vida interior**).

Oh Cristo, las voces venerables de los profetas que anunciaron el plan liberador de tu venida bendita..., son débiles imágenes y pálidas figuras... frente a la revelación de tu buena noticia y de la redención por medio de tu cruz.

En todos los lugares en efecto, has erigido el tabernáculo... de la alianza en tu Sangre, que proclama siempre... la victoria de los beneficios de tu combate, la dulce e inmortal vida de, tus gracias: el bautismo, la resurrección, la renovación, la familiaridad contigo, la unión con tu Espíritu Santo, la expiación, la libertad, la iluminación, la pureza eterna, la verdadera felicidad... Y lo que casi no osamos decir: el misterio de nuestra divinización por la elección de la gracia, y de nuestra unión a ti, oh Creador, por la comunión en tu Cuerpo, oh Señor...

Tú, oh Redentor, has venido con las riquezas de tu Padre; has satisfecho y colmado la larga espera, que sigue viva hacia ti de manera indefectible, ¡oh tú que expías por todos! A ti sea la gloria con tu Padre por la alabanza de bendición del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. (S. GREGORIO DE NAREK, **El libro de las plegarias**).

218. SOIS MIS AMIGOS

«Oh Jesús, que permanezca yo en tu amor» (Jn 15, 10).

1. — En el Verbo encarnado «la naturaleza humana fue asumida, no absorbida... El Hijo de Dios... trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre» (GS 22). El Hijo de Dios salvando con su amor todas las distancias, se hizo uno de nosotros, se confundió con nosotros, hecho semejante en todo fuera del pecado (Fl 2, 7-8; Hb 4, 15). Quiso compartir nuestra vida y nuestra suerte; trabajó, sufrió, amó como nosotros. Demostró su amor divino a través de todas las connotaciones del amor humano: la ternura, la compasión, la amistad y hasta las lágrimas. El Evangelio nos muestra a Jesús que quiere a los niños junto a sí: «y abrazándolos, los bendecía» (Mc 10, 16); lo presenta conmovido frente a la viuda que llora a su hijo muerto, a la que le dice: «No llores» (Lc 7, 13), y de su compasión florece un milagro. Se conmueve delante de los leprosos, los paralíticos, los ciegos que le gritan: «Señor, ten compasión de nosotros, hijo de David» (Mt 20, 30); se conmueve delante de la muchedumbre que le sigue ya tres días y a la que no quiere despedir en ayunas. Tiene compasión de los pecadores con los que no tiene a menos compartir la mesa, de la adúltera a la que despide perdonada, de la mujer pecadora que en casa de Simón se postra a sus pies. Y cuando los hombres resisten a su amor, Jesús sufre hasta las lágrimas; mirando a Jerusalén «lloró por ella diciendo: "¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz!"» (Lc 19, 41-42).

El corazón de Cristo conoce también los más delicados sentimientos de la amistad humana: cuando los judíos ven a Jesús llorar la muerte de su amigo Lázaro, dicen: «Mirad cómo le quería» (Jn 11, 36); y Juan, el predilecto, que ha experimentado las finezas de la amistad de Cristo, cuando habla de sí, se oculta bajo la afectuosa expresión: «el discípulo que Jesús amaba» (Jn 13, 23). Cuando en la vigilia de su Pasión diga el Señor: «Amaos los unos a los

otros como yo os he amado» (Jn 15, 12), los discípulos podrán confortarse con la realidad concreta, comprobada y experimentada del amor del Maestro.

2.— Cristo mismo reveló la profundidad de su amor a los hombres. «Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo, a él» (Jn 10, 14-15). Jesús quiere establecer con sus discípulos una comunión de vida, de pensamiento y de afecto semejante a la que existe entre él y el Padre. No se trata de un conocimiento frío y superficial, sino profundo y derivado del amor. Jesús se da a conocer a los suyos como un amigo que se abre a su amigo. Descubre los misterios profundos de su vida divina, de su comunión incesante con el Padre y el Espíritu Santo, de la misión que el Padre le ha confiado, del amor que lo mueve a inmolarse por los hombres y de las relaciones que quiere establecer con ellos. En una palabra, Jesús dice de sí, del Padre y de la Trinidad todo lo que la mente humana puede comprender; y la tarde de la última Cena concluirá: «Vosotros sois mis amigos... No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 14-15). Es la declaración explícita de la amistad profunda que, por mandato del Padre, ha venido a instaurar entre Dios y los hombres. Y quiso también, en cierto modo, darnos la medida ilimitada de esta amistad cuando dijo: «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros» (ib 9). Es la cima de la revelación de su amor. ¿Qué amor puede haber mayor que el increado y eterno que existe en el seno de la Trinidad entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo? Pues Jesús no considera exagerado referirse a él, y así añade: «permaneced en mi amor... como yo... permanezco en el amor de mi Padre» (ib 10). Pero junto con la medida divina de su amor, Jesús da también la humana, que sólo puede dar por haber asumido una vida terrena. Lo había dicho ya en el discurso del buen pastor: «doy mi vida por las ovejas... Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente» (Jn 10, 15.18). El sacrificio espontáneo de la vida es la prueba máxima del amor: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Señor, tú eres justamente el que me faltaba, y nunca habría osado esperar tenerte, tan maravilloso como eres. Yo pensaba hablar a Dios como hablo a un hombre.

Y he aquí que eres Dios que vive como un hombre... ¡Oh revelación de Dios al mundo!... ¡Oh Dios, Jesucristo! Para conocerte no necesito ya atormentarme; lo mejor es ser verdaderamente hombre. Pues has tomado mi naturaleza, nada hay humano que no puede convertirse para mí en religioso, es decir en un lazo contigo.

Yo vengo a ti con mi modo de pensar, porque ya, para conocer a Dios hecho hombre, lo mejor es tener ojos de carne e inteligencia humana. Vengo a ti con mi modo de amar, oh Corazón sagrado, cuyos latidos palpitan al unísono conmigo... Vengo a ti como a mi hermano, y en todo hombre —¡oh maravilla!—

puedo venerar a Dios. Vengo a ti con mi manera de sufrir, ¡oh Cristo crucificado!, cuya sangre bebió la tierra y cuyos gemidos y repugnancias escucharon los hombres...

Vengo a ti con mi modo de orar, porque tú tienes labios Rara responderme, porque has tenido por madre a una mujer de la tierra como la he tenido yo...

Vengo a ti con mis mismos pecados, ¡oh Cordero de Dios venido para quitarlos y borrarlos en el instante mismo en que los has tomado sobre ti! (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

¡Oh Señor mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre! Alábenos, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas!; y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad. En fin, vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras. Espanta a quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¡Pues que hagáis a almas que tanto os han ofendido mercedes tan soberanas! Cierto, a mí me acaba el entendimiento, y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes no sabe cómo. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 18, 3).

219. MANSO DE CORAZON

«Señor, dame un alma dulce y serena, que es preciosa ante tus ojos» (1 Pe 3, 4).

1.— A los sencillos, pobres, enfermos y dolientes que se agolpaban en torno suyo, les decía Jesús: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 28-29). Queriendo atraer a los hombres a sí, les presenta su doctrina, su ley y su misma persona bajo el perfil de la mansedumbre

y humildad cuya bienaventuranza había ya proclamado... Ya el profeta lo había presentado así: «He aquí a mi siervo a quien elegí... No disputará, ni gritará... La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante» (Mt 12, 18-20). Jesús ganará el corazón de los hombres con la mansedumbre de su corazón; él «que es Maestro y Señor nuestro, manso y humilde de corazón, atrajo e invitó pacientemente a los discípulos» (DH 11). Santiago y Juan que querían hacer bajar fuego del cielo sobre los samaritanos, fueron reprendidos, porque, como dirá Jesús enseguida, «la voluntad del que me ha enviado es ésta: que no pierda nada de lo que él me ha dado» (Jn 6, 39). A los fariseos que se escandalizaban porque se sentaba a la mesa con los publicanos o porque violaba, según ellos, la ley del sábado, les repite: «Id a aprender qué significa aquello de: «Misericordia quiero, que no sacrificio» (Mt

9, 13). A nadie se impone con violencia y a nadie condena, antes declara: «No he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo» (Jn 12, 47). Jesús realiza su misión de salvador sobre todo con la mansedumbre y el sacrificio de sí: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10, 11). Esta es la mansedumbre que propone a sus discípulos como condición necesaria para la paz del corazón y en consecuencia turban la paz de las relaciones mutuas, porque se dejan llevar de la ira. A esos les repite Cristo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Pero propone la mansedumbre también como condición para hacer el bien y conquistar para Dios a los propios hermanos. La violencia no convence a nadie, sino al contrario indispone y endurece los corazones; la mansedumbre, en cambio, consigue doblegar y salvar.

2.— Cristo «manso de corazón» no rehúsa la lucha cuando está en juego la gloria del Padre y la salvación de los hombres. Acoge con bondad infinita a los pecadores, pero condena abiertamente el pecado, sobre todo la soberbia, la hipocresía y la dureza de corazón. Emplea también palabras enérgicas, como las invectivas contra los fariseos (Lc 11, 42-52), y tiene acciones enérgicas, como el gesto contra los profanadores del templo (Jn 2, 15). Pero cuando se trata de su persona, deja pasar con absoluta mansedumbre cualquier ofensa. Y así unos le tendrán por loco y otros por endemoniado; sus parientes podrán dudar de él y los nazaretanos hasta intentar precipitarlo de la cima del monte, sin provocar en él reacción alguna: «Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó» (1c 4, 30). En las discusiones con sus perseguidores, Jesús habla con firmeza procurando iluminar sus mentes, pero no responde a las calumnias o insultos: «yo no busco mi gloria; ya hay quien la busca y juzga» (Jn 8, 50). Durante la última cena, con el corazón lleno de amargura, denuncia la traición de uno de los Doce, pero lo hace de modo que el culpable no quede al descubierto y a él le dice sólo: «Lo que has de hacer, hazlo pronto» (Jn 13, 28); más tarde, cuando en el huerto de los olivos le besa Judas simulando sentimientos de amistad, Jesús no lo rechaza, y una vez más le llama «amigo» (Mt 26, 50). Trata de amigos a los hombres que lo traicionan, que reniegan de él, que le condenan a la cruz; muere por ellos y por ellos dirige al Padre una oración de excusa pidiendo el perdón. Sólo con los amigos más queridos se obra así.

La mansedumbre de Jesús es la medicina para nuestra ira y enojo, para nuestra violencia e impaciencia. La cólera ofusca la inteligencia y arrastra la voluntad a actos impulsivos y por eso menos humanos, mientras que quien imita la mansedumbre de Cristo, «el que imita a Cristo, hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre» (GS 41). La mansedumbre no conoce enemigos, perdona, ama y «vencen al mal con; el bien» (Rm 12, 21). La mansedumbre suaviza los sufrimientos de la vida y dispone a la aceptación de la voluntad de Dios y al abandono en sus manos en el momento de la tribulación.

«Venid a mí todos los fatigados». Señor, ¿por qué nos fatigamos sino porque, hombres mortales, quebradizos y débiles, llevamos encima estos cuerpos de barro, que se achuchan unos a otros? Pero si estos cuerpos de carne se constriñen, ensanchemos las dimensiones de la caridad. ¿Por qué dices: «Venid a mí todos los fatigados», sino para no fatigarnos? El fin de tu llamamiento a los ojos está: «Yo os aliviaré».

Y añades: «Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí»; no a construir un universo, no a crear cosas visibles e invisibles, no a obrar milagros en este mundo, sino... «que soy manso y humilde de corazón». (Cf. S. AGUSTIN, **Sermón**, 69, 1-2).

Oh Corazón santísimo de Jesús, que tanto gustas hacer bien a los pobres e instruir a quien desea aprovechar en la escuela de tu santo amor, tú me invitas de continuo a ser como tú, dulce y humilde de corazón. Haz que me persuada que para ganar tu amistad y ser verdadera discípula tuya, no puedo hacer nada mejor que procurar hacerme verdaderamente dulce y humilde. Concédeme, pues, la verdadera humildad que me tenga sometida a ti, que me haga soportar en silencio las pequeñas humillaciones, o mejor que me las haga aceptar de buena voluntad, con serenidad, sin excusas, sin lamentos, considerando que las merezco mayores y más abundantes.

Oh Jesús, permíteme entrar en tu Corazón como en una escuela. Que en esa escuela aprenda la ciencia de los santos, la ciencia del amor puro. Oh Maestro bueno, que escuche con atención tu voz que me dice: aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón y hallaréis el verdadero descanso del alma. (Cf. STA. MARGARITA M. ALACOQUE, **La vida**).

220. HUMILDE DE CORAZON

«Oh Jesús, humilde de corazón, enséñame a humillarme bajo la mano poderosa de Dios» (1 Pe 5, 6).

1.— San Pablo ha compuesto el himno más bello a la humildad de Cristo: «Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte» (Flp 2, 6-8). Nada más profundo se puede decir de Jesús «humilde de corazón». El Apóstol ha tocado la esencia de ese misterio: ante todo su anonadamiento, el despojarse del resplandor externo de su majestad infinita para ponerse al nivel del hombre, el esconder su divinidad bajo el velo de la carne para aparecer hombre como los demás hombres. Luego su anonadamiento en cuanto hombre: pobre entre los pobres, «hijo del carpintero» (Mt 13, 55) y él mismo humilde artesano, venido «no para ser servido, sino para servir» (Mt 20, 28); lleva su servicio hasta dar la vida para el rescate de los hombres, y su anonadamiento hasta la muerte ignominiosa de la cruz. La humildad del

hombre es un juego de niños frente a la humildad del Hijo de Dios. El hombre es pequeñísimo en su comparación: débil, mísero, pobre, limitado, pecador; y sin embargo es tan inclinado al orgullo y tan incapaz de verdadera humildad. Tiene grandísima necesidad de que Jesús le anime con su ejemplo: «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

No por acaso propone el Señor junto a la mansedumbre la humildad, porque la segunda es el fundamento de la primera. Jesús era manso porque era humilde: no procuraba afirmarse a sí mismo, no buscaba el aplauso ni perseguía la gloria; quería sólo el honor, la gloria y el reino del Padre y miraba sólo a cumplir la misión que le había sido confiada, entregado plenamente a esa causa y a la salvación de los hombres.

El hombre no es manso porque no es humilde y en sus mismas obras buenas no acierta a renunciar a la afirmación de sí mismo.

2.— Jesús es esencialmente humilde porque reconoce y vive plenamente su dependencia del Padre. En cuanto Verbo es igual en todo y coeterno al Padre, pero siendo misteriosamente engendrado por él, vive de la vida que el Padre le comunica; de él le viene todo con un gozo infinito. En cuanto Verbo encarnado, recibe del Padre la vida temporal y la naturaleza humana que asume únicamente para inmolarla según la voluntad del Padre. «Por eso, al entrar en este mundo dice: "Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo; holocausto y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad"» (He 10, 5-7). Es la actitud constante de toda la vida de Cristo. Lo demuestran sus primeras palabras registradas en el Evangelio: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Le 2, 49). Toda su vida está al servicio del Padre: su misión es hacer conocer y amar al Padre y hacer triunfar la doctrina, la ley y la voluntad del Padre. «Yo vivo por el Padre. Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. No hago nada por mi propia cuenta, sino que os hablo lo que el Padre me ha enseñado. El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado» (Jn 6, 57; 7, 16; 8, 28; 12, 44). Pada realizar los milagros espera la hora del Padre, y va a la Pasión porque «ésa es la orden que [...] ha] recibido del Padre» (Jn 10, 18). Cristo es en verdad el «Siervo de Yahvé» anunciado por Isaías: «Lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano» (53, 10). La humildad esencial de Cristo, fundada sobre su total dependencia del Padre, lo pone enteramente a su servicio y por ende, ya que ésa es la voluntad del Padre, al servicio de los hombres.

El hombre no es humilde porque no percibe plenamente su total dependencia de Dios, y si está convencido de ello en teoría, no lo está en la práctica, sustrayéndose de continuo en más o en menos al servicio de Dios para servirse a sí mismo, a su orgullo y a su amor propio. En consecuencia no sabe practicar el servicio humilde a los hermanos, sino que se deja llevar demasiadas veces por derechos presuntos, intereses y causas personales,

no sin menoscabo de los demás. Por eso San Pablo, mostrando la humildad de Cristo dice: «Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo» (Flp 2, 3).

Oh Jesús divino, que te has olvidado de ti hasta aceptar ser humillado y despreciado de todos, ser juzgado y condenado por los hombres y morir vergonzosamente en una cruz, ¿cómo puedo yo, que quiero ser tu discípulo y que he prometido seguirte, tener una conducta tan diferente y aun opuesta a la tuya, ocuparme sólo de mí mismo y buscarme en todas mis acciones? ¿Cómo puedo ser tan susceptible, tan celoso y tan incapaz de soportar los pequeños defectos, ajenos, cuando estoy yo mismo lleno de ellos? ¡Que me avergüence, Dios mío, de estar tan lejos de ti y de vivir de una manera tan poco conforme con tu doctrina y tus ejemplos!

Concédeme, oh Jesús, por intercesión de la santa Virgen María tan humilde y pequeña a sus ojos, no buscarme en nada, aceptarlo todo con humildad y caridad, olvidarme de mí, no hablar nunca de mí mismo, no ocuparme más de mí, no dar importancia a lo que se pueda pensar o decir de mí y poner en ti solo toda mi confianza, buscando agradarte en todo, no, preocupándome de los juicios de los hombres y acallando en mí todos los pensamientos contrarios a la caridad y a la humildad cristiana. (A. CHEVRIER, *L'esprit et les vertus*).

Otórgame, benignísimo Jesús, tu gracia, para que esté conmigo y obre conmigo y persevere conmigo hasta el fin. Haz que desee y quiera siempre lo que es más agradable, a tu Majestad: tu voluntad sea la mía, y mi voluntad siga siempre la tuya y se concuerde muy bien con ella. Tenga, Señor, un querer y un no querer contigo, y que no pueda querer ni no querer, salvo lo que tú quieres o no quieres. Dame, Señor, que muera a todo lo que es del mundo y que ame por ti ser despreciado y olvidado en este mundo. Dame que sobre todo lo deseable me huelgue en ti y se pacifique mi corazón en ti. (*Imitación de Cristo*, III, 17).

221. NOS HA LAVADO CON SU SANGRE

«Oh Jesús, has sido inmolado y nos has comprado con tu sangre» (Ap 5, 9).

1.— En la primera página del Apocalipsis, el libro profético que celebra el triunfo del Verbo de Dios, Cristo es exaltado como el Salvador que ha derramado su sangre por la redención del mundo. «Al que nos ama, nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados... la gloria y el poder por los siglos de los siglos» (1, 5). El misterio del amor de Cristo a los hombres se revela principalmente en su pasión cuyo aspecto cruento adquiere particular relieve por la sangre derramada hasta la última gota. El Evangelio registra los momentos culminantes. «Pilatos tomó a Jesús y mandó azotarle. Los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza» (Jn 19, 1-2). Azotes y espinas que enrojecieron pronto de sangre la cabeza, el rostro y la espalda del Salvador. En ese estado es presentado a la multitud: «Aquí

tenéis al hombre» (ib 5). Se verifica entonces uno de los hechos más desconcertantes de la historia. Pilatos, pagano, declara: «Inocente soy de la sangre de este justo» (Mt 27, 24), mientras el pueblo elegido, tan amado de Dios y tan beneficiado por Jesús, instigado por los sumos sacerdotes y ancianos, grita: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (ib 25). La frase indica la plena responsabilidad que asume el pueblo en la condena a muerte de Jesús. Pero tal vez no sea aventurado decir que expresa inconscientemente el grito de la humanidad entera necesitada de la sangre de Cristo para ser lavada de las inmundicias del pecado. Esta realidad la testimonia toda la Escritura. «Pues es imposible —escribe S. Pablo— que sangre de toros y machos cabríos borre pecados. Por eso, al entrar en este mundo, dice [Cristo]: Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo... Entonces dije: He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Hb 10, 4-7). El cuerpo que el Padre le ha preparado, la sangre de que la naturaleza humana le ha proveído, todo se inmola y se derrama en sacrificio para la redención de la humanidad. «Habéis sido rescatados... —recuerda S. Pedro—, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin manchilla, Cristo» (1 Pe 1, 18-19).

2.— San Lucas es el único de los evangelistas que nos ha transmitido el recuerdo de la primera sangre derramada por Cristo en su pasión, cuando en el huerto de los olivos, por la intensidad de la angustia interior, «su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc 22, 44). Detalle precioso que demuestra la cruda realidad de la pasión del Señor sufrida en una carne humana como la nuestra y que como a la nuestra le repugnaba el sufrimiento y la muerte. Pero Jesús sale victorioso de esta dolorosísima agonía repitiendo su sí a la voluntad del Padre que le presenta el cáliz amargo.

En cambio Juan, único apóstol presente en el Calvario, habla de las últimas gotas de sangre brotadas del costado abierto de Cristo: «uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Jn 19, 34). El que escribe ha sido testigo ocular y tiene todavía ante los ojos la visión del cuerpo destrozado y sangrante de Jesús crucificado. ¡Toda su sangre ha sido derramada por nuestros pecados! Bastaría meditar a fondo esta verdad para decidirse a cualquier renuncia con tal de eliminar el pecado de la propia vida.

San Pablo, recordando con acento conmovido lo que Jesús sufrió en su pasión, añade: «Vosotros no habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado» (Hb 12, 4). ¿Qué cristiano puede decir que ha luchado «hasta llegar a la sangre» para vencer el orgullo, el egoísmo o cualquier pasión que le induzca al mal? Jesús, cordero inocentísimo, ha castigado en sí los pecados de los hombres con una muerte ignominiosa y sangrienta, y el hombre no sabe castigarlos ni siquiera con el sacrificio de sus inclinaciones viciosas. Ceder al pecado es despreciar la sangre de Cristo, es despreciar el amor y el dolor con que él la ha derramado.

Diariamente en el sacrificio eucarístico se ofrece esta sangre al Padre como propiciación por los pecados, y a los creyentes como bebida de salvación. «Tomad y bebed todos de él. Porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados» (*Pleg. euc.*). Acerquémonos con fe, bebamos con amor, porque «el cáliz de bendición que bendecimos, es comunión con la sangre de Cristo» (1 Cr 10, 16).

Oh Cristo crucificado, nosotros fuimos la tierra en que fue clavado el estandarte de tu cruz; nosotros estuvimos como vaso para recibir tu sangre que corría por la cruz... La tierra no era suficiente para sostener en pie la cruz, y aun habría rehusado tal injusticia; ni clavo alguno habría sido suficiente para tenerte sujeto y clavado, si el amor inefable que a nuestra salvación tenías no te hubiese retenido. De modo que la ardiente caridad hacia el honor del Padre y hacia nuestra salvación, te retuvo [en la cruz]...

Si conozco esta Verdad y me desposo con ella, encontraré en tu sangre, oh Cristo, la gracia, la riqueza y la vida de la gracia; encontraré cubierta mi desnudez, me encontraré vestida con el traje nupcial del fuego de la caridad, mezclados fuego y sangre, la cual [sangre] tú has derramado por amor y unido a la Divinidad.

Oh Cristo crucificado, haz que por tu sangre... me nutra de misericordia; por tu sangre disipe las tinieblas y guste la luz, porque por tu sangre apartaré la niebla del amor propio sensitivo y el temor servil que da pena, y recibiré el temor santo y la seguridad del amor divino, que encontraré en tu sangre. Pero el que no sea hallado amador de esta Verdad..., estará en tinieblas y desnudo del vestido de la gracia..., no por defecto de tu sangre, sino porque despreció la sangre y, como enceguecido del amor propio, no vio ni conoció la Verdad en la sangre.

Haz que me anegue, pues, en tu sangre, oh Cristo; que me bañe en la sangre y me revista de sangre. Y si soy infiel, bautízame otra vez en la sangre; si el demonio me ofusca los ojos del entendimiento, lávame la vista con la ` sangre; si caigo en la ingratitud de no apreciar tus dones, hazme agradecida en la sangre... Disipa la tibieza con el calor de la sangre, y expulsa las tinieblas con la luz de la sangre, para que llegue a ser esposa de la Verdad. (STA. CATALINA DE SIENA, *Epistolario*, 102).

222. POR CRISTO AL PADRE

«Padre, que estemos en comunión contigo y con tu Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3).

1.— La revelación de Dios a los hombres comienza en el paraíso terrenal, cuando, antes del pecado, Dios mismo conversaba con nuestros primeros padres (Gn 3, 8); prosigue luego a través de los patriarcas y los profetas, pero alcanza su plenitud solamente en Cristo, Hijo de Dios. «De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres

por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1, 1-2). Reservó al Hijo de Dios la misión de revelar al mundo el misterio más sublime, tocante a su vida íntima, el misterio de la Santísima Trinidad. Sólo el Unigénito del Padre, que es «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero..., de la misma naturaleza que el Padre» (Credo), podría descubrir al hombre el secreto del misterioso incesante fluir de vida divina que se difunde desde siempre en el seno de la Trinidad: flujo de luz, de amor y de fecundidad infinita que circula en las tres Personas, que son perfectamente iguales, coeternas e infinitas, pero diferentes aun en la unidad de su idéntica naturaleza.

Dice Jesús en su oración al Padre: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17, 3); y en efecto, Jesús ha empleado todos los resortes de su magisterio divino para dar a conocer a los hombres al Dios verdadero, uno y trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ha dado a conocer al Padre, Padre suyo y Padre nuestro (Jn 20,17), su bondad, su misericordia, su providencia, su amor infinito, diciendo de él: «El Padre os quiere» (Jn 16, 27). Y al dar a conocer al Padre, se ha dado a conocer a sí mismo y viceversa: «El Padre y yo somos una sola cosa. El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 10, 30; 14, 9-10); y ha hablado del Espíritu Santo que completaría su obra: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 25-26). Justamente comenta el evangelista: «A Dios nadie le ha visto nunca; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Jn 1, 18),

2.— Cristo revela al hombre la Trinidad y lo conduce a la Trinidad. «Yo soy la vida», repite; y añade: «nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6). Cuanto más unidos a Cristo están los fieles mediante la fe y el amor, más unidos están, en él y por él, a la Trinidad: «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (ib 23). De modo muy particular pone Cristo al hombre en relación con la Trinidad por medio de la Eucaristía. El Vaticano II enseña que sobre todo por la Eucaristía los fieles tienen «acceso a Dios Padre por medio de su Hijo, el Verbo encarnado, que padeció y fue glorificado, en la efusión del Espíritu Santo y consiguen la comunión con la Santísima Trinidad, hechos partícipes de la divina naturaleza» (UR 15). En la Eucaristía, en la que está realmente presente, Jesús continúa su misión de mediador entre el hombre y la Trinidad. Dándose al hombre en la integridad de su persona de Verbo encarnado, le pone en el contacto más directo, íntimo y unificador con las tres Personas divinas. Jesús, presente en el corazón del fiel por el Sacramento, podría repetir sus profundas palabras: «El que me ha enviado está conmigo, no me ha dejado solo. Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 8, 29; 14, 11); por la inseparabilidad de las tres Personas divinas, donde está el Hijo, está también el Padre y el Espíritu Santo. Por eso la comunión sacramental con Cristo viene a ser comunión con

los «Tres», comunión que hace más íntimas y profundas las relaciones enlazadas ya, en fe y amor, entre el fiel y la Trinidad que mora en él. A esta luz la Eucaristía descubre su profundo valor trinitario; como la Encarnación del Verbo tiene por fin conducir al hombre a la Trinidad, así la Eucaristía que es prolongación de la Encarnación, tiene también por fin llevarlo a la Trinidad. La Eucaristía alimenta no sólo la vida de unión con Cristo, sino también la comunión incesante con las tres Personas divinas.

Por lo demás la Eucaristía es el don de la Trinidad: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo» (Jn 6, 32), ha dicho Jesús; y es el Espíritu el que lo vivifica (ib 63). Como el Verbo encarnado viene de la Trinidad y lleva a la Trinidad, así la Eucaristía viene de la Trinidad y a la Trinidad conduce.

Oh Cristo, haz que yo viva de tu vida, y pues eres Dios, que viva de Dios y en Dios, mediante ti y en ti. Nuestra vida está ya escondida contigo en las misteriosas profundidades del seno del Padre, pero día vendrá en que resplandecerá tu gloria, oh Cristo, vida de nuestras almas, y entonces también nosotros unidos a ti estaremos resplandecientes de gloria...

Si tú, oh Cristo, has venido al mundo y te has hecho nuestro camino, verdad y vida, ha sido para conducirnos al Padre. Cuando Felipe dejó escapar de su corazón este grito: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta», tú le respondiste: «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre»... Oh divino Jesús, mi Rey, mi Maestro, mi pontífice, mi cabeza viviente, ¡muéstrame al Padre! ¿Y qué otra cosa necesitamos fuera de él? Deja que te veamos, para que lo podamos ver en ti y por medio de ti; envíanos tu Espíritu, que nos revele tu gloria y nos manifieste a Aquél de quien ella procede. (D. MERCIER, **La vida interior**, 3).

Señor Jesús, Verbo encarnado, creo que eres Dios; Dios verdadero de Dios verdadero; Deum verum de Deo yero. No veo tu divinidad, pero pues el Padre me ha dicho: «éste es mi Hijo amado», yo lo creo, y porque lo creo, quiero someterme a ti enteramente, cuerpo y alma, juicio, voluntad, corazón, sensibilidad, imaginación, todas mis energías. Quiero que se realice en mí la palabra del salmista: «Que todas las cosas sean echadas a tus pies en pleitesía»... Quiero que seas mi cabeza, que tu Evangelio sea mi luz, que tu voluntad sea mi guía. No quiero pensar diferente de ti, porque eres la verdad infalible, ni obrar a espaldas de ti, porque eres el único camino para ir al Padre, ni buscar la alegría fuera de tu voluntad, porque eres la fuente misma de la vida. Hazme tuyo del modo más absoluto por medio del Espíritu Santo, para gloria del Padre. (C. MARMION, **Consagración a la Sma. Trinidad**, 6).

223. DOMINGO XII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Te alabo, Señor, porque has salvado la vida de un pobre de manos de los malhechores» (Jr 20, 13).

Ningún profeta tal vez ha sufrido tanto como Jeremías. De carácter tímido y manso, inclinado a la vida tranquila, tembló de miedo frente a la misión de llevar la Palabra de Dios a un pueblo obstinado y rebelde. Su ánimo sensibilísimo estaba exacerbado por el permanente enfrentamiento y las continuas luchas y persecuciones que tenía que sufrir de parte de su pueblo, mientras procuraba salvarlo a toda costa. Sin embargo, la fuerza de la divina llamada prevaleció, y Jeremías tuvo el coraje de afrontar una vida de riesgos y combates interminables. La fe y la confianza en Dios lo sostenían: «El Señor está conmigo cual campeón poderoso... Oh Señor..., a ti he encomendado mi causa» (Jr 20, 11-12). Las vicisitudes de este profeta, tan humano en la manifestación de sus sufrimientos íntimos, pueden servir de aliento para tantos apóstoles expuestos también hoy a duras luchas. Pero ellos, más felices que Jeremías, tienen para su consuelo el ejemplo y las enseñanzas de Jesús, de quien Jeremías es figura.

Al confiar a los Doce la misión de predicar la Buena Noticia, Jesús les previno de los riesgos que encontrarían: «os entregarán a sus tribunales y os azotarán en sus sinagogas, y por mí os llevarán ante gobernadores y reyes» (Mt 10, 17-18). Todo esto es duro, pero no debe causar maravilla, pues el discípulo no puede tener una suerte mejor que la de su maestro. «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (Jn 15, 20). Cuando los apóstoles vean a Jesús arrastrado a los tribunales, abofeteado, coronado de espinas, condenado a muerte y crucificado, comprenderán el alcance de sus palabras y más tarde, iluminados por el Espíritu Santo, comprenderán que si es forzoso compartir, le suerte del Maestro, es también un honor. Por otra parte, ¿qué se puede temer de los hombres? Ellos podrán mofarse, perseguir, privar de los bienes terrenos, poner en prisión y hasta dar muerte; pero no es ése el mal peor. Dice Jesús en efecto: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquél que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna» (Mt 10, 28). En ciertos casos el creyente puede encontrarse frente a una alternativa extrema: o renegar de la fe por miedo a los hombres, y perder el alma; o para no apartarse de Cristo afrontar daños graves o la misma muerte, y asegurarse así la vida eterna. El martirio, acto supremo de amor a Dios, es un deber para todo cristiano cuando el huirlo signifiquen renegar de la fe.

Para que sus discípulos no se sientan abandonados en sus luchas y persecuciones, Jesús les alienta hablándoles de la Providencia del Padre celestial que está presente en las circunstancias más insignificantes de la vida de su criatura. Si no se descuida él ni siquiera de un pájaro, ¿podrá olvidarse de sus hilos expuestos a peligros por su amor? «No temáis, pues,

vosotros valéis más que muchos pajarillos» (ib 31). Y como el Padre celestial se interesa por ellos, así Cristo un día saldrá también de testigo en su favor delante del Padre como para recompensar su testimonio delante de los hombres. «A todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él delante de mi Padre que está en los cielos» (ib 32).

Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo...

Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, y manadas de fieras, quebrantamiento de mis huesos..., tormentos atroces del diablo, vengan sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesucristo... De nada me aprovecharán los confines del mundo ni los reinos todos de este siglo. A Aquel quiero que murió por nosotros; a Aquel quiero que por nosotros resucitó... Dejadme contemplar la luz pura; llegado allí, seré de verdad hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. (S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, **Carta a los Romanos**, 4-6).

Oh Señor, tú manifiestas de continuo en nuestra debilidad que eres fuerte; has concedido a tu Iglesia crecer en medio de las vicisitudes; cuando parece oprimida, se levanta más vigorosa, porque las pruebas son experiencias de la fe. Y después de que haya perseverado con fidelidad en la vida presente, da, Señor, a tu Iglesia la gloria. (**Oraciones de los primitivos cristianos**, 319).

CICLO B

«Señor, tú libras de la angustia; tú transformas la tempestad en calma» (SI 107, 28-29).

La liturgia de la Palabra se centra hoy en el tema de la omnipotencia de Dios, y de su señorío sobre el universo. La lectura del Antiguo Testamento presenta la singular visión concedida a Job en respuesta a sus lamentos y angustiosos interrogantes por las graves desventuras que le habían golpeado. Dios se le muestra como creador y amo de todos los elementos y como señor del mar que él contiene en unos límites prefijándola. «Llegarás hasta aquí, no más allá; aquí se romperá el orgullo de tus olas» (Jb 38, 11). Al mostrar su poder y grandeza infinita, Dios quiere darle a entender que el hombre no puede osar discutir con él y pedirle cuentas de lo que hace. Job, hombre justo, comprende, se retracta de sus protestas y se remite al juicio insondable de Dios. A la sumisión resignada de Job —que sigue siendo un ejemplo luminoso— el cristiano está en situación de añadir la confianza y el abandono filial en la providencia del Padre celeste, cuyo revelador ha sido Cristo.

En el Evangelio vuelve el mismo tema en un contexto divino, iluminado por la presencia de Cristo, poseedor de la omnipotencia divina. Es de noche. El

Maestro con sus discípulos está en la barca sobre el lago y, cansado de las fatigas de la jornada, se duerme. De improviso se desencadena «una fuerte borrasca y las olas irrumpían en la barca, de suerte que ya se anegaba» (Mc 4, 37). Los discípulos asustados le despiertan, y él con una simple orden calma aquel temporal. «Increpó al viento y dijo al mar: "Calla, enmudece". El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza» (ib 39). Salvados de la tempestad, los discípulos son presa de un temor nuevo. Habían visto a Jesús dormir en el fondo de la barca como un hombre cualquiera, y de repente le ven hacer cosas imposibles para un hombre. Y se preguntan mutuamente: «Pues ¿quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?» (ib 41). Pero el Maestro ha respondido ya implícitamente diciendo: «¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?» (ib 40). Reprochándoles su falta de fe, Jesús viene a decirles que él es Dios, porque sólo Dios puede exigir que se crea en su poder de dominar las tempestades y de salvar de la muerte. El pánico había desbaratado la fe débil aún de los discípulos, haciéndoles olvidar los milagros que habían visto ya obrar al Maestro.

También hoy las desventuras, los sufrimientos, los peligros, las vicisitudes borrascosas de la vida personal y de la vida de la Iglesia hacen vacilar la fe demasiado débil de muchos creyentes, que murmuran, como Job, o tiemblan como los discípulos en el lago, olvidando que Cristo está siempre con sus fieles y con su Iglesia y que no deja de asistirles, aunque su presencia sea escondida y silenciosa, como la del Maestro dormido en la barca. Y hasta es más silenciosa, porque no se despierta para hacer milagros y ni siquiera se ha de pretender que los haga. El gran milagro es que Cristo conduce a su Iglesia y a cada uno de sus miembros a la salvación a través de tempestades y adversidades. El que cree firmemente no se perderá, sino llegará a ser «una creatura nueva» (2 Cr 5, 17), no turbada ya por las tribulaciones porque está anclada en la fe del que ha muerto y resucitado por nosotros.

Hacia ti clamo, Señor; roca mía, no estés mudo ante mí; no sea yo, ante tu silencio, igual que los que bajan a la fosa. Oye la voz de mis plegarias, cuando grito hacia ti, cuando elevo mis manos, oh Señor, al santuario de tu santidad...

Señor, mi fuerza, escudo mío; en él confió mi corazón, he recibido ayuda: mi carne de nuevo ha florecido; le doy gracias de todo corazón. Señor, fuerza de su pueblo, fortaleza de salvación para su ungido. Salva a tu pueblo, bendice a tu heredad. (**Salmo 28, 1-2. 7-9**).

Te pedimos, oh Señor, que nos sea devuelta pronto la paz, que se nos conceda al punto la ayuda en medio de estas tinieblas o de estos peligros, que se cumplan las promesas que te has dignado anunciar a tus siervos: la restauración de la Iglesia, la seguridad de la salud eterna, después del aguacero la escampada, después de las tinieblas la luz, después de las borrascas y temporales una dulce tranquilidad.

Y pedimos también el auxilio benévolo de tu amor paternal, las maravillas de tu majestad divina, de modo que sean confundidos los perseguidores, sea más

sincera la penitencia de los caídos y la fe robusta y firme de los que perseveran sea glorificada. (S. CIPRIANO, **Cartas**, 7, 8).

CICLO C

«Oh Señor, mi alma se aprieta contra ti para seguirte» (SI 63, 9).

El profeta Zacarías hablando de la época mesiánica, la describe como el templo en el que Dios derramará para Jerusalén «un espíritu de gracia y de clemencia» (12, 10). Pero esa alegría será turbada por la muerte violenta de un personaje misterioso, «a quien traspasaron» (ib), por el que todo el pueblo llorará amargamente. Es una profecía del Mesías doliente que reaparece bajo otra forma en los vaticinios de Isaías sobre el Siervo de Yahvé, «herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas» (53, 5). Asistiendo a la muerte de Jesús, Juan se acordará de las palabras de Zacarías y más tarde las referirá en su evangelio para comprobar que en el Cristo crucificado y atravesado con una lanza se habían cumplido las Escrituras (Jn 19, 37). Jesús mismo había sido el primero en hacer esta confrontación cuando, queriendo dar a sus discípulos una idea exacta de su persona y de su misión, les había anunciado los sufrimientos que le aguardaban.

Al fin de su primer año de ministerio, Jesús reúne en torno a sí a los discípulos y después de haberse entretenido con ellos en oración —pues que nadie puede comprender a Cristo si el Padre no le ilumina—, descorre el velo de su misterio. Ante todo les pregunta: «Quién dice la gente que soy yo?» (Lc 9, 18-20). Si las multitudes le tienen por profeta, los discípulos admitidos a su intimidad, testigos de sus milagros y destinatarios privilegiados de sus enseñanzas, tienen que haber captado algo más. Y Pedro responde en nombre de todos: Tú eres «el Mesías de Dios» (ib). La respuesta es exacta; es eco de la profecía de Isaías sobre «el Ungido del Señor», enviado «a anunciar la buena nueva a los pobres» (61, 1). Pero no es eso todo. Y Jesús la completa hablando por vez primera de su pasión: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser... ejecutado» (Lc 9, 22). Así se presenta como el Siervo de Yahvé, «despreciable y deshecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias» (Is 53, 3). Para los discípulos que lo mismo que sus compatriotas pensaban sólo en un Mesías-rey, esta revelación hubo de ser muy dura y turbadora. Pero Jesús no da pie atrás, antes prosigue avisándoles que también ellos habrán de pasar por el camino del sufrimiento: «El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo» (Lc 9, 23). El irá delante para dar ejemplo, y llevará el primero la cruz; el que quiera ser su discípulo, deberá imitarle, y no una vez sola, sino «cada día», negándose a sí mismo —voluntad, inclinaciones, gustos— para conformarse con el Maestro sufriente y crucificado. «Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo» —dice San Pablo— (Gl 3, 27); revestidos de su pasión y de su muerte. Como bautizado en la muerte de Cristo, el cristiano debe vivir a

imagen del que antes de ser glorificado fue el «varón de dolores». Y como la pasión del Señor desembocó en la alegría de la resurrección, así el cristiano que lleve la cruz hasta perder la vida por Cristo, la salvará encontrándola en él en la gloria eterna.

Oh Cristo, Hijo de Dios, meditando tu pasión y muerte, resuena en mi alma tu palabra divina: «Yo no te amé fingidamente». Esta frase me hiere con dolor mortal, porque me abre los ojos del alma y comprueba la verdad de esa afirmación.

Veo las obras de tu amor, veo cuánto has hecho, Hijo de Dios, para manifestarme tu amor. Descubro cuánto has soportado durante la vida y en la muerte, siempre por el desmedido amor que me tienes. Veo en ti todas las señales de un amor cierto, y no puedo en modo alguno dudar de la verdad de esas palabras: no fingidamente, sino con amor perfectísimo y entrañable me has amado.

Considero luego cómo en mí acaece lo contrario, que te amo insinceramente y con mentira. Es tan grande el dolor de mi alma, que exclama: «Maestro, lo que dices que no hay en ti, lo hay por desgracia en mí. Porque nunca te amé sino con engaño y mentira. Nunca quise acercarme a ti para compartir los dolores que llevaste por mí. Nunca te serví sino fingidamente y no con sinceridad».

Veo cómo tú me has amado de veras, descubro en ti todas las señales y las obras del más verdadero amor, cómo te has dado todo en servicio mío y te has acercado a mí hasta hacerte hombre y sentir en ti mis dolores. Y tú dices: «Todos los que me amaren e imitaren mi pobreza, mi dolor y mi humildad, esos serán mis hijos legítimos. Los que tuvieren su espíritu fijo en mi pasión y muerte, donde está la verdadera salud y no en otra parte, esos serán mis hijos legítimos». (Cf. B. ANGELA DE FOLIGNO, **El libro de la B. Angela**, II).

224. ¡OH SANTISIMA TRINIDAD!

«A ti alabanza, a ti gloria, a ti acción de gracias por todos los siglos, oh Santísima Trinidad» (BR, Fiesta de la Trinidad).

1.— El hombre con su sola, razón es absolutamente incapaz de vislumbrar el misterio trinitario y no puede alegar derecho a conocerlo; este misterio le rebasa del modo más absoluto. El hecho de que Dios se lo haya revelado está descubriendo la intención divina de admitirlo a la intimidad de su familia como hijo y amigo.

«No os llamo ya siervos —dice Jesús—, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15). Este «todo» revelado por Cristo comprende hasta el misterio más profundo y personal de Dios, el misterio trinitario. Como un amigo guarda para su amigo los secretos más caros e íntimos, y a él solo se los revela en un gesto de amistad, así el Verbo hecho carne, Dios igual al Padre y al Espíritu Santo, en un gesto de amor

confidencial, ha revelado a los hombres el misterio de la Santísima Trinidad que sólo él ha contemplado y contempla continuamente en el seno del Padre; y solamente después de esta manifestación les llama amigos.

Cristo confía a los discípulos «todo lo que» ha escuchado del Padre, todo lo que ellos pueden comprender de la vida íntima de Dios, y lo hace para que también puedan gozar de ella con él: «Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (ib 11). El goza infinitamente de su Padre, de serle Hijo, de ser su imagen perfecta y sustancial, goza de amarlo y de ser amado con la potencia infinita del Amor increado, goza del Amor recíproco que procede de él y del Padre y que es a su vez una Persona divina, el Espíritu Santo. Este su gozo quiere participarlo a los hombres, para que también ellos gocen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero el fin último por el que Cristo manifiesta este misterio es la gloria de Dios, para que Dios sea glorificado por los hombres, no sólo en la unidad de su naturaleza sino también en la Trinidad de sus Personas; para que también en la tierra se eleve incesantemente el cantó de alabanza: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

2.— El Prefacio de la fiesta de la Trinidad enuncia así el misterio trinitario: «Padre santo, Dios omnipotente y eterno: con tu Hijo único y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor, no una sola Persona, sino tres Personas en una sola naturaleza» (MR).

El Padre es la fuente de toda la Trinidad. Desde siempre se conoce el Padre perfectamente a sí mismo, y, conociéndose, engendra a su Verbo, Palabra sustancial en la que se expresa y se contempla a sí mismo enteramente, Hijo unigénito al que da toda su esencia, divinidad y bondad infinitas, del que dice el evangelista: «En el principio la Palabra existía, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1, 1). El Hijo es «el resplandor de la gloria y la impronta de la esencia» del Padre (Hb 1, 3); pero resplandor y esencia sustanciales, porque el Hijo tiene en sí la misma naturaleza y las mismas perfecciones que el Padre. Desde toda la eternidad el Padre y el Hijo se contemplan mutuamente y se aman infinitamente por la infinita indivisible perfección que ambos poseen; amándose, se atraen el uno al otro, y el uno al otro se entregan, derramando toda su naturaleza y esencia divina en una tercera Persona, el Espíritu Santo, que es el término, la prenda y el don sustancial de su mutuo amor. Así la misma naturaleza y la misma Vida divina circula del Padre al Hijo y del Padre y el Hijo se derrama en el Espíritu Santo, para luego refluir en el Padre. La Trinidad es el misterio de la vida íntima de Dios que rebosa de las operaciones perfectísimas de conocimiento y amor con que él mismo se conoce y se ama.

El misterio trinitario presenta a Dios en tres Personas iguales y distintas pero subsistentes en una única naturaleza, como dice muy bien el Símbolo pseudoatanasiano: Esta es la fe católica: veneramos un solo Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad; sin confundir las Personas y sin dividir la sustancia. Porque una es la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del

Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma divinidad, una gloria igual y una majestad coeterna». Y la liturgia le hace eco: «Al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna divinidad, adoramos tres Personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad» (Pret. de la Trinidad).

Señor y Dios mío, en ti creo, Padre, Hijo y Espíritu Santo... Fija la mirada de mi atención en esta regla de fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida que tú me hiciste poder, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe, y disputé y me afané en demasía. Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; ansí siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto.

Ante ti está mi firmeza y mi debilidad: sane ésta, conserve aquélla. Ante ti está mi ciencia y mi ignorancia: si me abres, recibe al que entra; si me cierras el postigo, abre al que llama. Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa...

Cuando arribemos a tu presencia, cesarán estas muchas cosas que ahora hablamos sin entenderlas, y tú permanecerás todo en todos, y entonces modularemos un cántico eterno, loándote a un tiempo unidos todos en ti. (S. AGUSTIN, **De Trinitate**, XV, 28, 51).

¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal, ten piedad de nosotros, sálvanos! ¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

¡A coro las maravillosas creaturas de Dios, ni de mañana ni de tarde enmudezcan! No enmudezcan los astros luminosos, ni las elevadas montañas, ni los abismos del mar, ni las fuentes de los ríos torrenciales, mientras nosotros cantamos con nuestros himnos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Todos los ángeles del cielo respondan: ¡Amén, Amén, Amén!

¡Poder, alabanza, honor y gloria eterna a nuestro Dios, único dador de toda gracia! ¡Amén, Amén, Amén! (**Plegarias de los primeros cristianos**, 98).

225. EL MISTERIO DEL DIOS VIVO

«Mi corazón y mi carne gritan de, alegría hacia el Dios vivo» (S 84, 3).

1.— El misterio trinitario nos muestra, mejor que cualquier otro misterio, que nuestro Dios es el «Dios vivo», cuya vida es esencial e incesantemente fecunda, tan fecunda que el Padre comunica al Hijo toda su naturaleza y esencia poseyéndola los tres con la misma perfección infinita. «En esta Trinidad nada hay posterior ni anterior, nada hay mayor o menor, sino que las tres Personas son absolutamente coeternas e iguales» (Símb. ps-atanas.).

La Trinidad, mejor que cualquier otro misterio, nos revela la bondad infinita de Dios, pues nos dice que Dios es bueno no sólo porque es bien infinito,

sino también porque comunica toda su bondad: del Padre al Hijo, del Padre y del Hijo al Espíritu Santo. La vida de la Trinidad es un mutuo darse sin cesar en perfecta comunión: el Padre se da totalmente al Hijo, el Hijo se da totalmente al Padre y de este su don recíproco procede el Espíritu Santo, Don sustancial que a su vez refluye en el Padre y en el Hijo. Se sigue de ahí que «el Padre está todo en el Hijo y todo en el Espíritu, Santo; el Hijo está todo en el Padre y todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre y todo en el Hijo» (*Conc. Ecum. Florentino*). Este es el misterio del Dios vivo, «Dios verdadero, uno en la Trinidad y trino en la Unidad» (BR).

Siguiendo la revelación y el magisterio de la Iglesia, puede el hombre conocer este sublime misterio, pero no lo puede comprender. Frente a él experimenta como nunca la infinita desproporción entre la inteligencia humana y los misterios divinos, y advierte como nunca la inmensa distancia que media entre la Criatura y Dios, el Ser supremo, el Altísimo, el Dios uno y trino. Pero si la razón queda deslumbrada por la profundidad del misterio, esa razón iluminada por la fe no se extravía, sino que se humilla en el reconocimiento de su insuficiencia, cree y adora. «Mientras más sin camino natural iban [las cosas de la fe] —escribe Sta. Teresa de Jesús—, más firme la tenía, y me daba devoción grande: en ser todopoderoso quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hicierais Vos» (V 19, 9).

2.— Absolutamente feliz y perfecta en sí misma, la Trinidad no se encierra en su vida y en su bien, sino que quiere hacer partícipes de él de algún modo a sus criaturas. La Trinidad se abre al mundo: el Padre da a su Hijo, el Hijo por obra del Espíritu Santo se encarna, y por medio de él los hombres, si quieren, tienen acceso a la Trinidad. «Por él —dice S. Pablo— tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2, 18). La Trinidad nos ama: se abre a nosotros y a nosotros se da para atraernos a sí. Todas las grandezas de la vida cristiana tienen su primer origen en el misterio trinitario. En virtud de él el creyente es hijo del Padre, hermano del Hijo encarnado y templo del Espíritu Santo.

Si la Trinidad es en su vida íntima, don esencial y absoluto, es también don —aunque libre, relativo, participado y creado— en sus relaciones con los hombres. Se da al hombre el Padre cuando después de haberlo creado a su imagen y semejanza, sacrifica a su Unigénito para redimirlo; se da el Hijo cuando se encarna y muere por el hombre en la cruz y continúa dándosele en alimento; se da el Espíritu Santo cuando mora en su corazón derramando en él la gracia y la caridad. La Trinidad se da a sus criaturas de este modo, a fin de elevarlas al estado de hijos, introducir las en el círculo de su familia divina y hacerlas partícipes de su vida, de su amor y de su felicidad eterna. El Evangelio presenta al Padre rodeando al hombre de su misericordia y providencia paternas, al Hijo tomándole de la mano, y enseñándole a vivir como verdadero hijo de Dios, y al Espíritu Santo renovándolo y santificándolo para hacerle nacer a la vida divina. En todo esto pensaba el Apóstol cuando cerraba la carta a los Corintios con este magnífico augurio: «Que la gracia del

Señor Jesucristo, el amor de Dios [Padre] y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros» (2 Cr 13, 13). Todo esto debe tenerlo presente el Cristiano cuando nombra a la Santísima Trinidad, para excitarse al amor, al reconocimiento y a la adoración. «Nosotros te invocamos, te alabamos, te adoramos, oh Santísima Trinidad» (BR).

Te invoco, oh Bienaventurada, bendita y gloriosa una Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Dios, Señor y Paráclito, gracia y comunicación.

Te invoco, Engendrador, Engendrado y Regenador; verdadera luz de luz verdadera; fuente, río y riego; de uno todo, por uno todo y en uno todo; del cual, por el cual y en el cual son todas las cosas; vida viviente, vida que procede del viviente y del vivificador de los vivientes; uno de sí mismo, uno del uno, y uno de entrambos...; verdad Padre, verdad Hijo y verdad Espíritu Santo...

Dios, suma y verdadera beatitud, del cual, por el cual y en el cual es bienaventurado todo lo que es bienaventurado. Dios, verdadera y suma vida, del cual, por el cual y en el cual vive todo lo que verdadera y bienaventuradamente vive. (S. AGUSTIN, **Meditaciones**, 31-32).

¡Oh esperanza mía y Padre mío y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra!, ¡y qué palabras éstas para no desconfiar ningún pecador! ¿Faltaos, Señor, por ventura, con quien os deleitéis, que buscáis un gusanillo de tan mal olor como yo? Aquella voz que se oyó cuando el Bautismo, dice que os deleitáis con vuestro Hijo. ¿Pues hemos de ser todos iguales, Señor?

¡Oh qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¡Y que todo esto olvidemos los mortales! Acordaos, Vos, Dios mío, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabedor.

¡Oh ánima mía! considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, éstas se aman y unas con otras se deleitan. Pues ¿qué menester es mi amor? ¿Para qué le queréis, Dios mío, o qué ganáis? ¡Oh, bendito seáis Vos, Dios mío, para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no le puede haber en Vos. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 7, 1-2).

226. HAREMOS MORADA EN EL

«Oh luz eterna, Unidad y Trinidad bienaventurada, infunde amor en nuestros corazones» (BR, Fiesta Trin.).

1.— Ya a nuestros primeros padres quiso Dios ofrecerse no sólo como Creador sino como Trinidad; pero el pecado interrumpió esta comunicación íntima de amistad con la que Dios quería tratar al hombre como hijo y amigo a quien descubrir el misterio de su vida íntima para asociarlo a ella. Todo esto

sería dado de nuevo al hombre por la encarnación del Verbo, por Cristo, el Hombre-Dios Mediador entre Dios y la humanidad. Rescatando al hombre del pecado, Jesús le devolvió la capacidad de recibir el don divino: la gracia santificante, y por ende el amor, que lo hace partícipe de la naturaleza y de la vida divina. Y así en virtud de la redención obrada por él, puede Jesús hacer la gran promesa: «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23). La Santísima Trinidad se complace en hacer morada en el que ama, o sea, en el fiel que vive en la gracia y el amor, porque, como dice S. Juan: «Dios es amor, y quien permanece en amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Dios mismo infunde en el hombre el amor, participación creada de su ser y de su naturaleza infinita; lo infunde el Padre que es su manantial, el Hijo que lo merece y el Espíritu Santo que lo comunica. El don es gratuito y totalmente inmerecido, porque Dios «nos ha amado el primero» (ib 19), pero compete al hombre abrirse a la efusión de este don y no oponerle obstáculo ni resistencia. Cuanto mejor sepa acoger el amor divino y vivir en él, tanto más se complacerá la Trinidad en hacer morada en él, como el amigo se complace en estar con su amigo, tratando con él en dulce intimidad. «Mira —dice el Señor— que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). ¿Cuál será nuestra res puesta?

2.— Si vivimos en el amor. Dios no sólo mora en nosotros, sino que, siendo el Dios vivo, vive en nosotros: vive su vida íntima y trinitaria. Vive en nosotros el Padre, que de continuo engendra al Hijo, y vive el Padre y el Hijo de los cuales incesantemente procede el Espíritu Santo. Nuestra alma es el pequeño cielo en el que se expande esta sublime vida divina, la vida de la Santísima Trinidad. Mas ¿para qué vive en el hombre la Trinidad sino para invitarle a su vida? El Padre engendra en él al Hijo, y se lo da para hacerle hijo suyo. El Padre y el Hijo expiran en él al Espíritu Santo y se lo dan, para que él que es el término y el vínculo de su amor y de su unión, sea también el vínculo del amor y unión del hombre con la Trinidad.

Las Personas divinas están en el creyente que las acoge y se asocia a su vida por medio de la fe y de la caridad. Mediante la fe cree en ellas, mediante la caridad se une a ellas. Se une al Padre, que lo recibe en su abrazo paterno, lo sostiene con su fuerza omnipotente y lo arrastra consigo a la contemplación y amor del Hijo, según lo que el mismo Hijo ha revelado: «nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae» (Jn 6, 44). Se une al Hijo, que lo inunda con su resplandor, lo penetra con su luz infinita, le da a conocer al Padre, verificándose así su palabra: «nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6). Se, une al Espíritu Santo, que derrama sobre él la gracia de adopción como hijo de Dios, vierte en su alma una participación cada vez más plena de la vida divina y lo estrecha Consigo en una comunión cada vez más íntima con el Padre y con el Hijo, para que su unión con Dios sea perfecta.

«¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis?» —grita San Juan de la Cruz— (C 39, 7). La Santísima Trinidad quiere asociarnos a su vida divina ¿y nosotros volveremos los ojos a otra parte?

Santa e individua Trinidad, bondad indefectible, escucha mis súplicas. Como me has hecho partícipe de tus sacramentos sin mérito alguno mío, sino por sola tu bondad gratuita, haz también que persevere hasta mi última hora en la fe, en la esperanza, y en la caridad...

Dios trino y uno, acepta las oraciones de tu humilde siervo. Dame, Señor, diligencia con que te busque, sabiduría con que te encuentre, un alma que te conozca, unos ojos que te vean, una conversación que te agrade, perseverancia hasta el fin, un final feliz y el premio eterno...

A ti, Señor, te descubro los secretos de mi corazón, a ti te confiese todos mis pecados... Dispón todas mis acciones según tu beneplácito, para que progrese de día en día, avance de virtud en virtud. Delante de ti, oh Señor, derramo mi plegaria suplicante, delante de ti el llanto de mi corazón...

Oh Trinidad, luz bienaventurada, aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad, librame, sálvame, justifícame...

Ven, oh piadoso Señor, y mora en medio de nosotros, para que experimentemos tu presencia en nuestros corazones. (S. ANSELMO, **Oraciones**, 1).

Oh Trinidad santa, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tu divina omnipotencia me dirija y me confirme, tu divina sabiduría me instruya e ilumine, tu divina bondad ayude y perfeccione mi fe, para que pueda devolvértela en la hora de mi muerte íntegra y sin mancha, enriquecida con el logro abundante de todas las virtudes.

Padre celestial, Rey de reyes, dignate preparar en mí la fiesta nupcial para el Rey tu Hijo. Jesucristo, Hijo del Dios vivo, haz que mi corazón se una a ti, porque tú eres al mismo tiempo mi rey y mi Dios. Espíritu Santo, Paráclito, une perpetuamente mi corazón a Jesús con el mismo vínculo de amor con que unes al Padre y al Hijo. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**).

227. VENDREMOS A EL

«Trinidad santa, haz que viviendo en tu amor more yo en ti y tú en mí» (1 Jn 4, 16).

1.— Desde el momento del Bautismo la Santísima Trinidad ha hecho su morada en el cristiano; sin embargo, la Iglesia en el «Veni, Sancte Spiritus» enseña a invocar constantemente la venida del Espíritu Santo y por ende de toda la Santísima Trinidad, porque, por su indivisible unidad, donde hay una Persona no pueden faltar las otras. Pero si la Trinidad está ya en el creyente, ¿cómo puede venir de nuevo? Basta que él se encuentre en estado de gracia para que Dios, presente en él como creador, se le haga presente como amigo

y le invite a vivir en su intimidad. Pero esta intimidad tiene grados, y se hará cada vez más estrecha y amigable a medida que el fiel, creciendo en gracia y amor, sea capaz de entrar en relaciones más íntimas con la Trinidad. Algo así como sucede entre dos personas que, por motivo de amistad, viven en la misma casa: creciendo su afecto, su amistad se hace más intensa; por eso, aunque estaban ya presentes la una a la otra, su presencia recíproca adquiere un aspecto nuevo, el aspecto que tiene la presencia de un amigo queridísimo. Aunque la Trinidad mora ya en el creyente, puede hacerse cada vez más presente en él bajo el aspecto de una amistad más íntima, es decir, las Personas divinas pueden entrar con él en relaciones amistosas más profundas, como sucede en realidad a medida que, progresando en la caridad, participe más de la gracia. Y como estas nuevas efusiones de la Trinidad tienen aspectos y producen efectos siempre nuevos, es justo hablar de ellas como de nuevas venidas o nuevas visitas de las Personas divinas. Pero en realidad las Personas divinas están ya presentes en el alma y sus visitas no vienen del exterior, sino de dentro del alma misma donde moran y donde se le entregan y también, al menos hasta cierto punto, se le revelan, según la palabra de Jesús: «El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21). Es una manifestación interior basada en el amor y reservada al que ama; por medio del amor se da a conocer la Trinidad al hombre del modo más íntimo y personal, y le infunde el sentimiento de su presencia.

2.— La primera visita o efusión de la Trinidad al creyente tuvo lugar el día del bautismo: el Padre le envió al Hijo, el Padre y el Hijo le enviaron al Espíritu Santo y, por la indisoluble unidad de los Tres, el Padre vino sin ser enviado. Esta visita se renueva luego siempre que, al recibir un sacramento o progresar en el amor, crece el cristiano en gracia y caridad. La promesa de Jesús: «vendremos a él» (Jn 14, 23) nunca se agota, es siempre nueva, siempre capaz de nuevas realizaciones, cuantas veces renueva el hombre la condición, o sea, cuantas veces ama con amor más intenso. Este don divino que se le ofrece con tanta largueza, debe moverlo a generosidad y constante progreso en el amor, porque sólo así podrá gozarlo en plenitud. Si no pone obstáculo al desarrollo de la caridad y de la gracia en su alma, la Santísima Trinidad no pondrá límites a sus efusiones.

La Trinidad vive en el bautizado y se da a él para que viva en ella. Para eso ha revelado Jesús el misterio trinitario, ha redimido al hombre y le ha hecho partícipe de la gloria de su filiación divina, y para eso antes de ir a la Pasión oró: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (Jn 17, 21). Como Cristo vive en el Padre en la unidad del Espíritu Santo, así el cristiano debe vivir en la Trinidad que mora en él. El lazo de unión con las tres Personas divinas es siempre Cristo Señor nuestro. Él es la puerta: «Yo soy la puerta» (Jn 10, 9), y él es el camino: «Yo soy el camino» (Jn 14, 6), por el que es preciso pasar. Por Cristo, con Cristo y en Cristo, somos admitidos a vivir en comunión con los «Tres» vivientes en nosotros; a

nosotros nos toca aceptar la invitación y realizar esa espléndida vida divina mediante las virtudes teologales y particularmente la fe y la caridad. Mientras por la fe creemos y adoramos a la Trinidad presente en nosotros, por la caridad entramos en el círculo de su vida, porque —vale la pena repetirlo—. Dios es amor, y quien permanece en amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16).

¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme totalmente de mí para establecerme inmutable y plácidamente en ti como si mi alma viviera ya en la eternidad. Que nada pueda alterar mi paz, ni apartarme de ti, oh mi inmutable, sino que, cada momento de mi vida, me sumerja más profundamente en tu divino Misterio. Pacificad mi alma. Estableced en ella vuestro cielo, vuestra morada predilecta, vuestro lugar de descanso. Que nunca os deje solo, sino que, vivificada por la fe, permanezca con todo mi ser en tu compañía, en completa adoración y entregada sin reservas a vuestra acción creadora.

¡Oh mi Cristo adorado, crucificado por amor! Quiero ser una esposa para tu corazón. Quisiera glorificar y amarte... hasta morir de amor. Pero reconozco mi impotencia. Por eso te pido que me revistas de ti mismo, que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma, que me sumerjas en ti y que me invadas; que tu ser sustituya mi ser, para que mi vida sea solamente una irradiación de tu propia vida. Ven a mí como adorador, como reparador y como salvador. ¡Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios! Quiero pasar mi vida escuchándote. Quiero permanecer atenta a tus inspiraciones para que seas mi único maestro. Quiero vivir siempre en tu presencia y morar bajo tu luz infinita, a través de todas las noches, vacíos y fragilidades. ¡Oh mi Astro querido! Humíllame con tu resplandor fulgurante de tal modo que ya no pueda apartarme de tu divina irradiación.

¡Oh fuego abrasador, Espíritu de amor! Desciende a mí para que se realice en mi alma como una encarnación del Verbo. Que yo sea para él una humanidad suplementaria donde renueve su misterio. Y Vos, ¡oh Padre!, proteged vuestra pobre y débil criatura. Cubridla con vuestra sombra. Contemplad solamente en ella a vuestro Hijo muy amado en quien habéis puesto vuestras complacencias.

¡Oh mis Tres, mi todo, mi bienaventuranza, soledad infinita, inmensidad donde desaparezco! Me entrego a Vos como víctima. Sumergíos en mí, para que yo quede inmersa en Vos, en espera de ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas. (ISABEL DE LA TRINIDAD, Elevación).

228. EN EL NOMBRE DEL PADRE...

«Que viva yo en el nombre del Padre que me ha creado, del Hijo, que me ha redimido y del Espíritu Santo que ha sido derramado en mí» (RRa).

1.— Toda la vida cristiana de la Trinidad procede y a la Trinidad confluye como a su último fin. «Id, pues —dijo Jesús a los discípulos—, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo

y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). La vida cristiana se inicia así en el nombre de la Trinidad y en ella se funda. El que pide ser admitido en la Iglesia, queda consagrado por medio del bautismo como templo de la gloria de Dios y morada del Espíritu Santo, por Prieto nuestro Señor (Bautismo de los niños). Luego será absuelto de los pecados, ungido con el santo crisma, ordenado sacerdote o unido en matrimonio «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Y cuando su vida llegue al último trance, la Iglesia orará: «Parte, alma cristiana, de este mundo, en el nombre del Padre omnipotente, que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo, cuya gracia se derramó en ti» (RRa). Esta sugestiva fórmula sintetiza toda la acción de la Trinidad en favor del hombre; muestra cómo todo cuanto es y todo cuanto tiene como criatura y como cristiano, procede de la Trinidad sacrosanta. También el Sacrificio eucarístico se comienza y se termina en el nombre de la Trinidad; la Eucaristía misma es su don: es el Padre quien da «el verdadero pan del cielo» (Jn 6, 32) y este Pan vivo y vivificante es su mismo Hijo hecho hombre, cuya «carne es verdadera comida» y cuya «sangre es verdadera bebida» (ib 55). Pero esto no se hace sin el Espíritu Santo, porque «el Espíritu es el que da vida» (ib 63), es el Espíritu el que vivificando la Humanidad gloriosa de Cristo, la hace capaz de comunicar la vida.

La señal de la cruz con que se comienzan todos los ritos sagrados, en la que se administran todos los sacramentos, con la que repetidamente bendice la Iglesia a sus fieles y ellos se signan varias veces al día, expresa esta gran realidad. Todo en la vida del cristiano se hace y debe hacerse en el nombre de la Santísima Trinidad; todo debe ser digno de testimoniar fe y amor, reconocimiento y entrega al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

2.— Hasta la vida de la Iglesia se funda en el misterio trinitario. «Toda la Iglesia —enseña el Concilio Vaticano II— aparece como "un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"» (LG 4). La unión de todos los creyentes en una única Iglesia fue el objeto de la oración de Jesús al Padre: «Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado» (Jn 17, 22-23). Jesús, el Unigénito del Padre, ha hecho partícipes a los hombres de su gloria de Hijo de Dios, para que también ellos sean introducidos en el movimiento misterioso de la vida trinitaria, movimiento de amor y de unidad. Cristo quiere que el amor y la unión de los creyentes reflejen el amor y la unidad de la Trinidad beatísima. Quiere que se amen mutuamente hasta el punto de ser «uno como nosotros». Una unión semejante entre hombres de civilización, mentalidad, aptitudes y mentalidades diferentes, no es posible sino en Dios, esto es, no es posible si cada creyente no vive personalmente unido a Dios en la caridad. Ya lo dijo Jesús: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (ib 21). Sin este estar y vivir en Dios, es imposible una unión sincera, duradera y profunda, por encima de

divergencias o intereses discordes. Sólo el amor que procede de Dios y une a Dios, puede realizar ese milagro. Y Cristo lo ha pedido implorando del Padre que todos los creyentes «sean perfectamente uno», proponiendo como modelo la indivisible unidad de la Trinidad sacrosanta.

Este concepto, muy del gusto del Vaticano II, es remachado con frecuencia en sus documentos: «El supremo modelo y supremo principio de este misterio [la unión de los creyentes] es, en la Trinidad de Personas, la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo» (UR 2). El ideal es tan sublime que la mente se pierde; sin embargo, ésta es la meta a la que hay que tender y éste el testimonio que la Iglesia está llamada a dar al mundo, para que «el mundo conozca que tú me has enviado». El ejemplo de la unión entre los creyentes debe inducir al mundo a reconocer la verdad del cristianismo y a reconocer en Cristo al verdadero Hijo de Dios.

Cada mañana en la santa Misa... me ofreceré al Padre, me inmolaré con el Hijo para ser transformada y consumada en la comunión del Espíritu Santo, y en la Comunión reforzaré mi unión contigo, oh Trinidad santísima..., exultando de gozo al pensar que por cada obra buena del día se cumplirán en mí tus misiones invisibles.

Sí, Padre; engendra en mí a tu Verbo y conociéndolo en mí, ámallo y sé por él amado y expira con él en mí tu Amor, y pues el amor transforme al amante en el amado, transfórmeme así en el Espíritu Santo.

¡Oh fuente de vida, luz benéfica, caridad infinita! Permanece en mí y pon en mí tu morada estable. Tenme fija en ti, en la paz y en el gozo de tu espíritu, haciéndome imperturbable, libre y sencilla. Quiero cooperar a tu acción santificadora. Quiero esconderme y concentrarme toda en ti, para abrazar en ti a todas las almas y amarte y servirte en el prójimo con la caridad fraterna más generosa, olvidada de mí misma.

Permanece en mí como en tu templo donde quiero vivir en sociedad contigo, a la luz de la fe, iluminada por el don de sabiduría, a la espera de contemplarte sin velos cara a cara en el cielo, en el convite eterno de amor. (SOR CARMELA DEL ESPÍRITU SANTO, **Escritos inéditos**).

Recíbeme, Padre santo, en tu clementísimo paternidad, para que después de haber recorrido el estadio en el que, por tu amor, he comenzado a correr, reciba como premio de mi carrera la herencia eterna.

Recíbeme, Jesús amantísimo, en tu benignísima fraternidad Y lleva junto conmigo el peso de este día abrasador, para que seas tú mi alivio en toda fatiga, compañero de viaje, guía y hermano.

Recíbeme, Espíritu Santo, Dios de amor, en tu piadosísima misericordia y caridad, para que en todo el curso de mi vida te tenga de maestro preceptor y dulcísimo amigo de mi alma. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 4).

229. ALABANZA DE SU GLORIA

«Trinidad santa, que sea yo alabanza de tu gloria» (Ef 1, 12).

1.— «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales... en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1, 3-6). En breves trazos anuncia S. Pablo el plan de salvación querido por el Padre y ejecutado por el Hijo bajo el sello del Espíritu Santo (ib 13) para gloria de la Trinidad. Si «los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento pregonan las obras de sus manos» (Sl 19) porque atestiguan su poder, sabiduría y belleza infinitos, tanto más las obras que atañen a la creación del hombre y a su elevación al estado sobrenatural magnifican la gloria de la Trinidad, siendo como son la manifestación más gloriosa de su bondad excelsa. ¿Qué más podía hacer la Trinidad que comunicarse al hombre hasta el punto de morar en él para arrastrarlo al vértice feliz de su vida divina? ¿Y cómo podrá el hombre no vivir para la gloria de la Trinidad? Es ésta la excelsa vocación del cristiano, afirmada por San Pablo con tanta claridad: Hemos sido «elegidos de antemano... para ser alabanza de su gloria» (Ef 1, 12). Por eso justamente el Padre nos ha elegido □ para ser santos e inmaculados en su presencia» (ib 4).

En perfecta sintonía con ese plan, el Vaticano II espolea a todos los fieles, y particularmente a las personas consagradas, a «perseverar y aventajarse en esa vocación..., para una más abundante santidad en la Iglesia y para mayor gloria de la Trinidad, una e indivisible, que en Cristo y por Cristo es la fuente y origen de toda santidad» (LG 47). Cuanto más santo es cada uno, más santa es la Iglesia; su santidad glorifica a la Trinidad y la hace en cierto modo visible a los hombres. «A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo» (GS 21).

2.— Dios «difundió con liberalidad y no cesa de difundir la bondad divina, de suerte que el que es creador de todas las cosas ha venido a hacerse "todo en todas las cosas" (1 Cr 15, 28), procurando a la vez su gloria y nuestra felicidad» (AG 2). Esta es la conducta de Dios, el cual, siendo el Bien sumo e infinito, no puede ordenar sus obras a alguien que no sea él mismo; pero al mismo tiempo su bondad es tan grande que quiere hacer coincidir su gloria con la felicidad del hombre, es decir, quiere glorificarse derramando en él su bien, su vida y su amor. Y esto sólo por amor, por pura generosidad. «Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo..., a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros» (Ef 2, 4-7). Dios no se ha contentado con

glorificarse en obras inanimadas, por estupendas y grandiosas que fuesen — como los cielos, los mares, los espacios—, sino que ha querido y quiere gloriarse en criaturas —como los ángeles y los hombres— capaces de gozar de sus dones y aun predestinadas por él a participar de su misma felicidad eterna. El cristiano más humilde y desconocido que sabe acoger con amor y reconocimiento los dones divinos, sacando de ellos motivos para loar a Dios, le glorifica más que todas las bellezas esparcidas por el universo entero. El cristiano que se abre totalmente al don de la Trinidad que mora en él y que vive en comunión con las tres Personas divinas, da a la Trinidad la gloria suprema que el hombre puede tributarle.

Pero hay una gloria más alta, verdadera gloria divina, que el cristiano está llamado a ofrecer a la Trinidad, y es la que Cristo mismo ofrece a su divino Padre en el Sacrificio eucarístico. La Eucaristía es la acción de gracias infinita que el Cristo total, o sea Cristo unido a su Iglesia, ofrece al Padre en nombre de toda la humanidad. «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos» (MR). Si el hombre sufre por su insuficiencia para dar a Dios una gloria digna de él, asociándose al Sacrificio de Cristo, tiene la gozosa seguridad de ofrecer a la Trinidad una alabanza adecuada a su majestad infinita.

¡Oh silenciosa Trinidad, manantial supremo de luz, amor y paz inmutable! Todo en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno, todo está ordenado a la alabanza de gloria de u Nombre santísimo.

Para unirme a la alabanza incesante del Verbo, que sube a ti desde las profundidades del alma de Cristo, por él, con él y en él, a imitación de la Virgen de la Encarnación y a través de sus purísimas manos, me ofrezco como hostia de la Trinidad.

Padre amado, la gracia de adopción de mi bautismo me ha hecho tu hijo. Guárdame. Que ninguna culpa voluntaria venga a empañar ni ligeramente la pureza de mi alma. Sino que mi vida, cada día más fiel, suba hacia ti con el abandono filial e ilimitado del niño que se sabe amado por la ternura de un Padre omnipotente.

¡Oh Verbo, pensamiento eterno de mi Dios, figura de su sustancia y esplendor de su gloria!, no quiero otra luz que tú. Ilumina mis tinieblas con tu luz de vida. Que camine yo afirmado en la fe, y más dócil cada vez a las ilustraciones de tu sabiduría y de tu ciencia, a la espera del día en que toda otra luz desaparecerá frente al esplendor fulgurante de tu rostro divino.

Espíritu Santo, que unes al Padre y al Hijo en una felicidad sin fin, enséñame a vivir cada instante y en todas las cosas en la intimidad de mi Dios, más integrado cada vez en la unidad de la Trinidad...

Después de este mundo que pasa, cuando las sombras terrenas se hayan desvanecido para mí, que mi vida de eternidad discurra ante el rostro de la Trinidad Santísima, en la incesante alabanza de gloria del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. (M.M. PHILIPON, **Consagración a la Stma. Trinidad**).

Es cosa digna que todas las bocas glorifiquen, todas las voces confiesen y todas las criaturas veneren y celebren tu nombre adorable y glorioso, ¡oh Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que has creado el mundo con tu gracia y a sus habitantes con tu clemencia, que en tu misericordia has salvado a los hombres y has concedido a los mortales un Inmenso beneficio.

Millares y millares de espíritus celestiales te bendicen y te adoran... Con los querubines y los serafines glorifican y adoran tu grandeza y proclaman incesantemente respondiéndose el uno al otro: Santo, santo, santo es el Señor Sebaoth; los cielos y la tierra están llenos de su magnificencia, de su presencia y del esplendor de su grandeza. (**Oraciones de los primeros cristianos**).

230. DOMINGO XIII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Que muera de verdad al pecado y viva para Dios en Cristo Jesús» (Rm 6, 11).

La liturgia de la Palabra nos lleva hoy a considerar las características del verdadero discípulo de Jesús. El Señor mismo las traza con palabras escuetas que no se pueden eludir: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí» (Mt 10, 37-38). El seguimiento de Cristo exige una adhesión radical que se expresa en un amor totalitario, superior a todo otro amor; hay que amar a Jesús más que a los padres, más que a los hijos, más que a sí mismo, más que a la vida. Esto no significa negarse a los afectos de la familia o del prójimo —cosa absolutamente contraria a la ley de Dios—, sino que no hay que anteponer nunca el amor a la criatura al amor a Cristo. Cuando las circunstancias de la vida ponen ante la encrucijada de elegir o a la criatura o a Dios, el cristiano no puede dudar en la elección, aunque tenga que imponer a su corazón graves sacrificios. Por lo demás, el hombre, cuando ha entregado todo su corazón a Cristo, se hace capaz de un amor mayor al, prójimo y a sus mismos familiares, porque sólo el amor sobrenatural permite superar todas las barreras y reservas del egoísmo. La exhortación de Cristo a tomar la cruz y seguirle se resuelve en gran parte precisamente, en la superación del egoísmo, que, impidiendo el amor a Dios, obstaculiza también el del prójimo y aun el de los propios familiares. Y si para ser fieles a Cristo es a veces necesario negarse a las criaturas, éstas entonces no dejan de ser amadas, sino que al contrario se las ama con un amor más puro, que al no plegarse a compromisos es capaz de elevarlas hasta Dios.

«El que encuentre su vida la perderá —sigue diciendo Jesús—; y el que pierda su vida por mí la encontrará» (ib 39). Si entregando todo su corazón a Cristo, lo recupera el hombre enriquecido, con una capacidad divina de amor, así renunciándose hasta el límite extremo —la pérdida de la vida—, recupera

en Cristo la verdadera vida, la vida eterna que nadie le podrá quitar. A pocos se les pide testimoniar su amor hasta dar la vida por Cristo; pero se le pide a todo cristiano vivir en tal disposición que nunca retroceda frente al sacrificio.

A esta luz se ha de meditar la segunda lectura, en la cual S. Pablo recuerda a los cristianos sus deberes de bautizados «en la muerte» de Cristo. Dice con frase incisiva: «Fuimos sepultados con él en la muerte» (Rm 6, 4). No sólo muertos, sino «sepultados» sin más en tu muerte, esa muerte que ha destruido el pecado. La consecuencia es clara: el cristiano ha de estar de tal modo muerto al pecado, que lo elimine de su vida. Un comportamiento diferente es considerado por S. Pablo como anormal; según su pensamiento, el que ha sido bautizado en la muerte de Cristo debe resucitar para siempre con él y como él a «una vida nueva» (ib.). Esa «novedad» consiste en la liberación del pecado. S. Pablo ha comprendido a fondo las exigencias del seguimiento de Cristo. Repitamos, pues, que es preciso morir a cuanto aparta del servicio generoso del Señor, renunciar a cuanto compromete la preferencia absoluta y el primado de amor debido a él. Sólo así es el cristiano discípulo digno de Cristo, asociado íntimamente a su muerte y a su vida. «Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir, es un vivir para Dios. Lo mismo vosotros consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro» (ib 10-11).

La caridad bien ordenada es un afecto sincero a ti, oh clementísimo Señor Jesucristo, o al prójimo... El amor no es ordenado si no eres tú amado sobre todas las cosas, porque tú eres infinitamente superior a todas las criaturas. Y el amor del prójimo es ordenado, si es amado el prójimo por ti... Si se ama a los padres o parientes más que a ti, ese amor no es ordenado, ni el que ama es digno de ti...

Oh benignísimo Señor, éstos son los preceptos que deben guiar constantemente nuestra atención, nuestro pensamiento y nuestro recuerdo, y que debemos siempre practicar y cumplir, con todas nuestras fuerzas. Ahora bien, por la caridad al prójimo se conoce si el amor a ti, oh Señor, se conserva y acrecienta; pues el que descuida amarte a ti, tampoco sabe amar al prójimo...

Oh piadosísimo Señor Jesucristo, ordenador de la caridad del amor, dignate ayudarme perdonándome a mí, pecador, haciéndome partícipe de tu misericordia e inmensa clemencia. Ablanda mi corazón de piedra, de modo que convirtiéndome a ti te ame, y ame al prójimo por amor tuyo, para que viva eternamente contigo en caridad bien ordenada. (R. JORDAN **Contemplaciones sobre el amor divino**, 31).

¡Oh Jesús!, que nada me turbe y nada me detenga a lo largo del camino. Sólo tú eres la meta de mi vida; lo demás no vale nada. Con tal que te ame y vaya a ti, el resto poco importa. Que sepa yo, oh Señor, sacrificarte de corazón todas mis penas de espíritu y de corazón. La tierra no es nada, el mundo no es nada; tú, Jesús, tú sólo eres todo para mí que soy todo tuyo. (A. CHEVRIER, **Lesprit et les vertus**).

CICLO B

«Yo te ensalzo, Señor, porque me has levantado..., me has recobrado de entre los que bajan a la fosa» (Sl 30, 2. 4).

El binomio muerte-vida constituye la temática central de la liturgia del día.

Dios, que es el viviente por excelencia, se autodefine: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14); él no puede ser más que el autor de la vida, «no fue Dios —dice el libro de la Sabiduría— el que hizo la muerte, ni se recrea en la «destrucción de los vivientes» (1, 13). Creando al hombre a su imagen y semejanza, no podía destinarlo a la muerte. La Escritura es explícita sobre este punto: «Dios creó al hombre incorruptible, le hizo imagen de su misma naturaleza» (2, 23). ¿De dónde procede, pues, la triste realidad de la muerte a la que nadie puede escapar? Desde las primeras páginas de la Biblia se la presenta como el castigo del pecado (Gn 3, 19), y el fragmento de hoy, aludiendo a esa idea, precisa: «Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sb 2, 24). El Maligno incitando al hombre a pecar lo arrastró a la muerte total: muerte física y muerte espiritual, es decir separación eterna de Dios. Y mientras la muerte corporal —aunque siga siendo consecuencia del pecado— es para el justo tránsito a la vida eterna, la del impío coincide con la perdición eterna. «La justicia es inmortal» (Sb 1, 15), afirma la Escritura; o sea; los que viven según la virtud y según Dios, tienen asegurada la inmortalidad; en cambio, los impíos con sus pecados «llaman a la muerte» (ib 16), la muerte eterna, separación irreparable de Dios, fuente de la vida.

Redimiendo al hombre del pecado, Jesús lo ha redimido también de la muerte; le ha restituido plenamente su destino de vida eterna. Cristo demuestra este poder con las resurrecciones que obra; el Evangelio de hoy (Mc 5, 21-43) refiere el de la hija de Jairo. Igual que en el caso de Lázaro, no dice Jesús que está muerta, sino que duerme: «La niña no está muerta, está dormida» (ib 39); como para indicar que la muerte, lo mismo que el sueño admite un despertar y que para él no es más difícil resucitar a un muerto que despertar a uno que duerme.

Las resurrecciones realizadas por Jesús son ciertamente hechos excepcionales, pero esbozan una realidad muy superior que pondrá al fin de los tiempos para todos los hombres: la resurrección de los cuerpos. San Juan Crisóstomo, comentando la narración evangélica, dice: «¿No ha resucitado Cristo a tu hija? Pues bien, la resucitará con absoluta certeza y con una gloria mayor. Aquella niña, después de ser resucitada, murió de nuevo; pero tu hija cuando resucite, será para siempre inmortal» (In Mt 31, 3). Esta es la fe y la esperanza cierta del cristiano para sí y para todos sus seres queridos: «esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro» (Credo). Es preciso afianzar esa fe y esa esperanza para ser capaces de contemplar la muerte propia y la ajena con ojos cristianos: como nacimiento a la vida eterna y encuentro definitivo con Dios.

También la caridad ha de concurrir a serenar al hombre frente a la muerte. En la segunda lectura (2 Cr 8, 7-9; 13-15) exhorta San Pablo a los Corintios a dar su contribución generosa para aliviar la pobreza de los hermanos de Jerusalén. Y recordándoles que Jesús, «siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que con su pobreza nos hagamos ricos» (ib 9), les invita a inclinar la abundancia propia sobre la indigencia ajena, porque «un día la abundancia de ellos remediará vuestra falta» (ib 14). En otras palabras, la limosna que alivia la miseria material de los desheredados, remedia la moral de los hacendados o de cualquiera que la realice. La caridad, la benevolencia y la generosidad para con los pobres, obtiene de Dios el perdón de los pecados y enriquece para la vida eterna.

Perdóname, Señor, antes de que me vaya y de que no exista en adelante. Líbrame de los pecados antes de que me vaya, para no marchar con ellos. Perdóname para que descanse en mi conciencia y me exonere de la agitación de la angustia. Me preocupo de esta angustia debido a mi pecado.

Ante todo, perdóname para ser aliviado antes de que me vaya y de que no exista en adelante. Si no me hubieses perdonado para ser aliviado, marcharé y no existiré...

Oh Señor, contemplo aquella bienaventurada región, aquella patria, aquella casa en la que los santos participan de la vida eterna y de la inmutable verdad, y temo ir fuera de allí adonde no se hace presente el ser, y deseo estar donde está el sumo ser...

Perdóname para ser aliviado antes de que me vaya y ya no exista en adelante. Si no me perdonas los pecados, estaré sin ti eternamente. ¿A quién, pues, me encaminaré eternamente? Hacia aquel que dijo: «Yo soy el que soy»; hacia aquel que dijo: «Di a los hijos de Israel: El que es me envió a vosotros». Quien camina en sentido opuesto de aquel que es, se dirige al no ser. (S. AGUSTIN, In Ps 38, 22).

CICLO C

«Señor, te seguiré adondequiera que vayas» (Le 9, 57).

Las exigencias del servicio del Señor son el hilo conductor de las reflexiones que brotan de las lecturas de hoy.

Durante la misteriosa teofanía en el monte Horeb, Elías recibe de Dios el mandato de consagrar profeta a Eliseo. Bajado del monte lo encontró arando; «pasó a su lado y le echó encima su manto» (1 Re 19, 19); este gesto profético significaba la misión profética de que le investía. La respuesta fue inmediata: Eliseo dejó los bueyes —«doce pares» precisa el sagrado texto, era, pues, rico— y corrió en pos de Elías. Sólo una cosa le pide: «Déjame decir adiós a mis padres; luego vuelvo y te sigo» (ib 20). Detalle conmovedor, por humanísimo, que muestra cómo la llamada divina no hace al hombre in-

sensible a los afectos familiares, aunque le pida su sacrificio, cuando es necesario, para dedicarse enteramente al servicio de Dios y del prójimo. Dios tiene el derecho de pedir al hombre dejarlo todo —profesión, haberes, casa, familia— para seguir su llamamiento.

En el paso evangélico de Lucas que hoy se lee (9, 51-62) hay un paralelismo muy pronunciado con este episodio. Después de la teofanía del Tabor, Jesús emprende con los apóstoles un largo viaje hacia Jerusalén, donde será procesado y crucificado. Por el camino encuentra tres candidatos a discípulos, que representan a los innumerables que querrán seguirle a lo largo de los siglos, y a los que les precisa las condiciones de su seguimiento. «Te seguiré adonde vayas» (ib 57), dice el primero; y el Señor replica: «Las zorras tienen madriguera y los pájaros nido; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (ib 58). El que quiera seguir a Cristo no puede pretender seguridad o ventajas terrenas. Al segundo le dirige Jesús una invitación perentoria como un mandato: «Sígueme» (ib 59), y a éste, lo mismo que al tercero que solicita una espera en favor de sus familiares, no duda Jesús en declararle que es preciso seguir sin dilación su llamada. Hay casos en que un aplazamiento o el pensarlo demasiado podrían comprometerlo todo: «El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios» (ib 62). El Cardenal Roncalli decía hablando a los clérigos: «Dejamos nuestra tierra y nuestra familia, no perdiendo el amor a la tierra y a la familia, sino elevando este amor a un significado más alto y más vasto... ¡Ay de nosotros si seguimos pensando en una casa cómoda..., en un tenor de vida que nos procure gloria, honores o satisfacciones mundanas!» (Venecia, 3 marzo 1957).

Es claro que estas exigencias están ligadas a una vocación particular: sacerdotal, religiosa o semejante. Pero no se piense que no interesan para nada al simple fiel. A todos —aun en la vida familiar, profesional o social— les puede sonar la hora en que se imponga tomar una actitud de entrega heroica, pagada a precio bien caro. Hay que tener entonces el valor de meditar también estas palabras fuertes del Evangelio para reaccionar contra la concepción de un cristianismo mediocre, fácil, perezoso y reducido a la medida de las comodidades e intereses propios.

En la segunda lectura (Gl 1, 13-18) recuerda San Pablo que el cristiano ha sido llamado por Cristo a la libertad: pero que ésta no ha de ser confundida con el capricho o la comodidad propia, que antes o después llevan a la esclavitud del pecado, sino que debe servir a la caridad: «sed esclavos unos de otros por amor» (ib 13). El servicio generoso de los hermanos, aceptado por amor de Dios, libra del egoísmo como ninguna otra cosa y no es raro que exija sacrificios semejantes a los que insinuó Jesús a los tres candidatos a discípulos que encontró en su camino hacia Jerusalén.

Digo al Señor: Señor mío, tú eres mi bien, nada hay fuera de ti... Señor la parte de mi herencia y de mi copa; tú mi suerte aseguras...; mi heredad es primorosa para mí.

Bendigo al Señor que me aconseja; aun de noche mi conciencia me instruye. Pongo al Señor ante mí sin cesar; porque él está a mi derecha, no vacilo. Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro descansa...

Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces delante de tu rostro; a tu derecha, delicias para siempre. (**Salmo 16**, 2.5-11).

Señor Jesús, te lo ruego, ordena mis afectos; siento un gran temor de faltar a lo que te debo, a los celos de tu amor, a la intimidad de tu ternura. Tú ves a quién y cómo amo, y que no me reservo; te doy plenos poderes, me pongo a tu disposición: corta, mortifica, conserva, purifica, santifica, haz brotar. Sólo te pido que nada en mí turbe tu mirada de complacencia...

Oh Señor, tú ves que sólo deseo agradarte, pero ves también que soy miserable, mundano, apegado a la belleza creada, pobre de toda sólida virtud, inestable, nervioso y débil. Defiéndeme contra mi debilidad y haz que a toda costa sea tuyo como tú quieres que lo sea. Ignoro la medida de tu gracia, ignoro los designios de tu providencia; siento que no puedo menos de desfallecer y caer, disiparme y abandonar tus caminos, y buscarme a mí mismo aun en el bien que hago. ¡Ten piedad de mí, Señor! (L. DE GRANDMA1SON, Vida, de Lebreton).

231. ESTOY SIEMPRE CONTIGO

«Dios, tú mi Dios..., mi alma se aprieta contra ti; tu diestra me sostiene.» (Sl 63, 2. 9).

1.— Dios «no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (He 17, 27-28). No sólo nos rodea Dios dondequiera con su presencia operante en todas las criaturas y en nosotros mismos, sino que mora en nosotros por la gracia: «nosotros somos santuario de Dios» (2 Cr 6, 16). Es una presencia espiritual que escapa al control de los sentidos, pero real. Sí, pues, Dios está siempre con nosotros y en nosotros, ¿por qué no podemos mantenernos en contacto continuo con él? Este es el anhelo profundo de quien vive intensamente su vida de fe, convencido de que la presencia de Dios es la más real de todas las presencias. Es la única Presencia necesaria, sin la que ninguna criatura puede subsistir, la Presencia que rige y sustenta todo el universo, la Presencia que en el alma del justo es inhabitación de la Trinidad y ofrecimiento de amistad íntima en una relación continua de conocimiento y amor. Meditando este misterio escribía Sor Isabel de la Trinidad: «Dios en mí y yo en él. He ahí nuestro lema. ¡Qué agradable resulta esta presencia en el interior de nuestro ser, en este santuario íntimo de nuestras almas! Allí le encontramos siempre aunque no disfrutemos de su presencia sensible. Pero él sigue presente y se encuentra hasta más cerca de nosotras. Es allí donde me gusta buscarlo, procuremos no dejarlo nunca solo. Que nuestras vidas sean una oración ininterrumpida» (Carta 49).

El que ha intuido la grandeza del misterio de Dios presente en su corazón, desea ardientemente vivir con él, prolongar su contacto con él durante todo el día, en medio de cualquier ocupación. ¿Cómo se puede tener a Dios tan cerca y olvidarlo? «Si como ahora entiendo —exclama Sta. Teresa— que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey [lo entendiera antes], que no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con él, y más procurara que no estuviera tan sucia» (Cm 28, 11).

2.— «Anda en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17, 1), dice el Señor. Y el salmista responde: «Sin cesar estoy junto a ti; de la mano derecha me has tomado» (Sl 73, 23). Ponerse en la presencia de Dios y estar con él durante el tiempo de la oración es cosa relativamente fácil, pero permanecer en ella siempre es más difícil. Acaece, en efecto, que al volver a las ocupaciones propias, la conciencia de la presencia de Dios, reavivada durante la oración, se desvanece poco a poco y así el cristiano se porta con frecuencia como si Dios no estuviese ya presente, no estuviese ya con él y en él. Sta. Teresa de Jesús escribe: «(Debemos) aun en las mismas ocupaciones, retirarnos a nosotros mismos. Aunque sea por un momento solo, aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho» (Cm 29, 5). Basta un rápido movimiento interior de la mente, de la voluntad y del corazón para volver a la presencia de Dios y renovar el contacto con él. Esto es posible no sólo al que vive en soledad, sino al que está inmerso en los negocios y en continuas relaciones con personas y cosas, si bien en este caso se precisa mayor esfuerzo. La Santa se dirige precisamente al que se encuentra en esa situación y le dice: «Si hablare, procurar acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo; si oyere, acordarse que ha de oír a quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía... Si pudiere, muchas veces al día; si no, sea pocas» (ib 7). Cuanto más se practica ese ejercicio, mejor aprende el cristiano a andar en la presencia de Dios y a vivir con él.

Puede usarse también este método en otro sentido, aplicándolo a la presencia de Dios en el prójimo. Si no siempre —triste es pensarlo— está Dios presente en todos por la gracia, sí que lo está con su esencia, en cuanto Creador y conservador de su ser. Este pensamiento ayuda a reconocer y adorar la presencia divina en cualquier persona y por lo tanto a tratar con ella no sólo por motivo profesional o deber social, sino también y sobre todo relacionándola con Dios, a quien se ve y se venera en esa criatura. Esto exige buena voluntad y aplicación constante para no dejarse arrollar por la actividad; pero el que sabe perseverar en este esfuerzo con amor, no tardará en gustar sus frutos y podrá afirmar con el salmista: «Estoy sin cesar junto a ti» (Sl 73m 23).

¡Oh Dios! Tú estás continuamente presente a mí con todo tu amor, toda tu ternura y tu poder divino, y yo no lo sabía. Yo, que tengo tanto miedo de estar sola, no lo estoy nunca. Tu omnipotencia y tu amor, Dios mío, me protegen y

me rodean sin cesar con delicadeza; tú me amas con un amor que quiere comunicarse y abajarse hasta el objeto amado para elevarlo a ti, preservarlo de todo mal y colmarlo de tus bienes.

¡Qué indelicadeza, qué debilidad dudar de ese amor a causa de las propias preocupaciones; y qué atrevimiento a la vez! Dios mío, fortaléceme contra mi debilidad. (B. M. TERESA DE SOUBIRAN).

A todos nosotros, Dios mío, nos dices como a Abrahán: «Anda en mi presencia y sé perfecto». Estar en tu presencia es el medio, la causa; ser perfecto es el resultado, el efecto, el fin.

«Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial»... Nos dices que seamos perfectos, y al mismo tiempo nos muestras el medio para serlo, que es estar incesantemente en tu presencia... Cuando se está bajo los ojos de quien se ama ¿se puede hacer otra cosa que procurar, con todas las potencias del propio ser, agradarle en todo?...

Todos los momentos de la vida estamos ante tus ojos, Dios mío, mucho más cerca, mucho más íntimamente que podemos estarlo con cualquier ser humano en el coloquio más íntimo... No solamente estás cerca, estás en torno nuestro y estás en nosotros; tú nos envuelves y nos llenas; no sólo conoces nuestras palabras y nuestras acciones, sino hasta nuestros más secretos y fugaces pensamientos... Dios mío, que piense yo sin cesar en esta verdad bendita: si un momento sólo de la compañía de quien se ama parece tan dulce y es más precioso que la tierra toda... ¿cuál será entonces nuestra felicidad infinita, cuando, todos los momentos de nuestra vida gozamos de tu presencia?

Dios mío, dame a sentir esa presencia, dámela a gozar pensando en ella incesantemente, y así, gracias a ella, ser perfecto. (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el A. T.**, Ob. esp.).

232. PERSEVERANTES EN LA ORACION

«Con toda mi alma te anhele en la noche, y con todo mi espíritu por la mañana te busco» (Is 26, 9).

1.— En la oración se «ejercita el amor; que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad» (T. J. V 7, 12). Precisamente porque la oración se funda sobre todo en el amor y procede de él, es posible prolongarla fuera del tiempo dedicado exclusivamente a ella. Si es imposible pensar siempre en Dios, ya porque la mente se fatiga, ya porque muchas ocupaciones requieren toda su aplicación, es, sin embargo, muy posible amar y desear siempre a Dios, aun mientras el pensamiento está ocupado necesariamente en otra cosa. La caridad consiste justamente en la orientación íntima de la voluntad a Dios y ésta puede y debe subsistir aun durante el desempeño de los deberes que absorben la inteligencia; dicha orientación puede ser intensificada por el deseo de hacerlo todo por amor de Dios, para agradarle, y darle gloria. «La causa de la oración —enseña Sto. Tomás— es

el deseo movido por la caridad... Y ese deseo debe ser en nosotros continuo, bien actual, bien virtualmente... Se dice que uno ora de continuo... por la continuidad de su deseo» (S. T. 2-2, 83. 14). Cuanto más vivo, constante y capaz de inspirar y penetrar toda la vida del cristiano es su deseo de Dios, tanto más continua es su oración, y entonces pone en práctica el consejo de la S. Escritura: «Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cr 10, 31). Para gloria de Dios, por amor de Dios que no está lejos de nosotros sino en nosotros, más íntimo a nosotros que nosotros mismos, y desde el fondo de nuestro ser suscita el deseo de él, y derrama y aviva la caridad. Si no nos hacemos insensibles a sus impulsos y sordos a sus llamadas, hallaremos en nosotros, procedente de Dios, la fuente inagotable de un deseo y un amor cada vez más intensos. «En la fe, esperanza y caridad oramos siempre con un continuo deseo —dice S. Agustín—. También en medio de las actividades hemos de orar siempre con el deseo» (Carta 130, 18.19).

2.— «Estad en vela, orando en todo tiempo» (Lc 21, 36). «Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias» (Cl 4, 2). «¿Sufre alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos» (St 5, 13). La Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está llena de parecidas invitaciones a la plegaria continua. Y es claro que no están dirigidas a ermitaños, a monjes o enclaustrados, sino a todos los hombres. Para quien tiene fe viva, la oración es la respiración del alma, la atmósfera habitual sin la que no puede vivir, como el cuerpo no puede vivir sin aire. Pero lo mismo que no se puede pensar siempre en Dios, tampoco se pueden recitar de continuo largas oraciones. «Es negocio más de gemidos que de discursos», dice muy expresivamente S. Agustín; y refiere el Santo que los monjes de Egipto hacían oraciones muy frecuentes, pero brevísimas como rápidos flechazos, para que la atención vigilante, tan necesaria al que ora, no se debilitase por la muy larga duración» (Carta 130). En otras palabras, se trata del uso frecuente de breves aspiraciones ó jaculatorias formuladas más con el corazón que con los labios, que por su brevedad y espontaneidad no cansan, mientras que por su brevedad y ardor son muy eficaces para alimentar la caridad y mantener el contacto con Dios. Precisamente en este sentido dice el Vaticano II que para aumentar la caridad «todo fiel debe aplicarse asiduamente a la oración» (LG 42), recomienda a los miembros de los institutos de perfección «cultivar con asiduo empeño el espíritu de oración y la oración misma» (PC 6), y la misma exhortación dirige a los clérigos y sacerdotes, para que sean «asiduos en la oración, fervorosos en el amor..., realizando todo para gloria y honor de Dios» (LG 41). Si es verdad que para mantenerse unidos a Dios basta el deseo virtual, es también verdad, por la debilidad humana, que para mantener encendido, y por lo tanto eficaz, ese deseo, es necesario expresarlo de vez en cuando con actos explícitos, los cuales sirven al mismo tiempo de reclamo, de comprobación y

de estímulo. «Traiga de ordinario el afecto en Dios, y calentársele ha el espíritu divinamente» (J. C. Dichos b, 1).

¡Dios mío, mi alma desfallece por el deseo de unirse a ti y de estrecharse íntimamente a ti con el lazo dulce y santo de un indisoluble amor! ¿Qué busco en los cielos, o qué deseo sobre la tierra? El Dios de mi corazón, el Dios que será mi herencia eternamente. ¡Oh! ¿Cuándo cesará totalmente para mí el rumor del mundo? ¿Cuándo seré finalmente liberado de los lazos, de las preocupaciones y de las vicisitudes del siglo? ¿Cuándo acabará mi peregrinación, y la triste prisión de este destierro? ¿Cuándo veré declinar las sombras de la mortalidad y brillar la aurora de la luz eterna? ¿Cuándo, libre del peso de este cuerpo, gozaré de ti y te alabaré eternamente y sin impedimentos en unión de tus santos? ¡Dios mío, amor mío, mi único deseo, mi bien único! (B. LUIS DE BLOIS, *Guía espiritual*, 4).

Señor, delante de ti está todo mi deseo. No delante de los hombres que no pueden ver el corazón, sino delante de ti...

Que mi deseo se halle ante ti, y tú, Padre, que ves en lo escondido, me escucharás. Mi deseo es mi oración, si el deseo es continuo, continua es la oración... Pero ¿acaso nos arrodillamos, nos postramos y levantamos las manos ininterrumpidamente, pues por eso se dice: «Orad sin cesar»?... Existe otra oración interior y continua, cual es el deseo... Que no cese yo nunca de desear, para que no cese nunca de orar.

Mi deseo continuo será mi voz continua. Callaré, si dejo de amar... El frío de la caridad es el silencio del corazón; y el fuego del amor, el clamor del corazón. Señor, que permanezca en mí siempre la caridad, para que clame siempre; si clamo siempre, siempre deseo...

Delante de ti está todo mi deseo. ¿Qué sucederá si el deseo está delante de Dios y no está el gemido? Pero ¿cómo puede acontecer esto, siendo así que el gemido es la voz del deseo?... Si allí se halla el deseo, también el gemido; no siempre llega a los oídos del hombre, pero jamás se aparta de los oídos de Dios. (S. AGUSTIN, *In Ps*, 37, 14).

233. EL DIALOGO CON EL PADRE

«Señor, te tengo siempre ante mis ojos: tú me mostrarás el sendero de la vida» (Sl 16, 8. 11).

1.— «La religión es por su naturaleza una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa en diálogo esa relación... El diálogo se hace pleno y confidencial; es invitado a él el niño, el místico se vuelca en él» (Pablo VI, *Ecclesiam suam*). El diálogo con Dios no es un episodio en la vida del cristiano fervoroso, sino una costumbre querida que tiende a hacerse continua. No es algo estudiado o impuesto como ciertas conversaciones de etiqueta o de conveniencia, sino totalmente espontáneo, como un encuentro entre padre e

hijo. No es tampoco un suceso exterior que se agota en fórmulas y palabras articuladas con los labios, sino un suceso interior que implica una relación profunda con Dios y un vivo deseo de escucharlo y holgarse con él.

El tiempo de la oración está dedicado directamente a este diálogo, pero no debe restringirse a ese tiempo. La oración tiene por objeto intensificar el diálogo con Dios, alimentarlo y enfervorizarlo; pero terminada esa oración formal, no debe cerrarse el diálogo con el que está siempre con nosotros, ni se debe cesar de escuchar al que, aun en medio del silencio, tiene siempre algo que comunicar a los que le aman, al menos con su presencia que nunca falta y con la gracia y la caridad que infunde en el alma de continuo.

«Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón» (Sl 95, 7-8). Dios no está obligado a hablarnos sólo en determinado tiempo o de manera determinada. Para hacerse oír no necesita palabras: sus inspiraciones, las mociones de su gracia, las circunstancias permitidas por su providencia son más elocuentes que cualquier lenguaje humano y pueden llegar al hombre en cualquier momento o lugar. Mas para percibir las, se precisa recogimiento interior, constante orientación de la voluntad hacia él y deseo de captar el menor gesto de su divino querer y beneplácito. «Como los ojos de los siervos en la mano de sus amos..., así están nuestros ojos en Yahvé, nuestro Dios» (Sl 123, 2).

2.— Toda la vida del cristiano debe ser asumida en el diálogo con Dios, o mejor, debe esa vida convertirse en diálogo. «Fiel es Dios —dice S. Pablo—, por quien habéis sido llamados a la unión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro (1 Cr 1, 9). Por esta su fidelidad no cesa de abrir el diálogo con el hombre, para que el hombre pueda verdaderamente vivir en comunión con él. La iniciativa es siempre suya: él es quien llama. Dios es el buen pastor que conoce sus ovejas y las llama a cada una por su nombre (Jn 10, 3). La respuesta no consiste tanto en palabras como en obras, es decir, en adherirse con la vida a lo que Dios dice, propone, pide, o bien ofrece y dona. El joven rico que no aceptó la invitación de Jesús y se fue a cuidar de sus riquezas, rompió el diálogo con el Maestro (Mc 10, 17-22). Al contrario Zaqueo que se adhiere con entusiasmo a la palabra del Señor y baja inmediatamente del sicómoro para acogerlo en su casa, inicia el diálogo con él (Lc 19, 1-10).

El diálogo que agrada a Dios no es el de solas palabras, sino el que expresa una amistad sincera. «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 14). Es bueno repetir en medio de las ocupaciones actos de amor y ofrecimiento, pero es necesario que las acciones confirmen lo que afirman los labios. Por otra parte, no hay que esperar a llegar a la caridad perfecta para decirle a Dios que se le ama, tanto más que esto mismo es un medio para suscitar el amor y permanecer unidos a él; pero es preciso que el diálogo se haga progresivamente expresión auténtica de la vida. Dice muy bien el Vaticano II dirigiéndose a los laicos: «al cumplir como es debido las obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no

separen la unión con Cristo de su vida personal, sino que crezcan intensamente en ella, realizando sus tareas según la voluntad de Dios» (AA 4). Dios ha iniciado el diálogo con el hombre manifestándole su amor con las obras: la creación, la redención, el ofrecimiento de su amistad; y el hombre debe responder con el mismo estilo: decir a Dios que le ama, no sólo de palabra, sino mucho más con la vida.

Oíré lo que habla el Señor Dios en mí. Dichosa el alma que oye al Señor que habla en ella, y de su boca recibe palabra de consolación. Dichosos los oídos que reciben en sí las sutiles inspiraciones divinas y no se cuidan de las murmuraciones mundanas. Dichosos los oídos que no escuchan las voces que vienen de fuera, sino la verdad que habla y enseña dentro. Dichosos los ojos que están cerrados a las cosas exteriores y muy atentos a las interiores. Dichosos los que penetran las cosas interiores y estudian con ejercicios continuos de aparejarse cada día más a recibir los secretos celestiales. (**Imitación de Cristo**, III, 1, 1).

Toda mi vida sea tuya, oh Señor; te ofrezco resueltamente todo mi ser. Todo mi espíritu, todo mi corazón, todo mi cuerpo, toda mi vida viva para ti, vida mía, porque me libraste todo para poderme poseer todo, me rehiciste todo para volverme a tener todo.

Te amaré, pues, oh Señor, mi fortaleza, te amaré, inefable gozo mío, y viviré no para mí sino para ti mi vida entera, que antes perecía en la miseria y que ha resucitado por tu misericordia, oh Dios misericordioso que eres pródigo de tus bienes para los que aman tu nombre. Por eso, Señor Dios mío, santificador mío, me mandaste en tu ley amarte con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas mis fuerzas y desde lo hondo de mi corazón, en toda hora y en todo momento que gozo de los dones de tu misericordia...

Y como no hay hora ni momento en mi vida en que no sea sostenido por tus beneficios, así no debe haber momento alguno en el que no deba tenerte delante de los ojos de mi memoria y no deba amarte con todas mis fuerzas. Pero yo no soy capaz de tanto si tú no me ayudas, porque tuyo es todo don bueno y toda dádiva perfecta descende del Padre de las luces, en quien no hay cambios ni sombra de vicisitudes. Pues el amarte, oh. Señor, no es de quien quiere ni de quien se afana, sino de quien tú te compadeces. Tuyo es ese don, Señor, porque todo bien viene de ti. Me mandas que te ame: dame lo que mandas y manda lo que quieres. (S. AGUSTIN, **Soliloquios**, 18).

234. ESCUCHAD LA VOZ DEL SEÑOR

«Dichoso el hombre que te escucha, Señor, y vela cada día ante tu puerta» (Pr 8, 34).

1.— Dialogar supone escuchar. ¡Cuántas veces resuena en la Escritura la invitación: «Oíd la palabra d Señor»! (Jr 31, 10). Era el grito incesante de los profetas que llamaban la atención a los hombres sobre s vocación esencial:

oír a Dios y seguirle. «Escuchad mi voz —dice el Señor por el profeta Jeremías—. Entonces seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (7, 23).

Pero la palabra de Dios fue comunicada al mundo en toda su plenitud cuando el Verbo se Hizo carne; la Palabra se hizo hombre y moró entre los hombres para hablar con ellos y entre ellos. Entonces se oyó una voz del cielo: «Este es mi Hijo amado... Escuchadle» (Mt 17, 5). Todo el Evangelio es una invitación a escuchar. De la escucha procede la fe (Rm 10, 17); escuchando, acogen los hombres el mensaje de Cristo, más aún a Cristo mismo, y en él vienen a ser hijos de Dios: «a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1, 12). Escuchar al Señor es cuestión de vida o muerte. Quien le escucha, le sigue, abraza su doctrina y entra a formar parte de su rebaño: sus ovejas «escuchan su voz» (Jn 10, 2). No basta una escucha superficial, ni basta escuchar de vez en cuando; hay que escuchar siempre. Quien ama está siempre atento a la voz de la persona amada.

El mundo está lleno de voces. Los hombres están ávidos de escuchar: noticias, informaciones, novedades, curiosidades. Fácilmente estas voces se convierten en un estruendo que ensordece y hace a los hombres superficiales, incapaces de interioridad y de escuchar la única Voz verdadera. Hasta cuando ora, se queda el hombre con frecuencia en la superficie: escucha materialmente la voz del sacerdote o del libro que le habla de Dios, pero rara vez deja penetrar esa voz en el fondo de su ser, como semilla confiada al surco para que germine a su tiempo. Y sin embargo, sólo los que acogen la «palabra del Reino» en tierra buena, es decir, la escuchan, la ponen en práctica y la viven, darán fruto (Mt 13, 19-23).

2.— Cristo, Palabra del Padre, no es sólo el objeto de nuestra escucha, sino que él mismo escucha al Padre, y es así modelo de nuestro escuchar. «Lo que le he oído a él —dice— es lo que hablo al mundo... Lo que el Padre me ha enseñado, es lo que hablo» (Jn 8, 26-28). Jesús es la Palabra del Padre y la dice al mundo porque tiene en sí toda la sabiduría del Padre, porque escucha incesantemente al Padre y no hace sino transmitir lo que le oye a él. Jesús es la escucha perfecta del Padre, el único hombre que le escucha de manera adecuada. Al ir en seguimiento suyo, el hombre, el cristiano ha de mantenerse en continua escucha para ser instruido por Dios. Lo ha dicho Jesús: «Serán todos enseñados por Dios» (Jn 6, 45); esto significa que todos los hombres son destinatarios de una enseñanza divina; la palabra de Dios debe alcanzarlos, iluminarlos, guiarlos y plasmarlos. Y ellos tienen que ser discípulos atentos, dóciles, prontos y disponibles. Cristo que, a pesar de vivir y hablar con los hombres, no cesa de escuchar al Padre, nos enseña que nuestra escucha debe ser también incesante.

Aun en medio de las ocupaciones y del servicio a los hermanos, es necesaria la atención vigilante del espíritu que sabe acoger la voz de Dios. El mundo está lleno de su voz. Cuando los hombres, las circunstancias y los deberes cotidianos exigen dedicación y sacrificio, es Dios quien lo exige a

través de ellos; cuando las personas y los acontecimientos ponen a dura prueba la virtud, es Dios quien quiere probarla. Cuando la Iglesia, el Papa o los superiores hablan, es Dios quien habla. Quien los escucha, a Dios escucha (Lc 10, 16). Cuando se siente uno interiormente movido al bien, a perdonar, a olvidarse, a darse a los otros o a un mayor recogimiento y unión íntima con Dios, es también Dios quien habla. ¡Cuántas veces cae la voz de Dios en el vacío! «Por más que os hablé asiduamente..., no respondisteis» (Jr 7, 1). La voz omnipotente de Dios no se pierde nunca; obra lo que se propone. Pero se pierden los hombres que no escuchan; los que no la acogen enteramente se quedan en la mediocridad. «Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día —dice el Señor—. Po que el que me halla, ha hallado la vida» (Pr 8, 34-35).

Habla, Señor, que tu siervo oye. Yo soy tu siervo; dame entendimiento para que comprenda tus verdades. Inclina mi corazón a las palabras de tu boca; destíle tu habla como rocío.

Decían en otro tiempo los hijos de Israel a Moisés: Háblanos tú, y te oiremos; no nos hable el Señor, porque quizás moriremos. Yo, Señor, no te ruego así; mas con el profeta Samuel, con humilde deseo, te suplico: Habla, Señor, que tu siervo escucha. No me hable Moisés, ni ninguno de los profetas; mas háblame tú, Señor, lumbré de todos los profetas, que tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente, mientras que ellos sin ti ninguna cosa aprovechan.

Pueden pronunciar palabras, mas no dan espíritu; muy hermosamente hablan, mas callando tú, no encienden el corazón; enseñan la letra, mas tú abres el sentido; proclaman misterios, pero tú declaras el entendimiento de los secretos. Pronuncian mandamientos, pero tú ayudas a cumplirlos; muestran el camino, mas tú das esfuerzo para andarlo; obran por de fuera solamente, mas tú instruyes y alumbras los corazones; de fuera riegan, mas tú das la fertilidad; ellos llaman con palabras, mas tú el entendimiento al oído...

Habla, pues, tú, Señor, que tu siervo oye; pues que ciertamente tienes palabras de vida eterna. (**Imitación de Cristo**, III, 2, 1-2).

En ti, oh Jesús, y en tu Padre no hay más que un espíritu, un modo de pensar y obrar, un mismo espíritu que obra siempre en unión con el Padre y el Hijo; por lo tanto, escuchándote a ti, escucho al Padre...; viéndote a ti obrar, veo las acciones mismas del Padre, porque el Hijo no hace nada por sí mismo y el Padre hace las mismas obras del Hijo. ¡Qué hermosa armonía, qué concordia entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en ti, oh Jesús!

¿Qué tengo, pues, que hacer sino estudiarte, escuchar tu palabra y examinar tus acciones para conformarme a ti y llenarme así del Espíritu Santo?... El Espíritu de Dios está derramado en toda tu vida... Cada palabra tuya, cada ejemplo tuyo es como un rayo de luz que viene del cielo para iluminarme y comunicarme la vida. Haz que te estudie cada día para llenarme del Espíritu de Dios. (A. CHEVRIER, **El verdadero discípulo de Cristo**).

235. SEÑOR, ¿QUIEN COMO TU?

«Grande eres, Señor, insondable es tu grandeza. Yo quiero relatar tus maravillas» (Sl 145, 3-5).

1.— «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48); con estas palabras ha orientado Jesús la mirada del hombre hacia la perfección infinita de Dios; perfección de la que en el mundo sólo es posible conocer un pálido reflejo a través de la consideración de las perfecciones limitadas que se encuentran en las criaturas, pero que no es posible conocer en sí misma, porque ninguna idea humana es capaz de abarcar o expresar lo infinito. Las ideas dicen algo de Dios y de sus perfecciones infinitas, pero no lo manifiestan cual es. Dios —advierte S. Pablo— «habita una luz inaccesible» (1 Tm 6, 16), luz que supera infinitamente la capacidad del entendimiento humano y es demasiado refulgente para que la mente del hombre pueda percibirla. Al o así como el sol, que en la plenitud de su fulgor ningún ojo humano puede mirarlo de hito en hito.

Sin embargo Jesús, hablando en más de una ocasión de las perfecciones de Dios, ha invitado a los hombres a fijar su mirada en esas grandezas. Y así ha enseñado que, aunque de las perfecciones divinas podemos entender bien poco, eso poco es preciosísimo. Cuanto más adelanta el hombre en el conocimiento de Dios más comprende que cuanto sabe de él es nada en comparación de lo que él es, y mejor intuye que más allá de sus ideas —por bellas y elevadas que parezcan— hay un océano infinito de esplendor, belleza, bondad y amor que mente humana nunca alcanzará a comprender. Esta conciencia de la inmensidad de Dios, que rebasa infinitamente la capacidad del entendimiento humano, es una gracia muy grande. «Una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios a un alma por vía de paso, —afirma S. Juan de la Cruz— es darle claramente a entender y a sentir tan altamente de Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo» (C 7, 9). Gracia muy grande porque engendra un sentimiento profundo de la inmensidad de Dios, y de su infinita transcendencia y porque, por contraste, lleva a comprender cada vez mejor la nada del hombre y la extrema limitación de cualquier perfección humana.

2.— Sólo en el cielo será dado al hombre ver a Dios «cara a cara», sin mediación de ideas. Ahora lo «vemos en un espejo, confusamente... Ahora conozco de un modo imperfecto —dice S. Pablo—, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cr 13, 12). Este conocimiento parcial de Dios —el único posible en la tierra— se actúa a través del «espejo» de las criaturas; pues hay en ellas un reflejo de sus perfecciones infinitas: de su bondad, sabiduría, justicia, belleza; pero un reflejo muy imperfecto y limitado. Por ejemplo, ningún hombre es tan sabio que conozca cuanto existe, ni tan bueno que no falte nunca a la bondad por flaqueza, o tan justo que no falte a la justicia por rigidez, y así sucesivamente. Sólo despojando las perfecciones creadas de sus defectos y límites, es posible hacerse una pálida idea de las

perfecciones divinas. Dios es bueno, siempre bueno, infinitamente bueno. «Uno solo es el Bueno» (Mt 19, 17), dice Jesús, queriendo decir precisamente que sólo Dios posee la bondad por excelencia, que es la misma bondad que no tiene límites, ni se oscurece ni se extingue.

Es por lo tanto un grave error atarse a cualquier criatura; por hermosa, buena o sabia que pueda ser, su hermosura, su bondad o su sabiduría son nada en comparación con las perfecciones de Dios. S. Juan de la Cruz llega a decir: «Toda la hermosura de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, es suma fealdad... Y toda la bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se puede llamar malicia... Y, por tanto, el alma que pone su «corazón en los bienes del mundo, no podrá unirse con Dios, el cual es suma bondad» (S I, 4, 4). Esto no significa desdeñar o menospreciar las criaturas, sino reconocer la preeminencia absoluta del Creador y servirse de las perfecciones creadas para subir hasta la fuente de toda perfección. Nunca se dirá bastante para ensalzar al Señor: «¿Dónde hallar fuerza para glorificarle? ¡Que él es el grande sobre todas sus obras! Al ensalzarle, redoblad vuestra fuerza, no os canséis, que nunca acabaréis» (Ecli 43, 28.30).

En verdad habitas una luz inaccesible, Señor; no hay nada que pueda penetrar esa luz para poderte descubrir. Por eso no la veo porque me excede infinitamente. Sin embargo cualquier cosa que yo vea, la veo a través de ella: como el ojo débil ve lo que ve a través de la luz del sol, luz que por otra parte es incapaz de mirar en el sol mismo.

Mi entendimiento es impotente frente a aquella luz fulgurante, no la resiste, ni el ojo de mi alma sufre mirarla de hito en hito. Queda herido por su resplandor, vencido por su desbordamiento, arrollado por su inmensidad, consternado por su infinitud.

¡Oh luz suprema e inaccesible, oh plena y bienaventurada verdad! ¡Qué distante estás de mí que te estoy tan cercano! ¡Qué lejos de mi mirada, cuando estoy tan presente a la tuya! Dondequiera estás toda presente, y no te veo. En ti me muevo, en ti estoy, y no puedo alcanzarte. Me envuelves y penetras, pero no te siento. (S. ANSELMO, **Proslogium**, 16).

Te alabe por las criaturas mi alma, ¡oh Dios, creador de cuanto existe!; pero no se pegue a ellas con el visco del amor por medio de los sentidos del cuerpo; porque van adonde iban para no ser, y desgarran el alma con deseos pestilenciales; y ella quiere ser, y ama el descanso en las cosas que ama. Mas no halla en ellas dónde, porque no son estables. Huyen, ¿y quién podrá seguir las con el sentido de la carne, o aferrarlas aun cuando estén presentes?

No quieras ser vana, alma mía, ni ensordezcas el oído de tu corazón Con el tumulto de tu vanidad. Oye también tú; el mismo Verbo clama que vuelvas, porque sólo hallarás lugar de descanso imperturbable donde el amor no es abandonado, si él primero no abandona... Fija, pues, allí tu mansión, confía a él cuanto de él tienes, alma mía, siquiera fatigada ya con tantos engaños; encomienda a la verdad cuanto de la verdad has recibido, y no perderás nada.

Antes reflorcerán tus podredumbres, y serán sanas todas tus dolencias, y reformadas y renovadas y unidas contigo todas tus partes inconsistentes, y no te arrastrarán ya al lugar adonde ellas caminan, sino que permanecerán contigo para siempre donde está Dios, que nunca se muda y eternamente permanece. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, IV, 10, 15; 11, 16).

236. EL QUE ES

«Dios omnipotente, tú eres el que era, el que es y el que viene» (Ap 4, 8).

1.— Dios es el Ser por excelencia; ésta es la primera perfección que lo distingue radicalmente de las criaturas. «Yo soy el que soy», dijo el Señor a Moisés; y añadió: «Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación» (Ex 3, 14-15). Este nombre que Dios mismo ha querido darse, expresa su esencia íntima, dice que es el Ser eternamente subsistente sin principio ni fin, que subsiste en sí mismo y que tiene en sí mismo la causa de su ser. «Dios —afirma S. Juan Damasceno— posee el ser mismo como una especie de océano de sustancia, infinito y sin riberas. (*De fide orth.* 1, 9). Bajo este aspecto Dios se revelaba a Sta. Catalina de Siena diciéndole: «Yo soy el que es, y tú la que no eres» (Proc. col. 1354). Todos los seres creados son nada: Señor, «mi existencia cual nada es ante ti —canta el salmista—. Yo me seco como heno. Mas tú, Señor, en tu trono para siempre» (Sl 39, 6; 102, 12-13). La criatura tiene en Dios la causa de su ser, mientras que Dios la tiene en sí mismo. La criatura existe sólo porque Dios la mantiene en la existencia; Dios, en cambio, subsiste por su propia virtud, pues posee el ser por su misma naturaleza, sin haberlo recibido de nadie. La criatura es siempre un ser limitado bajo todos los puntos de vista: vitalidad, fuerza, capacidad; Dios, en cambio, es el ser infinito que no conoce límite alguno y que tiene todo poder y virtud. La criatura lleva en sí el germen de la muerte y destrucción; Dios, en cambio, es toda vida, es la vida: «Yo soy la vida» (Jn 14, 6).

Sólo Dios, Ser infinito y Vida eterna, podía comunicar al hombre la vida y darle el ser. ¿Será, pues, demasiado, si el hombre emplea toda su vida y todo su ser en el servicio y gloria de Dios? El que vive para os, vive para la Vida; el que vive para sí mismo, vive para la nada, para la muerte.

2.— Dios es el Ser infinito y perfectísimo, que posee toda perfección sin defecto y sin límite. Dios es el Ser infinitamente bueno, hermoso, sabio, justo, misericordioso, omnipotente. Todas estas perfecciones no son el él cualidades accidentales —como lo son en el hombre, que puede ser más o menos bello, más o menos bueno, sabio, etc., sin dejar de ser bueno—, sino que son perfecciones esenciales, es decir, que pertenecen a la naturaleza misma del Ser divino y aun son una cosa con él. Para hablar de las perfecciones de Dios nos vemos obligados a enumerarlas una tras otra, pero en realidad son una cosa sola: la bondad se identifica con la hermosura; la

bondad y la hermosura, con la sabiduría, y éstas, con la justicia; la justicia, con la misericordia, y así sucesivamente. En Dios no hay multiplicidad, sino unidad absoluta; necesitamos de muchas palabras para hablar de Dios, pero Dios no es muchas cosas, sino el Ser Uno por excelencia: uno en la Trinidad de sus Personas, uno en la multitud de sus perfecciones, uno en la variedad de sus obras, uno en su pensamiento, su voluntad y su amor.

También el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, debe tender a la unidad. Lo exige el mandato divino: «Yo soy el Señor tu Dios... No tendrás otros frente a mí» (Dt 5, 6-7). De Dios solo ha recibido el hombre todo cuanto es y tiene y de él sólo debe depender. Su vida no puede ni debe fluctuar entre diferentes direcciones: la meta es única, porque Dios es el Único y no admite frente a sí a otros dioses ni otras soberanías. «Escucha, Israel — repite la Escritura—, el Señor es nuestro Dios, sólo el Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6, 4-5). Esta total sumisión y adhesión a Dios en vez de envilecer al hombre, lo levanta, lo libera de todas las esclavitudes terrenas y le permite encontrar en «el que es» la consistencia, estabilidad y unidad que en vano buscaría en sí mismo y en las criaturas.

Te adoro, oh incomprensible Creador, ante el cual no soy más que un átomo, un ser que dura apenas desde ayer, o mejor, apenas hace una hora. Hace pocos años ni existía, y el mundo seguía su curso sin mí. Tú, en cambio, existes desde la eternidad y nada, ni siquiera por un instante, podría subsistir sin ti.

Desde la eternidad posees tu ser —misterio insondable y maravilloso—, tu ser de Hijo en el Padre y de Padre en el Hijo. Que existamos nosotros o no, tú permaneces inmutable —el Hijo es todo para el Padre y el Padre es todo para el Hijo—, mientras que las otras cosas no son sino vanidad...

¡Oh misterio adorable! No llego a él con la razón. Creo.

Creo porque has hablado tú, Señor. Acepto con gozo el testimonio que de ti mismo has dado. Tú sabes bien quién eres. ¿Quién si no podría saberlo? Ciertamente yo, polvo y ceniza; sólo sé lo que tú me has dicho. Acepto tu testimonio, Creador mío, y creo firmemente y repito, siguiéndote a ti, lo que no comprendo, porque quiero vivir en la fe. Prefiero creer en ti que confiar en mí mismo.

Dios infinito, desde la eternidad lo eres todo por ti mismo. El Padre es todo para el Hijo, y el Hijo para el Padre. ¿No debes ser también todo para mí, pobre criatura, tú tan grande para mí tan pequeño? (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

Señor, que haces salir el rostro del sol sobre buenos y malos, ilumina tu rostro sobre nosotros... Ilumina tu imagen en nosotros, pues nos grabaste tu imagen, nos hiciste a tu imagen y semejanza... Y por tanto, no debe permanecer tu imagen oscurecida. Envía el rayo de tu sabiduría para que disipe nuestras tinieblas y brille tu imagen en nosotros. Que conozcamos tu imagen...

Me hallo en medio de las tinieblas de los pecados, pero el rayo de tu sabiduría disipará mis tinieblas. Aparezca t rostro, y, si quizá apareciese un tanto

deformado debido mí, sea reformado por ti lo que por ti fue formado. (S AGUSTIN, *In Ps*, 66, 4).

237. DOMINGO XIV «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Yo te ensalzo, oh Rey mío, y bendigo tu nombre por siempre jamás» (SI 145, 1).

En el centro de la Liturgia de hoy está el trozo evangélico (Mt 11, 25-30), perla preciosa del Evangelio de S. Mateo, que permite echar una mirada sobre el misterio personal de Cristo, sobre sus relaciones íntimas con el Padre. Lo que más impresiona es que esta revelación sublime está reservada a «la gente sencilla», es decir a los pequeños, a los humildes, a los despreciados por los sabios del mundo, mientras que éstos son excluidos de ella. «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (ib 25). Dios se niega a los sabios hinchados por su ciencia y convencidos de saberlo todo, y se manifiesta a los sencillos que se abren a él con la frescura de niños, conscientes de su ignorancia. A ellos se les da parte en el conocimiento altísimo que se intercambian Jesús y el Padre celestial, y que sólo Dios puede comunicar al hombre: «Nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (ib 27). Se trata de conocimiento en sentido bíblico, o sea, vital y amoroso. El conocimiento recíproco por el que el Padre conoce plenamente al Hijo y el Hijo al Padre, indica que Jesús —el Hijo encarnado— es perfectamente igual al Padre en la Profundidad de su ser. Es tal vez éste el texto de los evangelios sinópticos en el que la divinidad de Jesucristo se afirma con mayor claridad. Así mientras los sabios —los escribas y fariseos de entonces y muchos doctores de hoy— no ven en Cristo más que a un hombre, «el hijo del carpintero» (Mt 13, 55), los sencillos de entonces y de siempre saben reconocer en él al Hijo de Dios: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). Y es a ellos precisamente a quienes se revela a sí mismo y revela al Padre.

Y no sólo esto. Jesús piensa también las condiciones terrenas de sufrimiento y angustia en que con frecuencia se debaten los sencillos, los humildes y los pobres y les dirige esta invitación: «Venid a mí todos los que estáis cargados y agobiados y yo os aliviaré» (Mt 11, 28). Los aliviará con su amor, revelándoles el amor del Padre y enseñándoles a amarlo como hijos. Jesús no quiere ahogar a los hombres con leyes gravosas, sino que les da una única ley, la del amor a Dios y a los hermanos, que tiene un único objeto: el cumplimiento de la voluntad del Padre celestial. Voluntad amorosa, porque es de un padre, y, sin embargo, exigente, pero siempre amable para quien sabe abrazarla como la abrazó Jesús, con amor, mansedumbre y humildad. «Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de

corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (ib 29-30).

De este modo el mismo Jesús se presenta como el Mesías anunciado por Zacarías (9, 9-10; 1.^a lectura): rey, manso y humilde, que no se impone con la pompa y el poderío de los grandes de la tierra, que no hace justicia con la espada, sino lleva a todas partes la paz: «dictará la paz a las naciones» (ib 10). Y enseña a los hombres a comportarse con dulzura y humildad, plegándose con amor al yugo de la voluntad de Dios como él mismo se plegó al peso de la cruz. Para obrar así es necesario mortificar las tendencias de la carne que se rebelan frente a la injusticia y el sufrimiento, y vivir según el Espíritu (2.^a lectura: Rm 8, 9. 11-13). Esto es posible todos los creyentes, porque, como dice S. Pablo: «vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu... El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo» (ib 9). Evidentemente para pertenecer a Cristo no basta haber recibido su Espíritu en el bautismo, sino que hace falta superar los impulsos naturales para vivir según el Espíritu de Jesús.

Yo te ensalzo, oh Rey, Dios mío, y bendigo tu nombre para siempre jamás. Todos los días te bendeciré, por siempre jamás, alabaré tu nombre.

Grande es el Señor y muy digno de alabanza, insondable su grandeza. Edad a edad encomiará tus obras, pregona tus proezas. El esplendor, la gloria de tu majestad, el relato de tus maravillas, yo recitaré... Se hará memoria de tu inmensa bondad, se aclamará tu justicia. (**Salmo**, 145, 1-5.7).

«Te doy gracias, oh Padre, señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla».

Oh Señor, a los sabios y entendidos que merecen quedar en ridículo a los presuntuosos, aparentemente poderosos pero en realidad hinchados, no les has opuesto los necios e imprudentes, sino los pequeños... ¿Quiénes son los pequeños? Los humildes... ¡Oh caminos del Señor!... ¿Por qué, Señor, te has alegrado? Porque la revelación ha sido hecha a los pequeños.

Haz, Señor, que seamos pequeños; pues si queremos ser grandes, como si fuésemos sabios y entendidos, no se nos revelarán tus misterios. ¿Quiénes son los grandes? Los sabios y entendidos. Diciendo que son sabios, se han hecho necios... Si diciéndome sabio me torno necio, haz, Señor, que me diga necio y me tornaré sabio; pero haz que lo diga en mi corazón, no delante de los hombres. (S. AGUSTIN, **Sermo**, 67, 8).

CICLO B

«Hacia ti tengo los ojos levantados, Señor, hasta que te apiades de nosotros» (Sl 123, 2).

Las lecturas del día llevan a reflexionar sobre las graves consecuencias del rechazar la palabra de Dios y sobre el deber de acogerla aun cuando llegue mediante mensajeros humildes y modestos.

La primera lectura (Ez 2, 2-5) recuerda la incredulidad de los hijos de Israel frente al profeta encargado de anunciar la destrucción de Jerusalén en castigo de sus pecados. Dios conoce la obstinación de ese pueblo «testarudo y obstinado» (ib 4) que hace tiempo se ha rebelado contra él, pero con todo les envía a Ezequiel: «Ellos, te hagan caso o no te hagan caso (pues son un pueblo rebelde), sabrán que hubo un profeta en medio de ellos» (ib 5). Palabras graves que dicen lo detestable de la rebeldía contra Dios, por la que el corazón se endurece y se hace refractario a cualquier llamada. Dios, sin embargo, no cesa de iluminar, y de enviar avisos por medio de sus profetas, pero precisamente la presencia de éstos y sus amonestaciones agravan el pecado del que persiste en su incredulidad. Situación por desgracia nada infrecuente, antes repetida de continuo en la historia, hasta cuando Dios envió a los hombres no a un profeta sino a su Hijo divino. «Vino a su casa, y los suyos no le recibieron», (Jn 1, 11).

Es lo que sucedió en Nazaret (Evangelio del día: Me 6, 1-6), cuando se presentó Jesús en la sinagoga a predicar. Nazaret era su casa, su patria, donde había vivido desde la infancia, tenía los parientes y era bien conocido; esto debería haber facilitado más que en otra parte su ministerio, y en cambio, fue ocasión de rechazo. Tras un primer momento de estupor frente a su sabiduría y a sus milagros, los nazaretanos lo rechazan incrédulos: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María?.. Y desconfiaban de él» (ib 3). Un orgullo secreto, rastrero y mezquino, les impide admitir que uno como ellos, criado a sus ojos y de profesión humilde, pueda ser un profeta, y aun nada menos que el Mesías, el Hijo de Dios. La modestia y la humildad de Jesús son el escándalo en que tropiezan cerrándose a la fe. Y Jesús observa con tristeza: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa» (ib 4). La incredulidad de los suyos le impide obrar en su patria los grandes milagros hechos en otras partes, porque Dios tita de su omnipotencia sólo en favor de los que creen. Pero alguno —probablemente entre los más humildes debió de tener fe también en Nazaret, porque Marcos apunta: «sólo curó a algunos enfermos imponiéndoles las manos» (ib 5). Esto demuestra que Jesús está siempre pronto a salvar a quien lo acepta como Salvador.

La segunda lectura (2 Cr 12. 7-10) enlaza con la temática de las otras, esbozando, a través de la confesión de S. Pablo, la conducta del profeta y apóstol. Aunque enviado por Dios y dotado de gracias especiales, el profeta debe recordar que no deja de ser un hombre débil como los demás. Pablo,

consciente de «la grandeza de las revelaciones» recibidas, acepta humildemente aquella «espinas en la carne» —tal vez una enfermedad o una tentación o una tribulación apostólica— que Dios le ha enviado para que no se ensoberbezca (ib 7). «Espinas» semejantes no faltan a nadie y el apóstol debe servirse de ellas para aumentar su humildad y confianza en Dios: «Muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo» (ib 9). Más aún; en lugar de acobardarse por las dificultades que encuentra, debe aceptarlas como un componente indispensable de su misión: «Vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (ib 10).

Hacia ti tengo los ojos levantados, tú que te sientas en los cielos; míralos, como los ojos de los siervos en la mano de sus amos. Como los ojos de una sierva en la mano de su señora, así nuestros ojos en el Señor nuestro Dios, hasta que se apiade de nosotros. (**Salmo** 123, 1-2).

Oh Señor, ilumínanos con la luz de la fe, disipando las tinieblas de este mundo; haz hijos de la gracia a los que estábamos condenados por la ley.

Has venido al mundo para ejercer un juicio, según el cual los que no ven están llamados a ver, y los que ven se tornan ciegos, de modo que quien confiesa las tinieblas de sus errores recibe la luz eterna y queda libre de las tinieblas del pecado. Los que se jactan de méritos personales, envueltos en su orgullo e injusticia, no se cuidan de recurrir a ti, Médico divino, que los puedes salvar, a ti, Jesús, que has dicho: Yo soy la puerta para ir al Padre.

Ven, pues, a nosotros, oh Jesús, a nosotros que oramos en tu santuario; cúranos a todos. Presentamos nuestras heridas ante tu majestad; cura nuestras enfermedades. Ven en nuestra ayuda, como tienes prometido a los que te lo ruegan, tú que nos has hecho de la nada. Prepare un colirio y toca los ojos de nuestro corazón y de nuestro cuerpo, no sea que nuestra ceguera nos vuelva a hundir en las tinieblas del error. Bañamos tus pies con nuestras lágrimas; no desprecies nuestra humillación. Oh buen Jesús, que has venido a nosotros en humildad, no queremos ya abandonar tus pasos. Escucha la oración de todos nosotros. Disipa la ceguera de nuestros pecados; concédenos contemplar la gloria de tu rostro en la felicidad de la paz eterna. (Cf. **Prières eucaristiques**, 90).

CICLO C

«Señor de la Paz, concédenos la paz siempre y en todos los órdenes» (2 Ts 3, 16).

El tema de la paz emerge de las lecturas de hoy donde se la presenta en sus múltiples aspectos.

La primera lectura (Is 66, 10-14c) habla de ella como síntesis de los bienes —gozo, seguridad, prosperidad, tranquilidad, consuelo— prometidos por Dios

a Jerusalén restaurada tras el destierro de Babilonia. «Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz; como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones... Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (ib 12-13). Se ve claro por el contexto que se trata de un don divino, característico de la era mesiánica. Será Jesús el portador de esa paz que es a un tiempo gracia, salvación y felicidad eterna no sólo para los individuos sino para todo el pueblo de Dios que confluirá de todas las partes del mundo a la Jerusalén celestial, el reino de la paz perfecta.

Pero también la Iglesia, la nueva Jerusalén terrena, posee ya el tesoro de la paz ofrecido por Jesús a los hombres de buena voluntad, y tiene la misión de difundirla en el mundo. Este fue el encargo confiado por el Salvador a los setenta y dos discípulos enviados a predicar el Reino de Dios (Evangelio: Lc 10, 1-12. 17-20). «Poneos en camino. Mirad que os mando como corderos en medio de lobos» (ib 3). Esta expresión indica precisamente una misión de mansedumbre, de bondad y de paz semejante a la de Jesús, «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29), no condenando a los pecadores, sino inmolándose a sí mismo, «estableciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Cl 1, 20).

«Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros» (Lc 10, 5-6). No se trata de un simple saludo augural, sino de una bendición divina obradora de bien y de salvación. Donde «descansa» la paz de Jesús que ha reconciliado a los hombres con Dios y entre sí, descansa la salvación. El hombre que la acoge está en paz con Dios y con los hermanos, vive en la gracia y el amor y está a salvo del pecado. Esta paz se posa sobre la «gente de paz», o sea sobre los que llamados por Dios a la salvación, corresponden a la invitación aceptando sus exigencias; esos son los herederos afortunados de la paz de Cristo y de los bienes mesiánicos. Pero Jesús advierte que no espere nadie una paz parecida a la que ofrece el mundo, promesa ilusoria de una felicidad exenta de todo mal. «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 27), ha dicho él; porque su paz es tan profunda, que puede coexistir hasta con las tribulaciones más punzantes. Si el mundo se mofa de esa paz y la rechaza, los discípulos, aunque sufriendo por el rechazo, no pierden la paz interior ni dejan de anunciar «el Evangelio de la paz» (Ef 6, 15). Humildes, pobres, sin pretensiones y contentos con cubrir las necesidades de la vida (Lb 10, 4.7-8), continúan en el mundo la misión de Jesús ofreciendo a quien quiera acogerla «la buena noticia de la paz» (Hc 10, 36).

San Pablo (2.^a lectura: Gl 6, 14-18) es el prototipo. En su apostolado, no busca otro apoyo ni otra gloria que «la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (ib 14), por la cual se considera crucificado a todo cuanto el mundo puede ofrecerle: ventajas materiales, gloria, acomodo. El mundo no tiene atractivo para quien se ha dejado fascinar por el Crucificado y se complace en llevar sobre su cuerpo «las marcas de Jesús» (ib 17). Tiene, pues, derecho que le dejen tranquilo en la paz de su Señor, la que invoca para sí y para cuantos

sigan su ejemplo: «La paz y la misericordia de Dios venga sobre todos los que se ajustan a esta norma» (ib 16).

Oh Dios, que por medio de 1 humillación de tu Hijo has levantado el mundo, danos tu gozo, para que libres de la opresión de la culpa, podamos gozar de la felicidad sin fin. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Señor, Dios omnipotente, Jesucristo, rey de la gloria, tú eres la verdadera paz, la caridad eterna ilumina, te lo ruego, con la luz de tu paz el fondo de nuestras almas, purifica nuestra conciencia con la dulzura de tu amor. Concédenos ser hombres de paz, desearte a ti, príncipe de la paz, y estar protegidos y custodiados de continuo por ti contra los peligros del mundo. Haz que bajo las alas de tu benevolencia, busquemos la paz con todas las fuerzas de nuestro corazón, así podremos ser acogidos en los gozos eternos cuando vuelvas a recompensar a los que lo merecen.

Señor Jesucristo, tú eres la paz de todos los hombres: los que te hallan, hallan el descanso; los que te abandonan son heridos por los males más implacables. Concédenos, Señor, te lo rogamus que no demos el beso de Judas; concédenos la paz que tu sacramento ha prescrito a los demás apóstoles difundir. Haz que tu Iglesia halle en nosotros, durante el curso de nuestra vida terrena, hombres de paz, para loar tu bondad y así compartamos un día la felicidad que no tiene fin. (**Piéres eucharistiques**, 64a; 93).

238. DIOS, SUMA SIMPLICIDAD

«Señor, que te busque con corazón sencillo» (Sb 1, 1).

1.— Dios es el Ser simplicísimo porque es uno en su esencia y en todas sus perfecciones. Sto. Tomás cuando habla de la simplicidad de Dios, no hace sino presentarla como exclusión de toda suerte de composición. En Dios no hay partes cuantitativas como en el hombre, que está compuesto de cuerpo y espíritu; Dios es simple porque en él no hay materia, sino espíritu purísimo. Dios es simplicidad suma porque en él esencia y subsistencia no son distintos: es el Ser que existe por sí mismo, eternamente subsistente. Ni siquiera sus innumerables perfecciones crean en él multiplicidad: Dios no está compuesto de bondad, verdad, sabiduría y justicia, sino que es al mismo tiempo bondad, verdad, sabiduría y justicia por excelencia. En Dios bondad y verdad se encuentran, justicia y paz se abrazan (SI 85, 11). No hay en él distinción alguna entre sustancia y cualidades, porque todo es sustancia; sus perfecciones infinitas son una misma sustancia. Dios abarca en la única simplicísima perfección de su Ser divino todas las perfecciones que se encuentran esparcidas en las criaturas e infinitas más. La simplicidad de Dios no es, por lo tanto, pobreza sino riqueza y perfección infinitas en las que el hombre debe mirarse.

Dios es rico de innumerables perfecciones y todas las posee en el mismo grado. El hombre, en cambio, es extremadamente pobre de virtudes y si

alguna tiene, es siempre limitada, estrecha y mezclada de defectos; además, para una virtud que posea imperfectamente, le faltan otras muchas. Dios es simple; el hombre, en cambio, es complicado. Para simplificarse, tiene que contemplar la simplicidad divina esforzándose en trasuntarla mediante una verdadera sencillez de espíritu. «Buscad al Señor con corazón sencillo» (Sb 1, 1), exhorta la Sagrada Escritura, o sea con corazón recto, incapaz de dos y segundas intenciones. A Dios no se le escapa ninguna tortuosidad y le es conocido todo sentimiento. «Dios mío, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud» (1 Cr 29, 17).

2. — En Dios el ser no es distinto del obrar y la potencia no se distingue del acto. Es acto purísimo, acto de inteligencia infinita que siempre subsiste y abraza toda verdad, y al mismo tiempo, acto de voluntad que siempre subsiste y quiere el bien. En el pensamiento eterno de Dios no hay mezcla de error; en la voluntad eterna de Dios no hay desviación alguna hacia el mal. En Dios no hay una sucesión de pensamientos, sino un pensamiento único, eterno, inmutable, subsistente y que Comprende toda verdad. En Dios no hay muchos actos sucesivos de voluntad, sino una voluntad única, perfectísima, inmutable, que siempre quiere el bien con purísima intención, y si permite el mal, lo permite sólo en vista de un bien mayor.

El que quiera acercarse de alguna manera a la simplicidad divina, debe evitar toda especie de doblez. La doblez de la mente, con la búsqueda apasionada de la verdad, amando y aceptando la verdad, aun cuando exija sacrificios o desagrade porque pone al desnudo los errores y defectos. Cultivará también la más franca sinceridad huyendo de toda forma de mentira. «Sea vuestro lenguaje: "Sí, sí; no, no"» (Mt 5, 37). Antes que en las palabras debe resplandecer esta sencillez en el pensamiento y en la mente, porque «si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras» (Mt 6, 23). El pensamiento es el ojo que guía la acción; si los pensamientos son sencillos, rectos y sinceros, lo serán también las acciones.

Y por fin, es preciso evitar la doblez de la voluntad con la rectitud de intención, que mueve a obrar únicamente por agradar a Dios; entonces la multiplicidad de las acciones no impedirá la sencillez y unidad profundas. Entonces el hombre no fluctuará entre dos extremos: el amor propio y el amor de Dios, entre la criatura y el Creador; sino que avanzará por un camino único, el camino del amor, de la voluntad de Dios y de su beneplácito.

Dios mío, en tu único y simple ser, eres todas las virtudes y grandezas de tus atributos: porque eres, omnipotente, sabio y bueno, eres misericordioso, y eres justo, fuerte y amoroso, etc., y otros infinitos atributos que no conocemos. Eres todas estas cosas en tu simple ser...

¡Oh abismo de deleites!, que tanto más abundante eres cuanto están tus riquezas más recogidas en unidad y simplicidad infinita de tu único ser, donde de tal manera se conoce y gusta lo uno, que no impide al conocimiento y gusto perfecto de lo otro; antes cada cual gracia y virtud que hay en ti, es luz que hay de cualquiera otra grandeza tuya, porque, por tu limpieza, ¡oh Sabiduría divina!,

muchas cosas se ven en ti, viéndose una; porque tú eres el depósito de los tesoros del Padre, el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha e imagen de su bondad! (S. JUAN DE LA CRUZ, **Llama**, 3, 2.17)..

Dame, Señor, el amor puro y perfecto que transforma el alma.., en tu sencillez y pureza. Entonces no veré más que a ti y te encontraré dondequiera sin buscarte, porque te poseeré y estaré unida a ti perennemente. Entonces todas las imperfecciones... quedarán como absorbidas y envueltas por esa corriente de caridad y todo se trocará en amor. No habrá ya nada que me turbe verdaderamente o me haga sufrir, porque en todo hallaré gusto de amor y gozaré de ti, oh Dios mío... ¡Qué hermosa es esta vida de amor!... ¡Cómo te suplico, oh Espíritu Santo, Espíritu de amor, Amor sustancial recíproco del Padre y del Verbo..., que me inflames toda, me transformes completamente y hagas llegar tu influjo a las más insignificantes partes de mi ser!...

Enséñame a proferir sólo palabras inspiradas por ti, que sean reflejo del Verbo y dirigidas sólo a la gloria del Padre sin ninguna consideración o respeto humanos, sin falsa co pasión o condescendencia natural, libres de toda adulación o falsía, con gran franqueza y sinceridad, aunque sin ofender la caridad. (SOR CARMELA DEL ESPIRITU SANTO p. 219-20, 240).

239. «DIOS NO SE MUDA»

«Desde el principio tu trono está asentado, desde siempre existes tú, Yahvé» (SI 93, 2).

1. Todo lo que ha sido creado está sujeto a mutación, variación, progreso, regresión y, en fin, a la muerte. Sólo Dios, vida increada, permanece eternamente sin variación alguna. La tierra y los cielos «perecerán —canta el salmista—, mas tú quedas... Tú siempre el mismo, no tienen fin tus años» (SI 102, 27-28). Y S. Agustín precisa: «Tus años son como un solo día, Señor; y no como un día que poco a poco se renueva, sino como ún hoy inmutable, un hoy sin ayer y sin mañana» (Conf. XI, 13, 16). En Dios no hay sucesión de tiempo, sino un eterno presente.

En Dios «no hay cambios, ni sombras de rotaciones» (St 1, 17). Dios no cambia ni puede cambiar porque es infinito y eterno. Siendo infinito, posee el ser y todas las perfecciones sin límite alguno; no hay en él límite ni de principio ni de fin... El alma humana es inmortal porque no muere con el cuerpo, pero no es eterna porque ha tenido un principio; no así Dios, el cual siempre ha sido y siempre será. Toda perfección del hombre es susceptible de desarrollo y progreso; no así la de Dios, el cual posee toda perfección en grado sumo, absolutamente infinito y al que nada se le puede añadir.

El hombre, justamente porque es limitado, es sumamente mudable: varían sus opiniones, sus gustos, sus deseos; cambia su voluntad. En Dios no hay nada de esto: «Yo, el Señor, no cambio» (MI 3, 6). No cambia su pensamiento porque su sabiduría divina es inmutable, abarcando a un tiempo toda la

verdad y sólo la verdad; no cambia su voluntad, porque es una infinita voluntad de bien, que quiere siempre e indefectiblemente el bien supremo, absoluto e infinito.

¡Cuánta necesidad tiene el hombre de juntar su voluntad, tan inconstante y mutable, a la inmutable voluntad de Dios! Cuanto más se esfuerce en querer sólo lo que Dios quiere, y amar sólo lo que Dios ama, tanto más su voluntad se verá libre de la mutabilidad y afirmada en el bien.

2.— «Dios —dice S. Agustín— fue en los siglos pasados, es en el tiempo presente y será en el futuro. *Fue*, porque nunca dejó de ser; *será*, porque nunca dejara de ser; *es*, porque siempre es» (In Jo 99, 5). Es un hermoso comentario a la conocida proposición: «Dios siempre ha sido y siempre será; es eterno». La eternidad de Dios «es la posesión entera, perfecta y simultánea de una vida interminable» (*Boecio, De Cons.* V, 6). Vida plena y perfecta que subsiste por sí misma con un poder, un vigor y una perfección infinita; vida interminable que no tiene principio ni tiene fin, que no es susceptible de ninguna sucesión ni de ningún cambio, porque Dios posee la plenitud de su vida infinita «*tota simul*», simultáneamente en un eterno presente.

La inmutabilidad y eternidad de Dios no son, pues, algo materialmente estático y fijo con la inmovilidad la materia, que supone negación más bien que afirmación, sino que son la característica de la vitalidad máxima y la plenitud de una vida infinita y perfectísima en la que no es posible ningún cambio, porque tiene en sí toda la perfección que puede existir.

El hombre, ser limitado, mutable y mortal, vive en el tiempo y está sujeto al acontecer del tiempo, pero con todo no está creado para el tiempo sino para la eternidad. Dios lo ha destinado a participar un día en su inmutabilidad y eternidad divinas; debe por lo tanto vivir orientado a su destino eterno, sin dejarse atrapar o detener por lo que es caduco y contingente. El Vaticano II exhorta: «Es necesario, según la amonestación del Señor, que velemos constantemente, para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena, merezcamos entrar con él a las bodas y ser contados entre los elegidos, y no se nos mande, como a siervos malos y perezosos, ir al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde "habrá llanto y rechinar de dientes"» (Mt 22, 13; 25,30) (LG 48). Para el cristiano el tiempo tiene la función de preparar la felicidad eterna.

¡Dios mío!... De edad en edad duran tus años. Desde antiguo tú fundaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos. Ellos perecen, mas tú quedas; todos ellos como la ropa se desgastan, como un vestido los mudas tú, y se mudan. Pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años. (**Salmo** 102. 25-28).

Señor, tú eres siempre el mismo y tus años no mueren. Tus, años ni van ni vienen, al contrario de estos nuestros, que van y vienen, para que todos puedan ser. Tus años existen todos juntos, porque son estables; y no son excluidos los que van por los que vienen, porque no pasan; en cambio, los nuestros llegan a

ser todos cuando ninguno de ellos existe ya. Tus años son un día, y tu día no es un cada día, sino un hoy, porque tu hoy no cede el paso al mañana ni sucede al día de ayer. Tu hoy es la eternidad.

Mas ahora mis años se pasan en gemidos, mientras tú, consuelo mío, Señor y Padre mío, eres eterno. Yo, en cambio, me he desvanecido en el suceder de un tiempo cuyo orden ignoro, y mis pensamientos —las entrañas íntimas de mi alma—son despedazados por tumultuosas mudanzas, hasta que, purificado y derretido en el fuego de tu amor, sea fundido en ti.

Señor, Dios mío, ¿cuál es el abismo de tu profundo secreto? ¡Y qué lejos de él me arrojaron las secuelas de mis pecados! Sana mis ojos y yo me gozaré con tu luz... Tú eres inmutablemente eterno... Pues así como conociste desde el principio el cielo y la tierra sin mutación alguna en tu conocimiento, así hiciste en el principio el cielo y la tierra sin que en tu obrar hubiese distinción. Quien entiende esto, que te alabe, y quien no lo entiende, que te alabe también. ¡Oh, qué excelso eres! Con todo, los humildes de corazón son tu morada. Porque tú levantas a los abatidos, y no caen porque tú eres su elevación. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, XI, 13, 16; 29, 39; 31, 41).

240. SU BONDAD ES ETERNA

«Te doy gracias, Señor, porque eres bueno, porque es eterna tu misericordia» (SI 106, 1).

1. — Cuando Moisés pidió a Dios que le mostrase su gloria, Dios le respondió: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad» (Ex 33, 19), como indicándole que su gloria es la bondad infinita, bondad que posee en tal plenitud, que en él está todo bien y ningún bien existe independientemente de él. Dios tiene la bondad no porque la haya recibido de nadie, sino porque él mismo es por naturaleza el Bien sumo, porque su ser es bondad infinita. Si las criaturas son buenas, lo son únicamente porque Dios les ha comunicado algo de su bondad; pero de por sí la criatura, lo mismo que no puede existir, tampoco puede tener bondad alguna. Por eso al joven que le había llamado «Maestro bueno», le replicó Jesús: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios» (Mc 10, 17-18). Sólo de Dios se puede decir que es bueno, en el sentido de que es la bondad misma, la cual le pertenece por naturaleza, como por naturaleza le pertenece la divinidad; y si es imposible que sufra menoscabo su divinidad, es imposible igualmente que él sufra su bondad... Pasará el cielo, pasará la tierra, pasarán los siglos, pero «su bondad permanece eternamente» (cfr. SI 106, 1). La malicia de los hombres podrá acumular pecados sobre pecados y males sobre males, pero por encima de ellos la bondad de Dios permanecerá inmutable, sin que la sombra del mal pueda desflorarla; más bien Dios, siempre benigno, se inclinará sobre el mal para reducirlo al bien. Así la bondad infinita se ha inclinado sobre el hombre pecador y daga calda de Adán ha recabado un bien infinitamente mayor: la redención del hombre mediante la encarnación de su Unigénito.

Este es el carácter distintivo de la bondad de Dios: querer el bien, únicamente el bien, hasta el punto de sacar bien hasta del mismo mal. Alabemos al Señor «porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (1 Cr 16, 34).

2. — «Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que era muy bueno»; así concluye la Escritura el relato de la creación (Gn 1, 31). Dios, sumamente bueno en sí mismo, lo es también en todas sus obras; todo lo que sale de sus manos lleva la impronta de su bondad. Es bueno el sol que ilumina y calienta la tierra; es buena la tierra que produce flores y frutos, bueno el mar, bueno el cielo, buenas las estrellas. «Las obras del Señor son, todas buenas» (Ecl 39, 33), porque han brotado de la Bondad esencial, infinita y eterna.

Pero Dios ha querido que entre sus criaturas hubiese algunas, como el hombre que, además de ser buenas porque las ha creado, tales, lo fuesen, también por su adhesión, libre a la bondad que Dios mismo ha infundido en ellas. Es el gran honor que Dios ha hecho al hombre: no sólo lo ha creado bueno, sino ha querido que lo sea por el libre concurso de su voluntad, cómo para hacerlo señor y dueño de la bondad, que ha puesto en él. Precisamente para eso le ha dado el gran don de la libertad. Se comprende, pues, cuánto se aleja el hombre de la bondad cuando se sirve de su libre albedrío, no para querer el bien, sino el mal, y qué inmensa distancia media entonces entre él y Dios. Dios es bondad infinita, hasta, el punto de recabar bien del mismo mal; el hombre es malicia profunda, hasta el punto de trocar en mal el mismo bien valiéndose, del bien de la libertad para condescender con el egoísmo, el orgullo y las pasiones, y así ofender a Dios. Y sin embargo, si el hombre secundase el impulso interior al bien que Dios ha puesto en él y dejase desarrollar esa bondad infundida en su corazón, no le sería difícil ser buenos

Dios nos ha hecho buenos y nos quiere buenos; es verdad que nuestra malicia, consecuencia del pecado, es grande, pero la Bondad infinita la aventaja inmensamente, y puede sanarla y destruirla radicalmente, con tal que la detestemos. «Tú, Señor, eres bueno, indulgente, rico en misericordia para aquellos que te invocan» (Sl 86, 5).

¡Oh Señor!, en los cielos tu amor, hasta las nubes tu verdad; tu justicia, como los montes de Dios, tus juicios, como el hondo abismo... ¡Oh Dios!, ¡qué precioso es tu amor! Por eso los hijos de Adán a la sombra de tus alas se cobijan... En ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz. (**Salmo 36**, 6-10).

Te adoro, Dios mío, santo por dentro como por fuera, santo en las obras como en la esencia. Ninguna criatura puede acercarse a tu incommunicable santidad; eres tú quien te acercas a cada criatura, la tocas, la envuelves y la penetras, porque nada puede vivir sino en ti, y nada has creado sino lo que es bueno.

Te adoro porque has creado buena cada cosa según su especie. Te adoro, porque sostienes y conservas todas las cosas con tu poder después de haberlas creado, haciendo que Continúen en la existencia y no caigan de nuevo

en la nada. Te adoro, porque has concedido a todas el poder de obrar por sí, si bien por medio de ti, y cabe ti.

Te adoro, porque has concedido a las criaturas racionales desear el bien y la gracia para cumplirlo. Te adoro, porque creaste al hombre en la justicia, la integridad y la gracia, como un ángel en la tierra. Pero te adoro más aún por haberle restituido la gracia en medida tan abundante, por medio de tu Hijo encarnado. En todas tus obras eres santo, Dios mío, y digno de adoración.

Eres santo en tus obras, oh Señor. El pecado entró en el mundo por obra del enemigo, por obra mía. Al hombre, a mí, me resta la vergüenza de elegir el mal, cuando podía elegir el bien. ¡Qué abismo entre tú y yo, Creador mío!...

Tu cruz, oh Señor, me descubre la distancia existente entre ti y yo, al mismo tiempo que la anula. La cruz descubre mi pecado y el horror con que lo miras. Enséñame, Señor amable, la doctrina de la cruz enteramente, para que yo pueda no sólo aprender cuán lejos estoy de ti, sino recibir juntamente la gracia de la reconciliación. (L. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

241. LA BONDAD QUE SE DA

«Te doy gracias, Señor por tu bondad, por tus maravillas con los hijos de los hombres» (SI 109, 8).

1.— El bien no se encierra en sí mismo; cuanto más lo es, más tiende a difundirse. Dios, Bien supremo, es el bien más expansivo. Dios se derrama ante todo en sí mismo, en el seno de la Santísima Trinidad: el Padre comunica al Hijo toda su divinidad, esencia, vida, bondad y beatitud divina; el Padre y el Hijo juntos las comunican al Espíritu Santo. Justamente en esta comunicación esencial, total, incesante y absoluta consiste la vida íntima de Dios, el misterio de la Santísima Trinidad; es la realización suprema del axioma: «*bonum diffusivum sui*», el bien es expansivo.

Pero la bondad infinita quiere derramarse también fuera de sí, por eso Dios llama a la existencia un número incontable de seres a los que comunica de modo y en grado diferentes algo de su bondad. Dios no crea porque necesite de sus criaturas, pues no pueden añadirle nada a su bienaventuranza y gloria esencial. «Nada le ha sido añadido ni quitado» (Ecli 42, 21); no necesita de nada ni de nadie. Dios en la creación «únicamente intenta comunicar su perfección, que es su bondad... Es la liberalidad misma, puesto que nada hace por su utilidad, sino sólo por sola su bondad» (S. T. 1, 44, 4). Dios quiere las criaturas no porque hay en ellas algo merecedor de amor, sino que creándolas las hace partícipes de su bondad y por eso dignas de amor. La bondad de Dios es tan grande que puede comunicarse a un número infinito de criaturas sin agotarse jamás, y tan expansiva que hace bueno cuanto toca. Frente a este espectáculo exclama el salmista: «Dad gracias al Señor de los señores... El sólo hizo grandes maravillas, porque es eterna su misericordia» (SI 136, 3-4).

La bondad de Dios es la razón de nuestro ser y de nuestra vida; al crearnos, ha impreso en nosotros su huella, que nos envuelve siempre y nos penetra sin cesar. Examinemos nuestro corazón para ver si conserva la impronta de la bondad divina.

2.— La bondad del Señor es tan gratuita, que se comunica a las criaturas sin que ellas lo merezcan; es tan liberal, que les sale al paso y no deja de volcar en ellas sus bienes aun cuando, abusando de su libertad, se muestren indignas: «No nos trata según nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras culpas. Como se alzan los cielos por encima de la tierra, así de grande es su amor para quienes le temen» (Sl 103, 10-11). Dios estaría en todo su derecho si privase a los pecadores de la vida y de todos los bienes, pero su bondad infinita prefiere responder con nuevos dones y nuevas pruebas de benevolencia, y así dice: «Yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado cambie de conducta y viva» (Ez 33, 11). Y el libro de la Sabiduría exclama: «Tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida» (11, 26).

El que contempla la propia bondad a la luz de la de Dios, descubre fácilmente que es muy mezquina, rastrera, calculadora e interesada. ¡Cuántas veces los cristianos somos semejantes a los paganos de que habla el Evangelio, los cuales aman sólo a los que les aman» (Mt 5, 46). Somos buenos con quienes usan de bondad con nosotros, hacemos servicios a los que nos lo pagan; pero muchas veces somos duros y avaros de nuestros servicios con aquellos de quienes no podemos esperar recompensa. ¿No nos acaece ser dulces y benévulos con quien nos aprueba, y ásperos y rigurosos con quien nos contraría? Frente a frialdades, ingratitudes, ofensas y acaso tal vez indelicadezas insignificantes, nuestra bondad queda bloqueada, se cierra en sí misma y ya no somos capaces de reaccionar con benevolencia.

Véase, pues, la distancia infinita que hay de la bondad del hombre a la bondad de Dios, y cuán necesario es meditar en la bondad del Padre celestial: «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (ib 44-45).

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...

Dad gracias al Señor de los señores, porque es eterna su misericordia; él solo hizo grandes maravillas, porque es eterna su misericordia; hizo los cielos con inteligencia, porque es eterna su misericordia. Hizo las grandes lumbreras, porque es eterna su misericordia; el sol para dominar el día, porque es eterna su misericordia; la luna y las estrellas para dominar la noche, porque es eterna su misericordia...

En nuestra humillación se acordó de nosotros, porque es eterna su misericordia; y nos libró de nuestros adversarios, porque es eterna su misericordia. El da pan a toda carne, porque es eterna su misericordia. (**Salmo 136, 1-9. 23-25**).

¡Oh inestimable, dulcísima caridad!, ¿quién no se enciende con tanto amor?, ¿qué corazón podrá resistir sin desfallecer? Tú, abismo de caridad, parece que enloqueces por tus criaturas como si no pudieses vivir sin ellas, siendo así que tú eres nuestro Dios que nada necesitas de nosotros. Nuestro bien nada añade a tu grandeza, porque eres inmutable; con nuestro mal no te viene ningún daño, pues eres la suma y eterna bondad. ¿Quién te mueve, pues, a tanta misericordia? Sólo el amor, y no porque nos debas algo o tengas necesidad de nosotros, pues nosotros somos reos y malvados deudores.

¿Y seré yo la miserable criatura que pueda resistir a las gracias y a la encendida caridad que has demostrado, y al encendido amor que en particular me demuestras, además de la caridad que tienes para con todas las criaturas? No. Solamente tú, dulcísimo y amoroso Padre, sabrás agradecer por mí, es decir, que el afecto de tu misma caridad te dará las gracias, porque yo soy, la que no soy. Y si yo dijera ser algo por mí misma, mentiría... Tú solo eres el que es, y el ser y toda gracia añadida a mi ser, procede de ti, que me lo diste y me lo das por amor, sin que tenga yo a ella ningún derecho. (STA. CATALINA DE SIENA, **Diálogo**, 25. 134).

242. LA INSONDABLE SABIDURIA

«Señor, eres admirable en tus planes, grande en tu sabiduría» (Is 28, 29).

1,— «Sólo uno hay sabio (Dios) (Ecli 1, 8); «no tiene medida su saber» (Sl 147, 5). En Dios la sabiduría no es como en el hombre, distinta de su ser, sino el ser mismo de Dios. Dios es suma sabiduría, es rayo intelectual luminoso, esplendidísimo y eternamente subsistente, que abarca y penetra toda la esencia divina y, al mismo tiempo, ve en ella como en su causa todas las cosas que existen o podrían existir. La sabiduría divina «todo lo atraviesa y penetra en virtud de su pureza. Es un hálito del poder de Dios, una emanación pura del poder del Omnipotente... Es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad» (Sb 7, 24-26).

La sabiduría divina es ante todo conocimiento perfecto de Dios. Ninguna criatura, ni siquiera los ángeles y bienaventurados en el cielo, pueden conocer a Dios hasta agotar su infinita grandeza; sólo Dios se conoce perfectamente a sí mismo. Para el hombre, incapaz de conocer a Dios como es, es un gozo inmenso contemplar la sabiduría divina que penetra todos los misterios divinos, y un consuelo invocarla para que sea nuestra verdadera luz. «Señor de la misericordia..., dame la sabiduría... Ella me guiará y me protegerá... Y ¿quién hubiera conocido tu voluntad, si tú no le hubieses dado la sabiduría y no le hubieses enviado de lo alto tu espíritu santo?» (Sb 9, 1-11.17).

La sabiduría divina lo ve todo; «todo lo sabe y todo lo entiende» (Sb 7, 23; 9, 11). Ningún error cabe en ella que «jamás pierde su brillo» (Sb 6, 12).

Nada le puede ser oculto, porque, habiendo creado todas las cosas, las conoce hasta en su más íntima esencia; nada nuevo tiene que aprender, puesto que todo lo ve desde la eternidad en un eterno presente y nada escapa a su luz penetrante. «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados» (Mt 10, 30). Dios nos conoce mucho mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos: los movimientos más secretos de nuestro corazón, aun los que escapan a nuestra percepción, le son perfectamente manifiestos. Pidámosle que nos conceda conocernos a nosotros mismos en su luz, y en su verdad y sabiduría eternas.

2.— La sabiduría divina conoce todas las cosas en Dios y en relación a él que es su causa primera. Ve todas las cosas dependientes de Dios y ordenadas por él para su gloria; por eso no las juzga según sus apariencias exteriores, sino según el valor y el significado que tienen delante de Dios. Los juicios de la sabiduría divina están, pues, infinitamente distantes de nuestros estrechos juicios humanos que se detienen en la pura materialidad de las cosas. «Cuanto aventajan los cielos a la tierra —dice el Señor—, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros» (Is 55, 9). Y San Pablo exclama: «¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11, 33).

Conocer las cosas en relación a Dios, estimarlas según el valor que tienen a sus ojos, ésa es la verdadera sabiduría que sólo Dios puede dar, porque «toda sabiduría viene del Señor» (Ecli 1, 1). Juzgar las criaturas y los acontecimientos desde un punto de vista puramente humano, a base del gozo o del disgusto que nos proporcionan, «es locura delante de Dios» (1 Cr 3, 19), porque de ese modo se valoran las cosas en relación al hombre y no en relación a Dios, y se las ve según su apariencia y no según su realidad. Sólo acostumbrándose a traspasar la apariencia de las cosas podrá descubrir el hombre a la luz de la fe el significado y el valor que tienen delante de Dios. Entonces comprenderá cómo todo lo, que el mundo tiene en gran consideración —ingenio, éxito, estima de las criaturas, etc.— es nada a la luz de la sabiduría divina, a cuyo juicio el menor grado de gracia vale más que todas las perfecciones naturales del universo (S. T 1-2, 113, 9, 2).

La humilde consideración de la propia ignorancia ha de hacerte sentir la necesidad de pedir a Dios la sabiduría. «Si alguno de vosotros está falto de sabiduría —exhorta Santiago—, que la pida a Dios que da a todos Onerosamente...; y se le dará» (1, 5). La sabiduría todo lo renueva..., entra en las almas santas y forma en ellas amigos de Dios...; porque Dios no ama sino a quien vive con la sabiduría» (Sb 7, 27-28).

¡Oh sabiduría divina!, eres un hálito del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente, por lo que nada manchado llega a alcanzarte. Eres un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad. Aun siendo sola, lo puedes todo; sin salir de ti

misma, todo lo renuevas; en todas las edades entras en las almas santas y formas en ellas amigos de Dios y profetas, porque Dios no ama sino al que vive con la sabiduría.

¡Dios de los Padres, Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste el universo, y con tu sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, rigiese el mundo con sabiduría y justicia, y ejerciese el mando con rectitud de espíritu! Dame la sabiduría que se sienta junto a tu trono, y no me excluyas del número de tus hijos; que yo soy un siervo tuyo, hijo de tu sierva, un hombre débil y de vida efímera... Pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, si le falta la sabiduría que de ti procede, en nada será tenido...

¡Oh Señor!, contigo está la sabiduría que conoce tus obras, que estaba presente cuando hacías el mundo, que sabe lo que es agradable a tus ojos, y lo que es conforme a tus mandamientos. Envíala de los cielos santos, mándala de tu trono de gloria para que a mi lado participe en mis trabajos y sepa yo lo que a ti te agrada, pues ella todo lo sabe y todo lo entiende. Ella me guiará prudentemente en mis empresas y me protegerá con su gloria. Entonces mis obras te serán agradables...

¿Qué hombre, en efecto, podrá conocer tu voluntad, oh Dios? ¿Quién hacerse Idea de lo que tú quieres? Los pensamientos de los mortales son tímidos e inseguros las ideas que nos formamos; pues un cuerpo corruptible hace pesada el alma y esta tienda de tierra oprime el espíritu fecundo en pensamientos. Trabajosamente conjeturamos lo que hay sobre la tierra y con fatiga hallamos lo que está a nuestro alcance; ¿quién entonces, ha podido rastrear, lo que está en los cielos? Y ¿quién hubiera conocido tu voluntad, si tú no le hubieses dado la sabiduría y no le hubieses enviado de lo alto tu Espíritu Santo? (**Sabiduría**, 7, 25-28; 9, 1-6. 9-17).

243. DIOS ES AMOR

«Oh Dios, que eres amor, he que conozca tu amor y crea en él»
(1 Jn 4, 1b).

1.— «Dios es amor» (1 Jn 4, 16), amor eterno, infinito y sustancial. Como todo lo que hay en Dios es hermoso, bueno, perfecto y santo, así todo lo que hay en Dios es amor: su belleza, santidad, sabiduría, verdad, omnipotencia y hasta su justicia son amor. El amor de Dios es el acto eterno de su voluntad, acto perfectísimo y santo porque está siempre dirigido al Bien supremo; éste es el amor con que Dios se ama a sí mismo, siendo él el único bien sumo y eterno al que ningún otro bien puede ser preferido.

El amor santo e infinito que Dios se tiene a sí mismo no tiene nada que ver con el egoísmo del hombre, el cual se ama con afecto desordenado hasta preferirse a Dios. El hombre es egoísta porque tiende a amarse a sí mismo excluyendo todo otro afecto; pero Dios está tan exento de toda sombra de egoísmo, que, aun amándose infinitamente y estando totalmente enamorado

de su bondad infinita, quiere derramar también su amor y su bondad fuera de sí. De este modo ama Dios a las criaturas; su amor está en la raíz del ser de ellas, porque amándolas las llama a la existencia y crea en ellas el bien. «El amor de Dios —dice Sto. Tomás— infunde y crea la bondad en las cosas» (S.T. 1, 20, 2). Dios ama con amor totalmente gratuito, libre y sumamente puro, con amor que es al mismo tiempo benevolencia que quiere el bien de la criatura, y beneficencia que hace ese bien. Amando al hombre Dios le da la vida, le infunde la gracia, lo invita a la santidad, lo atrae a sí y le hace partícipe de su felicidad eterna; todo lo que somos y tenemos es don de su amor infinito. El hombre, afirma el Vaticano II, «existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva; y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador» (GS 19).

2.— «Con amor eterno te he amado; por eso he reservado gracia para ti» (Jr 31, 3). No existía el hombre aún, y Dios que ya lo veía, lo amaba y lo quería; su amor se le adelantó desde la eternidad. Ninguna criatura podría existir si Dios no la hubiese precedido con su amor. «Tú amas a todos los seres —dice la Sagrada Escritura— y nada de lo que hiciste aborreces, pues si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado?» (Sb 11, 24-25). La historia de la vida del hombre es la historia del amor de Dios para con él. Una vez iniciada, no tiene fin, porque el amor de Dios tampoco lo tiene; sólo el pecado, como rechazo que es del amor divino, tiene la triste posibilidad de interrumpirla. Pero de por sí Dios ama con amor infinito, eterno, inmutable y fidelísimo; él mismo ha querido declararlo con las expresiones más tiernas: «¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Is 49, 15).

Dios ama al hombre cuando lo consuela, pero lo ama también cuando lo aflige con el dolor; sus gracias y consolaciones son amor, pero no lo son menos sus pruebas y castigos, «porque el Señor reprende a aquel que ama, como un padre al hijo querido» (Pr 3, 12). En toda circunstancia, por triste y dolorosa que sea, está el hombre rodeado constantemente por el amor divino, que es siempre amor del bien y por eso quiere infaliblemente su bien aun cuando lo conduzca por el camino áspero y duro del sufrimiento. Y hasta no es raro que Dios hiera más duramente a los que ama más, «porque... los adeptos de Dios en el horno de la humillación» son purificados (Ecli 2, 5). Sta. Teresa de Jesús escribe: «Veis aquí, hijas, a quien más amaba [a Jesús,] lo que dio [el sufrimiento]... Así que éstos son sus dones en este mundo. Da conforme al amor que nos tiene: a los que ama más, da de estos dones más; a los que menos, menos» (Cm 32, 7). Aunque el dolor lo desgarré, el verdadero cristiano no vacila en su fe, sino repite: «hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4, 16).

Te adoro, Señor, en el infinito y limpio amor con que amas, amor recíproco del Padre y el Hijo, del que procede procesión del Espíritu Santo...

Esa es, Señor, tu inefable y única beatitud: el amor. Amor mío infinito, te adoro. Cuando tú nos creaste, no hiciste sino amar más aún, si fuese posible. No has amado sólo tu esencia consustancial en la Trinidad de las Personas, sino también las criaturas. Te hiciste amor para nosotros, como eras ya amor en ti mismo.

Eres amor para él hombre más que para cualquier otra criatura. El amor te ha traído del cielo y te ha sometido a las leyes de la naturaleza creada. Únicamente el amor ha podido conquistarte, oh Altísimo, e impulsarte a hacerte pequeño. Por tu amor infinito a los pecadores has ido a la muerte y, es el amor lo que te retiene ahora en la tierra, aun después de tu ascensión, en el pequeño tabernáculo, bajo apariencias humildes...

Dios mío, no puedo asir lo infinito, pero de una cosa me doy cuenta: de que me amas con una profundidad infinitamente superior a cuanto puedo imaginar... ¿Cómo es posible que no te ame con toda mi alma? (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

¡Oh dulcísimo Señor y único bien de mi alma! Aunque no Menta ya tu suavísimo amor, quiero amarte más y con mayor solicitud. Mas ¿quién soy yo para merecer ser amado de un Dios tan grande y omnipotente?...

Quiero amarte, Señor que eres mi Dios y mereces ser eternamente amado; (quiero amarte) pues he recibido de ti el ser y tu semejanza. ¿Quién era yo, Dios mío, antes de que me formases? Reflexionando en mí mismo, reconozco que yo era nada, inferior a todas las cosas y aun al último gusano de la tierra. De tu Majestad he recibido todos los dones... Pero ¿cómo podré amarte si no tengo amor? Te amaré, Redentor de mi alma, con la observancia de tu ley divina..., y procuraré complacerte cuanto pueda en todas las cosas que son conformes a tu voluntad. (S. CARLOS DE SEZZE, **Autobiografía**. VI I, 30).

244. DOMINGO XV «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, que nuestros ojos vean y nuestros oídos escuchen» (Mt 13, 16).

El poder y la eficacia de la palabra de Dios son el argumento central de la liturgia de hoy. «Como bajan la lluvia y la nieve desde el alelo y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar... — dice el Señor—, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo» (Is 55, 10-11; 1.6 lectura). La palabra de Dios realiza siempre lo que expresa: bastó un «fiat» para sacar de la nada el universo entero y dar la vida a todas las criaturas. Y cuando el hombre, en vez de responder con amor a la palabra creadora, se rebeló, otra palabra, la promesa del Salvador, repetida a través de los siglos

de mil formas, le aseguré la salvación y lo orientó hacia ella. Llegada la plenitud de los tiempos, Dios no ha enviado a los hombres yasimples palabras, sino su Palabra eterna, su Verbo. El Verbo ha asumido la naturaleza humana, se ha hecho carne, llamándose Jesucristo, y ha venido a sembrar en el corazón de los hombres la palabra de Dios.

Es el tema de la parábola del sembrador que se lee en el Evangelio de hoy (Mt 13, 1-23). El sembrador salido a sembrar es justamente Jesús, y la semilla que esparce «es la palabra de Dios» (Lc 8, 11), que él —Palabra increada—, posee en sí mismo y expresa a los hombres en lenguaje humano. Su palabra, pues, es de un poder y eficacia divinos, es semilla fecunda como ninguna, capaz de germinar en salvación, santidad y vida eterna.

Con todo —dice la parábola— la misma semilla produce fruto abundante en un terreno y en otros no produce nada. Se significa aquí el misterio de la libertad del hombre frente al don de Dios. Jesús siembra por doquier la Palabra: no la niega ni a los pecadores empedernidos, a la gente superficial y distraída, a los hombres inmersos en los placeres o engolfados en los negocios, a todos los cuales se los compara en la parábola al camino pisoteado, al terreno pedregoso o al cubierto de espinas; esto indica la gran misericordia del Señor. En el orden espiritual, en efecto, «es posible que la roca se transforme y se convierta en tierra grasa; y que el camino deje de ser pisado y se convierta también en tierra feraz, y que las espinas desaparezcan „y dejen crecer exuberantes las semillas». Y si no en todos se opera esa transformación, no es ciertamente por culpa del sembrador, sino de aquellos que no quieren transformarse» (S. Juan Crisóstomo, In Mt, 44, 3). Terrible cosa, pero real: el hombre puede cerrarse a la palabra de Dios, rechazarla y en consecuencia hacerla ineficaz. Entonces la Palabra verterá en otra parte su fecundidad con la extraordinaria abundancia de frutos producida «en la tierra buena», o sea en el que «escucha la Palabra de Dios y la entiende» (Mt 13, 23) y por consiguiente la pone en práctica... Pero aun en éstos el fruto no será igual, sino proporcionado a las disposiciones de cada uno: «unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta» (ib). Por eso Jesús, aun antes de explicar la parábola, recuerda a sus discípulos lo que decía Isaías de sus contemporáneos: «Está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos, para no... entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure» (ib 15). En verdad que hay que reflexionar y orar para que la gracia de Dios preserve a los creyentes de semejante endurecimiento. Por otra parte, es cierto: quien escucha con buena voluntad la palabra de Dios, reportará fruto y gozará de la felicidad proclamada por el Señor: «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen» (ib 16).

«Salió el sembrador a sembrar... ¿De dónde saliste o cómo saliste, Señor, tú que estás en todas partes y lo llenas todo? No cambiando de lugar, sino tomando nuestra naturaleza y por una relación nueva con nosotros, haciéndote más cercano nuestro por haberte revestido de carne. Porque, como nosotros no podíamos entrar donde tú estabas, pues nuestros pecados amurallaban la entrada, saliste en busca nuestra. ¿Y a qué saliste?... Saliste a

cultivar y cuidar esta tierra por ti mismo y a sembrar en ella la palabra de la piedad...

Señor, tú ofreces a todos tu palabra con mucha generosidad. Porque así como el sembrador no distingue la tierra que va, pisando con sus pies, sino que arroja sencilla e indistintamente su semilla, así tú no distingues tampoco al pobre del rico, al sabio del ignorante, al tibio del fervoroso, al valiente del cobarde; a todos indistintamente te diriges.

Haz, Señor, que escuche yo con diligencia y piense constantemente tu enseñanza, y luego la ponga en práctica con valor, despreciando las riquezas y desprendiéndome de todo lo, mundano... Que nos fortifiquemos por todas partes, atendiendo. a tu palabra divina, echando profundas raíces y purificándonos de lo mundano. (S. JUAN CRISOSTOMO, **Comentario sobre el Ev. de S. Mateo**, 44, 3-4).

CICLO B

«Quiero escuchar qué dice Dios; pues, habla el Señor de paz para su pueblo» (SI 85, 9).

El plan de salvación, presentado hoy en la según a lectura (Ef 1, 3-14) puede servir como punto de partí para la meditación de la liturgia de la Palabra. S. Pablo se remonta a la llamada eterna de los creyentes a la salvación, bendecidos en Cristo, elegidos «en la persona de Cristo antes de crear el mundo» (ib 4), predestinados por Dios «a ser sus hijos» (ib 5). Este grandioso designio de misericordia se realiza mediante Cristo Jesús; su sangre redime a los hombres del pecado y les confiere «el tesoro de su gracia» (ib 7). Pero requiere también la colaboración de cada uno: la fe y el empeño personal para ser «consagrados e irreprochables ante él por el amor» (ib 4). Es obvio que después de haber recibido tantos beneficios «la Verdad, la extraordinaria noticia de que habéis sido salvados» (ib 13), los creyentes se conviertan en mensajeros de ella para sus hermanos. Nadie puede pensar que la llamada a la salvación y santidad se agote en la atención al bien personal propio; no sería ya santidad cristiana, la cual se realiza en la caridad de Cristo que ha dado la vida para la redención de la humanidad entera, y en la caridad del Padre celestial que abraza a todos los hombres. Aunque de maneras diferentes, todo cristiano está obligado a transmitir a los otros «el Evangelio de la salvación».

Pero hay algunos que reciben un mandato especial para ello: los profetas y los apóstoles, de los que habla la primera lectura y el trozo evangélico (Mc 6, 7-13). Es Dios quien los llama, eligiéndolos con libertad absoluta entre cualquier categoría de personas, con preferencia evidente por los más humildes y sencillos. Ahí tenemos a Amós, elegido no entre profetas profesionales, sino entre pastores: «El Señor me sacó de junto al rebaño y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo de Israel» (Am 7, 15). Dios lo envía a una tierra

extraña a predicar la justicia; resulta, pues, odioso al sacerdote del lugar que querría expulsarlo. Pero Amós no flaquea, fortalecido por la conciencia de la vocación divina que le impone hablar a todos con libertad; no busca su interés, ni pretende congraciarse con los hombres, sino sólo llevarles a éstos la palabra de Dios.

Ahí tenemos a los Apóstoles, elegidos por Jesús entre la gente humilde del pueblo, hechos partícipes de su misión y de su autoridad. «Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos» (Mc 6, 7), dándoles el encargo de predicar la conversión, y el poder de arrojar los demonios y curar los enfermos. Jesús exige de ellos un comportamiento totalmente sencillo y desinteresado: no llevar nada para el viaje fuera de lo estrictamente necesario, no preocuparse de tener reservas para el sustento, sino confiarse a la providencia del Padre celestial, el cual les proveerá de todo mediante la hospitalidad —más o menos generosa— que se les ofrezca en los lugares que visiten. Si las condiciones y costumbres de la sociedad moderna no permiten atenerse estrictamente a estas normas, es empero necesario conservar su espíritu de pobreza y desasimiento. Como colaboradores del que ha venido a evangelizar a los pobres, los apóstoles de todos los tiempos deben, lo mismo que él, ser pobres entre los pobres, y ricos sólo por la vocación recibida y por la gracia y Espíritu de Cristo. Si no se predica así el Evangelio —con desinterés y entrega total—, ni es aceptado ni convence. Por otra parte también los destinatarios de la palabra de Dios tienen un deber que cumplir: aceptarla dócilmente, reconociendo en el profeta o apóstol al enviado de Dios y proveyendo con caridad a sus necesidades, «porque el, obrero merece su sustento» (Mt 10, 10). El que rechaza y no escucha a los ministros del Señor, resiste a la gracia y se cierra el camino de la salvación.

Oh Dios, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; mira tu inmensa mies y envíale operarios, para que sea predicado el Evangelio a criatura, y tu grey, congregada por la palabra de vida y sostenida por la fuerza de los sacramentos, camine por las sendas de la salvación y del amor. (MISAL ROMANO, **Misa por la evangelización de los pueblos**, A).

En cuanto a mí, Padre, Dios omnipotente, el primer deber de que tengo conciencia es que toda palabra mía y todo pensamiento mío te expresen sólo a ti. De ti me viene el don de la palabra. No puede procurarme otro gozo mayor que el de servirte y proclamar al mundo que lo ignora o al hereje que le niega, que tú eres el Padre, el Padre, digo, del Hijo único de Dios. Esa es mi ambición.

Por lo demás, imploro tu ayuda y tu misericordia para que suelte las velas de nuestra fe y de nuestra profesión cristiana al soplo del Espíritu. Empújanos mar adentro, para poder anunciar mejor tu mensaje. No falta a su promesa el que ha dicho: «Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá». Por eso en nuestra pobreza nos volvemos a ti; examinaremos con esfuerzo tenaz las palabras de tus profetas y de tus apóstoles, llamaremos a todas las puertas cerradas de la inteligencia. Sólo a ti te pertenece conceder lo que pedimos,

hacer presente lo que buscamos, abrir cuando llamamos. (S. HILARIO DE POITIERS, **De Trinitate**, 1, 37).

CICLO C

«Esté tu palabra, Señor, en mi boca y en mi corazón para ponerla en práctica» (Dt 30, 14).

La ley de Dios es el gozne sobre el que gira la Liturgia de hoy. «Escucha la voz del Señor tu Dios, guardando sus preceptos y mandatos» (Dt 30, 10). Dios no se ha quedado extraño a la vida del hombre, sino se ha inclinado sobre él, ha pactado con él una alianza y le ha manifestado su voluntad por la ley. No es una ley abstracta, impuesta sólo desde fuera, sino escrita en el corazón del hombre desde el primer momento de la creación; una ley, por lo tanto, acorde con su naturaleza, coincidente con sus exigencias esenciales y apta para conducirlo a la plena realización de sí según el fin que Dios le ha asignado. «El precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda ni inalcanzable —dice el sagrado texto—. Está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca. Cúmplolo» (ib 11.14). Esa palabra se hizo luego inefablemente cercana al hombre cuando la Palabra eterna de Dios, su Verbo, se hizo carne y vino a plantar su tienda en medio de los hombres, revelándoles del modo más pleno la voluntad divina expresada en los mandamientos y enseñándoles a practicarlos con perfección.

Ef Evangelio del día (Lc 10, 25-37) presenta justamente a Jesús al habla con un doctor de la ley acerca del mandamiento primero: el amor a Dios y al prójimo. El doctor interroga al Maestro no por deseo de aprender, sino «para ponerlo a prueba» (ib 25), y termina su consulta preguntándole: «¿Y quién es mi prójimo?» (ib 29). Jesús no le responde con una definición, sino con la historia de un infeliz caído en manos de bandoleros, despojado y abandonado medio muerto en el camino. Dos individuos pasan al lado —un sacerdote y un levita—, lo ven, pero siguen adelante sin cuidarse de él; sólo un samaritano se detiene compasivo y le socorre. La conclusión es clara: no hay que hacer distinciones de religión, ni de raza, ni de amigo o enemigo; todo hombre necesitado de ayuda es «prójimo» y debe ser amado como se ama cada uno a sí mismo. Más aún; la parábola obliga al doctor de la ley a reconocer que quien ha cumplido la ley ha sido no un hombre instruido especialmente en ella —como el sacerdote o el levita—, sino por un samaritano, tenido por los judíos como incrédulo y pecador; y éste precisamente es propuesto como modelo al que, con mentalidad farisaica, se considera justo, impecable y observante de la ley. «Anda, haz tú lo mismo» (ib 37), le dice Jesús. Poco importa, en efecto, conocer la moral a la perfección, discutir y filosofar en torno a ella, cuando no se sabe cumplir los deberes más elementales en casos tan claros y urgentes como el propuesto por la parábola.

la. El que tiene el corazón duro y es egoísta, siempre hallará mil excusas para eximirse de la ayuda al prójimo, sobre todo cuando el hacerlo le sea incómodo y le exige sacrificio.

La segunda lectura (Cl 1, 15-20) trata un argumento del todo diferente; celebra las grandezas de Cristo: su primado absoluto sobre todas las criaturas, creadas «por él y para él» (ib 16), y su soberanía sobre los hombres, reconciliados con Dios «por medio de él» y redimidos «por la sangre de su cruz» (ib 20). Con todo es posible ponerlo en relación con el Evangelio del día: Jesús, que es «imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura», quiere ser reconocido y amado por los hombres en una imagen tan humilde y tan visible como el prójimo. «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40); es como decir que el cristiano tiene que amar al prójimo no sólo como a sí mismo, sino como está obligado a amar a su Señor.

Oh Dios, que muestras a los errantes la luz de tu verdad para que puedan volver al camino recto; concede a todos los que se profesan cristianos rechazar lo que es contrario a este nombre y seguir, lo que le es conforme. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Oh caridad, tú eres el dulce y santo lazo que une al alma con su Creador; tú unes a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Oh caridad inestimable, tú has tenido clavado sobre el árbol de la santísima cruz al Dios-hombre; tú reúnes a los enemistados, unes a los separados, enriqueces a los que son pobres de virtud porque das vida a todas las virtudes. Tú das la paz y destruyes la guerra; das paciencia, fortaleza y larga perseverancia en toda buena obra; nunca te cansas y nunca te separas del amor de Dios y del prójimo, ni por penas ni por aflicciones, ni por injurias, escarnios o villanías. Tú ensanchas el corazón, el cual acoge a amigos y enemigos y a toda criatura, porque se ha revestido del afecto de Cristo y le sigue a él.

¡Oh Cristo, dulce Jesús! Concédeme esa inefable caridad; para que sea perseverante y nunca cambie, porque quien posee la caridad está fundado en ti, piedra viva, es decir, ha aprendido de ti a amar a su Creador, siguiendo tus huellas. En ti leo la regla y la doctrina que me conviene tener, porque tú eres el camino, la verdad y la vida; por donde, leyendo en ti, que eres libro de vida, podré andar el camino recto y atender sólo al amor a Dios y a la salvación de mi prójimo. (cr: STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 7).

245. DIOS MISERICORDIOSO Y PIADOSO

«Tú, Señor, eres un Dios clemente y compasivo, tardo a la cólera y lleno de misericordia» (Sl 86, 15).

1.— Cuando se reveló a Moisés, Dios se declaró «misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado» (Ex

34, 6-7). El amor de Dios al hombre asume una característica particular, acorde a la debilidad del hombre, la de la misericordia. La misericordia es el amor que se inclina hacia los miserables para aliviarla, sanarla y enriquecerla. Dios, amor infinito, quiere remediar la indigencia del hombre: con su bondad quiere sanar la malicia, con su sabiduría la necedad, con su pureza la impureza, con su fortaleza la fragilidad. «Cual la ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno es el Señor para quienes le temen»; pues él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo» (Si 203, 13-14). Dios odia el pecado; pero si por culpa de él se ve forzado a retirar su amistad, o sea la gracia al pecador, su misericordia sabe aún hallar el modo de continuar amándolo. No pudiendo amarle ya como amigo, lo ama como hechura de sus manos, por el bien que queda en él, y se apoya en eso para inducirlo a conversión. Y luego, cuando el pecador se arrepiente, Dios lo estrecha en seguida a sí con afecto mayor aún. Dirigiéndose a Jerusalén, caída en pecado, le decía el Señor: «Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante; pero con amor eterno te he compadecido» (Is 54, 7-8). La misericordia de Dios es tan grande, que ningún pecado, ni siquiera el más ignominioso, con tal que sea llorado, puede agitarla o detenerla. Sólo la voluntad soberbia del hombre, que se cierra en su miseria, desdeñando la misericordia divina, tiene ese triste poder. El cántico de María lo recuerda para admonición nuestra. El Señor «dispersa a los soberbios de corazón; derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1, 51-53).

2.— «Deje el malo su camino... y vuélvase al Señor, que tendrá compasión de él, a nuestro Dios, que será grande en perdonar» (Is 55, 7). Con que deteste el hombre sus pecados, hallará misericordia. Dios no rechaza a nadie por sus anteriores infidelidades, no le rehúsa su perdón, no le echa en cara su miseria, ni aun cuando haya caído luego de haber sido perdonado. Aunque las criaturas condenen, Dios absuelve al pecador y le despide justificado: «Vete, y en adelante no peques más» (Jn 8, 11). La misericordia infinita no puede ser nunca un pretexto para echarse a pecar, sino una invitación a reconocer humildemente las propias culpas y a recurrir a Dios con confianza plena. «No oculté mi culpa —declara el salmista—, dije: "Me Confesaré al Señor de mis rebeldías". Y tú absolviste mi culpa» (Sl 32, 5). Entonces el perdón de Dios baja abundante, y no sólo destruye el pecado, sino devuelve la gracia y restituye la amistad divina. «Traed a prisa el mejor vestido — exclama el padre del hijo pródigo—y vestidle, ponedle un anillo en su mano..., y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado,» (Lc 15, 22-24).

Jesús ha completado con su ejemplo y su enseñanza la revelación de la misericordia infinita de Dios, para concluir luego: «Sed misericordiosos como es misericordioso es vuestro Padre» (Lc 6, 36). La medida de nuestra misericordia con el prójimo será la medida de la misericordia de Dios con

nosotros, «porque con la medida con que midiereis, seréis medidos» (Ib 38). Para derramar sobre el hombre la plenitud de su misericordia, no exige Dios que sea impecable, sino que sea misericordioso con sus hermanos. Sólo así tiene el hombre derecho a confiar totalmente en la misericordia divina, y ésta no le será escatimada, y gozará de la felicidad de que habla el salmo: «¡Dichoso el que es perdonado de su culpa, y le queda cubierto su pecado!» (SI 32, 1).

¡Oh eterna misericordia!, que cubres los pecados de tus criaturas; no me maravillo que digas de quienes salen del pecado mortal para retornar a ti: Yo no me acordaré jamás de que me hayas ofendido. ¡Oh misericordia inefable! No me maravillo que digas esto de quienes, salen del pecado cuando dices refiriéndote a los que te persiguen: Quiero que me roguéis por ellos, para que yo tenga con ellos misericordia. ¡Oh misericordia, que nace de tu deidad, Padre Eterno, y que gobierna con tu potencia el mundo entero! En tu misericordia fuimos creados; en tu misericordia fuimos creados de nuevo en la sangre de tu Hijo. Tu misericordia nos conserva. Tu misericordia puso a tu Hijo en los brazos de la Cruz... La vida entonces derrotó a la muerte de nuestra culpa y la muerte de la culpa arrancó la vida corporal al Cordero inmaculado...

Tu misericordia da vida. Ella da esta luz por la que se conoce tu clemencia en toda criatura, en los justos y en los pecadores. Reluce tu misericordia en lo más alto del cielo, es decir, en tus santos. Si vuelvo mi mirada a la tierra, la veo rebosar de tu misericordia. En las mismas tinieblas del infierno la veo relucir al no dar a los condenados toda la pena que merecen. Con tu misericordia mitigas la justicia; por misericordia nos has lavado en la Sangre; por pura misericordia quisiste convivir con tus criaturas. ¡Oh loco de amor! ¿No te bastó encarnarte? ¡Quisiste morir!...

¡Oh misericordia! El corazón se pierde pensando en ti; a cualquier parte que me vuelva a pensar, no hallo sino misericordia. ¡Oh Eterno Padre! Excusa mi ignorancia por haberme atrevido a hablar en tu presencia; que el amor de tu misericordia me excuse por ello delante de tu benignidad. (STA. CATALINA DE SIENA, **Diálogo**, 30).

246. JUSTO ES EL SEÑOR

«Señor, escucha mi oración, tiende el oído a mis súplicas; por tu fidelidad respóndeme, por tu justicia» (SI 143, 1).

1.— El autor del libro de la Sabiduría, volviéndose a Dios se expresa así: «Como eres justo, con justicia todo lo gobiernas. Tu fuerza es el principio de tu justicia, y tu señorío sobre todos los seres te hace indulgente con todos ellos... Dueño de tu fuerza, juzgas con moderación y nos gobiernas con extremada indulgencia» (Sb 12, 15-18). Al corto entendimiento humano la justicia y la fuerza le parecen inconciliables con la bondad, la clemencia y la misericordia; en Dios, en cambio, estos atributos se identifican hasta el punto de poder asegurar que Dios es misericordioso porque es justo y justo porque

es misericordioso. «Precisamente porque es justo —escribe Sta. Teresa del N. J.— Dios es también compasivo» (Ct 203). Nadie mejor que él tiene en cuenta la debilidad humana; él conoce exactamente la capacidad de cada criatura y nunca exige lo que es superior a sus fuerzas.

La Sagrada Escritura, hablando de la justicia de Dios, la asocia a su fidelidad y a su obra de salvación: «Tu justicia, como los montes de Dios; tus juicios, como el hondo abismo. A hombres y bestias salvas tú, Señor» (Sl 36, 7). Su justicia por siempre permanece... Verdad

Y justicia, las obras de sus manos» (Sl 111, 3.7). La justicia de Dios se ordena no a la perdición del hombre, sino a su bien y salvación, y no tanto al bien terreno cuanto al eterno. Por eso Dios usa de justicia castigando el pecado, para que el hombre se arrepienta. «El no tolera por mucho tiempo a los impíos, de modo que pronto caigan en castigos, es señal de gran benevolencia... [Dios] nunca retira de nosotros su misericordia cuando corrige con la desgracia, no está abandonando a su propio pueblo» (2 Mac 6, 13-16). Mientras estamos en esta vida, la justicia de Dios tiene por meta el triunfo de la misericordia, es decir, la conversión el perdón del pecador; y aun al castigar Dios templea la justicia con la misericordia, castigando siempre mucho menos de lo que el pecado merecería: «Si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor; pues no de corazón humilla ni aflige a los hijos de los hombres» (Lm 3, 32-33). Se diría que Dios castiga a regañadientes; y en realidad lo hace sólo cuando es necesario para conducir de nuevo al bien a su criatura y asegurarle la felicidad eterna.

2.— «Toda obra de la justicia divina —enseña Sto. Tomás— presupone siempre la obra de la misericordia, y en ella se funda» (S.T. 1, 21, 4). Dios, por ejemplo, no podría proveer a las necesidades de la vida humana —lo cual es obra de la justicia— si antes no hubiese creado al hombre, y esto es acción de la misericordia. La misericordia es la raíz primera de toda obra de Dios y siempre la acompaña, pues Dios da a toda criatura mucho más de cuanto le es debido en justicia. «Bueno es el Señor para con todos, y sus ternuras sobre todas sus obras... Abres tu mano y sacias el deseo de todo ser viviente. El Señor es justo en todos sus caminos, en todas sus obras amoroso» (Sl 145, 9.16-17). Al hombre le competía sólo su estado de simple criatura, Dios, en cambio, ha querido elevarlo a la dignidad de hijo suyo y llamarlo a compartir su felicidad eterna. Después del pecado habría podido la justicia divina aniquilar al hombre; Dios, en cambio, ha querido su salvación. Para reparar el pecado y redimir a toda la humanidad habría bastado una gota de la sangre de Jesús; él, en cambio, ha querido sacrificar toda su vida, toda su sangre. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia; así... reinaría la gracia en virtud de la justicia para vida eterna» (Rm 5, 20-21). Pero es sobre todo en la obra redentora donde la justicia de Dios ha sido infinitamente aventajada por su misericordia, la cual ha tomado proporciones ilimitadas e inimaginables. «En verdad, apenas habrá quien muera por un justo —dice S. Pablo—; por un hombre de bien tal vez se atrevería un

hombre a morir. Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (ib 7-8). El Hijo de Dios hecho hombre y crucificado por la salvación del mundo es la manifestación suprema y más elocuente de cómo en Dios justicia y misericordia se funden, como aspectos de su amor eterno. Con todo, el amor de Dios exige correspondencia, y si él no se ha limitado a amar al hombre según los merecimientos de éste, ¿se limitará el hombre a amarlo sólo por justicia? Dios nos ha salvado «no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia» (Tt 3, 5). A su misericordia infinita debemos corresponder con un amor sin medida.

Señor, como eres justo, con justicia todo lo gobiernas, y miras como extraño a tu poder condenar a quien no merece castigo. Tu fuerza es el principio de tu justicia y tu señorío sobre todos los seres te hace indulgente con todos ellos.

Ostentas tu fuerza con los que no creen en tu soberano poder, y confundes la audacia de los que lo conocen. Dueño de tus fuerzas, juzgas con moderación y nos gobiernas con extremada indulgencia porque, con sólo quererlo, lo puedes todo. Obrando así enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano y diste a tus hijos la dulce esperanza de que, en el pecado, das lugar al arrepentimiento. (**Sabiduría**, 12, 15-19).

¡Oh Señor!, a mí me has dado tu misericordia infinita; y a través de ella contemplo y adoro tus demás perfecciones divinas. Así, todas se me presentan radiantes de amor. Hasta la Justicia —y tal vez ella más que ninguna otra— me parece revestida de amor. ¡Qué alegría más dulce pensar que tú, buen Dios, eres justo, es decir, tienes en cuenta nuestras debilidades, que conoces perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿De qué, pues, tendré miedo? ¡Ah! Tú, Dios infinitamente justo, que te dignaste perdonar con tanta bondad los pecados del «hijo pródigo», ¿no te mostrarás también justo conmigo que «estoy siempre a tu lado»? (**Manuscrito Autobiográfico A**, VIII, 22).

Sé que hay que estar muy puro para comparecer delante de ti, Dios de toda santidad; pero sé también que eres infinitamente justo, y esa justicia, que espanta a tantas almas, constituye el motivo de mi alegría y de mi confianza. Ser justo no es sólo ejercer la severidad para castigar a los culpables, sino también reconocer las intenciones rectas y recompensar virtud.

Espero, Señor, tanto de tu justicia como de tu misericordia. Porque eres justo, eres compasivo y lleno de dulzura, lento a castigar y abundante en misericordia. Porque conoces nuestra fragilidad y te acuerdas de que no somos más que polvo. (C 203. STA. TERESA DEL NIÑO JESUS).

247. TODO LO GOBIERNA CON BONDAD

«Yo confío en ti, Señor... Está en tus manos mi destino» (Sl 31, 15.16).

1. — La sabiduría de Dios «se despliega vigorosamente de un confín al otro del mundo, y gobierna con bondad todo el universo» (Sb 8, 1). La sabiduría divina se identifica así con la providencia que lo ordena, dispone y guía todo al conseguimiento de un fin bien determinado; fin último y supremo: la gloria de Dios; fin próximo y secundario: el bien, la felicidad de las criaturas. Nada existe sin motivo y nada sucede al acaso en el mundo, sino todo, absolutamente todo, entra en el grandioso plan de la providencia divina, pues Dios lo dispone todo «con medida, número y peso» (Sb 11, 20).

Si tal vez no alcanzamos a comprender la razón de ser de circunstancias y criaturas que nos hacen sufrir, es porque no sabemos descubrir el puesto que tienen en el plan de la divina providencia. Sin embargo, es seguro: todo acaecimiento, aunque sea triste y doloroso, está guiado por la providencia amorosa de Dios. «Todas sus órdenes se ejecutan a su hora. No hay por qué decir: "¿Qué es esto? y esto ¿para qué?", que todo se ha de buscar a su tiempo..., pues todo ha sido creado con un fin. Gracias a Dios todo acaba bien, y por su palabra todo está en su sitio» (Ecli 39, 16.21; 43, 26). Justamente porque nada se sustrae al sabio y paternal gobierno de Dios, nada hay que temer; hasta las situaciones más difíciles y oscuras que destruyen los proyectos y obstaculizan los planes mejores, y que a una luz humana no presentan solución alguna, serán infaliblemente encaminadas por Dios para bien. «En todas las cosas —dice S. Pablo— interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm 8, 28). Y S. Agustín escribe a guisa de comentado: «Dios omnipotente..., no permitiría en modo alguno que existiese algún mal en sus criaturas, si no fuera de tal modo bueno y poderoso que pudiese sacar bien del mismo mal» (Enquirid. 11). Esta es la convicción básica que necesitamos para no escandalizarnos frente al dolor y para no dudar entonces de la providencia divina. Podemos dudar de nosotros, de nuestra bondad y fidelidad, pero no de Dios, pues su bondad se eleva sobre los cielos, «su lealtad hasta las nubes», y su providencia paternal lo guía todo (Sl 108, 5; Sb 14, 3).

2.— Dios, una vez creado el universo, no lo deja a merced de sí mismo; sino cuida de todos los seres. «De todas las cosas cuida» (Sb 12, 13), pues a todas las ha creado, pero su providencia se extiende sobre todo a los hombres, a los cuales ama como a hijos: «Como uno a quien su madre le consuela, así os consolaré yo —dice el Señor a Israel—. Desde los cabos de la tierra y desde lo más remoto te llamé... No temas, que contigo estoy yo; no receles, que yo soy tu Dios» (Is 66, 13; 41, 9-10). Cada uno de los hombres puede con toda verdad tomar estas palabras como dirigidas a él; porque la providencia de Dios es tan grande, que, al mismo tiempo que abarca el universo entero, se ocupa de modo especial de cada criatura. Justamente

bajo este aspecto nos ha presentado Jesús la providencia del Padre celestial: «Ni un pajarillo caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre... No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos» (Mt 10, 29-31). Así como Dios no ha creado a los hombres en serie, sino individualmente a cada alma, del mismo modo, su divina providencia no se limita a asistir a la humanidad en bloque, sino atiende a los hombres uno por uno, conociendo todas las necesidades, las dificultades y hasta los deseos de cada uno y sabiendo lo que más le conviene. La madre más amorosa puede ignorar una necesidad de su hijo, olvidarla, equivocarse en el modo de proveerla y verse en la imposibilidad de hacerlo; pero nada de esto sucederá jamás a Dios, cuya providencia lo sabe, lo ve, lo puede todo. «Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo afirma Jesús— que ni Salomón en toda su gloria se pudo vestir como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?» (Mt 6, 28-30).

La providencia de Dios nos rodea por todas partes; de ella vivimos, por ella nos movemos y somos, y, sin embargo, ¡qué tardos y desconfiados somos para creer en ella! ¡Cuánta necesidad tenemos de ensanchar el corazón en una confianza mayor, o más bien ¡limitada, porque ilimitada es la divina providencia.

Tú y sólo tú, Dios mío eres infinitamente sabio. En tu sabiduría has determinado todos los acontecimientos de mi vida, del primero al último. Todo lo has determinado del modo más perfecto.

Tú sabes lo que me acaecerá, año tras año, hasta el fin; tú conoces la duración de mi vida y cómo será mi muerte. Todo lo has previsto y todo lo has querido, fuera del pecado. Todo suceso de mi vida es lo mejor que me puede suceder, porque procede de ti.

Tú me llevas adelante, año tras año, en tu maravillosa providencia, desde la juventud hasta la madurez, con la ciencia más perfecta y con el más profundo amor...

Sé, oh Señor, que como yo deseo con tu gracia cumplir mis compromisos contigo, no dejarás tú ciertamente de hacer otro tanto. Sé muy bien que no puedes olvidar a los que te buscan, ni decepcionar a los que confían en ti. Pero sé también que, con cuanta mayor insistencia yo pida tu protección, con mayor seguridad y plenitud la obtendré. Por eso te ruego ahora y te suplico que me libres de mí mismo y me impidas obedecer a una voluntad diferente de la tuya. Te pregunto también por qué motivo, en tu compasión infinita, quieres adaptarte a mi debilidad. Te pregunto por qué motivo no eres severo sino indulgente conmigo.

No me envíes, mi amoroso Señor, no me envíes, si es lícito suplicarte así, las pruebas que sólo los santos pueden soportar. Ten compasión de mi debilidad... Todo lo dejo en tus manos, amable Salvador mío, porque no quiero andar en estipulaciones contigo. Si quieres enviarme pruebas más duras, dame también

más gracia, inúndame con la plenitud de tu fuerza y de tus consolaciones, para que esas pruebas no me sean ocasión de muerte, sino de vida y salvación. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

248. A DIOS TODO LE ES POSIBLE

«Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos» (Ap 15, 3).

1.— Hablando de la obra creadora de Dios, concluye Isaías: «Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha hecho esto? El que... llama a cada estrella por su nombre. Gracias a su esfuerzo y al vigor de su energía, no falta ni una» (40, 26). Dios es el omnipotente que puede hacer todo cuanto quiere, como quiere y cuando quiere: «Todo cuanto agrada al Señor lo hace en el cielo y en la tierra, en los mares y en todos los abismos» (SI 135, 6). Nada puede impedir su acción, nada puede oponerse a su poder, nada le es difícil: «ninguna cosa es imposible para Dios» (Le 1, 37). Las obras del hombre, aun las más sencillas, requieren tiempo, trabajo, material y colaboración; las obras de Dios, aun las más grandiosas, se cumplen en un instante por un acto sencillo de su voluntad. Dios es tan omnipotente que con una palabra lo ha sacado todo de la nada: «hablaste tú, y fueron hechas...», y nadie puede resistir a tu voz» (Judit 16, 14). Las palabras del hombre son sonido vano que se pierde en el aire; la palabra de Dios es tan eficaz, que produce todo cuanto expresa: «Pues él habló y fue así» (SI 33, 6). Dios es tan omnipotente que, habiendo creado al hombre libre, lo gobierna y lo dirige según su beneplácito sin lesionar su libertad. Dios es tan omnipotente que transforma a los hombres, hijos del pecado, en hijos suyos adoptivos, partícipes de su vida divina. Dios es tan omnipotente que saca el bien hasta del mal. La omnipotencia de Dios está siempre en acto, siempre a la obra, sin cansarse nunca; y esta omnipotencia grandiosa, infinita y eterna está siempre al servicio de la Bondad infinita o, mejor dicho, es la misma Bondad infinita que puede hacer todo cuanto quiere. ¡Cuánta necesidad tenemos de su ayuda nosotros tan débiles, que queremos, sí, el bien, pero tantas veces nos sentimos incapaces de practicarlo.

2.— A aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos decir o pensar» (Ef 3, 20), debe recurrir el hombre con confianza y humildad para hallar el socorro necesario a su debilidad e impotencia. S. Pablo amonesta que no podemos «atribuirnos cosa alguna como propia, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (2 Cr 3, 5). Si el hombre puede y sabe hacer algo, no es por virtud suya propia, sino porque Dios le ha dado parte en su poder divino: abandonado a sí mismo no sería capaz ni de formular un pensamiento o articular una palabra. Esta su impotencia radical debe mantenerlo en humildad pero no debe acobardarlo, porque Dios, bondad infinita, así como lo ha llamado a la vida, le

da también la capacidad y las fuerzas necesarias para su vivir y su obrar; y se las da tanto más abundantemente cuanto el hombre es más humilde y con más confianza acude a él. «Al cansado da vigor, y al que no tiene fuerzas le acrecienta la energía. Los jóvenes se cansan, se fatigan, los valientes tropiezan y vacilan, mientras que a los que esperan en el Señor él les renovará el vigor..., correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse» (Is 40, 29-31).

Si es penoso experimentar la propia impotencia, es sumamente alentador poder contar con el poder de Dios, el cual se complace en elegir «lo necio del mundo, para confundir a los sabios..., lo débil del mundo, para confundir lo fuerte, lo plebeyo y despreciable del mundo..., lo que no es» (1 Cr 1, 27-29). La razón de tantos fracasos en el bien es no apoyarse bastante en la omnipotencia divina, contando demasiado con las fuerzas y medios humanos. Esto vale sobre todo en lo que concierne a la salvación y santificación propia y ajena, empresa que excede todo poder humano. Y no obstante es preciso trabajar en esta empresa con gran empeño y confianza, implorando continuamente la ayuda divina, porque «para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible» (Mt 19, 26).

Tuya, oh Señor, es la grandeza, la fuerza, la magnificencia, el esplendor y la majestad, pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo, oh Señor, es el reino; tú te levantas por encima de todo. De ti proceden las riquezas y la gloria. Tú lo gobiernas todo; en tu mano están el poder y la fortaleza, y es tu mano la que todo lo engrandece y a todo da consistencia. Pues bien, oh Dios nuestro, te celebramos y alabamos tu nombre magnífico. (1 Crónicas, 29, 11-13).

Señor y creador mío, tú eres mi Señor que lo señoreas todo en el cielo y en la tierra. Tal es tu dominio, que cada cosa creada depende de tu infinita omnipotencia. Tú eres mi dueño absoluto, que puedes hacer de mí lo que te agrade, pues por ti, sabiduría eterna, he sido formado de la nada, recibiendo yo de ti el ser y el sustento y proveyendo tú a mis continuas necesidades...

Oh Dios altísimo, yo soy... el siervo que no tiene con qué corresponderte a ti, que eres mi señor. Yo, Señor, soy el pobre Lázaro, tan enfermo de miserias naturales cuantas lleva consigo la parte inferior del hombre, y tan pobre que no sé tenga en mí virtud alguna con que agradarte; pero tengo un gran deseo de amarte...

Dame, Dios mío, las riquezas de tu gracia y hazme rico de ella, para que pueda ofrecerte todos los actos virtuosos que produce: arrepentimiento de haberte ofendido, ánimo constante para imitarte en vida y en muerte, en la alegría y en el dolor, y, finalmente, resignación en tu voluntad en todo, para que, en cuanto me suceda, sea dulce o amargo al espíritu, diga siempre: hágase tu santa voluntad en el cielo y en la tierra. (S. CARLOS DE SEZZE, **Autobiografía**, VII, 30).

249. LA FE, DON DE DIOS

«Señor ilumina los ojos de mi corazón» (Ef 1, 18).

1.— «Sin fe es imposible agradar a Dios» (Hb 11, 6). La fe es el fundamento de las relaciones con Dios. Para el hombre sin fe, Dios no tiene significado, valor, ni lugar en su vida. Al contrario, cuanto más viva es la fe, más entra Dios en la vida del hombre, hasta llegar a ser su todo, la única gran realidad por la que el hombre vive, por la que afronta animosamente el dolor y la muerte. «Ya vivamos, ya muramos, del Señor somos» (Rm 14, 8). A los que llevan una vida espiritual, no les falta la fe, pero con frecuencia les falta la viveza y realismo de la fe que nos hace ver siempre a Dios en todas las cosas y nos da el sentido de su realidad esencial, transcendente y eterna, infinitamente superior a todas las realidades terrestres.

La fe no se apoya en datos sensibles, en lo que se ve o se toca, y no se reduce siquiera a lo que el entendimiento humano puede entender de Dios, sino que, rebasando todo eso, hace al hombre partícipe del conocimiento que tiene Dios de sí mismo. Es el estupendo regalo que hace Dios al hombre al elevarlo al estado de hijo suyo; de este modo lo hace partícipe de su naturaleza y, por tanto de su vida, que es vida de conocimiento y amor. La fe lo introduce en el conocimiento divino; la caridad, en el amor divino. En el bautismo, junto con la gracia santificante, recibe el cristiano esas virtudes, por las que se torna capaz de entrar en comunión con el pensamiento y el amor de Dios. Si la gracia es don gratuito, también lo es la fe: es Dios quien llama a la fe y la infunde. «Habéis sido salvados por la gracia mediante la fe —afirma el Apóstol—; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios» (Ef 2, 8). Y el Vaticano II precisa: «Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad"» (DV 5). En la práctica no se reflexiona bastante que ser creyente es puro regalo de Dios y no mérito personal. Dios que es el objeto de la fe, es también su donador; es Dios quien infunde en el hombre el deseo de conocerlo y de creer en él, y lo hace capaz del acto de fe.

2.— La inteligencia no puede dar al hombre más que una luz natural sobre Dios y sobre lo creado; la fe, en cambio, le da una luz sobrenatural que es participación del conocimiento que tiene Dios de sí mismo y del mundo. Dios en su gran bondad se ha complacido en revelarse a los hombres; se ha revelado tal como es y como se conoce a sí mismo, y por lo tanto, no sólo como Creador, sino también como Trinidad, como Padre, como Autor de la gracia y como Amor infinito. Esa revelación se ha efectuado gradualmente, a través de las diferentes etapas de la historia de la humanidad, y se ha ido aclarando y completando cada vez más hasta llegar a su plenitud en Cristo, el gran Revelador de Dios. «La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y

plenitud de toda la revelación» (DV 2). La Revelación es el fundamento de la fe. Dios ha hablado, se ha dado a conocer, y el hombre cree en su palabra. «Cuando Dios se revela, el hombre tiene que someterse con la fe. Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios y le ofrece "el homenaje total de su entendimiento y libertad"» (DV 5). Dios infunde gratuitamente en el bautizado el don de la fe; pero este don que se le ofrece, no se le impone, espera de parte del hombre la adhesión libre de su voluntad y de su entendimiento. El acto de fe del niño que empieza a conocer a Dios, debe ir madurando hasta que llegue a ser en el adulto una adhesión profunda y consciente a la palabra de Dios, a la Revelación divina, a la Sagrada Escritura y a la enseñanza de la Iglesia. La fe se convierte así en un acto de abandono en Dios. «Yo sé bien en quién tengo puesta mi fe» (2 Tm 1, 12). Sin embargo, este acto libre y voluntario implica siempre el don de Dios: «Creer —enseña Sto. Tomás— es un acto del entendimiento que se adhiere a la voluntad divina a impulso de la voluntad movida por Dios mediante la gracia» (S.T. 2-2, 2, 9). Cuando advirtamos la pobreza de nuestra fe, invoquemos humildemente el auxilio divino y pidamos a Dios que doblegue nuestra voluntad y abra nuestra mente a su luz divina.

Señor, yo creo; yo quiero creer en ti, oh Señor. Haz que mi fe sea plena, sin reservas; que penetre en mi pensamiento y en mi modo de juzgar las cosas divinas y las cosas humanas.

Oh Señor, haz que mi fe sea libre, o sea, que tenga el concurso personal de mi adhesión; que acepte yo las renunciaciones y los deberes que implica, y que exprese el ápice decisivo de mi personalidad: creo en ti, Señor.

Oh Señor, haz que mi fe sea cierta; cierta por una congruencia exterior de pruebas y por un testimonio interior del Espíritu Santo; cierta por una luz suya que me asegure, por una conclusión suya que me pacifique, por una asimilación suya que me serene.

Oh Señor, haz que mi fe sea fuerte, no tema las contrariedades de los problemas, donde se tiene la experiencia plena de nuestra vida ávida de luz, no tema la oposición de quien la discute, la impugna, la rehúsa o la niega; sino que me reafirme en la prueba íntima de tu verdad.

Oh Señor, haz que mi fe sea gozosa y dé paz y alegría a mi espíritu, y lo habilite para la oración a Dios y para la conversación con los hombres, de modo que irradie en la conversación sagrada o profana la interior dicha de su afortunada posesión.

Oh Señor, haz que mi fe sea operante y dé a la caridad las razones de su expansión moral, de modo que sea verdadera amistad contigo, y en las obras, en los sufrimientos, en la espera de la revelación final, una búsqueda continua, un continuo testimonio de ti, y un alimento continuo de la esperanza.

Oh Señor, haz que mi fe sea humilde y no presuma fundamentarse en la experiencia de mi pensamiento o de mi sentimiento; sino que se rinda al testimonio de Espíritu Santo, y no tenga otra garantía mejor que la docilidad a la

Tradición y a la autoridad del magisterio de la santa Iglesia. Amén. (PABLO VI, Enseñanzas, V, 6).

250. EL QUE CREE TIENE LA VIDA ETERNA

«La vida eterna es conocerte a ti, único Dios verdadero» (Jn 17, 3).

1.— El rito del bautismo insiste de modo particular sobre la fe y especialmente sobre el compromiso de los padres de educar en ella a sus hijos: «Cuidad que vuestros hijos, iluminados por Cristo, caminen siempre como hijos de la luz, y perseverando en la fe, puedan salir al encuentro del Señor que viene, con todos los santos, en el reino de los cielos». Esto se convierte luego, con el uso de la razón, en el compromiso personal y fundamental de todo bautizado. Es la fe, en efecto, la que introduce en la vida cristiana y abre el camino a la vida eterna. La fe no es sólo una promesa, sino un preludio, un regalo de vida eterna. Lo ha dicho Cristo Señor: «En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna» (Jn 6, 47). Por la fe comienza el cristiano a conocer a Dios como lo conocerá un día en el cielo; el mismo Dios, los mismos misterios que conocerá allá arriba descubiertamente por la luz de la gloria, los conoce aquí abajo encubiertos en las verdades que la fe le propone para creer. Fe y visión beatífica son dos fases de un único conocimiento de Dios: la fe es conocimiento inicial, velado e imperfecto; la visión beatífica es el conocimiento pleno, manifiesto y perfecto. «Ahora —dice San Pablo— vemos en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto; pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cr 13, 12). En el cielo cesará la fe porque empezará la visión directa de Dios; pero mientras somos peregrinos en esta tierra, no tenemos otro modo de conocer a Dios y entrar en relación con él, que la fe. Por otra parte, sólo la fe es el camino para llegar a la visión beatífica. Por eso enseña Sto. Tomás que «la fe es un hábito intelectual, por el que se inicia en nosotros la vida eterna» (S.T. 2-2, 4, 1). Hábito intelectual, es decir, disposición habitual, virtud infundida por Dios en la mente del hombre para hacerlo capaz de conocer a Dios sobrenaturalmente, de creer en él.

«Esta es la vida eterna —dijo Jesús en su oración al Padre— que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo».

2. — San Juan de la Cruz emplea una comparación genial para darnos a entender que la fe contiene ya en germen la visión del cielo. Narra el hecho bíblico de los soldados de Gedeón, los cuales «tenían las luces en las manos y no las veían; porque las tenían escondidas en las tinieblas de los vasos, los cuales quebrados, luego pareció la luz». Y comenta el Santo: «Así la fe, que es figurada por aquellos vasos, contiene en sí la divina luz; la cual acabada y quebrada por la quiebra y fin de esta vida mortal, luego parecerá la gloria y luz de la divinidad que en sí contenían» (S II, 9, 3).

Pero la vida eterna no es sólo visión; es también comunión con Dios, comunión derivada de la visión. Es análogo lo que pasa con la fe. Dios no se revela a los hombres sólo por darse a conocer, sino para darse a ellos, «para invitarlos y recibirlos en su compañía» (DV 2). El conocimiento sobrenatural de Dios por la fe es el fundamento indispensable de esa admirable comunión, completada luego por la caridad y que alcanza su plenitud en el cielo. Esta es la grandeza inefable del don de la fe: que elevando al hombre al plano de conocimiento divino, lo dispone a la amistad, a la comunión y a la posesión eterna de Dios. «Esta es la voluntad de mi Padre —dijo un día Jesús—: que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna» (Jn 6, 40).

Como la vida eterna aventaja a la terrena, así la fe aventaja cualquier conocimiento natural de Dios. Un acto de fe sobrenatural inmensamente más que toda la ciencia humana, sin excluir los estudios teológicos. Es la fe la que justifica y salva. ¡Cuánto hemos de agradecer a Dios este don que nos ha dado absolutamente gratis, y cómo hemos de procurar conservarlo y acrecerlo! Muy oportunamente el Vaticano II exhorta a los creyentes a que «se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe» (GE 2), y a empeñarse en la oración y la acción «para poder dar a otros el don de la fe, que ellos gratuitamente recibieron» (AG 41).

Señor, comenzaré por la fe para llegar a la visión; voy recorriendo el camino en busca de la patria. Durante el camino dice mi alma: Ante ti está patente todo deseo mío, y mi gemido no se te esconde. Pero en la patria ya no habrá necesidad de orar, sino sólo de alabar, porque allí nada faltará. Aquí creo, allí veré; aquí espero, allí poseeré; aquí pido, allí recibiré (Sr 159, 1).

Ahora pongo los ojos en lo que veo, y alabo lo que no veo. Tú, Señor, no me has abandonado cuando me llamaste a creer; si me mandas creer lo que no puedo ver, no me dejas sin ver cosas que me ayudan a creer lo que no veo... Si me era imposible ver tu divinidad, yo podía ver bien tu humanidad; y así te has hecho hombre, para que en una misma persona tuviese yo un objeto de visión y un objeto de fe (Sr 126, 5. S. AGUSTIN).

¡Oh fe de mi Esposo Cristo! Me vuelvo a ti, como a la que en sí encierra y encubre la figura y hermosura de mi Amado. Tú eres pura, fuerte y clara, limpia de errores; eres fuente de la que manan las aguas de todos los bienes espirituales. Por eso tú, oh Cristo, hablando con la Samaritana, llamaste fuente a la fe, diciendo que en los que creyesen en ti haría una fuente cuya agua saltaría hasta la vida eterna (cf. **Cántico B 12, 1-3**).

Sólo tú, oh fe, eres el proporcionado medio para que el alma se una con Dios. Porque es tanta la semejanza que hay entre ti y Dios, que no hay otra diferencia sino ser visto Dios y creído. Porque así como Dios es infinito, así tú nos le propones infinito; y así como es Trino y Uno, nos le propones. Trino y Uno; y así como es tiniebla para nuestro entendimiento, así tú también ciegas y deslumbras nuestro entendimiento. Y así, sólo por medio de ti se manifiesta Dios al alma en divina luz que excede todo entendimiento. Aumenta, pues,

Señor, mi fe, porque cuanto más fe tenga, más unido estaré contigo (Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, **Subida**, 9, 1).

251. DOMINGO XVI «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, eres bueno e indulgente» (SI 86, 5).

La Liturgia de la Palabra se presenta hoy como un himno a la misericordia de Dios y lleva a reflexionar sobre este consolador atributo divino, para alimentar nuestra confianza en el Señor y estimularnos a reproducirlo en nuestra conducta propia. El argumento es introducido por la primera lectura (Sb 12, 13. 16-19): «Tu poder es el principio de la justicia, y tu sabiduría universal te hace perdonar a todos... Tú, poderoso soberano, juzgas con moderación, tú nos gobiernas con gran indulgencia... Obrando así enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano» (ib 16.18-19). Con frecuencia entre los hombres la fuerza acaba con la justicia y ahoga la indulgencia; no así en Dios, cuyo poder es también fuente de justicia y de misericordia, y se identifica con ellas. Así templea los justos castigos con una espera clemente, para dar a los hombres «lugar al arrepentimiento» (ib 19). El mismo tema se ilustra de forma concreta en la parábola evangélica de la cizaña (Mt 13, 24-43). El que habla no es ya el autor del libro de la Sabiduría, sino Jesús, Sabiduría encarnada: «El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo» (ib 24). Pero de noche el enemigo siembra cizaña, la cual pronto se apodera del grano; y cuando los criados proponen al Señor arrancarla, éste lo impide: «No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega» (ib 29-30). Un labrador no razonaría así; escardaría el grano para librarlo de la mala hierba. Es que no se trata de una lección de agricultura, sino de mostrar cuál es la actitud de Dios frente a los buenos y a los malos. En la explicación de la parábola se dice que «el campo es el mundo», donde Jesús, el Hijo del hombre, siembra el reino de los cielos. «La buena semilla son los ciudadanos del Reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo» (ib 38-39).

En este mundo el Reino de los cielos está en fase de evolución y crecimiento, por eso no hay separación neta entre buenos y malos; Dios no la quiere, y permite que vivan los unos junto a los otros sea para probar a los primeros y consolidarlos en la virtud, sea para dar tiempo a los segundos de convertirse, y aun porque no se excluye que en un momento dado la buena semilla degenera en cizaña. Así como en esta vida nadie es definitivamente partidario del Maligno, pues siempre puede apartarse del mal, tampoco es nadie definitivamente ciudadano del Reino, ya que por desgracia puede pervertirse. La parábola, pues, es una invitación a todos a la vigilancia, a no dejar pasar en vano la hora de la gracia y a estar prontos para la siega, porque «lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será el fin del

tiempo». Entonces «todos los corruptores y malvados» serán arrojados «al horno encendido», mientras «los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (ib 40-43). La indulgencia misericordiosa de Dios se cambiará un día en juicio irrevocable para los que se obstinaron en el mal. Entretanto los «ciudadanos del Reino» son invitados a imitar la misericordia del Padre celestial aceptando pacientemente las dificultades provenientes de la convivencia con los enemigos del bien y tratándolos con bondad fraterna en la esperanza de que, vencidos por el amor, cambien de conducta. Se debe también recurrir a la oración, para que Dios ponga un dique a la inundación del mal y defienda a sus hijos del contagio; el cómo hay que dejárselo a él. Viene, pues, muy a propósito la palabra de S. Pablo (2.8 lectura: Rm 8, 26-27): «Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene» (ib); pero el Espíritu Santo lo sabe; y pues «su intercesión por los santos es según Dios» (ib), hay que dejar la causa del bien en sus manos.

Señor, te compadece de todos porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses amado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida, pues tu espíritu imperecedero está en todas las cosas.

Por eso mismo gradualmente castigas a los que caen; les amonestas despertando la conciencia de sus pecados para que se aparten del mal y crean en ti, Señor. (**Sabiduría**, 11, 23-26; 12, 1-2).

¡Qué mal pagamos tu amistad, Señor, pues tan presto nos tornamos enemigos mortales! Por cierto que es grande tu misericordia. ¿Qué amigo hallaremos tan sufrido? Y aun una vez que acaezca esto entre dos amigos, nunca se quita de la memoria ni tornan a tener tanta amistad como antes. Pues ¿qué de veces serán las que faltamos en la tuya de esta manera, y qué de años nos esperas de esta suerte? Bendito seáis Vos, Señor Dios mío, que con tanta piedad nos lleváis que parece olvidáis vuestra grandeza para no castigar, como sería razón, traición tan traidora como ésta. (STA. TERESA DE JESUS, **Conceptos del amor de Dios**, 2, 19).

CICLO B

«El Señor conforta mi alma: me guía por senderos de justicia» (Sl 23, 3).

El tema de Dios-pastor y, por lo tanto, del Mesías-pastor, tan querido al Antiguo Testamento, retorna con frecuencia en la Liturgia renovada, que se sirve a gusto de los textos proféticos como introducción a los pasajes evangélicos centrados en ese argumento.

Dios, por boca de Jeremías (23, 1-6: 1.ª lectura), condena la conducta de los malos pastores: «¡Ay de los pastores que dispersan y dejan perecer las ovejas de mi rebaño!» (ib 1). En vez de reunir las ovejas —el pueblo de Dios—, las dispersan; en lugar de guardarlas, las han dejado perecer. Por eso Dios les castigará. El mismo tomará a su cuidado el resto de sus ovejas» (ib 3) y las confiará a pastores más dignos; suscitará de la descendencia de David un vástago legítimo» (ib 5), el Mesías, rey-pastor, bajo cuyo gobierno las ovejas dispersas de Israel serán finalmente reunidas y gozarán de seguridad, justicia y paz. El salmo responsorial, leído con ojos cristianos, esboza justamente la figura de Jesús buen pastor y expresa el gozo de los creyentes que encuentran en él todos los bienes: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Sl 23, 1). El atiende solícitamente a su rebaño, lo defiende de los peligros y lo alimenta con la abundosa mesa de su palabra, de su carne y de su sangre.

El Evangelio (Mc 6, 30-34) bosqueja en síntesis la actividad de Jesús pastor. Sus primeros cuidados son para los apóstoles, porción elegida de su grey, que reúne en torno a sí después de las fatigas de su primera misión. «Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco» (ib 30). Es imposible un apostolado fecundo sin estas pausas reparadoras junto al Maestro, destinadas a tomar nuevas fuerzas, no sólo físicas sino espirituales. Pausa de oración y de atención interior para profundizar la palabra del Señor y encarnarla cada vez mejor en la propia vida. El Evangelio presenta luego la actividad intensa de Jesús en favor del pueblo que se le estrecha en torno sin dejarle un momento de respiro, «Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer» (ib 31). Y cuando el Señor parte en la barca en busca de un poco de soledad, la gente lo alcanza, y hasta se le adelanta, de modo que al desembarcar se encuentra de nuevo oprimido por la multitud. Ante ese espectáculo —nota S. Marcos—, tuvo lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma» (ib 34). Olvidado de sí, Jesús se da totalmente al cuidado del rebaño que el Padre le ha confiado, ahora para adoctrinarlo como un día en la cruz para redimirlo. Es el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas y enseña a los que le representan a hacer otro tanto. Si solamente los obispos y sacerdotes son los pastores oficiales del pueblo de Dios, también participan de ese oficio, aunque de forma más modesta e indirecta, cuantos ocupan un puesto de responsabilidad en la familia, en la escuela o en la sociedad. Para cumplir su misión, necesitan todos ellos poner sus ojos en Jesús y amoldarse a él.

La segunda lectura (Ef 2, 13-18) completa el argumento con el cuadro de la salvación universal realizada por Cristo; el cual ha traído a sí las ovejas alejadas —los paganos— uniéndolas en un solo rebaño con las ovejas de Israel, más cercanas porque pertenecían ya al pueblo de Dios. De los dos pueblos, paganos y judíos, ha hecho uno solo, pues «reconcilió con Dios a los dos pueblos... mediante la cruz, dando muerte, en él, al odio» (ib 16). Por su muerte, en efecto, todos los hombres han sido hechos hermanos entre sí e

hijos del Padre celestial. Así, por él, «unos y otros podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu» (ib 18). Un solo Pastor y un solo Padre, un solo rebaño y un solo redil: éste es el fruto de la vida que Jesús ofrece por sus ovejas.

Buen Pastor, tú solo eres necesario. Tú sabes lo que necesitamos y nos lo concedes en el momento que quieres; danos a tus pobres ovejas el pasto que necesitamos en cada momento: ora consuelas para impedir el desánimo, ora dejas sentir el desbarajuste al alma para producir humildad que es verdad. Estamos en buenas manos. Tu corazón no cesa de velar por nosotros; nos amas infinitamente, nos ves de continuo y eres omnipotente. Preparas nuestra eternidad feliz con los medios que tú sabes, haciéndonos trabajar penosamente cuando nosotros, niños pequeños, querríamos descansar. (Cf. C. DE FOUCAULD, **Carta** 5.4.1909).

Oh Señor, por una delicada atención de tu providencia, has querido llamarte pastor. No sólo te has preocupado de mí, sino que te has puesto también a buscarme; no sólo me has encontrado, tú que haces maravillas, sino que por la bondad indecible de tu amor, me has llevado sobre tus hombros vivificadores y me has asociado a los órdenes celestiales en la herencia de tu Padre.

Tú que eres poderoso, fuente de vida, bendito, auxiliador, compasivo y misericordioso..., revélame ahora de nuevo las profundidades de tus misericordias y las efusiones de tu bondad. (S. GREGORIO DE NAREK, **Le livre de prières**).

CICLO C

«Señor mío..., te ruego no pases de largo junto a tu siervo» (Gn 18, 3).

La presencia de Dios entre los hombres y la hospitalidad a él ofrecida por éstos, son el tema sugestivo de la primera lectura y del Evangelio del día.

En la primera lectura (Gn 18, 1-10a) tenemos la singular aparición de Yahvé a Abrahán por medio de tres misteriosos personajes, portadores visibles de la invisible majestad de s. La premura excepcional con que Abrahán los a je y el generoso banquete que les prepara revelan en el patriarca la intuición de un suceso extraordinario, divino. «Señor mío —dice postrándose hasta la tierra—, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo» (ib 3). Más que una invitación, estas palabras son una súplica reveladora de su ansia de hospedar al Señor, acogerlo en su tienda y tenerlo junto a sí. Abrahán se muestra también aquí como «el amigo de Dios» (Is 41, a) que trata con él con sumo respeto y, al mismo tiempo, con confianza humilde y vivo deseo de servirle. Terminada la comida, la promesa de un hijo, a pesar de la avanzada edad de Abrahán y de Sara, descubre claramente la naturaleza sobrenatural de los tres personajes, uno de los cuales habla como

hablaría Dios mismo (ib 13). Una tradición cristiana antigua ha visto en esta aparición —tres hombres saludados por Abrahán como si fuesen una sola persona— una figura de la Santísima Trinidad. Como quiera que sea es cierto que «el Señor se apareció a Abrahán junto a la encina de Mambré» (ib 1), le habló y trató familiarmente hasta sentarse a su mesa.

También el Evangelio del día (Lc 10, 38-42) muestra a Dios sentado a la mesa del hombre, pero con una circunstancia absolutamente nueva, la de su Hijo hecho carne, venido a habitar en medio de los hombres. La escena tiene lugar en Betania, en casa de Marta, donde Jesús es acogido con una premura muy similar a la de Abrahán con sus visitantes. Como él, Marta se apresura a preparar un convite desacostumbrado; pero su solicitud no es compartida por su hermana, la cual, imitando más bien el ansia de Abrahán de conversar con Dios, aprovecha la visita del Maestro para sentarse a sus pies y escucharlo. En realidad, aunque las intenciones de Marta sean óptimas y su afanarse sea expresión de amor, hay un modo mejor de acoger al Señor, como él mismo lo declara, y es el elegido por María. En efecto, cuando Dios visita al hombre, lo hace sobre todo para traerle sus dones, su palabra; y nadie afirmará que sea más importante afanarse que escuchar la palabra del Señor. Siempre valdrá más lo que Dios hace y dice a los hombres que lo que éstos pueden hacer por él. «Marta, Marta: andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria» (ib 41-24). Tan necesaria es, que sin ella no hay salvación, porque la palabra de Dios es palabra de vida eterna, y es de necesidad absoluta escucharla. Lo que salva al hombre no es la multiplicidad de las obras, sino la palabra de Dios escuchada con amor y vivida con fidelidad. «María ha escogido la parte mejor» (ib 42). Esta elección no es patrimonio exclusivo de los contemplativos, sino que todo cristiano debe —en cierta medida— hacerla suya, no presumiendo darse a la acción sin haber profundizado antes la palabra de Dios en la oración. Sólo así será capaz de vivir el Evangelio, aunque el hacerlo le resulte arduo y le exija sacrificios. San Pablo podía decir con alegría: «completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia» (Cl 1, 24; 2.ª lectura), porque había meditado a fondo el evangelio de la cruz o, habiendo penetrado el misterio de Cristo, había encontrado fuerza para revivirlo en sí mismo.

Oye, Señor, la voz interior que dirigí a tus oídos con esfuerzo animoso. Compadécete de mí y óyeme. A ti dirijo mi corazón: Busqué tu rostro. No me presenté a los hombres, sino que en lo escondido, donde sólo oyes tú, te dije mi corazón: Busqué tu rostro, no algún premio fuera de ti. Buscaré, Señor, tu rostro, perseveraré en la búsqueda incansablemente. No buscaré a algo vil, oh Señor, sino tu rostro, a fin de amarte gratis, porque no encuentro cosa más estimable. (S. AGUSTIN, **In Ps**, 26, I, 7-8).

¡Oh Señor! Dame el anhelo de escucharte. Existe a veces una necesidad tan imperiosa de callar, que una quisiera permanecer como María Magdalena, ese maravilloso ejemplo de vida contemplativa, a tus pies, ¡oh divino Maestro!, ávida

de conocerlo todo, de penetrar cada vez más, en el misterio del amor que has venido a revelarnos. Haz que durante los momentos de actividad, mientras desempeño el oficio de Marta, mi alma pueda permanecer siempre adorante, inmersa, como María Magdalena, en tu contemplación, bebiendo ininterrumpidamente de esta fuente como un sediento. Así es como entiendo yo, Señor, el apostolado: podré irradiarte, darte a las almas, cuando esté en contacto continuo con esta divina fuente. Haz que me compenetre tan profundamente contigo, Maestro divino, que permanezca en íntima unión con tu alma y me identifique con todos tus sentimientos, para luego vivir como tú, cumpliendo la voluntad del Padre. (Cf. ISABEL DE LA TRINIDAD, **Cartas**, 137).

252. CREER SIN DUDAR

«Señor, que resista yo firme en la fe» (1 Pe 5. 9).

1.— La virtud principal de la fe, nunca suficientemente apreciada, es elevar al hombre al plano del conocimiento divino. Conocer, pensar y juzgar por encima de las estrechas miras humanas, como conoce, piensa y juzga Dios, no ciertamente de un modo exhaustivo, pero sí como participación de la luz divina. Mas precisamente porque ese conocimiento excede infinitamente las posibilidades y límites de la mente humana, la fe es cierta, pero no evidente. «La fe (dice San Pablo) es garantía de lo que se espera, la prueba de las realidades que no se ven» (Hb 11, 1). El bautizado posee la vida eterna en germen, pero no la ve; la revelación divina le hace saber que existe esa vida, pero no se la muestra; le dice que Dios es Trinidad, pero no se la descubre. Las verdades que la fe propone para creer son más reales que las que caen bajo los sentidos y, sin embargo, no son susceptibles de comprobación humana. Frente a una verdad evidente, como dos y dos son cuatro, la inteligencia no puede rehusar admitirla, y no hace falta buena voluntad para aceptarla. En cambio, frente a una verdad de fe, la inteligencia queda libre de sentir o no; no puede prestar su asentimiento sin el concurso de Fe voluntad que decide: «quiero creer», y lo hace apoyándose únicamente en la autoridad infalible de Dios que revela.

«El acto de fe es voluntario por su propia naturaleza, ya que el hombre... no puede adherirse a Dios que se revela a sí mismo, a menos que, atraído por el Padre, rinda a Dios el obsequio racional y libre de la fe» (DH10). La «atracción» de Dios que inclina al hombre a creer es el don de la fe, y el «obsequio racional y libre» al Dios que se, revela es la respuesta del hombre a ese don, respuesta que constituye el acto y el mérito de la fe. No tiene mérito admitir verdades evidentes. Es, en cambio, muy meritorio creer verdades que en gran parte permanecen veladas, porque eso supone un acto de humilde sumisión y de confianza plena en el que las revela. Sólo Dios es digno de este obsequio: el de una fe sin vacilaciones.

2.— «Por la fe —dice S. Pablo—, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió... sin saber a dónde iba... Por la fe, Abrahán, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda..., a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: "Por Isaac tendrás descendencia de tu nombre". Pensaba que poderoso era el Señor aun para resucitar de entre los muertos» (Hb 11, 8.17-19). Magnífico ejemplo de fe heroica ejercitada en circunstancias oscurísimas y contrarias a cuanto Dios mismo había prometido, y que hace de Abrahán el padre y prototipo de nuestra fe.

El misterio que envuelve las verdades sobrenaturales y la inevidencia de las promesas divinas pueden engendrar dudas y perplejidades. No hay que asustarse por ello: es natural que la inteligencia dude de lo que no ve y no puede entender. Por otra parte, Dios mismo puede permitir, coma en el caso de Abrahán, tales situaciones que sea preciso avanzar en la oscuridad sin saber a dónde se va, apoyándose únicamente en la palabra del que ha dicho: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35). Este lado oscuro de la fe es penoso para el hombre, que por naturaleza gusta basarse en datos evidentes, mientras los misterios y los caminos de Dios, cuanto más elevados, son más oscuros e impenetrables para el entendimiento, incapaz de abarcar lo infinito. Sin embargo, es preciso reaccionar a cualquier forma de duda, dar un salto en el vacío y decidirse a creer, creer a toda costa y contra toda evidencia, porque Dios es Dios y «permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» (2 Tm 2, 13). La Sagrada Escritura alaba repetidamente la fe perfecta de Abrahán el cual frente a situaciones que no ofrecían camino alguno de solución, «la incredulidad no le hizo vacilar, antes bien, su fe le llenó de fortaleza y dio gloria a Dios, persuadido de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido» (Rm 4, 20-21). La fe inquebrantable a pesar de las circunstancias adversas, fortalece al hombre y da gloria a Dios.

En su dura prueba contra la fe, escribía Sta. Teresa del N. J.: «Aun no gozando de la alegría de la fe, procuro al menos hacer sus obras. Creo haber hecho más actos de fe en un año, que durante toda mi vida» (MC IX, 15). A través de pruebas semejantes la fe se hace más pura, sobrenatural y meritoria.

¡Oh abismo, oh deidad eterna, oh mar profundo!... Con tu luz me has hecho conocer la verdad. Tú eres esta luz sobre toda luz que da luz sobrenatural a los ojos de la inteligencia; en tanta abundancia y perfección, que aclaras la luz de la fe, en la que veo que mi alma es vida, y en esta luz te recibe a ti, que eres luz.

En la luz de la fe adquiero la sabiduría, en la sabiduría del Verbo de tu Hijo. En la luz de la fe soy fuerte, tenaz y perseverante. En la luz de la fe espero y por ella no desfallezco en el camino. Esta luz me enseña el camino, y sin ella andaría en tinieblas. Por esto te pedí, Padre eterno, que me iluminases con la luz de la santísima fe. Esta luz es realmente un mar, porque sustenta al alma en ti, mar pacífico, Trinidad Eterna. En él el agua no está turbia y el alma no teme, porque conoce la verdad; tan clara, que deja ver las cosas ocultas; por esto, donde abunda la luz de tu fe, el alma encuentra la certidumbre de lo que cree...

Vísteme, vísteme de ti, Verdad eterna, a fin de que yo viva esta vida mortal con verdadera obediencia y con la luz de la santísima fe, con la que parece que ahora de nuevo embriagas mi alma. (STA. CATALINA DE SIENA, **Diálogo** 167).

¡Oh fe bendita!, tú eres cierta y oscura. Eres oscura, porque haces creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales son sobre toda luz natural y exceden todo humano entendimiento sin ninguna proporción. Esta excesiva luz es para el alma oscura tiniebla, porque lo más priva y vence lo menos, así como la luz del sol priva otra cualquier otra luz, de manera que no parezcan luces cuando ella luce, y vence nuestra potencia visiva.

Eres noche oscura para el alma, pero cuanto más la oscureces, más luz le das de ti. Y así fuiste figurada por aquella nube que dividía los hijos de Israel y los egipcios al punto de entrar en el Mar Bermejo. Aquella nube era tenebrosa y alumbradora de la noche; así tú eres nube oscura y tenebrosa para el alma, pero con tu tiniebla alumbra y das luz a la tiniebla del alma. Por tanto, «la noche será mi iluminación en mis deleites.; lo cual! es tanto como decir: En los deleites de mi pura contemplación y unión con Dios, tu noche, oh fe bendita será mi guía. (S. JUAN DE LA CRUZ, **Subida**, II, 3, 1.4-6).

253. AUMENTANOS LA FE

«Señor, «creo, ayuda a mi poca fe» (Mc 9, 24).

1.—Jesús dijo: «Todo es posible para quien cree» (Mc 9, 23); como si ante un acto de fe vivo, ciego e incondicional, Dios no se supiese resistir y se viese obligado a escuchar al hombre. El Evangelio lo dice en cada página; antes de hacer un milagro Jesús exige siempre un acto de fe: «¿Creéis que puedo hacer eso?» (Mt 9, 28); y cuando la fe es sincera, el prodigio se realiza al punto: «Hágase en vosotros según vuestra fe» (ib 29), dice a los dos ciegos; y a la hemorroísa: «¡Animo!, hija; tu fe te ha sanado» (ib 22). Jesús nunca dice: os ha salvado o curado mi omnipotencia, sino vuestra fe, como para dar a entender que la fe es la condición indispensable requerida por él para empeñar su omnipotencia en provecho de los hombres. El, siempre omnipotente, usa de su omnipotencia sólo en favor de quien cree en él firmemente. Justamente por este motivo rehusó el Maestro divino a Nazaret y Cafarnaúm los numerosos milagros hechos en otras partes. Cuanto más viva es la fe, tanto es más omnipotente con la omnipotencia misma de Dios. Lo dijo Jesús: «Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Desplázate de aquí allá, y se desplazará, y nada os será imposible» (Mt 17, 20). Estas palabras, igual que las demás del Evangelio, son verdaderas, literalmente verdaderas; si no se efectúan, es sólo porque los hombres tienen poca fe. Con frecuencia se encuentran con dificultades que parecen montañas inamovibles. Defectos que no se consigue vencer, virtudes que no se es capaz de ejercitar, pruebas que no se saben aceptar o dificultades de otro género... Todo esto provoca desánimo y desconfianza. Bastaría un poco

de fe, como un grano de mostaza, con tal que fuese fe viva y capaz de germinar y crecer como esa pequeña semilla.

A veces el Señor tarda en acudir en ayuda del hombre, porque no halla en él una fe viva, libre de incertidumbres. El Señor pregunta al hombre: «¿Crees que puedo hacer eso?», y el hombre no sabe responder con un «Sí, Señor» (Mt 9, 28), firme y decidido. ¡Ojalá todo cristiano tuviera la fe de los dos ciegos del Evangelio o la de la cananea que mereció escuchar: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas» (Mt 15, 28).

2.— Una fe grande no se improvisa: es el resultado de la semilla caída «en tierra buena», o sea, del don de la fe confiado a los que «conservan la Palabra con corazón bueno y recto, y fructifican con perseverancia» (Lc 8, 15). Como crece el niño y se hace adulto, así la fe ha de pasar del estado de infancia al de madurez, el cual exige convicciones profundas capaces de influenciar e inspirar su vida de cristiano. El Vaticano II recuerda que el creyente «tiene la obligación grave para con Cristo Maestro, de conocer cada día más la verdad que de El ha recibido, anunciarla fielmente y de defenderla con valentía». (DH 14) Las verdades de fe exceden la inteligencia humana, no la dispensan de estudiar sus fundamentos y de conocer cuanto la Revelación divina y la doctrina de la Iglesia señalan. «Es gran cosa letras —escribe Sta. Teresa de Jesús—, porque éstas nos enseñan... y nos dan luz y, llegados verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. ¡De devociones o bobas nos libre Dios!» (V 13, 16). El cristiano debe tener una fe iluminada, de modo que se dé cuenta de las verdades que cree. Debe conocer, estudiar y meditar las Escrituras divinas, que «la Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe...; ya que inspiradas por Dios..., nos transmiten inmutablemente la palabra del mismo Dios» (DV 21). El texto sagrado contiene todo lo que Dios ha revelado acerca de sí a los hombres y todo lo que se refiere a sus relaciones con ellos y a la salvación eterna de los mismos. La palabra de Dios tiene en sí misma una gracia del todo particular para alimentar la fe; es su luz, su fuente, su guía y su sostén. Por eso la Iglesia exhorta a sus hijos a recurrir a ella de buena gana, recordándoles «que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras"» (DV 25). La oración que acompañe a esa lectura sea ésta sobre todo: «Señor, auméntanos la fe» (Lc 17, 5).

«Si puedes creer, todo es posible al que cree». Señor, haz que yo crea, y habré encontrado. Creer, en efecto, significa haber encontrado. Sabernos que por la fe tú habitas en nuestros corazones. ¿Qué cosa hay más cercana? Que busque, pues, yo sin temor, con amor y con fidelidad. Eres bueno, Señor, con el alma que te busca. Haz que te busque con el deseo, que te siga con las obras, que te encuentre con la fe. ¿Qué no encontrará la fe? Alcanza las realidades inaccesibles, descubre las ignotas, abraza las inmensas, se apodera de las

eternas y, en fin, contiene en cierta manera la misma eternidad en su vastísimo seno. Puedo decir con osadía: creo en ti, Trinidad eterna y bienaventurada, y si con la mente no soy capaz de abarcarte, con la fe te abrazo. (S. BERNARDO, **In Cantica Cant.**, 76, 6).

¡Oh Señor!, confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso como lo sois, ¿qué hay imposible, al que todo lo puede?...

Aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe y con mayor determinación creo que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 4, 2).

Señor, que mi vida sea una vida de fe, una fe que se concrete en pensar, hablar y obrar únicamente a base de las enseñanzas de la fe, a base de tus palabras y tus ejemplos, únicamente por motivos sobrenaturales de fe; en hacer callar todas las sugerencias de la razón humana y de la experiencia, por razonables que aparezcan, apenas estén en desacuerdo no sólo con los dogmas de la fe católica, sino también con todo lo que la fe nos pide pensar, decir y hacer. (Cf C. DE FOUCAMA:), **Meditaciones sobre el Evangelio**).

254. EL JUSTO VIVIRA PORTA FE

«Señor, lleva a término con tu poder la Obra de mi fe» (2 Ts 1, 11).

1.— «El justo vive por la fe» (Rm 1, 17) La fe debe ser la luz que ilumina toda la vida del cristiano y no sólo sus horas de oración. No es difícil decir en la oración: «Creo en Dios Padre todopoderoso»; pero instantes después, frente a una obligación difícil, a una persona importuna, a una circunstancia dolorosa o que trastorna los planes concebidos, se olvida fácilmente que todo eso lo dispone Dios para la santificación, que Dios es Padre y piensa en el bien de cada uno más de lo que el mismo interesado pueda pensar y que Dios es omnipotente y puede: ayudar en cualquier trance. Cuando pierde de vista la luz de la fe, el cristiano se pierde en consideraciones y protestas puramente humanas o en descorazonamientos semejantes a los de quien no tiene fe. Cree en Dios Padre omnipotente, pero no lo bastante para reconocer su voluntad, o al menos su permisión en cualquier acontecimiento y para dirigirse a él en cualquier circunstancia. Mientras la luz de la fe no penetre en el creyente hasta hacer que lo vea todo en relación con Dios y en dependencia de él, no se podrá decir que la fe ilumina toda su vida. Ciertas zonas de ella quedarán todavía en oscuridad y escaparán a la luz. El que vive de fe no está nunca separado de Dios, sino que en toda circunstancia se vuelve a su Creador y encuentra en él la roca de su defensa (Is 17, 7-10). Abrahán, que en circunstancias oscuras y extremadamente difíciles creyó en Dios sin dudar, mereció por su fe ser llamado «amigo de Dios» (Sant 2, 23); y

la amistad implica precisamente relación continua, recurso confiado y abandono sin reservas.

El que vive en la fe, dice Sor Isabel de la Trinidad, «sólo ve a Dios en todas las cosas... Entonces dejamos de ser superficiales, incluso nuestras acciones más ordinarias, porque nuestra vida ya no está inmersa en ellas» (Carta 268). Por encima de las circunstancias y de los contactos terrenos, la persona de fe descubre la mano de Dios, reconoce sus planes, acepta sus invitaciones y se adhiere a él.

2.— El justo vive su fe no sólo para sí sino también para los demás: «No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa» (Mt 5, 15). La luz de la fe, encendida en todo cristiano el día del bautismo, ha de ser tenida en alto, por encima de todo pensamiento y razonamiento humanos, para que alumbre a toda la casa: la casa interior del espíritu y la casa exterior del ambiente y de la sociedad en que se vive. «Brille así vuestra luz —exhorta el Señor— delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (ib 16). ¿Qué valdría la fe sin las obras? «Pruébame tu fe sin obras —dice Santiago—, y yo te probaré por las obras mi fe» (2, 18). Testimoniar la fe con las obras: tal es el deber fundamental de todo creyente. «El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época» (GS 43). Una conducta de ese tipo desacredita al Evangelio y es motivo de desorientación y escándalo. Al mismo tiempo que señala este peligro, el Vaticano II insiste en la necesidad «de una fe viva y adulta, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer... Esta fe debe manifestar su fecundidad imbuyendo toda la vida, incluso la profana, de los creyentes» (ib 21), de modo que den prueba de un cristianismo vivido integralmente. Este deber incumbe también a los simples fieles, los cuales están llamados a participar «de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad» (LG 12); deben realizar su apostolado social «con la concordancia entre su vida y su fe, con la que se convierten en luz del mundo» (AA 3). Las palabras convencen poco al mundo moderno; exige el testimonio de los hechos, y sólo éste puede inducirlo a aceptar el anuncio del Evangelio. Se convierten en poderosos pregoneros de la fe», sólo aquellos que, «sin vacilación, unen a la vida según la fe, la profesión de esa e (LG 35).

Señor, haz que mi voluntad sostenida por la gracia aparte todo lo que es terreno, corra siempre a ti y reciba todo de tus manos con fe. La única, la verdadera vida del alma está en olvidarse a sí misma para pensar en ti y ocuparse sólo de tus intereses. Hazme comprender que en la vida de la fe nada es capaz de obstaculizar el amor, antes bien todo es medio para él, y la misma oscuridad de esa fe es un alimento sólido y sustancial para el amor.

Dios mío, corro a ti porque estoy enamorada de ti en la fe y con la fe. Haz que yo quiera siempre lo que tú quieres, para que pueda vivir de tu vida y transformarme en ti. Que mi voluntad corra continuamente sin parar, que mi alma te mire sólo a ti para que corra siempre a ti.

Tú penetras doquiera con tu bondad, con tu amor individual, infinito y con tu omnipotencia. Señor, dame una fe sencilla, por la que el alma, sin reflexión alguna, se refugie como por instinto y goce en paz de los bienes que brotan de esta verdad, como de una fuente fecunda. Haz que con sencillez y fe me mueva y permanezca en esta verdad como en mi centro y en un asilo de reposo, donde nada me pueda herir si estoy bien escondida. Debo mirar resueltamente tu bondad sobre toda bondad, tu amor sobre todo amor, tu omnipotencia sobre todo poder: morar, esconderme, vivir en este amor y revestirme de él; pero sobre todo, creer, porque el justo vive de fe. Señor, haz que crea, que me abandone ciegamente a ti. (Cf. B. M. TERESA DE SOUBIRAN).

Señor, ¿sirve de algo haber creído de corazón para ser justificado, si rehúsan los labios proclamar las convicciones del corazón? Bien ves tú la fe interior, mas no basta...

Oh Cristo Señor, que no me sonroje nunca de tu nombre. Insúltenme por creer en un crucificado, en un condenado a muerte. Sí, condenado a muerte, pero cuya sangre, de no haber manado, aun subsistiría la escritura de nuestros delitos. (S. AGUSTIN, *Sermo* 279, 74).

255. LLAMADOS A LA ESPERANZA

«Dios de la esperanza, que viva en mí la esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (Rm 15, 13).

1.— «Cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad» (LG 41). Tal es el dinamismo de la vida cristiana, toda ella basada en las virtudes teologales. De la fe viva nace la esperanza. La fe no sólo da al hombre la certeza de la existencia de Dios, sino le asegura que Dios es bondad, belleza, sabiduría, providencia y amor infinito que quiere darse a él como su bien, su posesión infinita y felicidad eterna. Entonces se enciende en el corazón el deseo de poseer a este Dios tan grande y tan bueno. ¿Será posible? Sí, porque Dios mismo ha establecido ser el fin del hombre, su bien supremo. Aun como simple criatura, el hombre tiene su fin en Dios, si bien sólo en el plano natural: es decir, respetando las leyes impresas en la, creación, el hombre podría llegar a cierto goce natural de Dios, pero no podría nunca aspirar a poseer a Dios en sí mismo ni adentrar en la corriente de la vida íntima de Dios y participar en su vida trinitaria. Sólo la virtud teologal de la esperanza, infundida en él gratuitamente «por té fuerza del Espíritu Santo» (Rm 15, 13), le otorga este derecho. La esperanza corresponde a una vocación precisa debida a la liberalidad de Dios: «Una es la esperanza a la que habéis sido llamados» (Ef 4, 4), dice S. Pablo, la esperanza de la posesión inicial de Dios, aquí en la

tierra, mediante la gracia y las virtudes teologales, y la de su posesión plena y terna en la bienaventuranza del cielo. Todo cristiano es un llamado a la esperanza teologal que tiene a Dios por objeto, y es habilitado por esa virtud para la conquista de ese altísimo fin. Maravillosa dignación de Dios, que ha creado al hombre para sí, lo ha querido hijo suyo y lo ha hecho participante de su naturaleza divina precisamente para poder ser el objeto de su esperanza, el fin último de su vida, su felicidad eterna. Por eso el cristiano auténtico vive «aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se entregó por nosotros a fin de rescatarnos de toda iniquidad» (Tt 2, 13-14).

2.— «Hemos sido salvados en esperanza —afirma San Pablo—, y una esperanza que se ve, no es esperanza; pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve?» (Rm 8, 24). La salvación, la felicidad eterna, la posesión eterna de Dios son objeto de esperanza, precisamente porque no están aún en nuestra mano. Como lo que se ve no es objeto de la fe, así tampoco puede ser objeto de la esperanza lo que se posee. El movimiento de la esperanza —aun de la puramente humana— se hace tanto más intenso cuanto menos se posee y cuanto menos se satisface uno en lo que tiene. «La esperanza siempre es de lo que no se posee —dice S. Juan de la Cruz—, porque si se poseyese, ya no sería esperanza» (S II, 6,3). El hombre ahído de bienes terrenos, y de las comodidades y placeres que ellos ofrecen, queda cerrado a la esperanza ultraterrena. Es la actitud del fariseo del Evangelio: nada tiene que pedir a Dios y nada espera de él, porque está hinchado y satisfecho con su «justicia». Sólo el que teniendo un alma de «pobre», reconoce su indigencia espiritual, su fragilidad y debilidad moral puede abrirse totalmente a la esperanza, aguardando de Dios su salvación. La pobreza de espíritu y la humildad son el terreno fértil en que se desarrolla la semilla preciosa de la esperanza teologal.

La Sagrada Escritura está llena del grito de la esperanza que sube del corazón de los «pobres de Yahvé»: «Yo, desdichado y pobre; oh Dios, ven presto a mí. Tú, mi socorro y mi libertador» (Sl 70, 6). «¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen. ¡Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre!» (Sl 73, 25-26). «Esperar en las virtudes o capacidades propias, esperar en los hombres, en las riquezas o en los recursos terrenos es cosa engañosa y sin consistencia; solamente Dios, que ha encendido en el hombre el anhelo de una felicidad infinita, «responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los elementos terrenos» (GS 41).

Dios mío, desde la eternidad y en la eternidad, tu bienaventuranza consiste en el conocimiento de ti mismo, ese conocimiento que es exclusivo tuyo... ¿Qué soy yo, Dios mío, para que quieras hacer consistir mi felicidad en lo mismo que consiste la tuya?, ¿para que me concedas no sólo contemplarte, sino participar en tu gozo? Prepárame a él, Señor, enséñame a sentir sed de él.

Dios mío, ¿podré verte un día? ¿Qué visión comparar a la visión de ti? ¿Veré yo el manantial de la gracia que me ilumina, me fortalece y me consuela? Si vengo de ti, si he sido creado por ti, si vivo en ti, pueda yo, Señor, tornar e ti y permanecer contigo para siempre. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**)

La esperanza va en ti, Dios mío, da al alma una tal viveza y animosidad y levantamiento a las cosas de la vida eterna, que, en comparación de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece, como, es la verdad, seco y lacio y muerto, de ningún valor.

Haz, Señor, que aquí e despoje y desnude de todas estas vestiduras y traje del mundo, no poniendo mi corazón en nada, ni esperando nada de lo que hay o ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esta esperanza de vida eterna... Haz que levante los ojos sólo mirarte a ti..., no esperando bien ninguno de otra parte... Que así como los ojos de la sierva están en las manos de su señora puestos, así los nuestros en nuestro Señor Dios, hasta que se apiade de nosotros, esperando en él... Haz que esté siempre mirándote a ti, y no ponga los ojos en otra cosa ni me pague sino sólo de ti; entonces te agradaré tanto, que alcanzaré de ti cuanto de ti espero. (Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, **Noche**, II, 21, 6-8).

256. CRISTO NUESTRA ESPERANZA

«Toda mi confianza está en ti, Cristo Jesús nuestra esperanza» (1 Tm 1, 1).

1.— «Estabais a la sazón... sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2, 12), escribía S. Pablo a los efesios aludiendo al tiempo en que vivían aún en el paganismo. ¡Qué tristeza «estar sin esperanza»! La única esperanza indefectible del hombre es Dios, el Dios verdadero, el que desde los orígenes de la humanidad se ha presentado como el Dios de la Promesa, el Dios salvador de su Pueblo. A la serpiente engañadora que indujera al hombre al pecado, le predice la derrota por obra del «linaje de la mujer» (Gn 3, 15): es la primera promesa que deja entrever al Mesías. Esta promesa se le renueva a Abrahán: «De ti haré una nación grande y te bendeciré... Te haré fecundo sobremanera... Y estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti..., una alianza eterna de ser yo el Dios tuyo y el de tu posteridad» (Gn 12, 2; 17, 6-7). Cuando humanamente hablando parecían fallidas todas las esperanzas, el nacimiento inesperado de Isaac da comienzo a la descendencia prometida: al pueblo de Israel al que Dios elige como «pueblo suyo», al que defiende de la idolatría, al que salva de guerras, estragos y esclavitudes y al, que, a través de vicisitudes seculares, conduce a la realización de la promesa: al nacimiento del Redentor. Toda la historia de Israel está en tensión de esperanza hacia el cumplimiento de la promesa y den función de ella. La Iglesia, fundada por Cristo Redentor, es el Israel nuevo, el nuevo pueblo de Dios, heredero de la promesa. Basándose en este concepto exhorta S. Pablo: «Mantengamos firme la confesión de la

esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa» (Hb 10, 23). El fundamento de la esperanza es la promesa de Dios, su fidelidad y su omnipotencia auxiliadora que ha puesto a disposición de los hombres para conducirlos a la salvación. Más afortunado que el antiguo Israel, el nuevo Pueblo de Dios tiene en Cristo la prueba máxima de la fidelidad de Dios. Y mientras la esperanza de Israel procedía casi a tientas, ya que, la promesa estaba aún velada y se iba cumpliendo lentamente, la esperanza cristiana está ya bien definida y orientada resueltamente hacia «Cristo Jesús, nuestra esperanza» (1 Tm 1, 1).

2.— «Cristo nos rescató... haciéndose él mismo maldición por nosotros..., a fin de que llegara a los gentiles en Cristo Jesús la bendición de Abrahán, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa» (Gl 3, 13-14). Por Cristo, el cual nos ha rescatado con la muerte de cruz, llega hasta nosotros la bendición de Dios prometida a Abrahán. En Cristo se realiza la promesa y tenemos en él la prenda y el medio de nuestra redención: el perdón de los pecados que él tomó sobre sí y llevó «sobre el madero» (1 Pe 2, 24), y tenemos la gracia que, justificándonos, nos hace hermanos suyos, hijos del mismo Padre y, por tanto, «también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, para ser también con él glorificados» (Rm 8, 17). Y o sólo esto, sino que por mediación de Cristo se realiza en nosotros también la nueva promesa: el envío del Espíritu Santo, pues siendo hijos, «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!» (Gl 4, 6).

La esperanza cristiana no se funda en méritos personales, en obras buenas o en buenos propósitos, cosas todas demasiado deleznales e inmensamente desproporcionadas al conseguimiento de Dios; se funda, en Dios mismo y en Cristo único Mediador y Salvador. Es claro que para que la esperanza no resulte temeridad, ha de ir acompañada del esfuerzo y empeño personales, pero el cristiano tiene que convencerse de que toda su buena voluntad y todas sus buenas obras son siempre insuficientes; sólo Dios puede santificarlo, sólo Dios puede levantarlo hasta sí y claree a él en posesión. Sólo Dios, objeto de la esperanza, es también su punto de apoyo, su sostén, su palanca. Dice en este sentido Sta. Teresa del Niño Jesús: «La santidad no está en tal o cual práctica, sino que consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad, y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» (*Ult. Conv.* 3-VIII).

Y pues Dios nos ha bendecido y predestinado en Cristo, en Cristo encontramos el fundamento inmediato de nuestra esperanza: en él, vida nuestra, Mediador nuestro cabe el Padre, «Pan vivo» (Jn 6, 51), viático para nuestro caminar.

Eres tú, Señor, mi esperanza. En cualquier cosa que deba yo hacer u omitir, soportar o desear, tú, Señor, eres mi esperanza... Esta es la razón exclusiva de

mi espera. Aduzcan otros sus propios méritos, gloriándose de sostener el peso del día y del calor, o diciendo que ayunan dos veces el sábado, en fin, gloriense de no ser como los demás hombres; en cuanto a mí prefiero adherirme a ti, poner en ti, Señor Dios, mi esperanza. Esperen otros en otras cosas, confiando quién en la ciencia o en la astucia del mundo, quién en la nobleza, quién en la dignidad o en cualquier otra vanidad; yo, por amor tuyo, considero todas estas cosas como pérdida y las estimo como basura, porque tú, Señor, eres mi esperanza. Espere quien lo quiera en lo incierto de las riquezas, yo en verdad, lejos de ti, no espero ni lo que es necesario a la vida, confiando precisamente en tu palabra por la que he renunciado a todas las cosas: Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura... Si se me prometen premios, esperaré obtenerlos por tu bondad; si se levantan contra mí refriegas, si se encruelece el mundo, si brama el Maligno y si la carne misma se rebela contra el espíritu, yo esperaré en ti. (S. BERNARDO, **In Psalmum** «Qui habitat», 9, 5).

¡Oh esperanza, dulce hermana de la fe! Tú eres la virtud que, con las llaves de la Sangre de Cristo, nos abres la vida eterna. Tú guardas la ciudad del alma del enemigo de la confusión; y cuando el demonio, quiere arrojar al alma en la desesperación con la gravedad de las culpas cometidas, tú no aflojas el paso, sino que virilmente perseveras en la virtud, poniendo en la balanza el precio de la Sangre de Cristo. Tú pones la corona de la victoria en la cabeza de la perseverancia, porque esperaste conseguirla en virtud de la Sangre; tú eres la que atas al demonio de la confusión con las cuerdas de la fe viva; tú desbaratas el engaño sutil que usa con el alma para tenerla en continua tiniebla y aflicción. (STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 343, v. 5).

257. ESPERANZA DE LA GLORIA

«Mi oración eres, Señor; por eso en ti esperaré» (Lm 3, 24).

1.— «El Padre de la gloria... ilumine los ojos de vuestro corazón, para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llama os, cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos» (Ef 1, 17-18). Sólo Dios puede dar a entender al cristiano la grandeza de su vocación a la esperanza que lo orienta sin más a la herencia de los santos, esto es, a la posesión beatificante de Dios en la vida eterna en comunión con toda la Iglesia triunfante. El cristiano es un hombre en camino hacia una meta ultraterrena; no tiene aquí morada permanente, su corazón no está atado a los bienes de la tierra, sino que se deshace de ellos, porque en la esperanza tiene «como una segura y sólida ancla de nuestra alma, que penetra más allá del velo [es decir, de los cielos], adonde entró por nosotros como precursor Jesús» (Hb 6, 19-20), a prepararnos un lugar en su gloria.

Cuando la esperanza entra profundamente en la vida del cristiano, unifica todas sus aspiraciones y todos sus deseos, y los orienta hacia Dios. Entonces no queda lugar para mezquinas esperanzas terrenas: estima y

aplausos de los hombres, vida más fácil y cómoda, pretensión de los primeros puestos. El cristiano no desprecia las realidades terrenas, sino que se sirve de ellas y las valora con corazón libre; en vez de atarse a ellas, hace de ellas como una plataforma de lanzamiento para subir con mayor ímpetu a la conquista de Dios. La vida asume de este modo el ritmo de un viaje que no tiene aquí abajo estaciones definitivas y queda penetrada por un sentimiento de espera, de vigilia preñada de deseos. No hay tiempo que perder, ni cabe pereza o indolencia en quien anhela llegar a Dios; cada nuevo día debe ser un paso adelante hacia la eternidad. «Siempre llenos de buen ánimo —escribe S. Pablo—, sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor..., estamos llenos de buen ánimo y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el. Señora (2 Cr 5, 6-8). Es el grito de la esperanza cristiana, impaciente por llegar a Dios, grito que no se resuelve en suspiros sino en actividad diligente para conseguir ese intento: «Por eso, bien en nuestro cuerpo, bien fuera de él, nos afanamos por agradarle» (ib 9).

2.— Hablando del testimonio de, los laicos, dice el Vaticano 11: «Se manifiestan como hijos de la promesa en la medida en que, fuertes en la fe y en la esperanza, aprovechan el, tiempo presente y esperan con paciencia la gloria futura. Pero no escondan esta esperanza en el interior de su alma, antes bien manifiésténla, incluso a través de las estructuras de la vida secular, en una constante renovación y en un forcejeo "contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos"» (Ef 6, 12) (LG 35). El comportamiento del cristiano debe testimoniar que su esperanza no está encerrada en los estrechos límites de la vida terrena, que no se contenta, ni para sí ni para los demás, con el pan, la casa, el trabajo, la profesión o la estructura social más perfecta, sino que su esperanza va más allá, apuntando a Dios por encima de todo bien terreno. Estad «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15), escribía San Pedro a los primeros cristianos. Y la respuesta primera será siempre la que dan los hechos. El que está ansioso de acumular bienes terrenos para gozarlos egoístamente, ¿cómo podrá demostrar que su esperanza está dirigida por encima de todo a la vida eterna?

«Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres», dice justamente S. Pablo (1 Cor 15-19). Pero en Cristo resucitado y glorificado la esperanza del cristiano alcanza el cielo. Y esta esperanza le infunde ánimo para afrontar no sólo las adversidades ordinarias de la vida, sino también, en caso necesario, las persecuciones y hasta el martirio. Sería entonces el momento de poner en práctica la exhortación de San Pedro, no escondiendo la propia esperanza, sino dando razón de ella a cara descubierta a cualquiera que lo pida. Las amenazas, los peligros y las adversidades no intimidan a quien ha puesto en Dios toda su esperanza, porque sabe que Dios, puede hacerlo fuerte con su

misma fortaleza y «que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rm 8, 18).

Dios mío tú quieres que te ame a ti más que a tus criaturas, y más a las cosas eternas que a las de este mundo, según está escrito: buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura... Haz que comprenda que mi fin es la eternidad y que las cosas del tiempo se me han dado en uso... En cambio, muchas veces, buscando los bienes temporales, no me cuido de los premios eternos. Mas si buscarse las cosas celestiales, mi fatiga sería ya fructífera; pues cuando el alma en oración suspira por tu belleza, Creador mío, inflamada de deseos divinos, se une a las realidades celestiales y se desapega de las cosas inferiores; en el gozo de su fervor se ensancha para mejor comprender, y comprendiendo se inflama. Amar las cosas de arriba es ya subir; y al aspirar con profundo deseo el hombre a las cosas celestiales, comienza ya de modo maravilloso a gustar lo mismo que pide recibir. (S. GREGORIO MAGNO, **Morales**, XV, 53).

Señor, tú eres aquí mi esperanza..., pero no eres aquí mi porción, sino en la tierra de los vivientes. Esta tierra de aquí es de los muertos; de aquí pasaremos, pero interesa saber adónde. Porque aquí peregrina el hombre malo y el bueno, y no pasa aquí el hombre bueno y se queda el malo, ni tampoco pasa el malo y se queda el bueno. Ambos pasan, pero no al mismo sitio... Reciben en suerte distintos lugares, porque llevan distintos méritos...

Como aquí nos sostiene la esperanza, esta nuestra vida no es perfecta, sino la prometida. Aquí gemimos, aquí nos rodean tentaciones, angustias, tristezas y peligros..., porque peregrinamos hacia ti, Señor. Si el estar unido a ti es vida, el estar apartado de ti es muerte. Pero ¿qué me consuela? La esperanza.

Haz, Señor, que vivamos ya de la esperanza, que te alabe y te cante en la esperanza... En esta peregrinación y tentación, en estas audacias e insidias del enemigo, rodeados por todas partes de trabajos y angustias, no nos abandone la esperanza. (S. AGUSTIN, **In Ps**, 145, 7.9).

258. DOMINGO XVII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, te ruego hagas venir sobre mí el espíritu de sabiduría»
(Sb 7, 7).

La sabiduría que procede de Dios y se orienta a la salvación: tal es el mensaje de la Liturgia del día. La primera lectura (1 Re 3, 5.7-12) reproduce la hermosa oración de Salomón a Dios, que apareciéndosele en sueños le había invitado a pedirle lo que deseara. Con gran tino el rey pidió «un corazón dócil» para gobernar a su pueblo, capaz por lo tanto de «discernir el mal del bien» (ib 9). El sólo pedía la sabiduría. Esto agradó al Señor, que se la conjuntó con otros bienes. Por desgracia el fin de este rey no fue semejante a su comienzo; con todo, su sabia posición continúa indicando que

la verdadera sabiduría vale más que todos los tesoros de la tierra y que sólo Dios puede concederla.

El Evangelio del día Mt 13, 44-52), relatando las últimas parábolas del Reino, muestra a Jesús —Sabiduría encarnada— que enseña los hombres la sabiduría necesaria para la conquista del Reino de los cielos. Su enseñanza en forma de parábolas es particularmente viva y apta para mover la mente y el corazón y, por tanto, para inducir a la acción. Jesús compara el Reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y «compra el campo» (ib 44). O bien a «un comerciante en perlas finas, que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra» (ib 45-46). En ambos casos tenemos el descubrimiento de un tesoro: en el primero, hallado por casualidad; en el segundo, buscado de propósito. En los dos el que lo encuentra se apresura a vender cuanto posee para conseguirlo. El Reino de los cielos —el Evangelio, el cristianismo, la gracia, la amistad con Dios— es el tesoro escondido, pero presente en el mundo; muchos lo tienen cerca, pero no lo descubren, o bien, descubierto, no saben valorarlo en lo que se merece y lo descuidan, prefiriendo a él el reino terrenal: los goces, riquezas y satisfacciones de la vida terrena. Sólo quien tenga el corazón dócil para «discernir el mal del bien» (1 Re 3, 9), lo eterno de lo transitorio, la apariencia de la sustancia, sabrá decidirse «a vender todo lo que tiene» para adquirirlo. Jesús no pide poco al que quiere alcanzar el Reino; lo pide todo. Pero es también cierto que no le promete poco; le promete todo: la vida eterna y la eterna y beatificante comunión con Dios. Si para conservar la vida terrena está dispuesto el hombre a perder todos sus bienes, ¿por qué no deberá hacer otro tanto, y aún más, para asegurarse la vida eterna? También la parábola de la red llena de toda clase de peces, que al término de la pesca son seleccionados, tirándose los malos fuera» (Mt 13, 47-48), lleva a la misma conclusión. No son las situaciones temporales las que importan; sino las finales, definitivas y eternas; pero éstas las prepara en el tiempo el que obra con verdadera sabiduría. Para aprenderla no basta escuchar las parábolas; hay que comprenderlas: «¿Entendéis bien todo esto?» (ib 51) preguntaba Jesús a su auditorio. Entender no sólo de, modo abstracto y genérico, sino en relación consigo mismo y con la vida y circunstancias personales. El que entiende de esta manera, viene a ser el discípulo que compara Jesús a «un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo» (ib 52); es decir, sabe hallar sea en el Evangelio —lo nuevo—, sea en el Antiguo Testamento —lo viejo— la norma sabia para su conducta. Entonces ni las renunciaciones necesarias para conquistar el Reino, ni las adversidades de la vida le asustarán, porque habrá comprendido, que lo que cuenta no es la felicidad terrena sino la eterna, y estará convencido de que «a los que aman a Dios todo les sirve para el bien» (Rm 8, 28; 2.^a lectura).

Oh Dios, protector de los que en ti esperan; sin ti nada es fuerte ni santo. Multiplica sobre nosotros los signos de tu misericordia, para que, bajo tu guía

providente, de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros, que podamos adherirnos a los eternos. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Haz, Señor, que me vuelva hacia las cosas con amor ordenado, apartando la mirada de la tierra y dirigiéndola al cielo, usando de este mundo como si no usase y discerniendo con cierto íntimo sabor de la mente las cosas de que servirme y de que gozar, para que me ocupe de las cosas transitorias provisionalmente o lo necesario, y abraza en cambio con deseo eterno las redes eternas...

¡Oh Verdad, patria de los desterrados y término de su exilio! Te veo, pero no puedo entrar; la carne me tiene prisionero. No soy digno de ser admitido; llevo la marca del pecado. ¡Oh Sabiduría, que te extiendes de un extremo al otro de la tierra, para gobernarlo todo con fuerza, y lo dispones todo suavemente, para satisfacer y ordenar los afectos!, dirige nuestras acciones según las necesidades de nuestra vida temporal y regula nuestros afectos según las exigencias de tu verdad eterna, para que cada uno de nosotros pueda sin temor gloriarse en ti y decir: Señor, has ordenado en mí la caridad. Pues tú eres la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, oh Cristo esposo de la Iglesia, Señor nuestro, Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. (S. BERNARDO, **In Cantica Cant.**, 50, 8).

CICLO B

«Abres tú la mano, Señor, y sacias de favores a todo viviente» (SI 145, 16).

El tema central de este día es la providencia de Dios que satisface todas las necesidades del hombre. Tomada del libro segundo de los Reyes (4, 42-44), se lee la multiplicación de los panes obrada por Eliseo, figura y prelude de la realizada unos ocho siglos más tarde por Jesús y que se lee en el Evangelio de Juan (6, 1-15). Un hombre se presenta al profeta con «veinte panes de cebada» y recibe de él la orden de distribuirlos a su gente: cien hombres. El siervo objeta que la provisión es insuficiente, pero Eliseo repite la orden en nombre de Dios: «Esto dice el Señor: "Comerán y sobrará"» (2 Re 4, 43).

El milagro se repite, pero de modo mucho más imponente en los herbosos altozanos de Galilea cuando Jesús, subido a un monte con los discípulos, se ve rodeado de una gran muchedumbre que acudía a él (Jn 6, 5). Como Eliseo había proveído al hambre de sus discípulos, así Jesús provee a la de la gente que le sigue para escuchar su palabra. Pero mientras allí veinte panes saciaron a cien hombres, aquí sólo cinco panes y dos peces sacian a unos cinco mil; en ambos casos quedan las sobras —doce canastas en el hecho evangélico—, para demostrar que Dios no es avaro en proveer a las necesidades de sus criaturas. «Abres tu mano —canta el salmo responsorial— y sacias de favores a todo viviente» (SI 145, 16). Entonces ¿cómo es que hay tanto hambriento en el mundo? Reflexionemos. No se operaron los dos

milagros de la nada, sino a base de unas escasas, más bien escasísimas, provisiones: los veinte panes ofrecidos a Eliseo por el hombre de Baal-Salisá, y los cinco panes y dos peces suministrados a Jesús por un muchacho que los había traído consigo. Dios omnipotente puede hacerlo todo de la nada, pero frente a su criatura libre normalmente no obra sin su concurso. Lo que el hombre puede hacer es siempre poco, pero Dios lo quiere y hasta lo exige como condición previa a su intervención. Si hoy hay tanta gente que no encuentra pan suficiente para su hambre, ¿no dependerá de que quien nada en la abundancia no sabe ofrecer para los hermanos al menos lo superfluo? El hombre que en tiempo de carestía llevó las primicias de su pan a Eliseo, y el muchacho que cedió lo poco que tenía para que Jesús lo multiplicase, no encuentran muchos seguidores ni siquiera entre los creyentes. Cuando el hombre hace lo que está de su parte, Dios —siempre misericordioso y omnipotente— no deja de intervenir haciendo fructificar sus obras buenas. Santos como el Cottolengo o Don Guanella lo han experimentado hasta milagrosamente. Jesús que se conmueve y se preocupa por la muchedumbre hambrienta, llama a los fieles a la comprensión diligente de las necesidades ajenas, no se limite a buenas palabras, sino que llegue a una ayuda concreta.

Si el milagro de Eliseo es figura de la multiplicación de los panes realizada por Cristo, ésta es preparación y figura de un milagro mucho más estrepitoso, el eucarístico. No casualmente la descripción de los gestos del Señor —«tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió» (Jn 6, 11)— anticipa casi a la letra los gestos y las palabras de la institución de la Eucaristía. Luego de haber proveído tan largamente al hambre de los cuerpos, Jesús proveerá de modo divino e inefable a la de los espíritus. Alimentados de un único pan, el Cuerpo del Señor, los fieles forman un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo. Esta realidad basa el deber de la caridad y de la solidaridad cristiana de que habla San Pablo en la segunda lectura (Ef 4, 1-6) exhortando a los fieles a «mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz», porque «hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, un Señor, una fe» (ib 4-5).

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus Beles... Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo. Abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente. El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones. (**Salmo** 145, 10. 15-19).

Señor, tú que viendo la muchedumbre hambrienta en el desierto, dijiste: «Siento compasión de esta multitud», tú que con cinco panes quitaste el hambre a cinco mil personas, mira benigno a tus hijos hambrientos... y, luego de haber saciado su hambre corporal, dignate saciar también el hambre de sus almas con el alimento celestial de tu doctrina, tú que vives y reinas Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea. (PABLO VI, **Enseñanzas**, v. 4).

Dios mío, tú eres pródigo de cuidados y ternuras para cada uno de los seres humanos creados por ti, como si sólo él estuviese en el mundo. Pues tú puedes verlos a todos, uno por uno; uno por uno los amas en su vida mortal y uno por

uno los sigues con la plenitud de tus atributos, interesándote por cada uno y tomándote por él un cuidado independiente de todos los demás...

Todos los actos de tu Providencia son actos de amor. El mismo mal que nos mandas procede de tu amor... Y tú vuelves el mal en bien. Con el mal pruebas a los hombres para llevarlos al arrepentimiento, aumentar su virtud y hacerles alcanzar en el futuro un bien mayor. Nada sucede por acaso, sino que todo tiende a un fin de gracia.

Con fe plena y segura reconozco la sabiduría y bondad de tu Providencia, aun cuando sean inescrutables tus juicios e incomprensibles tus decretos. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

CICLO C

«Señor, tu misericordia es eterna; no abandones la obra de tus manos» (Sl 38, 8).

La plegaria del hombre y la misericordia condescendiente de Dios son los temas que se entrelazan en las lecturas de este día. En primer lugar se presenta la conmovedora y atrevida oración de Abrahán en favor de las ciudades pecadoras (Gn 18, 20-32; 1.a lectura), magnífica expresión de su confianza en Dios y de su solicitud por la salvación de los demás. Dios le ha revelado su designio de destruir a Sodoma y Gomorra pervertidas hasta el colmo, y el patriarca busca detener el castigo en consideración a los justos que podría haber entre los pecadores. Pero desde la propuesta de cincuenta justos se ve obligado a bajar gradualmente hasta el exiguo número de diez: «Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. ¿Y si se encuentran diez justos?» (ib 32). Ni la benévola condescendencia de Dios que va aceptando la reducción del número, ni la cordial súplica de Abrahán consiguen salvar la ciudad por culpa la general corrupción; sólo la familia de Lot será salvada para testimoniar la misericordia divina y el poder de la intercesión de Abrahán. El episodio quedará como un, documento de las terribles consecuencias de la obstinación en el mal y de la fuerza reparadora del bien, por la cual sólo diez justos —si los hubiese habido— habrían podido impedir la ruina de la ciudad.

Pero en el Nuevo Testamento se abre una nueva y maravillosa página de la misericordia de Dios: un solo justo, «el siervo de Yavé» anunciado por los profetas, basta para salvar no dos ciudades ni una nación, sino a la humanidad entera. En vista de la pasión de Cristo, Dios perdonó todos los pecados de los hombres, borró «el protocolo que nos condenaba con sus cláusulas y era contrario a nosotros; lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz» (Cl 2, 14; 2.a lectura). Esta frase Imaginativa de Pablo expresa muy bien cómo la deuda enorme de los pecados de todo el género humano ha sido anulada con la muerte de Cristo. Sin embargo, ni esa superabundante expiación aprovechará al hombre, si éste no colabora con Su renuncia personal.

El Evangelio del día (Lc 11, 1-13) vuelve a tomar de lleno el tema de la oración. Jesús, interrogado por sus discípulos, les enseña a orar: «Cuándo oréis decid: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino"» (ib 2). Abrahán, el amigo de Dios, lo llamaba «mi Señor»; el cristiano, autorizado por Jesús, lo llama «Padre», nombre que da a su plegaria un tono completamente nuevo: filial, por el que puede derramar libremente su corazón en el corazón de Dios, exponiéndole sus necesidades en la forma sencilla y espontánea que indica el «Padre nuestro». Además, con la parábola del amigo importuno, que sigue inmediatamente, enseña Jesús a orar con perseverancia e insistencia —como hizo Abrahán—, sin miedo a ser indiscretos: «pedid, buscad, llamad». Para Dios no hay horas inoportunas; nunca siente fastidio por la oración humilde y confiada de sus hijos, antes bien se complace en ella: «Quien pide, recibe, quien busca halla, y al que llama, se le abre» (ib 10). Y si no siempre obtiene el hombre lo que desea, es seguro que su oración nunca es vana, pues el Padre celestial responde siempre a ella con su amor y su favor, aunque tal vez de modo oculto y diferente a lo que el hombre espera. Lo importante no es obtener esto o aquello, sino que nunca le falte la gracia de ser fiel a Dios cada día. Esta gracia está asegurada al que ora sin cansarse: «Si vosotros que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (ib 13). En el don del Espíritu Santo se incluyen todos los bienes sobrenaturales que Dios quiere conceder a sus hijos.

¡Oh, qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad...! Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores; éstos, Señor, son los verdaderos pecadores. No miréis nuestra ceguera, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros. Resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad; mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 8, 3).

Oh Jesús, creemos que lo puedes todo y que nos concederás todo lo que te pidamos con fe; nos lo concederás porque eres infinitamente bueno y omnipotente; nos otorgarás más aún, pues lo has prometido formalmente. Nos lo concederás sea dándonos la cosa pedida, sea dándonos otra mejor. Si nos haces esperar, si recibimos tarde o tal vez nunca, estamos seguros de que la espera es lo mejor para nosotros, de que el recibir tarde o tal vez nunca es mejor para nosotros que recibir enseguida. (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el Evangelio**).

259. LA ESPERANZA NO FALLA

«Bueno eres, Señor, para el que en ti espera, para el alma que te busca» (Lm 3, 25).

1. — Abrahán, «esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones» (Rm 4, 18). Las virtudes teologales están profundamente relacionadas: la fe enciende la esperanza, y la esperanza sostiene la fe. Y como el cristiano da prueba de la solidez de su fe perseverando en ella a pesar de la oscuridad, así da prueba de la solidez de su esperanza no dejando de esperar en las circunstancias adversas. Las mismas contrariedades robustecen la esperanza. Por eso puede decir San Pablo: «nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza». Y concluye: «Ira esperanza no falla» (Rm 5, 3-5). La esperanza cristiana no falla nunca, ni siquiera cuando las adversidades maltratan la vida del hombre. En toda criatura querida de Dios se renueva de algún modo la historia de Job, probado en los bienes y en los hijos, abandonado de la mujer y de los amigos, reducido a la miseria y soledad más tristes y cubierto de lepra de la cabeza a los pies. ¿Por qué permite Dios tanto sufrimiento en sus amigos? «No fue Dios quien hizo la muerte —dice la Escritura— ni se recrea en la destrucción de los vivientes; él todo lo creó para que subsistiera... Pero los impíos con obras y palabras llaman a la muerte» (Sb 1, 13-14.16). Muerte y sufrimiento son fruto del pecado, no sólo como castigo, sino también como purificación y expiación salvadora para sí y para los demás en unión a la pasión de Cristo. A esta luz no es difícil intuir la necesidad y la función del dolor; pero cuando el hombre gime bajo sus golpes, no le resulta nada claro el plan divino —plan de amor y salvación,— y no puede escapar a la penosa sensación de estar abandonado de Dios. Entonces es el momento de esperar contra toda esperanza y de recordar que «la esperanza no falla», porque cuenta con el amor de Dios, y este amor ha sido ya derramado en nuestros corazones «por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). El amor de Dios, su gracia y más aún el Espíritu Santo son las arras de la vida eterna que nos espera y a la que el sufrimiento nos prepara.

2.— «El hombre no podrá nunca amar a Dios cuanto está obligado a amarle, ni creer o esperar en él cuanto es necesario» (S.T. 1-2, 64, 4 co). Se puede decir con verdad que la medida de la esperanza en Dios es esperar sin medida. Cuando el hombre busca sinceramente hacer de su parte cuanto puede para, agradar a Dios, no debe temer ser demasiado atrevido en su esperanza. Le agrada tanto al Señor la esperanza ciega e ilimitada en él, que cuanto más espera una criatura, tanto más la socorre y la colma de sus bienes. «Cuanto más espera el alma, tanto más alcanza», dice S. Juan de la Cruz (S III, 7, 2); y Sta. Teresa del N. J., haciendo suyo este pensamiento, escribe: «Nunca se tiene demasiada confianza en Dios, tan poderoso y

misericordioso. Se obtiene de él cuanto se espera» (Man. autob. Apéndice II, 33).

A veces la conciencia de los pecados cometidos, de las infidelidades y de los fracasos en la práctica de la virtud pueden desanimar y cortar las alas de la esperanza. Es preciso entonces recordar que Dios no nos ama porque estemos sin pecados, sino porque ha infundido en nosotros su gracia y nos ha hecho hijos suyos. El quiere nuestra salvación y nuestra santificación más que nosotros; si una criatura lo busca con todo el corazón y confía en él con todas sus fuerzas, él mismo la santificará a pesar de las faltas del pasado o de las miserias y debilidades del presente.

El cristiano auténtico es un hombre de esperanza invencible y un sembrador de esperanza. El mundo moderno, inmerso en la indiferencia religiosa, prisionero del materialismo y no pocas veces tentado de desesperación, tiene una extrema necesidad de abrirse al dilatador influjo de la esperanza cristiana. Es necesario que todos los hombres de la tierra se sientan «despertados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, para que, por fin, llegada la hora, sean, recibidos en la paz y en la suma bienaventuranza» (GS 93). Este era el augurio de San Pablo a los romanos: «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza» (Rm 15, 13). El cristiano debe ser portador de ella a todo el mundo.

¡Oh Dios y Señor nuestro! Esperemos al abrigo de tus alas. Protégenos y llévanos. Tú llevarás, sí; tú llevarás a los pequeñuelos, y hasta que sean ancianos tú los llevarás, porque nuestra firmeza cuando eres tú, entonces es firmeza: mas cuando es nuestra, entonces es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo, y así, cuando nos apartamos de él, nos pervertimos. Volvamos ya, Señor, para que no nos apartemos, porque en ti vive sin ningún defecto nuestro bien, que eres tú, sin que temamos que no haya lugar adonde volar, porque de allí hemos venido y, aunque ausentes nosotros de allí, no por eso se derrumba nuestra casa, tu eternidad. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, IV, 16, 31).

¡Esperemos! Seamos de aquellos que tú, oh Jesús, has venido a salvar precisamente porque perecemos..., porque sin ti perecemos de continuo... ¡Esperemos!

Sean cualesquiera nuestras culpas, tú, oh Jesús, quieres salvarnos. Cuanto más pecadores somos, más próximos a la muerte y en más hondo estado de desesperación en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, más deseas tú salvarnos, oh Jesús, porque has venido a salvar lo que está para perecer... ¡Haz que nunca nos desanimemos, sino que esperemos siempre! Estamos al borde del abismo, a punto de perecer; merecemos perecer, debemos justamente perecer después de tantas ingratitudes nuestras, perecemos de hecho; pues es precisamente a nosotros a quienes vienes a salvar, oh Jesús. Vienes a salvar a los que perecen. Eres infinitamente bueno e infinitamente poderoso. ¡Que hasta el último Instante, mientras le quede un soplo de vida,

espere todo hombre en ti! (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el Evangelio**).

260. EL AMOR DEL PADRE

«Bendito seas, oh Dios, que en tu amor nos has predestinado a ser hijos tuyos» (Ef 1, 3-5).

1.— En el Antiguo Testamento Dios se reveló como el ser por excelencia: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14); en el Nuevo ha revelado la naturaleza profunda e intrínseca de su ser: «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Dios es amor en su vida íntima y precisamente por eso es Trinidad: Es Padre que engendra al Hijo dándole toda su naturaleza y vida divina, es Hijo que se devuelve totalmente al Padre, es Espíritu Santo que procede del amor y del don recíproco del Padre y del Hijo. Dios es amor también fuera de sí, en sus obras: es amor en la creación de todos los seres que llama libremente a la vida y sobre todo en la creación del hombre al que plasma a su imagen y semejanza (Gn 1, 26). Pero Dios demuestra aún más su amor elevando al hombre del estado de simple criatura al de hijo suyo: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3, 1). No se trata de un apelativo honorífico o simbólico, de «un modo de hablar», sino de una realidad sublime, de un nuevo «modo de ser», por el que el hombre es profundamente transformado y hecho partícipe de la naturaleza y de la vida de Dios, es decir, del ser de Dios que es amor. El hombre entra así a formar parte de la familia de Dios: es amado por Dios su Padre y es capaz de amarlo a su vez como hijo porque Dios ha infundido en él su amor. «No recibisteis un espíritu de esclavos... —exclama San Pablo—, antes bien recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 15-16). El hijo no puede tener una naturaleza diferente de la del padre; Dios es amor, por eso ha infundido en el hombre su amor, para que también él sea amor. Dios «dice cómo quiere ser conocido: como Amor que es; y cómo quiere ser honrado y servido por nosotros: con amor, que es nuestro supremo mandamiento» (Pablo VI, *Ecclesiam suam*).

2.— «¡Dios es amor y quien permanece en amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Ahora bien, Dios ha derramado largamente su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado; por consiguiente, el primero y más imprescindible don es la caridad, con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Él» (LG 42). La virtud de la caridad es la participación creada en el amor infinito con el que Dios se ama a sí mismo, o sea del amor con que el Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre y uno y otro se aman en el Espíritu Santo. Mediante la caridad el cristiano es llamado a «permanecer en Dios» (1 Jn 4, 16), y a entrar en el

círculo del amor eterno que une entre sí a las tres Personas de la Santísima Trinidad.

Ya la fe, haciendo al hombre partícipe del conocimiento que Dios tiene de sí mismo, le introduce en la intimidad de la vida divina, mientras la esperanza le asegura que compartirá un día la felicidad eterna; pero la caridad le lleva más adelante insertándolo, desde aquí abajo, en el movimiento de amor inefable que es la vida de la Santísima Trinidad, Mediante la caridad el cristiano mora en Dios hasta el punto de quedar asociado al amor del Padre para con el Hijo y del Hijo para con el Padre, amando al Padre y al Hijo en el Espíritu Santo.

Y pues el amor divino no se queda cerrado en el seno de la Trinidad, sino que de la Trinidad se derrama sobre los hombres, la caridad, imprime también al, cristiano un impulso semejante, abriendo su corazón al amor de todos los hermanos. Sólo mediante la caridad que lo hace partícipe del amor de Dios, el cristiano se hace capaz, se torna capaz de «amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios». La caridad es completa solamente cuando sube a Dios abarcando con, por él y en él todas las criaturas. Uno es el amor en Dios: en su vida íntima y en sus relaciones con los hombres; una e indivisible es la caridad en el cristiano: en su vuelo hacia Dios y en su impulso hacia los hermanos. «Hemos recibido de él este, mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 21).

¡Oh caridad!, tú has podido hacer de Dios un hombre. Tú has alejado —por un tiempo— de su inmensa majestad a este Dios hecho pequeño... Tú has preparado la santa cruz para la salvación del mundo ya perdido. Tú has destruido la muerte enseñando a Dios el morir. Cuando Dios, el Hijo de Dios omnipotente, muere a manos de los hombres, tú haces, oh caridad, que ninguno de los dos, ni el Padre ni el Hijo, estallen en ira.

Tú mantienes la vida del pueblo celestial, cuando aseguras la paz, guardas la fe, proteges la inocencia, honras la verdad, amas la paciencia y devuelves la esperanza. Tú haces de los hombres diferentes por costumbres, edad o poder, pero dotados de la misma naturaleza, un solo cuerpo y un solo espíritu. Tú no permites que los gloriosos mártires sean disuadidos de confesar su nombre cristiano por ningún tormento. o género nuevo de muerte, o premio, o amistad, o sentimiento de ternura, que desgarrar más cruelmente que cualquier verdugo...

Tú unes los misterios celestiales a los humanos y los humanos a los celestiales. Tú guardas los secretos divinos. Tú en el Padre gobiernas y mandas. Tú en el Hijo te obedeces a ti misma. Tú exultas en el Espíritu Santo. Tú, siendo una en las tres Personas, no puedes en modo alguno ser fraccionada; ningún enredo de la curiosidad humana te puede turbar. Brotes del manantial que es el Padre y te viertes toda en el Hijo; pero aun vertiéndote toda en el Hijo, no te alejas del Padre. Justamente eres llamada Dios, porque tú sola guías el poder de la Trinidad. (S. ZENON DE VERONA, **De spe fide et caritate**, 9).

Gracias, gracias a ti, Padre eterno, que no me has despreciado a mí, que soy tu hechura, ni has apartado tus ojos de mí, ni menospreciaste mis deseos... Por todos estos y otros infinitos males y pecados que hay en mí, tu Sabiduría, tu Bondad! tu Clemencia y tu Bien infinito no me ha despreciado, sino q e me ha dado luz en tu luz. En la Sabiduría he conocido la verdad, en tu Clemencia he encontrado la caridad y amor del prójimo. ¿Quién te ha obligado a ello? No mis virtudes, sino sólo tu caridad... Haz que mi memoria sea capaz de retener tus beneficios y arda la voluntad en el fuego de tu caridad...

Confieso y no lo niego que tú amaste antes que yo fuese y que me amas inefablemente, como loco enamorado de la criatura. (STA. CATALINA DE SIENA, **Diálogo** 167).

261. EL NOS AMO PRIMERO

«Me has amado con amor eterno, Señor» (Jr 31, 3).

1.— «Nosotros amemos [a Dios], porque él nos amó primero» (1 Jn 4, 19). El hombre como simple criatura es capaz sólo de amor humano, que puede ser afecto, simpatía, sentimiento y aun pasión, y que puede llegar a la entrega total a la persona amada, como hace la madre con el hijo. Todo esto es noble y bello, pero está infinitamente distante de la caridad, la cual es «una participación de la caridad infinita que es el Espíritu Santo» (S. T. 2-2, 24, 7), y por lo tanto del amor de Dios mismo.

Desde el punto de vista de la caridad, el hombre no puede tomar ninguna iniciativa; ésta puede venir sólo de Dios. De hecho Dios ha amado «primero» al hombre y amándolo ha derramado en él su amor divino para que el hombre pueda amarle con su mismo amor. La capacidad afectiva del hombre, por grande que sea, no puede alcanzar a producir el más mínimo grado de amor divino. «La caridad —enseña Sto. Tomás— no brota en el hombre por naturaleza, ni puede ser adquirida con las fuerzas naturales, sino que se debe a la infusión del Espíritu Santo, que es amor del Padre y del Hijo y cuya participación ofrecida a nosotros es precisamente la caridad creada» (ib 2). El santo Doctor no hace con esto más que comentar y desarrollar la famosa afirmación paulina: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5).

El amor de Dios se ha adelantado al hombre y no ha esperado a que fuese digno de él, sino que amándolo le ha hecho digno. «En esto —explica S. Juan— consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10). Para que el amor divino pudiese llegar al hombre, Dios ha tenido que abatir la barrera interpuesta por el pecado, y lo ha hecho no por medio de patriarcas o profetas, sino por medio de su Hijo divino. Es ésta la iniciativa más maravillosa y al mismo tiempo la prueba mayor del amor de Dios al hombre.

2.— El amor preveniente de Dios es absolutamente gratuito y liberal: el hombre nada hizo y nada podría haber hecho para merecerlo. Antes lo desmerece, sea por el pecado original, sea por los pecados personales. El amor de Dios se dirige no a hombres inocentes y justos, sino a pecadores: «Si decimos: "No tenemos pe cado", nos engañamos» (1 Jn 1, 8). Y sin embargo, el amor de Dios no se detiene. Lo declaró ya por boca de Oseas al pueblo elegido: «Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí... Y con todo yo enseñé a Efraim a caminar, tomándole en mis brazos, mas no supieron que yo cuidaba de ellos... Mi corazón se me revuelve dentro a la vez que mis entrañas se estremecen... No volveré a destruir a Efraim, porque soy Dios, no hombre» (Os 11, 1-3; 8-9). La historia de Israel se prolonga en la historia de cada hombre. Dios se le adelanta con su amor, y el hombre no comprende: en vez de aceptar el don divino, le vuelve la espalda y se va en busca de amores terrenos; se hace esclavo de las pasiones, propias y ajenas. Pero Dios le persigue no para destruirlo, pues tiene demasiada compasión de él; es Dios, «no hombre», es Amor y quiere vencer por el amor. «Dios, rico en misericordia —dice S. Pablo—, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo..., a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Ef 2, 4-7). A través de su Hijo amado Dios llega al hombre pecador, lo redime y derrama sobre él su amor. Pensándolo bien se diría que Dios ha querido no sólo en condición de amarle, sino en la imposibilidad de no hacerlo. Y sin embargo el hombre no ha comprendido aún el gran misterio del «gran amor» con que Dios le ha amado y, como Israel, va en busca de dioses extraños, de dinero, de vida cómoda, de puestos honoríficos y de placeres terrenos. Si conociese el don de Dios y quién es el que le ama, no cesaría de invocar su amor.

Señor Jesucristo, tú nos invitas, adelantándote a nosotros, nos arrebatas a tu amor; tan grande es la fuerza de tu afecto. De hecho ninguna invitación al amor es tan insistente, ninguna coacción y ningún atractivo tan fuerte como el adelantars¹ a amar, porque el corazón que antes dormitaba, cuando se siente querido, despierta; y si antes ardía ya, viéndose amado y prevenido en el amor, se inflama mucho más.

Aunque me hayas amado indeciblemente, amantísimo Señor Jesucristo, sin embargo yo, ingratisimo pecador, con un corazón de piedra en el pecho..., no he reconocido en mi corazón de hielo tu amor abrasado. Y si bien he deseado que ese afecto con que espontáneamente me prevenías, me penetrase totalmente, no he querido con todo darte a cambio mi amor.

Dígnate, pues, ayudarme, oh piadosísimo Señor Jesucristo, tú que no puedes dejar de amar; y con la violencia de tu dulcísimo amor fuerza mi corazón rebelde a amarte, para que te sirva en paz r obtenga la vida eterna en el amor. (R. JORDAN, **Contemplaciones sobre el amor divino**, 3).

«Dios es amor. Y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». Habitamos el uno en el otro, el que contiene y el que es contenido. Yo habito en ti, Dios mío, mas para ser contenido por ti; tú contenerme y no dejarme caer... enfermo, norma para el malo, luz el abandonado. Todo, pues, se me que no soy yo quien te dono a siquiera la propiedad de mí mismo

Tú, Señor, no necesitas de mis bienes... Tú eres el verdadero Señor que nada buscas de mí, y desgraciado de mí si no te busco a ti. Nada me pides a mí, pero tú me buscaste cuando yo no te buscaba. Se había perdido una sola oveja; tú la encontraste y lleno de gozo la condujiste sobre tus hombros. ¿Era acaso necesaria aquella oveja al pastor, o más bien no era necesario el pastor a la oveja?... Oh Dios, confirma en mí el don de tu caridad, ayudándome a vivir bien. (S. AGUSTIN, *In 1 Jo*, 8, 14).

262. EL AMIGO DE LOS HOMBRES

«Alabanza a ti, Dios de misericordia, por el gran amor con que nos has amado» (Ef 2, 4).

1. — Repetidas veces nos presenta la Sagrada Escritura a Dios como amigo de los hombres. «El Señor —se lee en el Éxodo— hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (Ex 33, 11). Dios mismo llamaba a Abrahán amigo suyo (Is 41, 8) y los Hebreos apelaban a esta amistad para invocar la protección divina. «No nos retires tu misericordia por Abrahán tu amigo» (Dm 3, 35). En un sentido más general el Antiguo Testamento afirma que cuantos poseen la sabiduría divina «se granjean la amistad de Dios», y aun es cometido de la sabiduría formar «amigos de Dios» (Sb 7, 14-27).

En realidad, toda la revelación atestigua que Dios ha usado todo género de industrias para ganar a los hombres a su amistad «para invitarlos a la comunión consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2). El designio divino llega a su culmen cuando Dios mismo, Verbo eterno, sabiduría increada, se encarna, aparece en la tierra, planta su tienda entre los hombres y conversa con ellos (Bar 3, 38). La amistad supone cierta igualdad y comunión de vida, mientras que entre Dios y los hombres hay una distancia infinita. Pues precisamente para hacer posible su amistad con los hombres, se hace Dios hombre y hace al hombre partícipe de su divinidad. «El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14), para que viniésemos a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4). Queda así establecida la base de la amistad y comunión.

La amistad exige benevolencia recíproca. Dios ama al hombre primero; el amor del hombre sólo puede ser una respuesta: «Nosotros amemos, porque El nos amó primero» (1 Jn 4, 19). El hombre paga el amor de Dios ante todo aceptándolo, abriéndole el corazón, dejándose amar. El mismo amor divino que ha infundido Dios en el hombre viene a ser el principio de su respuesta, de su amor. «El amor es de Dios» (ib 7), sólo de El puede venir, y de hecho

el hombre no puede amar a Dios sobrenaturalmente sino con el mismo amor de Dios. Si el hombre corresponde, la amistad será perfecta, porque se funda en igualdad de amor.

2.— El misterio de la amistad entre Dios y los hombres se funda enteramente sobre la naturaleza de la caridad, que no es amor humano sino amor divino, por el que el hombre se torna capaz de amar divinamente. Jesús habló muchas veces de este amor divino comunicado a los hombres, pero de manera especial en la última Cena. «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). Y volviéndose al Padre: «el amor con que tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos» (Jn 17, 26). Queda así indicado el itinerario del amor divino: del Padre al Hijo, del Hijo a los hombres. Se les invita a «permanecer», es decir, a vivir en este amor para participar en la vida de caridad infinita que hay en Dios y para corresponder a Dios con un amor digno de él, o sea, con su mismo amor. Es la comunión de la amistad. ¿Cuál será la parte del hombre en la correspondencia a la amistad divina? Lo tiene dicho Jesús: «Vosotros seréis mis amigos, si hacéis la que yo os mando. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Jn 15, 14. 10). La comunión requerida por la amistad exige comunión de afectos, de deseos, de voluntad. El amigo quiere lo que quiere el amigo. El hombre será amigo de Dios; si quiere y hace lo que quiere Dios: si observa sus mandatos, si no busca en todas las cosas la voluntad propia sino la de Dios. Se comprende, pues, por qué Abrahán, tan solícito en seguir el divino querer hasta el punto de abandonar su tierra, su casa y su pueblo, hasta el punto de empuñar el cuchillo para inmolar a su hijo, haya sido llamado amigo de Dios.

El amor gratuito de Dios que se adelanta al hombre quiere ser pagado con el amor de amistad por el que el hombre se entrega totalmente a Dios queriendo sólo lo que él quiere. Esta respuesta del hombre atraerá nuevas efusiones del amor de Dios: «El que me ame, será amado de mi Padre, y yo le amaré. El Padre mismo os quiere, porque me habéis querido a mí» (Jn 14, 21; 16, 27). Así la caridad crece en el corazón del hombre, el cual se hace más capaz cada vez de amar; su amistad con Dios se profundiza y le dispone para la amistad eterna.

¡Oh, fuego dulcísimo de amor, que llenas el alma de toda dulzura y suavidad!, pues ninguna pena ni amargura puede caber en la mente que arde en tan dulce y glorioso fuego...

¡Oh, dulzura de amor! ¿Cómo puede el corazón de tu esposa no amarte, considerando que tú eres esposo de vida?

Tú, Dios eterno, nos has creado a imagen y semejanza tuya sólo por amor, y habiendo nosotros perdido la gracia por el pecado miserable, nos diste el Verbo de tu unigénito Hijo; él nos ha dado la vida y ha castigado nuestras iniquidades en su cuerpo, pagando la deuda que nunca había contraído. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Miserables de nosotros! Nosotros somos los ladrones, y él es el ahorcado

[crucificado] por nosotros. Averguéncese la ignorante, endurecida y obcecada esposa de no amar, pues se ve tan amada de ti, oh Dios, y es de tanto deleite este dulce y suave lazo. (STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 217, v. 3, p. 308-9).

263. EL CAMINO MÁS EXCELENTE

«Guía, Señor, mi corazón en el amor» (2 Ts 3, 5).

1.—S. Pablo, después de haber reseñado los dones carismáticos concedidos por Dios a los fieles de Corinto, concluye; «¡Aspirad a los carismas superiores! Y aún os voy a mostrar un camino más excelente» (1 Cr 12, 31) e inmediatamente entona su célebre himno a la caridad, ensalzándola por encima de todos los carismas y virtudes. «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que sueña o címbalo que retiñe... Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad... Pero la mayor de todas ellas es la caridad» (ib 13, 1. 13). ¿Por qué? La respuesta más completa es la que da S. Juan: «todo el que ama ha nacido de Dios» (1 Jn 4, 71; y quien ama pasa de la muerte a la vida (ib 3, 14). Sólo la caridad hace hijos de Dios y hace pasar de la muerte del pecado a la vida de la gracia. Donde no hay caridad, no hay gracia, no hay vida. «Quien no ama permanece en la muerte» (ib) y, al contrario, quien ama «permanece en Dios y Dios en él» (ib 4, 16).

La fe y la esperanza, como igualmente todos los carismas, no son capaces de hacer pasar de la muerte a la vida. Tanto las primeras como los segundos pueden subsistir en quien no ha recibido aún la gracia santificante o en quien la ha perdido; la caridad, no. Es tan vital que no puede coexistir con la muerte del pecado; es tan vital que es inseparable de la gracia, como una cosa con ella. Y no puede ser de otro modo, pues la gracia hace al hombre partícipe de la vida divina y ésta es vida de amor.

Y no sólo eso. «La caridad no acaba nunca» (1 Cr 13, 8) y será imperecedera por toda la eternidad. «Desaparecerán las profecías; cesarán las lenguas» (ib); hasta la fe y la esperanza cesarán dando lugar a la visión y a la posesión beatífica de Dios, a quien «veremos cara a cara», pero la caridad quedará como vínculo eterno de la unión del hombre con Dios. Aquí abajo el hombre tiene siempre la triste posibilidad de perder la caridad, pero en el cielo estará fundado en ella de modo indefectible; estará afirmado en el amor, permanecerá para siempre en Dios y Dios en él.

2.— La fe y la esperanza son virtudes incompletas, porque sin la caridad no son capaces de unir al hombre con Dios ni de producir obras de vida eterna. La fe y la esperanza del pecador, que ha perdido la caridad, son inactivas, no obran; están en él) pero como muertas. «La fe sin obras está muerta» (Sant 2, 26); vale sólo «la fe que actúa por la caridad» (Gl 5, 6). Llega a decir S. Pablo: «aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no

tengo caridad, nada soy» (1 Cr 13, 2). El poder de hacer milagros en nombre de Dios, es nada frente al menor grado de caridad. Es la caridad la que da calor y fuerza de vida eterna a la fe y a la esperanza; es la caridad la que perfecciona estas virtudes. Sólo quien ama es capaz de creer y esperar en Dios sin condiciones, sin medida.

Lo mismo sucede con las virtudes morales, que pueden hacer al hombre honesto y virtuoso, pero no pueden en modo alguno introducirle a la amistad con Dios, ni darle la posibilidad de merecer la vida eterna. Sin el sopro vivificador de la caridad, todo permanece muerto, estéril y frío; sin la caridad el hombre queda confinado en el plano natural, no puede ser hijo de Dios ni amigo suyo, no puede vivir en sociedad con las Personas divinas. Cosa impresionante: ni siquiera las obras más excelentes, como la renuncia a los propios bienes y el sacrificio de la vida, valen nada sin la caridad. «Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha» (1 Cr 13, 3). Pero cuando interviene la caridad todo cambia: hasta las obras más humildes y los actos de virtud más insignificantes; realizados por amor de Dios, adquieren valor de vida eterna. Es éste el milagro de la caridad, a la que Sto. Tomás llama «forma y madre» de las demás virtudes. Forma, porque ordena sus actos al último fin; madre, porque concibe sus actos con el deseo del último fin (S. T. 2-2, 23, 8). En esta línea afirma el Vaticano II: «la caridad... gobierna todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin» (LG 42).

«Sólo el amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario» (T. J., E 5, 2).

Señor Jesucristo, tu amor, tu caridad: tal es el camino rectísimo para llegar a ti. Camino corto sin tropiezos; camino llano sin desviaciones; camino claro sin nubes; camino seguro sin peligros; camino gozoso con un buen compañero, o sea contigo, oh Señor, guía amabilísima. Este es el camino para llegar a los gozos eternos, que no permite al viandante desviarse a la derecha en la prosperidad ni a la izquierda en las adversidades.

Este camino del amor, ¡oh Señor Jesucristo!, guía eterna de los amantes, es camino verdadero y no fingido ni engañador: camino que se hace con el corazón y no con palabrería; camino fecundo y no estéril; camino no tanto de palabras cuanto de obras; camino precavido, sin sobresaltos; prudente, no desatinado, en el que se ama a la persona amada y se aborrece el pecado...

Señor Jesucristo, constantísimo amador, si alguien quiere llegar rápidamente a la patria celestial, debe caminar por el camino del amor y de la caridad, porque quien más ardientemente ama, más velozmente corre y más presto llega... Dame, por tu piedad, una gracia tan grande para amarte, que, abandonando todo vano afecto no grato a ti, te ame sobre todas las cosas con un amor constante, no a ratos, y nunca me aparte de tu amor, sino que permanezca en él por toda la eternidad. (R. JORDAN, **Contemplazione sull'amore divino**. 17, pp. 88, 90).

Señor, de una vez para siempre me das un breve mandamiento: ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. ¡Oh Señor!, que esté en mí la raíz del amor, porque de esa raíz no puede brotar sino el bien. (S. AGUSTIN, **In 1 Jn**, 7, 8).

264. ARRAIGADOS EN LA CARIDAD

«Señor, que mi corazón esté arraigado y cimentado en la caridad» (Ef 3, 17).

1.— «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 1, 3-4). Dios nos quiere santos en la caridad, y no puede ser de otra manera porque él, el solo santo, es caridad. Derramando sobre el hombre su amor, Dios le hace partícipe de su santidad. Dios santifica al hombre haciéndolo más semejante cada vez a sí, lo que equivale a enraizarlo cada vez más en la caridad.

A medida que el cristiano se abre al don del amor divino y secunda su desarrollo, se hace santo con la santidad misma de Dios. «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor», exhorta S. Pablo (Ef 5, 1). Los hijos deben parecerse al Padre: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). Si la santidad del Padre es el amor, otro tanto ha de ser la de los hijos.

Pero es preciso entender la caridad en toda su plenitud: amor de Dios y amor del prójimo, entrega a Dios y entrega al prójimo.

En el hombre no puede darse la santidad, sólo Dios puede santificarlo; y es claro que cuanto más unido a él esté, tanto más le dará Dios parte en su santidad. La fuerza que une al hombre con Dios es precisamente la caridad: «La caridad —dice Sto. Tomás— hace tender hacia Dios, uniendo a él el afecto del hombre, de modo que éste no viva ya para sí, sino para Dios» (S. T. 2-2, 17, 6). Pero antes de esto la caridad hace algo mucho más profundo: hace que Dios more en el hombre y el hombre en Dios: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Y cuando Dios, por la caridad y la gracia, está presente en el hombre, es siempre la caridad la que permite al hombre unirse a él hasta el punto de no vivir ya para sí, sino para Dios. El grito ardiente de S. Pablo: «vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (01 2, 20) es la expresión extrema de la caridad que lo une íntimamente al que ha dicho: «Permaneced en mí, como yo en vosotros... Permaneced en mi amor» (Jn 15, 4. 9).

2.— Así como la fe guarnece la inteligencia del hombre y la habilita para el conocimiento sobrenatural de Dios, del mismo modo la caridad guarnece la voluntad la habilita para amar a Dios, Bien infinito. Aun en el campo de los afectos humanos, el amor consiste esencialmente en el acto de la voluntad

que quiere bien a alguien; pero dada la psicología del hombre ese acto lleva consigo una actividad del sentimiento. Lo mismo acaece en el campo de la caridad teologal, la cual transfigura los afectos humanos, pero no cambia su dinamismo. Sin embargo, la caridad teologal no se insiere en el sentimiento, sino en la voluntad; por eso no se puede confundir la emoción sensible con la caridad, y tanto menos podrá sustituir aquélla a ésta.

Dios pide al hombre que le ame con todas sus fuerzas, y por lo tanto también «con todo el corazón» (Mc 12, 30). El no desprecia el afecto sensible de su criatura, más bien lo quiere y a veces lo excita para facilitar el ejercicio de la caridad al que necesita ser animado con un poco de atractivo sensible. Pero todo eso no es más que una resonancia de la caridad, no la caridad. S. Juan de la Cruz escribe: «ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad— se una con Dios; sino la operación de la voluntad»; sólo por medio de esa «operación» se une con Dios y se termina en él, que es amor (Carta 29). Jesús mismo ha dicho: «No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7, 21); y esto es un acto de caridad. Dios, espíritu purísimo, no puede ser alcanzado por el sentimiento, sino únicamente por la voluntad transfigurada por su amor. Puede darse un amor grande de Dios, sin ninguna resonancia sensible. Con frecuencia conduce Dios a sus amigos por este camino árido y en privación de todo gusto, justamente para hacer su amor más puro y sobrenatural, más semejante al suyo y por ende más santificador. Dios nos ha elegido «para ser santos en la caridad»: en su caridad que es el acto infinito y eterno de su voluntad, al que debe corresponder el acto pleno y generoso de nuestra voluntad.

¡Oh Dios amor! Tú eres la consumación y el término de todo bien; tú amas eternamente a los que eliges, no rechazas a ninguno de los que se ponen en tus manos, sino los conservas para ti con solicitud extrema. Por eso, te lo ruego, tómate toda con derecho de posesión perpetua.

¡Oh, Dios amor, que me creaste!, créame de nuevo en tu amor. ¡Oh, Amor, que me has redimido!, suple tú mismo, y redime en mí toda negligencia en tu amor. ¡Oh, Dios amor, que me has comprado para ti con la sangre de tu Cristo!, santifícame en tu verdad. ¡Oh, Dios amor!, tú que me adoptaste por hija, nútreme según tu corazón. ¡Oh, Amor, que me elegiste para ti mismo y no para nadie!, haz que me adhiera enteramente a ti. ¡Oh, Dios amor, que me amaste gratuitamente!, dame amarte con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 5).

¡Oh, Señor!, «ponme como señal en tu corazón, como señal en tu brazo; porque la dilección —esto es, el acto y obra de amor— es fuerte como la muerte, y dura emulación y porfía como el infierno»... Haz, Señor, que no busque ni consuelo ni gusto, ni en ti ni en otra cosa. No pretendo pedirte mercedes, porque veo claro que hartas me tienes hechas. Haz que ponga todo

mi cuidado en cómo podré darte algún gusto y servirte algo, por lo que mereces y de ti tengo recibido...

¡Ay, Dios y Señor mío, cuán muchos hay que andan a buscar en ti consuelo y gusto y a que les concedas mercedes y dones, mas los que a ti pretenden dar gusto y darte algo a su costa, pospuesto su particular, son muy pocos! (Noche. II, 19, 4).

Amado mío, todo lo áspero y trabajoso quiero para mi, y todo lo suave y sabroso quiero para ti. (S. JUAN DE LA CRUZ, **Dichos** de luz y amor b, 52).

265. DOMINGO XVIII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, los ojos de todos te están aguardando; tú les das la comida a su tiempo» (SI 144, 15).

El tema de la Providencia que se inclina con amor hacia las necesidades del hombre asoma en la Liturgia del día. El punto de partida es un trozo de Isaías (55, 1-3) que contiene la apremiante invitación divina dirigida a los hebreos desterrados en Babilonia para que no demoren volver a la patria por miedo a encontrarse en estrecheces. Dios proveerá largamente sus necesidades: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua también los que no tenéis dinero: Venid, comprad trigo; comed sin pagar vino y leche de balde» (ib 1). Pero más allá de la comida y la bebida material es fácil presentir los bienes mesiánicos, que con frecuencia en el Antiguo Testamento se simbolizan en la abundancia de agua, vino, leche y manteca. Esto queda más claro aún en los versículos siguientes: «Inclinad el oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David» (ib 3). Sí, Dios provee a las necesidades materiales de los hombres, pero mucho más a las espirituales; y ésta es la gran promesa reservada a los que, escuchando su invitación, acuden a él: Dios establecerá con ellos una alianza ete que tendrá su cumplimiento en Jesús, el Mesías.

El Evangelio del día (Mt 14, 13-21), en un cuadro sumamente pintoresco, presenta la realización de esa promesa. Jesús, desembarcando en lugar solitario, se ve rodeado de una turba de gente pobre que lo ha seguido hasta allí llevando consigo a los enfermos con la secreta esperanza de hallar él la comprensión y el socorro que tanto necesitan. Al Señor «le dio lástima y curó a los enfermos» (ib 14). Los cura sin que se lo pidan, porque llevar hasta aquel lugar alejado a los enfermos es una buena oración y una tácita expresión de fe. Entretanto atardece y los discípulos le dicen preocupados: «Estamos en despoblado y es muy tarde; despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer» (ib 15). Para ellos era el modo más sencillo y natural de remediar el hambre de aquella gente; pero Jesús tiene otro mucho más sencillo y caritativo, que sólo él está en situación de facilitar. No mandar a comprar, sino proveer personalmente; y así loa

discípulos oyen que les dice: «dadles vosotros de comer» (ib 16). Sólo tienen cinco panes y dos peces; que los entreguen a Jesús y verán cómo producen no el ciento, sino el mil por uno: «pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos» (ib 19-20). Aunque el hombre, por su limitación y pobreza, pueda hacer poco en favor de sus hermanos, Dios quiere que esto poco lo haga enteramente y con todo el corazón; él se ocupará de multiplicarlo.

La esperanza de la turba tale había seguido a Cristo olvidada del hambre no quedó fallida; se realizó para ella la palabra de Isaías: «comprad y comed sin pagar»; y no sólo en sentido material, porque Jesús al mismo tiempo que multiplicaba los panes para alimentar los cuerpos, dispensaba su palabra para alimentar los espíritus. El que sigue resueltamente a Cristo halla en él todo lo que precisa para la vida terrena y para la eterna. Pero hay que seguirlo con fe inquebrantable, apoyado en la certeza de su amor infinito. Entonces se comprende el grito apasionado del Apóstol: «¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?» (Rm 8, 35; 2.ª lectura). Ni las adversidades de la vida personal, ni los trabajos afrontados por el apostolado podrán arrancar al discípulo de su Maestro, porque está convencido de que en su amor hallará la fortaleza para vencer cualquier dificultad.

Jesús, que aprendamos también nosotros a permanecer junto a ti, pero no porque hayamos de recibir dones sensibles... Que busquemos el pan celestial y, recibido éste, que desechemos de nosotros toda preocupación mundana y terrena. Porque si aquellas muchedumbres abandonaron casa y ciudades y parientes, todo en una palabra, y siguieron al Señor hasta el desierto y, a despecho de la fuerza del hambre, no se apartaron de él, cuánta mayor filosofía hemos de mostrar nosotros, que nos acercamos a una mesa divina, y cómo hemos de amar lo espiritual y sólo después de lo espiritual buscar lo sensible...

Que amemos les grandes bienes del espíritu; tú nos darás también los otros por añadidura... Que no pongamos nuestro, principal empeño y afán en los bienes temporales; pensemos más bien que su posesión o su ausencia es cosa indiferente...; que aprendamos el oficio de emplear debidamente la riqueza y a dar limosna a los necesitados... El maestro que nos enseña este arte eres tú mismo, Cristo, y tu Padre: «Sed misericordiosos —dices— como vuestro NIT celestial es misericordioso»... ¿Cuál es el fin de este arte? El fin es el cielo y los bienes del cielo: aquella gloria Inefable, aquellos espirituales lechos; aquellas lámparas espléndidas, aquella vida para siempre en tu compañía, oh Esposo, y todo lo demás que ni la palabra ni la inteligencia pueden representar. (S. JUAN CIRISOSTOMO, Homilías sobre S. Mateo, 49, 3.4).

CICLO B

«Señor, tú eres el pan de vida; el que venga a ti no tendrá hambre» (Jn 6, 35).

La Liturgia de la Palabra se centra hoy —y por otros tres domingos sucesivos— sobre el discurso de Jesús acerca del «pan de vida», referido en el Evangelio de S. Juan enseguida de la multiplicación de los panes (cf domingo precedente); discurso que trata dos grandes temas: la fe y la Eucaristía.

Como de costumbre el trozo evangélico está preludiado por un fragmento del Antiguo Testamento. Hoy se toma del Éxodo (16, 2-4. 12-15) la historia de las murmuraciones de los Hebreos en el desierto, los cuales, viéndose sin agua y sin comida, se lamentaban de haber dejado las ollas de carne en Egipto. A pesar del descomedimiento de sus quejas, Dios interviene de nuevo en su favor: «Yo haré llover pan del cielo» (ib 4). Comienza así a caer sobre el campamento el maná de madrugada, y la carne —las codornices— de tarde, para sustento de todos. Apenas se ve en dificultad, el hombre murmura fácilmente de la Providencia y lamenta lo que ha dejado. Así hizo el antiguo pueblo de Dios, y así continúa haciendo el nuevo, olvidado de las múltiples intervenciones benéficas de Dios en su vida y demostrando la pobreza de su fe. Viene a cuento el aviso de S. Pablo: «No andéis ya, como es el caso de los gentiles que andan en la vaciedad de sus criterios... No es así como habéis aprendido a Cristo» (Ef 4, 17. 20; 2.ª lectura). Vaciedad de criterio es lamentarse de la Providencia, echar de menos los bienes temporales y buscar a Dios no por él mismo sino con miras interesadas.

Errores parecidos reprocha Jesús a la turba que después de la multiplicación de los panes le había seguido al otro lado del lago: «me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna» (Jn 6, 26-27). S. Agustín comenta: «¡Cuántos buscan a Jesús sólo por ventajas temporales!... Es difícil que se busque a Jesús por Jesús» (In Jo 25, 10). La búsqueda desinteresada del Señor supone fe; por eso en el debate con los judíos insiste Jesús sobre este punto: «Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29). El primero y más importante trabajo que Dios pide a los hombres es que crean en él, en lo que él hace por ellos en Cristo Jesús. Sólo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios enviado a salvar al mundo va a él con confianza abandonándose completamente a su acción redentora. Los judíos que no tienen esa fe, exigen de Jesús «signos» semejantes a la caída del maná del cielo. Y Jesús, esforzándose en levantarlos a pensamientos más espirituales, rectifica: «no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo» (ib 32-33). Pero ellos refiriéndose siempre a la comida material y esperando tal vez un milagro que prolongase la

multiplicación de los panes, dicen: «Señor, danos siempre de ese pan» (ib 34). Mentalidad y propuesta idénticas a las de la Samaritana que pensando en el agua material, había dicho a Jesús «Señor, dame de esa agua» (Jn 4, 15). Como a ella, también a estos últimos quiere Jesús hacerles comprender el verdadero alcance de sus palabras, y así se expresa en términos semejantes a los usados con aquella mujer: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed» (Jn 6, 35). Ya no es posible el equívoco: el pan de vida, pan de Dios bajado del cielo, para dar vida al mundo, es Jesús; el que va a él y se alimenta de él —de su palabra y de la Eucaristía— con fe viva, no tendrá más hambre, no tendrá más sed.

Date, Señor, a mí, y basta, porque sin ti ninguna consolación satisface; sin ti no puedo ser y sin tu visitación no puedo vivir. Por eso me conviene llegarme a ti muchas veces, y recibirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en, el camino si fuere privado de este celestial manjar. Porque tú, benignísimo Jesús, predicando a los pueblos y curando diversas enfermedades, dijiste: No quiero consentir que se vayan ayunos, porque no desmayen en el camino. Haz, pues; ahora conmigo de esta manera, pues te dejaste en el Sacramento para consolación de los fieles.

Alumbra también mis ojos para que pueda mirar tan al misterio, y esfuérmame para creerlo con firmísima fe. Porque, esto, Señor, obra tuya es, y no humano poder. Es sagrada, ordenación tuya, y no invención de hombres...

Señor, en simplicidad de corazón, en buena y firme fe por tu mandato, vengo a ti con esperanza y reverencia y creó verdaderamente que estás presente aquí en este Sacramento, Dios y hombre. Y pues quieres, Salvador mío, que yo te reciba y que me una a ti en caridad, suplico a tu clemencia e imploro me sea dada una muy especialísima gracia para que me derrita todo en ti y rebose de amor y que no cuide más de otro alguna consolación. (*Imitación de Cristo*, IV, 3, 2; 4, 1-24.)

CICLO C

«Venid, aclamemos al Señor..., la roca que nos salva» (Sl 95, 1).

El tema que nos ofrecen las lecturas de este domingo se refiere al valor de las realidades terrenas;—vida, trabajo, riquezas, etc.— y al comportamiento del cristiano frente a ellas. La primera lectura (Ecl 1, 2; 2, 21-23) declara la vanidad, es decir, la inconsistencia de las cosas terrenas que pasan con la fugacidad del viento: «Vanidad de vanidades..., todo es vanidad», La vida del hombre es breve, destinada a la muerte; su, trabajo y su sabiduría pueden a lo más procurarle un buen patrimonio, pero un día se verá forzado a abandonarlo. Entonces ¿para qué afanarse? «¿Qué saca el hombre de todo su trabajo?» (ib 2, 22). ¿Para qué sirven sus días agobiados de dolor y de preocupaciones?, ¿para qué sus noches insomnes? Este breve fragmento no da la respuesta, y se limita a observar que, la vida terrena vivida por sí

misma, sin relación a Dios y a un fin superior, es totalmente desilusionante. Ya en el Antiguo Testamento, y sobre todo en el libro de la Sabiduría que habla de la inmortalidad del hombre, se da una solución a este problema. Pero sólo el Nuevo da, la respuesta definitiva: todas las realidades terrenas tienen un valor en relación a Dios y por lo tanto, cuando son empleadas según el orden querido por él.

A esto alude la segunda lectura (Cl 3, 1-5. 9-11) con la conocida frase paulina: «Ya que habéis, resucitado con Cristo, buscad los, bienes de allá arriba...; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (ib 1-2). El cristiano regenerado por el bautismo a una vida nueva en Cristo sabe que su destino no está enterrado en horizontes terrenos y que, aun atendiendo a los deberes de la vida presente, su corazón debe estar dirigido al fin último: la vida eterna, la eterna comunión con Dios. No espera, pues, de la, vida terrena la felicidad que ella no puede darle y que sólo en Dios puede hallar. Por consiguiente, en el uso de los bienes terrenos será moderado y sabrá mortificarse —en sus pasiones, en sus deseos desordenados, en sus codicias (ib 5)—, para morir al pecado que lo aparta de Dios y para vivir, por el contrario, «con Cristo en Dios» (ib 3).

Pero la respuesta directa a la primera lectura está en el Evangelio del día (Le 12, 13-21) y está introducida por el rechazo resuelto de Jesús a intervenir en la partición de una herencia. El ha venido a dar la vida eterna y no a ocuparse de bienes transitorios que no pueden dar estabilidad alguna a la existencia del hombre. «Mirad: guardaos de toda clase de codicia —dice el Señor—. Pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes» (ib 15). E inmediatamente añade la parábola del rico necio que demuestra gráficamente la sabiduría de su enseñanza. Un hombre tuvo una gran cosecha, hasta el punto de no saber dónde almacenada: Pero mientras proyecta la construcción de nuevos graneros y se propone gozar largamente de esos bienes, es llamado por Dios a cuentas y oye que le dicen: «Lo que has acumulado ¿de quién será?» (ib 20). La necedad y el pecado de este hombre están en haber acumulado riquezas con el objeto único de gozarlas egoístamente: «Hombre..., túmbate, come, bebe y date buena vida» (ib 19), sin pensar en las necesidades del prójimo ni en los deberes para con Dios. Dios está totalmente ausente de sus proyectos, como si su vida, lejos de depender de él, dependiese de sus bienes: «tienes bienes acumulados para muchos años» (ib). Pero aquella misma noche queda cortada su vida y se encuentra ante Dios con las manos vacías, carente de obras buenas válidas para la eternidad. Y la parábola concluye: «Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios».

Todo pasa bajo el cielo: primavera, verano, otoño, calé estación llega a su turno. Pasan las fortunas del mundo: Ad que antes dominaba, es ahora abatido, y se eleva, en cambio, el que antes estaba en tierra. Cuando las fortunas se hunden, la riqueza bate las alas y vuela. Los amigos se hacen enemigos y los enemigos, amigos, y cambian también nuestros deseos, nuestras aspiraciones y nuestros proyectos. No hay nada estable fuera de ti,

Dios mío. Tú eres el centro y la vida de todos los que, siendo mudables, confían en ti como en un Padre, y vuelven a ti los ojos, satisfechos de poder dejarse en tus manos.

Sé, Dios mío, que debe operarse en mí un cambio, si quiero llegar a contemplar tu rostro. Se trata de la muerte. Cuerpo y alma deben morir a este mundo. Mi persona, mi alma tienen que ser regeneradas, porque sólo el santo puede llegar a verte... Haz que día a día me vaya modelando según tú y, abandonándome en tus brazos, sea transformado «de gloria en gloria». Para llegar hasta ti, oh Señor, es preciso que pase por la prueba, la tentación y la lucha. Aun cuando yo no capte exactamente lo que me espera, sé al menos esto, y sé también que si tú no estás a mi lado, caminaré no hacia lo mejor sino hacia lo peor. Cualquiera sea mi suerte, rico o pobre, sano o enfermo, rodeado de amigos o abandonado a mí solo, todo acabará mal, si quien me sostiene no es el Inmutable. Todo, en cambio, acabará bien, si tengo a Jesús conmigo, a Jesús que es «el mismo hoy, mañana y siempre». (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

266. EL MAYOR Y EL PRIMER MANDAMIENTO

«Señor, tu mandato se dilata sin término. ¡Cuánto amo tu voluntad!» (SI 118, 96-97).

1.— «Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, sólo el Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6, 4-5). Así proclamó Moisés el precepto del amor a Dios. Y Jesús, preguntado sobre el mandamiento primero dé la ley, no izo más que repetir esa misma fórmula: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Mc 12, 30).

Dios, amor infinito, eternamente feliz en sí mismo, no necesita del amor de los hombres, y con todo lo quiere. Dios creando al hombre ha creado en él el amor, participación de su caridad infinita. Este amor es «suyo», le pertenece; y él está celoso de ese amor, lo quiere, lo defiende, lo demanda. El amor que bajó de Dios al hombre, tiene que subir del hombre a Dios. Por eso Jesús presenta el precepto del amor no sólo como el primero, sino como el mayor de todos: «No existe otro mandamiento mayor que éste» (ib 31); ni que exija mayor respeto que el debido a Dios, o que el debido a la felicidad del hombre. El hombre vive por el amor de Dios: este amor lo ha creado, lo mantiene en la existencia y lo llama «a participar en él en la vida y en la gloria. [Dios] difundió liberalmente su bondad divina y no cesa de difundirla..., procurando a un tiempo su gloria y nuestra felicidad» (AG 2). El hombre tiene necesidad extrema del amor de Dios, de ser amado por él y de amarle: en ello le va la vida y la felicidad eterna. «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (S. Agustín, Conf. 1, 1, 1). Nada glorifica a Dios como el amor libre de su criatura, pero al mismo tiempo nada ennoblece al hombre y lo hace feliz como el amor de su Dios. El

mandamiento del amor es el centro de la vida cristiana; mucho más que el israelita piadoso, debe el cristiano llevado impreso en el corazón haciendo lo que dice la Escritura: se lo «repetirás a tus hijos, se lo dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes» (Dt 6, 7).

2.— El Vaticano II, tratando del llamamiento de todos a la santidad, precisa: «todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la, caridad» (LG 40). En realidad no hay plenitud de vida cristiana sin plenitud de caridad, porque el progreso en la gracia es simultáneo y correlativo en la caridad. Un amor más fuerte y generoso postula una gracia más intensa y penetrante.

Por otra parte, la caridad no es un consejo, es un precepto dirigido a todos sin distinciones, y absolutamente necesario para la salvación eterna: «El que no ama no ha conocido a Dios» (1 Jn 4, 8). Pero ¿hasta qué punto hay que amar a Dios? Responde S. Bernardo: «La causa por la que amamos a Dios es Dios mismo; la medida de amar a Dios es amarle sin medida» (*De diligendo Deo* 2). Por más que el hombre ame a Dios no podrá amarlo nunca cuanto pide su amabilidad infinita; por eso el precepto de la caridad por su naturaleza carece de todo límite. La vida del cristiano es un caminar continuo hacia Dios, su fin último. En este camino, enseña Sto. Tomás, «tanto más avanzamos cuanto más nos acercamos a Dios, al cual uno se acerca no con los pasos del cuerpo, sino con los afectos del alma» (S. T. 2-2, 24, 4). Son los pasos del amor los que conducen a Dios, es la caridad la que une a él. Si esos pasos se detienen, la caridad no crece, el cristiano no puede alcanzar la meta. Escribía S. Pablo a los Filipenses: «Lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más» (Fl 1, 9), y hablando de sí mismo, decía: «No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si logro alcanzarlo» (ib 3, 12). El precepto de la caridad exige este esfuerzo continuo, esta continua tensión hacia Dios, Bien infinito. La misma enunciación del precepto: «amarás con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» in9úa totalidad y generosidad sin límites ni reservas. Pero como la caridad viene sólo de Dios, sólo Dios puede aumentarla. Y Dios, poder infinito, puede acrecerla sin límite; para hacerlo pide sólo una voluntad dócil, disponible y generosa.

Sabéis, ¡oh Dios mío!, que nunca he deseado otra cosa que amaros; no ambiciono otra gloria. Vuestro amor me previno desde la infancia, creció conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir. El amor llama al amor; por eso, ¡oh Jesús!, el mío se lanza hacia vos. Quisiera él llenar el abismo que le atrae; pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano. Para amaros yo a mi vez como vos me amáis, siento la necesidad absoluta de apropiarme vuestro mismo amor. Sólo así hallo el reposo.

Esto es todo lo que tú, ¡oh Jesús!, exiges de nosotros. No tienes necesidad alguna de nuestras obras, sino únicamente de nuestro amor. Porque tú

mismo que aseguras no tener necesidad de acudir a nosotros si _tienes hambre, no vacilas en mendigar un poco de agua de la Samaritana. Tenías sed... Pero al decir: «dame de beber», era el amor de tu pobre criatura lo que tú, Creador del universo, reclamabas. Tenías sed de amor. ¡Ah! Veo con más claridad que nunca que estáis sediento. Entre los discípulos del mundo sólo halláis ingratos e indiferentes. Y entre los discípulos que se han consagrado a vos, halláis muy pocos corazones que se os entreguen sin reservas, muy pocos que comprendan la infinita ternura de vuestro amor. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos autobiográficos**, C, X, 38; B, XI, 4).

Tu amor, ¡oh Señor Jesucristo!, es fuente de vida, y una alma no puede vivir si de ella no se abreva, ni puede abrevarse si no está junto a la fuente, es decir, junto a ti, que eres la fuente de todo el amor.

¡Oh fuente de verdadero amor y de inmensa dulzura, qua nunca faltas sino siempre restauras!, yo, miserable pecador, oprimido por el grave peso de mis pecados, sufro una ardiente sed de amor porque me he alejado demasiado de tu fuente viva. Dígnate, pues, mirarme piadosamente y conducirme a ti, manantial de amor y de dilección, para que beba. el agua de tu amor tan grande; que yo la beba y con ella me restaure y guste su dulzura y su sabor, y mi alma sea con ella lavada y purificada de toda mancha de pecado, para que, limpia de toda culpa, te agrade y te sirva y viva contigo en el amor por los siglos de los siglos sin fin. (R. JORDAN, **Contemplaciones sobre el amor divino**).

267. EL SEGUNDO ES SEMEJANTE AL PRIMERO

«¡Oh Dios!, que como hijo querido sea yo imitador tuyo, viviendo en el amor» (Ef 5, 1).

1.— Luego de haber hablado del amor de Dios, «el mayor y el primer mandamiento», añadió Jesús: «El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 38-40). La gran novedad aportada por Jesús está en haber unido y como fundido en uno solo el mandamiento del amor a Dios y el del amor al prójimo, declarándolos base de todos los demás. La caridad es única en su fuente, Dios; y es única también en el cristiano al que se le infunde en el bautismo como una participación creada del amor infinito con que Dios se ama a sí mismo, Bien sumo, y ama a los hombres, criaturas de su amor. El Señor Jesús —afirma el Concilio— «envió a todos el Espíritu Santo, que los moviera interiormente, para que amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó» (LG 40). Y en el amor de Cristo ya implícito el amor del Padre, de Dios uno y trino.

La caridad tiene en el cristiano el mismo, movimiento que en Dios: amor a Dios y amor a los hombres. Es imposible separar la caridad debida a Dios de la debida a; dos hombres; sería destruirla. S. Juan, el apóstol teólogo de la

caridad, lo dice con estilo rápido, escultural, impactante: «...No es de Dios... el que no ama a su hermano... Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1 Jn 3, 10; 4, 20). El hombre es la imagen viva de Dios; todo su ser lleva esa impronta; quien desprecia al hombre, desprecia a Dios. El simple hecho de la existencia del hombre está diciendo que Dios lo ha querido, lo ha amado y lo ama; cualquier hombre, por pobre, miserable o indigno que sea, es criatura de su amor; cerrar el corazón al hombre es cerrarlo al amor de Dios. Rechazar al hombre, a uno solo que sea, es rechazar a Dios. La consecuencia se impone: no se guarda el mandamiento del amor a Dios, si no se guarda juntamente el del amor al prójimo.

2. — El precepto del amor al prójimo tiene su motivación profunda en Dios y más directamente en su amor a los hombres. «El nos amó —repite S. Juan— y nos envió a su Hijo, corrió propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4, 10-11). La línea es sencilla y transparente. Si Dios amó a los hombres hasta el punto de sacrificar su Unigénito por la salvación de ellos, también los hombres están obligados a amarse mutuamente. Cuando el cristiano se conmueve pensando que Dios le ha amado desde la eternidad, lo ha elegido y redimido en Cristo y lo ha hecho su hijo adoptivo, debe pensar que este amor y estos privilegios no son propiedad suya exclusiva, ni están reservados a los llamados «practicantes», sino que están destinados a todos los hombres. El amor del Padre celestial es para todos indistintamente; y es justamente su amor el que hermana a los hombres creando entre ellos vínculos sagrados de caridad y solidaridad. «Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios..., y todos son llamados a un soto e idéntico fin, esto es, Dios mismo. Por lo cual, el amor de Dios y del prójimo es el primero y el mayor mandamiento. La Sagrada Escritura nos enseña que el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo» (GS 24). Si Dios «no hace acepción de personas» (He 10, 34), sino que llama a todos a ser sus hijos, ofrece a todos su salvación, su amor y su perdón, y abre a todos su corazón y su casa, ¿cómo podrá el cristiano, hijo de Dios, restringir su amor a una categoría determinada de personas? Como un padre sufre cuando sus hijos están reñidos, así Dios se siente herido en su amor cuando los hombres no se aman mutuamente y aún cuando uno solo es desdeñado por los hermanos.

S. Pablo alaba a los Tesalonicenses diciendo: «En cuanto al amor mutuo, no necesitáis que os escriba, ya que vosotros habéis sido instruidos por Dios para amaros mutuamente» (Ts 4, 9). Es Dios quien, extendiendo su paternidad a todos los hombres, les enseña a amar, es Dios quien, derramando en ellos su mismo amor, los hace capaces de la caridad fraterna universal.

¡Oh caridad!, tú no buscas tus cosas, sino sólo la gloria y alabanza del nombre de Dios en la salvación de las almas, y no buscas a tu prójimo por ti, sino sólo por Dios. Tú eres una madre que amamantas al pecho a los hijos de las virtudes; pues sin ti ninguna virtud tiene vida... Tú amas lo que Dios ama, y aborreces lo que Dios aborrece. Por eso quien te posee, se despoja del hombre viejo... y se viste del hombre nuevo, Cristo dulce Jesús; lo estrecha a sí, siguiendo su doctrina...

En ti no cabe desdén, sino con paciencia soportas los defectos del prójimo; no eres iracunda sino benigna... Con gran diligencia sirves a tu prójimo, mostrando para con él el amor que tienes a Dios. A Dios nada puede aprovecharle, por eso te ingenias en aprovechar al que Dios ama tanto, esto es, a la creatura racional, que él ha puesto como medio. Muy dulce eres, ¡oh madre de la caridad!; en ti no cabe ninguna amargura, sino siempre pones alegría en el corazón del que te posee. (STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 357, v 5).

Concédeme, benignísimo Dios, amarte sobre todas las cosas como tú mandas y es justo; y además, amar al prójimo no menos que a mí mismo como me ordenas también. Es, en efecto, muy justo y razonabilísimo que debemos amarte a ti sobre todas las cosas, más aún que a nosotros mismos, porque tú nos has amado antes de que fuésemos, amándonos nos has creado, y luego de habernos creado, te has preocupado de llevarnos al conocimiento de tu santísimo nombre; nosotros en verdad nada tenemos sino de ti, ni siquiera la capacidad de amarte o cualquier otro bien.

Justamente nos mandas luego amar al prójimo como a nosotros mismos... porque nos has creado a todos con igual amor; movido de un mismo amor para todos, fuiste al encuentro de la Pasión y para todos indistintamente has preparado la vida eterna.

Padre clementísimo, concede a cuantos tienen la misma fe vivir recta y santamente y no desviarse un ápice de tus mandamientos en ninguna cosa; y a los que aún no creen en ti concédeles, antes de la muerte, la fe y el amor de tu santísimo nombre y haz que los guarden íntegros e indemnes hasta el fin. (S. ANSELMO, **Orationes**, 28).

268. EL FUNDAMENTO DE LA LEY

«Ensancha, Señor, mi corazón, para que corra por el camino de tus mandatos» (Sl 118, 32).

1.— «De estos dos mandamientos penden toda la ley y los Profetas» (Mt 22, 40). No dice Jesús que pende todo del amor a Dios, sino de éste completado por el del amor al prójimo. S. Agustín declara: «Ama y haz lo que quieras» (In 1 Jn 7, 8). El que ama de veras a Dios, ama también al prójimo, porque «hemos recibido de él este mandamiento» (1 Jn 4, 21). El que ama de veras a Dios y al prójimo observa espontáneamente todos los demás preceptos, porque el amor lleva de por sí a querer el bien de la persona amada y a cumplir su voluntad. Por otra parte, todo precepto se ordena al

amor y tiene por objeto preciso tutelar y asegurar su práctica en las relaciones con Dios y con el prójimo. De Dios es siempre el primer lugar: a él se le debe preferencia absoluta sobre toda criatura. «El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37). No es lícito por amor a la criatura más querida, ofender al Creador o sustraer nada al amor que se le debe. Dios exige el primado absoluto, debe ser amado más que los padres, más que los hijos, más que uno mismo y que la propia vida, y a costa de cualquier sacrificio. «El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí..., y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (ib 38-39).

Pero no se le quita nada a Dios cuando se ama al prójimo en orden a él, como imagen suya, como su hijo; cuando se le ama como lo ama Dios, procurando su bien verdadero, su verdadera felicidad. Sólo la caridad teológica puede amar así, por encima de todo lazo de carne y sangre, y más allá de toda simpatía o antipatía, de toda pasión, interés o búsqueda de satisfacción personal. El amor del prójimo se hace entonces la garantía más segura y el testimonio más cierto del amor a Dios. «A Dios nadie lo vio nunca; si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1 Jn 4, 12). Entonces se comprende por qué el amor al prójimo puede y debe ser considerado como el fundamento de la ley.

2 — «Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor; pues el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo... La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud» (Rm 13, 8-10). Parece como si S. Pablo suplantase el amor de Dios e hiciese consistir el cumplimiento de la ley únicamente en la caridad fraterna. En realidad si el cristiano ama al prójimo como enseña el Evangelio y como Cristo mismo hizo, no se podrá dudar de su amor a Dios. Tan verdadero es esto y la caridad fraterna es tan agradable a Dios que Jesús, cuando habla del juicio final, no trae otro motivo de justificación o de condena que el amor practicado o no con el prójimo. «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer..., era forastero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis...» (Mt 25, 34-36). Cristo no sólo considera a los hombres hermanos suyos, sino que se identifica con ellos sobre todo con los más pobres, indigentes y necesitados de ayuda, y dice: «cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (ib 40). Verdad muy consoladora, a la que se asocia otra bien grave. Jesús, bondad y misericordia infinita, no vacila en pronunciar sentencia de condenación eterna contra los que, habiendo negado al prójimo el auxilio de la caridad fraterna, es como si se lo hubiesen negado a él. «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno... Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber...» (ib 41-42). Los hombres pertenecen a Cristo: son suyos. El los ha rescatado al precio de su sangre, los ha injertado en sí como miembros de su Cuerpo místico; quien

lesiona a un hombre, le lesiona a él; quien no ama a un hombre, no le ama a él. Cuando escribía S. Pablo: «La caridad es la ley en su plenitud», tenía ciertamente presente la enseñanza del Señor y el misterio de su Cuerpo místico, cuyo heraldo fue.

«Esto es lo que os mando: que os améis unos a otros»... ¡Oh Señor!, tú mismo nos has dado este amor mutuo, al elegirnos sin tener fruto alguno, por no ser nosotros los que te elegimos a ti. Y nos has colocado en condiciones de ir y hacer fruto, es decir, de amarnos mutuamente, lo cual no podemos hacer sin ti, así como el sarmiento no puede producir fruto separado de la vid. La caridad es, pues, nuestro fruto, que... sale del corazón puro, de la recta conciencia y de una fe sin fingimientos. Con este amor nos amamos unos a otros y te amamos a ti, Señor, porque nuestro amor mutuo no sería verdadero sin el amor a ti, ya que ama al prójimo como a sí mismo el que te ama a ti... De estos dos preceptos de la caridad están pendientes toda la Ley y los Profetas: éste es nuestro fruto...

«Los frutos del espíritu son la caridad», y luego, como emanados de esta fuente y en íntima conexión con ella... los otros... Y en verdad, ¿quién puede tener gozo si de lo que goza no es el bien? ¿Quién puede tener verdadera paz si no la tiene con quien ama de veras? ¿Quién puede tener firmeza de ánimo para permanecer en el bien si no es por el amor? ¿Cómo puede decirse benigno sino el que ama a quien socorre? ¿Quién se hace bueno si no es por el amor? ¿De qué provecho puede ser la fe que no obra por la caridad? ¿Qué utilidad puede haber en la mansedumbre si no es gobernada por el amor? ¿Quién huye de lo que puede mancharle si no ama lo que le hace casto?

Con razón, pues, ¡oh buen Maestro! recomiendas la caridad, como si sólo ella mereciese ser recomendada, sin la cual no pueden ser útiles los otros bienes, y la cual no puede estar separada de los otros bienes que hacen bueno al hombre. (S. AGUSTIN, In Jo, 87, 1).

269. ¿QUIEN ES MI PROJIMO?

«Señor, que yo progrese y sobreabunde en el amor a todos» (1 Ts 3, 12).

1.— «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5, 43-45). Según la ley mosaica, el amor al prójimo no rebasaba los lazos de la sangre ni los confines de la patria. Jesús de golpe renueva la ley; extiende el precepto del amor a todo hombre, sin excluir a los enemigos, a los injustos o a los extranjeros y modela el amor del cristiano sobre el infinito del Padre celestial.

Cuando pregunte el doctor de la ley: «¿Quién es mi prójimo?» (Lc 10, 29), el Maestro en lugar de una teoría, le propondrá sencillamente un caso concreto: la parábola del buen samaritano. No hay necesidad de discutir para saber quién es «prójimo»; todos los hombres lo saben. Lo esencial es hacerse prójimo de cada uno, esto es, acercarse a cada hombre, especialmente al necesitado, sin reparar en sus ideas, partido o religión, justo como lo hizo el samaritano. El discurso es de fácil comprensión, pero la práctica implica un trastocamiento de mentalidad y una conversión profunda para adecuarse a la ley del amor renovada por Cristo. También el cristiano está demasiado tentado a amar a los que le quieren y que pertenecen a su círculo o partido y a pasar por encima de los otros. «Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?» (Mt 5, 46-47). El espíritu pagano atenta contra la caridad y la destruye. El motivo de la caridad no se funda en el prójimo, en su afecto, en sus buenos servicios o en sus cualidades, ni siquiera en la simpatía que se puede encontrar en él o en los vínculos de la sangre; el motivo de la caridad reside únicamente en Dios, cuyo hijo es todo hombre. Es Dios quien quiere ser descubierto y amado en el hombre, aunque el pecado haya desfigurado su imagen divina, y para reencontrarla, se precise calar la tosquedad de una naturaleza ingrata y los errores y escombros del mal.

2.— «La razón que motiva el amor al prójimo es Dios —dice Sto. Tomás—; pues lo que debemos amar en el prójimo es que él esté en Dios» (S. T. 2-2, 25, 1), lo que equivale a amar su pertenencia a Dios como criatura e hijo; a reconocer y amar su derecho de participar de la redención, pertenecer al Cuerpo místico de Cristo y poseer la vida y bienaventuranza eternas. Por el mero hecho de ser Criatura de Dios, está llamado todo hombre a gozar estos bienes, y si todavía no los goza, la caridad teologal le ama con la mira en ellos, procurando que los alcance. La caridad nunca es simple simpatía o afecto humano o pura filantropía, sino amar por Dios y en orden a Dios. Sólo así puede ser universal y extenderse aun a los que no son ni merecedores ni gratos, a los que hacen sufrir, son ingratos y aun tal vez traidores. ¿No nos ha amado así Dios a los hombres? «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rm 5, a)! Dios no ha esperado para amarnos ni Cristo para morir por nosotros a que estuviésemos sin pecado y fuésemos dignos de su amor.

Aunque bautizado, el cristiano no es hijo del Padre celestial ni hermano de Cristo, si no vive la caridad del Padre y del Hijo. Esta es la caridad de Dios: que «El nos amó primero» (1 Jn 4, 19). Por eso la caridad cristiana será siempre la primera en dar el paso; no esperará a recibir una delicadeza, ni a ser solicitada por un testimonio de estima o una actitud de deferencia o simpatía. Esta es la caridad de Cristo: «que él dio su vida por nosotros»; y así «también debemos nosotros dar la vida por los hermanos» (ib 3, 16). ¿Será demasiado el hacer bien, socorrer, servir a los que no nos aman y sacrifi-

carnos hasta dar —no hay que excluirlo— la vida por ellos, cuando Cristo ha dado su vida por nosotros, que estábamos muertos por el pecado y tal vez nunca habíamos sido del todo sus amigos?

Amar al prójimo por caridad, es amarte a ti, Dios mío, en el hombre y al hombre en ti; es quererte a ti solo por amor de ti mismo, y a la criatura, por amor tuyo también... Señor, cuando vemos al prójimo creado a imagen y semejanza tuya, ¿no deberíamos decirnos unos a otros: "Mirad esa criatura que se parece al Creador"? ¿No deberíamos abrazarla estrechamente y llorar de amor por ella? ¿No deberíamos darle mil y mil bendiciones? Y ¿por qué? ¿Por amor a ella? No, ciertamente, pues ignoramos si es digna de amor o de odio en sí misma. ¿Por qué, pues? Por amor tuyo, oh Señor, que la has formado a tu imagen y semejanza y, por consiguiente, apta para participar de tu bondad en la gracia y en la gloria... Por eso, oh Amor divino, no sólo ordenas muchas veces el amor al prójimo, sino que lo produces y lo derramas en el corazón humano...; pues como el hombre es imagen tuya, el amor sagrado del hombre hacia el hombre es, verdadera imagen del amor celestial del hombre hacia ti. (S. FRANCISCO, DE SALES, **Tratado del amor de Dios**, X, 10).

Señor, haz que seamos misericordiosos, que inclinemos el corazón hacia todas las miserias, las del cuerpo y más aún, las del alma...

Tú nos concedes amar tu entero cuerpo, oh Jesús; todos tus miembros merecen de nosotros igual amor, porque todos son tuyos. Pero los unos están sanos, los otros enfermos; si todos han de ser igualmente amados, los miembros enfermos requieren todos nuestros cuidados, mucho más que los otros. Antes de ungir los otros con perfumes, enséñanos a curar los que están heridos, lastimados, enfermos, esto es, a todos los que están necesitados en el cuerpo y en el alma, sobre todo a estos últimos, y sobre todo a los pecadores... Concédenos la convicción de que podemos hacer el bien a todos los hombres sin excepción con nuestras oraciones, nuestras penitencias y nuestra santificación personal. (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el Evangelio**).

270. INSISTIENDO EN EL PROJIMO

«Enséñame, Señor, a crecer más y más en el amor» (1 Ts 4, 10).

1.— «Amarás al prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 39). Este precepto confirmado por Jesús, existía ya en la ley hebrea donde se lo comenta con un detalle sorprendente. Por ejemplo: «no siegues hasta el borde de tu campo, ni espigues los restos de tu mies; tampoco harás rebusco de tu viña...; los dejarás para el pobre y el forastero». O también: «no retendrás el salario del jornalero hasta el día siguiente» (Lv 19, 9-10. 13). Se podría preguntar si en pleno cristianismo se llega a esos detalles. Y aún más: «no odies en tu corazón a tu hermano...; no te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo» (ib 17-18). Es un vertedero preludio de la caridad evangélica. El cristiano tiene aquí en qué reflexionar, tanto más que el Evangelio le exige

este comportamiento no sólo con los hermanos e hijos de su pueblo, sino con todos los hombres.

En el libro de Tobías hay otra exhortación muy significativa: «No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan» (4, 15). Es la interpretación negativa del precepto de amar al prójimo como a sí mismo; y no es poco. Pero Jesús va más allá y da la interpretación positiva: «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros» (Mt 7, 12). A un cristiano no le basta no odiar, no guardar rencor, ni vengarse, no le basta no hacer el mal; tiene que hacer el bien: hacer al prójimo todo el bien que desea para sí. Es un campo ilimitado. El que pasa por encima de este precepto considerándolo como cosa elemental y presupuesta, demuestra que lo ha considerado demasiado superficialmente. Es tan grande el bien que se desea uno a sí mismo, que si se llegase a querer de veras otro tanto para cualquier prójimo, el problema de la caridad estaría resuelto: todo hombre sería un amigo sincero, generoso y fiel para sus semejantes. Y sería la amistad más noble, porque estaría fundada en Dios y enraizada en su amor. Este es precisamente el testimonio de vida cristiana que el Vaticano II pide a todo creyente: «estrechar lazos de estima y amor» (AG 11) con cuantos tiene al lado o encuentra en el camino.

2.—Jesús insiste en el aspecto positivo del amor al prójimo: «haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltraten... Al que te quite el manto, no le niegues la túnica. Da a todo el que te pida...» (Lc 6, 27-30). Alguien diría que esto es demasiado. Pero ¿quién no desearía ser tratada así aun cuando se haya portado mal y ha ofendido a alguien, si se encuentra en necesidad? En realidad, cuando los demás son buenos y generosos con nosotros, nunca nos parece demasiado; pero nos parece excesiva cuando nos toca a nosotros el hacerlo. El egoísmo es el gran enemigo de la caridad evangélica; bajo su presión el mismo cristiano deforma con frecuencia el mandamiento del Señor: para sí quiere una medida muy grande de amor, mientras para los demás se contenta con otra mucho más parca y, por negligente y mezquino que sea en sembrar amor, cree que hace hasta demasiado. Esto acaece casi inconscientemente, y puede llegar uno a hacerse a ello de tal modo que no advierta la distancia enorme que media entre su comportamiento y el precepto de amar al prójimo como a sí mismo. Un motivo de prudencia y de mesura nos sirve de pretexto, o bien nos excusamos diciendo que no hay que tomar el Evangelio a la letra, sino que basta captar su espíritu. Y con todo, el espíritu evangélico es ése: hacer el bien a todos, poniéndose plenamente a disposición, aun a costa de pasar por tontos. El espíritu evangélico es revolucionario: no da tregua al egoísmo, lo quiere desanidar radicalmente; es enemigo declarado de una vida cristiana cómoda y mediocre; exige caridad generosa, concreta y oportuna.

El Vaticano II sigue esta línea en pleno: «inculca el respeto al hombre, de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar al prójimo como «otro yo»... En nuestra época principalmente, urge la obligación de

acercarnos a todos y de servirlos con eficacia cuando llegue el caso, ya se trate de ese anciano abandonado de todos, o de ese trabajador extranjero despreciado injustamente, o de ese desterrado, o de ese hijo ilegítimo que debe aguantar sin razón el pecado que él no cometió, o de ese hambriento que recrimina nuestra conciencia, recordando la palabra del Señor: "cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis". (Mt 25, 40; GS 27). Esto es auténtico Evangelio.

Como has creado, Señor, al hombre a tu imagen y semejanza, nos ordenaste amar al hombre con un amor a imagen y semejanza del amor debido a ti... Te amamos a ti, Señor, porque eres la soberanamente excelsa e infinita bondad. ¿Por qué nos amamos nosotros mismos en caridad? Ciertamente porque somos imagen y semejanza de Dios. Y como todos los hombres tienen esa misma dignidad, los amamos también como a nosotros mismos, es decir, en cuanto santísimas y vivientes imágenes de tu Divinidad... Y así la misma caridad produce los actos del amor a ti, oh Dios, y los del amor al prójimo...; un mismo amor se extiende a amarte a ti y al prójimo, elevándonos a la unión de nuestro espíritu contigo y acercándonos a la amorosa sociedad con el prójimo; amamos al prójimo en cuanto ha sido creado a imagen y semejanza tuya, creado para comunicar con tu bondad divina, para tener parte en tu gracia y gozar de tu gloria. (S. FRANCISCO DE SALES, **Tratado del Amor de Dios**, 10, 11).

Tú me haces comprender, oh Jesús, que la caridad no ha de quedar encerrada en el fondo del corazón. «Nadie —has dicho— enciende su candela para ponerla debajo del celemin, sino que la pone sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa». Me parece que esta candela es la caridad, la cual ha de alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin excluir a nadie.

La caridad no es difícil, sino que «parece» difícil, pues tu yugo, oh Señor, es suave y ligero. Cuando nos decidimos a aceptarlo, experimentamos inmediatamente su dulzura, y exclamamos con el salmista: «Corrí por el camino de tus mandamientos desde el punto en que ensanchaste mi corazón.. Sólo la caridad puede ensanchar mi corazón, ¡oh Jesús! Desde que esa dulce llama lo consume, corro con alegría por el camino de vuestro «mandamiento nuevo»... Y quiero correr por él hasta que llegue el día dichoso en que, uniéndome al cortejo virginal, pueda seguirlos por los espacios infinitos cantando vuestro «cántico nuevo», que será el cántico del Amor. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos autobiográficos** C, IX, 25.33).

271. COMO YO OS HE AMADO

«Señor Jesús, que sepamos amarnos unos a otros como nos has amado tú» (Jn 15, 12).

1.— El último toque que perfecciona el amor fraterno y lo lleva a su más alta expresión, lo da Jesús en el discurso de adiós a sus discípulos: «Adonde

yo voy, vosotros no podéis venir» (Jn 13, 33). Pero algo suyo debe quedar en medio de ellos como para prolongar su presencia: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (ib 34). El amor que él ha demostrado a sus discípulos debe continuar viviendo en medio de ellos y manifestarse en su amor recíproco. «Permaneced en mi amor» (Jn 15, 10) les dirá poco después; permaneced no tanto para gozar de él individualmente, sino para vivirlo en las relaciones mutuas. Este será el distintivo inconfundible por el que se les reconocerá: «En esto conocerán todos que, sois discípulos míos, si os amáis mutuamente» (in 13, 35), y será el testimonio más válido de su adhesión a Cristo.

La fórmula del amor que estaba en vigor en el Antiguo Testamento: «amarás a tu prójimo como a ti mismo», y que Cristo confirmó, es completada y aun sustituida por la nueva: «ameos como yo os he amado». La fórmula antigua había sido ya superada cuando presentó Jesús el amor del Padre celestial como modelo y fundamento del amor fraterno. Pero ese amor, aunque manifestado de tantos modos a través de la creación, la providencia y la redención, es menos accesible a los hombres, los cuales necesitan conocer el amor divino a través de un corazón de carne. Y Cristo muestra su corazón: «que como yo os he amado, así os améis también vosotros». El amor de Cristo, que traduce en forma y expresión humana el amor infinito del Padre celestial, se convierte en norma de la nueva ley: el mandamiento nuevo, su mandamiento. «Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros» (Jn 15, 12). En adelante, para regular la caridad fraterna no habrá una medida humana sino divina, la del amor de Cristo. Los confines desaparecen; no hay ya medida que resista. Cuanto más se adentra el cristiano en el misterio del amor infinito de Cristo, tanto más comprende hasta dónde debe amar a sus hermanos.

2.—El nuevo Pueblo de Dios «tiene como ley el amar como Cristo nos ha amado» (LG 9). Y para que sea esto posible, «el hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el primogénito entre muchos hermanos, recibe "las primicias del Espíritu" (Rm 8, 23), las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor» (GS 22). El Concilio Vaticano II insiste repetidamente en la obligación de todo creyente de amar como Cristo ha amado. El camino es único: abrirse a la acción del Espíritu Santo que, conformando al bautizado con Cristo, derrama en él su amor. Sin ese don divino, el mandamiento nuevo es completamente imposible y Jesús no lo habría propuesto. Pero se nos ha dado el don, está abierto el camino: todo cristiano puede y debe emular el amor del Salvador.

Reflexionando sobre este precepto, escribía Sta. Teresa del Niño Jesús: «¡Con qué amor lo acepto, pues me da la certeza de que es voluntad vuestra, (oh Señor), amar en mí a cuantos me mandáis amar» (MC IX 25). En realidad para el cristiano que «permanece» en el amor de Cristo, es Cristo quien ama en él, perdona en él, salva en él. Este es el misterio de su Cuerpo Místico,

por el cual él, Cabeza divina y gloriosa, continúa actuando por medio de sus miembros. Urge darle lugar, dejarle sitio, ponerse enteramente a su disposición, para que, mediante el corazón de sus discípulos, pueda Cristo continuar manifestando al mundo su amor.

«Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Jesús explica su mandamiento aduciendo lo que él mismo está por hacer por todos los hombres. Hasta ahí hay que seguirle. «El dio su vida por nosotros —dice S. Juan—. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3, 16). Es la maravillosa realidad que se deriva de la nueva ley del amor; y es la realidad que tantos cristianos auténticos —los santos— han vivido al pie de la letra. La nueva ley del amor ha sido sellada con la sangre de Cristo y debe tener también el sello de la sangre de sus discípulos. No a todos se les pedirá tanto, pero a todos se les pide gastar la vida en un empeño de caridad fraterna que sea testimonio vivo del amor de Cristo.

Oh dulce Señor, nos has dado un dulce mandamiento. Pues dices: Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado. Nos das el mandamiento del amor, tú que nos has amado y nos has purificado de nuestros pecados con tu sangre.

¡Oh mandamiento nuevo, mandamiento dulce, mandamiento deleitable, mandamiento de vida, mandamiento de salvación eterna! En este mandamiento se compendia toda la ley y los profetas... Es ésta (la caridad) la perla preciosa para comprar la cual, tu esposa, oh Señor, una vez hallada, lo vende todo. Es ésta la escala que apareció en sueños a Jacob y que él veía subir hasta el cielo... Pues por medio de ella como bajan los ángeles, así nosotros subimos hasta los) ángeles ya que sin esta escala nadie puede subir al reino de cielo...

Oh Señor, tú que nos mandas amar al hermano, quieres también ser amado con todo el corazón por tus siervos. Y no es mucho que el siervo ame tanto a su señor cuando es tan amado por él. (B. OGLERIO, **Sermón**, 5, 1).

Cuando ordenaste, Señor, a tu pueblo que amase al prójimo como a sí mismo, aún no habíais venido a la tierra. Por eso, sabiendo en qué grado se ama uno a sí mismo, no podíais pedir a tus criaturas un amor más grande para el prójimo. Pero cuando impusiste un nuevo mandamiento, tu mandamiento, a los Apóstoles..., ya no hablas de amar al prójimo como a sí mismo, sino de amarle, oh Jesús, como le amarás tú hasta la consumación de los siglos.

Señor, sé que no mandas nunca nada imposible. Conoces mejor que yo misma mi debilidad. Sabes que nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, oh Jesús, no las amas también en mí. Y porque querías concederme esta gracia, por eso impusiste un mandamiento nuevo. ¡Ah! ¡Con qué amor lo acepto, pues me da la certeza de que es voluntad tuya amar en mí a los que me mandas amar!

Sí, lo experimento; cuantas veces soy caritativa, eres tú, oh Jesús, quien obra en mí. Cuanto más unida estoy a ti, más amo a mis hermanas. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos autobiográficos C**, 9, 25).

272. DOMINGO XIX «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«¡Señor, sálvame!» (Mt 14, 30).

La primera lectura (1 Re 19, 9a. 11-13a) habla de Elías, el profeta de fuego, que abatido por las luchas y las persecuciones, sube al monte Horeb a encontrar fortaleza en el lugar donde Dios se reveló a Moisés. Y en el Monte santo Dios se le revela también a él: «Sal —oye que le dicen— y aguarda al Señor en el monte». Al punto pasó un viento huracanado, que agrietaba los montes; siguió un terremoto y luego un fuego, pero —repite hasta tres veces el sagrado texto— «en el viento..., en el terremoto..., en el fuego no estaba el Señor» (ib 11-12). Todo ya en calma, «se escuchó un susurro»; Elías intuyó en él la presencia del Señor y, en señal de respeto, «se cubrió el rostro con el manto» (ib 13). Dios se hace preceder y como anunciar por las fuerzas poderosas de la naturaleza, índices de su omnipotencia; pero cuando quiere revelarse al profeta desesperanzado y cansado, lo hace en el suave susurro de una brisa leve, la cual al mismo tiempo que expresa su espiritualidad misteriosa, indica también su bondad delicada con la debilidad del hombre y la intimidad en que quiere comunicarse a él. El trozo bíblico termina aquí sin referir el diálogo entre Dios y su profeta, pero es suficiente para demostrar cómo interviene Dios para sostener al hombre que, oprimido por las dificultades de la vida, se refugia en él.

En un contexto harto diferente presenta el Evangelio (Mt 14, 22-33) un episodio sustancialmente semejante. La tarde de la multiplicación de los panes, ordena Jesús a sus discípulos atravesar el lago y precederle en la otra orilla mientras él, despedida la muchedumbre, va solo al monte a orar. Es de noche; la barca de los Doce avanza a duras penas por la violencia de las olas y el viento contrario, de modo que «se fatigaban remando» (Mc 6, 48). Al alba ven a Jesús venir hacia ellos «andando sobre el agua», y creyéndolo un fantasma, gritan llenos de pavor. Pero la palabra del Señor los serena: «¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!» (Mt 14, 27); y Pedro más osado dice: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua» (ib 28). El apóstol no duda de que Jesús tiene ese poder, y a una palabra suya baja de la barca y camina sobre el agua. Pero un instante después, asustado por la violencia del viento, está a punto de hundirse e invoca: «¡Señor, sálvame!» (ib 30). Es muy humano este contraste entre la fe de Pedro y su miedo instintivo; lo mismo que Elías está lleno de celo y ardor por su Señor, pero está también expuesto a los miedos y abatimientos y necesita que el Señor intervenga para sostenerlo. En el Horeb Dios hizo sentir su presencia al profeta, se le reveló y le habló, pero siguió siendo el invisible. En el lago, en cambio, Dios se deja reconocer en la realidad de su persona humano-divina; los discípulos no se cubren el rostro en su presencia, sino que ponen en él su mirada, pues ha velado su divinidad bajo carne humana. Se ha hecho hombre, hermano; por eso los discípulos, y especialmente Pedro, tratan con él con tanta

familiaridad. Y Jesús también familiarmente los anima o los reprende, calma el viento, tiende la mano a Pedro, lo agarra y le dice: «¡Qué poca fe!, ¿por qué has dudado?» (ib 31).

La poquedad de su fe hace al cristiano miedoso en los peligros, abatido en las dificultades y por eso le pone a pique de naufragar. Pero donde la fe es viva, dónde no se duda del poder de Jesús y de su continua presencia en la Iglesia, no habrá nunca peligro de naufragio, porque la mano del Señor se extenderá invisible para salvar la barca de la Iglesia, lo mismo que a cada fiel.

«No temáis»: dices a tus discípulos... ¡Oh, qué bueno eres, Dios mío, diciéndoles a ellos y diciéndonos a nosotros esta palabra!... ¡Qué débil soy, qué miserable, qué pecador, qué agitado estoy de continuo por el viento de la tentación y cómo estoy a punto de anegarme...! Porque no es tanto que la tentación sea fuerte cuanto que yo soy débil... Sí, lo reconozco; tú no dejas que yo sea muy tentado; siento tu mano sin cesar sobre mí, para protegerme, y cualquier tentación grave...

¡Qué bueno eres, Dios mío, diciéndome a mí que bogo sin avanzar un paso, a mí que me siento juguete de las olas e impotente para continuar: «No temas...». ¡Qué bueno eres, no sólo diciéndome esa palabra, sino también dejándome entrever la esperanza de que llegará un día en que tú mismo subirás a mi pobre barquilla y ella entonces se hallará de golpe en aquella ribera a la que tiende sin poder avanzar. Aquella ribera es el cumplimiento de tu voluntad, a la que quisiera llegar finalmente en esta vida, y es te eternidad a la que te suplico hagas llegar mi barquilla, ¡oh divino, oh dulce piloto, oh buen Jesús! (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el evangelio**).

CICLO B

«Gustad y ved qué bueno es el Señor; dichoso el que se acoge a él» (SI 33, 9).

Jesús, pan vivo bajado del cielo, ocupa hoy el centro de la Liturgia de la Palabra, toda ella orientada a la Eucaristía. La primera lectura es una introducción muy a propósito (1 Re 19, 4-8): representa la escena de Elías que, huido al desierto para salvarse del furor de la reina Jezabel, se tiende bajo un arbusto y gime: «Basta ya, Señor, quítame la vida, pues yo no valgo más que mis padres» (ib 4). Después de haber luchado Meta ¡lo Último para defender el culto del verdadero Dios, el profeta experimenta que es un hombre débil como los demás, y llama a la muerte. Se echa a dormir, pero siente que le despiertan: «Levántate, come» (ib 5. 7); el ángel del Señor le ha puesto al lado una hogaza y agua; a su invitación, se levantó Elías, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Horeb, el monte de Dios» (ib 8). El abatimiento del profeta refleja la experiencia del que, habiendo realizado grandes empresas —aun apostólicas— y habiendo creído tal vez ser más que los otros, cuando menos

piensa se ve por tierra sin fuerza alguna. Es una experiencia preciosa porque pone al hombre en la verdad de su insuficiencia y de su esencial y continua necesidad de Dios, y el alimento divino que restaura a Elías dándole fuerza para resistir la larga travesía hasta el monte santo, es figura transparente de la Eucaristía, viático del cristiano en su camino hacia la eternidad, de que habla el Evangelio de hoy (Jn 6, 41-52), volviendo a tomar el tema del domingo pasado.

Los judíos murmuran porque Jesús ha afirmado que es el pan bajado del cielo. ¿Es que puede el pan tomar figura de hombre? Y aquel hombre, Jesús, ¿no es acaso «el hijo de José», cuyo padre y cuya madre todos conocen? (ib 42). No teniendo ellos fe, no pueden sobrepasar la interpretación material de las palabras del Señor. Por otra parte, la fe es un don. «Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado» (ib 44). El Padre trae, pero el hombre tiene que dejarse llevar y enseñar por él: «Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí» (ib 45). El pecado de los judíos continúa siendo el rechazar obstinadamente la palabra de Dios que les llega por medio de Cristo. Cristo es el sacramento del Padre; quien lo rechaza no puede ir al Padre, ni tener la vida eterna; sólo «el que cree tiene la vida eterna» (ib 47). Estremece esta resistencia al Salvador de parte de sus contemporáneos que no menos que sus discípulos han visto sus milagros y escuchado sus enseñanzas. También hoy está Cristo con su Iglesia, y todos los hombres pueden encontrarlo en la Eucaristía, pero ¿cuántos creen en este «misterio de fe»? No por nada Jesús antes de anunciarlo insiste tanto en la necesidad de la fe. Para el que cree, las palabras del Señor no ofrecen margen de duda: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (ib 51). Los hebreos que se alimentaron del maná, murieron; Elías reconfortado con el alimento ofrecido por el ángel, tuvo fuerza para subir al monte santo, donde el Señor se le manifestó en una teofanía misteriosa; el cristiano que come la carne de Cristo «vivirá para siempre» y será admitido a la visión cara a cara de Dios. En esta marcha hacia la visión eterna no está solo, sino unido íntimamente en un solo cuerpo con los hermanos que se alimentan también de la Eucaristía, sacramento de amor y de unidad. De este modo se hace capaz de «vivir en el amor» (Ef 5, 2; 2.ª lectura), imitando la caridad de Dios que le amó hasta el punto de darle su Unigénito, e imitando la caridad de Cristo, que se dio a él hasta la cruz, para alimentarlo con su carne.

Pan dulcísimo, cura el paladar de mi corazón para que experimente la suavidad de tu amor. Sánalo de toda debilidad, para que no guste otra dulzura fuera de ti, ni busque otro amor, ni ame otra belleza. Pan purísimo que encierras, que contienes en ti todo deleite y el sabor de toda suavidad, que siempre nos restauras y nunca te desvirtúas, de ti se nutra mi corazón y de tu dulzura se llene lo íntimo de mi alma. De ti se nutre en plenitud el ángel; nútrase de ti, según su capacidad, el hombre peregrino, para que, fortalecido con tal alimento, no desfallezca por el camino.

Pan santo, Pan vivo..., que has bajado del cielo y das la vida al mundo, ven a mi corazón y límpiame de toda impureza de la carne y del espíritu: entra en mi alma y santifícame interior y exteriormente. Sé tú la continua salvación de mi alma y de mi cuerpo. Aleja de mí a los enemigos que me tienden asechanzas; huyan lejos de la presencia de tu poder, para que fortalecido por ti en lo exterior y en lo Interior, llegue por el sendero recto a tu reino, donde te veremos, no envuelto en el misterio como en esta vida, sino cara a cara... Entonces me saciarás de ti con una saciedad admirable, de modo que no tenga ya hambre ni sed eternamente. (S. ANSELMO, **Oraciones**, 29).

CICLO C

«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti» (Sl 32, 22).

Vida de fe a la espera de la patria celestial: tal podría ser la síntesis de la Liturgia de este día, a partir de un breve fragmento del libro de la Sabiduría (18, 6-9) que recuerda la fatídica noche de la liberación del pueblo elegido. Noche de luto y exterminio para los egipcios, que, habiendo rechazado la palabra de Dios, anunciada por Moisés, vieron perecer a sus primogénitos; noche de alegría y libertad para los Hebreos, que habiendo creído en las promesas divinas, fueron respetados e iniciaron la marcha liberadora hacia el desierto donde Dios los esperaba para estipular con ellos su alianza. La fe o la falta de ella deciden la suerte de esos dos pueblos, y mientras se abate la ruina sobre los incrédulos, viene la salvación sobre los creyentes. Toda la historia del pueblo hebreo elegido por Dios como pueblo «suyo», está tejida sobre la trama de la fe.

Se continúa el tema en la segunda lectura (Hb 11, 1-2. 8-19) donde S. Pablo bosqueja con singular maestría la gran figura de Abrahán, el padre de los creyentes. Toda la vida del patriarca está acompañada por su fe magnífica. Por la fe obedece a Dios, deja su tierra y parte hacia un destino no precisado. Por la fe cree que aunque enervado ya por los años, tendrá un hijo de la anciana Sara. Por la fe no vacila, a un mandato divino, en sacrificar a Isaac, su hijo único del que esperaba la descendencia prometida por Dios. Abrahán cree contra toda evidencia y esperanza, pensando «que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos» (ib 19). Su conducta demuestra con claridad que «la fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve» (ib 10).

También el Evangelio del día (Lc 12, 32-48) invita a la espera: «Lo mismo vosotros, estad preparados» (ib 40); prontos en la fe y en la esperanza para el día del Señor y la celestial Jerusalén. La perícopa se inicia con una promesa rebotante de ternura más que paterna: «No temas, pequeño rebaño; porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (ib 32). Los

discípulos de Jesús, aunque pocos y dispersos en medio de un mundo incrédulo, no deben temer, pues el Padre los ha constituido herederos del Reino y sobre él se apoya su certeza de alcanzarlo un día. Pero deben, como Abrahán, renunciar a las seguridades terrenas y aceptar vivir como pobres, desasidos y desarraigados, totalmente vueltos hacia el verdadero tesoro que no está en la tierra sino en los cielos. Por eso nada de preocupaciones y afanes excesivos por las cosas temporales, sino cuidar de ellas teniendo «ceñida la cintura y encendidas las lámparas; como los que aguardan a que su señor vuelva para abrirle apenas venga y llame» (ib 35-36). Sigue la parábola del administrador fiel, cuyo objeto es subrayar la grave responsabilidad de cuantos están encargados de proveer a los hermanos. ¡Ay de ellos si en la espera del amo (que «tarda en llegar» (ib 45), se aprovechan de su posición a expensas de los que fueron confiados a sus cuidados. La larga espera no puede autorizar ninguna negligencia o Intemperancia.

¿Cuándo vendrá el Señor? ¿Cuándo y cómo seremos Introducidos en su reino? Esto es secreto de Dios. También los cristianos, como Abrahán, deberán aguardar con fe y esperanza sin saber el cuándo o el cómo del cumplimiento de las divinas promesas.

Señor, te pido una fe nueva, viva, profunda... Mi alma, más dura que una piedra, más insensible que el acero, más árida que el desierto, está ávida de beber a grandes sorbos esta ola de fe y de amor..., ya que es de fe de lo que necesito, y de amor y caridad, porque mi alma está fría; y este entusiasmo y esta fe me los ofrecerá la Virgen santa, consoladora de los pecadores... Así me elevaré a las esferas más altas de nuestro cristianismo... con la fe poderosa, con el corazón puro; un cristianismo como el de los tiempos de Esteban.

Esto pido, Cristo Jesús, no otra cosa: fe, plenitud de fe y voluntad pura de servirte a ti y a tu Iglesia. (CANOVAI, **Suscipe, Domine**).

Señor, si dices que vigilemos y estemos preparados, es porque a la hora que menos lo pensemos, te presentarás tú. Así quieres que estemos siempre dispuestos al combate y que en todo momento practiquemos la virtud. Es como si dijeras: Si el vulgo de las gentes supieran cuándo había de morir, para aquel, día absolutamente reservarían su fervor. Así, pues, para que no limiten su fervor a ese día, no revelas ni el común ni el propio de cada uno, pues quieres que te estemos siempre esperando y seamos siempre fervorosos. De ahí que dejaste también en la incertidumbre el fin de cada uno. Sabiendo que has de venir infaliblemente, haz que vigilemos y estemos preparados, a fin de que no nos lleven desapercibidos de este mundo.

Señor, tú exiges de tu siervo prudencia y fidelidad. Lo llamas «leal., porque no sisó nada ni nada dilapidó vana Y neciamente de los bienes de su señor; lo llamas «prudente., porque supo administrar como debía lo que se le había confiado. Haznos también a nosotros, Señor, siervos leales y prudentes, para que no usurpemos nada de cuanto te pertenece y administremos convenientemente

tus bienes. (Cfr. S. JUAN CRISOSTOMO, **Homilías sobre San Mateo**, 77, 2, 3).

273. VENCER EL MAL CON EL BIEN

«Enséñame, Señor, a procurar siempre el bien de todos» (1 Ts 5, 15).

1. — «Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pero yo os digo que no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto» (Mt 5, 38-40). Frente a una ofensa o un acto de violencia, el hombre está siempre pronto a reaccionar, y no sólo para defenderse, sino también para vengarse. Jesús empeña a los suyos en una lucha constante contra ese instinto. El mal no se combate o vence con el mal, sino con su contrario: el bien, a ejemplo de Cristo que venció el pecado no condenando a los hombres, sino amándolos hasta morir por ellos. Cuando no hay el deber de defender a los otros y el mal hiere sólo a la propia persona, la norma es única: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien» (Rm 12, 21). Queda vencido el que se deja llevar a reacciones descompuestas; es vencedor el que responde al mal con la bondad. La enseñanza del Señor fue asimilada profundamente por la Iglesia primitiva y aflora continuamente en los escritos de los Apóstoles. No «devolver a nadie mal por mal. La caridad no hace mal al prójimo», escribe S. Pablo a los Romanos (12, 17; 13, 10). Y a los Tesalonicenses: «Mirad que nadie devuelva a otro, antes bien, procurad siempre el bien mutuo y el de todos» (1 Ts 5, 15). S. Pedro, dirigiéndose a los primeros fieles que tenían que sufrir injurias y persecuciones de parte de los paganos, les decía: «Esta es la voluntad de Dios: que obrando el bien, cerréis la boca a los ignorantes insensatos» (1 Pe 2, 15). Tal conducta no siempre conseguirá su intento, y hasta podrá ser ocasión de injusticias y sufrimientos nuevos, pero el cristiano no debe cambiar derrotero: «Si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas» (ib 20-21). El ejemplo de Cristo crucificado, impreso en la mente y el corazón del cristiano, le da fuerza para vencer el mal con el bien y para ser bueno y generoso a costa suya. «Pues más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal» (ib 3, 17).

2.— A los fieles de Corinto que en sus controversias cotidianas se denunciaban mutuamente ante los tribunales civiles, les escribe S. Pablo: «...ya es un fallo en vosotros que haya pleitos entre vosotros. ¿Por qué no preferís soportar la injusticia? ¿Por qué no dejaros más bien despojar?» (1 Cr 6, 7). El Apóstol no se detiene a examinar si se trata de pleitos provocados y padecidos, sino que condena toda clase de pleitos entre los que han recibido

el precepto de amarse mutuamente como los ha amado Cristo. Antes que andar en pleitos entre hermanos, es mejor padecer la injusticia. Y esto no es ningún acto heroico, sino simple deber de todo cristiano.

«La doctrina de Cristo —recuerda el Vaticano pide también que perdonemos las injurias... Mucho contribuye a... la manifestación de la presencia de Dios el amor fraterno de los fieles que con espíritu unánime... se alzan como signo de unidad» (GS 28. 21). Una de las cosas que más escandalizan al mundo es justamente la división entre los buenos, las discordias entre los fieles y las contiendas entre las personas religiosas. La Iglesia invita a todos sus hijos a renovarse en este punto: «la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así, pues, a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a los hombres a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles. Al mismo tiempo advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria» (Gs 38).

Sólo el amor de Cristo puede transformar el mundo y «realizar la fraternidad universal»; los cristianos deben llevar a todas partes ese ejemplo: es su cometido y empeño. «Tened todos unos mismos sentimientos —exhorta S. Pedro—, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes; no devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición» (1 Pe 3, 8-9). Bendecidos por Dios en Cristo, los cristianos están llamados a transmitir a los demás la bendición recibida de Dios, diciendo bien de todos, augurando y haciendo el bien a todos, así como Dios hace el, bien a todos.

¡Qué bueno eres, Dios mío!... Tierno Padre, tú deseas un amor inalterable entre todos tus hijos, quieres que para conservar esta paz soporten con dulzura, paciencia y sin resistencia... cualquier violencia, cualquier insulto y aun la muerte misma... ¡Oh Dios de amor, oh Padre bueno! ¡Qué amor quieres ver entre nosotros, qué paz, qué tierna unión quieres que haya entre tus hijos!...

Nuestro hermano es injusto... enséñanos, oh Jesús, a dejarnos despojar, a ceder en todo, a «no resistir al mal»; ayúdanos a convertirlo mediante la corrección fraterna como nos has enseñado tú, después de haberlo intentado convertirlo con nuestra dulzura... En la familia de tus hijos, Dios mío, el mínimo aumento de caridad entre los hombres vale mil veces más, tiene mil veces más importancia que todos los bienes materiales del mundo...

Este es tu mandamiento, oh Jesús, y es también el ejemplo que tú mismo nos das dejándote despojar de todo y muriendo desnudo en la cruz sin oponer resistencia y rogando por los que te han despojado de todo y te hacen morir. (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el evangelio**).

Ciertamente los perjuicios que tienes que sufrir, oh caridad, son motivo de escándalo para los pusilánimes. En efecto, no ofendes ni desprecias cuando

eres ofendida. Pues no puedes renegar de ti misma ni dividirte contra ti. Sabes más bien unir en ti lo que está dividido, y no dividir lo que está unido. Amas la paz, gozas con la unidad. En verdad eres la única que engendras, fortaleces y conservas... la unidad en el vínculo de la paz. Tú llamas con toda confianza a la puerta del amigo sin pensar en sufrir un rechazo, porque eres la madre de toda amistad... Oh caridad, cuando eres verdadera y sincera, amas el bien del prójimo como tuyo...

Cuando te amo, Señor Jesús, poseo el amor de Dios y el amor del prójimo; pues tú eres mi prójimo, ya que te hiciste hombre y has usado conmigo de misericordia, y no menos eres Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. (ANONIMA, siglo XIII, **De Charitate**, 5, 27).

274. LA CARIDAD ES MAGNÁNIMA

«Señor, perdona mis deudas, así como perdono a mis deudores»
(Mt 6, 12)

1.— «La caridad es magnánima» (1 Cr 13, 4). Es la primera cualidad que le atribuye S. Pablo. La caridad agranda el corazón, lo hace generoso y libre de los cálculos mezquinos del egoísmo.

Cuando Pedro preguntó si bastaba perdonar al prójimo siete veces —tal vez le parecía un número récord—, escuchó la respuesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 22). Era como decir: siempre, sin límite alguno, como lo hace «nuestro Dios, que es grande en perdonar» (Is 55, 7). Toda la vida del hombre está sostenida por el perdón de Dios. Apenas la criatura abre los ojos a la existencia, Dios regenerándola con la gracia, la acoge en su perdón con el que la rescata del pecado original. Y luego desde el primer uso de razón hasta la muerte, es un continuo sucederse del perdón divino. ¿Cómo podría el cristiano vivir en gracia, perseverar y crecer en la amistad con Dios y alimentarse del Cuerpo de Cristo sin el continuo y renovado perdón del Padre Celestial? Y así la magnanimidad del Padre debe convertirse en norma de la magnanimidad de los hijos: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36). Pedro, después de haber experimentado la longanimidad del perdón del Maestro del que había renegado, no necesitó ya hacer cálculos para saber cuántas veces debería perdonar a su prójimo. Tal vez pensaba en ese perdón obtenido con tanta abundancia, cuando escribía que quien no tiene amor fraterno «es ciego y corto de vista; ha echado al olvido la purificación de sus pecados pasados» (2 Pe 1, 9). Justamente porque el cristiano vive del perdón de Dios, debe saber perdonar a sus hermanos. El abrazo del perdón que Dios le da y le vuelve a dar con magnanimidad incansable, no debe detenerse en él, sino que tiene que transmitirlo al prójimo. Esto es tan importante a los ojos de Dios que, en definitiva, él mide la largueza de su perdón por la generosidad de cada uno en perdonar a los otros. «Perdonad y

seréis perdonados... con la medida con que midiereis, se os medirá a vosotros» (Lc 6, 37-38).

2. — La caridad es magnánima con los otros porque «no toma en cuenta el mal» (1 Cr 13, 5). Lo que enfría el amor fraterno es el pensamiento de los agravios recibidos, que el hombre difícilmente sabe olvidar. El perdón de Dios no sólo condona las deudas contraídas, sino las cancela hasta borrar su memoria. «Ninguno de los crímenes que [el hombre] cometió, se le recordará más» (Ez 18, 22), dice la Escritura. Y además Dios con su perdón devuelve intacta su amistad. El perdón del cristiano no será completo si no mira a eso: olvidar el mal recibido hasta tratar con corazón y gesto de amigo al ofensor. «Sed más bien buenos entre vosotros —insiste S. Pablo—, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo» (Ef 4, 32). Si no se vive con generosidad y constancia ese propósito de perdón, cuando el cristiano se presenta a orar al Padre celestial, pronuncia su propia condena: «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6, 12). ¿Qué será del hombre si Dios se torna, como él, avaro de su perdón? Tal vez la mediocridad de no pocos, un tiempo fervorosos y generosos en el servicio de Dios, se explica por la mezquindad de su perdón que ha paralizado su vida espiritual. «El que siembre escasamente, escasamente cosecha» (2 Cr 9, 6). El que siembra un perdón escaso y avaro no puede pretender de Dios un perdón largo y magnánimo, ni abundancia de gracia y amor.

«Dad y se os dará —repite el Señor—; una medida buena, apretada, remecida hasta rebosar, pondrán vuestro regazo» (Lc 6, 38). La caridad no es plena si no es magnánima en todos sus aspectos. Todos los hombres viven de los dones de Dios y todos deben cambiarse los dones recibidos. Los dones espirituales del amor, la benevolencia y el perdón, y los dones materiales necesarios a la vida. «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber» (Pr 25, 21). Pero «si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino con obras y según verdad» (1 Jn 3, 17-18).

¡Perdónanos, Señor! Que pueda yo, como la pecadora, oír de tu boca las dulces y consoladoras palabras: «Muchos pecados les son perdonados, porque ha amado mucho; aquel a quien más se le perdona, ama más, y aquel a quien se le perdona menos, ama menos». Son palabras tuyas, oh Verdad eterna. Perdóname, pues, y haz que te ame tanto cuanto necesito de tu perdón...

Y para que nada falte a la caridad perfecta, he aquí además el amor fraterno. Nada debe impedir la unión con nuestros hermanos, si ni las ofensas la pueden impedir. Nosotros los perdonamos, Señor, del mismo modo que queremos obtener para nosotros el perdón, con la misma sinceridad. No conservamos ningún resentimiento, así como deseamos que no nos lo conserves tú. Les devolvemos nuestro amor, como queremos que nos devuelvas el tuyo. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, III, 51, v 1).

¿Quién, Señor, hay que no sea deudor tuyo sino el que esté exento de toda culpa? ¿Quién hay que no tenga por deudor a algún hermano sino el que nunca haya sido ofendido por nadie?... Todo hombre es deudor y, a su vez, tiene algún deudor. Por eso, Señor, has establecido en tu justicia que tu regla de conducta para conmigo, deudor tuyo, sea la seguida por mí con quien es deudor mío.

Dos son, en efecto, las obras de misericordia que nos libran y que has hecho registrar brevemente en tu Evangelio: Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará... Yo quiero ser perdonado de mi pecado, Señor, por eso tengo alguien a quien poder perdonar... El pobre mendiga de mí, y yo soy te mendigo, Señor. Pues cuando oramos, todos somos mendigos tuyos: estamos ante la puerta del gran padre de familia, nos postramos suplicando con gemidos por el ansia de recibir alguna cosa, y esa cosa eres tú, Señor. ¿Qué me pide el pobre a mí? Pan. Y yo ¿qué te pido a ti sino a ti mismo que has dicho: Yo soy el pan vivo bajado del cielo? Para obtener perdón, perdonaré; remitiré a los otros sus culpas, para que me sean las mías remitidas; pues quiero recibir, daré, y me será dado. (S. AGUSTIN, **Serme**, 283, 2).

275. LA CARIDAD ES BENIGNA

«Señor, sea mi corazón perfecto en tus leyes» (Sl 118, 80).

1.— La benignidad es fruto de un corazón bueno y benévolo, que a imitación de Dios quiere y busca sólo el bien de los hermanos: «procurad siempre el bien mutuo y el de todos», exhorta S. Pablo (1 Ts 5, 15). Si el corazón es bueno, serán también buenos los pensamientos y benévolos los juicios.

«¿O cómo vas a decir a tu hermano: "Deja que te saque esa brizna del ojo", teniendo la viga en el tuyo?» 1 (Mt 7, 3). Cuanto más pobre en virtud es el hombre, tanto más leves le parecen sus defectos y graves los ajenos, especialmente si repugnan a su sensibilidad. Y así se erige en juez del prójimo, con una conducta que revela lo mezquino de su amor. Es muy fácil que anide cierta dosis de este espíritu crítico en los que se dan a la piedad y viven tal vez a la sombra del santuario. Pero esto mina en su raíz la vida espiritual, porque hiere la caridad que es su fundamento. Si donde hay caridad y amor ahí está Dios, donde la caridad y el amor escasean Dios no mora a gusto, la comunión con él es nula o casi nula y de la vida de piedad sólo queda el barniz externo.

El juicio toca a Dios, porque sólo él escruta los corazones. «El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (1 Sm 16, 7). Al no conocer las intenciones ni las circunstancias de la obra ajena, el juicio del hombre —a no ser que esté obligado a él por oficio— es siempre temerario y usurpa los derechos de Dios. «¿Quién eres tú —impreca S. Pablo— para juzgar al criado ajeno? Que se mantenga en pie o caiga sólo interesa a su amo» (Rm 14, 4). El amo es Dios, a cuyo tribunal nos presentaremos todos: «cada uno

de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios» (ib 12). Jesús condena el juicio intransigente y le aplica la norma dada para el perdón: «No juzguéis, para que no seáis juzgados; porque con el juicio que juzguéis seréis juzgados» (Mt 7, 1-2). En vez de juzgar al prójimo, la caridad alimenta para él sentimientos de misericordia, preocupándose de excusar más bien que de condenar.

2.— A los trabajadores de primera hora que murmuraban porque los de la última eran tratados como ellos, el amo de la viña les dijo: «¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?» (Mt 20, 15). Si el ojo es malo, el corazón no es benévolo hacia el prójimo; y en consecuencia el bien de los otros engendra descontento, celos, envidia. La caridad, al contrario, «no es envidiosa» (1 Cr 13, 4), antes se goza del bien ajeno, lo favorece y procura, aun a su costa. «Huélgate del bien de los otros como del de ti mismo —dice S. Juan de la Cruz—, queriendo que los antepongan a ti en todas las cosas, y esto de verdadero corazón... Y esto procura ejercitarlo más en los que menos te caen en gracia» (Cant 13).

La conducta del cristiano para con el prójimo debe reflejar la benignidad y el amor de Dios, por cuya bondad hemos sido salvados (Tt 3, 4). Benignidad en los sentimientos, en las palabras y en las acciones, como inculca de continuo la Escritura. S. Pedro exhorta a rechazar las envidias y «toda clase de maledicencia» (1 Pe 2, 1).

Santiago recomienda: «No habléis mal unos de otros, hermanos. El que habla mal de un hermano o juzga a su hermano, habla mal de la Ley (Sant 4, 11). Es la ley de la caridad que Cristo dejó a sus discípulos la que queda herida con tales comportamientos: y en consecuencia se disminuye y enfría la amistad con Cristo. ¿Cómo olvidar sus palabras: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 14). Y su mandamiento más querido es justamente el del amor mutuo. También S. Pablo insiste: «Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha» (Fl 2, 14-15). Sin tacha en la práctica de una caridad benévola y pura que busca el bien de los otros y no la satisfacción del propio corazón y el propio interés.

La caridad, en fin, es benigna en sus modos amables y corteses, es benigna sembrando doquiera bondad, aun donde parece que no hay ninguna. En todo hombre, por malvado que sea, hay un bien, es la huella del Dios que le ha creado. Es cometido de la bondad descubrirlo y verlo aflorar. La bondad del cristiano debe ser semejante a la de Dios, que crea el bien en los que ama.

Ayúdame, Señor, a mirar en los otros las virtudes y cosas buenas, y a tapar sus defectos con mis grandes pecados. Con esta manera de obrar vendré a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que yo; y esto comiézase a ganar por aquí con tu favor, que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias. Suplícote me des esta virtud, que con que las haga, no faltas a nadie. (Cf. SANTA TERESA DE JESUS, **Vida**, 13, 10).

Señor, para que tu juicio me sea favorable, o mejor, para no ser juzgada en absoluto, deseo pensar siempre caritativamente, pues dijiste: «No juzguéis y no seréis juzgados».

Cuando el demonio intenta poner ante los ojos de mi alma los defectos de tal o cual hermana..., haz que me apresure a pensar en sus virtudes y en sus buenos deseos... Si la he visto caer una vez, ha podido conseguir un gran número de victorias que oculta por humildad; y hasta lo que me parece una falta puede muy bien ser un acto de virtud a causa de la recta intención. (STA. TERESITA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos autobiográficos C**, 9, 26).

Hacer el bien significa representarte a ti perfectamente, oh Jesús, Hijo de Dios, Hijo de María, Maestro universal y Salvador del mundo. No hay ciencia, no hay riqueza, no hay fuerza humana que iguale el valor de la bondad: dulce, amable, paciente. Puede sufrir mortificaciones y choques el ejercicio de la bondad, pero acaba siempre venciendo, porque la bondad es amor, y el amor lo vence todo...

Haz, oh Señor, que no caiga en el error de creer que la bondad, la afabilidad, es una virtud pequeña. Es una gran virtud, porque es dominio de sí, es desinterés personal, búsqueda fervorosa de la justicia, expresión y esplendor de la caridad fraterna; en tu gracia, oh Jesús, está el toque de la perfección humana y divina. (Cf. JUAN XXIII, **Breviario**).

276. LA CARIDAD NO SE ENGRIE

1.— «...la caridad no es jactanciosa, no se engríe» (1 Cr 13, 4). La vanagloria busca figurar, mientras la caridad actúa «no buscando agradar a los hombres, sino de Dios» (1 Ts 2, 4). La vanagloria pone el «yo» en el centro de la vida; la caridad pone en él a Dios y al prójimo. La vanagloria se hincha con lo poco que tiene; la caridad se vacía de cuanto tiene para darlo a los otros. La vanagloria es búsqueda de sí, la caridad es donación de sí a Dios y a los hermanos. Caridad y vanagloria van en dirección opuesta y se eluden mutuamente. «El alma enamorada —dice S. Juan de la Cruz— es alma blanda, mansa, humilde y paciente» (Dichos a, 27).

Cuanto más profunda es la caridad, tanto más se da el cristiano a los otros, sirve al prójimo y da a quien está en necesidad con sencillez y delicadeza, sin hacer valer sus prestaciones; antes procura hacerlas pasar inadvertidas. «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos», dice Jesús (Mt 6, 1). La caridad no toca la trompeta para anunciar sus obras buenas. «Cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (ib 3-4). La caridad no da con altivez, sino que se pone al mismo nivel. El hermano da al hermano, gozando de compartir con él lo que posee y no hace pesar su superioridad porque está convencido de que no la tiene. «Si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo» (Gl 6, 3). La caridad viene de Dios y Dios es

verdad, por eso donde hay caridad sincera no puede haber engaño de vana-gloria.

«El que se gloría, gloriése en el Señor», dice S. Pablo (2 Cr 10, 17). La gloria del cristiano es amar y hacer bien al prójimo, pero no se envanece por ello; sino que agradece al prójimo el haberle dado ocasión de hacerle bien y a Dios el haberlo sostenido con su gracia para ello.

2.— «No busquemos la gloria vana, provocándonos, los unos a los otros y envidiándonos mutuamente» (Gl, 5, 26). El ambicioso no se considera como los demás, se antepone a todos, quiere figurar y hacerse valer. Su conducta indispone y provoca al prójimo que se siente lesionado en sus derechos: de ahí las divisiones, las envidias y los antagonismos. La caridad, por el contrario, «no es egoísta» (1 Cr 13, 5) y lejos de rivalizar con los otros o anteponerse a uno solo, elige para sí el último lugar. La caridad inspira sentimientos delicados hacia el prójimo, a nadie desprecia, y respeta y honra a todos. «Amaos cordialmente los unos a los otros, estimando en más cada uno a los demás», escribe S. Pablo a los Romanos (12, 10); y a los Filipenses recomienda: «considere cada cual a los demás como superiores a sí mismo» (2, 3). En lugar de luchas mezquinas para derribarse mutuamente, los cristianos, como buenos hermanos, rivalizan por cederse honores y ventajas.

Para animar a la humildad en las relaciones mutuas, pone S. Pablo ante los ojos de los fieles el ejemplo sublime de Cristo. «Sentid entre vosotros lo mismo que Cristo: el cual, siendo de condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo» (Fl 2, 5-7). El Hijo de Dios ha amado y salvado a los hombres haciéndose semejante a ellos, uno de ellos. El indica el camino: el cristiano, para amar eficazmente al prójimo, depuesta toda ambición, debe hacerse pequeño y humilde y ponerse a la par de todos para que todos lo sientan hermano. Este es el camino único, no sólo de la caridad fraterna, sino de todo apostolado. «Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor —enseña el Vaticano II—. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con eles el diálogo» (GS 28). Pero no se engañe pensando que ama y respeta a los que están lejos, el que no ama y respeta a los cercanos con quienes convive.

«Si la conciencia no nos remuerde, tenemos plena confianza en Dios»... Haz, Señor, que la conciencia me responda con toda verdad que amo a mis hermanos, que en mí hay amor fraterno, no fingido sino sincero, el que busca el bien de hermano sin esperar de él ninguna recompensa sino sólo su salvación.

«Nosotros tenemos plena confianza en Dios; todo lo que pidamos lo obtendremos de él; porque guardamos sus mandamientos». Señor, haz que haga yo esto no en presencia de los hombres, sino allí donde tú me veas, es

decir, en el corazón... ¿Cuáles son tus mandamientos?... «Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros». Es precisamente la caridad el mandamiento de que hablas y que tanto nos recomiendas. Dame, Señor, la caridad fraterna, y esto en tu presencia, allí donde tú me ves; haz que preguntando a mi corazón con juicio recto, reciba la respuesta de que la raíz de la caridad fraterna, de donde nacen frutos de bondad, está en mí: entonces tendré confianza en ti y tú me concederás todo lo que te pida, porque guardo tus mandamientos. (S. AGUSTIN, **In 1 Jn**, 6, 4).

Oh Dios, Creador nuestro, ti dispones las cosas de modo que quien podría ensoberbecerse por los dones que tiene, se humille por lo que no tiene; mientras levantas a uno concediéndole una gracia, lo sometes a otro en otra cosa diferente... Tú dispones las cosas de tal modo que cada una sea de todos y, por exigencia de la caridad, todas sean de cada uno, y cada uno posea en el otro lo que no ha recibido directamente, y él humildemente dé en posesión a los otros lo que ha recibido de ti.

Señor, haz que administremos bien tu gracia multiforme, esto es, que nos convenzamos de que los dones que nos has dado son de los otros, porque se nos han dado para su provecho... Haz que nos sirvamos mutuamente por medio de la caridad. La caridad, en efecto, nos libra del yugo de la culpa cuando nos somete a servirnos recíprocamente por amor, de modo que nos demos cuenta de que los dones ajenos son también nuestros y que debemos ofrecer a los demás los nuestros como si fuesen suyos. (S. GREGORIO MAGNO, **Moralia**, XXVIII, 22).

277. LA CARIDAD NO ES EGOISTA

«Señor, que no busque yo mi propio interés, sino el de los otros»
(1 Cr 10, 33).

1.— La caridad «no es egoísta» (1 Cr 13, 5). Ser sensible a las necesidades ajenas, estar pronto a respetar y servir al prójimo no justifica la pretensión de querer ser compensado. La caridad se, da con generosidad a los otros, pero no reclama nada para sí. «Haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo; porque él es bueno con los ingratos y los perversos» (Lc 6, 35). La caridad no es dar pila recibir, sino dar sin cálculo ni interés, considerando paga suficiente el honor de poder servir y amar a Dios en el prójimo. Quien tiene el corazón lleno de caridad ama, sirve y se prodiga por el gusto de amar y servir a Dios en sus criaturas, por el gozo de imitar su prodigalidad infinita y de sentirse hijo suyo. ¿Qué recompensa mayor que compartir con Jesús el título de «hijo del Altísimo»? (Lc 1, 32). Para poseer esta única recompensa, el cristiano declina toda recompensa terrena y procura hacer el bien sobre todo a aquellos de quienes no puede esperar la paga. «Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos..., ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando des un

banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso porque no te pueden corresponder» (Lc 14, 12-14). La lógica del Evantselio dista infinitamente de la del cálculo; perb son bien pocos los que tienen coraje para seguirla enteramente.

«Sea vuestra conducta sin avaricia (Hb 13, 5) exhorta el Apóstol, y recomienda vivir en la caridad «buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás» (Fl 2, 4). Es siempre el germen del egoísmo lo que hace avaros e interesados hasta en la práctica del bien; se esconde y hace estragos hasta en el corazón de las personas devotas: esteriliza la caridad, endurece los ánimos, y apaga la compasión de las necesidades y sufrimientos ajenos. Puede entonces llegar a repetirse el caso del levita y del sacerdote que, sin preocuparse por el herido que encuentra a la vera del camino, siguen adelante a sus asuntos.

2.— «Servíos por amor los unos a los otros» (Gl 5, 13). Mientras el egoísmo encierra al hombre en sí mismo y en el cerco estrecho de sus intereses, la caridad lo mueve a olvidarse de sí para abrirse a las necesidades del prójimo y ponerse a su disposición. La caridad libra al hombre de la esclavitud del egoísmo para empeñarlo en un servicio generoso del prójimo. Es Jesús quien ha dado el ejemplo supremo de servicio; el que siendo Dios se hizo siervo y dijo: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22, 27). Y al mismo tiempo dio la orden: «El que quiera ser el primero entre vosotros, sea esclavo vuestro; de la misma manera que el Hilo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y á dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20, 27-28). El servicio no es un elemento secundario o facultativo del seguimiento de Cristo, sino esencial; tan esencial que, según la palabra del Señor, la grandeza del cristiano será proporcionada a la generosidad en «hacerse siervo». No es un servicio que envilezca, sino que ennoblece, porque es fruto del amor y porque el hombre no puede realizarse plenamente «sino mediante el don sincero de sí» (GS 24). Es un servicio que ensalza al cristiano hasta asemejarlo a Cristo, llevándolo a una donación semejante a la suya.

La prestación desinteresada de los creyentes debe testimoniar al mundo el valor de la caridad cristiana y llevar a todo hombre un eco del amor de Cristo, y del amor del Padre celestial. «La presencia de los cristianos en los grupos humanos —dice el Vaticano II— ha de estar animada por la caridad con que nos amó Dios, que quiere que también nosotros nos amemos mutuamente con la misma caridad. En realidad la caridad cristiana se extiende a todos; no espera lucro o agradecimiento alguno. Porque así como Dios nos amó con amor gratuito, así los fieles han de vivir preocupados por el hombre, amándolo con el mismo sentimiento con que Dios lo buscó» (AG 12).

Dios mío, tu bondad y tu eterna voluntad no quiere ni busca otra cosa que nuestra santificación, y permite que el demonio mueva a los hombres a atribularnos y perseguirnos sólo para que se pruebe en nosotros la virtud del amor y de la verdadera sabiduría, y para que el amor imperfecto se perfeccione.

Enséñame, Dios mío, a amarte a ti por ti mismo, porque eres suma y eterna bondad y digno de ser amado, y al prójimo por ti y no por propia utilidad, ni por deleite o placer que encuentre en él, sino porque es criatura amada y creada por ti, suma y eterna bondad, y a servirle a él y ayudarle en lo que a ti no te puedo servir. Por eso, ya que no podemos serle útiles a ti, enséñanos a serlo a nuestro prójimo.

Danos la perfección del amor. Y cuando el amor es tan perfecto, no deja de amar ni de servir, ni por injuria o desplacer que se le haga, ni porque no halle deleite o placer en el prójimo, ya que sólo a ti pretende darte placer. (Cf. STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 151, v 2).

Como tú, Señor, nos preferiste a ti mismo, y lo sigues haciendo aún siempre que te das a nosotros en el Santísimo Sacramento haciéndote nuestra comida, así quieres que nos tengamos unos a otros un amor tan grande que prefiramos siempre el prójimo a nosotros mismos. Y lo mismo que tú hiciste todo lo que podías por nosotros, excepto el pecado —pues ni lo debías ni lo podías hacer—, así quieres que hagamos unos por otros todo lo que podamos, fuera del pecado. Haz, pues, Señor, que, sin ofensa tuya, sea mi amor fraterno tan firme, cordial y sólido, que no deje nunca de hacer ni de sufrir cualquier cosa por el prójimo.

Enséñame a testimoniar mi amor con las obras, procurando al prójimo todo el bien que pueda, orando por él y sirviéndole en toda ocasión. Hazme pronto a dar la vida por los hermanos y a sacrificarme por ellos sin reserva alguna. Y no sólo eso, sino a dejarme emplear a gusto de los otros, por amor, pues esto nos enseñaste tú, beniguísimo Salvador, muriendo en la cruz. (Cf. S. FRANCISCO DE SALES, **Conversaciones**, 4, 2.9).

278. LA CARIDAD NO SE IRRITA

«Concédeme, Señor una caridad pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión» (Sant. 3, 17).

1.— Cuando Santiago y Juan, indignados contra los Samaritanos que no acogían al Maestro, dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?», él, «volviéndose, les reprendió» (Lc 9, 54). Pues ha venido a salvar y no a perder, a sanar a los enfermos de alma y cuerpo y a redimir a los pecadores, Jesús no usa medios violentos, sino se presenta al mundo como verdadero «siervo de Yahvé», que no grita, ni quiebra la caña cascada, ni apaga la mecha humeante (Mt. 12, 19-20). Con dulzura infinita se insinúa en los corazones, instruye, amonesta, señala el camino de la salvación y repite a todos los que le siguen: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11, 30).

La dulzura es la flor de la caridad: es una participación de la suavidad infinita con que Dios guía y gobierna todas las cosas, Nadie quiere el bien del hombre tan de veras como Dios, y sin embargo, no lo quiere con dureza, rigidez o violencia, sino con suavidad, respetando la libertad de su criatura,

sosteniendo sus esfuerzos y esperando con infinita longanimidad su respuesta a la gracia. Jesús ha dado al mundo el ejemplo más convincente de ello, particularmente en su pasión, cuando «insultado, no respondía con insultos, al padecer, no amenazaba» (1 Pe 2, 23). Pedro, testigo ocular, que en el momento de la detención del Maestro, había escuchado: «Vuelve tu espada a su sitio» (Mt 26, 52), quedó tan impresionado de ello, que venció para siempre su naturaleza fogosa. Lo atestiguan sus frecuentes exhortaciones a la mansedumbre evangélica. A los sirvientes les recomienda ser sumisos a los dueños, «no sólo a los buenos e indulgentes, sino también a los severos» (1 Pe 2, 18). A las mujeres, que sean sumisas a sus maridos «en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena: esto es precioso ante Dios» (ib 3, 4); y a todos, que respondan «con dulzura y respeto» (ib 16), aun a quien les trate injustamente. Santiago le hace eco: «La sabiduría que viene de lo alto es... pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión» (Sant 3, 17). Los dos apóstoles habían aprendido de Cristo el estilo de la caridad.

2.— La caridad «no se irrita» (1 Cr 13, 5); por eso recomienda S. Pablo: «Toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad desaparezca de entre vosotros» (Ef 4, 31). Vicios todos opuestos a la caridad, que proceden de las pasiones no domadas, las cuales al choque de las contrariedades rompen los frenos. La ira no contenida es fuente de palabras y actos desconsiderados y violentos que turban fuertemente las relaciones fraternas. El que ama al prójimo prefiere violentarse a sí mismo para vencer la ira que brota, que herir a los otros con la aspereza y la violencia.

La caridad, sin embargo, no excluye, antes exige a veces una firmeza justa, cuando, por ejemplo, es preciso corregir el mal, sobre todo si están en juego los derechos de Dios o los de los humildes y débiles. El mismo Jesús se indignó contra los profanadores del templo y lanzó duras invectivas contra los fariseos que con su hipocresía e interpretación falsa de la ley oprimían y engañaban al pueblo. Pero mientras en Cristo la indignación está dominada perfectamente por la razón y la voluntad, en el hombre, a causa del desorden producido por el pecado, no es así; por eso es siempre peligroso ceder a la ira. «Si os airáis, no pequéis —dice el Apóstol—; no se ponga el sol mientras estéis airados, ni deis ocasión al diablo» (Sf 4, 26-27). Si por fragilidad humana se enciende alguna chispa, hay que apresurarse a apagarla, no reduzca a ruinas el corazón propio y el ajeno, dando ocasión al pecado. El diablo se sirve de la ira para suscitar rencores y discordias que destruyen la caridad. Se lee en el libro de los Proverbios: «Una respuesta suave calma el furor; una palabra hiriente aumenta la ira. El hombre violento provoca disputas; el tardo a la ira aplaca las querellas. Palabras suaves, panal de miel: dulces al alma, saludables al cuerpo» (15, 1. 18; 16, 24). La meditación de estas sentencias, llenas de sabiduría como inspiradas por el Espíritu Santo, es muy útil para aprender a refrenarse y a reproducir la mansedumbre de Cristo, que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

¡Oh, caridad inefable de nuestro Dios!... ¿Qué me has enseñado tú, Caridad increada? Me has enseñado a soportar pacientemente, como cordero, no sólo las palabras ásperas, sino los golpes duros y ásperos, las injurias y los perjuicios. Y con esto quieres que sea yo inocente e inmaculada, esto es, que no dañe a ninguno de mis prójimos y hermanos: no sólo a los que no me persiguen, sino a los que hacen injuria; y quieres que oremos por ellos como por amigos especiales que nos procuran buena y grande ganancia. Y no sólo quieres que sea paciente y mansa en las injurias y daños temporales, sino en todo lo que sea contra mi voluntad: igual que tú no querías que se hiciese en nada tu voluntad, sino la de tu Padre...

¡Oh Jesús, amor dulcísimo! Haz que se haga siempre en nosotros tu voluntad, como la hacen en el cielo tus ángeles y santos. (STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 132, y 2).

¡Oh caridad! Tú no buscas tu interés, no te irritas..., y a cambio del mal recibido, colmas de bien... ¡Oh caridad, que todo lo soportas!, tú disimulas, esperas, no dejar caer al que hierra. ¡Oh caridad!, como eres benigna, atraes, conquistas y apartas del error. ¡Oh caridad benigna!, tú amas aun a los que tienes que soportar, y los amas ardientemente. Sí, tú lloras; pero de amor, no de dolor; lloras de deseo, lloras con los que lloran.

¡Oh caridad, madre buena! Sea que sostengas a los débiles o estimules a los provecos o reprendas a los inquietos, mostrándote diferente con las diferentes personas, amas a todos como hijos. Cuando reprendes, eres mansa; cuando acaricias, eres sencilla. Sabes reñir con piedad, aplacarte sin engaño, airarte con paciencia, indignarte con humildad. Provocada, no te das por ofendida; despreciada, vuelves a insistir. Tú eres, en efecto, la madre de los hombres y de los ángeles. Tú has pacificado no sólo las cosas de la tierra sino las del cielo. Eres tú quien aplacando a Dios en relación con el hombre, has reconciliado al hombre con Dios. (ANONIMO, siglo XIII, **De charitate**, 5, 26, 7).

Intimidad Divina

Meditaciones para el Tiempo Ordinario Semanas XX-XXIV y Solemnidades



P. GABRIEL DE STA. M. MAGDALENA O.C.D.

279. DOMINGO XX «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben» (Sl 66, 4).

Desde antiguo, eligiendo Dios a Israel para pueblo suyo, le asignó un puesto privilegiado en la historia de la salvación; a él serían reservadas las primicias de los dones salvíficos. Pero madurando los tiempos, la salvación se extendería a todos los pueblos sin discriminación alguna por medio de Israel, pueblo sacerdotal. Este plan, anunciado por los profetas, es recordado hoy en la primera lectura (Is 56, 1. 6-7). Por boca de Isaías Dios asegura su benevolencia a cualquier extranjero que crea en él y lo sirva cumpliendo su ley: «los traeré a mi Monte Santo, los alegraré en mi casa de oración... Mi casa es casa de oración y así la llamarán todos los pueblos» (ib 7). La elección de Israel no significa, pues, rechazo de los otros pueblos, pues está ordenada a la salvación de ellos.

S. Pablo en la lectura segunda (Rm 11, 13-15. 29-32) profundiza este argumento. Contristado por la resistencia de sus connacionales al Evangelio de Cristo, el Apóstol no renuncia a buscar todos los caminos para conducirlos a la fe; y dedicándose con celo a la conversión de los gentiles, lo hace con la esperanza secreta de despertar «emulación en los de mi raza» y salvar «a algunos de ellos» (ib 14). Dios no se arrepiente de sus dones: las promesas hechas a Israel y su vocación «son irrevocables» (ib 29). Si él se arrepiente, Dios está pronto a perdonarlo. Pues como los paganos, desobedientes un tiempo a Dios, son ahora acogidos por su misericordia, así los judíos que rehúsan a Cristo desobedeciendo a Dios, cuando tornen a él, serán nuevamente objeto de las divinas misericordias. Más aún —explica S. Pablo—, como el que Israel lo rehusase ha sido causa de que el Evangelio se haya predicado a los gentiles, encontrando éstos misericordia, así la conversión de éstos será un día ocasión para el pueblo elegido de entrar en sí. Pues Dios, «para tener misericordia de todos» (ib 32), ordena al bien, o sea a la conversión de unos hasta la perversión de los otros. Si el pecado es siempre causa de ruina para quien se obstina en él, no puede con todo destruir el plan de salvación universal querido por Dios.

En el Evangelio (Mt 15, 21-28) corrobora con su conducta para con la cananea el orden misterioso de este plan divino. «Ten compasión de mí, Señor Hijo de David», grita la mujer implorando gracia para su hija atormentada por el demonio (ib 22). El hecho de que esta pagana se dirija a Jesús llamándolo «hijo de David», título mesiánico que ni los judíos le reconocían, no carece de significado; demuestra que Dios no niega su luz a ningún pueblo ni a ninguna clase. Los discípulos aparecen molestos por la insistencia de la extranjera y ni el mismo Jesús parece darle ánimos: «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel» (ib 24). En efecto, por

voluntad del Padre debe desarrollar su actividad dentro de los confines de Palestina; sólo cuando haya reunido a las ovejas errantes de Israel y haya formado una grey compacta, éste a su vez será enviado a llevar el Evangelio a todas las gentes; pero eso sucederá después de la ascensión. Entretanto la mujer continúa suplicando, y Jesús responde adrede duramente: «No está bien echar a los perros el pan de los hijos» (ib 26). Pero ella no se desanima, antes le toma la palabra y replica: «Tienes razón, Señor, pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos». El Señor se rinde y deja desbordar su misericordia contenida hasta entonces: «Mujer, qué grande es tu fe, que se cumpla lo que deseas» (ib 27-28). Para obtener la misericordia de Dios no vale la pertenencia a un pueblo o a una clase privilegiada; lo que vale es la fe.

El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación.

¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra. (**Salmo**).

Señor, abriste los ojos de nuestro corazón, para conocerte a ti, el solo Altísimo en las alturas, el Santo que reposa entre los santos. A ti, que abates la altivez de los soberbios, deshaces los pensamientos de las naciones, levantas a los humildes y abates a los que se exaltan. Tú enriqueces y tú empobreces Tú matas y tú das vida. Tú sólo eres bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne. Tú miras a los abismos y observas las obras de los hombres; ayudador de los que peligran, salvador de los que desesperan, criador y vigilante de todo espíritu. Tú multiplicas las naciones sobre la tierra, y de entre todas escogiste a los que te aman, por Jesucristo, tu siervo amado, por el que nos enseñaste, santificaste y honraste.

Te rogamos, Señor seas nuestra ayuda y protección. Salva a los atribulados, compadécete de los humildes, levanta a los caídos, muéstrate a los necesitados, cura a los enfermos, vuelve a los extraviados de tu pueblo, alimenta a los hambrientos, redime a nuestros cautivos, da salud a los débiles, consuela a los pusilánimes; conozcan todas las naciones que tú eres el solo Dios, y Jesucristo tu siervo, y nosotros tu pueblo y ovejas de tu rebaño. (S. CLEMENTE ROMANO, **1 Corintios**, 59, 31)

CICLO B

«Que comiendo de ti, viva por, ti, Señor» (Jn 6, 57).

En línea con los domingos precedentes, continúa hoy el discurso del «pan de vida» (Jn 6, 51-59) presentado explícitamente en términos sacramentales: carne y sangre de Cristo dados en alimento a los hombres. La primera lectura (Pr 9, 1-6) anticipa su figura en la de un espléndido banquete dado por la sabiduría, personificada en una rica matrona que invita a su mesa

especialmente a los más desprovistos de ella como son los jóvenes Inexpertos y los ignorantes. «Venid a comer mi pan y a beber el vino que he mezclado» (ib 5). En ese contexto pan y vino son sinónimos de consejos sabios y prudentes dispensados con largueza por la sabiduría. Pero esto no quita que el lector cristiano pueda ver ahí —como insinúa la Liturgia del día— una prefiguración del pan y el vino eucarísticos ofrecidos por Cristo a todos los creyentes.

Al decir Jesús: «el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (Jn 6, 51) manifiesta su intención de llevar el don de sí a los hombres hasta dejarles en comida su carne y su sangre. La Eucaristía se presenta así no sólo en relación estrecha con la muerte del Señor sino también con su Encarnación, como prolongación mística de la misma. La carne tomada por el Verbo para hacer de ella una oblación al Padre en la cruz, continuará siendo sacrificada místicamente en el Sacramento eucarístico y ofrecida a los creyentes en alimento. A proposición tan inaudita los Judíos se rebelaron vivamente: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» (ib 52).

Protesta justificable; pues ¿puede un hombre normal no estremecerse a la idea de tener que comer la carne de un semejante? Jesús, con todo, no retracta ni atenúa lo dicho, antes lo recalca con énfasis, evidenciando además la necesidad de esa «comida»: «Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna... Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (ib 53-55). El Señor no da explicaciones que hagan el misterio más accesible; quien no cree en él no las aceptaría. El quiere la fe. Pero los creyentes, que han recibido el don de la fe, ¿cómo y hasta qué punto creen en este admirable misterio? Tal vez el mundo moderno es tan escéptico frente a la Eucaristía porque con demasiada frecuencia tratan este Sacramento con una superficialidad y ligereza espantosas. Hay que postrarse, suplicar perdón, pedir una fe viva, profundizar en oración las palabras del Señor, adorar su Sacramento, comer de él con estremecimiento y con amor. Entonces se comprenderán también las sublimes afirmaciones de Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come, vivirá por mí» (ib 56-57). La Eucaristía está destinada a nutrir al cristiano para que sea siempre sarmiento vivo de Cristo, criatura conformada con su Señor, de tal modo abismada en él que de su ser y su obra se trasluzca la presencia de Aquel que, alimentándolo con su carne y con su sangre, lo asemeja a sí. La conducta del cristiano debe demostrar que no vive ya por sí mismo encerrado en estrechos horizontes terrenos, sino para Cristo, abierto a inmensos horizontes eternos, y que sus obras llevan ya la impronta de la vida eterna de que la Eucaristía le nutre. Sólo así puede el creyente ser en el mundo un testimonio vivo de la realidad inefable del misterio eucarístico.

Dios eterno, suma y eterna pureza, te has unido al barro de nuestra humanidad movido por el fuego de tu caridad, con el que te has quedado para alimento nuestro... Comida de los ángeles, suma y eterna pureza; por eso requiere tanta pureza en el alma que te recibe en este dulcísimo sacramento... ¿Cómo se purifica el alma? En el fuego de tu caridad, lavando su rostro en la sangre de tu unigénito Hijo...

Me despojaré de mi vestido hediondo, y con la luz de la fe santísima... conoceré que tú, trinidad eterna, eres nuestro alimento, mesa y servidor. Tú, Padre eterno, eres la mesa que nos da el alimento del Cordero, tu Unigénito Hijo; él es nuestra comida suavisima, sea por su doctrina que nos nutre en tu voluntad, sea por el sacramento que recibimos en la santa comunión, el cual nos apacienta y reconforta mientras somos peregrinos y viandantes en esta vida. El Espíritu Santo es el que nos sirve la comida, porque nos provee esta doctrina iluminando el ojo de nuestro entendimiento e inspirándonos seguirla. Nos da también la caridad para con el prójimo y el hambre de dar de comer a las almas y de la salvación de todo el mundo, para honra tuya, oh Padre. (STA. CATALINA DE SIENA, **Plegarias y elevaciones**, 18).

CICLO C

«Señor, que sepa llegar hasta la sangre en la pelea contra el pecado» (Hb 12, 4).

El servicio de Dios tomado en serio no ofrece una vida cómoda y tranquila, sino que con frecuencia expone al riesgo, a la pelea y a las persecuciones. Tal es el tema de la Liturgia de este domingo esbozado desde la primera lectura (Jr 38, 4-6. 8-10). Jeremías con motivo de su predicación sin miramientos para nadie, ha venido a ser «varón discutido y debatido por todo el país» (Jr 15, 10). Para librarse de él los jefes militares lo acusan ante el rey de derrotismo y, obtenida la autorización para ello, lo arrojan en una cisterna cenagosa donde el profeta se hunde en el fango. Habría ciertamente perecido allí, si Dios no le hubiese socorrido por medio de un desconocido que consiguió arrancar al rey el permiso de sacarlo de aquel lugar mortífero. El salmo responsorial del día expresa bien esta situación de Jeremías: «Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa» (Sl 39, 2-3).

En la segunda lectura (Hb 12, 1-2) S. Pablo, después de haber hablado de la fe intrépida de los antiguos patriarcas y profetas, anima a los cristianos a emularlos: «corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe» (ib 1-2). Del Antiguo Testamento lleva el Apóstol al cristiano hacia Jesús del que los mayores personajes de la antigüedad —Jeremías incluido— no son más que figuras descoloridas. El es el ejemplar divino que debe mirar el creyente, el máximo luchador por la causa de Dios que por cumplir su voluntad, «soportó la cruz sin miedo a la ignominia» (ib). Basando la fe en él, que es su causa, autor y sostén, el

cristiano no ha de temer resistir hasta la sangre en su «pelea contra el pecado» (ib 4) y contra todo lo que pueda apartarlo de la fidelidad plena a su Dios.

Jesús que ha proclamado dichosos a los pacíficos y ha dejado su paz en herencia a sus discípulos, declara sin reticencias en el Evangelio de hoy (Lc 12, 49-53) que no ha venido a traer al mundo la paz sino la división» (ib 51). La afirmación, desconcertante a primera vista, no contradice ni anula lo que dice en otra parte, sino precisa que la paz interior, contraseña de la armonía entre el hombre y Dios y, por lo tanto, de la adhesión a su querer, no le exonera de la lucha y de la guerra contra todo lo que dentro de él —pasiones, tentaciones, pecados— o en el propio ambiente se oprime a la voluntad de Dios, atenta a la fe e impide el servicio del Señor. Entonces el cristiano más pacífico debe tornarse luchador animoso e impávido que no teme riesgos ni persecuciones, a ejemplo de Jeremías y mucho más del, de Cristo que ha peleado contra el pecado hasta la sangre y la ignominia de la cruz. Mas para que esa lucha sea legítima y santa no se le ha de mezclar ningún móvil o fin humano y personalista; debe brotar sólo del fuego de amor que Jesús vino a prender en la tierra (ib 49), con el fin único de que llamee doquier para gloria del Padre y la salvación de los hombres. Por este fuego de amor, Jesús deseó ardientemente el bautismo de sangre de su pasión (ib 50); por este fuego de amor debe el cristiano estar pronto a resistir aun a la persona más querida y a separarse de ella si le impidiese profesar su fe, realizar su vocación y cumplir la voluntad de Dios. Divisiones amargas que son cruz muy penosa, pero ordenada —como la de Jesús— a la salvación de aquellos mismos que se abandonan por amor a él.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito; me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa; afianzó mis pies sobre la roca y aseguró mis pasos. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios...

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor. (**Salmo** 40, 2-5).

¡Oh Jesús, mi dulce Capitán! Alzando el estandarte de tu Cruz me dices amorosamente: «Toma la cruz que te presento y, aunque te parezca grave su peso, sígueme y no dudes». Para responder a tu invitación, te prometo, celestial Esposo mío, no resistir más a tu amor. Pero ya veo que te encaminas al Calvario, y tu esposa te sigue prontamente... Dispón siempre de mí como más te agrade, que con todo estaré contenta, con tal que te siga por el camino del Calvario, y cuanto más espinosa la encuentre y más pesada la cruz, tanto más consolada me sentiré, pues deseo amarte con amor paciente..., con amor sólido y sin división.

De grado entrego mi corazón a las aflicciones, a las tristezas y a los trabajos. Gozo de no gozar, porque a aquella mesa de la eternidad que me espera, debe preceder en esta vida el ayuno.

Señor mío, tú en la cruz por mí y yo por ti. ¡Ah! ¡Si se entendiese de una vez qué dulce es y cuánto vale el padecer y callar por ti, Jesús! ¡Oh amado

sufrimiento, oh buen Jesús! (STA. TERESA MARGARITA REDI, **La espiritualidad**).

280. CARIDAD Y JUSTICIA

«Tú eres justo, Señor, y amas la justicia; los justos verán tu rostro» (SI 10, 7).

1.— La caridad no sólo «no se alegra de la injusticia» (1 Cr 13, 6), sino sufre y hace todo lo posible por defender y promover la justicia. Jesús presentó su misión como una obra de salvación y de justicia, sobre todo en favor de los pobres, de los prisioneros, de los oprimidos, para librarlos de la esclavitud y de la ceguera del pecado, pero también de los poderosos y de los soberbios (Mt 12, 18-20). Vino a instaurar el reino del amor y de la justicia, abierto a todos, sin distinción alguna; y si en él hay alguna distinción es justamente para los humildes, los indigentes y los atribulados. La Iglesia sigue la misma conducta: «fundada en el amor del Redentor, contribuye a defender cada vez más el reino de la justicia y de la caridad» en todo el mundo (GS 76); y se preocupa de «instruir a los fieles en el amor de todo el Cuerpo místico de Cristo, especialmente de los miembros pobres, de los que sufren y de los que son perseguidos por la justicia» (LG 23).

Sin justicia no puede haber caridad ni verdadera vida cristiana. Santiago reprendía enérgicamente a los fieles que en sus reuniones reservaban un lugar preferencial a los ricos, descuidando a los pobres. «¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¡En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre!... Si tenéis acepción de personas, cometéis pecado» (Sant 2, 5-9). Es el pecado de la injusticia, del que la caridad cristiana no debe nunca mancharse. «Quien oprime al débil, ultraja a su Hacedor», dice el libro de los Proverbios (14, 31). El Concilio Vaticano II ha inculcado con gran insistencia estos principios y quiere que imbuyan «toda la vida, incluso la profana, de los creyentes, impulsándolos a la justicia y al amor, sobre todo respecto del necesitado» (GS 21). Esto se sentía profundamente en la Iglesia primitiva, en la cual los fieles, por impulso espontáneo de caridad, ponían sus bienes en común, hasta el punto de que «no había entre ellos ningún necesitado» (He 4, 34). S. Pablo en la carta a los Hebreos recomienda perseverar en este espíritu: «No os olvidéis de la beneficencia y de la comunicación de bienes; éstos son los sacrificios que agradan a Dios» (1-Ib 13, 16).

2.— A los fariseos, que habían reducido la religión a observancias materiales, tales como la purificación de la vajilla, les decía Jesús: «Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas estarán limpias para vosotros» (Lc 11, 41). Poco o nada valen los actos de culto si no van acompañados de la caridad y la justicia, porque sólo estas virtudes purifican

el corazón del hombre del egoísmo y de la codicia, lo inclinan a honrar a Dios con sinceridad y a amar al prójimo no con palabras sino con obras. «Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: "Idos en paz; calentaos y hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?» (Sant 2, 15-16). Sin las obras, religión y caridad son vanas.

La ayuda a los pobres no ha de ser considerada sólo como acto de caridad más o menos facultativo, sino como un deber estricto de justicia. «Dios —dice el Concilio— ha destinado la tierra y cuanto contiene para uso de todos los hombres y pueblos... Por tanto el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás» (GS 69). Es lo que S. Pablo proponía a la Iglesia de Corinto, invitándola a ayudar a la de Jerusalén: «No que paséis apuros para que otros tengan abundancia, sino con igualdad; al presente vuestra abundancia remedia su necesidad, para que la abundancia de ellos pueda remediar vuestra necesidad y reine la igualdad» (2 Cr 8, 13-14). Si todos los hombres son hermanos, por ser todos hijos de Dios, su misma hermandad exige que no perezcan unos de miseria mientras otros nadan en la abundancia. Por eso enseña la Iglesia que «los hombres están obligados a ayudar a los pobres, y por cierto no sólo con los bienes superfluos... Es deber del Pueblo de Dios, y los primeros los Obispos, con su palabra y ejemplo, el socorrer, en la medida de sus fuerzas, las miserias de nuestro tiempo y hacerlo; como era antes costumbre en la Iglesia, no sólo con los bienes superfluos, sino también con los necesarios» (GS 69. 88). Los dones ofrecidos a los pobres son un «sacrificio que Dios acepta con agrado» (Fl 4, 18).

¡Oh caridad! Tú dilatas el corazón en el amor de Dios y en la dilección al prójimo... Eres benévola, pacífica y no iracunda; buscas las cosas justas y santas, no las injustas; y como las buscas, así las guardas en ti, y por eso reluce en tu pecho la margarita de la justicia...

¡Oh caridad! Tú amas a todos caritativamente como a hijos... Eres una madre que concibes en el alma los hijos de la virtud y los das a luz para honra de Dios en tu prójimo...

Con luz de discreción, sabes dar a cada uno según lo que puede recibir; caritativamente corriges, haciéndote enferma con los enfermos, acariciando o corrigiendo según lo pidan la justicia o la misericordia. (STA CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 33, v 1).

«Tuve hambre y me disteis de comer». Señor, nos das aquí el motivo verdadero de la limosna, el más fuerte de todos. Hay otros: hay que dar para obedecer a tu orden tantas veces repetida; hay que obedecerla para imitarte a ti que das tan generosamente...; hay que dar porque tu amor nos obliga a desbordar el amor que te tenemos a ti sobre los hombres, tus hijos amadísimos; hay que dar por bondad, únicamente para practicar y cultivar esa virtud que

debe ser tan amada en sí misma, por ser uno de tus atributos, una de tus divinas bellezas, una de tus perfecciones y, por lo tanto, tú mismo, oh Dios mío.

Pero entre todos los motivos que tenemos para dar, el que más nos mueve, el que... nos inflama sobre todo, es que todo lo que hacemos al prójimo te lo hacemos a ti, oh Jesús. Es cuanto basta para mudar y reformar toda nuestra vida, y orientar todas nuestras acciones, palabras y pensamientos. ¡Todo lo que hacemos al prójimo te lo hacemos a ti, oh Jesús! (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el Evangelio**).

281. CARIDAD Y VERDAD

«Dame, Señor, un amor fraterno, sincero, para que ame intensamente de corazón a mis hermanos» (1 Pe 1, 22).

1.— La caridad «no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad» (1 Cr 13, 6). Son dos cualidades que no se pueden separar, porque la justicia supone la verdad y viceversa, mientras que donde hay injusticia, hay engaño, fraude o, al menos, figuración de estar en la verdad.

En Dios caridad y verdad se identifican del modo, más absoluto, porque en él todo es amor y todo es: verdad. El Verbo es presentado por Juan como «la luz verdadera que ilumina a todo hombre» (1, 9); no luz fría, sino luz que es llama de caridad, porque «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Y la luz verdadera, o sea la verdad divina, la ha traído el Hijo de Dios al mundo mediante el ministerio de su amor.

Dios, porque ama al hombre, lo pone en la verdad y lo conduce al bien. El amor y la bondad para con el prójimo «en modo alguno deben convertirse en indiferencia ante la verdad saludable» (GS 28). Esta enseñanza del Vaticano II enfatiza el deber de no traicionar nunca la verdad so pretexto de caridad. Por lo demás no sería amor verdadero el que no lleva a la verdad. Mas al mismo tiempo no se puede imponer la verdad por la fuerza; hay que tener más bien paciencia y una caridad longánima para, poco a poco, por el amor ir abriendo camino a la luz. Es necesario también «distinguir entre el error, que siempre debe ser rechazado, y el hombre que yerra, el cual conserva la dignidad de la persona incluso cuando está desviado por ideas falsas o insuficientes en materia religiosa» (ib).

S. Pablo exhorta a profesar «la verdad en la caridad» (Ef 4, 15); la defensa de la verdad no debe hacerse nunca a expensas de la caridad. Aun siendo de distinto parecer, deben los fieles buscar siempre «hacerse luz mutuamente con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común» (GS 43). No es siempre fácil a la limitación humana armonizar caridad y verdad, pero es una meta a la que hay que tender con la mirada fija en Dios, el cual es verdad y amor, y por medio del amor conduce al hombre a la verdad y al bien.

2.— «Desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros» (Ef 4, 25). La mentira es pecado no sólo contra la justicia, sino también contra la caridad, porque siendo miembros de un solo cuerpo y siendo hermanos, los cristianos tienen unos para con otros la deuda de la verdad. La mentira no favorece la unión fraterna, sino la hiere y aun destruye; el que se siente engañado no puede pensar que es amado. También S. Pedro recomienda a los fieles deponer «toda malicia y todo engaño e hipocresía» (2 Pe 2, 1). Es sintomático que tanto él como S. Pablo presentan la renuncia a todo género de falsedad como la característica del cristiano regenerado en Cristo a una vida nueva, que debe ser como un niño recién nacido (ib 2) y debe revestirse «del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad de la verdad» (Ef 4, 24). Todo lo que sale de las manos de Dios tiene el esplendor de la verdad y el calor de la caridad. Mentira y vida cristiana son cosas contradictorias, como lo son la mentira y la caridad.

«Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adheríos al bien» (Rm 12, 9). La caridad no puede andar caminos tortuosos que en apariencia tienden al bien, pero ocultamente persiguen el mal. Cortesías, cumplimientos, favores prodigados con miras ambiciosas o lucrativas, palabras que simulan afecto y estima pero encubren segundas intenciones y se truecan pronto en murmuraciones o calumnias, son acciones indignas de un cristiano, cuya conducta debe ser toda limpia y sincera.

La caridad debe ser tan amante de la Verdad, que, si las circunstancias lo exigen, sepa también descubrir y denunciar el mal para defender del engaño a los débiles y sencillos, sus posibles víctimas. S. Pablo indica la profesión de la verdad en la caridad, como el medio más eficaz para crecer en «Aquel que es la Cabeza, Cristo» (Ef 4, 15). El cristiano, en efecto, miembro de Cristo como es, no puede vivir ni crecer en él sino participando de su misma vida, vida de verdad y de amor, vida que testifica y actúa la verdad con las obras de la caridad.

Señor, cuando vea pecar a mi prójimo, excusaré en él la intención que está escondida y no se puede ver, y aun cuando se viese, claramente ser esa intención torcida y mala, haz que sepa excusar la tentación de que ningún mortal está libre.

Y cuando alguien me venga a decir los defectos de mi prójimo, yo, Señor mío, no querré oírlos, y le responderé que haga oración por él y ruegue al Señor que primero me enmiende yo misma. Antes quiero decir el defecto al prójimo que yerra que hablar de él con otros, porque lejos de remediarse se cometen otros muchos y más graves que aquellos de que se habla. (STA. MAGDALENA DE PAZZIS, **Probatione**).

Señor, que yo ame y compadezca al pecador, no amando en él: el pecado, sino persiguiendo el pecado por amor a él. Cuando amo a un enfermo, le combato la fiebre, porque si contemporizase con la fiebre no amaría al enfermo. Diré, pues, a mi hermano la verdad sin reticencias. Sí, le diré con franqueza lo

que es verdad; tendré con él paciencia hasta que se corrija. El justo, reprendiendo al pecador, tolera caritativamente sus pecados, porque la caridad todo lo soporta (Sr 4, 20).

Reprenderé, Señor, sí reprenderé; pero al tiempo que use de rigor por caridad, que la mansedumbre no se aparte de mi corazón. ¿Quién más piadoso que el médico que usa el hierro? Lloro porque tiene que cortar, y corta; lloro por tener que cauterizar y cauteriza. No es crueldad. No tiene piedad con la llaga para que sane la persona, pues si acariciase la llaga, la persona se perdería. Concédeme también a mí, Señor, amar de todas maneras al hermano que ha pecado, no apartar de mi corazón la caridad hacia él y al mismo tiempo, si es necesario, saber corregirlo. (Cf. S. AGUSTIN, Sr 83, 8).

282. LA CARIDAD TODO LO EXCUSA

«Señor, que no me canse de hacer el bien a todos» (Gl 6, 9-10).

1.— «Ante todo, tened entre vosotros intenso amor, pues el amor cubre multitud de pecados» (1 Pe 4, 8). La caridad repara y cubre los pecados propios y hasta los ajenos. Se lee en el libro de los Proverbios: «el amor cubre todas las faltas» (10, 12). Dice Jesús de la mujer pecadora: «Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor» (Lc 7, 47). Algo semejante hace la caridad con los pecados del prójimo. Ante todo la caridad procura, en lo posible, excusar las faltas ajenas, como excusa una madre los errores de los hijos. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34), imploró Jesús en la cruz para los que colaboraban en su pasión. No quedaban excluidos de esta oración ni el apóstol traidor que, habiendo vivido en su intimidad, conocía muy bien su bondad y grandeza de corazón, ni los jueces que lo habían condenado a pesar de estar convencidos de su inocencia, ni el pueblo que, después de haber escuchado sus enseñanzas y gozado de sus milagros, había pedido su muerte. Lejos de insistir sobre las responsabilidades ajenas, la caridad es solícita e industriosa en buscarles atenuantes. El cuidado que pone cada cual espontáneamente para excusar los propios errores, enseña la caridad a ponerlo también en excusar los ajenos.

Cubrir las culpas y defectos del prójimo quiere decir también no hablar de ellos sin necesidad, no llamar sobre ellos la atención de los demás, no ser curiosos por saber sus historias. «Nunca oiga flaquezas ajenas —dice San Juan de la Cruz—, y si alguien se quejare a ella de otra, podrále decir con humildad no le diga nada» (**Dichos** b, 68).

Pero la caridad no se contenta con eso; quiere hacer algo más positivo: reparar y expiar a imitación de Cristo, que «sobre el madero llevó nuestros pecados en su cuerpo» (1 Pe 2, 24). Cargarse las culpas de los hermanos como si fuesen propias para expiarlas en sí con la oración y la penitencia es empeño de quien quiere vivir la caridad del Salvador hasta asociarse a su

expiación vicaria. En unión con él podrá decir entonces con todo derecho: «Padre, perdónales».

2.— «Si tu hermano llega a pecar, ve y repréndele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mt 18, 15). La caridad no es convivencia con el mal; excusar las faltas ajenas no significa condescendencia ni dejar pasar, por comodidad o por pusilanimidad. Hay casos —culpas que pueden influir en el bien común o inducir a otros al mal— en que la caridad impone el deber de la corrección fraterna. Se trata, como dice el Evangelio, de ganar al hermano; por eso hay que, actuar de modo que él, en vez de reprendido y humillado se sienta amado y por ende amonestado por su bien. La corrección fraterna es y debe aparecer como un verdadero acto de caridad. «Hermanos —avisa S. Pablo—, aun cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre» (Gl 6, 1). Y si son reprobables los que por cobardía descuidan el deber de la corrección fraterna, lo son también los que se dejan llevar de celo indiscreto, áspero e hiriente. «Cuidate de ti mismo —dice el Apóstol—, pues también tú puedes ser tentado» (ib). El que amonesta no debe hacerlo con superioridad, sino poniéndose en el mismo plano que el culpable consciente humildemente de su propia fragilidad, porque la tentación podría sorprenderlo inesperadamente y sin el auxilio de la gracia podría caer más hondo que su hermano. «El que cree estar en pie, mire no caiga» (1 Cr 10, 12).

La caridad «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera» (1 Cr 13, 7). En el campo de la corrección fraterna esto significa dar confianza al culpable, creer en su voluntad de enmendarse, no desabrirse por sus recaídas, no cansarse de tenderle la mano con bondad fraterna. Y si por su pertinacia en el mal el hermano hubiese de ser alejado, como insinúa el Evangelio, la caridad no cesará nunca de seguirlo con corazón benévolo procurando siempre y esperando una señal de arrepentimiento. «Vivid en paz entre vosotros», dice S. Pablo. Y añade enseguida: «Os exhortamos asimismo, hermanos, a que amonestéis a los que viven desconcertados, animéis a los pusilánimes, sostengáis a los débiles y seáis pacientes con todos» (1 Ts 5, 13). La paz entre los hermanos no obsta al deber de la corrección fraterna, pues ambas son fruto de la caridad evangélica.

«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros...» Este tu mandamiento, oh Cristo, se llama amor y en virtud de ese amor se eliminan los pecados...

Oh Señor, lléname de caridad con tal plenitud que esté pronto no sólo a no odiar al hermano sino a morir por él... Tú diste ejemplo de esa caridad, muriendo por todos y orando por los que te crucificaban, diciendo: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»... Esta es la caridad perfecta... ¿Esta caridad es ya perfecta en el momento que nace? Comienza a existir, pero precisa un perfeccionamiento; por eso, Señor, aliméntala en mí, robustécela hasta que llegue a perfección.

Oh Señor, haz que yo ame; entonces no podré hacer más que bien. ¿Tendré acaso que reprender a alguien? Será el amor quien obre en mí, no el resentimiento. ¿Tendré que aplicar un castigo corporal? Será para educarlo. El amor de caridad no me consentirá descuidar al que es indisciplinado... Enséñame, Señor, a no hacer caso de las palabras de quien halaga ni a la aparente severidad de quien reprende; haz que sepa mirar a la fuente, que sepa buscar la raíz de donde esa actitud procede. Aquél halaga para engañar; éste reprende para corregir...

Oh caridad, tu regla, tu fuerza, tus flores, tus frutos, tu belleza, tu atractivo, tu alimento, tu bebida, tu comida, tu abrazo no conocen saciedad. Si nos colmas de deleite mientras somos todavía peregrinos, ¿cuál será nuestro gozo en la patria? (S—AGUSTIN, **ln 1 Jn**, 5, 2.4; 10, 7).

283. LA CARIDAD TODO LO SOPORTA

«Enséñame, Señor, a soportarlo toda por tus elegidos» (2 Tm 2, 10).

1.— «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo» (Gl 6, 2). Todo hombre tiene una carga que llevar: flaquezas físicas o morales, deberes, responsabilidades, fatigas, sufrimientos que pesan sobre sus hombros; y cada cual siente la necesidad de una mano amiga que lo ayude a sostener el fardo. La «ley de Cristo», que es la ley del amor fraterno, exige este auxilio mutuo por el que el cristiano tiene siempre el corazón abierto a los demás, pronto a olvidarse de sí para ofrecer a los hermanos un poco de ayuda y consuelo. «Alegraos con los que se alegran —dice S. Pablo—, llorad con los que lloran» (Rm 12, 15).

La caridad lleva a hacerse «todo a todos» (1 Cr 9, 22) para acomodarse no sólo a las necesidades de los hermanos, sino también a la mentalidad, al carácter, a los gustos y a la personalidad de cada uno. Amar al prójimo por Dios, reconociendo en el hombre, la imagen, la criatura y el hijo del Padre celestial, no significa desencarnar la caridad, reduciéndola a una forma de amor frío y estereotipado que abarca a toda la masa sin tener en cuenta los individuos. Es cierto que Jesús amó a todos los hombres con amor divino; sin embargo, de las páginas del Evangelio se colige que su amor asumía matices y modalidades diferentes según las personas a quienes se dirigía. No era un amor genérico el suyo, ni indiferente a las necesidades de cada uno. Piénsese, por ejemplo, en lo diferente de su comportamiento con cada discípulo o con los amigos de Betania: no trataba a Pedro como a Juan, ni a Marta como a María. La caridad nos hace atentos a tratar a cada hermano según lo concreto de su situación individual —temperamento, sensibilidad, cualidades, limitaciones— para hacerles sentir el calor de un afecto que se ingenia en acomodarse a su persona y en aligerar sus cargas. «El Dios de la paciencia y del consuelo —escribe S. Pablo— os conceda tener un mismo

sentir los unos para con los otros según Cristo Jesús... Acogeos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios» (Rm 15, 5-7).

2.— La caridad «todo lo soporta» (1 Cr 13, 7). Los defectos, las debilidades, las carencias, el temperamento más o menos feliz o simpático de cada uno pueden ser, sobre todo en la convivencia, una verdadera carga mutua que hay que ingeniar en llevar con amor. Dada la limitación de todo hombre, es imposible convivir sin ser unos carga de otros, aun de modo totalmente involuntario. Es condición a la que nadie puede escapar y que se ha de resolver soportándose «unos a otros por amor» (Ef 4, 2), reconociendo humildemente que si cada uno tiene algo que sufrir, es, al mismo tiempo, causa de sufrimiento a los demás. El fuerte enojará al débil, el activo al indolente, el animoso al tímido y al revés. Por otra parte, el que tiene mayores recursos está más obligado a frenarse, a compadecerse y a acomodarse. «Nosotros, los fuertes —dice S. Pablo—, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo, buscando su edificación, pues tampoco Cristo buscó su propio agrado» (Rm 15, 1-3). Como Cristo se acomodó al hombre hasta hacerse hombre, así el cristiano se esfuerza en acomodarse a los otros, renunciando a sí mismo.

En los últimos meses de su vida, Sta. Teresa del N. J. escribía: «Ahora es cuando comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades» (MC IX 25). Si al principio se hace esto con impaciencia y a viva fuerza, poco a poco la caridad enseñará a soportarlo con benevolencia, y comprensión, como una madre soporta benévolamente las travesuras de su hijo. La caridad enseña a inclinar de grado los hombros para tomar sobre sí el peso de los defectos ajenos, no esquivando siquiera a las personas importunas. «Al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida da, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda» (Mt 5, 41-42). El Evangelio inculca una renuncia generosa a las exigencias propias y aun a los propios derechos para secundar al prójimo con una caridad llena de entrega.

Señor, ¡cuán lejos estoy de la verdadera y humilde caridad!... Tú me enseñas que no es mucho conversar con los buenos y mansos, que esto a todos agrada naturalmente, y cada uno de grado tiene paz y ama a los que concuerdan con él. Mas vivir en paz con los duros, perversos, mal acondicionados y con quien nos contradice, gran virtud y gracia es, varonil y muy loable.

Si todos fuesen perfectos, ¿qué habría que sufrir por Dios? Mas así lo ordenó Dios, para que aprendamos a llevar las cargas unos de otros. Porque no hay ninguno sin defecto, ninguno sin carga, ninguno es suficiente para sí, ninguno es cumplidamente sabio para sí; y por tanto conviene llevarnos, consolarnos y juntamente ayudarnos unos a otros, instruimos y amonestarnos. (**Imitación de Cristo**, II 3, 2; L 16, 3-4).

Señor, si comparto de grado con mis hermanos los dones recibidos de ti, si me muestro con todos servicial, benigno, reconocido, afable y humilde, podré derramar por doquier el aroma de la misericordia. Haced, pues, que sepa no sólo soportar pacientemente las flaquezas físicas y morales de mis hermanos, sino que además, dentro de lo posible, les lleve el alivio de mis servicios y el consuelo de mi palabra y de mis buenos consejos.

Dame entrañas de misericordia para que sea liberal y generoso, no sólo con mis parientes y amigos y con los que me hacen bien y de los que espero algún beneficio, sino con todos, hasta el punto de no rehusar nunca por amor tuyo, ni siquiera al enemigo, la caridad de la ayuda material o espiritual. Entonces abundaré en este óptimo perfume y lo derramaré ni sólo sobre tu cabeza y tus pies, sino sobre todo tu cuerpo que es la Iglesia. (Cf. S. BERNARDO, *In Cantica Cant.*, 12, 5.7).

284. QUE SEAN UNO

«Señor, ayúdame a procurar lo que fomente la paz y la mutua edificación» (Rm 14, 19).

1.— Al dejar a los suyos el mandamiento nuevo, dijo Jesús: «Como el Padre me amó, así os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). El amor que del Padre revierte sobre el Hijo, alcanza a través del Hijo a los discípulos, los cuales son invitados a «permanecer» en ese amor, portándose del modo correspondiente a sus exigencias divinas. Exigencias que se indican enseguida: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (ib 10); y entre todos, pone Cristo en primera línea «su» mandamiento: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (ib 12). Los discípulos deben amarse recíprocamente con una caridad que sea la prolongación del amor con que Cristo los ha amado y, al mismo tiempo, sea testimonio de su amor a Cristo reconocido y amado en cada hermano. En este amor deben fundirse, unirse y formar una sola cosa, como pedirá el Señor por ellos en su oración sacerdotal. «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros» (Jn 17, 11). La malicia del mundo atentará contra la unidad de los discípulos y pondrá a contribución todas sus astucias para dividirlos rompiendo el vínculo del amor mutuo; Jesús lo ha previsto y ha orado para que su unión sea tan perfecta y sobrenatural que venga a ser un reflejo de la unión indisoluble existente entre él y el Padre. Esta misma unión la pidió Jesús no sólo para el pequeño grupo de discípulos reunidos en torno suyo, sino para todos los creyentes que les sucederían y para toda la Iglesia. «No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra creerán en mí; que todos sean uno..., que ellos también sean uno en nosotros» (ib 20-22). Citando este texto, el Vaticano II dice: «el Señor... abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y la caridad» (GS 24). No se podría proponer un ideal de unión más sublime. Es una meta a la que hay

que tender siempre viviendo en una única verdad: la fe en Cristo y en su Evangelio; y en una única caridad: la caridad de Cristo y del Padre.

2.— «Como tú, Padre en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado... Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado» (Jn 17, 21.23). El espectáculo de una unión perfecta entre los hombres es cosa tan insólita y ardua, que constituye el argumento más poderoso de credibilidad sobre la divinidad de Cristo y la verdad de su doctrina. Justamente bajo este aspecto pidió Jesús la unidad perfecta entre los suyos. El mundo, desgarrado por los egoísmos, más que por la presentación del mensaje evangélico, se convencerá por el milagro de una caridad capaz de superar las divergencias de toda índole, de mentalidad, de civilización, de raza y de intereses. Empresa imposible a la limitación humana, si Cristo, junto con su mandamiento, no hubiese dejado a los creyentes su Cuerpo y su Sangre, viático de amor y de concordia. «Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Cr 10, 17). La Eucaristía es el pan que une a todos los fieles en Cristo y hace encontrar en él el principio de unión mutua y la fuerza necesaria para superar todo individualismo.

«Os ruego, pues, yo —escribe S. Pablo— que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados..., poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu... una sola esperanza...; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4, 1-6). El Apóstol apela a todos los motivos de unión para espolear a los cristianos a conservarse unidos «en el vínculo de la paz». Todo bautizado es responsable de esto no sólo por su santificación personal y por el bien de la Iglesia, sino también por el testimonio que debe dar a todo el mundo. Los fieles divididos entre sí son piedra de escándalo y ponen obstáculo a la difusión del Evangelio. Mientras el sentimiento de solidaridad entre todos los hombres crece como nunca, urge dar ejemplo de una solidaridad estable como fundada en la caridad evangélica. Este es empeño de todo creyente que, habiendo recibido en el bautismo el carisma de la caridad, debe ser en el mundo levadura de concordia, de unión y de paz.

Nos postramos ante ti, Señor, te suplicamos... nos seas propicio y nos reconcilies contigo y nos restablezcas en el sagrado y puro comportamiento de nuestra fraternidad. Porque ésta es la puerta de la justicia abierta para la vida... Siendo muchas las puertas que están abiertas, ésta es la puerta de la justicia, a saber: la que se abre en Cristo. Bienaventurados todos los que por ella entraren y enderezaren sus pasos en santidad y justicia...

¿Quién puede explicar el vínculo de tu caridad, oh Dios? ¿Quién es capaz de decir acabadamente lo magnífico de su hermosura? La altura a que nos levanta la caridad es inenarrable. La caridad nos junta con Dios, la caridad cubre la muchedumbre de los pecados, la caridad todo lo soporta, la caridad es

paciente. Nada hay vil en la caridad, nada soberbio. La caridad no fomenta la escisión, la caridad no es sediciosa, la caridad lo hace todo en concordia. En la caridad se perfeccionaron todos los elegidos de Dios. Sin caridad nada es agradable a Dios. (S. CLEMENTE ROMANO, **1 Corintios**, 48-49).

¡Oh Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Yo me reconozco en todo y por todo hecho a tu imagen..., pues la misma unión que quieres establecer entre nosotros los hombres es imagen imperfecta de tu perfecta unidad. ¡Oh caridad!, crece y multiplicate hasta lo infinito en nosotros, pues el modelo de unión y comunión que se nos propone es un modelo cuya perfección no podrás nunca alcanzar.

¡Oh Jesús! Pues nos inculcas sin descanso esa unidad, concédenos dirigir todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos y todos nuestros esfuerzos a establecerla en nuestro corazón. Haz que a nuestra vez nos esforcemos en ser una sola cosa hasta con los que no quieren ser una cosa con nosotros...; sea para nosotros un sufrimiento no poder comunicar lo bastante a los otros cuanto tenemos y cuanto somos...

¡Oh caridad!, amor, compasión, condescendencia, paciencia, liberalidad, limosna, consuelo, entrañas de misericordia, paz fraterna en Dios Padre nuestro y en Jesucristo; os deseo con todo el corazón y no quiero desear otra cosa. Amén. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, 26, v 2; 61).

285. VALOR DE SIGNO

«Señor, que viva yo en el amor como Cristo nos amó y se entregó por nosotros» (Ef 5, 1).

1.— El cristiano que vive para Dios y quiere amarlo con todas sus fuerzas, necesita estar seguro de que su amor a él no es una ilusión. ¿Mas cómo podrá estarlo? Responde el apóstol S. Juan: «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1 Jn 4, 12). El criterio máximo que distingue el verdadero amor de Dios es el amor del prójimo. Es un criterio infalible, porque el amor teologal es único y mientras es difícil controlarlo en sus relaciones con Dios, es fácil verificarlo en las relaciones con el prójimo. No se precisa mucha perspicacia para darse cuenta de si la caridad fraterna se reduce a palabras o es realidad concreta, demostrada con hechos. Sta. Teresa de Jesús enseña a sus hijas: «Si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios» (M V 3, 8). Si el amor fraterno es sincero, cordial y activo, no cabe duda: «el amor de Dios ha llegado en nosotros a su plenitud» (1 Jn 4, 12). El apóstol va más allá todavía y dice: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (ib 3, 14). El cristiano participa de la vida de Dios en la medida que vive en el amor «porque Dios es amor» (ib 4, 8).

Vivir en el amor y vivir en Dios es la misma cosa. Negarse al amor es negarse a la vida; cerrarse al amor es cerrarse a Dios. Basta rehusar el amor a un hermano para salirse del vínculo del amor y, por tanto, de la vida en Dios. «Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y ya sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él» (ib 3, 15). Vida en Dios, amor y gracia son tres realidades correlativas que no pueden subsistir separadamente. El amor al prójimo es señal segura del amor a Dios y por ende de la vida en Dios, vida de gracia, preludio de la vida eterna.

2.— También Jesús dio al amor fraterno el valor de signo: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros» (Jn 13, 35). Pero el amor al prójimo tiene valor de signo distintivo de los discípulos de Cristo y garantiza la verdad de su amor a Dios, sólo en la medida que es amor teologal. Nadie como Cristo ha enseñado a los hombres a amarse, pero con un amor que tiene sus raíces en Dios y se ordena a él: «Amad..., para que seáis hijos de vuestro Padre celestial» (Mt 5, 44-45); y exhorta a cumplir los deberes de la caridad fraterna, como el de la limosna, ante todo para honrar a Dios, buscando sólo su aprobación. Jesús compendia toda la ley en el único precepto de la caridad, pero antes de hablar del amor al prójimo, habla del amor a Dios: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mt 22, 37); y únicamente sobre esta base de total dedicación a Dios, introduce el segundo mandamiento, afirmando que es semejante al primero. El valor del segundo mandamiento está en fundarse sobre el primero y en ser semejante a él; pero si se arrincona el primero, el segundo carece de base y no se puede entonces hablar de su semejanza con el precepto del amor a Dios. Jesús declaró que cuando alguien está a mal con su prójimo, antes de realizar un acto de culto, debe ir a reconciliarse con él: «deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda» (Mt 5, 24). No porque el amor al prójimo sea en sí más importante que el culto debido a Dios, sino porque todo acto de culto debe expresar un amor veraz y completo, y no sería tal si está empañada la caridad fraterna.

No es posible, pues, hablar de caridad cristiana únicamente en un plano horizontal; sería una simple forma de humanismo que no brota del Evangelio. Por lo demás Jesús propone a los hombres amarse mutuamente como él mismo los ha amado; y él los ha amado en relación al Padre, para cumplir su voluntad, para conducirlos a él: «Doy mi vida por las ovejas... Esa es la orden que he recibido de mi Padre» (Jn 10, 15, 18). Y todo culmina en el amor y la gloria del Padre: «Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» (Jn 17, 4).

Oh Señor, la más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo... Es tan grande, Señor, el amor que nos tenéis, que en pago del que tenemos al prójimo haréis que crezca el que os tenemos a Vos por mil maneras.

Os pido, Señor, me ciéis con perfección este amor del prójimo... Como yo me esfuerce y procure en todo lo que pudiere esto, y forzare mi voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque pierda de mi derecho, y olvidare mi bien por el suyo, aunque más contradicción me haga el natural, y procurare tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere, Vos me daréis más que yo supiera desear. No pensaré que no ha de costar algo y que lo he de hallar hecho. ¡Cuánto os costó a Vos, Esposo mío, eh amor que nos tuviste, que, por librarnos de la muerte, la sufristeis tan penosa como muerte de cruz! (Cf. STA. TERESA DE JESUS, **Moradas**, V, 3, 8. 12).

Te encuentro, Señor, a cada paso. En virtud de este prodigio de nuestra incorporación a tu sagrada persona, no puedo hacer un movimiento sin estar en tu presencia.

Vuelvo los ojos a mí, ahí estás tú; miro al prójimo, ahí estás tú. Doquiera, si sé mirar, estoy rodeado de tabernáculos vivientes... Cada uno de nosotros está unido —de hecho o en potencia— a ti, oh Cristo Jesús, y por medio de ti participa en la vida de Dios. Y pues vivimos todos o debemos vivir de una misma vida divina en ti, una misma caridad debe reinar entre nosotros. ¿Es de maravillar entonces que tú, oh Señor, hayas dado como distintivo específico de una vida verdaderamente cristiana y como contraseña de tus fieles, esto: «Amaos los unos a los otros»? Por esa señal se reconocerá que somos tus discípulos. (R. PLUS, **Cristo en nuestro prójimo**).

286. DOMINGO XXI «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Eres, Señor, sublime, pero te fijas en el humilde, mientras al soberbio lo conoces de lejos» (SI 137, 6).

El episodio de la aparición nocturna de Jesús en el lago, cuando Pedro fue hacia él caminando sobre el agua, se había cerrado con la confesión espontánea de los discípulos: «Realmente eres Hijo de Dios» (Mt 14, 33). Pero en Cesárea de Filipo (Mt 16, 13-20) Jesús provoca otra confesión más completa y oficial. Pregunta a sus discípulos qué dice la gente sobre él, para inducirlos a reflexionar y a superar la opinión pública mediante el conocimiento más directo e íntimo que tienen de su persona. Algunos del pueblo piensan que es «Juan Bautista, otros que Elías, otras que Jeremías» (ib 14); no se podía pensar en personajes más ilustres. Sin embargo entre los tales y el Mesías hay una distancia inmensa que nadie ha osado salvar. Lo hace Pedro sin titubear respondiendo en nombre de los compañeros: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (ib 16). Los discípulos han comprendido. Son ellos la gente sencilla a la que el Padre se ha complacido en revelar el misterio. Y como un día había exclamado Jesús: «Te doy gracias, Padre..., porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla» (Mt 11, 25), así dice ahora a Pedro: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne o hueso, sino mi Padre que

está en el cielo» (Mt 16, 17). Sin una iluminación interior dada por Dios no sería posible un acto de fe tan explícito en la divinidad de Cristo. La fe es siempre un don. Y a Pedro que se ha abierto con presteza singular a este don, le predice Jesús la gran misión que le será confiada: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará» (ib 18). El humilde pescador vendrá a ser la roca firme sobre la que Cristo construirá su Iglesia, como un edificio tan sólido que ningún poder, ni aun diabólico, podrá abatirlo. Y añade: «Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo» (ib 19). En lenguaje bíblico las llaves indican poder: «Colgaré de su hombro la llaves del palacio de David» se lee hoy en la primera lectura (Is 22, 19-23) a propósito de Eliacín, mayordomo del palacio real. El poder conferido a Pedro es inmensamente superior; a él se le dan las llaves no de un reino terreno, sino del Reino de los Cielos, o sea del reino que ha venido Jesús a instaurar con su Iglesia, en la cual Pedro tiene el poder «de atar y de desatar», esto es, de condenar y de absolver, de excluir y de acoger, no sólo las personas, sino las doctrinas y las costumbres. Potestad tan grande que sus decisiones son ratificadas «en el cielo» por el mismo Dios. Es desconcertante un tal poder otorgado a un hombre y sería inadmisble si Cristo al confiarlo a Pedro, no le hubiese asegurado una asistencia particular. Así Jesús ha querido edificar su Iglesia; y así la Iglesia debe ser aceptada aceptándose juntamente el primado de Pedro que, al igual que ella, es de institución divina. Si esto puede ser objetado por una sociedad excesivamente racionalista e insumisa a toda autoridad, el cristiano auténtico reconoce —y con gratitud— lo que Cristo ha establecido para hacer más seguro a los hombres el camino de la salvación. Por lo demás el hombre no puede pretender en ningún campo juzgar los planes y las acciones de Dios, sino que debe repetir con S. Pablo: «¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!» (Rm 11, 33; 2.8 lectura).

En tu luz y con tu gracia, Padre que estás en los cielos, proclamó Pedro la inefable naturaleza de tu único Hijo bienaventurado, y mereció llegar a ser la piedra contra la cual no prevalecerán las puertas del Infierno.

Señor, has elegido al bienaventurado Pedro, sobre los otros apóstoles, como cabeza de la fe y fundamento de tu Iglesia. Por sus oraciones, Cristo, ten piedad de nosotros. (Cf. **Plegarias eucarísticas**, 120).

Yo clamo hoy a ti, amor mío, Dios eterno, que tengas misericordia de este mundo y que le des la luz para conocer a tu Vicario con pureza de la fe, de la cual te ruego los revistas, Dios mío; y dale la luz, para que todo el mundo lo siga. Dale la luz sobrenatural; desde el momento que has dotado a tu Vicarios de un corazón varonil, que sea adornado de tu santa humildad; por eso no cesaré nunca de llamar a la puerta de tu benignidad, amor mío, para que tú lo exaltes. Manifiestas, pues, en él tu virtud, para que su corazón varonil arda siempre con tu santo deseo y esté revestido de tu humildad; y con tu benignidad, caridad, pureza y sabiduría proceda en sus acciones y de ese

modo atraiga a sí a todo el mundo. (STA. CATALINA DE SIENA, **Oraciones y elevaciones**, 23).

CICLO B

«Señor, tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos» (Jn 6, 68-69).

La elección de Dios y la fidelidad a él son los temas de la primera y tercera lectura de hoy.

Cuando el pueblo hebreo, atravesado el Jordán, está para entrar en la tierra prometida, Josué le plantea este dilema: o tomar partido con los idólatras o decidirse por Yahvé (Js 24, 1-2a. 15-18). En otras palabras: o Dios o los ídolos. La respuesta es unánime: «¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros!... Nosotros serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios» (ib 16.18). Por desgracia en la práctica continuará Israel, lo mismo que en el pasado, fluctuando entre la fidelidad a Dios y la idolatría; pero teóricamente la elección está hecha: el pueblo reconoce que sólo Yahvé es su Dios y si luego muchos, y aun la mayor parte, prevaricarán, quedará siempre un «resto» fiel. Es una llamada a reflexionar que no basta elegir a Dios una vez en la vida, sino que es preciso renovar cada día la elección recordando que es imposible servir a Dios y al mismo tiempo a las teorías, vanidades y caprichos del mundo que son otros tantos ídolos.

Al concluir el discurso sobre el «pan de vida» (Jn 6, 61-70) también Jesús impone una elección a cuantos le escuchan. O seguirle aceptando el misterio de su carne y de su sangre dados en alimento a los hombres o apartarse de él. No sólo los judíos se escandalizan de sus palabras, sino hasta «muchos discípulos» suyos murmuran: «Este modo de hablar es inaceptable, ¿quién puede hacerle caso?» (ib 60). Y Jesús en lugar de cambiar de estilo, les advierte le necesidad de la fe: «El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Y con todo algunos de vosotros no creen» (ib 63-64). Nada, pues, de escandalizarse o discutir, sino creer. Sin la fe y sin el Espíritu que ilumina y vivifica, el mismo misterio del Cuerpo de Cristo puede quedarse en «carne» que no aprovecha al espíritu y no da la vida. Sin la fe el hombre puede oír hablar de carne y sangre de Cristo, puede ver pan y vino, pero no entender la gran realidad escondida en estas palabras y en estos signos. No hay que ser fáciles en condenar a quien no cree; hay que compadecerle más bien y orar para que los hombres se abran al don de la fe que Dios concede con largueza, y no lo rehúsen prefiriéndole a sus cortos razonamientos humanos. Por esta repulsa «muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron a ir con él» (ib 66). Es impresionante comprobar que el Señor no hizo nada por retenerlos, sino, vuelto a los Doce, les preguntó: «¿También vosotros queréis marcharos?» (ib 67). El misterio de Cristo es único e indivisible: o se lo acepta íntegramente o, rechazando un aspecto, se lo rehúsa todo. Ni siquiera la compasión por los

incrédulos o el deseo de atraer a los hermanos alejados puede legitimar una mutilación de lo que Jesús ha dicho sobre la Eucaristía. Nadie ha amado a los hombres y procurado su salvación más que él; sin embargo ha preferido perder «muchos» discípulos a modificar una sola de sus palabras. Quien se ha decidido por Cristo sólo tiene que decir con Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos, y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios» (ib 68-69). Conviene recordar con temor que Judas se apartó del Maestro justamente en esta ocasión; el anuncio de la eucaristía fue la piedra de toque de la autenticidad de la elección de Cristo no sólo por parte del pueblo, sino por la de los discípulos y apóstoles. Así la fe en este misterio continuará distinguiendo, a través de los siglos, a los verdaderos seguidores de Cristo.

Oh Dios, que unes los corazones de tus fieles en un mismo deseo; inspira a tu pueblo el amor a tus preceptos y la esperanza en tus promesas, para que, en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Señor, la fe nos une a ti, y la inteligencia nos vivifica. Haz que nos constituyamos en la unidad por la fe, para que tenga existencia lo que pueda ser vivificado por la inteligencia. Quien no se une a ti, pone resistencia; y quien se opone no cree. ¿Podrá ser vivificado quien resiste? Es enemigo del rayo de la luz, que le debía penetrar; no aparta los ojos, pero cierra su mente... Señor, que yo crea y me abra; que abra mi inteligencia para ser iluminado.

Si nos vamos de tu compañía, ¿a quién iremos? «Tú tienes palabras de vida eterna»... Porque tú nos das la vida eterna en el servicio de tu cuerpo y sangre, y nosotros hemos creído y entendido... Creímos, para llegar a comprender; porque si quisiéramos entender primero y creer después, no habríamos conseguido ni entender ni creer. ¿Qué es lo que hemos creído y qué es lo que hemos entendido? «Que tú eres el Cristo Hijo de Dios»; es decir, que tú eres la misma vida eterna y que en tu carne y sangre no nos das sino lo que tú eres. (S. AGUSTIN, **In Jn**, 27, 7.9).

CICLO C

«Señor, firme es tu misericordia con nosotros y tu fidelidad dura por siempre» (SI 116, 2).

El tema de la salvación es proyectado por la Liturgia de hoy con una amplitud universal. La primera lectura (Is 66, 18-21) reproduce una de las profecías más grandiosas sobre la llamada de todos los pueblos a la fe. «Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua —dice el Señor—; vendrán para ver mi gloria» (ib 18), Como la división de los hombres es señal del pecado, así su reunificación es señal de la obra salvadora de Dios y de su amor a todos. El, enviará a los supervivientes de Israel, que le permanecieron fieles, a los países más lejanos para dar a conocer su nombre. Los paganos

no sólo se convertirán, sino se reintegrarán los judíos dispersos, «como ofrenda al Señor» (ib 20), a Jerusalén. Y entre los mismos paganos convertidos, Dios se escogerá sus sacerdotes (ib 21). Es la superación máxima de la división entre Israel y los otros pueblos; superación que anunciaron muchas veces los profetas, sin ser comprendida, y que sólo Jesús opera preparándole el camino con su predicación y unificando los pueblos con la sangre de su Cruz.

El Evangelio de hoy (Lc 13, 22-30) refiere justamente la enseñanza de Jesús sobre este argumento. La motiva una pregunta: «Señor, ¿serán pocos los que se salven?» (ib 23). Jesús va más allá de la pregunta y se fija en lo esencial: todos pueden salvarse porque a todos se ofrece la salvación, pero para conseguirla tiene cada cual que apresurarse a convertirse antes de que sea demasiado tarde. Jesús quiere abatir la mentalidad estrecha de los Judíos y afirma que en el día de la cuenta no valdrá la pertenencia al pueblo elegido ni la familiaridad gozada con él, por eso será inútil decir: «Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas» (ib 26). Si a estos privilegios no corresponden la fe y las obras, los mismos hijos de Israel serán excluidos del reino de Dios. «Y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos» (ib 29-30). Aunque llamados los primeros a la salvación, si no se convierten y aceptan a Cristo, los Judíos se verán suplantados por otros pueblos llamados los últimos. Dígase lo mismo del nuevo pueblo de Dios: el privilegio de pertenecer a la Iglesia no conduce a la salvación, si no va acompañado de una adhesión plena a Cristo y a su Evangelio. Los creyentes, pues, no pueden cerrarse en su posición privilegiada, sino que ésta precisamente los compromete a estar abiertos a todos los hermanos para atraerlos a la fe. Delante de Dios no valen privilegios, sino la humildad que elimina toda presunción, el amor que abre el corazón al bien ajeno, el espíritu de renuncia que da esfuerzo para «entrar por la puerta estrecha» (ib 24) superando toda suerte de egoísmo.

A este punto interviene la segunda lectura (Hb 12, 5-7. 11-13) con la cálida exhortación de S. Pablo a combatir animosamente las batallas de la vida. Es Dios quien mediante las dificultades y sufrimientos, pone a prueba a sus hijos, porque quiere corregirlos, purificarlos y hacerlos «partícipes de su santidad» (ib 10). Es verdad que «ningún castigo nos gusta cuando lo recibimos, sino que nos duele; pero da como fruto una vida honrada y en paz» (ib 11), o sea una vida de virtud y de mayor cercanía a Dios. Dios es un padre que corrige y prueba sólo con la mira en un bien mayor: «el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos» (ib 6). Aceptar las pruebas es entrar «por la puerta estrecha» señalada por Jesús.

Por el único sacrificio de Cristo, tu Unigénito, te has adquirido, Señor, un pueblo de hijos; concédenos propicio los dones de la unidad y de la paz en tu Iglesia (**Sobre las ofrendas**).

Te pedimos, Señor, que lleves en nosotros a su plenitud la obra salvadora de tu misericordia; condúcenos a perfección tan alta y mantenenos en ella de tal forma que en todo sepamos agradarte. (MISAL ROMANO, **Después de la Comunión**).

Dios mío, cada alma es para ti todo un mundo y el universo entero palpita delante de ti como un alma sola. Tú no nos has creado en masa ni nos gobiernas por junto; sino atento a cada uno le amas como si fuese la única criatura viviente del mundo...

Pastor eterno, antes de ir adelante, a la cabeza de tus queridas ovejas, antes de que tomasen carne humana para indicarles el camino, antes aún de hacerlas salir de ese aprisco feliz que es el santuario de tus pensamientos y de tu voluntad adorable, antes de bosquejarlas en el tiempo y lanzarlas por el mundo a su destino, las has llamado una a una por su nombre. Tú dices: «El buen Pastor llama a sus ovejas una a una, y cuando las ha sacado, va delante de ellas, y sus ovejas le siguen, porque conocen su voz» (C. GAY, **Vida y virtudes cristianas**, 2, 22).

287. SEÑOR MIO Y DIOS MIO

«Tú eres el Señor, mi Dios. No tendré otro Dios fuera de ti» (Dt 5, 6-7).

1.— Ha dicho Jesús: «A Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21). ¿Qué tiene el hombre que no sea de Dios, que no lo haya recibido de él? La vida natural y la sobrenatural, el entender y el querer, todo don de naturaleza y de gracia, todo recurso y capacidad, el universo que lo rodea y todo cuanto sirve para su existencia, las maravillas y las riquezas de la creación: todo proviene de Dios, que es Creador, Señor y Padre.

«Yo soy el Señor tu Dios» (Dt 5, 6). Esta solemne afirmación que inicia el Decálogo y marca su ritmo, debe penetrar en el corazón del hombre y grabar en él el sentimiento profundo de la soberanía de Dios, a la que se le reconocen todos los derechos. Por más que haga el hombre, nunca podrá dar a Dios todo el obsequio, la reverencia, la adoración y el amor que se le deben, y quedará siempre infinitamente por debajo de lo que la Majestad Divina se merece. Aunque consagre a Dios toda su vida, no hará más que devolverle, y siempre de modo muy imperfecto y escaso, lo que de él ha recibido. Aunque consuma todas sus fuerzas y haberes para servirlo, no podrá menos de concluir con la frase del Evangelio: «siervos inútiles somos» (Lc 17, 10). Dar a Dios lo que es de Dios, deber esencial de la virtud de la religión, significa reconocer y vivir su señorío absoluto, tributándole no algún acto de obsequio, sino el obsequio total del espíritu, del corazón y de la vida. Cuanto más profundo es el sentimiento religioso en el hombre, tanto más advierte su insuficiencia radical para rendir a Dios un homenaje digno de él, y, al mismo tiempo, más movido se siente a ofrecerle el mayor posible y por ende a empeñarse con todas sus fuerzas en la alabanza, adoración, amor de

su Dios, y en la obediencia generosa y perfecta a su ley y a su querer. La virtud de la religión pone al cristiano de este modo en una actitud de sujeción a Dios sin reservas y de culto interior, que, haciéndole reconocer en él al único Señor, lo convierte en verdadero adorador «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 24).

2.— «¿Hasta cuándo vais a estar cojeando con los dos pies? Si el Señor es Dios, seguidle» (1 Re 18, 21). La palabra de Elías que arde en celo por su Dios, es el grito espontáneo de la fe arraigada profundamente en el corazón del hombre. El señorío del Señor hay que vivirlo en serio, en lo concreto de la vida diaria. «No habrá para ti otros dioses delante de mí... Porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso» (Dt 5, 7.9), dice el Decálogo. Y Jesús lo confirma precisando: «Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto. Nadie puede servir a dos señores» (Mt 4, 10; 6, 24). El cristiano tiene un único Dios, un único Amo, un único Señor. ¿Quién lo duda en teoría? Pero en la práctica es demasiado fácil aceptar en la propia vida la concurrencia de otros amos. El yo, el dinero, el placer son amos a los que el cristiano no raras veces siente la tentación de servir.

«Seréis como dioses» (Gn 3, 5): la vieja sugestión de la serpiente se hace todavía oír; el orgullo tienta al hombre a erigirse en señor incuestionable de su propia vida y competidor de Dios y de sus derechos soberanos, al menos en algún sector de su existencia. Pero es imposible que ese compromiso dure; en un momento dado se impone la elección. «El que no está conmigo, está contra mí», ha dicho Jesús (Mt 12, 30). Todo lo que en la vida del hombre no concuerda con esa exigencia de estar con Cristo y de dar a Dios la primacía que le pertenece, está contra Cristo, contra Dios.

Para afianzar su elección, para tutelar en sí los derechos de Dios, debe el cristiano en toda su conducta renunciarse a sí mismo y a cualquier cosa — grande o pequeña — que lo sustraiga en poco o en mucho al señorío del Altísimo. Es ésta la exigencia fundamental incluida en el primer mandamiento, clave de la observancia de todo el decálogo. Sólo así se podrá amar a Dios «con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas» (Mc 12, 30). Sólo así será el cristiano sincero cuando, postrándose en adoración, diga: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28).

¿Qué te daré. Señor, a cambio de todos tus dones? La razón y un natural sentimiento de justicia mueven al pagano a ofrecer todo su ser a ti del que lo ha recibido todo y a amarte con todo lo que es. A mí la fe me manda amarte mucho más, porque entiendo mucho mejor cuanto debo estimarte. Tú eres el que me has dado no sólo lo que soy, sino a mí mismo... Si debo dárte todo porque me has creado, ¿qué deberé añadir porque me has recreado y redimido?... En la primera creación me diste a mí... Dos veces, Señor, te soy deudor de mí. Pero ¿qué te daré por el don que me has hecho de ti? Aunque pudiese gastar mil veces la vida. ¿qué soy yo para trocarme contigo, Dios mío?...

Que te ame yo, Señor, fuerza mía, apoyo mío, mi refugio, mi libertador y todo cuanto decirse puede de deseable y amable. Dios mío, ayuda mía, que te ame

yo por tus dones y a mi medida, inferior de cierto a lo que te es debido, pero inferior a lo que está en mi poder, porque aunque no pueda amarte cuanto debería, no puedo amarte más de lo que está a mi alcance. Lo podré de seguro cuando te dignes capacitarme para ellos y con todo, no será nunca cuanto mereces. Tus ojos han visto lo que hay en mí de imperfecto, pero en tu libro estarán escritos todos los que hacen cuanto pueden, aunque no puedan cuanto deben. (S. BERNARDO, **De diligendo Deo**, 15-16).

¡Dios mío y mi todo! Poseerte equivale a poseerlo todo. ¡Dátame a ti mismo, Señor! No osaría aventurar una demanda tan atrevida, señal de presunción, si tú mismo no me hubieses acodiciado. Tú has tomado mi naturaleza, te has hecho mi hermano, has muerto como mueren los demás hombres, y cierto de modo más terrible, todo para que pueda yo acercarme a ti con plena confianza y no me quede lejos, presa del temor... ¡Dios mío y mi todo! Nada sabría añadir, aunque hablase por toda la eternidad. Poseyéndote a ti, soy infinitamente rico; sin ti, en cambio, nada soy, me desmorono, me disuelvo, me desvanezco. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

288. ¡PADRE!

«Señor, cada mañana despiertas mi oído para que te escuche y sirva con amor» (Is 50, 4).

1.— A Jesucristo lo «hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención» (1 Cr 1, 30). El cristiano halla en él no sólo su salvación y justificación personal, sino cuanto es necesario para satisfacer sus deudas con Dios y rendirle un homenaje digno de él. El Hijo de Dios, en efecto, se encarnó no sólo para redimir a los hombres, sino ante todo para rendir a Dios, en nombre de todas las criaturas, un culto adecuado a su Majestad infinita. La religión cristiana tiene así en Cristo el inspirador, el modelo y el prototipo único y supremo: el que la verifica en sí del modo más perfecto. El cristiano es religioso en el sentido más auténtico de la palabra en la medida que se esfuerza por reproducir en sí los rasgos esenciales de la religiosidad de Cristo, asociándose a su actitud interior para con el Padre.

En sus relaciones con el Padre, Jesús es esencialmente hijo; un hijo que vive únicamente para el Padre del que ha recibido la existencia: «el Padre, que vive, me ha enviado, y yo vivo por el Padre» (Jn 6, 57); un Hijo que no tiene más ideal que la voluntad del Padre, la cual abraza con todo el ardor de su corazón: «mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn 4, 34); un Hijo que en todas sus acciones busca sólo el beneplácito del Padre: «yo hago siempre lo que le agrada a él» (Jn 8, 29). Jesús, el Unigénito de Dios por naturaleza, ha querido hacer a los hombres partícipes por gracia de su filiación divina y los ha incorporado a la corriente de sus sentimientos filiales hacia el Padre celestial. Nadie como Jesús reconoce y adora en Dios al Ser supremo, al Señor y Dueño absoluto de todo el universo, nadie como él comprende y vive el señorío del Altísimo y, al mismo tiempo, nadie como él

tiene el derecho de llamar a Dios con el nombre de Padre y de tratarlo con corazón de hijo. De este su derecho hace participantes, por gracia, «a los que creen en su nombre» (Jn 1, 12); a ellos les revela el misterio de la paternidad de Dios y les enseña: «Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt 6, 9).

2. —Jesús, el Hijo Unigénito de Dios, quiso ser preconizado con el nombre de «Siervo de Yahvé» (Is 42). Hijo y siervo: dos títulos que parecen antagónicos, pero que no lo son en realidad cuando quien los personifica sirve al padre con amor de hijo y lo ama sirviéndole con plena dedicación. Es lo que hizo Jesús, cuya vida estuvo toda consagrada al servicio amoroso del Padre: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49). En las palabras de Jesús adolescente palpita toda el ansia de su corazón filial que quiere darse prisa en el servicio del Padre.

El sentimiento religioso del cristiano debe desembocar en una actitud semejante: la de empeñar todo su corazón y toda su vida en el servicio de Dios. Esta es la verdadera devoción, que Sto. Tomás define «una voluntad pronta para entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios» (S. T. 2-2, 82, 1). Devoción en sentido genérico, la que abraza toda la vida orientándola al servicio del Señor; devoción en sentido específico, la que se refiere a los actos de culto internos y externos. En todo caso la devoción no es un sentimiento, sino un fruto de la voluntad, una decisión firme, constante y generosa de darse a Dios. Puede haber devoción verdadera en una persona que, en lugar de experimentar consuelo en el servicio de Dios, siente sólo aridez, frialdad y tal vez hasta repugnancia, tanto en la oración como en la práctica de la virtud. Lo que vale es la decisión de la voluntad, es la actitud profunda filial por la que el cristiano sirve a Dios no con corazón mercenario, sino con corazón de hijo. El mercenario hace sólo lo estrictamente preciso para conseguir su salario; es desidioso calculador, procura reservarse cuanto puede. El hijo, en cambio, se pone a disposición del padre sin cálculos ni reservas; es diligente, generoso, no mide su entrega, está atento sólo a contentar al Padre, gozoso de repetirle a cada instante: «He aquí que vengo a hacer tu voluntad» (Hb 10, 9). Tal es el comportamiento del cristiano: reúne en sí los sentimientos de humildad y reverencia del siervo de Dios y los de amor y entrega desinteresada del hijo del Padre celestial.

Padre, a ti me vuelvo... con una confianza tranquila y mansa. Tu Hijo me ha enseñado que eres Padre, que no hay que llamarte con otro nombre. Tú no eres más que Padre. Padre, vengo con toda sencillez a decirte que soy tu hijo, y te lo digo con absoluta seriedad...

Padre, haz de mí lo que quieras, estoy pronto a hacer tu voluntad. Tu voluntad, bien lo sé, es que me haga semejante a tu Unigénito, el Hermano mayor que me ha enseñado tu nombre, y que camino por sus mismos pasos. Esto lo sé, y ¡con cuánto amor lo acepto! Padre, no tengo fuerza bastante, ¡pero lo acepto! Heme aquí: haz en mí tu obra, corta y quita, alíviame o déjame solo, nunca te haré ha injuria de tener miedo o de pensar que me olvidas; y si

encuentro mi cruz muy pesada, podré por lo menos repetirte incesantemente que creo en tu amor y que acepto tu voluntad.

Pero yo quiero beber el mismo cáliz que tu Hijo. Padre, no me lo rehúses... No me lo rehusarás, porque sé que es ésa tu voluntad... Señor Dios, aquí está mi vida para que hagas de ella lo que te plazca, para que hagas de ella una vida de Jesucristo. Mas no podrás impedir, adondequiera que me envíes, contento o desolado, sano o enfermo, satisfecho o humillado, que clame mi espíritu a ti vehementemente, apelando a tu amor imperiosamente, en favor de los hombres mis hermanos que no saben que tú eres padre. Padre, aquí está mi vida, pero dame a mis hermanos, para que yo te los pueda devolver. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

Padre, a ti me abandono, haz de mí lo que te agrade. Cualquier cosa que de mí hagas, te doy gracias... Estoy pronto a todo, lo acepto todo, te doy gracias por todo, con que tu voluntad se cumpla en mí..., se cumpla en todas tus criaturas, en todos tus hijos, en todos los que tu corazón ama. No deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi alma en tus manos, te la entrego, Dios mío, con todo el amor de mi corazón porque te amo. Y es para mí una exigencia de amor el darme, el confiarme en tus manos sin medida..., con infinita confianza, porque tú eres mi Padre. (C. DE FOUCAULD, **La oración del pobre**).

289. ADORARE AL SEÑOR MI DIOS

«Al Dios... único honor y gloria por los siglos de los siglos» (1 Tm 1, 17).

1.— «Llega la hora —dijo Jesús a la Samaritana— en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre» (Jn 4, 21). La venida del Salvador señala el comienzo de un culto nuevo, no ligado ni al Garizim donde oraban los Samaritanos, ni al templo de Jerusalén, centro cultural de los judíos. Todos los cultos nacionales cesarán para ser sustituidos por el culto que el Hijo de Dios hecho hombre ha venido a instaurar y al que todos los hombres deben asociarse. «Llega la hora (y ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren» (Jn 23). Jesús mismo es el primero, y aun el único verdadero adorador del Padre: sólo él lo conoce perfectamente y él sólo está en condición de adorarlo perfectamente «en espíritu y en verdad», porque él es la Verdad y posee la plenitud del Espíritu. Jesús que por su divinidad tiene conocimiento pleno de la dignidad infinita de Dios y es capaz de acciones divinas, por ser al mismo tiempo verdadero hombre, puede postrarse en adoración delante del Padre y asociar a ese gesto toda la humanidad. Esa es la única adoración digna de Dios, pues el orante principal es Cristo, su inspirador el Espíritu Santo, mientras el hombre, introducido a ella por Cristo, le aporta la contribución que le es propia: el reconocimiento de su nada para ensalzar el todo de Dios. En Cristo, recuerda el Vaticano II, «se

nos dio la plenitud del culto divino» y, regenerados en él por el bautismo, recibimos «el espíritu de adopción de hijos por el que clamamos: "¡Abba! ¡Padre!" (Rm 8, 15), y nos convertimos así en los verdaderos adoradores que busca el Padre» (SC 5. 6).

Es profundamente significativo que en sus explicaciones acerca del nuevo culto, Jesús presente a Dios como Padre. Aquél a quien él adora y a quien sus discípulos deben adorar, no es sólo el Altísimo, Señor del cielo y de la tierra del que todo depende, sino es también el Padre que ama a los hombres hasta darles su Unigénito para su salvación (Jn 3, 16). La adoración del cristiano es homenaje reverente a la soberanía de Dios y admiración gozosa de su paternidad.

2.— «Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor creador nuestro, porque él es nuestro Dios y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía» (Sl 94, 6-7). En este invitatorio a la adoración tantas veces repetido en la Liturgia, resaltan el concepto de Dios creador y el de la pertenencia a él de todos los hombres, pueblo suyo y su rebaño. La visión grandiosa del Creador queda completada por la afectuosa del Pastor que apacienta «el rebaño que él guía».

Jesús dirá mucho más: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad» (Mt 6, 9-10). Estas frases dejan entrever algo de la adoración de Cristo al Padre, la adoración verdadera en la que quiere iniciar a sus discípulos. Ante todo el reconocimiento de la paternidad de Dios: por ella el Padre engendra eternamente al Hijo, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; de la misma naturaleza que el Padre» (Credo); paternidad divina y eterna que es la raíz, en el tiempo, de la paternidad de Dios para con los hombres. Y al propio tiempo el reconocimiento de su soberana majestad, porque Dios es el que está «en los cielos», infinitamente diferente y por encima de todo ser creado. Sigue la exaltación de la santidad del Padre; el deseo vivo y filial de que esa santidad sea reconocida y glorificada por todas las criaturas. Este es el anhelo primordial del Hijo unigénito, motivo esencial de su Encarnación, y debe ser la aspiración primera de todos los que en él fueren hechos hijos adoptivos. En fin, se proclama la realeza universal de Dios, pidiendo que su Reino se difunda sobre toda, la tierra. Y para que esto sea verdad, se invoca el cumplimiento de su voluntad, la única voluntad santa y santificadora, capaz de realizar el Reino y la salvación de las criaturas. En obsequio a esa voluntad, agonizará Cristo y sudará sangre. La adoración alcanza su culmen en el sacrificio supremo de la criatura.

Si es más fácil adorar en silencio que expresar con palabras la adoración, las únicas palabras válidas para indicar ese sentimiento profundo son las que Jesús puso en los labios de sus discípulos.

Te invoco, Dios mío, te invoco a ti que estás cerca de los que te invocan, pero dé los que te invocan de verdad... ¿Qué otra cosa es invocar en verdad a la Verdad?, sino al Padre en el Hijo?...

¿Qué cosa más dulce que invocar al Padre en nombre de su Unigénito, mover a piedad al Padre recordándole al Hijo?... Padre Omnipotente, te ruego por la caridad de tu omnipotente Hijo...; no sé en verdad qué otro intercesor presentarte en mi favor fuera del que es propiciación por nuestros pecados y que se sienta a tu derecha para interceder por nosotros. (S. ANSELMO, **Orationes**, 2).

Santísimo Padre nuestro: Criador, Redentor, Salvador y Consolador nuestro.

Que estás en los cielos: en los ángeles y en los santos, iluminándolos para que conozcan, ya que Tú, Señor, eres luz; inflamándolos en amor, porque Tú, Señor, eres amor; morando en ellos y colmándolos de beatitud, porque Tú, Señor, eres sumo bien, eterno bien, de quien procede todo bien, sin el cual no hay ningún bien.

Santificado sea tu nombre: sea clarificada en nosotros la noticia tuya, para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largueza de tus promesas, la altura de tu majestad y la hondura de tus juicios.

Venga a nosotros tu reino: para que Tú reines en nosotros por la gracia y nos hagas venir al reino tuyo, donde la visión de Ti es manifiesta, la dilección de Ti perfecta, la compañía de Ti bienaventurada, la fruición de Ti sempiterna.

Hágase tu voluntad como en el cielo así en la tierra: para que te amemos de todo corazón pensando siempre en Ti, con todo el alma deseando siempre a Ti, con toda la mente enderezando a Ti todas nuestras intenciones y buscando en todas las cosas tu honor, y con toda nuestra empeño gastando todas las fuerzas y sentidos del alma y del cuerpo en obsequio de tu amor y no en otra cosa... (S. FRANCISCO DE ASIS, **Escritos**, III, Laudes).

290. DEMOS GRACIAS A DIOS

«Señor Jesús, que todo se haga en tu nombre, dando gracias por medio de ti a Dios Padre» (CI 3, 17).

1.— «En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios... quiere de vosotros» (1 Ts 5, 18). Impotente para satisfacer adecuadamente sus deudas con Dios, el hombre ha de procurar suplir al menos con la gratitud. Hasta el pobre más miserable que nada tiene para dar a cambio de la limosna recibida tiene la posibilidad de mostrarse agradecido a su bienhechor. Esa es la condición del hombre delante de Dios: nada propio posee, todo lo que es y tiene es don de Dios, y para corresponder a la liberalidad infinita no tiene otro medio que servirse de sus mismos dones para atestiguarle su gratitud. Dios que lo colma generosamente de beneficios tiene el derecho de exigirle el homenaje de su agradecimiento. «Hacedlo todo —repite San Pablo— en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de él a Dios Padre» (CI 3, 17). Pero

esto que es necesidad espontánea de corazones delicados, es un deber descuidado muchas veces hasta por los buenos, hasta por los más beneficiados. Jesús se lamenta de ello cuando, después de haber curado a diez leprosos, sólo uno regresó a agradecerse: «Los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?» (Lc 17, 17. 18). Los ingratos fueron precisamente los nueve judíos connacionales del Salvador, que tenían una posición privilegiada frente a aquel extranjero. Muchas veces los mismos, que Jesús ha llamado a vivir cabe él dándoles una vocación de privilegio, son los menos agradecidos. Como si la multiplicidad de las gracias recibidas embotase su sensibilidad; como si no advirtiesen ya ni la grandeza ni la gratuidad absoluta de los dones divinos, y así se secase en su corazón la vena espontánea del reconocimiento. «¡Oh —exclama Sta. Teresa de Jesús—, que a los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña!» (E 3, 2). La ingratitud cede siempre en prejuicio del ingrato, como sucedió a los nueve leprosos, los cuales, no habiendo tornado a dar gracias por su curación, no tuvieron la dicha de escuchar, como el único agradecido, de labios de Jesús: «Tu fe te ha salvado» (Lc 17, 19).

2.— «En toda ocasión presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias» (Fl 4, 6). Si muchas son las necesidades del hombre, más numerosos aún son los beneficios divinos, de que goza sin darse cuenta; por eso a la oración de petición ha de ir siempre unida la de acción de gracias. «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?» (1 Cr 4, 7). La ingratitud, fruto con frecuencia del orgullo, implica un tácito orgullo; porque quien no da gracias, está considerando lo que posee no como don gratuito de Dios, sino como algo propio debido a su capacidad. Hay también quien da gracias sólo con los labios mientras en su corazón atribuye a mérito propio las gracias recibidas o el bien practicado. «¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres» (Lc 18, 11); del contexto evangélico aparece claro que el fariseo está muy lejos de atribuir a Dios el poco bien que puede haber en él.

El agradecimiento acepto a Dios es el que sale de un corazón humilde, convencido de que sólo Dios produce «el querer y el obrar» (Fl 2, 13). Es lo que a diario canta la Iglesia en nombre de todos los hombres, para resarcir la ingratitud de muchos e impetrar la salvación de cada uno. «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno» (MR). La Iglesia declara la gratitud, «deber y salvación»; dar gracias a Dios por sus inmensos beneficios es solicitar el cumplimiento de su obra misericordiosa para la salvación propia y de todo el mundo. Pero esa eficacia queda sólo asegurada cuando se hace «por Cristo nuestro Señor», en unión a él y por sus méritos infinitos. Tal sucede en el Sacrificio eucarístico que es la acción de gracias por excelencia, en el que Cristo, Sacerdote y Víctima, es acción de gracias

viviente al Padre, en nombre de toda la humanidad. «Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo..., te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo» (Pleg. euc. III).

Te alabo, te glorifico, te bendigo, Dios mío, por los innumerables beneficios que me has concedido aunque inmerecidamente; me has ayudado en la incertidumbre, me has levantado en la desesperación.

Alabo tu clemencia que me ha esperado tanto tiempo; tu dulzura que ha sido tu venganza; tu piedad que me ha llamado; tu benignidad que me ha acogido; tu misericordia que me ha perdonado los pecados; tu bondad que se ha manifestado más allá de mis méritos; tu paciencia que ha olvidado las injurias; tu condescendencia que me ha consolado; tu paciencia que me ha protegido; la eternidad que me habrá de conservar; la verdad que me dará la recompensa.

¿Qué diré luego, Dios mío, de tu inefable generosidad? Pues tú llamas al que huye, acoges al que torna, ayudas al que está incierto, armas al que combate, coronas al que triunfa, no desprecias al pecador que ha hecho penitencia, ni te acuerdas de las injurias recibidas...

Soy incapaz de darte la alabanza debida por todos estos beneficios; por eso doy gracias a tu Majestad por la abundancia de tu inmensa bondad, para que multipliques, conserves y recompenses siempre en mí la gracia. (STO. TOMAS DE AQUINO, **Oraciones**).

¡Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, sumo bien, todo bien, todo el bien, que sólo eres bueno! Te doy toda loa, toda gloria, todo honor, toda bendición, y todo bien a ti lo refiero.

Y pues yo mísero y pecador no soy digno de nombrarte, te ruego suplicante para que el Señor nuestro Jesucristo, tu amado Hijo, en el que mucho te complaciste, junto con el Espíritu Santo consolador, te dé gracias como a ti te place, por mí y por todos: él que te basta siempre en todo respecto y por el cual tanto nos has dado. Aleluya. (S. FRANCISCO DE ASIS, **Dichos**).

291. PEDID Y SE OS DARA

«Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1).

1.— «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá» (Mt 7, 7). Jesús nos ha enseñado no sólo a adorar y a dar gracias al Padre celestial, sino también a dirigirse a él con confianza filial en toda necesidad. La oración de petición, más que una demanda interesada, es un reconocimiento práctico de nuestra total dependencia de Dios como criaturas. Su eje, más que la indigencia del hombre, es la providencia paternal de Dios fuente única de la vida y de todo lo que contribuye a su conservación, tanto en el plano natural como en el sobrenatural. Exponer a Dios las propias necesidades equivale a confesar que proviene todo de él y dar testimonio de fe en su bondad y paternidad. Hasta entre los humanos el hijo no duda en pedir a su padre lo que necesita, precisamente porque sabe que puede

contar con él. «¿Hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le da una piedra; o si le pide un pez, le da una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!» (ib 9-11). Jesús desciende a ejemplos tan prácticos justamente para animar a los hombres a recurrir con confianza al Padre celestial. No cabe duda: él escuchará y proveerá mucho mejor que lo pueda hacer el más bondadoso de los padres terrenos. Esta confianza honra a Dios, como lo honra la adoración y la acción de gracias, y honra particularmente su providencia y su paternidad.

Al propio tiempo que insiste Jesús en esta confianza —recuérdese la parábola del amigo importuno (Lc 11, 5-8) y la del juez y la viuda (Lc 18, 1-7)—, recomienda no charlar mucho «como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados», porque «vuestro Padre sabe lo que necesitáis sin pedírselo» (Mt 6, 7-8). Lo que importa no son las muchas palabras, sino la intensidad Interior de la plegaria, intensidad de confianza en Dios que puede expresarse en un sencillo grito del corazón.

2.— Mientras la primera parte del «Padre nuestro» es el módulo perfecto de la oración de adoración y de alabanza, la parte segunda lo es de la oración de petición. En tres breves peticiones se resumen todas las necesidades fundamentales del hombre, presentadas al Padre celestial con sencillez y brevedad esenciales.

«El pan nuestro de cada día dánosle hoy» (Mt 6, 11); el pan representa todo lo que sirve a la vida terrena. No es indecoroso hablar de ello con Dios que es «Padre nuestro», porque hasta la vida del cuerpo es don suyo y sólo sustentándola es posible atender a su servicio. Pero Jesús enseña a ser parcos, a no pedir nada más que lo necesario y a contentarse por lo tanto con lo que basta a la vida de cada día. Todo en perfecta armonía con su consejo: «No os preocupéis del mañana; el mañana se ocupará de sí mismo» (ib 34).

«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (ib 12). El perdón de Dios es necesario al hombre más aún que el pan, no sólo a causa de sus pecados, sino también porque toda su vida no es más que una gran deuda para con el que le ha creado y redimido, y día a día le conserva sus dones. ¿Quién podrá decir que explota suficientemente los talentos recibidos? ¿Quién podrá decir que ama a Dios con todo el corazón y con todas las fuerzas? Sin embargo, el Padre celestial está pronto a condonar generosamente toda deuda a sus hijos, a condición de que ellos sepan a su vez perdonarse mutuamente cualquier ofensa. La petición del perdón es de las más comprometedoras y exigentes.

«Y no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal» (ib 13). El peor mal en que el cristiano puede caer es el pecado, por eso Jesús le enseña a pedir no tanto verse libre de toda tentación cuanto no ceder a ella. Es lo que dijo a los Apóstoles la noche de su entrega: «Velad y orad, para que no

caigáis en tentación» (Mt 26, 41). Como el niño que ante el peligro busca refugio junto a su padre, así el cristiano ante la tentación se refugia en el corazón de Dios. Es hijo y puede contar con el Padre celestial. Con tal que su oración se inspire en la de Jesús, puede hacer cualquier demanda.

¡Oh Señor mío! ¿Cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido y ha sabido guardar lo que le habéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? Pues ¿qué haré, consuelo de los desconsolados y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remediéis? No, por cierto; que Vos, Señor mío y deleite mío, sabiéndolas muchas que habían de ser y el alivio que nos es contarlas a Vos, decís que os pidamos y que no dejaréis de dar. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 5, 1).

Señor, todo lo que te pido, con tal que te lo pida con fe y con confianza de recibirlo, me lo darás, a condición, sin embargo, de que no te pida algo que me sea nocivo... Tú eres padre, un padre omnipotente y sabio, como infinitamente bueno y tierno. Tú hablas a este tu hijo, tan pequeño, que balbuce apenas y camina solamente si lo sostiene tu mano, y le dices: todo lo que me pidas te lo daré, con tal que me lo pidas con confianza. Y luego se lo das con gran facilidad..., cuando sus peticiones son razonables, sobre todo cuando corresponden a tus deseos y a los sentimientos que quieres ver en él, y cuando son conformes a lo que tú mismo deseas... Si te pide fruslerías que sólo pueden dañarle..., se lo rehúas porque lo quieres, pero lo consuelas dándole otros contentos no peligrosos; y lo tomas de la mano para conducirlo no adonde tiene ganas de ir, sino adonde más le conviene. (C. DE FOUCAULD, **La oración del pobre**).

292. SED SOBRIOS Y VELAD

«Úneme, Señor, a tu muerte, para que pueda unirme a tu resurrección» (Rm 6, 5).

1.— La sabiduría «enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza: lo más provechoso para el hombre» (Sb 8, 7). El Antiguo Testamento veía en la sabiduría la fuente de todas las virtudes; el Nuevo, en cambio, atribuye ese oficio a la caridad. En realidad, la caridad, cuando es viva mueve al bien en todos los órdenes, regulando la vida del hombre hasta en sus dimensiones terrenas y en sus relaciones sociales, de modo que nada impida su caminar hacia Dios. En este sentido S. Agustín expone las virtudes cardinales como aspectos particulares del amor. «La templanza es el amor que se mantiene íntegro y puro para Dios; la fortaleza, el amor que lo soporta todo con facilidad por Dios; la justicia, el amor que sirve únicamente a Dios y con ello señorea todas las cosas sujetas al hombre; la prudencia, el amor que discierne lo que le ayuda a ir a Dios de lo que podría impedírselo» (De mor. Eccl. 25). La caridad, que «es el lazo de la unión perfecta» (CI 3, 14), da vida y forma a todas las virtudes morales; y éstas, por otra parte, disponen a la

caridad, facilitando y robusteciendo su práctica. Si el hombre debe amar a Dios con todo el corazón, es claro que debe temprar o moderar los instintos y pasiones que distrayendo y dividiendo sus fuerzas, le impiden orientarlas todas a Dios. Tal es el cometido propio de la templanza.

Hasta tres veces repite S. Pedro en su primera carta el aviso: «Sed sobrios» (1, 13; 4, 7; 5, 8). En la segunda, después de haber recomendado huir «de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia», invita a poner «el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud» (1, 4-6), y entre las primeras virtudes que indica, figura la templanza para el servicio de la caridad. La fe y la caridad son el contenido esencial de la vida cristiana; pero la fe no puede actuar por la caridad (Gl 5, 6), si no es embridada la concupiscencia por la templanza. El morigerado controla y domina sus instintos y pasiones, y vigila que no den pábulo a las tentaciones con que el demonio le induce a pecar. «Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar» (1 Pe 5, 8).

2.— «Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad» (Tt 2, 11-12). La gracia de Dios, manifestada a los hombres por medio de Cristo Salvador, exige que éstos sepan renunciar a los apetitos mundanos, es decir, a los atractivos desenfrenados de los sentidos, que, a causa del desorden producido por el pecado original, buscan su satisfacción al margen de la razón y de la ley. «Las tendencias de la carne son contrarias a Dios; no se someten a la ley de Dios», dice S. Pablo (Rm 8, 7), entendiendo por carne todo lo que es pasión desarreglada. Por el bautismo el cristiano ha muerto al mundo de la carne; y la vida de la gracia, que es vida del espíritu, implica permanecer en ese estado de muerte mediante la práctica asidua de la templanza. «Fuimos con él [Cristo] sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6, 4). Cuando el cristiano mortifica los atractivos de los sentidos y frena los instintos y las pasiones, rehusándoles los placeres ilícitos y moderándoles los lícitos, no hace más que vivir su bautismo, actualizando su muerte en Cristo para llevar en él la vida nueva de la gracia y de la caridad. Se comprende así que la templanza cristiana es una exigencia del bautismo; es llevar a la vida concreta el revestirse «del hombre nuevo» que no puede tener lugar sin el correlativo desnudarse «del hombre viejo» (Cl 3, 9-10), esclavo de la concupiscencia. La templanza se hace así continencia, castidad, modestia, sobriedad; virtudes que no tienen sólo un aspecto negativo, derivado de la necesidad de mortificar todo lo que es desorden, sino también un aspecto positivo que dice libertad, serenidad, orden interior y exterior, por el que el cristiano puede gozar de su nueva vida en Cristo y puede amar a Dios y al prójimo con corazón puro y libre.

Haz, Señor, que yo esté fundado en verdadera y perfectísima caridad, que es madre y nodriza de todas las virtudes...

Oh caridad, tú no eres imprudente, y empleas todas las cosas con gran prudencia. Eres justa, pues das a cada uno lo debido: das a Dios gloria y alabanza a su nombre con las santas virtudes, y al prójimo, benevolencia... Eres fuerte, pues ni la adversidad te puede debilitar por impaciencia, ni la prosperidad por alegría desordenada... Revistes al alma la vestidura de la gracia con toda fortaleza, de modo que ningún golpe te puede desalentar, antes vuelve de rechazo al que lo da. Si el prójimo nos propina injurias, las llevamos pacientemente; si el mundo nos propina placeres y delicias, los recibimos con displacer... Si la impureza quiere asestarnos golpe, se lo asestamos a ella con el perfume de la pureza. Pureza y continencia que hacen al alma angelical e hija entrañable de la caridad. (STA. CATALINA DE SIENA **Epistolario**, 289).

Por cuanto, para buscarte a ti, Dios mío, se requiere un corazón desnudo y fuerte, libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, ayúdame a no coger las flores que encontrare en este camino, o sea, a no pararme en los gustos y contentamientos y deleites que se me pueden ofrecer en esta vida y me podrían impedir el camino, si cogerlos y admitirlos quisiese.

No pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscarte a ti, Dios mío y amor mío, por los montes de las virtudes y trabajos. Y para que esto me sea posible, haz, Señor, que mi alma esté bien enamorada de ti, que te estime mis que a todas las cosas, confiada de tu amor y de tu favor. (Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, **Cántico**, 3, 5.8).

293. DOMINGO XXII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, que me ofrezca a ti como hostia viva, santa, agradable a ti» (Rm 12, 1).

A causa del pecado y de sus consecuencias, el servicio de Dios entraña lucha, renuncia, vencimiento propio. La Liturgia de hoy es una demostración típica de ello. En primer lugar la afligida confesión de Jeremías (20, 7-9) que expresa el profundo sufrimiento de un hombre elegido por Dios para anunciar su palabra y perseguido por ella. El profeta llega a declararse «seducido» por Dios, casi engañado, porque su misión le ha hecho objeto «oprobio y desprecio todo el día» (ib 8). Oprimido por el sufrimiento quisiera sustraerse al querer divino, pero le es imposible: «La palabra era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerla, y no podía» (ib 9). Este misterioso fuego interior, índice del amor de Dios que lo ha conquistado, y aun «seducido», y del carisma profético de que ha sido dotado, lo mueve, contra toda inclinación natural, a proseguir su ingrata misión. Espléndido ejemplo del poder de la acción divina en una criatura débil.

Pero la demostración más autorizada nos viene del Evangelio (Mt 16, 21-27) en el anuncio de la pasión de Jesús, de la que los sufrimientos de Jeremías son una pálida figura. «Desde entonces —es decir, desde la confesión de Pedro en Cesárea— empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho... y ser ejecutado., (ib 21). Con su fogosidad acostumbrada Pedro reacciona al instante. ¿Cómo admitir que el Mesías, el Hijo de Dios vivo, vaya a ser perseguido y ajusticiado? Pedro no hace más que expresar la mentalidad de los hombres de todos los tiempos. En buena lógica humana cuanto mayor es uno, tanto más éxito ha de tener y más ha de ir de victoria en victoria. Pero no es ésta la lógica de Dios ni el pensamiento de Jesús, el cual afirma que «tiene» que sufrir porque así lo ha establecido el Padre para redimir al mundo del pecado. Y Pedro se siente rechazado con dureza: «Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios» (ib 23). ¡Tremendo contraste entre estas palabras y las que ha escuchado en Cesárea cuando la confesión de la mesianidad y divinidad de Jesús! Allí: «¡Dichoso tú!» y la promesa del primado (ib 16-18); aquí el apelativo de «Satanás» y la repulsa. El motivo es uno solo: la oposición a la pasión y muerte del Señor. Es más fácil reconocer en Jesús al Hijo de Dios que aceptar verlo morir como un malhechor. Pero quien se escandaliza de su cruz, se escandaliza de él; quien rechaza su pasión le rechaza a él, porque Cristo es el Crucificado. Y quien sigue a Cristo tiene que aceptar no sólo la cruz de Cristo, sino la propia. Lo dice Jesús en seguida para hacer comprender a sus discípulos que sería una ilusión pensar en seguirlo, pero sin llevar con él la cruz: «El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (ib 24). Después del pecado es éste el único camino de salvación para los individuos y para la humanidad entera.

«Hermanos: os exhorto, por la misericordia de Dios —escribe S. Pablo— a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios» (Rm 12, 1; 2.^a lectura). El cristiano no lleva su cruz a la fuerza; es un voluntario que acepta con amor para hacer de sí mismo un sacrificio «vivo y santo» en unión con el de Cristo, para gloria del Padre y redención del mundo. Pero esto no es posible sin esa profunda transformación de mentalidad que hace pensar «al estilo de Dios» y por eso hace al hombre capaz de «discernir lo que es la voluntad de Dios» (ib 2) y de no escandalizarse en presencia del sufrimiento.

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día... Pero la palabra era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerla, y no podía... Pero el Señor está conmigo, cual campeón valeroso. (**Jeremías**, 20, 7-9 11)

Si quiero vivir contigo, oh Jesús, debo persuadirme de que la vida cristiana está comprendida en ti crucificado, esto es, en el espíritu de renuncia, de sacrificio, en la práctica del total abandono y renuncia de sí; sólo a través del

Calvario se llega a la meta. Si encontramos en este camino dolores y luchas, tú, oh Cristo, nos sostendrás con tu cruz y nos ayudarás con tu gracia. Graba en mi corazón tus palabras: «El que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz y me siga».

Jesús mío, tú tienes una cruz que es demasiado grande para nuestras débiles fuerzas; no podemos nosotros ofrecer tanto a tu amor. Pero acepta, oh Jesús, el ofrecimiento de nuestros dolores, concédenos unirnos a ti en los dolores de tu Pasión para que merezcamos ser unidos a la gloria de tu Resurrección. Jesús mío, durante toda mi vida lleve mi cruz como prenda de tu santo amor y arra de tu benevolencia, y muerto y crucificado al mundo viva la vida de la gracia. (G. CANOVAL, **Suscipe, Domine**).

CICLO B

«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?... El que procede honradamente y practica la justicia» (Sl 14, 1-2).

El tema de la ley de Dios está tratado en la Liturgia de este domingo con singular riqueza. La primera lectura (Dt 4, 1-2. 6-8) presenta la fidelidad a la ley como condición esencial para la alianza con Dios y por ende como respuesta a ese su amor por el que se ha acercado tanto a su pueblo, que es accesible a todo el que le busca o invoca (ib 7). La observancia de los preceptos divinos no oprime ni esclaviza, sino da la verdadera vida fundada en una relación de amistad con Dios para terminar en la posesión de la tierra prometida, figura de la felicidad eterna. «Ahora, Israel, escucha los mandatos... que yo os mando cumplir. Así viviréis y entraréis a tomar posesión de la tierra que el Señor Dios... os va a dar» (ib 1). La práctica de la ley, además, ennoblece al hombre haciéndole partícipe de la sabiduría de Dios que la ha establecido (ib 6), le da la seguridad de caminar en la verdad y en el bien, y el gozo de ser admitido a su presencia. «Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda? —canta el salmo responsorial—. El que procede honradamente y practica la justicia..., no calumnia con su lengua..., no hace mal a su prójimo». En una palabra, el que observa los mandamientos divinos.

La segunda lectura (Sant 1, 17-18. 21b-22. 27) pone el acento en el aspecto interior de la ley, presentándola como «Palabra de la verdad» sembrada en el corazón del hombre para conducirlo a la salvación. «Aceptad dócilmente la Palabra que ha sido plantada y es capaz de salvarnos» (ib 21). La misma palabra divina que ha llamado al hombre a la existencia está impresa en su corazón como norma y guía de su vida. El hombre debe por eso estar interiormente a la escucha para percibirla y llevarla luego fielmente «a la práctica» (ib 22).

Se engañaría a sí mismo el que se contentase con conocer los preceptos divinos sin preocuparse de traducirlos en obras. De ahí se sigue la conclusión de que el punto central de la ley es el amor al prójimo como expresión concreta del amor a Dios: «La religión pura e intachable a los ojos de Dios

Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo» (ib 27).

El Evangelio (Mc 7, 1-8a. 14-15. 21-23) corrobora y completa los conceptos expresados en las lecturas precedentes. Moisés había dicho: «no añadiréis nada ni quitaréis nada, al guardar los mandamientos del Señor vuestro Dios» (Dt 4, 2). Sin embargo un celo indiscreto había acumulado en torno a la ley muchísimas prescripciones minuciosas que hacían perder de vista los preceptos fundamentales, hasta el punto de que los contemporáneos de Jesús se escandalizaban porque sus discípulos descuidaban ciertos lavados de manos, «vasos, jarras y ollas» (Mc 7, 4). Jesús reacciona con energía frente a esa mentalidad formalista: «hipócritas..., dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres» (ib 6.8). Condena todo legalismo, pero quiere la observancia sincera de la ley que es una realidad más esencial e interior, porque «nada que entra de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre» (ib 15). Es hipocresía lavarse escrupulosamente las manos o dar importancia a cualquier otra exterioridad, mientras el corazón está lleno de vicios. Lo interior del hombre es lo que hay que purificar, porque de ahí «salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad» (ib 21-22). Sin purificación del corazón no hay observancia de la ley de Dios, porque ésta mira precisamente a librar al hombre de las pasiones y del vicio para hacerlo capaz de amar a Dios y al prójimo.

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda, y habitar en tu monte santo? El que procede honradamente y practica la justicia; el que tiene intenciones leales y no calumnia con su lengua; el que no hace mal. a su prójimo ni difama al vecino; el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor; el que no retracta lo que juró aun en daño propio; el que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente. El que así obra nunca fallará. (**Salmo 14**).

Danos, Señor hambre y sed de la divina Palabra, que ella es vida para las almas, luz para las mentes, sople vivificador. Tú lo has proclamado: «Las palabras que os digo son espíritu y vida».

¡Oh Biblia santa, oh libro divino! Se encuentran y se funden en ti sublimidad y santidad. Recorrer tus páginas es como pasar a través de las más bellas y seductoras armonías... Pero el punto central en el que sublimidad y santidad se encuentran y desbordan en su plenitud es el Nuevo Testamento, es tu Evangelio, oh Jesús.

La sublimidad del Evangelio no es torrente que pasa e hinche con su voz potente los ecos de las montañas de donde se precipita, sino río tranquilo siempre abundante en sus aguas y siempre maravilloso en su majestad; no es estallido de rayo al que sigue la tormenta, sino el expandirse gradual y plácido de la luz serena, que avanza a su paso, hasta inundar la tierra y los cielos. (JUAN XXIII, **Breviario**)

CICLO C

«Señor, tú revelas tus secretos a los humildes» (Ecli 3, 20).

Las lecturas de este día proponen una meditación sobre la humildad, tanto más oportuna cuanto menos se comprende y practica esta virtud. Ya el Antiguo Testamento (1.^a lectura: Ecli 3, 17- 20, 28-29) habla de su necesidad sea en las relaciones con Dios, sea en las relaciones con el prójimo. «Hazte pequeño en las grandezas humanas, y así alcanzarás el favor de Dios (ib 18). La humildad no consiste en negar las propias cualidades sino en reconocer que son puro don de Dios; síguese de ahí que cuanto uno tiene más «grandezas humanas», o sea, es más rico en dotes, tanto más debe humillarse reconociendo que todo le ha sido dado por Dios. Hay luego «grandezas» puramente accidentales provenientes del grado social o del cargo que se ocupa; aunque nada añadan éstas al valor intrínseco de la persona, el hombre tiende a hacer de ellas un timbre de honor, un escabel sobre el que levantarse sobre los otros. «Hijo mío —amonesta la Escritura—, en tus asuntos procede con humildad, y te querrán» (ib 17). Como la humildad atrae a sí el amor, la soberbia lo espanta; los orgullosos son aborrecibles a todos. Si luego el hombre deja arraigar en sí la soberbia, ésta se hace en él como una segunda naturaleza, de modo que no se da ya cuenta de su malicia y se hace incapaz de enmienda.

Por eso Jesús anatematiza todas las formas de orgullo, sacando a luz su profunda vanidad. Así sucedió cuando, invitado a comer por un fariseo, veía a los invitados precipitarse a ocupar los primeros puestos (Lc 14, 1, 7-14). Escena ridícula y desagradable, pero verdadera. ¿Puede acaso un puesto hacer al hombre mayor o mejor de lo que es? Es precisamente su mezquindad lo que le lleva a enmascarar su pequeñez con la dignidad del puesto. Por lo demás, esto le expone a más fáciles humillaciones, porque antes o después no faltará quien haga notar que ha pretendido demasiado. Es lo que enseña Jesús diciendo: «Cuando te conviden, ve a sentarte en el último puesto... Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltado» (ib 10-11). Puede parecer todo esto algo muy elemental; sin embargo, la vida de muchos, aun cristianos, se reduce a una carrera hacia los primeros puestos. Y no les faltan motivos para justificarlo, a título de bien, de apostolado y hasta de la gloria de Dios. Pero si tuviesen el valor de examinarse a fondo, descubrirían que se trata sólo de vanidad.

Jesús dirige otra lección a su huésped: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote y quedarás pagado» (ib 12). Jesús invierte por completo la mentalidad corriente. El mundo reserva sus invitaciones a las personas que lo honran por su dignidad o de las que puede esperar algún provecho; conducta inspirada en la vanidad y el egoísmo. Pero el discípulo de Cristo debe conducirse al revés: invitar a los «pobres, lisiados, cojos y ciegos, o sea, a gente necesitada de ayuda e

incapaz de «pagar» lo recibido. De este modo podrá decirse no sólo honrado, sino «dichoso», porque le «pagarán «cuando resuciten los muertos» (ib 13-14). Es imposible cambiar la mentalidad hasta este punto si no se está convencido profundamente de que los valores son verdaderos sólo en la medida en que pueden ordenarse a los eternos, y que la vida terrena no es más que una peregrinación hacia la «ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celeste» donde los justos —los humildes, y caritativos— están «inscritos en el cielo» (Hb 12, 22-23; 2.a lectura).

«Inclina, Señor tu oído y escúchame»... Tú inclinas tu oído, si yo no me engrío. Te acercas al humillado y te apartas lejos del exaltado, a menos que no hayas exaltado tú al que se humilló. Oh Dios, inclina hacia nosotros tu oído. Tú estás arriba, nosotros abajo. Tú te hallas en la altura, nosotros en la bajeza, pero no abandonados, pues has mostrado tu amor con nosotros, porque, aun siendo pecadores, Cristo murió por nosotros... «Inclina, Señor, tu oído, y escúchame, porque soy pobre y desvalido». Luego no inclinas el oído al rico, sino al pobre y desvalido, al humilde y al que confiesa; al que necesita misericordia. No inclinas tu oído al hartado y al engreído, al que se jacta como si nada le faltase. (S. AGUSTIN, **In Ps**, 85, 2).

Haz, Señor, que estemos unidos con todos nuestros hermanos, hasta con los más lejanos, hasta con aquellos que tú has tratado de modo muy diferente de nosotros. Enséñanos a amar, a hacer que se aprovechen de nuestras riquezas los hermanos menos favorecidos; haz que los amemos fraternamente, que partamos con ellos nuestros bienes, que corramos a ofrecérselos suplicándolos que los acepten. (Cf. C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el A. T.**).

294. DUEÑOS DE SI

«Concédeme, Señor, mansedumbre y templanza, frutos del Espíritu» (Gl 5, 22).

1.— «"Todo me es lícito"; mas no todo me conviene. "Todo me es lícito"; ¡mas no me dejaré dominar por nada!» (1 Cr 6, 12). Así rebate S. Pablo la pretensión de los que, con excusa de libertad, quieren gozarlo todo, experimentarlo todo. La libertad de las prescripciones de una ley oprimiente, instaurada por Cristo y ratificada por el Apóstol, no puede ser sinónimo de desenfreno.

«Nada de comilonas y borracheras, nada de lujurias y desenfrenos, nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (Rm 13, 13-14). «Todo es lícito» al cristiano; «para los limpios todo es limpio» (Tt. 1, 15), pero a condición de que sirva al bien propio o ajeno y no esclavice a nadie. La libertad de los hijos de Dios tiene un campo más amplio que el de la impureza, le gula o la cólera. «No me dejaré dominar de nada»; es el

programa del que quiere venir a ser dueño da sí para someterse a un único señorío, el señorío liberador de Dios

Como las demás virtudes, también la templanza fue infundida en el cristiano con el bautismo, como capacidad de someter el mundo irracional de los instintos y de las pasiones al espíritu, el espíritu a Dios. El itinerario de la templanza es, pues, un itinerario liberador de todo cuanto puede rebajar al hombre al nivel de la vida animal, para hacer triunfar en él la vida del Espíritu. «los que viven según la carne, apetecen lo carnal; mas los que viven según el Espíritu, lo espiritual» (Rm 8, 5). Regenerado por el Espíritu Santo, el cristiano tiene que saber vivir no según las exigencias sólo del espíritu humano —razón y libertad—E sino según las exigencias del Espíritu divino: amor y entrega a Dios y al prójimo. Este es el aspecto más alto y positivo de la templanza, la cual, arrancando al hombre de lo que es satisfacción egoísta de los sentidos, lo conduce a esa perfecta armonía entre espíritu y materia que le permite progresar con rapidez en la caridad, derramada en él por el Espíritu Santo. «Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz» (ib 6).

2.— Hablando de las cualidades necesarias al, que ha sido llamado a presidir las comunidades cristianas, dice S. Pablo: «no (sea) colérico..., no violento..., sino dueño de sí» (Tt 1, 7-8), «moderado, enemigo de pendencias» (1 Tm 3, 3). El dominio de sí es fruto de la templanza, la cual refrena la ira, la cólera y la violencia. El cristianismo no quiere formar débiles o cobardes, en los que toda reacción vivaz está apagada y todo gesto varonil destruido; quiere personalidades fuertes, capaces de dominar todo exceso de cólera. Templanza y fortaleza no se anulan mutuamente, sino concurren a formar al cristiano «dueño de sí»: manso y pacífico en las relaciones con el prójimo, pero para hacerse violencia a sí mismo, para señorear las pasiones y los altibajos del humor. Exáctamente al contrario del prepotente y colérico que se impone a los más por la violencia, pero interiormente es débil y sin vigor para frenarse a sí mismo y plegarse a la mansedumbre evangélica.

«No hagas nada en un arrebató de violencia» (Ecli 10, 6), porque «el iracundo pronto está lleno de necedad» (Pr 14, 29). Y la primera es la de dejarse ofuscar la mente por la cólera, exponiéndose a realizar acciones desconsideradas. En efecto, «la mira del hombre no obra la justicia de Dios» (Sant 1, 20). Cuando el corazón está trastornado por el arrebató de la cólera, es imposible discernir lo verdadero y lo bueno, es imposible darse cuenta de la voluntad de Dios. Sólo en la calma y paz interior, puede el hombre percibir las invitaciones del Espíritu Santo y hacerse disponible á su acción.

Juan XXIII escribía en su diario: «Conservar mi paz, y en la paz un gran fervor; no apartarme de ningún modo del sistema que me aconseja humildad y mansedumbre en todo, aunque sienta cualquier impulso o tentación en contra; mansedumbre que no es en manera alguna pusilanimidad» (*El diario del alma*, 1939). Es un eco de las frecuentes exhortaciones de S. Pablo a los cristianos a portarse «con toda humildad y mansedumbre» (Ef 4, 2) y a ser

«apacibles, mostrando una perfecta mansedumbre con todos los hombres» (Tt 3, 2). Por lo demás templanza y mansedumbre se cuentan entre los frutos del Espíritu Santo (Gl 5, 22).

Señor Dios, Padre omnipotente, Jesús, bueno, ten piedad de mí pecador y concédeme el perdón de mis pecados. Haz que me guarde de todas las asechanzas de mis enemigos, de las tentaciones y de los deleites nocivos, y los vengas; haz que me abstenga resueltamente de pensar y hacer lo que tú prohíbes; haz que te sirva y te ame cuanto tú quieres y que viva según tu voluntad. Dame, Señor, la compunción del corazón, la práctica de la piedad, la virtud de la humildad... Dame la inteligencia, el amor, y el gusto de tus mandamientos, la facilidad y el éxito en guardarlos, y una incansable perseverancia en aspirar a cosas grandes; haz que progrese con humildad y que jamás torne atrás.

No me abandones, Señor, ni a la humana debilidad o ignorancia, ni a mis méritos, ni a ninguna otra cosa, sino a tu voluntad. Dispón tú benévolamente, Señor, de mí y de todos mis pensamientos y acciones según tu beneplácito, para que por mí, en mí y de mí se haga sólo y siempre tu voluntad. (S. ANSELMO, **Orationes**, 11).

Haz, Señor, que nos revistamos de concordia, manteniéndonos en el espíritu de humildad y continencia, apartados muy lejos de toda murmuración y calumnia, justificados por nuestras obras y no por nuestras palabras... Nuestra alabanza ha de venir de ti, oh Dios, y no de nosotros mismos, pues Dios aborrece a los que se alaban a sí mismos. El testimonio de nuestra buena acción sea dado, por otros, como lo fue dado a nuestros padres que fueron justos. El descaro y la arrogancia y la temeridad dicen con los maldecidos por Dios; la modestia y la humildad y la mansedumbre con los bendecidos por Dios. Ayúdanos a ver cuáles son los caminos para alcanzar esta bendición...; y a llevar a cabo toda obra buena con fervor y generosidad de ánimo. (S. CLEMENTE ROMANO, **1 Corintios**, 30-31. 33).

295. A LA CONQUISTA DEL REINO

«Tú, Señor, me ciñes de valor y me enseñas un camino perfecto» (Sl 17, 33).

1.— La fortaleza, según S. Agustín, es «el amor que lo soporta todo con facilidad por Dios» (De Mor. Eccl. 25). El cristiano que ama a Dios con todo el corazón se hace capaz de afrontar cualquier dificultad, y de abrazar y aguantar cualquier sacrificio. Justamente porque es el código del amor, es también el Evangelio el código de la fortaleza. Sus primeras páginas presentan la figura fuerte y generosa del Precursor, que sin miramientos ni temores humanos, predica a todos la penitencia. Cuando quiera Jesús al hacer su elogio, dirá: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?» (Mt 11, 7). El Bautista no es un endeble que fluctúa ante las

dificultades, sino un hombre entero que por celar la ley de Dios, no teme caer en desgracia de Herodes y sabe afrontar con valor el martirio.

Había dicho Juan, contraponiéndose al Mesías: «Yo os bautizo con agua, pero viene el que es más fuerte que yo... El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego» (Lc 3, 16). Es presentado Jesús como el «más fuerte», porque en él está la fortaleza y el poder de Dios. Hasta Isaías, que da tanto relieve a la mansedumbre del Salvador —«no vociferará..., caña quebrada no partirá...», (42, 2-3)— predice su fortaleza: será el «Dios poderoso» (9, 5), «reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza» (11, 2). Antes que comience Jesús su predicación, lo describe el Evangelio en lucha gigantesca contra su mayor enemigo: Satanás. Siendo nosotros tan débiles, es consolador pensar que el Señor ha querido humillarse hasta sufrir la tentación, y no lo es menos comprobar su fortaleza y su victoria. «¡Apártate, Satanás!... Entonces el diablo le dejó, y he aquí que se le acercaron unos «ángeles y le servían» (Mt 4, 10-11).

Fuerza y mansedumbre se funden en Cristo sin fricción, como un reflejo perfecto de la fuerza y suavidad de Dios. Una y otra deben resplandecer en el cristiano que va en pos de él.

2.— Evangelio presenta la vida cristiana bajo el aspecto, de una conquista que requiere fortaleza, valor y ardimiento. «El Reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo conquistan» (11, 12). Aun queriendo ver en esta frase una alusión a las hostilidades diabólicas que se ensañan contra el Reino de Dios, es siempre verdad que cuantos quieran ganarlo, deberán luchar con energía para vencer las fuerzas contrarias y superar los obstáculos que se interpongan a su intento.

El yugo suave y la carga liviana de que habla Jesús (ib 30) no autorizan la interpretación de un pseudocristianismo edulcorado y afeminado que dispensa de toda lucha y se reduce a vanos suspiros. El yugo del Señor es efectivamente suave y liviano, pero sólo en proporción del amor auténtico, y por lo tanto varonil, que anima al cristiano; porque es propiedad del amor hacer fácil y suave lo más dificultoso y áspero. No en vano dijo Jesús sin atenuantes: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición... Mas ¡qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la Vida; y son, pocos los que la encuentran» (Mt 7, 13-14). El cristianismo es para valientes, para fuertes que no se atemorizan ni se rinden por las dificultades del camino.

Toda la tradición cristiana presenta el seguimiento de Cristo como una milicia o un combate. S Pablo habla sin más de la armadura que debe revestir el cristiano para salir victorioso: «...tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneros firmes» (Ef 6, 13). Y las armas son las siguientes: el cinturón de la verdad, la coraza de la justicia, el calzado del celo, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y, en fin, «la espada del Espíritu, que es la Palabra de

Dios» (ib 14-17). Así armado puede el cristiano luchar como valiente, pero sin descuidar la oración, porque sólo Dios puede darle la victoria. «Siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos» (ib 18).

¡Oh Señor, hazme posible por tu gracia lo que me parece imposible por naturaleza. Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y cómo luego soy derribado con pequeña contradicción. Séame, Señor, por tu nombre muy amable cualquier tribulación y deséela yo; porque el padecer y ser perseguido por amor tuyo me es de gran utilidad.

Mira, Señor, mi bajeza y fragilidad que en toda ocasión se manifiestan... Pluguiése ya a ti, fortísimo Dios de Israel... mirar el trabajo y aflicción de tu siervo y estar con él en todo y por todo dondequiera que fuere. Esfuérmame con fortaleza celestial de manera que ni el hombre viejo, ni la miserable carne, aún no bien sujeta al espíritu, pueda enseñorearme; contra la cual es preciso pelear en tanto que vivimos. (**Imitación de Cristo**, III, 21, 5; 22, 2-3).

Señor, Dios de los ejércitos, que nos habéis dicho en el Evangelio: «No he venido a traer la paz sino la espada», ármame para la lucha; ardo en deseos de combatir por tu gloria. Pero te ruego que fortalezcas mi valor. Entonces podré exclamar con el santo rey David: «Tú solo eres, Señor, mi escudo y el que adiestra mis manos para el combate». ¡Oh, Amado mío! Comprendo a qué combates me destináis; no lucharé en los campos de batalla... Mi espada es el amor; con él arrojaré del reino al extranjero, y os haré proclamar Rey de las almas (**Oraciones** 7).

¡Qué gracia más grande, Dios mío, cuando por la mañana no sentimos ningún ánimo, ninguna fuerza para practicar la virtud! Entonces es el momento de poner «la segur a la raíz del árbol»... El amor todo lo puede: «las cosas más imposibles no le parecen difíciles». ¡Oh Jesús! Tú no miras tanto a la grandeza de las obras, ni siquiera a su dificultad, cuanto al amor con que tales obras se hacen. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Carta** 40).

296. SOLO DIOS ES FUERTE

«Señor, mi fuerza y mi escudo, en ti confía mi corazón» (Sl 27, 7).

1.— Dios es el «campeón invencible» que «avanza en la plenitud de su fuerza» (Is 42, 13; 63, 1). Con su poder crea y gobierna el universo; afirma los montes y calla el estruendo de los mares (Sl 64, 7-8), así como dirige a los hombres. «Con su poder gobierna eternamente; sus ojos vigilan a las naciones, para que no se subleven los rebeldes» (Sl 65, 7). El Antiguo Testamento está lleno de descripciones entusiastas del poder de Dios, atributo suyo exclusivo y del que es celoso. «No se alabe el sabio por su sabiduría, no se alabe el valiente por su valentía... Mas en esto se alabe el que se ataba: en conocerme», dice el Señor (Jr 9, 22-23). Al pueblo de Israel que el Señor «con la fuerza de su brazo» libró de Egipto y lo condujo a través del

desierto hacia la tierra prometida, se le dirige la siguiente exhortación: «No digas en tu corazón: "Mi propia fuerza y el poder de mi mano me han procurado esta prosperidad"; sino acuérdate del Señor tu Dios, que es el que te da la fuerza» (Dt 8, 17-18). Si el hombre puede algo, es sólo porque Dios le infundió un poco de su fuerza o, mejor, porque pone su fuerza a disposición del que confía en él. A medida que el hombre reconoce su debilidad y recurre a Dios con confianza, encuentra en él su apoyo. «Estoy seguro y sin miedo —dice Isaías—, pues el Señor es mi fuerza y mi canción, él es mi salvación» (12, 2). Jeremías invoca: «¡Oh Señor, mi fuerza y mi baluarte, mi refugio en día de apuro» (16, 19). El salmista canta: «No vence el rey por su gran ejército, no escapa el soldado por su mucha fuerza... Nosotros aguardamos al Señor; él es nuestro auxilio y escudo» (Sl 32, 16, 20), y no se cansa de decir: «Yo cantaré tu fuerza..., porque has sido mi alcázar y mi refugio en el peligro» (Sl 58, 1). Dios, el único que posee la fuerza en propiedad, no es avaro de ella y la presta de grado al hombre, a condición de que éste, consciente de su debilidad, recurra a él con confianza. «Así dice el Señor...: en la confianza estará vuestra fuerza» (Is 30, 15).

2.— Las ideas fundamentales sobre la fuerza de Dios y la debilidad del hombre son reasumidas y completadas en el Nuevo Testamento, donde Jesús encarna la fuerza divina y es su mediador para con los hombres. El, «poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo» (Lc 24, 19), declaró: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). Habiendo recibido del Padre la fuerza, está dispuesto a comunicarla a los que creen en él y a él recurren con confianza, particularmente a cuantos llamará al apostolado. Después de haber elegido a los Doce, «les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para curar enferme edades» (Lc 9, 1). A los mismos, antes de subir al cielo, les prometerá que serán «revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49), y más explícitamente: «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (He 1, 8). El comienzo del ministerio de los Apóstoles lleva enseguida la impronta de la fuerza divina de que han sido dotados. Pedro, el que de miedo a una mujer había negado a su maestro, luego de Pentecostés habla con valor y crudeza al pueblo denunciando la condena injusta de Jesús (He 2, 36). La debilidad del pescador se ha transformado por el Espíritu en fortaleza de Apóstol.

La fortaleza es virtud cristiana, no en cuanto que la naturaleza haya dotado al individuo de un carácter más o menos animoso, sino en cuanto que Dios, por el bautismo, le ha infundido una participación de su fuerza divina. Sólo ésta es fortaleza sobrenatural y, por lo tanto, apta para vencer las dificultades inherentes a la vida cristiana. La fortaleza infusa puede y debe ser ayudada por las cualidades naturales, pero no confundida con ellas. Frecuentemente un individuo fuerte por naturaleza, capaz de actos valerosos a nivel humano, es débil cuando se trata de mantenerse fiel a Dios y a los propios deberes. Y no es raro que un tímido por naturaleza se haga fuerte cuando deja obrar en él a la fuerza de Dios. «Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para

confundir a los sabios..., para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios» (1 Cr 1, 27.29).

Tú eres Santo, Señor Dios único, que haces maravillas. Tú eres fuerte, Tú eres grande, Tú eres altísimo. Tú eres Rey omnipotente, Tú eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra... Tú eres, el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios, vivo y verdadero. Tú eres caridad y amor, Tú eres sabiduría. Tú eres humildad, Tú eres paciencia, Tú eres seguridad. Tú eres quietud, Tú eres gozo y alegría... Tú eres todas nuestras riquezas a satisfacción. Tú eres hermosura, Tú eres mansedumbre. Tú eres protector, Tú eres custodio y defensor. Tú eres fortaleza, Tú eres refrigerio. Tú eres esperanza nuestra, Tú eres fe nuestra. Tú eres la gran dulcedumbre nuestra. Tú eres la vida eterna nuestra, grande y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso Salvador. (S. FRANCISCO DE ASIS, **Escritos**, III).

Dios eterno, tú viste la fragilidad de esta nuestra naturaleza humana, cuán débil es, frágil y miserable; por eso tú, proveedor supremo, que de todo has provisto a tu criatura, remediador óptimo que para todo has dado remedio, nos diste la roca y alcázar de la voluntad, acompañándola con la debilidad de la carne; voluntad tan fuerte, que ni el demonio, mi criatura alguna la puede vencer si nosotros no queremos, esto es, si el libre albedrío, en cuyas manos está esa fortaleza, no consiente.

¡Oh bondad infinita! ¿De dónde viene tanta fortaleza a la voluntad de tu criatura? De ti, suma y eterna fortaleza. De donde veo yo que participa de la fuerza de tu voluntad, porque de tu voluntad hiciste la nuestra. De ahí concluimos que nuestra voluntad es tanto más fuerte, cuánto más sigue la tuya, y tanto más débil, cuanto de ella más se aparta; porque a semejanza de tu voluntad hiciste la nuestra, por eso es tanto lo que en la tuya se fortalece... En nuestra voluntad, Padre eterno, demuestras la fortaleza de tu voluntad, pues si a un miembro tan insignificante le has dado tanta fortaleza, ¿cuánta estimamos será la tuya, que eres Creador y Gobernador de todas las cosas? (STA. CATALINA DE SIENA, **Oraciones y elevaciones**).

297. ¡NO TEMÁIS!

«Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla...; tú eres mi auxilio, Señor» (Sl 26, 3-9).

1.-- Jesús, que es «el más fuerte», venido para abatir el reino de Satanás en el mundo, puso un cuidado especial en formar a sus discípulos en la fortaleza, previniéndolos contra toda suerte de peligros.

En el lago, cuando arrecia la borrasca y le despiertan asustados los discípulos gritando: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!», el Maestro les reprende: «¿Por qué estáis con miedo, hombres de poca fe?» (Mt 8, 25-26). La fe elimina todo temor. ¿Qué puede temer el que cree firmemente en Dios y está seguro de su ayuda omnipotente?

Jesús no oculta a sus discípulos que encontrarán enemigos y serán perseguidos como lo es él, pero les exhorta a portarse impávidamente: «Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más» (Lc 12, 4). El cristiano debe confesar su fe aun cuando ello pueda costarle la vida; por mucho que valga la vida terrena, la eterna vale infinitamente más, y ésa ningún hombre se la puede arrebatarse. El que da testimonio de Cristo delante de los hombres, se asegura el testimonio de Cristo delante del Padre; la vida eterna será su recompensa. El discípulo de Cristo no debe, pues, amedrentarse ante sus enemigos o jueces. «Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo os defenderéis o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir» (ib 11-12), y le inspirará cómo portarse. Contar con él con absoluta certeza es el secreto que da intrepidez a los mártires.

«No temas, pequeño rebaño —concluye Jesús— porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (ib 32). Aunque pocos, indefensos y perseguidos, los discípulos de Cristo están siempre rodeados por el amor del Padre que los ha elegido para hijos suyos y los ha destinado a tener parte en su reino eterno. Para ellos es su gracia y su protección omnipotente; cuanto más se refugian en él, más fuertes serán.

2.— La fortaleza cristiana es una de las virtudes más recomendadas por el Concilio Vaticano II. Los seminaristas «fórmense en la reciedumbre de espíritu» (OT 11); los religiosos cultiven de modo especial esa virtud (PC 5); el misionero tiene que «atreverse a hablar de él (Cristo) como conviene, sin avergonzarse del escándalo de la cruz» y para eso debe pedir a Dios «valor y fortaleza» (AG 24). En fin, el Concilio «da profundamente gracias a Dios, que no deja de suscitar aun en nuestros días seculares de heroica fortaleza en medio de las persecuciones» (AA 17). No son pocos, en efecto —sacerdotes y fieles—, los que hoy, un poco por doquier, sufren por la fe. Teniendo presente esta situación, la Iglesia no ha dudado en incluir la perspectiva del martirio en el cuadro de la santidad universal propuesta a todos los creyentes: «El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro... y se conforma a él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor» (LG 42). El martirio es la máxima expresión de la fortaleza cristiana animada por la caridad y, si bien no a todos se les pide, debe estar incluido en la visual de todo fiel. El cristiano es un mártir en potencia, consagrado tal por el bautismo y la confirmación, los cuales, infundiéndole la virtud de la fortaleza, lo hacen capaz de sacrificar, si fuere preciso, la misma vida por la fe. Y es significativo que el Concilio antes de presentar el martirio como acto del cristiano, lo presente como «don insigne» de Dios. Don de Dios, porque sólo él puede dar la fuerza de afrontarlo, pero también don porque es grandísimo privilegio ser llamado a pagar tributo a la muerte no por precisión natural, sino por la causa de Dios, en testimonio de fidelidad.

Esto no quita que cuando la persecución amaga y el peligro es inminente, sea el hombre presa de miedo y angustia. La fortaleza cristiana no dispensa de esta experiencia dolorosa, pero capacita para superarla poniendo los ojos en Cristo. Asociado a él, el cristiano encuentra la fuerza para «seguirle por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia (LG 42). A sus discípulos perseguidos les repite el Maestro: «¡Animo! Yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33).

Señor, que yo esté firme frente al mundo, firme en las tribulaciones, firme contra los obstáculos de las tentaciones. Ayúdame a no extraviarme..., de modo que te posea a ti y posea la caridad. Haz que yo no sea arrancado de los miembros de tu esposa, (fa Iglesia), no sea arrancado de la fe, de modo que pueda gloriarme en tu presencia; y así permaneceré unido tranquilamente a ti, ahora por la fe y luego por la visión de la cual tengo un arra preciosa en el don del Espíritu Santo, (S. AGUSTIN, **In 1 Jn**, 9, 114)

Dios mío, haz que no me acuerde más de mí para ver si perderé o ganaré; que sólo mire a servir y contentar a Vos. Y porque sé el amor que tenéis a vuestros criados, gusto de dejar mi sabor y bien, por contentaros en servirlos y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mejor término que puedo. Ni me acuerdo si perderé yo; la ganancia de los prójimos tengo presente, no más. Por contentaros más a Vos, Dios mío, quiero olvidarme a mí por ellos y perder la vida en la demanda, como hacían los mártires. (Cf. STA. TERESA DE JESUS, **Conceptos de amor de Dios**, 7, 5).

¡El martirio! He aquí el sueño de mi juventud. Ha ido creciendo conmigo bajo los claustros del Carmelo. Mas veo que... este sueño mío es una locura, pues no me limitaría a desear un género determinado de martirio. Para satisfacer mis ansias necesitaría padecerlos todos... Quisiera ser flagelada y crucificada como tú, Esposo mío adorado. Quisiera morir despellejada como San Bartolomé, y sumergida en aceite hirviendo como San Juan. Desearía sufrir todos los suplicios impuestos a los mártires. Con Santa Inés y Santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la cuchilla, y con Santa Juana de Arco, mi hermana querida, pronunciar dulcemente tu nombre en medio de la hoguera, ¡oh Jesús!... Al pensar en los tormentos que padecerán los cristianos en tiempo del Anticristo, mi corazón salta de gozo, y desearía que me fueran reservados tales tormentos... ¡Jesús! ¡Jesús! Si fuese a escribir todos mis deseos, tendrías que prestarme el Libro de la Vida; en él están consignadas las acciones de todos los santos, y estas son las acciones que yo hubiera querido realizar por ti. (STA. TERESA DEL N. J., **Manuscrito Autobiográfico B**, XI 12).

298. FUERTES Y MAGNÁMIMOS

«¡Espero en ti, Señor! Que sea yo valiente y tenga ánimo. ¡Espero en ti!» (SI 26,14)

1.— S. Ignacio de Antioquía, condenado a las fieras, suplicaba que nadie se interpusiese para salvarle la vida: «No me procuréis otra cosa fuera de permitirme inmolar por Dios... Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Cristo» (A los Rom. 2. 4). Este gran mártir, había tomado en serio las palabras del Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8, 34-35). El deseo del martirio tiene que tener un puesto en el corazón de todo cristiano, no para alienarlo con el pensamiento de un heroísmo que tal vez nunca le será pedido, sino para moverlo a la magnanimidad y a la generosidad en todos los aspectos de su vida. El cristiano que se reserva y procura dar a Dios lo mínimo indispensable, para no traicionarlo, que está más atento a evitar la cruz que a llevarla, más a defenderse que a negarse, más a salvar la vida que a entregarla, no es verdadero discípulo de Cristo. Si no le es dado testimoniar su amor y su fe con el martirio cruento, debe testimoniarlos abrazando con corazón generoso todos los deberes que el seguimiento de Cristo le impone, sin retroceder frente al sacrificio.

S. Pablo escribía a los Colosenses: «no dejamos de rogar por vosotros... [para que seáis] confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia y magnanimidad» (1, 9.11). Fortaleza y magnanimidad se dan la mano y son ambas fruto de un amor intenso. Si la vida diaria está hecha ordinariamente de cosas pequeñas y de deberes humildes, el cristiano debe cumplirlos con un corazón grande, con el deseo de hacer mucho por Dios, de hacer lo más posible. Una conducta magnánima en los deberes cotidianos, por triviales y monótonos que sean, dispone a realizar cosas arduas y actos heroicos cuando Dios lo pida. «Sed fuertes y valientes de corazón los que esperáis en el Señor» (SI 30, 25).

2.— Estoy avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (FI 4, 12-13). Tal es la actitud de la magnanimidad: no excluir nada de la propia vida, abrazarse a cualquier situación, allanarse a cualquier fatiga, tentarlo todo con la ayuda de Dios contando con su auxilio.

Sta. Teresa de Jesús exhorta a fomentar deseos generosos y a emprender por el Señor cosas grandes, cuando se advierte que es ésa su voluntad. «Quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí; y no he visto a ninguna de éstas que quede baja en este camino, ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos» (V 13, 2).

La magnanimidad cristiana no se funda en las fuerzas del hombre, sino en la fuerza de Dios; se aviene, pues, muy-bien con la humildad y desconfianza de sí, y aun las presupone. Su lema es el del Apóstol: «soy el último de todos» (1 Cr 15, 8), pero «todo lo puedo en Aquel que me conforta». El magnánimo no se deja engañar de esa falsa humildad que, a pretexto de evitar el orgullo, teme empeñarse en acciones generosas o comprometerse en obras arduas y se echa atrás prefiriendo un pasar tranquilo y cómodo. «El amor perfectísimo —enseña Sto. Tomás— emprende las cosas más difíciles» (III Sent. D 29, a 8, q III, s 2). Cuando se hace esto con recta intención, mirando sólo el beneplácito y gloria de Dios y sin apartarse de la línea de la obediencia, el peligro de orgullo no existe; en cambio, puede ser sutil el no querer expone por temor al fracaso. Los cristianos no buscan la grandeza propia, sino la de Dios, si ven que Dios puede ser exaltado por la humillación de ellos, no la huyen. Con tal que el Señor sea servido, aceptan vivir «en la gloria e ignominia, en calumnia y en buena fama; como tristes, pero siempre alegres..., como quienes nada tienen, aunque todo lo poseen» (2 Cr 6, 8.10).

¿Qué hace, Dios mío, quien no se deshace toda por Vos? ¡Y qué de ello, qué de ello, qué de ello —y otras mil veces lo puedo decir—, me falta para esto! Por eso no había de querer vivir..., porque no vivo conforme a lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en servirlos! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí. El, que puede, lo remedie.

¡Oh Señor! No hacemos cosa que sea nada por Vos. Salvo si unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo —que parece un pájaro se las llevara con el pico—, no tenemos por gran efecto y mortificación; que de algunas cosas hacemos caso que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas. Yo soy ésta, y olvidaré las mercedes a cada paso. No digo yo que no las tendrá Su Majestad en mucho, según es bueno; mas querría yo no hacer caso de ellas, ni ver que las hago, pues no son nada.

Mas perdonadme, Señor mío; y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. ¡Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes! Si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros; mas no valgo nada, Señor mío. Ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis (**Vida** 39, 6. 13).

¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible a quien ama! ¡Oh, dichosa alma que ha llegado a alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguna teme, a cuento de servir a tan buen Esposo y Señor! (STA. TERESA DE JESUS, **Conceptos de amor de Dios**, 3, 4).

299. PACIENCIA A TODA PRUEBA

«Señor, guía mi corazón hacia tu amor y la paciente espera de Cristo» (2 Ts 3, 5).

1.— «Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad, el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia... Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones porque la venida del Señor está cerca» (Sant 5, 7-8). En la vida no se encuentran sólo dificultades que con un poco de coraje se puedan vencer de una vez por todas; muchas veces se trata de tribulaciones físicas o morales, o de penosas situaciones ambientales, permanentes a las que no es posible sustraerse y que es precisé soportar con paciencia, hasta que Dios disponga otra cosa. El sufrimiento, de un modo u otro, acompaña al hombre toda la vida. ¡Dichoso quien comprende su valor y sabe recabar de él un tesoro para la eternidad! Como el labrador espera con paciencia el fruto de la tierra, así el cristiano debe aguantar en las tribulaciones esperando la venida del Señor; en aquel día —el último día— los sufrimientos soportados por amor de Dios darán su fruto, la gloria del cielo.

Cristo, dice el Vaticano II, «padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento, la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido» (GS 2). El camino que Cristo ha abierto al hombre con su pasión es el de la paciencia cristiana, la cual santifica la vida y la muerte y les da un significado nuevo: hoy participamos en el sufrimiento expiatorio del Señor, y mañana participaremos en su gloria. De este modo el dolor no es un enigma que aplasta al hombre y lo atormenta hasta la desesperación, sino que se convierte en motivo de esperanza y de gozo, porque es prenda de vida eterna.

Se comprende así por qué S. Pablo ha podido escribir: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación... Pues así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunde también por Cristo nuestro consuelo» (2 Cr 1, 3-5).

2.— Sto. Tomás enseña que «el acto de la fortaleza no es agredir, sino resistir, esto es, estar firmes en el peligro» (S. T. 2-2, 123, 6). La resistencia en la lucha la vida terrena es una larga lucha— exige, en efecto, gran fuerza de ánimo; resistir es más duro que atacar. Para animar a la resistencia S. Pablo invita a tener «fijos los ojos en Jesús..., el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia... Fijaos en aquel que soportó la contradicción..., para que no desfallezcáis faltos de ánimo» (Hb 12, 2-3). El cristiano puede encontrarse abrumado de tribulaciones, fatigas y contrariedades oprimientes por su peso y por su duración; tal vez entonces se abate y está tentado de entregar las armas y abandonar el campo. No

sucedará eso si tiene los ojos fijos en Cristo paciente. Sin él todo sufrimiento y combate son inútiles, pero con él son medio para conquistar el gozo y la gloria eterna para sí y para los otros. El ejemplo del Señor sostiene y conforta; pero hay que resistir como él «hasta llegar a la sangre» (ib 4). Esa ha de ser la medida de la paciencia cristiana.

«Ya que Cristo padeció en la carne —dice S. Pedro—, armaos también vosotros de este mismo pensamiento» (1 Pe 4, 1), pensamientos de aceptación de la voluntad de Dios, de paciencia y de fortaleza. Y esto no sólo en las tribulaciones externas producidas por los hombres, sino también en las internas y estrictamente personales, permitidas únicamente por Dios. Con frecuencia es más arduo sostener luchas interiores que batallas exteriores, soportar serenamente una larga enfermedad que reduce a la impotencia que afanarse por las necesidades de la vida o por hacer el bien. Aunque a una luz humana ciertos sufrimientos puedan parecer injustos y no merecidos, dentro del plan de Dios tienen un por qué y están ordenados infaliblemente al bien «de los que le aman» (Rm 8,28). «Porque bella cosa es tolerar penas, por consideración a Dios, cuando se sufre injustamente. ¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis faltado?» (1 Pe 19-20). El mismo Jesús sufrió injustamente, y «no está el discípulo por encima de su maestro» (Mt 10, 24).

La paciencia es una virtud tan apacible y necesaria a nuestra salud, que sin ella no podemos agradarte, oh Dios, ni recibir el fruto de nuestras fatigas, que tú permites para nuestra salvación... Esta virtud... demuestra que el alma con la luz de la fe santísima ha visto y conocido que tú no quieres más que su bien, y que lo que nos das o permites en esta vida, nos lo das para nuestra santificación... Oh alma mía, ¿y quieres dolerte de tu bien? No puedes ni debes dolerte de ello, sino que has de soportarlo realmente para gloria y alabanza del nombre de Dios.

La paciencia florece en dulzura en medio del corazón; es fuerte y repudia toda impaciencia y congoja; es longánima y perseverante y por ninguna fatiga vuelve la cabeza atrás a mirar lo ya arado, sino va siempre adelante siguiéndote a ti, humilde Cordero, cuya paciencia y mansedumbre fue tanta, que tu grito no fue oído por ninguna murmuración. La paciencia se conforma contigo Crucificado porque se arma con tu doctrina; se sacia de oprobios. Señorea la ira, pisoteándola con la mansedumbre. No se cansa por ninguna fatiga, porque está unida a la caridad... Da largamente; nada hay tan caro a ella que no lo dé, privándose de ella con buena paciencia, como ebria de tu sangre, oh Cristo crucificado. Se pierde a sí misma, y cuanto más se pierde, más se encuentra unida y confirmada en tu dulce voluntad. (STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 355, v 5).

Oh Cristo Crucificado, tú me bastes, y contigo pene y descanse... Que crucificado interior y exteriormente contigo, viva en esta vida con hartura y satisfacción de mi alma, poseyéndola en la paciencia.

Que ame mucho los trabajos y los tenga en poco por caerte en gracia a ti, oh Señor, que por mí no dudaste en morir. (S. JUAN DE LA CRUZ, **Dichos**, b, 13. 8. 15).

300. DOMINGO XXIII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«¡Haznos volver a ti, Señor, y volveremos!» (Lm 5, 21).

Para ordenar la meditación de los textos bíblicos de la Liturgia dé hoy puede tomarse como punto de arranque la segunda lectura (Rm 13, 8-10): «A nadie le debáis nada, más que amor» (ib 8). Es ésta la gran deuda que cada uno debe apresurarse a saldar; deuda, porque el amor mutuo es exigencia de la naturaleza humana y porque Dios mismo ha querido tutelar esa exigencia con un mandamiento extremadamente importante, síntesis de toda la ley: «el que ama tiene cumplido el resto de la ley» (ib). Todos los preceptos —negativos o positivos— que regulan las relaciones entre los hombres culminan en el amor. Amor ordenado no sólo al bien material de los hermanos, sino también al espiritual y eterno. Como cada cual quiere para sí la salvación, así está obligado a quererla para los otros; y aun es condición para su misma salvación personal.

Sobre este punto se detiene la primera lectura (Ez 33, 7-9). Dios ha constituido a Ezequiel centinela de su pueblo y le dice: «Si... tú no hablas, poniendo en guardia al malvado, para que cambie de conducta, el malvado morirá por su culpa, pero a ti te pediré cuenta de su sangre» (ib 8). Es siempre la gran responsabilidad del que tiene cometido semejante al del profeta: pastores del pueblo de Dios, superiores religiosos, padres y madres de familia, educadores. Su salvación está condicionada al celo en guardar su grey, sea grande o pequeño.

Dejar perecer en el pecado a un hijo o a un hermano sin tenderles la mano es una traición, una vileza, un egoísmo de que Dios pedirá estrecha cuenta. El temor a ser rechazado, a perder la popularidad o a ser tachados de intransigencia no justifica el «lavarse las manos» o el «dejar pasar». El que ama no se da paz mientras no halla el modo de llegar al culpable y amonestarlo con bondad y firmeza. Y si a pesar de tentativas, exhortaciones y súplicas no consigue su intento, no cesará de orar y hacer penitencia para obtenerle la gracia de Dios.

El Evangelio (Mt 18, 15-20) da un paso adelante y extiende este deber a todo fiel que ve a un hermano caer en el pecado. «Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano» (ib 15). Ante todo la amonestación debe ser secreta a salvaguardar el buen nombre del culpable. Por desgracia en la práctica acaece con frecuencia lo contrario: se habla y se murmura con otros manifestando lo que estaba ocul-

to, mientras bien pocos tienen la valentía de advertírselo al interesado. ¿De qué sirve hablar sobre la enfermedad, si ninguno cura al enfermo? Hay que preocuparse, más bien, de «salvar» al hermano. Su pérdida es un daño para él y para la comunidad, y su retorno es «una ganancia» para todos. Por eso, si la corrección privada no tiene éxito, Jesús exhorta a repetirla delante de dos o tres testigos; y, si aun este medio fallase, a informar de ello a la Iglesia. No para denuncia y condena, sino para inducir al culpable a enmendarse y para tutelar el bien común. La Iglesia, en efecto, estando asistida por el Espíritu Santo, tiene luz y poder particulares, y por eso su admonición tiene una eficacia especial; y, en fin, su decisión de «atar o desatar» tiene tal autoridad que es ratificada en el cielo (ib 18).

El trozo evangélico termina con una exhortación a la plegaria en común. Como los fieles —uno o dos testigos— deben convenirse para procurar sacar del mal a un hermano, así también se deben convenir para orar. Basta que dos solos convengan en lo que pedir a Dios y se reúnan en nombre de Jesús, para que su oración sea escuchada. Y lo será ciertamente si tiene por objeto la enmienda de los culpables.

Padre y Señor nuestro, que nos has redimido y adoptado como hijos, mira con bondad a los que tanto amas; y pues creemos en Cristo, concédenos la verdadera libertad y la herencia de los santos (**Colecta**).

Oh Dios, fuente de la paz y del amor sincero, concédenos glorificarte por estas ofrendas y unirnos fielmente a ti por la participación en esta eucaristía (**Sobre las ofrendas**).

Dios misericordioso y compasivo, perdona nuestras iniquidades, pecados faltas y negligencias. No tengas en cuenta todo pecado de tus siervos y siervas, sino purifícanos con la purificación de tu verdad y endereza nuestros pasos en santidad de corazón, para caminar y hacer lo acepto y agradable delante de ti y de nuestros cabezas.

Si, Señor, muestra tu faz sobre nosotros para el bien en # la paz, para ser protegidos por tu poderosa mano, y librenos de todo pecado tu brazo excelso, y de cuantos nos aborrecen sin motivo. Danos concordia y paz a nosotros y a todos los que habitan sobre la tierra, como se la diste a nuestros padres que te invocaron santamente en fe y verdad. (S. CLEMENTE ROMANO, 1 **Corintios**, 60).

CICLO B

«No temáis; mirad a vuestro Dios, que os salvará» (Is 35, 4).

La Liturgia de hoy es toda ella un mensaje de esperanza en Dios-Salvador. En un momento de desconcierto general por las tribulaciones del destierro, Isaías (35,4-7a; 1.^a lectura) exhorta a Israel a buscar sólo en Dios la salvación: «Mirad a vuestro Dios, que os salvará» (ib 4). Parece como si el

profeta viese ya la salvación presente; en realidad no la ve, pero cree y está seguro de que Dios intervendrá en favor de su pueblo. Isaías contempla la obra salvadora bajo dos aspectos: curaciones milagrosas que devolverán al hombre su integridad física —«se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán..., la lengua del mudo cantará» (ib 5-6) —y transformación del desierto que se convertirá en un lugar delicioso abundante en agua— «han brotado aguas en el desierto» (ib). Todo ello simboliza la transformación profunda que operará Cristo en el hombre y en la misma creación, transformación que se completará al final de los tiempos cuando todo sea renovado perfectamente en él.

El Evangelio (Mc 7, 31-37) presenta la actuación de esas promesas mesiánicas. Las curaciones prodigiosas obradas por Jesús arrancan a la multitud este grito: «Hace oír a los sordos y hablar a los mudos» (ib 37). Tales milagros atestiguan que las profecías no fueron palabras huera, y al mismo tiempo son «signos» de una obra de salvación más profunda, que mira a renovar al hombre en lo más íntimo. Son «signos» del perdón del pecado, de la gracia, de la vida nueva comunicada por Cristo. En particular, la curación del sordomudo narrada por el Evangelio de hoy ha sido tomada desde los primeros siglos de la Iglesia como símbolo del bautismo, en cuyo rito se repite el gesto de Jesús —el tocar los oídos y la boca—, mientras ora el celebrante: «El Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda, a su tiempo, escuchar su Palabra y proclamar la fe» (Bautismo de los niños). Librando al hombre del pecado, el bautismo suelta su oído pala escuchar la Palabra de Dios y su lengua para confesar y alabar al Señor. Si la sordera, la mudez física y tantas otras enfermedades continúan afligiendo al género humano, el cristiano regenerado en Cristo no es ya sordo espiritualmente, ni mudo, ni ciego o cojo; su espíritu está abierto a la fe, capaz como es de conocer a Dios y de recorrer sus caminos.

La segunda lectura (Sant 2, 1-5) se relaciona con las otras por cuanto propone al cristiano una línea de conducta semejante a la de Dios, que en su obra de salvación no hace distinción de personas, y si alguna preferencia tiene es para los humildes, pobres y necesitados. El Señor «hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, liberta a los cautivos, abre los ojos al ciego, endereza a los que ya se doblan...» canta el salmo responsorial (Sl 143), reasumiendo el tema de Isaías y del Evangelio de hoy, e introduciendo el fragmento de Santiago. En este último se lee, en efecto: «Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe?» (ib). Imposible entonces hacer distinciones de trato entre ricos y pobres, potentados y gente humilde. La comunidad donde tal sucediese no podría llamarse cristiana, pues no estaría basada en las enseñanzas de Cristo, sino inspirada en la mentalidad del mundo; y por desgracia no es difícil ser víctima de ese veneno. Con todo —es bueno recordarlo—, la pobreza material es preciosa por cuanto dispone al hombre a la pobreza interior, o sea, a reconocer la propia insuficiencia, miseria y debilidad, y a poner sólo en Dios la esperanza de la salvación. Esos son los

pobres que el Señor quiere hacer «ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman» (ib 5).

Enséñame, señor, tu camino, para que siga tu verdad; mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre. Te alabaré de todo corazón, Dios mío, daré gloria a tu nombre por siempre, por tu gran piedad para conmigo... Tú, Señor, Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal, mírame, ten compasión de mí. Da fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava. (**Salmo 85, 11-16**).

Oh Dios, tuyo es el poder, tuyo el perdón, tuya la curación, tuya la liberalidad... Vuélvete a mí, que tiemblo de frío en la prisión sin fondo de mi fosa llena de fango, cargado de las cadenas de mis pecados...

Oh Señor, tú que eres siempre bienhechor, luz en las tinieblas, tesoro de bendición, misericordioso, compasivo, amigo de los hombres...; tú que haces posible con extrema facilidad lo que es imposible; fuego que devoras las malezas de los pecados, rayo que abrasas y atraviesas el universo en un gran misterio, acuérdate de mí en tu misericordia y no en tu justicia... Librame, pecador que soy del viento, de mi turbación mortal, para que repose en mí, Señor omnipotente, tu espíritu de paz. (S. GREGORIO DE NAREK, **Le livre de prières**, 116-8).

CICLO C

«¿Quién rastreará, Señor, tu designio, si tú no le das sabiduría?» (Sb 9, 17).

«¿Qué hombre conoce el designio de Dios? ¿Quién comprende lo que Dios quiere?» (1.a lectura: Sb 9, 13-18). A duras penas conoce el hombre «las cosas terrenas», ¿cómo pretenderá, pues, penetrar el pensamiento de Dios y comprender «las cosas del cielo»? Sus razonamientos son «mezquinos y falibles», siempre sujetos a error, porque los sentidos le engañan con frecuencia haciéndole preferir valores caducos a los eternos, bienes inmediatos a los futuros. Sustraerse a estas tentaciones y desviaciones es imposible sin la ayuda de Dios. Sólo El puede dar al hombre la sabiduría que lo ilumine acerca del camino del bien y le enseñe lo que le es agradable. «Sólo así — dice la Escritura— serán rectos los caminos de los terrestres, los hombres aprenderán lo que te agrada; y se salvarán con la sabiduría los que te agradan, Señor» (ib 18).

Esta enseñanza llegó a su vértice cuando Jesús, Sabiduría eterna, vino a mostrar a los hombres con su palabra y con su ejemplo el camino de la salvación. Es el tema del Evangelio del día (Lc 14, 25-33). «Si alguno se viene conmigo y no odia a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío» (ib 26). El verbo «odiar» equivale, según el uso semítico, a «amar menos», «posponer», como resulta del paso paralelo de Mateo. «El

que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (10, 37). Sólo Dios tiene derecho al primado absoluto en el corazón y en la vida del hombre; Jesús es Dios, por tanto es lógico que lo exija como condición indispensable para ser sus discípulos. «Pero el Señor —comenta S. Ambrosio— no manda ni desconocer la naturaleza ni ser esclavo de ella: manda atender a la naturaleza de tal modo que se venere a su Autor, y no apartarse de Dios por amor a los padres» (In Lc VII, 201). Esto es válido para todos, aun para los simples fieles, como para todos vale también la frase subsiguiente: «Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío» (Lc 14, 27). Jesús va de camino hacia Jerusalén donde será crucificado, y a la multitud que lo sigue le declara la necesidad de llevar la cruz con amor y constancia, como él. El llevó la cruz hasta morir clavado en ella; el cristiano no puede pensar en llevarla sólo a ratos en la vida, sino que ha de abrazarla todos los días, hasta la muerte. Y como no es lícito preferir ninguna criatura, por querida que sea, a Cristo, tampoco es lícito preferirle el bienestar, la satisfacción o el provecho propios; para seguir al que murió en cruz para salvarnos, hay que estar dispuestos a arriesgar la misma vida. Esta es la sabiduría enseñada por Jesús, tan diferente de los razonamientos humanos, los cuales se preocupan de los bienes transitorios descuidando los eternos. Las dos breves parábolas que siguen —la del hombre que quiere edificar una torre y la del rey que quiere hacer una guerra— invitan a considerar el seguimiento de Cristo como una empresa muy importante y comprometida y que, por lo tanto, no puede ser tomada a la ligera. Pero aun tomada en serio, no puede el hombre limitarse— como los protagonistas de ambas parábolas— a calcular sus recursos y fuerzas personales para deducir la viabilidad de esa obra, sino que debe tener presente el elemento más importante: la gracia que Dios da con largueza a quien quiere ser fiel a Cristo. Si luego Dios llamase a un seguimiento más inmediato y exclusivo, es seguro que daría justamente la gracia correspondiente.

Enséñanos, Señor, a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos; por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo...

Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. (**Salmo** 89, 12-14. 17).

Hazme comprender, Cristo Jesús, que para el hombre todo se reduce a seguirte. La virtud y la santidad se compendian en esa palabra tan sencilla que diriges a toda criatura: «Sígueme». Pero no la dices nunca a nadie, sin que haya sido precedida de aquellas otras palabras en las que pones las condiciones indispensables para poder responder a tu dulce invitación: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y lleve cada día la propia cruz».

En verdad, Señor, tú vas delante con paso demasiado rápido; tú que eres juntamente sabiduría y bondad nos debes comprender: no caminas solamente, sino corres velozmente, exultando con pasos de gigante sobre la tierra. ¿Cómo podríamos seguirte nosotros, pobre gente oprimida por pesadas cargas?

Con todo, debéis seguirme, nos respondes tú, y podéis hacerlo, porque «mi reino está dentro de vosotros» e interior es el camino que conduce a él; lo podéis, porque sufrir vale más que obrar; porque vuestro verdadero progreso consiste en mi progreso en vosotros, y porque la cruz, derribando todo obstáculo..., me abre un camino fácil y ancho por el cual yo puedo alcanzar mi fin junto con vosotros. (C. GAY, **Vida y virtudes cristianas**, 13, 49, v 3).

301. PERSEVERANTES HASTA EL FIN

«Señor, consuela mi corazón y afiánzalo en toda obra y palabra buena» (2 Ts 2, 17).

1.— «¡Feliz el hombre que soporta la prueba! Soportada la prueba, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman... Mirad cómo proclamamos felices a los que sufrieron con paciencia» (Sant 1, 12; 5, 11). Otro aspecto de la fortaleza cristiana es la constancia en el bien. Sin constancia es imposible llegar a la santidad y ni siquiera a la salvación; pues no basta ser virtuosos, pacientes y generosos un día ni un año; hay que serlo siempre, hasta el fin. Ese es el punto difícil, porque, como dice Sto. Tomás, «la aplicación prolongada a algo difícil —y la virtud lo es casi siempre— presenta una dificultad especial» (S. T. 2-2, 137, 1).

«Necesitáis paciencia en el sufrimiento —advierte el Apóstol—, para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido... "Mi justo vivirá por la fe; mas, si se retrae, mi alma no se complacerá en él"» (Hb 10, 36.38). Retraerse del bien emprendido, del camino, de la fe y del seguimiento de Cristo, quiere decir poner en peligro la propia salvación. También Jesús ha dicho: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios» (Lc 9, 62). Quien retrocede se condena voluntariamente a no tocar la meta. Es un débil, un cobarde, un desertor; mientras que el cristiano debe ser fuerte, intrépido, perseverante. Las gracias que acompañan la vocación cristiana en general y toda otra vocación particular —conyugal, religiosa o eclesiástica— aseguran a cada uno la fuerza necesaria para perseverar constantemente en las obligaciones asumidas. En el fondo de toda deserción hay siempre una falta de fe en la gracia y en la ayuda divina. Es imposible que Dios abandone a quien quiere serle fiel a toda costa y lucha por lo tanto sin tregua para superar las tentaciones del egoísmo y los alicientes del mundo. La fidelidad de Dios está infinitamente por encima de la del hombre: «Fiel es Dios que no permitirá seáis téntados sobre vuestras fuerzas; antes, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito» (1 Cr 10, 13).

2.—El hombre, condicionado por el peso de la materia, sufre las consecuencias de la mutabilidad de ésta. El cuerpo está sujeto al cansancio, la sensibilidad a impresiones y turbaciones; todo ello es ocasión de fluctuaciones continuas: lo que poco ha entusiasmaba, de súbito resulta indi-

ferente, tedioso y hasta insoportable. Nadie escapa a esta condición, pero tampoco le faltan a nadie los medios para ser perseverante. Dios mismo ha puesto remedio a la inestabilidad del hombre infundiéndole la virtud de la constancia, que tiene por objeto particular la duración en el esfuerzo. La virtud infusa se ha de desarrollar con el ejercicio; y las pruebas de la vida le ofrecen justamente la ocasión. «Nos gloriamos hasta en las tribulaciones — escribe S. Pablo—, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza» (Rm 5, 3-4).

El cristiano espera poseer a Dios porque sufre por él y por eso no se abate, sino se gloria de sus padecimientos. Así la constancia es camino seguro para la esperanza de la vida eterna, y la esperanza «no falla» porque Dios nos ama» (ib 5).

Anunciando a sus discípulos las persecuciones que deberían soportar por amor suyo, concluyó: «el que persevere hasta el fin, ése se salvará» (Mc 13, 13). Lucas reproduce el mismo pensamiento con una expresión un tanto diferente, pero no menos significativa: «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas» (Lc 21, 19). No hay duda; el que quiere ganar su alma para la vida eterna, debe perseverar en el bien, sin asustarse por la dureza de las pruebas. Dada su fragilidad y endebles, la perseverancia del hombre no puede ser sin tacha; con todo debe igualmente perseverar levantándose luego de cualquier caída y reparándola comenzando de nuevo. Mientras no interviene Dios con sus dones particulares para afianzarlo, la perseverancia del hombre consiste precisamente en su continuo rehacerse, convertirse y mejorarse. Así llevará buen fruto (Lc 8, 15) y su perseverancia será coronada con la gracia de la perseverancia final.

Concédeme, Dios eterno, ser constante y perseverante en la virtud, para que no vuelva la cabeza atrás a mirar lo ya arado, sino que con perseverancia continúe el camino de la verdad. Porque es la perseverancia lo que tú coronas, y sin la perseverancia no podré serte acepto ni agradable. Esta virtud, hace granar en nuestra alma, con la abundancia de la caridad, el fruto de todas nuestras fatigas. ¡Cuán dichosa es el alma que corre y consume su vida entera en esta verdadera y santa virtud, pues ya en vida gusta un arra de vida eterna!

Pero tú me enseñas, Cristo Crucificado, que no podré llegar a esta perfección sin padecer mucho, porque esta vida no transcurre sin fatiga, y quien quisiese huir de la fatiga, huiría del fruto de la fatiga (la perseverancia), pero sin lograr huir de la fatiga. Tú no permites las luchas para nuestra muerte sipo para nuestra vida, no para que seamos vencidos sino para que vencamos y sea probada en nosotros la virtud, Haz que nosotros, varoniles, con la luz de la fe santísima abramos los ojos del entendimiento a mirar su sangre, para que se robustezca nuestra debilidad y conozcamos la virtud y la perseverancia en tu gloriosa y preciosa sangre. (Cf. STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 76, v 2).

Señor, ciertamente que me salvaré si perseverare hasta el fin, pero la perseverancia en cuanto a merecer la salud, pertenece a la fortaleza; mas tú

eres la fortaleza de mi salud, tú me das la perseverancia para que llegue a la salud. ¡Señor, Señor, fortaleza de mi salud!...

Ved que ahora lucho; externamente combato contra los falsos buenos, e internamente contra mis concupiscencias, porque veo una ley en mis miembros que milita contra la ley de mi mente y me tiene cautivo en la ley del pecado que se halla en mis miembros. ¡Miserable hombre yo!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro. Luego, esforzándome en esta batalla, dirijo la mirada a la gracia de Dios, y en el ardor y sequedad que he comenzado a sentir invoco tu sombra vivificante. (S. AGUSTIN, **In Ps** 139, 11).

302. LA JUSTICIA EVANGELICA

«Revísteme, Señor, del hombre nuevo creado por ti en la justicia y santidad» (Ef 4, 24).

1.—«Os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5, 20).

En el lenguaje bíblico la palabra justicia tiene un significado mucho más amplio que el que tiene en el uso corriente, donde indica el respeto de los derechos ajenos. Cuando la Escritura habla de justicia quiere significar la perfección, la santidad. Hombre justo es el que lleva en sí el reflejo de 4a justicia y, por ende, de la santidad de Dios. Vive en la justicia conformándose con la ley divina, la cual le manifiesta el querer santo de Dios. Por eso el salmista no se cansa de alabar y ensalzar la ley, que quiere observar con la máxima perfección. «Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor... Mi alma se consume, deseando continuamente tus mandamientos» (Sl 118, 1. 20).

En tiempo de Jesús, los escribas y fariseos eran los celosos cumplidores de la ley, pero mientras observaban sus más pequeños detalles, descuidaban su espíritu. ¿Qué puede valer una justicia exterior que no llegue a lo interior del hombre? Jesús invierte la situación: quiere una justicia que comience en el corazón. «Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás"... Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal» (Mt 5, 21). El que no mata, pero alimenta en su corazón la ira y el rencor contra el hermano es reo delante de Dios y digno de condena, aunque quede a salvo la observancia de la ley. Así también el que no comete adulterio, pero no reprime los deseos impuros, «ya cometió adulterio... en su corazón» (ib 28). Y para dar a entender las exigencias profundas de la justicia interior, dice Jesús, en relación con el primer caso, que Dios no acepta los actos de culto de quien está en desarmonía con el hermano y no ha procurado reconciliarse con él. Y en cuanto al segundo no duda en decir: «Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti» (ib 29). Para tutelar la justicia interior, se debe estar pronto a cualquier sacrificio.

2.— Según S. Mateo, Jesús hasta siete veces, después de haber citado un versículo de la ley antigua deformada frecuentemente por los escribas, contrapone la nueva interpretación de los mismos a la luz de la «justicia superior» que él exige de sus discípulos. La nota de interioridad es siempre la primera y está acompañada de una verdadera superación de la ley de Moisés, como aparece de modo particular en los dos últimos casos: «Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pues yo os digo que no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetea en la mejilla derecha ofrécele también la otra... Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos..."» (=, 38-39. 43-44). No sólo deroga Jesús, la ley del talión, sino exige no responder a las ofensas, evitar en lo posible cuestiones por intereses personales, no rehusar cuando el hermano pide algo que implica incomodidad, como un servicio molesto o un préstamo. No sólo no admite el odio contra nadie, sino pide amor para todos, hasta para los enemigos. El espíritu interior que debe animar la nueva justicia es el espíritu de amor. La vida puede presentar casos difíciles e intrincados en las relaciones con el prójimo; no siempre será posible portarse del mismo modo y ni siquiera atenerse a la letra de los ejemplos aducidos por Jesús, pero el discípulo verdadero de Cristo ha de encontrar siempre en un amor sincero y profundo el camino de una solución verdaderamente evangélica. La nueva justicia predicada por el Señor le impone no contentarse con evitar el pecado y la infracción de la ley, sino mirar mucho más alto, porque debe imitar la perfección del Padre celestial. «Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (ib 48). Esta es la norma suprema de la «justicia mayor que la de los escribas y fariseos». Norma que no está reservada a una categoría y que no es facultativa, sino obligatoria para todos los cristianos, porque a todos se la propone Jesús como condición para ser reconocidos como hijos del Padre celestial (ib 45) y para entrar en el reino de los cielos (ib 20).

Concédeme, Señor, cumplir toda justicia, porque ella es el camino por donde se llega a la alegría. La alegría es el premio, y la justicia, el mérito y materia de ella. De la misma justicia será nuestra alegría, cuando aparezcas tú, oh Cristo, que eres nuestra vida, y cuando aparezcamos nosotros también contigo en la gloria, porque tú eres quien fue hecho justicia para nosotros por Dios Padre.

Bienaventurados también los que ahora se alegran de la justicia y se gozan en sus conciencias... Al presente parece trabajosa la justicia, mas tiempo vendrá en que, con gozo y suavidad, sin fatiga alguna, se desee y posea, se ame y se perciba, pues gozaremos de la misma justicia.

No permitas, Señor, que... dejando la justicia, busquemos la alegría vana y transitoria, pues la alegría de las cosas transitorias perecerá, desvaneciéndose las cosas en que se fundaba. (S. BERNARDO, *In octava Epiphaniae*, 5).

Rebasando las normas de la ley..., tú, Señor, has extendido el deber de la bondad a aquellos mismos que nos hubieran ofendido... Esto lo has dicho y lo has hecho, tú que, ultrajado, no devolviste el ultraje; abofeteado, no devolviste

las bofetadas; despojado, no opusiste resistencia; crucificado, pediste perdón por tus mismos perseguidores, diciendo: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen». Excusabas de su crimen a tus acusadores: ellos preparaban la cruz, y tú derramabas gracia y salvación... Tú nos has dado ejemplo y nos has garantizado una recompensa celestial, prometiendo que llegarían a ser hijos de Dios los que hubiesen sido imitadores tuyos... ¡Cuán grande es el beneficio de la misericordia, que admite a los derechos de la adopción divina! Concédeme, pues, Señor, imitar la misericordia para merecer la gracia. (S. AMBROSIO, **Comentario al Ev. de S. Lc**, V, 76-8).

303. EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA

«Enséñame, Señor, a cumplir toda justicia» (Mt 3, 15).

1. — A Juan Bautista que, consciente de la santidad del Mesías, rehusaba bautizarlo, le respondió Jesús: «Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia que es obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Y éste era también el único objeto de la vida de Cristo: la voluntad del Padre, que cumplirá hasta la muerte de cruz. El camino de la justicia perfecta es el camino de la voluntad de Dios, para obedecer a la cual no basta una adhesión material y externa, sino se precisa ante todo una adhesión interior que supone la muerte al pecado y a la voluntad propia.

El hombre, pecador de por sí, no puede llegar a tanto, si Dios no lo previene con su iniciativa, justificándolo y sanándolo en lo profundo de su ser. «Todos pecaron —dice S. Pablo— y están privados de la gloria de Dios; y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Rm 3, 23-24). La redención es don gratuito que los hombres nunca habrían podido merecer, don ofrecido por pura bondad de Dios a los que creen en Cristo. Sólo la gracia, fruto de los méritos del Salvador, justifica interiormente al hombre y lo hace capaz de vivir en la justicia y en la santidad. Erais pecadores, escribe el Apóstol, «pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cr 6, 11). Sin esta justificación previa y esencial, el hombre no podría actuar el programa de justicia evangélica propuesto por Jesús. Sólo de ahí puede partir; y luego su cometido consistirá en vivir y negociar con empeño ese don recibido. La justificación realizada gratuitamente por Dios en él, no transformará toda su vida y acciones, ni vendrá a ser justicia perfecta, si no corresponde el cristiano a la gracia. A eso nos espolea S. Pablo cuando escribe que es preciso «renovar el espíritu... y a revestirse del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad» (Ef 4, 22-24).

2.— «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6, 33). En este panorama de perfección total tiene su puesto un aspecto parcial, pero necesario, de la justicia entendida como virtud que da a cada cual lo suyo, del que también Jesús habló.

Cuando los fariseos le preguntaron sobre la licitud del tributo impuesto por el emperador romano, respondió: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 20). La justicia exige que le sea reconocido a cada uno el lugar y el derecho que le pertenecen; a Dios, pues, siempre el primer lugar y el primer obsequio: el del corazón y del espíritu, el de la obediencia y del amor sin reservas; a la autoridad legítima del estado y a todo hombre, el homenaje relativo a los derechos de cada uno. En este sentido enseña Sto. Tomás: «la justicia es la virtud mediante la cual se da a cada uno lo suyo con voluntad constante y perenne» (S. T. 2-2, 58, 1). La Sagrada Escritura habla de ello repetidamente: «Aprended a hacer el bien, buscad al justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda» (Is 1, 17). Y en otra parte: «El que anda en justicia y habla con rectitud; el que rehúsa ganancias fraudulentas, el que se sacude la palma de la mano para no aceptar soborno..., ése morará en las alturas» (Is 33, 15-16), o sea, será grato a Dios y bendecido por él. El hombre debe portarse de modo que respete todos los derechos de sus semejantes, en especial los de los más necesitados e indefensos, no abusando nunca de ellos para un provecho personal injusto. La justicia del cristiano debe resplandecer en todas sus relaciones con el prójimo, no descuidando ningún deber. «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable —dice S. Pablo—, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (Fl 4, 8). El esfuerzo por buscar en primer lugar «el reino de Dios y su justicia», no puede y no debe hacer al cristiano descuidado de sus deberes sociales, antes lo debe hacer más atento a llevar a todas partes el sentido de la justicia evangélica.

Señor, el perfume de tu justicia es doquiera tan grande, que no eres llamado simplemente el justo, sino la misma justicia, más aún la justicia justificante. Y tanto más puedes justificar cuanto más inclinado eres a perdonar. Por eso quienquiera que, detestando sus pecados, tiene hambre y sed de justicia, crea en ti que justificas al impío y... tendrá paz...

Tu pasión es el refugio supremo, el único remedio. Ella nos socorre cuando desfallece nuestra sabiduría, es demasiado débil nuestra justicia e inconsistentes y vanos los méritos de nuestra santidad. Pues ¿quién podría presumir de que su sabiduría, o su justicia o su santidad sea suficiente para asegurarle la salvación?... Cuando mi fuerza desfallezca, no me turbaré ni desconfiaré. Sé bien lo que hacer tomaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre del Señor. Ilumina, Señor, mis ojos, para que sepa lo que te es acepto en todo tiempo, y seré sabio. No recuerdes las faltas de mi juventud y mis ignorancias, y seré justo. Guíame, Señor, por tu camino, y seré santo. Pero si tu sangre no intercede por mí, no seré salvo. (S. BERNARDO, *In Cantica Cant.*, 22, 8).

«Buscad el reino de Dios y su justicia». La justicia reina en los cielos; haz, Señor, que reine igualmente en tu Iglesia... Y reina cuando se te da lo que se te debe, porque entonces se da también por amor tuyo a la criatura, a la que se ama en ti, lo que le corresponde. Por la misma razón nos damos también a

nosotros lo que nos es debido, pues cuando nos hemos saciado de ti, Señor, nos hemos procurado todo el bien de que somos capaces. Entonces nuestra justicia será cabal... Entonces mi alma no tendrá más hambre, no tendrá más sed, tendrá el verdadero alimento: «Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre y llevar su obra a cumplimiento». Justamente por eso proclamas tú, Salvador nuestro, que la perfecta justicia consiste en practicar en todo la voluntad santísima del Padre celestial y en hacer de ella norma de la nuestra. Pero cuando nos uniformamos a su voluntad, entonces él hace lo que a nosotros nos agrada... «Hará la voluntad de aquellos que le temen» y así cumplirá todos sus deseos. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, 1, 5, y 1).

304. EL CAMINO DE LA JUSTICIA

«Señor, tú aguardas para hacernos gracia y así te levantarás para compadecernos, pues eres un Dios justo» (Is 30, 18).

1.— «Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno, lo que el Señor de ti reclama: tan sólo practicar la justicia, amar la piedad y caminar humildemente con tu Dios» (Mq 6, 8). La práctica de la justicia no debe excluir la del amor y misericordia; justicia y misericordia deben unirse en el hombre como se unen en Dios.

Dios ha manifestado su justicia salvando a la humanidad. «Yo hago acercarse mi victoria, no está lejos, mi salvación no tardará», dice el Señor por boca de Isaías (46, 13); y más claramente aún: «mi salvación está para llegar y mi justicia para manifestarse» (56, 1). En el Nuevo Testamento esta promesa se hace realidad: Dios ha salvado a los hombres «en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y justificador del que cree en Jesús» (Rm 3, 26). La justicia de Dios para con la humanidad se revela así como misericordia que salva; lo cual está infinitamente por encima de una justicia entendida como simple respeto del derecho o del merecimiento. El hombre pecador no tenía derecho ninguno a ser salvado ni podía en manera alguna merecer la salvación; la redención es puramente obra del amor misericordioso y gratuito de Dios.

El cristiano en sus relaciones con los otros no puede regularse sólo a base de estricta justicia: darle a cada cual lo que le pertenece y nada más. Su justicia ha de estar animada siempre por el amor. Los fieles, según la palabra del Concilio, «dirigidos por la luz del Evangelio... y movidos por la caridad cristiana, [deben] buscar en todas partes y en todo la justicia del Reino de Dios» (AA 7), procurando hacerla llegar a todos los estratos de la sociedad. No basta, pues, el simple respeto a las leyes que regulan las relaciones sociales; se precisa una justicia inspirada por la caridad, calentada por el amor, regulada no por la medida del derecho estricto, sino por una medida amplia y holgada como lo es la justicia misericordiosa del Padre celestial.

2.— «Quien con obediencia a Cristo busca ante todo el reino de Dios, encuentra en éste un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar la obra de la justicia bajo la inspiración de la caridad» (GS 72). La justicia del cristiano debe ir más allá que la simple justicia humana, justamente porque se origina mucho más de la adhesión a Cristo y a su Evangelio, del amor de Dios y de la obediencia a su voluntad, que del respeto al derecho. Pero no puede faltar éste tampoco. Pues sería ilusoria una caridad que no tuviese presentes los deberes de la justicia. El Concilio amonesta a «cumplir antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia» (AA 8). No sería grata a Dios una limosna hecha con dinero debido ya a alguien en justicia, por ejemplo como justo salario a los obreros o como saldo de deudas. Faltando a la justicia, no se puede practicar la caridad ni con Dios ni con el prójimo.

«Amos —exhorta el Apóstol—, dad a vuestros siervos lo que es justo y equitativo, teniendo presente que también vosotros tenéis un Amo en el cielo» (Cl 4, 1). Una de las cosas que más escandalizan al mundo es ver a personas religiosas que no hacen escrúpulo de faltar a la justicia cerrando los ojos frente a los derechos ajenos, y entretanto se consideran en regla porque hacen algunas obras de caridad. ¿Qué valor puede tener hacer regalos u obras de beneficencia cuando se está negando a alguien su derecho? El respeto a los derechos ajenos impone frecuentemente alguna incomodidad y hasta puede tal vez no concordar un tanto con nuestros supuestos derechos. Pero el que está animado de caridad sabe siempre olvidarse y sacrificarse con tal de dejar a salvo lo que se debe al prójimo. La defensa egoísta y exagerada de los derechos personales puede fácilmente convertirse en injusticia para con los derechos ajenos. El camino de la justicia cristiana es el de la caridad, que «no busca su interés» (1 Cr 13, 5), que «no hace mal al prójimo» (Rm 13, 10) y antepone el bien ajeno al propio.

Tú, oh Dios, me enseñaste desde mi juventud. ¿Qué me enseñaste? Que debo recordar tu sola justicia. Recordando mi vida pasada veo qué se me debe y qué he recibido por lo que se me debía. Se me debía castigo, y se me dio la gracia; se me debía el infierno, y se me dio la vida eterna... Desde el mismo comienzo de mi fe, por la que me renovaste, me enseñaste que nada precedió en mí, para que yo dijera que se me debía lo que me diste...

Desde el momento que me dirigí a ti fui trocado por ti, que me creaste; fui reformado, porque fui formado. Desde el instante de mi conversión aprendí que no precedieron méritos míos, sino que me diste gratuitamente tu gracia para que me acordase de tu sola justicia. (S. AGUSTIN, *In Ps*, 70, II, 2).

Oh Cristo Jesús, llena con tu amor mi alma de las virtudes, y líbrala de toda impaciencia e injusticia y vanidad y miseria del mundo; aleja el recuerdo de las injurias recibidas, y sólo permanezca el recuerdo de tus beneficios y de tu bondad, con verdadera y perfecta humildad, y con paciencia para sostener toda

pena por ti, dulce Jesús, con una justicia santa que dé justamente a cada uno lo que se le debe.

Haz que te dé a ti justamente la gloria y el honor, reconociendo que toda gracia viene de ti y por ti; y me dé a mí lo que es mío, esto es, el pecado y la miseria con verdadera comprensión y aborrecimiento del pecado. La otra justicia que tú me ordenas es para con las criaturas; Cristo Jesús, haz que yo no corneta injusticia ninguna, sino que con justicia dé a cada cual justamente lo que se le debe, tanto al grande como al pequeño. Y que ningún respeto ni temor de criatura me aparte de esto. (Cf. STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 133, y 2).

305. CAMINAR EN LA VERDAD

«Señor, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño» (SI 16, 1).

1.— «Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?», pregunta el salmista, y responde: «El que procede honradamente y practica la justicia... y no calumnia con su lengua» (SI 14, 1-2). Dios es verdad, y nadie puede gozar de su amistad, si no es veraz en toda su conducta. «Dios es luz, en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad» (1 Jn 1, 5-6). Caminar en la luz y practicar la verdad son expresiones equivalentes que significan vivir según la verdad conocida, o sea, según la fe y la ley de Dios, el cual es luz y es verdad. Al contrario, caminar en las tinieblas es desviarse de la verdad, de la ley divina, y, por tanto, vivir en el pecado que es siempre mentira y proviene del demonio, el cual «es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44). Para tener comunión con Dios no basta conocer la verdad, hay que vivirla y ponerla en práctica en pensamientos, palabras y obras.

En cualquier sector de su vida debe el cristiano caminar en la verdad. Ante todo en el fondo del corazón para tenerse por lo que en realidad es en la presencia de Dios sin reestructuras ni máscaras. Esto exige que reconozcamos con sencillez los talentos recibidos de Dios, pero también que admitamos con lealtad nuestras limitaciones, defectos y pecados, no cerrando los ojos a las propias miserias, sino confesándolas con franqueza humilde. S. Juan de la Cruz habla de ciertas personas que «tienen empacho de decir sus pecados desnudos por que no los tengan sus confesores en menos, y vanlo coloreando por que no parezcan tan malos, lo cual más es irse a excusar que a acusar» (N I, 2, 4).

La lealtad interior es la condición primera para la purificación del corazón y para obtener de Dios el perdón de las culpas. «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32), dice Jesús; libres de las tinieblas del error y de la esclavitud del pecado. No hay que huir de la luz que pone al desnudo las propias flaquezas,

sino más bien buscarla e impetrarla de Dios, aunque nos humille y desagrade a nuestro amor propio.

2.—El hombre «está moralmente obligado a manifestar la verdad a los otros, sin lo cual la sociedad humana no podría subsistir» (S. T. 2-2, 114, 2). Pues ¿cómo se podría vivir juntos si no se pudiese contar con la veracidad mutua? El engaño y la mentira lejos de unir dividen y apartan. Para los cristianos llamados por vocación a vivir no sólo en sociedad, sino en unión fraterna basada en la caridad, la sinceridad recíproca es un deber grave de justicia y de caridad y es la base indispensable sobre la que construir la unión. «No os mintáis unos a otros» recomienda S. Pablo, y añade el por qué: «Os habéis despojado del hombre viejo con sus obras, y os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador» (Cl 3, 9-10). Todo lo que es mentira pertenece al hombre viejo sumergido aún en las tinieblas del pecado y esclavo de él; pero el hombre nuevo, regenerado en Cristo, pasa de las tinieblas a la luz, de la mentira a la verdad y debe renovarse continuamente a imagen de Dios, Verdad absoluta. Dios es amor, Dios es verdad; la vida del cristiano no podrá ser amor, si no es también verdad.

Para ser sinceros es necesario que las palabras correspondan al pensamiento. Pensar una cosa y afirmar otra con objeto de engañar es contrario directamente a la verdad, por eso es ofensa de Dios, Verdad infinita, y obstáculo a la unión con él. ¿Cómo puede la mentira pretender unirse con la suma Verdad? Y con todo, ciertas faltas de sinceridad no están a veces totalmente ausentes de la conducta de las personas piadosas: pequeños rodeos, expresiones lanzadas a propósito para esquivar un reproche, evitar una humillación, encubrir un error cometido o también para atraerse alguna alabanza o un poco de admiración. Son procedimientos mezquinos, indignos de un cristiano que quiere reflejar en su conducta la verdad de Dios. Cualquier falta de sinceridad, por mínima que sea, desagrade mucho al Señor en una criatura que se ha dado a él, y constituye un impedimento serio al progreso espiritual. Para vivir en comunión con Dios, debe «andar un alma en verdad delante de la misma Verdad» (T. J. V, 40, 3).

Tanta vanidad y mentira me parece, Dios mío, lo que yo no veo va ordenado a vuestro servicio, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad...

Quedóme una verdad de esta divina Verdad que se me representó..., que me hace tener un nuevo acatamiento de Dios... No vi nada, mas entendía el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios, y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad. Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad...

Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza... ¡Y cómo se parece el poder de esta Majestad, pues en tan breve

tiempo deja tan gran ganancia y tales cosas imprimidas en el alma! (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 40, 2-4).

Delante de mí está la justicia y la injusticia; poseo una lengua, la muevo como quiero. ¿Por qué la empleo más bien en la injusticia que en la justicia?...

Librame, Señor, de la lengua engañosa. ¿Qué oficio desempeña la lengua engañosa? El ser de ser esclava de la mentira, produciendo una cosa en el corazón de los que la llevan y otra en la boca de los que la profieren... La raíz está oculta. Pueden verse los frutos, pero no la raíz. Nuestra raíz es la caridad; nuestros frutos, las buenas obras. Haz, Señor, que nuestras obras procedan de la caridad, y entonces mi raíz se hallará afianzada en la tierra de los vivientes. (In **Ps**, 51, 10-12).

Enséñame a no decir mentira, a no esparcir difamaciones, a no lanzar calumnias, a no proferir falso testimonio... Que mis labios no hablen con engaño. Lo que tengo dentro del corazón es lo que quiero manifestar fuera; no quiero tener una cosa en el corazón y otra en la lengua. Que huya yo del mal, y obre el bien...; haciendo así, podré esperar con tranquilidad vida y días felices. (S. AGUSTIN, **Sr** 108, 7).

306. SENCILLOS COMO NIÑOS

«Señor, que aprecie tus decretos y deteste el camino de la mentira» (Sl 118, 128).

1.—Jesús pidió a sus discípulos una sinceridad absoluta: «Sea vuestro lenguaje: "Sí, sí"; "no, no": lo que pasa de ahí viene del Maligno» (Mt 5, 37). Esta enseñanza debió de impresionar profundamente a sus oyentes, ya que el apóstol Santiago la reproduce casi literalmente en su carta, añadiéndole un matiz que esclarece su sentido: «Que vuestro sí, sea sí, y el no, no» (5, 12). El sí y el no pronunciados con los labios deben corresponder al sí y al no interiores, para que no acaezca que lo que se afirma o se niega sea lo contrario de lo que se piensa. Y no hay que andar en busca de reticencias para disimular la verdad, porque «lo que pasa de ahí viene del Maligno». Con frecuencia ciertas interpretaciones del Evangelio no son más que trampas tendidas por el Maligno para apartarnos del camino recto de la verdad, no sólo en palabras, sino en acciones, con una conducta desleal e hipócrita sin más.

Jesús arremetió contra los fariseos precisamente por su hipocresía, pues hablaban de un modo y hacían de otro, cubriendo con máscara de justicia sus graves transgresiones de la ley. El Señor los definió «sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de toda inmundicia» (Mt 23, 27); y a sus discípulos les recomendó: «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía» (Le 12, 1). Toda suerte de disimulo, doblez o formalismo repugna a la conciencia del cristiano auténtico, el cual, como hijo de la luz, no puede tolerar en sí procedimientos tortuosos,

sino ama y busca el esplendor de la verdad, procurando que resplandezca en toda su vida.

La sinceridad no exige que se manifieste a cualquiera todo lo que se sabe o todos los sentimientos íntimos; la prudencia y el deber de guardar el secreto lo impiden. Sin embargo en todo lo que se manifieste, de palabra y hasta con el silencio, corresponda a la verdad. Palabras, acciones y actitudes deben expresar siempre la verdad buscada y amada íntimamente.

2.— Jesús exige a sus discípulos ser «sencillos como las palomas» (Mt 10, 16), transparentes como niños (Mt 18, 3). Tanto la sencillez como la sinceridad excluyen toda forma de doblez y complicación, fruto del amor propio y del egoísmo, y cuando son perfectas, penetran toda la vida del hombre reduciéndola a la unidad y confiriéndole una limpidez particular. Sólo podrá llegar a tanto el que en toda su vida se deja guiar por una única luz, se apoya en una única fuerza y tiende a un único fin: Dios.

El que es sencillo no acepta otra luz que la que viene de Dios, de su palabra y de su ley. Por eso prescinde de todas las miras del amor propio y del egoísmo y rehúye el falso fulgor de las pasiones y de las máximas del mundo, todo él tinieblas y engaño. Juzga todas las cosas a la luz de la fe, ve en cada circunstancia la mano de Dios y se sirve de todo para ir a él, sin perder tiempo en razonar sobre las causas segundas. Su paso es veloz y seguro, porque encuentra en Dios no sólo la luz para discernir el camino recto, sino también la fuerza para seguirlo. En todo momento y en toda ocasión se apoya en Dios con la confianza de hijo, sabiendo que sólo en él puede encontrar el sostén necesario a su debilidad. Cualquier cosa que haga mira al fin último y tiene una intención única: servir a Dios, agradarle, darle gloria. Por eso vigila atentamente no se infiltren en su conducta intenciones segundas sugeridas por la vanidad o el egoísmo. La pureza de intención hace que todas sus acciones sean sencillas y reflejen sin sombra sus pensamientos e intenciones. Nada le detiene y nada teme, porque busca a Dios sólo y su aprobación; por eso obra con la libertad santa de los hijos de Dios, sin respetos humanos y sin preocuparse del juicio o del favor de los hombres. «Mi juez es el Señor», dice con S. Pablo (1 Cr 4, 4). Y mientras va hacia Dios rápidamente, se atrae, aun sin buscarlas, la simpatía y confianza de las personas, porque si la doblez repugna, la sencillez cautiva. El hombre sencillo merece el elogio que Jesús dirigió a Natanael: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño» (Jn 1, 47).

Señor, que venga yo a ti por el camino recto de la verdad y de la sencillez. Concédeme aquella intención recta y aquella mirada única del alma que quiere agradarte sólo a ti y no se preocupa de las interpretaciones extrañas sobre su modo de obrar.

Haz que, tratando con el prójimo, siga siempre el camino recto del amor de pura benevolencia, amándote en las criaturas sin buscar satisfacción natural.

Que mis relaciones se inspiren en la sinceridad, la caridad fraterna y la santa libertad.

Que en medio de las vicisitudes y sorpresas de la vida, sepa ir derecho adonde me llama tu voluntad, sin altos en el camino ni distracciones. Enséñame a recorrer el camino del amor que no conoce demora, de la sencillez que no conoce desviaciones, de la verdad que no sabe de rodeos.

Este es el camino que te agrada, oh Jesús, que has querido llamarte camino rectísimo: «Ego sum via rectissima». Es el camino que conduce al Padre, porque tiene dicho: «Nadie va al Padre sino por mí». Es el camino por el que guía el Espíritu Santo que «conduce al justo por caminos rectos». Por eso, oh Dios, te pido con fervor y anhelo: «crea en mí un corazón puro y renueva en mí tu Espíritu». (Cf. SR. CARMELA DEL ESPIRITU SANTO. **Escritos inéditos**).

Tú me conoces enteramente, Señor: mi presente, mi pasado y mi futuro están delante de ti, como una sola realidad. Esos mismos matices diáfanos y vaporosos de mi pensamiento que no consigo aferrar, los conoces tú. Todo acto, sea obra material o pensamiento, tú lo puedes comprender en su mismo origen y seguirlo en su entero desarrollo y en sus consecuencias. Tú sabes cuál es el fin que me espera y sabes la hora en que me presentaré ante ti para ser juzgado...

Con todo, Señor, no podría resignarme a la idea de que tú no me conozcas. Saber que tú lees en mi corazón es para mí el mayor consuelo. Dame en la medida más abundante la sinceridad completa que deseo. Haz que no tenga nunca por qué temer tu mirada, dándome cuenta de que no busco honestamente sino agradarte. Enséñame a amarte más: entonces tendré finalmente paz y tu juicio no me infundirá miedo alguno. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

307. DOMINGO XXIV «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, tú no nos tratas como merecen nuestros pecados, ni nos pagas según nuestras culpas» (SI 103, 10).

En el Antiguo Testamento se contienen en germen todas las verdades que luego, predicadas por Cristo, florecen en el Nuevo. A veces es más que un germen, es un verdadero anticipo del Evangelio, como puede verse en la lectura primera de este domingo, que habla del deber del perdón (Ecli 27, 30-28, 9). «Perdona las ofensas a tu prójimo, y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas. ¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro y pedir la salud al Señor? No tiene compasión de su semejante, ¿y pide perdón de sus pecados?» (ib 28, 2-4). Si al antiguo pueblo de Dios se le pedía ya tanto, no menos se le puede exigir al nuevo, que ha escuchado las enseñanzas del Hijo de Dios y le ha visto morir en cruz implorando perdón para sus verdugos.

Jesús perfeccionó la ley del perdón extendiéndola a todo hombre y a cualquier ofensa, porque con su sangre ha hecho a todos los hombres hermanos —y por lo tanto prójimos los unos para los otros— y ha saldado los pecados de todos. Por eso cuando Pedro —convencido de que proponía algo exagerado— le pregunta si debe perdonar al hermano que peque contra él hasta siete veces, el Señor le responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 21-22). Expresión oriental que significa un número ilimitado de veces —equivale a siempre— ya usado en la Biblia en el canto feroz de Lamek, que se jacta de vengarse de las ofensas «setenta veces siete» (Gn 4, 24). En ese contexto dicha fórmula indica la invasión tremenda del mal. Pero si el mal es inmensamente prolífico, el bien debe serlo al menos otro tanto, porque Jesús emplea la misma expresión, para enseñar así que el mal ha de ser vencido por la bondad ilimitada que se manifiesta en el perdón incansable de las ofensas. Pensándolo bien resulta una obligación desconcertante, casi inquietante. Para hacerla más accesible, Jesús la ha ilustrado con la parábola del siervo despiadado. Su enorme deuda —diez mil talentos— condonada tan fácilmente por el amo, y su increíble dureza de corazón, pues por la exigua suma de cien denarios echa en la cárcel a un colega suyo, permiten intuir enseguida una verdad mucho más profunda oculta en la parábola; la cual representa la misericordia infinita de Dios que ante el arrepentimiento y la súplica del pecador perdona y cancela la más grave deuda de pecados, y, por otra parte, ejemplifica la mezquina estrechez del hombre que, estando tan necesitado de misericordia, es incapaz de perdonar al hermano una pequeña ofensa. Aunque por el orgullo y el espíritu de venganza inserto en el hombre caído, pueda a veces costar mucho perdonar, es siempre condición indispensable para obtener el perdón de los pecados. No hay escapatoria: o perdón y ser perdonados, o negar el perdón y ser condenados. «Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo —concluye la parábola—, si cada cual no perdona de corazón a su hermano» (Mt 18, 35). Retorna la admonición de la primera lectura: «Piensa en tu fin, y cesa en tu enojo; recuerda los mandamientos, y no te enojas con tu prójimo..., y perdona el error» (Ecli 28, 6-7). Son lecciones que nunca se meditan lo bastante y que deben inducir a hurgar en el propio corazón para ver si anida en él algún resentimiento o malquerencia contra un solo hermano. No en vano nos ha enseñado Jesús a orar así: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6, 12).

Mira, Señor Jesús, que venimos a ti, no como quienes te han seguido, sino como quienes te han traicionado, fieles que tantas veces hemos sido infieles; venimos a reconocer la relación misteriosa entre nuestros pecados y tu pasión, nuestra obra y tu obra. Venimos a golpearnos el pecho, a pedirte perdón, a invocar tu misericordia. Venimos porque sabemos que tú puedes, que tú quieres perdonarnos, porque tú has expiado por nosotros, porque tú eres nuestra redención. Tú eres nuestra esperanza.

Señor Jesús, Redentor nuestro, reaviva en nosotros el deseo y le confianza de tu perdón; robustece el propósito de nuestra conversión y de nuestra fidelidad; danos la certeza y también la dulzura de tu misericordia.

Señor Jesús, nuestro Redentor y Maestro, danos la fuerza de perdonar a los otros, para que nosotros seamos perdonados verdaderamente por ti.

Señor Jesús, nuestro Redentor y Pastor, infunde en nosotros la capacidad de amar, como tú quieres que, a tu ejemplo y con tu gracia, te amemos a ti y a todos nuestros hermanos. (PABLO VI, **Enseñanzas**, v 2).

CICLO B

«Mi Señor me ayuda, por eso no quedo defraudado» (Is 50, 7).

Una vez más se presenta en la Liturgia dominical la paradoja de la cruz, misterio de dolor y de salvación, de muerte y de vida. Lo introduce la primera lectura (Is 50, 5-9a) con el canto tercero del Siervo de Yahvé, celebración patética pero llena de esperanza de los sufrimientos expiatorios. Dos son las actitudes del Siervo subrayadas por el fragmento de hoy: su espontánea y mansa aceptación del dolor y su abandono confiado en Dios. «Yo no me he rebelado ni me he echado atrás. Ofrecí la espalda a los que me la golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No escondí el rostro a insultos y salivazos» (ib 5-6). Descripción anticipada e impresionante de la actitud de Jesús, que irá voluntariamente al encuentro de la pasión y de la muerte para estar al mandato del Padre. Pero también es expresión profética de la confianza serena con que afrontará el sufrimiento extremo, porque estará plenamente seguro del auxilio del Padre: «Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido, por eso ofrecí el rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado» (ib 7). Es un prelude del triunfo final, de la resurrección y de la gloria, y además, de la salvación del hombre.

Sobre este fondo la lectura del Evangelio (Mc 8, 27-35) resulta particularmente luminosa. Después de haber provocado el reconocimiento de su mesianidad por parte de sus discípulos, Jesús corrige y completa la idea que los Doce, como todos sus connacionales, tenían de ella. El pueblo judío, en efecto, dando de lado a las profecías del Siervo de Yahvé y basándose únicamente sobre las que representaban al Mesías como libertador y restaurador de Israel, lo imaginaba cumpliendo su misión mediante el triunfo y la gloria. Jesús mismo desdena esa concepción y anuncia claramente su pasión: «Y empezó a instruirles: "El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho... y ser ejecutado"» (ib 31). Pedro, el que primero y con tanto aplomo había proclamado: «Tú eres el Mesías» (ib 29), es también el primero en reaccionar: «se lo llevó aparte y se puso a increparlo» (ib 32). Precisamente porque reconoce en él al Mesías, el Hijo de Dios vivo, no puede admitir que Jesús deba sucumbir a la persecución y a la muerte. Como verdadero judío se escandaliza él también de la cruz y la considera una necedad, un absurdo. Pero Jesús no condesciende, antes lo trata como había tratado al tentador en

el desierto: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!» (ib 33). Palabras duras de las que resulta evidente que toda tentativa de alejar la cruz, de forjarse un cristianismo sin Crucificado y de eliminar el sufrimiento de la propia vida está inspirada por Satanás. Por eso Jesús, después de haber hablado a sus íntimos de la pasión, convoca a la muchedumbre y les anuncia a todos la necesidad de la cruz. «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga». Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará» (ib 34-35). Los apóstoles irán comprendiendo gradualmente esta lección; todos ellos, de un modo u otro, llevarán la cruz y darán su vida por Cristo; y Pedro morirá por amor de él en esa cruz que tanto le había escandalizado.

Una última reflexión sugerida por la lectura segunda (Sant 2, 14-18), en la que se dice que la fe sin obras es muerta. Si el cristiano no testimonia su fe en Cristo aceptando llevar con él la cruz, esa fe es vana.

Hijos de Dios, transformémonos juntos en el Dios Hombre paciente que nos mostró tanto amor que murió por nosotros de modo tan ignominioso, doloroso y amargo. ¡Y sólo por el amor que nos tuvo!

Oh Dios Hombre, haz que sepamos considerar cuán pura y fielmente nos amaste, y sin medida, ofreciéndote enteramente por nuestro amor. Y quieres que esa pureza de amor y fidelidad humildísima te sea de algún modo correspondida por tus hijos. Haznos, pues, constantes para ti que eres fidelísimo.

Oh Dios Hombre, que probaste todos los tormentos, tú nos amaste con amor puro, sincero y fiel y nos diste testimonio clarísimo de él con tu nacimiento, con tu vida y con tu muerte. Mas por nuestra infidelidad olvidamos que naciste pobre, en el dolor y en el desprecio. Y tu muerte, aunque tan miserable y abatida, tan sumamente dolorosa, vilipendiada e ignominiosa, no nos decide a morir continuamente y del todo.

¿Quién de nosotros corresponde a tan fiel y divina fidelidad con una fe, tal vez pequeña, pero viva y continua? Por desgracia, cada cual está siempre pronto a echar a un lado la carga, como si el llevarla no fuese deber estricto. Oh Dios Hombre doliente, que nos fuiste tan fiel, danos serte todos fieles a tí. (Cf. STA. ANGELA DE FOLIGNO, **II libro della B. Angela**, II, 125-6).

CICLO C

«Cristo Jesús, viniste al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero» (1 Tm 1, 15).

Poco después de haber pactado la Alianza con Israel, Dios ve que éste, en ausencia de Moisés, se ha construido un becerro de oro; indignado por esa infidelidad, piensa castigarlo destruyéndolo. Y como una vez reveló a Abrahán su designio contra Sodoma y Gomorra, así ahora manifiesta a

Moisés el que tiene contra Israel: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso déjame: mi ira se va encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo» (Ex 32, 9-10). Parece como si Dios temiese la intervención de Moisés en favor del pueblo y lo previniese asegurándole, que él quedará a salvo y además vendrá a ser cabeza de una gran nación nueva. Pero Moisés no piensa en sí mismo, quiere sólo salvar al pueblo que ama y, como un día, Abrahán, eleva una súplica llena de audacia. No puede apoyarse en un determinado número de justos —porque todo el pueblo ha pecado—, pero apunta osadamente al amor de Dios por Israel. Le recuerda los prodigios con que lo ha sacado de Egipto, le recuerda las promesas hechas a los patriarcas, le dice sin más que tiene que indultar a su pueblo en gracia de la reputación de su nombre. En esta oración Moisés se yergue como un gigante en lucha con Dios para obtener la salvación de su pueblo. Y Dios le escucha.

Pero el gran Moisés es sólo pálida figura de un mediador infinitamente más poderoso, Jesús, el cual no necesita luchar con Dios para obtener misericordia a la humanidad pecadora —porque él mismo es el precio que salda el pecado—; viene, más bien, a manifestar al mundo el gozo de Dios por la conversión de los pecadores. Y lo manifiesta de modo especial mediante las deliciosas parábolas de la misericordia (Lc 15, 1-32) que nos ofrece el Evangelio de hoy. En todas ellas se pone particularmente de relieve el gozo del que encuentra lo que ha perdido. El pastor, encontrada su oveja, «se la carga sobre los hombros muy contento» (ib 5), torna a casa y llama a los amigos y vecinos para que se congratulen con él. La mujer, después de haber registrado todos los rincones hasta hallar su moneda, hace otro tanto: «¡Felicítadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido» (ib 9). Mucho más hace el padre cuando ve por fin volver a su hijo que largo tiempo ha le había abandonado; no piensa en reprenderle, sino en hacer una fiesta: «celebrems un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado» (ib 23-24). Una fiesta tan grande que suscita la indignación y la protesta del hijo mayor. Jesús mismo acababa de decir: «Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, qué por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (ib 7). Entonces ¿ama Dios más a los pecadores convertidos que a los hijos que siempre le permanecieron fieles? La respuesta es la que da el padre al hijo mayor, celoso por la acogida dispensada a su hermano: «Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo» (ib 31). ¿No es acaso grandísima fiesta estar siempre con Dios y gozar cada día de sus bienes? Estas parábolas no quieren afirmar que Dios ame más a los pecadores que a los justos, sino poner en evidencia el gozo con que acoge a los pecadores arrepentidos y enseñar a los hombres a congratularse por el retorno de los hermanos, abriéndoles el corazón con una bondad semejante a la de Dios.

La segunda lectura (1 Tm 1, 12-17) inculca, aunque en contexto diferente, los mismos conceptos. S. Pablo, recordando su pasado, proclama la misericordia que se usó con él y con un entusiasmo parejo a su humildad

confiesa: «Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero» (ib 15). ¡Qué gran fiesta hubo de haber en el cielo por la conversión de este hombre que correspondió con tal plenitud a la gracia divina! Y ¿quién puede decir que no necesita convertirse para emular la fidelidad de Pablo?

Tú, Padre misericordioso, te gozas más de un penitente que de noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia; y nosotros oímos con grande alegría el relato de la oveja descarriada, que es devuelta al redil en los alegres hombros del Buen Pastor, y el de la dracma, que es repuesta en tus tesoros después de los parabienes de las vecinas a la mujer que la halló. Y lágrimas arranca de nuestros ojos el júbilo de la solemnidad de tu casa, cuando se lee en ella de tu hijo menor que era muerto y revivió, había perecido y fue hallado.

Y es que tú te gozas en nosotros y en tus ángeles, santos por la santa caridad... ¿Qué es esto, Señor, Dios mío? ¿En qué consiste esto, siendo tú gozo eterno de ti mismo y gozando siempre de ti algunas criaturas que se hallan junto a ti?... ¡Ay de mí! ¡Cuán elevado eres en las alturas y cuán profundo en los abismos! A ninguna parte te alejas, y, sin embargo, apenas si logramos volvernos a ti. ¡Ea, Señor! ¡Manos a la obra! Despiértanos y vuelve a llamarnos, enciéndonos y arrebatándonos, derrama tus fragancias y séenos dulce. Amemos, corramos. ¿No es cierto que muchos se vuelven a ti de un abismo de ceguedad muy profundo?... Y se acercan a ti y son iluminados, recibiendo aquella luz con la cual quienes la reciben, reciben juntamente la potestad de hacerse hijos tuyos. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, VIII, 3, 6.8; 4, 9).

308. NO INSENSATOS, SINO SENSATOS

«Instrúyeme, Señor, y enséñame el camino que he de seguir, fijos en ti mis ojos» (Sl 31, 8).

1.— «Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos, sino sensatos. Sabed comprar la ocasión... Por eso no andéis aturdidos, daos cuenta de lo que el Señor quiere» (Ef 5, 15-17). El cristiano no puede actuar como un insensato: la vida es algo demasiado serio, es el camino que conduce a Dios; es, por lo tanto, importantísimo no dejarse deslumbrar, sino elegir el camino justo, el indicado por la voluntad de Dios, y avanzar por él expeditamente. No siempre es fácil hacerlo, porque las pasiones pueden de dentro impedirnos reconocer la voluntad divina, mientras por de fuera el mundo presiona con sus falsos atractivos. Para que no equivoque el camino, el cristiano ha recibido en el bautismo la virtud de la prudencia, la cual tiene el cometido de ayudarle a «discernir lo que es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rm 12, 2) para conducirlo al conseguimiento de su fin: la vida eterna.

«La prudencia —según S. Agustín— es el amor que discierne lo que ayuda a ir a Dios de lo que lo puede impedir» (De mor. Eccl. 25). Pues quien ama escoge espontáneamente lo que le puede servir para alcanzar el objeto de su amor y es sumamente perspicaz en intuir la voluntad de la persona amada,

sus deseos y sus gustos. «El amor es prudente, precavido, recto», dice la Imitación de Cristo (III 5, 7). No se trata aquí de una prudencia humana que encauza bien los negocios e intereses terrenos, sino de una prudencia sobrenatural inspirada por la caridad y el amor a Dios, que por eso ayuda al hombre a discernir todo lo que puede llevarlo a Dios y a evitar cuanto puede alejarlo de él.

Dios ha creado al hombre libre, capaz de tomar sus decisiones y de gobernar su vida; pero no lo ha abandonado a sí mismo. Le ha dado una ley que le sirva de guía, le ha revelado su fin sobrenatural y, para que pueda alcanzarlo, le ha infundido las virtudes sobrenaturales, entre las que la prudencia tiene una misión directiva: dirigir todas sus acciones según Dios.

2.— «¿Quién de vosotros —dice el Evangelio—, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?... ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil?» (Le 14, 28.31). Esta es la prudencia humana indispensable a quien no quiera exponerse al fracaso. Pero mucho más indispensable aún es la prudencia sobrenatural para asegurar el éxito eterno del cristiano. Este debe echar sus cuentas y convencerse de que es imposible seguir a Cristo sin imponerse sacrificios. «Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo» (ib 33). En otras palabras, lo mismo que el que quiere construir calcula los gastos necesarios, y el que quiere dar una batalla calcula las fuerzas de que dispone, así el que quiere seguir a Cristo debe disponerse a renunciar a lo que haga falta. Poco antes había dicho Jesús: «Si alguno se viene conmigo y no odia a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío» (ib 26). Odiar aquí, según el genio de la lengua hebrea, equivale a «posponer», como aparece claro en el texto paralelo de Mateo: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (10, 37). El seguimiento de Cristo exige que se ame a Dios sobre todas las criaturas, hasta sobre los parientes más cercanos, sobre todos los bienes terrenos y aun sobre la propia vida. Si en sentido pleno esto se exige solamente a los que son llamados a seguir a Cristo consagrándose totalmente a él, resulta claro de todo el Evangelio que en caso de conflicto entre los afectos de la sangre, la posesión de bienes o la conservación de la vida y el amor debido a Dios, todo cristiano debe estar pronto a sacrificar los primeros para mantenerse fiel al segundo. La norma fundamental de la prudencia cristiana es ésta: subordinar los intereses terrenos a los eternos, la vida temporal a la eterna, el amor de la criatura al amor del Creador. Es una prudencia que nace del precepto supremo del amor de Dios y está al servicio de él.

Concédeme, oh Dios de misericordia, que todo lo que te agrada lo desee yo ardientemente, lo investigue prudentemente, lo conozca verdaderamente y lo cumpla perfectamente a honor y gloria de tu nombre.

Indícame, oh mi Dios, mi lugar en el mundo y haz que sepa lo que tú quieres y que lo haga y cumpla como conviene y es útil a mi alma. Señor Dios mío, concédeme no fallar nunca, tanto en lo próspero como en lo adverso, de modo que ni aquello me enorgullezca ni esto me acobarde. De nada me goce ni me duela, sino de lo que me acerca a ti o me aleja de ti. Que no ambicione agradar ni tema disgustar a nadie fuera de ti. Que desprecie yo, Señor, todas las cosas caducas y me sean queridas todas las cosas eternas.

Que me disguste todo placer en que tú no estés presente y nada desee de lo que hay fuera de ti. Que me conforte, oh Señor, el trabajo emprendido por ti, y me sea enojoso todo descanso que tú no regocijes. (STO. TOMAS DE AQUINO, **Oraciones**).

Oh bien infinito, ¿cómo es posible que no debas ser amado y conocido de quien ha sido hecho capaz de conocerte y gozarte?...

Oh Señor, qué amoroso cuidado tienes día y noche de este hombre, que no se conoce a sí mismo, y menos a ti, oh Señor, aunque tú lo ames tanto y con tanta diligencia lo busques y con tanta paciencia lo esperes y soportes, y todo por amor...

Tú atraes a ti a los hombres con amor y quieres que ellos asientan por amor. Tú obras en ellos y por ellos con tu amor y quieres que todo el hombre obre por amor, porque sin amor no se hace cosa buena. Tú obras sólo para utilidad del hombre, y quieres que el hombre obre sólo para honor tuyo y no para utilidad propia. Tú que eres Dios y Señor no has mirado a tu comodidad, ni del alma ni del cuerpo, para salvar al hombre, y así no quieres que el hombre mire a su comodidad de alma o de cuerpo para hacer tu voluntad, tanto más que tu voluntad es enteramente nuestra Utilidad. (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

309. PERDERSE PARA SALVARSE

«Señor, que no me ajuste a la mentalidad de este mundo, sino que renueve mi mente según tu voluntad» (Rm 12, 2).

1.—El Concilio recomienda a todos los fieles «aquellas virtudes que se refieren a las relaciones sociales, esto es, la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, la cortesía, la fortaleza de ánimo, sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana» (AA 4) y ni siquiera prudencia sobrenatural. El cristiano, por ejemplo, no puede nunca «hacer el mal para que venga el bien» (Rm 3, 8), no puede usar medios ilícitos como la mentira o la injusticia para lograr un fin en sí honesto. Por otra parte, la prudencia sobrenatural difiere de cualquier forma de prudencia humana, por buena que sea, y la supera grandemente, como el fin eterno a que mira supera todo fin terreno. El Evangelio trae muchísimos ejemplos. Es típica la parábola del rico insensato que saborea la abundancia de su recolección y hace grandes proyectos para construir nuevos graneros. «Pero Dios le dijo: "¡Insensato! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste ¿para quién serán?" Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios» (Lc 12, 20). La

prudencia cristiana no impide proveer a las necesidades terrenas, pero con tal que se haga con desasimiento y con los ojos puestos en Dios. «Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida?» (Mt 16, 26). El estilo de la prudencia sobrenatural es el indicado por Jesús: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (ib 25). Quien se afana desmesuradamente por los negocios o sucesos terrenos o por el bienestar o la conservación de la vida temporal, acaba por descuidar sus deberes para con Dios. Si los valores terrenos ocupan el primer lugar en el pensamiento, en el deseo y en la acción, es claro que los eternos han de pasar al segundo; y el primado no es ya de Dios, sino de las realidades temporales; en consecuencia se compromete no sólo la santidad, sino hasta la salvación eterna. «Mirad y guardaos de toda codicia —dice el Señor—, porque aun en la abundancia la vida de uno no está asegurada por sus bienes» (Lc 12, 15). Si no lo está la vida terrena, cuánto menos la eterna.

2.— «El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel» (Mt 13, 44). El Reino es ese maravilloso «tesoro escondido»; no todos lo descubren, no todos conocen su valor, pero el que lo conoce, el que ha encontrado a Dios en lo íntimo de su corazón, una sola vez que haya sido, y ha intuido su bondad infinita, no vacila en renunciar a todo, con tal de poseerlo. No a regañadientes, sino «lleno de alegría» da de mano a todos sus bienes considerándolos bagatelas: «perdí todas las cosas —dice S. Pablo— y las tengo por basura para ganar a Cristo» (Fl 3, 8).

Comprendido esto, no parecen ya extrañas ni excesivas ciertas exigencias del Evangelio que trastruecan la lógica de la prudencia humana. «Cuando seas convidado por alguien a una boda, no te pongas en el primer puesto... Al contrario... vete a sentarte en el último puesto» (Lc 14, 8. 10). No es una treta diplomática para evitar la humillación de verse echado atrás o para procurarse el honor de ser llamado adelante, sino la elección voluntaria de lo que luce menos a los ojos del mundo pero vale más a los de Dios, que escruta los corazones y quiere encontrar en ellos humildad. Y si es el cristiano quien ofrece el convite, el Evangelio le dice: «no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez» (ib 12). No es condenar los deberes de la amistad, el parentesco o la gratitud, sino una exhortación a la generosidad desinteresada: a hacer regalos y favores a quien es tan indigente —material y espiritualmente— que no hay esperanza de correspondencia y tal vez ni de gratitud. «Y serás dichoso, porque no te pueden corresponder» (ib 14). Esto que para la prudencia humana es un perjuicio, para la prudencia sobrenatural es una fortuna. A una religiosa que habría querido sustraerse a un acto gravoso de caridad, decía Sta. Teresa del N. J.: «Yo, en cambio, habría sido feliz en hacerlo... ¡Oh, qué mal sabe disponer sus asuntos!» (Recuerdos inéditos).

Quien busca a Dios por encima de todo, juzga las cosas según el valor que tienen a sus ojos.

Es arduo, Señor, llevar la cruz, exponer el alma a los riesgos y el cuerpo a la muerte; es arduo renunciar a lo que se es... Nos parece difícil a los hombres conseguir una esperanza a precio de peligros y conquistarse una ventaja futura con menoscabo de los bienes presentes. Pero tú, Maestro bueno y humano, para que nadie sea destrozado por la desesperación o el abatimiento —pues el dulce hechizo de la vida terrena con frecuencia reblandece hasta a un espíritu recto y constante—, promete a sus fieles una continuidad cierta de vida... Pero nadie puede escapar a la muerte si no sigue la vida. Mi vida, oh Cristo, eres tú, vida que no conoce el morir... Concédeme, pues, estar donde estás tú... Haz que repose no en tierra, sino sobre tu pecho; que no me deleiten las cosas de la tierra, sino que sepa más bien pisotearlas con la fuerza del ánimo. Tenga miedo de mí la tierra y no me domine; tema la carne el poder de mi alma y, derrotada, se someta a ella... Oh Cristo, que te contemple yo triunfante en la cruz; que sepa ver en la cruz [no un escándalo o una locura], sino un triunfo. (S. AMBROSIO, **Comentario al Ev. de S. Lc**, VII, 1-2. 5).

¡Oh Salvador mío! Hazme negociador diligente y codicioso para que busque la perla de la divina sabiduría con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometes que la hallaré si de esta manera la buscare...

¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh unión de amor excelentísima! ¡Oh Dios amabilísimo, que te llamas caridad y eres perla de infinito valor! ¡Uno en esencia, aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que a todos los que se juntan y llegan a ti los haces un espíritu contigo! Descúbreme esta perla una y preciosa, y aficióname a ella, dámela en posesión; ve aquí, te ofrezco por ella cuanto tengo, y si más tuviera más te diera, porque todo es poco para lo que ella vale. Dámela, Señor, de gracia, para que yo te sirva también de gracia, no por interés, sino por puro amor. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, III, 47, 2-3).

310. EL SIERVO FIEL Y PRUDENTE

«Señor, que sepa yo esperarte con la lámpara encendida, pronto a abrirte apenas llegues y llames» (Lc 12, 35-36).

1.— Al enviar a sus discípulos en medio del mundo, Jesús les recomendó: «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas» (Mt 10, 16). El cristiano debe ser cauto: para no dejarse engañar por el mal, para reconocer a los lobos disfrazados de corderos, para distinguir a los verdaderos de los falsos profetas (Mt 7, 15) y para aprovechar toda ocasión propicia de anunciar el Evangelio y de obrar el bien; pero su precaución no debe estar nunca reñida con la sencillez. La prudencia sin sencillez es una lámpara apagada incapaz de iluminar. Sólo a los sencillos les es dado discernir lo que conduce a Dios, tener el sentido del Evangelio y comprender su mensaje. Jesús exultó por ello y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y

se las has revelado a pequeños» (Lc 10, 21). El corazón sencillo es un espejo en el que se refleja la verdad.

Por otra parte la misma sencillez exige prudencia: ponderar lo que se tiene que hacer, reflexionar para conocer la voluntad de Dios y, sobre todo en las decisiones importantes, saber esperar en oración que se manifieste el querer divino; llegado luego el momento oportuno, actuar con empeño previniendo con mirada sagaz las consecuencias de las propias acciones. Es lo que enseña la parábola de las diez vírgenes. Sólo las cinco prudentes previenen que la espera del esposo puede prolongarse y toman consigo aceite suficiente para cebar sus lámparas; las necias, en cambio, no lo piensan y, cuando a media noche se oye un grito: «¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!», se encuentran desabastecidas, con las lámparas apagadas y excluidas de la boda (Mt 25, 1-13). Como las diez vírgenes, los cristianos están de camino hacia el Reino de los Cielos, en espera de ser admitidos a las eternas bodas. La prudencia exige que sean vigilantes y que las lámparas de su fe y de su caridad se mantengan bien encendidas, si la venida de Cristo, el Esposo, se retrasa. Una fe y una caridad débiles no pueden resistir mucho; hay que prever y proveerse a tiempo. La vida cristiana es una vigilia: laboriosidad, solicitud, precaución para estar prontos a la venida del Señor son las características de una espera prudente.

2. — El Evangelio (Mt 24, 45-56) habla también de un «siervo fiel y prudente» al que el amo le confió el gobierno de su casa durante su ausencia. Dichoso él si el amo, al volver, lo encontrare aplicado a sus tareas, fiel al mandato recibido. La parábola tiene aplicación a todos los que han sido encargados del gobierno de otros: padres, educadores, superiores, apóstoles, sacerdotes. Si hace falta prudencia para guiar sabiamente la propia conducta, hace falta más aún para guiar la de los otros; no en vano se considera la prudencia virtud típica de los superiores. El que tiene alguna responsabilidad debe ante todo considerarse simple administrador y no dueño, encargado de prestar un servicio según el beneplácito del único Dueño y no según los propios puntos de vista. Por eso adoptará una actitud humilde y respetuosa de la voluntad de Dios, que se esforzará en interpretar con prudencia, procurando facilitar a los otros su cumplimiento. Adoptará una actitud de bondad y de respeto para con los que le han sido confiados, ejerciendo «su autoridad con espíritu de servicio a sus hermanos, de suerte que expresen la caridad con que Dios los ama» (PC 14). Promoverá el bien colectivo y el individual, teniendo en cuenta la personalidad, el temperamento, las cualidades, las limitaciones y las necesidades de cada uno. Los oficios de responsabilidad no son nunca para provecho propio, sino para utilidad de los otros. La parábola se concluye por eso con la condena del siervo que, aprovechándose de la ausencia del amo y del cargo recibido, se da a pasatiempos y avasalla y maltrata a sus compañeros.

Pero también los súbditos están obligados a una prudencia particular que consiste en la docilidad y el respeto para con los que los gobiernan en

nombre de Dios. A ellos va dirigida la exhortación de S. Pablo: «Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos, pues velan sobre vuestras almas como quienes han de dar cuenta de ellas, para que lo hagan con alegría y no lamentándose, cosa que no os traería ventaja alguna» (Hb 13, 17). El cometido arduo de los superiores ha de ser facilitado por la docilidad filial de los súbditos.

Señor, tú eres mi dueño absoluto porque me has creado, porque me conservas el ser, porque soy tu siervo. Haz, pues, que mi vida esté toda consagrada a ti, a cumplir tu querer; del todo y para siempre. Cuando no pienso en ti, cuando atiendo a mi comodidad, a mi amor propio o a mi alabanza, falto a un deber mío gravísimo, me hago un siervo desobediente. Y tú entonces ¿qué harás de mí? Oh Señor, no me alejes de tu servicio como por desgracia merecería.

¡Siervo de Dios! ¡Qué título, qué morada bellísima es ésta! ¿No dijiste tú, Señor, que tu yugo es suave y tu carga liviana? ¿No está escrito acaso en tus Escrituras que servirte es reinar? ¿No es tal vez para un hombre santo que se pueda decir de él que es un siervo de Dios?...

Servirte a ti. ¿Y luego? El premio, la patria, el cielo, el hermoso paraíso... Oh Señor, yo te doy gracias por ese premio que me has preparado a cambio de cuatro días de servicio; por el honor altísimo al que me condujiste. Yo soy un peregrino en la tierra, yo miro al cielo, mi fin, mi patria, mi morada. (JUAN XXIII, **Diario del alma**, 1900).

Señor Dios, Padre santo, ahora y para siempre seas bendito... ¿Qué tiene tu siervo sino lo que recibió de ti, aun sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y has hecho conmigo...

Concédeme, Señor, saber lo que se debe saber, amar lo que se debe amar, alabar lo que a ti es agradable, estimar lo que te parece precioso, aborrecer lo que a tus ojos es feo. No permitas que juzgue según la vista de los ojos exteriores, ni que sentencie según el oído de los hombres ignorantes; sino dame gracia para que pueda discernir con verdadero juicio entre lo visible y lo espiritual, y sobre todo buscar siempre la voluntad de tu divino beneplácito.

Muchas veces se engañan los hombres en sus opiniones y juicios, y los mundanos se engañan también en amar solamente lo visible. ¿Qué tiene de mejor el hombre porque el otro le alabe?... Cuanto es cada uno en tus ojos, oh Señor, tanto es y no más. (**Imitación de Cristo**, III, 50, 1.7-8).

311. LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

«Ven, Espíritu Santo, ven dador de los dones» (MR, Secuencia).

1.— La víspera de su muerte Jesús consoló a sus discípulos con esta gran promesa: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad» (Jn 14, 16-17); y poco antes de subir al cielo se la confirma: «Seréis bautizados en el Espíritu Santo

dentro de pocos días» (He 1, 5) y seréis «revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49).

Los discípulos lo necesitaban. Instruidos por el Maestro y enviados por él a ser sus testigos en el mundo, tenían necesidad de profundizar las enseñanzas recibidas, y de fortaleza y valor para llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Jesús completará y perfeccionará su formación por medio de su Espíritu, el Espíritu Santo.

Algo análogo sucede a todo cristiano. La nueva voluntad, sostenida por la gracia y las virtudes infusas, no basta para producir los frutos de santidad que el Evangelio espera de los discípulos de Cristo. Queda siempre una desproporción que allanar, la del modo de obrar humano frente a las exigencias de la santidad, que es participación en la vida y santidad misma de Dios: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). El hombre puede y debe ejercitar las virtudes, pero éstas, aun siendo sobrenaturales, obran por medio de las facultades naturales; la fe, por ejemplo, le ilumina a través de la inteligencia que puede ser más o menos limitada, la caridad lo ennoblece a través de la voluntad que puede ser más o menos dócil, y así sucesivamente. El Espíritu Santo con sus impulsos y con sus dones rebasa los límites congénitos del hombre y le infunde luz, amor y fuerza superiores a sus capacidades naturales. Entonces no es ya el cristiano sólo quien toma las iniciativas de su fe, de su caridad y de las otras virtudes, sino es el Espíritu Santo quien las actúa directamente dotándolo de su luz y su poder: seréis «revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49).

2.— En el bautismo el cristiano junto con la gracia santificante y las virtudes recibe los dones del Espíritu Santo. Mientras las virtudes infusas son principios sobrenaturales que hacen al hombre capaz de obrar de modo virtuoso y meritorio en orden a la vida eterna, los dones son principios sobrenaturales que lo hacen capaz de recibir los auxilios del Espíritu Santo, de aprehender sus inspiraciones e impulsos y de secundarlos. Sto. Tomás compara los dones a las velas de una barca; como la barca por medio de las velas puede ser movida y llevada por el viento, así el hombre por medio de los dones puede ser movido y guiado por el Espíritu Santo. De este modo el camino de la santidad se hace más fácil y seguro.

«El hombre naturalmente —dice S. Pablo— no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él, y no las puede entender... En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo» (1 Cr 2, 14-15). El hombre espiritual es el cristiano en el que habita el Espíritu Santo y que, mediante sus dones, ha sido capacitado para entender «las cosas del Espíritu de Dios». «El justo, que vive ya la vida de la gracia divina y actúa con el auxilio de las virtudes..., tiene también absoluta necesidad de esos siete dones que se llaman propiamente dones del Espíritu Santo. Por medio de ellos el hombre se dispone a seguir más fácil y prontamente el impulso divino» (León XIII, *Divinum illud*). Dios, en su bondad infinita, no deja que al cristiano le falte nada de lo que le es necesario para su santificación. El hecho de que le haya dado los dones

indica que quiere intervenir él mismo en su vida espiritual con la acción del Espíritu Santo. Por otra parte, también los dones, igual que la gracia y las virtudes, se nos dan en germen, o sea, como una semilla que para desarrollarse precisa de buen terreno y de cuidados asiduos, y esto es lo que se confía a la buena voluntad de cada uno. El egoísmo y el apego a sí mismo o a las criaturas, como impiden el desarrollo de las virtudes, así obstaculizan el de los dones. La caridad, en cambio, los libra de todo estorbo y los suelta, como velas desplegadas, al sople del Espíritu Santo.

Oh Espíritu Santo y santificador, Dios omnipotente, amor esencial del Padre y del Hijo, nudo adorable de la augusta Trinidad, te adoro y te amo con todo el corazón. Manantial inexhausto de gracias y de amor, esclarece mi mente, santifica mi alma e inflama mi corazón. Dios de bondad y misericordia, ven a mí: visítame, lléname, permanece en mí, haz de mi corazón un templo y un santuario animado donde puedas recibir mis adoraciones y homenajes y encontrar tus delicias. Manantial de agua viva, que saltas hasta la vida eterna, riega y abreva mi alma que tiene sed de justicia. Fuego sagrado, purifícame, haz que yo arda con tus llamas y que éstas nunca se extingan en mí. Luz inefable, ilumíname; Santidad perfecta, conságrame; Espíritu de verdad, sin ti estoy en el error; Espíritu de amor, sin ti soy un témpano; Espíritu de unción, sin ti estoy en sequedad; Espíritu de vida y vivificante, sin ti estoy en la muerte. (P. AURILLON, **Novena de Pentecostés**).

Te veo, Dios, Verbo y Espíritu, y comprendo que vas buscando con suma sabiduría y con eterna bondad a tu criatura, de modo que pareces no tener ni gloria ni complacencia sino en tu criatura, que, sin embargo, es tan ruin. Y este tu Espíritu es el anzuelo con que buscas atraparla. Y el corazón que recibe el Espíritu es la zarza que vio Moisés que ardía y no se consumía. Con una pureza suma arde en deseo de que tú no seas ofendido y se consume en ansia de que seas honrado...

Oh Verbo, vas llamando a todos, golpeando dulcemente, buscando que se disponga cada uno a recibir el don del Espíritu Santo. Vas cantando suavemente con dulce lamento, vas jubilando al plañir, buscando que todos se dispongan a recibir este don...

Oh Espíritu, que procedes del Padre y del Verbo, te infundes en el alma de un modo tan suave que no se percibe y así de pocos eres estimado en tu grandeza; y derramas en el alma el poder del Padre y la sabiduría del Hijo. Y el alma, de este modo poderosa y sabia, se hace apta para llevarte en sí, como divino huésped, de modo que te complazcas en ella y de ella no te apartes. (STA. M. MAGDALENA DE PAZZIS, **Revelatione e intelligentie**, Op. v 4, 64.61).

312. VIRTUDES Y DONES

«Ven, Espíritu Santo, danos el premio de la virtud» (MR, Secuencia).

1.— Cuando Jesús prometió el Espíritu Santo, aclaró que «el mundo no lo puede recibir» (Jn 14, 17). El mundo, o sea, el que vive en abierta oposición con la doctrina de Cristo, está cerrado al influjo del Espíritu, es insensible a su acción. En cambio nosotros, como dice S. Pablo, «no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado» (1 Cr 2, 12). Nosotros, pues, estamos empeñados en caminar en sentido contrario al mundo, esto es, en vencer las pasiones y vivir el Evangelio; practicar las virtudes que Cristo ha practicado, especialmente la caridad, la humildad, la mansedumbre, la obediencia y la pobreza. El ejercicio de las virtudes es la parte que todo cristiano tiene que cumplir para que el Espíritu Santo actúe sus dones.

Sto. Tomás enseña que los dones del Espíritu Santo «se dan en ayuda de las virtudes» (S. T. 1-2, 68, 8). Los dones, pues, no sustituyen a las virtudes, sino las suponen y perfeccionan. Esto significa que el cristiano debe hacer de su parte todo lo que pueda, aplicándose seriamente al ejercicio de las virtudes, y entonces el Espíritu Santo, mediante los dones, completará la obra. Toda la tradición católica pone como punto de partida el esfuerzo y la aplicación personal, porque «si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella..., la atrae y hace correr hacia él [con] sus divinas inspiraciones y toques» (J. C. LI 3, 28). El cristiano busca a Dios por la práctica asidua de las virtudes, que, si no son suficientes para alcanzar la santidad, son necesarias para demostrar al Señor su buena voluntad. Como el marinero que quiere llegar a puerto, no espera ociosamente el sople del viento, sino mientras lo espera se pone a remar con vigor, así el alma que desea encontrar al Señor, a la espera de que él mismo lo atraiga a sí, no se abandona a la inactividad, antes se aplica con aliento a buscarlo con sus iniciativas y esfuerzos personales. Justamente en esos esfuerzos introducirá el Espíritu Santo su acción, haciendo que actúen sus dones. Quien sea perezoso y no se aplique con empeño al ejercicio de las virtudes, no podrá esperar el auxilio de los dones.

2. — Normalmente en los comienzos de la vida espiritual, el influjo de los dones es más bien escaso y oculto; por eso, en ese período, prevalece la iniciativa del hombre, o sea el ejercicio activo de las virtudes y de la oración. Pero a medida que la vida espiritual se desarrolla, es decir, a medida que crece la caridad, aumenta también el influjo de los dones; de modo que en el cristiano fervoroso dicho influjo se hace cada vez más fuerte y frecuente hasta que llega a prevalecer sobre sus iniciativas; y es así como, bajo la dirección del Espíritu Santo, llega a la santidad.

Para poder aprovecharse de los dones del Espíritu Santo, es necesario acostumbrarse a armonizar la actividad con la pasividad, esto es, a mantenerse atento y dócil a las mociones del Espíritu Santo, a pesar de seguir tomando las propias iniciativas. Pues así como hay personas demasiado perezosas y pasivas, las hay también demasiado activas, las cuales hacen consistir todo en planes de reforma espiritual, propósitos y ejercicios, como si la santidad dependiese únicamente de su esfuerzo; en el fondo cuentan demasiado con sus fuerzas y demasiado poco con la ayuda divina. De este modo corren el riesgo de no saber captar las inspiraciones del Espíritu Santo, de sofocar sus impulsos y, por lo tanto, de fatigarse sin alcanzar la meta. Hace falta más docilidad; se precisa más abandono. Docilidad de la mente para reconocer las inspiraciones interiores del Espíritu Santo, docilidad de la voluntad para secundarlas, abandono para dejarse conducir hasta por los caminos más oscuros, desconocidos y contrarios al propio gusto. Nadie puede ser maestro de santidad para sí mismo; pues «nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cr 2, 11). Hay que dejarse, pues, instruir y guiar por él. Aun cuando trabajemos activamente en la corrección de los defectos y en la consecución de las virtudes, hemos de mantener siempre el oído interior atento a los impulsos del Espíritu Santo. «El Señor... cada mañana me espabila el oído para que escuche —dice Isaías—. El Señor Dios me ha abierto el oído y yo no me he rebelado ni me ha echado atrás» (50, 4. 5). Esta debe ser la actitud interior de quien se quiere dejar guiar por el Espíritu Santo.

¡Oh Jesús, envía tu Espíritu y haz que penetre, encienda y santifique mi alma; haz que la absorba de modo tal que no tenga más vida sino en el Espíritu Santo... Infúndeme tu espíritu que con sus celestiales ardores haga madurar en mi corazón frutos de obras santas. Dámelo como luz que esclarece, como Maestro que instruye, como guía que dirige, como fuente que purifica, fecunda y sacia, como dador de dones, como sostén, como consolador y como lazo que me una a ti indisolublemente y para siempre. Dámelo en fin como dulce huésped del alma para que permanezca siempre conmigo...

«Emitte Spiritum tuum et creabuntur». Pero ¿qué cosas serán creadas por el Espíritu Santo? Todo lo que es bueno todo lo que es santo; pues siendo él principio de la vida sobrenatural, crea en nosotros un corazón puro y un espíritu recto... Esto es precisamente lo que necesito, oh Dios mío...

Y tú, Espíritu Divino, úneme más fuertemente a Jesús, renueva la tierra árida de mi corazón, para que se haga fecunda en frutos de paraíso, y quédate siempre en mí para trabajar en mi perfeccionamiento. (B. ELENA GUERRA, **Il fuoco che Gesù portò sulla torra**, 48-50.53).

Oh Espíritu Santo, Dios amor, lazo y vínculo de la santa Trinidad, tú descendes para reposar y tener tus delicias en medio de los hijos de los hombres, en la santa castidad, la cual sólo por tu poder lleno de amor florece, por tus santas delicias, como rosa en medio de las espinas. Oh Amor, Amor, indícame el camino para llegar a este delicioso jardín, a estas riquezas del

espíritu, el camino de la vida que conduce a los prados regados por el rocío divino, donde los corazones sedientos pueden saciar su sed. Oh Amor, tú sólo conoces estos caminos de verdad y de vida. En ti se realiza la preciosa unión con la santa Trinidad; por ti se derraman los mejores dones espirituales; de ti provienen en abundancia las semillas más fecundas que dan frutos de vida. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 3).

313. EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION

«Espíritu Santo, enséñame a clamar contigo: *Abba, Padre*» (Gl 4, 6).

1.— Nuestras relaciones con Dios son esencialmente relaciones de hijos; han de ser, pues, relaciones de plena seguridad y confianza, pues no somos extraños, sino «familiares de Dios» (Ef 2, 19), miembros de su familia. Por eso la oración cristiana debe ser la expresión de los sentimientos de un hijo que goza de conversar cordialmente con su padre y que se echa en sus brazos con tal abandono. Pero por desgracia el hombre es siempre pecador y la conciencia de sus miserias e infidelidades amenaza paralizar su impulso filial, generando en él un temor que le hace subir espontáneamente a los labios el grito de Pedro: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8). Esto acaece sobre todo cuando se atraviesan períodos oscuros de luchas, tentaciones y dificultades que sumen el espíritu en desasosiegos y turbación, impidiéndole ese arranque del corazón que ahoga en Dios toda preocupación. Pero de repente, el alma alumbrada improvisamente por una luz nueva que ahuyenta todo temor, no es un pensamiento, sino una persuasión nueva e íntima que le hace sentir profundamente que es hija de Dios y que Dios es su Padre. Es el influjo del don de piedad actuado por el Espíritu Santo. Ya S. Pablo decía a los primeros cristianos: «No recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 15-16). Es, pues, el Espíritu Santo quien infunde en el corazón este sentimiento profundo de piedad filial y de confianza plena en el Padre celeste, y aun él mismo aspira en nosotros con gemidos inenarrables: «¡Padre!». El Vaticano II corrobora este concepto y afirma: «El Espíritu Santo habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo, y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos» (LG 4).

2.— La oración profunda es una relación íntima con Dios; pero ¿quién podrá enseñar al hombre, tan rudo y material, las finezas requeridas en el trato íntimo con el Rey del cielo y de la tierra? No habrá nunca ni ceremonial ni libro devoto capaz de regular dignamente las relaciones íntimas de amistad entre la criatura y el Creador. Pero hay un Maestro cuyo ánimo es totalmente adecuado para este objeto y cuya enseñanza está al alcance de todo cristiano. Es el Espíritu Santo: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra

flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8, 26). Es una realidad muy consoladora para quien tiene el sentimiento de la propia impotencia e incapacidad para tratar con Dios, para quien siente la necesidad de una oración adecuada a la bondad infinita de ese Dios que ha amado a los hombres hasta hacerse uno de ellos, y siente al mismo tiempo la necesidad de una oración adecuada a la soberana majestad y a la trascendencia infinita del Altísimo. Pues bien, el Espíritu Santo alterna en el cristiano sentimientos de plena confianza y de profunda adoración, de amistad amorosa y de reconocimiento de la suprema grandeza de Dios. «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!» (Gl 4, 6); y el mismo Espíritu repite: «Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos» (Ap 7, 12). Aun cuando el espíritu esté árido, el corazón frío y la mente oscurecida, el Espíritu Santo ora en nosotros, de modo que nosotros podemos siempre ofrecer a Dios esa plegaria del Espíritu. Esta es la oración más verdadera, y más preciosa, oración que será ciertamente escuchada, porque el Espíritu Santo no puede inspirar sentimientos y deseos contrarios al beneplácito divino, sino que «su intercesión a favor de los santos (los cristianos) es según Dios» (Rm 8, 27).

Alma mía, ¿no has sentido alguna vez en los secretos de tu conciencia al Espíritu del Hijo que clama: "Abbá, Padre"? Puedes, pues, presumir que eres amada con afecto paterno, tú que te sientes presa del mismo Espíritu de que es presa el Hijo. Confía..., confía, sin vacilar lo más mínimo. En el Espíritu del Hijo reconócelte hija del Padre, esposa y hermana del Hijo (**In Cantica Cant.** 8, 9).

Oh Espíritu Santo, eres tú en quien clamamos: Padre, Padre; eres tú el que pide por los santos con gemidos indecibles. Y si ruegas así en nuestro corazón, ¿cuál, será ni plegaria en el corazón del Padre?... En nuestros corazones eres nuestro Abogado delante del Padre, y en el corazón del Padre eres nuestro Señor. Así, pues, lo que pedimos nos lo das tú mismo que nos has dado la capacidad de que pidamos; y así como nos alientas con una piadosa confianza a elevarnos al Padre, así inclinas a Dios hacia nosotros con su piadosa misericordia. (S. BERNARDO, **In festo Pentecostes**, 1, 4).

«El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inefables».

¿Cómo se puede decir que gimes, Espíritu de amor, siendo así que gozas con el Padre y el Hijo de una perfecta y eterna felicidad? Porque tú eres Dios, como es Dios el Hijo y es Dios el Padre... No gimes, pues, en ti mismo ni dentro de ti mismo en aquella Trinidad, en aquella felicidad, en aquella eternidad de sustancia; gimes en nosotros, porque nos haces gemir; nos insinúas que somos peregrinos y nos haces suspirar por la patria; y los gemidos son esos mismos suspiros.

Al que le va bien en este mundo, mejor dicho, al que cree que le va bien y se goza en la alegría de la carne, en la abundancia de las cosas temporales y en la vana felicidad, ése... no gime. El que se da cuenta de la opresión de su

mortalidad y de que está alejado de ti, Señor y de que todavía no posee aquella eterna felicidad prometida, sino que la tiene sólo en esperanza para tenerla luego en realidad..., el que se da cuenta de esto, gime. Haz, Señor, que gima yo por esto, entonces mi gemido será santo; es el Espíritu Santo quien me enseña a gemir así. Que yo no gima por la infelicidad terrena, o por las desgracias que me afligen, o por la enfermedad corporal que me oprime. Que gima como la paloma, como hace gemir el amor de Dios, como hace gemir el Espíritu. (S. AGUSTIN, *In Jo*, 6, 2).

314. DOMINGO XXV «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, que yo te busque mientras se te puede encontrar, que te invoque mientras estás cerca» (Is 55, 6).

«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos» (Is 55, 8; La lectura). Tal es en síntesis el mensaje de los textos bíblicos de la Liturgia de hoy. El hombre no puede reducir a Dios a la medida de sus pensamientos ni condicionar la conducta del Altísimo a sus categorías de justicia y de bondad. Dios está por encima del hombre mucho más que el cielo de la tierra (ib 9), por eso muchas veces los planes de su providencia son incomprensibles a la mente humana, la cual debe aceptarlos con humildad sin pretender escudriñarlos o juzgarlos.

Tal es la enseñanza profunda encerrada en la parábola de los obreros de la viña que el Evangelio de hoy (Mt 20, 1-16) propone a la meditación de los fieles. «El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña; se ajusta con ellos en un denario y los manda al trabajo. Pero hacen falta más brazos, y el propietario sale otras cuatro veces a la plaza a buscar jornaleros: a las horas tercia, sexta, nona y undécima, o sea desde las nueve de la mañana hasta el atardecer. Terminada la jornada los obreros reciben su paga empezando por los últimos, los cuales, igual que los primeros, reciben un denario. Y surge la reacción tan humana de los primeros: «Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno. Pero el propietario responde: «Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario?... Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?» (ib 12-15). En el plano de la justicia social este razonamiento sería discutible. Pero la intención de Jesús al proponer la parábola no es dar una lección sobre la «moral del salario» ni de sociología, sino dar a entender que el Reino de los Cielos se basa en principios muy diferentes de los que regulan las relaciones humanas de dar y recibir. Dios, infinitamente justo, es otro tanto misericordioso y libre; extendiendo la salvación a los que han sido llamados los últimos —los paganos—, no defrauda a los primeros —el pueblo elegido—; acogiendo en su reino a los pecadores convertidos en edad

avanzada no hace injuria a los que han vivido siempre en la inocencia. En el mundo de la gracia no hay derechos que hacer valer. Es cierto que el hombre debe colaborar en su salvación eterna, pero ésta es un bien tan grande, que no deja nunca de ser un don, hasta para los más grandes santos. Por lo demás, la parábola con la pregunta: «¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?» (ib 15), deja entender que el motivo del malhumor de los trabajadores de primera hora, no es tanto amor a la justicia, cuanto envidia por la generosidad de que fueron objeto los de la última. Pero Dios no sufre en los obreros del Reino ninguna especie de envidia o rivalidad contra los hermanos; y sólo reconoce como obreros suyos a los que saben gozarse del bien ajeno como si fuese propio.

La parábola, pues, no pretende alentar a los perezosos u holgazanes que dejan para última hora la conversión y el servicio de Dios, sino enseñar que Dios puede llamar a cualquier hora y que el hombre debe estar siempre pronto a responder a su llamada. «Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras está cerca» (Is 55, 6). El que fue llamado al alba de la vida no puede presumir de tener mayores derechos que el que lo ha sido en edad madura y aun a última hora; y estos últimos no deben desanimarse ni retroceder pensando que es demasiado tarde.

Resulta útil también a este propósito la palabra de S. Pablo sacada de la segunda lectura (Fl 1, 20b-24.27): Cristo será glorificado en mi cuerpo, sea por mi vida o por mi muerte.. El verdadero discípulo de Cristo no mira tanto a sus circunstancias personales —hora de llamada, servicios prestados, recompensa—, cuanto a dar gloria a Cristo por el cual únicamente vive.

Yo no puedo penetrar en tus misteriosos secretos, oh Señor. Tú has muerto por todos, lo sé... Cuál sea el plan eterno de tu providencia sobre mí, no puedo decirlo; pero, fundado en las gracias con que has querido favorecerme, puedo esperar que mi nombre esté entre los que has escrito en el libro de la vida. Hay, con todo, una cosa de la que, en mi caso personal, tengo certeza y a la que, en lo que a los otros se refiere, llego por fe: que si no alcanzo la corona de la gloria que has puesto al alcance de mi mano, será únicamente por mi culpa.

Tú me has asediado con tus gracias desde la juventud. Te has preocupado de mí como si yo fuese para ti algo verdaderamente importante, como si no fuese yo quien puede perder el cielo, sino tú quien me pudieses perder a mí. Me has conducido por un camino sembrado de innumerables gracias. Me has conducido junto a ti de la manera más íntima, me has introducido en tu casa y en tus moradas y te me has dado a ti mismo como manjar. ¿Acaso no es amor el tuyo?, ¿amor real, sincero, esencial, eficaz e ilimitado? Sé que lo es; estoy plenamente convencido de ello. Tú no esperas más que la ocasión de hacerme dones, de derramar sobre mí tus bendiciones. Estás siempre esperando que yo te pida tu gracia. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

CICLO B

«Dame, Señor, la sabiduría que viene de arriba, que es amante de la paz, dócil, llena de misericordia» (Sant 3, 17).

La primera lectura de hoy (Sb 2, 17-20) deja oír las palabras de escarnio y odio que los pecadores profieren contra el justo tramando su perdición: «Si es el justo hijo de Dios, lo auxiliará, y lo librará del poder de sus enemigos. Lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura...; lo condenaremos a muerte ignominiosa» (ib). La conducta del justo sabe a reproche continuo de los malvados, los cuales reaccionan maquinando contra él para denigrarlo y quitarlo del medio. Siempre fue así, antiguamente como ahora; y lo fue de modo muy especial para nuestro Señor Jesucristo. Condenado a una «muerte ignominiosa», se vio ultrajado con palabras idénticas a las registradas tantos siglos antes: «Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: "Soy Hijo de Dios"» (Mt 27, 43). Se comprende así que en ese trozo del libro de la Sabiduría haya visto siempre la cristiandad una profecía de la pasión del Señor. Hasta la Liturgia lo usa en este sentido poniéndolo como fondo del Evangelio de hoy (Mc 9, 30-37) que continúa el discurso sobre la pasión (cf. Domingo precedente). «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará» (ib 31). El Señor no separa nunca el anuncio de su pasión del de su resurrección, que es el epílogo de aquélla e ilumina su valor. Los discípulos, en cambio, se quedan sólo en la primera y, aterrorizados, procuran huirlo. El evangelista nota que «les daba miedo preguntarle» (ib 32) sobre ese tema: prefieren evitarlo, ignorarlo. Y llama la atención que, por el contrario, se ponen a discutir entre sí «quién era el más importante» (ib 34). Es la mentalidad del hombre terreno que huye de la cruz, para procurarse, en cambio, un poco de gloria y asegurarse un puesto elevado por encima tal vez de los otros. Los discípulos intuyen que tales sentimientos no agradan al Señor y se los quieren ocultar; pero él, que lee en sus corazones, les dice: «quien quiera ser el primero, que sea el último de todos» (ib 35). Es lo que él mismo hará en su pasión: se reducirá a siervo o esclavo de los hombres hasta morir por ellos como el último malhechor; pero resucitando será el primero, el primogénito de muchos hermanos adquiridos al precio de su sangre. Y para concretar mejor su enseñanza, Jesús acercó «a un niño, lo Puso en medio de ellos y lo abrazó» (ib 36). Demostraba así que las preferencias de Dios no son para los grandes, sino para los pequeños y últimos, a los cuales se les asegura no la gloria terrena, sino el Reino de los Cielos (Mt 19, 14); que para hacerse siervo, hay que servir sobre todo a los pequeños, débiles, pobres y necesitados, en los que quiere ser reconocido. «El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y quien me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado» (Mc 9, 37). El camino seguro para encontrarse con Jesús y en él encontrarse con el Padre, es siempre el de la humildad y el servicio amoroso a los pequeños, humildes y pobres, sin retro-

ceder cuando en este camino se encuentra la cruz como se la encontró el Señor.

La humildad, el espíritu de sacrificio y el amor libran al hombre de la envidia y del espíritu de contienda de que habla Santiago en la segunda lectura (Sant 3, 16-4, 3); le libran de las pasiones que son el origen de todas las luchas y conflictos, también de los que se tienen por acaparar los primeros puestos. Y por el contrario le hacen partícipe de «la sabiduría que viene de arriba», la cual es «amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras» (ib 17).

¿Se vio nunca tanta humildad como en ver a Dios humillado hasta el hombre, la suma alteza abajada a tanta abyección como es nuestra humanidad? Oh dulce y enamorado Verbo, fuiste obediente hasta la oprobiosa muerte de cruz, paciente y tan manso que no se oyó tu voz para murmuración alguna... Oh dulce y enamorado Verbo, fuiste saciado de penas y revestido de oprobios, deleitándote en las injurias, escarnios y befas; soportando hambre y sed, tú que sacias a todo hambriento, con tanto fuego y deleite de amor. Tú eres nuestro dulce Dios que no necesitas de nosotros. Y no amainaste en procurar nuestra salud, sino perseveraste, no dejando de hacerlo por nuestra ignorancia e ingratitud...

Esta es, pues, la doctrina y la vida que tú hiciste: y nosotros pobres miserables, llenos de defectos..., hacemos todo lo contrario... Oh santo e inmaculado Cordero, embriágame con tu sangre... Y como tú, Cristo bendito, no dejaste por ningún trabajo de obrar nuestra salud, haz también que tu esposa no deje... por ninguna pena, ni fatiga, ni hambre, ni sed, ni necesidad alguna, de emplearse continuamente en honor tuyo..., ni deje de servir a su prójimo, ni de procurar su salvación, aunque éste por ingratitud o ignorancia no reconociese tal servicio. (STA. CATALINA DE SIENA, **Epistolario**, 79, v 2).

CICLO C

«Señor, que atesore yo tesoros en el cielo, porque donde está mi tesoro allí está mi corazón» (Mt 6, 20-21).

El tema fundamental de la Liturgia de hoy es el recto uso de las riquezas. En la primera lectura (Am 8, 4-7) resuenan los duros reproches del profeta Amós a los comerciantes sin escrúpulos que se enriquecen a expensas de los pobres; alteran los pesos, venden mercadería de desecho, suben los precios aprovechando la necesidad ajena. El profeta denuncia sin miramientos sus fraudes, y lo hace no en nombre de una mera justicia social sino en nombre de Dios: «Escuchad esto los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables... Jura el Señor... que no olvidará jamás vuestras acciones» (ib 4.7). Los abusos y engaños a cuenta de los pobres ofenden a Dios que es su defensor, «padre de huérfanos, protector de viudas» (Sl 67, 6), que manda tratar con generosidad a los indigentes: «le abrirás tu mano y le prestarás lo que necesite para remediar su indigencia» (Dt 15, 8). La religión no puede

reducirse a un órgano de justicia social, pero debe defender ésta en nombre de Dios, basándose en sus preceptos, sin miramiento alguno a los ricos y poderosos. El que quiere hacer justicia en un plano puramente humano peligra edificar sobre arena, porque sólo es verdadera justicia la que se funda en Dios y viene de él.

El trozo de Amós con la condena de los estafadores dispone a comprender el sentido verdadero de la parábola del administrador infiel, leída en el Evangelio de hoy (Lc 16, 1-13). También aquí se habla de fraude, no en daño de los pobres, sino de un rico propietario que despide a su administrador porque ha dilapidado sus bienes. Este, para asegurarse unos amigos que le acojan, recurre a un ardid ilícito, reduciendo arbitrariamente las deudas a los clientes de su amo. Al proponer esta parábola, no pretende Jesús alabar la astuta arbitrariedad del administrador que él califica de «injusto» (ib 8), sino subrayar su sagacidad para asegurarse el porvenir. Este resulta bien claro de la conclusión, que suena como una queja del Señor: «los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz» (ib).

Jesús observa con pena que los seguidores del mundo —que viven lejos de Dios y no creen en él—, en los negocios para proveer su futuro terreno, son más sagaces y diligentes que los hijos de la luz, o sea los fieles, los cuales, a pesar de creer en Dios, son abúlicos e inconstantes en cuidar sus intereses espirituales y en ocuparse de su porvenir eterno. Se trata, pues, de una llamada al esfuerzo y a la vigilancia en vista del día último, cuando se dirá a cada uno: «Entrégame el balance de tu gestión» (ib 2).

Las máximas que siguen están orientadas a dar a entender de qué modo debe el cristiano valerse de las riquezas en orden a su fin eterno. El dinero, llamado por Jesús «injusto» (ib 9), porque con demasiada frecuencia es fruto de ganancias ilícitas, ha de ser usado con tal probidad, que no sólo no sea obstáculo a la salvación, sino ayude a conseguirla, como sucede cuando se lo emplea en bien de los necesitados; así el cristiano se ganará amigos que lo recibirán «en las moradas eternas» (ib). El uso del dinero exige una honestidad extrema, tanto en los grandes negocios como en los pequeños, porque «el que es de fiar en lo menudo, también en lo importante es de fiar; y el que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado» (ib 10). Si el hombre no es desprendido, el manejo del dinero se le convertirá en una tentación de la que no sabrá defenderse; y entonces de dueño o administrador acabará en esclavo del dinero, pésimo tirano que no deja libertad ninguna, ni la de servir a Dios. Nunca se meditará suficientemente el aviso del Señor: «No podéis servir a Dios y al dinero» (ib 13).

Oh Dios, que has puesto la plenitud de la ley en el amor a ti y al prójimo; concédenos cumplir tus mandamientos para llegar así a la vida eterna. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

¡Oh insensata ceguera del mundo y del alma que en estos bienes terrenos pone su esperanza, y por una cosa tan pequeña y por un tiempo tan breve

pierde la eterna gloria y merece la pena eterna, por, dos días que ha de poseer estos bienes! Ciertamente, esto no procede sino de grandísima ceguedad; porque el alma envuelta en el falso amor de estas cosas transitorias, insensibilizada y perdido el sentimiento de la razón, se animaliza...

Pero los que desprecian estas cosas, y te siguen a ti, Maestro divino, en pobreza, miseria y dolor, ¡qué presto ven acabada toda fatiga y llegan al reposo eterno!... Haz, pues, Señor, que ponga todo mi amor y mi deseo y mi afecto en ti, bien infinito, que me guardas infinitos gozos y consuelos eternos, si levanto el amor de estas cosas transitorias y lo pongo en ti... ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, oh (y en Dios, la cual has reservado para los que te temen! (S. BERNARDINO DE SIENA, **Operette volgari**, I, 2, 59-60. 62-3).

315. EL ESPIRITU SANTO Y LA ACTIVIDAD

«Ven, Espíritu Santo, enséñame todas las cosas» (Jn 14, 26).

1.— La Iglesia en la oración al Espíritu Santo afirma que Dios instruye a sus fieles iluminando sus corazones con la luz del Espíritu Santo (MR); y según la palabra de Jesús, esta acción del Espíritu Paráclito se extiende a todas las cosas: «el Paráclito... os lo enseñará todo y os recordará todo» (Jn 14, 26). No sólo, pues, la oración, sino también la actividad del cristiano debe ser iluminada y dirigida por el Espíritu Santo.

Es útil considerar lo primero la actividad más estrechamente unida a la vida espiritual, que consiste en esforzarse por practicar día a día los buenos propósitos formulados en la oración. Magnífico empeño, pero que con frecuencia se reduce a un trabajo prevalentemente «moral» y demasiado poco «teologal». En otras palabras, se procura corregir los defectos y ejercitar las virtudes con intención de agradar a Dios, pero quedándose en la práctica como desconectados de Dios. El cristiano entonces trabaja solo, olvidado de que en él hay quien podría no sólo ayudarlo, sino trabajar mucho mejor que él. No debe, es cierto, descuidar su trabajo, pero lo debe realizar de un modo más interior, más teologal, o sea más dependiente de Dios y de la acción del Espíritu Santo. En lugar de poner la mira directamente en un defecto o en una virtud, sacaría más provecho poniéndola en depender continuamente del Maestro interior y pasando a la acción después de haber escuchado su voz íntima y silenciosa. En suma, se trata de obrar en todas las cosas adaptándose al impulso interior de la gracia y a la inspiración del Espíritu Santo; se trata de ceder y confiar la marcha de la vida interior a la dirección del divino Paráclito.

2.— También en las relaciones con el prójimo, en el desempeño de los deberes cotidianos, en la actividad profesional y especialmente en las obras de apostolado, es preciso dejarse guiar por el Espíritu Santo. El debe tomar la dirección de toda la conducta del cristiano. A tal fin es necesario mantenerse en contacto con él aun en medio de la acción; unos breves

momentos de pausa de vez en cuando servirán para intensificar este contacto o reanudarlo cuando la actividad excesiva o los impulsos de las pasiones lo hubiesen interrumpido de algún modo. «No hago nada por mi propia cuenta —dijo Jesús—, sino que lo que el Padre me ha enseñado eso es lo que hablo» (Jn 8, 28). Esta es la norma de conducta de Jesús y ésta debe ser la norma de conducta del cristiano: obrar en dependencia continua de Dios, que, por medio de su Espíritu, inspira lo que se debe hacer y ayuda a ponerlo en práctica.

En este campo, con todo, hay que saber distinguir las inspiraciones del Espíritu Santo de los movimientos de la naturaleza y de las insinuaciones del espíritu maligno. Sin esta prudente discreción, se podría caer fácilmente en ilusiones o engaños, considerando inspiración divina lo que es, en cambio, fruto de impulsos más o menos inconscientes de la propia naturaleza. Las verdaderas inspiraciones del Espíritu Santo mantienen y hacen entrar cada vez más en la línea de la voluntad de Dios, es decir, en la línea de las órdenes de los superiores y de los deberes del propio estado. Cuando sucede al revés, hay motivos para temerlo todo: porque el Espíritu Santo no puede mover sino al cumplimiento de la voluntad de Dios y, por ende, no puede inspirar nada que sea contrario a la obediencia y al propio deber. En los casos dudosos se debe recurrir al consejo de una persona iluminada y prudente, y entonces el que está verdaderamente guiado por el Espíritu Santo, será dócil en plegarse al parecer ajeno, aunque sea contrario al suyo.

El Espíritu Santo, dijo Jesús, «mora con vosotros y en vosotros está» (Jn 14, 17) ¡Qué necesidad sería, pues, obrar independientemente de él! El que distribuye a los fieles la variedad de sus dones, con magnificencia proporcionada a su riqueza y a las necesidades del oficio y de los deberes de cada cual (LG 7. 12).

Oh Espíritu divino, pues inspiras donde quieres porque eres sumamente bueno, muestra conmigo tu bondad en querer lo que puedes, inspirándome con frecuencia lo que tengo que pensar, decir y obrar, para que, siendo movido por ti, en todo me parezca a ti...

Pues eres Señor absoluto de mis potencias, juntamente llama y abre sus puertas, llamando con tanta eficacia, que sin hacerte esperar, luego te abra, para que hagas en mí y de mí lo que fuere tu voluntad... Habla dentro de mí, que tu siervo oye... Tú dices que deseas oír mi voz, yo deseo mucho oír la tuya. Hazme que oiga tu voz divina y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderte con la mía, haciendo tales obras, que sean muy parecidas a las tuyas. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, V, 26, 2-3).

Oh Espíritu Divino, cuando te place conducir al alma por tus caminos en la paz más sencilla y profunda, le presentas todo cuanto debe hacer y decir, en los más pequeños detalles, poco a poco y claramente; luego esculpes en ella tu voluntad y determinas con fuerza y dulzura lo que debe hacer y querer... Tú le procuras todos los medios, que ella ni siquiera busca, y se los haces eficaces y fecundos con gran paz. Esa paz es luminosa, sencilla y profunda... Esa paz es

divina y es la señal de tu conducta inflexible en favor del alma mortificada y fiel. Frecuente, muy frecuentemente es contraria a los puntos de vista humanos y los desconcierta; pero enriquece maravillosamente al alma de toda suerte de bienes y la hace llegar a su única meta: la gloria de Dios y el bien de las almas. (B. M. TERESA DE SOUBIRAN).

Tú serás, oh Espíritu Santo, quien inspirarás no sólo mi oración, sino también mis acciones, quien presidirás mis relaciones con el prójimo y producirás en mí esos frutos admirables que son dones tuyos, como dones tuyos son todas las virtudes pues solos no podríamos nunca alcanzarlas... No se obra ya de modo humano sino de modo divino, por ti, oh Espíritu Santo, que estás en nosotros. «Los que son movidos por el Espíritu Santo, esos son hijos de Dios»: ésta es la verdadera vida, la vida de los hijos de Dios. Haz, pues, que sea ésta mi vida. (SOR CARMELA DEL ESPIRITU SANTO).

316. ESPIRITO SANTIFICADOR

«Ven, Espíritu Santo, sin tu fuerza nada hay en el hombre» (MR, Secuencia).

1.— El Espíritu Santo es «el Espíritu de santidad» (Rm 1, 4), enviado por Cristo para santificar a toda su Iglesia y a cada uno de los fieles. Sobre este concepto insiste el Vaticano II cuando dice que la santidad de la Iglesia «se manifiesta... en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles» (LG 39) y expresa el deseo de que los creyentes vivan «como conviene a los santos», se revistan de las virtudes y «produzcan los frutos del Espíritu para la santificación» (ib 40). S. Pablo en la carta a los Gálatas habla precisamente de estos frutos preciosos en oposición a las «obras de la carne». «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza» (5, 22). Los nombres son idénticos a los de las virtudes, pero se trata de virtudes tan perfeccionadas por la intervención del Espíritu Santo, que constituyen ya un fruto maduro de santidad. Es significativo que el Apóstol llame «obras de la carne» a los vicios; ellos son producto exclusivo del hombre, resultado de su actividad señoreada por las pasiones. En cambio llama «frutos del Espíritu» a las obras de santidad que el hombre no puede realizar sin la ayuda del Espíritu Santo. Algo así como la planta que, aunque tiene una fecundidad intrínseca, no puede producir frutos y llevarlos a maduración plena sin la lluvia y el sol que sólo Dios puede enviar. Aunque por el bautismo el hombre sea ya capaz de producir frutos de santidad, no puede llevarlos a plena maduración sin un influjo especial del Espíritu Santo.

Se precisa que el divino Paráclito riegue abundantemente con su gracia, caliente con su calor y fecunde con su vigor las virtudes del hombre.

El fruto de la santidad es justamente premio que el Espíritu Santo da a quien se empeña con todas sus fuerzas en la práctica generosa de las virtudes y al mismo tiempo, consciente de su insuficiencia, invoca confiadamente su auxilio.

2.— «Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (Gl 5, 25). Por el bautismo recibe el cristiano la vida del Espíritu Santo y es regenerado y vivificado por él; por eso puede desde entonces «caminar», o sea vivir, según el Espíritu, conformándose con su estilo y con sus designios. Habiendo comenzado a vivir en el Espíritu, no puede secundar los deseos de la carne. «Andad según el Espíritu —exhorta S. Pablo— y no realicéis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne. Por carne se debe entender no sólo el cuerpo, sino todo el hombre —cuerpo y alma— mientras vive esclavizado por las pasiones que intentan arrastrarlo al mal, apartándolo de Dios. Ni siquiera el Cristiano empeñado seriamente en la vida espiritual está exento de esta lucha penosa: realidad humillante, pero que no debe hundirlo en el abatimiento y la cobardía. Cuando siente renacer en sí los deseos del hombre carnal y terreno, debe recordar que no está solo para combatir, que el Espíritu Santo está con él para sostenerlo con su fuerza y con su gracia. Si está decidido a seguir los «deseos del Espíritu», no sucumbirá a los de la carne, no tanto por su propio esfuerzo cuanto por el auxilio poderoso que el Espíritu Santo concede a los que se confían a su guía. Al mismo tiempo la experiencia de la miseria y fragilidad propias lo hará más humilde y lo moverá a invocar con más ardor al Espíritu Santo, persuadido de que la santificación no podrá venirle más que de él.

Por eso la Iglesia enseña a invocar de continuo al Espíritu Santo: «Ven, Espíritu Creador, visita las mentes de tus fieles... Enciende tu luz a nuestros sentidos, infunde tu amor en nuestros corazones, confortando con tu auxilio continuo la flaqueza de nuestra carne» (Ven Creator). La mente humana precisa de una sabiduría superior para entender las cosas de Dios y discernir el camino que conduce a él; los sentidos oscurecidos con frecuencia por las pasiones precisan de luz que los enderece a los bienes verdaderos y eternos; el corazón precisa de un amor sobrenatural para una dedicación generosa a Dios y al prójimo; la debilidad natural del hombre precisa ser sostenida por la virtud divina. A todas estas necesidades reconocidas humildemente el Espíritu Santo responde infundiendo luz, amor, vigor y gracia, guiando y sosteniendo al cristiano en el camino de la santidad.

Oh Espíritu Santo, me pongo delante de ti como pequeño fruto agraz que necesita madurar al sol, como pajueta que ha de ser quemada por el fuego, como cera informe que debe recibir la impronta, como gota de rocío que va a ser absorbida por el sol, como niña ignorante que tiene que ser instruida... Oh Espíritu Santo, tú te infundes en mi alma pequeña, pobre y humilde. Quiero presentarme a ti en esta actitud y con estas disposiciones te invoco: ¡Ven, Espíritu Santo, santifícame! ¡Tengo tan gran deseo de santidad! Santifícame tú,

hazme santa, gran santa, bien pronto santa, sin que yo lo sepa. (SOR CARMELA DEL ESPIRITU SANTO).

Oh Espíritu Santo, dispensador de dones y aportador de frutos celestiales, nosotros te adoramos... Oh Don sobre todo don, te imploramos con el más encendido deseo y te dirigimos con plena confianza la invitación que incesantemente te dirige la Iglesia: Ven, ven, oh Espíritu creador de todo lo que es bien: ven y llena nuestras almas de tus dones y de tus frutos...

Oh Espíritu vivificante..., que infundes en el alma esa vitalidad sobrenatural que es siempre fecunda en frutos escogidos, ven, y haz que también en el huertecillo de mi alma maduren los frutos de tu gracia. Ven, rocío del cielo, y haz que en nosotros crezcan y maduren frutos de perfecta castidad y templanza y de virginal modestia. Ven, dulce Huésped del alma, quita toda fealdad de vicios y pasiones, para que maduren en nosotros frutos santos de dulzura, bondad y benignidad. Ven, lazo celestial, y atando indisolublemente nuestro corazón a Dios, haz que maduren en él frutos de constante fidelidad, de longanimidad y de paciencia. Ven, oh divino Paráclito, llama ardiente de santo amor, y consumiendo todo afecto terreno en nosotros, haz que maduren en nuestro corazón frutos de caridad divina, de paz y de gozo celeste. (B. ELENA GUERRA, *Il fuoco che Gesù portò sulla terra*, 79-80. 96-7).

317. EL ESPIRITU DE LA VERDAD

«Oh Espíritu de verdad, guíame hasta la verdad completa» (Jn 16, 13).

1.— Hablando del Espíritu Santo, Jesús lo llama casi siempre «Espíritu de la verdad», y especifica su misión: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa. Os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho» (Jn 16, 13; 14, 26). Al Espíritu Santo se le atribuye de modo particular el oficio de iluminar a los creyentes sobre el sentido profundo del Evangelio, de toda la Revelación y de los misterios divinos; verdades todas que trascienden la mente del hombre. Aunque dotado de fe, el hombre procede siempre por medio de ideas y conceptos que, siendo limitados, son insuficientes para expresar las realidades divinas. La misma Revelación le llega al hombre por palabras humanas, incapaces por lo tanto de manifestar la esencia íntima de Dios y de las verdades reveladas. Sostenido sólo por la fe, el cristiano debe contentarse con un conocimiento más bien externo y oscuro de los misterios; sabe con certeza que han sido revelados por Dios, los acepta y se adhiere a ellos con todas sus fuerzas, pero no capta su significado profundo. En cambio, cuando interviene el influjo del Espíritu de la verdad, el fiel recibe una inteligencia penetrante de ellos: intuye que en Dios y en sus misterios hay algo inmensamente más profundo y sublime de cuanto él puede comprender; y esta intuición es tan viva que, aun sin poderla expresar, le da un conocimiento totalmente nuevo de los misterios divinos. Nada nuevo se añade a los datos

de la Revelación, pero éstos quedan iluminados como desde dentro de modo que se los percibe de una manera desconocida antes. El Espíritu Santo, mediante sus dones, parece como romper la envoltura de las proposiciones y conceptos humanos, permitiendo al creyente lanzar una mirada rápida pero penetrante en la sustancia de los misterios. Los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la Iglesia, dejan de ser verdades abstractas y se convierten en realidades vivas y vitales, actuales y familiares, que arrebatan y orientan toda la vida del cristiano.

2.— Sólo el Espíritu Santo, que es Dios, puede dar al hombre inteligencia de los misterios divinos. S. Pablo lo dice expresamente: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó... nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios...; nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado» (1 Cr 2, 9-12).

Esta es la acción maravillosa del Espíritu Santo en los fieles que viven unidos a él por medio del amor. El se hace su maestro, dándoles participación en su conocimiento de las «profundidades» y de los «secretos» de Dios. Y realiza esta su obra no desde fuera, sino en lo íntimo del corazón, penetrándolo con su voz divina para darle a entender la grandeza de las gracias que Dios nos ha otorgado».

Cuanto más en comunión con el Espíritu que habita en él vive el cristiano por la caridad, tanto más apto es para recibir esas sus divinas comunicaciones. Entonces se hace verdad la palabra de Jesús: El «os enseñará todo» (Jn 14, 26). El Espíritu de la verdad ilumina con su luz el estudio y la meditación de las cosas divinas, hace penetrar el sentido de las Sagradas Escrituras y da inteligencia plena de la ley de Dios. De este modo no sólo «perfecciona constantemente la fe con sus dones» (DV 5), sino introduce «a contemplar y saborear» los misterios divinos (GS 15). Su influjo hace la oración más sencilla y profunda, de modo que el orante no necesita ya discurrir o buscar motivos de persuasión, sino que bajo el influjo del Espíritu Santo detiene y fija su mirada en la verdad. Esta sencilla mirada contemplativa le revela de Dios más que cualquier estudio teológico. El orante nota que se abisma en lo divino, percibe un abismo sin fondo en el que goza sumergiéndose, no ve, no distingue nada preciso, pero siente a Dios e intuye que está en contacto con él. Todo esto nutre el espíritu, lo purifica y lo mueve a buscar y amar a Dios y su voluntad sobre todas las cosas.

Haz, Señor, que adelantemos en la caridad, que es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, a fin de que con el espíritu encendido y enamorados de las bellezas espirituales, podamos conocer con la vista y el oído interiores la luz y la voz espirituales que los carnales no pueden soportar... No se ama lo enteramente desconocido. Pero, cuando se ama lo que de algún modo se conoce, el mismo amor hace que mejor y más perfectamente

se conozca. Concédeme, pues, Señor, adelantar en la caridad que derrama en nuestros corazones el Espíritu Santo, y él me enseñará toda la verdad... «Enséñame, Señor, tus caminos para que ande yo en tu verdad».

Eres tú, oh Espíritu Santo, aquel cuya prenda hemos recibido ahora, para garantizar que llegaremos a la plenitud misma de que habla el Apóstol: «Entonces veremos cara a cara»... «Ahora conozco sólo en parte, pero entonces conoceré como soy conocido»... Oh Espíritu de amor, derrama cada vez más en nuestros corazones la caridad, para que podamos llegar al conocimiento de toda la verdad. (S. AGUSTIN, *In Io*, 96, 4-5).

Oh Espíritu Santo, tú moras, con el Padre y con el Hijo, en nuestro interior y lo vivificas; somos tu templo... Tu escuela es interior, y te dejas sentir en la intimidad... ¿Quién puede hablar en este nuestro interior sino el que lo llena y obra en él para dirigirlo adonde quiere? ¿Quién sino Dios? Oh Espíritu Santo, tú eres Dios y obras como Dios cuando hablas y te dejas sentir en la profundidad más íntima del corazón humano... A ti te están reservadas las verdades más sublimes y escondidas, a ti te está reservado también acrecer nuestras fuerzas para hacernos capaces de ellas... Tú eres el Espíritu que hace a los profetas, que inspira en su interior, que les descubre el porvenir, porque lo sabes todo, hasta lo que está mayormente reservado a Dios... Tú no has oído a otro que al Hijo de Dios, has oído lo que has recibido en tu eterna procesión, como el Hijo ha oído lo que ha recibido en su eterno nacimiento. (J. B. BOSSUET, *Meditaciones sobre el Evangelio*, II, 72).

318. ESPIRITU DE CIENCIA

«Espíritu Santo, confirma mi fe con tu poder» (1 Cr 2, 4-5).

1.— Hay en el Evangelio verdades cuyo alcance difícilmente logra el cristiano captar del todo. «Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33); o bien: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?» (Lc 9, 25). Creer que Dios lo es todo, el bien único, la única felicidad y darle siempre la primacía en las propias opciones, mientras él se oculta a los ojos; creer que las criaturas por sí mismas son nada, mientras se ofrecen tan lisonjeras y encantadoras, es arduo para el hombre que vive por los sentidos. Si las realidades divinas se escapan a su experiencia, las realidades terrenas lo aferran con una inmediatez y una urgencia de las que no puede sustraerse. Es necesario que intervenga el Espíritu Santo, infundiendo en el cristiano una ciencia nueva que transforme su mentalidad demasiado terrena aún, y haga más viva y concreta su fe; ciencia que no se basa en conocimientos humanos y por la que S. Pablo decía «no saber... sino a Jesucristo y éste crucificado» (1 Cr 2, 2). Esto lo da de grado el Espíritu Santo a los humildes y sencillos de corazón, a los que desconfían de su saber. Bajo el impulso de esta ciencia divina el cristiano se hace capaz de desasirse del hechizo de las criaturas, de

valorarlas en lo que son delante de Dios y, por lo tanto, de no dejarse detener por ellas en su camino hacia lo eterno.

Iluminado por esta ciencia, Francisco de Asís abandona de súbito a sus alegres camaradas para desposarse con la dama Pobreza, y cuando su padre indignado lo repudia, exclama: «En adelante podré decir con toda seguridad: "Padre nuestro que estás en los cielos"».

A impulsos de esta ciencia, Teresa de Ávila escribe: «Todo se pasa — Dios no se muda — Quien a Dios tiene nada le falta — sólo Dios basta» (P 9); y Sta. María Bertilla muere diciendo: «Hay que trabajar por Jesús sólo. Todo es nada».

2.— Guiado por el Espíritu Santo, S. Juan de la Cruz ha trazado su famoso camino de las «nadas» que, dejando a un lado los bienes creados, conduce derecho y rápido a la unión con Dios. «Nada, nada —repite el Santo—; ni eso, ni esotro; ni bienes de la tierra, ni bienes del cielo» (Gráfico del Monte Carmelo), o sea ni siquiera gustos o consuelos espirituales, sino sólo Dios. El hombre iluminado por el Espíritu Santo no se asusta de tanta renuncia, antes se abraza a ella con gozo porque comprende que «todo es vanidad, fuera de amar a Dios y servirle a él solo» (Imit. III, 1, 4).

Pero el Espíritu Santo da a entender también al hombre el verdadero valor de las realidades terrenas. Si bien le muestra que «todo el ser de las criaturas comparado con el infinito de Dios, nada es» (J. C. S I, 4, 4), no niega las perfecciones que se encuentran en ellas, pero le evidencia que son únicamente como un vestigio o reflejo de la perfección infinita de Dios. Vistas de este modo las criaturas, ya no son obstáculo, sino escala para subir a Dios: «el alma —dice S. Juan de la Cruz—mucho se mueve al amor de su amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas» (C 4, 3). Cada criatura es un mensajero que anuncia a Dios: proclama su bondad, su belleza, su omnipotencia, su presencia. El cristiano consigue entonces una posición de equilibrio perfecto para con todas las cosas creadas: las ama como obras de la mano de Dios, como mudos mensajeros de su amor y de su persona, y no se apeg a ellas porque su corazón reposa sólo en Dios. El Concilio Vaticano II ha hablado repetidamente en este sentido: «El hombre... hecho, en el Espíritu Santo, nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios. Pues de Dios las recibe y las mira y respeta como objetos salidos de la mano de Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en posesión del mundo como quien nada tiene y es dueño de todo. "Todo es vuestro; vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios"» (1 Cr 3, 22-23).

Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, en atención a ti mismo, me concedes a mí miserable hacer lo que sé que tú quieres y querer siempre lo que te agrada; para que, exteriormente purificado, interiormente iluminado y encen-

dido en el, fuego del Espíritu Santo, pueda seguir las huellas de tu Hijo, Señor nuestro Jesucristo, y llegar a ti Altísimo por sola tu gracia...

Te ruego, oh Señor, que la inflamada y dulce fuerza de tu amor arrebatte mi mente de todas las cosas que hay bajo el cielo, a fin de que yo muera en transporte de amor por ti, que te has dignado morir en ímpetu de amor por mí. (S. FRANCISCO DE ASIS, **Detti**, 154-5).

No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decirselo a todos, «a fin de que sean inexcusables»...

Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos, no dulces melodías de toda clase de cantinelas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas; no manás ni mieles, no miembros gratos a los abrazos de la carne. Nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto abrazo, cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y abrazo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no comprende el lugar, y suena lo que no arrebatara el tiempo, y huele lo que el viento no esparce, y se gusta lo que no se consume comiendo, y se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios...

La verdad me dice: «No es tu Dios el cielo, ni la tierra, ni cuerpo alguno.... Tú misma eres más preciosa que estas cosas; a ti te lo digo, ¡oh alma!... Mas tu Dios es para ti hasta la vida de tu vida. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, X, 6, 8. 10).

319. ESPIRITU DE CONSEJO

«Señor, que viva yo según el Espíritu tuyo que habita en mí» (Rm 8, 5-9).

1.— El Espíritu Santo no sólo da a los creyentes inteligencia de los misterios de Dios y ciencia verdadera acerca del valor de las criaturas, sino ayuda también a aplicar estas enseñanzas a las circunstancias concretas de la vida.

No le es fácil al hombre tener siempre presentes las verdades de la fe y las palabras del Evangelio para aplicarlas con sabiduría a las diferentes cosas de la vida cotidiana. El Espíritu Santo interviene: recuerda, sugiere interiormente, e inspira cómo portarse, actuar y hablar. Por eso justamente recomendó Jesús a los discípulos no preocuparse cuando fuesen entregados a los tribunales: «lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento; porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros» (Mt 10, 19-20). Si el cristiano puede contar con la intervención del Espíritu Santo en circunstancias de tal gravedad, no piense que le va a faltar en los casos ordinarios de la vida. Jesús dijo del

Espíritu: «os lo enseñará todo» (Jn 14, 26); no sólo, pues, las cosas más importantes y difíciles. Por lo demás todo es importante en la vida del cristiano, cuando no se trata de intereses egoístas, sino de servir a Dios, de reconocer y hacer en cualquier circunstancia su voluntad y de aplicar el Evangelio en todo momento. Jesús mismo aseguró que «el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (Lc 11, 13). El que invoca con fe al Espíritu Santo, el que es dócil a sus inspiraciones y atento a sus llamadas interiores, no quedará defraudado. Debe disponerse, por eso, a la acción del Espíritu Santo con mucha pureza de conciencia, con desasimiento de su modo personal de ver y de los antojos de su voluntad, pronto a cambiar sus planes y a renunciar a las propias inclinaciones cuando la inspiración interior lo requiera. «Niega tus deseos y hallarás lo que desea tu corazón —dice S. Juan de la Cruz—. ¿Qué sabes tú si tu apetito es según Dios?» (Dichos a, 15).

2.— «¿Qué hombre podrá conocer la voluntad de Dios? ¿Quién hacerse idea de lo que el Señor quiere?» (Sb 9, 13). «Sus designios son insondables y sus caminos inescrutables» (Rm 11, 33). El hombre no puede conocerlos ni comprenderlos, pero al Espíritu Santo son manifiestos y así, aunque no los revele por completo, él puede guiar al creyente por los caminos de Dios y hacerle intuir la sabiduría divina oculta en cada acontecimiento. El dolor es siempre un misterio para el hombre; sólo el Espíritu Santo puede hacer entrever su valor, infundir la ciencia de la cruz y dar a comprender qué actitud tomar ante el sufrimiento. En no pocas circunstancias es difícil acertar cuál sea el querer divino, qué solución o elección sea mejor y más agradable a Dios, cómo se deba armonizar deberes contrastantes y a cuál se deba dar la precedencia. Con frecuencia ni siquiera el consejo de personas ponderadas logra sacarnos de ciertas perplejidades. Entonces hay que invocar con más insistencia al Espíritu Santo: su consejo no puede fallar porque es el mismo consejo de Dios. Ha sido dado a los creyentes justamente para iluminarlos y guiarlos por los caminos del Altísimo. «La unción que de él [Cristo] habéis recibido permanece en vosotros..., os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no mentirosa; según os enseñó, permaneced en él» (1 Jn 2, 27), dice el apóstol Juan, el cual quiere hablar del don del Espíritu Santo, con el que el cristiano ha sido ungido en el bautismo, participando en la unción de Cristo profetizada por Isaías y corroborada por el mismo Cristo: «El Espíritu del Señor [está] sobre mí, porque me ha ungido» (Lc 4, 18).

El bautizado que vive en gracia, no puede dudar de la presencia en él del Espíritu Santo y de su asistencia; con todo, son pocos los que se aprovechan de ella plenamente. Acaso por falta de docilidad o también por cierto residuo de espíritu mundano que impide la actuación de los dones del Espíritu Santo. Jesús declaró que el mundo no puede recibir al Espíritu de la verdad (Jn 14, 17); alucinado por las pasiones no puede conocerlo ni acoger su influjo. Sólo a medida que el cristiano se libera de todo vestigio de espíritu mundano, se hace capaz de reconocer y de seguir los impulsos del Espíritu Santo.

¿Cómo puedo acercarme a ti, oh Espíritu Santo? Tú habitas una luz inaccesible y tú mismo no eres otra cosa que luz, ciencia y resplandor; yo, en cambio, habito un lugar de tinieblas y no soy otra cosa que ignorancia y rudeza.

Entretanto, oh divino Espíritu..., yo te invoco con confianza para ser iluminado... Descúbreme las grandezas divinas y los misterios divinos, para que los adore y los reconozca. Descúbreme las asechanzas del demonio y del mundo, para que las evite y nunca caiga en ellas; descúbreme también mis miserias y debilidades, errores y prejuicios, obstinaciones y artificios del amor propio, para que los deteste y corrija. Pero sobre todo, oh Luz benéfica, ilumina mi alma para que conozca lo que quieres de mí; haz que comprenda a fondo el encanto de tus atractivos y de tu gracia, y todo lo que debo hacer para merecer los beneficiosos influjos de tu bondad, para que corresponda con fidelidad plena. Sosténme para que te sea fiel hasta la muerte. (P. AURILLON, **Novena... de Pentecostés**).

Oh Espíritu Santo, tú nos manifiestas las cosas que debemos hacer para agradar a la Trinidad, en lo interior con tus inspiraciones y en lo exterior con la predicación y los consejos, que todos proceden de ti, pues nadie puede nombrar el dulce y suave nombre de Jesús si no es movido por ti.

Tú eres el dispensador de los tesoros que están en el seno del Padre y el tesorero de los consejos que se tienen entre el Padre y el Verbo. Tú eres la vara que golpea la piedra y hace salir agua que sacia a todas las criaturas. Las cataratas del cielo están siempre abiertas para llover la gracia, pero nosotros no tenemos abierta la boca del deseo para recibirla.

¡Ven, ven, oh deleitable Espíritu! ¡Espíritu de bondad! Te contemplo partir del seno del Padre, entrar en el costado del Verbo y luego saliendo del corazón del Verbo, venir a nosotros acá abajo. Del seno del Padre nos traes el poder, del corazón del Verbo el amor ardiente. (Cf. STA. M. MAGDALENA DE PAZZIS, **Revelatione e intelligentie**, Op. v 4, 96-7).

320. ESPIRITU DE AMOR Y DE SABIDURIA

«Padre de la gloria, concédeme espíritu de sabiduría para conocerte plenamente» (Ef 1, 17).

1.— El don primero y más excelente que el Espíritu Santo hace al hombre es la caridad. El cristiano, dice S. Pablo, no debe abatirse en las tribulaciones de la vida ni perder la esperanza, porque puede contar sin falta con el amor de Dios: «el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). Este amor es la fuente de todos los bienes: de la justificación a la santidad, de la caridad fraterna a la comunión íntima con Dios, de la vida terrena transcurrida en gracia y amistad divina a la vida eterna establecida en un amor indefectible y en una contemplación beatificante. Nadie más que el Espíritu Santo, que es Amor sustancial, puede dar al hombre la convicción profunda de que es amado por Dios y al mismo tiempo moverlo a corresponder a ese amor. El «impulsa a

todos los hombres a amar a Dios Padre y al mundo y a los hombres en él» (AA 29). La caridad es don y al mismo tiempo fruto del Espíritu Santo; don infundido por él, y fruto llegado a madurez bajo su influjo. En cuanto don S. Pablo lo señala como el que debe ser preferido y deseado por encima de todos los otros dones carismáticos: «os voy a mostrar un camino más excelente... Buscad la caridad» (1 Cr 12, 31; 14, 1). En cuanto fruto lo designa como el efecto esencial de una vida cristiana renovada por el Espíritu Santo: «El fruto del Espíritu es amor» (Gl 5, 22). Es un fruto único e indivisible aunque tenga muchos aspectos y cualidades, porque el amor cuando es perfecto lleva consigo todas las virtudes. Del amor perfecto de Dios brotan «alegría y paz», procede la caridad para con el prójimo: «longanimidad, benignidad, bondad», y, en fin, las preciosas cualidades morales de «fidelidad, mansedumbre, templanza» (ib). En el don del amor se encierran, pues, todos los demás dones; él es la síntesis de cuanto Dios da al hombre y de cuanto el hombre puede devolver a Dios. El amor es la esencia del ser y de la santidad de Dios, y es la esencia de la vida y de la santidad del cristiano.

2.— El Espíritu Santo, Espíritu de amor, ilumina e inflama a un tiempo la mente y el corazón, el entendimiento y la voluntad. Así infunde en el cristiano un conocimiento más íntimo y gustoso de Dios y de sus misterios. Es lo que hace el don de la sabiduría, que no se basa en estudio, sino que se funda en el amor y mediante la riqueza del amor hace conocer y experimentar a Dios. Como una madre no conoce a su hijo por razonamiento sino por intuición derivada de su amor materno, así el cristiano mediante la caridad llega a un conocimiento intuitivo de Dios que saca del amor su luz y fuerza de penetración. Es un don del Espíritu Santo, porque es fruto de la caridad derramada por él en el creyente y participación de su sabiduría infinita. S. Pablo rogaba por los Efesios para que fuesen «fortalecidos por la acción de su Espíritu..., para que..., arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Ef 3, 16-19). El misterio del amor infinito de Cristo, como todos los demás misterios, no puede ser profundizado sin un influjo especial del Espíritu Santo, sin ser «fortalecidos» por él y «arraigados y cimentados en el amor».

De este modo el don de sabiduría enriquece inmensamente la vida de oración: el orante se sumerge en Dios y en sus misterios, los experimenta y los gusta no sólo mediante la luz de la fe, sino mediante el amor. El influjo de la sabiduría no se detiene, con todo, aquí, sino ciñe la vida entera del cristiano enseñándole a ver todas las cosas en Dios. Es un saberlo y juzgarlo todo según Dios; no según criterios humanos, sino según criterios divinos. Es la sabiduría anunciada por el Apóstol: «una sabiduría que no es de este mundo..., una sabiduría de Dios, misteriosa», revelada «por medio del Espíritu», fruto de sus enseñanzas interiores; sabiduría que «el hombre natural ni

capta», porque las cosas de Dios sólo pueden ser juzgadas por «el Espíritu de Dios» (1 Cr 2, 6-14).

Paréceme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios y el que la mueve con tan ardientes deseos que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está. ¡Oh, Señor, qué son aquí las misericordias que usáis con el alma! Seáis bendito y alabado por siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mío y criador mío! ¿Es posible que haya nadie que no os ame? ¡Oh, triste de mí, y cómo soy yo la que mucho tiempo no os amé!...

Cosa maravillosa y de mirar mucho de que el Señor entiende que un alma es toda suya, sin otro interés ni otras cosas que la muevan por sola ella, sino por quien es su Dios y por el amor que tiene, cómo nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la misma Sabiduría...

¿Pues qué podremos ya desear más de eso?... ¡Oh, válgame Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar a vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme a nuestro pedir fuese vuestro dar! (STA. TERESA DE JESUS, **Conceptos de amor de Dios**, 5, 5-6).

Tu sabiduría, oh Verbo, es como aquella zarza que mostraste a Moisés, que arde y no se consume... Huyen de esta sabiduría los que buscan y persiguen la sabiduría humana, que ante Dios es necesidad... Huye también de esta sabiduría quien rompe tu unión, porque ofendiéndote a ti, se priva de ti y de sí...

¿Qué haces tú, oh Sabiduría de mi Verbo? Levantas al alma y la hundes en el abismo; edificas y demueles; siempre gimes y cantas, velas y duermes, caminas y nunca te mueves; sabiduría que tienes en ti todo tesoro y estás lejos de toda insensatez...

Pues ¿cómo se adquiere esta sabiduría? Se adquiere con una iluminada inteligencia del ser de Dios, con un continuo afecto y deseo de Dios en Dios. Quien a esto ha llegado, ha conseguido la complacencia de la sabiduría. La experimenta quien lo gusta, y la entiende quien no sabe nada. ¿Por qué no nos movemos de continuo para alcanzar esta sabiduría?

Oh sabiduría, tú estableces los cielos que siempre giran, haces gloriosos a los espíritus angélicos y humanos, alimentas a las esposas del Verbo, haces fuertes a sus Cristos; tú confundes toda sabiduría y exaltas toda ignorancia, verificas toda verdad y confundes toda mentira. Oh sabiduría, eres la corona de la Iglesia tu esposa y la riqueza del alma tu esposa. (STA. M. MAGDALENA DE PAZZIS, **I colloqui**, Op y 3, 170-1).

321. DOMINGO XXVI «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, eres bueno y recto, y enseñas el camino a los pecadores» (Sl 24, 8).

La Liturgia de hoy presenta a Dios en diálogo con el hombre para darle a entender la justicia de sus procedimientos y la necesidad de una sincera y

perseverante adhesión al bien. «¿Es injusto mi proceder?; ¿o no es vuestro proceder el que es injusto?», pregunta Dios por boca de Ezequiel al pueblo escogido (Ez 18, 25-28; 1.. lectura). Si el justo abandona el bien y «come la maldad», no puede imputar a Dios su perdición, pues será fruto de su inconstancia y perversidad: «muere por la maldad que cometió» (ib 26). Nadie puede pensar que Dios esté obligado a salvarlo cuando se aleja voluntariamente de él. Al contrario, si el impío «recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá» (ib 28). Mientras tiene vida, el hombre puede convertirse, sea que haya pasado sus años en el pecado, sea que haya cedido al mal después de haber servido al Señor algún tiempo. Lo importante para todos es convertirse y resolverse a perseverar en el bien.

También el Evangelio de hoy (Mt 21, 28-32) se abre con un interrogante dirigido por Jesús a sus contrarios —«¿Qué os parece?»—, para inducirlos a dar ellos mismos una respuesta que los ilumine acerca de su comportamiento. La pregunta es sencilla: dos hijos son enviados por su padre a trabajar en la viña; el primero responde «sí», pero no va; el segundo contesta: «No quiero» (ib 29.30), pero luego se arrepiente y va. «¿Quién de los dos —pregunta el Señor— hizo lo que quería el Padre?» (ib 31). Imposible tergiversar esta lógica, y así se ven constreñidos a responder: «El último». Es su condena, la que Jesús enuncia luego con toda claridad: «Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios» (ib). Pero ¿por qué? Porque los oponentes del Señor —miembros del pueblo escogido y además sumos sacerdotes y ancianos del pueblo— han sido llamados los primeros a la salvación, pero han dado una respuesta más aparente que real, pues son de los que afirmó Jesús: «dicen y no hacen» (Mt 23, 3). Oyeron predicar al Bautista, pero no le dieron crédito, demasiado seguros de su ciencia y de no necesitar aprender, demasiado seguros de su justicia y de no necesitar convertirse: «no os arrepentisteis, no lo creísteis» (Mt 21, 32); no han aceptado la palabra del Bautista ni la de Jesús. Se ven, pues, pospuestos nada menos que a gente de mal vivir, publicanos y prostitutas; ya que éstos se han arrepentido, se han apartado «de la maldad» que hicieron, han creído y practicado «la justicia» (Ez 18, 27) y por eso han sido acogidos en el Reino de Dios. Espontáneamente piensa uno en Leví, en Zaqueo, en la adúltera, o en la pecadora que en casa de Simón se arroja a sus pies llena de dolor y de amor.

Si los oponentes de Jesús no han creído en su palabra y no se han convertido, ha sido sobre todo por orgullo, gusano roedor de todo bien y obstáculo máximo para la salvación. Viene por eso a propósito la exhortación de S. Pablo a la humildad: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús. El, a pesar de su condición divina..., se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Fl 2, 5.7; 2.. lectura). Si el Hijo de Dios se humilló hasta tomar sobre sí los pecados de los hombres, ¿será demasiado pedir a éstos que se humillen hasta reconocer su orgullo y sus pecados?

Señor, no te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud; acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor... ¿Hay quien tema al Señor? Él le enseñará el camino escogido: su alma vivirá feliz... El Señor se confía con sus fieles...

Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él saca mis pies de la red. Mirame, oh Dios, y ten piedad de mí, que estoy solo y afligido... Mira mis trabajos y mis penas y perdona todos mis pecados... Guarda mi alma y librame, no quede yo defraudado de haber acudido a ti. (**Salmo 24, 7. 12-20**).

Suplico yo al Señor me libre de todo mal, para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser que por ventura cada día me adeudo más.

Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son aceptos mis deseos delante de Vos. ¡Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes!...

¡Oh, cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! ¿Cuán diferentemente se inclina nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere queramos la verdad, nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba; quiere queramos cosas grandes y subidas, acá queremos bajas y de tierra; querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso: que es burla, hijas mías, sino suplicar a Dios nos libre de estos peligros para siempre y nos saque ya de todo mal... ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso?... Sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 42, 2.4).

CICLO B

»¿Quién conoce sus faltas? Absuélveme, Señor, de lo que se me oculta» (SI 18, 13).

La primera lectura de hoy (Nm 11, 25-29) reproduce uno de esos raros textos véterotestamentarios que revelan la intención de Dios de derramar su Espíritu no sólo sobre algunos grupos escogidos, sino sobre todos los hombres. Cuando Dios, a instancias de Moisés que no se sentía con fuerzas para llevar solo la carga de todo el pueblo, «apartando algo del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta ancianos» (ib 25) congregados en torno a la Tienda de Reunión, acaeció que otros dos extraños se pusieron a profetizar al igual que ellos. El joven Josué, indignado por esa irregularidad, protestó diciendo a Moisés que no se lo permitiese; pero éste, más iluminado y prudente, respondió: «¿Estás celoso por mí? Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor» (ib 29). Quien tiene experiencia de la grave responsabilidad que implica hablar y obrar en nombre del Espíritu, lejos de encelarse por ella, se alegra en compartirla con otros y está pronto a admitir —como sea auténtico— el don de profecía dondequiera se encuentre. Las irregularidades comienzan cuando son los particulares quienes se las dan de profetas, siendo a la Iglesia a quien le pertenece

reconocerlos como tales, según hizo Moisés con aquellos dos hombres del campamento.

El Evangelio del día (Mc 9, 38-48) presenta un hecho semejante. Los discípulos, más celosos que Josué, viendo a uno que echaba demonios en el nombre de Jesús, se lo prohíben, por el simple hecho de que no es de ellos. Se trata en el fondo de celotipia de grupo. Pero Jesús, como Moisés, lo desaprueba, porque todo el que obra el bien en nombre suyo, aunque no pertenezca a la Iglesia, demuestra que está espiritualmente cerca de ella y que tiene al menos un germen de fe; por eso se le ha de respetar y tratar con benevolencia esperando confiadamente que ese germen madurará. «El que no está contra nosotros está a favor nuestro» (ib 40), dice el Señor. Y para atestiguar que cuanto se hace en su nombre tiene siempre un valor, añade: «El que os dé a beber un vaso de agua porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa» (ib). La menor obra buena hecha por respeto a Cristo no se perderá, aunque la haga quien no pertenece aún a la comunidad de los creyentes. Y si se hace en favor de los hermanos o de quien representa en la Iglesia al Señor, él la tendrá y recompensará como hecha a sí mismo (Mt 10, 40.42).

Después de haber hablado de los deberes de los discípulos para con los extraños, habla Jesús de los que tienen para con los creyentes y para consigo mismos. Dentro de la comunidad los discípulos son especialmente responsables de la fe de los «pequeños», o sea de la gente sencilla; ¡ay si en vez de sostenerla y tutelarla, la escandalizan! Jesús tiene a este propósito palabras terribles, entre las más duras que haya nunca pronunciado: «El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar» (Mc 9, 42). No hay que pasar superficialmente sobre la propia conducta, sino meditarla con seriedad y gobernarla, para que no haya en ella palabras o actitudes que puedan turbar la paz de los pequeños, o sea del buen Pueblo de Dios. La última reflexión se refiere a la guarda de sí mismo de los escándalos precedentes tanto del exterior como de las propias pasiones. También aquí habla Jesús con energía: «Si tu mano te escandaliza, córtatela; más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al abismo» (ib 43). La misma paradoja se repite para el pie y para el ojo, con el intento de dar a entender que el discípulo de Cristo debe estar pronto a toda renuncia con tal de evitar el pecado que lo separa del Maestro y puede causarle la separación eterna.

Escúchame, escúchame, Señor Dios mío, para que tus ojos estén atentos sobre tus hijos día y noche. Extiende piadoso tus alas y protégelos; infunde en sus corazones tu Espíritu Santo, que les conserve en la unidad del espíritu y en el vínculo de la paz, en la castidad de la carne y en la humildad del alma.

Que este mismo Espíritu asista a los que oran, que la abundancia de tu amor los colme en su interior y la suavidad de la compunción recree sus mentes, que la luz de tu gracia ilumine sus corazones; la esperanza los levante, el temor los

humille y la caridad los inflame. Que él mismo les sugiera las plegarias que tú propicio quieres oír...

Dulce Señor, que con la ayuda de tu Espíritu, estén en paz, modestos y benévulos consigo mismos, con los hermanos y conmigo; que se obedezcan, sirvan y soporten mutuamente. Que sean fervientes en el espíritu y gozosos en la esperanza. Que en la pobreza, abstinencia, trabajos y vigiliass, silencio y quietud tengan una constancia incansable... Permanece entre ellos según tu fiel promesa y pues sabes lo que necesitan, te suplico robustezcas lo que de débil hay en ellos y no rechaces lo que en ellos hay de flaco; sana lo que está enfermo, alegra sus tristezas, reanima sus tibiezas, confirma lo que es inestable; de modo que todos se sientan ayudados por tu gracia en sus necesidades y tentaciones. (ELREDO DE RIEVAULX, **Oratio pastoralis**, 8).

CICLO C

«Señor, que yo no mire a los bienes terrenos, sino a la justicia, a la religión, a la fe y al amor» (1 Tm 6, 11).

La Liturgia de hoy es una exhortación a considerar las tremendas consecuencias de una vida relajada y frívola. En la primera lectura (Am 6, 1ª. 4-7) vuelven los cáusticos reproches del profeta Amós a los ricos que se entregan a la molicie y al lujo, preocupados por sacarle a la vida todo el jugo que pueda ofrecer. Los describe apoltronados en sus divanes, bebiendo y cantando, sin preocuparse del país que va a la ruina, y profetiza: «Por eso irán al destierro a la cabeza de los cautivos. Se acabó la orgía de los disolutos» (ib 7). La profecía se cumplirá treinta años después y será una de las muchas lecciones dadas por la historia sobre la ruina social y política que causa la decadencia moral. Pero la actual civilización del bienestar no parece haberlo comprendido. Hay, con todo, una reflexión más importante: la vida encerrada en los estrechos horizontes de los placeres terrenos es de por sí negación de la fe, impiedad y ateísmo práctico con el consiguiente desinterés por las necesidades ajenas. En pocas palabras, es el camino para la ruina en el tiempo y en la eternidad.

Este último aspecto aparece ilustrado en el Evangelio (Lc 16, 19-31) con la parábola que contrapone la vida del epulón a la del pobre. A primera vista el rico epulón no parece tener más pecado que su excesivo apego al lujo y a la buena mesa; pero, yendo más a fondo, se descubre en él un absoluto desinterés de Dios y del prójimo. Todos sus pensamientos y preocupaciones se limitan a banquetear espléndidamente cada día (ib 19), totalmente despreocupado del pobre Lázaro que desfallece a su puerta. En cuanto a éste, aunque la parábola no lo diga expresamente, es fácil reconocer en él uno de esos pobres que aceptan con resignación su suerte con la confianza puesta en Dios. Por eso cuando les sobrevino a ambos la muerte, a Lázaro «los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán» (ib 22), mientras el rico se hundió en los tormentos (ib 23). En el diálogo que sigue entre el rico

abrasado por la sed y el padre Abrahán se subraya la inexorable fijación del destino eterno, correspondiente por otra parte a la voluntaria posición tomada por el hombre en vida: el que creyó en Dios y se confió a él, en él tendrá su porción eterna; el que se dio al placer, portándose como si Dios no existiese, quedará eternamente separado de él. Es obvio deducir que pobreza y sufrimiento lejos de ser signos de la reprobación de Dios, son medios de que él se sirve para inducir al hombre a buscar bienes mejores y a poner en Dios su esperanza. Mientras la prosperidad y las riquezas con frecuencia hacen al hombre presuntuoso y menospreciador de Dios y de los bienes eternos, son un lazo que sofoca todo anhelo a realidades más altas.

La segunda lectura (1 Tm 6, 11-16) enlaza muy bien con las otras, ya que la exhortación con que comienza está en el polo opuesto de la búsqueda desordenada de los bienes terrenos. «La codicia es la raíz de todos los males» (ib 10), acaba de decir S. Pablo en los versículos precedentes, y añade enseguida: «Tú, en cambio, siervo de Dios, huye de todo esto, practica la justicia, la religión, la fe, el amor...» (ib 11). «El siervo de Dios» —el sacerdote, la persona consagrada o el apóstol laico— debe guardarse de toda forma de codicia, cosa que escandaliza muchísimo a la gente sencilla y aun a los mismos mundanos. Está llamado a cuidarse de intereses muy diferentes, a combatir «el buen combate de la fe», a la «conquista de la vida eterna» (ib 12), no sólo para sí, sino para la grey que el Señor le ha encomendado. Está llamado a administrar no bienes temporales sino eternos, a guardar «el Mandamiento sin mancha» (ib 14) y a transmitir sin alterarlo el patrimonio de la fe y del Evangelio.

Alaba, alma mía al Señor..., él mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, libertad a los cautivos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. Sustenta al huérfano y a la viuda, y trastorna el camino de los malvados. (**Salmo 145, 6-9**).

¡Oh, válgame Dios!, ¡Oh válgame Dios! ¡Qué gran tormento es para mí cuando considero qué sentirá un alma que para siempre ha sido acá tenida y querida y servida y estimada y regalada, cuando, en acabando de morir, se vea ya perdida para siempre, y entienda claro que no ha de tener fin (que allá no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe, como acá ha hecho), y se vea apartar de lo que le parecerá que aun no había comenzado a gozar; y con razón, porque todo lo que con la vida se acaba es un soplo...

¡Oh Señor!, ¿quién puso tanto lodo en los ojos de esta alma, que no haya visto esto hasta que se vea allí? ¡Oh Señor!, ¿quién ha tapado sus oídos para no oír las muchas veces que se le había dicho esto y la eternidad de estos tormentos? ¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin!...

¡Oh Señor, Dios mío! Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabéis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay que no quieren entenderlo, siquiera uno, Señor, siquiera uno que ahora os pido que alcance luz de Vos, que sería para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por

los méritos de vuestro Hijo. Mirad sus llagas, Señor, y pues él perdonó a los que se las hicieron, perdonadnos Vos a nosotros. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 11, 1-3).

322. ESPÍRITU DE ADOPCIÓN

«Espíritu Santo, atestígualo a mi espíritu que soy hijo de Dios» (Rm 8, 16).

1.— «En verdad, en verdad te digo —afirmó Jesús a Nicodemo—: si uno no naciere de agua y de Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3, 5). Es el Espíritu Santo quien del hombre natural crea el hombre nuevo, el hijo de Dios. El que promovió la encarnación del Hijo del Altísimo, promueve también el renacer espiritual del hombre como hijo adoptivo de Dios; él que guió a Cristo, el Hijo por naturaleza del Padre, al cumplimiento de su misión, forma y guía a los hijos adoptivos para que vivan según la adopción recibida.

En la vigilia Pascual, la Iglesia al bendecir el agua bautismal, ora: «Padre..., que esta agua reciba, por el Espíritu Santo, la gracia de tu Unigénito, para que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el Bautismo..., renazca, como niño, a nueva vida por el agua y el Espíritu» (MR). La virtud del Espíritu Santo justifica al hombre: lo libra del pecado, le hace renacer como «nueva criatura», en inocencia perfecta. Y no es eso todo. Haciendo su morada en el bautizado, el Espíritu Santo derrama en él el espíritu de adopción, o sea forma en él un corazón de hijo y le da el sentido de su filiación divina y el sentido de la paternidad de Dios. A influjo del Espíritu Santo y sostenido por su gracia, el cristiano se hace capaz de dirigirse a Dios diciendo: «¡Padre!», no sólo con los labios, sino con una convicción que brota de lo más profundo de su ser. Y está cierto de que no es temeridad, porque es el Espíritu Santo mismo quien suscita en él ese grito: «Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama "¡Abbá, Padre!"» (Gl 4, 6). «El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 16). Este grito vivifica toda la oración del cristiano, es su alma y su contenido esencial. Cuando Jesús enseñaba a sus discípulos a orar, sabía que ellos nunca sabrían decir «Padre nuestro» con verdadero espíritu filial, sin la intervención de su Espíritu, el Espíritu Santo que él les enviaría.

2.— «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!» (1 Jn 3, 1). Justamente porque la gracia de adopción es obra del amor, se atribuye especialmente al Espíritu Santo, Espíritu de amor. El quiere formar en el cristiano una verdadera conciencia de hijo de Dios, de modo que lo sea no sólo de nombre sino de hecho, en la vida concreta. Le enseña a portarse, no con «un espíritu de esclavos», sino con «un espíritu de hijos» (Rm 8, 15), emulando los sentimientos de Jesús para con el Padre: amor, confianza y entrega absoluta.

«Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (ib 14). No se trata de una guía exterior, sino interior, que transforma al hombre, lo mueve y lo impulsa desde dentro infundiéndole sentimientos, afectos y deseos nuevos. Esto es posible justamente porque el Espíritu Santo ha sido dado a los creyentes y mora en ellos (Rm 5, 5; 8, 9). Tener el Espíritu Santo morando en el corazón y no dejarse conducir por él ni acoger sus inspiraciones, significa paralizar el crecimiento de hijos de Dios y condenarse a una especie de raquitismo espiritual.

La adopción de hijos es una gracia destinada a penetrar toda la vida del creyente; pero eso exige una fidelidad continua al Espíritu Santo. Por otra parte, la adopción es un don otorgado como primicia de frutos que madurarán plenamente sólo en la gloria eterna: «también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu —dice el Apóstol—, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando la redención de nuestro cuerpo» (ib 23). Mientras vive en la tierra el cristiano espera la redención total, que será cuando su cuerpo participe también de la gloria de los hijos de Dios; en el entretanto no puede considerarse nunca hijo completo y perfecto, sino en formación permanente y en proceso de regeneración y reformación cada vez más profunda por obra del Espíritu Santo. Abriéndose totalmente a su influjo, el Espíritu de adopción le infundirá ese instinto sobrenatural, fruto de sus dones, que lo hará atento y pronto a pensar y obrar como verdadero hijo de Dios.

Oh Amor infinito, que procedes del Padre y del Hijo, dame el Espíritu de adopción, enséñame a obrar siempre como verdadero hijo de Dios. Mora en mí, y haz que yo more en ti, para amarte como me amas tú. Soy nada sin ti...; nada valgo, pero tenme unido a ti y lléname de tu amor, para que por tu medio permanezca unido al Padre y al Hijo...

Concédeme estar siempre pronto a ser movido por tu toque divino; haz que me deje guiar por ti, para que puedas verter plenamente en mí esa gracia divina de la adopción sobrenatural que el Padre ha querido para mí y que tu Hijo me ha merecido. ¡Qué alegría tan profunda y qué libertad interior tan grande saborea el alma que se entrega de ese modo a tu acción! Tú, oh Espíritu divino, le concedes conseguir frutos de santidad aceptos a Dios; con tu toque infinitamente delicado efectúas en ella la obra de Jesús, o mejor, formas en ella a Jesús..., para que por obra tuya se produzca en sí, para gloria del Padre, los rasgos de esa filiación divina que tenemos en Cristo Jesús. (C. MARMION, **Cristo vida del alma**, 1, 6).

Oh Espíritu Santo, ven a mí y dignate hacerte mi maestro interior... Sugíeremelo todo, recuérdame todo lo que dijo Jesús, guíame, toma la dirección de todo mi ser, ayuda a mi debilidad, suple mis deficiencias...

Enséñame a apreciar tus menores inspiraciones; cada una es más preciosa que todo el mundo aunque sea la inspiración insignificante de retener una palabra o una mirada, porque es una pequeña «vocación», una invitación a entrar más adentro en la intimidad divina si, correspondiendo con fidelidad, crezco en gracia y amor... Ayúdame a evitar cualquier pequeña infidelidad o

vacilación, a no rehusarte nada..., y entonces irá creciendo más y más y el amor se hará un abismo sin fondo. Pero sé que en la práctica seguiré cayendo y faltando con frecuencia —pero que no sea, Dios mío, voluntariamente—; mas tú me enseñas que aun en este caso debo rehacerme enseguida, ponerme enseguida bajo tu influjo, con un acto de amor, sin dejarme turbar ni desanimar, porque tu Espíritu es suave: «¡Oh cuán suave es, Señor, tu Espíritu!» (Sb 12, 1). (SOR CARMELA DEL ESPIRITU SANTO, p. 199. 196-7).

323. ESPIRITU DE FORTALEZA

«Espíritu Santo, ven en ayuda de mi debilidad» (Rm 8, 26).

1. — El Espíritu Santo, al mismo tiempo que instruye al cristiano sobre sus deberes de hijo de Dios, le da también fuerza para cumplirlos. «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (He 1, 8), dijo Jesús a sus discípulos momentos antes de subir al cielo. No se trata de la virtud de la fortaleza otorgada al bautizado junto con las demás virtudes infusas, sino de un don particular del Espíritu Santo, qué supera el modo humano de obrar, sobrepujando las limitaciones y debilidades que persisten aun en el hombre más virtuoso.

Después de Pentecostés los Apóstoles, revestidos de este don, aparecieron completamente transformados. Si, cuando la captura de Jesús habían huido y después de su muerte se habían encerrado en casa «por miedo a los judíos» (Jn 20, 19), recibido el Espíritu Santo se presentaron al pueblo y sin temor alguno comenzaron la predicación. No los contuvo ni la fuerza moral de la autoridad pública, que quería hacerlos callar, ni la fuerza de los sufrimientos físicos con que les amenazaron o que les infligieron. Quedaron convertidos en testigos, mensajeros y mártires. La fuerza del Espíritu Santo obraba en ellos.

La fuerza del Espíritu Santo no se ha disminuido y continúa también hoy revistiendo a los creyentes, transformándoles de débiles hombres y mujeres en testigos intrépidos del Evangelio. «No nos dio Dios un espíritu de timidez —escribe S. Pablo a Timoteo—, sino de fortaleza», que hace al creyente capaz de defender «el buen depósito» de la fe «mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros» (1 Tm 1, 7, 14). En este mundo entenebrecido por un aluvión de errores e inmoralidades, donde la fe y la ley de Dios son con frecuencia menospreciadas, el cristiano tiene gran necesidad de fuerza para no dejarse atemorizar por escarnios, amenazas o persecuciones más o menos taimadas. El Espíritu Santo está en él —él estará «con vosotros para siempre» (Jn 14, 16), dijo el Señor— y le da fuerza para obedecer a Dios más bien que a los hombres (He 4, 19). Le da la fuerza de no claudicar en la ley de Dios para ser un «poderoso pregonero de la fe», que «sin vacilación une a la vida según la fe la profesión de esa fe» (LG 35).

2.— S. Pablo pide a Dios que los creyentes sean «robustecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior» (Ef 3, 16). El hombre interior es el hombre nuevo regenerado por el bautismo; debe crecer y desarrollarse, y como su nacimiento fue por virtud del Espíritu Santo, así su crecimiento se efectúa por su poder. El hombre interior debe ser «robustecido», fortalecido, y corroborado por el Espíritu para alcanzar la edad perfecta, la «estatura de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13). Toda la acción del Espíritu Santo mira, en efecto, a plasmar al cristiano perfecto, al hijo adoptivo de Dios, conforme «a la imagen de su Hijo... primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8, 29). Es necesario, por eso, que el creyente se deje asir y poseer por el Espíritu, que se deje formar y reformar según su beneplácito. El mismo Espíritu le dará la fuerza de decir siempre sí a sus inspiraciones y seguir de continuo sus llamamientos.

Hace falta coraje para ser fiel a toda costa a la ley de Dios y para soportar valerosamente todas las tribulaciones de la vida, y hace falta más aún para secundar esa acción interior del Paráclito y no retroceder ante las pruebas con que él purifica y robustece a los que en él se confían. Es un maestro dulce y suave, pero también exigente, porque no puede llevar al cristiano a la plena conformidad con Cristo, sin hacerlo pasar por el camino de la cruz y sin pedirlo todo. Justamente es en este campo donde el hombre espiritual experimenta su flaqueza: intuye lo que Dios quiere de él, a veces lo ve con claridad, pero no tiene fuerza para realizarlo al menos cabalmente. Es el gran tormento del hombre de buena voluntad pero inmaduro todavía. Se precisa pedir muy humildemente el auxilio del Espíritu Santo y al mismo tiempo no desistir de las tentativas personales. Los esfuerzos repetidos con constancia son una tácita pero eficaz invocación del don de fortaleza. En el momento oportuno intervendrá el Espíritu Santo con su poder para robustecer lo que es débil y pusilánime.

Espíritu Santo, ven a mi corazón; con tu poder atráelo a ti, Dios verdadero. Dame caridad con temor; guárdame de todo mal pensamiento, caliéntame e inflámame en tu dulcísimo amor, de modo que toda pena me parezca liviana. Santo Padre mío y dulce Señor mío, ayúdame ahora en todas mis acciones. ¡Cristo Amor! ¡Cristo Amor! ¡Amor!...

Oh Trinidad eterna, tú que eres luz, haces que mi alma participe en tu luz; tú que eres fuego, la haces participar contigo en ese fuego y en tu fuego unes tu voluntad con la suya y la suya con la tuya. Tú, sabiduría, le das sabiduría para conocer y discernir tu verdad. Tú que eres fortaleza, le das fortaleza; y tan fuerte se hace, que ni el demonio ni criatura alguna le puede quitar su fortaleza, si ella no quiere. Y no querrá mientras esté revestida de tu voluntad, porque sólo su voluntad es lo que la enflaquece. Tú, infinito, la haces infinita por la conformidad que has hecho con ella por gracia en esta vida, mientras es peregrina, y en la vida perdurable por la visión eterna. Allí estará tan perfectamente conformada contigo, que el libre albedrío estará atado de modo que no la pueda separar de ti. (STA. CATALINA DE SIENA, **Oraciones y elevaciones**, 1. 9).

Oh Espíritu Santo, alma de mi alma, yo te adoro. Ilumíname, guíame, fortaléceme, consuélame, enséñame lo que debo hacer, dame tus órdenes; te prometo someterme a todo lo que desees de mí y aceptar todo lo que permitas me suceda. (D. MERCIER).

Oh Espíritu Santo, rompe mi rigidez interior, la inquietud y la turbación que me impide reposar en ti... Lo que tú quieres de mí es una franca, dulce, sencilla y pacífica adhesión a tu voluntad, es un dejar hacer, un estar pasivamente en tus manos como cera blanda; es un no inquietarme ni atormentarme como si todo lo que sucede no dependiese de mí sino de ti. (L. DE GRANDMAISON, **Vida**, de Lebreton).

324. ESPIRITU DE TEMOR

«Espíritu Santo, enséñame el temor del Señor, principio y plenitud de la sabiduría» (Ecli 1, 11-16).

1. — «Saldrá un vástago del tronco de Jesé... Resonará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Dios» (Is 11, 1.2). Isaías presenta al futuro Mesías como aquel sobre quien se derramará la plenitud del Espíritu de Dios con todos sus dones. Basándose en este texto, la tradición católica habla de siete dones del Espíritu Santo, desdoblando el último en dos —don de temor y de piedad—, dones otorgados en el bautismo a todo creyente. Pero más útil que fijarse en la distinción de los dones, es considerar su unidad, pues en sustancia no son sino un único don, que es al mismo tiempo luz para la inteligencia, amor y fuerza para la voluntad, ciencia y sabiduría, espíritu de adopción y de temor filial, y puede tomar matices y aspectos infinitos según el beneplácito divino. «Todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad» (1 Cr 12, 11).

Esta unidad en los dones explica cómo el espíritu de temor pueda juntarse con el de amor o adopción sin contradicción alguna. Pues el don de temor de Dios, inspirado por el Espíritu Santo, no es propiamente temor de castigo —aunque tampoco se excluya éste—, sino, sobre todo, temor reverencial a la majestad infinita de Dios, el cual existía hasta en la humanidad sacratísima de Cristo, abismada habitualmente en adoración en presencia del Verbo al que está hipostáticamente unida. Cuanto más profundo sentido de la grandeza infinita de Dios tiene una criatura, tanto más espontáneamente adopta ante él una actitud de respeto humilde y reverente que no está de ningún modo en contradicción con el amor, antes es proporcionado a él. «Y así —dice S. Juan de la Cruz—, cuando el alma llega a tener en perfección el espíritu de temor, tiene ya en perfección el espíritu del amor, por cuanto aquel temor... es filial, y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre» (C 26, 3).

2.— En el hombre, expuesto siempre mientras vive en la tierra a la triste posibilidad de pecar, el Espíritu Santo, junto con la reverencia a Dios, y como consecuencia de ella, infunde el temor de ofender al Señor, Padre amantísimo, de desagradarle y contristarle. Jesús no excluyó ese santo temor de la oración confidencial que enseñó a sus discípulos: «y no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal» (Mt 6, 13). No es concebible que tiente Dios al hombre para inducirlo al pecado, porque, como dice Santiago, «Dios no tienta a nadie» (1, 13). Pero Dios permite las pruebas; la misma fe, exigiendo fidelidad aun cuando el creer resulta duro y oscuro, implica una prueba. Por otra parte están las tentaciones que provienen de las pasiones, del mundo y del Maligno; según S. Mateo, el texto original del Padre Nuestro, dice propiamente: «líbranos del Maligno». El espíritu de temor, don del Espíritu Santo, desnuda al hombre de toda presunción y autosuficiencia y lo hace humilde, consciente de su debilidad y por eso de su necesidad de recurrir a la ayuda del Padre celestial, no tanto para ser liberado de las pruebas y tentaciones de la vida, cuanto para ser protegido y no fallar en la fidelidad a él. ¿Cómo no temer si en este destierro el pecado está siempre al acecho y hay siempre peligro de perder a Dios y su amor?

El temor filial, con todo, no produce miedo o angustia, porque está siempre acompañado de confianza plena en el Padre celestial. Su manifestación más propia es «una verdadera determinación de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios», por mínima que sea, «ni dejar de hacer lo que parece cosa de su servicio» (J. C. N II, 16, 14); por eso conduce a una gran delicadeza de conciencia inspirada en el amor.

Santa Teresa de Jesús escribe: «Tu deseo sea de ver a Dios; tu temor, si le has de perder; tu dolor, que no le gozas, y tu gozo, de lo que te puede llevar allá» (A 69).

El temor filial va siempre unido al deseo y al amor de Dios, porque procede del mismo y único espíritu de amor que es el Espíritu Santo.

Aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca tanto andéis seguras, que dejéis de temer podéis tornar a caer... Pues, Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer sino acudir a Vos y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentación? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos libraremos; mas estas traiciones, ¿quién las entenderá, Dios mío? Siempre hemos menester pedirlos remedio. Decidnos, Señor, alguna cosa para que nos entendamos y aseguremos...

Pues, Buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dio Su Majestad, es «amor y temor»; que el amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando adonde ponemos los pies para no caer. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino** 39, 4.6; 40, 1).

Gloria y orgullo es el temor del Señor, contento y corona de júbilo. El temor del Señor recrea el corazón, da contento y regocijo y largos días. Para el que teme al Señor todo irá bien al fin, en el día de su muerte se le bendecirá. Prin-

cipio de la sabiduría es temer al Señor... Plenitud de la sabiduría es temer al Señor, ella les embriaga de sus frutos... Corona de la sabiduría es el temor del Señor, ella hace florecer paz y buena salud... Raíz de la sabiduría es temer al Señor...

¿Quién se confió al Señor y quedó confundido? ¿Quién perseveró en su temor y quedó abandonado? ¿Quién le invocó y fue desatendido? Que el Señor es compasivo y misericordioso, perdona los pecados y salva en la hora de la tribulación... Los que temen al Señor no desobedecen sus palabras, los que le aman guardan sus caminos. Los que temen al, Señor buscan agradarle, los que le aman quedan llenos de su ley... Los que tienen el corazón dispuesto, y en su presencia se humillan. Caeremos en manos del Señor..., pues como es su grandeza, tal su misericordia. (**Eclesiástico**, 1, 11-20; 2, 10-11, 15-18).

325. ESPIRITU CONSOLADOR

«Espíritu Santo, que beba yo de ti y en ti goce los frutos de la alegría y de la paz» (1 Cr 12, 13; Gl 5, 22).

1.— Además de Espíritu de la verdad, Jesús llama al Espíritu Santo el «Paráclito», nombre griego de profundo significado que puede traducirse como abogado, defensor, protector y consolador. Muchos usan sin más esa última fórmula «Consolador», aceptada también por la Liturgia que invoca al Espíritu Santo con el título de «Consolador perfecto» y ruega que todos los fieles gocen «siempre de su consuelo» (MR). Esto corresponde muy bien al oficio del Espíritu para con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, y por lo tanto para con toda la Iglesia. «Os conviene que yo me vaya —había dicho el Señor—; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré» (Jn 16, 7). El Espíritu Santo es enviado a continuar invisiblemente la obra de Cristo: asiste y consuela a los Apóstoles privados de la presencia del Maestro, fortalece e interioriza su fe, los defiende y sostiene en las persecuciones, los convierte en heraldos valerosos y fieles hasta el testimonio supremo del martirio.

El año último de su ministerio Jesús había proclamado solemnemente: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva». Y el Evangelista comenta: «Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él» (Jn 7, 37-38). El Espíritu Santo es el manantial de agua viva de la gracia, con la que vivifica a los creyentes, sacia sus corazones y los llena de alegría santa, preludio de la bienaventuranza eterna. S. Pablo habla repetidas veces de la «alegría» del Espíritu Santo que permanece en el corazón del cristiano aun en medio de grandes tribulaciones (1 Ts 1, 6) y que va acompañada de la paz. «El Reino de Dios —dice— no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rm 14, 17). El cristiano posee el secreto de la verdadera alegría, alegría y paz del Espíritu Santo, índices de una conciencia

tranquila ante Dios y ante los hombres, de un corazón que es morada del Espíritu Santo y está íntegramente poseído por él.

2.— El cristiano goza la alegría y la paz del Espíritu Santo en la medida que es verdaderamente dócil a su acción, no oponiéndole resistencia. «No entristezcáis al Espíritu Santo» (Ef 4, 30), recomienda S. Pablo casi en tono suplicante. La labor del Espíritu Santo en el corazón del creyente es tan delicada que se precisa mucha finura espiritual para reconocerla. Su palabra interior es tan tenue y suave que sólo puede ser percibida en el recogimiento. El ruido, las distracciones, la curiosidad y la palabrería inútil, así como la agitación proveniente del desorden de las pasiones embotan el espíritu impidiéndole acoger la voz y la luz del Espíritu Santo. Y le impiden también discernir las inspiraciones auténticas de los movimientos de la naturaleza y de los impulsos personales fruto con frecuencia de orgullo y espíritu de partido.

El Espíritu no se contradice nunca a sí mismo. Único e idéntico, «obra todo en todos» (1 Cr 12, 6); por eso sus inspiraciones nunca están en contraste con la Sagrada Escritura, con la voz autorizada de la Jerarquía, con la enseñanza de la Iglesia y con la palabra del Papa. Todo don o carisma del Espíritu Santo se da «para provecho común» (ib 7), y por lo tanto para unir, no para dividir, «pues Dios no es un Dios de confusión, sino de paz» (ib 14, 33). Por eso no sólo los particulares no deben estar celosos por los dones ajenos, sino que todos deben estar sujetos al dictamen de la Iglesia. Los antagonismos entre hermanos o entre fieles y Jerarquía no pueden estar nunca inspirados por el Espíritu Santo. Santa Teresa, rica en dones carismáticos que siempre sometió al veredicto de la Iglesia, afirma que al alma fundada en la verdad «no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar —aunque viese abiertos los cielos— un punto de lo que tiene la Iglesia» (V 25, 12).

Sólo en esta perspectiva puede el creyente confiarse a la guía interior del Espíritu Santo, sin miedo a errar. Y sólo así podrá, como los primeros discípulos, quedar lleno «de gozo y del Espíritu Santo» (He 13, 52), ayudar al bien de la comunidad y cooperar para que la Iglesia vaya adelante colmada «de la consolación del Espíritu Santo» (He 9, 31).

Oh Espíritu Santo, tú estás presente en todas las cosas de modo inmaterial, sin forma, sin mutación, pero no cesas de permanecer inefablemente asentado junto con el Padre; te difundes por doquier y en todas las cosas habitas inconfuso y penetras en nuestros pensamientos y en los seres a nosotros invisibles; todo lo escrutas, siendo así que todo lo conoces, resuenas sin voz y escuchas a las almas que internamente gritan en silencio; de todas y en todo tienes piedad sin demora y las vigorizas, y das indecible alegría a todos los seres dondequiera que estén.

Tú envuelves la totalidad de este universo y tienes todas las criaturas bajo tu poder, las iluminas con luz divina y las colmas de beneficios con tu actividad y bondad. (DIDIMO EL CIEGO, **De Trinitate**, II, 4).

Omnipotente Espíritu Paráclito, clementísimo consolador de los tristes, penetra en lo íntimo de mi corazón con tu poderosa virtud; alegra con el fulgor de tu luz esplendorosa, oh huésped piadoso, todo rincón oscuro de mi alma y, visitándola, fecundiza con la abundancia de tu rocío lo que una larga sequía ha dejado lánguido y macilento... Sáciame en el torrente de tu amor, para que yo no quiera ya gustar de la vana dulzura del mundo... Enséñame a cumplir tu voluntad, porque tú eres mi Dios...

¡Dichoso el que merece hospedarte! Por ti fijan en él su morada el Padre y el Hijo. Ven, pues, benignísimo Consolador del alma afligida, auxilio en las tribulaciones. Ven, tú que purificas del pecado y sanas las heridas. Ven, fuerza de los frágiles, sostén de los que caen; ven, maestro de los humildes, tú que derribas a los soberbios. Ven, dulce padre de los huérfanos, y de las viudas piadoso defensor. Ven, esperanza de los pobres, restauración de los enfermos. Ven, estrella de los navegantes, puerto de los náufragos. Ven, decoro singular de todo viviente y única salvación de los moribundos. (S. ANSELMO, **Orationes**, 14).

326. BIENAVENTURADOS LOS POBRES

«Señor, que no acumule yo tesoros en la tierra, sino en el cielo»
(Mt 6, 19-20).

1.— Jesús comenzó la predicación del Reino anunciando las disposiciones espirituales necesarias para conseguirlo; la primera se refiere a la pobreza: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3).

El Señor, en la sinagoga de Cafarnaúm había ya leído, aplicándosela a sí la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí; me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva» (Lc 4, 18). En el Antiguo Testamento, no siempre eran los pobres rodeados de estima y simpatía, antes se los tenía en poco, al paso que las riquezas eran consideradas como signo de la bendición divina. Poco a poco esa mentalidad materialista se fue transformando hasta considerar a los pobres como protegidos especialmente por Dios y sus amigos. «Inclina tu oído, Señor —canta el Salmista—, escúchame, que soy un pobre desamparado» (Sl 85, 1).

Los pobres sobre los que Dios se inclina con amor y que Jesús llama dichosos, son los que no sólo aceptan su condición de desheredados, sino que hacen de ella un medio para acercarse a Dios con humildad y confianza, esperando de él solamente todo su bien. La Virgen María es de ellos, o, como dice el Concilio, «sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de él la salvación» (LG 55). La mera pobreza material no es la disposición interior que Jesús quiere ver en sus discípulos. El que siendo pobre, no cesa de lamentarse, detesta su estado y abriga tal vez odio y envidia hacia los que tienen más, no es pobre de espíritu. El Señor quiere la pobreza humilde y alegre, como la que S.

Francisco de Asís escogió para sí y sus hijos, y que Juan XXIII practicó con tanta sencillez aun durante su pontificado. La pobreza material es preciosa a los ojos de Dios en cuanto es llamada al desasimiento de los bienes terrenos y medio para ello, en cuanto lleva al reconocimiento de la propia indigencia no sólo material sino también espiritual, y por eso desembaraza el corazón de presunción, vanidad y orgullo. Entonces la pobreza se convierte en disponibilidad para Dios, abre a él el corazón del hombre y, por el contrario, Dios abre al hombre su Reino.

2.— Los pobres que Jesús alaba no son los haraganes, los ineptos o perezosos, sino los que trabajando por mejorar lícitamente su condición, no están ávidos de ganancias y riquezas de manera que pongan en ellas su tesoro, olvidando los bienes más altos que les esperan. Por otra parte, cuando Jesús, como dando vuelta a las bienaventuranzas, dice «¡Ay de vosotros, ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo» (Lc 6, 24), no condena los bienes materiales, sino su posesión y uso desordenados e injustos que hacen naufragar el corazón del hombre en el ansia exclusiva de los bienes terrenos, cerrándolo al deseo de Dios y a la caridad para con los necesitados. Es la triste historia del rico epulón que, entregado a los placeres de la mesa, no tenía un solo pensamiento para el pobre Lázaro mendigo a su puerta (Lc 16, 19-31).

Jesús pide a todos sus discípulos —tengan poco o mucho— que sean «pobres de espíritu», de modo que la preocupación por la escasez de medio o el apego a las riquezas no se conviertan nunca en un obstáculo a la búsqueda de Dios, no estorben la amistad con él ni agraven el corazón con el cuidado excesivo por el bienestar material. Por eso la Iglesia amonesta a todos sus hijos que, mientras desarrollan la acción temporal, «Respeten la justa jerarquía de valores, con fidelidad a Cristo y su Evangelio, a fin de que toda su vida, así la individual como la social, quede saturada con el espíritu de las bienaventuranzas, y particularmente con el espíritu de pobreza» (GS 72).

Pero Jesús pide también a todos una pobreza más elevada, que es el desasimiento de los bienes morales y hasta de los espirituales. Quien tiene pretensiones de estima y consideración de las criaturas, quien está apegado a la propia voluntad y a las propias ideas o es demasiado amante de su independencia, el que busca en Dios gustos y consuelos espirituales, no es pobre de espíritu, sino rico poseedor de sí mismo. «Si quieres ser perfecto — escribe S. Juan de la Cruz—, vende tu voluntad... y ven a Cristo por la mansedumbre y humildad y síguelo hasta el Calvario y sepulcro» (Dichos f, 6). Es lo mismo que exigió el Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

Señor, que comprenda yo qué gran paz y seguridad tiene el corazón que no desea cosa alguna de este mundo. Pues si mi corazón ansía conseguir bienes terrenos, no puede estar tranquilo ni seguro, porque o busca tener lo que no

tiene o no perder lo que posee, y mientras en la adversidad espera la prosperidad, en la prosperidad teme la adversidad; es zarandeado de acá para allá por las olas en continuas alternativas. Pero si tú, oh Dios, concedes a mi alma aferrarse firmemente al deseo de la patria celestial, será mucho menos sacudida por las turbaciones de las cosas temporales. Haz que frente a todas las agitaciones exteriores se refugie en este su deseo como en un retiro secretísimo; que se agarre a él sin aflojar, que trascienda todas las cosas mudables y en la tranquilidad de su paz se encuentre en el mundo y fuera del mundo. (S. GREGORIO MAGNO, **Morelia** XXII, 35).

Oh Jesús, tu primera compañía en la tierra fue la pobreza voluntaria, continua, perfecta, suma... Quisiste vivir y ser pobre de todo lo temporal... De las cosas de este mundo no quisiste recibir sino extrema indigencia, con penuria, hambre y sed, frío y calor, mucha fatiga, dureza y austeridad... Quisiste vivir pobre de parientes y amigos y de todo afecto temporal... En fin, te despojaste de ti mismo; te hiciste pobre de tu poder y sabiduría, de tu gloria. Dios increado y humanado, Dios encarnado y paciente, quisiste aparecer y vivir en este mundo como un hombre pobre, sin poder, limitado e ínfimo, sin gloria, carente de toda sabiduría humana. ¡Oh menospreciada pobreza! ¡Oh pobreza rechazada... en este mundo por la gente de toda condición! ¿Dónde encontrar una criatura que pueda gloriarse de estar unida a tan perfecta compañía? Dichosa la criatura que en su penitencia puede exaltarse en esta compañía, desde el momento que tú, oh Cristo, has querido recibirla en ti como medio de adoctrinamiento. (BTA. ANGELA DE FOLIGNO, **Il libro della B. Angela**, II, 138-40).

327. BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

«Si sufrimos contigo, oh Cristo, viviremos contigo y contigo reinaremos» (2 Tm 2, 11-12).

1. — Jesús, venido a anunciar la Buena Noticia a los pobres, vino también «a proclamar la liberación a los cautivos..., para dar la libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). Esta es la señal inconfundible de la salvación prometida por Dios a su pueblo y anunciada por los profetas: el Mesías se inclina sobre todas las miserias humanas para salvar de ellas, para dar alivio y gozo a los afligidos y para consolar al que llora. No obstante, nunca dejará de haber afligidos, lo mismo que pobres, en el mundo.

Las curaciones milagrosas obradas por el Señor —«los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen» (Lc 7, 22)— no son más que el símbolo de una salvación más profunda y esencial. La obra de Jesús no se detiene en los cuerpos, sino va más a fondo: toca los corazones y los cura del mayor de los males, el pecado. Las aflicciones físicas y morales —las enfermedades, los duelos, las opresiones, las angustias de la vida— se convierten en vehículo por el que la obra de la salvación llega más fácilmente al hombre.

«¡Ay de vosotros, los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto», dijo Jesús (Lc 6, 25). El que vive en el goce, el que tiene cuanto quiere y no carece de nada, corre un riesgo tremendo. Satisfecho de sí y de la vida terrena, no advierte lo precario de su situación, no siente la necesidad de ser salvado, no abre su corazón a las cosas celestiales. Al contrario el afligido, impotente para librarse de sus tribulaciones, se da cuenta de que sólo Dios puede ayudarle: sólo por él puede ser salvado para el tiempo y para la eternidad. Los afligidos que, como los pobres de espíritu, aceptan de la mano de Dios la suerte que les ha tocado y, aun sufriendo, no dejan de creer en su amor de Padre y en su providencia infinita, son proclamados por Jesús bienaventurados, «porque ellos serán consolados» (Mt 5, 4). Y si bien el consuelo total lo tendrán en la vida eterna, aquí en la tierra, en medio de sus angustias, no carecerán de la consolación de sentirse más cerca de Cristo el cual lleva con ellos y para ellos su cruz.

2.— Cuando los males físicos o morales atormentan al hombre y parecen clavarlo a situaciones irremediables, no es fácil creer en la bienaventuranza proclamada por el Señor. Y con todo, el dolor oculta siempre un misterio de vida y de salvación. «Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares —dice el Salmo—. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas» (Sl 125, 5-6). Como el grano de trigo debe pudrirse en el surco para dar vida a nuevas espigas, así el hombre debe ser macerado por el sufrimiento para dar frutos de alegría eterna. Pero hay que aguardar, y esperar el consuelo sólo de Dios. Hay que atender sólo a él, el único que salva y cambia el llanto en gozo verdadero. Hay que tener el coraje de abrazar la cruz no sólo con resignación, sino con amor, y con voluntad resuelta de seguir a Jesús doliente hasta el Calvario y el sepulcro, pues sólo de la muerte puede florecer la resurrección. Y esto se ha de hacer con un corazón dilatado por la caridad que acepta padecer y morir también por la resurrección de los hermanos. Entonces se comprende por qué pudo decir S. Pablo: «Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Cr 7, 4). Es la bienaventuranza del sufrimiento que comienza ya a verificarse acá para quien sabe padecer con Cristo por la salvación del mundo.

Mas para los que aman a Dios hay otros motivos de llanto. Son las lágrimas ardientes de Agustín que no cesa de lamentarse: «Tarde te he amado, oh Belleza siempre antigua y siempre nueva, tarde te he amado» (Conf. X, 27, 38). Son las lágrimas de Magdalena penitente y de Pedro que llora su caída. Son las lágrimas de quien, aun amando sinceramente a Dios, tiene que reprocharse todos los días alguna flaqueza o infidelidad; lágrimas santas de compunción, don del Espíritu Santo, que purifican del pecado y unen a Dios. Y, en fin, son las lágrimas por todo el mal que, anegando el mundo, hace tantas víctimas, arroja a tantos inocentes, hace a muchos torcer de la fe, veja a la Iglesia y ofende a Dios. También estas lágrimas, que son una participación en el llanto de Cristo sobre Jerusalén y en su agonía en el

huerto de Getsemaní, serán enjugadas, porque quien sufre con Cristo será glorificado con él (Rm 8, 17).

Dios mío, heme aquí en tu presencia, pobre, pequeño, carente de todo. Soy nada, nada tengo, nada puedo... Tú eres mi todo, tú eres mi riqueza.

Dios mío, te doy gracias de haber querido que yo no fuese nada delante de ti... Te doy gracias de las decepciones, de las injusticias, de las humillaciones. Reconozco que las necesitaba. Dios mío, seas bendito cuando me pruebas. Anonádame cada vez más. Que sea yo en el edificio no como la piedra trabajada y pulida por la mano del artista, sino como grano de arena desconocido, sacado del polvo del camino.

Dios mío, te doy gracias por haberme dejado vislumbrar la dulzura de tus consuelos. Te doy gracias por haberme privado de ellos. Sólo siento no haberte amado bastante. Nada deseo sino que tu voluntad se cumpla. Oh Jesús, tu mano es dulce, hasta en el ápice de la prueba. Que sea yo crucificado, pero crucificado contigo. (GENERAL DE SONIS, **Vie**, por A. Bessieres, 248).

Tú, Señor, me consolaste en la tristeza. Sólo busca la consolación el que se halla en la tristeza... La morada actual es ciertamente morada de escándalos, de tentaciones y de toda clase de males, para que gimamos aquí y merezcamos gozar allí, para ser atribulados aquí y conseguir ser consolados allí... La morada actual pertenece a la región de los muertos. Desaparecerá la morada de los muertos y se presentará la de los vivos. En la morada de los muertos tiene lugar el trabajo, el, dolor, el temor, la tribulación, la tentación, el gemido y el llanto. Aquí viven los falsos felices, los verdaderos infelices, porque la falsa felicidad es verdadera miseria. El que reconoce hallarse en la verdadera miseria, se hallará en la verdadera felicidad. Por tanto, ahora, como eres infeliz, oye al Señor que dice: «Bienaventurados los que lloran».

¡Oh bienaventurados sollozantes! Nada hay tan unido a la miseria como el llanto, y nada tan distante y opuesto a ella como la felicidad. Tú nombraste a los sollozantes y a los bienaventurados. Entended, dices, lo que digo; digo que son bienaventurados los que lloran. ¿Cómo bienaventurados? En esperanza. ¿Cómo sollozantes? En la actualidad. Efectivamente lloran en esta muerte, en estas tribulaciones, en esta peregrinación, y porque reconocen que se hallan en esta miseria y gimen, son bienaventurados. (S. AGUSTIN, **In Ps**, 85, 24).

328. DOMINGO XXVII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Oh Dios, mira desde el cielo, fíjate; ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó» (SI 79, 15-16).

La parábola de la viña es el tema que domina la liturgia de hoy. Parábola común al Antiguo y al Nuevo Testamento, de que primero el profeta y luego Jesús se sirvieron para hablar del amor de Dios a su pueblo y de la ingratitud de éste. Isaías (5, 1-7; 1.a lectura) describela historia de Israel como la

historia de la viña del Señor, que él tenía «en fértil collado; la entrecavó, la descantó y plantó de buenas cepas; construyó en medio una atalaya y cavó un lagar» (ib 2). Todo hacía suponer una vendimia óptima; en cambio, la viña «dio agradaciones» (ib). La tierra que cultiva el campesino da buenos frutos, pero la viña del Señor los rehúsa. Dios se vuelve entonces a su pueblo: «sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?» (ib 3-4). Al juzgar sobre la viña infructuosa, Israel se está juzgando a sí mismo. Dios lo eligió para pueblo suyo, lo libró de la esclavitud, lo trasplantó a una tierra fértil, lo defendió de los enemigos; y con todo Israel no correspondió a tanto amor.

El Evangelio (Mt 21, 33-43) reasume la metáfora de Isaías y la desarrolla hablando de otros inmensos beneficios hechos por Dios a su pueblo. Le envió repetidas veces «a sus criados», o sea a los profetas; pero los viñadores, esto es los jefes de Israel a quienes había sido confiada la viña del Señor los maltrataron, apalearon, lapidaron, mataron. En fin, como prueba suprema de su amor, Dios envió a su Hijo divino; pero también a él, lo agarraron y empujándolo fuera de la viña, le dieron muerte, crucificado «fuera» de los muros de Jerusalén. La responsabilidad y la ingratitud del pueblo elegido creció enormemente con ello. De ahí las conclusiones preñadas de consecuencias: Isaías había hablado de la destrucción de la viña del Señor, símbolo de las derrotas de Israel y de su deportación al destierro; Jesús, en cambio, anuncia: el propietario «arrendará la viña a otros labradores» (ib 41) y más claramente aún: «Se os quitará el Reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos» (ib 43). Por culpa de su ingratitud Israel fue sustituido por otros pueblos, la sinagoga por la Iglesia. Pero ¿es el nuevo pueblo de Dios más fiel que el antiguo? También para el nuevo valen las dos parábolas de Isaías y de Jesús. Si la viña de la Iglesia no diere los frutos que Dios espera de ella, sufrirá la misma suerte que Israel, Y esto no se aplica sólo a la Iglesia como cuerpo social, sino a cada uno de sus miembros. Todo bautizado debe ser «viña del Señor» y llevar fruto, ante todo aceptando a Jesús, siguiéndole y viviendo injertados en él, «vid verdadera», fuera de la cual no hay más que muerte. En el Nuevo Testamento, en efecto, la «viña del Señor» no es sólo el pueblo elegido y amado por Dios, sino el pueblo elegido y amado en Cristo, injertado en el que dijo: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador... Yo soy la vid vosotros, los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 1-5).

En esta perspectiva, la segunda lectura (Fl 4, 6-9) puede ser considerada y meditada como una invitación a recurrir frecuentemente a Dios, a la confianza y a la gratitud para el que nos eligió para pueblo suyo y como un compromiso a llevar abundantes frutos de todo bien: «hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable; todo lo que es virtud o mérito tenedlo en cuenta» (ib 8).

Sacaste, Señor, una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste. Extendió sus sarmientos hasta el mar y sus brotes hasta el Gran Río...

Dios de los Ejércitos, vuélvete; mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa...

No nos alejaremos de ti; danos vida para que invoquemos tu nombre. Señor Dios de los ejércitos, restáuranos; que brille tu rostro y nos salve. (**Salmo** 79, 9-10. 15-16. 19-20).

Oh Dios eterno, si en el tiempo que el hombre era árbol de muerte lo trocaste en árbol de vida, injertándote, tú, vida, en el hombre —aunque muchos por sus culpas no se injerten en ti, vida eterna—, puedes ahora de ese modo proveer a la salud de todo el mundo, al cual veo hoy que no se Injerta en ti... Oh vida eterna, desconocida de nosotros, criaturas ignorantes. Oh miserable y ciega alma mía, ¿dónde está el clamor, dónde están las lágrimas que deberías derramar en la presencia de tu Dios, que continuamente te invita?... Nunca produje yo otra cosa que frutos de muerte, porque no me he injertado a ti.

¡Cuánta luz, cuánta dignidad recibe el alma injertada en ti! ¡Oh desmesurada grandeza! Y ¿de dónde traes, oh árbol, estos frutos de vida, siendo por ti mismo estéril y muerto? Del árbol de la vida; pues si tú no estuvieses injertado en él, ningún fruto podrías producir por tu virtud, porque eres nada.

Oh verdad eterna, amor inestimable, tú nos produjiste frutos de fuego, de amor, de luz y de obediencia pronta, por la cual corriste como enamorado a la oprobiosa muerte de cruz y nos diste estos frutos en virtud del injerto que hiciste de tu cuerpo en el árbol de la cruz. Así, oh Dios eterno, el alma injertada en ti verdaderamente, a nada atiende sino al honor tuyo y a la salud de las almas. Y ella se hace fiel, prudente y paciente. (STA. CATALINA DE SIENA, **Oraciones y Elevaciones**, 14).

CICLO B

«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!» (Sl 127, 1).

La primera lectura, el salmo responsorial y el Evangelio convergen en el tema de la familia. Del Antiguo Testamento se lee la estupenda página del Génesis (2, 18-24) en la que Dios hace desfilar ante el hombre «Todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo» (ib 19) para que le dé a cada uno un nombre y vea si entre ellos encuentra una «ayuda adecuada». Adán pone nombre a cada animal, pero ninguno de ellos satisface su necesidad de compañía y amor. Entre tanta variedad de seres el hombre se encuentra solo, distanciado de ellos por el don altísimo de la inteligencia y de la voluntad que le hace «imagen» de Dios. Dios entonces provee a llenar su soledad: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda adecuada» (ib 18). Crea entonces a la mujer y cuando se la presenta, Adán prorrumpe en una exclamación de alegría, reconociendo en ella a la compañera del todo

semejante: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» (ib 23). Creada para ser ayuda del varón, la mujer lo completa, lo mismo que ella es completada por él. Idéntica naturaleza humana la de ambos, pero diferenciada en dos sexos que en plan de Dios tienen la gran función de integrarse, sostenerse mutuamente y colaborar con él a la multiplicación de la especie humana. Concluye, pues, el texto: «Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (ib 24). La indisolubilidad del matrimonio tiene aquí su raíz y su razón profunda y sagrada.

Cuando los fariseos interrogaron a Jesús acerca del divorcio (Mc 10, 2-16) que Moisés había permitido en ciertos casos, no hizo distinción alguna y lo abrogó del modo más absoluto refiriéndose justamente a este texto de la Escritura. El Señor declara que las normas mosaicas fueron dadas por la «terquedad» de los hombres (ib 5), mientras que al principio de la creación no había sido así, pues al crear al hombre y a la mujer, Dios los quiso unidos «de modo que no fuesen dos, sino una sola carne». Y concluye: «Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre» (ib 9). Y remacha luego esta enseñanza a sus discípulos que le piden explicaciones ulteriores. De este modo la indisolubilidad del matrimonio ya afirmada en los albores de la humanidad es restablecida plenamente por Jesús. Ella asegura la estabilidad y la santidad de la familia no sólo para bien de los cónyuges, sino también de los hijos. Muy oportunamente el Evangelio del día termina con el trozo referente a los niños. Jesús dice a los discípulos que, molestos por el continuo asedio de los pequeños al Maestro, querían alejarlos: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis; de los que son como ellos es el Reino de Dios» (ib 14); y al abrazarlos y bendecirlos, cierto que acogía y bendecía a las madres que se los presentaban. El cometido de los padres cristianos es precisamente «inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios» (LG 41). Repitiendo el gesto de las mujeres judías, los padres deben llevar a sus Hijos ante Jesús para que, bendecidos por él y creciendo en su escuela, conserven la inocencia y sean un día introducidos en el Reino de los cielos preparado para ellos. Así el matrimonio coopera a la difusión del Reino de Dios, como coopera también, pero por otros caminos, la virginidad consagrada. Dos vocaciones diferentes, pero igualmente necesarias y complementarias. Lo que hacen los padres en el ámbito de la familia para la educación cristiana de sus hijos, cumplen los consagrados en la sociedad en favor de los hijos ajenos, especialmente de los más abandonados y necesitados de guía para encontrar a Jesús y vivir según el Evangelio.

Oh Dios, que con tu poder creaste todo de la nada, y, desde el comienzo de la creación hiciste al hombre a tu imagen y le diste la ayuda inseparable de la mujer, de modo que ya no fuesen dos, sino una sola carne, enseñándonos que nunca será lícito separar lo que quisiste fuera una sola cosa.

Oh Dios, que al consagrar la unión conyugal, le diste un significado tan grande, que en ella prefiguraste la unión de Cristo con la Iglesia. Por tu voluntad

la mujer se une al hombre, y la sociedad familiar, la primera en ser instituida, goza de aquella bendición que nunca fue abolida ni por la pena del pecado original, ni por el castigo del diluvio.

Mira con bondad a toda esposa cristiana que al unirse a su esposo quiere ser fortalecida con tu bendición. Abunde en ella la unión y la paz, y siga siempre los ejemplos de las santas mujeres, cuyas alabanzas canta la Escritura. Confíe en ella el corazón de su esposo y, teniéndola por digna compañera y coheredera de la gracia de la vida, la respete y ame siempre como Cristo ama a su Iglesia.

También te pedimos Señor, que los esposos permanezcan firmes en la fe y amen tus preceptos; que, unidos en matrimonio, sean ejemplo por la integridad de sus costumbres; y, fortalecidos por el poder del Evangelio, manifiesten a todos el testimonio de Cristo; que su unión sea fecunda, sean padres de probada virtud, vean ambos los hijos de sus hijos y, después de una feliz ancianidad, lleguen a la vida de los bienaventurados en el reino celestial. (MISAL ROMANO, **Oración en la Misa de Esposos A**).

CICLO C

«Señor, auméntanos la fe» (Lc 17, 5).

La Liturgia del día está enteramente centrada en el tema de la fe. El profeta Habacuc (1, 2-3; 2, 2-4) se lamenta ante Dios de la situación desolada de su pueblo. En lo interno iniquidad, porque Israel es infiel a su Dios, y en lo externo, prepotencia y violencia, porque el país está sometido a la acción devastadora de los enemigos, los cuales son instrumento de la justicia divina para castigo de los judíos, pero no menos pecadores que éstos. Es el escándalo del triunfo del mal que parece destruir el bien y envolver en su ruina a los mismos buenos. Dios, al fin, responde a su profeta con una visión que quiere se escriba con toda claridad para adoctrinamiento de cuantos vengan después; exhorta ante todo a la constancia, porque se hará justicia, pero a su tiempo: «Si tarda, espera, porque ha de llegar sin duda alguna». Y dice cómo: «Sucumbe quien no tiene el alma recta, pero el justo vivirá por su fe» (ib 3-4). Esta enseñanza es para el israelita como para el cristiano, y para el creyente de todos los tiempos; es válida en cualquier circunstancia de la vida de los individuos, de los pueblos o de la Iglesia. Aun cuando todo se desarrolla como si Dios no existiese o no lo viese, es preciso permanecer firmes en la fe. Dios no puede tardar en intervenir, e intervendrá ciertamente a favor de los que creen en él y a él se confían. «En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm 8, 28).

La segunda lectura (2 Tm 1, 6-8. 13-14) desarrolla otro aspecto de la fe: como testimonio valeroso de Cristo y del Evangelio. Escribe S. Pablo a Timoteo: «No tengas miedo de dar la cara por nuestro Señor y por mí, su prisionero. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio según las fuerzas que Dios te dé» (ib 8). El Apóstol intrépido, que había afrontado luchas y riesgos innumerables por la fe y tenía a gloria estar encadenado por Cristo,

podía con todo derecho exhortar a su discípulo y colaborador a no intimidarse por las dificultades, sino a sufrir con él por el Evangelio. El cristiano que no está dispuesto a sufrir algo por su fe, no podrá resistir los envites de los enemigos. Es humano que en ciertas circunstancias broten de nuevo la timidez o el miedo, pero serán vencidos con «la fuerza de Dios» y «con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros» (ib 8.14). Pues el Espíritu ha sido dado a los fieles para sostener su debilidad (Rm 8, 26) y para hacerlos capaces de confesar el nombre del Señor (1 Cr 12, 3).

Tras estas reflexiones surge espontánea la plegaria que se lee en el Evangelio: «Señor, auméntanos la fe» (Lc 17, 5-10). Para creer sin titubear, para permanecer fieles a Dios en las adversidades o en las luchas contra la fe, se precisa una fe sólida y robusta, como sólo Dios la puede dar. A los Apóstoles que se la pedían un día, les dijo Jesús: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar", y os obedecería» (ib 6). Lenguaje figurado que expresa la omnipotencia de la fe. Jesús no pide mucho, pide un poquito de fe como el pequeñísimo grano de mostaza, bastante menor que una cabeza de alfiler; pero si es fe sincera, viva, convencida, será capaz de cosas mucho mayores, inconcebibles desde un punto de vista humano. Jesús quiere educar a sus discípulos en una fe sin incertidumbres ni titubeos, en una fe que apoyándose en la fuerza de Dios, todo lo cree, todo lo espera, a todo se atreve, y persevera invencible aun en las vicisitudes más ásperas y oscuras.

Dios todopoderoso y eterno, que con amor generoso desbordas los méritos y deseos de los que te suplican: derrama sobre nosotros tu misericordia, para que libres nuestra conciencia de toda inquietud y nos concedas aun aquello que no nos atrevemos a pedir. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Oh Señor, tú has afirmado que todo es posible al que cree. Si examinamos cuál es la virtud mejor y más agradable a ti, vemos que es la fe la que tiene la primacía. En realidad por la fuerza de ella nos disponemos a entrar en el santo de los santos. Sin ella, ni siquiera tú, Señor de la gloria, realizaste en favor nuestro tus maravillosos prodigios: antes de realizarlos quisiste que a tu bondad se uniese nuestra fe. Esto porque la fe es capaz por sí sola de dar la vida, desde el momento que está tan cerca de ti, Señor. Por lo demás, fue tu misma boca bendita la que proclamó estas palabras: «tu fe te ha salvado».

En efecto, una fe no mayor que un menudo y humilde granito de mostaza tiene fuerza para transportar grandes montañas en medio del mar. Pues bien, nosotros hemos recibido realmente esta fe como una guía que nos abre el sendero de la vida, como un culto veraz a Dios. Esta fe, a través de los ojos del alma, ve sin titubeos las cosas futuras y las que están ocultas... Se cuenta entre la caridad y la esperanza... Porque si creo en ti, Señor, también te amaré, y al mismo tiempo esperaré tus dones invisibles. (S. GREGORIO DE NAREK, **Le livre de Prières**, 95-6).

329. BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

«Espíritu Santo, enséñame a ser perfectamente manso con todos los hombres» (Tt 3, 2).

1.— «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (Mt 5, 5). Los mansos de que habla Jesús se identifican con los pobres y los afligidos que acababa de proclamar bienaventurados porque en sus angustias no se rebelan ni reaccionan con violencia, sino que se someten con corazón manso y humilde. Jesús, que fue ungido por el Espíritu Santo para cumplir en el mundo una misión de suavidad y de bondad (Lc 4, 18), se presentó a los hombres como modelo de mansedumbre (Mt 11, 29), tiene pleno derecho a pedir a sus discípulos que aprendan de él y sigan su ejemplo. Y para que puedan hacerlo les ha hecho participar en su unción del Espíritu Santo.

El hombre no conseguirá nunca apagar completamente en sí los impulsos y reacciones de la violencia sin la intervención del Espíritu, cuya acción, en los corazones que lo secundan, produce el fruto exquisito de la mansedumbre (Gl 5, 22). El manso, forjado por el Espíritu Santo según la imagen de Cristo, es el hombre que ha aprendido a dominar todas las manifestaciones descompuestas de su yo: irritación, desdén, cólera, espíritu de envidia o de venganza; y es también el hombre que ha renunciado a la tentación de imponerse, de hacerse valer y de dominar a los otros con prepotencia. Empresa ardua para una naturaleza herida por el pecado, en la que el egoísmo y el orgullo intentan de continuo afirmarse y exigir sus derechos. Mientras dure la vida, la victoria no será nunca completa; sin embargo, el cristiano no debe entregar las armas, sino reanudar de grado cada día sus esfuerzos, invocando humildemente la ayuda del Espíritu Santo para que destruya en él todo residuo de violencia o resentimiento y borre todo vestigio de dureza. Ven, Espíritu Santo, dobla lo que está rígido, derrite lo que está duro, aplaca toda cólera, suaviza toda aspereza. Es el Divino Paráclito, Espíritu de dulzura, el que dobla interior y suavemente la voluntad del hombre, la inclina a la bondad, humildad y mansedumbre. El que tiene el Espíritu obra con mansedumbre, que diría S. Pablo (Gl 6, 1).

2.— Jesús prometió a los pobres el Reino de los cielos, a los afligidos el consuelo y a los mansos les promete la tierra. La diferencia de premio es sólo aparente; en realidad se trata siempre y sólo del Reino de los cielos, ofrecido a los pobres como posesión, a los afligidos como consuelo y a los mansos como herencia figurada en la tierra prometida. La tierra prometida fue largo tiempo objeto de los ardientes deseos de Israel, pero poco a poco vino a significar no tanto el territorio destinado por Dios para su pueblo, cuanto la herencia eterna preparada a los justos. Jesús habla aquí en este sentido.

El que en la vida quedare atrás en lugar de presionar para conquistarse un puesto con la violencia, tiene su puesto asegurado en el Reino de Dios. Por

otra parte es mucha verdad que, aun en este mundo, la mansedumbre confiere al hombre una capacidad especial de dominio y conquista. Ante todo sobre sí mismo, dominando todos sus movimientos de ira y conservando la calma en las contradicciones, y luego sobre los demás, porque la mansedumbre atrae y conquista los corazones. De este modo el manso, habiendo renunciado a toda forma de violencia y precisamente en virtud de esa renuncia, encuentra que tiene un ascendiente particular sobre los otros. Porque mientras la violencia ahuyenta y cierra los ánimos, la mansedumbre los abre a la confianza, los doblega y amansa. Jesús quiere que sus discípulos sean esos mansos que van a la conquista del mundo no con medios que exasperan y provocan reacción adversa, sino con la dulzura, la paciencia y la longanimidad. «Mirad que os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10, 3), les dijo: y entretando él, Cordero inocente, los precedió enseñando con su ejemplo que para hacer el bien, lejos de imponerse o defenderse con la fuerza, hay que sufrir y ponerse a servicio.

En este sentido precisamente escribe S. Pablo a Timoteo: «Tú, en cambio, hombre de Dios, corre al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, de la dulzura» (1 Tm 6, 11); y el Concilio Vaticano II exhorta a todos los fieles a difundir en el mundo «el espíritu de que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos, a quienes el Señor en el Evangelio proclamó bienaventurados» (LG 38).

Oh Dios-Hombre dolorido, enséñame a considerar e imitar el ejemplo de tu vida y a sacar de ti el modelo de toda perfección... Haz que corra yo en pos de ti con todo el aliento del alma, para llegar con tu guía felizmente a la cruz. Tú te ofreciste para ejemplo nuestro y nos invitas a mirarte con el afecto del espíritu, diciendo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas»..., Tú has puesto la humildad de corazón y la mansedumbre por fundamento y firme raíz de todas las virtudes... Por eso, Señor, has querido que las aprendiésemos principalmente de ti... Haz que me afiance en ese fundamento y, poniendo en él la base, me esfuerce en crecer. Que me fundamente en la humildad, y así mi conversación será toda angelical, pura, benigna y pacífica. Seré benévola y agradable a todos, y con todos me mostraré amable... ¡Oh humildad, cuántos bienes reportas, tú que haces pacíficos y serenos a los que te poseen! (BTA. ANGELA DE FOLIGNO, **Il libro della B. Angela**, II, 175-6. 179-80).

Santa María, Madre de Dios, consérvame un corazón de niño, puro y límpido como un manantial; obtenme un corazón sencillo que no saboree las tristezas; un corazón magnánimo para darse y sensible para compadecerse; un corazón fiel y generoso, que no olvide bien alguno y no guarde rencor por ningún mal. Forma en mí un corazón dulce y humilde, amante sin exigencia de ser amado, alegre de esconderse en otros corazones delante de tu Hijo divino; un corazón grande e indomable, tal que ninguna ingratitud lo cierre, ni ninguna indiferencia lo canse; un corazón atormentado por la gloria de Jesucristo, herido de su amor y cuya llaga no se cure sino en el cielo. (L. DE GRANDMAISON, **Vida**, de Lebreton).

330. BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE

Señor, los justos alabarán tu nombre y habitarán en tu presencia» (Sl 139, 14).

1.— Repetidas veces se ocupó Jesús del hambre y de la sed de los hombres, y de un modo tan concreto que para satisfacerlas hizo hasta milagros: la multiplicación de los panes, la transformación del agua en vino. Pero el hambre y la sed de que habla en las bienaventuranzas no son las del cuerpo, sino las del espíritu. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5, 6), dice Jesús, refiriéndose no a los hambrientos y sedientos de comida o bebida materiales, sino de justicia, o sea de perfección, de santidad.

Dios justifica al hombre con su gracia: es la base indispensable y punto de partida de la perfección cristiana, la cual por otra parte aquí abajo no tiene término de llegada, porque el cristiano está llamado a ser perfecto «como es perfecto el Padre celestial» (ib 48). El que tiene conciencia del ideal y de las exigencias de la perfección evangélica nunca se siente satisfecho de su justicia, de sus virtudes o de sus obras buenas. Antes, a medida que avanza en el camino y se acerca a Dios, descubre más cada vez la distancia que lo separa del ideal y por eso se siente cada vez más hambriento y sediento. Su hambre primera es de la voluntad de Dios, manjar sustancioso que debe nutrir al cristiano como alimentó a Cristo: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn 4, 34); al margen de la voluntad de Dios no puede haber ni vida cristiana ni santidad. Su primera sed es «del agua viva» de la gracia, la cual, en quien la bebe «se convertirá en fuente de agua que brota hasta la vida eterna» (ib 14). Sólo la gracia hace al hombre hijo de Dios y hermano de Cristo, capaz de emular la santidad del Padre celestial. Crecer en la gracia es crecer en el amor, es entrar en la comunión más íntima «con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3) y en esta comunión abrazar a los hermanos. Sólo Dios puede dar el alimento de la voluntad divina y el agua de la gracia; por eso quien tenga hambre y sed de justicia no cese de pedir las, tendiendo la mano como un mendigo a quien le puede socorrer. Y Dios lo saciará en proporción a su hambre y a su sed.

2.— En general hay tendencia a creer que la práctica de las bienaventuranzas evangélicas está reservada a pocas personas escogidas, consagradas totalmente a Dios. Jesús, en cambio, las proclamó a la muchedumbre sin hacer distinción alguna, como tampoco la hizo al decir: «Sed perfectos, que es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). Si las personas consagradas a Dios están obligadas a ellas de un modo especial, los simples fieles no están dispensados, como afirma el Vaticano II, pues «el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas» (LG 31). Sin espíritu verdadero de pobreza, sin amor a la cruz, sin mansedumbre, como sin hambre y sed de justicia, Ningún cristiano puede vivir en plenitud las exigencias de su bautismo y difundir en torno suyo el espíritu evangélico.

Con todo, no son muchos los cristianos hambrientos y sedientos así de las cosas divinas, para quienes la búsqueda del Reino de Dios y su justicia ocupen un primer puesto en su vida (Mt 6, 33). Muchas veces en los mismos creyentes son todavía demasiado vivas el hambre y la sed de las cosas terrenas, por las cuales el corazón se desvía en pos de satisfacciones humanas cerrándose al hambre de las celestiales. Hay que orar y esforzarse para conseguir la gracia de una verdadera pobreza de espíritu que libre al espíritu del estorbo de tantos lazos terrenos y lo disponga al hambre y la sed beatificadas por el Señor.

Entonces el cristiano olvida todo deseo de saciarse de los bienes terrenos y viene a sentirse cada vez más hambriento y sediento de Dios, de comunión con él, de entrega y de amor. Presa totalmente de esta hambre y esta sed, no puede ya concederse reposo: por más que haga por Dios, todo le parece demasiado poco y, no tolerando en sí la más mínima infidelidad a la gracia, se esfuerza con todo tesón por encender en otros corazones el hambre y la sed de que él sufre. «El amor de Cristo nos apremia» (2 Cr 5, 14), decía S. Pablo y ardía en el deseo de prodigarse por la gloria de Dios y por el bien de las almas (ib 12, 15). Sólo Dios sacia esa hambre, inicialmente aquí en la tierra y cumplidamente en la vida eterna, cuando su presencia aplacará todas las ansias del hombre.

Haz, Señor, que desee la justicia con la misma ansia con que se desea la comida y la bebida cuando se está atormentado por el estímulo del hambre y de la sed, porque entonces seré saciado. ¿De qué seré saciado sino de justicia? Seré saciado en esta vida, porque el justo se hará más justo y el santo más santo... Pero la saciedad perfecta la tendré en el cielo, donde se nos dará la justicia eterna con la plenitud de tu amor. «Me saciaré... cuando aparezca ante mí vista tu gloria».

[Pero en esta vida] tendré siempre sed porque no cesaré de desearte, oh mi sumo Bien, y querré poseerte cada vez más... Tendré siempre sed, pero siempre la apagaré porque tendré en mí la fuente que salta hasta la vida eterna... Seré siempre saciado de justicia, pero teniendo los labios siempre pegados a la fuente que en mí mismo tengo, la sed no me será penosa ni me abatirá. La fuente es superior a mi sed, su riqueza mayor que mi necesidad. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, I, 5).

Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! He aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspire por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abraséme en tu paz. (S. AGUSTIN, **Confesiones**, X, 27, 38).

331. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

«Padre, que sea yo tu hijo, misericordioso como lo eres tú» (Lc 6, 35-36).

1.— «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7). Jesús no se contentó con anunciar esta bienaventuranza, sino que enseñó también el camino para alcanzarla: modelarse según la misericordia de Dios. «Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre» (Lc 6, 36). Dios, amor infinito, cuando quiere llegar a sus criaturas no puede hacerlo sino inclinándose hasta su nada con un acto de misericordia infinita. Por misericordia sacó al hombre de la nada y lo honró tanto que lo hizo a su imagen y semejanza; luego, cuando el hombre le traicionó, su misericordia acudió a buscarlo en el abismo del pecado: «con amor eterno te he compadecido» (Is 54, 8) y para redimirlo ha rebasado todo límite llegando a sacrificar por él a su Unigénito. Jesús, venido al mundo a encarnar la misericordia del Padre, declaró: «Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores» (Mt 9, 13).

La consideración, o mejor la contemplación de la misericordia divina tiene el poder de derretir la dureza del corazón humano, sus intransigencias y asperezas y de suavizarlo hasta una actitud llena de bondad con los hermanos aun culpables o deudores suyos. Si la característica del amor de Dios a los hombres es la misericordia, ¿cómo podrán los cristianos, hijos de Dios, amarse mutuamente sin misericordia? En el sermón de la Montaña, después de haber proclamado las bienaventuranzas, Jesús presenta el precepto del amor justamente bajo el aspecto de misericordia: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan» (Lc 6, 27-28). Sin esta marca profunda de indulgencia y de longanimidad, no podría el amor durar mucho entre criaturas que, por su debilidad, son con frecuencia unas para otras ocasión de fricciones y por lo tanto necesitan perdonarse mutuamente. Como Dios ama al hombre usando con él de misericordia, así deben amarse los hombres entre sí, recordando que cuanto más misericordiosos sean tanto más «alcanzarán misericordia».

2.— El gran premio prometido a los misericordiosos es alcanzar misericordia, que es como decir asegurar su salvación eterna. A cambio de un poco de misericordia usada entre los hermanos por sus deudas u ofensas, que, por grandes que sean, son siempre limitadas y pasajeras, el cristiano gozará de las misericordias del Señor y las cantará eternamente.

Con todo no es raro que el hombre experimente dificultad para usar de misericordia con los otros; esto puede depender de que es demasiado poco consciente de su indigencia personal y por lo tanto de la inmensa necesidad que tiene cada uno de la misericordia divina. En la presencia de Dios, todos, hasta los santos, son siempre grandes deudores y pobres indigentes; nadie, exceptuada la Santísima Virgen, puede decir que ha sido siempre fiel a la

gracia y al amor, nadie puede decir que no ha ofendido a Dios, al menos venialmente. Profundamente convéncidos de ello, los santos han experimentado una necesidad inmensa de la misericordia de Dios y de rechazo han juzgado siempre bien poca cosa el usar de misericordia con su prójimo, perdonándole las más graves ofensas. El reconocimiento de la miseria personal nos hace comprensivos e indulgentes con las debilidades de los otros. Sentirse profundamente necesitado de la misericordia de Dios, hace al hombre espontáneamente misericordioso con los hermanos. Entonces el cristiano no encuentra duro el perdonar, sino que experimenta el gozo de saber perdonar; entonces va en busca de los que, habiéndole ofendido, tienen mayor derecho a su misericordia y le dan ocasión de imitar la misericordia del Padre celestial.

«No puedo yo creer que alma que tan junto llega de la misma misericordia, adonde conoce lo que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad» (C 36, 12). Se disipan así todas las tentaciones de juzgar y de condenar al prójimo, y el cristiano se hace, como Jesús, dispensador de misericordia, de perdón y de indulgencia.

Acudo a ti, Señor Jesús, movido por tu bondad, porque sé que no desprecias a los pobres ni tienes horror de los pecadores. Tú no rechazaste al ladrón que confesaba su pecado, ni a la pecadora deshecha en lágrimas, ni a la cananea suplicante, ni a la mujer sorprendida en flagrante adulterio y ni siquiera al alcahalero sentado a su banca; no rechazaste al publicano que imploraba misericordia ni al apóstol que te negaba, ni al perseguidor de tus discípulos, ni siquiera a tus crucificadores, El perfume de tus gracias me atrae...

Haz, Señor, que a este perfume se reanime mi corazón, atormentado largo tiempo por el hedor de mis pecados, para que abunde en estos perfumes no menos suaves que saludables...

[Enséñame a derramar] el perfume de la misericordia, que está preparado con las necesidades de los pobres, las angustias de los oprimidos, las ansias de los afligidos, les culpas de los pecadores y, en fin, con todos los sufrimientos de los que están en el dolor, aunque sean enemigos. Estas cosas parecen despreciables [a la naturaleza], pero el perfume que de ellas se extrae es superior a todos los otros. Es un bálsamo que devuelve la salud: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»... Feliz el alma que procura proveerse en abundancia de estos aromas, infundiendo en ellos el óleo de la misericordia e inflamándolos con el fuego de la caridad...

Haz, Señor, que tenga yo el corazón lleno de compasión para los miserables, que sea inclinado a compadecer y pronto a socorrer, y que me tenga por más dichoso dando que recibiendo. Haz que sea fácil en perdonar y sepa resistir a la cólera, que jamás ceda a la venganza y en todas las cosas considere las necesidades de los otros como mías. Que mi alma se impregne del rocío de tu misericordia y mi corazón rebose de piedad, de modo que sepa hacerme todo a todos..., y esté tan muerto a mí mismo que no viva sino para el bien de los demás. (S. BERNARDO, *In Cantica Cant.*, 22, 8; 11, 8; 12, 1).

332. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZON

«Señor, que mi corazón irradie la luz de la gloria que brilla en tu rostro» (2 Cr 4, 6).

1.— «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). El hombre que ama a Dios está hambriento de justicia, de perfección y de santidad, pero está también ansioso de contemplar a Dios, de fijar en él su mirada. «Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro» (Sl 26, 8-9). Pero Dios se esconde a los ojos de los mortales. Moisés, que había deseado ardientemente ver su gloria, escuchó esta respuesta: «Mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo» (Ex 33, 20). Mientras el hombre es peregrino en la tierra, no puede más que suspirar hacia Dios: «mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor —dice S. Pablo—, pues caminamos en la fe y no en la visión» (2 Cr 5, 6-7). La visión de Dios está reservada a la eternidad y será el premio de los que en la tierra no cesaron de buscarlo con corazón puro, recto y sincero. Dios, pureza inmaculada, no puede ser visto sino de corazones puros y de ojos limpios, los únicos capaces de reflejar la claridad divina.

Jesús en el Evangelio habla de la pureza del corazón y del ojo como índice de la pureza interior y exterior del hombre. «Lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias» (Mt 15, 18-19). Sólo cuando el corazón está purificado de toda sombra de pasión y de deseos malos, egoístas y desordenados, son resplandecientes de pureza todas las acciones del hombre y su vida es transparente y sin mancha. Entonces también el ojo es puro. «La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras» (Mt 6, 22-23). El ojo limpio supone corazón puro. La pureza del corazón es la luz de la vida, la luz que abre los ojos del hombre a las cosas divinas y lo dispone gradualmente a la visión de Dios y de sus misterios. El ojo puro es la lámpara que indica al cristiano el camino para llegar a la visión eterna y, al mismo tiempo, le deja entrever ya desde aquí sus esplendores.

2.— La visión de Dios «cara a cara» es el premio que los puros de corazón recibirán en la eternidad; pero se les reserva un anticipo de él aun en esta vida. Si a Moisés le fue negado ver el rostro de Dios, se le permitió, en cambio, vislumbrar su grandeza y bondad infinita. «Haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti mi nombre» (Ex 33, 19). Un privilegio semejante fue concedido a Elías cuando sobre el monte Horeb se le reveló en una ligera brisa la presencia de Dios y oyó su voz (1 Re 19, 12-18). San Pablo, hablando de sí mismo, cuenta de un hombre que «fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar» (2 Cr 12, 4). La vida de los santos atestigua que, aun sin llegar a comunicaciones tan excelsas, Dios se complace en revelarse secretamente al que lo

busca en pureza de corazón. Es el don de la contemplación que Dios concede «citando quiere y como quiere y a quien quiere» (T. J. M IV, 12), pero que nunca falta del todo, al menos en sus manifestaciones más sencillas, a los que están verdaderamente hambrientos y sedientos de él. La disposición fundamental es siempre la de la pureza interior. «Oh si supiesen los hombres —exclama S. Juan de la Cruz— de cuánto bien de luz divina los priva esta ceguera que les causan sus aficiones y apetitos, y en cuántos males y daños les hacen ir cayendo cada día en tanto no los mortifican» (S I, 8, 6). Uno de los daños mayores es ciertamente el de hacerse incapaces de las gracias contemplativas.

Dios ha creado al hombre para sí: lo ha hecho capaz de amarlo, de conocerlo y de contemplarlo por fe en esta vida, para luego gozarlo eternamente en la visión beatífica; pero el hombre llenando el corazón y los ojos con los bienes terrenos, se cierra a las comunicaciones íntimas de Dios y a las irradiaciones de su luz. «El que me ame —dice Jesús—... yo le amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21). Si son raros aquellos a quienes Dios se manifiesta, es porque son también raros los que, amando a Dios sobre todas las cosas, lo buscan con corazón absolutamente puro.

Que aprenda yo, Señor, a desearte; que aprenda a prepararme para verte. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos te verán... Y te verán no porque son pobres de espíritu, ni porque son mansos o porque lloran o tienen hambre y sed de justicia o son misericordiosos, sino porque son puros de corazón... Buena es la humildad para alcanzar el Reino de los cielos, buena la mansedumbre para poseer la tierra, bueno el llanto para ser consolados, buena el hambre y la sed de justicia para ser saciados, buena la misericordia para alcanzar misericordia, mas es la pureza de corazón la que permite verte, oh Señor (Sr 53, 7.9).

Yo te quiero ver; es cosa buena y grande la que quiero... Ayúdame a purificar mi corazón..., porque puro es lo que quiero ver, e impuro el medio con que la quiero ver... Purifícame, Señor, con tu gracia, purifica mi corazón con tus auxilios y consuelos. Ayúdame a producir por medio tuyo y en unión contigo frutos abundantes de obras buenas, de misericordia, de benignidad y de bondad. (S. AGUSTIN, **Sr** 261, 4.9).

¿Quién podría decir la belleza de un corazón puro?... ¡Oh, qué bello y encantador ese manantial incorruptible que es un corazón puro! Tú, oh Dios, te complaces de mirarte en él como en un espejo perfecto, e imprimes en él tu imagen en toda su belleza... Tu pureza, oh Dios, se une a la nuestra que tú mismo produjiste en nosotros; y nuestras miradas purificadas te verán resplandecer en nosotros mismos con luz eterna...

Bienaventurado el corazón puro; él te verá, oh Dios... Te verá a ti, verá toda belleza, toda bondad, toda perfección; verá el Bien, el manantial de todo bien, todo el bien... Te verá y te amará; pero si ama, será también amado; cantará tus alabanzas y te verá y amará sin fin. Será saciado con la abundancia de tu casa y embriagado en el torrente de tus delicias... Bienaventurado, pues, el que tiene

el corazón puro... Haz, Señor, que me purifique cada vez más. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, I, 7, v 1).

333. BIENAVENTURADOS LOS PACIFICOS

«Señor, tu paz, que supera todo sentido, custodie mi corazón y mis pensamientos» (Fl 4, 7).

1.— «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9). El Reino de los cielos está prometido a los misericordiosos como misericordia, a los limpios de corazón como visión y a los pacíficos como filiación divina. El hombre pacífico, el hacedor de paz, merecerá de un modo especial ser reconocido como hijo del que es «el Dios del amor y de la paz» (2 Cr 13, 11).

La historia de la salvación es la historia de la paz entre Dios y los hombres, paz ofrecida por el Padre a la humanidad por medio de su Hijo divino. Cristo vino al mundo para «guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1, 79); así lo previó Zacarías y así lo anunciaron los ángeles cantando en su nacimiento: «paz en la tierra a los hombres» (Lc 2, 14). Mandando a sus discípulos a predicar, Jesús quiso que fuesen mensajeros de paz: «En la casa en que entréis, decid primero: "Paz a esta casa"» (Lc 10, 5); la víspera de su muerte les dejó, como consuelo y prenda de amor, la paz: «Os dejo la paz, os doy mi paz» (Jn 14, 27) y, ya resucitado, se les presentó saludándoles: «¡Paz a vosotros!» (Jn 20, 21).

El cristiano verdadero es hijo de Dios en la medida que prolonga en el mundo la misión pacificadora de su Unigénito, el buen Jesús, constituido él mismo «nuestra paz» (Ef 2, 14). Mas para ser portadores de paz, se precisa ante todo poseerla. Paz perfecta con Dios, viviendo con amor filial sus mandamientos, pacificando el corazón y los deseos personales por la adhesión amorosa al querer divino, de modo que no haya más diferencias entre la voluntad del hombre y la de Dios. Paz perfecta con los hermanos, cumpliendo el precepto de Cristo: «tened paz unos con otros» (Mc 9, 50), «amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15, 12). La paz que Cristo da a los creyentes en el bautismo y continúa dándosela mediante los otros sacramentos y de modo especial por el de la penitencia, deben ellos conservarla intacta no sólo para su propia salvación, sino para que, transmitiéndola a los otros, se convierta en salvación de todos los hombres y pacifique a todo el mundo.

2. — «La paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, ha reconciliado con Dios a todos los hombres por medio de su cruz..., ha dado muerte al odio en su propia carne y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido el Espíritu de amor en el corazón de los hombres» (GS 78). El Concilio Vaticano II recuerda de este

modo que no se puede ser verdadero «pacífico», o sea hacedor de paz, sin sacrificio personal. Como Cristo se inmoló para reconciliar a los hombres con el Padre, para destruir el odio y para dar a los creyentes el Espíritu de amor, así debe ser el cristiano constructor de paz con su esfuerzo personal. El discípulo de Jesús no puede estar esperando que sean los otros los que hagan la paz y tanto menos exigir que se la haga a expensas de los otros, sino que debe tomar la iniciativa allanando el camino a los hermanos, renunciando en su favor a los propios intereses y aun a los derechos que pueda tener, si chocan con los ajenos y los obstaculizan o traban. El que en un ambiente, comunidad o sociedad en lucha se cierra en su caparazón, dejando que los otros se peleen entre sí y contentándose con esperar a que alguien ponga finalmente paz, no es pacífico, sino egoísta. El verdadero pacífico no goza de paz mientras en torno suyo hay guerra. Entra en la liza no para reprender a los contendientes o sólo para predicarles la paz, sino para poner en práctica cuanto esté en su mano en orden a promover la paz, sin retroceder cuando esto le exige sacrificios personales. Por lo demás el cristiano auténtico, que lleva en el corazón y en el rostro la paz de Dios, es ya de por sí un hacedor de paz: su gesto y su palabra tienen una eficacia especial para calmar los ánimos, serenar las contiendas y componer los litigios. Hoy, más que nunca, necesita el mundo en todos los ambientes de estos hijos pacíficos de Dios, sembradores incansables de paz. Desde ahora son ya bienaventurados, pero lo serán inmensamente más cuando el Padre celestial, reconociendo en ellos la imagen de su Unigénito, los llamará hijos suyos y los acogerá en su Reino.

Señor, que seamos blandos y benignos unos con otros, según las entrañas de bondad y la dulzura de nuestro Creador... Consiguientemente, que nos unamos a los que piadosamente mantienen la paz, no a los que la quieren hipócritamente... Que fijemos nuestra mirada en ti, Padre y Creador del universo, y nos adhiramos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de tu paz; que miremos con nuestra mente y contemplemos con los ojos del alma tu magnánimo designio; y consideremos cuán blandamente te portas con tu creación... Todas las cosas ordenaste, oh gran Artífice y Soberano de todo el universo, que se mantuvieran en paz y concordia.

Derramaste sobre todas tus beneficios, y más copiosamente sobre nosotros, que nos hemos refugiado en tus misericordias por medio de nuestro Señor Jesucristo. A él sea la gloria y la grandeza por eternidad de eternidades. (S. CLEMENTE ROMANO, **Primera carta a los Corintios**, 14-15. 19-20).

¡Señor, qué bueno es amar la paz! Amarle es lo mismo que tenerla. Y ¿quién no querría ver aumentar lo que ama? Si quiero a pocos en paz conmigo, será poca la paz que tenga. Para que esta posesión crezca, tiene que aumentar el número de poseyentes... Si distribuyo pan, cuanto mayor sea el número de aquellos a quienes se lo parto, tanto menor será la cantidad de pan. Pero la paz es como aquel pan que se multiplicaba en las manos de tus discípulos a medida que lo partían y distribuían.

Dame, pues, la paz, Señor; para poder atraerle a los otros, que la tenga yo primero, que la posea yo primero. Arda en mí el fuego, para que pueda encender a los otros... Amante yo de la paz, sea el primero en ser poseído totalmente de su belleza y me abrase en deseo de atraerle a los demás. Vean también ellos lo que veo yo, amen lo que yo amo, posean lo que yo poseo. ¡Oh paz amada, que me eres tan querida!, tú me dices: ámame y luego me poseerás. Induce a cuantos más puedas a amarme: será casta e íntegra. Induce a cuantos más puedas: que me busquen, me posean y gocen de mí. (S. AGUSTIN, **Sermo** 357, 2-3).

334. BIENAVENTURADOS LOS PERSEGUIDOS

«Señor, que sepa yo alegrarme de participar en tus sufrimientos, para que me alegre en la revelación de tu gloria» (1 Pe 4, 13).

1. — «Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5, 10). Muchas veces predijo Jesús a sus discípulos que deberían compartir con él su suerte: «Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios» (Jn 15, 18.20; 16, 2). Cristo no engañó a sus discípulos, ni les prometió éxitos ni triunfos, sino que les señaló con claridad el mismo camino recorrido por él: contradicciones, odios, persecuciones, muerte de cruz. El que se pone a seguir a Cristo, si quiere hacerlo de veras, no puede esperar otra cosa. Esto, sin embargo, no quiere decir ser pesimista, ni abatirse, ni vivir en la tristeza, porque al propio tiempo que anuncia Jesús a sus discípulos las persecuciones, los proclama bienaventurados. «Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros» (Mt 5, 11). Es la única bienaventuranza reasumida y desarrollada en varios versículos, como para persuadir a los discípulos de lo que a los ojos humanos es un verdadero contrasentido: considerarse dichosos cuando se sufre.

Ciertamente la bienaventuranza no está de por sí en ser perseguido, lo cual es siempre doloroso física o moralmente, sino en el hecho de que ese padecimiento es prenda de bienaventuranza eterna. «Alegraos y regocijaos —dice Jesús—, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (ib 12).

El Señor no pide al cristiano que llame gozo a lo que es dolor ni exige que se haga indiferente a la persecución hasta el punto de no sufrir, sino le pide creer, bajo su palabra infalible, que lo que padece por la causa de Dios, será ciertamente transformado en gozo de vida eterna. Es la profundidad de esta fe lo que permite a los santos gozarse en las persecuciones sufridas por Cristo, a imitación de los Apóstoles, los cuales salían de los tribunales

«contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús» (He 5, 41).

2.— Las persecuciones «por la justicia» son, añade Jesús, las sufridas por causa mía». La causa de la justicia, es decir de la salvación y santificación de los hombres, es la causa misma de Cristo, la causa de su encarnación, pasión y muerte, la causa que él sostuvo con su enseñanza y su ejemplo. Las persecuciones de que habla la octava bienaventuranza son, pues, las que prepara el mundo al que abraza a fondo la causa de Cristo y de su Evangelio, sembrando doquiera desinterés, mansedumbre, misericordia, pureza, amor y paz. Si una conducta semejante induce a muchos al bien, el mal reaccionará con violencia tumultuosa, de modo que en ciertos momentos parece que la persecución prevalece. Es lo que le pasó a Jesús, cuya vida empleada únicamente en el bien pareció de repente sumergida y vencida por las fuerzas del mal. Pero ésa es precisamente la contraseña de los discípulos auténticos de Cristo: compartir la suerte de su Maestro; y ése es el motivo profundo de su bienaventuranza: tener en las persecuciones la garantía de no haber errado el camino.

«¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! —dice Jesús—, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas» (Lc 6, 26). Las alabanzas, las aprobaciones del mundo y los éxitos continuos nunca son el distintivo del seguimiento verdadero de Cristo, sino más bien propiedad de los falsos profetas. El verdadero profeta más pronto o más tarde encuentra la contradicción; y esto es providencial. Esto lo preserva de las lisonjas del orgullo, lo hace consciente de su poquedad, lo defiende de la ilusión de creerse capaz de salvar o transformar el mundo y, por ende, lo mantiene en el número de los pobres que, entregándose con todas sus fuerzas a la salvación propia y a la de los otros, sin embargo lo esperan todo del único Salvador. Quien, por el contrario se deja seducir por el aplauso del mundo, está en gran peligro de deformar o trincar el Evangelio para no perder la popularidad, y acaba así siendo un falso profeta más.

Oh Jesús, no te ha bastado hacer, de todas... las fuentes de pena, fuentes de gozo celestial, de gozo eterno; abrazándolas tú mismo, has hecho de ellos gozo, dulzura y delicia aun para esta vida. Has abrazado pobreza, hambre, lágrimas, persecuciones, todo en medida inaudita; de modo que, después de ti, quienquiera que lllore, sea pobre, tenga hambre o sea perseguido, se asemeja a ti y te imita. Y ¿qué cosa hay más dulce que parecerse a quien se ama? ¿Qué otra necesidad hay más imperiosa para el corazón que la de imitar al ser amado? Cualquier pobreza, hambre, llanto o persecución se ha convertido, pues, en cosa suave, bien precioso y predilecto para el que te ama, porque esos son otros tantos elementos de semejanza y otros tantos puntos de unión contigo, oh Jesús... ¡Qué bueno eres, oh Médico divino, que has transformado, hasta el fin del mundo, nuestros males en alegría y en fuentes de vida eterna! (C. DE FOUCAULD, **Meditaciones sobre el Evangelio**).

Oh Señor altísimo, heme pronto a todo sufrimiento, pues sé que tus cruces nacen de ternísimo amor y que sólo es bienaventurado el que es crucificado contigo_ No se quejen más los hombres tibios diciendo que tratas mal a tus amigos, sino abran conmigo los ojos para conocer tu infinita benignidad con la que guías por el camino del mucho sufrir a tus queridos amigos, y entiendan de una vez cuán digno de compasión sea el que no es afligido por ti en esta vida temporal...

Oh piadosísimo Jesús mío, yo no me atrevo a pedirte ni cruces ni aflicciones, pero ayudado con tu fuerte inspiración, con vivo deseo desde el fondo de mi corazón me remito y me abandono a ti... Si te parece bien, oh altísimo Señor, que sea muy abrumado por todos los hombres..., con tu ayuda soportaré todo trabajo por la gloria de tu santo nombre, con tal que padezca inocente; y en caso de que fuese culpable, soportaré los sufrimientos a gloria y a alabanza de tu justicia santísima, cuyo honor quiero me sea siempre más querido que el mío... Y cuando esté en el fondo de los dolores clamaré a ti como el buen ladrón: «Yo, Señor, con toda razón padezco estos tormentos, pera tú ningún mal has hecho; Señor, acuérdate de mí en tu Reino». (BTO. ENRIQUE SUSON, **Diálogo de amor 17, 26**).

335. DOMINGO XXVIII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, tú preparas una mesa ante mí» (SI 22, 5).

La Liturgia de este domingo presenta la salvación bajo la imagen de un banquete preparado por Dios para todos los hombres: «Preparará el Señor de los Ejércitos Para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera... Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos... Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros» (Is 25, 6-8; 1.8 lectura). Festín suntuoso que revela la magnificencia del que lo da y es símbolo de la salvación ofrecida por Dios, pero oculta durante muchos siglos a los pueblos, los cuales la conocerán con la venida del Mesías. La destrucción de la muerte y de! dolor lleva a pensar lógicamente en un futuro allende la vida terrena; se trata de la bienaventuranza eterna anunciada con expresiones idénticas en el Apocalipsis: «Dios... enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte» (21, 4).

En el Evangelio del día (Mt 22, 1, 14) el convite de la salvación adquiere una fisonomía nueva, la nupcial. Dios llama a todos los hombres a participar en las bodas de su Hijo con la naturaleza humana, comenzadas con su encarnación y consumadas con su muerte de cruz. «El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir» (ib 2-3). El rey es Dios, el banquete es la salvación traída por el Hijo de Dios hecho hombre, los siervos son los profetas y apóstoles, los invitados que rehúsan venir o maltratan y

dan muerte a los criados son los judíos y todos los que como ellos rechazan a Jesús. Se verifica una situación semejante a la de la parábola de los viñadores malvados (domingo precedente); sin embargo, hay una diferencia notable. A los viñadores se les exigía algo debido, o sea los frutos de la viña que se les había confiado; aquí, en cambio, nada se exige, sino todo se ofrece; allí se rehusaba lo que tenía que darse en justicia, aquí se rechaza lo que se ofrece con bondad y magnificencia sumas. Es la repulsa al amor de Dios. Es la actitud del hombre convencido de que no necesita de salvación o del que hundido en negocios terrenos considera tiempo perdido pensar en Dios o en la vida eterna. Estos tales van a la ruina, mientras otros son invitados en su lugar. «La boda está preparada» (ib 8). El Hijo de Dios se ha encarnado y se ofrece en sacrificio por la salvación de la humanidad. Dios por eso continúa renovando su invitación: «Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda» (ib 9). La sala del festín, llena ya de comensales «malos y buenos» (ib 10), representa a la Iglesia abierta a todos los hombres y siempre semejante al campo en que la cizaña crece en medio del grano. Ser invitados y haber entrado en el festín no significa poseer ya la salvación definitiva. En efecto, hay un hombre que no lleva traje de boda, y es arrojado «fuera, a las tinieblas» (ib 13), no precisamente por carecer de traje exterior, sino por no tener las disposiciones internas necesarias para la salvación. Es el hombre que pertenece materialmente a la Iglesia, pero no vive en caridad y gracia; su fe no está acompañada de obras; tiene la apariencia de discípulos de Cristo, pero en el fondo de su corazón no es de Cristo ni para Cristo. Su pertenencia a la Iglesia no le servirá de salvación sino de condena: «porque muchos son los llamados y pocos los escogidos» (ib 14). La parábola no quiere decir que los elegidos sean pocos de modo absoluto, sino que su número es inferior al de los llamados por culpa de la ligereza de éstos en responder a la invitación divina.

Dios soberano, te pedimos humildemente que, así como nos alimentas con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, nos hagas participar de su naturaleza divina. (MISAL ROMANO).

Ayúdame, Señor, a dejarme de malas y vanas excusas y a ir a esa cena que nos nutre interiormente. No sea la altanería del orgullo impedimento para ir al festín, elevándome jactanciosamente, ni una curiosidad ilícita me apegue a la tierra, distanciándome de Dios, ni estorbe la sensualidad a las delicias del corazón.

Haz que yo acuda y me engrose. ¿Quiénes vinieron a la cena, sino los mendigos, los enfermos, los cojos, los ciegos? No vinieron a ella los ricos sanos, es decir, los bien hallados, los listos, los presuntuosos, tanto más sin remedio cuanto más soberbios.

Vendré como pobre; me invita quien, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecer con su pobreza a los pobres. Vendré como enfermo, porque no han menester médico los sanos sino los que andan mal de salud. Vendré

como lisiado y te diré: «Acomoda mis pies a tus caminos». Vendré como ciego y diré: «Alumbra mis ojos para que nunca me duerma en la muerte». (S. AGUSTIN, **Sermo** 112, 8).

CICLO B

«Enséñame, Señor, a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato» (SI 89, 12).

Los textos escriturísticos de hoy giran en torno al valor de la sabiduría en oposición a la riqueza como inmensamente preferible a ella. La primera lectura (Sb 7, 7-11) reproduce el elogio de la sabiduría puesto en boca de Salomón, que la pide a Dios sobre todo otro bien. «Supliqué y se me concedió un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetros y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza. No le equiparé la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena» (ib 7-9). La riqueza es un valor puramente terreno y, por tanto, caduco; la sabiduría, en cambio, posee un «resplendor que no tiene ocaso» (ib 10), que permanece eternamente. Es claro que no se trata de la sabiduría humana, sino de la que procede de Dios, irradiación de su sabiduría infinita.

La sabiduría divina se comunica a los hombres por medio de la palabra de Dios que es su vehículo seguro y cuyas prerrogativas presenta la segunda lectura (Hb 4, 12-13). «La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu... Juzga los deseos e intenciones del corazón» (ib 12). El que quiere dejarse guiar por la sabiduría divina, debe meditar la palabra de Dios, debe aceptar que ésta escudriñe su corazón para iluminarlo y purificarlo, para juzgarlo y espolearlo y hacerle desprenderse de todo lo que no está conforme con ella. Es imposible permanecer indiferentes ante la palabra de Dios; ella fuerza al hombre a declararse en pro o en contra y, por ende, a revelarse tal cual es en su interior.

El Evangelio (Mc 10, 17-30) da un paso adelante y presenta la encarnación de la sabiduría, primero en Jesús, Sabiduría del Padre, y luego en sus enseñanzas. Un joven que asegura haber guardado los mandamientos y, por lo tanto, haber vivido sabiamente según la palabra de Dios «desde pequeño» (ib 20), se presenta al Maestro deseoso de hacer más aún. «Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el cielo—, y luego sígueme» (ib 21). Jesús le propone la sabiduría suprema: renunciar a todos los bienes terrenos para seguirle a él, Sabiduría infinita. No es una obligación, sino una invitación concreta a «estimar en nada la riqueza» en comparación con los bienes eternos y del seguimiento de Cristo. La palabra del Señor penetra en el corazón del joven y lo aboca a una crisis; mas, por desgracia el joven no se pronuncia afirmativamente: «frunció el ceño y se marchó triste,

porque era muy rico» (ib). También Jesús parece entristecerse y comenta: ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!» (ib 23).

Aquí como en otros pasajes del Evangelio, aparece la riqueza como un obstáculo casi insuperable para la salvación. No porque sea en sí misma mala, sino porque el hombre es demasiado proclive a atarse a ella hasta el punto de preferirla a Dios. «Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios» (ib 2, 5). Los discípulos se quedan extrañados; la frase del Maestro parece exagerada; sin embargo, él no la retira. Procura, con todo, infundir confianza. Si para todo hombre, no sólo para los ricos, es difícil salvarse, «Dios lo puede todo» (ib 27). Dios no niega esa gracia a quien la pide con humilde confianza y recurre al auxilio divino para vencer los obstáculos que se le atraviesan. Dichosos los Apóstoles, pues, teniendo poco, no han vacilado en dejarlo todo: casa, redes o tierras, padre y madre, hermanos y hermanas, por Cristo y por el Evangelio.

Supliqué y se me concedió la prudencia, invoqué y vino a mí un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetos y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza. No le equiparé la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena y junto a ella la plata vale lo que el barro. La preferí a la salud y a la belleza, me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Todos los bienes juntos me vinieron con ella, había en sus manos riquezas incontables...

Porque es para los hombres un tesoro inagotable y los que le adquieren se granjean la amistad de Dios. (**Sabiduría**, 7, 7-11. 14).

¡Oh hermanas mías, que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos ni cuanto pudiéremos hacer por un Dios que así se quiere comunicar con un gusano! Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos?, ¿en qué nos detenemos? ¿qué es bastante para que un momento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda a esto, aunque duraran siempre sus deleites y riquezas y gozos, cuantos se pudieren imaginar, que es todo asco y basura comparado a estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de los tesoros del cielo y de la tierra.

¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Por amor de Dios, hermanas, que nos aprovechemos de estas faltas para conocer nuestra miseria y ellas nos den mayor vista, como la dio el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo; y así, viéndonos tan imperfectas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar a Su Majestad (STA. TERESA DE JESUS, **Moradas**, VI, 4, 10-11).

CICLO C

«Señor, has dado a conocer tu salvación; los confines de la tierra la han contemplado» (SI 97, 2-3).

La gracia, el reconocimiento, el don de la fe y la vida de fe son los argumentos que se entrelazan en la Liturgia de hoy. La lectura primera (2 Re 5, 14-17) recuerda el suceso de Naamán el Sirio curado de la lepra por el profeta Eliseo. Dios se sirve de este milagro para revelarse a aquel pagano y llamarlo a la fe; y él, dócil a la gracia, responde convirtiéndose interiormente y proclamando en alta voz que el Dios de Israel es el único Dios verdadero: «Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel» (ib 15). Luego, en señal de su reconocimiento quiere ofrecer un regalo al profeta que ha sido instrumento de su curación. Pero éste, con total desinterés, lo rehúsa. Eliseo, verdadero hombre de Dios —como todo auténtico profeta—, no quiere aprovecharse del reconocimiento de los creyentes para enriquecerse o hacerse un nombre.

En su primer discurso en la sinagoga de Nazaret Jesús citará el hecho de la curación de Naamán el Sirio (Lc 4, 27) —el único leproso sanado por Eliseo con preferencia a los de Israel—, para demostrar que la salvación no es un privilegio reservado a los judíos, sino un don ofrecido a todos los hombres. Un suceso semejante tendrá lugar más adelante cuando, durante su último viaje a Jerusalén, cure Jesús diez leprosos, de los cuales uno sólo —un extranjero— repetirá el gesto agradecido de Naamán y recibirá junto con la salud física el don de la salvación (Lc 17, 11-19; evangelio). El grupo de esos diez infelices se encontró con Jesús, «se pararon a lo lejos y a gritos le decían: "Jesús, maestro, ten compasión de nosotros"» (ib 12-13). Es un grito de confianza en ese Jesús cuyos milagros han oído contar y cuya compasión por las miserias humanas han oído alabar. Es escuchado su grito. Pero el Señor les impone una condición: «Id a presentaros a los sacerdotes» (ib 14). Lo que la ley mosaica exigía al leproso ya curado para inspección de su curación (Lv 14, 2), Jesús lo exige a los diez antes aún de quedar curados, subrayando de ese modo el valor de la obediencia a la ley. Y mientras ellos van de camino para cumplir lo mandado, quedan sanos. Idéntica curación la de todos, pero no idéntica reacción. «Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era un samaritano» (ib 15-16). Los otros nueve no sienten necesidad de volver a dar gracias; tal vez porque como miembros del pueblo escogido consideran que tienen derecho a los dones de Dios. En cambio, el samaritano, extranjero como es, no se arroga derechos y considerándose indigno del favor de Dios, lo acoge con corazón humilde y agradecido. Esta actitud de humildad y reconocimiento lo dispone a un favor mayor aún, el de la salvación: «Levántate, vete: tu fe te ha salvado» (ib 19).

Por enésima vez afirma la Escritura que el don de la fe no está vinculado a ningún pueblo o situación. «La palabra de Dios no está encadenada», dice S.

Pablo en la segunda lectura (2 Tm 2, 8-13); nada puede impedirle florecer en los corazones más extraños al mundo de los creyentes y suscitar en ellos la fe. Pero S. Pablo habla también de otro deber de la vida de fe: considerar el sufrimiento, especialmente el que se deriva de la fidelidad a Cristo, no como algo hostil, sino como una gloria y un medio seguro de entrar en la órbita de la salvación. «Esta es doctrina segura: si morimos con él, viviremos con él; si perseveramos, reinaremos con él» (ib 11-12).

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia; se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclamad al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad. (**Salmo 97, 1-4**).

Con aquel que sufría terriblemente en el cuerpo a causa de la lepra, yo te suplico por la angustia de mi alma...: «Señor, si tú quieres, puedes curarme». Con los ciegos afligidos por su ceguera en una noche perpetua, levanto mi grito de lamento. Yo no te llamo «hijo de David», sino te proclamo «hijo de Dios», que es el ser supremo. No sólo te llamo Maestro..., sino creo que tú eres el Señor del cielo y de la tierra. No sólo tengo fe en el toque de tu mano, oh Dios misericordioso y vecino, sino creo en el poder de tu palabra para sanarme, aunque estuvieses lejos, muy lejos... Tú lo quieres porque eres compasivo y lo puedes porque eres creador: di solamente una palabra y seré curado...

Concédeme... la condonación de mis grandes deudas, oh Dios de bondad y Señor de la bienaventuranza. Cuanto mayor es tu liberalidad, más glorificada eres; cuanto más magnánima es tu munificencia, más amado eres, cuanto de más misericordia usas, más gloria obtienes... Usa de otra tanta misericordia conmigo que soy deudor de deudas incalculables, para que, proclamando con reconocimiento tus beneficios, mi amor se exprese con no menor intensidad. En todo sea para ti la gloria. (S. GREGORIO DE NAREK, **Le livre de prières**, 121-3).

336. EL AMOR DE CRISTO NOS APREMIA

«Tu amor, oh Cristo, nos apremia, pensando que moriste por todos» (2 Cr 5, 14).

1.—«Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que tengamos la vida por medio de él» (1 Jn 4, 8-9). En Dios todo es amor; amor es su vida íntima, cuya fecundidad se expresa en el misterio trinitario; amor es toda su acción externa en el tiempo a favor del hombre; amor la creación y amor mayor aún la redención. A medida que el cristiano penetra el misterio de Dios-Amor, entra en la corriente de su caridad infinita; y al amar a Dios con todas sus fuerzas y querer y buscar por encima de todo su gloria, ama al mismo tiempo

con él, por él y en él a todos los hombres, criaturas de su amor. Participa así en la solicitud e iniciativa divina por la salvación de los hombres; entra en la historia de la salvación, no sólo para gozar de sus beneficios y ser salvado, sino también para cooperar en la salvación de los hermanos en unión con Cristo Salvador. El celo apostólico es, pues, un fruto espontáneo de la caridad de Dios derramada en el corazón del creyente por el Espíritu Santo (Rm 5, 5) y secundada por el creyente para que se desarrolle en plenitud.

Así nació el celo arrollador de S. Pablo, el cual escribe: «El amor de Cristo nos apremia, al pensar que uno murió por todos» (2 Cr 5, 14). El pensamiento de que «uno» —Cristo, el Unigénito del Padre— ha muerto «por todos» no da paz al Apóstol, que quiere predicar doquiera «a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cr 2, 2), para arrancar a todos los hombres del pecado y «para que no vivan ya para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cr 5, 15). El Apóstol cree profundamente en la obra redentora de Cristo y la consideración de que su muerte pueda ser inútil para un solo hermano, no le deja sosegar. Un ansia y un ardor semejantes acosaban a Teresa de Jesús: «por ser ésta la inclinación que Dios me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer» (F 1, 7).

2.— El celo de la salvación de los hermanos nace de la caridad, nace de la contemplación de Cristo crucificado: sus llagas, su sangre, los dolores desgarradores de su agonía dicen cuánto valen los hombres para Dios y cuánto los ama él. Pero este amor no es correspondido y parece como si los hombres ingratos quisieran escapar cada vez más a su acción. Es el triste espectáculo de todos los tiempos renovado también hoy: los hombres parecen mofarse de Jesús, renovar su pasión. «Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo». Si Teresa de Jesús (C 1, 5) podía decir esto de su siglo atormentado por la reforma protestante, tanto más se puede decir del nuestro, en el que la lucha contra Dios y contra la Iglesia ha aumentado desmesuradamente, invadiendo todo el mundo. Ojalá todos los cristianos pudieran repetir con la Santa: «No me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden... Mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que se pierden» (ib 4.2). Pero no se trata sólo de formular deseos, sino de actuar: orar, obrar y padecer.

El Vaticano II afirma: «el precepto de la caridad, que es el precepto máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su Reino y la vida eterna a todos los hombres» (AA 3). La apatía e indiferencia por la salvación de los hermanos son índice de una caridad muy lánguida, semejante a una lamparilla que está para apagarse. Darse a la vida interior no es atender sólo a la salvación propia desinteresándose de la de los otros; es vivir en íntima comunión con Dios para acoger su amor, crecer en él, corresponderlo y extenderlo en torno suyo. Si la

comuni3n con Dios es aut3ntica, ser3 tambi3n aut3ntico el amor que de ella se derive, y 3ste estar3 siempre marcado con el ansia de procurar la gloria de Dios como 3l mismo la ha procurado, amando y salvando a los hombres. El celo apost3lico es una exigencia vital de la caridad, es una llama que brota del amor de Dios.

¡Oh, amor poderoso de Dios, cu3n diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compa3a, por parecerle que le han de quitar lo que posee; el de mi Dios mientras m3s amadores entiende que hay, m3s crece, y as3 sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh, Bien m3o, que esto hace que, en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder! Y as3 el alma busca medios para buscar compa3a, y de buena gana deja su gozo cuando piensa ser3 alguna parte para que otros le procuren gozar (**Exclamaciones**, 2, 1).

¡Oh caridad de los que verdaderamente aman este Se3or y conocen su condici3n! ¡Qu3 poco descanso podr3n tener si ven que son un poquito de parte para que una alma sola se aproveche y ame m3s a Dios, o para darle alg3n consuelo, o para quitarla de alg3n peligro! ¡Qu3 mal descansar3 con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oraci3n, importunando al Se3or por las muchas almas que la lastima de ver que se pierden. Pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sino en c3mo hacer m3s la voluntad del Se3or. (STA. TERESA DE JESUS, **Fundaciones**, 5, 5).

¡Oh, Dios m3o, si yo fuese hallada digna de dar la vida por la salvaci3n de las criaturas y por destruir tanto mal, de cu3nto solaz me servir3! ¡Gran cosa es vivir y continuamente morir! ¡Oh, qu3 gran pena es ver que podr3 ayudar a tus criaturas dando la vida, pero no poderlo hacer! Oh caridad, t3 eres una lima que consume poco a poco alma y cuerpo, pero nutres tambi3n de continuo alma y cuerpo...

Oh Trinidad, oh Padre, oh Verbo, oh Esp3ritu Santo, haz que a cada una [de tus criaturas] les sea concedida tu luz, para que puedan conocer su malicia; y a m3 se me d3 la gracia de poder satisfacer por ellas dando la vida, si fuere necesario. ¿Por qu3 no puedo yo dar a todos esta luz? Ojal3 pudi3semos todos juntos reparar tus ofensas, si bien s3lo tu bondad puede darte satisfacci3n cumplida... ¡Oh bondad inmensa, derr3mate en el, coraz3n de tus elegidos! (STA. M. MAGDALENA DE PAZZIS, **I colloqui**, Op. y 3, 272-3).

337. MIEMBROS LOS UNOS DE LOS OTROS

«Se3or, que me esfuerce yo por agradar en todo a todos, para que se salven» (1 Cr 10, 33).

1.— «La vocaci3n cristiana —ense3a el Vaticano II— es tambi3n por su naturaleza vocaci3n al apostolado» (AA 2). Por el mero hecho de quedar por el bautismo constituido miembro de la Iglesia, el cristiano est3 llamado a

colaborar al bien y desarrollo de ella. «Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que se comportan de forma meramente pasiva, sino que todos participan en la actividad vital del cuerpo, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia "todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros" (Ef 4, 16)» (ib). Cada miembro vive por la vida que recibe del cuerpo a que pertenece, y, compartiendo la vida, comparte también necesariamente su actividad. Un miembro totalmente pasivo estaría paralizado o muerto. Este proceso que tiene lugar mecánicamente en los miembros de un cuerpo físico, como es el cuerpo humano, debe realizarse de modo consciente y responsable en cada bautizado, miembro vivo del Cuerpo místico de Cristo. Si deja el cristiano languidecer o apagarse su vida de gracia o amor, no sólo se daña a sí mismo, sino a toda la Iglesia, disminuyendo en ella el nivel de santidad. Al contrario, cuanto más crece en gracia y amor, no sólo se santifica más a sí mismo, sino aporta un nuevo flujo de vida y santidad a toda la Iglesia. La consideración de esta verdad debe crear en todo creyente una conciencia eclesial, por la que se sienta directamente responsable en el bien de todo el Cuerpo místico y obre con la mira en él. La espiritualidad cristiana jamás puede ser individualista: hasta el ermitaño o la enclaustrada que viven en soledad no dejan de vivir en la Iglesia y para la Iglesia; su vida espiritual será auténtica en la medida que tenga esa apertura eclesial que mueve a mayor intensidad de oración y de inmolación por las necesidades de todo el Pueblo de Dios. La Iglesia es un cuerpo tan armónico y compacto, «que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo» (ib).

2.— Todos los creyentes «congregados en el Pueblo de Dios e integrados en el único Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, a fuer de miembros vivos, a contribuir con todas sus fuerzas... al crecimiento, de la Iglesia y a su continua santificación. El apostolado... es, pues, participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación» (LG 33).

Es claro que cada cual será apóstol según los dones recibidos de Dios y su vocación personal, pero deben serlo todos, porque en el bautismo y en la confirmación todos recibieron una verdadera investidura apostólica y con ella la caridad «que es alma de todo apostolado» (ib). Las formas y responsabilidades particulares serán diferentes para los Obispos, sacerdotes, personas consagradas a Dios, padres o simples cristianos; pero todos son apóstoles, porque todos indistintamente han sido asumidos e insertos por Cristo como miembros vivos de su Cuerpo místico. Ningún cristiano puede desinteresarse de la salvación de los hermanos, pues «siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo, siendo, cada uno por su parte, los unos miembros de los otros» (Rm 12, 5); por eso el bien de uno es bien de todos, como el mal de uno es mal de todos. Cristo ha unido a los bautizados en la

solidaridad de su amor y ha fundado la Iglesia como comunión de caridad, en la que cada uno debe colaborar al bien recíproco. El, único Salvador, tiene el poder de salvar y santificar directamente a todos los hombres, sin la ayuda de nadie; sin embargo, en línea ordinaria lo quiere hacer por medio de sus miembros. «Misterio tremendo y nunca bastante meditado: que la salvación de muchos dependa de las oraciones y mortificaciones voluntarias emprendidas por los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo y de la cooperación de los Pastores y de los fieles» (Pío XII, *Myst. Corp.*). Es el misterio de la comunión de los santos, comunión de gracia y de caridad porque es comunión de vida en Cristo.

Grandísima pena me da las muchas almas que se condenan (de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y [siento] ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que, por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana... Ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión [el ver a otro con un gran trabajo], estoto, que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo (**Vida**, 32, 6).

[Ni] la muerte ni la vida se quiere, si no es por poco tiempo cuando desea [el alma] ver a Dios... Queda el deseo de vivir, si él quiere, para servirle más y, si pudiese, ser parte que siquiera un alma le amase más y alabase por mi intercesión, que, aunque fuese por poco tiempo, [e parece importa más que estar en la gloria. (STA. TERESA DE JESUS, **Relaciones**, 6, 9).

Señor, tú sabes por qué grito a ti con confianza casi audaz; porque eres tú quien, inspirándome compasión y amor, me apremias a elevar mis voces a tu trono... Veo las almas perdidas de innumerables pecadores, y, al verlo, se me destroza, o más bien..., se me dilata el corazón, y así, vencida por la compasión, no puedo menos de llorar su miseria, como si me viese semejante a ellas, manchada con el fango de sus culpas... Señor, tú en el curso de tu vida mortal, llevaste el peso de dos cruces, llevando sobre tu espalda la suma pesada de nuestros pecados; así, para que yo fuese perfectamente semejante a ti, me cargaste con dos cruces: una me abate con las enfermedades y demás angustias del cuerpo, la otra me traspasa el alma dolorida por la perdición y ceguera de tantos miserables pecadores obstinados.

Te ofrezco mi vida, Señor, ahora y para siempre, cuando a ti te plazca; la entrego para gloria tuya, rogándote humildemente, por la virtud de tu pasión, que limpies y purifiques de todo defecto!.. a la (Iglesia) tu Esposa..., y no tardes más. (STA. CATALINA DE SIENA, **Oraciones y Elevaciones**, 8).

338. COLABORADORES DE DIOS

«Señor, que trabaje yo en tu campo conforme a la gracia que me fue dada y sobre el único cimiento, que es Cristo» (1 Cr 3, 10-11).

1.— «Yo soy el Señor, y fuera de mí no hay Salvador» (Is 43, 11). Dios, único creador, es también el único Salvador; sólo de él viene la salvación. Para actuarla, se sirve de su único Hijo: «Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4, 9). Jesús es el «enviado», el apóstol del Padre, encargado de realizar la obra de la salvación; él mismo se presentó como «el que el Padre ha enviado» (Jn 6, 29), y dijo: «Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite el último día» (ib 39).

Enviado por el Padre para dar a los hombres la vida, Jesús envía a su vez a sus discípulos encargándoles continuar su obra salvadora: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). Desde ese momento la Iglesia naciente toma a su cargo ese mandato apostólico y se extiende por el mundo perpetuando a través de los siglos la misión redentora de Cristo. Sólo así se explica cualquier forma de apostolado cristiano. Por eso, hablando de los apóstoles, los llama S. Pablo «colaboradores de Dios» (1 Cr 3, 9; 2 Cr 6, 1): de Dios que quiere la salvación de todos los hombres; de Jesús, que encargado de realizarla, se asocia para ello a los mismos hombres redimidos por él.

El apostolado no es nunca una actividad personal, fruto de recursos y capacidades humanas, sino que es siempre colaboración a la obra de Cristo, el cual es «la fuente y el origen de todo el apostolado de la Iglesia» (AA 4). Y eso a todo nivel: desde el apostolado jerárquico del Papa, de los obispos y de los sacerdotes hasta el sencillo del más humilde bautizado. Jesús, «nuestro gran Dios y Salvador» (Tt 2, 13), es siempre el único Mediador, el único Redentor, el único en quien está la salvación, «porque no hay bajo el cielo otro nombre... por el que nosotros debamos salvarnos» (He 12). Todo creyente es apóstol y, por ende, salvador, en la medida en que colabora con humildad y con amor a la obra redentora de Jesús.

2.— Los apóstoles, cualesquiera que sean, son «colaboradores de Dios creador, redentor y santificador» (AA 16). El apóstol trabaja en el campo o viña del Padre de familias, no por propio arbitrio ni por propia virtud, sino en dependencia del Padre que lo envía, con la ayuda de su gracia y del modo y en la medida establecidas por él.

Todos los apóstoles, dice S. Pablo, son «ministros», servidores de Dios, «y cada uno según lo que el Señor le dio». No hacen otra cosa que prestar a Dios su esfuerzo, mas el verdadero actor es sólo Dios. «Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento» (1 Cr 3, 5-7). Nadie puede jactarse y decir: éste campo es mío, es el fruto de mis fatigas. El campo, lo mismo que el fruto, pertenecen a Dios solo; «ya que somos colaboradores de

Dios —repite el Apóstol— y vosotros campo de Dios, edificación de Dios» (ib 9). Aunque fue él quien primero engendró a los corintios a la fe, no se arroga ningún derecho para con ellos. Ellos pertenecen a Dios, cuyo humilde colaborador es él. El apostolado no es obra humana, sino obra divina a la que el apóstol presta su colaboración como humilde instrumento.

No se trata, con todo, de un instrumento material, sino vivo, personal; y, por tanto, ha de ponerse voluntariamente a disposición de Dios, empleando todos los talentos recibidos de él y procurando al mismo tiempo sintonizar su modo de pensar, de querer y de obrar con el modo divino, o sea con el plan salvífico de Dios, con su voluntad de redimir a todos los hombres. Una vez más: se trata de entrar en la corriente del amor infinito de que brota la voluntad salvífica de Dios, de asociarse a esa voluntad y de ofrecerse a ella en total disponibilidad a imitación de Cristo, el cual se puso a total disposición del padre para la salvación de la humanidad. El apóstol está con Jesús en las cosas del Padre (Lc 2, 49) y trabaja con él en la difusión del Reino.

Oh Jesús, haz de mí un arrebatador de almas, que las lance a ti, que las oriente hacia tu única beldad; haz de mí dedo que indique el amor, voz que lo cante y revele a los insensibles un poquito de sus esplendores y de su amabilidad. En todas las cosas yo no quiero sino a ti, a ti conocido, a ti glorificado, a ti amado de todos, o al menos de muchos... Y a estos no detenidos en mí, sino lanzados a ti y fijos en ti; y el cielo para amarte, adorarte y perdernos todos juntos en tu amor sin límites...

Oh mi buen Jesús, que seas glorificado; lo demás poco importa. Toda mi ambición consiste en ser instrumento de tu gloria... No me pertenezco más. O sea, no tengo derecho de rehusar a los que me rodean el precioso licor que has puesto en mí para ellos. A ti te toca distribuirlo como mejor te agrade, el secar o hacer fluir su vena benéfica.

Saca, hermano, saca de esa agua y bendice al Señor Jesús que te la da. Saca, y sin olvidar al que te refrigera, olvida el vaso en que te da de beber. El vaso es muy dichoso de servir a un Maestro tan bueno. Su arcilla se siente muy ennoblecida por el contacto del dedo divino. Y si se quiebra y es echado entre los desechos, le bastará conservar, junto con el honor de haber servido, una gotita del licor que vertió.

Esa gota de amor, Jesús mío, es todo lo que yo reclamo de ti. Es el pago que reclama para la eternidad este pobre pequeño instrumento que te dignas usar. Destínalo a la gloria o a la ignominia, o, si te place, sea más bien a un oficio sumamente humilde y despreciado; pero cuando se haya quebrado, cuando sea ya... incapaz de prestar servicios, dignate dejarle su gotita de amor. Ella le compensará divinamente de sus penas, pues él no quiere otra recompensa que no seas tú mismo. (L. DE GRANDMAISON, **Vida, de Lebreton**).

Oh Verbo eterno, cuando fuiste clavado en el durísimo leño de la cruz, a otra cosa no miraste que a conducir... las criaturas a ti. Dijiste: «Sitio», demostrando no sólo que tenías sed de las presentes, sino también de las que vendrían más tarde. Padeciste sed, oh dulce Dios, padeciste sed, oh Dios bueno y

amorosísimo... ¡Oh! ¿Cómo podrá ser que quien sacia su sed con la Sangre del eterno Verbo, no le sacie a él la sed que tiene de sus criaturas? (STA. M. MAGDALENA DE PAZZIS. **Renovazione della Chiesa**, Op. y 7, 75).

339. SENTIR CON CRISTO

«Cristo Jesús, crea en mí sentimientos semejantes a los tuyos» (FI 2, 5).

1.— «Cristo, enviado del Padre, es la fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia. Es, por ello, evidente que la fecundidad del apostolado... depende de la unión vital [de los creyentes]... con Cristo. Lo afirma el Señor: "El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5)» (AA 4).

No puede haber colaboración eficaz sin sintonía profunda o unión íntima entre el colaborador y el promotor de una obra, tanto más cuando esa obra es de carácter eminentemente espiritual y el que colabora reporta del que la dirige la fuerza y la fecundidad para su acción. Esa relación tiene que haber entre el apóstol y Jesús. Jesús es la vid, el apóstol es el sarmiento; y llevará fruto sólo en proporción a su unión con Cristo; unión que debe crear afinidad de sentimientos, de voluntad y de intenciones. El Concilio Vaticano II ha vuelto repetidas veces sobre este principio fundamental. Dice a propósito de los clérigos: «Habiendo de configurarse a Cristo Sacerdote por la sagrada ordenación, habitúense a unirse a él como amigos, con el consorcio íntimo de toda su vida» (OT 8). A los sacerdotes les recomienda unirse «a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre, y en el don de sí mismos por el rebaño que les ha sido confiado» (PO 14); a los religiosos «fomentar en toda ocasión la vida escondida con Cristo en Dios, de donde fluye y se urge el amor al prójimo para la salvación del mundo y la edificación de la Iglesia» (PC 6); y, en fin, invita a los seglares a que «no separen la unión con Cristo de su vida personal, sino que crezcan intensamente en ella, realizando sus tareas según la voluntad de Dios» (AA 4). Es evidente la solicitud de la Iglesia por que todos los apóstoles cultiven una unión íntima y amistosa con Jesús, que los conduzca gradualmente a tener sentimientos y quereres semejantes a los suyos. Es una transformación interior fruto del amor, porque el amor tiende a hacer semejantes a los que se aman. El corazón de Cristo rebosa de amor a los hombres, a los que quiere salvar a toda costa; pues semejante a él debe ser el corazón de todo apóstol.

2.— «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (FI 2, 5). El apóstol debe estudiar, penetrar y contemplar el corazón de Cristo y aprender de él la ciencia del amor a los hombres, de emplearse y sacrificarse en su salvación. Contemplar a Jesús, el buen Pastor, que va en busca de la oveja descarriada, que va voluntariamente a la muerte por salvar a su rebaño: «doy mi vida por las ovejas... Nadie me la quita; yo la doy

voluntariamente» (Jn 10, 15.18). Contemplar a Jesús que muere por los que no le reconocen siquiera ni le aman, antes le ofenden: «siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rm 5, 8). Que uno muera por un amigo es comprensible, pero que muera por gente hostil, ingrata e indiferente, que no cree en su amor y no aprecia su don, es cosa que rebasa todo límite. Sin embargo todo hombre puede reconocerse en esos pecadores, en esos ingratos o indiferentes por los que dio la vida Jesús, y puede repetir: «el Hijo de Dios... me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gl 2, 20). No es un mito, sino una realidad desconcertante, una gran realidad. Para el corazón de Cristo ningún hombre es extraño, ninguno indiferente ni enemigo, porque todos son criaturas del amor infinito del Padre y, por ello, objeto del amor misericordioso del Hijo.

Cristo que ama al Padre sobre todas las cosas y que ha venido para glorificarlo, no lo ha hecho de otro modo que salvando a los hombres. Este es el camino que ha de recorrer todo apóstol, pero no lo podrá hacer si no acerca antes su corazón al de Cristo para llenarlo de su amor. Sólo entonces estará en situación —y debe llegar a estarlo— de decir con Juan: «nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él» (1 Jn 4, 16). No será fundamento de su apostolado una teoría abstracta, sino la comprensión viva e íntima del amor de Dios y del amor de Cristo. Aun sin haber vivido como Juan al lado de Jesús, podrá decir a los hermanos por experiencia personal vivida interiormente en la fe y en el amor: «Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros; y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (ib 1, 3).

Señor, te has volcado sobre nuestras almas con todo tu amor, de día y de noche, queriendo comunicarnos e infundirnos tu vida divina para deificarnos y para ser tu irradiación en todas partes. ¡Oh, qué gran poder ejerce sobre las almas el apóstol que permanece constantemente junto a la fuente de aguas vivas! El puede verse sin que su alma llegue nunca a vaciarse porque vive en íntima comunión con el Infinito...

Quiero ser... un apóstol desde el fondo de esta querida soledad del Carmelo. Quiero trabajar por tu gloria, Dios mío. Para realizar esto, necesito poseerte plenamente... Que tú seas la vida de mi vida, el alma de mi alma. Que permanezca, día y noche, consciente bajo el influjo de tu acción Divina. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **Cartas** 178).

¡Oh Jesús! La vista de la sangre que cae de tus manos divinas me conmueve profundamente, y experimento una pena inmensa al pensar que esa sangre cae al suelo sin que nadie se cuide de recogerla. Resuelvo mantenerme constantemente en espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino y derramarlo sobre las almas. ¡Oh Jesús! Tu grito en la cruz: «¡Tengo sed!» resuena continuamente en mi corazón. Esas palabras encienden en mí un ardor muy vivo y desconocido. Deseo darte de beber, oh Amado mío, y yo misma me

siento devorada por la sed de almas. Me atraen las almas de los grandes pecadores. Me abrasa el deseo de librarlas del fuego eterno.

Mi deseo de salvar almas crece de día en día, oh Jesús; se me figura que me dices como a la Samaritana: «Dame de beber». ¡Qué maravilloso trueque de amor! Yo les doy a las almas tu sangre, a ti te ofrezco estas mismas almas refrescadas con tu rocío divino, y de este modo me parece quitarte la sed; y cuanto más te doy de beber, tanto más crece la sed de mi pobrecita alma. Y tú me das a mí esta sed ardiente como la más deliciosa bebida de tu amor. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos autobiográficos** A, V, 3.5).

340. SENTIR CON LA IGLESIA

«Señor, que sirva yo a la Iglesia, tu esposa amada, por la que te diste a ti mismo» (Ef 5, 25).

1. — «La Iglesia ha nacido con este fin: Propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo místico, dirigida a este fin, recibe el nombre de apostolado, el cual la Iglesia lo ejerce por obra de todos sus miembros, aunque de diversas maneras» (AA 2). El sentir con Cristo no sería perfecto si no condujese a sentir con la Iglesia. La sintonía de vida, de amor y de acción con Cristo exige e incluye una sintonía semejante con la Iglesia, porque en la Iglesia se encarna y prolonga a través de los siglos la obra salvadora de Cristo. A ella, que es su esposa, ha confiado Jesús en la persona de Pedro, constituido cabeza visible del Cuerpo místico, su rebaño: «Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas... Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17); a ella en la persona de los apóstoles, le ha confiado el mandato: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 16); además la ha hecho depositaria de los sacramentos: «Haced discípulos de todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19) y custodia de su ley: «enseñadles a guardar todo lo que yo os he mandado» (ib 20). A la Iglesia, en fin, le ha prometido Cristo su asistencia continua: «sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (ib) y la fuerza del Espíritu Santo: «sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo"» (Jn 20, 22).

La Iglesia, fiel al mandato recibido, no cesa de trabajar por la gloria de Dios y por la difusión del Reino, procurando que la salvación realizada por Cristo, su Esposo, llegue a todos los hombres. La Iglesia cumple esta misión por medio de sus hijos, los cuales son apóstoles de hecho sólo cuando actúan en perfecta armonía con él, compartiendo sus urgencias, sus fatigas y su ideal. Sólo la Iglesia, en efecto, es «sacramento, o sea signo de instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1) y, por ello, de la salvación.

2.— «La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos» (LG 5). La Iglesia es por su naturaleza misionera y apostólica; no existe por otro motivo sino para continuar la misión redentora de Cristo su Fundador y Esposo. Sentir con la Iglesia significa participar en su espíritu apostólico, en su celo por la extensión del Reino y también, según las posibilidades de cada cual, en su actividad por la salvación de los hombres. A medida que el cristiano vive en sintonía con la Iglesia, se introduce en el misterio de la salvación y se hace un colaborador activo, no ya despreocupado, sino profundamente comprometido por la suerte de la Iglesia su Madre y de los hombres sus hermanos.

Sentir con la Iglesia significa ponerse a su disposición para secundar sus iniciativas y trabajar con sus métodos que son los de Jesús mismo: «caridad, humildad y abnegación». La caridad exige ante todo «la unión con quienes el Espíritu Santo ha puesto para regir su Iglesia»; es éste «un elemento esencial del apostolado cristiano» (AA 23), indispensable a todos: sacerdotes y laicos, religiosos o consagrados en el mundo. No puede haber caridad con los hermanos ni apostolado auténtico, si antes no hay caridad y, por lo tanto, unión y entendimiento profundo con quien tiene el encargo de apacentar la grey del Señor. La caridad, por tanto, supone humildad, la cual se expresa en una dependencia filial de la Iglesia. En este sentido exhorta el Concilio «a todos los fieles» a aceptar «con prontitud de obediencia cristiana aquello que los pastores sagrados, en cuanto representantes de Cristo, establecen en la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo», hecho obediente hasta la muerte (LG 37). De ahí la necesidad de la abnegación, que es fundamentalmente renuncia a sí mismo y que mueve al cristiano a sacrificarse con generosidad por los fines del apostolado. La Iglesia invita a todos los fieles a extender por todo el mundo el reino de Dios y preparar los caminos a su venida, «caminando por el estrecho sendero de la cruz» (AG 1).

En medio de las olas embravecidas tu Iglesia, oh Señor, fundada sobre la roca de los Apóstoles permanece firme y continúa resistiendo sobre su fundamento inmovible los asaltos furiosos del mar. Es batida por las olas, pero no hundida; los elementos agitados del mundo la asaltan frecuentemente con gran fragor, pero es, para los que sufren, puerto seguro de salvación.

Y si es sacudida en el mar, la Iglesia corre sobre los ríos... Son los ríos que brotan del seno del que se ha saciado en ti, oh Cristo, y ha recibido el Espíritu... Hay también un río que se derrama en los hombres de Dios como un torrente... Quien recibe su abundancia, como Juan el Evangelista, o como Pedro y Pablo, levanta su voz; y como los Apóstoles con su predicación difundieron la palabra del Evangelio hasta los confines de la tierra, él también comienza a predicarte, Señor Jesús.

Oh Cristo, haz que tus ministros recojan tu agua..., que llenen de esa agua su espíritu, para que quede regada su tierra, vivificada por la misma fuente... El que está ya colmado, puede luego regar a los otros. Que su palabra fluya, pues,

abundante, pura y transparente. Así harán llegar a los oídos de tu pueblo una enseñanza espiritual llena de dulzura. (S. AMBROSIO, **Cartas** 2, 1-2. 4-5).

Gloria a ti, Iglesia de Cristo, ciudad santa, Jerusalén nueva, que bajas del cielo hasta nosotros como esposa que es objeto de las complacencias de su esposo. Oímos tu voz potente repetirnos esta palabra celestial: «Dios viene a poner su morada entre los hombres, morará con ellos y ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos». Cristo es la plenitud de Dios, y tú, Iglesia santa, eres la plenitud de Cristo: Cristo nos revela a Dios, y tú nos revelas a Cristo. Cristo nos da a Dios, y tú nos das a Cristo. Cristo sube al seno del Padre, y tú, incorporada a Cristo, unida a él mediante su Espíritu Santo, subes junto con él.

¡Qué grandiosa unidad! ¡Qué maravillosa santidad!... ¡Oh Iglesia, tú eres el cumplimiento de Cristo, y con Cristo eres la plenitud de Dios! (D. MERCIER, **La vida interior**, 6).

341. EL QUE PERMANECE EN MI DA MUCHO FRUTO

«Señor, que permanezca yo en ti y dé mucho fruto para tu gloria» (Jn 15, 5).

1.— Tratando de la santidad universal a la que están llamados todos los fieles, el Vaticano II la presenta constantemente en su conjunto de santidad personal y, al mismo tiempo, apostólica. «En el logro de esta perfección [de la caridad] empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen..., se entreguen con toda su alma a la gloria del Padre y al servicio del prójimo» (LG 40). Conformarse a Jesús, vivir según sus ejemplos es el aspecto personal de la santidad, del cual brota inmediatamente el apostólico: consagrarse con toda el alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Estos aspectos no deben, con todo, ser considerados como dos realidades distintas y como sobrepuestas, sino íntimamente unidas e indivisibles formando una única realidad: la santidad cristiana.

El cristiano es santo por participar de la única santidad de Dios, que es amor. El amor en Dios es siempre comunión, no sólo en su vida íntima, sino también en sus relaciones con las criaturas. Dios manifiesta y comunica su amor a los hombres dándoles parte en su vida e invitándolos la comunión con él. A medida que el cristiano se abre a la efusión del amor divino y vive en comunión con Dios, queda envuelto en el dinamismo de ese amor y, por tanto, es movido a transmitirlo a los hermanos, para que también ellos estén «en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3). La caridad cristiana es por su naturaleza expansiva y apostólica, porque es el rebosar del amor de Dios en el hombre, amor esencialmente comunicativo y que termina en la comunión. Síguese de ahí que la santidad cristiana o es apostólica o no es de ningún modo santidad, porque el impulso de la caridad de que procede, no puede ser coartado ni partido. Dicho impulso lleva a la comunión con Dios y con los hermanos, a la entrega a Dios y a los hermanos,

reproduciendo el mismo movimiento que tiene en Dios y en Jesús, Verbo encarnado: amor para gloria de Dios y para salvación de los hombres.

2.— Repetidas veces afirma el Vaticano II que «la caridad hacia Dios y hacia los hombres... es el alma de todo apostolado» (LG 33; AA 3) y que «todo ejercicio de apostolado tiene su origen y su fuerza en la caridad» (AA 8). A medida que crece el cristiano en la caridad, se convierte en apóstol. En la base de todo apostolado está, pues, el ejercicio y el desarrollo de una caridad cada vez más plena y fervorosa. Esta hay que sacarla de su fuente: Dios, el cual la comunica a los hombres a través de la mediación de Cristo. He ahí por qué la comunión con Dios y con Jesús es premisa de todo apostolado. «El que permanece en mí como yo en él, ése lleva mucho fruto» (Jn 15, 5). Permanecer en Cristo mediante el amor es la ley de la santidad cristiana y, por ende, también de la fecundidad apostólica.

No se trata de amor-sentimiento, sino de amor-voluntad: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (ib 10). En la enseñanza y el ejemplo de Jesús está indicado el camino del amor verdadero y de la comunión auténtica con Dios: buscar y querer en todo lo que Dios quiere. Este amor y esta comunión se alimentan e intensifican luego mediante la vida sacramental, la oración, la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, la negación de sí mismo, el servicio activo a los hermanos y el ejercicio de todas las virtudes (LG 42). En otros términos, la caridad crece y fructifica mediante el ejercicio de la vida cristiana integral, ante todo en su aspecto interior de relación personal, de comunión con Dios, de disposición íntima a la virtud, y luego en su aspecto externo de comunión con los hermanos, actuada en el cuadro y en la práctica de las virtudes cristianas. Decir que la caridad es el alma del apostolado es afirmar la necesidad de la comunión con Dios, de la que la caridad nace y se alimenta. La fecundidad apostólica del cristiano no depende tanto de su actividad externa cuanto del fervor interno de la caridad y de la profundidad de la comunión con Dios. Por eso S. Juan dé la Cruz puede decir que una sola obra buena hecha con amor intenso, es más eficaz para la Iglesia y consigue mayor fruto que otras muchas hechas con menor fervor o tibiamente (C 28, 3).

Puesto que tú, Señor, moras en nuestras almas, tu oración es nuestra oración y yo quisiera estar en íntima unión contigo, permaneciendo constantemente a tu lado como un pequeño vaso junto a la fuente de la vida, para poderla comunicar inmediatamente a las almas, dejando desbordar esas olas de caridad infinita. «Por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad». ¡Oh Maestro adorado, quiero hacer mías estas tus palabras! Sí, quiero consagrarme, santificarme por las almas, y pues somos todos miembros de un solo cuerpo, en la medida que posea tu vida divina, podré comunicarla y difundirla en el gran organismo de la Iglesia. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **Cartas**, 194).

«Atráeme, correremos tras el olor de tus perfumes». ¡Oh, Jesús! Luego no es necesario decir: «Atrayéndome a mí, atrae también a las almas que amo». Esta sola palabra: «Atráeme» basta. Lo comprendo, Señor. Cuando un alma se ha dejado cautivar por el olor embriagador de tus perfumes, no puede correr sola: todas las almas que ama son atraídas en pos de ella. Y esto se cumple sin violencia, sin esfuerzo, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Así como un torrente que se lanza con impetuosidad al océano arrastra consigo todo lo que encuentra a su paso, del mismo modo, ¡oh Jesús!, el alma que se abisma en el océano sin riberas de tu amor, lleva tras sí todos los tesoros que posee. Señor, sabes que mis únicos tesoros son las almas que te has dignado unir a la mía. Estos tesoros me los has confiado tú...

«Atráeme, Señor, correremos»... ¡Oh, Jesús! Te pido que me atraigas a las llamas de tu amor, que me unas tan estrechamente a ti, que seas tú quien vivas y obres en mí. Creo que cuanto más me abrase el corazón el fuego del amor, con tanta mayor fuerza diré: «Atráeme»: y cuanto más se acerquen las almas a mí..., con tanta mayor ligereza correrán esas almas al olor de tus perfumes. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Manuscritos autobiográficos** A, X, 36-37. 40).

342. DOMINGO XXIX «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«¡Tú eres el Señor! Fuera de ti no hay otro Dios» (Is 45, 6).

Ningún suceso de la historia escapa a la providencia de Dios. Los mismos gobernantes, aunque no lo sepan, son instrumentos de que Dios se sirve para realizar sus planes de salvación. La primera lectura del día (Is 45, 1. 4-6) presenta un ejemplo típico de ello en Ciro, el fundador del imperio persa, que fue en manos de Dios el liberador del pueblo elegido. «Yo lo llevo de la mano», dice de él el Señor (ib 1). Y de modo más explícito y directo, añade: «Por mi siervo Jacob, por mi escogido Israel, te llamé por tu nombre, te di un título, aunque no me conocías» (ib 4). La historia de los individuos y de los pueblos está en las manos de Dios, el cual la va tejiendo hasta por medio de hombres que no lo conocen y obran con intenciones muy diferentes. Por encima de todo gobierno humano está el gobierno de Dios con el que nadie puede competir: «Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí no hay dios» (ib 5). Ciro, pagano, al ordenar la repatriación de los Judíos de Babilonia y autorizar la reconstrucción del templo de Jerusalén, colaboró, aun sin saberlo, a dar a conocer la omnipotencia del Dios de Israel y a divulgar su culto. Interpretada a la luz de la fe, la historia de cada hombre y de la humanidad entera adquiere su verdadero significado, el que tiene delante de Dios, y que es un significado de salvación.

El Evangelio de hoy (Mt 22, 15-21) reproduce el pensamiento de Jesús acerca de la autoridad política. La ocasión fue ofrecida por la pregunta insidiosa de los fariseos sobre la licitud del tributo al César. El pagar las

contribuciones al imperio romano era considerado por algunos como una limitación del dominio de Dios sobre su pueblo; al paso que rehusar pagarlas podía ser interpretado como rebelión a la autoridad constituida. En consecuencia, cualquiera fuese su respuesta, afirmativa o negativa, Jesús daría pie a una condena. Pero no cae en el garlito, y prescindiendo de cuestiones de licitud o ilicitud, se hace entregar la moneda del tributo. La moneda lleva la imagen e inscripción del César; la respuesta, pues, es obvia: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (ib 21). Estas sencillas palabras acaban con la concepción antigua que consideraba al estado como expresión no sólo de la autoridad política, sino también de la religiosa. Jesús, en cambio, traza una línea divisoria: la autoridad política, aunque derivada de Dios y obligada a respetar sus leyes, tiene un campo propio, el que se refiere al orden y bien público temporal; en este campo ha de ser reconocida, respetada y obedecida. Pero el estado no puede exigir lo que sólo se debe a Dios, o sea la sumisión absoluta. El cristiano debe mantener y defender su libertad de honrar a Dios por encima de toda ley o autoridad política, porque «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (He 5, 29). Al mismo tiempo se ha de convencer de que Dios puede valerse también de las situaciones políticas más adversas y arreligiosas para realizar la historia de la salvación. Hasta las leyes de la Roma pagana sirvieron para el cumplimiento de los designios divinos sobre el nacimiento y la pasión de Jesús, como las condiciones de paz del gran imperio y luego las mismas persecuciones a los cristianos fueron instrumentos valederos para la difusión del Evangelio. Lo importante es que el cristiano, tanto en las circunstancias propicias como en las adversas, se mantenga firme en la fe, sin ceder frente a las hostilidades, seguro de que «en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm 8, 28).

¡Señor, Señor, Rey omnipotente! Todo está sometido a tu poder, y no hay quien pueda resistir tu voluntad, si has decidido salvar a Israel.

Tú hiciste el cielo y la tierra y cuantas maravillas existen bajo el cielo. Eres Señor de todo, y nadie puede oponerse a ti, Señor. (**Ester**, 4, 17 b-c).

Señor, haz que me abandone con toda la fuerza de la voluntad sostenida por la gracia y por el amor, no obstante todas las dudas sugeridas por contrarias apariencias, a tu omnipotencia, a tu sabiduría y a tu amor infinitos. Haz que crea que en este mundo nada escapa a tu providencia, ni en el orden universal ni en el particular; que nada sucede, ni ordinaria ni extraordinariamente, que no esté previsto, querido o permitido, siempre dirigido por ti a tus altos fines, que en este mundo son siempre fines de amor a los hombres. Que yo crea que a veces puedes permitir que, en esta tierra y durante algún tiempo, triunfen el ateísmo y la impiedad, lamentables oscurecimientos del sentido de la justicia, infracciones del derecho, torturas de los hombres inocentes, pacíficos, indefensos y sin apoyo...

Por áspera que pueda parecer tu mano, oh divino Cirujano, cuando con el hierro penetras en las carnes vivas, un activo amor es siempre tu guía e

impulso, y sólo el verdadero bien de los individuos y de los pueblos te hace intervenir tan dolorosamente. Haz, que crea yo, finalmente, que así la dura agudeza de la prueba como el triunfo del mal no durarán, ni siquiera acá abajo, sino un breve tiempo, y no más; pues luego vendrá tu hora, la hora de la misericordia, la hora de la santa alegría, la hora del cántico nuevo de la liberación, de la alegría y del gozo. (PI0 XII, **Discursos y radiomensajes**, 3, p. 143-4. Edición: Madrid - Ediciones Acción Católica Española, 1947).

CICLO B

«Nosotros aguardamos al Señor; él es nuestro auxilio y nuestro escudo» (SI 32, 20).

La Liturgia eucarística es siempre sacrificial, porque es memorial y celebración del Sacrificio de la cruz. Pero este su carácter queda hoy evidenciado especialmente por la Liturgia de la Palabra, centrada enteramente en el misterio de la pasión y muerte de Jesús. La primera lectura (Is 53, 10-11) un anuncio de ella en breves versículos que revelan el plan divino acerca del «Siervo de Yahvé», figura de Cristo. «El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento» (ib 10); tal fue la voluntad de Dios, que quiso entregar a su Unigénito por la salvación del mundo; y tal será la voluntad de Cristo «cuando entregue su vida como expiación» (ib). Ese sacrificio voluntario «justificará a muchos» (ib 11), o sea salvará la multitud de los hombres, salvará a todos los que acepten ser salvados. El precio será su muerte, con la cual expiará «los crímenes de ellos» (ib). En verdad no es una fruslería el pecado, como tampoco el amor de Dios a los hombres una chanza ni una figura literaria, si para redimirlos ha querido Dios que su Hijo muriese en cruz. Muerte que terminó, es cierto, en la gloria de la resurrección, pero sólo pasando por los rigores y las angustias más crueles.

El Evangelio del día (Mc 10, 35-45) deja oír la petición de los hijos de Zebedeo en contraste estridente con el discurso sobre la Pasión, que por tercera vez anuncia Jesús: «Concedéndonos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (ib 37). El hombre intenta siempre evadirse del sufrimiento y asegurarse en cambio, el honor. Pero Jesús lo desengaña; el que quiera tener parte en su gloria deberá beber con él el amargo cáliz del sufrimiento: «¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?» (ib 38). Aunque los dos apóstoles no hayan comprendido aún el misterio de la cruz, responden afirmativamente: «Lo somos» (ib), y su respuesta es una profecía. Un día, en efecto, cuando hayan comprendido ya las profundas exigencias del seguimiento de Cristo, sabrán sufrir y morir por él; mas para hacerlo, habrán debido renunciar a toda pretensión de primacía. En la Iglesia de Cristo no hay lugar para las mezquinas competiciones del orgullo, para los manejos de la ambición, para el afán de triunfo, gloria o preeminencia sobre los otros. El que se deja dominar de tales deseos desordenados, se porta no como cristiano sino como pagano: «Sabéis que los que son reconocidos

como jefes de los gentiles, los gobiernan como señores absolutos —dice Jesús—. Vosotros nada de eso: el que quiera ser grande sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero sea esclavo de todos» (ib 42-43). Si puede haber una competición entre cristianos será por adueñarse del puesto de mayor servicio, pero sin ostentación, procurando no sobresalir sino desaparecer. Jesús da el ejemplo: él «no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar la vida en rescate por todos» (ib 45). Así, pues, a servir llevando la cruz por sí y por los otros, sufriendo para expiar las culpas propias y las ajenas, ofreciéndose junto con Jesús «en rescate por todos».

Para animar a los creyentes a llevar la cruz, S. Pablo (2.ª lectura: Hb 4, 14-16) les recuerda que tienen en Jesús «un Sumo Sacerdote grande», el cual, habiéndose hecho en todo semejante a los hombres, conoce sus debilidades, pues las experimentó «en todo exactamente... menos en el pecado». El, que ora está sentado a la diestra del Padre para interceder por ellos, fue pasible como ellos, agonizó y temió como ellos frente al sufrimiento y a la muerte, y así puede compadecerse de ellos y socorrerlos. «Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente» (ib 16).

¡Oh Señor mío! Cuando pienso por qué de maneras padecisteis y cómo por ninguna lo merecáis, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando me disculpo. Ya sabéis Vos, Bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos sino por las vuestras. Pues ¿qué os va, Señor, más en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que he yo de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mío —ni querría yo lo sufrieseis Vos—, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirad, Señor, que los míos están ciegos y se contentan de muy poco. Dadme Vos luz y haced que con verdad desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a Vos, amándome con tanta fidelidad.

Es el caso que, como somos inclinadas a subir —aunque no subiremos por aquí al cielo—, no ha de haber bajar. ¡Oh Señor, Señor! ¿Sois Vos nuestro dechado y Maestro? Sí, por cierto. ¿Pues en qué estuvo vuestra honra, Honrador nuestro? No la perdisteis, por cierto, en ser humillado hasta la muerte; no, Señor, sino que la ganasteis para todos. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 15, 5; 36, 5).

CICLO C

«El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sl 120, 2).

Los textos escriturísticos de hoy se centran en el tema de la fe, considerada sobre todo como recurso confiado a Dios y seguridad de su intervención.

Tomado del libro del Éxodo (17, 8-13; 1ª lectura) se lee el conocido episodio de la oración de Moisés en el monte, mientras en el valle luchaban los hijos de Israel contra los Amalecitas. «Mientras Moisés tenía en alto la mano (en actitud de súplica), vencía Israel; mientras la tenía bajada, vencía Amalec» (ib 11). Las manos levantadas eran «signo» de la oración elevada a Dios para invocar su auxilio y al mismo tiempo —pues Moisés sostenía «el bastón de Dios» (ib 9) con el que había realizado tantos prodigios— eran una incitación al pueblo a batirse con bravura. Así para impedir que el cansancio hiciese caer los brazos de Moisés, «Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado» (ib 12). Expresión admirable de una fe que esperaba la victoria mucho más del auxilio divino que del valor de los combatientes.

El trozo evangélico refiere la parábola del juez y la viuda (Lc 18, 1-8), propuesta por Jesús para inculcar «a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse» (ib 1). Se trata de un juez que «ni temía a Dios ni le importaban los hombres», y así no se preocupaba de defender la causa de los débiles y oprimidos según prescribía la ley de Dios. Por eso no quiere saber nada de una pobre viuda que recurre a él en demanda de justicia; pero, al fin, cede a sus ruegos únicamente para que ella no le siga fastidiando (ib 5). De este ejemplo parte Jesús para dar a entender que Dios, mucho mejor que el juez injusto, escuchará las súplicas de quien recurre a él con constancia confiada. «Pues Dios ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar» (ib 7-8). La oración continua que Jesús inculca aquí, es sobre todo la oración por el advenimiento del Reino de Dios y por la salvación de los elegidos cuando, en el último día, venga el Hijo del Hombre a juzgar al mundo (cf. trozo precedente: Lc 17, 22-37). Los creyentes deben vivir aguardando ese día y rogar incesantemente para que sea día de salvación. Por parte de Dios la salvación está asegurada porque Cristo ha muerto y resucitado por todo el género humano. Mas por parte de los hombres se precisa una condición: la fe. «Pero cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?» (ib 8). La pregunta con que Jesús concluye la parábola induce a una seria reflexión. La Iglesia atribulada puede estar segura de que su súplica incesante será finalmente oída. Dios hará justicia a sus elegidos, aunque actualmente los deja pasar por persecuciones, angustias y fracasos, como lo permitió para su Elegido, Jesucristo. Pero es necesario que la Iglesia y cada uno de los fieles guarden íntegra la fe y la defiendan de las asechanzas del abatimiento. Cuanto más firme y segura sea la fe que Dios encuentre en ellos, tanto más intervendrá a su favor, como intervino a favor de Israel.

En este contexto la segunda lectura (2 Tm 3, 14-4, 2) suena como una exhortación apasionada a permanecer firmes en la fe a pesar de las teorías contrarias y la desbandada de muchos. «Permanece en lo que has aprendido», escribe Pablo a Timoteo; lo ha aprendido en la Sagrada Escritura, la cual instruye para «la salvación», que se consigue «por la fe en Cristo Jesús» (ib 3, 14-15). El que se mantiene adherido a la Palabra de Dios no vacilará,

estará defendido contra todo asalto y «perfectamente equipado para toda obra buena» (ib 16).

Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el, cielo y la tierra. No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme... El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha... El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre. (**Salmo 120**).

Señor, enséñame a orar incesantemente sin perder un instante. A orar por nosotros, pero más aún por el prójimo, ya que «es mejor dar que recibir». Haz que oremos y supliquemos sin temor de pedir las gracias más elevadas. Cuanto mayores sean nuestras peticiones, más digno de ti será escucharlas; ellas demostrarán nuestra fe, esa fe que tú quieres de nosotros, y serán una sola cosa con tu voluntad, porque tú tienes en el corazón el deseo de la santificación de todo el género humano.

Tú nos enseñas a pedir... tu gloria, la conversión de los hombres y la nuestra, el cumplimiento perfecto de tu voluntad en nosotros y en todos los hombres, el perdón de los pecados nuestros y ajenos, el auxilio contra las tentaciones, la liberación de todo pecado, de todo verdadero mal en esta vida y en la otra... Esto, Señor, es lo que quieres que pidamos, y esto nos lo concederás siempre, si te lo pedimos con fe. (C. DE FOUCAULD, **La plegaria del pobre**).

343. EL APOSTOL AMIGO DE DIOS

«Señor, que no nos llamas siervos sino amigos, haz que permanezca yo en tu amor» (Jn 15, 15.9).

1.— El apostolado consiste sobre todo en «manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres» (AG 10), esa caridad con que nos amó Dios y con que quiere que también nosotros nos amemos mutuamente (ib 12). El compromiso aceptado de testimoniar la caridad y difundirla en el mundo confirma la necesidad de que el apóstol se surta de ella en su comunión con Dios.

Jesús antes de lanzar a sus discípulos a la conquista del mundo, les hizo vivir como amigos en su intimidad, les dio a conocer al Padre, les reveló su amor y sobre todo se lo comunicó. «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros» (Jn 15, 9); «os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer», y añadió a modo de conclusión: «os he destinado a que vayáis y deis fruto» (ib 16). El cristiano es apóstol en la medida que es amigo de Dios y vive esa amistad tanto en las relaciones con él como en las relaciones con el prójimo, así en la oración como en la acción. La oración lo pone a la escucha a los pies del Señor para acoger su palabra y penetrar su sentido profundo, para reavivar el amor y robustecer la amistad, y, en fin, para impetrar las gracias necesarias a él y a los hermanos. La acción le permite traducir en obras concretas la luz, la gracia y el amor

obtenidos en la intimidad con Dios poniéndose al servicio del prójimo según la voluntad divina. Así mientras la oración dispone al apóstol para una actividad más generosa y fecunda, por estar más penetrada de caridad, el apostolado que es ejercicio de esa misma caridad, aumenta a su vez el fervor interior y, evidenciando la necesidad urgente de la intervención divina, lleva a una oración y una unión con Dios más profundas. De este modo oración y acción, comunión con Dios y apostolado no se contraponen, no engendran dualismo, sino que se integran mutuamente y se desarrollan paralelamente, porque son ambas expresión de la amistad con Dios, la cual exige tanto el fervor interno como la actividad externa de la caridad. Es lo que dijo Jesús: «el que permanece en mí», por el fervor interno del amor, «ése da mucho fruto» (Jn 15, 5), los frutos del apostolado.

2.— El apostolado cristiano no consiste en simple actividad exterior, ni se agota en las obras, por grandiosas y benéficas que sean. Tal vez nadie lo ha afirmado tan enérgicamente como S. Pablo: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retíñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia..., si no tengo caridad nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes..., si no tengo amor, nada me aprovecha» (1 Cr 13, 1-3). El Apóstol advierte la posibilidad de realizar grandes obras, pero que de nada sirven desde el punto de vista sobrenatural, porque no están animadas por la caridad. Si en el plano humano pueden despertar admiración y tener éxito, no son capaces de comunicar caridad porque no son fruto de ella. Sobre este activismo, en el que pueden caer también los apóstoles, dice S. Juan de la Cruz que «todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño» (C 29, 3).

Sólo el amor de Dios forja al apóstol auténtico y, por ello, fecundo. Por eso S. Pablo, mientras presenta las verdaderas características de la caridad — «es paciente, es servicial..., no es egoísta, no se irrita, no toma en cuenta el mal..., todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cr 13, 4-7)—, presenta también su modelo supremo e invita a imitarlo: «...vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (Ef 5, 2). De nuevo aparece aquí el cristiano hecho apóstol, capaz de difundir la caridad de Cristo porque vive en ella, y no de modo abstracto sino concreto, tan concreto que se esfuerza en imitar el amor de Jesús mismo, el cual se consagró totalmente a la gloria del Padre, entregándose en sacrificio, y al mismo tiempo a la salvación de los hombres consumando su oblación para darles la vida.

Señor, enséñame a trabajar en la fe pura, sin consuelo, si ocurre, y a poseer mi alma en la paciencia. Haz que no me canse de plantar, de regar y de esperar a que tú des el crecimiento; si salvo una sola alma, las fatigas de toda mi vida estarán bien empleadas...

Oh Dios, tú eres rico para con todos los que te invocan. Tú nos recomiendas orar, para que no perdamos, por falta de oración, los bienes que nos preparas.

Prometes, invitas, nos ruegas —por decirlo así— que te roguemos. Es verdad que para apacentar una grey grande, se necesita un gran amor... Pero tú que nos pides un amor tan valeroso y paciente, eres justamente el que lo das. Me dices: Ven, date prisa, cómpralo de balde. Se compra el amor con el simple deseo: queda sin él sólo el que no lo quiere.

Oh bien infinito, basta quererte, para entrar en posesión de ti... Tú eres el tesoro del corazón pobre, que apagas todo deseo y llenas todo vacío. Oh amor, lo das todo y te das a ti mismo a quienquiera que te abra su corazón. Pero... sólo la gracia puede darme amor, y la gracia no se obtiene si no se la invoca en la oración.

Por tanto, tú quieres que yo ore incesantemente, Señor. Si todo fiel debe orar así, ¿qué no deberá hacer el pastor? Me has constituido mediador entre el cielo y la tierra: debo orar para ayudar a los que oran, uniendo mis plegarias a las suyas; y debo orar por los que no oran nunca. Deseo hablarte, oh Dios, en favor de aquellos a quienes no osaría hablarles de ti, al verlos endurecidos y agresivos contra la virtud. Que sea yo como tu amigo Moisés. Subiré a la montaña, lejos de la multitud, a conversar familiarmente contigo cara a cara (Ex 33, 11); luego, aureolado de gloria invisible que ese encuentro inefable haya puesto en mi rostro, volveré a mi pueblo. (F. FENELON, *Oeuvres*, v 17, p. 165-7).

344. DIVERSIDAD DE FUNCIÓN

«Señor, que te siga y te sirva según la vocación y la gracia que me has dado» (Rm 12, 6).

1.— «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios» (LG 41). La santidad es única para todos los cristianos, porque único es su contenido esencial, la caridad. La caridad es de por sí operativa y tiene un dinamismo interior que no puede faltar en ninguna vida espiritual: celo de la gloria de Dios y de la salvación de los hombres, oración y anhelo de unión con Dios y deseo de comunión con los hermanos para congregarlos a todos en el único Pueblo de Dios. En proporción a la intensidad de ese dinamismo interior, la vida espiritual del cristiano será más o menos intensa y dígame otro tanto de su fecundidad apostólica. Esto se verifica en cualquier estado de vida. Pero las cosas cambian cuando se refieren al dinamismo externo de la caridad, que puede manifestarse, y en realidad se manifiesta, de modos diferentes, según «los múltiples géneros de vida y ocupaciones» de cada uno.

Formamos un solo cuerpo, dice S. Pablo, que se realiza y crece en la única caridad de Cristo (Ef 4, 16); sin embargo, «no desempeñan todos los miembros la misma función», porque tenemos «dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada» (Rm 12, 4.6). De este modo, aunque todos tenemos la misma vocación cristiana que de por sí es apostólica, cada uno la lleva a la práctica de un modo particular, determinado por su vocación

personal, por la gracia y por los dones recibidos. El apostolado de los laicos no es, en su forma de actividad externa, igual al de los religiosos, ni el de los padres o las madres de familia idéntico al de los sacerdotes. En todos, sin embargo, hay y debe haber un elemento común: el dinamismo interior de la caridad. Todos sin distinción deben poseerlo y acrecentarlo. La única diferencia será la impuesta no por la vocación, sino por el fervor personal de cada uno. «He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!» (Lc 12, 49). ¡Ojalá encuentre Jesús en cada apóstol el fuego vivo y llameante de la caridad!

2.— El Vaticano II esboza las características fundamentales de la actividad apostólica de las diferentes categorías de cristianos. Los sacerdotes «están destinados principal y expresamente al sagrado ministerio» (LG 31); y «en el ejercicio mismo de la actividad pastoral» deben representar y expresar la caridad del buen Pastor, dedicándose generosamente al cuidado del rebaño que les ha sido confiado (PO 14). Los laicos, en cambio, tienen el encargo «de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios»; pues «viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes u ocupaciones del mundo», están llamados para que «contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento» (LG 31). Entre los laicos la actividad apostólica asumirá diferentes formas según las responsabilidades familiares y sociales y según la profesión de cada uno. En fin, «los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas» (ib). Su apostolado consiste sobre todo en un testimonio auténtico de vida evangélica, de modo que sean para todos los creyentes «signo» de la trascendencia de Dios y de la primacía absoluta de las realidades y de los bienes eternos. Y aunque todos realicen su vocación encarnando del modo más fiel posible el misterio de Cristo y llevando «el género de vida que el Hijo de Dios tomó» sobre la tierra (LG 44), cada familia religiosa lo hace de una manera especial, según su propio carisma. Así los religiosos «muestran a Cristo» ante el mundo «ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el Reino de Dios a las multitudes, o curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo bien a todos» (ib 46). La actividad apostólica de los consagrados se diversifica conforme al tipo de instituto a que pertenecen: contemplativo o activo, dado a la predicación o a la enseñanza, a las misiones o al cuidado de los enfermos. Mas para todos —sacerdotes, religiosos o laicos —el camino mejor, para la santificación personal y para la fecundidad apostólica, es el indicado por la voluntad de Dios, el cual distribuye las vocaciones y los dones según su beneplácito.

Oh Padre eterno, préstame tu poder para que... yo pueda entrar doquiera, pues si yo tuviese la gracia de poder entrar en los corazones, tanto haría que la caridad penetraría en ellos. Oh eterno Padre... haz que al menos algún alma

obtenga esa caridad, con la que se tienen todos los bienes y sin la que no se puede tener ningún bien que lo sea de veras.

¡Oh, si yo pudiese dar la vida y gastarme para que alguien obtuviese esa caridad, qué a gusto lo haría! Infunde, Padre, infunde tu Espíritu [en los corazones]. Pero es necesario que ellos estén dispuestos a recibirlo. Dispónlos tú, oh Verbo, con el amor con que derramaste tu sangre. Oh Padre eterno, te ofrezco tu Verbo y todo lo que hay en él y su sangre por todas las criaturas. Oh Padre eterno, infunde esta caridad, infúndela, te lo ruego... Oh Padre, cumple tu Verdad. Saber que ella dijo: «He venido a poner fuego en la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?»...

Tanto me haces desear, Señor, esta caridad en las criaturas, que todos los que no quieren recibir la infusión de la sangre de tu Verbo, por la que se harían aptos para recibir en sí la caridad, me son tantos infiernos cuantas criaturas. (STA. M. MAGDALENA DE PZZIS, **I colloqui**, Op. v 3, p. 207-8 210).

Sed Vos, Bien mío, servido venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo. Ordenad Vos, Señor, como fuereis servido, cómo esta vuestra sierva os sirva en algo... Fortaleced Vos mi alma y disponedla primero, Bien de todos los bienes y Jesús mío, y ordenad luego modos cómo haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada. Cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está toda mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra.

Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas, llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 21, 5).

345. ORACION APOSTOLICA

«Si tú, Señor, no construyes la casa, en vano se cansan los albañiles» (SI 126, 1).

1.— Cuando el Vaticano II dice que hay religiosos con la misión de prolongar en su vida la actitud de Cristo entregado a la contemplación en el monte (LG 46), afirma el valor apostólico de la vocación contemplativa. Jesús, que «se retiraba a los lugares solitarios donde oraba», pasando «la noche orando a Dios» (Lc 5, 16; 6, 12), atestiguaba así a sus discípulos la presencia viva del Padre, el deber de la adoración y la necesidad de la plegaria, y al mismo tiempo encendía en sus corazones el deseo de imitarlo, de modo que un día ellos le dijeron: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1). De la misma manera los contemplativos, con su vida dedicada enteramente al culto divino, gritan al mundo que Dios existe y que a él le pertenece la primacía del amor y la sumisión, atestiguan que es posible entrar en relación y amistad personal con él, recuerdan la necesidad de la oración, despiertan en los corazones la fe y la esperanza en los bienes eternos y avivan la llama del

amor de Dios. En una sociedad sumergida en un materialismo craso, su testimonio está proclamando que es inútil construir la ciudad terrena si no se reserva en ella a Dios el primer puesto. Y todo esto constituye por sí solo una forma de apostolado muy válido, aunque carezca de actividades externas. La ausencia de éstas no es por egoísmo, pereza o descuido de las necesidades de los hermanos, sino por entrega total al dinamismo interior de la caridad: oración, ofrecimiento y don íntimo de sí, para dar a Dios el máximo honor y al mismo tiempo aprovechar más eficazmente a la salvación de los hombres. Por eso, aun atravesando una época en que es insuficiente el número de los que se dedican al apostolado activo, la Iglesia no sólo reconoce la legitimidad de los institutos «consagrados enteramente a la contemplación», sino que afirma y ensalza su eficacia apostólica. Tales institutos «mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo..., por mucho que urja la necesidad del apostolado activo. Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanzas, ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica» (PC 7).

2.— La «misteriosa fecundidad apostólica» de los contemplativos depende exclusivamente del fervor íntimo de su caridad, expresada «en asidua oración y generosa penitencia» (PC 7). Mas igual que a los activos no les basta enseñar el catecismo o cuidar a los enfermos para que lo que hacen sea un verdadero apostolado, del mismo modo no les basta a los contemplativos darse a la oración, vivir en la soledad y silencio y hacer ejercicios penitenciales, si todo esto no está animado por un amor intenso. Y aun precisamente porque no están empeñados en obras exteriores, están más obligados que los otros a progresar sin tregua en la caridad, ya que es ésa la única fuerza de su apostolado. Pero cuando su oración brota de un corazón lleno de amor —y sólo así podrá llegar a ser contemplación, o sea conocimiento amoroso de Dios, suspensión en Dios— entonces puede realmente convertirse en sostén o palanca del mundo, y verdadero manantial de gracias para todo el pueblo de Dios.

Cuando los Apóstoles se maravillaban de no haber conseguido librar a un endemoniado, Jesús les respondió: «Esta clase [de demonios] con nada puede ser arrojada sino con la oración» (Mc 9, 29). Ciertas gracias de conversión y de salvación eterna sólo se obtienen con la oración, porque la gracia sólo de Dios viene y él no la niega cuando se la imploran corazones que tienen con él profunda amistad. En este sentido Teresa de Jesús no cesa de espolear a sus hijas a ser «amigas fieles» del Señor Y a «ser tales» que puedan obtener grandes gracias para toda la Iglesia y particularmente para los que están entregados a obras apostólicas (C 1, 2; 3, 5). La actividad de los apóstoles, que con frecuencia no les deja apenas tiempo para la oración, necesita ser sostenida, fecundada y también equilibrada por la oración incesante y amorosa de los contemplativos, de modo que en el Cuerpo místico de Cristo no se origine desproporción entre las obras externas y el amor que

debe vivificarlas, entre la acción y la contemplación. La vocación de los contemplativos «es el amor» —escribe Teresa de Lisieux—; ellos se mantienen «cerquita del trono del Rey; aman por sus hermanos que luchan» (MA A, XI, 18).

¡Oh Jesús!, ¿qué puedo hacer yo para salvar las almas? Un pasaje del Evangelio me da viva luz, cuando decías a tus discípulos, mostrándoles los campos de mieses maduras: «Levantad los ojos y ved cómo los campos están ya lo bastante blancos para ser segados... En verdad, la mies es abundante, pero el número de los obreros es reducido. Pedid, pues, al dueño de la mies que envíe obreros». ¡Qué misterio! ¡Oh Jesús!, ¿no eres omnipotente? ¿No son las criaturas de quien las ha hecho? ¿Por qué, pues, me dices: «Rogad al dueño de la mies que envíe obreros...?» ¿Por qué? ¡Ah! Es que tú, oh Jesús, sientes por nosotras un amor tan incomprensible que quieres que tengamos parte contigo en la salvación de las almas. No quieres hacer nada sin nosotras. Tú que eres Creador del universo, esperas la oración de una pobrecita alma para salvar a las demás almas, redimidas, como ella, al precio de toda tu sangre.

Mi vocación no es ir a segar en los campos de las mieses maduras. No me dices: «Baja los ojos, mira los campos y ve a segar». Mi misión es más sublime aún. He aquí tus palabras, oh Jesús: «Levanta los ojos y ve...». Ve cómo en mi cielo hay sitios vacíos; te toca a ti llenarlos... Tú eres mi Moisés orando sobre la montaña. Pídemme obreros, y yo los enviaré. No espero más que una oración, un suspiro de tu corazón... Mi misión como Carmelita es la de formar obreros evangélicos que salven millones de almas, cuya madre seré yo. (STA. TERESA DEL NIÑO JESUS, **Cartas**, 114).

Mientras más el tiempo va adelante, Señor, son muy más crecidos [los deseos] de ser alguna parte para bien de algún alma; y muchas veces me parece como quien tiene un tesoro guardado y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle...

Quedo tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no quepo en mí... Clamo a Vos, Señor, suplicándoos deis medio cómo yo pueda algo para ganar algún alma para vuestro servicio, y que pueda mi oración algo, ya que no soy para más. He yo gran envidia a los que pueden por amor vuestro emplearse en esto, aunque pasen mil muertes..., por ser ésta la inclinación que Vos, Señor, me habéis dado, pareciéndome que preciáis más un alma que por nuestra industria y oración os ganásemos, mediante vuestra misericordia, que todos los servicios que os podamos hacer. (STA. TERESA DE JESUS, **Fundaciones**, 1, 6-7).

346. HOSTIA VIVA Y SANTA

«Señor, que pueda yo completar en mi carne lo que falta a tus tribulaciones en favor de tu Cuerpo, que es la Iglesia» (CI 1, 24).

1. —Jesús durante toda su vida terrena —sea la escondida en Nazaret sea la de su ministerio entre las muchedumbres— fue siempre el apóstol, el «enviado» del Padre. Todas sus acciones tenían un valor apostólico, sin embargo, salvó a los hombres sobre todo «mediante la sangre de su cruz..., por medio de la muerte en su cuerpo de carne» (CI 1, 20.22). Sólo entonces completó Cristo su misión, y así dijo: «Todo está cumplido» (Jn 19, 30). Contemplando este misterio comprende S. Pablo que para ser apóstoles no basta participar en las fatigas pastorales de Cristo, sino que es necesario compartir su inmolación redentora: «completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (CI 1, 24). Este deber incumbe a todo miembro del Cuerpo místico que quiera aprovechar el bien de las almas; pero constituye de un modo más intenso y singular, junto con la oración, el apostolado específico de los contemplativos. «En realidad, el Divino Salvador redimió a la humanidad, esclava del pecado y oprimida por él, especialmente con la oración encendida al Padre y con la inmolación de sí mismo. Por eso, todo el que quiere imitar ese aspecto totalmente interior de la misión salvífica de Cristo, ejerce un apostolado auténtico, aunque no haga ninguna actividad apostólica exterior» (Juan XXIII, *Causa praeclara*, 16.VII.1962). Es la consigna de vida de los institutos dados a la contemplación, los cuales, al entregarse a una «asidua oración», la acompañan con «generosa penitencia», haciendo una y otra como prolongación de la oración e inmolación de Cristo. De ese modo «ofrecen... a Dios un eximio sacrificio de alabanzas» (PC 7): «sacrificio» por la penitencia continua, «alabanza» por la oración incesante. Y como en Cristo la misma oración se convierte en oblación sacrifica! —especialmente en la agonía del Getsemaní y en la muerte de cruz—, así la oración de los contemplativos llega a ser sacrificio por el ofrecimiento pleno de sí a la voluntad del Padre para la salvación de los hermanos.

2.— Jesús «modelo supremo de penitentes», ha querido padecer y «sufrir la pena por los pecados, no suyos sino de los otros» (Pablo VI, *Paen.* 5); siguiendo su ejemplo, se consagran los contemplativos a la expiación llamada vicaria, la cual efectúan por una vida de penitencia, para reparar los pecados del mundo y obtener misericordia para todos los pecadores. Este es el motivo profundo de sus austeridades. Ante todo, la austeridad de la penitencia interior, que consiste en la conversión del corazón, practicada mediante una asidua negación de sí hasta transformar todo el ser y el obrar, de modo que «ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cr 5, 15). Esta penitencia espiritual se completa con la física, abrazada voluntariamente para hacerse más semejantes a Cristo, el cual quiso padecer no sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo, y para

poder ofrecer al Padre el sacrificio total de sí. «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Rm 12, 1). La exhortación de S. Pablo sintetiza el programa de la vida contemplativa: acto incesante de culto a Dios, en el cual el sacrificio está constituido por la oblación viva de la criatura que se inmola en una oración continua entramada de sufrimiento. Mientras la oración aviva cada vez más el deseo de participar en la oblación de Cristo, la penitencia misma da nuevo impulso a la oración y la hace más verdadera. De este modo los contemplativos suplen el abandono de tantos en su deber de hacer penitencia, y responden con generosidad a las llamadas apremiantes de la Iglesia, la cual exhorta a la penitencia sobre todo a los que se proponen «seguir más de cerca el anonadamiento del Señor» (Pablo VI, *Paen.* 10; cf. PC 5). «Los institutos de vida contemplativa —afirma el Concilio— tienen importancia máxima en la conversión de las almas con sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones, porque es Dios quien, por la oración, envía obreros a su mies, abre las almas de los no cristianos para escuchar el Evangelio y fecunda la palabra de la salvación en sus corazones» (AG 40).

Crear que admita [el Señor] a su intimidad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate. Tengo por muy cierto que se los da Dios [a los contemplativos] muy mayores... Que lo primero que hace el Señor, si son flacos, es ponerles ánimo y hacerlos que no teman trabajos...

Su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no le dejar de las manos por peligros en que se vean, ni que vean en él flaqueza en padecer. Para eso le dan tan honroso oficio. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 18, 2.5).

¡Cómo se estremece de gozo divino mi corazón al pensar que tú, Señor, te has dignado elegirme para asociarme a tu gran obra de redención y que prolongas en mí los sufrimientos de tu Pasión. La esposa pertenece al Esposo; tú te has posesionado de mí. Quieres, por lo tanto, que sea para ti una «humanidad suplementaria» en la que puedas aún sufrir por la gloria de tu Padre y por las necesidades de la Iglesia (Cf Cartas, 274).

Maestro santo, que el beneplácito divino sea mi alimento, mi pan cotidiano; que me deje inmolar conforme a la voluntad del Padre, siguiendo tu ejemplo, oh Cristo adorado...

Si las decisiones de esa voluntad nos resultan a veces muy dolorosas, podemos ciertamente exclamar contigo: «Padre mío, si es posible, que se aparte de mí este cáliz.. Pero, al instante, debemos añadir: «no se haga como yo quiero, sino como quieras tú». Entonces subiremos también nosotros con serenidad y fortaleza la cuesta de nuestro Calvario en compañía tuya, oh divino Crucificado, cantando interiormente en nuestras almas y elevando al Padre un himno de acción de gracias, ya que quienes recorren este doloroso camino son los que él «conoció y predestinó a ser semejanza de la imagen de su Hijo»

divino, Crucificado por amor. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **El cielo en la tierra**, 3, 1; 8, 2).

347. LOS TRABAJADORES DE LA MIES

«Señor, que pueda servir contigo y dar mi vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45).

1. — «Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban... como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: "...Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies"» (Mt 9, 36-38). Jesús pide a sus discípulos la oración con fin apostólico, pero les pide también la actividad: -Convocando a los Doce..., los envió a proclamar el Reino de Dios» (Lc 9, 1-2).

Al lado de los especializados en la oración debe haber los especializados en la acción; junto a los contemplativos, los activos. Es necesario el gesto de María, que sentada a los pies del Señor escuchaba su palabra» (Lc 10, 39); y es necesario el servicio solícito de Marta que prepara la mesa de la caridad a los hermanos. Uno y otro son servicio al Señor y ambos concurren a un único fin: la llegada del Reino para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo demás en cualquier género de vida, para que coopere efectivamente a la construcción del Reino, se deben encontrar, aunque en proporción y con modalidad diferentes, los elementos esenciales de la vida contemplativa y de la activa. Dice el Vaticano II dirigiéndose a todos los religiosos sin distinción: «Por eso, los miembros de cualquier instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, es menester que junten la contemplación, por la que se unen a Dios de mente y corazón, con el amor apostólico, por el que se esfuerzan en asociarse a la obra de la redención y a la dilatación del Reino de Dios» (PC 5). Permanecer en oración a los pies del Señor alimenta el ardor apostólico y hace fecundas sus obras; cultivar el ideal apostólico impulsa a mayor generosidad preservando de la mediocridad cualquier género de vida. Contemplación y celo apostólico deben sostenerse mutuamente. Esto vale también para los sacerdotes con cura de almas, a los que la Iglesia recomienda alimentar y fomentar «su acción en la abundancia de la contemplación» (LG 41). Y lo mismo inculca a los laicos empeñados en el apostolado: «con el culto público y con la oración, con la penitencia y la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida, con las que se asemejan a Cristo paciente, pueden llegarse a todos los hombres y ayudar a la salvación del mundo entero» (AA 16).

2.— Los obreros evangélicos no se improvisan. Jesús lo ha atestiguado del modo más elocuente con su vida y con su enseñanza. Es un gran misterio el hecho de que, habiendo sido enviado a predicar el Reino de Dios, haya querido dedicar treinta años de su breve existencia terrena a la oración y a la vida silenciosa y escondida en Nazaret, empleando luego sólo tres en el

apostolado directo. Y sin embargo, su trabajo urgía: la predicación del Evangelio, la formación de los Apóstoles, la fundación de la Iglesia. Pero Jesús no tuvo prisa, y antes de iniciar su ministerio estuvo cuarenta días en el desierto en ayuno y en coloquio permanente con el Padre. Algo parecido pasó luego con los Apóstoles. En vez de mandarlos a predicar, los retiene consigo para prepararlos. Los instruye y amonesta, les enseña a orar, a practicar la virtud y a vivir según las exigencias de la misión que les será luego encomendada, y sólo de vez en cuando, para que vayan haciendo la experiencia, les confía alguna misión de apostolado directo. En fin, antes de enviarlos definitivamente a la conquista del mundo, quiere que robustezcan su espíritu alimentándose de su Carne, asistiendo a su Pasión y esperando en oración la venida del Espíritu Santo.

Siguiendo esta línea, quiere la Iglesia que, antes de bajar a trabajar en la mies del Señor, se preparen los Apóstoles no sólo cultural, sino también espiritualmente. Dice el Concilio a propósito de los clérigos: «...aprendan a vivir en trato familiar y asiduo con el Padre por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo... Enséñales a buscar a Cristo en la fiel meditación de la palabra de Dios, en la activa comunicación con los sacrosantos misterios de la Iglesia, sobre todo en la Eucaristía y el Oficio divino... Aprendan los alumnos... a vivir según la forma del Evangelio; a cimentarse en la fe, la esperanza y la caridad, para alcanzar, con la práctica de estas virtudes, el espíritu de oración» (OT 8). Sin una formación espiritual sería ningún apóstol, sea sacerdote, religioso o laico, podrá desarrollar un apostolado eficaz.

Señor, quiero darte a las almas y las almas a ti. Para mí, pobre y miserable instrumento, el trabajo, la renuncia y el gozo de la unión contigo, oh amado Maestro... Haz que sepa yo ver cada vez mejor los lazos íntimos que hay entre apostolado, sacrificio y oración... Mediante la oración y la mortificación, quiero tender a la unión contigo en la vida interior del alma; mediante el apostolado penetrado de oración y mortificación quiero tender a la unión contigo en las obras externas. Haz que nunca pierda de vista la meta: la unión gozosa, si tú, oh Dios... me la concedes, la unión dolorosa, si a ti te place, Señor. Pero de cualquier modo, siempre unión e intimidad contigo dentro de mí y fuera de mí a través de las almas. (G. CANOVAL, **Suscipe, Domine**, p. 265).

Haz, Señor, que la oración sea para mí en el ministerio manantial de luz. No tengo sólo que convertir pecadores, sino también dirigir a las almas perfectas por tus caminos; debo anunciar la sabiduría entre los perfectos; debo ser su guía en la oración, para precaverlos de las ilusiones del amor propio. Concédeme, pues, Señor, ser sal de la tierra, luz del mundo, oído que esclarece el cuerpo de tu Iglesia y boca que pronuncia los oráculos de la tradición.

¡Oh, quién me diera ese espíritu de oración que lo puede todo de ti, oh Dios, y que da al pastor lo que le falta para su rebaño!

Es el espíritu de oración el que forma apóstoles nuevos para cambiar la faz de la tierra... La vida del apóstol consiste en orar incesantemente para amarte y para hacerte amar, Dios mío. Haz que yo viva esa vida escondida con Cristo en

ti y gustaré cuán bueno eres, Señor. Entonces seré una columna de tu casa, seré el amor y la delicia de la Iglesia. (F. FENELON, **Oeuvres**, v 17, p. 168).

348. QUE BRILLE VUESTRA LUZ

«Señor, que mi luz brille y alumbré a todos los de la casa» (Mt 5, 15-16).

1. — Hay un apostolado común a todos: sacerdotes, religiosos, laicos, activos y contemplativos, del que podía decir S. Pablo: «Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo» (1 Cr 11, 1). Lo que el mundo pide a los creyentes no es tanto una doctrina abstracta, cuanto el ejemplo de un Evangelio encarnado en lo concreto de cada día, y no sólo en un sector, sino en todos los sectores de la vida. Entre los más graves errores de nuestro tiempo ha sido denunciado «el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos» (GS 43). Esto es ocasión de escándalo y de grave daño para el Evangelio, porque nadie está dispuesto a dar crédito a quien predica una doctrina que no vive y tal vez niega con su conducta. Escándalo y daño tanto más graves cuanto provienen de personas que, por el lugar que ocupan en la Iglesia, están obligadas más especialmente a encarnar el espíritu evangélico. De ellas podría repetirse lo que dijo Jesús de los fariseos: «...no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen» (Mt 23, 3).

El hombre moderno huye de toda forma de fariseísmo, al que hace objeto despiadadamente de sus críticas. De los religiosos, del clero y de los laicos militantes en asociaciones católicas exige ante todo el testimonio de su vida y sólo cuando lo encuentra, acepta el diálogo sobre el Evangelio. El Vaticano II llama con insistencia la atención de todos sus hijos sobre el deber básico indispensable para la cristianización de la sociedad, que cada uno debe cumplir según su propio estado y oficio, sintiéndose responsable de ello como miembro vivo de la Iglesia, la cual aparece ante el mundo como la dibujan sus hijos con su conducta. Todos los fieles «deben tender a la perfección cristiana y, según la condición de cada cual, esforzarse para que la Iglesia, que lleva en su cuerpo la humildad y la mortificación de Jesús, se purifique y se renueve cada día más» y así «la vida católica dé un más fiel y más claro testimonio» del Evangelio (UR 4). Todo fiel, a medida que se aparta con su vida del Evangelio, oscurece y debilita el testimonio de la Iglesia; en cambio, a medida que lo encarna, lo hace más esplendoroso y eficaz.

2.— Jesús enseñó a orar, ayunar y dar limosna en secreto, para que sólo el Padre celestial lo sepa y lo recompense, pero ha enseñado también a obrar de modo que las obras buenas de cada uno sirvan a los demás de aliciente al bien. «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). Si hay que guardarse de la ostentación, hay que guardarse también del respeto humano y de cualquier otro motivo egoísta que se oponga a la

profesión abierta y valerosa de la fe tanto en obras como en palabras. Sólo portándose en toda circunstancia según el Evangelio, puede el cristiano ser apóstol; luz y guía de los hermanos.

Jesús que declaró: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8, 12), ha transmitido esa misión a sus discípulos afirmando: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 14); pero esto se realiza a condición de que estén íntimamente unidos a él, única Luz, y vivan sus enseñanzas con tal plenitud que se conviertan a su vez en luz. El sacerdocio de los fieles, en virtud del cual, por medio del bautismo, son incorporados al Sacerdocio de Cristo, les impone ese deber; por eso el Vaticano II insiste en que los bautizados «den testimonio por doquiera de Cristo» mediante «una vida santa» (LG 10). Les recuerda a los laicos que su profesión de vida integralmente cristiana «adquiere... una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo» (ib 35) y puede, por ello, influir en todos los estratos de la sociedad. A cuantos profesan los consejos evangélicos se les dice que su vida «proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de santidad» (ib 39). Se exhorta a los miembros del clero a que «abunden en todo bien espiritual y sean para todos un que en el decurso de los siglos, con frecuencia en un servicio humilde y oculto, dejaron un preclaro ejemplo vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes de santidad» (ib 41). A todos y a cada uno repite la Iglesia las palabras de Jesús: «Sois la luz del mundo... Brille así vuestra luz».

Oh Jesús, la luz la encendiste tú; pero que siga ardiendo depende ya de nuestro celo, y eso no sólo por motivos de nuestra propia salvación, sino también de la de aquellos que han de ser así conducidos de la mano hacia la verdad. Haz, pues, que llevemos una vida digna de la gracia y de la verdad que hemos recibido.

Tú nos repites: «Brille vuestra luz». Es decir, haya grande virtud, haya fuego abundante, brille una luz indecible. Que llevemos, pues, una vida irreprochable; entonces es como si el hombre se revistiera de la luz misma, y aun brilla tanto más intensamente que ella, que no sólo aparecen sus rayos sobre la tierra, sino que traspasan el cielo mismo. Haz que no demos asidero alguno a la maledicencia, que estemos libres de toda culpa, y seremos los más felices de todos los hombres, y conseguiremos atraer a todos los que quieren alcanzar la salvación; pues, en efecto, es penetrante y eficaz la demostración que dan las obras, y una vida pura es más visible y esplendorosa que la misma luz. Que el poder de nuestro ejemplo consiga iluminar a los hombres y sea capaz de conducirlos a la vida eterna. (Cf. S. JUAN CRISOSTOMO, **Homilías sobre S. Mateo**, 15, 7-9).

Dios omnipotente, suplicamos tu misericordia para que no sólo nos concedas escuchar tu palabra, sino también ponerla en práctica... Destruye en nosotros lo que debe ser destruido y vivifica lo que debe ser vivificado...

Concédenos, oh Dios, creer con el corazón, profesar con la boca y confirmar con las obras tu alianza con nosotros, para que los hombres, viendo nuestras

obras buenas, te glorifiquen a ti, Padre nuestro que estás en el cielo, por Jesucristo nuestro Señor, cuya es la gloria por los siglos de los siglos. (ORIGENES, de **Plegarias de los primeros cristianos**, 52; 53).

349. DOMINGO XXX «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza..., mi libertador» (Sl 17, 2-3).

1. — La Liturgia de la Palabra graba hoy a fuego el gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo. La primera lectura (Ex 22, 20-27) reproduce un grupo de leyes referentes a los deberes para con el prójimo necesitado: forasteros, viudas, huérfanos, pobres, deudores. «No... vejarás al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en Egipto» (ib 20); como si dijese: vosotros que sufristeis las vejaciones de los egipcios, cuidado de no hacer sufrir a los extranjeros que viven entre vosotros. «No explotarás a viudas ni a huérfanos» (ib 21), porque Dios os castigaría con la muerte, «dejando a vuestras mujeres viudas y a vuestros hijos huérfanos» (ib 23). Haciendo un préstamo al pobre, «no serás con él un usurero» (ib 24), y antes que anochezca devolverás el manto que tomaste en prenda.

Dos son los principios que inspiran estas prescripciones: «no hagas a nadie lo que no quieras que te hagan» (Tb 4, 15), y por el contrario: «ama al prójimo como a ti mismo» (Lv 19, 18); y esto no por puro sentimiento humanitario, sino por Dios que tiene cuidado especial de los atribulados, escucha su clamor y es «compasivo» con ellos (Ex 22, 26). También en el Antiguo Testamento se ve el amor al prójimo en su relación con Dios, como respeto a su ley y como reflejo de su amor a los hombres. Pero en el Nuevo todo queda iluminado y perfeccionado por la enseñanza de Jesús, como puede verse en el Evangelio de hoy (Mt 22, 34-40).

Cuando un doctor de la ley le pregunta sobre el mandamiento más importante, el Señor le responde uno tras otro, los mandamientos del amor a Dios y del amor al prójimo. El primero lo toma del Deuteronomio (6, 5): «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza», y el segundo del Levítico (19, 18): «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Se trata, pues, de mandamientos ya conocidos y tenidos al menos por algunos rabinos como los más importantes (Lc 10, 27). Pero lo nuevo está en que Jesús relaciona estos dos preceptos como fundiéndolos en uno y declarando que «estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los profetas» (Mt 22, 40). Es decir, la voluntad de Dios revelada en toda la Escritura puede condensarse en el doble precepto del amor a Dios y al prójimo. El cristiano no necesita —como el israelita— fatigarse recordando multitud de preceptos, ni investigar para discernir cuáles son los mayores. Basta que se quede con uno, el del amor, con tal que lo entienda y lo viva integralmente como enseñó Jesús. Amar a Dios con todo el corazón significa

disponibilidad plena a su querer y entrega incondicional a su servicio; y justamente porque es voluntad de Dios y para dar forma concreta a su servicio, hay que amar al prójimo dándose a él con generosidad. El ejemplo de Jesús lo demuestra claramente: él cumplió la voluntad del Padre poniéndose al servicio de los hombres e inmolándose por la salvación de ellos. Su obra redentora es al mismo tiempo expresión de su amor al Padre y a los hombres. El cristiano ha de hacer el mismo camino; no le es posible, por eso, separar el amor al prójimo del amor a Dios, so pena de reducirlo a una simple forma de humanismo; ni el amor a Dios del amor al prójimo, so pena de hacer de él un amor ideal, desencarnado. La síntesis perfecta es la indicada por S. Juan: «Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 20-21).

Dios todopoderoso y eterno, aumenta nuestra fe, esperanza y caridad; y para conseguir tus promesas, concédenos amar tus preceptos. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Señor, haz que para amarte con todo el corazón me entregue con todas mis fuerzas a observar tu mandamiento, porque el que no ama a su prójimo de veras, desprecia tu mandamiento, y quien desprecia tu mandamiento, te desprecia a ti que eres su autor...

Pero ¿quién de los hombres ha podido o podrá observar tal mandamiento? ¿Quién ha amado nunca a su prójimo como tú, oh Cristo, amaste a tus Apóstoles?... Si no puedo guardar tu paso, haz que al menos siga de lejos tus huellas. Si no soy capaz de amar al prójimo más que a mí mismo —como hiciste tú al morir por la salvación de la humanidad—, concédeme al menos amarlo como a mí mismo, haciendo a los demás lo que quisiera me hiciesen a mí... y guardándome bien de hacerles lo que no quisiera me hiciesen. Haz que ame al prójimo de tal modo que en él te ame a ti; amándolo de este modo, guardaré tu mandamiento. Pues tú mismo quieres ser el resorte de ese amor... Si, por el contrario, amo al prójimo sólo por sí mismo, no será verdadera caridad la mía...

Oh caridad, amor inmenso que abarca cielo y tierra; caridad, amor invencible... Caridad, vínculo indisoluble de amor y de paz... Haz, Señor, que reine entre nosotros esta reina de las virtudes; entonces todos, grandes y pequeños, conocerán ciertamente que somos discípulos tuyos. (B. OLEGARIO, **Sermo**, 5, 1. 3-6).

CICLO B

«El que te sigue, Señor, tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12).

Liturgia de luz, de alegría y de fe es la celebrada hoy por la Iglesia. Luz y alegría por la vuelta del pueblo elegido del destierro (1ª lectura: Jr 31, 7-9).

Dios se ha acordado del «resto de Israel» que le ha permanecido fiel y él mismo se ha hecho su guía para la repatriación. Vuelven todos, hasta los lisiados y dolientes, hasta los «ciegos y cojos» (ib 8), porque cuando es Dios el que guía, los ciegos quedan iluminados y los cojos caminan sin dificultad. Es una bella figura de la conversión interior de las tinieblas y extravíos del pecado. Superada la ceguera espiritual y el continuo cojear entre el bien y el mal, el hombre, iluminado por la luz divina, puede proceder por el camino recto que lo conduce a Dios. Su retorno es gozoso, como el de Israel. «Los guiaré entre consuelos, los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en el que no tropezarán. Seré un padre para Israel» (ib 9). Así dice el Señor a su pueblo, y así a todo hombre que se convierte en él. Si los primeros pasos del retorno pueden ser penosos y difíciles, Dios, como padre amoroso, sale al encuentro de su criatura, la reconforta con el agua viva de la gracia, la sostiene en la lucha y le facilita el camino.

El Evangelio de hoy (Mc 10, 46-52) resume ese tema bajo el doble aspecto de la curación y de la conversión a Cristo de un ciego. Jesús sale de Jericó, cuando Bartimeo, que mendiga sentado a la vera del camino, le grita: «Hijo de David, ten compasión de mí» (ib 47). Quieren hacerle callar, pero él grita más, porque, ciego en el cuerpo pero vidente en el espíritu, reconoce en Jesús al Mesías, al «Hijo de David». La fe no le deja callar; está seguro de que encontrará en Jesús la salvación. Y es tal su tensión hacia él, que apenas el Maestro lo llama, arroja el manto, salta en pie y se le pone delante. El Señor le pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?», y él responde: «Maestro, que pueda ver» (ib 51). Diálogo conciso pero esencial, revelador por una parte de la omnipotencia de Jesús y por otra de la fe del ciego. El encuentro de estas dos fuerzas produce el milagro: «Y al momento recobró la vista» (ib 52). Los ojos apagados del ciego se iluminan y ven a Jesús; verlo y seguirlo es todo uno. A la luz exterior le corresponde otra interior, y Bartimeo resuelve seguir al Señor. Como él, todo cristiano es un «iluminado» por Cristo; la fe le ha abierto los ojos; le ha dado a conocer a Dios y al Hijo de Dios hecho hombre. Pero esta fe ¿es en él lo bastante viva como para comprometerlo seriamente en el servicio de Dios y en el seguimiento de Cristo?

La segunda lectura (Hb 5, 1-6) trata otro argumento: el sacerdocio y en particular el sacerdocio de Cristo. Cristo es sumo y eterno Sacerdote por voluntad del Padre que le ha conferido esta dignidad haciéndolo mediador entre él y los hombres. No es posible llegar a Dios sin pasar por ese puente que une la tierra con el cielo, ese camino real que es Jesús el Señor. No es posible vivir en la fe sin dependencia de él que es «iniciador y consumidor de la fe» (Hb 12, 2). Fuente y alimento de la fe es la palabra de Jesús; ella ilumina al mundo y le da «la luz de la vida» (Jn 8, 12); es la Eucaristía en la que se ofrece en manjar tonificante e iluminador su Carne inmolada por la salvación de los hombres. Toda celebración eucarística es un misterio de fe por el cual el creyente se encuentra con Jesús Sacerdote y víctima, que lo alimenta y lo conduce al Padre.

Oh Dios, si ofreces esta luz corpórea a los ojos del cuerpo, ¿no podrás también ofrecer a los corazones limpios aquella luz que permanece siempre en toda su fuerza e integridad, aquella luz indeficiente?...

«En ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz»... La fuente aquella es la misma luz; es fuente para el que tiene sed y es luz para el que está ciego. Ábranse los ojos para que vean la luz: ábranse las fauces del corazón para que beban en la fuente. Lo que bebo es lo mismo que lo que veo, es lo mismo que lo que entiendo. Dios mío, eres todo para mí; eres todas las cosas que amo... Eres todo para mí: si tengo hambre, eres mi pan; si tengo sed, eres mi agua; si estoy en oscuridad, eres mi luz, que permanece siempre incorruptible, y si estoy desnudo, serás mi vestido de inmortalidad, cuando todo lo que es corruptible se vista de incorruptibilidad y lo que es mortal se vista de inmortalidad. (S. AGUSTIN, **In Io** 13, 5).

Señor Jesús, pon tus manos en mis ojos, para que comience a ver no las cosas que se ven, sino las que no se ven. Ábreme los ojos, para que no se fijen tanto en el presente cuanto en el futuro; haz limpia la mirada del corazón que contempla a Dios en espíritu. (ORIGENES, **Plegarias de los primeros cristianos**, 55).

CICLO C

«Señor, tú estás cerca de los atribulados, salvas a los abatidos»
(SI 33, 19).

«Los gritos del pobre atraviesan las nubes» (Ecli 35, 17) y obtienen gracia; he aquí el centro de esta Liturgia dominical. El hombre debe hacer obres buenas y ofrecer a Dios sacrificios; pero que no piense «comprarse» a Dios con esos medios. Dios no es como los hombres, que se dejan corromper con dádivas y favores, pues mira únicamente al corazón del que recurre a él. Si alguna preferencia tiene es siempre para los que la Biblia llama «los pobres de Yahvé», que se vuelven a él con ánimo humilde, contrito, confiado y convencidos de no tener derecho a sus favores. La primera lectura (ib 12-14. 16-18) es precisamente un elogio de la justicia de Dios, que no se fija en el rostro de nadie, ni es parcial con ninguno (ib 12-13), sino que escucha la oración del pobre, del indefenso, del huérfano y de la viuda. Y es un elogio de la oración del humilde, conocedor de su indigencia y de su necesidad de auxilio y de salvación. Esta es la oración que «atraviesa las nubes» y obtiene gracia y justicia.

Este trozo del Antiguo Testamento es una introducción óptima a la parábola evangélica del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14), en la que Jesús confronta la oración del soberbio y la del humilde. Un fariseo y un publicano suben al templo con idéntica intención: orar, pero su comportamiento es diametralmente opuesto. Para el primero la oración es un simple pretexto para jactarse de su justicia a expensas del prójimo. «¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros... Ayuno dos veces por semana

y pago el diezmo de todo lo que tengo» (Ib 11-12). ¿Quién, pues, más justo que él, que no tiene pecado y cumple todas las obras de la ley? Se siente, por ello, digno de la gracia de Dios y la exige como recompensa a sus servicios. A fuer de fariseo está satisfecho y complacido de una justicia exterior y legal, mientras su corazón está lleno de soberbia y de desprecio del prójimo. Al contrario, el publicano se confiesa pecador, y con razón, porque su conducta no es conforme a la ley de Dios. Sin embargo está arrepentido, reconoce su miseria moral y se da cuenta de que es indigno del divino favor: «no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador"» (ib 13). La conclusión es desconcertante: «Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no» (ib 14). Jesús no quiere decir que Dios prefiera libertinos o estafadores al hombre honesto cumplidor de la ley; sino que prefiere la humildad del pecador arrepentido a la soberbia del justo presuntuoso. «Porque todo el que se enaltece —en la confianza y seguridad de sí— será humillado, y el que se humilla —en la consideración de la propia miseria— será enaltecido» (ib). En realidad, por su soberbia y falta de amor, el fariseo tenía, no menos que el publicano, suficientes motivos para humillarse.

También la segunda lectura (2 Tm 4, 6-8. 16-18) nos ofrece un pensamiento que ilumina esta enseñanza. Al ocaso de su vida, S. Pablo hace una especie de balance: «He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe» (ib 7). Reconoce, pues, el bien realizado, pero con un espíritu muy diferente del fariseo. En lugar de anteponerse a los otros, declara que el Señor dará «la corona merecida» no a él sólo, «sino a todos los que tienen amor a su venida» (ib 8). En lugar de jactarse del bien obrado, confiesa que es Dios quien le ha sostenido y dado fuerza; lejos de contar con sus méritos, confía en Dios para ser salvo y le da por ello gracias. «El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén!» (ib 18).

Tú, Señor, no te alejes; estáte cerca. ¿De quién está cerca el Señor? De los que atribularon su corazón. Está lejos de los soberbios, está cerca de los humildes, mas no piensen los soberbios que están ocultos, pues desde lejos los conoce. De lejos conocía al fariseo que se jactaba de sí mismo, y de cerca socorría al publicano que se arrepentía. Aquel se jactaba de sus obras buenas y ocultaba sus heridas; éste no se jactaba de sus méritos, sino que mostraba sus heridas. Se acercó al médico y se reconoció enfermo; sabía que había de sanar; con todo, no se atrevió a levantar los ojos al cielo; golpeaba su pecho; no se perdonaba a sí mismo para que Dios le perdonase, se reconocía pecador para que Dios no le tuviese en cuenta sus yerros, se castigaba para que Dios le librase...

Señor, lejos de mí creerme justo... A mí me toca clamar, gemir, confesar, no exaltarme, no vanagloriarme, no preciarme de mis méritos, porque, si tengo algo de lo que pueda gloriarme, ¿qué es lo que no he recibido? (In Ps 39, 20).

Enséñame, Señor, a hacerte camino con la confesión de los pecados, a fin de que puedas acercarte a mí... Así vendrás tú y me visitarás, porque tendrás en

donde afianzar tus pasos, tendrás por donde venir a mí. Antes de que confesase mis pecados, te había obstruido el camino para llegar a mí; no tenías senda para acercarte a mí. Confesaré, pues, mi vida y te abriré el, camino; y tú, oh Cristo, vendrás a mi y pondrás en el camino tus pasos, para instruirme y guiarme con tus huellas. (S. AGUSTIN, In Ps, 84, 16).

350. SANTIFICADOS Y ENVIADOS

«Todo, Señor, me sirva para ganarte y ser hallado en ti» (FI 3, 8-9).

1.— «El Señor Jesús "a quien el Padre santificó y envió al mundo" (Jn 10, 36), hace partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que fue él ungido, pues en él todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio» (PO 2): por el sacerdocio común de que todos han sido investidos en el bautismo o por el sacerdocio ministerial a que son elevados los que reciben el sacramento del orden; unos y otros han sido santificados de este modo y enviados al mundo a continuar la misión de Cristo, como testigos y apóstoles suyos.

El apóstol lo es, no tanto por lo que hace, cuanto por lo que es, y, esencialmente, por su participación en la unción de Cristo, de su gracia y de su santidad. Pero la gracia del bautismo, igual que la del orden o de los otros sacramentos, no produce frutos de santidad si el apóstol no la asimila a través de un proceso continuo de ascesis, por el cual vive más intensa y perfectamente cada vez «la santidad recibida» (LG 40). Los años de formación —de seminario o de noviciado— encaminan al apóstol hacia la santidad y lo inician en la intimidad con Dios y en el ejercicio de las virtudes, pero este esfuerzo no conducirá a la meta, si no se continúa luego durante toda la vida a través del ejercicio del apostolado.

«Por la gracia de Dios, soy lo que soy», dice S. Pablo; pues la gracia de la vocación cristiana, lo mismo que la llamada al apostolado, es puro don de Dios; «y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí» añade (1 Cr 15, 10), justamente porque puede testimoniar que ha colaborado con todas sus fuerzas para que la gracia produjese en él frutos de santidad personal y de apostolado fecundo. Y su trabajo fue verdaderamente perseverante: «yo corro...; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado» (1 Cr 9, 26-27). Llamado al apostolado por una gracia extraordinaria, S. Pablo no se considera dispensado del combate espiritual, de la mortificación y de la penitencia, y así mientras, anuncia el Evangelio está siempre en tensión de esfuerzo para actuar en sí mismo.

2.— Dice el Vaticano II a propósito de los sacerdotes ocupados en el ministerio: «las preocupaciones apostólicas, los peligros y contratiempos, no

sólo no les sean un obstáculo, antes bien asciendan por ellos a una más alta santidad» (LG 41). El mismo principio se aplica a los laicos comprometidos en el apostolado: deben santificarse «al cumplir como es debido las obligaciones del mundo», no separando «la unión con Cristo de su vida personal» (AA 4). En otros términos, el campo del apostolado debe ser para cada uno la palestra de su propia santificación. «Santificarse para el apostolado y mediante el apostolado —escribía Don Poppe—. Sacaríamos mentirosas a la Iglesia, a la vida de Jesús y a las vidas de todos los santos, si afirmásemos la incompatibilidad del apostolado exterior con la santidad». (*Vida sacerdotal*).

El que se da al apostolado no por prurito de activismo, ni por propia voluntad, sino por responder a la llamada de Dios y siguiendo en todo su voluntad, no puede dejar de hallar en el ejercicio mismo del apostolado las gracias necesarias para su santificación. Pero es preciso adoptar un comportamiento tal, que las actividades y circunstancias inherentes a los deberes apostólicos sean vividas de modo que intensifiquen la unión con Cristo y le vayan conformando cada vez más a él. Es el estilo de S. Pablo que, «alcanzado por Cristo Jesús. (Fl 3, 12) con la gracia del apostolado, no mira a otra cosa, a través de las vicisitudes del ministerio, que a «alcanzar» plenamente a su Señor. Los intensos cuidados apostólicos que lo tienen ocupado día y noche no le apartan de su continuo «vivir en Cristo», antes le son ocasión de asociarse cada vez más a su misterio; las ansias, fatigas y tribulaciones le son medio de participar «en sus sufrimientos, hasta hacerse semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (ib 10-11); toda renuncia o sacrificio son para él ganancia «para ganar a Cristo y ser hallado en él» (ib 8-9). Mientras se prodiga sin tregua por la salvación de los hermanos, su corazón está siempre fijo en Jesús, por una continua comunión, expresada en aquella incesante «oración y súplica... en el Espíritu. que él mismo recomendaba a sus hijos (Ef 6, 18).

Procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora al Señor... Que... los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo y tapar los oídos en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él...

Así que os pido por amor del Señor pidáis a Su Majestad nos oiga en esto. Yo, aunque miserable, lo pido a Su Majestad, pues para gloria suya y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 3, 2.5-6).

Oh Señor, quiero ser un sacerdote santo... Si no, mi celo y mis trabajos servirán de poco, si no mis ovejas se me escapan y gran número de ellas se perderá. Un santo hace más con una palabra que un sacerdote vulgar con toda una serie de sermones. Las palabras de un santo sacerdote impresionan, mueven; traspasan las almas y las restablecen de un modo asombroso.

Nacidas de la gracia, de la oración y de la penitencia, están llenas de la fuerza de Dios. Podrá quizá un sabio imitarlas hábilmente, ¡pero sólo por boca de un santo predica Dios!...

Haz, Señor, que no me deje asustar por los obstáculos y los peligros que nos esperan en el camino... Sé bien que tu gracia no se detiene ante nada, que nunca cede con tal que le prestemos nuestro concurso; sé que las dificultades y los obstáculos, bajo la acción maravillosa de la gracia, te transforman a veces en auxiliares cooperando asombrosamente al bien.

Pues ¿qué debo temer? La gracia está conmigo: la gracia es Dios, Dios con nosotros, Dios en nosotros. Si tú, Dios mío, entras en campaña conmigo, ¿a qué puedo llamar obstáculo?

¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La persecución? ¿La espada? Pero venceré todas estas dificultades gracias a ti que me amas... Estoy seguro de que ninguna criatura del mundo podrá alejarme del camino de la santidad. (Cf. E. POPPE, **A los sacerdotes**, p. 98.107-8).

(La cita está tomada de: E. J. M. Poppe, *A los sacerdotes*, Prólogo de Marcial Lekeux, O. F. M. Traducción de Marta P. de Bonadona. Ediciones Pax et Bonum. Buenos Aires, 1948).

351. CADA DIA AFRONTO LA MUERTE

«Jesús, que cada día sepa yo afrontar la muerte para que mis hermanos tengan la vida» (1 Cr 15, 31; 2 Cr 4, 12).

1.— Así como Jesús por su Pasión salvó al mundo y entró en su gloria, de semejante manera los apóstoles «mortifican en sí mismos las obras de la carne y se consagran totalmente al servicio de los hombres, y así, por la santidad de que están enriquecidos en Cristo, pueden avanzar hasta el, varón perfecto» (PO 12). Este principio que el Vaticano II propone como base para la santidad sacerdotal, se ha de aplicar a todos los apóstoles, los cuales han de sentirse tanto más obligados a una práctica asidua de la mortificación cuanto más su misión les lleva a representar a Cristo y a obrar «en persona de Cristo». «De ahí que (a los sacerdotes) se los invite a imitar lo mismo que tratan, en el sentido de que, celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias» (ib 13). Por modo semejante todos los fieles —y más aún todos los apóstoles, sean laicos o religiosos—, desde el momento que deben participar en la celebración eucarística, están invitados a asociarse a la oblación de la víctima divina, ofreciéndose a sí mismo «como hostia viva, santa, agradable a Dios» (LG 10, 11; SC 48). Es imposible ser apóstol del que se inmola continuamente por la salvación de los hombres sin tener parte en su inmólación. Es imposible predicar a Cristo crucificado sin negarse a sí mismo y seguirlo llevando cada día la cruz (Lc 9, 23).

El primer ejercicio de mortificación será siempre el que se derive de la necesidad de crucificar «la carne con sus pasiones y apetencias» (Gl 5, 24), y de hacer morir al «hombre viejo» con sus tendencias desordenadas siempre renacientes, para «revestirse» totalmente «del Señor Jesucristo» y de sus virtudes (Rm 6, 6; 13, 14). La actividad apostólica vivida con deseo sincero de buscar sólo la gloria de Dios y el bien de los hermanos, ofrece continuas ocasiones para ello: renunciar a puntos de vista personales, adaptarse a la mentalidad de los otros, condescender y mantenerse firme según circunstancias, aceptar críticas o humillaciones y siempre olvidarse de sí para darse a los otros.

2.— Las vibrantes afirmaciones de S. Pablo: «estoy crucificado con Cristo» (Gl 2, 20); «llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús» (Gl 6, 17); «siempre y doquier llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús» (2 Cr 4, 10), no son sólo palabras o fruto de exaltación religiosa, sino que reflejan la realidad de su aventura apostólica vivida en íntima unión con el misterio de Cristo crucificado. Su fe en el Hijo de Dios que le amó y se entregó por él (Gl 2, 20) es tan viva y concreta, que toda renuncia o tribulación inherente a su condición de apóstol la vive con un deseo permanente de asociarse más íntimamente cada vez a la pasión de su Señor. «Aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cr 4, 11). Los sacrificios, los trabajos, las privaciones y las persecuciones encontradas en el apostolado no tienen para Pablo otro objeto que «entregarlo a la muerte», o sea reproducir en él el talante de un Cristo doliente y aun moribundo, y así ser penetrado por el poder de su vida para poder comunicar esa vida a muchos. Lo que es «muerte» para él, será «vida» para los que evangeliza; por eso nunca encuentra excesivo el sacrificarse o el padecer, antes afirma con entusiasmo: «la muerte actúa en nosotros, pero en vosotros la vida» (ib 12). Está profundamente persuadido de que cuanto más tenga que sufrir con Cristo, tanto más numerosos serán a los que él dará la vida. Este es el secreto de su invicta fortaleza frente a padecimientos que atenazan su espíritu y su cuerpo, y lo atribulan «en todo: por fuera, luchas; por dentro, temores» (ib 7, 5), hasta hacerle decir que cada día afronta la muerte por el Evangelio (1 Cr 15, 31).

Como Pablo, el apóstol verdadero tiene el coraje de sujetarse cada día a la «muerte» por amor de Cristo y de los hermanos; no a una muerte ideal o hipotética, sino concreta, sufrida momento a momento en los sacrificios reales que impone el apostolado, no esquivándolos, sino abrazándolos de corazón, convencido de que su actividad sólo será fecunda si va marcada con la muerte de Cristo, compartida hasta que se convierta en muerte personal.

Oh Cristo, te adoro más profundamente de cuanto nunca tu haya adorado en el curso de tu vida, porque nunca había comprendido el amor como en tu pasión, en la que el amor te hizo renunciar a todo, hasta a tu aspecto de

hombre, por nosotros. Oh Cristo, por tu sangre derramada, por tu Madre, concédeme el valor de vivir contigo tu pasión...

Cristo, oh Cristo, vida mía, no quiero otro camino que. tú, tu cruz, tus sufrimientos, tu calvario. Quiero la extensión de tu reino, tengo horror a todo lo que me aparte de tu gloria. Haz de mí lo que quieras, pero no me juzgues indigno de tu cruz, no me retires tu sostén, dame toda tu paz y tu gozo...

Haz que me decida a dar mi vida. Enséñame a llevar a la Misa y a ofrecer en ella toda mi vida y mi muerte; enséñame a ofrecerla a la voluntad del Padre y al servicio de mis hermanos. Y en el sacrificio único, a ofrecer en particular... mi muerte cotidiana... Enséñame a dar a mi vida y a mi muerte un significado redentor, de expiación y reparación por los pecados, en actitud de obediencia filial y de caridad fraterna. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

Haz, Señor, que te imite en el sacrificio y en el sufrimiento. Imitarte en los tres años de laborioso ministerio y consagrarme al trabajo, al celo y a las fatigas apostólicas... sería nada si no te imitase en la pasión. Tú me das a entender que todas las fatigas y todos los trabajos son estériles, si no están avalorados por el espíritu de pasión y de sufrimiento. Deseo darme y abandonarme al sufrimiento como tú, oh Cristo. Haz que me entregue por la redención de los hombres... imitándote a ti que te diste como víctima para la reparación del género humano... Enséñame a negarme todo lo que de cualquier manera puede serme de gozo y consuelo, y a vivir una vida de pasión continua contigo, en ti y por ti, para redención de las almas. (G. CANOVAI, **Suscipe, Domine**, p. 244-5).

352. EN PROVECHO DE LOS OTROS

«Señor, que no busque yo mi interés sino el de los hermanos» (1 Cr 10, 33).

1.— «... sin procurar mi propio interés, sino el de la mayoría, para que se salven» (1 Cr 10, 33). Ese desinterés absoluto de Pablo, lo propone el Vaticano II como ejemplo a los que tienen cura de almas, los cuales «practican la ascesis propia del pastor de almas, renunciando a sus propios intereses, no buscando su utilidad particular, sino la de muchos, a fin de que se salven» (PO 13). Esta enseñanza vale proporcionalmente para cualquier apóstol. Dar de lado resueltamente al interés propio, para atender en total desinterés y, por ende, con total pureza de intención, al servicio de Dios y de los hermanos es la piedra de toque de los apóstoles auténticos. Saben que han sido puestos en favor de los otros (Hb 5, 1) y no de sí mismos y por eso no trabajan por sus intereses o conveniencias personales, sino por el bien de cuantos han sido confiados a su cuidado. La Iglesia quiere que los clérigos — y con ellos cuantos se preparan al apostolado — «entiendan con toda claridad... que su destino no es el mando ni son los honores» (OT 9); por eso desea que se entrenen «en el tenor de vida pobre» (ib) y en el comportamiento de Jesús, «que vino no a ser servido sino a servir» (Mt 20, 28).

«Nunca nos presentamos —atestigua S. Pablo—, con palabras aduladoras, ni con pretextos de codicia. Dios es testigo» (1 Ts 2, 5). Y aunque reconocía a los apóstoles —tal vez más que ningún otro— el derecho a vivir de su ministerio, él por su parte renunció a toda recompensa y, pobre de veras en medio de los pobres, proveyó a su sustento con un humilde trabajo manual. «Os proclamamos el Evangelio —escribe a los Tesalonicenses—, trabajando día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros» (ib 9; cf. 2 Ts 3, 8). El desinterés de un apóstol tiene una fuerza especial para convencer al mundo de la sinceridad de su fe en los valores eternos y para persuadirle que la verdadera felicidad no se ha de buscar en los bienes terrenos, sino sólo en Dios.

2.—El Vaticano II insiste en que los apóstoles, junto con el espíritu de pobreza, cultiven el «de la propia abnegación, de suerte que se habitúen a renunciar con prontitud a las cosas que, aun siendo lícitas, no son convenientes, y a asemejarse a Cristo crucificado» (OT 9). Cae de su peso que todo apóstol, tanto más si está consagrado por la ordenación sacerdotal o la profesión de los consejos evangélicos, está obligado a un espíritu de abnegación más profundo que el de un simple cristiano, el cual puede permitirse actitudes y alivios que desentonarían en un apóstol. Este ha de vivir como hermano entre hermanos (PO 9), en el sentido de no hacer pesar sobre ellos su autoridad, y no querer descollar o dominar, no en el sentido peyorativo de compartir cualquier aspecto de la vida secular. No son los espectáculos o entretenimientos mundanos, ni las lecturas o conversaciones libres los que preparan al hombre actual a la comprensión del mensaje. En todo caso el apóstol, se ha de mantener a un nivel de equilibrio y de renuncia que lo distinga de los demás, no para contraponerse a ellos, sino para ser luz que emerge y guía, para ser la «ciudad puesta sobre un monte» (Mt 5, 13), la sal que no se torna insípida; pues si no «¿con qué se lo salará?» (ib).

No se trata de alejarse del mundo, pues el apóstol está llamado a ejercer en él su influencia, y tanto menos a cerrarse al conocimiento del hombre, sino de encontrar un justo equilibrio. San Pablo indica el camino: «No os acomodéis al mundo presente, antes transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir lo que es la voluntad de Dios» (Rm 12, 2). El apóstol que ha formado su mente en un espíritu evangélico genuino de desasimiento, renuncia, pureza integral y, al mismo tiempo, de caridad y de apertura a los hermanos, sabrá distinguir lo que es útil verdaderamente a los fines del apostolado de lo que le es dañoso y aun pudiera servir de escándalo a los mismos mundanos. Por lo demás lo que los hombres piden a los apóstoles es sobre todo el ejemplo de un Evangelio vivido, es un corazón abierto a sus sufrimientos, una mano tendida para darles ayuda, una fe sin incertidumbres testimoniada con la vida.

Señor, quienes apacientan tus ovejas con ánimo de hacerlas tuyas propias y no tuyas, claramente manifiestan que se aman a sí mismos y no a ti, haciéndolo con vistas a la gloria, al predominio o a la codicia, y no por el amor de obedecer,

hacer el bien y agradarte a ti... Contra esto nos pone en guardia tu voz insistente. Porque ¿qué otra cosa quiere decir: «¿Me amas? Apacienta mis ovejas», sino: Si me amas, no pienses en apacentarte a ti, sino a mis ovejas como mías, no como tuyas; busca mi gloria en ellas y no la tuya; mi dominio, y no el tuyo; mis intereses y no los tuyos...

Señor, que no nos amemos, pues, a nosotros mismos sino a ti; y en el apacentamiento de tus ovejas no busquemos nuestros intereses, sino los tuyos. (S. AGUSTIN, **In Jn** 123, 5).

¡Oh pobreza, qué bella eres! Jesucristo, mi Maestro, te encontró tan bella, que bajando del cielo quiso desposarse contigo, te hizo su compañera de vida y quiso morir contigo en la cruz.

Dame, Maestro mío, esta hermosa pobreza: que la busque yo con solicitud, la abrace con amor para hacerla compañera de toda mi vida, y pueda, como tú, morir con ella en un desnudo leño. (A. CHEVRIER, **Vie**, par Villefranche, p. 184).

¡Amado Señor, me siento tan atraído por tu pobreza!.. Quisiera ser un misionero pobre como tú. Hazme pobre, déjame vivir pobremente; ¡amo tanto a los pobres, te amo tanto a ti!... Oh Jesús mío, ¿podré yo acaso sentirme feliz y contento en una vida cómoda, fácil y tranquila? ¿Podré sentarme con el corazón tranquilo a una mesa bien abastada, mientras admiro colgado en la pared de una habitación suntuosa mi Modelo Crucificado, coronado de espinas y abandonado de todos? ¿Para qué continúas lamentándote: «Tengo sed»? Maestro, yo también tengo sed de saciarte con mi amor, con mis privaciones y sufrimientos, y con darte almas... Apoyado en ti, llevado por tu fuerza y por tu amor, subiré con confianza mi Camino de la Cruz. ¡Qué vida! ¡Qué consuelo para ti y para mí! ¡Semejante a ti, oh mi amado Jesús! (E. POPPE, **Vida, de Jacobs**).

353. NUESTRA CAPACIDAD NOS VIENE DE DIOS

«Señor, que has escogido lo débil para confundir lo fuerte, sostén mi debilidad» (1 Cr 1, 27).

1. — «Predicamos [el Evangelio], no buscando agradar a los hombres, sino a Dios, que examina nuestros corazones..., ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie» (1 Ts 2, 4.6). Para que el apostolado sea verdadero ejercicio de caridad y, por ello, medio de progresar cada vez más en el amor a Dios y al prójimo, se requiere una absoluta rectitud de intención. El Señor que «examina» y escruta los corazones de sus apóstoles, no quiere ver en ellos rastro de intenciones segundas ocultas, enmascaradas con apariencias de celo, pero que son fruto de vanagloria. Esto exige una muerte continua a cualquier forma de amor propio, egoísmo y orgullo, para llegar a la limpidez y sencillez interior que proponía Jesús a sus discípulos mientras discutían sobre una cuestión de preeminencia: «En verdad os digo: si no cambiáis y os

hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18, 3). Se trata de poner en práctica esa humildad esencial que poco a poco va liberando totalmente al apóstol de la búsqueda de sí y de su gloria y que lo empeña en su trabajo corvo perfecto «pobre de espíritu», dispuesto a darlo todo sin exigir nada. Esto ni lo entibia ni lo desencarna en las relaciones con los hermanos; antes tanto más se identifica con sus situaciones y más se desvela por su bien, cuanto más libre está de sí mismo. Lo que le importa no es el triunfo personal, sino el bien de las almas; no la aprobación de las criaturas, sino la de Dios; no la afirmación de sí mismo, sino la afirmación del Evangelio.

Cuando la madre de Santiago y de Juan avanzó, en nombre de sus hijos, la solicitud de un puesto privilegiado, Jesús volviéndose a los apóstoles, les amonestó: «el que quiera ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor» (Mt 20, 27); y la noche de la última Cena, en el lavatorio de los pies, demostró con su ejemplo hasta qué punto deben los apóstoles hacerse servidores.

Sólo si se hacen niños por la sencillez de corazón, pobres de espíritu por el desasimiento total y siervos por la caridad humilde y generosa, estarán los apóstoles totalmente disponibles para la causa de Dios y para la salvación de los hermanos.

2.— San Pablo, conmovido por la grandeza del misterio apostólico, mediante el cual Dios difunde «el perfume» del conocimiento de Cristo por todo el mundo, exclama: «Y ¿quién es capaz para esto?» (2 Cr 2, 14.16). Siente la inmensa desproporción entre su limitación humana y la misión de heraldo del misterio de Cristo; con todo le anima una gran confianza: «No que por nosotros —protesta— seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (ib 3, 5). La humildad de Pablo es el secreto y la fuerza de su apostolado. Una humildad tan profunda que está convencido que «nada» proviene de él, sino que toda su capacidad viene de Dios, como una emanación del poder del que lo hace apto para el cometido que le ha señalado. Es la interpretación más hermosa y concreta de la enseñanza de Jesús: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). No poco; nada.

Toda «nuestra capacidad viene de Dios. Sin mí no podéis hacer nada». Estas palabras conservadas en el corazón del apóstol, maduras y asimiladas en la oración, saboreadas y sufridas en la experiencia de la vida, son capaces de hacer desaparecer toda complacencia de sí, toda jactancia o autosuficiencia. Las iglesias o salones repletos, los aplausos y los éxitos pueden no servir de nada, si Dios no interviene con su acción secreta para mover los corazones. El ingenio, la cultura, el estilo brillante o la conversión atrayente, nada de esto es capaz de producir el menor grado de gracia o el más insignificante acto de caridad teologal. Sólo Dios es su autor. «Consciente de su propia flaqueza, el verdadero ministro de Cristo trabaja con humildad, indagando cuál sea el beneplácito de Dios y, como atado por el Espíritu, se guía en todo por la voluntad de Aquel que quiere que todos los

hombres se salven» (PO 15). El que sabe que no puede avanzar solo, remedia su impotencia estrechándose a su guía. Así el apóstol vive y obra estrechado a Dios, dependiendo en todo del Espíritu Santo para ser iluminado por él en todo: en las palabras, en las obras, en las decisiones y en los métodos, y para dejarse conducir por él, no por caminos elegidos arbitrariamente acaso a impulsos del amor propio y de la ambición, sino por los caminos de la voluntad de Dios.

¡Nada, nada! Este «nada» resuena en mi alma con ecos ilimitados y me revela tal exigencia que debo despojar todas mis obras de cualquier miseria mía y de cualquier apetito mío. Dios mío, tú me haces sentir tu exigencia con una fuerza nunca hasta ahora sentida. ¿Cómo haré, Dios mío, cómo haré?... Todo es impuro: el deseo de gratitud, la esperanza de reconocimiento, el gozo de sentir en torno mío la paz de las almas a las que he iluminado... ¡Ah, Señor!... Es deseo en lo terreno, es esperanza de lo finito. Pero siento martillarme el alma tu fuerza irresistible: nihil nihil sperantes. Haz tú, Señor mío, el vacío en cada una de mis obras; que en todas ellas no espere yo sino a ti, a ti sólo, mercas magna nimis... ¡Oh vacío, oh soledad, oh alma sola con su Dios, oh Ideal, oh Maestro mío; que yo llegue, que lo posea, que lo alcance con la plenitud que tú lo mandas, que yo muera y que tu fuego me purifique! (G. CANOVA!, **Suscipe, Domine**, p. 314).

Vos habéis querido, mi Dios, Vos, infinitamente sabio, infinitamente santo, que vuestros ministros fueran naturalmente miserables, que tuvieran tan profundamente grabado en su corazón el sentimiento de su pequeñez, que pudieran compadecer siempre y con sinceridad a los que ignoran y yerran... Habéis querido que el contraste entre la miseria del hombre pecador y la alteza de su ministerio pongan a todos de manifiesto la eficacia de vuestra gracia y la sublimidad de vuestra gloria. Todo apóstol, consciente de su debilidad y asombrado de los triunfos de vuestro poder, repetirá con los jóvenes del horno de Babilonia: «No nos confundas, Señor, trátanos con piedad; derrama sobre nosotros los tesoros de tu misericordia; líbranos con tu poder de todo peligro y reserva la gloria para tu santo nombre»... En ti, oh Señor Jesús, sólo en ti ponemos nuestra confianza. (D. MERCIER, **Retiro pastoral**, V, p. 102).

Card. D. J. Mercier: **Retiro pastoral**, traducido por Basilio de Lace y Urquiza, Editorial Bailly-Baitlfer, 1918.

354. TODO LO QUE ES VERDADERO

«Señor, que sea yo alimentado con las palabras de la fe y de la buena doctrina que lleva a la piedad» (Tm 4, 6; Tt 1, 1).

1.—«Mucho contribuyen a lograr este fin del apostolado] las virtudes que con razón se estiman en el trato humano, como son la bondad de Corazón, la sinceridad, la fortaleza de alma y la constancia, el continuo afán de justicia, la cortesía y otras» (Pe, 3). Así exhorta el Vaticano II a los apóstoles a cultivar todos los valores humanos que abran camino al diálogo y disponen los

corazones a adoptar el mensaje evangélico. Son aspectos de conducta social, virtudes humanas más que cristianas, pero de grandísima importancia, porque sin ellas el apóstol no podrá ganar a los otros. La rudeza de modales, la impaciencia, la falta de afabilidad son frecuentemente causa de que muchos se alejen disgustados.

Hablando del diálogo como medio de apostolado, Pablo VI delinea sus características: «... no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo, Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que da... Es pacífico; evita los modos violentos; es paciente; es generoso... En el diálogo así ejercitado se realiza la unión de la verdad y de la caridad, de la inteligencia y del amor» (*Ecclesiam suam* 75). No es difícil intuir cuántas virtudes humanas y cristianas se precisan para llegar a tanto. También esto entra en el esfuerzo ascético del apóstol, el cual debe regular su conducta para hacerse capaz de acercarse a todos, inspirando confianza y simpatía, no por necia ambición personal, sino para llevar a los, hombres hacia Dios. En este sentido se ha dicho que el apóstol debe ser un «perfecto caballero» (Newman); y Sta. Teresa de Jesús recomendaba a sus hijas: «Todo lo que pudiereis sin ofensa de Dios procurad ser afables y entender de manera que todas las personas que os trataran, que amen vuestra conversación... Mientras más santas, más conversables con sus hermanas... Nunca os extrañéis de ellas, si queréis aprovechar y ser amada» (C 41, 7).

2. — «Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta (Fl 4; 8). Ningún valor humano auténtico ha de descartar el que quiere ejercitar un apostolado válido. El cristianismo hunde sus raíces en un sano humanismo, en el sentido de que el cristiano supone al hombre, y aun es el hombre vivificado y transformado por la participación de la vida divina. El hombre completo con todos sus recursos naturales de inteligencia y voluntad, con todas las estructuras de educación, cultura, sentido social, etc.; el cristianismo no niega ni coarta estas realidades, antes las asume y avalora al máximo, integrándolas con las realidades superiores de la gracia y de las virtudes teologales, y orientándolas al destino eterno del hombre. Por eso los apóstoles, aunque conscientes de que «la obra divina, para cuyo cumplimiento los ha tomado el Espíritu Santo trasciende todas las fuerzas humanas y toda humana sabiduría» (PO 15), saben, como los siervos fieles de la parábola evangélica, poner a contribución de los fines apostólicos todos los talentos humanos a su disposición.

Junto a una dosis de simpatía humana que facilita las relaciones con el prójimo y sirve de avío al diálogo, el Vaticano II recuerda en particular a los sacerdotes el deber de ser «maduros en la ciencia», para que «su doctrina sea "espiritual medicina para el pueblo de Dios"» (ib 19). Se trata ante todo de una ciencia sagrada, derivada de la Sagrada Escritura, del estudio de los Padres y de los Doctores, de los documentos del Magisterio de la Iglesia y de

la teología. Ciencia sagrada, pero que no puede estar alejada de la cultura contemporánea ni ignorar la mentalidad, la psicología, las aspiraciones y las orientaciones de los hombres, en particular de los jóvenes de hoy. Todo esto, buscado y procurado con pureza de intención para un servicio más eficaz a Dios y a los hombres, es obra meritoria y partícipe del valor mismo del apostolado.

San Pablo indica cuál debe ser la característica de la ciencia del apóstol: fundarse en el Evangelio, ateniéndose «a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad» (1 Tm 6, 3), es decir, debe ser un «conocimiento de la verdad que lleve a la piedad» (Tt 1, 1), que es como decir al amor de Dios y del prójimo.

Tú, Señor, no pides ser maestro de política, de estrategia, de ciencia humana;... quieres que sea maestro de misericordia y de verdad (1940).

Concédeme mucha discreción e indulgencia en juzgar a los hombres y las situaciones; haz que me incline especialmente a orar por quien me sea ocasión de sufrimiento; y tenga en todo gran bondad, paciencia sin límites, recordando que todo otro sentimiento no es conforme al espíritu de tu Evangelio y de la perfección evangélica. Con tal que hacer triunfar la caridad a toda costa, prefiero ser tenido por un apocado. Me dejaré aplastar, pero quiero ser paciente y bueno hasta el heroísmo. Sólo entonces seré... merecedor de participar en tu sacerdocio, oh Cristo Jesús, que fuiste verdadero y único médico y Salvador de toda la humanidad, al precio de tus condescendencias, humillaciones y sufrimientos (1930).

Enséñame a decir siempre la verdad, pero con dulzura... Ayúdame a responder siempre bien por mal y a esforzarme en preferir, en todo, tu Evangelio a los artificios de la política humana (1936).

Pero sobre todo y en todas las cosas, que esté yo preocupado de expresar en mi vida interior y en mi acción exterior tu imagen, oh Jesús, manso y humilde de corazón. (JUAN XXIII, **El Diario del alma**).

Oh María..., impétrame del Espíritu de tu Hijo Jesús..., los dones de entendimiento y de ciencia, para que sea luz de las almas.

Concédeme, oh Madre, interpretar, como sabías hacerlo tú, las Sagradas Escrituras; ser capaz de meditarlas en silencio y de conservarlas en mi corazón. Mantenme humilde, recordándome que no se trata de un libro cualquiera y que no se debe forzar su comprensión, sino que hace falta haber obedecido mucho, haberse hecho humilde y desasido de todo, haber sufrido y orado incesantemente, para poder entrar en esta sabiduría.

Oh Madre, tú que comprendiste a Dios mejor que cualquier otro, haz que renuncie yo al orgullo intelectual y que no sea contado en el número de los sabios y prudentes del mundo, a los, que se les ocultan los secretos de Dios. Haz que yo sea pequeñísimo para entrar en el campo de la revelación y ser penetrado y clarificado por la verdad. Oh Madre, que pueda yo irradiar la verdad, que es tu Hijo.

Concédeme el ansia del Reino; sea éste mi única perspectiva; no haya para mí dos modos de ver las cosas: uno cristiano y otro profano; sino que se vea en mí que el espíritu del Reino hace al hombre feliz y pacífico, luminoso y optimista, robusto y longánimo, devorado por una, caridad humilde y cautivante. Madre, que sea yo como tú. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

355. DEUDORES DEL EVANGELIO

«Que mi fe y mi apostolado no se funden en sabiduría humana, sino en Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cr 2, 2).

1.— En la Iglesia continúa resonando el mandato de Jesús: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación» (Mc 16, 15). En Cualquier época de la historia la iglesia «se siente acuciada por, la necesidad de evangelizar» (IM 3), que «es en todo tiempo el principio de toda su vida» (LG 20). Profundamente consciente de este deber, el Vaticano II invita a todos los católicos a compartirlo según sus ocupaciones y posibilidades, buscando «ocasiones para anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes, para llevarlos a la fe, ya a los fieles para instruirles, confirmarlos y estimularlos a mayor fervor de vida» (AA 6); y recuerda a propósito las palabras del Apóstol: «¡Ay, de mí si no evangelizare!» (1 Cr 9, 16). Si la predicación oficial del Evangelio corresponde a la jerarquía y a cuantos han recibido el sacerdocio ministerial, también los simples fieles deben aportar su colaboración «a la manera de aquellos varones y mujeres que ayudaban a Pableenr,e1 Evangelio», teniendo en cuenta que «son muchos loe hombres que sólo pueden escuchar el Evangelio o conocer a Cristo por sus vecinos seglares» (AA 10, 13). Todo cristiano auténtico debe hacerse heraldo del Evangelio ya viviéndolo en plenitud, ya anunciándolo en su propio ambiente con la palabra oportuna, llena de caridad y sinceridad.

El apóstol, tanto más si es sacerdote, debe sentirse deudor del Evangelio para todos y, por ello, obligado a hacerse «esclavo de todos, débil con los débiles», pobre con los pobres, pequeño con los pequeños, «todo a todos» (1 Cr 9, 19. 22), para que sea acogida la palabra de Dios. Su programa debería ser; «Todo... lo hago por el Evangelio» (Ib 23), por el Evangelio integral, genuino, como el Señor Jesús lo anunció. «La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o merma de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso que tenemos con nuestra fe» (Pablo VI, *Ecclesiam Suam*). La prudencia podrá exigir una exposición gradual y adaptada a las diferentes mentalidades, pero la fidelidad al Evangelio tiene que permanecer intacta, porque sólo el Evangelio es la «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rm 1, 16). «Y sólo el que vive en plenitud la vocación cristiana puede verse inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto» (Pablo VI, 1. c.).

2. — El fundamento de cualquier actividad apostólica no puede ser sino uno solo: Cristo y su Evangelio; separarse de él es perder el camino. «Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo» (1 Cr 3, 11). Todo el trabajo de los apóstoles tiene que desarrollarse sobre esta única base. «Mire cada cual cómo construye..., (si) con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja» (ib 10.12), o sea, si con doctrina pura y sólida, procedente de una convicción profunda y acompañada del testimonio de la vida, o con palabras y obras fútiles, nacidas de superficialidad, ligereza y falta de celo y fe, o también con teorías personales y discursos vanos que están lejos de la verdad evangélica. En la misma Iglesia primitiva surgió este peligro y San Pablo se vio obligado a hacer intimar «a algunos que no enseñasen doctrinas extrañas, ni dedicasen su atención a fábulas... que son más a propósito para promover disputas que para realizar el plan de Dios, fundado en la fe» (1 Tm 1, 3-4). Aun cuando «vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades..., tú —advierte el Apóstol— está siempre alerta, soporta lo adverso, cumple tu tarea de evangelizador» (2 Tm 4, 3.5). El signo distintivo de los verdaderos apóstoles será siempre la fidelidad inquebrantable al Evangelio.

Si para adaptarse a los tiempos es necesario renovar los métodos del apostolado, no se podrá nunca cambiar la sustancia del Evangelio, antes bien es preciso vivirlo y anunciarlo de un modo cada vez más auténtico y adherente al ejemplo y a la palabra de Cristo. En cualquier caso —declara el Concilio— el cometido de los apóstoles «no es enseñar su propia sabiduría, sino la Palabra de Dios, e invitar a todos instantáneamente a la conversión y santidad» (PO 4). Por ese motivo renunciaba San Pablo a cualquier «prestigio de palabra o sabiduría» y se proponía «no saber sino a Jesucristo y éste crucificado» (1 Cr 2, 1-2).

Oh Cristo, ayúdame a darte a las almas, a darles tu Evangelio, los tesoros de tu gracia, la presencia tuya y del Espíritu Santo en el alma, la oración interior, la paz y la omnipotencia de la unión divina... Me has constituido ministro del Evangelio para predicar ese Evangelio, o sea el misterio cristiano, el trato directo y vivo de la SS. Trinidad con la humanidad...

Ayúdame a mantener la mente y el corazón de los fieles en contacto contigo, oh Cristo, Rey, Sacerdote, Cabeza de la Iglesia, con tu Espíritu, escrutador y revelador de las profundidades de Dios, y, por medio tuyo, con la Trinidad. Quiero alimentarme de la palabra reveladora en un trato asiduo con los Libros sagrados... Hazme comprender que no es el ingenio ni la cultura profana lo que me dispondrá al misterio de tu gracia, sino el desasimiento de la sencillez y el espíritu de oración y abandono. Forma en mí, Señor, un alma infantil, leal, confiada y dócil. Que sepa yo dar, en mi ministerio pastoral, el lugar más importante al estudio y al espíritu de oración, porque no podré dar si no tengo.

Haz que esté más penetrado cada vez de tu soplo interior, que sea más atento cada vez a las inspiraciones y a la obra del Espíritu Santo en mí; entonces mi fe se iluminará, mi celo se hará más apostólico, mi palabra más

comunicativa y dudaré menos de la eficacia de mi misión. (D. MERCIER, **La vida interior**, 9).

Tú eres el camino en el que hemos encontrado nuestra salvación, oh Cristo Jesús, sumo sacerdote de nuestras ofrendas, protector y ayudador de nuestra flaqueza. Por ti fijamos nuestra mirada en las alturas del cielo; por ti contemplamos como en espejo la faz inmaculada y soberana de Dios; por ti se nos abrieron los ojos del corazón; por ti nuestra inteligencia, insensata y entenebrecida antes, reflorece a tu luz admirable; por ti quiso el Dueño soberano que gustásemos del conocimiento inmortal. (S. CLEMENTE ROMANO, **Carta Primera a los Corintios**, 36).

356. DOMINGO XXXI «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Anunciaré tu nombre a mis hermanos» (Sl 21, 23).

La Liturgia de la palabra se dirige hoy de modo particular a los que en el pueblo de Dios tienen cargos de responsabilidad, sea por el ministerio sacerdotal sea por otras incumbencias apostólicas; es a un tiempo llamada seria y cálido confort, admonición e invitación.

La primera lectura sacada del profeta Malaquías (1, 14b-2, 2b. 8-10) es un apóstrofe severo contra los sacerdotes de entonces que maltrataban el culto divino ejerciéndolo de modo indigno y, en lugar de guiar al pueblo a honrar a Dios y cumplir su ley, 19 desbandaban con falsas doctrinas. «Y ahora os toca a vosotros sacerdotes: Si no obedecéis y no os proponéis dar la gloria a mi nombre —dice el Señor de los Ejércitos—, os enviaré mi maldición. Os apartasteis del camino, habéis hecho tropezar a muchos en la ley» (ib 2, 1-2. 8). El sacerdote, el catequista, el educador tienen el deber estricto de enseñar a honrar a Dios tanto con la palabra como con la vida ordenada según la ley divina. Quien se aparte de esta obligación y se sirve del propio oficio para transmitir no la palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia, sino palabras o ideas personales, se convierte en piedra de escándalo y ocasión de perdición para muchos, los cuales tanto más son engañados cuanto mayor es la autoridad de sus maestros.

También Jesús —según se lee en el Evangelio de hoy (Mt 23, 1-12)— hubo de deplorar la conducta de los escribas y fariseos que ocupaban «la cátedra de Moisés» dándose las de maestros, mientras su enseñanza y su conducta estaba en vivo contraste con la ley de Dios. Jesús lea, acusa sobre todo de hipocresía y orgullo. «Dicen y no hacen» (ib 3), exigen al pueblo un cúmulo de observancias no ordenadas por Dios, y ellos por su parte, no mueven un dedo para cumplirlas (ib 4). Hacen ostentación de obras buenas que realizan «para que los vea la gente» (ib 5), llenos de presunción ocupan los primeros puestos y gustan de ser honrados y llamados «rabí» (ib 7). A semejante conducta opone Jesús la sencillez y humildad que quiere ver él en sus

discípulos y, por ende, en todo apóstol. Lejos de dárseles de maestros, deben hacer que su autoridad se desvanezca en una actitud modesta, fraternal y cordial, que la hará más acepta y válida. Por lo demás hay que tener siempre presente que uno sólo es el maestro, uno sólo el Señor, Cristo (ib 10).

A estas cualidades se han de añadir el amor sincero, la entrega generosa y el desinterés personal de que se habla en la segunda lectura (1 Ts 2, 7-9. 13). «Os tratamos con delicadeza, —escribe San Pablo a los Tesalonicenses—, como una madre cuida de sus hijos. Os teníamos tanto cariño que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor» (ib 7-8). El apóstol, dinámico y combativo, se hace tierno como una madre para los que con sus fatigas apostólicas engendró para Cristo. Los siente hijos suyos hasta el punto de desear dar por ellos la misma vida. No son meras palabras, pues Pablo no retrocedió ni siquiera ante los más graves riesgos con tal de ganar hombres para Cristo, y los evangelizó con «esfuerzos y fatigas, trabajando día y noche para no serle gravoso a nadie» (ib 9). Llegó su generosidad hasta renunciar a lo que tenía derecho. Se preocupó únicamente de dar y nada de recibir, convencido de que el desinterés personal daría a su predicación una eficacia mayor; de hecho su palabra fue acogida «no como palabra de hombre, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios» (ib 13). El anuncio desinteresado del Evangelio es el testimonio más elocuente de la verdad de la fe.

Proclamaré, Señor, tu nombre a mis hermanos; en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo..., porque no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia el pobre desgraciado; no le ha escondido su rostro; cuando pidió auxilio, lo escuchó.

El es mi alabanza en la gran asamblea, cumpliré mis votos delante de sus fieles... Lo recordarán y volverán al Señor hasta de los confines del orbe; en su presencia se postrarán las familias de los pueblos. (**Salmo 21, 23-29**).

Dios misericordioso, escúchame benigno: te pido por los tuyos. A esta plegaria me mueve la misión paterna que me has confiado, me inclina el afecto, me anima la consideración de tu bondad. Tú sabes, dulce Señor, cuánto los amo, qué puesto ocupan en mi corazón, cómo los cubro de ternura. Tú sabes, Señor mío, que no les mando con dureza ni violencia, que prefiero aprovecharles por la caridad a dominarles, someterme a ellos en humildad y hacerme entre ellos —por la fuerza del afecto— como uno de ellos...

Yo los encomiendo a tus santas manos y a tu tierna providencia. Que nadie los arrebathe de tu mano ni de las de tu siervo a quien los confiaste, sino que perseveren gozosamente en su santo propósito y, perseverando, obtengan la vida eterna: con tu ayuda, oh dulcísimo Señor nuestro, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén. (ELREDO DE RIEVAULX, **Oratio pastoralis**, 8. 10).

CICLO B

«Te amo, Señor, tú eres mi fortaleza; Dios mío, refugio mío» (Sl 17, 2-3).

La Liturgia de hoy demuestra la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y a la vez la novedad de éste. Del Deuteronomio (6, 2-6) se toma la primera enunciación del mandamiento del amor: «Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (ib 4-5). El mismo texto se repite en el Evangelio del día (Mc 12, 28-34), como respuesta de Jesús al letrado que le pregunta acerca del mandamiento «primero de todos» (ib 28). Era un texto muy conocido de los judíos que lo repetían dos veces al día como plegaria de la mañana y de la tarde. La palabra inicial «Escucha» —de la que esta plegaria tomaba nombre— es una invitación a meditar el precepto del Señor y a ordenar según él la vida. Pues orar no significa sólo invocar a Dios y pedirle sus mercedes, sino, sobre todo, escucharle: oír su palabra, meditarla y obedecerla. Jesús insistió también sobre este concepto pleno y vital de la oración: «No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7, 21).

Reasumiendo el mandamiento antiguo, Jesús le da un toque nuevo; ante todo lo aísla del contexto de prescripciones secundarias y lo coloca por encima de cualquier otro precepto, y luego le yuxtapone el del amor al prójimo, afirmando con autoridad: «No hay mandamiento mayor que éstos» (Mc 12, 31). El letrado que le ha interrogado aprueba y concluye sabiamente que amar a Dios con todas las fuerzas y al prójimo como a sí mismo «vale más que todos los holocaustos y sacrificios» (ib 33). En sus palabras resuena la voz de los profetas que repetidamente habían denunciado la vaciedad de un culto no animado por el amor. Dios debe ser honrado con la plegaria y los sacrificios, pero éstos no le son agradables si no brotan de corazones que le amen sinceramente y a la vez amen al prójimo.

Dios es amor; toda la creación es fruto de su amor. El hombre creado por amor, vive del amor divino que lo conserva en la existencia y lo colma de sus dones. Y pues el amor es el manantial de su vida, el hombre no puede menos de amar, el amor es para él exigencia fundamental y deber imprescindible en razón de su naturaleza. Ante todo, debe amar al Amor, que lo ha creado, a Dios; y habiendo recibido todo de él, es, lógico que lo ame no con algún suspiro, sino «con todo el corazón, con todo el entendimiento, y con todo el ser» (ib). Además, hecho a imagen de un Dios que, ama todas las criaturas, el hombre debe ensanchar su amor a todos sus semejantes. En efecto, al ligar Jesús el amor al prójimo con el amor a Dios, suprimió toda restricción: enseñó que prójimo no es sólo el pariente, el amigo, el vecino o el connacional, sino hasta el enemigo, el extranjero, el desconocido, o sea cualquier hombre. Dios demostró con sus palabras, pero mucho, más con su

ejemplo al dar la vida por todos los hombres, muriendo por ellos cuando todavía eran enemigos (Rm 5, 8). «Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debernos amarnos unos a otros... Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1 Jn 4, 11-12). La conclusión de San Juan profundiza la excelencia del letrado y la completa. El Apóstol ha comprendido todo el alcance del mandamiento del amor y el nexo vital entre amor a Dios y amor al prójimo, hasta llegar a afirmar que el primero es perfecto sólo cuando va acompañado del segundo. El que comprende y vive así el precepto de la caridad no sólo «no está lejos del Reino de Dios» (Mc 12, 34), como dice Jesús al letrado, sino que lo lleva en sí, porque «quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16).

Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza... Seguí los caminos del Señor y no me rebelé contra mi Dios, porque tuve presentes tus mandamientos y no me aparté de tus preceptos. Perfecto es, el camino de Dios, acendrada es la promesa del Señor; él es escudo para los que a él se acogen. ¡Viva el Señor! ¡Bendita sea mi Roca! Sea ensalzado mi Dios y Salvador. (**Salmo** 17, 2. 22-23. 31. 47).

Muy ancho es tu mandamiento, Señor... Y me enseñas que este mandamiento amplio es la caridad, porque donde hay caridad no hay estrecheces... Señor, hazme morar donde hay amplitud de espacios... Concédeme amar lo que el hombre no, puede dañar: que te ame a ti, Dios mío, ame la hermandad, ame tu ley, ame tu Iglesia; que ame con ese amor que será eterno...

Concédenos, oh Dios, armarnos mutuamente. Haz que amemos a todos los hombres, aun a nuestros enemigos, no porque sean hermanos, sino para que lleguen a serlo; y haz que siempre estemos encendidos de ese amor fraterno, tanto para con el que lo fue, cuanto para con el enemigo, para que por el amor venga a ser hermano. Hazme comprender que siempre que amo a un hermano, amo a un amigo. Ya está conmigo, ya me es próximo en la unidad que se extiende a todos los hombres... Haz, Señor, que ame por mi parte, y ame con amor fraterno... Que todo mi amor se dirija a los cristianos, a todos tus miembros, oh Cristo Jesús... Haz que se extienda mi caridad a todo el mundo, por amor tuyo, porque tus miembros se extienden a todo el mundo. (S. AGUSTIN, **In 1 Jn** 10, 6-a).

CICLO C

«Señor, tú te compadeces de todos» (Sb 11, 23).

Nada extraño que vuelva tan frecuentemente el tema de la misericordia a la Liturgia dominical, porque Dios es misericordia infinita e inagotable y porque el hombre está sumamente necesitado de misericordia. Dios que lo ha creado es un acto de amor, lo crea de nuevo día tras día en un acto incesante de misericordia con el que remedia sus debilidades, perdona sus culpas y lo redime del mal. Es éste el concepto expresado en la primera lectura: «Te

compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho» (Sb 11, 23-24). Nadie puede subsistir sin la misericordia omnipotente de Dios que continúa amándolo y manteniéndolo en vida, a pesar de sus pecados e infidelidades, y lo sigue sin tregua para conducirlo a la salvación.

Lo que el libro de la Sabiduría afirma en línea general, lo demuestra el Evangelio del día (Lc 19, 1-10) con un hecho concreto y bien elocuente: la conversión de Zaqueo, el publicano. Antes de entrar en Jericó, había encontrado Jesús a un ciego que se dirigía a él en medio de la turba y clamaba pidiéndole el don de la vista. Poco después, mientras atraviesa la ciudad, Zaqueo, de baja estatura, se libra del gentío subiéndose a un árbol, deseoso también él de ver: quiere conocer al Maestro de quien ha oído hablar y cuya bondad con los publicanos tal vez ha sentido describir. Era, en efecto, algo inaudito que un maestro de Israel se ocupase de esos hombres esquivados y odiados por todos, a causa de su profesión de empleados del imperio romano, y tenidos por enemigos del pueblo. Zaqueo es su jefe y, por ello, más aborrecido que los otros; y, como todos lo conocen, no puede pasar desapercibido. Pero él no se preocupa de la gente ni teme exponerse al ridículo o a las mofas; sólo le interesa ver al Señor, y espera su paso espiando desde lo alto de un sicómoro. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa» (ib 5). Jesús sabe muy bien quién es Zaqueo: un recaudador enriquecido con dinero defraudado al pueblo; pero no lo desprecia ni siquiera se lo reprocha, antes se dirige a él con un gesto simpático de amistad: quiere ir a su casa. Zaqueo que nunca habría soñado proposición semejante, baja a toda prisa del árbol y acoge a Jesús lleno de gozo. La gente murmura escandalizada, pero él deja que digan; tiene cosas más importantes que tratar con el Maestro, que ya le ha tocado el corazón: «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más» (ib 8). Es la conversión radical. Ha bastado la presencia y la bondad del Señor para iluminar la conciencia de este hombre sin escrúpulos, atascado en el dinero y hecho a ganar con injusticias. Es que había en Zaqueo una buena disposición que lo ha abierto a la gracia: el deseo sincero de ver y encontrar a Jesús. Y ahora se siente decir: «Hoy ha sido la salvación de esta casa...; porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (ib 9-10). Al publicano, que los fariseos consideraban como un pecador perdido sin remedio, se le ofrece la salvación, y él la acepta abriendo su casa y su corazón al Salvador. El mismo ofrecimiento continúa haciendo Cristo a cada hombre: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3, 20). Dios, en su infinita misericordia, no se contenta con convertir a los hombres y perdonarlos, sino que les ofrece su amistad y les invita a la comunión con él.

Señor de poder y de misericordia, que has querido hacer digno y agradable por favor tuyo el servicio de tus fieles; concédenos caminar sin tropiezos hacia los bienes que nos prometes (**Colecta**).

Que este sacrificio [de la Eucaristía], Señor, sea para ti una ofrenda pura y para nosotros una generosa efusión de tu misericordia. (MISAL ROMANO, **Sobre las ofrendas**).

¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez justo!, aunque conozco mis culpas, no quiero huir de tu presencia..., antes, Señor, porque soy pecador, vengo a tu presencia como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas para que me concedas entero perdón de ellas.

¡Oh dulcísimo Jesús!, mírame con esos ojos de misericordia, y nunca los apartes de mí pues de tu vista misericordiosa pende que yo nunca me aparte de ti... ¡Oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de Los pecadores!, ¿con qué te pagaré, Señor, el amor y cuidado que conmigo tienes? ¿Quién se atreverá a acusarme o condenarme si tú me justificas y das por libre? ¿Cómo no me fiaré de tu misericordia, pues en tu presencia se deshace toda mi miseria? Tú me libras de las calumnias de los hombres y de las acusaciones de mis enemigos, perdonándome liberalmente la culpa para que no tenga lugar la condenación a la pena; y pues es tan copiosa tu misericordia, nunca cesaré de alabarte ni me cansaré de servirte por ella. (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, III, 27, 3-4).

357. YO HE VENCIDO AL MUNDO

«Señor, que me has amado y me has dado una esperanza dichosa, consuela y afianza mi corazón en toda obra y palabra buena» (2 Ts 2, 16-17).

1.— Pablo, encadenado por el Evangelio y atribulado por las condiciones de la cristiandad, escribía: «conforme a lo que aguardo y espero, en modo alguno seré confundido; antes bien, ahora, como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte» (Fl 1, 20). Todo apóstol necesita de esta esperanza inquebrantable, arraigada en Cristo, el cual, a despecho de todas las impugnaciones del mal, triunfará y salvará a os hombres mediante la entrega y los sacrificios, la vida y la muerte de sus testigos. «En el mundo tendréis tribulación —tiene dicho Jesús—; pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33); y para que los apóstoles no se sintiesen solos en la hora de la prueba, les aseguró; «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Sobre todo en los momentos oscuros, cuando el horizonte, no ofrece ni una ráfaga, de luz, cuando el enemigo triunfa, los amigos se retiran y no se vislumbra posibilidad de éxito, el apóstol necesita contar con el triunfo incontrovertible de Cristo y con su presencia y asistencia continua, aunque oculta e incomprensible. El apóstol se siente seguro en su esperanza porque Dios es, omnipotente y quiere que todos se salven, porque Jesús, ha muerto y

resucitado para dar vida al mundo, porque sus promesas son infalibles: «las puertas del infierno no prevalecerán» (Mt 16, 18). Apoyado en estos motivos, alimenta la «firme esperanza» de que, en definitiva, triunfará la gracia. Pero al mismo tiempo, para no exponerse a ilusiones, está cada vez más convencido de la necesidad de seguir la huella de Cristo en la tribulación. «Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a todos los hombres». Por otra parte, «será fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar... de sus aflicciones y dificultades» (LG 8), y para proseguir con confianza su misión. Compartiendo esta actitud, los apóstoles, lejos de dejarse abatir por el sufrimiento, dan testimonio de una «firme esperanza..., para poder consolar a los que sufren cualquier tribulación con la misma consolación con que Dios les consuela a ellos» (PO 13).

2.— También Jesús conoció las contradicciones y fracasos: cuando terminado su discurso en la sinagoga, los Nazaretanos indignados «lo llevaron a una altura escarpada... para despeñarlo» (Lc 4, 29); cuando, hasta por dos veces, los judíos escandalizados de sus palabras, «agarraron piedras para apedrearlo» (Jn 10, 31); cuando los fariseos conspiraban contra él para condenarlo a muerte; cuando los traicionó Judas, lo abandonaron los suyos y él, juguete de la soldadesca, fue flagelado, coronado de espinas, vestido como rey de burla, abofeteado, escupido; cuando fue pospuesto a Barrabás; cuando fue arrastrado al Calvario entre dos ladrones y crucificado en medio de ellos. Humanamente hablando, se puede decir que el apostolado de Jesús terminó en un clamoroso fracaso: muriendo como un malhechor. Todo esto ha de estar bien grabado en la mente del apóstol, para que no se escandalice cuando le acaezca algo semejante: «Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros» (Jn 15, 20).

A través de las persecuciones, las humillaciones y los fracasos, aprende el apóstol a no confiar en sus fuerzas, a convencerse de su insuficiencia y de la insuficiencia de todos los medios humanos y, por ello, a poner en Dios solo su esperanza. Aprende a trabajar únicamente por amor de Dios, sin buscar el consuelo del éxito, a prescindir de la opinión de los hombres y a obrar independientemente de su aprobación o desaprobación, atendiendo sólo al juicio de Dios. Las tribulaciones que halla en la actividad apostólica constituyen su noche oscura, comparable a la de los contemplativos; noche dolorosa, pero preciosísima, porque está ordenada a purificarle de todos los vestigios de amor propio, vanidad y asimiento a las criaturas o a su aprecio. Si la acepta bien, esta noche le conducirá a una pureza interior mayor cada vez y, por ello, a una comunión con Dios más profunda y a un apostolado más fecundo. Debe, pues, permanecer firme en la esperanza y, a pesar de todo, estar seguro del éxito tanto en la salvación de las almas a él confiadas, como en su propia santificación. «Así, pues, hermanos míos amados —exhorta San Pablo—, manteneos firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra

del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es vano •en el Señor» (1 Cr 15, 58).

Oh Cristo, yo pienso en tu reino, del que no soy digno. No deseo más que tu voluntad. Haz de mí lo que quieras, pero un día muéstrame abiertamente tu rostro, oh mi único amado...

Que me sienta impregnado de optimismo cristiano, testimonio de la fe más indefectible en tu victoria, oh Cristo. Oh Cristo, yo podré sufrir en el cuerpo o en el alma, pero eso no importa, porque tú eres glorioso. ¿Quién podrá impedir que vivas tú resucitado? ¿Qué mal hay que no pueda ser vencido? ¿Qué tristeza que no sea superada por la alegría?

Se trata de mi alegría. Ya no vivo yo: mi alegría, oh Cristo, es la tuya, oh Hijo de Dios, vencedor por medio de la cruz. No quiero hacerte el agravio de dejarme desanimar; sería como confesarte vencido, como si buscarse fuera de ti la victoria.

Oh Cristo, aunque todo me abandone y aunque parezca que tú mismo no me respondes ya, que sepa yo, al menos, que me darás fe para gritar que tú eres el solo Maestro, el solo Señor, el solo Altísimo, Jesucristo, Dios eternamente vencedor, y que en ti estoy siempre seguro de la victoria. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

¡Oh pasión de Cristo a la luz de la interminable eternidad!... Oh Jesús Crucificado, haz que la vida que me queda todavía por vivir aquí abajo sea siempre vivificada al pie de tu cruz, regada con tu preciosísima sangre y por las lágrimas amarguísimas de la Dolorosa, madre tuya y madre mía...

Delante de ti, oh Señor, soy pecador y polvo. Vivo por tu misericordia, a la que debo todo y de la que todo lo espero; a ti me someto hasta en el dejarme transformar todo por tus dolores y sufrimientos, en completo abandono de absoluta obediencia y conformidad con tu voluntad. Ahora más que nunca, y mientras viva y en todas las cosas, obediencia y paz. Te pido la disponibilidad completa a vivir y a morir, cómo San Pedro y como San Pablo, y a recibirlo todo, hasta cadenas, sufrimientos, anatema y martirio, por la santa Iglesia y por todas las almas redimidas por ti. Siento la gravedad de mi compromiso y tiemblo, pues me conozco débil y deleznable. e confío a ti, Cristo crucificado, y a tu Madre, y miro al eternidad. (JUAN XXIII, **Diario del alma**, 1961).

358. COMO EL BUEN PASTOR

«Oh Jesús, pastor y guardián de nuestras almas, haz que siga yo tus huellas», (1 Pe 21 25).

1. — Repetidas veces el Vaticano II presenta la caridad del buen Pastor como norma y modelo de la caridad apostólica (LG 41; PO 13). Para ser cristianos y, más aún, para ser apóstoles, no basta un amor fundado en la simpatía humana; hace falta la caridad teologal, que parte de Dios para volver los hombres a Dios; y esta caridad no ha de ser teórica, sino concreta,

vivida, basada en la experiencia del amor que Dios tiene a los hombres. Sólo así es posible amar al estilo de Cristo.

El amor de Cristo a los hombres está perfectamente centrado en el Padre y procede de la caridad del Padre, que nadie como él conoce y posee. Y a la vez es amor perfectamente humano. Ama, pues, con amor divino, pero también con verdadero «corazón de hombre» (GS 22), tomando todas las formas y delicadezas del amor humano, para hacerse comprender de las criaturas. Cristo se adapta a todos y es de todos; pobres, enfermos, pecadores, doctores de la ley, niños y gente sencilla pueden acercársele y reclamar su tiempo y sus cuidados. El se da sin reserva: cuando se sienta fatigado junto a una fuente, está allí la Samaritana a quien convertir; cuando sus discípulos le traen de comer, declara que su manjar es la voluntad del Padre; cuando se compara a un buen pastor, dice: «yo doy mi vida por las ovejas» (Jn 10, 15); cuando se despidе de sus discípulos, no se contenta con consolarles verbalmente, sino que se da a ellos en comida. Cristo es totalmente del Padre y al mismo tiempo se da totalmente a los hombres, no sólo hasta la muerte de cruz, sino hasta dejarse literalmente «comer» por ellos. Antes de dejar a sus apóstoles, dijo: «Ameos unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12); y los apóstoles comprendieron. Juan escribe: «Si él ha dado su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3, 16). Pedro exhorta: «Apacientad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios» (1 Pe 5, 2).

Sólo por la contemplación del misterio de Cristo podrán los apóstoles de todos los tiempos tener una experiencia viva y concreta de su caridad, semejante a la que los primeros apóstoles obtuvieron de la convivencia con el Maestro.

2.— San Pablo sacó su ardiente caridad apostólica de la asidua penetración y contemplación del misterio de Cristo, siempre presente en su espíritu, por el que intuyó «cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y... el amor de Cristo que excede todo conocimiento» (Ef 3, 18-19). Esto le hizo capaz de prodigarse por la salvación de los hermanos con un amor semejante al del Salvador. «El corazón de Pablo es el corazón de Cristo», ha dicho el Crisóstomo.

«Nos mostramos amables con vosotros, como una madre que cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habíais llegado a sernos muy queridos» (1 Ts 2, 7-8). Con este estilo se presenta y actúa San Pablo en medio de los fieles; no hace valer su autoridad de apóstol, sino su amor, con una actividad no sólo paterna, sino hasta materna. Y cuando se ve en la necesidad de amonestar o reprender, lo hace con firmeza, pero sabe usar modales llenos de afecto: «¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros», escribe a los Gálatas que se están desviando del recto camino (4, 19).

Con ternura y solicitud de madre, se gasta el apóstol por sus hijos espirituales: los engendra a Cristo en medio de tribulaciones y fatigas apostólicas y no deja de asistirlos nunca con toda premura. Lo hace a gusto, hasta con alegría, porque sabe que lo que para él es sacrificio, para ellos es vida. Este es el estilo que asegura la eficacia del apostolado. Todos los métodos e invenciones de la ciencia humana fallan si no van acompañados de una caridad generosa, por la que el apóstol no sólo sea pródigo de ayudas y de obras, sino se prodigue a sí mismo con un amor que sea reflejo vivo de la caridad de Cristo. Y es justamente «la caridad del buen Pastor» la que mueve a los apóstoles y particularmente a los sacerdotes «a dar su vida por sus ovejas..., a ejemplo de los sacerdotes que, aun en nuestros días, no han rehusado dar su vida» (PO 13).

Te pido, Dios mío, que hagas nacer en mí una gran compasión de los pobres y los pecadores, que es la base de la caridad; sin esta compasión espiritual no podré hacer nada. Suscita en mí esa caridad divina, para que pueda salir al encuentro de las miserias del prójimo y decir como tú, oh Jesús: «Venid a mí y os aliviaré».

Haz que te imite en tu bondad con los niños, cuando los llamabas a ti y les dabas muestras especiales de ternura y afecto. Quiero hacer con ellos de padre y de madre, ocupándome de ellos con afecto sincero, para ganar sus almas para ti...

Oh Maestro divino, imprime en mi corazón esta palabra tuya: «Misericordia quiero, que no sacrificio», y enséñame a ganar los corazones con el amor y no con la rigidez o severidad... Ayúdame a no rehusar nunca un servicio a quien sea, con gozo y alegría, considerándome por caridad siervo de todos. Quiero tomar como divisa esta palabra tuya: «Tomad y comed», considerándome como un pan espiritual que debe alimentar a todos, con la palabra, con el ejemplo y con la abnegación. (A. CHEVRIER, **El verdadero discípulo de Cristo**).

Tú, oh Cristo, has querido al sacerdote como reconciliador e intercesor; para eso ha sido consagrado: para orar por el mundo a fin de unirlo a Dios, ofrecer el sacrificio de la reconciliación, ofrecerse a sí mismo contigo como víctima y perdonar a los pecadores en tu nombre. ¡Hasta qué punto no deberá estar revestido de tu caridad! Tú quieres que el corazón de tu sacerdote sea un corazón devorado, abrasado, sediento, doliente, atormentado, triturado, víctima; un corazón magnánimo, tierno, que se compadece...

Experimento una verdadera tortura: ¡Oh Amor, tú no eres amado! ¡Habría tanto que hacer! Quisiera estar doquiera, gritar al mundo tu amor, ser sobre todo yo mismo imagen tuya... oh Señor, tú no me impedirás conquistar para ti a mis hermanos. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

359. LO QUE HEMOS CONTEMPLADO

«Señor, que comience a conocerte como tú me conoces» (1 Cr 13, 12).

1.— «¿No soy yo apóstol? ¿Acaso no he visto yo a Jesús, Señor nuestro?» (1 Cr 9, 1). San Pablo reivindica su título de apóstol indicando su fundamento: ¡También él ha visto al Señor! La admisión de Matías en el colegio apostólico se guió por un criterio semejante: escoger un testigo ocular de la vida de Jesús, que pudiese hablar por experiencia directa, porque «había visto».

Aunque en sentido más amplio, nadie puede ser verdadero apóstol si no está en situación de testimoniar a Cristo a base de un conocimiento y de una experiencia personal que en cierto modo le haya permitido «ver al Señor». No se piense en visiones o comunicaciones extraordinarias, como sucedió con Pablo en el camino de Damasco; pero es indispensable ese conocimiento íntimo de Cristo que se funda en la fe y en el amor que se dan en la contemplación. Esta experiencia personal de Dios y de Cristo es menos rara de lo que se cree. «El que me ame..., yo le amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21). En la raíz de toda vocación a seguir a Cristo hay casi siempre una gracia de este tipo, gracia que hay que fomentar en la oración y la comunión íntima con el Señor, para que se desarrolle y venga a ser la fuente de todo el apostolado.

El apóstol debe hallar tiempo —y hay que saber sustraerlo a las charlas inútiles, a los pasatiempos o hasta al descanso— para estar a diario, como María, a los pies del Maestro escuchando su palabra. Sin esta comunión íntima con Cristo, ¿cómo podrá conocerlo y anunciarlo? ¿Cómo tendrá fuerza de convicción? Todo apóstol debería poder decir con S. Juan: «lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida... lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos» (1 Jn 1, 1.3).

2.— Cuando afirma el Concilio que los sacerdotes deben subir «a una mayor santidad» mediante los cuidados, las tribulaciones y hasta los peligros del apostolado, les indica el camino: «alimentando y fomentando su acción en la abundancia de la contemplación» (LG 41). Para que la contemplación no sea una palabra vacía o un sinónimo de ilusiones fantásticas, se precisa empeñarse fielmente en la oración personal. Si la celebración de la eucaristía y los otros sacramentos son la cumbre de la comunión con Dios, pues lo hacen particularmente presente al cristiano, es necesario que esa comunión sea vivida conscientemente. «Mas si no hacemos caso de él —escribe Santa Teresa—, sino, que en recibéndole [en la Eucaristía], nos vamos de con él a buscar otras cosas más bajas, qué ha de hacer? ¿Hanos, de traer por fuerza a que le veamos que se nos quiere dar a conocer?... Que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas y dar de Sus tesoros, no quiere sino a los que entiende que mucho le desean» (C 34, 13).

El apóstol deseoso de conocer al Señor y sediento de intimidad con él, no se deja envolver por la actividad, sino que la ordena de modo que pueda dedicar cada día un tiempo suficiente a la oración personal, recordando el aviso de Jesús: «te afanas y preocupas por muchas cosas; sola una es necesaria» (Lc 10, 41). La esencial, la única cosa necesaria para sí y para los otros es la comunión íntima con Dios, sin la cual es imposible una auténtica comunión de caridad con los hermanos y sin la cual las obras apostólicas se reducen a pura actividad humana. Es cierto que en virtud de la ordenación sagrada, el sacerdote, aunque no tenga una vida espiritual intensa y aun esté privado de la gracia santificante, administra válidamente los sacramentos; pero es también cierto que su palabra, su ejemplo y su actividad personales tendrán bien poco influjo y eficacia. De todos modos, aun comunicando, la gracia a los demás, el ejercicio de por sí tan santo del ministerio, no le santificará a él. Se impone, pues, a todo apóstol la necesidad de ser hombre de oración de modo que llegue a la «abundancia de la contemplación para consuelo de toda la Iglesia de Dios» (LG 41).

Oh Cristo, enséñame a levantar los ojos y el corazón a ti, a invocar sobre mí y sobre el mundo las corrientes de la caridad, a saciarme en la oración, a vivir de ella, a dirigir su corriente hacia todas las almas sedientas...

Oh Jesús, Señor mío, te contemplo en tus viajes en busca de nuestras almas: estás cansado, has atravesado en pleno mediodía la ardiente arena del desierto, y te sientas sobre el brocal del pozo de Jacob. Tienes sed y te dignas pedirnos agua. No la mendigas para ti, sino para nosotros: tienes sed de darte a ti mismo, porque el agua que hasta ahora hemos bebido no nos sacia sino por un día, y tú nos abres la fuente de una eterna primavera, de la que brota una bebida de vida eterna... ¡Oh, si conociésemos tu don!...

Mas para penetrar esas maravillas haría falta ser el Espíritu Santo y leer en tus divinas profundidades... A tus apóstoles les das, oh Señor, la comunicación de estos secretos; el Espíritu de nuestro apostolado no es el espíritu del mundo, sino el que procede de ti, con la misión de revelarnos los tesoros divinos de tu gracia... Por eso, en vano tentaría el hombre de asimilar las cosas de tu Espíritu, pues dispone sólo de recursos naturales... Haz, Señor, que yo me mantenga en dependencia de tu Espíritu..., que no me funde en otros juicios que en los del Espíritu Santo... ¡Ojalá pudiera comprender mi misión de apóstol y penetrarme de ella; ojalá pudiera poseer tu Espíritu, oh Cristo, y vivir de él! (D. MERCIER, **La vida interior**, 6).

Oh Jesús, tú quieres que el corazón de tu sacerdote esté lleno de amor, como quieres que su mente esté resplandeciente de verdad y de doctrina. Oh Jesús, dame el amor a ti; un amor ardiente, fervoroso, vibrante y abierto a todas las efusiones de mística intimidad que hacen tan atrayente el ejercicio de la piedad sacerdotal, de la oración..., a la cual poderse abandonar es delicia y manjar sabroso y sólido del espíritu; es fuente perenne de ánimo, de consuelo en las dificultades, a veces en las asperezas de la vida y del ministerio sacerdotal y pastoral.

Dame el amor a la santa Iglesia y a las almas, en especial a las que han sido confiadas a mis cuidados y a mis más sagradas responsabilidades: almas pertenecientes a todos los estratos sociales; pero con particular interés y solicitud, las almas de los pecadores, de los pobres de toda suerte... llevando a todo ese conjunto de relaciones la inspiración de la caridad evangélica. (JUAN XXIII, **Discursos, mensajes, coloquios**, v 2).

360. EN LA VOLUNTAD DE DIOS

«Concédeme, Señor, un conocimiento pleno de tu voluntad para agradarte en todo» (CI 1, 9-10).

1.— «Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros» (FI 1, 23-24). San Pablo lucha entre dos alternativas: su amor a Cristo le mueve a querer unirse definitivamente a él en la patria, pero su amor a los hermanos lo retiene para continuar trabajando en su provecho. Algo así pasa en la vida de todo apóstol que ama intensamente: el deseo de intimidad con Dios le lleva a la oración, el amor a los hermanos le mueve a entregarse a su servicio. Esto, sin embargo, no debe crear un dualismo divergente que ponga al apóstol en una especie de angustia, como si la actividad externa constituyese un peligro continuo a su comunión con Dios, sino que se ha de resolver en una armonía profunda que conduzca lo más posible a la unidad. En efecto, contemplación y acción, comunión con Dios y comunión con los hermanos nacen de una misma raíz, la caridad teologal, y tienden a un mismo fin, que es también la caridad. Pero mientras en el cielo la caridad sumergirá al hombre en una incesante comunión con Dios haciéndole reencontrar en él todas las criaturas, aquí en la tierra exige un servicio activo a los hermanos, por el que es imprescindible interrumpir el acto formal de la oración y contemplación.

Para conseguir armonizar estas dos tensiones esenciales de la vida cristiana, afirma el Concilio que no basta «ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni... la sola práctica de los ejercicios de piedad» (P9, 14). Es preciso ir más a fondo y mirar al principio interior de unidad que anima a un mismo tiempo la actividad y la oración, las relaciones con Dios y las relaciones con los hombres. Y ese principio no puede ser otro que la caridad teologal considerada en su aspecto esencial y concreto de total adhesión a la voluntad de Dios, practicada no sólo en la oración, sino en la actividad. Entonces la actividad externa, aunque interrumpa la contemplación, no interrumpe la comunión con Dios que es esencialmente comunión con su voluntad. El Padre, decía Jesús, «no me deja solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él» (Jn 8, 29).

2.— El apóstol puede «reducir a unidad su vida interior con el tráfigo de la actividad externa», siguiendo en el ejercicio de esa actividad «el ejemplo de

Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra». En este sentido se exhorta a los sacerdotes a unirse «a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre, y en el don de sí mismos por el rebaño que les ha sido confiado» (PO 14). Descubrir y hacer la voluntad del Padre es unirse a él, es vivir en continua comunión con él. Toda la ascética del cristiano, y por ello del apóstol, tiende a despojarlo del egoísmo, del amor propio y del asimiento a sus puntos de vista y a su voluntad, para que esté totalmente disponible a la voluntad de Dios no sólo en la oración, sino en toda su vida, en toda su actividad.

Jesús se ocupó únicamente de la obra a él confiada por el Padre y ordenó su desarrollo según las «horas» y modos fijados por el Padre. «No ha llegado todavía mi hora» (Jn 2, 4), dice en Caná; no quiere ni anticipar ni retrasar la voluntad del Padre, sino que vive a la espera de «su hora»: la hora de la vida escondida, o la de los milagros, la de la actividad apostólica o la de la oración solitaria, o en fin la hora de la Pasión. No quiere cumplir su misión de modo diferente al establecido por el Padre, por eso rechaza al demonio que le propone un mesianismo de gloria terrena (te 4, 3-12), y trata del mismo modo a Pedro cuando éste se opone a su Pasión.

La adhesión total de Cristo al Padre ha de ser la forma de toda vida cristiana y en particular de la apostólica; pero eso será imposible si no se penetra, «por la oración, cada vez más en el misterio de Cristo» (PO 14). Es la oración personal, escucha del Señor y relación de amistad con él, lo que crea en el orante una afinidad espiritual con Cristo y con su misterio; es la oración lo que le da luz para descubrir la voluntad de Dios y discernirla de la propia y de las voces de la tentación, de la naturaleza o del orgullo; y es en la oración donde el apóstol saca el amor y la fuerza para cumplir la voluntad del Padre.

Haz, Señor, que mi oración produzca en mí la sed de darme, y mi donación produzca a su vez el deseo ardiente de recogerme para recibir; haz que viva de esta unidad y de esta armonía profunda que es la unidad misma de la caridad... Que mi oración genere donación y que el don mismo genere oración... Ayúdame, Señor, a acostumbrarme a la verdad profunda, a la intensidad de la vida, a la ofrenda consumante del amor, de ese amor que en la oración suscita sed de obras y en la multiplicidad de las obras suscita la sed inextinguible del que es Uno. (G. CANOVAI, **Suscipe, Domine**).

Señor, haz que sea yo indiferente; me parece que ya lo soy, y si lo soy es por mérito tuyo. Te pido humildemente que hagas en mí de la indiferencia una disposición permanente. Concédeme una gran lealtad, una mirada lineal y absolutamente recta.

Te pido el auténtico espíritu de obediencia: saber informar, proponer las cosas con calma; estar pronto a renunciar libremente a mis deseos y opiniones, «con toda la impetuosidad de una voluntad que tiene por único norte la obediencia». (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

Mi voluntad es tuya, Señor, a ti te la inmoló. Lo que tú quieres está bien, siempre bien; lo que yo quisiera, podría no estarlo. Mi voluntad debe plegarse ante la tuya; domínala, purifícala, transfórmala.

Los ángeles y los santos en el cielo ven y alaban tu infinita sabiduría; yo no la veo, pero creo en ella. Bendigo tus voluntades pasadas y presentes y espero con confianza llena de amor tus voluntades futuras. No hay suceso ninguno que no me traiga, en tu nombre, un ofrecimiento de amistad, una propuesta de unión, una prenda de bienaventuranza. Todos los designios de tu providencia son misericordiosos y fieles..., mas para experimentarlo haz que acepte tu alianza divina y desee recoger sus frutos... ¡Bendito sea tu nombre, Señor, ahora y por siempre! (D. MERCIER, **Escritos y discursos**).

361. ENCADENADOS POR EL ESPÍRITU

«Señor, que me deje guiar de tu Espíritu» (Rm 8, 14).

1. — El apóstol, «como atado por el Espíritu, se guía en todo por la voluntad de Aquel que quiere que todos los hombres se salven» (PO 15). El Vaticano II, inspirándose en la actitud de San Pablo, que en sus iniciativas apostólicas se guiaba por el Espíritu, hasta el punto de declararse «encadenado» por él (He 20, 22), reconoce en la total dependencia del Espíritu y, por tanto, de la voluntad salvífica de Dios, una de las características esenciales del apóstol verdadero. Este ya no se pertenece, no se regula ni se mueve según sus puntos de vista, sino que está enteramente entregado a Dios, en una continua comunión vital con él, el cual le conduce y usa según su beneplácito para la salvación de los hermanos. Se trata de una orientación que escolta toda la personalidad del apóstol con sus valores humanos y con sus recursos de gracia, y en todos los aspectos interiores y exteriores de su vida, únicamente para Dios y a servicio de su plan salvador de todos los hombres. Es una orientación que expresa el ideal de la santidad apostólica, pero que, antes de hacerse realidad vivida en plenitud, exige un largo y asiduo trabajo de ascesis y purificación espiritual, un fatigoso esfuerzo para concretar en la vida cotidiana y en la prolongada actividad apostólica, la disposición de perfecta apertura a Dios y a su voluntad vislumbrada, deseada y buscada en la oración. La oración personal tiene siempre un papel de capital importancia, porque es sobre todo en la oración donde el Espíritu Santo instruye, ilumina, estimula y entrena la voluntad del hombre para plegarse a la voluntad de Dios. San Pablo ha debido de tener una experiencia profunda de él, para llegar a captar los «gemidos inefables» del Espíritu que ruega en el corazón del cristiano y lo pone en actitud de hijo en presencia del Padre celestial (Rm 8, 15-2). Esta orientación, con todo, no puede limitarse a la oración y a los actos estrictamente religiosos, antes debe penetrar e inspirar toda la vida cristiana, para que toda se desarrolle bajo el influjo del Espíritu en la voluntad del Padre.

2.— Pablo VI, hablando a los sacerdotes acerca de la oración como «coloquio íntimo con Cristo», los pone en guardia contra el peligro de creer que dicho coloquio «retarde el desenvolvimiento del apostolado exterior y sirva acaso hasta de evasión de la molesta y pesada fatiga de la entrega al servicio ajeno... no, más bien es estímulo de la acción ministerial y fuente de energía apostólica, y hace eficaz la relación misteriosa entre el amor a Cristo y la dedicación pastoral» (Enseñanzas, v 6). Quien descuidase la oración personal con pretexto de que lo importante es vivir la relación con Dios en el servicio a los hermanos, en la práctica se haría incapaz de realizar esto y acabaría por reducirse a una actividad puramente horizontal. Dada la limitación del hombre, es imposible vivir una comunión personal con Dios en la vida, si a esta comunión se le dedica un tiempo exclusivo suficiente. Por otra parte, existe también el peligro contrario, o sea, el de contentarse con la comunión con Dios en la oración y no esforzarse bastante para hacerla eficaz en la vida. La adhesión a Dios tiene que ser total: Dios quiere al apóstol todo para sí y no sólo en los momentos de oración. El cristiano debe vivir conscientemente su «estar en Cristo», tanto en la oración como en la acción, para que no suceda ese deplorable divorcio «entre la fe y la vida», que la Iglesia denuncia «como uno de los más graves errores de nuestra época» (GS 43).

«¿Quién nos separará del amor de Cristo?», grita el Apóstol (Rm 8, 35). Quien en la oración está de veras unido a Cristo, encadenado por el Espíritu» y entregado a la voluntad del Padre, lo está también en la acción, aun cuando esto no se realice sin tensión, aplicación y diligencia personales. Pero cuando, después de no breve trabajo, la oración se armoniza con la vida, hasta el punto que la primera se desborda en la acción y la acción lleva de nuevo a la oración, entonces tiene lugar esa unidad profunda por la que los contemplativos se hacen necesariamente apóstoles y los apóstoles, contemplativos. El cartujo y la enclaustrada manifestarán su celo apostólico en una oración y en una inmolación más intensas cada vez por la salvación de los hermanos, y los apóstoles se harán auténticos contemplativos en la acción, llevando a Dios y siendo llevados por Dios en toda actividad.

¡Oh Fuego divino, excitad en todos aquellos que participan de vuestro apostolado, los ardores que transformaron a los dichosos ejercitantes del Cenáculo! Ellos serán entonces, no ya simples predicadores del dogma y de la moral, sino transfusores vivientes de la sangre divina en las almas.

Haced, oh Espíritu de luz, que entiendan con toda claridad y se convenzan firmemente de que su apostolado no será eficaz sino en la medida que vivan ellos mismos de esta vida sobrenatural íntima, de la que Vos sois el principio soberano y Jesucristo la fuente.

¡Oh Caridad infinita, encended en sus voluntades una sed abrasadora de Vida interior! Penetrad sus corazones de sus suaves y poderosos efluvios, y hacedles sentir que, aun en esta tierra, no hay verdadera dicha más que en esta vida, imitación y participación de la vuestra y de la de! Corazón de Jesús en el seno del Padre de todas las misericordias y de todas las ternuras...

¡Oh Jesús, Apóstol por excelencia! ¿Ha habido alguno que se haya sacrificado jamás tanto como Vos, cuando habitabais entre nosotros? Y hoy día os dais más aún al hombre por la Eucaristía, sin alejaros por eso del seno de vuestro Padre. Haced que jamás olvidemos que no queréis reconocer ni aceptar nuestros trabajos, si no van animados de un principio verdaderamente sobrenatural y se hallan bien arraigados en vuestro corazón adorable. (G. B. CHAUTARD, **El alma de todo apostolado**, Prólogo; III, c. 2).

Por tu gracia, Señor, en mi empeño de apostolado todo ha procedido de una absoluta, serena, amable, diría yo hasta silenciosa inspiración tuya a este tu pobre siervo, que sin mérito alguno suyo, fuera del simplicísimo de no discutir sino secundar sencillamente y obedecer, ha podido resultar instrumento no inútil de honor a ti, oh Jesús, y de edificación para muchas almas... Que sepa yo continuar esperando y expresando con fe, con modestia y con fervor confiado, las buenas inspiraciones de tu gracia que preside el gobierno del mundo y lo conduce a las más altas finalidades de la creación, de la redención y de la glorificación final y eterna de las almas y de los pueblos...

Duero insistir en el cuidado de las santas intimidades contigo, Señor: manteniéndome en tranquila y amorosa conversación contigo, «palabra del Padre hecha carne», centro y vida del Cuerpo místico; y manteniéndome de continuo en la divina fraternidad —divina y humana—, por la que soy hermano tuyo de adopción y, contigo, hijo de María, tu Madre. (JUAN XXIII, **Diario del alma**, 1961).

362. LLAMADOS A LA COMUNION CON DIOS

«Señor, que me amaste primero, haz que sepa yo corresponder a tu amor» (1 Jn 4, 19).

1. — «Dios creó al hombre incorruptible; lo hizo imagen de su misma naturaleza» (Sb 2, 23). Dios creó al hombre a su imagen para levantarlo al grado más alto a que criatura humana puede llegar: a la comunión personal con él. Todos los dones de naturaleza y de gracia otorgados al hombre, la historia entera de la salvación y la misma Revelación tienen ese objeto. «Dios —afirma el Vaticano II— ha llamado y llama al hombre a adherirse a él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina» (GS 18). El, «movido de amor, habla a los hombres como amigos, y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía» (DV 2). Estructurado para alcanzar este fin altísimo, el hombre tiene en sí mismo el ansia de lo infinito, de lo divino y eterno, y experimenta que los bienes terrenos no bastan a saciarlo. Sólo Dios puede dar «respuesta a los profundos deseos del corazón humano» (GS 41); sólo llegándose a él puede el hombre hallar la paz, y la satisfacción de sus aspiraciones y de su sed de amor y de felicidad eterna. «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (S. Agustín, Conf., I, 1, 1).

La vida del hombre adquiere su verdadero sentido y su auténtico valor cuando se convierte en un viaje de vuelta al Dios que nos ha creado para sí y cuando se hace respuesta al Dios que lo llama a una comunión consigo. Si no estuviese la Escritura para atestigüamos la verdad de esta afirmación, se podría pensar en un sueño o en una piadosa ilusión; pero la Palabra de Dios es clara, y esa palabra definitiva ha sido pronunciada por el Verbo de Dios hecho carne: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Lo ha dicho Jesús, y no se puede poner en duda. La comunión con Dios es posible al hombre, y se realiza por la caridad, o sea, por el amor teologal que el Espíritu Santo derrama en el corazón de todo creyente. El que vive en el amor, ya está en camino, o mejor, vive ya su comunión con Dios. «Quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16).

2. — Dios nos ha concedido «las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4). Del Antiguo al Nuevo Testamento, todas las promesas de Dios y la misma venida del Salvador se resuelven en la participación al hombre, ya creado a su imagen, de su misma naturaleza y, por ende, de su vida divina. Es el misterio de la gracia de Cristo, que introduce al hombre en la familia de Dios y en la comunión vital con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Sólo sobre esta base es posible hablar de unión y comunión con Dios. San Juan de la Cruz observa que no todos los hombres poseen esos dones —los pecadores, por ejemplo, los han perdido—, y los que los tienen y están en gracia, «no [están] en igual grado; porque unos [están] en más, otros en menos grado de amor. De donde a aquella alma se comunica Dios más que está más aventajada en amor, lo cual es tener más conforme su voluntad con la de Dios» (S II, 5, 4).

El punto de partida para la comunión con Dios está marcado por la iniciativa divina que infunde en el hombre la gracia y el amor. Sin estos dones el hombre no podría amar a Dios con amor de amistad, ni podría aspirar a la comunión con él. «Nosotros amemos, porque él nos amó primero» (1 Jn 4, 19). El amor del hombre a Dios nunca es una iniciativa, sino una respuesta; pero una respuesta necesaria para poder crecer en la gracia y en el amor recibidos, hasta que todo su ser y su vida queden penetrados, santificados y transformados. Del estado inicial de gracia y de amor a una vida plena de comunión con Dios hay una distancia que Dios mismo se encarga de salvar con una efusión cada vez más abundante de sus dones, pero a condición de encontrar al hombre empeñado en corresponder a ellos. «Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la unión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro», exclama San Pablo (1 Cr 1, 9). De la fidelidad de Dios no cabe dudar: el que ha invitado al hombre a la comunión consigo, quiere llevar a cabo su plan; mas para hacerlo, espera la respuesta generosa y fiel de su criatura. Por eso se comunica a ella en la medida que la encuentra adelantada en el amor.

Señor, necesito poseerte plenamente para saciar mi ansia devoradora de amor... Y tú, Señor, con tu ternura, escuchas y atiendes esta ansia inspirada por ti mismo; tú puedes y quieres satisfacer este corazón creado para contenerte, y sólo con lo infinito, que tú mismo eres, puedes colmar esta necesidad indómita de vida y de amor.

Como la más cariñosa de las madres, lo deseas tú con ardor divino. ¿Quién puede medir o escrutar el amor infinito que tienes al hombre, obra de tus manos?... ¡Oh! sí; necesito poseerte plenamente para saciar mi corazón y alimentar la necesidad infinita de amor que lo consume... El corazón del hombre es un abismo cuyo fondo tú sólo, Señor, conoces; abismo que tú sólo puedes colmar; cualquier criatura es vana e insuficiente para ello. No hay en ella apoyo, plenitud, saciedad, bien verdadero, sacrificio desinteresado ni voluntad decididamente eficaz para satisfacer nuestro pobre corazón... ¿Dónde hallaré tanto amor y tanta vida que satisfaga esa necesidad intensa de amor y de vida que tú, Señor, has puesto en mí? ¡Ah! Se precisa un centro, un hogar verdadero y perfecto en el que encuentre libre expansión y reciprocidad. ¿Dónde encontrarlo sino en ti, Señor, pues para ti ha sido hecho nuestro corazón? (BTA. M. TERESA SOUVIRAN).

Jesús, ¡quién me concederá tener un solo espíritu contigo! Señor, rechazo toda la abundancia de criaturas, buscando sólo tu unión. ¡Oh, mi Dios, tú sólo eres lo único necesario a mi alma! ¡Ay, amigo de mi corazón, une mi pobre y única alma a tu única bondad! Tú eres todo mío, ¿cuándo seré todo tuyo? El imán atrae al hierro y se une íntimamente a ¡Oh Señor, imán de mi alma, atrae mi corazón, estrecha, aprieta, une mi espíritu con tu pecho paternal! Si he sido creado para ti, ¿cómo es que no soy todavía tuyo? Introduce esta gota de espíritu, que me has dado, en el mar de tu bondad del cual procede. Señor, puesto que tu Corazón me ama, ¿por qué no me arrebatará si tanto lo deseo? Atráeme y correré en pos de tus atractivos para arrojarme en tus brazos paternos y no separarme jamás de ellos por los siglos de los siglos. (S. FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, VII, 3).

363. DOMINGO XXXII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Señor, que esté yo preparado para, a tu llegada, entrar contigo al banquete de bodas» (Mt 25, 10).

El núcleo de la liturgia de hoy es el grito que se oye a medianoche: «¡Que llega el esposo; salid a recibirlo!» (Mt 25, 6). El Esposo es Cristo; viene de improviso a llamar a su banquete eterno a los creyentes, simbolizados en las diez vírgenes que velan a la espera de ser introducidas en la boda. En esta parábola (ib 1, 13) las relaciones entre Dios y el hombre se presentan — como sucede con frecuencia en el Antiguo Testamento — como relaciones nupciales. El Hijo de Dios, encarnándose, se desposó con la humanidad por esa unión indisoluble que hace de él el Hombre-Dios; consumó luego este

desposorio en la cruz, por la que redimió a los hombres y los unió a sí agrupándolos en la Iglesia su esposa mística. Pero no le basta esto: Cristo quiere celebrar sus desposorios místicos con cada alma consagrada a él por el bautismo. «Os tengo desposados con un solo esposo —escribe San Pablo a los Corintios—, para presentaros cual casta virgen a Cristo» (2 Cr 11, 2). A esta luz la vida del cristiano puede considerarse como un compromiso de fidelidad nupcial a Cristo, fidelidad delicada, presurosa, ardiente e inspirada en un amor que no admite compromisos. La vida transcurrida así es una espera vigilante del Esposo, ocupada en buenas obras, las cuales, según el simbolismo de la parábola, son el aceite que alimenta la lámpara de la fe. Las vírgenes prudentes están bien provistas de él, por lo tanto pueden arrostrar lo prolongado de la vigilia nocturna y encontrarse prontas para el recibimiento del esposo. En cambio, las vírgenes necias, que representan a los cristianos descuidados en el cumplimiento de sus deberes, ven que sus lámparas se apagan sin remedio, llegan luego tarde y llaman inútilmente: «¡Señor, Señor, ábrenos!» (Mt 25, 11). No basta invocar a Dios para salvarse; se requiere «la fe que actúa por la caridad» (Gl 5, 6). Por eso las vírgenes necias tienen que escuchar: «No os conozco» (Mt 25, 12); es la misma respuesta dada a los que han predicado el Evangelio pero no lo han practicado: «Jamás os conocí; alejaos de mí» (Mt 7, 23). Cristo los conoce muy bien a éstos, pero no como ovejas de su grey, porque no escucharon su voz, ni como amigos, porque no guardaron sus mandamientos; por eso los excluye de la intimidad de las bodas eternas. La llegada del esposo a medianoche y con retraso indica que nadie puede saber cuándo abrirá el Señor para él las puertas de la eternidad y justifica la exhortación final: «Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora» (Mt 25, 13).

La primera y segunda lectura giran en torno al Evangelio. La primera (Sb 6, 12-16) es como un preludio, que alaba la búsqueda de la sabiduría que procede de Dios y se ordena a su servicio. «Pensar en ella es prudencia consumada, y quien vela por ella pronto se verá sin afanes» (ib 15). Esta sabiduría hace al hombre prudente, le enseña a no gastar la vida en cosas vanas, sino a emplearla en el servicio y en la espera de Dios. Quien temprano la busca, no se hallará desprevenido a la llegada del Esposo.

La segunda lectura (1 Ts 4, 13-18) concluye el tema con la instrucción de San Pablo a los Tesalonicenses sobre el destino eterno del hombre. Ante la muerte de sus seres queridos, los Tesalonicenses se afligían «como los que no tienen esperanza» (ib 13), porque no sabían aún que los creyentes, habiéndose incorporado a Cristo, están llamados a participar en su gloria. «Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él» (ib 14). La fe y la unión a Cristo valen no sólo para esta vida, sino también para la muerte, la resurrección y la glorificación. Esta es la meta luminosa a la que el creyente debe mirar para estar en vela a la espera del Esposo y para ver con serenidad la muerte, que lo introducirá en las bodas eternas donde estará «siempre con el Señor» (ib 17).

Me conservo pura para ti, y con la lámpara encendida te salgo al encuentro, Esposo mío...

Vayamos al encuentro del Esposo, con vestiduras blancas, con lámparas... Despertémonos, antes que el Rey atraviere el umbral...

Me he mantenido apartada de la felicidad de los mortales, llena de deliquios, de los placeres de una vida alegre, del amor; en tus brazos que dan la vida, busco refugio, deseo contemplar para siempre tu belleza, ¡oh Beatitud!... He olvidado mi patria porque deseaba tu gracia, oh Verbo; he olvidado los grupos de las doncellas de mi edad, el orgullo de mi madre y de mi raza, porque tú, oh Cristo, eres todo para mí...

Dador de vida eres tú, oh Cristo. Yo te saludo, luz sin ocaso. Acoge este grito. El coro de las vírgenes te invoca, ¡Flor perfecta, Amor, Gozo, Prudencia, Sabiduría, Verbo! (S. METODIO DE OLIMPO, **El Convite**, XI, 3).

Deseo yo, Señor, contentaros; mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales. Siendo esto así, no culparéis a mi deseo. Véisme aquí, Señor; si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehúso todos cuantos trabajos en la tierra me pueden venir...

Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos a mi Dios. Pues ¿para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mía? Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá, el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, XV, 2-3).

CICLO B

«Señor, que lllore con el que llora» (Rm 12, 15).

De las lecturas de hoy emergen dos figuras femeninas, dos viudas pobres, notables por su fe y generosidad. La primera (1.ª lectura: 1 Re 17, 10-16) es una mujer de Sarepta de buena posición, pero reducida a la miseria por la sequía y el hambre. Con todo, a la demanda del profeta Elías no sólo le da agua para beber, sino hasta el pan que había hecho con el último puñado de harina que le quedaba y que estaba destinado para ella y para su hijo. «Nos lo comeremos y luego moriremos» (ib 12), había dicho la mujer expresando su dramática situación. A pesar de ser pagana, demuestra una fe sorprendente en la palabra del profeta que le asegura de parte del Dios de Israel: «La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra» (ib 14). Bajo esta promesa cede su pan. Un pan no es gran cosa, pero es mucho, o mejor, lo es todo cuando es el único sustento; para darlo entonces a otro hace falta una generosidad nada común.

Un gesto semejante, narrado por el Evangelio (Mc 12, 38-44), fue sorprendido por Jesús mientras observaba a la gente que echaba dinero en el tesoro del templo. Entre los ricos que «echaban en cantidad», se esconde una viuda que deja caer «dos moneditas» (ib 42). Nadie la nota, pero Jesús mostrándola a los discípulos les dice: «Esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra; pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir» (ib 43-44). Dios no mira la cuantía del don, sino el corazón y la situación del que da. La viuda que por amor SUy9 se priva de todo lo que tiene, da mucho más que los ricos que ofrecen grandes sumas sin sustraer nada a su comodidad. Su gesto no tiene explicación sin una fe inmensa, mayor aún que la de la mujer de Sarepta, porque no se apoya en la promesa de un profeta, sino únicamente en Dios y obra sin más móvil que el de servirle con todo el corazón.

Tal conducta está en contraste estridente con la de los escribas y doctores de la ley, que Jesús había condenado poco ha: «Devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos» (ib 40). Ellos habían hecho de la religión un pedestal para sus ambiciones y en lugar de tutelar la causa de los débiles e indefensos, se aprovechaban de su autoridad y doctrina para depredar sus bienes. Buen punto de reflexión. Si el hombre no es profundamente recto y sincero, puede llegar a servirse de la religión para sus intereses egoístas. La verdadera religión es servir a Dios con pureza de corazón y honrarlo «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 24), acompañando la plegaria con el don de sí mismo hasta consumir por él la última moneda. Es también servir a Dios en el prójimo con una caridad que no calcula lo que da a base de lo que le sobra, sino de la necesidad del otro. La limosna no es cristiana si no es donación de sí, y el don de sí es imposible sin sacrificio, sin renuncia, sin privarse de algo. Caridad cristiana es llorar con el que llora (Rm 12, 15), es participar en las condiciones del pobre, compartir sus privaciones y, en un caso extremo, hasta su misma hambre. Así lo hizo la viuda de Sarepta ofreciendo su último pan, y así lo hizo la viuda judía entregando todo su haber.

Pero el modelo supremo será siempre Jesús, el cual vino al mundo para dar la vida a los hombres, «para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo» (Hb 9, 24-28). El cristiano salvado por este sacrificio debe participar en él con la entrega de sí mismo para la salvación temporal y eterna de los hermanos.

Dios, omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros los males, para que, bien dispuesto nuestro cuerpo y nuestro espíritu, podamos libremente cumplir tu voluntad (**Colecta**).

Te hacemos presente, Señor, nuestra acción de gracias, implorando de tu misericordia que el Espíritu Santo mantenga siempre viva la gracia de la sinceridad en quienes han recibido la fuerza de lo alto (**Después de la comunión**).

Tú, Señor, trajiste del cielo el suave maná y el dulce alimento de la caridad, que tiene en sí tal vigor que hace soportar cualquier suplicio; y así lo hemos visto por experiencia, primero en ti, dulce Maestro nuestro, Señor y guía, y luego en tus santos.

¡Oh, cuántas cosas han hecho y soportado ellos con gran paciencia con ese tu amor infundido en sus corazones, del que quedaban tan encendidos y unidos contigo que ningún tormento los podía separar de ti!...

No hay camino ni más corto, ni mejor, ni más seguro para nuestra salvación que este vestido nupcial y dulce de la caridad, la cual da tanta confianza y tanto vigor al alma, que ésta se presenta a ti sin ningún temor. Y al contrario, si se encuentra desnuda de caridad al tiempo de la muerte, queda tan abyecta y vil que se iría a cualquier otro lugar, triste y malo cuanto se quiera, para no comparecer ante la divina presencia. Y con razón, pues siendo tú, oh Dios, sencillo y puro, no puedes recibir en ti nada que no sea puro y sencillo amor. (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

CICLO C

«Señor, tú no eres Dios de muertos, sino de vivos» (Lc 20, 38).

El tema de la Liturgia de hoy es la resurrección de los muertos. En el Antiguo Testamento esta verdad queda más bien en la sombra, hasta que en el judaísmo tardío aflora con claridad en el profeta Daniel (12, 2-3) y en el libro de los Macabeos. Hoy la lectura primera (Mac 7, 1-2. 9-14) recoge justamente afirmaciones bellísimas al propósito, pronunciadas por los siete hermanos Macabeos mientras afrontaban el martirio. Ellos no han querido ceder a la presión del rey pagano que perseguía a los judíos constriñéndolos bajo pena de muerte a transgredir la ley mosaica, y cuando su cuerpo es sometido a las torturas, se declaran seguros de que un día lo recobrarán resucitado a la vida eterna. «De Dios las recibí [las manos] y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios», declara uno (ib 11). Y otro: «El rey del universo nos resucitará para una vida eterna» (ib 9). No falta ni siquiera la alusión a la resurrección universal y a la suerte diversa para los justos y para los impíos. «Tú, en cambio —dice uno de los siete, dirigiéndose al tirano—, no resucitarás para la vida» (ib 14). La fe en la resurrección y en la vida eterna debía de ser bien firme en estos jóvenes judíos para darles la fuerza de morir por su esperanza.

En tiempo de Jesús la resurrección de los muertos era ya verdad de fe para todo el judaísmo, rechazada sólo por la secta de los fariseos. El Evangelio de hoy (Lc 20, 27-38) refiere una extraña cuestión presentada por estos a Jesús para poner en ridículo la fe en la resurrección. Hablan de una mujer que quedó sucesivamente viuda de siete hermanos: «Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer?» (ib 33). La pregunta ofrece al Señor ocasión para explicar —en contra de la mentalidad grosera de ellos— que la vida de los resucitados será totalmente diferente de la que se vive en la tierra.

«No se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección» (ib 35-36). Los resucitados reasumirán su cuerpo, pero éste estará glorificado y no sujeto a las leyes de la carne. Siendo inmortales, no será ya necesario el matrimonio para asegurar la conservación de la especie humana. Su vida será semejante a la de los ángeles y, como los ángeles, serán «hijos de Dios». O sea, la gracia de adopción recibida en germen en el bautismo, llegará a su pleno desarrollo apoderándose de todo el hombre y, por ende, también del cuerpo que será transfigurado. «Así es la resurrección de los muerto —dice San Pablo—: se siembra corrupción, resucita sin corrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo natural, resucita espiritual» (1 Cr 15, 42-44).

Jesús termina su discusión con los saduceos recordando la manifestación de Dios a Moisés en la zarza ardiente, cuando se dio a conocer como «Yahvé», o sea como «el que es», como el Dios de la vida (Ex 3, 2-6). Dios —concluye Jesús— «no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos» (Lc 20, 38). Los que han muerto para nosotros están vivos para él y un día resucitarán todos. Jesús mismo ha dicho de sí: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá» (Jn 11, 25). Jesús, causa de vida eterna para los que creen en él, es también causa de su resurrección. En Cristo resucitado está salvado todo el hombre, y por lo tanto la misma materia está ya glorificada, resucitada. Prenotando a los fieles esta verdad consoladora de la resurrección, les invita la Liturgia a vivir con el corazón vuelto a la gloria que les espera, para que, obrando el bien, consigan el último día una resurrección de vida y no de condenación (Jn 5, 29).

Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas. (S. PABLO, **Filipenses**, 3, 20-21).

Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno. Creyeron los insensatos que habían muerto;... pero ellos están en la paz. Aunque a juicio de los hombres hayan sufrido castigos, su esperanza estaba llena de inmortalidad; por una corta corrección recibirán largos beneficios, pues Dios los sometió a prueba y los halló dignos de sí; los probó como oro en el crisol y como holocausto los aceptó... Los que en él confían entenderán la verdad, y los que son fieles permanecerán junto a él en el amor, porque sus elegidos hallan gracia y misericordia.

En cambio, los impíos recibirán la pena que sus pensamientos merecen, por desdeñar al justo y apartarse del Señor... Vana es su esperanza, sin provecho sus fatigas, inútiles sus obras... Que el fruto de los esfuerzos nobles es glorioso, Imperecedera la raíz de la esperanza. (**Sabiduría**, 3, 1-6. 9-11. 15).

364. TE DESPOSARE CONMIGO EN FIDELIDAD

«Señor, pues sólo a ti te busco, haz que te encuentre ya» (S. Agustín, Sol. 1, 1).

1.— Dios ha intentado todos los caminos para conquistar el corazón del hombre que ha creado para él y que demasiadas veces, pecando, se ha hecho indigno de su amor. Pero no renuncia a su plan y así ofrece a los hombres pecadores su alianza. Alianza con Abrahán, Isaac y Jacob; alianza renovada con Moisés en el Sinaí, confirmada con David y su descendencia y, en fin, presentada por medio de los profetas bajo la forma sugestiva de un contrato nupcial entre Dios e Israel. Dios es el esposo, que ama con amor fiel y celoso al pueblo que se ha elegido, al que ha asistido y auxiliado con prodigios de todo género y del que quiere ser correspondido con la fidelidad y la dedicación de una esposa. «Te desposaré conmigo para siempre —dice el Señor por boca de Oseas—; te desposaré conmigo en justicia y equidad, en amor y compasión; te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahvé» (2, 21-22). Dios no podía expresar de modo más conmovedor su amor infinito a los hombres y su propósito de atraerlos y de unirlos a sí en una amistad tan íntima y personal, que pueda ser comparada a la que existe entre dos esposos. Más aún, tratándose de un vínculo todo espiritual y divino, ha de ser infinitamente superior al que une entre sí a dos criaturas.

La tradición católica ha visto siempre en esta alegoría nupcial no sólo las relaciones entre Dios e Israel en el Viejo Testamento y entre Cristo y la Iglesia en el Nuevo, sino también la relaciones de toda alma cristiana con su Dios. Sobre esta base escriturística han podido los místicos describir la unión con Dios como un desposorio místico entre Dios y la criatura que lo ama fielmente. A ella dirige Dios la antigua promesa: «Yo te desposaré conmigo para siempre..., te desposaré en amor y compasión». Mas para que eso tenga lugar, enseña San Juan de la Cruz, se requiere «semejanza de amor» (S II, 5, 3). Si Dios ama al hombre infinitamente queriendo sólo su bien, el hombre debe amar a Dios con todas sus fuerzas, adhiriéndose totalmente a su voluntad divina y queriendo en unión con ella todo el bien que Dios mismo quiere. La perfecta unión con Dios se realiza justamente «cuando las dos voluntades, conviene a saber, la del alma y la de Dios, están en uno conformes, no habiendo en la una, cosa que repugne a la otra» (ib).

2.— La alegoría nupcial pasa del Antiguo al Nuevo Testamento. El Bautista saluda en Jesús al Esposo que viere a celebrar sus bodas con la humanidad, y declara que él es el amigo del novio, «al que asiste y le oye, [y] se alegra mucho con la voz del novio» (Jn 3, 29). El Hijo de Dios se desposó, en efecto, en la Encarnación con la naturaleza humana, uniéndola a la divina en la unidad de su Persona; e invita a todos los hombres de buena voluntad a participar en sus bodas no sólo como espectadores sino como agentes, como pertenecientes a esa humanidad que él ha querido asumir y más aún como pertenecientes a la Iglesia que él ama como a su esposa. En este sentido

escribía San Pablo a los Corintios: «Celoso estoy de vosotros con celos de Dios. Pues os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo» (2 Cr 11, 2).

Dios es celoso por la criatura humana que ha hecho a su imagen: inteligente, libre, capaz de amar, justamente para hacerla capaz de su amistad. Nada debe oscurecer la semejanza divina impresa en ella, nada debe impedirle amar a Dios con todo el corazón y darse a él enteramente; sólo así podrá ser presentada a Cristo «como virgen casta». San Juan de la Cruz explica ampliamente qué pureza de corazón, de voluntad y de vida exige Dios del hombre para admitirlo a su íntima unión. Y como el centro impulsor de los afectos y de las acciones es la voluntad, muestra cómo se la ha de purificar a fondo de todo lo que en ella es disímil y contrastante con la voluntad de Dios. «El amor —repite el Santo—hace igualdad y semejanza» (S I, 5, 1). El amor de Dios se ha inclinado sobre el hombre para hacerlo semejante a sí por naturaleza y por gracia; el amor del hombre a Dios ha de inducirlo a renunciar a sus gustos, deseos y quereres que, estando en desarmonía con los divinos, le impiden la semejanza con él y la perfecta conformidad con su voluntad.

Jesús mismo indicó que la plena conformidad con el querer divino es el fruto y la prueba del verdadero amor y, por ello, el medio esencial para llegar a la unión íntima con Dios. «No todo el que me diga "Señor, Señor", entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7, 21). «El que ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama» (Jn 14, 21).

¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero; y como poderoso, cuando queréis, podéis y nunca dejáis de querer si os quieren! ¡Alaben os todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh Señor mío! ¡Qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¿Quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos!

Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma; Fáltame todo, Señor mío; mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atórmntenme los demonios; no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 25, 17).

Mientras nuestra voluntad tenga caprichos ajenos a la unión divina, fantasías contradictorias, permanecemos en estado de infancia, no caminamos a pasos de gigante en el amor, porque el fuego no ha consumido aún toda la escoria; el oro no es puro; nos buscamos todavía a nosotros mismos. Dios no ha logrado suprimir aún toda nuestra hostilidad contra él.

Pero cuando... tú, Señor, hayas purificado totalmente nuestro amor imperfecto, nuestro dolor y temor defectuosos, sólo entonces el, amor será perfecto y el anillo de oro de nuestra alianza tendrá una dimensión más amplia que el cielo y la tierra. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **El cielo en la tierra**, 2, 2).

365. LA LLEVARÉ AL DESIERTO

«Dios mío, sólo en ti encuentra mi alma reposo» (Sl 62, 2).

1. — Lamentándose de la nación judía que se había desviado de su fe primitiva, decía Dios por boca del profeta Oseas: «la llevaré al desierto y hablaré a su corazón» (2, 16). El desierto había sido el lugar privilegiado de la alianza de Dios con Israel. Allí, después de haberlo librado de la esclavitud egipcia, el Señor le había hecho vagar cuarenta años separado de todo otro pueblo, sin patria, sin morada, sin camino en un ambiente que, por su soledad y desasimiento, era el más a propósito para purificar y robustecer su fe, para educarlo en el culto y amor del único Dios y para prepararlo a entrar en la tierra prometida. Y cuando después de haber llegado a ella y gozado de innumerables beneficios divinos, Israel, semejante a una esposa infiel, se aleja de Yahvé para ir tras los ídolos, Dios ve en un retorno del mismo al desierto el medio más eficaz para volverlo a sí. Pero se trata de un retorno espiritual, es decir, de crear en el pueblo elegido una situación de desprendimiento, renuncia y separación que facilite su conversión.

Es la pedagogía de que se sirve siempre el Señor para convertir totalmente a sí el corazón humano y llevar a término su purificación antes de introducirlo en la tierra prometida, la unión beatífica del cielo, que debe iniciarse aquí abajo en la fe y en el amor purificados de toda escoria. El clima del desierto es un clima de soledad y privación, pero justamente por eso es un clima que facilita el encuentro con Dios: «la llevaré al desierto y hablaré a su corazón». Para encontrar al Señor, tiene que resolverse el hombre a realizar su éxodo a través del desierto; o sea, tiene que salir de todo lo que le ata a la tierra y más aún de todo lo que le liga a sí mismo, a su amor propio, a su egoísmo, a su mediocridad; tiene que internarse en una amarga soledad interior, adonde no llega ni el consuelo de los hombres, ni el de Dios, y perseverar allí secundando la acción de la gracia, que quiere liberarlo, purificarlo y disponerlo al encuentro íntimo con Dios.

2.— Como para Israel el primer paso hacia el encuentro con Dios en el desierto fue la liberación de la esclavitud de Egipto, así la primera etapa para internarse en el desierto de la purificación del espíritu es siempre la de una completa liberación de la esclavitud del pecado. Hasta el que se ha ejercitado largo tiempo en la vida espiritual la necesita, porque «todavía se quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque a él no se le parece, ni las echa de ver» (J. C. N II, 2, 1). El mismo San Pablo, tan favorecido de Dios, no dejaba de advertir en sí los residuos de la concupiscencia, fuente de

desarmonía y lucha profunda: «querer el bien lo tengo a mi alcance, pero no el hacerlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero... Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón... ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?» (Rm 7, 18-19. 22-24). Sólo Dios puede realizar esa obra de liberación y de liberación integral del corazón humano, como sólo él, con el poder de su brazo, consiguió librar a su pueblo de la esclavitud de los Faraones. Dios interviene haciendo el vacío o desierto en torno a la criatura elegida que quiere él conducir a una comunión más intensa consigo. Esto se verifica a través de las vicisitudes de la vida más o menos comunes a todos los hombres: duelos, separaciones, fracasos, incomprensiones o enfermedades, a las que Dios añade su aparente pero angustioso abandono. Bajo el golpe de las dificultades exteriores y de la desolación interior siente el hombre reverdecer en sí, de manera insospechada, los movimientos desordenados de las pasiones que creía ya tenerlos vencidos: impaciencia, irascibilidad, repugnancia al bien y, además, cansancio extremado en la oración. Entonces se da cuenta de que está muy lejos todavía de haber sujetado la carne al espíritu, y grita con San Pablo: «¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?». De este modo, poco a poco, se va desnudando de todo sentimiento de autosuficiencia y adquiriendo una humildad profunda. Aunque ocultamente, Dios no deja de asistido con su gracia, porque esas dolorosas pruebas purificadoras no son para muerte, sino para vida. «Y cuando [el hombre] viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios» (J. C. S II, 7, 11).

Dios mío, todo aquí abajo es mezquino, frío y seco. Nada deseo y nada espero de la criatura; no me prometo siquiera hallar en ella un poco de vida, un porvenir... ¿Deberé quedarme así, Dios mío? No, el vacío que dejan las criaturas debe ser colmado. ¿Con qué? ¿Conmigo misma tal vez? ¡Qué locura!... ¡Oh Amor increado, infinito, oh Vida mía, ayúdame a elevarme hacia ti!... Sola sería incapaz. A mí me toca sólo la oración, la esperanza humilde, fuerte y confiada. Tú luego, en tu misericordiosa bondad, me harás vivir de ti según tus fines adorables, ni más ni menos, porque así te place, y no por el provecho que se me pueda derivar.

Tú nos has creado para vivir, oh Dios, pero para vivir de ti y no de las cosas sensibles y de nosotros mismos. ¡Ah! Déjame remontar la corriente divina de la caridad, para gloria de tu nombre; haz que ella arrastre mis actos, como ya ha arrastrado tu gracia mis pensamientos y mis deseos. Sin tu acción omnipotente, soy incapaz de cualquier cosa. (BTA. M. TERESA DE SOUBIRAN).

«Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»... ¿Qué significa esto sino que el alma que aspira a vivir en intimidad contigo, oh mi Dios, en la fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, debe permanecer espiritualmente separada, desprendida y alejada de todas las cosas?... Muerdo todos los días. Me empequeñezco y renuncio a mí misma cada día para que tú, oh Cristo, crezcas y seas exaltado en mí. Permanezco humilde en el fondo de

mi pobreza. Contemplo mi nada, mi miseria, mi impotencia. Me reconozco incapaz de progresar y perseverar... Me resigno ante la realidad de mi miseria y, reconociendo mi pobreza, la presento ante la misericordia de mi divino Maestro... Pongo la felicidad de mi alma —en cuanto a la voluntad y no a la sensibilidad— en todo cuanto puede inmolarme, destruirme y empequeñecerme, pues quiero dejar en ella sitio libre para ti... No deseo vivir ya mi propia vida. Sólo anhelo ser transformada en ti, para que mi vida sea más divina que humana y para que el Padre, al contemplarme, pueda reconocer en mí la imagen de su «Hijo muy amado en quien tiene todas sus complacencias». (ISABEL DE LA TRINIDAD, **El cielo en la tierra**, 3, 2).

366. LA NUBE OSCURA Y LUMINOSA

«Señor, sé tú mí cobertura de día y mi lumbre de estrella de noche» (Sb 10, 17).

1.— En su viaje por el desierto, Israel no fue abandonado a sí mismo; Yahvé lo guiaba: «iba al frente de ellos, de día en columna de nube... y de noche en columna de fuego» (Ex 13, 21); una misma nube era la que oscura de día, aparecía de noche luminosa para indicar el camino. En esta nube, señal de la presencia de Dios en medio de su pueblo, han visto los místicos un símbolo de la fe que guía al hombre en su búsqueda de Dios. La fe, dice S. Juan de la Cruz, «es nube oscura y tenebrosa para el alma, [... sin embargo] con su tiniebla alumbra y da luz» (S II, 3, 5). La fe es luminosa en cuanto ilumina al hombre anunciándole a Dios y sus misterios; pero al mismo tiempo, no pudiendo darle su visión directa, se parece a la nube que indicaba a los Hebreos la presencia de Dios, pero no se la revelaba.

En el desierto de esta vida, no puede el hombre tener guía más segura que la fe; con todo, para confiarse a ella es necesario que renuncie a sus modos de concebir a Dios, porque Dios es inefable e inexpressable por medio de ideas o conceptos humanos, lo mismo que es inasequible a cualquier percepción de los sentidos. «Mientras habitamos en el cuerpo —dice S. Pablo—, caminamos en la fe y no en la visión» (2 Cr 5, 6-7). Esto no significa que sea imposible conocer a Dios, ya que Dios ha querido darse a conocer por medio de la Revelación, a través de su Hijo divino hecho carne. Pero se trata de un conocimiento imperfecto: «Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cr 13, 12). Cuanto más avanza el hombre en la fe, tanto mejor comprende que aquí abajo no puede tener de Dios sino un conocimiento parcial, allende el cual intuye misterios infinitos que lo superan inmensamente. Para que no se sienta tentado el hombre a reducir a Dios a las dimensiones de sus conceptos y percepciones, Dios mismo lo pone en vacío y aridez interior, desenraizándolo así de su modo limitadísimo de concebir y representar las cosas divinas y obligándolo a proceder en fe pura, «la cual es sola el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios» (J. C. S II, 9, 1).

2.— «El hombre natural no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede entender, pues sólo el Espíritu puede juzgarlas. En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo» (1 Cr 2, 14-15). Gracias al bautismo que le infunde la gracia y las virtudes sobrenaturales, no es ya el hombre puramente «natural» e incapaz de entender las cosas de Dios. Pero antes de hacerse «espiritual» en sentido fuerte, es preciso que los dones recibidos en germen se desarrollen en él, penetrando y transformando todo su ser y su modo de obrar. Esto supone una superación radical, no sólo del hombre viejo —el hombre del pecado—, sino también del hombre natural —el hombre de razonamiento y comportamiento buenos pero demasiado terrenos—; superación que no tendrá lugar sin la intervención de Dios. Y Dios interviene para hacer cumplir a quien le busca con sinceridad este éxodo, este paso completo del hombre natural al espiritual. Dios, en efecto, pondrá en el alma —dice San Juan de la Cruz— «un nuevo ya entender de Dios en Dios, dejando el viejo entender de hombre..., haciendo cesar todo lo que es del hombre viejo, que es la habilidad del ser natural, y vistiéndose de nueva habilidad sobrenatural según todas sus potencias. De manera que su obra ya de humano se haya vuelto en divino» (S I, 5, 7). La primera etapa de esta transformación es justamente la que se realiza por medio de la fe, la cual «oscurece y vacía el entendimiento de toda su inteligencia natural, y en esto la dispone para unirle con la Sabiduría divina» (N II, 21, 11). En este paso el hombre queda sumergido en una noche tenebrosa: por una parte ve claro que para ir a Dios sus razonamientos humanos son totalmente inadecuados, mas por otra no se da cuenta aún de que, precisamente a través de esa incapacidad, obra Dios mismo infundiéndole, mediante la fe, un modo nuevo de conocerlo. En tal estado no hay que ceder a la tentación, como hicieron los Hebreos en el desierto, los cuales, cansados de esperar a Moisés e incapaces de concebir a Dios espiritualmente, se fabricaron un becerro de oro; el hombre no debe tornar al modo antiguo de representarse las cosas divinas, apoyándose en sus imaginaciones o ideas, sino esperar pacientemente en pura fe, soportando la aridez, la oscuridad, las repugnancias y el aparente abandono de Dios, contentándose con permanecer orientado hacia él con una sencilla mirada de fe.

¡Oh palabra de Dios, oh Verbo de Dios!... Tú mismo y no otro viene con nosotros y dirige todos nuestros pasos: ordena tú nuestros altos y nuestras marchas; haz que descansemos y caminemos contigo. Cuando tú reposes en medio de nosotros, también nosotros reposaremos velando en la oración, en el estudio de tus palabras y en la espera de tus quereres; cuando reemprendas la marcha en medio de nosotros, la emprenderemos también nosotros contigo, no temiendo nada con tu escolta y conducción. Más aún, que seas, oh Verbo de Dios, el que cuando nos mandas quietud, nos la hagas también amar y elegir; y cuando nos mandas levantarnos y ponernos en movimiento, nos hagas prontos y fuertes para las fatigas del viaje... A nosotros no nos basta que nos indiques y muestres tu querer, como al pueblo hebreo; esperamos más de ti: que obres en nosotros todo que nos indicas y muestras y ordenas; de otro modo, tendrías por

desgracia que hacer sobre nosotros los lamentos que hiciste sobre tu pueblo antiguo y tal vez más graves aún... Ya que nada más puedes esperar de nosotros, pero nosotros esperamos mucho de ti; porque tú no eres sólo la Palabra de la ley, o sea el Camino por el que debemos andar, sino que eres también la Verdad que cumple la ley y la Vida que premia su cumplimiento: no eres la antigua columna de nube, tenebrosa y radiante, sino el Verbo hecho carne nuestra por nuestro amor. (A. ROSMINI, **Discorsi sulla carita**, p. 93-100).

¡Oh! ¿cuándo vendrá el tiempo feliz en que iré a ti, Dios mío, sin detenerme en reflexiones y distinciones sobre las cosas creadas; en que las criaturas no turben ni obstaculicen mi unión contigo, y yo sin dejarme abatir de cosa alguna, venga a ti con sencillez, siempre y en todo?... que yo mire a ti, Dios mío, porque tú eres mi vida, mi única vida; a ti, con fe viva, humilde e inquebrantable... ¿Cuándo finalmente, Señor, lo harás todo en mí?... esto es, ¿cuándo mi voluntad, mi pensamiento, mi acción y mi oración serán una sola cosa con tu voluntad, tu pensamiento, tu acción y tu oración?... ¿Cuándo serás tú el principio viviente y yo sólo el instrumento... vivificado por ti? Entonces no viviré ya yo, sino tú en mí...

Y viviendo en mí, Señor, tú mismo harás tus obras, pues tu gracia omnipotente me sostendrá para vencer en todo y siempre la naturaleza. Esta es la única gracia que ambiciono y anhelo aquí abajo: subir por todo hacia ti sin detenerme en nada ni en mí misma. (BTA. M. TERESA DE SOUBIRAN).

367. COMO EL ORO EN EL CRISOL

«Tengo mi alma en delirio... Vuélvete, Señor, liberta mi alma; sálvame por tu misericordia» (Sl 6, 4-5).

1.— Para entrar en íntima comunión con Dios no basta caminar en fe en las relaciones directas con él, o sea en la oración y en la contemplación de los misterios divinos, sine que esa actitud inspire toda la vida. La vida entera del cristiano tiene que venir a ser un itinerario de fe pura y fuerte; es por lo que Dios somete a dura prueba a sus amigos: los quiere capaces de creer en él de modo inquebrantable. Cuántas veces, por ejemplo, pidió Dios a Moisés actos de fe ciega más allá de todo razonamiento y de toda posibilidad humana. Ir al Faraón, intimarle la liberación de los Hebreos y constituirse en caudillo de éstos en una empresa que habría asustado a un gigante, en tanto que él es tímido y carente de elocuencia. «Por la fe —dice San Pablo— Moisés salió de Egipto sin temer la ira del rey..., como si viera al invisible» (Hb 11, 27). Y cuando el pueblo internado ya en el desierto, se ve perseguido por los egipcios, o bien cuando se encuentra sin alimento o sin agua y murmura contra Moisés y le amenaza, él no vacila, sino recurre a Dios, que premia su fe con prodigios: el paso del mar a pie enjuto, el maná, las codornices, el agua viva brotada de la roca. Sin embargo, el patriarca sufre intensamente por las rebeliones continuas de Israel y lo lamenta con Dios:

«No puedo cargar yo sólo con todo este pueblo: es demasiado pesado para mí. Si vas a tratarme así, márame» (Nm 11, 14-15).

Es imposible pasar ciertas pruebas sin sentirse aplastado y sin alzar a Dios la voz dolorida. Dios no condena estos gemidos; los comprende, y socorre a sus siervos cuanto basta para que puedan proseguir su camino, pero no suspende la prueba. Antes en el caso de Moisés la intensifica. Dios que le ama hasta hablarle «cara a cara, como un hombre habla con su amigo» (Ex 33, 11) y revelarle su gloria (ib 18-23), es muy exigente con él y, por haber faltado una vez a la confianza, le anuncia que no le será dado entrar en la tierra prometida (Nm 20, 12).

A través de las asperezas de la vida, Dios tamiza y robustece a fe de sus amigos, para que se adhieran a él plenamente, y lo que no les concede aquí abajo se lo reserva para la eternidad.

2.— Mientras las pruebas, por ásperas que sean, afectan sólo al nivel externo de la vida, y no turban la serenidad del espíritu, es relativamente fácil aceptarlas. Es maravillosa a este respecto la conducta de Job: la privación de los bienes, la muerte de los hijos, la horrible enfermedad que lo reduce a una soledad sombría no son capaces de remover su fe, y son aceptadas con resignación admirable. «Si aceptamos de Dios el bien, no aceptaremos el mal?» (Job 2, 10). Pero cuando la ola del sufrimiento invade su espíritu dándole la sensación de estar rechazado y abandonado de Dios, cae en una angustia indecible que roza la desesperación. «Como alimento viene mi suspiro, como el agua se derraman mis lamentos... Yo esperaba la dicha y llegó la desgracia; aguardaba la luz, y llegó la oscuridad» (ib 3, 24). Dios, que una vez le era tan benévolo, lo protegía y estaba junto a él, ahora parece distraído, y así Job se atormenta no pudiéndolo encontrar, ni logrando comprender el motivo de tanta dureza: «¿Por qué tu rostro ocultas y me tienes por enemigo tuyo?... Grito hacia ti y tú no me respondes» (ib 13, 24; 30, 20). El dolor le hace gemir día y noche; sin embargo, su pensamiento está constantemente dirigido a Dios y no cesa de buscarlo. Mas la misma búsqueda es causa de nueva angustia: «Si voy hacia el oriente no está allí; si al occidente, no le advierto; cuando le busco al norte, no aparece, y tampoco le veo, si vuelvo al mediodía» (ib 23, 8-9). Y de nuevo: «Los terrores se vuelven contra mí, como el viento mi esperanza arrastran; como una nube ha pasado mi salud. Y ahora en mí se derrama mi alma» (ib 30, 15-16).

El angustioso drama de Job indica hasta qué punto pueden llegar las penas de los que Dios hace pasar por la horrible noche del espíritu. Bajo el peso de los sufrimientos que invaden todo el ser y aparentemente no tienen término, parece como si Dios mismo apagase con su mano las últimas luces de la fe y de la esperanza, mientras en realidad estas virtudes están adquiriendo un vigor inagotable. «Bien sé yo que mi Defensor está vivo —exclama Job—, y con mi carne veré a Dios. Yo, sí, yo mismo le veré, le mirarán mis ojos» (ib 19, 25-27). Dios sostiene al alma a quien prueba y de vez en cuando hace lucir sobre ella no sólo la esperanza, sino la certidumbre de su intervención.

Ella saldrá de la noche como el oro purificado en el crisol, encontrará de nuevo y contemplará a Dios.

Señor, ya no es un velo, es un grueso muro lo que te oculta a mí. Esto resulta muy doloroso después de haberte sentido tan cerca. Pero estoy dispuesta a permanecer en este estado de alma todo el tiempo que tú, Amado mío, quieras. Como la fe me dice que, aun así, tú sigues presente, ¿para qué las dulzuras y los consuelos? No son tú, y es a ti a quien sólo busco... Que vaya a ti por el camino de la fe pura... Nunca me he visto tan miserable. Pero esta miseria no me deprime. Al contrario, me sirvo de ella para ir a ti. Creo que si me has amado tan apasionadamente y me has hecho tantos favores, es por verme tan débil... Señor, ofrece también tus dulzuras y consuelos a otras almas para atraerlas. Para mí esta oscuridad que me conduce a ti. (ISABEL DE LA TRINIDAD, **Cartas**, 51).

Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera... Mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso superior a mis fuerzas; mis llagas están podridas y supuran por causa de mi insensatez; voy encorvado y encogido, todo el día camino sombrío... Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia, no se te ocultan mis gemidos; siento palpar mi corazón, me abandonan las fuerzas, y me falta hasta la luz de los ojos. Mis amigos y compañeros se alejan de mí, mis parientes se quedan a distancia... Pero yo, como un sordo, no oigo; como un mudo, no abro la boca... En ti, Señor, espero, y tú me escucharás, Señor, Dios mío... No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes lejos; ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación. (**Salmo** 37, 2. 5-7. 10-16. 22-23).

368. EN LAS MANOS DE DIOS

«¡Oh Yahvé!, hágase lo que más te agrade» (1 Sm 3, 18).

1.— «Grandemente se estorba un alma —dice San Juan de la Cruz— para venir a este alto estado de unión con Dios cuando se ase a algún entender, o sentir, o imaginar, o parecer, o voluntad, o modo suyo, o cualquiera otra obra o cosa propia, no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello» (S II, 4, 4). Las tribulaciones de la noche de los sentidos y del espíritu tienen justamente por objeto desasir al hombre de todas estas ataduras. En la vida de toda criatura hay siempre una medida de sufrimiento capaz de actuar su purificación radical; son elegidos y dispuestos por Dios según las necesidades y circunstancias de cada uno, mas por desgracia son pocos los que saben valerse de ellos, porque pocos saben reconocer en ellos la mano divina que quiere purificarlos. Pocos se dejan guiar por Dios ni le permiten hacer y deshacer a su gusto; la mayor parte pretenden llegar a la unión divina según sus planes y puntos de vista. «Hijo —advierte el Espíritu Santo—, si te llegas a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba... Todo lo que te sobrevenga acéptalo, y en los reveses de tu humillación sé paciente... Confíate a él, y él, a su vez, te cuidará; endereza tus caminos y espera en él» (Ecli 2, 1. 4.6). El hombre no se convence nunca bastante de que «el camino

derecho» para llegar a Dios y a la santidad es el señalado por Dios mismo y no el elegido a su talante. O el hombre se hace santo al modo de Dios o no se hará santo de ningún modo; o se deja llevar por él, o no llegará nunca a la meta.

«Hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección, y, cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas, y hurtan el cuerpo, huyendo el camino angosto de la vida, buscando el ancho de su consuelo» (J. C. LI 2, 27). Prefieren caminar a su modo, y por eso Dios, que no fuerza la libertad del hombre, los deja en su mediocridad.

2.— Frente a las vicisitudes dolorosas de la vida —incomprensiones, fracasos, reveses de fortuna, situaciones ambientales difíciles— hay que guardarse de la tentación de detenerse a razonar si son justas o injustas, de atribuir las a la malicia ajena o de indagar sus motivos. Se precisa, por el contrario, una mirada de fe que ve en todo la mano de Dios, el cual prueba a su criatura para purificarla. Justamente por su gran fe, Job, al anuncio de la pérdida de bienes e hijos, «cayó en tierra, se postró y dijo: "El Señor dio, el Señor quitó. ¡Sea bendito el nombre del Señor!"» (Job 1, 20-21). Y más tarde, cuando presa de tinieblas y angustia se lamenta protestando de su inocencia, la fe le hará reconocer que Dios, aun cuando permite sufrimientos inexplicables, es siempre justo y sabio y que no es lícito al hombre escudriñar su conducta: «El no es un hombre como yo para que le conteste» (ib 9, 32). Su prueba cesará finalmente cuando se rinda por completo a los designios misteriosos de Dios, renunciando a todo razonamiento y defensa personal.

El cristiano tiene motivos más altos aún para abandonarse a Dios que lo prueba. Sabe que Dios es su Creador y que tiene todos los derechos sobre él; pero sabe también que Dios es su Padre y que lo prueba no para atormentarlo, sino para sanarlo y santificarlo; sabe que Dios se ha hecho su hermano y, tomando carne humana, ha querido conocer el sufrimiento para expiar en sí mismo todas las miserias humanas y hacer del sufrimiento el sacramento de la redención. Con los ojos en Cristo que sufre siendo completamente inocente, el cristiano comprende cuánto necesita él, pecador, participar en sus padecimientos para recobrar la inocencia perdida, la pureza integral. Y además se siente sostenido por una esperanza inquebrantable, porque «los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rm 8, 18).

Por lo demás Dios es soberanamente libre; no lleva a dos personas por el mismo camino, ni está atado a esquemas: dosifica el dolor y la alegría, alterna las tinieblas con la luz según su beneplácito y las necesidades de cada uno. Pero es cierto que cuanto más quiere levantar a una criatura a su íntima unión, tanto más la prueba y la purifica, para concederle luego «toques más delicados» (J. C. LI 2, 20).

¿Qué hacéis Vos, Señor mío, que no sea para mayor bien del alma que entendéis que es ya vuestra y que se pone en vuestro poder para seguiros por donde fuereis hasta muerte de cruz y que está determinada a ayudáosla a llevar y a no dejaros solo con ella?... Fiad de su bondad, que nunca faltó a sus amigos... Creamos es todo para más bien nuestro. Guíe Su Majestad por donde quisiere. Ya no somos nuestros, sino suyos... Haced Vos. Señor, lo que quisiereis. No os ofenda yo. No se pierdan las virtudes, si alguna me habéis ya dado por sola vuestra bondad. Padecer quiero, Señor, pues Vos padecisteis. Cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad y no plega a Vuestra Majestad que cosa de tanto precio como vuestro amor se dé a gente que os sirve sólo por gustos. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 11, 12).

Ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo. Sea, pues, mi consolación carecer de buena gana de todo humano consuelo. Y si tu consolación me faltare, sea mi mayor consuelo tu voluntad y justa prueba. Porque no estarás airado perpetuamente, ni enojado para siempre...

Señor, esté mi voluntad firme y recta contigo, y haz de mí lo que te agradare, que no puede ser sino bueno lo que tú hicieres de mí. Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas también bendito. Si te dignares consolarme, bendito seas; y si me quieres atribular, también seas bendito para siempre...

Señor, de buena gana padeceré por ti todo lo que quisieres que venga sobre mí. Indiferentemente quiero recibir de tu mano lo buenos lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, y te daré gracias por todo lo que me sucediere. Guárdame de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno. Con tal que no me apartes de ti para siempre, ni me borres del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulación que venga sobre mí. (**Imitación de Cristo**, III, 16, 2; 17, 2.4).

369. LOS GEMIDOS DE LA ESPERA

«Escucha, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme» (SI 26, 7).

1.— El Señor quiere despojar totalmente a sus amigos del hombre viejo, renovarlos en el espíritu y revestirlos del hombre nuevo «creado según Dios en justicia y santidad» (Ef 4, 23-24). Para alcanzar esta meta, «desnúdales las potencias y afecciones y sentidos..., dejando a oscuras el entendimiento, y la voluntad a secas, y vacía la memoria, y las afecciones del alma en suma aflicción, amargura y aprieto, privándola del gusto que antes sentía de los bienes espirituales», (J. C. N II 2, 3). La noche del espíritu invade a todo el hombre y como el entendimiento es purificado y puesto a oscuras por la fe, así la memoria es purificada y puesta en vacío por la esperanza, la cual, sobrepasando todos los bienes poseídos, hace olvidarlos como cosas de poco valor y empeña todas las fuerzas del alma en el solo deseo de Dios. Cuanto más crece la esperanza teologal en el hombre, tanto más se siente

éste insatisfecho de lo alcanzado, no sólo en el campo material, sino también en el espiritual: todo es demasiado poco para saciar su hambre y sus ansias de Dios. El recuerdo de las gracias recibidas lejos de serle consuelo le es motivo de pena, sea por el temor de no haberles correspondido, sea por el contraste con su presente estado de aridez, sea, en fin, porque son incapaces de apagar su deseo de Dios que se ha hecho más profundo. Entonces se comprende y se vive la frase de San Pablo: «también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior aguardando... Porque en esperanza fuimos salvados» (Rm 8, 23-24). La gracia y las virtudes teologales, dando al hombre parte en la vida divina, son «primicias», gérmenes de salvación, de santidad y de comunión con Dios, pero no son aún santidad completa, comunión perfecta. El fruto maduro está «en esperanza»; por eso mientras el hombre vive aquí abajo, siempre espera bienes mayores, y cuanto su espera y su esperanza son más intensas, tanto más se olvida de las metas alcanzadas y gime esperando la posesión plena de Dios. «La esperanza —dice San Juan de la Cruz— vacía y aparta la memoria de toda la posesión de criatura..., apártala de lo que se puede poseer, y pónela en lo que espera. Y por esto la esperanza de Dios sola dispone la memoria... para unirla con Dios» (N II, 2, 11).

2.— «La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). No es inútil desasirse de todo bien creado para buscar a solo Dios y vivir en la esperanza de la comunión perfecta con él, porque Dios ama al hombre y le ha dado su amor justamente para hacerlo capaz de unirse a él en una amistad personal.

La caridad, virtud que es corona y complemento a la fe y a la esperanza, es también la virtud que lleva a cumplimiento la purificación empezada por ellas, vaciando la voluntad de todo afecto que no sea Dios. «Donde hay verdadero amor de Dios no entrará amor de sí y de sus cosas» (N II, 21, 10). Dios no acepta ser amado parcialmente, no admite competidores; él mismo lo ha ordenado: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5). Este amor de absoluta preferencia exige, como contrapartida, que la voluntad sea purificada y vaciada de todos los afectos que, dividiendo sus fuerzas, le impiden cumplir el gran mandamiento del amor a Dios. Por esto declaraba Jesús sin reticencias: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37). Dios que ha hecho al hombre capaz de amar, reclama para sí las primicias de su amor y no cede a nadie el primer puesto en el corazón de su criatura. Y cuanto más crece el hombre en el amor a Dios, tanto más polariza y absorbe este amor todas las fuerzas de la voluntad desasiéndola y vaciándola de todo otro afecto. Pero crecer en el amor divino no quiere decir gustar su deleite; antes bien en la noche del espíritu Dios suspende esos gustos, porque quiere que el hombre aprenda a amarle sin buscar su bienestar o consuelo. El alma

entonces queda «seca y fría, y a veces caliente, no hallando en nada alivio, ni un pensamiento que la consuele, ni aun poder levantar el corazón a Dios» (J. C. LI 1, 20). Esto no significa que no sepa amar, antes está creciendo en el amor y si, a despecho de tantas angustias, se mantiene fiel a Dios, su amor se hará más puro y fuerte.

¡Oh Dios, ayúdame! ¡Oh Dios, no me abandones hasta este extremo! ¡Oh Dios, dame poder, porque me faltan las fuerzas; no puedo más: sostenme con tu piadosa mano! ¡Oh Dios, te has dormido en la nave de mi alma y la tormenta del mar me sumerge... Señor Jesús, sin ti no puedo estar tranquila! (**Istruzioni a Giovanni de Fano** 9, p. 209).

¡Oh dulce Jesús, qué dura palabra: querer que yo tome la cruz!... ¿No sabes tú qué débil soy para padecer? Mas ¡pobre de mí! Si tú, que eres resplandor de la luz eterna..., has sido puesto en la cruz, yo, que soy tierra y ceniza, ¿estaré libre de esa cruz? Tú, que no cometiste pecado, fuiste crucificado por mí, y ¿rehusaré yo ser crucificada por ti? Dame, Señor, esta grandeza de alma y gratitud: que desee con todo el corazón padecer por ti, ser crucificada por ti? Dame, Señor, esta grandeza de alma y gratitud: que desee con todo el corazón padecer por ti, ser crucificada por ti (**Trattato della murità del cuore** 5, p. 230). (B. CAMILLA DA VARANO, **Le opere spirituali**).

Ojo que todo lo ves, Dios de la vida, de la bondad y de la esperanza, escucha el clamor de los gemidos de mi alma dolorida.

Señor Jesús..., que te encarnaste por nosotros, tomando nuestra naturaleza, para hacernos partícipes de tu naturaleza divina... dignate, te lo suplico, oh Señor compasivo, rehacerme a mí, vaso de tierra quebrado y destruido. Te conjuro quieras fundir de nuevo... al fuego de tu palabra, a mí, imagen tuya deformada por el pecado... Purifícame, te lo suplico, Bienhechor mío... No me devuelvas mal por mal a causa de mis malas acciones... tú que das la vida a todos porque los quieres salvar.

Oh Rey del cielo... haz que yo me afirme en la esperanza de manera incontrastable, que me revista, según la expresión de Isaías, con la fuerza de tu brazo poderoso con la primera pureza, para manifestar la gloria y la suavidad de tu divinidad, dadora de todos los bienes. (S. GREGORIO DE NAREK, **Le livre de prières**, p. 129-133).

370. DOMINGO XXXIII «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Dichoso el que te teme, Señor, y sigue tus caminos» (Sl 127, 1).

Las lecturas bíblicas de hoy graban a fuego en el alma el pensamiento de la vigilancia cristiana y, por ende, de la vida presente, vivida como espera y preparación de la futura. Nos puede servir de punto de partida la lectura segunda (1 Ts 5, 1-6) en la que San Pablo declara inútil el indagar cuándo

vendrá «el día del Señor», o sea cuándo se efectuará el retorno glorioso de Cristo, porque llegará de improviso «como un ladrón en la noche» (ib 2). Es la imagen empleada ya por Jesús (Mt 24, 43), que se puede aplicar tanto a la parusía como al fin de cada hombre. Sobre esa hora sólo una hay cierta: que vendrá sin duda; pero cuándo y cómo, sólo Dios lo sabe. Síguese de ahí la necesidad de la vigilancia y juntamente de un abandono confiado a sus divinas disposiciones. El que piensa sólo en gozar de la vida como si nunca debiese morir, justo cuando se promete «paz y seguridad», verá improvissamente sobrevenirle la «ruina». El que, por el contrario, como verdadero «hijo de la luz», no olvida lo transitorio de la vida terrena y vela en espera del Señor, no tendrá nada que temer. Es lo que enseñan las otras dos lecturas con ejemplos concretos.

La primera (Pr 31, 10-13). 19-20. 30-31) bosqueja la figura de la mujer virtuosa, entregada a su familia, fiel a sus deberes de esposa y de madre, afanosa en el trabajo, caritativa con los pobres. Se hace de ella un elogio lleno de entusiasmo: «Vale mucho más que las perlas. Su marido confía en ella... Ella le produce el bien, no el mal, todos los días de su vida» (ib 10-12). Aun cuando hoy la mujer con frecuencia está dividida entre la casa y la profesión, su deber fundamental sigue siendo siempre el cuidado de la familia, la entrega al marido y a los hijos, la solicitud por que ellos encuentren en la casa un ambiente agradable y cálido. El trozo termina prefiriendo la «mujer que teme al Señor» a la dotada de gracia y hermosura, que son caducas, mientras sólo la virtud es base de la felicidad de la familia y objeto de la alabanza de Dios. Una mujer semejante, al fin de su vida merecerá oír el elogio de Jesús al siervo fiel: «Muy bien... pasa al banquete de tu Señor» (Mt 25, 21).

El Evangelio (Mt 25, 14-30), reproduciendo la parábola de los talentos, habla precisamente del siervo fiel que no derrocha la vida en pasatiempos o en la ociosidad, sino negocia con amor inteligente los dones recibidos de Dios. Dios da a cada hombre unos talentos: el don de la vida, la capacidad de entender y querer, de amar y de obrar, la gracia, la caridad, las virtudes infusas, la vocación personal. A nadie hace injuria distribuyendo sus dones en medida diferente, pues da a cada cual lo suficiente para su salvación. Lo importante no es recibir mucho o poco, sino negociar con empeño lo recibido. Es falsa humildad no reconocer los dones de Dios, y es pusilanimidad y pereza dejarlos inactivos. Así obró el siervo haragán que enterró el talento recibido, por lo que el señor le reprendió duramente. Dios exige en proporción de lo que ha dado, y lo que ha dado se ha de usar para su servicio y para el de los hermanos. Por lo demás, a quien más se le ha dado, más se le exigirá. Por eso en la cuenta cada cual será tratado según sus obras. Castigo tremendo para el empleado holgazán, alabanza y premio para los empleados fieles, los cuales reciben un premio inmensamente superior a sus méritos. En efecto, a las palabras: «como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante», que indican la recompensa a la fidelidad de cada uno, se añaden estas otras: «pasa al banquete de tu señor» (ib 21). Es el premio (je

la liberalidad de Dios, que admite a sus siervos fieles a la comunión en su vida y felicidad eternas. Don qué, si bien presupone el esfuerzo del hombre, es siempre infinitamente superior a sus méritos.

¡Oh Redentor del mundo, que subiste a lo alto y diste dones a los hombres, repartiendo entre tus discípulos varios talentos y gracias para su bien y de tu Iglesia!, dame el Espíritu que procede de ti, para que conozca las cosas que por ti me han sido dadas, porque si no conozco los talentos, ni sabré agradecerlo, ni negociar con ellos. Pero conózcalos con humildad, de modo que no me engañe pensando que son más y mayores de lo que son en verdad. Dame también, Señor, que esté contento con los que me has dado, de tal manera que, ni desprecie por soberbia a los que tienen menos, ni tenga envidia de los que tienen más, atendiendo solamente a darte contento con lo mucho o con lo poco que me has dado. Concédeme también que siempre me acuerde de tu venida..., para que siempre negocie lo que querría haber negociado..., para que, cogiéndome la muerte negociando, me admitas en tu santo reino...

¡Oh gozo inmenso, oh gozo eterno, oh gozo digno de Dios! ¡Oh dichosa negociación, con la cual se negocia el gozo del cielo! (L. DE LA PUENTE, **Meditaciones**, III, 58, 1.3).

CICLO B

«Señor, que esté yo atento y vigilante a tu espera» (Mc 14, 33).

Estando el año litúrgico para terminar, la Liturgia invita a los fieles a meditar sobre el fin del tiempo que coincidirá con la parusía, el retorno glorioso de Cristo, y la restauración en él de todas las cosas. El gran acontecimiento escatológico es ilustrado por las lecturas de hoy, en especial por la profecía de Daniel (12, 1-3; 1.^a lectura) y por el Evangelio (Mc 13, 24-32).

Estos textos pueden ser considerados como paralelos, por más que en el Evangelio está todo iluminado por una luz nueva proveniente de la perspectiva escatológica. Ambos anuncian una época de grandes sufrimientos que señalará el fin del mundo actual: «Serán tiempos difíciles como no los ha habido», dice Daniel (12, 1); «aquellos días habrá una tribulación como no la hubo igual desde el principio de la creación» (Mc 13, 19.24), confirma el Evangelio. Es verdad que la profecía de Daniel como la de Jesús se refieren también a hechos históricos inminentes —la persecución de los judíos por parte de los reyes paganos y la destrucción de Jerusalén—, pero en sentido pleno se refieren al fin de los tiempos. Las pruebas y los sufrimientos de aquella hora serán la última llamada a conversión a los pecadores y la última purificación de los elegidos. Cuándo y cómo sucederá esto, es inútil indagarlo; es secreto de Dios. Importa más reflexionar que desde la muerte y resurrección de Cristo en adelante toda la historia está orientada a la parusía y, por ello, debe servir de preparación a la vuelta gloriosa del Señor. Las vicisitudes y tribulaciones de hoy como las de

mañana, bien de los individuos bien de los pueblos, tienen como único objeto disponer a los hombres para la venida final de Cristo y para su glorificación en él: «Entonces —dice el profeta— se salvará tu pueblo: todos los inscritos en el libro (de la vida)» (Dn 12, 1), o sea los contados entre los elegidos. La liberación será plena, participando también en ella la materia por la resurrección de los cuerpos. Pues los justos resucitarán «para vida perpetua» y «brillarán como el fulgor del firmamento»; los que más hayan contribuido a la salvación de los hermanos serán «como estrellas por toda la eternidad» (ib 2-3). Bella distinción que prevé la gloria particular reservada a la Iglesia, a los apóstoles. Pero estará también la contrapartida: cuantos hayan resistido a la gracia resucitarán «para ignominia perpetua», consumándose así la ruina que ellos quisieron con su obstinada oposición a Dios. Otro punto de contacto de ambos textos es la intervención de los ángeles en favor de los elegidos. Daniel habla de Miguel, el arcángel que vela por el pueblo de Dios; el Evangelio, de ángeles en general, que estarán encargados de «reunir a sus elegidos a los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo» (Mc 13, 27). Ninguno será preterido; todos —ángeles y hombres— serán convocados para el retorno glorioso del Salvador. «Entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes con gran poder y majestad» (ib 26). Cristo, que vino por vez primera al mundo en humildad, reserva y dolor para redimirlo del pecado, volverá al fin de los siglos en todo el esplendor de su gloria a recoger los frutos de su obra redentora.

Se comprende así cómo la Iglesia primitiva, enamorada de Cristo y deseosa de volver a ver su rostro glorioso, esperase con ansia la parusía. «Ven, Señor Jesús» (Ap 21, 20) era la invocación ardiente de los primeros cristianos que vivían con el corazón vuelto a él como si estuviese ya a la puerta. Esa misma debe ser la actitud de quien ha comprendido el sentido profundo de la vida cristiana: una espera de Cristo, un caminar hacia él con la lámpara de la fe y el amor encendida.

Ya sabéis, Señor mío, que muchas veces me hacía a mí más temor acordarme de si había de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso día del, juicio final que todas las penas y furias del infierno que se me representaban; y os suplicaba me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y así os lo suplico ahora, Señor. ¿Qué me puede venir en la tierra que llegue a esto? Todo Junto lo quiero, mi Dios, y libradme de tan grande aflicción. No deje yo, mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz. Vuestro Padre nos dio a Vos; no pierda yo, Señor mío, joya tan preciosa. Confieso, Padre eterno, que la he guardado mal; mas, aún remedio hay, Señor, remedio hay, mientras vivimos en este destierro. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 14, 2).

Haz, Señor, que sea admitida en el número de las vírgenes sabias y permanezca a la espera del Esposo celestial con la lámpara encendida y llena de aceite, de modo que no me turbe por la llegada imprevista del Rey, sino que, segura con la luz de las buenas obras, salga al encuentro festiva con el coro de

las vírgenes que me han precedido... en el séquito del • Cordero. (STA. GERTRUDIS, **Ejercicios**, 3).

CICLO C

«El Señor regirá el orbe con justicia» (SI 97, 9).

Ya el domingo pasado la Liturgia, tratando el tema de la resurrección de los muertos, orientaba el pensamiento a las realidades ultraterrenas. Hoy prosigue en la misma dirección y señala «el día del Señor, cuando, al fin de los tiempos, vuelva Cristo con gloria para juzgar a vivos y muertos» (Credo). El profeta Malaquías (3, 19-20a; 1.ª lectura) lo presenta con tintas fuertes: «Mirad que llega el día, ardiente como un horno: malvados y perversos serán la paja, y los que quemaré el día que ha de venir» (ib 19). Estas imágenes no son agradables a la mentalidad moderna, pero, con todo, expresan una gran verdad. Si en la vida presente triunfa el mal y los que se burlan de Dios tienen éxito y fortuna, vendrá día en que Dios mismo pondrá cada cosa en su lugar según justicia. «Entonces vosotros volveréis a distinguir entre el justo y el impío, entre quien sirve a Dios y quien no le sirve» (ib 18). Cada cual tendrá la suerte que se haya preparado con su conducta; así, mientras para los impíos el día del juicio será como un fuego devorador, para los justos será la manifestación de la gloria de Dios. «Yo seré indulgente con ellos —dice el Señor— como es indulgente un padre con el hijo que le sirve» (ib 17). Delicada expresión que revela la bondad paternal de Dios, el cual recompensa a los que le aman por encima de todo mérito. «Los iluminará un sol de justicia» (ib 20), Cristo el Señor, el cual después de haber iluminado al mundo para guiarlo por los caminos del bien y de la paz (Lc 1, 79), volverá para acoger en su gloria eterna a cuantos hayan seguido su luz.

El Evangelio (Lc 21, 5-19) reproduce un trozo del discurso escatológico de Jesús, donde la predicción de los sucesos que precederán el fin del mundo se mezcla con la de los hechos que precederán la caída de Jerusalén y la destrucción del templo. Habla el Señor ante todo de la aparición de muchos que, presentándose en su nombre, impartirán doctrinas engañosas y falsas profecías. «Cuidado con que nadie os engañe...; no vayáis tras ellos» (ib 8). La deformación de la verdad es el peligro más insidioso. Hay que ser cautos y saber discernir; el que contradice a la Sagrada Escritura, el que no está con la Iglesia y con el Papa no ha de ser escuchado. Jesús anuncia luego «guerras, revoluciones..., terremotos, epidemias, hambre» (ib 9-10). La historia de todos los tiempos registra calamidades de este género; sería por eso aventurado ver en ellas —como en la multitud de falsos profetas— la señal de un fin inminente. Jesús mismo prediciendo estas cosas, dijo: «No tengáis pánico...; el final no vendrá en seguida» (ib 9). Sin embargo, esto «tiene que ocurrir primero» (ib); pues en el plan divino esas cosas tienen la misión de recordar a los hombres que aquí abajo es todo transitorio, todo está en camino hacia «nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la

justicia» (2 Pe 3, 13), y en los que los justos participarán eternamente en la gloria de su Señor. A esta misma luz han de ser consideradas las persecuciones que en todo tiempo hostigan a la Iglesia; no son para perdición, sino para bien de los creyentes, para acendrar y robustecer su fe. «Así tendréis ocasión —dice Jesús— de dar testimonio» (Lc 21, 13). Por eso la conclusión de este fragmento, no sólo es serena, sino llena de confianza. Jesús exhorta a sus discípulos a no preocuparse ni siquiera cuando sean apresados, llevados a los tribunales y perseguidos por los amigos o familiares y convertidos en blanco del odio de todos. El velará por ellos, y si hubieren de perder la vida por su nombre, la habrán ganado para la eternidad. «Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas» (ib 19). No es con las preocupaciones, las protestas, o las discusiones como se obtendrá la victoria, sino perseverando con paciencia en la fidelidad a Cristo y confiando en él, a pesar de que arrecien las tormentas.

¡Oh Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh, qué gran verdad es ésta! Mas ¡ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la muerte... Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama y Vos, bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡Oh, válgame Dios, qué mal se puede dar esto a entender, sino a los que ya han entendido, cuán suave es el Señor!

¡Oh cristianos, cristianos!, mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios; conocedle y no le menospreciéis, que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible con espantable furia para sus perseguidores. ¡Oh, que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma! El que más puede más traiciones inventa contra su Rey... Remediad, Dios mío, tan gran desatino y ceguedad. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 14, 1-2.4).

Señor, Dios nuestro, concédenos vivir siempre alegres en tu servicio, porque en servirte a ti, creador de todo bien, consiste el gozo pleno y verdadero. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

371. EL FUEGO DEVORADOR

«Tú, Señor, me conoces; me has visto y has comprobado que mi corazón está contigo» (Jr 12, 3).

1.— «Yahvé, tu Dios, es un fuego devorador, un Dios celoso» (Dt 4, 24). Repetidas veces se presentó así el Señor a Israel para ponerlo en guardia contra la idolatría. Dios no admite contrincante: para los que ama y quiere admitir a su intimidad, es un «fuego devorador» que destruye en ello todo cuanto puede dividir su corazón. Es fuego devorador, pero fuego de amor. Cuando su llama se apodera del espíritu, lo escudriña en toda dirección y en

todos sus repliegues, dejando al desnudo todo lo que es contrario al amor. Sus resplandores descubren al hombre todas sus miserias, y le muestran toda su fealdad, para que se dé cuenta de la distancia infinita que hay entre él y Dios, para que se humille y reconozca indigno de los favores divinos y para que se duela de ello y doliéndose merezca ser liberado. Mientras la criatura no está del todo purificada, dice San Juan de la Cruz, la llama del amor divino «no es [para ella] clara sino oscura, que, si alguna luz le da, es para ver sólo y sentir sus miserias y defectos...; aunque algunas veces le pega calor de amor, es con tormento y aprieto... ni le es reficionadora y pacífica, sino consumidora y augüidora, haciéndola desfallecer y penar en el conocimiento propio» (LI 1, 19). Es una especie de purgatorio, en el que el alma agoniza, temiendo ser rechazada para siempre de Dios. Entonces gime: «A mí ya me conoces, Señor; me has visto y has comprobado que mi corazón está contigo» (Jr 12, 3). Sólo tú escudriñas las profundidades de mi ser y mides mi miseria; sólo tú puedes limpiarme: «Lava del todo mi delito» (SI 50, 4).

Esta labor purificadora no es igual para todos ni en intensidad ni en duración; Dios la proporciona al grado de amor y de unión a que quiere conducir a cada criatura. Por lo demás no hay para nadie ni períodos ininterrumpidos de purificación, ni períodos continuos de gozo espiritual, sino que Dios los alterna con sabiduría infinita mezclando lo dulce con lo amargo, la alegría con el desánimo, para que nadie se abata por la aspereza de la prueba ni se exalte por la dulzura de los dones.

2.— ««He venido a poner fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!» (Lc 12, 49). Este fuego divino, encendido por la caridad en el corazón de cada cristiano, no está destinado a quedar sofocado bajo un cúmulo de miserias y de limitaciones humanas, sino a llamear libremente para elevarse a Dios llevando hacia él a su criatura purificada y resplandeciente por la fuerza del amor. Esto no podrá realizarse nunca si Dios, por particular misericordia suya, no interviene de un modo especial en la vida de sus amigos, metiéndolo en esas pruebas purificadoras. «Mira —dice el Señor— que te he purificado al fuego como plata; te he probado en el crisol de la desgracia» (Is 48, 10).

El fuego que purifica a las almas, no es un fuego hostil, sino el fuego amigo del amor divino; fuego devorador y purificante, pero al mismo tiempo amoroso e iluminador. San Juan de la Cruz ve en este fuego divino al mismo Espíritu Santo, el cual, lo mismo que derrama su amor en el hombre, así lo purifica por medio del mismo amor: «...esta llama, que es el Espíritu Santo, está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y ésta es la operación del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la divina unión y transformación y amor en Dios» (LI 1, 19). El que esta acción purificadora sea dolorosa, no depende ni del Espíritu Santo ni de la naturaleza del amor, que de por sí es gozoso, sino del estado imperfecto en que se encuentra la criatura. Los sufrimientos purificadores son algo así

como los dolores del parto, que preparan y anuncian una vida nueva. ¿No dijo Jesús que es necesario nacer de nuevo y que este nacimiento ha de tener lugar por medio del Espíritu? «Si uno no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3, 5). Ese nuevo nacimiento iniciado en el bautismo, debe llegar a plenitud a través del esfuerzo de toda la vida, porque mientras el hombre vive aquí abajo, necesita siempre morir a sí mismo, y, por ende, ser purificado por el Espíritu para ser regenerado por él.

Cuando las pruebas purificadoras se hacen más intensas, no hay más que un cable de salvación al que agarrarse: saber que, a pesar de sentirse el hombre abandonado de Dios, en realidad no lo está; antes se encuentra bajo un influjo especial del Espíritu Santo, que dirige la obra de su purificación.

Oh Señor mío, yo he estado hasta aquí en gran paz, contento y deleite, porque todas mis facultades gozaban del amor que me dabas tú, y les parecía estar en el paraíso... Ahora me encuentro desnuda y despojada de todo e incapaz de amar y obrar como solía; ¿qué haré, pues, viva y muerta a la vez, sin entendimiento, sin memoria, sin voluntad y, lo que es peor, sin amor? Yo creía que sin éste no se podía vivir, habiendo sido creado el hombre para amar y para gozar, para gozarte a ti sobre todo, oh Dios, nuestro primer objeto y nuestro fin... ¡Oh qué dura e intolerable me parece esta vida!... La abandonada y desolada humanidad ¿cómo vivirá quedando árida, desnuda y sin vigor?... ¡Oh, qué dulce y cruel purgatorio es éste no conocido en la tierra! Dulce en comparación con el purgatorio de la otra vida. Nos parece cruel, a nosotros ciegos... mas lo que nos parece crueldad de tu parte, oh mi Dios, es gran misericordia. (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello; me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie; he entrado en la hondura del agua, me arrastra la corriente. Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta; se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios... Pero mi oración se dirige a ti, Dios mío...; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude. Arráncame del cieno, que no me hunda; líbrame de los que me aborrecen, y de las aguas sin fondo. Que no me arrastre la corriente, que no me trague el torbellino, que no cierre la poza sobre mí. Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia, por tu gran compasión vuélvete hacia mí; no escondas tu rostro a tu siervo: estoy en peligro, respóndeme en seguida. Acércate a mí, rescátame. (**Salmo** 68, 2-4. 14-19).

372. LLAMAS DIVINAS

«Señor, ¿no te tengo a ti en el cielo?; y contigo ¿qué me importa la tierra?» (SI 72, 25).

1.— Al paso que la llama viva del Espíritu Santo purifica al hombre, lo va iluminando gradualmente y encendiendo en amor. «Se siente estar herida el alma viva y agudamente —dice San Juan de la Cruz— en fuerte amor divino, en cierto sentimiento y barrunto de Dios» (N II, 11, 1), que le hace vislumbrar

con profundidad nueva la soberanía suma, la santidad excelsa y la amabilidad infinita de Dios del que se siente más presa y atraída cada vez. «Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido» (Jr 20, 7). Dios de tal modo ha conquistado y enamorado de sí a su criatura, que ésta ya no ve, ni en el cielo ni en la tierra, otro bien fuera de él, no tiene otro deseo que poseerlo, ni otro temor que el de llegarlo a perder. Dios mismo a través de las penas de la noche del espíritu le infunde «un amor estimativo tan grande [...de él], que... todo lo más que padece y siente en Los trabajos de esta noche, es ansia de pensar si tiene perdido a Dios y pensar si está dejada de él» (N II 13, 5). El que es frío e indiferente para con Dios no se angustia por el temor de perderlo; sólo el que lo ama conoce ese tormento, tanto más vivo cuanto mayor es el amor. Y justamente porque está animada por un amor intenso, acepta la criatura sufrir por Dios cualquier pena, y hasta «holgaría de morir muchas veces por satisfacerle» (ib). Aunque no guste todavía el gozo de amor divino, es éste tan fuerte y tan real que la lleva de hecho a preferir siempre a Dios por encima de todas las cosas. San Pablo expresa la fuerza de este amor cuando dice: «Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad de... Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (Fl 3, 8). Cuando una criatura ha comprendido que para poseer a Dios es necesario resolverse a determinado paso, no se arredra ante nada: afronta cualquier dificultad y renuncia a cualquier cosa, con tal de conseguir su intento y «poder encontrar con el que ama su alma. (N II, 13, 5).

2.— «En mi lecho, por las noches, he buscado al Amado de mi alma. Busquéle y no le hallé. Me levantaré y recorreré la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré...» (Ct 3, 1-2). Inflamada de amor del Espíritu Santo, la criatura se torna ansiosa e impaciente por encontrar a su Dios y lo va buscando e invocando sin descanso, «porque, como está en tinieblas, siéntese sin él, estándose muriendo de amor por él» (J. C. N II, 13, 8). La larga espera y privación de la noche del espíritu la torna sumamente solícita, semejante a la mística Esposa de los Cantares —figura no sólo de Israel en busca de Dios, sino de toda alma que anhela la unión con él—, la cual, después de haber suspirado por él en la intimidad de su casa, no sufre más dilaciones y sale a buscarlo por calles y plazas. Semejante a la Magdalena que, después de la muerte de Jesús, no descansa, sino que se levanta de madrugada, corre al sepulcro y, no encontrando ya el cuerpo del Maestro, lo busca preguntando a todo el que encuentra. La criatura hambrienta y sedienta de Dios no se resigna, ni se da por vencida; quiere encontrar a toda costa al que ama más que a sí misma. En este estado, dice San Juan de la Cruz, «tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al Amado; en todo cuanto piensa, luego piensa en el Amado; en cuanto habla, en cuantos negocios se ofrecen, luego es hablar y tratar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquier cosa, todo su cuidado es en el Amado» (N II 19, 2).

Todo cristiano ha sido prevenido por el amor de Dios, creado a su imagen y semejanza, revestido de vida divina; todo cristiano ha sido y es continuamente invitado a la comunión con Dios. Y entonces, ¿por qué esas criaturas privilegiadas van en busca no de Dios sino de sí mismas, solícitas no del amor divino sino de amores caducos, ansiosas no de Dios sino de miserables bienes terrenos? Es el amargo fruto del egoísmo, de la superficialidad y de la codicia, que tienen prisionero el corazón humano; y esto demuestra a las claras qué labor purificadora tan profunda hace falta para liberarlo completamente de sí mismo y de todo lo que le impide buscar a Dios con todas sus fuerzas. «Buscarás al Señor tu Dios; y lo encontrarás, si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma» (Dt 4, 29).

Oh llama de amor, tú consumes toda herrumbre y expulsas del alma cualquier tiniebla de defectos, y con tal penetración, que la más pequeña sombra de imperfección rió puede comparecer ante ti; y tú siempre clamas porque no puedes soportar esa sombra, y tanto obras en el alma que la purificas de lo que no se puede ver sino con tus ojos, los cuales ven que es defectuoso lo que a los otros les parece perfección. Oh amor, tú purificas y destruyes nuestras imperfecciones; tu iluminas y robusteces nuestros sentimientos; tú obras todas las cosas que nos son necesarias solamente por puro amor tuyo, sin ser amado de nosotros.

Oh Señor, ¿qué es esta alma de la que tanto cuidado tienes y que tanto estimas, mientras nosotros la estimamos tan poco? ¡Oh, si yo pudiese saber la causa de ese tu amor tan grande y tan puro a la criatura racional, a la que luego veo en todo tan contraria a ti! (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

¡Oh Señor, oh vida sin muerte, acuérdate de mí que yazgo en las tinieblas y en la sombra de la muerte y resucita a tu criatura con tu amor, que es mi aliento vital! Haz que el fuego divino de tu amor consuma en mí todos los malos humores de los afectos terrenos y que en mí quede sólo un afecto, heredero de tu belleza y de tu gracia... Inclina mi corazón a la ley de la dulcísima caridad y engendra en mí una perpetua solicitud por ir a ti de prisa y no tener reposo en tierra extranjera...

¡Oh corazón fidelísimo para los que esperan en ti y buscan tu rostro!, no me alejes de ti con este mí deseo más amable que la vida. ¿Para qué me creaste..., sino para que te conociese y amase a ti, que eres mi felicidad y mi corona? Es cierto que me hiciste para ti y que no hay en la tierra sacrificio más agradable a tu Majestad que el corazón enamorado de ti, que suspira siempre por ti, y que ha consagrado a tu amor todo el tiempo de su vida... Haz que yo esté siempre en una continua vela de caridad, elevándome a ti con aliento para asir mi presa tan deseada y tan largamente esperada. ¡Oh presa deliciosísima, presa amabilísima, cuándo estaré todo anido a ti! (VEN. JUAN DE JESUS MARIA, **Are amandi Deum**).

373. EL CORAZON NUEVO

«Señor, los que te son fieles permanecerán junto a ti en el amor, porque reservas a tus elegidos gracia y misericordia» (Sb 3, 9).

1.— «Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados de todas vuestras manchas... Yo os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo» (Ez 36, 25-26). Esta gran promesa hecha a Israel se cumple plenamente en las criaturas que, abandonándose del todo a la acción purificadora del Espíritu Santo, salen con un corazón renovado en el agua pura de la gracia y en la llama viva del amor.

Característica inconfundible de este corazón nuevo es la humildad profunda, que lo libra de todo vestigio de orgullo y vanagloria. Lejos de complacerse en sí misma y en su generosidad en el servicio de Dios, la criatura purificada por el Espíritu Santo «se tiene por más mala averiguadamente que todas las otras almas..., porque le va el amor enseñando lo que merece Dios» (N II 19, 3). El amor, mejor que cualquier razonamiento, permite intuir lo digno que es Dios de ser amado y honrado con dedicación absoluta; el hombre presa de él pierde toda presunción y, por mucho que haga por el Señor, se siente siempre siervo inútil y como nada delante de él (1c 17, 10; SI 38, 6). «Las grandes obras por el Amado tienen por pequeñas, las muchas por pocas, el largo tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor que ya va ardiendo» (N II, 19, 3). Y esto influye también en sus relaciones con el prójimo, y así no le viene idea de preferirse a los demás o condenarles (ib).

El amor divino, al mismo tiempo que inflama a la criatura, la ilumina y abisma en la contemplación del todo de Dios, frente al cual por contraste resalta más vivamente la nada del hombre. «Dios es amor» (1 Jn 4, 16), dice la Escritura, y «Dios es luz» (ib 1, 5). En Dios, luz y amor, se identifican: su amor es luz y su luz es amor. La señal inconfundible de los progresos en el amor y en la contemplación es la luz que disipa las tinieblas engañosas del orgullo y deja al hombre profundamente convencido de su nada y capaz de vivir en la humildad que es verdad. «Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad» (ib 6). La comunión con Dios exige que el hombre camine en la luz «como él mismo está en la luz» (ib 7).

2.— «No temas —dice el Señor—, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío» (Is 43, 1). Aunque consciente de su miseria e indignidad y como atónita en presencia de la santidad de Dios, advierte la criatura que él la invita, la llama, quiere introducirla en su intimidad. No está aún «perfeccionada en amor, por no haber llegado a la unión. [Sin embargo], la hambre y sed que tiene de lo que falta... y las fuerzas que ya el amor ha puesto en la voluntad..., la hace ser osada y atrevida» (N II, 13, 9), y tiende

con todas sus fuerzas a la comunión perfecta con Dios. El corazón nuevo que el Espíritu Santo va plasmando en ella es humilde, pero también osado.

Humilde por su indignidad, que conoce perfectamente, pero osada por el amor que llamea en ella y por la invitación que Dios mismo le dirige atrayéndola secretamente a sí, el alma osa aspirar al bien sumo de la unión divina. Es humilde en su audaz deseo, porque sabe que no merece tan alto don, pero osada, porque comprende que Dios mismo se lo quiere dar. «La alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo» (as 62, 5). «¿Qué no osaría confiadamente —exclama San Bernardo— con aquél cuya noble imagen y luminosa semejanza sabe que lleva en sí?» (*In Cant.* 83, 1). El amor de Dios le ha salido al paso, haciéndola semejante a él por creación y por gracia; esa divina semejanza esta diciendo justamente el deseo de Dios de unirla a sí y a la vez el fundamento de dicha unión. «Porque como se casa joven con doncella, se casará contigo tu Edificador» (as 62, 5), Dios ha creado al hombre semejante a sí, para unirlo consigo por el amor; y el Hijo del hombre se ha inmolado y ha orado para que esa unión en la Iglesia su Esposa se realice con todo hombre: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros» (Jn 17, 21). Que lo sean todos los creyentes, unidos entre sí por la misma caridad que los une a Dios; que lo sea cada uno en una relación personal de amor y de «comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3).

Señor, te doy posesión de mí misma, pues no sé qué hacer de mí, como no sea un infierno y por mí sola. Señor, quisiera hacer este trueque contigo: yo pondré este mi ser maligno en tus manos, porque tú sólo lo puedes ocultar en tu bondad y dirigirme de modo que de la servidumbre de mí misma no se vea ya cosa alguna, y tú me darás la posesión de tu amor esplendoroso que extinga en mí todo otro amor y me aniquile toda en ti mismo, y luego, manteniéndome ocupada en ti, ninguna otra cosa tenga ni tiempo ni lugar de estar conmigo. (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

Dios mío, ¿qué cosa no podría osar confiadamente alcanzar de ti, cuya noble imagen y luminosa semejanza sé que llevo en mí? ¿Por qué habría de temer una tan alta majestad, cobrando confianza de la nobleza de mi origen? Ayúdame a conservar la integridad de mi naturaleza con la inocencia de la vida, a embellecer y adornar con virtudes y afectos dignos la imagen celestial que llevo en mí...

¡Oh alma mía! Torna al Verbo para ser reformada por él, para hacerte semejante a él... en la caridad... Si amas perfectamente, te desposas con él. ¿Hay cosa más deleitosa que esta conformidad? ¿Hay cosa más deseable que el amor por el cual tú... te acercas espontánea y confiadamente al Verbo, te adhieres constantemente a él, le interrogas familiarmente y le consultas en todo, tan capaz para entender cuanto audaz para desear? Este es verdaderamente un contrato espiritual y un santo connubio... Es el abrazo. Sí, es en verdad un abrazo, porque un idéntico querer y no querer hace de los dos un solo espíritu. (S. BERNARDO, In **Cántica Cant.**, 83, 1-3).

374. EL AMOR INCONTENIBLE

«Tu amor, Señor, es fuerte como la muerte» (Ct 8, 6).

1.— «El amor de Cristo nos apremia» (2 Cr 5, 14), exclama San Pablo, que fue vencido por él y experimentó lo duro que es cocear contra el aguijón (He 26, 14). Cuando el amor divino se apodera del hombre, genera en él un dinamismo más acosante cada vez que le induce continuamente a buscar nuevos medios de agradar a Dios, para atestiguarle su fidelidad y trabajar para su gloria. Esto acaece tanto en la vida activa como en la contemplativa: los activos, a impulsos del amor, se hacen más generosos cada vez y se gastan en las obras externas, y los contemplativos, en las interiores de la oración y de la mortificación escondida. En unos y en otros se actúan las mismas leyes: el amor nunca está ocioso (T. J. M VI 9, 18); «Mi peso es mi amor» (S. Agustín: Conf. XIII, 9.10), peso que arrastra irresistiblemente.

Un amor tan fuerte y poderoso es don del Espíritu Santo, que inflama en él al alma a medida que la purifica; es don, pero requiere siempre la colaboración del hombre. El amor —dice Teresa de Jesús— es «como un fuego que es grande y, para que no se apaque, es menester haya siempre que quemar. Así son las almas que digo (inflamadas en el divino amor): aunque fuese muy a su costa, querrían traer leña para que no cesase este fuego» (V 30, 20). Entonces, sin cuidarse de dificultades, fatigas o repugnancias, la criatura nada rehúsa y todo lo emprende, persuadida de que nunca el amor es tan verdadero como cuando lleva a sacrificarse por el amado. Así se hace capaz de soportar «por razón del Amado, un ordinario sufrir sin fatigarse. Porque, como dice San Agustín, todas las cosas, grandes, graves y pesadas, casi ninguna (as hace el amor... El espíritu aquí tiene tanta fuerza, que tiene tan sujeta a la carne y la tiene tan en poco como el árbol a una de sus hojas» (J. C. N II, 19, 4). Tal era la actitud de San Pablo el cual no acababa de gozarse de lo que sufría por el Evangelio, aceptando con entusiasmo el estar continuamente expuesto «a la muerte por causa de Jesús» (2 Cr 4, 11). Animada de ese mismo ardor. Sta. Teresa del N. J., en el retiro de su celda, aceptaba con heroica fortaleza y serenidad el desmoronamiento de vida joven por la santificación de los sacerdotes.

2.— «Esta fuerza tiene el amor si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos», de modo que «tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad» (T. J. F 5, 10). Un amor semejante no puede ser fruto de la naturaleza humana tan flaca y tan hostil al sacrificio; sólo Dios lo infunde progresivamente en quienes aceptan ser purificados por él. Es la llama viva encendida por el Espíritu Santo y que tanto más invade las almas cuanto más dispuestas las encuentra, esto es, libres de todo lo que es contrario al amor. Cuando todas las resistencias han sido vencidas y las escorias eliminadas, el amor llamea incontenible y confiere a la criatura una fuerza de gigante; la llama del amor «la hace salir fuera de sí y renovar toda y pasar a una nueva

manera de ser» (J. C. C 1, 17). Es un modo tan nuevo que, mientras antes temía el padecer, ahora lo ama y lo abraza con fortaleza. «Es fuerte el amor como la muerte... Saetas de fuego, sus saetas, una llama divina» (Ct 8, 6). Como es imposible sustraerse a la muerte, así es imposible sustraerse a la fuerza del amor divino, pues es semejante al fuego, que donde cae deja su huella. El que de él es herido y marcado, no puede hacer otra cosa que entregarse totalmente a Dios sin reservas.

Ninguna criatura en el mundo fue invadida y marcada por el amor divino como la Virgen, ninguna ha amado más que ella a Dios o ha sido fuerte en padecer por él. Hela al pie de la cruz: es madre, y asiste voluntariamente al atroz suplicio de su Hijo; ve hundirse los clavos en sus carnes, oye los golpes sordos del martillo, ve cómo la cabeza coronada de espinas busca en vano un descanso en el duro leño, ve alzarse la cruz y al Hijo colgar entre el cielo y la tierra, desfigurado por el dolor, sin el menor alivio. Tiene el corazón traspasado y, sin embargo, repite su *fiat* con la misma resolución con que lo pronunció al anuncio gozoso de su maternidad, y encuentra en su amor valor para ofrecer a su Hijo amado por la salvación de sus torturadores.

Al pie de la cruz, cerca de María, a la que el amor y el dolor hicieron Reina de los mártires, se comprende la fuerza del amor.

¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas, así, Dios mío, no obráis vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar si tuviese a quién, ni de recibir servicios a su costa? (**Fundaciones 2, 7**).

El que ama «no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender que le agradarán más. ¿Escondarse? ¡Oh, que el amor de Dios —si de veras es amor— es imposible!... Hay más o menos; y así se da a entender como la fuerza que tiene el amor; si es poco, da a entender poco; y si es mucho, mucho; mas poco o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende...

[En] los contemplativos, no hay poco: siempre es el amor mucho —o ellos no serán contemplativos—, y así se da a entender mucho y de muchas maneras. Es fuego grande: no puede sino dar gran resplandor. (STA. TERESA DE JESUS, **Camino**, 40, 3-4).

¡Oh amor divino!, ¿qué más podré decir de ti? He sido superada y vencida por ti: me siento morir de amor, y no siento amor; me encuentro anegada en el amor, y no conozco amor; siento en mí obrar ese amor, y no comprendo su obra; siento arder mi corazón de amor y no veo fuego de amor.

Señor mío, no puedo dejar de buscar señales de este amor... en el cual se contiene toda cosa deseable del cielo o de la tierra; donde el hombre goza pero nunca se sacia, antes siente crecer más y más el hambre... ¿Qué es este amor que todo lo vence?... Tú, Señor, me has mostrado una sola chispa de ese tu

puro y sencillo amor, y esa chispa enciende tan gran fuego en mi corazón, que me consume: no hallo lugar de descanso en la tierra, ni puedo ver ni sentir otra cosa; quedo encantada fuera de mí; no sé dónde estoy; estoy invadida, presa y herida, casi para morir, a la espera sólo de tu providencia que satisfaga todos mis deseos de salvación. (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

375. MORAR EN DIOS

«Para mí lo bueno es estar junto a ti, Dios mío» (SI 72, 28).

1.— El desasimiento de todo bien creado y de sí misma, permite a la criatura percibir más profundamente la acción divina. «Como a mujer abandonada y de contristado espíritu, te llamó el Señor... Dice tu Dios: Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré» (Is 54, 6-7). Lo mismo que, después de haber castigado a Israel por sus infidelidades, lo volvió a llamar el Señor a sí devolviéndole su favor, así después de haber purificado a cada alma mediante amargas aflicciones, arideces y abandonos, las atrae «con inmensa compasión» para unir las a sí. Esta atracción divina se verifica mediante la contemplación, la cual, como dice San Juan del a Cruz, «ciencia de amor..., noticia infusa de Dios amorosa, que juntamente va ilustrando y enamorando el alma, hasta subirla de grado hasta Dios, su Creador, porque sólo el amor es el que une y junta el alma con Dios» (N II, 18, 5). Al principio esto sucede de modo oscuro, imperceptible para la criatura, pero luego ésta «muy de ordinario siente esta inflamación y calor de amor» (ib 12, 5). Son entonces momentos de inmenso gozo por el que la criatura pregunta la unión con Dios, gozo que la compensa ampliamente de todas las penas y ansias sufridas en la oscuridad de la noche. «Encontré al Amado de mi alma —exclama entusiasta—; lo agarré y ya no lo soltaré» (Ct 3, 4). En esos momentos la presencia de Dios en el alma no es sólo una verdad de fe firmemente creída, sino una realidad divina intensamente experimentada. La criatura advierte que está en Dios y siente a Dios en sí como una presencia más viva que cualquier presencia creada. Son ensayos de unión divina que Dios concede «cuando quiere y como quiere y a quien quiere» (T. J. M IV, 1, 2) y que, aun siendo raras y breves, hacen que la criatura se arraigue fuertemente en él y la animan a abrazar de buena gana las penas que tenga que sufrir aún hasta llegar a la unión perfecta. Hay que recordar siempre, sin embargo, que el amor no consiste en el gozo que se puede experimentar, sino en la decisión enérgica de la voluntad de darse a Dios. Es el Señor quien lo hace todo, y él puede infundir el amor «dejando seca la voluntad» (N II, 12, 7), o bien inflamándola con suave ardor.

2.— «El amor —dice San Juan de la Cruz— es la inclinación del alma y la fuerza y virtud que tiene para ir a Dios... y así, cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra con él». El amor imperfecto no puede producir más que una unión imperfecta, mientras

que el amor perfecto genera una unión perfecta: «el amor más fuerte es más unitivo» (LI 1, 13).

«Para que el alma esté en su centro, que es Dios—explica San Juan de la Cruz—, bata que tenga un grado de amor, porque por uno solo se une con él por gracia». Pero sólo quien posee el más alto grado de amor se unirá a Dios «en el último centro y más profundo del alma» (ib). El amor es el peso que arrastra al hombre hacia Dios en proporción a su fuerza. Pero es verdad también lo contrario: que el amor atrae a Dios hasta su criatura. «Si alguno me ama, guardaré mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Basta un amor inicial, consistente en la observancia de la ley divina, para asegurar el estado de gracia y por ello, la inhabitación de Dios en el creyente, el cual vive ya unido a Dios que mora en él; pero se trata de una unión muy imperfecta. Antes de llegar a la unión íntima, a la comunión plena, queda un largo camino que recorrer, cuyas etapas son marcadas por el progreso en el amor; cuanto el alma ama más, más se abisma en Dios; y por otra parte Dios mismo, realizando su promesa, se le hace más presente cada vez por gracia, invitándola a una amistad y a una unión más íntima cada vez.

El amor realiza este prodigio: atrae a Dios hasta el hombre que le ama y lanza al hombre hacia Dios; mediante el amor una pobre criatura, que de por sí es nada, se encuentra con su Creador y se une a él de modo tan íntimo y perfecto que queda del todo transformada y divinizada: la «llegará a herir el amor de Dios hasta... transformarla y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios» (LI 1, 13). Esto lo hace el amor, porque no es ello sino una participación de la caridad infinita que es Dios: «Dios es amor» (1 Jn 4, 16); por eso donde hay amor, está Dios: «quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (ib).

Señor, te participo mi gozo y confianza serena; estoy sostenido por tu amor, a él me abandono y me entrego, en él me pierdo... ¡Oh amor inmenso de mi Dios! ¿cómo puedo amarte de rebote?... Yo no tengo qué ofrecerte sino tus dones que salen de mis manos demasiado estropeados y mutilados...

¡Oh bondad, inagotable ternura, oh padre y madre a la vez, oh amigo fiel y gozoso, oh esposo apasionado y celoso, oh hermano que aconsejas y diriges, oh río profundo y sereno, fuego que destruye y luz que da toda luz, oh Dios, oh Padre, mi todo, oh Amor hacia el que vuelvo de prisa, oh Amor, espérame; heme aquí!

Todo es divino. Nada hay profano... Dios Padre mío, Dios amigo mío, ternísimo y providente... Dios más dulce que una madre. (P. LYONNET, **Escritos espirituales**).

Dáteme a mí, Dios mío, y devuélvete a mí. He aquí que te amo, y si aun es poco, que yo te ame con más fuerza. No puedo medir a ciencia cierta cuánto me falta del amor para que sea bastante, a fin de que mi vida corra entre sus abrazos y no me aparte hasta que sea escondido en lo escondido de tu rostro.

Esto sólo sé: que me va mal dejos de ti, no solamente fuera de mí, sino aun en mí mismo; y que toda abundancia mía, que no sea mi Dios, es indigencia.

Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado. Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba. Enardecémonos y caminamos. Subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón... Con tu fuego, sí, con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos hacia arriba, hacia «la paz de Jerusalén» (S. AGUSTIN, **Confesiones**, XIII, 8, 9; 9, 10).

Bueno eres, Señor, con el alma que te busca. ¿Cómo serás entonces con el alma que te encuentra? Pero justo aquí está la maravilla, que nadie puede buscarte sino el que te haya antes encontrado. Quieres, pues, ser encontrado para ser buscado, y quieres ser buscado para ser encontrado de nuevo. Sí, bien puedes ser buscado y encontrado, pero no nos podemos adelantar a ti. Aunque digamos: «Por la mañana mi oración te irá al encuentro», no cabe duda que será tibia toda oración que no haya sido a su vez antecedita por tu inspiración. (S. BERNARDO, **De diligendo Deo**, 22).

376. TU VOLUNTAD ESTA EN MI CORAZON

«Me complazco en hacer tu voluntad, Dios mío; y llevo tu ley en las entrañas» (Sl 39, 9).

1. «Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 35). Adherirse a la voluntad de Dios es adherirse a Dios, abrazar su querer es abrazarse a Dios mismo. Nadie está más unido a Dios que quien cumple siempre y perfectamente su voluntad. Esta es la más cierta señal de un amor auténtico y de una relación con Dios que Jesús comparó a las relaciones más estrechas de sangre. El amor vacía a la criatura de todo lo que es contrario a Dios, la mueve a amar y querer sólo lo que Dios mismo ama y quiere, de modo que gradualmente su voluntad se conforma y hasta se identifica con la divina; entonces de las dos está «hecha una voluntad, la cual es voluntad de Dios, y esta voluntad de Dios es también voluntad del alma» (J. C. S 1, XI, 3). Cuando alguien dice: Señor, renuncio a mi voluntad para hacer la tuya, está expresando una óptima disposición, pero no es eso aún la unión perfecta; pues queda aún alguna diferencia entre las dos voluntades. Hay que llegar a poder decir, más con hechos que con palabras: Señor, lo que tú quieres lo quiero yo también. Esta fue la actitud constante de la Virgen: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

La unión perfecta con Dios, enseña San Juan de la Cruz, «consiste en tener el alma, según la voluntad, con total transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios» (S 1, 11, 2). Entonces en todas sus acciones el hombre no se guía ya por sus gustos personales, sino sólo por la voluntad de Dios, en la que ha perdido la suya, y habiéndola perdido por amor, se la encuentra transformada en la divina. «Quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16, 25). Y como en Dios el

acto de la voluntad se identifica con el acto del amor, perderse en la voluntad divina es perderse en su amor. Querer únicamente lo que Dios quiere es la cumbre del amor, porque es dejarse mover únicamente por el amor divino.

2. — «Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jr 31, 33). Es lo que se realiza en la criatura totalmente purificada: en su corazón no hay otra cosa que la voluntad divina, impresa por Dios con la fuerza de su amor; así la criatura pertenece a Dios y Dios a ella en una fusión perfecta de voluntad y de amor. Esta es la unión con Dios que los santos han deseado y procurado con todas sus fuerzas, porque es «más clara y segura» (T. J. M V, 3, 5). Teresa de Jesús que experimentó la dulzura y la eficacia de la unión mística en la que el alma no puede «dudar que estuvo en Dios y Dios en ella» (ib 1, 9), no vacila en preferir la perfecta unión con la voluntad de Dios al deleite espiritual que acompaña a aquellas gracias. En esta unión, en efecto, consiste la esencia de la santidad, mientras que las gracias místicas son un medio para llegar a ella, preciosísimo y eficaz, pero medio al fin.

Toca a Dios señalar a cada criatura su camino; para algunas será el «atajo» de las gracias místicas, para otras —la gran mayoría— será el camino ordinario del esfuerzo generoso y perseverante: «el caminito» de Santa Teresa del N. J. o «el camino carretero» de Santa María Bertilla. Pero nadie podrá llegar a la unión con Dios sin una plena conformidad con su querer testimoniada con las obras, con la vida. En lugar de preocuparse por el camino, hay que apuntar con generosidad a la meta. «Mirad, hijas —escribe Santa Teresa de Jesús—, que para esto que tratamos (la unión con Dios) no quiere (Dios) que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendiéreis de vos que habéis dado, se os harán mayores o menores mercedes» (M V, 1, 3).

Dios nunca deja sola a la criatura a la que ve buscar constantemente y cumplir su voluntad; él mismo le da conocimiento y amor profundo de ella y le facilita el cumplimiento: «Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos» (Ez 36, 27). La criatura que va por el camino ordinario no está privada de esas ayudas divinas; también ella camina bajo el influjo del Espíritu Santo que la guía con una acción secreta, pero segura, a la plena conformidad con el divino querer.

¡Oh Dios mío y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh Amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero yo, Señor, desear más de lo que Vos quisierais darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir os cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mis deseos desear, tenéis Vos ya entendido sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libréis de un trabajo y en aquél está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo que pido, Dios mío? Si os suplico me le deis, no conviene por ventura a mi paciencia, que aún está flaca y no puede

sufrir tan gran golpe; y si con ella le paso y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios...

Que no, mi Dios, no; no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí. Quered Vos de mí lo que quisiereis querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros.

Y si Vos, Dios mío, quisiereis contentarme a mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iría perdida.

¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales e incierta su providencia! Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. No me castigáis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo deseara. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. El viva y me dé vida; El reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad...

Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse. «Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno». ¿Oh, quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de donde ya no se esperase poder salir, o por mejor decir, no se temiese verse fuera! (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 17, 1-3).

377. SOLEMNIDAD DE CRISTO REY

DOMINGO XXXIV «DURANTE EL AÑO»

CICLO A

«Admítenos, Señor, en tu reino de justicia, de amor y de paz»
(MR, Prefacio).

La Iglesia, después de haber conmemorado en el curso del año litúrgico los misterios de la vida de Cristo a través de los cuales se cumple la obra de la salvación, en el último domingo del año se recoge en torno a su Señor para celebrar su triunfo final, cuando vuelva como Rey glorioso a recoger los frutos de su redención. Este es en síntesis el significado de la solemnidad de hoy.

La Liturgia de la Palabra presenta hoy tres aspectos particulares de la realeza de Cristo. La segunda lectura (1 Cr 15, 20-26a. 28) pone en evidencia su poder soberano sobre el pecado y sobre la muerte. Cristo muerto y resucitado para la salvación de la humanidad es la «primicia» de los que, habiendo creído en él, resucitarán un día a la vida eterna. En efecto, «si por Adán murieron todos» a causa del pecado, «por Cristo todos volverán a la vida» (ib 22) gracias a su resurrección. La victoria sobre la muerte —último enemigo de Cristo— coronará la obra de salvación; y al fin de los tiempos, cuando los muertos resuciten, Cristo podrá entregar al Padre el reino conquistado por él, reino de resucitados que cantarán eternamente las alabanzas del Dios de la

vida. Así toda la creación que el Padre sometió al Hijo para que la librase del pecado y de la muerte, ya completamente redimida y renovada, será sometida y devuelta por el mismo Hijo al Padre, «y así Dios lo será todo en todos» (ib 28) y será glorificado eternamente por toda criatura.

La primera lectura (Ez 34, 11-12. 15-17) subraya por su parte el amor de Cristo Rey. Vino a la tierra a establecer el Reino del Padre no con la fuerza del conquistador, sino con la bondad y mansedumbre del pastor: «Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas siguiendo su rastro. Como un pastor sigue el rastro de su rebaño cuando se encuentran las ovejas dispersas, así seguiré yo el rastro de mis ovejas» (ib 11-12). Cristo fue el buen pastor por excelencia, solícito en guardar, apacentar, defender y salvar el rebaño que el Padre le confió. Y como los hombres estaban dispersos y alejados de Dios y de su amor, él los buscó, como busca el pastor las ovejas descarriadas, y los curó, como vena el pastor las ovejas heridas y cura las enfermas (ib 16). Además para devolverlos al amor del Padre, dio su vida. Después de una entrega tal, bien puede Cristo decir, mirando su rebaño: «Yo voy a juzgar entre oveja y oveja, entre cabra y macho cabrío» (ib 17). Cristo Rey-Pastor será un día Rey-Juez.

Es éste el tercer aspecto de su realeza, desarrollado ampliamente en el Evangelio (Mt 25, 31-46). «Cuando venga en su gloria el Hijo del Hombre y todos los ángeles con él..., serán reunidas ante él todas las naciones. El separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras» (ib 31-33). El Hijo del hombre, que vino en humildad y sufrimiento a salvar el rebaño que el Padre le confió, volverá Rey glorioso al final de los tiempos a juzgar a los que fueron objeto de su amor.

¿Sobre qué los juzgará? Sobre el amor; porque el amor es la síntesis de su mensaje, el móvil y fin de toda su obra de salvación. El que no ama se excluye voluntariamente del reino de Cristo y el último día verá confirmada para siempre esa exclusión. El juicio sobre el amor será muy concreto; no versará sobre palabras sino sobre hechos: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...» (ib 35). Aunque Rey glorioso, Jesús no olvida que se ha hecho nuestro hermano y premia como hechos a él los más humildes actos de caridad realizados con el más pequeño de los hombres: «Hereditad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (ib 34). El amor, síntesis del cristianismo, es la condición para ser admitidos al reino de Cristo que es reino de amor. El que ama no tendrá nada que temer del juicio de Cristo Rey de Amor.

Te adoro, oh Jesús, Señor mío... Tú eres Rey. Te veo en espíritu sentado en un trono a la derecha de Dios... Todo depende de ese trono; todo lo que depende de Dios y del imperio del cielo está sometido a ese trono: ése es tu imperio.

Pero ese imperio es sagrado: es un sacerdocio... Tú celebras para nosotros un oficio y una fiesta eterna a la diestra del Padre. Le muestras de continuo las cicatrices de las heridas que lo aplacan y nos salvan. Le ofreces nuestras

oraciones, intercedes por nuestros pecados, nos bendices y nos consagras. Desde lo más alto de los cielos bautizas a tus hijos, cambias dones terrenos en tu Cuerpo y en tu Sangre, perdonas los pecados, envías a tu Espíritu Santo, consagras a tus ministros y haces todo lo que hacen ellos en tu nombre. Cuando nacemos nos lavas con un agua celestial, cuando morimos, nos sostienes con una unción que nos conforta; y así nuestros males se convierten en medicinas y nuestra muerte en un paso a la vida verdadera.

¡Oh Dios, oh Rey, oh Pontífice!, me uno a ti, te ensalzo..., me someto a tu divinidad, a tu imperio y a tu sacerdocio... Todos tus enemigos, oh Rey mío, serán subyugados, serán vencidos, serán forzados a besar la huella de tus pies... Siéntate entretanto en tu trono, oh Rey de gloria, permanece en el cielo hasta el día en que volverás de nuevo a juzgar a vivos y a muertos... Entonces bajarás; pero volverás bien pronto a ocupar tu puesto con todos los predestinados, que estarán íntimamente unidos a ti; y presentarás a Dios este Reino: todo el pueblo salvado, esto es, Cabeza y miembros, y Dios será todo en todos. (J. B. BOSSUET, **Meditaciones sobre el Evangelio**, III, 52, v 1).

CICLO B

«A aquel que nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre..., la gloria y el poder por los siglos de los siglos» (Ap 1, 5-6).

La solemnidad de hoy, puesta al fin del año litúrgico, aparece como la síntesis de los misterios de Cristo conmemorados durante el año, y como el vértice desde donde brilla con mayor luminosidad su figura de Salvador y Señor de todas las cosas. En las dos primeras lecturas domina la idea de la majestad y la potestad regia de Cristo. La profecía de Daniel (7, 13-14) prevé su aparición «entre las nubes del cielo» (Ib 13), fórmula tradicional que indica el retorno glorioso de Cristo al fin de los tiempos para juzgar al mundo. Pues «a él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su poder es eterno, no cesará. Su reino no acabará» (ib 14). Dios —«el Anciano» (ib 13)— lo ha constituido Señor de toda la creación confiriéndole un poder que rebasa los confines del tiempo.

Este concepto es corroborado en la segunda lectura (Ap 1, 5-8) con la famosa expresión: «Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso» (ib 8). Cristo-Verbo eterno es «el que es» y ha sido siempre, principio y fin de toda la creación; Cristo-Verbo encarnado es el que viene a salvar a los hombres, principio y fin de toda la redención, y es además el que vendrá un día a juzgar al mundo. «¡Mirad! El viene en las nubes. Todo ojo lo verá; también los que le atravesaron. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán por su causa» (ib 7). De este modo a la visión grandiosa de Cristo Señor universal se une la de Cristo crucificado, y ésta reclama la consideración de su inmenso amor: «nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre» (ib 5). Rey y Señor, no ha escogido otro camino para

librar a los hombres del pecado que lavarlos con su propia sangre. Sólo a ese precio los ha introducido en su reino, donde son admitidos no tanto como súbditos cuanto como hermanos y coherederos, como copartícipes de su realeza y de su señorío sobre todas las cosas, para que con él, único Sacerdote, puedan ofrecer y consagrar a Dios toda la creación. «Nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre» (ib 6). Hasta ese punto ha querido Cristo Señor hacer partícipe al hombre de sus grandezas.

También el Evangelio (Ji 18, 33b-37) presenta la realeza de Cristo en relación con su pasión y a la vez la contrapone a las realezas terrestres. Todo ello a base de la conversación entre Jesús y Pilatos. Mientras que el Señor siempre se había sustraído a las multitudes que en los momentos de entusiasmo querían proclamarlo rey, ahora que está para ser condenado a muerte, confiesa su realeza sin reticencias. A la pregunta de Pilatos: «Con que ¿tú eres rey?», responde: «Tú lo dices: Soy Rey» (ib 37). Pero había declarado de antemano: «Mi reino no es de este mundo» (ib 36). La realeza de Cristo no está en función de un dominio temporal y político, sino en un señorío espiritual que consiste en anunciar la verdad y conducir a los hombres a la Verdad suprema, liberándolos de toda tiniebla de error y de pecado. «Para esto he venido al mundo —dice Jesús—; para ser testigo de la verdad» (ib 37). El es el «Testigo fiel» (2.º lectura) de la verdad —o sea del misterio de Dios y de sus designios para la salvación del mundo—, que ha venido a revelar a los hombres y a testimoniar con el sacrificio de la vida. Por eso únicamente cuando está para encaminarse a la cruz, se declara Rey; y desde la cruz atraerá a todos a sí (Jn 12, 32). Es impresionante que en el Evangelio de Juan, el evangelista teólogo, el tema de la realeza de Cristo esté constantemente enlazado con el de su pasión. En realidad la cruz es el trono real de Cristo; desde la cruz extiende los brazos para estrechar a sí a todos los hombres y desde la cruz los gobierna con su amor. Para que reine sobre nosotros, hay que dejarse atraer y vencer por ese amor.

Dios todopoderoso y eterno, que quisiste fundar todas las cosas en tu Hijo muy amado, Rey del universo; haz que toda la creación, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu Majestad y te glorifique sin fin. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se dice: «Vuestro reino no tiene fin», casi siempre me es particular regalo. Aláboos, Señor, y bendígoos para siempre; en fin, vuestro reino durará para siempre (**Camino**, 22, 1).

¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos y de otros mil mundos y sin cuento mundo y cielos que vos creasteis, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser Vos Señor de ello. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo...

Veo que queréis dar a entender al alma mía cuán grande es [vuestra majestad] y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad junto con la Divinidad. Aquí se representa bien qué será el día del Juicio ver esta majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad que deja en el alma, de ver su miseria, que no la puede ignorar. Aquí la confusión y verdadero arrepentimiento de los pecados, que, aun con verle que muestra amor, no sabe adónde se meter, y así se deshace toda. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 28, 8-9).

CICLO C

«Acuérdate, Señor de mí, en tu reino» (Lc 23, 42).

El año litúrgico se cierra con la fiesta de Cristo Rey, celebración global de su misterio de grandeza y de amor infinito.

El argumento es introducido por la primera lectura (2 Sm 5, 1-3) con el recuerdo de la unción de David para rey y pastor de Israel, figura profética de Cristo, rey y pastor de todos los pueblos. Luego se desarrolla en la segunda lectura (Cl 1, 12-20), donde San Pablo ensalza la realeza de Cristo y pasa revista a sus títulos más expresivos. Cristo es rey porque tiene la primacía absoluta delante de Dios y delante de los hombres, en el orden de la creación y en el de la redención. «El es imagen de Dios invisible» (ib 15), imagen perfecta y visible que revela al Padre: el que le ve a él, ve a su Padre (Jn 14, 9). Es el «primogénito de toda criatura» (Cl 1, 15): primero en el pensamiento y en el amor del Padre, primero por su dignidad infinita que lo antepone a todas las criaturas, primero porque «por medio de él..., por él y para él» (ib 16) han sido hechas todas las cosas, habiéndolas Dios llamado a la existencia por medio de él, que es su Palabra eterna. Toda la creación le pertenece; él es a la vez Rey que la rige y Sacerdote que la consagra ofrece al Padre para su gloria. Pero como la creación ha sido contaminada por el pecado, Cristo que la ha redimido al precio de su sangre, es también Salvador de ella. Los hombres salvados por él constituyen el Reino, la Iglesia, de la que él es Cabeza, Esposo, Pastor y Señor. Por otra parte, por su encarnación, es también hermano de los hombres y por su pasión y muerte es «el primogénito de entre los muertos» (ib 18), que un día resucitarán con él, «primicia» de los resucitados. En verdad Cristo «es el primero en todo» (ib) y en él el hombre lo encuentra todo: la vida, «la redención, el perdón de los pecados» (ib 14). Brota así espontáneo el himno de reconocimiento a Dios Padre que en su Hijo ha querido crear y restaurar todas las cosas y dar a los hombres vida y salvación: «Demos gracias a Dios Padre, «que nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido» (ib 12-13).

Esta liberación y este traslado están documentados al vivo en el Evangelio de hoy (Lc 23, 35-43) con el episodio conmovedor del buen ladrón. Jesús está en la cruz; sobre su cabeza cuelga, como escarnio y condena, el título de su realeza: «Este es el Rey de los Judíos» (ib 38). Los jefes y los soldados se burlan de él: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo» (ib 37).

Hasta uno de los malhechores colgados al lado, le injuria; el otro, en cambio, movido de temor de Dios, lo defiende: «Lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada»; y dirigiéndose a Jesús, dice: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (ib 41-42). Es un ladrón, y cree en Dios y le teme, se confiesa culpable y reconoce el castigo de sus delitos. La fe le ilumina y, primero entre todos, reconoce la realeza de Jesús, escarnecida y rechazada por los sacerdotes y jefes del pueblo; y la reconoce no delante de Cristo glorioso, sino ante un Cristo humillado y moribundo en el patíbulo. Su fe es premiada: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso» (ib 43). Pide para el futuro, y recibe al punto «hoy». No tendrá que esperar; Jesús ha expiado ya por él, le ha merecido la gracia del perdón; para acogerla ha sido suficiente el arrepentimiento acompañado de la fe. De este modo Cristo desde la cruz atrae a sí a los hombres; es el buen pastor que salva la oveja perdida, el padre que acoge al hijo pródigo, el Rey que establece su reino con el poder del amor y a precio de su sangre. El que cree y confía en él, podrá escuchar: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

Gracias siempre y en todo lugar [a ti], Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno: porque consagraste Sacerdote eterno y Rey del Universo a tu Único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ungiéndolo con óleo de alegría, para que ofreciéndose a sí mismo, como víctima perfecta y pacificadora en el altar de la cruz consumara el misterio de la redención humana; y sometiendo a su poder la creación entera, entregara a tu majestad infinita un reino eterno y universal: el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz. (MISAL ROMANO, **Prefacio**).

¡Oh alma mía, tú eres un templo! ¡Dios mío, que sea ella tu reino! Soy y quiero ser tu súbdito; reina soberanamente en mí. Si alguna vez me he alejado de ti, si he tenido la desgracia de rebelarme contra ti, ha sido, Dios mío, porque no te conocía.

¡Oh Bondad infinita!, tú no te cansas ni por la pusilanimidad o por las rebeliones de mi naturaleza; no me pides otra cosa que una fe viva y una voluntad fiel, dirigida por la fe y movida por tu amor. Creo, Señor, quiero creer, sana mi incredulidad. Triunfa sobre mis resistencias. Tú no me subyugas, lo sé, sino para amarme. Someterme a ti equivale a dejarme amar de ti, a darte la libertad de realizar en mí, mal que me pese, mi felicidad. Dispón de mí, Señor; rompe los obstáculos que se oponen en mí al dominio y al triunfo de tu amor. (D. MERCIER, **Escritos y discursos**).

378. EL SEÑOR ES MI PASTOR

«Señor, tú reparas mis fuerzas..., preparas una mesa ante mí» (Sl 22, 3.5).

1.— El ángel del Señor se apareció a Elías, abatido por las continuas persecuciones y agotado por la larga caminata en el desierto, para confortarlo. «Levántate y come», le dijo por dos veces, y por dos veces halló el profeta junto a sí una hogaza y agua; restaurado con ese alimento, reemprendió el camino, y «camino cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb» (1 Re 19, 8). Nunca permite Dios que le falte su ayuda al hombre que va en su busca. El agua vivificante de la gracia y el pan vivo de la Eucaristía son su sostén cotidiano, mucho más fortificante y prodigioso que el ofrecido a Elías. Sin embargo, puede suceder lo que a los Hebreos en el desierto: no apreciaron el maná enviado por Dios y el agua brotada de la roca; el pueblo deseó otros manjares y añoró las carnes y cebollas de Egipto. El hombre, por desgracia, se habitúa aun a las gracias mayores, hasta a los milagros, y acaba por no apreciar su valor. Puede haber quien se lamente de no encontrar en su camino los grandes favores místicos otorgados a los santos y entretanto no advierte que no valora los auxilios ordinarios de la gracia; ordinarios no en el sentido de poca monta, sino en el de que son concedidos indistintamente a todos los creyentes. Para llegar a la unión con Dios, dice Teresa de Ávila, «no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto; basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, que nos enseñase el camino» (M V 3, 7). ¡Jesús basta! ¿Qué don mayor que el Hijo de Dios hecho hombre para abrir a los hombres los tesoros de la amistad divina, mostrarle el camino y darle los medios? La gracia merecida por la Pasión de Cristo, el don de la Eucaristía y de los otros sacramentos ¿son acaso valores de poca monta por estar destinados a todos?

Sólo una fe profunda permite comprender el gran valor de estos medios ordinarios de la gracia. Sólo la criatura purificada tiene el sentido de su inmensa riqueza y canta convencida: «El Señor es mi pastor, nada me falta... Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... Preparas una mesa ante mí» (Sl 22, 1.3.5).

2.— «Deliciosos son tus perfumes... Llévame en pos de ti. ¡Correremos!» (Ct 1, 3-4). Como la esposa de los Cantares, la criatura purificada se siente fuertemente atraída por la belleza de Dios, y sólo espera un gesto para correr a él. Comentando este versículo, dice S. Juan de la Cruz: «Si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella: y, si ella la envía a él sus amorosos deseos..., él a ella le envía el olor de sus ungüentos, con que la atrae y hace correr hacia él» (LI 3, 28). Se establece como una porfía: cuanto más la criatura ansía unirse a Dios, más la atrae Dios a sí con «sus divinas inspiraciones y toques» (Ib). Estos no son otra cosa que los dones del Espíritu Santo que actúan en el alma para facilitarle el camino. Esta entonces se mueve hacia Dios no tanto por iniciativa personal, cuanto dejándose asir y

guiar por el impulso del Espíritu. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rm 8, 14). Hijos no sólo porque han recibido el bautismo, sino porque han dejado a la gracia bautismal madurar en toda su plenitud, plenitud que implica el desarrollo perfecto de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo. Sólo así puede la criatura ser transformada toda por la gracia y, por ello, penetrada de la vida divina, modelada por el Espíritu Santo a imagen del Hijo Único de Dios y, como hija verdadera, introducida en la «comunidad con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3). Esta es la vida mística que se encuentra en la línea del desarrollo normal de la gracia y por eso se ofrece a todos los creyentes. Es vida mística porque en ella la iniciativa y el estilo divinos predominan sobre los humanos y la criatura saca de ella una verdadera experiencia de Dios; de su trascendencia e inmanencia, de su presencia en el alma y de la unión con él por la caridad. Es la comunión con Dios vivida no sólo por el hecho de estar en gracia —dato esencial y fundamental—, sino también por la experiencia que se deriva del amor. Estas son las inmensas riquezas ofrecidas a las criaturas que saben darse a Dios con generosidad total: «Por eso, hermanas —exclama Teresa de Jesús—, alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no «quede por nuestra culpa» (M V, 1, 2).

Señor, pidiéndote el fervor, te pido todo aquello de que puedo necesitar y todo lo que tú puedes darme; pues es la cumbre de todo don y de toda virtud y condición de auténtica y plena vida espiritual. El fervor confiere a toda virtud atractivo y grandeza, al paso que la protege continuamente y la hace más pura. Pidiéndote el fervor, te pido energías espirituales auténticas, coherencia y perseverancia; te pido fuerza para renunciar a todos los motivos humanos y el puro deseo de agradarte a ti; te pido la fe, la esperanza y la caridad en su grado más elevado. Pidiéndote fervor, te pido que me libres del miedo a los hombres y del deseo de sus alabanzas; te pido el don de la oración, porque sólo ella me puede consolar; te pido un reconocimiento leal de mi deber, que proceda de un amor generoso a ti; te pido santidad, paz y alegría. Pidiéndote el fervor, te pido el esplendor de los querubines, la llama de amor de los serafines y la pureza de los santos. Pidiéndote el fervor, síntesis de todos los dones, te pido todo lo que me falta. Si tuviese un poquito de fervor de corazón, nada constituiría para mí un obstáculo, nada me sería difícil.

Dios mío, pidiéndote fervor eres tú lo que pido, nada menos que tú, que te diste a nosotros completamente. Entra en mi corazón con tu esencia y con tu persona y, llenándolo de ti, llénalo de fervor. Tú sólo puedes colmar el alma del hombre y tú mismo has asumido ese encargo. Tú eres la llama viva que arde siempre de amor al hombre: entra en mi intimidad y enciéndela, para que como tú pueda arder de amor. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

¡Oh alimento sin sabor! ¡Oh sabor sin gusto! ¡Oh manjar de amor del que se alimentan los ángeles, los santos y los hombres! ¡Oh manjar beatífico, el que te gusta no sabe qué bien sea ése! ¡Oh verdadero manjar que satisfaces nuestro apetito, tú apagas todo otro apetito! El que gusta de este manjar se considera

bienaventurado, estando todavía en esta vida, en la que tú, oh Dios, no muestras sino una pequeñísima gotita. Si mostrases un poquito más, el hombre moriría por ese amor tan sutil y penetrante, y el espíritu se inflamaría tanto que el débil cuerpo quedaría consumido. ¡Oh amor celeste, oh amor divino, yo quedo vencida y dominada! (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

379. A LA SOMBRA DE DIOS

«Señor, a la sombra de tus alas me refugio» (Sl 35, 8).

1.— «Yo soy de mi amado, y él me busca con pasión» (Ct 7, 11). La criatura no podría darse totalmente a Dios si no fuese atraída por él; es siempre Dios quien la precede con su amor y con su gracia. Por otra parte es también verdad que Dios «no se da a sí del todo hasta que nos damos del todo» (T. J. C 28, 12). Sucede así que cuando la criatura, teniendo ya la voluntad libre de todo deseo y gusto extraño, ha dado enteramente «el sí de todo esto en Dios, siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento propio y libre», él le responde con el «verdadero sí y entero de su gracia» (J. C. LI 3, 25). Al don perfecto de la voluntad por parte de la criatura, corresponde la plena comunicación de la gracia por parte de Dios, o sea la abundante comunicación de su vida divina. «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia», dijo Jesús (Jn 10, 10): si el hombre desea darse a él, mucho más desea él derramar en el hombre su vida para unirlo a sí en comunión íntima. «Permaneced en mí, como yo en vosotros. Permaneced en mi amor. Vosotros sois mis amigos:», (Jn 15, 4.9.14); frases todas que atestiguan el deseo ardiente de Cristo de realizar una unión profunda con los creyentes, y no sólo de modo colectivo y genérico, sino personal con cada uno de ellos: «Si alguno me ama..., vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

Esto se realiza plenamente cuando, como dice San Juan de la Cruz, «ya la voluntad de Dios y del alma [son una] en un consentimiento propio y libre» (LI 3, 25); entonces la vida divina irrumpe en la criatura y Dios se da a ella como esposo a esposa: «Yo soy de mi amado y mi amado es mío» (Ct 6, 3). Al alma que se le ha entregado totalmente, Dios no sólo le da sus gracias, sino que se le entrega totalmente a sí mismo en un sublime intercambio de amor. «Y éste es —dice el Doctor Místico— un alto estado de desposorio espiritual del alma con el verbo, en el cual el Esposo le hace grandes mercedes y la visita amorosísimamente muchas veces» (LI 3, 25).

2.— «Mira que estoy a la puerta y llamo —dice el Señor—. Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3, 20). De mil maneras, con sus gracias, con sus inspiraciones, con su amor, llama Dios al corazón del hombre, y apenas éste se decide a abrirle de par en par la puerta, lo invade, toma posesión de él, establece su morada y habita allí como amigo con su amigo. Si la criatura hace cuanto está de su

parte para desembarazar el corazón de todo afecto desordenado y abrirlo completamente a Dios, «es imposible... que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele, al menos en secreto y silencio. Más imposible es esto que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; pues, así como el sol está madrugando para entrar en tu casa, si destapas la ventana, para entrar, así Dios... entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos» (J. C. LI 3, 46). ¿Por qué, pues, hacerle esperar? Cualquier retraso podría ser fatal, como sucedió a la esposa de los Cantares, la cual habiéndose demorado en abrir al esposo, cuando se decidió a hacerlo, éste había desaparecido. «Lo busco, y no lo encuentro; lo llamo, y no responde» (Ct 5, 6). Dios es el Señor; tiene pleno derecho a hacerse esperar para probar la fidelidad del hombre, pero el hombre no tiene derecho alguno a hacerle esperar. Demorar en responder a las invitaciones divinas, o responder sólo parcialmente, con negligencia y reserva, significa exponerse a perder gracias preciosísimas que conducirían a una unión más íntima con Dios.

Dios quiere el «sí» perfecto de la criatura, no sólo en teoría, no sólo en los momentos de oración o de gozo espiritual, sino siempre: en la realidad concreta de la vida cotidiana, en las dificultades y en el desconsuelo. Y ha de ser un «sí» generoso, por el que la criatura se adhiere a Dios con todas sus fuerzas y con todo su amor. Sólo a este «sí» responde él con «su verdadero sí y entero de su gracia», haciendo a la criatura cada vez más partícipe de su ser divino y de su vida divina, y morando en ella de modo cada vez más íntimo y profundo. Es el triunfo de la gracia, por el que la criatura dada enteramente a Dios puede finalmente reposar en él: «a su sombra apetejada estoy sentada» (Ct 2, 3).

¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Que es posible que aun estando en esta vida mortal se pueda gozar de Vos con tan particular amistad! ¿Y que tan a las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender!... Seáis bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos msotráis en amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias y perdonando. Y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos y la enseñáis que os diga...

Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me beséis «con el beso de vuestra boca», y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad a no salir de la vuestra...

Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle; en ésta comienza la paga. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro y hacer un concierto con Su Majestad: que mire yo a mi Amado y mi Amado a mí; y que mire él por mis cosas y yo por las suyas. (STA. TERESA DE JESUS, **Conceptos de amor de Dios**, 3, 14-15; 4, 8).

Cuando place a la Bondad divina, el alma puede sentirse en su parte superior inundada de paz, aun mientras continúa la tormenta. ¡Oh paz inefable que supera todo sentimiento!, tú quitas siempre el gusto de lo sensible y haces correr hacia la fe pura como hacia la fuente única de un Bien divino, cuyo fruto inefable y mil veces bendito, don que supera todos los dones, tú eres.

Este es..., Dios mío, el favor que estimo superior a todo lo que en tu liberalidad me has concedido hasta ahora. ¡Que tu bondad me lo conserve, si tal es tu beneplácito! ¿Qué podré temer gozando de esta paz inefable? Para el alma que está íntimamente unida a ti, oh Señor, eres la fuerza para su debilidad, la obediencia para sus rebeldías, la humildad para su orgullo, la riqueza para su pobreza, el amor para su frialdad, el reconocimiento para sus ingratitudes, la pureza para sus fealdades y, en fin, la oración de su oración. Con esta paz divina tú la proteges de todo peligro, y tu amor infinito absorbe esta nada insignificante que está siempre en tu presencia con humilde confianza y ciego abandono. (BTA. M. TERESA DE SOUVIRAN).

380. MI LOTE ES DIOS

«Mi lote perpetuo es Dios» (SI 72, 26).

1.— «De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada» (Jr 2, 2). Así hablaba el Señor a Israel y así habla a la criatura que por su amor ha afrontado el camino áspero del desierto, aceptando seguirle en la soledad, en la primación de todo consuelo terreno y en el perfecto desasimiento de todo y de sí misma. Dios, que no deja sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre (Mt 10, 42), paga de modo maravilloso a quien por amor suya se ha sujetado a tantas asperezas. Esta tal recibirá su premio, que no es otro que Dios mismo: «Dios es mi lote perpetuo» (SI 72, 26). Dios que en la eternidad es lote definitivo y beatificante de los elegidos, quiere comenzar a serlo aquí abajo para los que le son plenamente fieles.

El «sí» perfecto con que el hombre ha entregado a Dios su voluntad, poniéndola completamente a disposición del querer divino, no es aún suficiente para dominar del todo la sensibilidad; ésta, por culpa del desorden causado en ella por el pecado original, intenta escapar al gobierno del espíritu y, por ende, al de la voluntad divina. La criatura, pues, está aún sujeta a emociones e impresiones que no consigue dominar enteramente y que la exponen a cometer alguna falta por sorpresa, fragilidad o inadvertencia. Luego el demonio se vale de esa debilidad para revolver la sensibilidad, intentando impedir al hombre que progrese o procurando sin más hacerlo retroceder. El hombre sufre, pero es incapaz de poner remedio. Sólo Dios puede restablecer en él la armonía y la integridad original. El Señor no rehúsa esta gracia suprema a quien le es totalmente fiel, y la concede por medio de una unión más íntima y completa consigo, en cuya virtud domina toda la criatura con su poderoso influjo. Es la unión total que, por analogía, llaman

los místicos «matrimonio espiritual», el más alto grado de unión con Dios posible en la tierra.

2.— «El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él» (1 Cr 6, 17). Esta unión profunda, especie de compenetración entre el alma y Dios, se realiza en su grado máximo en el matrimonio espiritual. El matrimonio —dice San Juan de la Cruz— es mucho más sin comparación que el desposorio espiritual, porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las _partes por total posesión de la una a la otra» (C 22, 3).

Mientras en el desposorio la transformación en Dios afectaba sólo a la voluntad, en el matrimonio se extiende a las otras potencias. Esto depende de una donación más perfecta de Dios a la criatura y de la criatura a Dios. Dios se da a la criatura como principio motor no sólo de su voluntad, sino de todo su ser, tomando la dirección de toda su vida e inspirándolas en cada uno de sus actos. Es el fruto de un influjo más intenso de los dones del Espíritu Santo, que redundan en todas las facultades del hombre, hasta en la parte sensible, la cual queda así completamente sujeta al espíritu. La criatura, entonces, posee a su Dios, no sólo como a quien mora en ella, sino como a quien la vivifica, la mueve y la gobierna; como a su principio de vida, su sostén, su fuerza y su todo. «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí», repite con San Pablo (Gl 2, 20). Siente qué su vida es mucho más vida de Dios que propia; pues como Dios se ha dado toda a ella, así ella, en virtud de esa singular plenitud del don divino, puede darse toda a él; el don perfecto de la voluntad es completado por el don de todo el ser, magníficamente armonizado por la abundante actuación de los dones del Espíritu Santo. Por esta entrega total de sí al Amado, la criatura transfiere, por así decirlo, su vida en Dios viviendo más en él que en sí misma, «más donde ama que en el cuerpo donde anima» (J. C. C 2, 3). Experimenta en sentido pleno el dicho del Apóstol: «Si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos, ya muramos, del Señor somos» (Rm 14, 8). Vive únicamente para Dios; es totalmente suya y vive en él; su vida está toda inmersa, perdida, «escondida con Cristo en Dios» (Cl 3, 3).

Grande es, Esposo mío, esta merced [de la unión con Vos], sabroso convite, precioso vino me dais, que sola una gota me hace olvidar de todo lo criado y salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contenidos y regalos que hasta aquí quería mi sensualidad. Grande es éste; no le merecí yo... No tiene comparación, a mi parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una unión tan unida, un amor tan dado a entender y a gustar, con las bajezas de las cosas del mundo (**Conceptos de amor de Dios**, 4, 6-7).

¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar [vuestras misericordias]! Suplícoos yo, Dios mío, sea así y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan los que las ven y a mí me saca de mí muchas veces para poderos mejor alabar a Vos;

que estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprasteis y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón. (STA. TERESA DE JESUS, **Vida**, 14, 10-11).

No temo porque amo. Y no sólo amo, sino también soy amada; porque si no fuese amada de ti, oh Verbo, no podría amar... No puedo temer tu rostro desde el momento que he sentido tu afecto. Lo he sentido porque tú, no sólo me has buscado en el estado en que estaba, sino, que amándome, me has dado la certeza de que me buscaste. ¿Por qué no te responderé buscándote, como respondo a tu amor amándote?... Tu espíritu, oh Verbo, es todo benignidad, y me anuncia cosas dulcísimas, asegurándome y convenciéndome de tu celo y amor por mí...

¡Feliz la criatura que ha merecido ser antecedida en el amor y bendecida por ti, oh Verbo, con tanta ternura! ¡Feliz a quien se le ha concedido experimentar un abrazo tan suave! Esto no es otra cosa que amor santo y casto, dulce y delicado, amor tan sereno cuanto sincero, amor recíproco todo íntimo y fuerte, que une a dos no en una sola carne, sino en un solo espíritu y hace que no sean ya dos sino, según el testimonio del Apóstol: «El que se une a Dios, es un espíritu con él». (S. BERNARDO, **In Cantica Cant.**, 84, 6; 83, 6).

381. EL TRIUNFO DEL AMOR

«Mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo» (SI 83, 3).

1. — «Serás corona de adorno en la mano del Señor y tiara real en la palma de tu Dios. No se dirá de ti jamás «abandonada», ni de tu tierra se dirá jamás «desolada...», porque el Señor se complacerá en ti» (Is 62, 3-4). Las palabras del profeta dirigidas a Jerusalén, se aplican también a la Iglesia, por la que Cristo se dio a sí mismo amándola como a esposa (Ef 5, 25-26), y en la Iglesia a toda alma elevada por Dios a la unión mística con él. Antes «abandonada» y casi «desolada» por la aspereza de las pruebas purificadoras, la criatura se encuentra finalmente en las manos de su Señor, el cual se complace en ella. En realidad, nada hay en ella que pueda atraer las divinas complacencias sino los dones que ha recibido de Dios: su gracia y su amor; y cuando estos, vencidos todos los obstáculos triunfan en ella, Dios no puede dejar de complacerse reconociendo en la criatura, el reflejo de sí mismo. Y pues él es amor, donde más amor encuentra, más se complace.

En el estado de unión total la vida del alma no es otra cosa que un intensísimo ejercicio de amor llevado al grado más alto; la criatura, como explica S. Juan de la Cruz, se encuentra empeñada en él con todas sus fuerzas: «el entendimiento, en entender las cosas que son más de su servicio para hacerlas, y su voluntad en amar todo lo que a Dios agrada y en todas las cosas aficionar la voluntad de Dios, y la memoria y el cuidado de lo que

es de su servicio y lo que más le ha de agradar». El mismo cuerpo y toda la parte sensible colaboran: «porque el cuerpo ya le trata según Dios, los sentidos interiores y exteriores enderezando a él las operaciones de ellos»; y hasta las pasiones están habitualmente orientadas al Señor, «porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa que en Dios, ni teme sino a sólo Dios, ni se duele sino según Dios». Todo esto acaece con tanta plenitud y espontaneidad que hasta los primeros movimientos del alma son movidos de amor: entendimiento y voluntad, memoria y afectos, sentidos y pasiones y «luego todo el caudal de primera instancia se inclina a Dios» (C 28, 3-5). Una vida tan intensa y perfecta de caridad teologal es fruto de la «llama viva de amor» con la que el Espíritu Santo ha invadido y transformado al cristiano arrastrándolo en la corriente de su amor infinito.

2.— «Por encima de todo esto revestíos del amor, que es el lazo de la unión perfecta» (CI 3, 14). En la criatura elevada a la unión total con Dios, el amor domina sabrá todo y lo resume todo: es la atmósfera en que vive, es su respiración, su vida. En ella «todo se mueve por amor y en el amor» (J. C. C 28, 8). Amor en sentido pleno, según lo pidió Jesús a sus discípulos, o sea amor a Dios y amor al prójimo. El amor no sería perfecto si no reflejase el movimiento de la caridad divina con la que Dios se ama a sí mismo y ama a los hombres.

San Juan de la Cruz advierte que uno de los frutos más preciosos de las pruebas purificadoras es justamente una delicada caridad fraterna. Habiendo experimentado largamente su miseria, ni aun por primer movimiento le parece que va mejor que los otros, ni que los lleva ventaja... «Y de aquí nace el amor del prójimo, porque los estima y no los juzga» (N 112, 7-8). Se vuelve, pues, al prójimo con una mirada pura, llena de estima y de amor, que le hace ver en cada hermano la imagen de Dios. Gafa—sirviendo a los otros, favoreciéndolos, ayudándolos; goza imitando el amor del Padre celestial que abraza a todos los hombres y el amor de Cristo que dio la vida por todos. La unión con Dios no hace a nadie frío o indiferente para con el prójimo u olvidarse de las necesidades ajenas, antes al contrario hace más firme y verdadera la unión fraterna. Este fue el objeto de la oración sacerdotal de Cristo: «que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno» (Jn 17, 22-23). Cuanto más unidos a Dios estén los fieles, más unidos han de estar entre sí, siendo «perfectamente uno».

Amor puro de Dios y amor puro de los hermanos, sin búsqueda alguna de sí mismo, ni de gozo espiritual, ni de ventajas humanas; el que ha llegado a esta altura, se preocupa sólo de la única cosa necesaria: amar como ama Dios. Un poquito de este puro amor, dice San Juan de la Cruz, «es más precioso... y más provecho hace a la Iglesia... que todas esas otras obras juntas» (C 29, 2). La criatura que lo posee es más apostólica que nunca, es decir, su vida es sumamente fecunda para la salvación de los hermanos y

para el incremento de la Iglesia, aunque no esté empleada en actividades externas.

¡Oh encendido amor, que con tus amorosos movimientos regaladamente estás glorificándome según la mayor capacidad y fuerza de mi alma, es a saber, dándome inteligencia divina según toda la habilidad y capacidad de mi entendimiento, y comunicándome el amor según la mayor fuerza de mi voluntad, y deleitándome en la sustancia del alma con el torrente de tu deleite en tu divino contacto y junta sustancial según la mayor pureza de mi sustancia y capacidad y anchura de mi memoria!...

¡Oh, pues, tú, toque delicado, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino penetras sutilmente la sustancia de mi alma, y, tocándola delicadamente, en ti la absorbes toda en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídas en la tierra...! ¡Oh, pues, mucho, y en grande manera mucho delicado toque del Verbo, para mí tanto más cuanto, habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Horeb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante, te diste más suave y fuertemente a sentir al profeta en silbo de aire delicado! (1 Re 19, 11-12).

¡Oh aire delgado! Como eres aire delgado y delicado, di, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh, dichosa el alma a quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso! Di esto al mundo; mas no se lo quieras decir al mundo, porque no sabe él de aire delgado y no te sentirá, porque no te puede recibir ni te puede ver; sino aquellos, Dios mío y vida mía, te verán y sentirán tu toque delgado, que enajenándose del mundo, se pusieren en delgado..., y así te puedan sentir y gozar...

¡Oh, pues, otra vez y muchas veces delicado toque, tanto más fuerte y poderoso, cuanto más delicado; pues que con la fuerza de tu delicadez deshaces y apartas el alma de todos los demás toques de las cosas criadas, y la adjudicas y unes sólo—para ti! (S. JUAN DE LA CRUZ, **Llama** 1, 17; 2, 17-18).

382. TRANSFORMADOS EN LA IMAGEN DE DIOS

«Dame a beber, Señor, del torrente de tus delicias, porque en ti está la fuente de la vidas (SI 35, 9-10).

1. — «Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos» (2 Cr 3, 18). En todos los bautizados se refleja la gloria del Señor resucitado, o sea la irradiación de su vida divina participada por medio de la gracia, que gradualmente los transforma a imagen de Dios. Es una transformación que será completa solamente en el cielo, en la tierra, en cambio, se realiza en proporción a la pureza interior y a la disponibilidad a la gracia de cada creyente y alcanza su ápice en las criaturas totalmente purificadas y unidas a Dios. En este estado, dice San Juan de la Cruz, el alma está de tal modo transformada por la gracia y el amor, que queda

«hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida» (C 22, 3). Dios es siempre Dios, esencialmente distinto de la criatura; ésta por su parte conserva su personalidad. Sin embargo, ha unido de tal modo y conglutinado la criatura al Creador, que «son dos naturalezas en un espíritu y amor» (ib).

En esta estrecha unión el alma es transformada en Dios por amor, o mejor, es el amor el que uniéndola completamente a Dios, la hace tan conforme con él, que la transforma toda en él. La transformación se extiende a todas las potencias: el entendimiento, iluminado con luz sobrenatural, se hace «divino unido con el divino»; se hace divina la voluntad «no amando menos que divinamente, hecho y unida en uno con la divina voluntad y amor»; lo mismo le acaece a la memoria en sus afecciones y apetitos, los cuales quedan «todos mudados y vueltos según Dios, divinamente» (N II, 13, 11). Divinizada en su ser y en sus potencias, la criatura lo está también en sus actos, porque Dios «mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad»; por eso las acciones «no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas» (S III 2, 8). La plenitud de vida sobrenatural comunicada a la criatura en el estado de unión total, realiza en grado máximo la prerrogativa de la gracia que es precisamente la de hacer a los hombres «partícipes de la divina naturaleza» (2 Pe 1, 4). Esto demuestra el poder maravilloso de la gracia y la continuidad que hay entre su inicio —el bautismo—, su desarrollo y la más alta unión con Dios que es su última consecuencia y su espléndida corona.

2.— «El amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado» (J. C. CA, 37, 2). El que ama de veras no soporta ser vencido en amor y cuanto más amado se siente más quiere corresponder con amor. Pero ¿cómo podrá el hombre, tan limitado, pretender amar a Dios cuanto es amado por él? En virtud de la caridad derramada en su corazón por el Espíritu Santo, todo cristiano puede decir: Señor, yo te amo con tu mismo amor. La caridad teologal, en efecto, siendo una participación del amor con que Dios ama a sí mismo y a las criaturas, habilita al hombre a amar a Dios con su mismo amor. Sin embargo, esa chispa de amor divino, demasiado tiempo y demasiadas veces, es ahogada por la ceniza de tantos afectos y deseos egoístas, desordenados y exclusivamente terrenos; sólo cuando queda totalmente liberada de ellos puede llamear en todo su esplendor y elevarse a Dios con toda su fuerza. Es lo que se realiza en el estado de unión total, en el que la voluntad humana purificada enteramente está toda empleada en el ejercicio del amor teologal. Además, estando ya la voluntad del hombre hecha una sola cosa con la voluntad divina, la criatura «ama a Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya; y así le amará tanto como es amada de Dios, pues le ama con voluntad del mismo Dios» (ib). San Juan de la Cruz llega a decir que la criatura transformada en Dios por amor, ama al Señor «en el Espíritu Santo..., junto con el Espíritu Santo..., supliendo (él) lo que falta en ella por haberse transformado en amor ella con él» (ib). Son

alturas de vértigo, verdaderamente divinas, donde el hombre es levantado a una capacidad de amor casi infinita y puede apagar su deseo de amar a Dios cuanto es amado por él.

El Espíritu Santo ha sido dado a todos los creyentes para que puedan amar a Dios, no con un débil amor humano y como a solas, sino con amor divino y junta con él, Amor sustancial, potencia infinita de amor. Si esto se realiza en plenitud sólo en las cumbres de la unión con Dios, puede irse haciendo gradualmente desde los comienzos de la vida espiritual, ya que todo bautizado puede decir: «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). ¡Qué alegría y qué consuelo para la criatura que sufre a causa de la extrema pobreza de su amor comparado con el amor infinito de Dios, saber que el Espíritu Santo puede y quiere suplir su poquedad, con tal que se deje asir y absorber totalmente por la inmensa llama de su caridad.

¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas), ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos! (S. JUAN DE LA CRUZ, **Cántico**, 39, 7).

Oh Dios omnipotente, fortaléceme con tu fuerza, consuélame con tu paz que no tiene confines, alégrame con la belleza de tu rostro. Ilumíname con la luz que mana de tu esplendor increado, purifícame con el perfume de tu inefable santidad. Sumérgeme en ti y dame de beber, en cuanto le es concedido a un mortal, en los torrentes de la gracia que manan del Padre y del Hijo, de la gracia de tu consustancial y eterno Amor. (J. H. NEWMAN, **Madurez cristiana**).

Dichosa el alma revestida de casta belleza, del vestido cándido de una celestial inocencia que le da una conformidad gloriosa contigo, oh Verbo, que eres «candor de vida eterna, esplendor e imagen de la sustancia de Dios». Tu majestad no la asusta porque la semejanza contigo la asocia a ti, el amor la une a ti, la profesión la desposa contigo... Oh Verbo divino, concédeme que, dejándolo todo, me una a ti con todas mis ansias, viva de ti, me deje conducir por ti, conciba de ti para engendrarte a ti: haz que yo pueda decir: «Para mí vivir es Cristo y morir, una ganancia»; entonces seré tu esposa. Tu corazón de esposo descansará seguro en mí, sabiendo que te será fiel el alma que lo ha despreciado todo por amor tuyo y lo tiene todo como despreciable para ganarte y poseerte a ti solo. (S. BERNARDO, **In Cantica Cant.** 85, 11-12).

383. INTIMIDAD DIVINA

«Dios mío, me saciarás de gozo en tu presencia» (Sl 15, 11).

1.—El cristiano comienza a entrar con empeño personal en el camino de la intimidad divina el día que, queriendo vivir plenamente la gracia de su

bautismo, se decide con determinación a salir de sí mismo y de todas las cosas y se pone con ardor a buscar al Dios vivo y presente en él. De este paso a la intimidad profunda que estrechará al alma con Dios el camino es largo y fatigoso. Poco a poco, a medida que la criatura, sostenida por la gracia, se desprende de todas las cosas, se va liberando de sus imperfecciones, se despoja de su voluntad revistiéndose sólo de la voluntad divina y dejando llamear en sí el amor, se encamina «a la dulce y deleitosa unión» (J. C. N II, 16, 14), su intimidad con Dios se hace más intensa, hasta que, llegada a la cumbre del amor transformante, se hace continua y perfecta, convertida en abrazo divino que la estrecha al Creador. Entonces la promesa de Jesús: «si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

«No es de tener por increíble —afirma San Juan de la Cruz—, que a un alma ya examinada, probada y purgada en el fuego de las tribulaciones y trabajos y variedad de tentaciones, y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió, conviene a saber: que si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo sabroso de su dulzura» (LI 1 15). En los momentos más altos de la unión transformante la criatura experimenta a Dios vivo, presente y operante en ella, experimenta su dulcísimo abrazo paterno que la sostiene, experimenta el resplandor de su sabiduría que la ilumina, experimenta el divino llamear de su Amor que la penetra toda. Pero aun cuando el sentido de la presencia y acción divinas no es tan fuerte y beatificante, la criatura es consciente de que está profundamente unida a Dios, movida y gobernada por él: «Sé que (Jesús) está dentro de mí; me guía y me inspira en cada instante lo que debo decir o hacer», atestigua Sta. Teresa del N. J. (MA VIII, 21). La humilde santa llegó también, no menos que su gran madre Teresa de Jesús, a esa intimidad profunda con Dios que goza el alma en el estado de unión total.

2. — La intimidad divina, sobre todo en sus grados más altos, es de por sí deleitosa y beatificante sobre manera; sin embargo, la criatura enamorada no anhela esa intimidad para gozar, sino para amar más a su Dios, para estarle totalmente unida y verse unida, movida y gobernada por él, con lo cual servirle en cada vez mejor y darle gloria en cada una de sus acciones. Santa Teresa de Ávila dice expresamente que el objeto del Señor en comunicarse a las almas y hacerles tantas gracias —aun las más altas mercedes místicas—, no es «regalarlas», o sea consolarlas, sino «fortalecer nuestra flaqueza... para poderle imitar (a Jesús) en el mucha padecer», y concluye resueltamente: «Para esto es la oración...; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (M VII, 4, 4.6).

La dulzura y el gozo de la intimidad con Dios tienen por objeto hacer a la criatura más animosa en el servicio divino, más generosa en el don de sí,

más fuerte en llevar la cruz. Mientras se vive en la tierra, no puede faltar el sufrimiento y no falta ni siquiera en los más altos estados de unión divina, porque es siempre necesario asemejarse a Jesús crucificado, siguiéndolo hasta la completa inmolación por la gloria del Padre y la salvación de los hermanos. Las obras que la unión con Dios debe producir son justamente las obras del amor, es la actividad intensa del amor puro, mediante la cual la criatura se da incesantemente a Dios, deseosa de arrastrar consigo una multitud inmensa de otras criaturas. Así de la intimidad divina, de la unión total con el Señor, del amor puro brota espontáneo el apostolado más fecundo. Los que han llegado al matrimonio espiritual «su gloria tienen puesta —afirma la ardorosa Teresa de Jesús— en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido y los pocos que hay que miren por su honra» (ib 3, 6).

Olvidada de sí por completo, el alma amante no piensa ni en su gozar, ni en su sufrir, sino sólo en contribuir cuanto pueda a su gloria, asociándose a la obra redentora de Jesús. Y si aspira a una unión con Dios cada vez más íntima y perfecta, tanto ahora en la tierra como mañana en el cielo, es para amar con la máxima intensidad y para hacer que el Amor sea amado por el mayor número posible de almas.

¡Señor, Dios, amado mío! si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero, y ejercita tu bondad y misericordia y serás conocido en ellos; y si es que esperas a mis obras para por ese medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbramelas, y las penas que tu quisieres aceptar, y hágase. Y si a las obras mías no esperas, ¿qué clementísimo Señor mío?, ¿por qué té tardas? Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi cornadillo, pues le quieres, y dame este bien, pues no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío, que tú también le quieres.

¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos, si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío?

¿Cómo se levantará a ti el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?

No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero.

¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón?

Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías; y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo y todo es para ti.

No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la mesa de tu Padre. (SAN JUAN DE LA CRUZ, **Oración del alma enamorada**).

SOLEMNIDADES INSERTAS EN EL TIEMPO «DURANTE EL AÑO»

384. LA SANTISIMA TRINIDAD

DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

CICLO A

«El Señor ha tenido misericordia de nosotros» (Introito).

«Bendito sea Dios Padre, y su Hijo Unigénito, y el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de nosotros». El canto de entrada de la Misa nos introduce directamente en la consideración del gran misterio de la Santísima Trinidad, poniendo de relieve su aspecto esencial: el amor. El amor ilumina el misterio trinitario en cuanto que Dios es amor siempre en acto, que engendra, se da, se comunica. El Padre engendra desde la eternidad a su Verbo —el Hijo— en el cual le expresa todo él comunicándole toda su divinidad; el Padre y el Hijo se dan y se poseen mutuamente en un acto de amor infinito, en una comunión perfecta y sustancial que es el Espíritu Santo. Pero el amor de Dios no se queda encerrado en el seno de la Trinidad sacrosanta, del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, «porque ha tenido misericordia de nosotros».

Al inclinarse sobre el hombre, el amor divino adquiere un matiz particular, el de la misericordia: «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (1ª lectura: Ex 34, 4b-6. 8-9). Esta conmovedora declaración es la respuesta de Dios a la súplica lastimera de Moisés en demanda de perdón por la infidelidad del pueblo que había adorado el becerro de oro. Ante el arrepentimiento y la oración Dios perdona, renueva su alianza con Israel y le conserva su gracia, accediendo a la nueva petición: «que mi Señor vaya con nosotros» (ib 9). De hecho Dios había «ido» siempre con su pueblo durante la larga peregrinación por el desierto, haciéndose presente en la nube que lo guiaba o en la tienda de reunión; Dios no privará a Israel, arrepentido, de ese privilegio, máxima expresión de su misericordia.

Pero en la plenitud de los tiempos Dios hará mucho más: vendrá en persona a morar entre los hombres; y lo hará enviando a su Hijo a salvarlos: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único» (Evangelio: Jn 3, 16-18). Con la encarnación del Hijo, efectuada por voluntad del Padre y por obra del Espíritu Santo, el amor de Dios al hombre se manifiesta del modo más elocuente y al mismo tiempo se revela su misterio trinitario. Toda la Trinidad está a la obra en favor del hombre creado a su imagen y destinado a participar de su vida divina. El hombre pecó, pero Dios no lo dejó perecer: lo salva la misericordia del Padre, la sangre del Hijo y la efusión del Espíritu

Santo. Para entrar en la órbita de la salvación, tiene el hombre que creer en el amor de Dios-Trinidad y lo tiene que reconocer en Cristo que lo encarna y ha sido enviado «para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna» (ib). Creer en Cristo es creer en la Trinidad: en el Padre que lo envió y en el Espíritu Santo que lo guió en el cumplimiento de su misión. El misterio trinitario es la fuente del misterio de Cristo, de la salvación universal y de la vida cristiana.

Se comprende entonces la hermosa fórmula trinitaria de San Pablo que concluye la segunda carta a los Corintios: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros» (13, 13; 2ª lectura). El Apóstol urgirá a todos la gracia de la salvación merecida por Cristo, el amor del Padre que es su causa y la comunión del Espíritu Santo por el que la gracia del amor se derrama en el corazón de los creyentes y estos son asumidos en la comunión del Padre y del Hijo. Así el hombre por medio de Cristo entra en la comunión de la vida trinitaria, vida de amor y de comunión con las tres Personas divinas que moran en él. Más aún; está también invitado a expresar esta su comunión personal con la Trinidad en las relaciones con el prójimo mediante un amor sincero, fuente de paz, de acuerdo y de comunión con todos.

Dios, Padre todopoderoso, que has enviado al mundo la Palabra de la verdad y el Espíritu de la santificación para revelar a los hombres tu admirable misterio; concédenos profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la eterna Trinidad y adorar su unidad topoderosa. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

¡Oh Trinidad eterna, oh Deidad, cuya naturaleza divina dio valor a la sangre de tu Hijo!

Tú, Trinidad eterna, eres mar profundo, en el que cuanto más penetro, más descubro, y cuanto más descubro, más te busco. Hartas insaciablemente, porque el alma en tu abismo se sacia sin saciarse nunca y le queda siempre más hambre de ti, sed de ti, Trinidad eterna, deseando verte en la luz con tu misma luz. Como desea la cierva la fuente del agua viva, así mi alma desea salir de la cárcel del cuerpo tenebroso y verte a ti en verdad. ¿Por cuánto tiempo estará escondido a mis ojos tu rostro?

¡Oh Trinidad eterna, fuego y abismo de caridad! Disipa para siempre la nube de mi cuerpo. El conocimiento que de ti me has dado en tu verdad no constriñe a desear dejar ya la pesadez de mi cuerpo y dar la vida para alabanza y gloria de tu nombre, porque he gustado y he visto con la luz de la inteligencia en tu luz tu abismo, Trinidad eterna, y la belleza de tu criatura (STA. CATALINA DE SIENA, **Diálogo** 167).

CICLO B

«Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo» (Aleluya).

Después de haber considerado todos los misterios de la salvación —desde el nacimiento de Cristo hasta Pentecostés—, la Iglesia dirige su mirada al misterio primordial del cristianismo, la Santísima Trinidad, fuente de todo don y de todo bien. E invita a los fieles a cantar sus alabanzas: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo» (Aleluya).

La revelación de la Trinidad pertenece al Nuevo Testamento: el Antiguo intenta todo él proclamar y exaltar la unidad de Dios: uno solo es el Señor. «Reconoce y medita en tu corazón —se lee hoy en la primera lectura (Dt 4, 32-34. 29-40)— que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro». Israel que vivía en contacto con pueblos paganos, necesitaba ser advertido continuamente de esta verdad para no caer en la idolatría. El Antiguo Testamento celebra la grandeza de Yahvé, único Dios: él es el Creador de todo el universo, el Señor absoluto; pero celebra también su condescendencia para con los hombres: es el pastor que va en busca de sus criaturas para ayudarlas, defenderlas del mal y atraerlas a sí. Israel lo ha experimentado ampliamente: Dios lo ha elegido para pueblo suyo, lo ha sacado de la esclavitud egipcia con prodigios admirables, le ha ofrecido su alianza, le ha concedido el privilegio de oír su voz y gozar de su presencia. «Desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra, ¿hubo jamás palabra tan grande como ésta?, ¿se oyó cosa semejante?» (ib 32).

Sin embargo, el nuevo pueblo de Dios —la Iglesia—goza de privilegios mayores aún, fruto de la encarnación del Hijo de Dios y de su pasión, muerte y resurrección. Con la venida de Cristo, Dios se revela al mundo en el misterio de su vida íntima y de la perfección y fecundidad de su acto cognoscitivo y amoroso, por el que es Padre que engendra al Verbo y es comunión de la que procede el Espíritu Santo. Y la cosa más admirable es que Dios entra ya en relaciones con los hombres no sólo como único Señor y Creador, sino también como Trinidad: pues es Padre que los ama como a hijos en su único Hijo y en la comunión del Espíritu Santo. Este privilegio no está reservado a un solo pueblo, sino que se extiende a todos los hombres que aceptan el mensaje de Cristo. En efecto, antes de subir al cielo, Jesús ordenó a sus apóstoles llevar la Buena Noticia a todas las gentes y bautizarlas «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Evangelio: Mt 28, 16-20). Todo hombre entra en relación con la Trinidad mediante el bautismo; por eso renace a una vida nueva: hecho hijo del Padre que ha dispuesto su regeneración, hermano de Cristo que se la ha merecido con la sangre de la Cruz, y templo del Espíritu Santo que le infunde el Espíritu de adopción. Ante Dios el bautizado no es sólo una criatura, sino un hijo introducido a la intimidad de su vida trinitaria para que viva en sociedad con las Personas divinas que moran en él.

La segunda lectura (Rm 8, 14-17) subraya de modo especial la acción del Espíritu Santo en esta filiación divina de los creyentes: «Habéis recibido... un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios» (ib 15-16). El Espíritu Santo ha sido enviado a los hombres para que los transforme interiormente y los convierta en hijos a imagen del Hijo. A él se le atribuye esta regeneración íntima, verdadero renacer espiritual; él es su autor y, al mismo tiempo, su testigo, que infundiendo en el creyente la íntima convicción de ser hijo de Dios, lo anima a amarle e invocarle como a Padre. Mas para que el Espíritu Santo pueda cumplir su obra, es necesario dejarse dirigir por él a imitación de Cristo que en todas sus obras era movido por el Espíritu Santo. «Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (ib 14). No hay modo más hermoso de honrar a la Trinidad sacrosanta y atestiguarle amor, que vivir en plenitud sus dones y, por ello, abrirse a la acción del Espíritu Santo, para comportarse como hijos del Padre y hermanos de Cristo.

Es justo darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Que con tu único Hijo y el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor; no una sola Persona, sino tres personas en una sola naturaleza. Y lo que creemos de tu gloria, porque tú lo revelaste, lo afirmamos también de tu Hijo, y también del Espíritu Santo, sin diferencia ni distinción. De modo que, al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna divinidad, adoramos tres personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad. (MISAL ROMANO, **Prefacio**).

Oh Eterno Padre, postrados a tus pies en humilde adoración, nos consagramos enteramente a la gloria de tu Hijo Jesús, Verbo Encarnado. Tú lo has constituido Rey de nuestras almas; sométele, pues, nuestro corazón y nuestra alma; toda fibra de nuestro ser esté sometida a sus órdenes y a sus inspiraciones. Haz que, unidos a él, seamos llevados en tu seno y consumados en la unidad de tu amor.

Oh Jesús, haz que nuestra vida, en unión a la tuya, esté toda consagrada a la gloria de tu eterno Padre y al bien de las almas. Sé tú nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención y nuestro todo. Santifícanos en la verdad.

Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, establécete en nuestro corazón como un horno de amor y haz que nuestros pensamientos, nuestros afectos y nuestras acciones suban a lo alto como llamas ardientes, hasta el seno del Padre. Haz que toda nuestra vida sea un *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*.

Oh María, Madre de Jesús, Madre del divino Amor, fórmanos según el corazón de tu divino Hijo. (C. MARMION, **Consagración a la Stma. Trinidad**).

CICLO C

«Nuestra fe en ti, Dios uno en tres Personas, nos sea prenda de salvación» (MR, después de la Comunión).

Concluido el ciclo de los misterios de la vida de Cristo, la Liturgia se eleva a contemplar el misterio de la Santísima Trinidad. En el Antiguo Testamento este misterio es desconocido; sólo a la luz de la revelación neotestamentaria se pueden descubrir en él lejanas alusiones. Una de las más expresivas es la contenida en el elogio de la Sabiduría, atributo divino presentado como persona (Pr 8, 22-31; 1ª lectura). El Señor me poseyó al principio de sus tareas, al principio de sus obras antiquísimas... Antes de los abismos fui engendrada... Cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él, como arquitecto» (ib 22.24.29-30). Es, pues, una persona coexistente con Dios desde la eternidad, engendrada por él y que tiene junto a él una misión de colaboradora en la obra de la creación. Para el cristiano no es difícil descubrir en esta personificación de la sabiduría-atributo una figura profética de la sabiduría increada, el Verbo eterno, segunda Persona de la Santísima Trinidad, de la que escribió San Juan: «En el principio la Palabra existía, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios... Todo se hizo por ella» (1, 1.3). Pero las expresiones que más impresionan son aquellas en que la sabiduría dice que se goza por la creación de los hombres y que tiene sus delicias en ellos. ¿Cómo no pensar en la Sabiduría eterna, en el Verbo que se hace carne y viene a morar entre los hombres?

En la segunda lectura (Rm 5, 1-5), la revelación de la Trinidad es claramente manifiesta. Ahí están las tres Personas divinas en sus relaciones con el hombre. Dios Padre lo justifica restableciéndolo en su gracia, el Hijo se encarna y muere en la cruz para obtenerle ese don y el Espíritu Santo viene a derramar en su corazón el amor de la Trinidad. Para entrar en relaciones con los «Tres», el hombre debe creer en Cristo su Salvador, en el Padre que lo ha enviado y en el Espíritu Santo que inspira en su corazón el amor del Padre y del Hijo. De esta fe nace la esperanza de poder un día gozar «de la gloria de los hijos de Dios» (ib 2) en una comunión sin velos con la Trinidad sacrosanta. Las pruebas y las tribulaciones de la vida no pueden remover la esperanza del cristiano; ésta no es vana, porque se funda en el amor de Dios que desde el día del bautismo «ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (ib 5). Fe, esperanza y amor son las virtudes que permiten al cristiano iniciar en la tierra la comunión con la Trinidad que será plena y beatificante en la gloria eterna.

El Evangelio del día (Jn 16, 12-15) proyecta nueva luz sobre la misión del Espíritu Santo y sobre todo el misterio trinitario. En el discurso de la Cena, al prometer el Espíritu Santo, dice Jesús: «Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena» (ib 13). También Jesús es la Verdad (Jn 14, 6) y ha enseñado a los suyos toda la verdad que ha aprendido del Padre —«todo lo que he oído a mi Padre, os lo he dado a conocer» (Jn

15, 15)»; por eso el Espíritu Santo no enseñará cosas que no estén contenidas en el mensaje de Cristo, sino que hará penetrar su significado profundo y dará su exacta inteligencia preservando la verdad del error. Dios es uno solo, por eso única es la verdad; el Padre la posee totalmente y totalmente la comunica al Hijo: «Todo lo que tiene el Padre es mío», declara Jesús y añade: el Espíritu Santo «tomará de lo mío y os lo anunciará» (Jn 16, 15). De este modo afirma Jesús la unidad de naturaleza y la distinción de las tres Personas divinas. No sólo la verdad, sino todo es común entre ellas, pues poseen una única naturaleza divina. Con todo, el Padre la posee como principio, el Hijo en cuanto engendrado por el Padre y el Espíritu Santo en cuanto que procede del Padre y del Hijo. No obstante, el Padre no es mayor que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu Santo. En ellos hay una perfecta comunión de vida, de verdad y de amor. El Hijo de Dios vino a la tierra justamente para introducir al hombre en esta comunión altísima haciéndolo capaz por la fe y el amor, de vivir en sociedad con la Trinidad que mora en él.

Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor, y yo la hechura. En la recreación que de mí hiciste en la sangre de tu Hijo, he conocido que estabas enamorado de la belleza de tu hechura.

¡Oh abismo, oh deidad eterna, oh mar profundo! ¿Podías dar algo más que darte a ti mismo? Eres fuego que siempre arde y no se consume. Eres fuego que consume en su calor todo amor propio del alma. Eres fuego que quita toda frialdad. Tú alumbras...

En esta luz te conozco a ti, santo e infinito Bien; Bien sobre todo bien. Bien feliz, Bien incomprensible, Bien inestimable. Belleza sobre toda belleza. Sabiduría sobre toda sabiduría, porque tú eres la sabiduría misma. Tú, manjar de los ángeles, dado con fuego de amor a los hombres. Tú, vestido que cubre toda desnudez, sacias al hombre en tu dulzura. Dulce, sin mezcla de amargura.

¡Oh Trinidad eterna! En la luz que me diste... he conocido... el camino de la gran perfección para que te sirva con luz y no con tinieblas, sea espejo de buena y santa vida y me eleve de mi vida miserable, ya que por culpa mía te he servido siempre en tinieblas... Y tú, Trinidad eterna, con tu luz disipaste las tinieblas. (STA. CATALINA DE SIENA, **Diálogo** 167).

385. EL CORPUS CHRISTI

JUEVES DESPUES DE LA STMA. TRINIDAD CICLO A

«Concedenos, Señor, participar con fe en el misterio de tu Cuerpo y de tu Sangre» (MR *Colecta*).

La Iglesia celebra la Eucaristía cada día del año: la ofrece a Dios en sacrificio de alabanza, la da en alimento a los fieles y la conserva en los sagrarios para que Cristo presente en el Sacramento sea el centro y el sostén de su vida. Por eso la solemnidad de hoy no es tanto el recuerdo de la

institución de este Sacramento, cuanto la celebración de un misterio siempre vivo y actual. A esta perspectiva se ha de considerar la Liturgia de hoy. La primera lectura (Dt 8, 2-3. 14b-16a) evoca un hecho sucedido hace ya miles de años, pero actual todavía en cuanto a su significado espiritual: el maná bajado del cielo y el agua viva manada de la roca para saciar el hambre y la sed de Israel errante por el desierto. Es un tema sobre el que Moisés volvía con insistencia para tener despiertos la fe y el reconocimiento del pueblo. Con más razón la Iglesia pone todo cuidado en que el nuevo pueblo de Dios no desdeñe el don inmensamente mayor —del que el maná no es sino una pálida imagen—, que cada día tiene a su alcance, la Eucaristía. No es alimento material, sino espiritual, verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo que se le ofrece como viático de su peregrinación terrena. Es el pan «de cada día» que los fieles deberían pedir y comer a diario, más hambrientos y deseosos de él que del pan material.

Precisamente en esto induce a reflexionar el Evangelio de hoy (Jn 6, 51-59), en el cual resuenan las palabras de Jesús: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (ib 51). La Eucaristía es un pan tan vivificador que es germen y prenda de vida eterna justo porque es el Cuerpo del que es «la vida» (Jn 14, 6). Los Hebreos después de haber comido el maná en el desierto, murieron; en cambio, «el que come este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 58). La Eucaristía es el memorial de la muerte del Señor y ofrece a los fieles el mismo cuerpo de Cristo que se inmoló en la cruz por ellos, y es también el memorial de su resurrección porque es «pan vivo» en el que Cristo está presente y viviente como lo está en la gloria del cielo. «Sacramento de nuestra fe», proclama la Iglesia cada vez que se consagra la Eucaristía; «sacramento de fe» debe repetir el cristiano cada vez que se acerca a recibirlo. Pero también sacramento de amor, por el que Cristo ha llevado hasta el extremo el don de sí mismo: después de haber dado su vida por los hombres, se da a ellos en alimento, y no una sola vez, sino continuamente, cada día «hasta que vuelva». Hay que adorar, dar gracias, amar; hay que acercarse y comer. «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él... El que me come vivirá por mí» (ib 56-57). La comunión sacramental es fuente de comunión vital y permanente con Cristo, por la que el cristiano vive realmente «por él», no sólo porque recibe de él la vida, sino porque endereza a él toda su existencia.

La segunda lectura (1 Cr 10, 16-17) abre otra perspectiva: la Eucaristía es también fuente de comunión entre los hermanos. «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan» (ib 17). Como el pan eucarístico es uno —el Cuerpo de Cristo—, así los que participan de él forman a su vez un solo cuerpo, la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. En otro lugar recuerda San Pablo todos los motivos que comprometen a los creyentes con la unidad: «Un solo Espíritu..., una sola esperanza..., un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios Padre de todos» (Ef 4, 6). Aquí afirma que el

sacramento fortalecedor de esta unidad es el único pan eucarístico. «Justo porque participamos en un solo pan, nos hacemos todos un solo Cuerpo de Cristo, una sola sangre, y miembros los unos de los otros, hechos un solo cuerpo con Cristo» (S. Juan Damasceno, *De fide orth.* 4, 13). El cristiano debe, pues, sacar de la Comunión eucarística el fruto de una comunión más intensa con los hermanos.

Alabado seas, oh Señor todopoderoso... Viniste a librarnos de nuestros pecados. Nosotros te cantamos, admirable Salvador. Tú eres el pastor del rebaño, enviado por el Padre...

Haz que recibamos con reverencia el Sacramento, que nos saciemos de tu dulzura, oh Cristo. Nos has dado el pan del cielo: nosotros hemos comido el pan de los Ángeles. Haz que nos amemos unos a otros porque tú, oh Dios, eres caridad. El que ama a su hermano ha nacido de ti y te contempla; en él es perfecta la caridad. (Cf. **Prières eucharistiques**, 47).

Señor, tú vives en mí con tu gracia, yo me complazco en ti por encima de todas las cosas. Yo te debo amar, dar gracias, alabar; no puedo menos, porque eso es para mí vida eterna. Tú eres mi manjar y mi bebida: cuanto más como, más hambre tengo; cuanto más bebo, tengo más sed, cuanto más te poseo, más te deseo. Eres para mí más dulce que la miel, superior a toda dulzura que se pueda gustar. Siempre tengo hambre y deseo de ti, porque no puedo agotarte. ¿Eres tú quien me consumes y yo quien te consumo a ti? No lo sé; porque en el fondo de mi alma siento ambas cosas. Tú quieres que yo sea una cosa contigo; quiero abandonar mis malos hábitos para abandonarme entre tus brazos. No puedo sino darte gracias, alabarte, honrarte, porque ello es para mí vida eterna. Siento en mí cierta desazón, y no sé lo que es. Si pudiese llegar a ser una sola cosa contigo, oh Dios..., acabarían todos mis lamentos. Señor, tú que conoces todas mis necesidades, haz de mí lo que quieras. Yo me abandono completamente a ti y en ti me refugio sin temor en todas mis penas. (RUYS-BROECK, **Oeuvres**, v 1, p. 237).

CICLO B

«Alzaré la copa de la salvación, invocando tu nombre» (Sl 115, 13).

Según la Liturgia renovada, al título del Cuerpo de Cristo añade el de la Sangre. Esto que siempre estuvo implícito —porque donde está el Cuerpo está también la Sangre del Señor y viceversa—, ahora se proclama explícitamente llamando así la atención sobre el aspecto sacrificial de la Eucaristía. Precisamente sobre este aspecto convergen las lecturas bíblicas del día. Del libro del Éxodo (24, 3-8; 1.^a lectura) se lee el texto que describe la estipulación de la Alianza entre Dios e Israel. Moisés reúne al pueblo, construye un altar, manda ofrecer en holocausto unas novillas y derrama luego su sangre, una mitad sobre el altar y la otra mitad sobre el pueblo

diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que el Señor hace con vosotros, sobre todos estos mandatos» (ib 8). «Estos mandatos» eran las cláusulas propuestas por Dios y leídas con anterioridad al pueblo, referentes al decálogo que Israel se obligaba a observar y a las promesas que Dios mismo se obligaba a cumplir. Este pacto bilateral se estipulaba mediante la sangre de los animales ofrecidos en sacrificio, sangre que derramada sobre el altar y sobre el pueblo indicaba el lazo espiritual que unía a Israel con Dios.

La Antigua Alianza era figura de la Nueva, sellada por Cristo no con «sangre de machos cabríos ni de becerros, sino (con) la suya propia» (2.ª lectura: Hb 9, 9, 11-15). Mientras en el Antiguo Testamento los sacrificios eran múltiples y tenían un valor puramente externo y simbólico, en el Nuevo hay un solo sacrificio, ofrecido «una vez para siempre» (ib 12), porque su valor es intrínseco, real e infinito. En él no hay animales degollados, ni multitud de oferentes; víctima y sacerdote se identifican en el Hijo de Dios hecho hombre, que se ofreció a sí mismo «a Dios como sacrificio sin mancha»; y su sangre tiene el poder de purificar «nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto de Dios vivo» (ib 14). No se trata ya de una purificación exterior, sino interior, que transforma al hombre por dentro, lavándolo de los pecados, para que, «vivo» por la gracia y el amor, pueda servir al «Dios vivo». La regeneración del cristiano tiene lugar en el agua bautismal; pero ésta saca su virtud de la sangre de Cristo, porque «sin efusión de sangre no hay remisión» (ib 22).

Pero antes de derramar su sangre en la cruz, Jesús quiso anticipar este don a los discípulos con la institución de la Eucaristía. De ella habla el Evangelio (Mc 14, 12-16. 22-26) por la relación de Marcos, que, aunque más escueto que los otros sinópticos, no omite la referencia explícita a la sangre de la antigua Alianza sustituida definitivamente por la sangre de Cristo. «Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron. Y les dijo: "Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos"» (ib 23-24). Con esto caducan los antiguos sacrificios y entra el nuevo, ofrecido históricamente una sola vez en el Calvario, pero renovado sacramentalmente cada día en la Santa Misa para aplicar sus méritos a los fieles de todos los tiempos y para que todos puedan acercarse y beber de esta sangre como la bebieron los discípulos en la última Cena. Así por la Sangre de Cristo la Iglesia vive y crece, los fieles son purificados continuamente de los pecados, regados por la gracia, robustecidos por el amor y reunidos en un solo pueblo. El Cuerpo y la Sangre de Cristo son el centro y el sostén de la vida cristiana. Y como son cuerpo y sangre inmolados, es necesario que el que se alimenta de ellos participe en la inmolación de Cristo abrazando con él la cruz, uniéndose con él a la voluntad del Padre y ofreciéndose con espíritu de sacrificio y expiación a todas las pruebas, trabajos y amarguras de la vida. De este modo por medio de la Eucaristía el creyente vive el misterio de la muerte de Cristo y se prepara a participar en su gloria eterna, en una comunión que no tendrá fin.

Oh sagrado convite, en el que se recibe a Cristo, se perpetúa el recuerdo de su Pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura. Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu, pues para dar a tus hijos una prueba de tu afecto, colmas de bienes a los hambrientos con el suavísimo Pan del cielo. (STO. TOMAS DE AQUINO, **Oraciones**).

La boca del alma... te gusta dulcemente a ti, oh Verbo; gusta la pureza de la esencia de tu divinidad y de tu humanidad, y llega a tal conocimiento de tu pureza, que lo que antes en sí o en los otros le parecía virtud ahora le parece defecto. Y tomando con la boca los Sacramentos que tienen el vigor de tu Sangre y de tu Pasión, se llega por ese medio a gustar la dulzura de tu Pasión y de tu Sangre derramada. Y sobre todo se la gusta recibiendo el santísimo Sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre, porque en él se halla escondida esa suavidad y dulzura, más que en ningún otro, cuando se lo recibe verdaderamente con pureza y sinceridad. El que quiera gustar tu suavidad y tu dulzura, acérquese a esta Sangre y allí encontrará todo reposo y consuelo. El alma se lavará en tu Sangre, se embellecerá con tu Sangre, se purificará con tu Sangre, se nutrirá con tu Sangre. (STA. M. MAGDALENA DE PAZZIS, **I colloqui**, Op. v 3, p. 90).

CICLO C

«Que tenga yo hambre de ti, "Pan de vida"» (Jn 6, 48).

La solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es presentada hoy por la Liturgia en relación con el sacerdocio de Cristo, cuyo don supremo es la Eucaristía: Sacrificio ofrecido al Padre y Banquete servido a los hombres.

La primera lectura (Gn 14, 18-20) recuerda la más antigua figura de Cristo Sacerdote: Melquisedec, rey de Salem y sacerdote «del Dios altísimo» que, en acción de gracias a Dios por la victoria de Abrahán, ofrece un sacrificio de «pan y vino», símbolo de la Eucaristía. Sobre este personaje misterioso del que la Biblia no da indicación alguna ni acerca de su origen ni acerca de su muerte, escribe San Pablo: «sin padre, ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios permanece sacerdote para siempre» (Hb 7, 3). Melquisedec es llamado «sacerdote para siempre» porque de él no se conoce ni el principio ni el fin. Con mayor razón conviene este título a Cristo, cuyo sacerdocio no tiene origen humano sino divino, y por tanto es eterno en el sentido más absoluto. A él le aplica la Iglesia el versículo que se repite hoy en el salmo responsorial: «Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec». En el Nuevo Testamento, acabado el sacerdocio levítico, queda sólo el sacerdocio eterno de Cristo que se prolonga en el tiempo por el sacerdocio católico.

La segunda lectura (1 Cr 11, 23-26) presenta a Cristo Sacerdote en el acto de instituir la Eucaristía, Sacrificio del Nuevo Testamento. La relación es la transmitida por el Apóstol según la tradición «que procede del Señor» (ib 23). Como Melquisedec, Jesús ofreció «pan y vino», pero su bendición realizó el

gran milagro: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros... Esta copa es la nueva Alianza sellada con mi sangre» (ib 24-25). Ya no es pan, sino verdadero Cuerpo de Cristo; ya no es vino, sino verdadera Sangre. Jesús anticipa en la Eucaristía lo que cumplirá en el Calvario en sus miembros rotos, y anticipándolo lo deja en testamento a los suyos como memorial de su Pasión: «Haced esto... en memoria mía» (ib). Por eso, concluye San Pablo, «cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamareis la muerte del Señor hasta que vuelva» (ib 26). No es una «memoria» que se limita a evocar un suceso, ni es una proclamación de solas palabras, porque la Eucaristía hace actualmente presente, aunque en forma sacramental el Sacrificio de la Cruz y el convite de la última Cena. La misma realidad se ofrece a los fieles de todos los tiempos, para que puedan unirse al Sacrificio de Cristo y alimentarse de su Sangre «hasta que venga» (MR).

La Eucaristía como banquete es el argumento tratado por el Evangelio del día bajo la figura transparente de la multiplicación de los panes (Lc 9, 11b-17). No tenemos aquí sólo el lejano simbolismo del pan y del vino ofrecidos por Melquisedec, sino una acción de Jesús que es preludio evidente de la Cena eucarística. Jesús toma los panes, eleva los ojos al cielo, los bendice, los parte y los distribuye; gestos todos que repetirá en el Cenáculo cuando cambie el pan en su cuerpo. Otro detalle llama la atención: los panes se multiplican en sus manos y de éstos pasan a las de los discípulos que los distribuyen a la multitud. Del mismo modo, siempre será él quien realice el milagro eucarístico, aunque se servirá de sus sacerdotes que serán los ministros y como los tesoreros. En fin, «comieron todos y se saciaron» (ib 17). La eucaristía es el convite ofrecido a todos los hombres para saciar su hambre de Dios y de vida eterna. La solemnidad de hoy es una invitación a despertar la fe y el amor a la Eucaristía, para que los fieles se sientan más hambrientos de ella, se acerquen a ella con mayor fervor y sepan excitar esta hambre saludable en sus hermanos indiferentes.

En verdad es justo... darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor, verdadero y único sacerdote. El cual, al instituir el sacrificio de la eterna Alianza, se ofreció a sí mismo como víctima de eterna salvación, y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya. Su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica. (MISAL ROMANO, **Prefacio**).

¡Oh nuevo y antiguo misterio! Antiguo por la figura, nuevo por la verdad del Sacramento, en el cual la criatura recibe siempre máxima novedad. Bien sabemos, y por la fe lo vemos con certeza, que ese pan y ese vino consagrados se convierten sustancialmente, por el divino poder, en tu Cuerpo y en tu Sangre, oh Cristo Dios y Hombre, a las palabras que tú ordenaste y que el sacerdote recita en este misterio sagrado...

¡Oh Dios humanado, tú sacias, colmas, rebosas y alegras tus criaturas, sobre todas y más allá de todas ellas, sin modo ni medida... Oh bien no reflexionado, desconocido, no amado, pero encontrado por los que te ansían todo entero y no

pueden poseerte totalmente! Haz que yo vaya a tu encuentro, oh sumo Bien, me acerque a tan sublime mesa con reverencia grande, mucha pureza, gran temor e inmenso amor. Que me acerque toda gozosa y adornada, porque vengo a ti que eres el bien de toda gloria, a ti que eres beatitud perfecta y vida eterna, belleza, dulzura, sublimidad, todo amor y suavidad de amor. (BTA. ANGELA DE FOLIGNO, **II libro della B. Angela II**, p. 192. 194-5).

386. EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

VIERNES DE LA III SEMANA DESPUES DE PENTECOSTES

CICLO A

«Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4, 16).

La solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús es la celebración del amor de Dios a los hombres, que culmina en el don de su Unigénito, el cual ha amado al mundo con «corazón de hombre» (GS 22), un corazón tomado para instrumento de amor infinito. La primera lectura (Dt 7, 6-11) sube a la consideración del amor de Dios en el Antiguo Testamento, manifestado sobre todo en las relaciones con Israel. Dios eligió a ese pueblo, no porque tuviese méritos especiales, sino por elección libre de su amor: «Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás —porque sois el pueblo más pequeño—, sino por puro amor vuestro» (ib 7-8). La historia de Israel tiene una sola explicación: el amor de Dios. Por amor lo eligió Dios, lo libró de Egipto, pactó con él una Alianza, le dio en posesión la tierra prometida, hizo nacer de su estirpe al Salvador. Es la historia de todo hombre: Con amor eterno te he amado —le dice el Señor—; por eso he reservado gracia para ti» (Jr 31, 3). Dios llama a la existencia por amor, por amor gobierna y dirige la vida de cada criatura, deseando hacerla partícipe de su bienaventuranza eterna. En verdad que «él nos amó primero» (1 Jn 4, 19).

Sobre esta verdad se detiene la segunda lectura (ib 7-16); verdad que se origina en otra más excelsa aún: «Dios es amor» (ib 8.16). Siendo él amor, todas sus obras son amor; y la obra que lo demuestra principalmente es «que Dios mandó al mundo a su Hijo único, para que tengamos la vida por medio de él» (ib 9). Para crear al hombre de la nada bastó un simple acto de la voluntad de Dios; para redimirlo del mal, Dios comprometió a su Hijo a que asumiese un cuerpo humano y lo inmolase «como propiciación por nuestros pecados» (ib 10). Fijando su mirada en el Hijo de Dios que se anonadó hasta tomar «condición de siervo» (Fl 2, 7), hacerse siervo de los hombres y morir en cruz por ellos, todos los hombres pueden repetir: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4, 16). La profundización del misterio hace al hombre capaz de amar en plenitud, ante

todo a Dios que nos amó primero y en él a los hermanos, objeto como nosotros del mismo amor: «Queridos hermanos: si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (ib 11).

El Evangelio (Mt 11, 25-30) descubre más aún el amor de Dios al hombre, mostrándolo en el comportamiento de Jesús «manso y humilde de corazón» (ib 29). Jesús tiene una compasión inmensa de todos los sufrimientos y miserias de la humanidad, y dice: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» (ib 28). Lo que más oprime el corazón del hombre es el pecado. Para librarlo de este peso Jesús lo tomará sobre sí, lo llevará a la cruz y lo destruirá con su muerte. Por eso no se cansa de ir en busca de pecadores que salvar, de hijos pródigos que devolver al amor del Padre y de mujeres extraviadas que poner de nuevo en el camino del bien. Como única condición pone, para ir con él, creer en él y sustituir el peso oprimente del pecado por el liviano de su ley: «Cargad con mi yugo..., porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (ib 29-30). La ley de Cristo es «yugo», porque exige disciplina de las pasiones y negación del egoísmo, pero es yugo «llevadero y ligero» porque es ley de amor. Cuanto más imiten los hombres la mansedumbre y humildad de Cristo, tanto más experimentarán lo dulce que es seguirlo en obediencia al Padre, lo dulce que es amar como él ha amado, aun cuando el amor exija los mayores sacrificios. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso» (ib 29). El Corazón de Cristo es fuente inagotable de consuelo y de salvación, y juntamente escuela de santidad.

Dios, Padre bueno, en el Corazón de tu Hijo recordamos los beneficios de tu amor para con nosotros; concédenos recibir de esta fuente divina una inagotable abundancia de gracia (**Colecta**).

El sacramento de tu amor, Dios nuestro, encienda en nosotros el, fuego de la caridad que nos mueva a unirnos más a Cristo y a reconocerle presente en los hermanos. (MISAL ROMANO, **Después de la comunión**).

Alegra el alma de tu siervo, porque a ti, ¡oh Señor, elevé mi alma. Tú eres suave y afable. Soportas nuestras cosas y, con todo, esperas de nosotros que te pidamos para tú perfeccionarnos. Y cuando te rogamus, recibes de buen grado nuestra oración y la escuchas... Alegra el alma de tu siervo, porque a ti, oh Señor, elevé mi alma. ¿Cómo la elevé? Como pude; como me ayudaste tú; como pude contenerla cuando huía... Tú Señor, eres suave y afable: eres afable tolerándome. Por enfermedad decaigo; cúrame y tendré estabilidad. Consolídame y me afianzaré. Hasta tanto que hagas eso, me toleras, porque eres suave, oh Señor, y afable. (S. AGUSTIN, **In Ps 85, 7**).

CICLO B

«Los proyectos de su corazón, de edad en edad, para librar a nuestras vidas de la muerte» (Entrada).

El fin de la solemnidad de hoy es celebrar las maravillas del amor de Dios encerradas en el Corazón de Cristo, que encarna y expresa la bondad divina para con los hombres. La Liturgia se eleva por ello al Amor eterno que desde el primer día de la creación no ha dejado de acompañar al hombre. En la primera lectura (Os 11, lb. 3-4. 8c-9). Dios mismo por boca de Oseas recuerda a Israel cuánto ha hecho él desde el comienzo de su historia guiando sus pasos por el desierto, amándolo y asistiéndolo como hace un padre con su hijo: «[Yo] le alzaba en brazos..., con cuerdas humanas, con correas de amor le atraía. Era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer» (ib 3-4). Pero un amor tan tierno y solícito no fue comprendido, e Israel abandonó a su Dios. El Señor se lamenta con una expresión humanísima. «Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas» (ib 8). Pero no es como el hombre que se deja vencer de la ira, y así, prediciendo el castigo, lo suaviza con la compasión. Israel no será destruido como merecería, sino castigado para que se arrepienta y vuelva a su Señor. Esta es la conducta del amor divino en todo tiempo y para todo hombre: «Los proyectos de su corazón, de edad en edad, para librar sus vidas de la muerte» (Entrada).

¡El Corazón de Dios! En el Nuevo Testamento esta expresión no es ya metáfora sino realidad, porque el Corazón de Jesús, Verbo encarnado, es verdadero corazón de hombre y verdadero corazón de Dios. El Corazón de Jesús es símbolo no sólo del amor humano que él —hombre verdadero— posee en su máxima perfección, sino también del amor de Dios que él —verdadero Dios— posee por su unión personal con el Verbo. En Cristo está todo el amor eterno e infinito del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es el instrumento que lo revela y lo dispensa a los hombres. Esta es la «riqueza insondable de Cristo» de que habla la segunda lectura (Ef 3, 8-12. 14-19). San Pablo tuvo la misión de anunciarla al mundo, descubriendo el «misterio escondido desde el principio de los siglos en Dios» (ib 9), o sea el designio eterno de la salvación universal que se debe realizar «en Cristo Jesús Señor Nuestro» (ib 11). Cristo es el mediador entre Dios y los hombres; trae a los hombres el amor de Dios y según el deseo de ese amor los salva para devolverlos a Dios, de modo que por él «tenemos... confiado acceso a Dios» (ib 12). El Apóstol que en el encuentro de Damasco pudo intuir las dimensiones inimaginables de la caridad de Cristo (ib 19), no encuentra palabras adecuadas para expresarlas y, con todo, querría que todos las conociesen para que fuesen colmados de «la Plenitud total de Dios» (ib). Pues esta plenitud llega a los hombres a través del misterio de la caridad de Cristo.

El Evangelio de hoy (Jn 19, 31-37) completa el cuadro del amor de Dios a sus criaturas mostrando el Corazón de Cristo traspasado: «Uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua» (ib 34). Infinito y admirable ha sido el amor del Padre que para salvar a los hombres sacrificó al Hijo; infinito y ternísimo ha sido el amor del Hijo que para reparar la ofensa del pecado se ofreció al Padre en oblación expiatoria con la que pagar la salvación de los hombres. La sangre y el agua brotados del Corazón de Jesús atestiguan la plena consumación de su sacrificio y son símbolo muy expresivo de los sacramentos que sacan su eficacia de la sangre de Cristo; por medio de ellos la humanidad es regenerada en Cristo y encuentra por él «acceso confiado» al Padre. Pero como en otro tiempo Israel no comprendió el amor de Dios y le fue infiel, así hoy los hombres continúan no comprendiendo el amor de Cristo, rechazándolo y ultrajándolo. El culto del Corazón de Jesús es, por eso, un llamamiento al deber de la reparación: al Padre ultrajado en el Hijo, y al Hijo que los hombres crucificaron y continúan ofendiendo con el pecado.

En verdad es justo... darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque Cristo, Señor nuestro, con amor sincero se entregó por nosotros, y elevado sobre la cruz hizo que de su corazón traspasado brotaran con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia; para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de la fuente de la salvación. (MISAL ROMANO, **Prefacio**).

¡Oh Amor mío, dulce Jesús! ¿Quién te ha hecho venir del cielo a la tierra? ¡El amor! ¿Quién te ha hecho padecer tantos y tan terribles tormentos? ¡El amor! ¿Quién te ha hecho quedarte en manjar para el alma tu amada? ¡El amor! ¿Quién te ha movido a enviarnos..., para fortaleza y guía nuestra el Espíritu Santo? ¡El amor! Muchas otras cosas se pueden decir de ti. Apareciste tan vil y abyecto en este mundo y te humillaste tanto delante del pueblo, sólo por amor, que, no sólo no fuiste reconocido como Dios, sino que ni siquiera fuiste considerado como hombre.

Un siervo, por fiel y afecto que se le suponga, no soportará tanto por su dueño, aunque se le prometiese el paraíso. Y esto porque sin tu amor interior, que tú das al hombre, no se puede tolerar con paciencia tormento alguno en el alma y ni siquiera en el cuerpo. (STA. CATALINA DE GENOVA, **Diálogo**).

CICLO C

«Saquemos agua con gozo de la fuente del Salvador» (Is 12, 3).

En la Liturgia de esta solemnidad se entrelazan dos figuras: la del Corazón de Jesús en el propio de la Misa y la del Buen Pastor en las lecturas bíblicas. Todas expresan la misma realidad: el amor infinito de Cristo que ha dado la vida por su rebaño y se ha dejado traspasar el corazón para que fuese para todos fuente de salvación.

Muchos son los pasos del Antiguo Testamento que anuncian al Mesías como pastor. Uno de los más bellos es sin duda el que se lee hoy en la primera lectura (Ez 34, 11-16). Luego de la desbandada del pueblo elegido por incuria de sus jefes, Dios en persona declara que quiere tomarlo él mismo a su cargo. El lo recogerá en torno suyo, irá a buscar a los dispersos, los traerá a su patria a terrenos regadizos y fecundos, como hace el buen pastor, que reúne la grey querida en el redil y la conduce a pastos abundosos: «Yo mismo apacentaré mis ovejas, ya mismo las haré sestar» (ib 15). A estos cuidados amorosos comunes a todo el pueblo, añadirá otros individuales y delicadísimos para cada uno: «Buscaré la oveja perdida, haré volver a la descarriada, curaré a la herida y sanaré a la enferma... Las pastorearé con justicia» (ib 16). El fondo mesiánico de esta profecía es evidente; anticipa y prepara la figura llena de ternura y amor de Jesús, el Buen Pastor, que vendrá a guiar el rebaño del Padre, cuidándose hasta de la última oveja desbandada o herida.

Dan fe de ello el largo discurso de Juan sobre el Buen Pastor (10, 1-21) y la narración de Lucas sobre la oveja perdida relatada en el Evangelio de hoy (Lc 15, 3-7). Jesús no se limita a guardar su rebaño en bloque ni se contenta con que se salve la mayoría, antes deja solas las que están ya al seguro para ir en busca de la única pérdida. Habrá sido imprudente o caprichosa, terca y aun rebelde; no importa. Es una criatura que el Padre le confió para que no perezca; por eso Jesús la busca y la sigue hasta conseguir tomarla sobre sus hombros y devolverla al redil. Entonces todo es fiesta y alegría en la tierra y en el cielo. Todo hombre puede reconocerse a sí mismo en esta imagen. La resistencia a la gracia, las repulsas, las infidelidades, los caprichos del orgullo y del egoísmo son otras tantas evasiones más o menos graves del amor de Cristo. Es preciso no malograr sus llamamientos, dejarse seguir y alcanzar por él, dejarse tomar en brazos y volver al aprisco, para estrechar más profundamente su amistad. A esto invita el Corazón santísimo de Jesús.

Sin lenguaje figurado, S. Pablo en la segunda lectura (Rm 5, 5-11) presenta el amor de Cristo como la prueba mayor del amor de Dios a la humanidad. «La prueba del amor que Dios nos tiene nos la ha dado en esto: Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (ib 8). Pues el amor divino rebasó toda medida cuando Dios entregó a su Unigénito para la salvación del hombre pecador. Y Cristo, inmolándose en la cruz, dio un testimonio extremo de su caridad, por encima de la misma medida que él había señalado como máxima: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Sólo él ha tenido un amor mayor aún, porque murió por nosotros «cuando todavía éramos pecadores» y, por ende, «enemigos» (Rm 5, 8.10). De este hecho toma arranque la esperanza y confianza inmensas de San Pablo: Y ya que estamos ahora justificados por su sangre, con más razón seremos salvados por él de la cólera. En efecto, si cuando éramos todavía enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, con más razón... seremos salvados por su vida» (ib 9-10). Después de la muerte de Cristo, el hombre no puede dudar ya del amor de Dios y de su

misericordia, ni desconfiar de su salvación. Porque entre los hombres y Dios está ya siempre el Corazón de Cristo para pedir e «interceder por nosotros» (Hb 7, 25).

Oh Dios, que en el corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, has depositado infinitos tesoros de caridad; te pedimos que, al rendirle el homenaje de nuestro amor, le ofrezcamos una cumplida reparación. (MISAL ROMANO, **Colecta**).

¡Oh, cuán dulce y gozosa cosa es vivir en este corazón! Tu Corazón, oh buen Jesús, es el rico tesoro, la preciosa margarita, que hemos descubierto en tu cuerpo herido, como en campo cavado...

Yo he hallado tu Corazón..., oh dulcísimo Jesús: corazón de Rey, corazón de hermano, corazón de amigo. ¿Y no oraré? Oraré, sí; que tu Corazón — resueltamente lo diré— también es mío. Si tú, oh Cristo, eres mi cabeza, ¿por qué no ha de ser mío cuanto te pertenece?... ¡Oh, qué dicha! ¡Jesús y yo tenemos un solo, un mismo corazón!... ¡Ea, pues, oh dulcísimo Jesús! Habiendo hallado este corazón divino, que es tuyo y mío, oraré a ti, mi Dios. Acoge en el sagrario de tu audiencia mis preces; más, llévame, arrebatame todo a tu Corazón. La tortuosidad de mis pecados me impide la entrada. Pero, dilatado y ensanchado ese tu Corazón por una caridad incomprensible y siendo tú el único que puedes hacer limpio al concebido en pecado, ¡oh hermosísimo Jesús!, lávame más y más de mis iniquidades, límpiame de mis culpas, y purificado por ti, pueda yo acercarme a ti, Purísimo, y merezca habitar en tu Corazón todos los días de mi vida, y entender y obrar según tu beneplácito. (S. BUENAVENTURA, **La vid mística**, 3, 3-4).

387. LA PRESENTACION DEL SEÑOR

2 DE FEBRERO

«Gloria a ti, Cristo, luz que alumbras a las naciones» (Lc 2, 32).

1.— La Liturgia de esta fiesta tiene un tono solemne y gozoso por la primera entrada de Cristo en el templo y, al mismo tiempo, un todo sacrificial porque viene para ser inmolado.

Da la entonación la profecía de Malaquías (3, 1-4): «entrará en su santuario el Señor a quien vosotros buscáis» (ib 1). Es fácil aplicar este texto al hecho que hoy conmemora: la llegada de Cristo al templo donde, cuarenta días después de su nacimiento, es presentado por María y José, según las prescripciones de la ley mosaica. El Hijo de Dios, al encarnarse, quiso «parecerse en todo a sus hermanos» (Hb 2, 17; 2.^a lectura); sin dejar de ser Dios, quiso ser verdadero hombre entre los hombres, meterse en su historia y compartir en todo su vida, sin excluir la observancia de la ley prescrita para el hombre pecador. El cumplimiento de la ley es así la ocasión para que Jesús se encuentre en el templo con su pueblo que le aguardaba en la fe. En efecto, es recibido por Simeón «hombre justo y piadoso que aguardaba el

consuelo de Israel» (Lc 2, 25), y por la profetisa Ana que vivía en la oración y penitencia. Iluminados por el Espíritu Santo, reconocen ambos en aquel niño presentado por una joven madre con la humilde ofrenda de los pobres, al Salvador prometido y prorrumpan en himnos de alabanza. Simeón lo toma entre sus brazos exclamando: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador» (ib 29-30); y Ana habla de él con entusiasmo «a todos los que aguardaban la liberación de Israel» (ib 38).

Recordando este suceso la Liturgia invita hoy a los fieles a ir al encuentro de Cristo en la casa de Dios, donde lo encontrarán en la celebración de la Eucaristía, para saludarlo como a su Salvador, para ofrecerle el homenaje de una fe y un amor ardientes, semejantes a los de Simeón y Ana, y, en fin, para recibirlo no entre los brazos sino en el corazón. Este es el significado de la procesión de «la Candelaria»: ir al encuentro de Cristo «luz del mundo» con la llama encendida de la vida cristiana que debe ser un reflejo luminoso de su resplandor.

2. — Según la profecía de Malaquías, el Señor viene a su templo para purificar al pueblo del pecado, para que pueda presentar a Dios «la ofrenda como es debido», la cual «entonces agraderá al Señor» (Ml 3, 3-4). La primera ofrenda, que instaura el culto perfecto y da valor a toda otra oblación, es precisamente la que Cristo hizo de sí al Padre. Para él no valió el rescate ofrecido, como valía para todos los primogénitos de los judíos; pues era la víctima voluntaria que sería sacrificada por la salvación del mundo. Pero aceptando su condición de recién nacido, Jesús quiso ser ofrecido por las manos de su Madre, que aparece así en su función de corredentora. María no ignora que Jesús es el Salvador del mundo y, a través del velo de las profecías, intuye que Jesús cumplirá su misión por un misterio de dolor, en el que ella, como madre, deberá participar. La profecía de Simeón se lo confirma claramente: «a ti una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 35). María comprende y en lo secreto de su corazón repite el *fiat* como en Nazaret. Ofreciendo a su hijo, se ofrece a sí misma, comenzando así su pasión de madre que asociará cada día más a la del Hijo.

Otra similitud entre la Madre y el Hijo es la humildad profunda con que María, aunque consciente de su virginidad, se rebaja al nivel de las otras mujeres y confundida entre ellas se presenta al sacerdote para el rito de la purificación. Jesús no debía ser rescatado, María no necesitaba ser purificada y, sin embargo, se someten a estas leyes para enseñar a los hombres el respeto y la fidelidad a los mandatos del Señor, y el valor de la humildad y la obediencia.

La purificación de María, unida a la presentación de Jesús, es símbolo de la purificación de que el hombre está siempre, tan necesitado y que sólo puede ser obtenido por los méritos de Cristo presentado al Padre para «expiar así los pecados del pueblo» (Hb 2, 17). Como presentó a su Hijo, así presente María a todo fiel a Dios, y su mediación maternal lo disponga a la purificación

que debe operarse en él. La oblación inmaculada y santa de Cristo lo santifique y lo haga capaz de ofrecer al Padre oraciones y sacrificios aceptos a su majestad divina.

Todos corremos a tu encuentro, oh Cristo, los que sincera y profundamente adoramos tu misterio, nos encaminamos a ti llenos de alegría... Llevamos cirios encendidos, como símbolo de tu resplandor divino.

Gracias a ti resplandece la creación, y se inunda de una luz eterna que disipa las tinieblas del mal. Po estos cirios encendidos sean, sobre todo, símbolo del resplandor interior con que queremos prepararnos al encuentro contigo, oh Cristo. Pues como tu Madre, virgen purísima, te llevó entre sus brazos a ti, luz verdadera, ofreciéndote a los que se encontraban en las tinieblas, así también nosotros, teniendo en las manos esta luz visible a todos e iluminados con su resplandor, vamos de prisa al encuentro contigo, que eres la verdadera luz...

Ha llegado la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... Todos juntos venimos a ti, oh Cristo, para dejarnos invadir de tu esplendor y para recibirte como el anciano Simeón, oh eterna luz viviente. Con él exultamos de gozo y cantamos un himno de agradecimiento a Dios. Padre de la luz, que nos ha enviado la luz verdadera para sacarnos de las tinieblas y hacernos luminosos. (S. SOFRONIO DE JERUS., **De Hipapante**, 3, 6-7).

Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu seno virginal. Ofrece para nuestra reconciliación la víctima santa y agradable a Dios. Por todos modos aceptará Dios Padre la nueva ofrenda y preciosísima víctima, de la cual dice él mismo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias»...

Yo os ofreceré voluntariamente un sacrificio, Señor, porque voluntariamente fuiste ofrecido por mi salud, no por tu necesidad... Dos cosas tengo, Señor, que son el cuerpo y el alma(¡ojalá que te las pueda ofrecer en sacrificio de alabanza! Mejor es para mí y mucho más útil y glorioso ofrecerme a ti que dejarme para mí mismo. Porque en mí mismo se turba mi alma, y mi espíritu se alegrará en ti si es ofrecido sinceramente... No quiere Dios mi muerte, ¿y no le ofreceré yo gustosamente mi vida? Esta es una víctima pacífica, víctima agradable a Dios, víctima viva. (S. BERNARDO, **In Purificatione B. V. Mariae**, 3, 2-3).

388. SAN JOSE

19 DE MARZO

«Este es el administrador fiel y solícito a quien el Señor ha puesto al frente de su servidumbre» (Entrada).

1.— La Liturgia de hoy en honor de San José pone de relieve las características de este hombre humilde y silencioso que ocupó un puesto de primer plano en la inserción del Hijo de Dios en la historia. Descendiente de David —«hijo de David», como dice el Evangelio (Mt 1, 20)— emparenta a

Cristo con la estirpe de la que Israel esperaba al Mesías. Por medio del humilde carpintero de Nazaret se realiza así la profecía hecha a David: «Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre» (2 Sm 7, 16; 1.a lectura) José no es el padre natural de Jesús porque no le ha dado la vida, pero es el padre virginal que por mandato divino cumple, para con él, una misión legal: le da un nombre, lo inserta en su linaje, lo tutela y provee a su sustento. Esta relación tan íntima con Jesús le viene de su desposorio con María.

José es el, hombre «justo» (Mt 1, 19) al que ha sido confiada la misión de esposo virgen de la más excelsa entre las criaturas y de padre virginal del Hijo del Altísimo. Es «justo» en el sentido pleno del vocablo, que indica virtud perfecta y santidad. Una justicia, pues, que penetra todo su ser mediante una total pureza de corazón y de vida y una total adhesión a Dios y a su voluntad. Todo esto en un cuadro de vida humilde y escondida como ninguna, pero resplandeciente de fe y amor. «El justo vivirá de la fe» (Rm 1, 17); y José, el «justo» por excelencia, vivió en grado máximo de esta virtud.

Muy oportunamente la segunda lectura (Rm 4, 13.16.18. 22) habla de la fe de Abrahán presentándola como tipo y figura de la de José. Abrahán «creyó contra toda esperanza» (ib 18) que llegaría a ser padre de una gran descendencia y continuó creyéndolo aun cuando, por obedecer a una orden divina, estaba para sacrificar a su hijo único. José frente al misterio desconcertante de la maternidad de María creyó en la palabra del ángel: «la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1, 20), y cortando toda vacilación obedeció a su mandato: «no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer» (ib). Con más fe que Abrahán, hubo de creer en lo que es humanamente inimaginable: la maternidad de una virgen y la encarnación del Hijo de Dios. Por su fe y obediencia mereció que estos misterios se cumpliesen bajo su techo.

2.— Toda la vida de José fue un acto continuado de fe y de obediencia en las circunstancias más oscuras y humanamente difíciles. Poco después del nacimiento de Jesús se le dice: «Levántate, toma al Niño y a su madre y huye a Egipto» (Mt 2, 13); más tarde el ángel del Señor le ordena: «Ve a la tierra de Israel» (ib 20). Inmediatamente —de noche— José obedece. No demora, no pide explicaciones ni opone dificultades. Es a la letra «el administrador fiel y solícito a quien el Señor ha puesto al frente de su familia» (Lc 12, 42), totalmente disponible a la voluntad de Dios, atento al menor gesto suyo y presto a su servicio. Una entrega semejante es prueba de un amor perfecto; José ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas.

Su posición de jefe de la sagrada familia le hace entrar en una intimidad singular con Dios cuyas veces hace, cuyas órdenes ejecuta y cuya voluntad interpreta; con María, cuyo esposo es; con el Hijo de Dios hecho hombre, a quien ve crecer bajo sus ojos y sustenta con su trabajo. Desde el momento en que el ángel le revela el secreto de la maternidad de María, José vive en

la órbita del misterio de la encarnación; es su espectador, custodio, adorador y servidor. Su existencia se consume en estas relaciones, en un clima de comunión con Jesús y María y de oración silenciosa y adoradora. Nada tiene y nada busca para sí: Jesús le llama padre, pero José sabe en que no es su hijo, y Jesús mismo lo confirmará: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49). María es su esposa, pero José sabe que ella pertenece exclusivamente a Dios y la guarda para él, facilitándole la misión de madre del Hijo de Dios. Y luego, cuando su obra ya no es necesaria, desaparece silenciosamente. Sin embargo, José ocupa todavía en la Iglesia un lugar importante, pues continúa para con la entera familia de los creyentes su obra de custodio silencioso y providente, comenzada con la pequeña familia de Nazaret. Así la Iglesia lo venera e invoca como su protector y así lo contemplan los creyentes mientras se esfuerza en imitar sus virtudes. En los momentos oscuros de la vida, el ejemplo de S. José es para todos un estímulo a la fe inquebrantable, a la aceptación sin reservas de la voluntad de Dios y al Servicio generoso.

Anuncia, oh José..., los prodigios divinos que tus ojos han contemplado: tú has visto al Infante reposar en el seno de la Virgen; lo has adorado con los Magos; has cantado gloria a Dios con los pastores según la palabra del Ángel: ruega a Cristo Dios para que nuestras almas sean salvas...

Tu alma fue obediente al divino mandato; colmado de pureza sin par, oh dichoso José, mereciste recibir por esposa a la que es pura e inmaculada entre todas las mujeres; tú fuiste el custodio de esa Virgen, cuando mereció convertirse en tabernáculo del Creador...

Tú llevaste, de la ciudad de David a Egipto, a la Virgen pura, como a nube misteriosa que lleva escondido en su seno el Sol de justicia... Oh José, ministro del incomprensible misterio.

Tú asististe con acierto, oh José, al Dios hecho niño en la carne; le serviste como uno de sus ángeles; él te iluminó al punto, y tú acogiste sus rayos espirituales. ¡Oh dichoso! Te mostraste esplendente de tu luz en tu corazón y en tu alma. El que con una palabra formó el cielo, la tierra y el mar, se llamó hijo del carpintero, hijo tuyo, oh admirable José. Fuiste hecho padre del que no tiene principio y que te honró como a ministro de un misterio que excede toda inteligencia.

¡Qué preciosa fue tu muerte a los ojos del Señor, oh dichoso! Consagrado al Señor desde la infancia, fuiste el guardián sagrado de la Virgen bendita; y cantaste con ella el cántico: «Toda criatura bendiga al Señor y lo ensalce por los siglos. Amén». (Himno de la Iglesia griega, de Les plus beaux textes sur S. Joseph, p. 121-2).

Oh José, varón prudente, esplendente de bondad..., teniendo en tus brazos a Cristo, fuiste santificado. Santifica a los que ahora celebran tu memoria, oh justo, oh José santísimo, esposo de la Madre de Dios la toda santa... ¡Oh tú, feliz, pide sin cesar al Verbo libre de tentaciones a tos que te veneran. Tú guardaste a la Inmaculada que conservó intacta su virginidad y en la cual el Verbo se hizo carne. Tú la guardaste después de la Natividad misteriosa.

Junto con ella, oh José, portador de Dios, acuérdate de nosotros. (JOSE EL HIMNOGRAFO, de **Les plus beaux textes sur S. Joseph**, p. 29-31).

389. LA ANUNCIACION DEL SEÑOR

25 DE MARZO

«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad» (Salm. respon.).

1.— El motivo dominante de la liturgia de esta solemnidad es el del ofrecimiento y entrega total a Dios. Se canta en la antífona de entrada, se repite en el estribillo del salmo responsorial y se proclama en la segunda lectura: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Hb 10, 5-7). Expresa las disposiciones de Cristo y de su Madre íntimamente unidos en una actitud idéntica de ofrecimiento y de aceptación.

S. Pablo sacó esas palabras del salterio (Sl 39, 8.9) y las recibió como pronunciadas por el Hijo de Dios en el momento de su encarnación: «Cuando Cristo entró en el mundo, dijo: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas; pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias". Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad"» (Hb 10, 5-7). Antes que el Hijo de Dios pronunciase en el tiempo su ofrecimiento, antes que tomase el cuerpo que el Padre había determinado prepararle en el seno de una humilde doncella, era necesario que ese mismo ofrecimiento fuese hecho por la que debía ser su Madre. Dios, en efecto, infinitamente respetuoso de la libertad de su criatura, «quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada» (LO 56). Y María al anuncio del ángel, hizo su ofrecimiento: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). La diferencia de términos no anula la Identidad de significado y de disposiciones. El Ecce ancilla Domini de María es el eco perfecto en el tiempo del Ecce eterno del Verbo y hace posible su actuación. Su ofrecimiento se funde con el de Cristo formando una única oblación que Madre e Hijo vivirán inseparablemente unidos hasta consumarla en el Calvario para gloria del Padre y redención de los hombres.

Así hoy, guiados por la Liturgia, los fieles celebran la ofrenda más excelsa que jamás haya sido presentada a Dios y de la que salió nuestra salvación. Mientras dan gracias a Cristo y a su Madre por este don inmenso, le suplican los haga capaces de ofrecerse a Dios sin reservas para que se cumpla en ellos toda su voluntad. «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad».

2.—En la solemnidad de la Anunciación, aparece Jesús más unido que nunca a María no sólo en el relato evangélico, sino también en la profecía de Isaías que hoy se lee en la primera lectura (7, 10-14). En un momento crítico de la historia de Israel, el profeta anuncia al rey Acaz un salvador extraordinario enviado por Dios, cuyo nacimiento será de una virgen: «Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel» (ib

14). El vaticinio, aunque pronunciado en un contexto de detalles que se refieren a la historia de aquellos tiempos, es demasiado explícito para no reconocer en él el primer anuncio misterioso de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen de Nazaret. Así lo interpreta Mateo, que lo reproduce textualmente como conclusión de su narración del nacimiento de Jesús: «Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta: "Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo y le pone por nombre Emmanuel, que significa: Dios con nosotros"» (1, 22-23).

En el Evangelio del día, Lucas refiere el hecho histórico del anuncio del nacimiento de Jesús (1, 26-38). La narración es abiertamente mariana, sea porque sólo María puede haberla referido, sea porque fue ella la protagonista. Pero todo está en función del que había de venir: Jesús. Este es designado como «Hijo del Altísimo», a quien se le dará «el trono de David..., y su reino no tendrá fin» (ib 32-33). Su concepción en el seno de María no será por obra e varón, sino por intervención divina especial: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Ib 35). Ante la grandeza inaudita de este anuncio, María se abisma en un acto de fe y de humildad sin precedentes. Justamente porque es humilde, cree cosas humanamente imposibles; primera entre todas las criaturas cree la Virgen en Cristo Hijo de Dios, que, por un misterio inexplicable, está para hacerse en ella hombre verdadero. Creyendo acepta, pero su humildad no le permite ofrecerse a Dios sino en cualidad de esclava; y Dios responde al punto haciendo de ella la madre intacta de su Unigénito. Misterio de misericordia infinita por parte del Altísimo; acto de humildad y de fe por parte de María. «La Virgen escucha, cree y concibe», dice San Agustín (Sr 196, 1, 1).

Humildad y fe son la tierra fértil en la que Dios realiza los milagros de su amor todopoderoso.

¡Oh Verbo!, tú te lanzas hacia la [criatura] imagen tuya y por amor a la carne te revestiste de carne; por amor a mi alma, te dignas fundir tu persona divina con un alma inteligente... ¡Oh fusión inaudita, oh compenetración paradójica! Tú, que eres el que es, vienes al tiempo, increado, te haces objeto de creación. Tú que no puedes ser contenido en ningún lugar, entras en el tiempo y en el espacio y un alma espiritual se convierte en mediadora entre la divinidad y la pesadez de la carne. Tú que lo enriqueces todo, te haces pobre y sufres la pobreza de mi carne, para que sea yo enriquecido con tu divinidad. Tú que eres la plenitud, te vacías; te despojas por un tiempo de tu gloria, para que pueda yo participar de tu plenitud.

¡Qué riqueza de bondad! ¡Qué inmenso misterio te envuelve! He sido hecho partícipe de tu imagen, Dios mío, pero no he sabido guardarla; ahora tú te haces partícipe de mi carne para salvar la imagen que me diste y para hacer inmortal mi carne. (S. GREGORIO NACIANCENO, **Oratio**, 45, 9).

¡Oh María!, vaso de humildad, en el que está y arde la llama del verdadero conocimiento, por el que te levantaste por encima de ti y por eso agradaste al Padre eterno, por lo cual él te arrebató y te atrajo a sí, amándote con singular

amor. Con esta luz y fuego de tu caridad y con el aceite de tu humildad atraíste e inclinaste a su divinidad a venir a ti; aunque antes fue atraído para venir a nosotros por el ardentísimo fuego de su inestimable caridad...

¡Oh María, dulcísimo amor mío!, en ti está escrito el Verbo, del que hemos recibido la doctrina de la vida... Yo veo que este Verbo, apenas escrito en ti, no estuvo sin la cruz del santo deseo; apenas concebido en ti, le fue infundido y unido el deseo de morir por la salvación del hombre, para lo que se encarnó...

¡Oh María!, hoy tu tierra nos ha germinado al Salvador... ¡Oh María! Bendita seas entre todas las mujeres por todos los siglos, que hoy nos has dado parte de tu harina. Hoy le Deidad se ha unido y amasado con nuestra humanidad tan fuertemente, que jamás se pudo separar ya esta unión ni por la muerte ni por nuestra ingratitud. (STA. CATALINA DE SIENA, **Elevaciones**, 15).

390. LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

31 DE MAYO

«¡Dichosa tú, Virgen María, que has creído!» (Lc 1, 45).

1.— «Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel, alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén... El Señor tu Dios, en medio de ti, es un poderoso salvador» (Sf 3, 14.17). La Liturgia aplica hoy a la Virgen las palabras proféticas de Sofonías. Ella es la hija de Sión (LG 52) invitada al regocijo, porque Dios se ha hecho singularmente presente a ella encarnándose en su seno virginal. El arca de la Alianza, la tienda de la Reunión, el templo de Jerusalén donde el Altísimo se hacía presente a su pueblo, se esfuman ante esta virgen humilde convertida en arca y templo vivo del que la ha creado. Por medio suyo el Hijo de Dios es el Salvador poderoso que viene a visitar y redimir a su pueblo, a iluminarlo y dirigir sus pasos por el camino de la paz (Lc 1, 68. 79). La primera visita de Jesús a los hombres se realiza, en efecto, por medio de María, la cual, luego de la Anunciación, «fue a prisa a la montaña» (Lc 1, 39) para encontrarse con su anciana prima cuya maternidad extraordinaria le había revelado el ángel. La Virgen comienza así su misión de portadora de Cristo al mundo, y la comienza a prisa, si demorase, movida por un impulso interior que la pone en camino hacia la humanidad en espera y tan necesitada del Salvador. Las molestias de un viaje a una región montañosa no la arredran; su dignidad de madre de Dios no la retiene, antes la estimula, porque intuye que el privilegio de su maternidad divina se ordena a la salvación del mundo.

Un día irá Jesús personalmente a encontrar al Bautista en las riberas del Jordán y él, Hijo de Dios, pedirá ser bautizado por el Precursor, criatura suya. María anticipa esta actitud humilde de su Hijo, y ella, Madre de Dios, va a encontrar a la madre del Bautista, un gran hombre, pero simple hombre al fin. Y va a visitarla no para ser servida por su dignidad, sino para servirla, tomando ante ella como ante Dios, la actitud de humilde «esclava». Jesús,

viviente en María, y llevado por ella, la guía por el camino de la humildad y del servicio, que él mismo recorrerá e indicará a los hombres.

2.— «El Señor, tu Dios... exulta de gozo por ti, te renueva por su amor» (Sf 3, 17). El Altísimo se complace en María, que por su fe y humildad «recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo» (LG 53), y lo lleva solícita por los caminos de Judea. En la Virgen Dios renueva su pacto de amor con los hombres; en ella el Verbo celebra con júbilo sus bodas con la humanidad y aunque escondido en el seno materno revela su presencia. «En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre» (Lc 1, 41). A ese salto gozoso Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, reconoce en su joven prima a la Madre del Salvador y prorrumpe en un cántico de alabanza: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?... ¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!» (ib 42-43. 45). Ante ese cúmulo de elogios, María no protesta; sabe bien que no le pertenecen a ella, sino a Dios, y él inmediatamente los endereza. «Tú, Isabel, engrandesces a la madre del Señor —dice la Virgen—, pero "mi alma engrandece al Señor"; dices que a mi voz saltó de gozo el párvulo, pero "mi espíritu se llenó de gozo en Dios, que es mi salud"... Bienaventurada me llamas porque he creído, pero la causa de mi fe y de mi dicha es haberme mirado la piedad suprema, a fin de que por eso "me llamen bienaventurada las naciones todas, porque se dignó Dios mirar a esta su sierva pequeña y humilde"» (S. Bernardo, De duoc. praerog. 12). El Magnificat no es otra cosa que la respuesta de María a las alabanzas de Isabel, respuesta que refiere a Dios todos los elogios recibidos. María en su cántico desaparece; Dios sólo es ensalzado y magnificado, mientras ella se queda en su humilde posición de esclava. Como en el cántico lo mismo en la vida en los tres meses de permanencia con su prima y en toda su existencia, María es siempre y sólo «la esclava» que presta sus servicios en humildad y ocultamiento. Sirve a la causa del Hijo y desaparece en la penumbra.

«Sed cariñosos unos con otros... Contribuid en las necesidades de² Pueblo de Dios... No tengáis grandes pretensiones, s o poneos al nivel de la gente humilde» (Rm 12, 10, 13, 16). Estas exhortaciones del Apóstol retratan al vivo la conducta de María y estimulan a los fieles a caminar tras sus huellas.

Que tu Iglesia te glorifique, Señor, por todas las maravillas que has hecho con tus hijos; y así como Juan Bautista exultó de alegría al sentir a Cristo en el seno de la Virgen, haz que tu Iglesia lo perciba siempre vivo en este sacramento. (MISAL ROMANO, **Después de la Comunión**).

¡Oh María!, vemos que subiste a las montañas de Judea con mucha prisa, saludaste a Isabel y permaneciste en su asistencia como tres meses... Hervía, pues, tu caridad en buscar la gracia, resplandecía en tu cuerpo la virginidad y sobresalía tu humildad en el servicio. Pues si todo aquel que se humilla será ensalzado, ¿qué cosa más sublime que tu humildad? Se admira Isabel de tu venida, y decía: «¿De dónde a mí esto, que la Madre de mi Señor venga a mí?» Pero mucho más debiera haberse admirado de que tú, oh María, te anticiparas

a lo que más tarde debía decir tu Hijo: «No vine a ser servido sino a servir». (S. BERNARDO, **De aquaeductu**, 9).

Cantando a tu Hijo, oh Madre de Dios, todos te celebramos como a un templo viviente. En tu seno habitó el Señor; el que contiene el universo en su mano, te hizo santa y rica de gloria; él enseñó a todos a cantar así:

«Ave, morada de Dios y del Verbo; Ave, la santa mayor de los santos; Ave, arca guarneada de oro por el Espíritu Santo; Ave, tesoro inagotable de vida; Ave, augusto orgullo de santos sacerdotes; Ave, alcázar imperturbable de la Iglesia; Ave, por ti se alzan los trofeos; Ave, por ti sucumben los enemigos; Ave, salud de mi cuerpo; Ave, salvación de mi alma».

Oh Madre, digna de todo loor, Engendradora del Verbo Santísimo más que todos los santos, acoge ahora nuestra ofrenda; líbranos a todos de toda desventura y rescata de la pena futura a cuantos proclaman juntos: ¡Aleluya! (ROMANO EL CANTOR, **Himno Acástico**, 23-4).

391. SANTOS PEDRO Y PABLO

29 DE JUNIO

«El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo» (2 Tm 4, 18).

1. — «Estos son los que mientras estuvieron en la sangre plantaron la Iglesia: bebieron el y lograron ser amigos de Dios» (Entrada). La Iglesia une en una sola celebración a Pedro jefe de la Iglesia y a Pablo el Apóstol de las gentes. Uno y otro son el fundamento vivo de la Iglesia plantada con las fatigas de su predicación incesante y fecundada, por fin, con su martirio. Este es el primer aspecto iluminado por las lecturas del día. La primera (Hc 12, 1-11) recuerda uno de los encarcelamientos de Pedro, que tuvo lugar por orden de la autoridad política, que —como en el proceso de Jesús— lo hizo porque «esto agradaba a los judíos» (ib 3). De este modo Pedro corre la misma suerte que Jesús. No puede ser de otra manera, porque «no está el discípulo por encima de su maestro» (Mt 10, 24) y ya había avisado el Maestro: «si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros» (Jn 15, 20). Mas a Pedro no le ha llegado todavía la hora suprema y así, mientras «la Iglesia oraba a Dios insistentemente por él» (Hc 12, 5), un ángel del Señor se le presentó para librarlo.

También Pablo es presentado hoy entre cadenas (2 Tm 4, 6-8. 17-18), pero la suya es la prisión definitiva que terminará con el suplicio. El Apóstol es consciente de su situación, con todo sus palabras no revelan amargura, sino la serena satisfacción de haber gastado su vida por el Evangelio: «Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida» (ib 6-8).

Los dos Apóstoles en cadenas atestiguan que sólo es verdadero discípulo de Cristo el que sabe afrontar por él las tribulaciones y persecuciones, y hasta el mismo martirio. Al mismo tiempo las vicisitudes de cada uno demuestran que Cristo no abandona a sus apóstoles perseguidos: interviene en su ayuda para salvarlos de los peligros —como cuando Pedro fue librado de la cárcel— o para sostenerlos en sus dificultades, como declara Pablo: «El Señor me ayudó y me dio fuerzas... El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo» (ib 17.18). Para el discípulo que, como Pablo, desea unirse a Cristo, el mismo martirio es una liberación; más aún, es la liberación definitiva que a través de la muerte le introduce en la gloria de su Señor.

2.— El Evangelio (Mt 16, 13-20) recuerda el episodio de Cesárea, cuando Simón Pedro, a la pregunta del Maestro, hace su magnífica profesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (ib 16). Jesús le responde congratulándose con él por la luz divina que le ha permitido penetrar su misterio de Hijo de Dios y Salvador de los hombres; y como reflejándose en el discípulo que le ha reconocido, lo hace partícipe de sus características y poderes. Cristo, piedra angular de la Iglesia (Hc 4, 11), se asocia al Apóstol como fundamental de la misma: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18). El, que ha recibido del Padre «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18), lo transmite a Pedro: «Te daré las llaves del Reino de los Cielos», y le confiere la potestad suprema de atar y desatar (Mt 16, 19). Pedro no comprende enseguida el alcance de esa investidura que lo liga estrechamente a Cristo; lo irá comprendiendo progresivamente por la continua intimidad con el Maestro y la experiencia dolorosa de su propia fragilidad. Cuando Jesús lo rechaza por su protesta frente al anuncio de la Pasión, o cuando una sola mirada suya le haga descubrir toda la vileza de su negación, Pedro intuirá que el secreto de su victoria estará sólo en la plena comunión con Cristo, animada de una absoluta confianza en él y vivida en la semejanza con su cruz. Entonces estará preparado a escuchar: «Apacienta mis corderos..., apacienta, mis ovejas» (Jn 21, 15-16).

Constituido ya pastor del rebaño del Señor, Pedro mismo instruirá a los creyentes sobre sus relaciones con Cristo y sobre su puesto en la Iglesia: «Acercándoos a él, piedra viva..., también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual» (1 Pe 2, 4-5). Como las prerrogativas de Pedro continúan siendo las del Papa, así las prerrogativas de los primeros cristianos deben ser las de los fieles de todos los tiempos. Unidos a Cristo, «piedra viva», y a su Vicario, «piedra fundamental», también ellos son «piedras vivas» destinadas a edificar y sostener la Iglesia. Y esto mediante la oración particular por el Papa —a imitación de la primera comunidad cristiana que oraba por Pedro encadenado—, y mediante el ofrecimiento «de sacrificios espirituales» concretados en una fidelidad plena al Evangelio, a la Iglesia y al Vicario de Cristo, a pesar de las dificultades y

persecuciones, confiando en el que dijo: «Las puertas del infierno no prevalecerán» (Mt 16, 18).

¿Qué gracias os daremos, oh bienaventurados apóstoles, por tantas fatigas como por nosotros habéis soportado? Me acuerdo de ti, oh Pedro, y quedo atónito; me acuerdo de ti, oh Pablo, y... me deshago en lágrimas. No sé qué decir, ni sé proferir palabra contemplando vuestros sufrimientos. ¡Cuántas prisiones habéis santificado, cuántas cadenas honrado, cuántos tormentos sostenido, cuántas maldiciones tolerado! ¡Qué lejos habéis llevado a Cristo! ¡Cómo habéis alegrado las iglesias con vuestra predicación! Vuestras lenguas son instrumentos benditos; vuestros miembros se cubrieron de sangre por la Iglesia. ¡Habéis imitado a Cristo en todo!...

Gózate, Pedro, que se te concedió gustar el, leño de la cruz de Cristo. Y a semejanza del Maestro quisiste morir crucificado, pero no erecto como Cristo Señor, sino cabeza abajo, como emprendiendo el camino de la tierra al cielo. Dichosos los clavos que atravesaron miembros tan santos. Tú con toda confianza encomendaste tu alma a las manos del Señor, tú que le serviste asiduamente a él y a la Iglesia su esposa, tú que, fidelísimo entre todos los apóstoles, amaste al Señor con todo el ardor de tu espíritu.

Gózate también tú, oh bienaventurado Pablo, cuya cabeza segó la espada y cuyas virtudes no se pueden explicar con palabras. ¿Qué espada pudo atravesar tu santa garganta, ese instrumento del Señor, admirado del cielo y de la tierra?... Esa espada sea para mí como una corona, y los clavos de Pedro como joyas engastadas en una diadema. (S. JUAN CRISOSTOMO, **Sermón de Metafraste**, MG 59, 494).

¡Oh suma e inefable Deidad! He pecado y no soy digna de rogarte a ti, pero tú eres potente para hacerme digna de ello. Castiga, Señor mío, mis pecados y no te fijes en mis miserias. Un cuerpo tengo y éste te doy y ofrezco; he aquí mi carne, he aquí mi sangre... Si es tu voluntad, tritura mis huesos y mis tuétanos por tu Vicario en la tierra, único esposo de tu Esposa, por el cual te ruego te dignes escucharme... Dale un corazón nuevo, que crezca continuamente en gracia, fuerte para levantar el pendón de la santísima cruz, a fin de que los infieles puedan participar, como nosotros, del fruto de la Pasión, la sangre de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado. (STA. CATALINA DE SIENA, **Elevaciones**, I).

392. NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN MARIA DEL MONTE CARMELO

16 DE JULIO

«Ave María, gloria de Jerusalén, alegría de Israel, orgullo de nuestra raza» (Judit 15, 9).

1.— María es en verdad «gloria y orgullo de nuestra raza», honrada no sólo por los Carmelitas sino por innumerables fieles esparcidos por el mundo

como Reina y hermosura del Carmelo. Su culto bajo esta advocación se remonta a los orígenes de la Orden carmelitana, cuya tradición lo relaciona con la nube blanca divisada desde la cumbre del Carmelo mientras el profeta Elías suplicaba a Dios pusiese fin a una larga sequía. En esa nubecilla semejante «a la palma de un hombre» (1 Re 18, 44) que subía del mar y cubría rápidamente el cielo de grandes nubarrones preñados de lluvia, se reconoció una figura de la Virgen María, la cual, dando el Salvador al mundo, fue portadora del agua vivificante de la gracia. «Derramad, nubes, al Justo» canta la Iglesia en el Adviento reasumiendo un versículo de Isaías (45, 8). La mística nube que da al mundo el Salvador es la Virgen bendita, toda santa y llena de gracia, desde el primer momento de su concepción inmaculada.

Sus hijos se complacen en aplicarle, junto con la Liturgia, el cántico del profeta: «Me llena de gozo el Señor, mi alma se alegra con mi Dios: porque me ha vestido un traje de triunfo, me ha cubierto con túnica de justicia» (156, 10). Estas palabras, que son como un prelude del Magnificat, expresan muy bien el reconocimiento de la Virgen por los privilegios de que Dios la ha adornado, preparándola a ser madre de su Hijo divino. De ella, en efecto, como de un jardín maravilloso, «hará germinar la justicia» (ib 11), esto es, a Jesús, «al cual hizo Dios para nosotros... justicia, santificación y redención» (1 Cr 1, 30).

María no retiene celosamente para sí sola los dones insignes de que ha sido enriquecida, sino hace participantes de ellos a todos los hombres; a todos ha dado a Jesús y a todos quiere revestir con su «traje de triunfo» y su «túnica de justicia», o sea de la gracia merecida por su Hijo. Este es el significado del escapulario de la Virgen del Carmen, símbolo expresivo de su acción maternal en favor de cuantos le son devotos y la eligen por patrona especial.

2. — Los primeros ermitaños del Carmelo que construyeron en medio de sus celdas un oratorio dedicado a Santa María, honraban a la Madre de Dios como modelo perfecto de su vida contemplativo-apostólica. Desde entonces la Virgen María del Monte Carmelo fue considerada como tipo y reclamo luminoso de comunión íntima con Dios y de penetración amorosa de los divinos misterios, lo cual está en perfecta sintonía con el Evangelio que la presenta tan frecuentemente en oración. En la anunciación del ángel, en la visita a Isabel, en el nacimiento de Jesús, en el templo cuando ofrece al Hijo o cuando lo encuentra entre los doctores de la Ley, en las bodas de Cana, al pie de la cruz o en el cenáculo, María aparece siempre en oración. Está a la escucha de la palabra de Dios o canta sus alabanzas, reflexiona «meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19) todas las cosas que veía u oía de Jesús, o bien le indica a él con delicada discreción las necesidades ajenas o también invoca sobre la Iglesia naciente el Espíritu Santo. Su actitud orante representa al vivo el ideal del Carmelo, el cual, siguiendo las huellas de María, pone la oración en el centro de su vida como medio esencial de unión con Dios y de apostolado fecundo. Por ese motivo el Carmelo está todo lleno

de María y vuelto constantemente a ella como a Madre, modelo y guía de la vida de oración.

Pero el aspecto de la oración de María más especialmente considerado y amado en el Carmelo es el asumido por ella al pie de la Cruz, cuando Jesús agonizante la proclama Madre de los hombres diciendo a Juan y en él a todo creyente: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27). En aquel momento la oración de María alcanza la cumbre de la oblación sacrificial: ofrece su Hijo amadísimo al Padre por la salvación de los nuevos hijos confiados a su amor materno; y en la oblación del Hijo va incluida la suya propia íntimamente asociada a su pasión. Revivir la oración de María significa acompañar la propia oración con el sacrificio de sí, hasta transformarla en oblación de sí mismo juntamente con la de la Madre bendita y con la de su Hijo divino. Esta es la oración que, como la de María, atrae al Espíritu Santo sobre la Iglesia, impetra gracia y salvación para toda la humanidad y da gloria a Dios.

¡Cuán familiar del Señor fuiste hecha, oh Madre nuestra! ¡Cuán próxima, o mejor cuán íntima mereciste ser hecha! ¡Cuánta gracia hallaste en Dios! En ti está y tú en él, a él le vistes y eres vestida por él. Le vistes con la sustancia de la carne y él te viste con la gloria de la majestad suya. Vistes al sol de una nube y eres vestida del sol...

Y ahora, oh Madre de misericordia, postrada humildemente a tus pies, como la luna, te ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estás constituida mediadora entre ella y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de tu alma le alcances la gracia de que en tu luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que te amó verdaderamente más que a todas las demás criaturas y te adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en tu cabeza la corona de hermosura. Llena estás de gracia, llena del celestial rocío, sustentada por el Amado y re osando delicias. Alimenta hoy, Señora, a tus pobres; los mismos cachorrillos también coman de las migajas que caen de a mesa, dales de beber de tu copiosa hidria. (S. BERNARDO, **De duodecim praerogativis B.V.M.**, 6. 15).

Oh María, tú eres el modelo de las almas interiores, de esos seres que Dios ha elegido para vivir dentro de sí, en el fondo del abismo sin fondo. ¡Con qué paz, con qué recogimiento te sometías y te prestabas, oh María, a todas las cosas! ¡Y cómo hasta las más vulgares quedaban por ti divinizadas, pues en todos tus actos permanecías siendo la adoradora del don de Dios! Esta actitud no te impedía consagrar a otras actividades externas cuando se trataba de ejercitar la caridad (1 Retiro 10, 1).

Oh María, Reina de las Vírgenes, eres también Reina de los Mártires. Pero la espada atravesó únicamente tu corazón, porque en ti todo se realiza en lo interior... ¡Oh, qué hermosa apareces cuando te contemplo en tu prolongado martirio! ¿Qué serena y envuelta en una especie de majestad que revela, a la vez, mansedumbre y fortaleza! Habías aprendido del mismo Verbo cómo deben sufrir aquellos que el Padre eligió como víctimas y determinó asociar a la gran

obra de redención, aquellos que conoció y predestinó a ser conformes a su Cristo, el crucificado por amor.

Tú estás allí, de pie junto a la cruz, con valor y fortaleza. Es entonces cuando mi divino Maestro me dice: «Ahí tienes a tu Madre». Así te da a mí por Madre. Ahora que él ha vuelto al Padre y me ha puesto en su lugar sobre la cruz para que complete en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en bien de su cuerpo, que es la Iglesia, tú, Virgen Santa, permaneces a mi lado para enseñarme a sufrir como él, para hacerme sentir y comprender los últimos acentos de su alma, que solamente tú, pudiste percibir. (ISABEL DE LA TRINIDAD, 2 **Retiro**, 15).

393. LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA

15 DE AGOSTO

«Todas las generaciones te llamarán bienaventurada, porque ha hecho en ti cosas grandes el Todopoderoso» (Lc 1, 48-49).

1.— «Una señal grandiosa apareció en el cielo: una ;mujer con el sol por vestido, la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas» (Entrada). Así saluda la Liturgia a María asunta al cielo aplicándole las palabras del Apocalipsis (12, 1) que se leen hoy también en la primera lectura. En la visión profética de Juan esa mujer excepcional aparece esperando un hijo y en lucha con el «dragón», el eterno enemigo de Dios y de los hombres. Este cuadro de luz y de sombras, de gloria y de guerra lleva a pensar en la realización de la promesa mesiánica contenida en las palabras dirigidas por Dios a la serpiente engañadora: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te aplastará la cabeza» (Gn 3, 15). Todo esto se realizó por medio de María, la Madre del Salvador, contra el que se precipitó Satanás, pero del que éste fue definitivamente vencido. Cristo, hijo de María, es el Vencedor; sin embargo, para que la humanidad pueda gozar plenamente de la victoria conseguida por él, es necesario que, como él, sostenga la lucha. En este duro combate el hombre es sostenido por la fe en Cristo y por el poder de su gracia; pero también lo es por la protección materna de María que desde la gloria del cielo no cesa de interceder por cuantos militan en seguimiento de su Hijo divino. Ellos vencerán en virtud de la sangre del Cordero (Ap 12, 11), la sangre que le fue dada por la Virgen Madre. María dio el Salvador al mundo; por medio de ella, pues, «llega la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su Mesías» (ib 10). Así sucedió porque tal ha sido «la voluntad del que ha establecido que lo tuviésemos todo por medio de María» (S. Bernardo, *De aquaed.* 7).

Mientras la visión apocalíptica muestra al hijo de la mujer arrebatado y llevado junto al trono de Dios —alusión a la ascensión de Cristo al cielo—, presenta a la mujer misma en fuga a «un lugar preparado por Dios» (Ap 12, 5-6), figura de la asunción de María a la gloria del Eterno. María es la primera en participar plenamente en la suerte de su Hijo divino; unida a él como

madre y «compañera singularmente generosa» que «cooperó de forma enteramente impar» a su obra de Salvador (LG 61), comparte su gloria, asunta al cielo en alma y cuerpo.

2.— El concepto expresado por la primera lectura es completado por la segunda (1 Cr 15, 20-26). San Pablo hablando de Cristo, primicia de los resucitados, concluye que un día todos los creyentes tendrán parte en su glorificación. Pero en diferente grado: «Primero Cristo como primicia; después, todos los cristianos» (ib 23). Y entre «los cristianos» el primer puesto pertenece sin duda a la Virgen, que fue siempre suya porque jamás estuvo ajada por el pecado. Es la única criatura en quien el esplendor de la imagen de Dios nunca fue ofuscado; es la «inmaculada concepción», la obra intacta de la Trinidad, en la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han podido siempre complacerse, recabando de ella una respuesta total a su amor.

La respuesta de María al amor de Dios resuena en el Evangelio de este día (Lc 1, 39-59), tanto en las palabras de Isabel que exaltan la gran fe que ha llevado a María a adherirse sin vacilación al querer divino, como en las de la misma Virgen que entona un himno de alabanza al Altísimo por las cosas grandes que ha hecho en ella. María no se mira a sí misma sino para reconocer su pequeñez, y de ésta se eleva a Dios para glorificar su dignación y misericordia, su intervención y su poder en favor de los pequeños, de los humildes y de los pobres, entre los cuales se coloca ella con suma sencillez. Su respuesta al amor inmenso de Dios que la ha elegido entre todas las mujeres para madre de su Hijo divino es invariablemente la dada al ángel: «Aquí está la esclava del Señor» (ib 38). Para María ser esclava significa estar totalmente abierta y disponible para Dios: él puede hacer de ella lo que quiera. Y Dios, después de haberla asociado a la pasión de su Hijo, la ensalzará un día realizando en ella las palabras de su cántico: «derriba del solio a los poderosos y enaltece a los humildes» (ib 52); pues la humilde esclava, en efecto, «fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial...», con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores» (LG 59). En María asunta al cielo la cristiandad entera tiene una poderosa abogada y también un magnífico modelo. De ella aprenden todos a reconocer la propia pequeñez, a ofrecerse a Dios en total disponibilidad a sus quereres y a creer en el amor misericordioso y omnipotente con fe inquebrantable.

¡Oh amor de María, oh ardiente amor de la Virgen!, eres demasiado ardiente, demasiado vasto..., un cuerpo mortal no puede contenerte; es demasiado abrasado tu ardor para que pueda ocultarse bajo esta pobre ceniza. Ve..., brilla en la eternidad; ve, arde, quema delante del trono de Dios...; apágate aquí y multiplícate en el seno de este Dios, único capaz de contenerte. (J. B. BOSSUET, **La Asunción de la Virgen**, 1, 1).

¡Oh Virgen inmaculada, Madre de Dios y madre de los hombres! Nosotros creemos con todo el fervor de nuestra fe en tu asunción triunfal en cuerpo y

alma al cielo, donde eres aclamada Reina por todos los coros de los ángeles y todos los ejércitos de los santos; nos unimos a ellos para alabar y bendecir al Señor, que te ha ensalzado sobre todas las demás puras criaturas, y para ofrecerte las aspiraciones de nuestra devoción y de nuestro amor.

Sabemos que tu mirada, que acariciaba maternalmente la humanidad abatida doliente de Jesús en la tierra, se sacia en el cielo con la vista de la humanidad gloriosa de la Sabiduría increada y que la alegría de tu espíritu al contemplar cara a cara a la adorable Trinidad hace a tu corazón estremecerse de beatificante ternura; y nosotros, pobres pecadores, nosotros a quienes el cuerpo corta el vuelo del alma, te suplicamos purifiques nuestros sentidos, para que aprendamos desde aquí abajo a gustar a Dios, a Dios sólo, en el encanto de las criaturas.

Confiamos que tus ojos misericordiosos se inclinen sobre nuestras miserias y sobre nuestras angustias, sobre nuestras luchas y sobre nuestras debilidades, que tus labios sonrían compartiendo nuestros gozos y nuestras victorias; que escuches a Jesús decirte de cada uno de nosotros, como en otro tiempo del discípulo amado: «Ahí tienes a tu hijo». Y nosotros, que te invocamos como Madre nuestra, te tomamos, como Juan, por guía, fuerza y consuelo de nuestra vida mortal.

Desde esta tierra, donde peregrinamos, confortados por la fe en la futura resurrección, miramos hacia ti, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza. Atráenos con la dulzura de tu voz, para mostrarnos un día, después de este destierro, a Jesús, fruto bendito de tu vientre, ¡oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! (P10 XII).

394. MARIA REINA

22 DE AGOSTO

«Ha hecho obras grandes por mí el Todopoderoso y cuyo nombre es santo» (Lc 1, 49).

1.— La fiesta de hoy reasume y completa el tema meditado en la solemnidad de la Asunción. En efecto, «asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial», María «fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte» (LG 59). María, que durante su vida terrena, estuvo estrechamente asociada y conformada a Cristo hasta sentir el alma traspasada por su Pasión y ofrecerlo moribundo al Padre, debía estarle también unida en la gloria. Por eso la Liturgia le reconoce a ella el título de Reina y como a tal la celebra sentada junto al Rey su Hijo: «A tu derecha está la Reina, enojada con oro» (SI 44, 10; Salmo resp. de la Asunción). María resplandece por su concepción inmaculada, por la plenitud de gracia que la adorna, por su privilegio de Madre de Dios, por el doloroso martirio sufrido junto a su Hijo, por su fe sin vacilaciones, por su virginidad intacta, por su humildad profundísima y por su amor que se dio sin reserva. Estas

prerrogativas constituyen a María Reina de los apóstoles y de los mártires, de los confesores y de las vírgenes, de todos los santos y hasta de los ángeles.

Su realeza no tiene origen terreno, sino que es derivada exclusivamente de la de su Hijo. Isaías lo había anunciado como al que «lleva a hombros el principado, y es su nombre... Padre perpetuo, Príncipe de la paz» (9, 5); y el ángel Gabriel lo declaró expresamente: «Hijo del Altísimo», al cual «el Señor Dios... le dará el trono de David su padre, y reinará... para siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33). Al hacerse hijo de María, Jesús recibe de ella la humanidad y le da a su vez su realeza divina. A esta Virgen, pues, tan humilde y ensalzada, dirige la Iglesia conmovida las palabras del salmista: «Escucha, hija, mira, inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna. Prendado está el rey de tu belleza» (Sl 44, 11-12). Ninguna criatura ha sido tan amada de Dios como María, la cual se dio a Cristo, su Rey y su Hijo, olvidando por él todos sus derechos.

2. — El primero e glorificar las grandezas de María es el ángel que la saluda: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28); de tal modo con ella, que se hace su hijo. ¿Puede haber para una simple criatura dignidad mayor que ésta? Continúa la glorificación Isabel, la cual dice «a voz en grito: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!... ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (ib 42.45). Ha bajado sobre María la más rica bendición de Dios, que la ha hecho fecunda con una maternidad virginal y divina. María es proclamada bendita porque es Madre del Señor, y dichosa porque ha creído en su palabra. Años después otra mujer la bendecirá revertiendo sobre ella la admiración hacia el Hijo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que mamaste!» (Lc 11, 27). María es consciente de sus grandezas, pero tan transparente en su humildad, que puede cantarlas sin turbarse: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho cosas grandes en mí» (Lc 1, 48-49). Con toda humildad profetiza su propia gloria sin retener para sí ni una brizna de ella; su gloria debe servir solamente para glorificar al que ha sabido hacer de una pequeñísima criatura la Madre de Dios.

La realeza de María está toda penetrada de esta suave humildad que la hace ser más Madre que Reina. Sin embargo, es reina-madre, con una realeza benigna y dulcísima, de la que se vale para llevar a los hombres la salvación merecida por su Hijo. Su realeza maternal la hace poderosa sobre el corazón del Hijo, para impetrar gracias de conversión y de perdón; la hace poderosa para atraer a los pecadores, sostener a los débiles, infundir ánimo a los abatidos y fortaleza a los perseguidos, y para atraer a los alejados y dispersos. La Iglesia la invoca con confianza e invita a sus hijos a suplicarle que «ensalzada en el cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda... ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos... lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad» (LG 69).

Oh María, ni permite la devoción callar de tu gloria, ni puede mi pensamiento estéril concebir cosa que sea digna, ni la puede dar a luz mi lenguaje inculto. De ahí es que, aun los mismos príncipes de la corte celestial, a la consideración de tanta novedad claman no sin admiración: «¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando delicias?»... ¿Quién es ésta que debajo del sol, en donde nada hay sino trabajo y dolor y aflicción de espíritu, sube rebosando en delicias espirituales?... Subiendo, pues, del desierto, oh Reina del mundo, aun para los ángeles y santos... «eres hermosa y suave en tus delicias»...

A ti, pues, oh fuente abundosa, corre sedienta nuestra alma; a ti, cúmulo de misericordia, recurre con toda solicitud nuestra miseria... Que en adelante tu piedad tome a pechos el hacer manifiesta al mundo la misma gracia que hallaste con Dios, alcanzando con tu intercesión perdón para los pecadores, remedio para los enfermos, fortaleza para los débiles de corazón, consuelo para los afligidos, amparo y libertad para los que peligran. Y en este día que celebramos con tanta solemnidad y alegría, a estos siervecillos tuyos que invocan con sus alabanzas tu dulcísimo nombre, ¡oh María!, reina piadosa, alcánzales los dones de la gracia de Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén. (S. BERNARDQ, In **Assumptione B. V. Mariae**, 4, 1.9).

Salve, María, delicia del Padre, por medio tuyo el conocimiento de Dios se ha extendido hasta los confines de la tierra. Salve, morada del Hijo, de la que salid éste revestido de carne. Salve, santuario inefable del Espíritu Santo. Salve, más santa que los Querubines; salve, más gloriosa que los Serafines; salve, más alta que el cielo... Salve, tú, cuyo nombre han hecho resonar los Apóstoles por todo el universo; salve, testimonio excelente de los Mártires; salve, aclamada elogiosamente por los Patriarcas; salve, ornamento sublime de los Santos. Salve, causa de salvación para todos los mortales; salve, reina conciliadora de la paz, salve, esplendor inmaculado de las madres. Salve, medianera de todo cuanto hay bajo el cielo; salve, reparadora de todo el universo; salve, llena de gracia; el Señor está contigo, él, que siendo antes de ti, nació de ti, para vivir con nosotros. (S. TARASIO PATR. CONSTAN., **Presentación de la Madre de Dios**, 15).

395. La NATIVIDAD DE LA STMA. VIRGEN MARIA

«Oh María, tu natividad fue para el mundo entero esperanza y aurora de salvación» (Después de la comunión).

1. — «Celebremos con alegría el nacimiento de María, la Virgen; de ella salió el sol de justicia, Cristo, nuestro Señor» (Entrada). La natividad de María es el preludio de la Natividad de Jesús, porque con la aparición de ella comienza a realizarse el plan de Dios para la encarnación de su Hijo divino. En la Virgen de Nazaret el Altísimo prepara a la que será su Madre. La Madre preanuncia al Hijo, dice que el Hijo está para llegar, que las promesas antiguas acerca de la salvación de la humanidad están para convertirse en historia. La grandeza de María está toda aquí: es la criatura elegida por Dios

para madre de su Unigénito. Miqueas la vaticinó como «la que ha de dar a luz» (5, 2), designand9 el tiempo de su parto como el comienzo de una era nueva, cuando de «Belén de Efrata... saldrá el jefe de Israel» (ib 1). Pues en Belén, al nacer Jesús de la Virgen María, comenzará la era de la salvación mesiánica.

La natividad de María, es, pues, la aurora de la redención; su aparecer proyecta una luz nueva sobre toda la humanidad; luz de inocencia, de pureza, de gracia precursora de la gran luz que inundará la tierra cuando aparezca Jesús «luz del mundo». La Virgen preservada del pecado y llena de gracia en previsión de los méritos de Cristo, no sólo anuncia la redención cercana, sino que lleva en sí sus primicias, como la primera redimida por su Hijo divino. Su concepción inmaculada es la primera flor, brotada anticipadamente, del misterio pascual; flor que alegra al mundo y atrae las complacencias del Altísimo.

Después del nacimiento de Jesús, ningún otro nacimiento ha sido tan importante a los ojos de Dios y tan precioso para el bien de la humanidad como el de María. Con todo, este nacimiento quedó en la oscuridad: nadie lo registró, nada dicen de él las Sagradas Escrituras. Los orígenes de María se pierden en el silencio, como en el silencio se perdió toda su vida. La natividad de María es un suceso grandioso envuelto en profunda humildad. Cuanto más quiere el hombre crecer a los ojos de Dios, tanto más pequeño y humilde debe hacerse, escondiéndose a sus ojos y a los de los demás.

2. — La primera vez que María aparece en el Evangelio de Mateo es al final de la genealogía de Jesús: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo» (1, 16). el de Lucas aparece por vez primera en el relato de la anunciación del Señor. En los de Marcos y Juan sólo más tarde, durante el ministerio de su Hijo. En todo caso María entra en el Evangelio sólo con referencia a Jesús, en su cualidad de Madre del Salvador, y aunque su presencia se entrevea eh muchas páginas, sobre todo de Lucas, es tan discreta y velada de humildad que desaparece en la de su Hijo. La vida de María se confunde y, pierde en la de Jesús, pues vivió verdaderamente escondida con Cristo en Dios. Vivió en la sombra no sólo, los años de la infancia, sino también en los días de su maternidad divina, en los momentos de triunfo de su Hijo y hasta cuando una mujer entusiasmada por la predicación de Jesús, alzó la voz en medio de la multitud, gritando: «¡Dichoso el vientre que te llevó!» (Le 11, 27).

La fiesta mariana celebrada hoy por la Liturgia es, pues, una invitación a la vida escondida con María en Cristo y con Cristo. ¡Dichosos los que Dios mismo, a través de las circunstancias, conduce por un camino de humildad y de sencillez, sin nada de lo que brilla a los ojos de los hombres! Estos tales no tienen más que adherirse al plan divino para entrar en el grupo de los pobres de espíritu a los que se les ha prometido el reino de los cielos. Pero también a quienes el deber compromete en responsabilidades especiales y sus oficios en la sociedad o en la Iglesia los ponen en el candelero, están llamados a imitar la actitud de María. Hay que aprender de ella a obrar de

modo que se sirva a los hermanos sin ruido, sin hacer valer la propia persona ni arrogarse privilegios, buscando más bien eclipsarse, sobre todo cuando la propia actividad no es ya necesaria. El que aspira a copiar el modelo de María, ha de ansiar esconderse a la sombra de Dios, convencido de que, si se le concede hacer un poquito de bien ello es don divino y ha de ordenarse al provecho común y a la gloria del Altísimo.

¡Qué noble, grande y glorioso fue tu nacimiento, oh bienaventurada María!... ¡Qué cúmulo de gracias derrama ese día sobre tu cabeza Dios Padre!... Veo al Verbo eterno acudir él mismo a consagrar su tabernáculo y enriquecerlo de tesoros celestiales con una generosidad sin límites, porque quiere, ¡oh venturosa niña, aurora de nuestra redención!, quiere que nazcas digna de él y sientas el don inmenso de tener un Hijo que, al mismo tiempo que hijo es autor de tu nacimiento. ¿Qué mente no se siente perdida a la visión de prodigios semejantes? ¿Qué, no digo palabra, pero ni siquiera pensamiento podrá elevarse tanto que iguale el honor y la majestad de la Madre de Dios?...

Así, pues, la noche ha pasado y se acerca el día, ese día venturoso y glorioso, tantos siglos, prometido a la pobre naturaleza humana!... Ya comienza a brillar el día de Jesús y nosotros gustamos ya su luz benéfica; ya centellea su luz sobre ti, oh María, cuando naces, pues naces exenta de pecado y llena de gracia. Tú eres manantial abundante de caridad para los pecadores, es decir, para todos los hombres, porque todos somos pecadores. (J. B. BOSSUET, **Nacimiento de la Virgen**, 2, 1, 3, exord.).

Oh María, tú eres la criatura que conoció el don de Dios y no desperdió nada de él, tan pura, tan luminosa que parecías la luz misma. «Speculum justitiae»: tu vida fue tan sencilla, tan absorta en Dios, que apenas puede decirse algo de ella. «Virgo fidelis»: eres la Virgen fiel, «la que guardabas todas aquellas cosas en tu corazón». Te sentías tan pequeña y permanecías tan recogida delante de Dios, en el santuario de tu alma, que atrajiste las complacencias de la Santísima Trinidad. «Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso me llamarán feliz todas las generaciones».

El Padre, al contemplarte tan bella, tan ignorante de su hermosura, determinó que fueras en el tiempo la Madre de Aquél de quien él es el Padre en la eternidad. Vino entonces sobre ti el Espíritu de amo que preside todas las operaciones divinas; y tú, oh Virgen, pronunciaste tu Fiat: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Y se realizó el mayor de los misterios por la encarnación del Verbo, fuiste para siempre posesión de os. (ISABEL DE LA TRINIDAD, 1 **Retiro**, 10, 1).

396. LA VIRGEN DE LOS DOLORES

15 DE SEPTIEMBRE

«Dichosa eres, oh María, porque sin morir mereciste la palma del martirio junto a la Cruz del Señor» (Aleluya).

1. — La Liturgia presenta a la Virgen Dolorosa estrechamente partícipe de la pasión del Hijo como lo fue de todas las vicisitudes de su vida. La profecía de Simeón: «Una espada te traspasará el corazón» (Lc 2, 35), se realizó envolviendo a María en los dolores de Jesús y haciéndola penetrar cada vez más a fondo en el misterio de la cruz.

«Cristo —se lee hoy en la primera lectura—, en los días de su vida mortal» (Hb 5, 7) quiso compartir la suerte del hombre pecador, quiso compadecer, padecer por él y con él. El peso inmenso de ese dolor le arrancó «gritos y lágrimas» (ib) —piénsese en la agonía de Getsemaní y en la del Calvario— y, con todo, se sometió a él voluntariamente en obediencia al querer del Padre, pues «a pesar de ser Hijo (de Dios), aprendió, sufriendo, a obedecer» (ib 8). María siguió a Jesús por este camino: padeció con él y con la humanidad entera para salvarla. Cada nuevo sufrimiento la encontró siempre disponible al querer divino, pronta a repetir el *fiat* de la anunciación. Jesús, sometándose a la voluntad del Padre, «se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna» (ib 9), y María, participando en esa obediencia y en ese dolor, cooperó a su salvación. Al mismo tiempo, junto con el Hijo, enseñó a los hombres el camino de la obediencia.

Cuánto costó a María la sumisión a la voluntad de Dios lo dice la espada que le traspasó el alma durante toda la vida y el holocausto supremo que realizó finalmente al pie de la cruz, «junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio, consistiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado» (LG 58). El título de Reina de los mártires que le da la Iglesia expresa una gran realidad: María ha sufrido más que todos los mártires, porque a ella sola se le ha pedido sacrificar a su Hijo amado que era a la vez su Dios amadísimo. Ciertamente le habría sido mil veces más llevadero morir que no asistir a la crucifixión y muerte de Jesús. El cristiano siente necesidad de compadecer tanto dolor y ora con la Iglesia: «Señor, tú has querido que la Madre compartiera los dolores de tu Hijo al pie de la Cruz; haz que la Iglesia, asociándose con María, a la pasión de Cristo, merezca participar de su resurrección» (*Colecta*).

2.— El Evangelio de hoy nos invita a contemplar a María al pie de la cruz, desde la que Jesús moribundo la proclama madre de los hombres. Para venir a ser madre del Hijo de Dios bastaron su fe invicta, su *fiat* lleno de amor y la desnuda pobreza de Belén. Mas para venir a ser madre de los hombres es necesario también el sufrimiento atroz del Calvario. Sólo entonces Jesús,

presentándole la humanidad en la persona de Juan, le dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19, 26), como para significar que el haber compartido su pasión le daba derecho a ser reconocida oficialmente madre de los hombres. En Belén, en la paz de la noche y con gozo inmenso, María dio a luz a Jesús en el Calvario, entre los gritos de los verdugos y con indecible dolor, engendró a los hombres para la vida de la gracia. Por su íntima participación en el misterio del Hijo fue «nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61). Evidentemente la obra de María está subordinada en todo a la de Jesús y saca de ella su eficacia, sin embargo, «la Iglesia no duda en reconocerla abiertamente» (ib 62) y la propone a la consideración de los fieles para que recurran con confianza a su ayuda maternal.

Al experimentar los beneficios de la maternidad de María, no podemos olvidar cuánto le costamos. Por nosotros fue crucificada en espíritu. «No os maravilléis, hermanos —dice San Bernardo— oyendo decir que María fue mártir en el alma... Si Jesús pudo morir en el cuerpo, ¿por qué no pudo ella morir con él en su corazón? En él actuó una caridad que no admite parangón, y en ella, una caridad que ninguna criatura igualó nunca» (De duod. praerog. 15).

La maternidad de María para con los hombres es maternidad de amor y de dolor. Para ser dignos hijos suyos es necesario aprender de ella a amar y a sufrir. Amar a Dios y todos sus quereres, aceptar con amor las tribulaciones de la vida y ofrecerlas en unión con la pasión de Jesús y de María por la salvación propia y la de los hermanos. El recuerdo de María al pie de la cruz suaviza la aspereza del dolor, infunde ánimo y ayuda a sufrir con generosidad en la serena esperanza de que todo coopera al bien de los que aman a Dios.

Verdaderamente, ¡oh madre bienaventurada!, traspasó tu alma la espada. Ni pudiera ella penetrar el cuerpo de tu hijo sin traspasarla. Ciertamente, después que expiró tu Jesús —de todos, sin duda, pero especialmente tuyo— no tocó su alma la lanza cruel que abrió su costado..., pero traspasó seguramente la tuya. Su alma ya no estaba allí, pero la tuya no se podía de allí arrancar. La fuerza del dolor traspasó, pues, tu alma, para que con toda razón te proclamemos más que mártir, habiendo sido en ti mayor el afecto de compasión que pudiera ser el sentido de la pasión corporal.

¿Acaso no fue para ti más que espada aquella palabra que traspasaba en realidad el alma y que llegaba hasta la división del alma y del espíritu: «Mujer, mira ahí a tu hijo»? ¡Oh trueque! Te entregan a Juan en lugar de Jesús, el siervo en lugar del Señor, el discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios, un hombre puro en lugar del Dios verdadero. (S. BERNARDO, **De duodecim praerogativis B.V.M.**, 14-15).

¡Oh Madre, fuente de amor! Haz que sienta yo la fuerza de tu dolor, para que contigo lllore.

Que arda mi corazón en amor a Cristo mi Dios, para que así le agrade.

¡Oh santa Madre! Graba las llagas del Crucificado hondamente en mi corazón.

Reparte conmigo las penas de tu Hijo llagado, las que padeció por mí.
Que contigo piadoso llore y me conduela con Cristo mientras en la vida esté.
Que esté muy cerca de ti, llorando junto a la cruz, asociado a ti en el llanto.
Que me hieran sus heridas, y que me embriaguen la cruz y la sangre de tu Hijo.
Que en el día del juicio, por ti, Virgen, defendido, no me abraze en el infierno.
¡Oh Jesús!, cuando yo muera, haz que por tu Madre alcance la palma de la victoria.
Cuando mi cuerpo se muera, haz que a mi alma se le otorgue la gloria del Paraíso. Amén. (MISAL ROMANO, **Stabat Mater**).

397. LA VIRGEN DEL ROSARIO

7 DE OCTUBRE

«Dichosa eres, Virgen María, que guardabas la palabra de Dios y la meditabas en tu corazón» (Lc 2, 19).

1. — La fiesta de hoy fue instituida cuatro siglos ha en recuerdo y acción de gracias por las grandes victorias que obtuvieron los cristianos mediante el Rosario de María. Tiempo hacía que en diversos ambientes se había introducido el uso de recitar cada día un número determinado de Avemarías, separando cada decena con un Padre nuestro. Poco a poco se le añadió la consideración de los misterios principales de la vida de Jesús y fue dividido en tres partes de cinco misterios cada una, como se hace todavía hoy. Así estructurado, el Rosario es una meditación evangélica hecha en unión con María, imitando su actitud frente a cuanto veía y oía de su Hijo: «guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19). La primera palabra que oyó la Virgen relativa a Jesús fue la del ángel: «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo» (Lc 1, 31-32). ¡Cuántas veces en los momentos oscuros —y fueron muchos: la dudas de José, la pobreza de Belén, la huida a Egipto y muchos más— habrá la Virgen recordado y meditado estas palabras! Jesús es el Hijo del Altísimo; los hombres pueden perseguirlo, darle muerte, pues al fin triunfará: «su reino no tendrá fin» (ib 33). Habrá recordado también el saludo de Isabel que, iluminada por Dios, la reconoció como madre del Salvador; luego el nacimiento de Jesús, alegrado con luces celestiales, el canto de los ángeles y la llegada de los pastores. Si estos hechos han sido consignados en el Evangelio se debe a María que, después de haberlos guardado y meditado en lo secreto de su corazón, los narró a los primeros discípulos y en particular a San Lucas, el evangelista de la infancia de Jesús. Otra palabra que María no olvidó ciertamente es la de Simeón con la profecía de los sufrimientos del Niño hecho «signo de contradicción» y de la espada que traspasaría su corazón de madre (Lc 2, 34-35). Y en fin, la primera palabra de Jesús dirigida a ella y a José: «¿No

sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (ib 49). Palabra seria, que no comprendió luego, pero que siguió meditando largamente sobre todo en los años silenciosos de Nazaret y más tarde en las horas de soledad, cuando su Hijo recorría ya Palestina predicando a las multitudes y llegaban a ella los ecos amenazadores del odio de los enemigos.

2.— En los misterios dolorosos y gozosos del Rosario, no siempre está presente María como en los gozosos; pero su presencia no falta nunca en razón de la participación intensa que siempre tuvo en las vicisitudes de su Hijo. Pero vuelve a primer plano en dos momentos culminantes: el Calvario y el Cenáculo. Después de haber seguido desde su retiro, informada por los discípulos, los primeros actos de la pasión de Jesús —la agonía de Getsemaní, la flagelación, la coronación de espinas—, María lo alcanza en el lugar de la crucifixión. Aquí la pasión del Hijo se entrelaza con la de la Madre: al pie de la cruz, en unión al divino moribundo, realiza ella su holocausto supremo. María tiene el corazón hecho pedazos; acoge a Jesús muerto entre sus brazos, lo depone en el sepulcro, pero su fe no vacila. Está segura de que el Hijo del Altísimo no puede permanecer en poder de la muerte. Al alba del día tercero, cuando se divulgan las primeras noticias de la Resurrección, María no tiene objeciones o dudas que oponer. Así más tarde la Ascensión al cielo no despierta en ella asombro alguno; lo sabía y lo había creído siempre así: su reino no había de tener fin. Sola ya, su lugar está en medio de los otros hijos, los que Jesús le había confiado desde la cruz. Apóstoles y discípulos se recogen en torno a ella en el cenáculo a la espera del Espíritu Santo; María estimula su oración, sostiene su fe y les recuerda las enseñanzas de su Hijo.

Este es el itinerario que el Rosario ayuda a recorrer junto con María para penetrar las inefables grandezas de los misterios de Cristo: Encarnación, Pasión, Resurrección. ¿Quién mejor que la Virgen los comprendió y vivió?, ¿quién mejor que ella puede revelarnos su inteligencia? El cristiano que reza el Rosario poniéndose en contacto espiritual con María para acompañarla en las diferentes etapas de su vida, podrá intuir algo de los sentimientos de su corazón ante los grandes misterios de que ella fue testigo y muchas veces protagonista. De este modo el Rosario se transforma en un cuarto de hora de meditación y aun de contemplación bajo la guía de la Virgen. Las Avemarías repetidas de continuo quieren expresar la actitud del alma que se eleva a la Virgen para ser asida por ella e introducida en la comprensión de los misterios divinos. Que esta gracia sea el fruto de la fiesta de hoy: «Señor..., por la meditación de los misterios de tu Unigénito concédenos ser dignos de alcanzar sus promesas» (Sobre las ofrendas).

Nos acercamos a ti, Virgen Madre de Dios; como a fortísima y solidísima áncora, ligamos nuestras almas a la esperanza en ti; te consagramos la mente, el cuerpo y todo nuestro ser; te honramos con salmos, himnos y cánticos espirituales en cuanto nos es posible, pues honrarte según mereces es imposible... ¿Sería lícito descuidar honrarte a ti que diste la vida al Señor? ¿No deberíamos

hacerlo con gran solicitud? ¿No deberíamos anteponerlo a la misma respiración necesaria para la vida, pues eso nos proporciona la vida? Será ése el mejor modo de atestiguar nuestra devoción al común Señor... ¡De qué alegría y de qué bienes es colmado el que hace de su mente el receptáculo de tu purísimo recuerdo!...

Este es el don que te ofrecemos, oh María: acoge benigneamente el afecto que sabes es superior a las fuerzas. Dígnate mirarnos, oh buena Señora, madre del Señor bueno; guíarnos y llevar nuestras cosas adonde tú quieras, frenar el ímpetu de nuestras bajas pasiones, conducirnos al puerto tranquilo de la divina voluntad y hacernos merecedores de la futura bienaventuranza y del dulce resplandor que irradia del rostro del Verbo de Dios encarnado en ti. (S. JUAN DAMASCENO, *In Dormitione B.V.M.*, 1, 14).

¡Oh Virgen querida!, aunque tuviese yo la mente de un espíritu celestial, no llegaría nunca a comprender cómo sería el abrazo perfecto con que el Padre celestial te estrechó y unió a sí... ¿Qué mente no se sentirá perdida contemplando las divinas complacencias de que fuiste objeto, oh María, cuando te estrechaste tan cerca a Dios por medio de ese Hijo tuyo y suyo, que se convirtió en lazo irrompible de santa alianza?...

¡Intercede por mí, y por todos, oh Virgen bienaventurada, tú que tienes en las manos la llave de las beneficencias divinas! Es Jesús esa llave bendita, que abre el seno fecundo del Padre celestial: su sangre inocente hace llover sobre nosotros todos los tesoros de las gracias celestiales. Y ¡quién tendrá derecho sobre esa sangre de bendición más que tú, que se la diste tomándola de la tuya? Su carne es tuya, su sangre es tuya, oh María, y me parece que esta sangre preciosa goza brotando a borbotones sobre ti en la cruz, sabiendo que fuiste tú el manantial primero de donde manó. (J. B. BOSSUET, *La Dolorosa*, 1, 1).

398. TODOS LOS SANTOS

1 DE NOVIEMBRE

«Estos son los que buscan al Señor» (Salmo resp.).

1. — «Alegrémonos todos en el Señor al celebrar este día de fiesta en honor de todos los Santos. Los ángeles se alegran de esta solemnidad y alaban a una al Hijo de Dios» (Entrada). La Liturgia de la Iglesia peregrina se une hoy a la de la Iglesia celestial para celebrar a Cristo Señor, fuente de la santidad y de la gloria de los elegidos, «muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (ib 9). Todos están «marcados en la frente» y «vestidos con vestiduras blancas», lavadas «en la sangre del Cordero» (ib 3, 9.14). Marca y vestidos son símbolos del bautismo que imprime en el hombre el carácter inconfundible de la pertenencia a Cristo y que, purificándolo del pecado, lo reviste de pureza y de gracia en virtud de su sangre. Pues la santidad no es otra cosa que la maduración plena de la gracia bautismal, y así es posible en todos los bautizados.

Los Santos que festeja hoy la Iglesia no son sólo los reconocidos oficialmente por la canonización, sino también aquellos otros muchos más numerosos y desconocidos que han sabido, «con la ayuda de Dios, conservar y perfeccionar en su vida la santificación que recibieron» (LG 40). Santidad oculta, vivida en las circunstancias ordinarias de la vida, sin brillo aparente, sin gestos que atraigan la atención, pero real y preciosa. Mas hay una característica común a todos los elegidos: «Estos son —dice el sagrado texto— los que vienen de la gran tribulación» (Ap 7, 14). «Gran tribulación» es la lucha sostenida por la defensa de la fe, son las persecuciones y el martirio sufridos por Cristo, y lo son también las cruces y los trabajos de la vida cotidiana. Los Santos llegaron a la gloria sólo a través de la tribulación, la cual completó la purificación comenzada en el bautismo y los asoció a la pasión de Cristo para asociarlos luego a su gloria. Llegados a la bienaventuranza eterna, los elegidos no cesan de dar gracias a Dios por ello y cantan «con voz potente»: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono y del Cordero» (ib 10). Y responde en el cielo el «Amén» eterno de los ángeles postrados delante del trono del Altísimo (ib 11-12); y debe responder en la tierra el «Amén» de todo el Pueblo de Dios que camina hacia la patria celestial esforzándose en emular la santidad de los elegidos. «Amén», así es, por la gracia de Cristo que abre a todos el camino de la santidad.

2.— La segunda lectura (1 Jn 3, 1-3) reasume y completa el tema de la primera lectura poniendo en evidencia el amor de Dios que ha hecho al hombre hijo suyo y la dignidad del mismo hombre que es realmente hijo de Dios. «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (ib 1). Don que no se reserva para la vida eterna, sino que se otorga ya en la vida presente, realidad profunda que transforma interiormente al hombre haciéndolo partícipe de la vida divina. Con todo, aquí en la tierra es una realidad que permanece velada; se manifestará plenamente en la gloria; entonces «seremos semejantes a Dios, porque le veremos tal cual es» (ib 2). La gloria que contempla hoy la Iglesia en los Santos es precisamente la que se deriva de la visión de Dios, por la cual están revestidos y penetrados de su resplandor infinito.

En el Evangelio (Mt 5, 1-12a) Jesús mismo ilustra el tema de la santidad y de la bienaventuranza eterna mostrando el camino que conduce a ella. Punto de partida son las condiciones concretas de la vida humana donde el sufrimiento no es un incidente fortuito, sino una realidad conexas a su estructuró. Jesús no vino a anularlo, sino a redimirlo, haciendo de él un medio de salvación y de bienaventuranza eterna. La pobreza, las aflicciones, las injusticias, las persecuciones aceptadas con corazón humilde y sumiso a la voluntad de Dios, con serenidad nacida de la fe en él y con el deseo de participar en la pasión de Cristo, no envilecen al hombre, antes lo ennoblecen; lo purifican, lo hacen semejante al Salvador doliente y, por ende, digno de tener parte en su gloria. «Bienaventurados los pobres..., bienaventurados

los que lloran..., bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia..., bienaventurados los perseguidos..., porque de ellos es el Reino de los Cielos» (ib 3-4.6.10). También las otras cuatro bienaventuranzas, aunque no digan relación directa al sufrimiento, exigen un gran espíritu de sacrificio. Pues no se puede ser manso, misericordioso, puro de corazón o pacífico sin luchar contra las propias pasiones y sin vencerse a sí mismo para aceptar serenamente situaciones difíciles y sembrar doquiera amor y paz.

El itinerario de las bienaventuranzas es el recorrido por los santos; pero de modo especialísimo es el recorrido por Jesús que quiso tomar sobre sí las miserias y sufrimientos humanos para enseñar al hombre a santificarlos. En él pobre, doliente, manso, misericordioso, pacífico, perseguido y por este camino llegado a la gloria, encuentra el cristiano la realización más perfecta de las bienaventuranzas evangélicas.

¡Oh almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fue vuestra, suerte. Qué gran razón tenéis de ocuparos siempre en estas alabanzas y qué envidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las ofensas tan graves que en estos desventurados tiempos se hacen a mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás.

¡Oh bienaventuradas almas celestiales! Ayudad a nuestra miseria y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo y reparta con nosotras de ese clero conocimiento que tenéis.

Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh ánimas amadoras, a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar...

¡Oh ánimas bienaventuradas, que tan bien os supisteis aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permanente con este precioso precio!, decidnos: ¿cómo granjeabais con él bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente; coged agua para los que acá perecemos de sed. (STA. TERESA DE JESUS, **Exclamaciones**, 13, 1-2. 4).

Soy la más pequeña de las criaturas. Conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuánto gustan los corazones nobles y generosos de hacer el bien. Os suplico, pues, ¡oh bienaventurados moradores del cielo!, os suplico que me adoptéis por hija. Para vosotros solos será la gloria que me hagáis adquirir; pero dignaos escuchar mi súplica. Es temeraria, lo sé, sin embargo, me atrevo a pedirlos que me alcancéis vuestro doble amor. (STA. TERESA DEL N. J., **MB XI**, 16).

399. LA CONMEMORACION DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

2 DE NOVIEMBRE

«Señor, los que son fieles permanecerán junto a ti en el amor»
(Sb 3, 9).

1. — Ayer la Iglesia peregrina en la tierra celebraba la gloria de la Iglesia celestial invocando la intercesión de los Santos y hoy se reúne en ración para hacer sufragios por sus hijos que, «ya difuntos, se purifican» (LG 49). Mientras dure el tiempo, la Iglesia constará de tres estados: los bienaventurados que gozan ya de la visión de Dios, los difuntos necesitados de purificación todavía no admitidos a ella, y los viadores que soportan las pruebas de la vida presente. Entre unos y otros hay una separación profunda, que, no obstante, no impide su unión espiritual, «pues todos los que son de Cristo... constituyen una misma Iglesia y mutuamente se unen en él. La unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien... se robustece con la comunión de bienes espirituales» (ib). ¿Qué bienes son estos? Los santos interceden por los hermanos que combaten aquí abajo y los estimulan con su ejemplo; y éstos oran para apresurar la gloria eterna a los hermanos difuntos que aguardan ser introducidos en ella. Es la comunión de los santos en función: santos del cielo, del purgatorio o de la tierra, pero todos santos, aunque en grado muy diferente, por la gracia de Cristo que los vivifica y en la que todos están unidos.

A la luz de esta consoladora realidad, la muerte no aparece más como la destrucción del hombre, sino como tránsito y a un nacimiento a la vida verdadera, la vida eterna. «Sabemos —escribe San Pablo— que si esta tienda, que es nuestra habitación terrestre, se desmorona, tenemos una casa que es de Dios, una habitación eterna... que está en los cielos» (2 Cr 5, 1; 2.^a lectura, 2.^a Misa). Viadores en la tierra, difuntos en el purgatorio y bienaventurados en el cielo, estamos todos en camino hacia la resurrección final, que nos hará plenamente participantes del misterio pascual de Cristo. Y mientras lo somos en parte, oremos unos por otros y, sobre todo, ofrezcamos sufragios por nuestros muertos, porque «es una idea piadosa y santa rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2 Mac 12, 46; 1.^a lectura, 3.^a Misa).

2.— La Liturgia del día pone el acento sobre la fe y la esperanza en la vida eterna, sólidamente fundadas en la Revelación. Es significativo el trozo del libro de la Sabiduría (1.^a lectura, 1.^a Misa: Sb 3, 1-6. 9): «Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno. Creyeron los insensatos que habían muerto; tuvieron por quebranto su salida de este mundo, y su partida de entre nosotros por completa destrucción; pero ellos están en la paz» (ib 1-3). Para quien ha creído en Dios y le ha servido, la muerte no es un salto en la nada, sino en los brazos de Dios: es el

encuentro personal con él, para «permanecer junto a él en el amor» (ib 9) y en la alegría de su amistad. El cristiano auténtico no teme, por eso, la muerte, antes, considerando que mientras vivimos aquí abajo «vivimos lejos del Señor», repite con San Pablo: «Preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor» (2 Cr 5, 6.8; 2.^a lectura, 2.^a Misa). No se trata de exaltar la muerte, sino de verla como realmente es en el plan de Dios: el natalicio para la vida eterna.

Esta visión serena y optimista de la muerte se basa sobre la fe en Cristo y sobre la pertenencia a él: «ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite el último día» (Jn 6, 39; Evangelio, 2.^a Misa). Todos los hombres han sido dados a Cristo, y él los ha pagado al precio de su sangre. Si aceptan su pertenencia a él y la viven con la fe y con las obras según el Evangelio, pueden estar seguros de que serán contados entre los «suyos» y, como a tales, nadie podrá arrancarlos de su mano, ni siquiera la muerte. «Ya vivamos, ya muramos, del Señor somos» (Rm 14, 8; 2.^a lectura, 1.^a Misa). Somos del Señor porque nos ha redimido e incorporado a sí, porque vivimos en él y para él mediante la gracia y el amor; si somos suyos en vida, lo continuaremos siendo en la muerte. Cristo, Señor de nuestra vida, vendrá a ser el Señor de nuestra muerte, que él absorberá en la suya transformándola en vida eterna. Así se verifica para los creyentes la plegaria sacerdotal de Jesús: «Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria» (Jn 17, 24; Evangelio, 3.^a Misa). A esta oración de Cristo corresponde la de la Iglesia, que implora esa gracia para todos sus hijos difuntos: «Concede, Señor, que nuestros hermanos difuntos entren en la gloria con tu Hijo, el cual nos une a todos en el gran misterio de tu amor» (*Sobre las ofrendas*, 1.^a Misa).

Señor y Dios, no se puede desear para los otros más de lo que se desea para sí mismo. Por eso te suplico: no me separes después de la muerte de aquellos que he amado tan tiernamente en la tierra. Haz, Señor, te lo suplico, que donde esté yo se encuentren los otros conmigo, para que allá arriba pueda gozarme de su presencia dado que en la tierra me vi tan presto privado de ellos.

Te imploro, Dios soberano, acojas pronto a estos hijos amados en el seno de la vida. En lugar de su vida terrena tan breve, concédeles poseer la felicidad eterna. (S. AMBROSIO, *De obitu Valentiniani*, 81).

Oh Señor y Creador del universo y especialmente del hombre, creado a tu imagen; Dios de los hombres, Padre, Señor de la vida y de la muerte; tú conservas y colmas de beneficios nuestras almas; tú los acabas y transformas todo con la obra de tu Verbo, en la hora establecida y según la disposición de tu sabiduría; acoge hoy a nuestros hermanos difuntos como a las primicias de nuestra peregrinación...

Ojalá nos acojas también a nosotros, en el momento que te plazca, después de habernos guiado y mantenido en la carne, el tiempo que te parezca útil y saludable. Ojalá nos acojas preparados por tu temor, sin turbación y sin

vacilación, en el último día. Haz que no dejemos con pena las cosas de la tierra, como acaece a los que están demasiado asidos al mundo y a la carne; haz que nos dirijamos resueltos y felices hacia la vida perene y bienaventurada, que se halla en Cristo Jesús, Señor nuestro, de quien es la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (S. GREGORIO NAZIANCENO, **Oración por el hermano Cesáreo**, 24).

400. LA PRESENTACION DE SANTA MARIA VIRGEN

«Oh María, has hallado gracia delante de Dios» (Lc 1, 30).

1. — La Sagrada Escritura no dice nada acerca de la presentación de María niña en el templo; con todo, este hecho, fundado en una tradición antigua y autorizada, es reconocido por la Iglesia, que hace de él objeto de una fiesta mariana particular. Por lo demás lo que interesa no es tanto el hecho en sí mismo cuanto su significado, sobre el cual no puede abrigarse duda alguna: desde su primerísima edad María se entregó toda a Dios y se entregó enteramente a su servicio. Concebida en gracia y, por lo tanto, inmune de toda sombra de pecado, María está abierta totalmente a Dios, disponible a su voluntad, libre para darse a él con el impulso de un amor que no conoce las demoras, ni los obstáculos, ni las vicisitudes derivados de la naturaleza herida por el pecado. Su pureza inmaculada esplendente de gracia la hace capaz de adherirse a todo lo bueno que Dios le propone y a todo lo que le agrada. María hace así un don absolutamente pleno de sí, que excede el de cualquier otra simple criatura y es superado solamente por el del Dios-Hombre.

Desde el principio de su existencia María fue la «esclava del Señor» (Lc 1, 38), al que amaba y servía con todas sus fuerzas. La respuesta al Ángel de la Anunciación expresaba una actitud vivida desde mucho antes; por eso aun antes de que la Virgen la pronunciase, pudo decirle el Ángel: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios» (ib 30). A la libre iniciativa del Altísimo que la concibió inmaculada y llena de gracia, la Virgen respondió siempre con toda la libertad y el amor de su corazón inmaculado. Por eso, llena ya de gracia, halló más gracia delante del Altísimo, que hizo de ella la madre de su Hijo divino.

La grandeza de María es sublime, pero vivida con tal sencillez que a nadie espanta ni desconcierta, antes atrae e invita a caminar en pos de sus huellas. Mediante la gracia recibida en el bautismo, que lo sostiene en la lucha contra el pecado, el cristiano está llamado a conseguir una pureza inmaculada y una libertad plena semejantes a las de María para poder dar, en unión con ella y con su ayuda, una respuesta generosa al don de Dios. La plena correspondencia a la gracia recibida le hará encontrar nueva gracia, y ésta lo hará capaz de una respuesta más generosa cada vez.

2.— La fiesta de hoy lleva a reflexionar sobre el don de sí mismo a Dios que todo cristiano está obligado a hacer en razón de su bautismo. Amar y, por ende, servir a Dios con todas las fuerzas es un compromiso del que ningún bautizado puede eximirse si no quiere malograr la gracia recibida. Con todo, hay criaturas llamadas a darse a Dios de un modo más exclusivo y directo, «para extraer de la gracia bautismal fruto más copioso», y ordenarse al Servicio de Dios y a su gloria por un título nuevo y especial» (LG 44). Son los llamados al estado religioso o a la consagración a Dios en el mundo, y, en algún aspecto, también los llamados al sacerdocio. Para ellos el ejemplo de María reviste una importancia muy especial. La Virgen les invita a seguirla por ese camino de generosidad, de entrega y de consagración virginal «a Dios amado sobre todas las cosas» (ib).

La respuesta a la vocación exige como punto de partida el desasimiento de sí mismo y de muchas cosas queridas. Con frecuencia es preciso dejar parientes y amigos, casa y patria, costumbres y comodidades. Es un paso muy comprometedor, pero no lo es todo. Más necesario aún que el desasimiento material es el del corazón; y hay que desasirse no sólo de los demás, sino de sí mismo. Hay que desasirse de la propia voluntad y de los propios intereses para entregarse a Dios en plena disponibilidad a su querer, a su servicio y al servicio del prójimo. Sin ese desasimiento es imposible realizar el don total. El que se pertenece a sí mismo y está apegado a sí y a sus cosas, será incapaz de cederse o darse enteramente. Su don será parcial y medido según los intereses personales y, por lo tanto, siempre expuesto a la infidelidad, a naufragar en la mediocridad y a volver a apoderarse de lo poco que había dado. La Virgen inmaculada nunca necesitó de esfuerzo y lucha para darse totalmente a Dios; el hombre, en cambio, tiene que combatir día a día contra las resistencias del egoísmo y de cualquier otra pasión. Es bueno saberlo, para no imaginarse que basta darse a Dios de una vez para siempre. El don de sí se ha de vivir momento a momento y con generosidad siempre creciente. Sí esto exige en verdad una continua superación de sí, no combate el hombre solo. María está siempre pronta a sostenerlo; ella que ha hallado gracia delante del Altísimo, se vale de ese privilegio para obtener gracia en favor de cuantos la invocan.

Oh María, tú has hallado gracia delante de Dios, que nunca puede perecer; una gracia por encima de toda gracia; una gracia merecedora de ser procurada con todas las ansias; una gracia que nunca se disipa; una gracia que te salva, que no será sacudida por ningún accidente; una gracia siempre victoriosa. Has hallado delante de Dios una gracia de eterna duración.

Ciertamente que otros, muchos otros antes de ti brillaron por eminente santidad. Pero a ninguno se le dio como a ti la plenitud de gracia; ninguno como tú fue elevado a tanta magnificencia; ninguno como tú fue antecedido por la gracia que purifica; ninguno como tú refulgió de luz celeste; ninguno como tú fue ensalzado por encima de toda grandeza...

Por eso, vuelto a ti, he exclamado y exclamaré de nuevo con todo ardor: «Salve, llena de gracia; el Señor está contigo; bendita eres entre las mujeres». (S. SOFRONIO DE JERUSALEN, **In Deiparae Annuntiatione**, 25-26).

¡Oh la más amada de Dios, amabilísima niña María!, así como vos os presentasteis en el templo y os consagrasteis pronta y enteramente a la gloria y al amor de vuestro Dios, así quisiera yo también, si pudiese, ofreceros los primeros años de mi vida, para dedicarme por completo a serviros, santa y dulcísima Señora mía...

Hoy me presento a vos, ¡oh María!, y me consagro enteramente a vuestro servicio en el poco o mucho tiempo que me restare de vida, y, como vos, renuncio a todas las criaturas, para dedicarme por completo a mi Creador. Os consagro, pues, Reina mía, mi entendimiento, para que piense siempre en el amor que merecéis; os consagro mi lengua, para que os alabe, y mi corazón para que os ame. Aceptad, Santísima Virgencita, el ofrecimiento que os presenta este pobre pecador; aceptadlo, os ruego, por el consuelo que experimentasteis en vuestro corazón cuando os ofrecisteis a Dios en el templo... Ayudad con vuestra poderosa intercesión, Madre de misericordia, mi flaqueza, alcanzándome de vuestro Jesús perseverancia y fortaleza para seros fiel hasta la muerte, a fin de que, habiéndoos servido en esta vida, pueda ir a bendeciros por toda la eternidad a los cielos. (S. ALFONSO, **Las glorias de María**, II, 3, Oración, según la ed. de la BAC).